

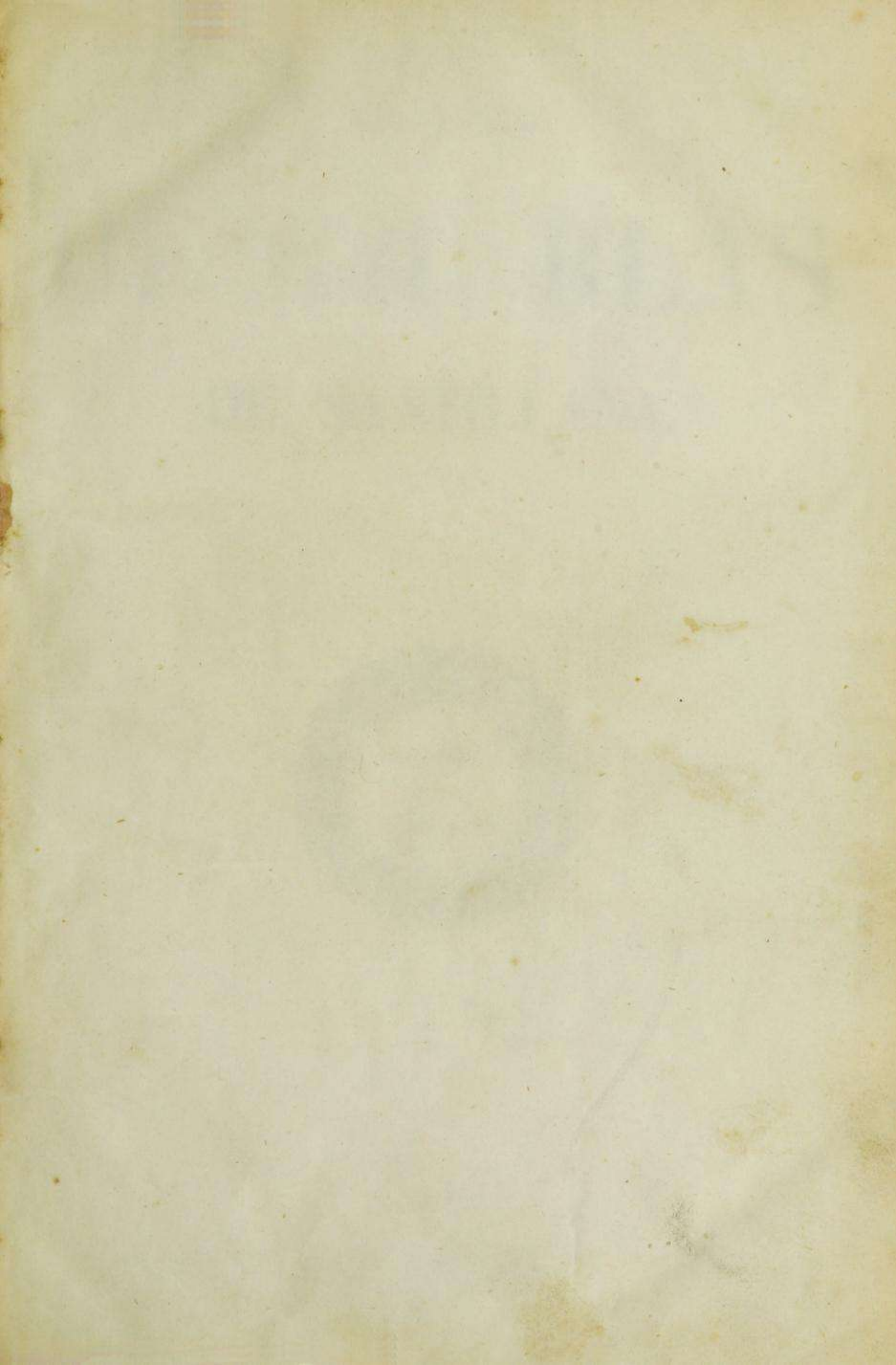
LIBRERIA,
taller de encuadernacion
y comision general
de suscripciones
DE SALAZAR Y COMP.
Ronda calle Nueva n. 22

Ronda 21 May 1840
WC

COLONEL W. GORDON,
Wethersfield Place,
BRAINTREE—ESSEX.

31w one
E18





AVENTURAS

DE GIL BLAS

DE SANTILLANA.



MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. F. DE P. MELLADO,
CALLE DE SANTA TERESA, NÚMERO 8.

1852.

ALREVERTURAS

DE GIL BLAS

DE SANTIAYNA



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE D. F. DE N. MALLADO
CALLE DE SANTA TERESA, NUMERO 2

1821

AVENTURAS

DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

CONSERVACION PRELIMINAR,

que comunmente llaman prólogo, y dedicatoria al mismo tiempo a los que me quisieren leer.

Señor lector: no estrañe vd. el tratamiento. Es cierto que en casi todos los prólogos se usa *tulear* á los lectores. Tambien lo es que yo, llevado de la costumbre, en tal cual friolera que he dado á luz me he dejado arrastrar de ésta, al parecer mala crianza. Estoy por ahora arrepentido; propongo la enmienda, pero sin constituirme fiador de mi perseverancia.

Por malo que sea un libro puede tener lectores de todas clases, á quienes correspondan tratamientos muy diferentes, sean los *tues*, los *ustedes*, los *usias*, los *usen-cias*, los *paternidades*, los *ilustrisimos*, los *escelencias*, los *altezas*, los *magestades*; y hasta los mismos *santidades* y *beatitudes* los leen. ¿No seria desacato y una avilantez intolerable introducirse á la conversacion de tan altos personajes, tratándolos con un *tú por tú*, y con la gorra calada? ¿*En qué bodegon hemos comido?* me preguntarian, ó (lo que seria peor) mandarian á algun lacayo que me moliese á palos, y en verdad que no les faltaria razon.

¿Qué remedio para evitar una rusticidad tan selvática? No hay otro que el que ya está admitido en todas las naciones cultas. Siempre que hay necesidad de hablar por escrito con personas de diferentes clases, se sacan de un mismo ejemplar las copias que se consideran precisas; y cuando se llega al tratamientos del sugeto con quien se habla, se escribe una sola *v*, que es la letra inicial de todos los tratamientos respetosos, para que cada uno se aplique aquel que le corresponda.

Esto supuesto, todas las veces que hablando yo en el prólogo con el lector le sirva con una *v*, sea de la figura que se fuere, él mismo se aplicará el tratamiento que le toca, y no podrá quejarse de que no se le da aquello que se le debe.

Pero si en todo prólogo seria de desear que se practicase esta buena crianza, en un prólogo-dedicatoria, como lo es el presente, seria especie de locura no ponerla en práctica por mi propia autoridad.

No solicitando yo otros Mecenases que mis lectores para esta casi mecánica fatiga, vamos claros que seria linda gracia introducirse á implorar su proteccion y su benevolencia perdiéndoles el respeto. Por tanto, señor lector, mi venerado dueño, no tema vd. que le trate como pudiera á un gañan: estimo mucho á v., venero mucho á v., y necesito mucho de v., para esponerme á merecer su desprecio, cuando imploro y necesito tanto de su favor.

Ni los autores, ni los traductores ó copistas (entre los cuales suele haber bien poca diferencia) debemos temer otros enemigos que nuestros propios lectores. Si logramos que estos nos abriguen y se contenten de nosotros, se nos debe dar un pito por todos los demas que no nos leen. Defiéndannos de sí mismos los primeros, y ládrennos cuanto quieran los segundos. Haremos con

ellos lo que hacen los mastinazos con aquellos gozquecillos que les ladran de memoria:

Alzan la pata, los mean,
y prosiguen su camino.

Añádese á esto, que los libros solamente se escriben para que se lean; con que por su misma naturaleza parece que están ya dedicados únicamente á los lectores. Ponerlos bajo la proteccion de uno que quizá no los leerá, como suelen hacer muchos personajes de alto bordo, parece que es sacar las cosas de su quicio; y viene á ser casi lo mismo que regalar á uno que en muestra de agradecer la buena voluntad, paga la maula mas de lo que vale el regalo, y tal vez sin mirarle le vuelve á los hocicos de quien se le envia, ó lo reparte entre sus criados y familia.

Aun hay otra ventaja tanto de parte del escritor, como de parte del Mecenase, en dedicar las obras á los lectores. Como el autor ó el traductor no sabe quiénes serán estos, escusa las mentiras, lisonjas y adulaciones, de que suelen estar atestadas las dedicatorias; pues ignorando las circunstancias de las personas particulares, está dispensado en hacer su panegirico; y los lectores de juicio sólido y de gusto delicado no padecen el sonrojo de verse alabados cara á cara. *Sabida cosa* es que nada empalaga tanto á un hombre machucho y de buen seso, como verse alabado facha á facha, y como dicen, en sus mismas barbas.

Quem, si male palpere, recalcitrat undique totus.

Esto supuesto, señor lector y venerado dueño mio, dé v. por concluida la dedicatoria, y demos principio entre los dos á la *conversacion preliminar*, que en vulgar se llama prólogo. Sospecho que tendrá v. varias preguntas que hacerme; y asi comienzo, porque estoy pronto á servirle, y en cuanto pueda á satisfacerle.

Preguntará vd. (como si lo oyera) ¿por qué razon ó con que fundamento se dice en el frontis de esta version que las Aventuras de Gil Blas fueron adoptadas por Mr. le Sage, quitándole el honor de ser su padre legitimo y natural? Pues qué, ¿no lo fué ciertamente aquel monsieur?

¿Qué llama *ciertamente*, señor lector? En los partos metafóricos del entendimiento hay casi las mismas dudas (si ya no son mayores) que en los fisicos, corpóreos y materiales. En estos se sabe ó se puede saber con certeza la madre que los parió, pero nunca se puede saber con la misma el padre que los engendró. Para atajar los inconvenientes que estas dudas podian producir acudió la ley con la famosa decision: *pater est, quem nuptiæ demonstrant*; pero como las producciones mentales no hay matrimonio que las legitime, tampoco estamos obligados á creer que sea su verdadero padre el que suena serlo en el frontispicio, salvo únicamente en las producciones de los libros sagrados. La corneja que se vistió de plumas ajenas, es una mera fábula. Solamente los ladrones y los plagiarios son las cornejas verdaderas.

Convengo en eso (me replicará acaso v.); mas quisiera yo saber ¿qué fundamento hay para agregar á esta especie cornejaina á nuestro bonísimo monsieur? El mas sólido y el mas grave que cabe en una prudente conjetura. Sus mismos paisanos y panegiristas modestamente lo confiesan, y aun lo prueban con hechos al parecer concluyentes. Los imparciales y moderados autores del *Dictionnaire historique portatif*, esto es, *Diccionario histórico portátil ó manual*, los cuales formaban una compañía ó asociacion de literatos de Paris, hombres todos maduros y retirados del gran mundo, que no pertenecian á cuerpo alguno regular, eclesiástico, politico ni académico, y por consiguiente estaban libres de todo espíritu de cuerpo ó de partido; cuando llegan á tratar de monsieur Alano Renato le Sage en la edicion de Amsterdam de 1774, tomo 4, pág. 145, dicen así en su nativo idioma.

Sage (Alain René le) Poete françois, né à Ruys en Bretagne vers l'an 1677, mourut en 1747 à Boulogne-surmer. Son premier ouvrage fut une traduction paraphrasée des Lettres d'Aristotele, auteur grec. Il apprit en suite l'espagnol, et gouta beaucoup les auteurs de cette nation, dont il á dané des traductions, ou plutot des imitations, qui ont en beaucoup de succès. Ses principaux ouvrages en ce genre sont: 1. Guzman d'Alfarache en 2 vol. in 12.º ouvrage, ou l'auteur fait passer le sérieux á travers le frivole qui y domine. 2. le Bachelier de Salamanca en 2. vol. in 12.º roman bien écrit, et semé d'une critique utile des moeurs du siecle. 3. Gil Blas de Santillane en 4. vol. in 12.º On y trouve des peintures vraies des moeurs des hommes, des choses ingenieuses, et amusantes; des reflexions judicieuses mais quelque fois prolixes. Il y á du choix, et de l'elegance dans les expressions et assez de netteté dans les recits. 4. Nouvelles aventures de don Quichote en 2. vol. in 12.º Ce nouveau don Quichote en vaut pas l'ancien; il y a pour tant quelques plaisanteries agreables. 5. Le Diable voiteux 2. vol. in 12.º, ouvrage qui renferme des traits propres á egayer l'esprit et á corriger les moeurs. 6. Melanges amusans, des saillies d'esprit, et de traits historiques les plus frappans in 12.º Ce recueil est, ainsi que tous ceux de ce genre, un melange de bon et de mauvais... Cet auteur avoit peu d'invencion, mais il avoit de l'esprit, du goût et l'art d'embellir les idées des autres, et de se les rendre propres. Este pasage traducido fielmente en nuestra lengua, dice así:

«Alano Renato le Sage, poeta francés, nació en «Ruys de Bretaña hácia el año de 1677, y murió en el «de 1747 en Bolonia de Francia. Su primer obra fué una «traducción parafrástica de las *Cartas de Aristotele*, «autor griego. Aprendió despues la lengua española, y «de gustó tanto, que publicó muchas traducciones, ó por «mejor decir, imitaciones de ella. Sus principales obras «en este genero fueron: 1.ª *Guzmán de Alfarache*, en dos «tomos en 12.º; obra en que el autor introduce lo serio «á vueltas de lo frivolo que en ella domina. 2.ª El *Bachelier de Salamanca*, en dos tomos en 12.º, novela «escrita y sembrada de una critica provechosa de las «costumbres del siglo. 3.ª *Gil Blas de Santillana*, en «cuatro volúmenes en 12.º; donde se encuentran pinturas muy propias y muy vivas de las costumbres de los «hombres, cosas ingeniosas y divertidas: reflexiones llenas de juicio, aunque alguna vez prolijas. El estilo, sin «dejar de ser natural, es elegante, las voces castizas, y «la narracion fluida, limpia y desembarazada. 4.ª *Nuevas aventuras de don Quijote* en dos tomos en 12.º «Este nuevo don Quijote no llega al antiguo, ni con «mucho. 5.ª El *Diablo Cojuelo*, dos tomos en 12.º; «obra donde se encuentran algunos pasos que sirven á «la diversion y á la enseñanza. 6.ª *Miscelánea de materias divertidas é ingeniosas, y de curiosos históricos sucesos*; coleccion en que hay bueno y malo, como en «todo género de colecciones. Este autor tenia poca invencion, pero estaba dotado de ingenio y de buen gusto, como tambien de un gran talento para engalanar las

«ideas ó conceptos de otros, haciendo suyos los pensamientos ajenos.»

Hasta aqui dichos autores del *Diccionario histórico manual* en el artículo de Mr. le Sage. Y pues los mismos paisanos y elogiadores, hombres por otra parte de la mayor imparcialidad y de una delicadísima critica, cuentan al *Gil Blas de Santillana* entre las traducciones ó imitaciones de la lengua española, en que Mr. Alano ejerció el gran talento de hacer suyos los pensamientos ajenos: ¿qué mayor fundamento habia yo menester para desplumar al francés corneja, y restituir al español Gil Blas en su pelo ó su pluma original?

Pero si v. quiere saber de mí que español fué el verdadero padre de aquel hijo, y cómo y por dónde vino á parar la pobre criatura en manos del señor francés, eso es en lo que no le podré servir con la seguridad que yo quisiera, y v. mismo deseára. Solo he podido averiguar que el tal Mr. le Sage estuvo muchos años en España, segun unos como secretario, y segun otros como amigo ó comensal de un embajador de Francia. Que su inclinacion á nuestra lengua y lo mucho que le gustaban los graciosos escritos satiricos y morales que poco antes se habian publicado en ella, algunos anónimos, y otros con el nombre de sus verdaderos autores, le incitó á solicitar el conocimiento y trato con los unos y con los otros. Tuvo estrecha amistad con cierto abogado andaluz, que le dió el famoso *Sueño politico*, que comienza: *Pasaba yo el Boccalini por estudio ó por recreo*, el cual era una furiosa sátira contra el ministerio de España: que este mismo abogado le confió á Mr. le Sage el manuscrito de la novela de Gil Blas, que era otra cosa mas graciosa, mas llana y mas inteligible sátira contra el gobierno de dos grandes señores que sucesivamente se vieron á la frente del ministerio, para que traducido en francés le hiciese estampar en Paris, y publicar como nacido en aquel reino, supuesto que durante aquel gobierno de España no se podia imprimir en ella sin que peligrase la vida del impresor y de todos los que tuviesen parte en su publicacion. Aun hay otra razon muy poderosa para creer que le Sage no fué el verdadero autor de esta graciosa novela. Cualquiera que la lea se persuadirá que se escribió en los reinados de Felipe III y Felipe IV, cuyos ministros y privados son satirizados en ella. Mr. le Sage, habiendo nacido el año de 1677, en que ya habia muerto Felipe IV, no podria venir á España ni como secretario ni como amigo ó comensal del embajador francés hasta fines de aquel siglo ó principios del siguiente: tiempo en que ya Gil Blas andaria oculto en las manos de algunos curiosos, como escrito anónimo y de autor desconocido. Y así como dicho Mr. se aficionó tanto á nuestras novelas para imitarlas ó traducirlas en su idioma, es de creer que ejecutase lo mismo con la de Gil Blas, haciéndole que hablase de molde y en francés lo que antes habia hablado en castellano y manuscrito. Esto es cuanto he podido averiguar en el asunto, pero sin documentos que lo prueben, ni testimonios respetables que lo califiquen. Lo que á mí me parece del tejido de esta relacion, es, *che se non sia vero, al meno é bene trovato*. Y así, señor lector de mi alma y mi estimadísimo Mecenas, puede v. creer aquello que mejor le pareciere.

Lo que no admite duda es, que en el tercero y cuarto tomo de Gil Blas se habla con menos respeto del que fuera justo de aquellos dos grandes señores, nombrándolos con todos sus pelos y señales, á pesar de la veneracion tan debida á sus personas, aunque no fuera mas que por su alto nacimiento. No se me esconde que no los tratan con mayor miramiento algunos historiadores, aun de nuestros nacionales; pero como semejantes ejemplos no deben servir á la imitacion, tampoco á mí me hicieron fuerza, y así disfracé en la traducción sus titulos y dictados, sin faltar á la verdad. Los que están instruidos en la historia ya lo sabrán aunque yo quiera ocultarlos: á los que no lo están no se lo quiero decir.

Viendo estoy, señor lector, que todavia no acaba v. de persuadirse á que el escritor francés no sea el

verdadero padre de Gil Blas, porque dirá: si fuera español el autor de este romance, no es verosímil que siendo tan hábil y tan instruido en la geografía y mapa de España, como se manifiesta en toda la obra, incurriese en el garrafalísimo despropósito que se lee en el tomo 3, libro 10, cap. 1, donde se dice que habiendo Gil Blas y su fiel criado Scipion partido de Madrid para Asturias, *durmieron la primera noche en Alcalá, y la segunda en Segovia*. Saben hasta los mas zafios arrieros de España que Alcalá respecto de Madrid está á la puerta de Asturias y de Segovia, y por consiguiente que era menester volver á pasar por Madrid ó por sus aledaños para dormir la segunda noche en Segovia. Añádese á esto, que desde Alcalá á dicha ciudad de Segovia hay por lo menos veinte leguas, con un gran puerto que pasar. No era verosímil que se encontrase en España alquilador, ni mucho menos calesero tan poco amante de sus mulas que las quisiera esponer á la fatiga de andar en un dia el camino que difícilmente se puede concluir en dos. De donde se infiere que de ningun manuscrito español, y mas tan bien pensado como el manuscrito en cuestion, pudo tomar el escritor francés tan craso y desatinado error, y consiguientemente que fué originalmente suyo el romance de Gil Blas.

Pero dígame v., veneradísimo señor lector, ¿y no pudo Mr. Alano Renato escribir muy de propósito este despropósito para ocultar mejor su hurto? ¿piensa usted que solo Caco, númen tutelar de los ladrones, tuvo habilidad para inventar ciertos artificios que deslumbrasen á los curiosos indagadores de sus ingeniosos y delicados robos? No señor: esa habilidad, en mayor ó menor grado, la han poseido todos los ladrones de las bolsas y todos los plagiarios de los libros. Pues ahora, siendo tan celebrado *Mr. le Sage por su gran talento de hacer suyos los pensamientos ajenos*, considere vd. si le faltaria el de dejarse caer adredemente tal cual error garrafal para ocultar mejor su juego, y tener el hurto mas encubierto.

Pero en conclusion, ¿para qué nos cansamos, ni á qué fin es aporrear la Sibila, cuando está tan claro el oráculo? ¿Qué necesidad hay de probar que el *Gil Blas de Santillana* fué originalmente español, cuando sus mismos paisanos y panegiristas lo confiendan? ¿No cuentan ellos esta obra *entre las traducciones ó imitaciones* de la lengua española, en que se ejercitó Mr. le Sage? ¿No dicen que sus principales obras en este género fueron, *el Guzman de Alfarache, el Bachiller de Salamanca, el Gil Blas de Santillana, el Diablo Cojuelo, etc.*? ¿No añaden inmediatamente, *que este escritor tenia poca invencion, pero que estaba dotado de ingenio y de buen gusto, como tambien de un gran talento, para vestir de gala las ideas, y hacer suyos los pensamientos ajenos*? ¿Pues qué mas habia de menester yo para tenerle por un español afrancesado, desnudarle de su traje purísimo, vestirle de maragato, presentarle en calzas y jubon, haciéndole hablar en su lenguaje propio, castizo, primitivo y natural?

Viendo estoy que todavía no está v. muy sosegado, y tiene algo que replicarme ó proponerme. Si él que ha hecho esta restitution es un viejo colmilludo, ó *carrasqueño* (como él mismo se llama), y *que no sufre cosquillas cuando se trata de minchonar* ó burlarse de su nacion, ¿cómo un hombre de su edad ha empleado tan mal el tiempo en una obra semi-bufonesca, tomándose una fatiga, que sobre tener tanto de mecánica, parece muy agena de sus años, y quizá tambien de otras sus circunstancias personales, de las cuales se podian esperar trabajos mas sérios, mas útiles, y no menos divertidos? Vamos poco á poco, que la réplica ó la preguntilla pica en historia, tiene varios cabos que atar, y es menester cogerlos todos.

En primer lugar, por lo mismo que soy viejo colmilludo, carrasqueño y muy amante de mi nacion, no podia ni debia sufrir que un francés, fuese el que fuese, se nos viniese con las manos lavadas ó por lavar, á que-

ernos persuadir que un asturiano nacido (como él asegura) del puerto de Pajares allá, habia sido engendrado, concebido y parido del otro lado de los Pirineos, suponiendo que Mr. Alano Renato le Sage, le habia dado á luz, ni mas ni menos como nos quieren decir que Júpiter parió á Minerva.

En segundo lugar la obra no tiene nada de *semi-bufonesca*, aunque está escrita con bastante sal y con tal cual granito de pimienta. El *ridentem dicere verum, quid vetat*, está recibido por todos los de buen gusto, y no se llama *bufonería*, sino razon y gracejo. *Castigat ridendo mores*, ha muchos siglos que se dijo por una



Compróme una cartilla, y quiso él mismo ser mi maestro de leer.—Pág. 7.

obra de las mas instructivas y mas sazonadas que nos dejó la antigüedad. Aunque la vejez esté sujeta á malos humores, no siempre está reñida con el buen humor. *Quien tuvo, retuvo, y dejó para la vejez*, dice nuestro adagio vulgar; que en suma viene á ser lo mismo que aquello de:

Quo semel est imbuta recens
servabit odorem tasta diu

¿Por qué se ha de llamar *semi-bufonesca* una obra que está llena de pinturas muy vivas y muy propias de las costumbres de los hombres, y de reflexiones no menos llenas de juicio, escrita en un estilo, que sin dejar de ser natural es elegante, las voces castizas, y la narracion fluida, limpia y desembarazada, como tambien de cuando en cuando graciosa, pero nunca chocarrera? Una obra de este carácter nada tiene de bufona, y no debiera parecer mal en las manos de cualquiera Matusalem, aunque fuese el último año de su larga vida.

Pase (me volverá á replicar v.); pero dedicarse á

una fatiga tan mecánica, como es una traducción, un hombre de cuya edad y circunstancias se podían esperar trabajos en asuntos más serios, más útiles y no menos divertidos, verdaderamente que es lástima, *e fà molta pietà*. Mil gracias por lo que v. me favorece, esperando tanto de mí; pero aun cuando fuera lo que v. quiere figurarse, hallándome como me hallo sin salud, sin cabeza, sin memoria, sin libros, lleno de axes, y oprimido de cuidados, no puedo hacer otra cosa que ocuparme en este mecanismo para divertir la ociosidad, distraerme un poco de mis males y servir á mi nación en lo poco que ya puedo.

La novela de Gil Blas es un romance muy juicioso, muy instructivo, y al mismo tiempo de grande diversion por los innumerables sucesos que se van enlazando con la mayor conexión, consecuencia y naturalidad; pintándose en ellos con tanta viveza y propiedad las costumbres de los hombres, y haciéndose sobre ellas reflexiones más sólidas y más conformes á la natural honestidad y á la moral evangélica. Si tal vez se introducen algunas aventuras galantes, se tratan con toda la decencia y con todo el decoro que se puede desear en una pluma anciana y circunspecta, debiéndose observar que las aventuras de esta especie se describen de manera que su relación incita á la fuga de ellas por medio del escarmiento.

Pero, ¡oh, señor! ¡que toda esa moralidad está fundada en hechos fabulosos, puesto que es fabuloso hasta el mismo héroe del romance! ¿Y qué importará que los hechos sean imaginarios y fabulosos, con tal que sean parecidos á los verdaderos, si la moralidad es sólida, castiza, y en todo conforme á lo que dictan la religión y la razón? Las fábulas de Fedro y de Esopo, ¿por ventura son más que fábulas? Con todo eso, ¿quién ha negado hasta ahora que aquellos hechos y dichos de las plantas y de los brutos no han enseñado mucho á los hombres? El eruditísimo Pedro Daniel Huet, obispo de Avranches, uno de los hombres más sabios que ha tenido la Francia, escribió un libro sobre *el origen de los romances ó novelas*. No hay más que leerle (dice un crítico moderno), y cualquiera quedará convencido no solo de su antigüedad y de su uso, sino también de su utilidad, como escuela de moral mucho más eficaz que la de cualquiera maestro.

El mismo crítico (1) pretende (y en verdad que no son débiles las razones en que lo funda) que la lectura de las novelas ó romances bien escritos es más útil, á lo menos para las personas particulares, que la de la historia... En esta, á lo sumo solo se aprende lo que se ha hecho, y aun esto pocas veces, porque son muy raros los historiadores, que por la pasión, por el espíritu de partido ó nacional no desfiguren los hechos verdaderos, vendiendo por tales los más alterados, y no pocas veces los más contrarios; pero en los romances se enseña lo que se debe hacer, fundándose la instrucción en lo mismo que claramente se confiesa que no se hizo. Entre los historiadores ningunos suelen ser más falaces que los más jactanciosos de su fidelidad: *nulli jactantius fides suam obligant, quam qui maxime violant*, que dijo uno de ellos (2), muy acreditado entre los modernos; pero los novelistas desde luego entran confesando ser fingido todo lo que dicen: aunque tan parecido á lo que se vé y á lo que se palpa, que la misma ficción conduce por la mano al desengaño, é introduce insensiblemente el documento. La lectura de la historia por lo común solamente se dirige á cargar la memoria de sucesos inciertos y pasados, para hacer ostentación de una pueril y pedantesca erudición, ya en las conversaciones privadas, ya en los escritos públicos; pero la lectura de los romances, aunque sirva á la diversion por la variedad y maraña de los fingidos sucesos, se dirige principalmente al conocimiento práctico del mundo, al descubrimiento

de sus enredos, y á la manera de gobernarse discreta, cristiana y prudentemente en él.

Las novelas, las fábulas y las parábolas todas son muy parecidas en el fin que se proponen. No es otro que enseñar á los hombres á ser hombres: solo se diferencian en que las primeras son largas y divertidas, las segundas todas breves y graciosas, las terceras á veces largas y á veces breves; pero estas, aquellas y las otras todas son morales.

Los que dudaron de la real existencia de Job, la tuvieron por una parábola larga y por un romance corto, pero lleno de grandes documentos. Los pocos que piensan lo mismo de la historia de Tobías, la suponen un superior y precioso romance, tejido de lances singularísimos, que todos inspiran las más altas máximas de la religión, el concepto más elevado de Dios, y los principios más conducentes á estampar en el alma las obligaciones de la humana sociedad. Ninguna de aquellas dos opiniones se puede sostener católicamente, pero tampoco nos hace falta. Las dos parábolas, una de Natan á David, después de su adulterio con Bethsabeé, y otra de la Thecutes, al mismo monarca, después que había resuelto quitar la vida á Absalon por el fratricidio cometido por él en su mismo hermano Ammon; aquellas dos parábolas, vuelvo á decir, son como dos pequeñas novelas: la primera, para que aquel monarca se arrepintiese del adulterio y homicidio de Urias cometido por su causa; y la segunda, para que volviese á recibir en su gracia, y no diese la muerte al hijo fratricida: parábola forjada por su capitán Joab.

No siendo, pues, otra cosa las parábolas que unos breves romances reducidos á un solo suceso enteramente supuesto é imaginario, y no siendo el romance más que una parábola larga, entretegida de varios sucesos fingidos, bien que muy parecidos á los que cada día se ven, para que se palpe la verdadera monstruosidad de estos en la monstruosa irracionalidad de aquellos, de ninguna pluma pueden desdecir, como se traten con la decencia, discreción y juicio que se debe.

Y valga la verdad: ¿qué libros son más provechosos que los que instruyen divirtiendo y enseñan embelesando con el arte de disfrazar el tedioso pedantismo de la lección con la máscara de un cuento hecho á placer y fabricado de planta? Esto hacen los romances bien escritos y las novelas trabajadas con juicio, con pulso y con elección. Ningun buen conocedor ha negado este mérito al romance de Gil Blas, que adoptó Mr. le Sage. Antes bien hay críticos de fino olfato, que en su línea no le juzgan inferior al célebre *Telémaco* del incomparable señor Felenon de Saliñac.

Dije adredemente: *el romance de Gil Blas, que adoptó Mr. le Sage*; porque este solamente dió á luz en francés cuatro tomitos en 12.^o poniendo fin á su divertida novela, describiendo el doble casamiento de Gil Blas con doña Dorotea, hija de don Juan de Juntella, y el de don Juan de Juntella con Serafina, hija de Scipion, y ahijada de Gil Blas. Estos cuatro tomos son precisamente los que han merecido grandes elogios á los críticos de buenas narices, no faltando algunos que le elevan hasta emparejarle con el príncipe de los romances que compuso el célebre y discretísimo arzobispo de Cambray.

Esto es, señor lector, lo que presento á v. como lector, y lo que como protector le dedico. Léame v. con benignidad, favorezca la obra con su protección, y si quiere saber cómo me llamo, ahora se lo va á decir su más rendido servidor,

DON JOAQUIN FEDERICO ISSALPS.

DECLARACION DEL AUTOR.

Como hay personas que no saben leer un libro sin aplicar los caracteres viciosos ó ridículos que en él se censuran á personas determinadas, declaro á estos maliciosos lectores, que harán mal y se engañarán mucho en

(1) Abogado Constantini: *Lettere critiche*, tom. 2. pág. 32.

(2) Fam. de Estrada en el prólogo á su *Historia de Bello Belgico*.

hacer la aplicacion á ningun individuo en particular de los retratos que encontrarán en esta obra. Protesto al público que solamente me he propuesto representar la vida del comun de los hombres tal cual es; y no permita Dios que jamás sea mi ánimo señalar á ninguno con el dedo. Si hubiere alguno que crea se ha dicho por él lo que puede convenir á tantos otros, le aconsejo que calle y no se queje, porque de otra manera él mismo se dará á conocer fuera de tiempo: *Stulté nudabit animi conscientiam*, dice Fedro.

No menos en Francia que en España se usan médicos, cuyo método de curar no es otro que sangrar sobradamente á sus enfermos. Los vicios y los originales ridiculos son de todas las naciones. Confieso que no siempre describi exactamente las costumbres españolas. Por ejemplo: los que saben cómo viven en Madrid los comediantes, quizá me notarán de haberlos pintado con colores demasíadamente mitigados; pero creí deber hacerlo así, porque fuesen algo mas parecidos al mayor disimulo, ó sea civil hipocresia de los nuestros.

GIL BLAS DE SANTILLANA.

UNA PALABRITA AL LECTOR.

Antes de leer la historia de mi vida, escucha, lector amigo, un cuento que te voy á contar.

Caminaban juntos y á pie dos estudiantes desde Peñafiel á Salamanca. Sintiéndose cansados y sedientos, se sentaron junto á una fuente que estaba en el camino. Despues que descansaron y mitigaron la sed, observaron por casualidad una como lápida sepulcral, que á flor de la tierra se descubria cerca de ellos, y sobre la lápida unas letras medio borradas por el tiempo y por las pisadas del ganado que venia á beber á la fuente. Picóles la curiosidad, y lavando la piedra con agua, pudieron leer estas palabras castellanas: *aquí está enterrada el alma del licenciado Pedro Garcia*.

El mas mozo de los estudiantes, que era vivaracho y un si es no es atolondrado, apenas leyó la inscripcion, cuando exclamó riéndose á carcajada tendida: ¡gracioso disparate! ¡*Aquí está enterrada el alma!* Pues qué *¿una alma puede enterrarse?* ¡*Quién me diera á conocer al ignorantísimo autor de tan ridiculo epitafio!* Y diciendo esto, se levantó para irse. Su compañero, que era algo mas juicioso y reflexivo, dijo para consigo: *aquí hay misterio, y no me he de apartar de este sitio hasta averiguarlo*. Dejó partir al otro, y sin perder tiempo sacó un cuchillo, y comenzó á socavar la tierra alrededor de la lápida hasta que logró levantarla. Encontró debajo de ella un bolsillo. Abrióle, y halló en él cien ducados, con estas palabras en latin: *declárote por heredero mio á ti, cualquiera que seas, que has tenido ingenio para entender el verdadero sentido de la inscripcion; pero te encargo que uses de este dinero mejor que yo usé de él*. Alegre el estudiante con este descubrimiento, volvió á poner la lápida como antes estaba, y prosiguió su camino á Salamanca, llevándose el alma del licenciado.

Tú, amigo lector, seas quien fueres, necesariamente te has de parecer á uno de estos dos estudiantes. Si lees mis aventuras sin hacer reflexion á las instrucciones morales que se encierran en ellas, ningun fruto sacarás de esta lectura; pero si las leyeres con atencion, encontrarás *lo útil mezclado con lo divertido*, que tantas veces se ha repetido en los libros desde que Horacio lo decantó.

LIBRO I.

CAPITULO I.

Nacimiento de Gil Blas, y su educacion.

Blas de Santillana, mi padre, despues de haber servido muchos años en los ejércitos de la monarquía espa-

ñola, se retiró al lugar donde habia nacido. Casóse con una aldeana, y yo nací al mundo diez meses despues que se habian casado. Pasáronse á vivir á Oviedo, donde mi madre se acomodó por moza de cámara, y mi padre por escudero. Como no tenian mas bienes que su salario, corria gran peligro mi educacion de no haber sido la mejor, si Dios no me hubiera deparado un tío, que era canónigo de aquella iglesia. Llamábase Gil Perez: era hermano mayor de mi madre, y habia sido mi padrino. Figúrate allá en tu imaginacion, lector mio, un hombre pequeño, de tres pies y medio de estatura, extraordinariamente gordo, con la cabeza zabullida entre los hombros, y hé aqui la *vera efigies* de mi tío. Por lo demas, era un eclesiástico que solo pensaba en darse buena vida; quiero decir, en comer y en tratarse bien, para lo cual le suministraba suficientemente la renta de su prebenda.

Llevóme á su casa cuando yo era aun niño, y se encargó de mi educacion. Parecióle desde luego tan despejado, que resolvió cultivar mi talento. Compróme una cartilla, y quiso él mismo ser mi maestro de leer. Tambien hubiera querido enseñarme por si mismo la lengua latina, porque ese dinero ahorraria; pero el pobre Gil Perez se vió precisado á ponerme bajo la férula de un preceptor, y me envió al doctor Godínez, que pasaba por el mas hábil pedante que habia en Oviedo. Aproveché tanto en esta escuela, que al cabo de cinco ó seis años entendia un poco los autores griegos, y suficientemente los poetas latinos. Apliquéme despues á la lógica, que me enseñó á discurrir y argumentar sin término. Gustabanme mucho las disputas, y detenía á los que encontraba, conocidos, ó no conocidos, para proponerles cuestiones y argumentos. Encontrábame algunas veces con ciertas figuras escocesas, no menos escolastizadas que yo, y entonces era indispensable disputar. ¡Qué voces, qué patadas, qué gestos, qué contorsiones, qué espumarajos en las bocas! Mas parecíamos energúmenos que filósofos.

De esta manera logré gran fama de sabio en toda la ciudad. A mi tío se le caía la baba, y se alegró infinito con la esperanza de que en virtud de mi reputacion presto dejaria de tenerme sobre sus costillas. Díjome un dia: *ola, Gil Blas, ya no eres niño; tienes diez y siete años, y Dios te ha dado habilidad. Hemos menester pensar en ayudarte. Estoy resuelto á enviarte á la universidad de Salamanca, donde con tu ingenio y con tu talento no dejarás de colocarte en algun buen puesto. Para tu viaje te daré algun dinero, y la mula que vale de diez á doce doblones, la que podrás vender en Salamanca, y mantenerte despues con el dinero hasta que logres algun empleo que te dé de comer honradamente.*

No me podia mi tío proponer cosa mas de mi gusto, porque reventaba por ver mundo. Sin embargo, supe vencerme y disimular mi alegría. Cuando llegó la hora de partir solo me mostré sensible al dolor de separarme de un tío á quien debia tantas obligaciones: enternecióse el buen señor, de manera que me dió mas dinero del que me daria si hubiera leído ó penetrado lo que pasaba en el fondo de mi corazon. Antes de montar quise ir á dar un abrazo á mi padre y á mi madre, los cuales no anduvieron escasos en materia de consejos. Exhortáronme á que todos los dias encomendase á Dios á mi tío, á vivir cristianamente, á no mezclarme nunca en negocios peligrosos, y sobre todo á no desear, ni mucho menos tomar la ageno contra la voluntad de su dueño. Despues de haber arengado largamente, me regalaron con su bendicion, la única cosa que podia esperar de ellos. Inmediatamente monté en mi mula, y salí de la ciudad.

CAPITULO II.

De los sustos que tuvo Gil Blas en el camino de Peñafior, lo que hizo cuando llegó allí, y lo que le sucedió con un hombre que cenó con él.

Eteme aqui ya fuera de Oviedo, camino de Peñafior, en medio de los campos, dueño de mi persona, de una

mala mula, y de cuarenta buenos ducados, sin contar algunos reales mas que habia hurtado á mi bonísimo tío. La primera cosa que hice fué dejar la mula á discrecion; esto es, que andase al paso que quisiese. Echéla las riendas sobre el pescuezo, y sacando de la faltriquera mis ducados, los comencé á contar y recontar dentro del sombrero. No podia contener mi alegría. Jamás me habia visto con tanto dinero junto. No me hartaba de verle, tocarle y retocarle. Estábase recontando quizá por la vigésima vez, cuando la mula alzó de repente la cabeza en aire de espantadiza, aguzó las orejas, y se paró en medio del camino. Juzgué desde luego que la habia espantado alguna cosa, y examiné lo que podia ser. Vi en medio del camino un sombrero con un rosario de cuentas gordas en su copa; y al mismo tiempo oí una voz lastimosa, que pronunció estas palabras: *Señor pasajero, tenga vmd. piedad de un pobre soldado estropeado, y sírvase de echar algunos reales en ese sombrero, que Dios se lo pagará en el otro mundo.* Volvi los ojos hácia donde venia la voz, y vi al pié de un matorral, á veinte ó treinta pasos de mí, una especie de soldado, que sobre dos palos cruzados apoyaba la boca de una escopeta, que me pareció mas larga que una lanza, con la cual me apuntaba á la cabeza. Sobresaltéme estrañamente, miré como perdidos mis ducados, y empecé á temblar como un azogado. Recogí lo mejor que pude mi dinero; metíle disimulada y boníticamente en la faltriquera, y quedándome en las manos con algunos tarines, los fui echando poco á poco, uno á uno en el sombrero destinado para recibir la limosna de los cristianos cobardes y atemorizados, á fin de que conociese el soldado que yo lo hacia noble y generosamente. Quedó satisfecho de mi generosidad, y me dió tantas gracias como yo espolazos á la mula para que cuanto antes me alejase de él; pero la maldita bestia, burlándose de mi impaciencia, no por eso caminaba mas aprisa. La vieja costumbre de caminar paso á paso, bajo el gobierno de mi tío, la habia hecho olvidarse de lo que era el galope.

No me pareció esta aventura el mejor agüero para el resto del viage. Veia que aun no estaba en Sa'amanca, y que me podian suceder otros peores. Parecióme que mi tío habia andado poco prudente en no haberme entregado á algun arriero. Esto era sin duda lo que debiera haber hecho; pero le parecia que dándome su mula gastaria menos en el viage; lo cual le hizo mas fuerza que la consideracion de los peligros á que me esponia. Para reparar esta falta determiné vender mi mula en Peñaflo, si tenia la dicha de llegar á aquel lugar, y ajustarme con un arriero hasta Astorga, haciendo lo mismo con otro desde Astorga á Salamanca. Aunque nunca habia salido de Oviedo, sabia los nombres de todos los lugares por donde debia de pasar, habiéndome informado de ellos antes de ponerme en camino.

Llegué felizmente á Peñaflo, y me paré á la puerta de un meson, que tenia bella apariencia. Apenas eché el pié á tierra, cuando el mesonero me salió á recibir con mucha cortesía. El mismo desató mi maleta y mis alforjas, cargó con ellas, y me condujo á un cuarto, mientras sus criados llevaban la mula á la caballeriza. Era el tal mesonero el mayor hablador de todo Asturias, tan fácil de contar, sin necesidad, todas sus cosas, como curioso en informarse de las ajenas. Díjome que se llamaba Andrés Corzuelo, y que habia servido al rey muchos años de sargento, y que se habia retirado quince meses habia, por casarse con una moza de Castropol, que era buen bocado, aunque algo morena. Despues me dió una infinidad de otras cosas, que tanto importaba saberlas como ignorarlas. Hecha esta confianza, juzgándose ya acreedor á que yo le correspondiese con la misma, me preguntó quién era, de dónde venia, y á dónde caminaba. A todo lo cual me consideré obligado á responder artículo por artículo, puesto que cada pregunta la acompañaba con una profunda reverencia, suplicándome muy respetuosamente que perdonase su curiosidad. Esto me empeñó sensiblemente en una larga conversa-

cion con él, en la cual ocurrió hablar del motivo y fin que tenia en desear deshacerme de mi mula, y proseguir el viage con algun arriero. Todo me lo aprobó mucho, y no cierto sucintamente, porque me representó todos los accidentes que me podian suceder, y me embocó mil funestas historias de los caminantes. Pensé que nunca acabase; pero al fin acabó diciéndome que si queria vender mi mula, él conocia un mulatero, hombre muy de bien, que acaso la compraria. Respondile que me daria gusto en enviarle á llamar; y él mismo en persona partió al punto á noticiarme mi deseo.

Volvió en breve acompañado del chalan, y me le presentó ponderando mucho su honradez. Entramos en el corral, donde habian sacado mi mula. Paseáronla y repaseáronla delante del mulatero, que con grande atencion la examinó de pies á cabeza. Púsola mil tachas, hablando de ella muy mal. Confieso que tampoco podia decir de ella mucho bien; pero lo mismo diria aunque fuera la mula del papa. Protestaba que tenia cuantos defectos podia tener el animal, apelando al juicio del mesonero, que sin duda tenia sus razones para confirmarse con el suyo. Ahora bien, me preguntó friamente el chalan, ¿cuánto pide vmd. por su mula? Yo, que la daria de valde, despues del elogio que habia hecho de ella, y sobre todo de la atestacion del señor Corzuelo, que me parecia hombre honrado, inteligente y sincero, le respondí remitiéndome en todo á lo que la apreciase su hombría de bien y su conciencia, protestando que me conformaria con ello. Replicóme, picándose de hombre de bien y timorato, que habiendo interesado su conciencia, le tocaba en lo mas vivo y en lo que mas le dolia, porque al fin este era su lado mas flaco; y efectivamente no era el mas fuerte, porque en lugar de los diez ó doce doblones en que mi tío la habia valuado, no tuvo vergüenza de tasarla en tres ducados, que me entregó, y yo recibí tan alegre como si hubiera ganado mucho en aquel trato.

Despues de haberme deshecho tan ventajosamente de mi mula, el mesonero me condujo á casa de un arriero que el dia siguiente habia de partir á Astorga. Díjome éste que pensaba partir antes de amanecer, y que él tendria cuidado de despertarme. Quedamos de acuerdo en lo que le habia de dar por comida y macho, y yo me volví al meson en compañía de Corzuelo, el cual en el camino me comenzó á contar toda la historia del arriero. Encajóme cuanto se decia de él en la villa, y me iba ya á aserrar con su inestancable habladuría, cuando por fortuna le interrumpió un hombre de buena traza, que se acercó á él, y le saludó con mucha urbanidad. Dejélos á los dos, y proseguí mi camino, sin pasarme por el pensamiento que pudiese yo tener parte alguna en su conversacion.

Luego que llegué al meson pedí la cena. Era dia de viernes, y me contenté con huevos. Mientras los disponia travé conversacion con la mesonera, que hasta entonces no se habia dejado ver. Parecióme bastante linda, de modales muy desembarazados y vivos. Cuando me avisaron que ya estaba hecha la tortilla, me senté á la mesa solo. No bien habia comido el primer bocado, hé aquí que entra el mesonero en compañía de aquel hombre con quien se habia parado á hablar en el camino. El tal caballero, que podia tener treinta años, traia al lado un largo chafarote. Acercóse á mí con cierto aire alegre y apresurado: señor licenciado, me dijo, acabo de saber que vmd. es el señor Gil Blas de Santillana, la honra de Oviedo, y la antorcha de la filosofia. ¿Es posible que sea vmd. aquel jóven sapientísimo, aquel ingénio sublime, cuya reputacion es tan grande en todo este pais? Vosotros no sabeis (volviéndose al mesonero y á la mesonera) qué hombre teneis en casa. Teneis en ella un tesoro. En este mozo estais viendo la octava maravilla del mundo. Volviéndose despues hácia mí, y echándome los brazos al cuello, escuse vmd. me dijo, mis arrebatos, no soy dueño de mí mismo, ni puedo contener la alegría que me causa su presencia.

No pude responderle de pronto, porque me tenia tan estrechamente abrazado, que apenas me dejaba libre la respiracion; pero luego que desembaracé un poco la cabeza, le dije: nunca crei que mi nombre fuese conocido en Peñafior. ¿Qué llama conocido? me repuso en el mismo tono. Nosotros tenemos registro de todos los grandes personajes que nacen á veinte leguas en contorno. Vmd. está reputado por un prodigio, y no dudo que algun dia hará España tanta gloria de haberle producido, como la Grecia de ser madre de siete sabios. A estas palabras se siguió un nuevo abrazo que hube de aguantar aun á peligro de que me sucediese la desgracia de Antheo. Por poca esperiencia del mundo que yo hubiera tenido, no me dejaria ser el dominguillo de sus demostraciones, ni de sus hipóboles. Sus immoderadas adulaciones y escesivas alabanzas me haria conocer desde luego que era uno de aquellos parasitos, pegotes y petardistas que se hallan en todas partes, y se introducen con todo forastero para llenar la barriga á costa suya; pero mis pocos años y mi vanidad me hicieron formar un juicio muy distinto. Mi panegirista y mi admirador me pareció un hombre muy de bien y muy real: y asi le convidé á cenar conmigo. Con mucho gusto, me respondió prontamente; antes bien estoy muy agradecido á mi buena estrella, por haberme dado á conocer al ilustre señor Gil Blas, y no quiero malograr la fortuna de estar en su compañía, y disfrutar sus favores lo mas que me sea posible. A la verdad, prosiguió, no tengo gran apetito, y me sentaré á la mesa solo por hacer compañía á vmd. comiendo algunos bocados meramente por complacerle, y por mostrar cuanto aprecio sus finezas.

Sentóse enfrente de mí el señor mi panegirista. Trajéronle un cubierto, y se arrojó á la tortilla con tanta ansia y con tanta precipitacion como si hubiera estado tres dias sin comer. Por el gusto con que la comia conoci que presto daria cuenta de ella. Mandé que se hiciese otra, lo que se ejecutó prontamente: pusieronla en la mesa cuando acabámos, ó por mejor decir, cuando mi huésped acababa de engullirse la primera. Sin embargo, comia siempre con igual presteza, y sin perder bocado añadia incesantemente alabanzas sobre alabanzas, las cuales me sonaban bien, y me hacian estar muy contento de mi personilla. Bebia frecuentemente, brindando unas veces á mi salud, y otras á la de mi padre y de mi madre; no hartándose de celebrar su fortuna en ser padres de tal hijo. Al mismo tiempo echaba vino en mi vaso, incitándome á que le correspondiese. Con efecto, no correspondia yo mal á sus repetidos brindis; con lo cual, y sus adulaciones me senti de tan buen humor, que viendo ya medio comida la segunda tortilla, pregunté al mesonero si tenia algun pescado. El señor Corzuelo, que segun todas las apariencias, se entendia con el petardista, respondió: tengo una excelente trucha; pero costará caro á los que la coman, y es bocado demasadamente ágrío para vmd. ¿Qué llama vmd. demasadamente ágrío? replicó mi adulador. Traiga vmd. la trucha, y descuide de lo demas. Ningun bocado, por costoso que sea, es ágrío para el señor Gil Blas de Santillana, que merece ser tratado como un principe.

Tuve particular gusto de que hubiese retrucado con tanto aire las últimas palabras del mesonero, en lo cual no hizo mas que prevenirme. Dime por ofendido, y dije con enfado al mesonero: venga la trucha, y otra vez piense mas en lo que dice. El mesonero, que no deseaba otra cosa, hizo cocer luego la trucha, y presentóla en la mesa. A vista del nuevo plato brillaron de alegría los ojos del párasito, que dió mayores pruebas del deseo que tenia de complacerme; es decir, que se avalanzó al pez ni mas ni menos como se habia arrojado á las tortillas. No obstante se vió precisado á rendirse temiendo algun accidente, porque se habia hartado hasta el gollete. En fin, despues de haber comido y bebido hasta mas no poder, quiso poner fin á la comedia. Señor Gil Blas, me dijo alzándose de la mesa, estoy tan contento de lo bien que vmd. me ha tratado, que no le puedo dejar sin dar-

le un importante consejo, de que me parece tiene n^o poca necesidad. Desconfie siempre de todo hombre que no conozca, y esté siempre muy sobre si para no dejarse engañar de las alabanzas. Podrá vmd. encontrarse con otros que quieran, como yo, divertirse á costa de su credulidad, y puede suceder que las cosas pasen mas adelante. No sea vmd. su hazme reir, y no crea sobre su pa'abra que le tengan por la octava maravilla del mundo. Diciendo esto, rióse de mí en mis bigotes, y volviómela las espaldas.

Senti tanto esta burla, como cualquiera de las mayores desgracias que me sucedieron despues. No hallaba consuelo viéndome burlado tan groseramente, ó por mejor decir, viendo mi orgullo tan humillado. ¿Es posible, me decia yo, que aquel traidor se hubiese burlado de mí! Pues qué, ¿solamente buscó al mesonero para sacarle el gusano de la nariz, ó estabau ya de inteligencia los dos? ¡Ah, pobre Gil Blas! muérete de vergüenza, por-



Vimos entrar al arriero furioso.—Pag. 10.

que diste á estos bribones justo motivo para que te hagan ridiculo. Sin duda que compondrán una buena historia de esta burla, la cual podrá muy bien llegar á Oviedo, y en verdad que te hará grandísimo honor. Tus padres se arrepentirán de haber arengado tanto á un mentecato. En vez de exhortarme á que no engañase á nadie, debieran haberme encomendado que de ninguno me dejase engañar. Agitado de estos amargos pensamientos, y encendido en cólera, me cerré en mi cuarto, y me meti en la cama; pero no pude dormir, y apenas habia cerrado los ojos, cuando el arriero vino á despertarme, y á decirme que solo esperaba por mí para ponerse en camino. Levantéme prontamente, y mientras me estaba vistiendo vino Corzuelo con la memoria del gasto, en la cual no se olvidaba la trucha, y no solamente hube de pasar por todo lo que él cargaba, sino

que mientras le estaba contando el dinero, tuve el dolor de conocer se estaba relamiendo en la memoria del pasado chasco de la noche precedente. Despues de haber pagado bien una cena que habia digerido tan mal, parti con mi maleta á casa del arriero, dando á todos los diablos al parásito, al mesonero y al meson.

CAPITULO III.

De la tentacion que tuvo el arriero en el camino, en qué paró, y cómo Gil Blas se estrelló contra Caribdis queriendo evitar á Scila.

No era yo solo el que habia de caminar con el arriero. Habianse ajustado con él mismo dos hijos de familia de Peñafior; un muchacho ó niño de coro de Mondoñedo, que iba á correr mundo, un mozuelo ciudadano de Astorga, y una moza del Vierzo, con quien acababa de casarse. En poco tiempo nos hicimos amigos, y cada uno contó dónde iba, y de dónde venia. Aunque la novia estaba en lo mejor de su edad, era tan negra y de tan poca gracia, que no me daba mucho gusto el mirarla: con todo eso, sus pocos años y su robustez, inclinaron hácia ella al arriero, tanto que resolvió hacer una tentativa para lograr sus favores. Pasó la jornada en meditar el modo, y dilató la ejecucion hasta la última posada. Esta fué en Cacabelos. Hizonos apearse en un meson que está á la entrada del lugar; esto es, un poco fuera de él, cuyo mesonero sabia muy bien, que era un hombre callado y amigo de complacer. Dispuso que nos condujese á un cuarto muy retirado, donde nos dejó cenar tranquilamente; pero al fin de la cena vimos entrar al arriero furioso como un demonio, votando, jurando y blasfemando; y mirándonos á todos con ojos centelleantes, ¡vive Dios! dijo, que me han hurtado cien doblones que traia en una bolsa de cuero, y por Jesucristo que han de parecer. Ahora, ahora me voy derecho al juez para que dé tormento á todos, hasta que se descubra el ladron y me restituya mi dinero. Diciendo esto con un aire muy natural, nos volvió apresurada y broncamente las espaldas, dejándonos atónitos, y mirándonos los unos á los otros.

A ninguno le ocurrió que podia ser aquello una ficcion, porque todavia no nos podiamos conocer bien; antes desde luego sospeché yo que el ladron seria el muchacho de coro, así como él quizá sospecharia lo mismo de mí. Fuera de eso, todos éramos unos pobres simples, que no sabiamos las formalidades que preceden en semejantes casos antes de llegar á la prueba del tormento, y desde luego creimos que se habia de comenzar por aquí. Poseidos, pues, de esta aprension, precipitadamente nos salimos del cuarto, escapando unos á la calle, y otros al huerto, para salvarse cada cual como pudiese, y el novio de Astorga, turbado con la idea del tormento, se salvó como otro Eneas, olvidado enteramente de su muger. Entonces el arriero, segun supe con el tiempo, mas incontinentemente que sus machos, y muy alegre porque su estratagemá habia producido el efecto que pretendia, entró en el cuarto donde estaba la novia haciendo alarde de su invencion, y procuró aprovecharse de la ocasion, pero aquella Lucrecia asturiana, á quien daba mayores fuerzas la mala traza del arriero, hizo una vigorosa resistencia dando descompasados gritos. La patrulla, que por casualidad se hallaba cerca de una posada, que sabia ser muy digna de su atencion, entró en ella, y preguntó quién daba y cuál era el motivo de aquellos gritos. El mesonero estaba cantando en la cocina, y fingiendo que nada habia oido. No obstante, se vió precisado á conducir al comandante y á la patrulla al cuarto de la persona que gritaba. Conoció luego el alférez el negocio de qué se trataba, y como era hombre grosero y brutal regaló provisionalmente al enamorado arriero con cinco ó seis buenos palos con el mangon de su alabarda, y le arengó con unas voces tan ofensivas al pudor, como la accion que daba motivo á la arenga. No se contentó con esto. Echó mano del delincuente, y le condujo á la

presencia del juez, juntamente con la agraviada delatora, que absolutamente quiso ir en persona á quejarse de él, no obstante, el desórden en que se hallaba. Oyóla el juez, y habiéndola observado atentamente, halló que el acusado no tenia excusa alguna, y que era indigno de perdon. Mandó al punto que le despojasen, y que en su presencia le diesen sendos azotes; y ordenó despues, que si el dia siguiente no parecia el marido de aquella muger, dos soldados la llevasen con toda decencia á Astorga á costa del arriero.

Por lo que toca á mí, atemorizado quizá mas que los otros, sali prontamente al campo, y atravesando tierras, penetrando matorrales, y saltando los fosos que hallaba en el camino, llegué finalmente á un lóbrego y espeso bosque. Iba á entrar en él y á esconderme en el mas herizado matorral, cuando me vi de repente con dos hombres á caballo que se pararon delante de mí. ¿Quién va allá? dijeron: y como el miedo y la sorpresa no me dejaron hablar, acercándose mas, cada uno me puso al pecho una pistola, intimándome pena de la vida, y qué iba yo á hacer en aquel bosque. A esta manera de preguntar, que me pareció un *quid pro quo* del tormento con que se habia burlado de nosotros el arriero, respondí que era un pobre estudiante de Oviedo, que iba á continuar mis estudios en Salamanca, refiriéndoles lo que nos acababa de suceder, y confesando sencillamente que el miedo del tormento me habia hecho huir, sin saber donde esconderme. Dieron una grande carcajada, cuando oyeron un discurso que tanto mostraba mi sencillez, y uno de ellos me dijo: no tengas miedo, querido: vente con nosotros, y no temas, que te pondremos en toda seguridad. Diciendo esto, me hizo montar en la grupa de su caballo, y volviendo las riendas, nos envainamos todos tres en lo mas intrincado y mas espeso del bosque.

No sabia yo qué pensar de tal encuentro; mas no pronosticaba cosa mala. Si estos hombres fueran ladrones, me decia yo á mí mismo, ya me hubieran robado, y quizá asesinado tambien. Acaso serán algunos buenos hidalgos de esta tierra, que viéndome atemorizado se han compadecido de mí, y por caridad me llevan á su casa. No me duro mucho la duda. Despues de algunas vueltas y revueltas, con grandísimo silencio, llegamos finalmente al pie de una colina, donde nos apeamos. Aquí hemos de dormir, dijo uno de los caballeros. Por mas que yo volvía los ojos á todas partes no veia casa, choza ó cabaña, ni la mas minima señal de habitacion: cuando vi que aquellos dos hombres alzaron una gran trampa de madera, cubierta de tierra y de enramada que ocultaba una larga entrada soterránea muy pendiente, por donde los caballos por sí mismos se dejaron resvalar, como quienes ya estaban acostumbrados. Los caballeros me hicieron entrar con ellos, y dejaron caer la trampa con unas cuerdas, que para este efecto estaban fuertemente atadas á ella. Y hé aquí al digno sobrino de mi tío el canónigo Gil Perez metido como raton en una ratonera.

CAPITULO IV.

Descripcion de la cueva soterránea, y de lo que vió en ella Gil Blas.

Entonces conocí entre qué especie de gentes me hallaba yo, y fácilmente se puede adivinar que este conocimiento me quitaria el primer temor; pero otro mucho mayor se apoderó luego de mí. Di por supuesto que iba á perder la vida con mis pobres ducados. Y mirándome como una victima que era conducida al sacrificio, caminaba mas muerto que vivo entre mis conductores, cuando advirtiéndolos mismos que de pies á cabeza iba temblando, me exhortaron con la mayor dulzura, pero inútilmente, á que depusiese todo temor. Habriamos caminado como unos doscientos pasos, siempre bajando, y siempre caracoleando, cuando entramos en una especie de caballeriza, á que daban luz dos grandes candiles que pendian de la bóveda. Habia en ella una buena provision

de paja y muchos sacos atestados de cebada. Podian caer en ella cómodamente hasta veinte caballos, pero á la sazón solamente habia los dos que acababan de llegar. Vino á atarlos al pesebre un negro ya viejo, pero en la traza fornido y vigoroso. Salimos de la caballeriza, y á la triste luz de otros candiles, que parecian alumbrar solo para que se viese el horror de aquella caverna, llegamos á la cocina, donde una vieja estaba asando las viandas y disponiendo la cena. No faltaba en la cocina utensilio alguno de los necesarios, é inmediata á ella estaba la despensa bien abastecida de todo género de provisiones. La cocinera, porque es necesario que la describa, era una persona de sesenta años, y encima de ellos algunos mas. Cuando moza eran sus cabellos de un rubio extraordinariamente vivo, porque aun en su presente edad no estaban tan blancos que de trecho en trecho no se conservasen algunas manchas, residuos del primitivo color. El de la cara era aceitunado: su barba puntiaguda, con alguna elevacion; los labios muy hundidos, y una nariz tan larga y encorvada, que casi llegaba á besar la boca con la punta; y sus ojos tan encarnados, que parecian dos tomates maduros.

Señora Leonarda, dijo uno de los caballeros presentándome á aquel bello ángel de tinieblas, mire este mocito que la traemos: y volviéndose despues á mí, y viéndome pálido y consumido, me dijo: vuelve, querido. en tí y no tengas miedo, pues no te queremos hacer mal. Nos hacia falta un mozo que aliviase en algo á nuestra pobre cocinera. Te encontramos, y esta ha sido tu fortuna. Ocuparás la plaza de un mozo que murió quince dias há, porque era de delicada complexion. La tuya parece mas robusta, y no morirás tan presto. A la verdad no volverás ya á ver el sol, pero en recompensa comerás bien, y tendrás siempre buena lumbre. Pasarás la vida con Leonarda, que es una criatura muy amable y humana. Tendrás cuantas conveniencias quisieres, y ahora conocerás que no has venido á vivir entre algunos pordioseros y despilfarrados. Al mismo tiempo tomó una luz, y me ordenó que le siguiese. Llevóme á una bodega donde ví una infinidad de botellas y grandes vasijas de barro bien tapadas, llenas todas de vinos esquisitos. Hizome pasar despues por muchos cuartos: unos atestados de piezas de lienzo muy delicadas, otros de ricos paños y telas de lana y seda. En este habia gran cantidad de plata y oro; en aquel igual ó mayor porcion de bajilla en diferentes armarios. Seguí despues á un gran salon que alumbraban tres grandes arañas de metal, y conducia á otros cuartos que se comunicaban con él. Aqui me hizo nuevas preguntas; es á saber, cómo me llamaba, y por qué habia salido de Oviedo. Despues que satisficé su curiosidad: ahora bien, Gil Blas, me dijo con mucho agrado, acomodo que solo saliste de tu patria para lograr algun acomodo, parece que naciste de pie, pues se te proporciona vivir entre nosotros. Ya te lo he dicho: aqui vivirás en medio de la abundancia; nadarás en oro y plata, y estarás con toda seguridad. Tal es este soterráneo, que aunque venga cien veces á este bosque la Santa Hermandad, nunca dará con él. La entrada solo la conocemos yo y mis camaradas. ¿Acaso me preguntarás cómo hemos podido nosotros fabricar este soterráneo, sin que lo supiesen los paisanos de los lugares vecinos? Pero has de saber, amigo mio, que esta no ha sido obra nuestra, sino de muchos siglos. Despues que los moros se apoderaron de Granada, de Aragon, y de casi toda España, los cristianos que no se quisieron sujetar al yugo de los infieles, huyeron, y se ocultaron en este país, en Vizcaya y Asturias, adonde se retiró tambien el valiente don Pelayo. Los fugitivos y dispersos vivian por familias en los bosques y en las mas ásperas montañas: unos escondidos en cavernas, y otros en soterráneos, que ellos mismos fabricaron, y este es uno de tantos. Despues que afortunadamente arrojaron de España á sus enemigos, se volvieron á sus ciudades, villas y lugares, y desde entonces los soterráneos sirvieron de asilos á las gentes de nuestra profesion. Es cierto que la Santa Hermandad ha

descubierto y destruido algunos; pero todavia han quedado muchos, y yo, gracias al cielo, quince años hace que habito impunemente en este. Llámome el capitán Rolando, soy el gefe de la compañía, y el otro que viste conmigo es uno de mis camaradas.

CAPITULO V.

Del arribo de otros ladrones al soterráneo, y de la conversacion que tuvieron entre sí.

No bien habia dicho estas palabras el capitán, cuando aparecieron en el salon seis caras nuevas, que eran su teniente, y otros cinco de la gavilla. Venian cargados de presa. Traian dos grandes zurroneos llenos de azúcar, canela, almendras y pasas. El teniente, dirigiéndose al capitán, le dijo que habia despojado á un especiero de Benavente de aquellos zurroneos, como tambien del macho que los llevaba; y despues de haber dado cuenta de su expedicion en el despacho, se entregó en la despensa la hacienda del especiero. Hecho esto se trató de cenar y de alegrarse. Prepararon en el salon una gran mesa, y á mí me enviaron á la cocina, para que la tia Leonarda me instruyese en lo que debia hacer. Cedi á la necesidad, ya que mi mala suerte lo queria así, y disimulando mi sentimiento, me dispuse á servir á una gente tan honrada.

Di principio por el aparador, cubriéndole de vasos y salvillas de plata, flanqueadas de botellas llenas del excelente vino que el señor Rolando me habia ponderado. Puse en la mesa dos géneros de sopa, á cuya vista todos ocuparon sus asientos. Comenzaron á comer con mucho apetito, manteniéndome yo tras de ellos en pie para servirles el vino. El capitán en pocas palabras les contó mi historia de Cacabelos, con la cual se divertieron mucho. Aseguróles despues que yo era un mozo de mérito; pero como estaba ya tan escarmentado de las alabanzas, pude oír mis elogios sin peligro. Convinieron todos en que parecia yo nacido para ser copero suyo, y que valia cien veces mas que mi predecesor. Como despues de su muerte la señora Leonarda era la que habia servido el nectar á aquellos dioses infernales, la privaron de este glorioso empleo, para revestirme á mí de él. De esta manera me hallé convertido en nuevo Ganimedes, sucesor de aquella maldita Hebéa.

Despues de la sopa se presentó un gran plato de asado para acabar de saciar á los señores ladrones, los cuales bebian tanto como comian, y en breve tiempo se pusieron todos de buen humor, y comenzaron á meter mucha bulla. Hablaban todos á un mismo tiempo: uno comenzaba una historia, otro le interrumpia con un chiste ó con una frialdad; éste grita, aquel canta, y en fin, ya no se entendian unos á otros. Fatigado Rolando de una escena, en que él ponía mucho de su parte, pero todo inútilmente, levantó la voz, é impuso silencio á la compañía. Señores, les dijo, atencion á lo que voy á proponer. En vez de aturdirnos unos á otros, hablando todos á un tiempo, ¿no seria mejor divertirnos, y hablar como hombres de juicio y de razon? Ahora me ocurre un pensamiento. Desde que vivimos juntos nunca hemos tenido la curiosidad de informarnos reciprocamente de qué familia ó casa somos, ni de la serie de aventuras por donde venimos á abrazar esta profesion. Con todo me parece esta una cosa muy digna de saberse. Hagámonos, pues, esta confianza, que podrá servir no menos para nuestra diversion, que para nuestro gobierno. El teniente y los demas, como si tuvieran alguna buena cosa que contar, aceptaron con grandes demostraciones de alegria la proposicion del capitán, el cual comenzó á hablar en estos términos:

Ya saben vds., señores, que yo soy hijo único de un rico vecino de Madrid. Celebróse mi nacimiento en la familia con grandes regocijos. Mi padre, que ya era viejo, sintió suma alegria al verse con un heredero, y mi madre quiso criarme con su propia leche. Vivía entonces

mi abuelo materno. Era un hombre que solo sabia rezar su rosario, y contar sus proezas militares, porque habia servido al rey muchos años, y no se ocupaba ya en mas. Insensiblemente vine yo á ser el idolo de estas tres personas. Continuamente me tenian en sus brazos. Por miedo de que el estudio no me fatigase en mis primeros años, me los dejaron pasar en los divertimientos mas pueriles. No conviene, decia mi padre, que los niños se apliquen á cosas serias, hasta que el tiempo haya madurado un poco su razon. Esperando esta madurez, no aprendia á leer ni escribir, mas no por eso perdía el tiempo. Mi padre me enseñaba mil géneros de juegos; conocia yo perfectamente los naipes, jugaba á los dados, y mi abuelo me contaba novelas sobre las expediciones militares en que se habia hallado. Cantábame siempre unas mismas coplas acerca de dichas expediciones; cuando en espacio de tres meses habia aprendido bien diez ó doce versos, los repetia sin errar un punto delante de mis padres, los cuales se admiraban de mi prodigiosa

cultad para darme el menor castigo. A lo sumo le permitieron que alguna vez me amenazase solo para intimidarme. Sirvió de poco esta permission, porque me burlaba de las amenazas de mi preceptor, ó bien con las lágrimas en los ojos iba á quejarme á mi madre ó á mi abuelo, diciéndoles que el ayo me habia maltratado. En vano acudia el pobre diablo á desmentirme: teníanle por un hombre brutal, y siempre me creian á mí mas que á él. Un dia me arañé yo mismo, y me fui á quejar del maestro porque me habia desollado; inmediatamente le despidió de casa mi madre sin querer darle oídos, por mas que protestaba al cielo y á la tierra, que ni siquiera me habia tocado.

De este mismo modo me fui desembarazando de mis preceptores hasta que me presentaron uno como le deseaba, y me convenia para acabarme de perder. Era un bachiller de Alcalá; ¡excelente maestro para un hijo de familia! Era dado á las mugeres, al juego y á la tabernilla. No me podian haber puesto en mejores manos. Desde luego se dedicó á ganarme por el amor y por la dulzura. Consiguiólo, y por este medio logró que tambien le amasen mis padres, los cuales me entregaron enteramente á su gobierno. No tuvieron de qué arrepentirse; porque en breve tiempo, y desde luego me perfeccioné en la ciencia del mundo. A fuerza de llevarme consigo á todos los parages donde tenia su diversion, me inspiró de tal manera el gusto, que á escepcion del latin, en lo demas era yo un muchacho universal. Cuando vió que ya no tenia necesidad de sus preceptos fué á enseñarlos á otra parte.

Si en mi infancia habia vivido tan libremente á vista de mis padres, cuando comencé á ser dueño de mis acciones tuve sin duda mayor libertad. En el seno de mi familia fué donde di las primeras pruebas del aprovechamiento de mi educacion. Burlábame de ellos á las claras y á todos momentos. Reíanse de mis intrepideces, y tanto mas las celebraban, cuanto eran mas vivas é intolerables. Mientras tanto cometia todo género de desórdenes con otros muchachos de mi edad y de mi humor. Como nuestros padres no nos daban todo el dinero que habiamos menester para proseguir en una vida tan deliciosa, cada uno robaba en su casa todo lo que podia, y cuando esto no alcanzaba nos dimos á robar de noche, y siempre con fruto. Por desgracia llegó algun rumor de esto á los oídos del corregidor. Quiso mandarnos prender; pero fuimos avisados con tiempo de su mala intencion. Recurrimos á la fuga, y dimosnos á ejercitar el mismo oficio en los caminos públicos. Desde entonces acá he tenido la dicha de haber envejecido en la profesion á pesar de los peligros que son anejos á ella.

Cuando el capitán acabó de hablar, el teniente tomó la palabra, y dijo así: señores, una educacion enteramente contraria á la del señor Rolando produjo en mí el mismo efecto que en él. Mi padre fué carnicero en Toledo, y el hombre mas brutal que habia en toda la ciudad; mi madre no era mas dulce que su marido. Desde mi niñez me comenzaron á azotar á cual mas podia, y como á competencia uno de otro. Cada dia recibia mil azotes. La mas mínima falta que cometiese era castigada con el mayor rigor. En vano les pedia perdon con las lágrimas en los ojos, prometiendo la enmienda; no habia misericordia para mí, y las mas veces me castigaban sin razon. Cuando mi padre me sacudia, siempre mi madre se ponía de su parte en lugar de interceder por mí. Estos malos tratamientos me inspiraron tanta aversion á la casa paterna, que antes de cumplir los catorce años me escapé de ella. Tomé el camino de Aragon, y llegué á Zaragoza pidiendo limosna. Enebréme allí con unos pordioseros que pasaban una vida bastante feliz y acomodada. Enseñáronme á contrahacer el ciego, el estropeado, y á figurar en las piernas unas llagas postizas. Todas las mañanas, á la manera de los comediantes que se ensayan para representar sus papeles, nos ensayábamos nosotros para representar los nuestros, y despues cada uno iba á coger su puesto. Por la noche nos juntábamos



Gil Blas, me dijo, ya ves nuestro modo de vivir.—Pág. 13.

memoria. No celebraban menos mi agudo ingenio, cuando valiéndome de la libertad que tenia para decir cuanto me viniese á la boca, interrumpia sus conversaciones para decir á tuerto ó derecho todo lo que me ocurría. Entonces mi madre me sofocaba á caricias, y mi buen abuelo lloraba de puro gozo. No les iba en zaga mi padre: siempre que me oía algun despropósito ó alguna bachilleria, mirándome con gran ternura exclamaba: ¡oh qué gracioso eres, y qué lindo! Con estas alas no recelaba hacer impunemente en su presencia las mas indecentes acciones. Todo me lo perdonaban, y todos me adoraban. Habia entrado ya en los doce años, y aun no tenia ningun maestro. Buscáronme, finalmente, uno, pero mandándole espresamente que me enseñase, mas sin fa-

y nos reíamos de los que se habían compadecido de nosotros por el día. Canséme presto de vivir entre aquellos miserables, y queriendo juntarme con otra gente mas honrada, me asocié con unos *caballeros de la industria*. Enseñáronme á hacer bellos juegos de manos; pero nos vimos precisados á salir presto de Zaragoza, porque nos descompusimos con cierto ministro de justicia, que siempre nos habia protegido. Cada uno tomó su partido. Yo que me sentia dispuesto á emprender grandes hechos, me acomodé en una tropa de hombres valerosos, que hacian contribuir á los pasajeros y caminantes, y agradándome tanto su modo de vivir, que desde entonces acá no he querido buscar otro. Si me hubieran dado otra educacion mas suave, probablemente no sería ahora mas que un pobre carnicero, cuando me hallo hoy con el honor y con el grado de vuestro teniente.

Señores, dijo entonces un ladron que estaba sentado entre el teniente y el capitán, las historias que acabamos de oír, no son tan variadas ni tan curiosas como la mia. Debo mi nacimiento á una aldeana ó labradora de las cercanias de Sevilla. Tres semanas despues que me dió á luz, como era todavia moza, bien parecida, aseada y muy robusta, la buscaron para que criase á un niño, hijo de padres distinguidos, que acababa de nacer en dicha ciudad. Aceptó con gusto la propuesta, y fué á Sevilla para traerse el niño á casa. Entregáronsele, y apenas se vió con él en su aldea, cuando observó que él y yo éramos algo parecidos, y esta observacion le escitó el pensamiento de trocarlos, con la esperanza de que con el tiempo la agradecería yo el buen oficio. Mi padre, que no era mas escrupuloso que su honrada muger, aprobó la supercheria. De suerte, que habiéndonos mudado de pañales, el hijo de don Rodrigo de Herrera fué enviado con mi nombre á otra ama para que le criase, y á mi me crió mi madre bajo el nombre del otro.

Digan lo que quisieren sobre el instinto y fuerza de la sangre, los padres del caballero fácilmente se dejaron engañar. No tuvieron la mas minima sospecha de la pieza que les habian jugado, y hasta los siete años me tuvieron siempre en sus brazos: y siendo su intencion hacerme un caballero completo, me buscaron todo género de maestros; pero los mas hábiles suelen hallar discipulos que les hacen poco honor. Yo fui uno de estos. Tenia poca disposicion para los ejercicios que me enseñaban, y mucho menos inclinacion á las ciencias en que me querian instruir. Gustaba mas de jugar con los criados de casa, yéndolos á buscar á la caballeriza y á la cocina. Pero el juego no fué mucho tiempo mi pasion dominante. Aficionéme al vino, y me emborrachaba todos los dias. Retozaba con las criadas; pero particularmente me dediqué á cortejar á una moza rolliza de cocina, cuyo desembarazo y buen color me gustaban mucho, pareciéndome que merecia mis primeras atenciones. Enamorábala con tan poca cautela, que hasta el mismo don Rodrigo lo conoció. Reprendióme á griamente, afeándome la bajeza de mis inclinaciones, y por temor de que la presencia del objeto hiciese inútiles sus reprimendas, despidió de casa á mi Dulcinea.

Irritóme mucho este proceder, y resolví vengarme. Robé todas sus pedrerias á la muger de don Rodrigo; corri en busca de mi bella Helena, que vivia en casa de una lavandera amiga suya, saquéla de ella á la mitad del día, para que ninguno lo supiese, y aun pasé mas adelante. Llévela á su tierra, donde nos casamos solemnemente, asi por dar este despiques mas á los Herreras, como por dejar á los hijos de familia un ejemplo tan bueno que imitar. Tres meses despues de mi arrebatado matrimonio supe que don Rodrigo habia muerto. No dejé de sentir su muerte. Partí prontamente á Sevilla á pedir su herencia; pero hallé las cosas muy mudadas. Mi madre habia fallecido, y antes de su muerte tuvo la indiscrecion de declarar lo que habia hecho, en presencia del cura, y de otros buenos testigos. El hijo de don Rodrigo ocupaba ya mi lugar, ó por mejor decir, el suyo, y acababa de ser reconocido por tal con tanto mayor

aplausos y alegría, cuanto era menor la satisfaccion que yo les causaba. De manera, que no teniendo nada que esperar en Sevilla, y fastidiado ya de mi muger, me acerqué á ciertos caballeros de fortuna, bajo cuya disciplina di principio á mis caravanas.

Acabó su historia aquel ladron, y comenzó otro la suya diciéndo que él era hijo de un mercader de Burgos, y que en su mocedad, llevado de una indiscreta devocion, habia tomado el hábito de cierta religion muy austera, de la cual habia apostatado algunos años despues. En fin, todos los ladrones hablaron por su turno, y cuando los hube á todos oido, no me admiré de verlos juntos. Mudaron luego de conversacion, y propusieron varios proyectos para la próxima campaña, sobre los cuales tomaron su resolucion, y se fueron á la cama. Encendieron bujias, y cada uno se retiró á su cuarto. Yo seguí al capitán Rolando al suyo, y mientras le ayudaba á desnudar, ahora bien, Gil Blas, me dijo, ya ves nuestro modo de vivir. Siempre estamos alegres. Entre nosotros no se da lugar al tedio, ni á la envidia. Jamás se oye aqui discordia ni disension, estamos mas unidos que frailes. Tú comienzas ahora, hijo mio, á gozar una vida muy agradable; pues no te tengo por tan tonto, que te dé pena el vivir entre ladrones.

CAPITULO VI.

Del intento de escaparse Gil Blas, y éxito de su tentativa.

Despues que el capitán de bandoleros hizo esta apologia de su honrada profesion, se metió en la cama: yo quité la mesa y puse todas las cosas en su lugar. Fuíme despues á la cocina, donde Domingo (asi se llamaba el negro) y la tia Leonarda me esperaban cenando. Aunque no tenia hambre me puse á la mesa. No podia atravesar bocado; y viéndome tan triste como era regular estarlo, procuraban consolarme aquellas dos análogas figuras; pero sus consuelos contribuian mas á mi desesperacion que á mi alivio. ¿De qué te afliges, hijo? me preguntó la vieja; antes bien debieras alegrarte de verte entre nosotros: eres mozo, y pareces dócil, con que presto te perderias en el mundo, donde hallarias libertinos que te meterian en todo género de disoluciones, cuando aqui está segura tu inocencia. Tiene razon la señora Leonarda, dijo el viejo negro con una voz muy grave, y se puede añadir á lo que ha dicho, que en el mundo no se encuentran mas que trabajos. Da muchas gracias á Dios, amigo mio, porque de una vez para siempre te ha librado de los peligros, disgustos y aflicciones de la vida.

Sufri con paciencia estos discursos, porque de nada me serviria el inquietarme. En fin, Domingo, despues de haber comido y bebido bien, se fué á su caballeriza. Leonarda cogió una linterna, y me condujo á una covacha, que servia de cementerio á los ladrones que morian de muerte natural, donde vi un lecho, que mas parecia tumba que cama. Este es tu cuarto, me dijo la vieja, pasándome la mano por la cara. El mozo, cuya plaza tienes el honor de ocupar, durmió en esa cama el tiempo que vivió con nosotros, y sus huesos reposan debajo de ella: él se dejó morir en la flor de su edad. No seas tú tan simple que imites su ejemplo. Diciéndo esto, entregóme la linterna, y volvióse á su cocina. Puse la luz en el suelo, arrojéme sobre aquel miserable lecho, no tanto para reposar, cuanto para entregarme á mis tristes reflexiones. ¡Oh cielos! exclamé. ¿Habrá situacion mas infeliz que la mia? ¿Quiéren que renuncie para siempre el consuelo de ver la cara del sol, y como si no bastara hallarme enterrado vivo á los diez y ocho años de mi edad, me veo reducido á servir á unos ladrones, á pasar el día entre malvados, y la noche con los muertos! Estos pensamientos, que me parecian muy dolorosos, y con efecto lo eran, me hacian llorar amargamente y sin consuelo. Maldecía mil veces la gana que le habia dado á mi tío de enviarme á Salamanca. Arrepentíame de haber tenido tanto miedo á la justicia de Cacabelos, y quisiera haber

padecido el tormento antes que verme donde me hallaba. Pero considerando que me consumia inútilmente en vanos lamentos, comencé á discurrir en los medios de librarme. ¿Pues qué? me decia yo á mi mismo ¿será por ventura imposible encontrar modo de escaparme de aqui? Los ladrones duermen profundamente, la cocinera y el negro harán lo mismo dentro de poco tiempo: mientras todos estén dormidos, ¿no podré yo á favor de esta linterna hallar el camino por donde bajé á este calabozo infernal? A la verdad, no sé si tendré bastante fuerza para levantar la trampa que cubre la entrada; pero probaremos. No quiero omitir nada de cuanto pueda hacer. La desesperacion me prestará fuerzas, y puede ser que me salga con ello.

Tomada esta gran resolucion me levanté cuando me pareció que Leonarda y Domingo podian ya estar dormidos. Cogi la linterna, sali de mi covacha, y me encomendé á todos los santos del cielo. No dejó de costarme alguna dificultad el acertar con las vueltas y revueltas de aquel laberinto. Llegué en fin á la puerta de la caballeriza, y me hallé en el camino que buscaba. Fui marchando, y acercándome á la trampa con cierta alegría mezclada de temor: mas ¡ay! en medio del camino me encontré con una maldita reja de hierro bien cerrada, y cuyas barras estaban tan juntas, que apenas podia pasar la mano por entre ellas. Vime cortado y perdido en aquel nuevo impedimento, que al entrar no habia advertido, por estar abierta la reja. Con todo, no dejé de probar si podia abrir el candado. Examiné la cerradura, haciendo todo lo que pude por forzarla, cuando de repente me aplicaron en las espaldas cinco ó seis fuertes latigazos con un buen vergajo de buey. Di un grito que resonó en toda la caverna; y mirando atrás vi al maldito negro en camisa, con una linterna sorda en una mano, y con el azote en la otra. ¡Hola, bribonzuelo! me dijo: ¿querias escaparte? no, amiguito, no esperes sorprenderme. Creiste que estaria abierta la reja; pues sábetete que siempre la encontrarás cerrada. Cuando atrapamos á alguno, le guardamos aqui, mal que le pese, y si logra escaparse ha de ser mas ladino que tú.

Mientras tanto, al grito que yo habia dado despertaron tres ladrones, los cuales se levantaron y vistieron á toda prisa, creyendo que la Santa Hermandad venia á echarse sobre ellos. Llamaron á los demás, que en un instante se pusieron en pié. Toman las espadas y carabinas, y medio desnudos acuden adonde estábamos Domingo y yo. Pero luego que se informaron ó entendieron el origen del rumor que habian oido, su inquietud se convirtió en grandes carcajadas. ¿Cómo así, Gil Blas, me dijo el ladron apóstata: no ha mas que seis horas que estás con nosotros, y ya querias apostatar? Bien se conoce tu aversion al silencio y al retiro. ¿Qué harias si fueses cartujo? Anda, vete á la cama, que por esta vez basta por castigo los vergajazos con que te regaló Domingo; pero si otra vez vuelves á intentar escaparte, por San Bartolomé que te hemos de desollar vivo. Diciendo esto se retiró. Los demas ladrones se volvieron á sus cuartos; el viejo negro muy ufano de su hazaña se recogió á su caballeriza, y yo me volvi á zambullir en mi cementerio; pasando lo restante de la noche en suspirar y llorar.

CAPITULO VII.

De lo que hizo Gil Blas, no pudiendo hacer otra cosa.

Los primeros dias pensé morirme, rindiendo la vida á la melancolia que me consumia; pero al fin mi genio me inspiró que sufriese y disimulase. Esforcéme á mostrarme menos triste. Comencé á cantar y á reir, aunque sin gana. En una palabra, supe disfrazarme tan bien, que Leonarda y Domingo cayeron en la red, y creyeron buemente que ya el pájaro se habia acostumbrado á la jaula. Lo mismo juzgaron los ladrones. Manifestábame muy alegre cuando los echaba de beber, y de cuando en cuando los divertia tambien con alguna chocarrería ó bufona-

da. Esta libertad que me tomaba les daba mucho gusto en vez de enfadarlos. Gil Blas, me dijo el capitan en cierta ocasion en que yo hacia el gracioso, has hecho bien en desterrar la melancolia. Me gusta mucho tu espíritu y tu buen humor. No se conoce á la gente al principio; yo no te tenia por tan agudo y tan jovial.

Tambien los demas me honraron con mil alabanzas, exhortándome á estar siempre de buen humor. Parecióme que todos estaban muy contentos conmigo, y aprovechándome de tan buena ocasion: señores, les dije, permitanme vds. que les descubra mi pecho. Desde que estoy en su compañía no me conozco á mi mismo; pareceme que no soy el que era. Ustedes han desvanecido las preocupaciones de mi educacion. Insensiblemente se me ha pegado su espíritu, y he tomado el gusto á su honrada profesion. Me muero por merecer el honor de ser uno de sus compañeros, y de tener parte en los peligros de sus gloriosas proezas. Todos aplaudieron este discurso, y alabaron mi buena voluntad; pero unánimemente convinieron en que me dejarían servir por algun tiempo, para probar mi vocacion y que despues correria mis caravanas, y al cabo se me conferiria la honorífica plaza á que aspiraba.

Hube de conformarme por fuerza, y continuar en vencerme, y en ejercer mi oficio de copero. A la verdad quedé muy sentido; porque solo pretendia ser ladron por tener libertad de salir con los demas, esperando que en alguna de sus correrias se me presentaria ocasion de escaparme de ellos. Esta única esperanza era la que me mantenía vivo. Sin embargo el tiempo de la probacion me parecia largo, y mas de una vez intenté sorprender la vigilancia de Domingo, pero inútilmente. Siempre estaba muy alerta, tanto que no bastarian cien Orfeos para encantar á aquel Cervero. Es verdad que por no hacerme sospechoso no emprendia todo lo que podia hacer para engañarle. Veíame precisado á vivir con la mayor cautela, porque el negro era ladino, y observaba mucho todos mis pasos, palabras y movimientos. Así pues apelé á la paciencia, remitiéndome al tiempo que los ladrones me habian prescripto para recibirme en su congregacion, cuyo dia esperaba con tanta ansia como si hubiera de entrar en una compañía de honrados comerciantes.

En fin, gracias al cielo, llegó al cabo de seis meses este dichoso dia. El señor Rolando dijo á sus camaradas: caballeros, es preciso cumplir la palabra que dimos al pobre Gil Blas. A mí me parece bien este muchacho, y espero que tendremos en él un hombre de provecho. Soy de sentir que mañana le llevemos con nosotros, para que dé principio á coger los laureles en los caminos reales. Nosotros mismos le hemos de poner en el que guia á la gloria. Todos se conformaron con el parecer de su capitan, y para hacerme ver que ya me miraban como á uno de ellos, desde aquel momento me dispensaron de servirles. Restituyeron á la señora Leonarda en el empleo que antes tenia, y de que la habian exonerado para honrarme á mí con él. Hiciéronme arrimar el vestido que llevaba encima, y consistia en una simple jaquetilla muy usada, y me acomodaron todos los despojos de un caballero que acababan de robar: despues de lo cual me dispuse á hacer mi primera campaña.

CAPITULO VIII.

Acompaña Gil Blas á los ladrones: que empresa acomete en los caminos reales.

Hacia el fin de una noche de setiembre sali del soterráneo con los ladrones. Iba armado como todos con carabina, pistolas, espada y una bayoneta, y montaba un buen caballo que habian quitado al caballero cuyos vestidos me habian tocado en suerte. Como habia estado tanto tiempo en la obscuridad, cuando amaneció no podia sufrir la luz, pero poco á poco se fueron acostumbrando mis ojos á tolerarla.

Pasamos por cerca de Puferrada, y nos metimos en

un bosquecillo á orilla del camino de Leon. Allí estuvimos esperando á que la fortuna nos ofreciese algun buen lance, cuando descubrimos un religioso de la orden de Santo Domingo, montado, contra la costumbre de estos buenos padres, en una muy mala mula: ¡bendito sea Dios! exclamó sonriéndose el capitán; hé aquí el grande ensayo de Gil Blas. Es preciso que vaya á registrar el bolsillo de aquel fraile: veremos como se porta. Todos los camaradas convinieron efectivamente que aquella comisión era la que me correspondia, exhortándome á que saliese de ella con lucimiento. Espero, señores, dije, que quedareis contentos. Voy á despojar á aquel padre, á dejarle tan desnudo como la palma de la mano, y traer aquí su mula. Eso no, dijo Rolando, no merece la pena: aliviale solamente del bolsillo, y traélo: no te pedimos mas. En esto sali del bosque, y me encaminé al religioso, pidiendo al cielo me perdonase la acción que iba á ejecutar con tanta repugnancia. Bien hubiera querido poder escaparme en aquel mismo punto; pero todos mis compañeros estaban mejor montados que yo, y si me vieran huir, correrian tras mí, y presto me atraparían ó me espolearían por las espaldas con una descarga de sus carabinas, con la que me hubiera ido muy mal; y así no me atreví á esponerme á una acción tan poco segura. Llegué pues al padre, y pedile la bolsa, poniéndole al pecho una pistola. Paróse un poco á mirarme, y sin mostrarse muy sobresaltado: muy mozo eres, hijo mio, me dijo, muy temprano te has puesto á tan vil oficio. Padre mio, le respondí, sea vil ó no lo sea, me alegrára haberle empezado mas presto. ¡Ah querido! (me replicó el buen religioso, que no podia comprender el sentido de mis palabras): ¿qué es lo que dices? ¡Oh qué ceguedad! Escúchame, y te haré presente el infeliz estado en que te hallas. Oh, padre mio, le interrumpí con precipitación, no se tome vuesa reverencia ese trabajo, y déjese de moralizar, que no vengo á los caminos públicos á que me prediquen: quiero dinero, y no sermones. ¡Dinero! me dijo muy maravillado. Mal conoces la caridad de los españoles, si crees que las personas de mi profesion y de mi carácter lo necesitan para viajar. En todas partes nos reciben y hospedan con agrado, nos tratan muy bien, y cuando partimos solo nos piden nuestras oraciones. En fin, nosotros no llevamos dinero para caminar, y nos ponemos enteramente en manos de la Providencia. Pero al fin, padre mio, concluyamos. Mis compañeros me están esperando en aquel bosque: éche prontamente la bolsa en tierra, ó si no le mato.

A estas palabras que pronuncié colérico, y amenazándole, el buen religioso mostró verse quitar la vida. Espera, me dijo, voy á satisfacerte, ya que absolutamente no puede ser otra cosa; veo que con vosotros es ociosa toda figura retórica. Diciendo esto sacó de debajo del hábito una gran bolsa de cuero, y la dejó caer en el suelo. Díjele entonces que podia continuar su camino, y él lo hizo sin esperar á que tuviese el trabajo de repetírselo. Dió cuatro espolazos á la mula, que desmintió la mala opinion en que yo la tenia, de ser tan buena maula como la de mi tío; y la bestia, dándose por entendida del caritativo aviso, comenzó desde luego á andar á buen paso. Apenas el fraile se alejó de mí, cuando me apeé; recogí el bolsón, que pesaba mucho, y volví á meterme en el bosque, donde los camaradas me esperaban con impaciencia para darme mil parabienes por mi gloriosa victoria, como si me hubiera costado mucho. Apenas me dieron lugar de apearme, segun se apresuraban á abrazarme. Animo, Gil Blas, me dijo Rolando, ¡has hecho maravillas! Durante tu expedición no apartamos los ojos de ti; observé tu firmeza, tu resolución, y todos tus movimientos, y desde luego te pronostico que con el tiempo serás un heróico ladrón y el terror de los caminos reales. El teniente y los demas aplaudieron la predicción, asegurando que no podia dejar de verificarse algun dia. Di á todos las gracias por el buen concepto que habian formado de mí, prometiéndome hacer todos los esfuerzos posibles para mantenerlo.

Después que alabaron tanto mas, cuanto menos lo merecia la villana acción que habia hecho, les entró la curiosidad de examinar la presa. Veamos, dijeron, qué contiene la bolsa del religioso. Sin duda, añadió uno de ellos, que estará bien provista, porque estos padres no viajan como peregrinos. Desatóla el capitán, abrióla, y sacó dos ó tres puñados de medallitas de cobre, mezcladas con *Agnus Dei*, y algunos escapularios. Al ver el hurto de una moneda tan nueva, todos prorumpieron en tan descompasadas carcajadas, que pensaron reventar de risa. A la verdad, exclamó el teniente, que todos debemos estar muy agradecidos al señor Gil Blas. El primer ensayo que ha hecho puede ser muy saludable á la compañía. A esta bufonada siguieron otras de los demas. Aquellos malvados, y sobre todo el apóstata, se divertieron con mil impías truhanerías sobre la corrupción de sus costumbres. Solo yo no tenia gana de reír. Verdad es que me la quitaban los bufones, que tanto se alegraban á mi costa. Cada uno me flechaba alguna pulla, y hasta el capitán me dijo: aconséjote, amigo Blas, que en adelante no te vuelvas á meter con frailes, porque son mas agudos y chuscos que tú.

CAPITULO IX.

Del sério lance que siguió á la aventura del fraile.

Estuvimos en el bosque la mayor parte de aquel dia, sin haber visto pasagero alguno que enmendase el chasco que nos habian dado el religioso, Salimos en fin, para restituírnos á nuestro soterráneo, persuadidos de que las expediciones del dia se habian acabado con el risible suceso que todavia daba materia á la conversacion y á las chufletas, cuando descubrimos á lo lejos un coche tirado de cuatro mulas. Acercábase á nosotros á gran paso, y le acompañaban tres hombres á caballo, que parecían venir bien armados. Rolando nos mandó hacer alto para tratar de lo que se habia de hacer: y la resolución fué que se les atacase. Pusimos todos en orden de batalla acercándonos al coche. No obstante los aplausos que habia recibido en el bosque, se apoderó de mí un temblor universal, y senti bañado todo el cuerpo de un sudor frio, que no me presagiaba cosa buena. Por mayor fortuna mia me hallaba á la frente del cuerpo de batalla en medio del capitán y del teniente, que de propósito me pusieron entre los dos, para que me hiciese al fuego desde luego. Reparó Rolando lo mucho que la naturaleza estaba padeciendo en mí, me miró con ojos torvos, y con voz brouca me dijo: oye, Gil Blas, trata de hacer tu deber; porque te advierto que si te acobardas, te levanto de un pistoletazo la tapa de los sesos. Estaba muy persuadido de que lo haria mejor que lo decia, para no aprovecharme del dulce y fraternal aviso; y así solo pensé en recomendar mi alma á Dios.

Entretanto el coche y los caballeros se nos venian acercando. Desde luego conocieron la casta de pájaros que éramos, y adivinando nuestro intento, por la ordenanza y postura en que nos veian, se pararon á tiro de fusil. Todos traian armas; y mientras se preparaban á recibirnos, salió del coche un hombre de buen parecer y ricamente vestido. Montó en un caballo de mano que uno de los montados tenia por la brida, y se puso á la frente de los demas. Aunque eran solos cuatro contra nueve, se arrojaron á nosotros con un brio, que aumentó mi temor. No por eso dejé de prevenirme para disparar mi carabina, aunque temblaban todos los miembros de mi cuerpo como si estuviera azogado; mas por contar las cosas como pasaron, cuando llegó el caso de dispararla, cerré los ojos, y volví la cabeza á otra parte, de manera que aquel tiro nunca puede ser á cargo de mi conciencia.

No me detendré en referir las circunstancias de la acción, pues aunque me hallaba presente nada veia; porque turbada con el terror la imaginación, me ocultaba

CAPITULO X.

De qué modo se portaron los bandoleros con la señora desmayada.—Gran proyecto de Gil Blas y sus resultados.

Llegamos á la cueva una hora despues de anochecido. Lo primero que hicimos fué meter las mulas en la caballeriza, atarlas al pesebre, y cuidar de ellas; porque el viejo negro hacia tres dias que estaba en cama, rendido á crueles dolores de gota, y á un reumatismo, que apenas le dejaba libre mas que la lengua para emplearla en mostrarnos su impaciencia, prorumpiendo en las mas horribles blasfemias. Dejamos á aquel miserable jurar y blasfemar, y fuimos á la cocina á cuidar de la señora, que estaba sobrecogida de un parasismo mortal. Nos dimos tan buena maña, que logramos volviere del desmayo. Mas cuando recobró sus sentidos, y se vió entre unos hombres que no conocia, sintió todo el peso de su desgracia, y comenzó á desesperarse. Todo lo mas horroroso que el sentimiento y el dolor pueden representar á la imaginacion, otro tanto se veia pintado en sus ojos, que levantaba al cielo, como para quejarse de las indignidades que la amenazaban. Cediendo entonces á imágenes tan espantosas, volvió de repente á desmayarse, cerró sus bellos ojos, y los ladrones temieron que iban á perder aquella preciosa presa. El capitan pareciéndole mejor abandonarla á sí misma, que atormentarla con nuevos socorros, mandó la llevasen á la cama de Leonarda, dejándola sola y encomendada á su buena suerte.

Pasamos nosotros á la sala, y uno de los ladrones, que habia sido cirujano, reconoció el brazo del teniente, y le aplicó bálsamo. Hecha esta operacion se pasó á ver lo que habia en los cofres. Halláronse algunos llenos de telas y de encages, otros de vestidos, y el último, que se reconoció contenia algunos talegos de doblones, cuya vista regocijó mucho á los interesados. Concluido este registro, la cocinera puso la mesa, y sirvió la cena. Desde luego se movió la conversacion sobre nuestra gran victoria, y Rolando volviéndose á mí, me dijo: confiesa, Gil Blas, que has pasado un gran susto. No lo puedo negar, respondí yo; antes bien lo confieso de buena fé; pero déjenme vds. hacer dos ó tres campañas, y entonces se verá si sé pelear como un Cid. Toda la compañía se puso de mi parte, diciendo: se le debe perdonar, porque la accion fué muy empeñada, y para un mozo que jamás habia visto tirar un tiro, no lo ha hecho mal.

Hablóse luego de las mulas y caballos que habiamos traído, y resolvióse que al dia siguiente iriamos todos á venderlos á Mansilla, donde verosimilmente no habria llegado todavia la noticia de nuestra hazaña. Resuelto esto acabamos de cenar, y nos fuimos á la cocina á ver á la pobre señora. Hallámosla en el mismo estado. Con todo eso, y aunque apenas se percibia en ella un leve aliento de vida, algunos ladrones no dejaban de mirarla con ojos profanos, y hubieran satisfecho sus brutales deseos á no haberles contenido el capitan, representándoles, que á lo menos debian esperar á que se recobrase de aquel abatimiento de tristeza que la tenia casi sin sentido. El respeto con que miraban al capitan refrenó su incontinencia: sin esto, ninguna cosa hubiera salvado á la señora, y aun despues de su muerte no habria estado seguro su honor.

Dejamos en tan triste situacion á aquella infeliz señora, contentándose Rolando con encargar á Leonarda que la cuidase, y nos retiramos cada cual á nuestra habitacion. Por lo que á mi toca, apenas me acosté, cuando en vez de entregarme al sueño, solo me ocupé en considerar la infelicidad de aquella pobre señora. No dudaba que fuese persona de distincion, y por lo mismo me parecia ser mas deplorable su suerte. No podia pensar sin estremecerme en los horrores que la esperaban, y me sentia tan fuertemente conmovido, como si la sangre ó el amor me hubieran unido á ella. En fin, despues de

ba el horror de un espectáculo, que verdaderamente me sacó fuera de mí. Lo único que puedo decir es, que despues de un gran ruido de mosquetazos y carabinazos oí gritar á miscamaradas: ¡victoria! ¡victoria! Al oír esta aclamacion se disipó el miedo que se habia apoderado de mis sentidos, y vi tendidos en el campo los cadáveres de los cuatro que venian á caballo. De nuestra parte solo murió el apóstata, que en esta ocasion recibió lo que merecia por su apostasia y sus malas chanzas sobre los escapularios y medallas. El teniente fué herido en un brazo, pero muy levemente, pues el tiro apenas hizo mas que rozarle un poco el pellejo.

Corrió luego el señor Rolando á la portezuela del coche, y vió dentro una dama de veinte y cuatro á veinte y cinco años, que le pareció hermosa, aun en el triste estado en que se hallaba. Habíase desmayado durante la refriega, y aun no habia vuelto en sí. Mientras él se ocupaba en mirarla, nosotros atendimos á la presa. Lo primero que hicimos fué apoderarnos de los caballos que habian servido á los muertos, y que espantados con



Llegué, pues, al padre, y pedile la bolsa, poniéndole al pecho una pistola.—Pag. 43.

los tiros se habian descarreado despues de quedar sin guias. Las mulas del coche permanecieron quietas, aunque durante la accion se habia apeado el cochero para ponerse en salvo. Echamos pie á tierra para quitarles de los tirantes, y las cargamos con los cofres que venian en la zaga y delantera del coche. Hecho esto, se sacó de él á la dama por orden del capitan, la cual aun no habia recobrado los sentidos, y se la puso á caballo con uno de los ladrones mejor montados, dejando en el camino el coche y los muertos despojados de sus vestidos, y llevándonos la señora, las mulas, los caballos y presas.

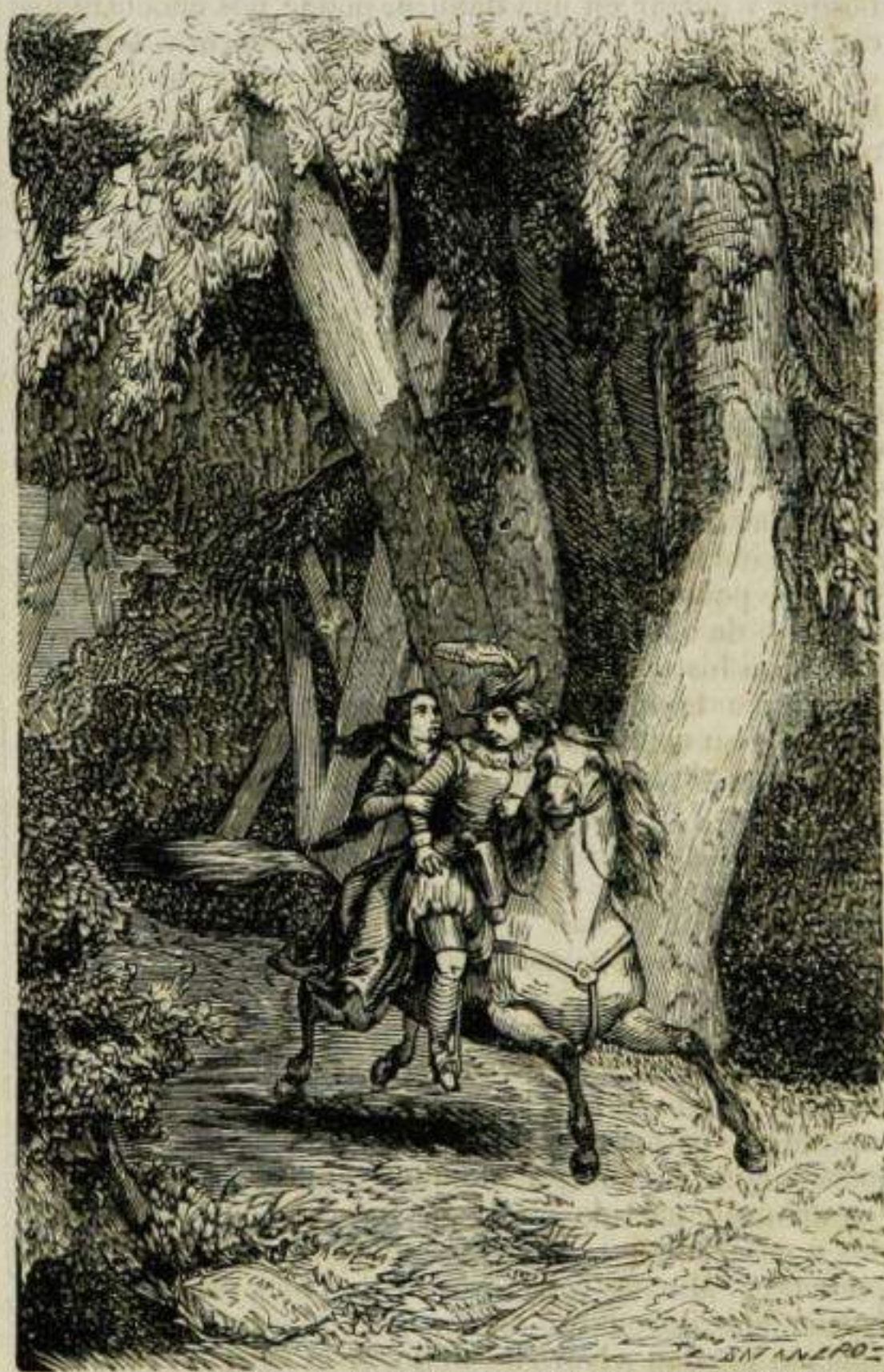
haberme compadecido de su destino, solo pensé en los medios de preservar su honor del peligro que corría, y en fugarme yo mismo de la maldita cueva. Acordéme de que el negro no se podía mover á causa de sus dolores, y la cocinera tenía la llave de la reja. Este pensamiento me ácaloró la imaginación, y me inspiró un proyecto, que medité muy bien, y á cuya ejecución di principio de la manera siguiente:

Fingí que me había asaltado un dolor cólico. Prorrumpí desde luego en ayes y quejidos, y después empecé á dar gritos y alaridos lastimosos. Despertaron al ruido los compañeros, acudieron todos á mi cuarto, y me preguntaron qué tenía. Respondíles que estaba padeciendo un horrible cólico; y para que lo creyesen mejor apretaba los dientes, hacía gestos y espantosas contorsiones, revolviéndome á todas partes, y agitándome extrañamente. Hecho esto, de repente me quedé muy tranquilo y sosegado, como si me hubieran dado algunas treguas los dolores. Un momento después comencé á revolcarme en la cama, y á mordermé las manos. En una palabra, representé con tal primor mi papel, que los ladrones, no obstante de ser tan sutiles y tan astutos, se dejaron engañar, y creyeron que efectivamente padecía violentísimos dolores. Así, pues, todos se dieron la mayor prisa á socorrermé. Uno me traía una botella de aguardiente, y me hacía beber la mitad: otro, á pesar mio, me administraba una lavativa de aceite de almendras dulces, otro iba á calentar paños, y casi abrasando me los ponía en la boca del estómago. En vano pedía misericordia; ellos atribuían mis clamores á la fuerza del cólico, y me hacían padecer dolores verdaderos, queriéndome aliviar de los que no tenía. En fin, no pudiendo ya sufrir más, me vi obligado á decir, que ya no sentía retortijones, y que no necesitaba de remedios. Cesaron de mortificarme con ellos, y yo me guardé bien de quejarme porque no volviesen á aplicármelos.

Duró esta escena casi tres horas; y juzgando los ladrones que ya no podía tardar en venir el día, partieron todos á Mansilla. Manifesté gran deseo de acompañarlos, y me quise levantar para que lo creyesen; pero no lo permitieron. No, no, Gil Blas (me dijo Rolando), quédate aquí, hijo mio, porque te podría repetir el cólico: otra vez vendrás con nosotros, que por hoy no estás en estado de hacerlo. Mostréme muy sentido de no ser de la partida, y lo fingí con tanta naturalidad, que ninguno tuvo la menor sospecha de lo que yo meditaba. Luego que partieron, lo que yo deseaba tanto que se me hacían siglos los instantes, entré en cuentas conmigo y me dije á mí mismo: ea, Gil Blas, ahora sí que necesitas gran ánimo. Armate de valor para acabar con lo que tan felizmente has comenzado. Domingo no está en situación de oponerse á tu gloriosa empresa, ni Leonarda puede impedir su ejecución. Si no te aprovechas de esta oportunidad para escaparte, quizá no encontrarás jamás otra tan favorable. Estas reflexiones me infundieron aliento y confianza. Levantéme al punto de la cama: vestíme, tomé la espada y las pistolas, fuíme derecho á la cocina; pero antes de entrar en ella, habiendo oído hablar á Leonarda, me detuve, y apliqué el oído para escuchar lo que hablaba. Discurría con la señora desconocida, que habiendo vuelto en sí de su segundo desmayo, y comprendiendo entonces todo su infortunio, lloraba amargamente, faltándole poco para desesperarse. Lloraba, hija mia (le decía ella), y llora todo cuanto quieras: no reprimas los suspiros, y da libertad á los sollozos; con eso te desahogará. Es cierto que parecía peligroso el accidente; pero ya que rompiste en llorar no hay que temer. Así que se te haya mitigado el pesar (que poco á poco se desvanecerá) te acostumbrarás á vivir con estos señores, que todos son gente honrada, y hombres muy de bien. Te tratarán mejor que á una princesa: todos á porfía se esmerarán en complacerte, y cada día te mostrarán más amor. ¡Oh, y cuántas mugeres envidiarían tu fortuna si la supieran!

No le di tiempo á que dijese más. Entréme en la co-

cina con intrepidez, y púsele una pistola á los pechos, amenazándole de quitarle en aquel momento la vida si no me entregaba prontamente y sin réplica la llave de la reja. Turbóse á vista de mi acción, y aunque era ya de edad avanzada, todavía tenía tanto apego á la vida, que no la quiso perder por tan poca cosa como era entregarme ó no entregarme una llave. Alargómela prontísimamente, y luego que la tuve en la mano, volviéndome á la bella dolorida, le dije: señora, el cielo os ha enviado un libertador: levantaos para seguirme, que yo os conduciré y pondré con toda seguridad donde me lo mandeis. No se hizo sorda á mi voz: mis palabras hicie-



Fuse á la señora á la grupa, y siguiendo la primera senda que se nos presentó, salimos del bosque.—Pág. 18.

ron tanta impresión en su espíritu, que recobrando todas las fuerzas que le quedaban, se levantó, arrojóse á mis pies, y solamente me suplicó conservase su honor. Alcéla del suelo, asegurándole que por mi parte nada temiese y que confiase en mi honradez. Cogi después unos cordeles que había en la cocina, y ayudándome la misma señora, amarré con ellos á Leonarda á los pies de una gran mesa, amenazándole le quitaría la vida al menor grito que diese. Encendi luego una vela, y acompañado de la señora desconocida pasé al cuarto donde estaban las monedas y alhajas de plata y oro: llené los bolsillos de cuantos doblones pudieron caber en ellos, y para obligar á la señora á que hiciese otro tanto, le dije que en ello no hacía más que recobrar lo que era suyo. Después de haber hecho una buena provisión, marchamos á la caballeriza, donde entré yo solo con las pistolas amartilladas. Daba por supuesto que el viejo negro no me dejaría ensillar y aparejar tranquilamente mi caballo, y estaba resuelto á curarle de una vez de todos sus males si no quería ser bueno: pero por mi buena suerte se hallaba á la sazón tan agravado de los dolores

que habia pasado, y que le atormentaban aun, que saqué el caballo sin que diese la menor señal de haberlo conocido. La señora me esperaba á la puerta. Cogimos prontamente el camino que guiaba á la salida de la cueva: abrimos la reja, y llegamos á la trampa que cubria la entrada. Costónos gran trabajo el levantarla, ó por mejor decir, para lograrlo hubimos menester nuevas fuerzas que nos prestó el deseo de salvarnos.

Comenzaba á rayar el dia cuando nos vimos fuera de aquel abismo; y de lo que mas cuidamos entonces fué de alejarnos cuanto antes de él. Yo monté á caballo; puse á la señora á la grupa, y siguiendo á galope la primera senda que se nos presentó, tardamos poco en salir del bosque y entrar en una llanura, donde nos encontramos con varios caminos. Seguimos uno á la ventura, teniendo yo grandísimo miedo de que fuese quizá el que guiaba á Mansilla, y nos hallásemos con Rolando y sus camaradas, que seria fatal encuentro. Pero fué vano mi temor, porque entramos felizmente en Astorga á cosa de las dos de la tarde. Observé que muchos nos miraban con particular atencion, como si fuera para ellos un espectáculo nunca visto el de una muger á caballo tras de un hombre. Apeámonos en el primer meson, y ordené al punto que guisasen una liebre, y asasen una perdiz. Mientras esto se disponia conduje á la señora á un cuarto, donde comenzamos á discurrir, lo cual no habíamos podido hacer en el camino por la priesa con que viajamos. Mostróse muy agradecida al gran servicio que le habia hecho; diciéndome, que á vista de una accion tan generosa no se podia persuadir que yo fuese compañero de los infames, de cuyo poder la habia libertado. Contéle entonces mi historia para confirmarla en el buen concepto en que me tenia. Con esto la empené á que me favoreciese con su confianza, y me refiriese sus desastres, como lo hizo de la manera que se dirá en el capitulo siguiente.

CAPITULO XI.

Historia de doña Mencia de Mosquera.

Nací en Valladolid, y mi nombre es doña Mencia de Mosquera. Mi padre, don Martin, coronel de un regimiento, fué muerto en Portugal despues de haber consumido su patrimonio en el servicio del rey. Dejéme pocos bienes, y consiguientemente aunque hija única, no era un gran partido para ser buscada en casamiento. Mas á pesar de mi escasa fortuna no me faltaban pretendientes. Muchos caballeros de los mas principales de España solicitaron mi mano; pero el que se llevó mi atencion fué don Alvaro de Mello. A la verdad era el mas galan y airoso de todos, y reunia ademas otras prendas recomendables que me decidieron á su favor. Era prudente, entendido y valiente, acompañando á esto ser muy comedido, atento, pudentoso, y el hombre mas bien portado del mundo. En las corridas de toros ninguno se mostraba mas arriesgado, mas brioso ni mas diestro; y en las justas era la admiracion de todos su despejo, habilidad y valentia. Finalmente, le preferí á sus competidores y le di mi mano.

Pocos dias despues de nuestro matrimonio se encontró en un sitio retirado con don Andrés de Baeza, que habia sido uno de sus antiguos competidores en pretenderme. Picáronse los dos, sacaron las espadas, y costó la vida á don Andrés. Era este sobrino del corregidor de Valladolid, hombre de genio violento, y enemigo mortal de la casa de Mello, y por consiguiente juzgó don Alvaro que le importaba infinito no retardar un punto su fuga. Volvióse inmediatamente á casa, contóme lo sucedido, y me dijo: querida Mencia, es indispensable separarnos. Ya conoces al corregidor; me perseguirá encarnizadamente. No ignoras lo mucho que puede en España, y asi no estoy seguro en el reino. No le permitió decir mas su dolor. Hicéle que tomase dinero y algunas joyas. Dióme despues los brazos, estrechóme en ellos, y estuvimos asi

gran rato sin poder uno ni otro hablar palabra, mezclándose nuestras lágrimas, suspiros y sollozos. Vino un criado á decir que estaba pronto el caballo: desasióse de mi, partió, y dejéme en un estado que no sabré pintar. ¡Dichosa yo si lo agudo del dolor me hubiera quitado la vida! ¡Qué de penas y tormentos me hubiera aborradol! Pocas horas despues de partido don Alvaro supo su fuga el corregidor. Hizo que le siguiesen, y no perdonó diligencia alguna para haberle á las manos. Frustrólas todas mi esposo, y púsose en salvo. Viéndose el juez reducido á no poder tomar otra venganza que la satisfaccion de quitar todos sus bienes á un hombre, cuya sangre hubiera querido beber, confiscó cuanto pertenecia á don Alvaro.

Halléme con esto en tan miserable situacion, que apenas tenia lo preciso para vivir. Comencé á retirarme de todos, quedándome con una sola criada. Pasaba los dias llorando amargamente, no ya mi necesidad, que llevaba con paciencia, sino la ausencia de un adorado esposo, de quien no tenia noticia alguna, sin embargo de haberme prometido en nuestra dolorosa despedida, que de cualquier parte del mundo donde se hallase procuraria informarme de su suerte. No obstante se pasaron siete años sin saber nada de él. Causábame una profunda tristeza la incertidumbre de su paradero. Supe al fin, que combatiendo por las armas de Portugal en el reino de Fez, habia perdido la vida en una batalla. Asi me lo refirió un hombre recién venido de Africa, asegurándome que conocia bien á don Alvaro de Mello, con quien habia servido en el ejército portugués, y que él mismo le habia visto perecer en lo mas recio de la pelea. A esto añadió otras circunstancias que me acabaron de persuadir que ya no vivia mi esposo.

Vino en este tiempo á Valladolid don Ambrosio Mesia Carrillo, marqués de la Guardia. Era uno de aquellos señores entrado en edad, que por sus atentos y cortesanisimos modales hacen olvidar sus años, y logran aprecio entre las damas. Casualmente le refirieron la historia de don Alvaro, y con este motivo oyó hablar de mi en términos que tuvo gran deseo de verme. Para satisfacer su curiosidad se valió de una parienta mia, en cuya casa me encontró. Vióme, y quedó prendado de mi, á pesar de la impresion de dolor que reparó en mi semblante: ¿pero qué digo: á pesar? quizá lo que mas le movió fué el mismo aire triste, melancólico y marchito en que me veia, hablándole esto en favor de mi fidelidad. Mi melancolia pudo ser causa de su amor. Por eso me dijo mas de una vez, que me miraba como un prodigio de constancia, y que envidiaba la suerte de mi marido por desgraciada que fuese. En una palabra, quedó tan pagado de mi que no necesitó verme segunda vez para tomar la determinacion de casarse conmigo.

Valióse de la misma parienta mia para pedir mi consentimiento. Vino ésta á mi casa, y me manifestó que habiendo mi esposo terminado sus dias en el reino de Fez, no era razon que estuviese enterrada por mas tiempo; que habia ya llorado sobradamente á un hombre cuya compañía habia gozado por solos pocos momentos; que debia no malograr la ocasion que se presentaba, y que seria la muger mas feliz y mas contenta del mundo. Aquí ponderó la nobleza del marqués, sus grandes bienes, y amabilisimo carácter. Pero por mas que empleaba su elocuencia en hacerme palpables las ventajas que hallaria yo en aquel enlace, no me pudo persuadir, no ya porque dudase de la muerte de don Alvaro, ni por el recelo de volverle á ver cuando menos lo pensase: lo único que mi parienta tenia que vencer era mi poca inclinacion, ó, por mejor decir, mi repugnancia á un segundo matrimonio, despues de las desgracias que habia experimentado en el primero. No por esto desconfió, ni se acobardó; antes bien, interesada ya por don Ambrosio, redobló sus instancias. Empeñó á toda mi parentela en la pretension del marqués. Comenzaron mis parientes á estrecharme y apurarme sobre que aceptase un partido tan ventajoso. Veíame sitiada siempre de ellos, importunán-

dome y atormentándome con la continua cantinela de que no perdiese tan favorable proporcion. Por otra parte mi miseria era mayor cada día, y no fué esto lo que menos contribuyó á dejar vencer mi repugnancia.

No pudiendo pues resistir mas tiempo, cedí al fin á tan repetidas porfias, y caséme con el marqués de la Guardia, el cual el día despues de la boda me condujo á una bellissima hacienda que tenia cerca de Burgos, entre Tardajos y Revilla. Desde luego se poseyó de un amor vehemente hácia mí: observaba yo en todas sus acciones un vivísimo deseo de agradarme; estudiaba en proporcionarme todo cuanto yo podia apetecer. Ningun esposo estimó nunca mas á su muger, ni jamás amante alguno empleó mayor esmero en complacer á su dama. Sin duda que yo hubiera amado apasionadamente á don Ambrosio, á pesar de la desproporcion de nuestras edades, si hubiera sido capaz de amar á otro que á don Alvaro: pero los corazones constantes no aciertan á dar entrada á una segunda pasion. La memoria de mi primer esposo inutilizaba todos los esfuerzos del segundo para hacerse querer de mí: no podia corresponder á sus ternuras sino con afectos y espresiones de gratitud y de respeto.

Hallábame en esta disposicion cuando un día asomándome á una ventana de mi cuarto, vi en el jardin un aldeano que me miraba con particular atencion. Túvele por criado del jardinero, y por entonces no hice caso de él; pero al día siguiente habiéndole visto en el mismo sitio, me pareció que estaba aun mas atento á mirarme: esto me conmovió. Observéle tambien yo por mi parte con algun cuidado, y se me figuró descubrir en él la fisonomia del desgraciado don Alvaro. Esta semejanza escitó en todos mis sentidos una turbacion inesplicable, y di un gran grito sin poderme contener. Por fortuna estaba sola entonces con Inés, la criada de mi mayor confianza, descubriéndole la sospecha que me agitaba, y ella no hizo mas que reir, creyendo que alguna ligera semejanza me habria alucinado. Serenáos, señora, me dijo, y no creais haber visto á vuestro primer esposo. No es verosímil que se presentase aqui con el disfraz de aldeano, si se hace creíble que aun viva. Yo misma (añadió) voy ahora al jardin á ver á ese hombre, á informarme de quién es, y volveré á desengañaros. Marchó al jardin, y un momento despues la veo entrar en mi cuarto muy alterada: señora, me dijo, vuestra sospecha fué por cierto bien fundada. El hombre que visteis en el jardin es verdaderamente el mismo don Alvaro: luego se me descubrió, y desea hablaros á solas.

Podia recibirle entonces, porque el marqués habia partido á Burgos, y asi dije á Inés que le condujese á mi cuarto por una escalera secreta. Ya se deja conocer la agitacion en que yo me hallaria. No pude sufrir la vista de un hombre que tenia derecho para decirme cuanto le viniese á la boca, y al parecer con razon. Caí desmayada luego que le ví en mi presencia, como si hubiera sido su sombra. Asi él como Inés me socorrieron prontamente, y despues que volví del desmayo; tranquilizaos, señora, me dijo don Alvaro, y no sea mi presencia un suplicio para vos. No es mi ánimo causaros la mas minima amargura. No vengo como marido furioso á pedir os cuenta de la fé que me jurásteis, ni á calificar de delito el segundo enlace que contrajisteis. Sé muy bien que todo fué movido por vuestra parentela, y no ignoro las persecuciones que habeis padecido. Por otra parte estoy informado de la voz de mi muerte esparcida en todo Valladolid, y tanto mas justamente creida de vos, cuanto ninguna carta mia os podia asegurar de lo contrario. Finalmente sé de qué modo habeis vivido desde nuestra fatal separacion, y que la necesidad mas que el amor os obligó á entregaros en los brazos de... ¡Ah, don Alvaro! le interrumpí yo anegada en lágrimas, ¿por qué razon quereis disculpar á vuestra esposa? No tiene disculpa puesto que vivis. ¡Desdichada de mí! ¡Ojalá me viera ahora en la miserable situacion en que me hallaba antes de desposarme con don Ambrosio! ¡Funesto casamiento!

¡Ah! en aquella miseria tendria á lo menos el consuelo de veros sin avergonzarme.

Amada Mencia, (replicó don Alvaro en un tono que mostraba bien cuanto le habian enternecido mis lágrimas), yo no me quejo de ti, antes bien lejos de censurar la brillantez en que te veo, juro que doy al cielo mil gracias. Desde el triste día en que parti de Valladolid tuve siempre contraria la fortuna; mi vida fué un tejido de desdichas, y para su colmo nunca me fué posible darte noticia de mí. Seguro siempre de tu amor, se me representaba continuamente la situacion á que mi fatal cariño te habia reducido. Consideraba á mi adorada Mencia bañada en lágrimas, y esta consideracion era mi mayor tormento. Confieso que algunas veces tenia por delito la dicha de haberte agradao. Descaba que te hubieses inclinado á cualquier otro de mis competidores cuando reflexionaba en lo mucho que te costaba la preferencia con que me habias honrado. Por fin, despues de siete años de penas, mas enamorado de ti que nunca, he querido volver á verte. No he podido resistir á este deseo, y habiéndome permitido satisfacer el término de una larga esclavitud, he vuelto á Valladolid disfrazado en este traje á riesgo de ser conocido y descubierto. Allí lo he sabido todo, y he venido en seguida á esta posesion, donde he hallado modo de introducirme con el jardinero para ayudarle á cultivar estos jardines. Tal es el arbitrio que he tomado para lograr hablarte en secreto. Mas no te imagines que con mi presencia vengo aqui á turbar la ventura que gozas. Amote mas que á mí mismo: respeto tu reposo; y acabada esta conversacion parto lejos de ti á terminar mis tristes días, que sacrifico á tu amor.

No, don Alvaro, no (esclamé al oír estas palabras): el cielo no te ha traído aqui en valde: y no permitiré que segunda vez te apartes de mí: quiero ir contigo, y solamente la muerte nos podrá separar en adelante. Créeme á mí, Mencia (me replicó), vive con don Ambrosio, y no quieras ser compañera de mis desdichas; deja que cargue yo solo con todo el peso de ellas. Añadió á estas otras razones semejantes; pero cuanto mas empeñado parecia en querer sacrificarse á mi felicidad, menos dispuesta me hallaba yo á consentirlo. Luego que me vió tan resuelta á seguirle, mudó de repente de tono, y con semblante mas alegre me dijo: Mencia, pues todavia amas tanto á don Alvaro, que quieres preferir su miseria á la abundancia en que te hallas, vámonos á vivir á Betanzos, ciudad del reino de Galicia, donde hallaremos un seguro retiro. Si mis desgracias me quitaron todos mis bienes, no me hicieron perder todos mis amigos. Aun me quedan algunos tan verdaderos, que me han facilitado medios de poder sacarte de esta casa. Con su auxilio compré en Zamora coche, mulas y caballos; y traigo por compañeros á tres amigos gallegos, resueltos y valerosos. Todos están armados de carabinas y pistolas, y todos esperan mi aviso en el lugar de Revilla. Aprovechémonos de la ausencia de don Ambrosio. Voy á dar orden de que traigan el carruage á la puerta de esta casa, y al momento partiremos. A todo accedí: fué volando don Alvaro á Revilla, y en breve tiempo volvió con sus tres compañeros montados. Sacáronme de en medio de mis criadas, que, no sabiendo que pensar de este acontecimiento, huyeron despavoridas. Sola Inés era sabedora de todo; pero no quiso unir su suerte con la mia, porque estaba enamorada de un page de don Ambrosio; lo que demuestra que el afecto de los mas fieles criados no resiste á la prueba del amor. Entré en el coche con don Alvaro, no llevando conmigo sino alguna ropa, y ciertas joyas que tenia antes del segundo matrimonio, porque nada quise tomar de lo que me habia regalado el marqués cuando su casamiento. Seguimos el camino de Galicia sin saber si tendríamos la fortuna de llegar allá. Temíamos con razon que al volver de Burgos don Ambrosio viniese en seguimiento nuestro, acompañado de mucha gente, y que nos alcanzase; pero caminamos dos días sin que ninguno nos siguiese. Esperábamos que sucediera lo mismo en la tercera jornada, y ya caminábamos tranqui-

lamente. Contábame don Alvaro la triste aventura que habia dado motivo á la voz esparcida de su muerte, y el modo de haber recobrado su libertad despues de cinco años de cautiverio, cuando encontramos en el camino á los ladrones en cuya compañía estábais vos. El que mataron con todos sus acompañados es él mismo, y el que me hace derramar el torrente de lágrimas que ahora cae de mis ojos.

CAPITULO XII.

Del modo poco gustoso con que fué interrumpida la conversacion de la señora y de Gil Blas.

Con efecto, se deshacia en lágrimas doña Mencia al acabar de hacer su relacion. Dejéle dar entera libertad á los suspiros, y lloraba yo tambien: tan natural es interesarse en el dolor de los infelices, y muy particularmente en el de una muger hermosa y afligida. Iba á preguntarle que partido queria tomar en la coyuntura en que se hallaba, y quizá ella misma iba tambien á consultarme lo propio, si no hubiera sido interrumpida nuestra conversacion. Oimos en el meson un gran rumor, que llamó nuestra atencion. Causábale la venida del corregidor, que acompañado de dos alguaciles y muchos ministriles se entró en el cuarto donde estábamos. El primero que se acercó á mi fué un caballero que venia en compañía del corregidor: paróse á mirar muy despacio y muy de cerca mi vestido, y despues de alguna suspension exclamó diciendo: vive el cielo que esta es mi mismísima ropilla: la conozco tan bien como he conocido mi caballo. Sobre mi palabra que podeis prender á este hombre honrado. Sin duda es uno de los ladrones que tienen no sé qué oculta madriguera en este pais.

Al oír aquellas palabras me persuadi que sin duda me habia tocado por desgracia mia el despojo de aquel caballero, y por consiguiente me quedé sorprendido é inmutado. El corregidor, que por su oficio debia juzgar antes mal que bien de la turbacion en que me veia, hizo juicio de que la acusacion no era mal fundada; y sospechando que la señora podia tambien ser cómplice, nos hizo prender á los dos, y poner en cuartos separados. No era este juez de aquellos de rostro grave y ceñudo; antes bien mostraba un semblante apacible y risueño, acompañado de un modo de hablar dulce y cariñoso; pero sabe Dios si era mejor que los primeros. Luego que estuve en la prision vino á ella con sus dos precursores, esto es, sus dos alguaciles, los cuales segun su buena costumbre, empezaron por registrarme bien las faltriqueras. ¡Qué dia para aquella honrada gente! Acaso en todos los de su vida no habian tenido otro semejante. A cada puñado de doblones que me sacaban, estaba viendo que rebosaban sus ojos de alegría. Hasta el mismo corregidor parecia que estaba fuera de si. Hijo, me decia en tono lleno de miel y de dulzura, no estrañes ni tengas recelo de lo que ejecutamos, que en esto no hacemos mas que nuestro oficio. Si estás inocente, nada te perjudicará. Mientras tanto fueron poco á poco aliviando del peso mis bolsillos, quitándome aun lo que habian respetado los ladrones, quiero decir, los cuarenta ducados de mi tio. Escudriñáronme de pies á cabeza sus codiciosas é infatigables manos, haciéndome volver á todos lados, y despojándome de todos los vestidos para ver si tenia guardado algun dinero entre el pellejo y la camisa. Despues que cumplieron tan exactamente con aquella su importante obligacion, el corregidor me hizo sus preguntas. Satisficelas presto, refiriéndole ingénuamente todo lo sucedido. Hizo escribir mi declaracion, y partió con su gente y mi dinero, dejándome desnudo sobre la paja.

¡Oh, vida humana! (esclamé cuando me ví solo en aquel estado), ¡qué llena estás de contratiempos y de caprichosas aventuras! Desde que salí de Oviedo no he experimentado mas que desgracias. Apenas salgo de un peligro cuando caigo en otro. Al llegar á esta ciudad es-

taba muy lejos de pensar que en tan poco tiempo habia de conocer á su regidor. Haciendo estas reflexiones inútiles me vesti la maldita ropilla, y lo restante de la ropa que me habia presto en aquel estado; y despues hablándome y alentándome á mi mismo: ánimo, Gil Blas (me dije) valor y constancia. Vamos claros; piensa que despues de este tiempo vendrá quizá otro mas dichoso. ¿Será bueno desesperarte porque te ves en una prision ordinaria, despues de haber hecho tan penoso ensayo de tu paciencia en la tenebrosa cueva? ¡Mas ay! (añadí tristemente), yo me alucino y me lisonjeo, ¿Cómo será posible que salga de esta cárcel, cuando acaban de quitarme los medios de conseguirlo? Un pobre encarcelado sin dinero es un pájaro á quien cortan las alas.

En lugar de la liebre y de la perdiz que habia mandado componer, me trajeron un pedazo de pan negro y un jarro de agua, dejándome tascar el freno en mi calabozo. En él estuve quince dias enteros, sin ver en todos ellos otra persona que el alcaide, que venia todas las mañanas á registrar y renovar las prisiones. Cuando le veia, intentaba querer entablar conversacion con él para desahogarme algun tanto; pero aquel hombre nada respondia á cuanto le preguntaba. Jamás me fué posible sacarle ni una palabra. Entraba y salia muchas veces sin dignarse siquiera de mirarme. Al décimo sexto dia se dejó ver el corregidor y me dijo; ya puedes alegrarte, porque te traigo una buena nueva. Hice que fuese conducida á Burgos la señora que venia contigo, examínala sobre quien eras, y tu conducta y sus respuestas te justificaron. Hoy mismo saldrás de la cárcel, con tal que el arriero en cuya compañía viniste desde Peñafior á Cacabelos, segun has dicho, confirme tu declaracion. Está en Astorga, ya le he enviado á llamar, y le estoy esperando. Si conviene su declaracion con la tuya, inmediatamente te pongo en libertad.

Consoláronme mucho estas palabras, y desde aquel momento me consideré fuera de todo enredo. Di gracias al juez por la buena y pronta justicia que me queria hacer; y apenas habia acabado mi cumplimento cuando llegó el arriero entre dos alguaciles. Conocile inmediatamente; pero el bribon, que sin duda habia vendido mi maleta con todo lo que tenia dentro, temiendo le obligasen á restituir el dinero que habia recibido si confesaba que me conocia, dijo descaradamente que no sabia quien yo era, y que jamás me habia visto. ¡Ah traidor! exclamé yo, confiesa que has vendido mi ropa, y respeta la verdad. Mirame bien. Yo soy uno de aquellos mozos á quienes amenazaste con el tormento en Cacabelos llenando á todos de miedo. El taimado respondió muy friamente que le hablaba una jeringonza que él no entendia; y como ratificó y mantuvo hasta el fin aquel solemnisimo embuste, mi libertad se difirió hasta mejor ocasion. Hijo, me dijo el corregidor, bien ves que el arriero no concuerda con lo que declaraste, y así no puedo soltarte por mas que lo deseo. Convinome, pues, armarme nuevamente de paciencia, y resolverme á estar todavia á pan y agua, y sufrir al silencioso carcelero. Cuando pensaba en que no podia salir de entre las garras de la justicia, siendo así que no habia cometido delito alguno, me desesperaba con este triste pensamiento, y echaba menos el lóbrego soterráneo. Bien reflexionado (me decia yo á mi mismo) allí me hallaba menos mal que en este calabozo. Por lo menos en aquel comia y bebia alegremente con los ladrones. Divertíame con ellos, y me consolaba la dulce esperanza de poderme escapar algun dia; pero seré quizá muy feliz si solo puedo salir de aquí para ir á galeras, á pesar de mi inocencia.

CAPITULO XIII.

Por qué casualidad sale Gil Blas de la cárcel, y á dónde se encaminó despues.

Mientras yo pasaba los dias y las noches en desvariar entregado á mis tristes reflexiones, se divulgaron por la

ciudad mis aventuras, ni mas ni menos que yo las habia dictado en mi declaracion. Muchas personas me quisieron ver por curiosidad. Venian unas en pos de otras, y se asomaban á una ventanilla que daba luz á mi prision, y despues de haberme mirado algun tiempo se retiraban silenciosas. Sorprendióme aquella novedad. Desde mi entrada en la cárcel nunca habia visto alma viviente asomarse á la tal ventanilla que caia á un patio donde habitaban el silencio y el horror. Me hizo creer que yo habia llamado la atencion de la ciudad; pero no acertaba á pronosticar si seria para mal ó para bien.

Uno de los primeros que yo vi fué el muchacho ó niño de coro de Mondoñedo, que en Cacabelos se escapó, como yo, de miedo del tormento. Conocile luego, y él no fingió desconocerme como lo habia fingido el arriero. Saludámonos uno á otro, y entablamos una larga conversacion, en la cual me vi precisado á hacerle una nueva relacion de mis aventuras: lo que produjo dos efectos diferentes en el ánimo de los circunstantes, pues que los hice reir, y me atraje su compasion. El por su parte me contó lo que habia pasado en el meson de Cacabelos entre el arriero y la muger despues que un terror pánico nos habia separado de ella. En una palabra, contóme todo lo que dejo ya dicho. Despidióse despues de mí, prometiéndome que sin perder tiempo iba á hacer todo lo posible para que me dieran libertad. Desde entonces todas las personas, que como él, habian venido á verme por mera curiosidad, me aseguraron que mis desgracias, les movian á compasion, ofreciéndome al mismo tiempo unirse con aquel mozo para solicitar que me librasen de la cárcel.

Cumplieron efectivamente su palabra. Hablaron en favor mio al corregidor, quien no dudando ya de mi inocencia, particularmente desde que el niño de coro le contó todo lo que sabia, tres semanas despues vino á la prision, y me dijo: Gil Blas, aunque, si yo fuese un juez severo, podria detenerte aqui, no quiero dilatar mas tu causa. Véte: ya estás libre, y puedes salir cuando quisieres. Pero dime (prosiguió) si te llevarán al bosque donde estaba el soterráneo, ¿no le podrias descubrir? No señor, le respondi; porque como entré en él de noche, y sali antes del dia, no me seria posible dar con él. Con eso se retiró el juez diciendo que iba á dar orden al carcelero que me franquease la puerta. Con efecto, un momento despues vino el alcaide con sus satélites, que traian un lio de ropa, los cuales con mucha gravedad, y sin decir una sola palabra, me despojaron de la casaca y de los calzones, que eran de paño fino y casi nuevo, me metieron por la cabeza una especie de chamarreta muy vieja y muy raída á manera de escapulario, y concluida esta ceremonia, me pusieron á la puerta de la cárcel, echándome á empellones fuera de ella.

La vergüenza que padeci al verme en tan mala ropa, moderó mucho la alegría que comunmente tienen los presos cuando han recobrado su libertad. Tuve impulsos de salirme inmediatamente de la ciudad por huir de la vista del pueblo, que no podia sufrir sin rubor; pero pudo mas mi agradecimiento. Fui á dar las gracias al cantorcillo á quien debia tanta obligacion. No pudo dejar de reir luego que me vió. A lo que advierto, dijo, parece que la justicia ha hecho contigo sus habilidades. No me quejo de la justicia, le respondi, ella en sí es muy justa: solamente desearia yo que todos sus oficiales fueran hombres de bien y de conciencia. A lo menos me pudieran haber dejado el vestido; pues me parece que no le habia pagado mal. Convengo en eso, me replicó; pero dirán que esas son formalidades que indispensablemente se deben observar. Y si no dime: ¿crees por ventura que el caballo en que viniste se ha restituido á su primer dueño? No lo creas: porque el tal caballo está actualmente en la caballeriza del escribano, donde se depositó como una prueba del delito, y yo estoy persuadido de que su amo verdadero nunca volverá á ver ni siquiera la grupera. Pero mudemos de conversacion, continuó el cantorcillo: ¿qué ánimo tienes, y qué piensas

hacer ahora? Mi ánimo es (le respondi) irme derecho á Burgos buscar á la señora á quien liberte de los ladrones. Naturalmente me dará algun dinerillo, con el cual compraré unos hábitos nuevos, y partiré á Salamanca, donde procuraré aprovecharme de mi latin. Mi mayor apuro es que aun no estoy en Burgos, y es menester vivir en el camino. Ya te entiendo (me replicó), aqui tienes mi bolsa. Está un poco vacia á la verdad; mas ya sabes tú que un pobre cantor no es un obispo. Al mismo tiempo la sacó, y me la puso en las manos con tan buena voluntad, que no pude menos de aceptarla. Agradeciselo tanto como si me hubiera hecho dueño de todo el oro del mundo, y le pagué con mil protestas de servirle: cosa que nunca tuvo efecto, despues de esto nos despedimos, y yo sali de aquel pueblo sin ver á ninguna de las otras personas que habian contribuido á librarme de la prision, contentándome con darles dentro de mi corazon mil y mil bendiciones.



Yo soy uno de aquellos mozos á quienes amenazaste con el tormento en Cacabelos. — Pag. 20.

El cantorcillo tuvo mucha razon en no hacer ostencion de su bolsa, porque en realidad encontré en ella poco dinero, y todo en calderilla. Por fortuna habia dos meses que estaba acostumbrado á una vida muy frugal, y todavia me restaban algunos reales cuando llegué al lugar de Puentedura, poco distante de Burgos. Detúveme en él para saber de doña Mencía. Entré en un meson, cuya huéspedera era una muger pequeña, muy enjuta, vivaracha, y de mala condicion. Luego conocí por la mala cara que me puso que no le habia gustado mucho mi chamarreta, lo que fácilmente le perdoné. Sentéme á una asquerosa mesa, donde comí un pedazo de pan con un cuarteron de queso, y bebí algunos tragos de un detestable vino que me trajeron. Durante la comida, que era muy correspondiente á mi equipage, quise entablar

conversacion con la huéspedada, que me dió á entender con un gesto desdeñoso que tenia á menos hablar conmigo. Supliquéla que me dijese si conocia al marqués de la Guardia, si estaba lejos su casa de campo, y particularmente si sabia en qué habia parado la marquesa, su muger. Muchas cosas me preguntais, respondió muy desdeñosa. Sin embargo, me contestó en abreviatura, y con mucho mal talante, diciendo que la casa de campo de don Ambrosio distaba una legua corta de Puente-dura.

Despues que acabé de beber y de cenar, como era ya de noche, mostré que deseaba recogerme y pedí un cuarto. ¡Un cuarto para él! (me dijo la mesonera, mirándome de hito en hito con altivez y con desprecio): ¡un cuarto para él! Los cuartos de mi casa los reservo yo para gentes que no cenan pan y queso. Todas mis camas están ocupadas, porque estoy esperando á ciertos caballeros de importancia que vienen á hacer noche aqui: lo mas que te puedo ofrecer es el pajar, porque creo no será la primera vez que hayas dormido sobre paja. En esto decia mas verdad de lo que ella misma pensaba: no le repliqué palabra; abracé prudentemente el partido que me proponia; fuime al pajar, y dormí con tranquilidad, como hombre que ya estaba hecho á trabajos.

CAPITULO XIV.

Recibimiento que le hizo en Burgos doña Mencia.

No fui perezoso en levantarme al dia siguiente. Fui á ajustar la cuenta con la huéspedada, que ya estaba levantada, y me pareció de mejor humor que el dia antecedente. Atribuílo á la presencia de tres honrados cuadrilleros de la Santa Hermandad, que con mucha familiaridad hablaban con ella, y serian sin duda los caballeros de importancia para quienes estaban destinadas todas las camas. Informéme en el lugar del camino que guiaba á la casa de campo adonde yo queria ir, y se lo pregunté á un paisano que me deparó la suerte, del mismo carácter que mi antiguo mesonero de Peñafior. No contento con responderme á lo que le preguntaba, añadió que don Ambrosio habia muerto tres semanas hacia, y que la marquesa, su muger, se habia retirado á un convento de la ciudad, que me nombró. Al punto me encaminé en derechura á Burgos, y sin pensar ya en la casa de campo fui volando al monasterio en donde me dijeron que se hallaba doña Mencia. Supliqué á la tornera se sirviese decir á aquella señora que deseaba hablarle un mozo recién salido de la cárcel de Astorga. Inmediatamente fué á darle el recado la tornera. Volvió ésta, y me hizo entrar en un locutorio, adonde dentro de poco vi llegar muy enlutada á doña Mencia.

Bien venido seas, Gil Blas, me dijo aquella viuda con modo muy afable: cuatro dias ha que escribí á un conocido mio de Astorga, suplicándole te fuese á ver y que de mi parte te rogase vinieses á visitarme inmediatamente que salieses de la prision. Nunca dudé que presto te darian libertad. Bastaban para esto las cosas que yo dije al corregidor en descargo tuyo. Respondieronme que ya en efecto estabas libre, pero que no se sabia tu paradero. Temí no volverte á ver, ni tener el gusto de darte alguna prueba de mi agradecimiento, lo que hubiera sentido estremadamente. Consuélate (añadió conociendo que estaba avergonzado de presentarme á ella en tan miserable estado): no te dé pena alguna el hallarte en el infeliz ropage en que te veo. Despues del gran servicio que me hiciste, sería yo la muger mas ingrata de las mugeres si no hiciera nada por ti. Mi ánimo es sacarte del mal estado en que te hallas; debo y puedo hacerlo, pues tengo bienes suficientes para poder corresponderte sin que me sea gravoso.

Los lances (continuó) que me sucedieron hasta el dia en que nos separaron para meternos presos, ya los sabes como yo: ahora voy á contarte lo que me aconteció desde

entonces. Luego que el corregidor de Astorga dispuso que me condujesen á Burgos despues de haberme oido la relacion puntual de mis sucesos, me dirigí á la casa de don Ambrosio. Causó mi llegada una general y estremada sorpresa, pero me dijeron que ya llegaba tarde, porque el marqués profundamente afligido por mi fuga, habia caido gravemente enfermo, y tanto, que los médicos desesperaban de su vida. Esta triste noticia fué un motivo mas sobre los muchos que ya tenia para llorar el rigor de mi fatal destino. Con todo eso quise que le avisasen mi llegada: entré despues en su cuarto, y corrí á arrojarme de rodillas á la cabecera de su cama, anegado en lágrimas el semblante, y el corazon traspasado del mas agudo dolor. ¿Quién te ha traído aqui? (me dijo luego que me vió.) ¿Vienes á complacerte en la obra de tus manos? ¿No te bastó haberme quitado la vida? ¿Era menester, para mayor satisfaccion tuya, que tus mismos ojos fuesen testigos de mi muerte? Señor (le respondí) ya os habrá informado Inés de que yo hui con mi legitimo esposo, y á no ser el funesto accidente que me privó de él, nunca mas me hubiérais vuelto á ver. Referile al mismo tiempo cómo don Alvaro habia muerto á manos de unos ladrones, y cómo me habian conducido al soterráneo, con todo lo demas que me habia sucedido hasta entonces. Apenas acabé de hablar, cuando alargándome cariñosamente la mano, me dijo con ternura: basta, hija, ya no me quejo de ti. Pues qué, debo por ventura culpar un proceder tan justo y tan honrado? Hallástete de repente con tu legitimo esposo á quien adorabas, y me abandonaste por irte con él: ¿podré nunca condenar con razon una conducta dictada por la conciencia y la justicia? No por cierto; ninguna razon tendria para quejarme. Por eso no permití que ninguno te siguiese. Respetaba en aquella fuga el sagrado derecho que la hacia licita y aun necesaria, como tambien el debido amor que profesabas á tu querido y verdadero esposo. En fin, te hago justicia, y protesto que con haberte restituido á mi casa, has recobrado mi ternura. Si, querida Mencia, tu presencia me colma de gozo y de consuelo: ¡mas ay! cuán poco me durará uno y otro. Conozco que mi última hora se va acercando. Apenas la suerte me volvió á juntar contigo, cuando me será necesario arrancarme de ti con el último adios. Redoblóse mi llanto al oír palabras tan amorosas, las que escitaron en mí una afliccion estremada. Aunque adoré á don Alvaro, no lloré tanto por él. Murió don Ambrosio al dia siguiente, y yo quedé dueña de la rica dote que me habia señalado en las capitulaciones. No es mi ánimo emplearla mal. Aunque soy todavia moza, ninguno me verá pasar á terceras nupcias. Esto, á mi parecer, solo es propio de mugeres sin pudor y sin delicadeza. Antes bien te digo que ya no tengo inclinacion al mundo, y que quiero acabar mis dias en este convento, y ser su bienhechora.

Tal fué el discurso de doña Mencia, acabado el cual, sacó de la faltriquera un bolsillo, y me lo tiró por la reja del locutorio adonde le pudiese alcanzar, diciendo: toma, Gil Blas, esos cien ducados, únicamente para que te vistas, y despues vuélveme á ver, porque no quiero se limite á cosa tan corta mi agradecimiento. Dile mil gracias, y le juré que no partiria de Burgos sin volver á despedirme de ella. Hecho este juramento (que estaba bien resuelto á no quebrantar) me fui á buscar algun meson. Entré en el primero que encontré, pedí un cuarto, y para precaver el mal concepto que por el trage se podia formar de mí, dije al mesonero, que aunque me veia en aquellos pobres trapos, tenia con que pagar el gasto. Al oír estas palabras, el mesonero, que se llamaba Majuelo, y era naturalmente grandísimo bufon, mirándome y examinándome atentamente de pies á cabeza, me dijo con cierto aire malicioso y chufletero, que no necesitaba de mi aseveracion para conocer que sin duda haria yo en su casa mucho gasto, porque entre los remiendos de aquellos malos trapos se divisaba en mi persona un no sé que de nobleza que le obligaba á creer que yo era un caballero de grandes conveniencias. No

dejé de conocer que el bellaco se estaba burlando de mí; y para cortar de repente sus bufonescas frialdades, saqué el bolsillo, y á vista suya conté sobre una mesa mis ducados, los que le obligaron á formar un juicio mas favorable de mí. Roguéle que me hiciese buscar algun saetre, á lo cual me replicó que seria mejor llamar á algun prendero, el cual traeria diferentes vestidos de todas clases para quedar pronto vestido del todo. Armóme el consejo, y determiné seguirle; pero como se acercaba ya la noche dilaté este negocio hasta el dia siguiente, y solo pensé en cenar bien para resarcir lo mal que habia comido desde que sali del soterráneo.

CAPITULO XV.

De qué modo se vistió Gil Blas, del nuevo regalo que le hizo la señora, y del equipage en que salió de Burgos.

Sirviéronme un copioso plato de manos de carnero fritas, y le comí casi todo: bebi á proporcion, y despues fuime á la cama. Era esta muy decente, y esperaba que luego se apoderaria de mis sentidos un profundo sueño; pero engañéme, porque apenas pude cerrar los ojos, ocupada la imaginacion en qué género de vestido habia de escoger. ¿Qué haré? (decia) ¿seguiré mi primer intento de comprar unos hábitos largos para ir á ser dómine en Salamanca? Pero ¿á qué fin vestirme de estudiante? ¿Tengò deseos de consagrarme al estado eclesiástico? ¿acaso me inclina á ello mi propension? Nada de eso: mis inclinaciones son muy contrarias á la santidad que pide: quiero ceñir espada, y ver de hacer fortuna en el mundo, y á esto me decidí.

Resolvi, pues, vestirme de caballero, bien persuadido de que esto bastaria para alcanzar un empleo de importancia. Con tan lisonjeros proyectos estuve esperando el dia con grandisima impaciencia, y apenas rayó en mis ojos su primera luz, cuando salté de la cama. Hice tanto ruido en el meson, que despertaron todos. Llamé á los criados que estaban todavia en la cama, y me respondieron echándome mil maldiciones. Al fin se vieron obligados á levantarse, y les di orden de que fuesen á buscar al prendero. No tardó en llegar éste con dos mozos cargados cada uno con un gran envoltorio. Saludóme con grandes cumplimientos y me dijo: caballero, ha tenido vmd. fortuna en dirigirse á mi mas bien que á otro: no quiero desacreditar á mis compañeros, ni permita Dios que haga el menor agravio á su reputacion; mas aqui para entre los dos: ninguno de ellos sabe qué cosa es conciencia: todos son mas duros que judios: yo soy el único de mi oficio que la tiene; me limito á una ganancia justa y razonable, contentándome con un real por cada cuarto; equivoquéme, quise decir con un cuarto por real.

Despues de este preámbulo, que yo creí tontamente al pie de la letra, mandó á los mozos que desatasen los envoltorios. Enseñáronme vestidos de todos géneros y colores, muchos de ellos de paño enteramente lisos. Deseché estos con desprecio por demasiado humildes. Presentáronme despues otro que parecia haberse cortado espresamente para mí, el cual me deslumbró, sin embargo, de que estaba un poco usado. Se componia de una ropilla, unos calzones y una capa; la ropilla con mangas acuchilladas, y todo él de terciopelo azul bordado de oro. Escogí éste, y pregunté el precio. El prendero, que conoció cuanto me agradaba, me dijo: en verdad que es vmd. un señor de gusto muy delicado, y se vé bien que lo entiende. Sepa vmd. que este vestido se hizo para uno de los primeros sugetos del reino, que no se le puso tres veces. Observe bien la calidad del terciopelo, y hallará que es del mejor: ¿pues qué diré del bordado? no parece cabe mayor delicadeza ni primor. Y bien, le pregunté; ¿cuánto pedis por él? Señor, me respondió, ayer no le quise dar por sesenta ducados, y si esto no es cierto, no sea yo hombre de bien. A la verdad la contestacion era convincente. Yo le ofrecí cua-

renta y cinco, aunque acaso no valia la mitad. Caballero (replicó él friamente) yo no soy hombre que pido mas de lo justo, ni rebajo un ochavo de lo que digo la primera vez. Tome vmd. este otro vestido (continuó presentándome el primero que yo habia desechado) que se le dará mas barato. Todo esto solo servia para aumentar en mí la gana que tenia del otro; y como me imaginé que no rebajaria ni un maravedí de lo que habia pedido, le entregué sus sesenta ducados. Cuando vió la facilidad con que se los habia dado, juzgo que, no obstante la delicadeza de su rigida conciencia, se arrepintió mucho de no haberme pedido mas. Pero al fin, contento con haber ganado á real por cuarto, se despidió con sus mozos, á los cuales tampoco dejé de agasajar, dándoles para beber.

Viéndome ya con un vestido tan señor, comencé á pensar en lo restante para presentarme en la calle con toda autoridad y decencia, lo que me entretuvo toda la mañana. Compré pañuelo, sombrero, medias de seda, zapatos y una espada. Vestíme inmediatamente; ¡pero qué gozo fué el mio cuando me vi tan bien equipado! no me cansaba de mirarme. Ningun pavo real se recreó nunca tanto en mirar y remirar el dorado plumage de su cola. Aquel mismo dia pasé á visitar segunda vez á doña Mencia, la cual me volvió á recibir con la mayor urbanidad y agasajo. Dióme nuevas gracias por el servicio que le habia hecho, á que siguió una salva de reciprocos cumplidos. Despues, deseándome en todo la mayor prosperidad, se despidió de mí, y se retiró, regalándome solo una sortija de treinta doblones, y suplicándome la conservase siempre por memoria.

Quedéme frio cuando me vi con la tal sortija, porque habia contado con regalo de mucho mas precio. En esta suposicion, mal contento de la generosidad de la señora, volvi al meson haciendo mil calendarios; pero apenas habia llegado, cuando entró en él un hombre que venia tras de mí, el cual desembozando la capa mostró un talego bastante largo que traia debajo del brazo. Así que ví el talego, que parecia lleno de dinero, abri tanto ojo, y lo mismo hicieron algunas personas que estaban presentes, y me pareció oír la voz de un serafin cuando aquel hombre me dijo, poniendo el talego sobre una mesa; señor Gil Blas: mi señora, la marquesa, suplica á vmd. se sirva admitir esta cortedad en prueba de su agradecimiento. Hice mil cortesias al portador, acompañadas de otros tantos cumplimientos, y luego que salió del meson me arrojé sobre el talego como un gavilan sobre su presa, y llevémele á mi cuarto. Desatéle sin perder tiempo, vaciéle sobre una mesa, y me encontré con mil ducados que contenia. Acababa de contarlos al tiempo que el mesonero, que habia oido las palabras del portador, entró para saber lo que iba en el talego. Asombróle la vista de tanta planta, y exclamó admirado: ¡Fuego de Dios, y cuánto dinero! Sin duda sabeis (añadió con malicia) sacar buen partido de las damas. Apenas ha veinte y cuatro horas que estais en Burgos, y ya haceis contribuir á las marquesas.

No me desagradó esta sospecha, y estuve tentado á dejar á Majuelo en su error por lo que lisonjeaba á mi vanidad. No me admiro de que los mozos se alegren de ser tenidos por afortunados con las mugeres; pero pudo mas en mí la inocencia de mis costumbres, que la vanagloria. Desengañé al mesonero, y le conté toda la historia de doña Mencia. Oyóla con singular atencion, y despues le confié el estado de mis asuntos, suplicándole, pues se mostraba tan interesado en servirme, me ayudase con sus consejos. Quedóse como pensativo algun tiempo, y tomando luego un aire sério me dijo: señor Gil Blas, confieso que desde que vi á vmd. le cobré particular inclinacion; y ya que le merezco la confianza de que me hable con tanta franqueza, debo corresponder á ella diciéndole sin lisonja lo que siento. A mí me parece que vmd. es un hombre nacido para la córte, y así le aconsejo se vaya á ella, y procure introducirse con algun gran señor, viendo de mezclarse en sus negocios, y

sobre todo, en los de sus pasatiempos y devaneos, sin lo cual perderá vmd. el tiempo, y nada adelantará con él. Conozco bien á los grandes: ningun aprecio hacen del celo y de la lealtad de un hombre de bien, y solo estiman á las personas que le son necesarias para sus fines. Además de éste tiene vmd. otro recurso: es mozo, bien dispuesto, galan; y esto aun cuando fuera un hombre sin talento, bastaba y aun sobraba para encaprichar á su favor á alguna viuda poderosa, ó alguna hermosa dama mal casada. Si el amor empobrece á muchos ricos, tal vez sabe tambien enriquecer á los que eran pobres. Soy, pues, de parecer que vaya vmd. á Madrid; pero conviene se presente con ostentacion, pues allí, como en todas partes, se juzga de las personas, no por lo que son, sino por lo que aparentan ser, y vmd. solamente será atendido á proporcion de la figura que hiciere. Quiero proporcionarle un criado mozo, fiel, cuerdo y prudente, en fin, un hombre de mi mano. Compre vmd. dos mulas, una para sí, y otra para él, y sin perder tiempo póngase en camino lo mas pronto que le sea posible.

No podia menos de abrazar un consejo que era tan de mi gusto. Al dia siguiente compré dos mulas, y recibí el criado que Majuelo me propuso. Era un hombre de treinta años, y de un aspecto humilde y devoto. Dijo que era rayano de Galicia, y llamarse Ambrosio Lame-la. Lo que mas admiré en él fué que siendo los demas criados por lo comun muy interesados, éste no se paraba en pedir gran salario. Dijo que en este asunto se contentaria con lo que quisiese darle. Compré unos botines, y una maleta para llevar mi ropa y mis ducados, ajusté la cuenta con el mesonero, y al amanecer sali de Burgos camino de Madrid.

CAPITULO XVI.

Donde se ve que ninguno debe fiarse mucho de la prosperidad.

Dormimos en Dueñas la primera jornada, y el dia siguiente entramos en Valladolid á las cuatro de la tarde. Apeámonos en un meson, que me pareció seria el mejor de la ciudad. Mi criado se fué á cuidar de las mulas, y yo mandé á un mozo de la posada llevase la maleta al cuarto que me dieron. Llegué tan fatigado, que sin quitarme los botines me eché en la cama, donde insensiblemente me quedé dormido. Era ya casi noche cuando desperté. Llamé á Ambrosio; no estaba en el meson, pero tardó poco en parecer. Preguntéle de dónde venia, y me respondió devoto y compungido, que de una iglesia de dar gracias al Señor por habernos librado de toda desgracia en el camino. Alabéle su devocion, y le mandé que encargase me dispusiesen algo que cenar.

Al mismo tiempo que le hablaba, entró en mi cuarto el mesonero con una hacha encendida en la mano, alumbrando á una señora ricamente vestida, la cual me pareció mas hermosa que jóven. Dába'le el brazo un escudero, y un morillo la seguia llevándole la cola del vestido. Quedé no poco sorprendido cuando la señora, despues de hacerme una profunda reverencia, me preguntó si por ventura seria yo el señor Gil Blas de Santillana. Apenas le respondí que sí, cuando desasiéndose del escudero, vino apresuradamente á darme un abrazo con tal alborozo y alegría, que añadió muchos grados á mi admiracion. ¡Sea mil veces bendito el cielo (esclamó) por tan dichoso encuentro! á vmd. señor caballero, á vmd. venia yo buscando. Al oír esto se me vino á la memoria el petardista taimado de Peñaflo, y ya iba á sospechar que aquella señora era una solemne embustera, ó una descarada aventurera; pero lo que añadió me obligó á formar de ella un juicio mas favorable. Yo soy (me dijo) prima hermana de doña Mencia de Mosquera, que debe á vmd. tantas obligaciones. He recibido hoy mismo una carta suya en que me participa el viage de vmd. á la corte, y me encarga le trate bien, y le obsequie si transitaré por esta ciudad. Dos horas ha que la ando corriendo toda, yendo de meson en meson á saber qué fo-

rasteros se han apeado en ellos; y por las señas que me dió de vmd. el mesonero conocí que podia ser libertador de mi prima. Ya que he tenido la dicha de encontrarle, quiero manifestarle lo mucho que me intereso en los beneficios que se hacen á mi familia, y particularmente á mi querida Mencia. Me hará vmd. el favor de venir ahora mismo á hospedarse en mi casa, donde estará menos mal que en un meson. Quise escusarme, haciéndole presente que no podia admitir su fineza sin incomodarla; pero fué preciso rendirme á sus eficaces instancias. Habia á la puerta del meson un coche que nos estaba esperando. Ella misma tuvo gran cuidado de hacer poner dentro de él la maleta y todo mi equipage; porque en Valladolid (dijo) hay muchísimos bribones, lo cual era demasidamente cierto. En fin, entramos en el coche ella y yo con su vejete escudero, y me dejé sacar del meson de esta manera con gran pesar del mesonero, porque así se veia privado del gasto que él suponía que yo habia de hacer en su posada con la señora, el escudero y el morito.

Despues de haber rodado bastante paró, en fin, el coche á la puerta de una casa grande, adonde subimos á una sala bien adornada é iluminada con veinte ó treinta bugias. Habia en ella tambien muchos criados, á quienes preguntó la señora si habia venido don Rafael. Respondieronle que no; y ella me dijo, volviéndose á mí: señor Gil Blas, estoy esperando á mi hermano, que ha de volver esta noche de una quinta que tenemos á dos leguas de aqui. ¡Cuán agradable será su sorpresa, cuando se encuentre en su casa con un huésped á quien tanto debe toda nuestra familia! Al mismo punto que acabó de decir estas palabras, oímos ruido y supimos que le causaba la llegada de don Rafael. Dejose presto ver este caballero, que era un jóven de bello talle y muy airoso. Hermano, le dijo la señora, no sabes cuánto me alegro de tu vuelta. Tú me ayudarás á obsequiar como merece al señor Gil Blas de Santillana. Nunca podremos pagar lo que ha hecho por nuestra parienta doña Mencia. Toma esta carta, añadió, y lee lo que en ella me escribe. Abrióla don Rafael, y leyó en alta voz lo siguiente:

«Mi querida Camila: el señor Gil Blas de Santillana, que me ha salvado el honor y la vida, acaba de salir para la corte, y sin duda pasará por Valladolid. Te ruego encarecidamente por el vinculo del parentesco, y aun mas por la amistad que nos une, le agasajes y obsequies cuanto puedas, obligándole á que descanse algunos dias en tu casa. Espero no me negarás este gusto, y que mi libertador recibirá de ti y del primo don Rafael todo género de atenciones. Burgos, etc. Tu prima que te ama: doña Mencia.»

¡Cómo así! exclamó don Rafael luego que leyó la carta; ¡es posible sea este el caballero á quien debe no menos que el honor y la vida mi parienta! Doy gracias al cielo por este dichoso encuentro. Diciendo esto se acercó á mí, y abrazándome estrechamente, dijo: ¡oh qué gusto y qué fortuna la mia en tener en mi casa al señor Gil Blas de Santillana! No era menester que mi prima la marquesa le recomendase; bastaba avisarnos que pasaba por aqui. Sabemos muy bien mi hermana y yo cómo debemos tratar á un hombre que hizo el mayor servicio del mundo á la persona á quien mas amamos de toda nuestra parentela. Correspondi lo mejor que pude á todas aquellas espresiones, y á otras muchas semejantes, acompañadas de mil caricias. Advirtiéndome despues don Rafael que todavia tenia yo puestos los botines, mandó á sus criados me los quitasen.

Pasamos despues al cuarto donde estaba esperándonos la cena. Sentámonos á la mesa, colocándome á mí en medio de los dos hermanos, quienes mientras cenábamos me dijeron mil espresiones cariñosas: celebraban todas mis palabras como otros tantos rasgos de gracia y de discrecion; y era de ver el cuidado con que me hacian plato, sirviéndome de cuanto habia en la mesa. Don Rafael brindaba frecuentemente á la salud de doña Mencia, y yo correspondia del mismo modo. Doña Camila no se

descuidaba en imitarnos, y á veces me parecia que me miraba como á hurtadillas de una manera que podia significar mucho, y aun llegué á creer que para hacerlo buscaba ocasion como quien temia que su hermano lo advirtiese. Bastó esto para persuadirme que ya me habia hecho dueño de la voluntad de aquella señora, y para resolver aprovecharme de este descubrimiento por poco que me detuviese en Valladolid. Con esta esperanza me rendí fácilmente á la cortesana súplica que me hicieron de que me detuviese en su compañía algunos dias. Agradecieron mucho mi condescendencia, y la particular alegría que mostró doña Camila me confirmó en la opinion de que habia hallado en mí un hombre muy de su gusto.

Viéndome determinado don Rafael á detenerme algun tiempo, me propuso un viage á su quinta, de la que me hizo una magnífica descripción, como tambien de las diversiones que queria proporcionarme en ella. Unas veces (decia) nos divertiremos en la caza, otras en la pesca; y si vmd. gusta de pasearse, encontrará bosques sombríos y jardines deliciosos. Además de esto no nos faltará buena compañía; y creo que no echará vmd. de menos la ciudad. Acepté la oferta, y quedamos en que al dia siguiente iriamos á la tal divertidísima quinta. Levantámonos de la mesa con esta resolución; y don Rafael lleno de alegría me dió un estrechísimo abrazo, diciéndome: señor Gil Blas, ahí le dejo á vmd. con mi hermana; voy á dar las órdenes necesarias para el viage y para que se avise á las personas que nos han de acompañar. Dicho esto se salió del cuarto, y yo quedé á solas con la señora dándole conversacion, en la que no desmintió lo que yo habia juzgado de las tiernas miradas de la cena. Tomóme la mano, y mirando con atencion la sortija, dijo: parece muy lindo este diamante; pero es pequenito: ¿entiende vmd. de pedreria? Respon dile que no. Lo siento, me replicó: porque si lo entendiera me diria cuánto vale esta piedra, mostrándome un grueso rubi que tenia en el dedo; y mientras yo lo miraba añadió: regalómelo un tiomio, que fué gobernador en Filipinas, y los joyeros de Valladolid le aprecian en trescientos doblones. Lo creo, repliqué, porque me parece primoroso. Pues ya que á vmd. le gusta, repuso ella, quiero hagamos un trueque. Diciendo y haciendo, me cogió mi sortija, y metióme la suya en el dedo. Después de este cambio, que yo tuve por un regalo hecho con gracia y novedad, Camila me apretó la mano, y me miró con ternura: luego cortando de repente la conversacion me dió las buenas noches, y se retiró enteramente confusa y como avergonzada de haberme manifestado demasiado sus sentimientos.

Aunque era yo entonces uno de los cortejantes mas novicios, no dejé por eso de penetrar lo mucho y bueno que significaba aquella precipitada fuga, y desde luego consentí en que no pasaria mal el tiempo en la quinta. Poseido de esta lisonjera idea, y del brillante estado de mis negocios, me encerré en el cuarto donde habia de dormir, y previne á mi criado me despertase temprano el dia siguiente. En lugar de pensar en acostarme, me entregué enteramente á los alegres pensamientos que me inspiraban mi maleta, que estaba sobre la mesa, y mi rubi. Gracias á Dios, decia, que si antes fui miserable, ya no lo soy. Mil ducados por una parte, y una sortija de trescientos doblones por otra, es un decente caudal para bandearme algun tiempo. Ahora veo que Majuelo no me engañó. Sin duda que en Madrid encenderé en amor á mil mugeres, cuando tan fácilmente he agradado á Camila. Venianseme á la imaginacion todas las palabras y acciones de aquella señora, y gozaba anticipadamente de todos los pasatiempos que don Rafael me habia ponderado de su quinta. Con todo eso, á pesar de unas ideas tan halagüeñas, no dejó el sueño de hacer su oficio; y así sintiéndome adormecido, me desnudé y me metí en la cama.

Al despertar el dia siguiente conocí que era tarde. Admiréme de que Ambrosio no me hubiese despertado habiéndoselo mandado; pero dije entre mí: Ambrosio,

memi fiel Ambrosio, estará en alguna iglesia, ó le habrá hoy cogido la pereza. Mas tardé poco en perder el buen concepto que habia hecho de él, para dar lugar á otro menos favorable, aunque mas justo y verdadero; pues habiéndome levantado, y no hallando mi maleta en todo el cuarto, sospeché que me la habian robado por la noche. Para aclarar mis sospechas, abrí la puerta, y comencé á llamar al hipócrita repetidas veces, y con voz muy esforzada. A mis gritos acudió un viejo, y me dijo: ¿qué quiere vmd., señor? todos sus criados han salido de mi casa antes de amanecer. ¿Qué es eso de mi casa? le repliqué yo. Pues qué ¿no es esta la casa de don Rafael? Yo no sé quién es ese caballero, respondió el viejo: solo sé que esta es una casa de huéspedes, que yo soy su dueño, y que una hora antes que vmd. llegase, aquella señora con quien cenó anoche, vino á pedirme un cuarto para un caballero principal que ella dijo viajaba incognito: yo le di éste, habiéndomelo pagado adelantado.



Escogí éste, y pregunté el precio.—Pág. 23.

Caía entonces en la cuenta: conocí lo que debia pensar de doña Camila y de don Rafael, y comprendí que mi criado instruido á fondo de todos mis negocios, me habia vendido á aquellos dos grandísimos bribones. En vez de echarme á mi solo la culpa de tan pesados sucesos, y de conocer que no me hubiera acaecido á no haber tenido la ligereza é indiscrecion de descubrirme á Majuelo sin la menor necesidad, me volví contra la inocente fortuna, y maldije mil veces mi suerte. El posadero, á quien conté mi aventura (de la cual quizá el bellaco estaria mejor informado que yo) mostró acompañarme en mi sentimiento. Compadecióse de mí, y protestó lo mucho que sentia que este lance hubiese sucedido en su casa; pero yo creo á pesar de todas sus protestas, que él tuvo tanta parte en esta picardia como el

mesonero de Burgos, á quien siempre atribuí el honor de la invencion.

CAPITULO XVII.

Partido que tomó Gil Blas de resultas del triste suceso de la casa de posada.

Despues de haber llorado bien, pero en vano, mi desgracia, comencé á hacer reflexiones y saqué de ellas que en lugar de rendirme á la desesperacion y desaliento debia animarme á luchar contra mi mala suerte. Volvi, pues, á despertar mi valor, y me decia á mí mismo mientras me estaba vistiendo: aun doy gracias á mi fortuna de que aquellos malvados no se llevasen tambien mis vestidos, y algunos ducados que tengo en las faltriqueras; y les agradecia el haber andado tan comedidos; pues habian tenido la generosidad de dejarme los botines, los cuales di al posadero por la tercera parte de lo que me habian costado. En fin sali de la posada, sin tener necesidad, gracias á Dios, de quien me llevase el hatillo. Lo primero que hice fué ir al meson donde me habia apeado el dia antecedente, á ver si mis mulas se habian librado de la borrasca, aunque á la verdad juzgaba que Ambrosio no las habria olvidado, y ojalá que siempre hubiera juzgado de él con tanto acierto, pues, supe que aquella misma noche habia tenido buen cuidado de sacarlas. Con que dando por supuesto que yo no las volveria á ver, como tampoco mi maleta, caminaba triste y sin destino por las calles, pensando en el rumbo que habia de tomar. Ofrecióseme la idea de volver á Burgos para recurrir segunda vez á doña Mencia; pero considerando que esto seria abusar de su bondad, y que ademas me tendria por un simple, deseché este pensamiento. Juré si guardarme bien en adelante de mugeres; y por entonces no me fiaria ni aun de la casta Susana. De cuando en cuando ponía los ojos en mi sortija; mas acordándome que habia sido regalo de Camila, suspiraba de rabia y de dolor. ¡Ah! decia entre mí: nada entiendo de rubies; pero bien entiendo y conozco á la gentecilla que hace estos cambios. No me parece preciso ir á un joyero para conocer que soy un pobre mentecato.

Con todo, no quise dejar de ir á saber lo que valia mi sortija, que reconocida por un lapidario la tasó en tres ducados. Al oír semejante tasa, aunque no me causó sorpresa, di á todos los diablos la sobrina del gobernador de Filipinas, ó por mejor decir, solo les renové el don que mil veces les habia hecho de ella. Al salir de casa del lapidario encontré un mozo que se paró á mirarme. No pude caer al pronto en quien era, aunque en otro tiempo le habia conocido muy bien. ¿Cómo, qué, Gil Blas? me dijo: ¿finges acaso no conocerme? ¿Es posible que en dos años me haya mudado tanto, que no conozcas al hijo del barbero Nuñez? Acuérdate de Fabricio, tu paisano y tu condiscipulo de lógica, y de cuantas veces argüimos los dos en casa del doctor Godinez sobre las universidades y grados metafísicos.

Antes que acabase de hablar, habia yo venido en conocimiento de quien era. Abrazámonos estrechamente con mil demostraciones de admiracion y de alegría. ¡Ah querido amigo, prosiguió Fabricio, y qué encuentro tan feliz, y cuánto me alegro de verte á ver! ¿Pero en qué equipage te veo? ¡A la verdad que estás vestido como un principe! ¡Bella espada, medias de seda, calzon y vestido de terciopelo con bordado de plata. ¡Fuego! Esto me huele á fortunon deshecho. Apuesto á que alguna vieja liberal te hizo dueño de su bolsillo. Te engañas, le respondi: mi fortuna no ha sido tan feliz como imaginas. A otro perro con ese hueso, replicó él. Tú quieres hacer el reservado: ¡pero á mí, que las vendo! Dime por vida tuya: ese bellissimo rubí que tanto brilla en ese dedo, ¿de quién le hubiste? De una grandisima bribona, le respondi. Fabricio, mi querido Fabricio, sabe que en vez de ser el Adonis de las mugeres de Valladolid, he sido su dominguillo.

Pronuncié estas palabras en tono tan lastimoso, que Fabricio conoció muy bien que me habian jugado alguna burla. Apuróme para que le dijese por qué razón estaba tan quejoso del bello sexo. Tuve poco que hacer en resolverme á satisfacer su curiosidad; pero como la relacion era algo larga, y no queriamos separarnos tan presto, entramos en un figon para discurrir con mas comodidad y sosiego. Allí nos desayunamos; y mientras tanto le hice menuda relacion de cuanto me habia sucedido desde mi salida de Oviedo. Convino en que mis aventuras eran muy estrañas, y despues de asegurarme lo mucho que sentia verme en el estado en que me hallaba, añadió: amigo, es menester consolarnos y animarnos en todas las desgracias de la vida. Eso es lo que distingue un pecho generoso de un corazon apocado. ¿Véase un hombre de entendimiento reducido á la miseria? espera con valor y paciencia otro tiempo mas feliz. *Nunca* (dice Ciceron) *nunca debe un hombre abatirse tanto que llegue á olvidarse de que es hombre*. Yo por mí soy de este carácter. Las desventuras no me acobardan; sé superarlas, y sé resistir á los golpes de la mala fortuna. Por ejemplo, amaba en Oviedo á la hija de un vecino honrado, y e'la me amaba á mí: pedía á su padre, negóme la como era regular. Otro cualquiera se hubiera muerto de pesadumbre; pero yo (admira la fuerza de mi talento) de acuerdo con la misma muchacha, la robé de casa de sus padres. Era viva, atolondrada, y alegre sobremanera: por consiguiente, pudo mas con ella el placer que la obligacion. Anduvimos seis meses paseándonos por Galicia; y llegó á tal punto su deseo de viajar que quiso ir á Portugal; pero tomó otro compañero de viage, y me dejó plantado. Si no fuera el que soy, me hubiera desesperado y abatido con el peso de esta nueva desgracia; mas no cometí tal disparate. Mas prudente y sufrido que Menelao, en lugar de armarme contra el París que me habia robado mi Helena, me alegre mucho de verme libre de ella. No queriendo despues volver á Asturias por evitar contiendas con la justicia, me interné en el reino de Leon, donde anduve de lugar en lugar gastando el dinero que me habia quedado del rapto de mi ninfa; pues en aquella ocasion ambos nos proveimos suficientemente de dinero y ropa. Al fin me hallé al llegar á Palencia con un solo ducado, con el cual tuve que comprar un par de zapatos: y el resto duró pocos dias. Vime perplejo en aquella situacion. Comenzaba ya á guardar dieta; y era indispensable tomar algun partido. Resolvi, pues, ponerme á servir. Acomodéme desde luego con un rico mercader de paños que tenia un hijo dado á todos los vicios. En su casa encontré un seguro asilo contra la abstinencia; pero igualmente un grandisimo obstáculo. Mandóme el padre que espíase al hijo, y suplicóme el hijo le ayudase á engañar al padre. Era preciso optar: preferí la súplica al precepto, y esta preferencia me costó el ser despedido. Pasé despues á servir á un pintor ya hombre viejo, el cual queria enseñarme por caridad los principios de su arte; pero al mismo tiempo me dejaba morir de hambre; y esto me disgustó de la pintura, y de la mansion en Palencia. Vineme á Valladolid, donde, por la mayor fortuna del mundo, me acomodé con un administrador del hospital. Con él estoy todavia, y cada instante mas contento. El señor Manuel Ordoñez, mi amo, es el hombre mas virtuoso del mundo, pues siempre va con los ojos bajos y un rosario de cuentas gordas en la mano. Dicen que desde mozo solo tuvo puesta su atencion en el bien de los pobres, y le mira con mucho amor, empleando á este fin un celo infatigable. Esto no se ha quedado sin recompensa: todo ha prosperado en sus manos. ¡Qué bendicion del cielo! El se ha hecho rico cuidando de la hacienda de los pobres.

Luego que acabó Fabricio su discurso, le dije: por cierto me alegro de verte tan contento con tu suerte: pero, hablando en confianza, pareceme que podias hacer un papel mas brillante en el mundo que el de criado. Un mozo de tu talento debia pensar mas alto. Te enga-

ñas mucho, Gil Blas, me respondió: has de saber que para un hombre de mi humor no puede haber mejor situación que la mía. Confieso que el oficio de criado es muy penoso para un mentecato; mas para un mozo despejado tiene grandes atractivos. Un ingenio superior, que se pone á servir, no sirve materialmente como un pobre bobo: entra menos á servir que á mandar en la casa. Su primer cuidado es estudiar bien el genio y las inclinaciones del amo. Halaga sus defectos, lisonjea sus pasiones, sírvele en ellas, grangea su confianza, étele que ya le tiene agarrado por la nariz. De esta manera me he gobernado con mi administrador. Desde luego conocí de qué pié cojeaba. Advertí que todo su deseo era le tuviesen por santo. Fingí creerlo, porque esto nada cuesta; y aun hice mas: procuré imitarle representando en su presencia el mismo papel que él representaba delante de los demas: engañe al engañador, y poco á poco vine á ser su todo, y como su primer ministro. Bajo sus auspicios y en su escuela espero que algun dia estarán á mi cargo los asuntos de los pobres, porque me intereso tanto por su bien como mi amo. ¡Y quién sabe si por este camino llegaré tambien á hacer igual ó mayor fortuna!

¡Bellas y alegres esperanzas! querido Fabricio, le repliqué: dóite mil parabienes por ellas. Mas por lo que á mi toca vuélvome á mis primeros pensamientos. Voy á trocar mi vestido bordado por unas bayetas, iréme á Salamanca, matricularéme en la Universidad, y me pondré á preceptor. ¡Gran proyecto! repuso Fabricio: graciosa idea! ¿puede haber mayor locura que meterte á pedante en lo mejor de tu vida? ¿Sabes bien, pobrete, en lo que te empeñas abrazando ese partido? Luego que halles conveniencia te observará toda la casa. Examinarán escrupulosamente tus mas minimas acciones. Será preciso que estés fingiendo y venciéndote continuamente, que afectes un exterior hipócrita, y que parezcas un hombre adornado de todas las virtudes. No tendrás un instante por tuyo para divertirte. Censor eterno de tu discípulo, todo el dia te se irá en enseñarle el latin, y en reprenderle y corregirle cuando diga ó haga alguna cosa contra la buena crianza. Y al cabo de tanto trabajo y sujeccion ¿qué premio te espera? si el señorito sale travieso y mal inclinado, á ti te echarán la culpa, diciendo que le criaste mal, y sus padres te despedirán sin recompensa, y aun quizá sin pagarte. Asi, pues, no me hables del oficio de preceptor, porque es un beneficio con cargo de almas. Háblame del empleo de criado, que es beneficio simple que á nada obliga. ¿Está el amo lleno de vicios? pues el talento superior del criado los sabe lisonjear, convirtiéndolos á veces en propia utilidad. Un criado de este jaez vive con mucha paz en una buena casa. Come y bebe á su gusto, por la noche se va á la cama, y como un hijo de familia duerme tranquilamente, sin tener que pensar en el carnicero ni en el panadero.

Amigo Gil Blas, prosiguió Fabricio, nunca acabaria si te hubiera de contar todas las ventajas que se encuentran en la no muy lucida, pero muy provechosa carrera de criado. Créeme, desecha para siempre el pensamiento de ser preceptor, y sigue mi ejemplo. Sea asi, Fabricio, le respondí; pero no todos los dias se hallan administradores como el que tú has hallado; y si yo me determinara á servir, quisiera á lo menos encontrar un buen amo. ¡Oh! repuso él, en eso tienes razon. Yo tomo por mi cuenta el buscártele, y lo haré, aunque no sea mas que por contribuir á que no se vayan á enterrar en una universidad los talentos de un hombre como tú.

La próxima miseria que me amenazaba, la resolucion y seguridad con que Fabricio me habló, aun mas que sus razones, me persuadieron finalmente á que me pusiese á servir. Tomada esta determinacion salimos del figon, y Fabricio me dijo: ahora mismo quiero conducirte en derecha á casa de un hombre á quien recurre la mayor parte de los que buscan amo. Tiene emisarios que le informan de cuanto pasa en todas las familias, sabe las que necesitan criados, y en un registro muy exacto lleva ra-

zon no solo de las plazas vacantes, sino tambien de las buenas ó malas cualidades de los amos: en fin, él fué quien me acomodó con el administrador.

Fuimos hablando de esta especie de despacho y oficina pública tan singular, hasta que llegamos á una callejuela, y en un rincon de ella á una casa baja, donde el hijo del barbero Nuñez, me hizo entrar, nos encontramos con un hombre de cincuenta años, que estaba escribiendo. Saludámosle cortesana y aun respetuosamente; pero fuese por ser de genio naturalmente soberbio y grosero, ó bien porque estando acostumbrado á no tratar sino con lacayos y cocheros, lo estaba tambien á recibir las visitas asaz descortesmente, no se levantó, ni aun casi se dignó de mirarnos, contentándose con hacer una ligera inclinacion de cabeza. Con todo, poco despues me miró con atencion. Conocí muy bien se admiraba de que un mozo con un vestido bordado quisiera ponerse á servir de criado, cuando podia pensar que iba yo á buscar uno. Duróle poco esta duda, porque Fabricio le dijo al punto: señor Arias de Londoña, aqui le presento á vmd. el mayor amigo mio. Es un hijo de buena familia y sus desgracias le han reducido á la necesidad de servir. Proporcionele vmd. una buena conveniencia, contando seguramente con su correspondiente agradecimiento. Señores, respondió friamente Arias, esa es la cantinela general de todos ustedes: antes de acomodarse prometen mucho; pero despues de bien acomodados, tú que le viste, y de todo se olvidan. Cómo qué, replicó Fabricio: ¿está vuesa merced quejoso de mí? ¿no me he portado bien? Mejor pudieras haberte portado, tu conveniencia equivale á la de primer oficial de cualquier oficina, y has correspondido como si te hubiese acomodado con un autorcillo. Tomé yo entonces la palabra, y para que conociese el señor Arias que no servia á un ingrato, quise que el agradecimiento precediese al favor. Púsele en la mano dos ducados; prometiéndole que no se limitaria á tan poca cosa mi reconocimiento como me colocase en una buena casa.

Mostróse contento de mi proceder, diciendo: asi gusto yo de que se trate conmigo. Hay vacantes escelentes puestos: leerélos, y vmd. escogerá el que mejor le pareciere. Al decir esto, calóse los anteojos, tomó su registro, abrióle, revolvió algunas hojas, y comenzó asi: necesita lacayo el capitan Torbellino, hombre colérico, brutal y fantástico; gruñe sin cesar, blasfema; dá de golpes, y muy á menudo estropea á los criados. Pase vmd. adelante, dije prontamente, no me gusta el señor capitan. Rióse Arias de mi viveza, y prosiguió leyendo: doña Manuela de Sandoval, viuda, y entrada en edad, impertinente y caprichosa, se halla sin criado. Por lo comun no tiene mas que uno, y ese apenas la puede aguantar un dia entero. Diez años ha que solo hay en su casa una librea, y sirve para todos los criados que recibe, sean flacos ó gordos, grandes ó pequeños. Se puede decir que no hacen mas que probársela, y asi todavia está nueva, aunque se la han puesto dos mil. Falta un criado al doctor Alvaro Fañez, médico quimico. Trata bien á sus criados, dáles bien de comer, y un gran salario; pero hace en ellos la esperiencia de sus remedios, y se observa que en casa de este quimico hay siempre vacantes plazas de criados.

No lo dudo, interrumpió Fabricio, dando una carcajada; pero vamos claros, que nos va vmd. proponiendo admirables conveniencias. Ten un poco de paciencia, replicó Arias de Londoña, todavia no las he leído todas, y puede haber alguna que te contente. Diciendo esto prosiguió su lectura de esta manera: tres semanas ha que está sin criado doña Alfonsa de Solís: es una señora anciana y devota, que pasa en la iglesia las tres partes del dia, y quiere tener siempre junto á si al criado. Otro: ayer despidió al suyo el licenciado Cedillo, hombre ya viejo, y canónigo de este cabildo. Alto ahí, señor Arias de Londoña, interrumpió Fabricio: á ese puesto nos atenemos: el canónigo Cedillo es grande amigo de mi amo, y yo le conozco mucho: sé que gobierna su casa en clase de ama una vieja beata que se llama la señora Jacinta, y es la

que todo lo manda. Es una de las mejores casas de Valladolid, porque en ella se vive con gran paz, y se come grandemente. Fuera de eso, el canónigo es un señor enfermizo: gotoso inveterado, que tardará poco en hacer testamento, y se puede esperar algun legadillo: ¡gran esperanza para un criado! Gil Blas, continuó Fabricio volviéndose hácia mí, no perdamos tiempo. Vámonos derechos á casa del licenciado: yo mismo te quiero presentar, y salir por fiador tuyo. Habiendo dicho esto por no malograr la ocasion, nos despedimos aceleradamente del señor Arias, quien me ofreció por mi dinero, que si no lograba aquella conveniencia, me proporcionaria otra tan buena, y aun quizá mejor.

LIBRO II.

CAPITULO I.

Entra Gil Blas por criado del licenciado Cedillo; estado en que este se hallaba, y retrato de su ama.

Por miedo de no llegar tarde nos pusimos de un brinco en casa del licenciado. Estaba cerrada la puerta, llamamos, y bajó á abrir una niña como de diez años, á quien el ama llamaba sobrina, aunque malas lenguas suponían entre las dos parentesco mas estrecho. La estábamos preguntando si se podría hablar al señor canónigo, cuando se dejó ver la señora Jacinta. Era una muger entrada ya en la edad de discrecion, pero todavia de buen parecer, y sobre todo de un color fresco y hermoso. Venia vestida con una especie de bata de paño ordinario, que ceñía con una ancha correa de cuero, de la cual pendía por un lado un manajo de llaves, y por otro un gran rosario de cuentas gordas. Saludámosla con respeto: y ella nos correspondió con igual cortesania, pero con un aire devoto, y los ojos bajos.

He sabido (le dijo mi camarada) que el señor licenciado Cedillo necesita un mozo honrado que le sirva, y vengo á presentarle este, que espero le dará gusto. Alzó entonces la vista el ama, miróme atentamente, y no acertando á conciliar mi vestido bordado con el discurso de Fabricio, preguntó si era yo el que pretendía entrar á servir. Si señora, respondió el hijo de Nuñez, el mismo es; porque, tal como vmd. le ve, le han sucedido desgracias que le precisan á ello. Consolaráse en sus infortunios si tiene la dicha de colocarse en esta casa, y vivir en compañía de la virtuosa señora Jacinta, la cual es digna de ser ama de un patriarca de las Indias. Al oír esto la buena de la beata, apartó los ojos de mí por volverlos al que le hablaba con tanta gracia, y quedó como sorprendida al ver un rostro que no le parecia desconocido. Tengo alguna idea (le dijo) de haber visto ya esa cara, y estimaria que vmd. ayudase á mi memoria. Casta señora Jacinta, le respondió Fabricio, es y ha sido grande honor mio haber merecido la atencion de vmd. Dos veces he venido á esta casa, acompañando á mi amo el señor Manuel Ordoñez, administrador del hospital. Justamente (replicó entonces el ama) acuérdome muy bien, ya caigo en la cuenta. Basta decir que está en casa del señor Manuel Ordoñez para saber que será vmd. un hombre muy de bien. Su empleo es su mayor elogio, y no era fácil que este mozo encontrase mejor fiador. Venga vmd. conmigo, y hablará al señor Cedillo, que sin duda tendrá gran gusto de recibir un criado venido por tal mano.

Seguimos al ama del canónigo, el cual vivía en un cuarto bajo, compuesto de cinco piezas á un mismo piso, todas muy decentes. Dijonos esperásemos un instante en la primera, mientras iba á avisar al señor canónigo, que estaba en la segunda. Despues de haberse detenido algun tiempo, sin duda para informarle y prevenirle de todo, volvió á nosotros, y nos dijo que podíamos entrar. Vimos al viejo gotoso sepultado en una silla poltrona, con una almohada detrás de la cabeza, descansando los brazos en unas almohadillas, y apoyando las piernas en

un almohadon de pluma. Acercámonos á él, sin escasear las cortesias; y tomando Fabricio la palabra, no se contentó con repetirle lo que ya habia dicho de mí á la señora Jacinta, sino que se puso á hacer un panegirico de mi mérito, estendiéndose principalmente sobre el grande honor que me habia granjeado bajo el magisterio del doctor Godínez en las diputadas de filosofia, como si fuera necesario ser gran filósofo para servir á un canónigo. Sin embargo, no dejó de alucinarle el bello elogio que hizo Fabricio de mí; y conociendo por otra parte que yo no desagradaba á la señora Jacinta; amigo, respondió á mi fiador, desde luego recibo este mozo; basta que tú me le presentes. No me disgusta su traza, y juzgo bien de sus costumbres, supuesto me le propone un criado del señor Manuel Ordoñez.

Luego que Fabricio me vió admitido, hizo una gran cortesía al canónigo, otra mas profunda á la señora Jacinta, y se despidió muy alegre diciéndome al oído que me quedase allí, y que ya nos veríamos. Apenas habia salido de la sala, cuando el licenciado me preguntó cómo me llamaba, y por qué habia salido de mi tierra, obligándome con sus preguntas á contarle toda la historia de mi vida en presencia de la señora Jacinta. Divertilos á entrambos, sobre todo, con la relacion de mi última aventura. Doña Camila y don Rafael les hicieron reír tan fuertemente, que le hubo de costar la vida al pobre gotoso; pues la risa le escitó una tos tan violenta, que temi fuese llegada su hora: aun no habia hecho testamento: considérese cuánto se turbaria la buena ama. Vila toda trémula y azorada correr de aqui para alli por socorrer al buen viejo, haciendo con él lo que se hace con los niños cuando tosen con violencia, estregarle la frente, y darle palmaditas en las espaldas; pero al fin todo fué un puro miedo. Cesó de toser el licenciado, y el ama de atormentarle. Quise entonces proseguir mi relacion; mas no me lo permitió la señora Jacinta, temerosa de que le repitiese la tos al amo. Llevóme al guarda-ropa, donde entre otros vestidos estaba el de mi predecesor. Hizomele poner, y guardó el mio, lo que no me disgustó, porque deseaba conservar, con esperanza de que todavia podría servirme. Desde el guarda-ropa pasamos los dos á disponer la comida.

No me mostré novicio en el oficio de cocinero. Habia hecho mi aprendizaje bajo la disciplina de la señora Leonarda, que podia pasar por buena maestra de cocina, bien que no comparable con la señora Jacinta, la cual merecia ser cocinera de un arzobispo. Sobresalia en todo género de guisos y platos. Sazonaba delicadamente un jigote, la chanfaina, y en general toda especie de picadillo; de manera que eran sumamente gratos al paladar. Cuando estuvo dispuesta la comida, volvimos al cuarto del canónigo, donde mientras yo ponía los manteles en una mesilla inmediata á su silla poltrona, el ama le ponía la servilleta, prendiéndosela por detrás con alfileres. Se le sirvió una sopa que se podia presentar á un corregidor de Madrid, y una fritada, que podia avivar el apetito de un virey, si el ama de propósito no hubiese escaseado las especias, por no irritar la gota del canónigo. A vista de tan delicados manjares, mi buen viejo, que yo creia estaba baldado de todos sus miembros, dió pruebas de que aun no habia perdido del todo el uso de los brazos. Sirvióse de ellos para ayudar á que le desembarazasen de la almohada y demas impedimentos, disponiéndose á comer alegremente. Las manos tampoco se negaron á servirle: aunque trémulas iban y venian con bastante ligereza á donde era menester, bien que derramando en la servilleta y en los manteles la mitad de lo que llevaba á la boca. Cuando vi que ya no queria mas del frito, le puse delante una perdiz rodeada de dos codornices asadas, que la señora Jacinta le trinchó con el mayor aseo y pulidez. De cuando en cuando le hacia beber grandes tragos de vino mezclado con un poco de agua en una taza de plata bastantemente ancha y profunda, aplicándosela ella misma á la boca y teniéndola con las manos, como si fuera un niño de quince meses.

Se comió las pechugas y las piernas, sin dejar los alones. Siguiéronse los postres; y cuando acabó de comer, el ama le quitó la servilleta, volvióle á poner la almohada, y dejándole dormir tranquilamente la siesta, nos retiramos nosotros á comer.

Esta era la comida diaria de nuestro canónigo, acaso el mayor tragon de todo el cabildo; pero la cena era mas parca. Contentábase con un po'lo ó con un conejo, y con algun cubilete de fruta. En su casa, por lo que toca á la comida, estaba yo bien y lo pasaba alegremente: solo tenia un trabajo, no poco pesado para mi. Era preciso estar despierto una gran parte de la noche velando al amo. Padecia éste una retencion de orina, que le obligaba á pedir el orinal diez veces cada hora. Además sudaba mucho y era menester mudarle de camisa con frecuencia. Gil Blas (me dijo la segunda noche) tú eres mañoso y diligente, y veo que me acomodará mucho tu modo de servir. Solamente te encargo que des tambien gusto á la señora Jacinta, complaciéndola y obediéndola en todo como si yo lo mandase, y guardes con ella la mayor armonia. Quince años ha que me sirve con un celo y amor particular. Tiene tanto cuidado de mi que no sé cómo pagárselo; y confíesote que por esto la estimo mas que á toda mi familia. Por ella despedi de mi casa un sobrino carnal hijo de mi propia hermana, é hice bien. No podia ver á esta pobre muger, y lejos de agradecerle lo que hacia conmigo, continuamente la estaba insultando, burlándose de su virtud y tratándola de embustera, porque á la gente moza de hoy todo lo que suena á recogimiento y devocion le parece hipocresia; pero ya me libré de tan buena alhaja, porque soy hombre que prefiero á todos los respetos de la sangre el amor que me tienen y el bien que me hacen. Vmd., señor, tiene muchísima razon, le respondi, el agradecimiento, debe siempre poder mas que las leyes de la naturaleza. Sin duda, replicó él; y en mi testamento haré ver el poco caso que hago de mis parientes. El ama tendrá buena parte en él, y no me olvidaré de ti como prozigas sirviéndome segun has comenzado. El criado que despedi ayer perdió una buena manda por su mal modo; si no me hubiera visto precisado á despedirle, porque ya no le podia aguantar, yo solo le habria hecho rico; pero era un soberbio, que no tenia el mas leve respeto á la señora Jacinta, y era muy holgazan. No le gustaba acompañarme de noche, y se le hacia intolerable el estar despierto para asistirme en lo que podia ocurrir. ¡Qué bribon! (esclamé yo, como si el espíritu de Fabricio se hubiera pasado al mio:) no merecia por cierto estar al lado de un amo tan bueno como su merced. El que logra esta fortuna debe ser de un celo infatigable; ha de complacerse en su trabajo, y ha de creer que nada hace, aun cuando sude sangre por servirle.

Conoci que le habian gustado mucho al canónigo estas últimas palabras, y no le gustó menos la que le di de estar siempre pronto y obediente á las órdenes de la señora Jacinta. Queriendo, pues, pasar por un criado que no temia trabajo ni fatiga, procuré servir en un todo con el mayor celo y el mejor modo que me era posible. Nunca me quejé de que pasaba sin dormir todas las noches, sin embargo de que se me hacia esto muy cuesta arriba. A no ser por la esperanza del legado, presto me hubiera cansado de una vida tan penosa; bien es verdad que descansaba y dormia algunas horas entre el dia. El ama (á la cual debo hacer esta justicia) cuidaba mucho de mí; lo que debo atribuir al esmero con que procuraba yo granjearme su voluntad con todo género de modales atentos y respetuosos. Cuando comiamos juntos ella y su sobrina, que se llamaba Inesilla, estaba yo pronto á mudarles de platos, á servirles de beber, y en fin, á hacer con ellas lo que haria el mas fiel y leal criado. Por estos medios llegué á conseguir su amistad. Un dia que la señora Jacinta habia salido á hacer no sé qué compras, hallándome solo con Inesilla, comencé á darle conversacion, y le pregunté si vivian todavia sus padres. ¡Oh! no, me respondió la niña: mucho tiempo ha que murie-

ron, segun me lo ha dicho mi tia, porque yo nunca los conoci. Creila piadosamente, aunque su respuesta no fué muy categórica, y la fui poniendo en tanta gana de hablar, que poco á poco me dijo mas de lo que yo queria saber. Descubriome, ó por mejor decir, descubri yo por su sencillez, que la señora tia tenia un amigo que estaba en casa de un antiguo canónigo en calidad de mayordomo, y que tenian ajustado entre los dos aprovecharse de la herencia de sus amos, y gozarla en paz por medio de un casamiento, cuyos privilegios disfrutaban de antemano. Ya dejo dicho que la señora Jacinta, aunque algo entrada en años, se mantenia de muy buen parecer. Es verdad que ningun medio perdonaba para conservarse



Abrazámonos estrechamente con mil demostraciones de admiracion y de alegría. Pag. 26.

bien. Por otra parte, dormia con sosiego, mientras yo estaba en pie velando al amo. Pero sobre todo lo que mas contribuia á mantener en ella aquel color vivo y fresco era (segun me dijo Inesilla) una fuente que tenia en cada pierna.

CAPITULO II.

Qué remedios suministraron al canónigo habiendo empeorado en su enfermedad; lo que resultó, y que dejó á Gil Blas en su testamento.

Servi tres meses al señor licenciado Cedillo sin quejarme de las ma'as noches que me daba. Cayó malo al cabo de este tiempo; entróle calentura, y con ella se le irritó la gota. Recurrió á los médicos, siendo la primera vez que lo hacia en toda su vida, aunque habia sido larga. Llamó determinadamente al doctor Sangredo, á quien tenian en Valladolid por otro Hipócrates. La señora Jacinta hubiera querido mas que el canónigo ante todas

cosas comenzase por hacer testamento; pero además de que no le parecía á él que estaba de tanto peligro, en ciertas materias era un poco caprichoso y testarudo. Fui, pues, á buscar al doctor Sangredo, y condújele á casa. Era un hombre alto, seco y macilento, que por espacio de cuarenta años, lo menos, tenia continuamente empleada la tijera de las parcas. Su exterior era grave, sério, con un si es no es desdeñoso; su voz gutural, sonora y ahuecada; pronunciaba las palabras con un tantico de recalcamiento, lo que á su parecer daba mayor nobleza á las espresiones. Parecía que media sus discursos geoméricamente, y era singular en sus opiniones.

Después de haber observado al enfermo, comenzó á hablar así en tono magistral: trátase aquí de suplir el defecto de la transpiración escasa, dificultosa y detenida. Otros médicos ordenarian sin duda en este caso remedios salinos, urinosos y volátiles, que por la mayor parte tienen algo de azufre y mercurio; pero los purgantes y los sudoríficos son drogas perniciosas inventadas por curanderos. Todas las preparaciones químicas me parecen invenciones para arruinar la naturaleza; yo echo mano de medicamentos mas simples y seguros. ¿Qué es lo que vmd. acostumbra comer? preguntó al enfermo; comunmente cubiletes y manjares jugosos, respondió el canónigo. ¡Cubiletes y manjares jugosos! exclamó suspenso y admirado el doctor; ya no me maravillo de que vmd. haya enfermado. Los manjares deliciosos son gustos emponzoñados, lazos que la sensualidad arma á los hombres para destruirlos con mayor seguridad. Es preciso que vmd. renuncie á todo alimento de buen gusto; los mas desabridos son los mas propios para la salud. Como la sangre es insípida, está pidiendo alimentos análogos á su naturaleza. ¿Y bebe vmd. vino? le volvió á preguntar; si, señor, pero aguado, respondió el enfermo. ¿Qué dice vmd., aguado! exclamó el doctor. ¡Qué desórden! ¡qué espantoso desarreglo! Debía vuesa merced haberse muerto cien años ha. ¿Y qué edad es la de vmd? Voy á entrar en sesenta y nueve años, repuso el licenciado. Justamente, continuó el médico, la vejez anticipada siempre es fruto de la intemperancia. Si vuesa merced hubiese bebido agua clara toda su vida, y usado de alimentos simples, como manzanas cocidas, por ejemplo, y guisantes ó judias, no se veria ahora atormentado de la gota, y todos sus miembros ejercerian todavía fácilmente sus respectivas funciones. Con todo, no desconfio de restablecerle, como se entregue ciegamente á cuanto yo ordenare. El canónigo, aunque gustaba de buenos bocados, ofreció obedecerle en todo y por todo.

Entonces Sangredo me dijo fuese prontamente á llamar á un sangrador que él mismo me nombró, y le hizo sacar á mi amo seis tazas completas de sangre para empezar á suplir la falta de transpiración. Después dijo al sangrador: maese Martinez Oñez, dentro de tres horas volved á sacarle otras seis, y mañana repetireis lo mismo. Es error creer que la sangre sea necesaria para la conservación de la vida; por mucha que se le saque á un enfermo, nunca será demasiada. Como en tal estado apenas tiene que hacer movimiento ni ejercicio, sino el preciso para no morir, no necesita mas sangre para vivir que la que ha menester un hombre dormido. En uno y otro la vida solo consiste en el pulso y en la respiración. No creyendo mi buen amo que un tan gran médico pudiese hacer falsos silogismos, convino en dejarse sangrar. Después que el doctor ordenó frecuentes y copiosas sangrias, añadió era tambien preciso dar de beber al enfermo agua caliente á cada paso, asegurando que el agua en abundancia era el mayor específico contra todas las enfermedades. Con esto concluyó su visita, y se fué diciéndonos á la señora Jacinta y á mí, que él salia por fiador de la salud del señor canónigo, con tal que se observase á la letra todo lo que acababa de prescribir. El ama, que quizá juzgaba todo lo contrario de lo que él se prometia de su método, le dió palabra de que se observaria con la mas escrupulosa

exactitud. Con efecto, inmediatamente pusimos á calentar agua; y como el doctor nos habia encargado tanto que fuésemos liberales de ella, luego le hicimos beber cinco ó seis cuartillos; una hora después repetimos lo mismo, y de tiempo en tiempo volvíamos á ello; de manera que en el espacio de pocas horas le metimos un rio de agua en la barriga. Ayudándonos por otra parte el sangrador con la cantidad de sangre que le sacaba, en menos de dos dias pusimos al pobre canónigo á las puertas de la muerte.

Ya no podia mas el buen eclesiástico, y presentándole yo un gran vaso del soberano específico para que le bebiese: quita allá, amigo Gil Blas, me dijo con voz desmayada, ya no puedo beber mas. Conozco que me es preciso morir á pesar de la grande virtud del agua, y que no me siento mejor, aunque apenas me ha quedado en el cuerpo una gota de sangre: prueba clara de que el médico mas hábil y mas sabio del mundo no es capaz de prolongarnos un instante la vida cuando llegó el término fatal. Es ya necesario disponerme para partir al otro mundo. Anda, pues, y tráeme aquí un escribano, que quiero hacer testamento. Cuando oia estas palabras, que ciertamente no me desagradaron, fingí entristecerme muchísimo; y disimulando la gana que tenia de ejecutar cuanto antes el encargo que me acababa de dar, como hace en tales casos todo heredero: ¡oh, señor! (le respondí, dando un profundo suspiro) no está su merced tan malo por la misericordia de Dios, que todavia no pueda esperar levantarse. No, no, hijo mio, repuso; esto ya se acabó. Estoy viendo que sube la gota, y que la muerte se va acercando: vé, pues, y haz cuanto antes lo que te he mandado. Conoci efectivamente que se le mudaba el semblante, y que iba perdiendo terreno por instantes; por lo que persuadido de que el asunto estrechaba, marché volando á ejecutar lo que me habia ordenado, dejando con el enfermo á la señora Jacinta, la cual temia aun mas que yo que nuestro canónigo se nos muriese sin testar. Entréme en casa del primer escribano que encontré: señor, le dije, mi amo el licenciado Cedillo esta acabando; quiere hacer su última disposición, y no hay que perder tiempo. Era el escribano un hombre rechoncho y pequeño, de genio alegre, y amigo de bufonearse. ¿Qué médico le asiste? me preguntó. El doctor Sangredo, le respondí. Pues vamos, vamos á prisa, repuso él cogiendo apresuradamente la capa y el sombrero, porque ese doctor es tan espeditivo, que no dá lugar á los enfermos para llamar á los escribanos. Es un hombre que me ha hecho perder muchos testamentos.

Diciendo esto salimos juntos, andando aceleradamente para llegar antes que el enfermo entrase en agonía; y yo dije en el camino al escribano: ya sabe vmd. que á un pobre testador cuando está enfermo suele faltarle la memoria, por lo que suplico á vmd. que, si es menester, le haga algun recuerdo de mi lealtad y de mi celo. Yo te lo prometo; me respondió, y fiate de mi palabra, pues es justo que un amo recompense á un criado que le ha servido bien; y así por poco que le vea inclinado á pagar tus servicios, le exhortaré á que te deje alguna buena manda. Cuando llegamos á casa ha lamos todavia al enfermo despejado, y con todos sus sentidos. Estaba junto á él la señora Jacinta, bañado el rostro en lágrimas. Acababa de hacer bien su papel, disponiendo al canónigo á que le dejase lo mejor que tenia. Quedó el escribano solo con el amo; y los dos nos salimos á la antesala, donde encontramos al sangrador que venia á hacerle otra sangria. Deténgase, maese Martin, le dijo el ama; ahora no puede entrar, porque está su merced haciendo testamento. Le sangraremos á vuestro placer luego que acabe.

Estábamos con gran temor la beata y yo de que muriese en el mismo acto de testar; pero por fortuna se formalizó el instrumento que nos ocasionaba aquella inquietud. Vimos salir al escribano, que encontrándome al paso, dándome una palmadita en el hombro, y sonriéndose, me dijo: *no ha sido echado en olvido Gil Blas: pa-*

labras que me llenaron de alborozo, y agradecí tanto la memoria que mi amo había hecho de mí, que ofrecí encomendarle muy de veras á Dios después de su muerte, la que tardó poco en suceder; porque habiéndole sangrado otra vez el sangrador, el pobre viejo, que ya estaba casi exangüe, espiró en el mismo momento. Apenas acababa de exhalar el último suspiro, cuando entró el médico, que se quedó cortado y mudo, no obstante de estar tan acostumbrado á despachar cuanto antes á sus enfermos: con todo eso, lejos de atribuir su muerte á tanta agua y á tantas sangrias, volvió las espaldas diciendo con frialdad que había muerto porque le habían sangrado poco, y no dándole bastante agua caliente. El ejecutor de la medicina, quiero decir, el sangrador, viendo que ya no era necesario su ministerio, se marchó también siguiendo al doctor Sangredo, diciendo uno y otro que desde el primer día habían deshauciado al licenciado. Y en efecto, casi nunca se engañaban cuando pronunciaban semejante fallo.

Luego que vimos muerto á nuestro amo, la señora Jacinta, Inesilla y yo comenzamos un concierto de funéres alaridos, y tales que se oyeron en toda la vecindad. La beata sobre todo, que tenía mayor motivo para estar alegre, levantaba el grito con lamentos tan funestos, que parecía la muger mas afligida del mundo. En un instante se llenó la casa de gente, atraída mas de curiosidad que de compasión. Los parientes del difunto se presentaron también muy pronto, y hallaron tan desconsolada á la beata, que se persuadieron que el canónigo había muerto *ab intestato*. Pero tardó poco en abrirse á presencia de todos el testamento dispuesto con las formalidades necesarias: y cuando vieron que el testador dejaba las mejores alhajas á la señora Jacinta, y á la niña, pronunciaron una oración fúnebre del canónigo poco decorosa á su memoria, motejando al mismo tiempo á la beata, sin olvidarme á mí que verdaderamente lo merecía. El licenciado, en paz sea su alma, para obligarme á que no me olvidase de él en toda mi vida, se explicaba así en el artículo del testamento que hablaba conmigo: *item, por cuanto Gil Blas es un mozo que tiene algun baño de literatura, para que acabe de perfeccionarse y se haga hombre sabio le dejo mi librería con todos los libros y manuscritos, sin exceptuar ninguno.*

No sabía yo donde podía estar la tal soñada librería, porque en ninguna parte de la casa la había visto jamás. Solo había sobre una tabla en el cuarto del canónigo cinco ó seis libros con algun legajo de papeles; y los tales libros no podían servirme para nada. Uno se titulaba *el Cocinero perfecto*; otro trataba de *la indigestion*, y *del modo de curarla*; los demas eran las cuatro partes del breviario medio roídas de la polilla. En cuanto á los manuscritos, el mas curioso era todos los autos de un pleito que había seguido el canónigo para conseguir la prebenda. Después que examiné mi legado con la mayor atención de la que él se merecía, se le cedió á los parientes del difunto, que tanto me lo habían envidiado. Entreguéles también el vestido que tenía á cuestras, y volví á tomar el mio, contentándome con que me pagasen mi salario, y fuíme á buscar otra conveniencia. Por lo que toca á la señora Jacinta, además del dinero y alhajas que el canónigo había dejado, se levantó con otras muchas cosas que ocultamente había depositado en su buen amigo durante la enfermedad del difunto.

CAPITULO III.

Entra Gil Blas á servir al doctor Sangredo, y se hace famoso médico.

Resolví ir á buscar al señor Arias de Londoña, para escoger en su registro otra casa donde servir; pero cuando estaba muy cerca del rincón donde vivía, me encontré con el doctor Sangredo, á quien no había visto desde la muerte de mi amo, y me abreví á saludarle. Conocióme inmediatamente, aunque estaba en otro traje, y mostrán-

do particular gusto de verme: hijo mio, me dijo, ahora mismo iba pensando en tí. He menester un criado, y tú eres el que me conviene, con tal que sepas leer y escribir. Como vmd. (dije) no pida mas que eso, délo todo por hecho. Pues siendo así, replicó, vente conmigo, porque tú eres el hombre que yo busco. En mi casa lo pasarás alegremente; te trataré con distincion, no te señalaré salario, pero nada te faltará. Cuidaré de vestirme con decencia; te enseñaré el gran secreto de curar todo género de enfermedades; y en una palabra, mas serás discípulo mio que criado.

Acepté la proposicion del doctor con la esperanza de salir un célebre médico bajo la direccion de tan gran maestro. Llévome luego á su casa para instruirme en el ministerio á que me destinaba. Reduciase este á escribir el nombre, la calle y casa donde vivían los enfermos que le llamaban mientras él visitaba á otros parroquianos. Para este fin tenía un libro en que asentaba todo lo dicho una criada vieja, á la cual se reducía toda su familia; pero sobre no saber palabra de ortografía, escribía tan mal, que por lo comun no se podía comprender lo escrito. Encargóme, pues, á mí este registro, que se podía intitular con razon *registro mortuario ó libro de difuntos*, porque morían casi todos aquellos cuyos nombres se apuntaban en él. Escribía, por decirlo así, los nombres de los que querían partir de este mundo, ni mas ni menos que en las casas de posta se apuntan los nombres de los que piden carruage ó caballos. Estaba casi siempre con la pluma en la mano, porque en aquel tiempo el doctor Sangredo era el médico mas acreditado de todo Valladolid, debiendo su reputacion á una locuela especiosa, sostenida de cierto aire grave, y al mismo tiempo apacible, junto con algunas afortunadas curas que fueron celebradas mas de lo que merecían.

Practicaba mucho la facultad, y por consiguiente le fructificaba bien. No por eso el trato de su casa era el mejor. En ella se vivía muy frugalmente. Garbanzos, habas y manzanas cocidas ó queso, era nuestra comida ordinaria. Decía que estos alimentos eran los mas convenientes al estómago, por ser mas dóciles á la trituracion. Con todo eso, aunque los consideraba muy fáciles de digerir, no quería que nos hartásemos de ellos, en lo que tenía mucha razon; pero si la criada y á mí nos prohibía comer mucho, en recompensa nos permitía beber agua sin tasa. Lejos de andar en esto con escasez, nos decía muchas veces: bebed hijos míos: la salud consiste en que todas las partes de nuestra máquina se conserven flexibles, ágiles y húmedas. Bebed agua en abundancia, porque es el disolvente universal que precipita todas las sales. ¿Está acaso detenido y lento el curso de la sangre? ella le acelera. ¿Está rápido y precipitado? le detiene. Estaba el buen doctor tan persuadido de esto, que aun él mismo no bebía mas que agua, sin embargo de hallarse ya en edad muy avanzada. Definía la vejez diciendo era una tisis natural, que nos deseca y consume. Fundado en esta definicion, lamentaba la ignorancia de los que llaman al vino *la leche de los viejos*. Sostenía que antes bien los desgasta y los destruye, diciendo muy elegantemente que este licor, así para los viejos como para todos los demas, era un amigo traidor y un gusto muy engañoso.

A pesar de tan bellos racionios, á los ocho dias que estuve en aquella casa, padeci una diarrea acompañada de crueles dolores de estómago, lo que tuve la temeridad de atribuir al *disolvente universal*, y á la mala calidad de los alimentos que comía. Quejéme de esto al nuevo amo, esperando que al cabo vendría á condescender, y á darme algun poco de vino en las comidas; pero era muy enemigo de este licor para tener semejante condescendencia. Cuando te hayas acostumbrado á beber agua (me dijo) conocerás sus virtudes. Por lo demas, si te disgusta mucho el agua pura, hay mil arbitrios inocentes para corregir el desabrimiento de las bebidas acuosas. La salvia y la betónica les comunica un gusto delicioso; y si quieres que lo sea mucho mas, mezcla un poco de flor de romero, de clavel ó de amapola.

Por mas que ponderase las escelencias del agua, y por mas que me enseñase el modo de componer bebidas esquisitas sin que para nada fuese necesario el vino, la bebia yo con tanta moderacion que, advirtiéndolo él, me dijo un dia: ya no me admiro, Gil Blas, de que no goces una perfecta salud, porque no bebes bastante, amigo mio; el agua bebida en poca cantidad solo sirve para remover la porcion de la bilis, y darle mayor vigor y actividad, cuando es necesario anegarla en un diluyente copioso. No temas, hijo, que la abundancia del agua te debilite ni enfrie demasiado el estómago. Lejos de ti ese terror pánico con que miras la frecuencia de tan saludable bebida, yo salgo por fiador de su buen efecto, y si no te satisface mi fianza, el divino Celso saldrá á abonarla. Este oráculo latino hace un admirable elogio del agua, y añade en términos espresos, que los que por beber vino se escusan con la debilidad del estómago, le-

ros, que dejan envejecer á los criados sin pasarles por el pensamiento el recompensar sus servicios. Estoy contento contigo, te quiero; y, sin aguardar á que me hayas servido mas tiempo, es mi ánimo hacerte dichoso. Ahora mismo te voy á descubrir lo mas sutil del saludable arte que profeso tantos años há. Los demas médicos piensan consiste en el estudio penoso de mil ciencias tan inútiles como dificultosas: yo intento abreviar un camino tan largo, y ahorrarte el trabajo de estudiar la fisica, la farmacia, la botánica y la anatomia. Sábete, amigo, que para curar todo género de males no es menester mas que sangrar y hacer beber agua caliente. Este es el gran secreto para curar todas las enfermedades del mundo. Si: este maravilloso secreto que yo te comunico, y la naturaleza no ha podido ocultar á mis profundas observaciones, manteniéndose impenetrable á mis hermanos y compañeros, se reduce á solos dos puntos: sangrías y agua caliente, uno y otro en abundancia. No tengo mas que enseñarte. Ya sabes de raiz toda la medicina, y si te aprovechas de mis largas esperiencias, serás tan gran médico como yo. Al presente me puedes aliviar mucho. Por las mañanas te estarás en casa á tener cuenta del registro, y por las tardes irás á visitar mis enfermos. Yo asistiré á la nobleza y al clero: tú visitarás á los del estado general que me llamaren, y despues de haber ejercido algun tiempo, haré te incorporen en nuestro gremio. Hé aqui, Gil Blas, que ya eres sabio, sin ser médico, cuando otros por muchos años, y la mayor parte toda su vida, son médicos antes de ser sabios.

Di gracias al doctor por haberme puesto en estado en tan poco tiempo de ser sustituto suyo; y en señal de mi agradecimiento le ofreci que toda la vida seguiria á ciegas sus opiiones, aunque fuesen contrarias á las de Hipócrates. Pero esta palabra no era del todo sincera, porque no podia conformarme con su opinion acerca del agua, y en mi corazon determiné beber vino siempre que fuese á visitar mis enfermos. Segunda vez me desnudé de mi vestido, y tomé otro de mi amo para presentarme en traje de médico. Hecho esto me dispuse á practicar la medicina á costa de los pobres que cayesen en mis manos. Tocóme dar principio por un alguacil que adolecia de un dolor de costado. Dispuse le sangrasen sin piedad y que no se negasen á darle de beber agua caliente con abundancia. Entré despues en casa de un pastelero, á quien la gota le hacia poner los gritos en el cielo. No tuve mas compasion de su sangre que de la del alguacil, y fui muy liberal en mandarle dar agua caliente. Valiéronme doce reales las dos visitas, y quedé tan contento con el nuevo ejercicio, que solo deseaba cosecha de enfermos y achacosos.

Al salir de casa del pastelero me encontré con Fabricio, á quien no habia visto desde la muerte del licenciado Cedillo. Miróme atento y atónito por algun tiempo, y despues dió una carcajada tan grande que parecia iba á reventar de risa. No dejaba de tener razon: llevaba yo una capa tan larga, que me llegaba á los talones. La chupa y el calzon eran tan anchos, que sobraban mucho para dos cuerpos como el mio. En fin, mi figura podia pasar por original y grotesca. Dejéle desahogar, y aun yo mismo le hubiera acompañado, sino me contuviera el decoro de la calle y la representacion de médico, que no es un animal risible. Si mi ridiculo traje habia movido á risa á Fabricio, mi seriedad se la aumentó, y despues que se rió cuanto quiso: ¡por cierto, Gil Blas, exclamó, que estás estrafalariamente puesto! ¿quién diablos te ha disfrazado asi? Poco á poco, Fabricio, poco á poco, y trata con todo respeto á un nuevo Hipócrates. Sábete que soy sustituto del doctor Sangredo, médico el mas famoso de Valladolid. Tres semanas ha que estoy en su casa, y en este breve tiempo me ha enseñado radicalmente la medicina, de manera que, como él no puede visitar á todos los enfermos que le llaman, visito yo una parte de ellos para aliviarle. El asiste á la gente principal, y yo á la plebe. ¡Bellamente! replicó Fabricio; eso en buen romance quiere decir que te ha cedido la san-



El ama le ponía la servilleta, prendiéndosela por detras con alfileres.—Pag. 28.

vantan un falso testimonio á esta entraña para encubrir su sensualidad.

Como hubiera sido cosa fea dar pruebas de indócil cuando daba principio á la carrera de la medicina, mostré que me hacia fuerza la razon, y aun confieso que efectivamente la creí. Proseguí, pues, en beber agua, bajo la fé de Celso, ó por mejor decir, comencé á anegar la bilis, bebiendo en gran copia aquel licor: y aunque cada dia me sentia mas desazonado, pudo mas la preocupacion que la esperiencia. Tenia, como se ve, una admirable disposicion para ser médico. Sin embargo, no pudiendo resistir mas á la violencia de los males que me atormentaban, tomé la resolucion de dejar la casa del doctor Sangredo; pero éste me honró con un nuevo empleo, el cual me hizo mudar de parecer. Mira, hijo, me dijo un dia, yo no soy de aquellos amos ingratos y du-

gre plebeya, y él se ha guardado la ilustre. Dóite el parabién de la parte que te ha tocado, que en mi concepto es la mejor, porque á un médico le conviene mas ejercer su facultad con la gente pobre que con la opulenta. ¡Vivan los médicos de aldea y de arrabal! sus yerros son menos sabidos, y no meten tanta bulla sus asesinatos. Si, amigo, tu suerte me parece la mas envidiable, y (por hablar á manera de Alejandro) si yo no fuera Fabricio querria ser Gil Blas.

Para que el hijo del barbero Nuñez conociese que no exageraba ni mentia en alabar tanto mi presente condicion, le mostré los doce reales del alguacil y del pastelero, y despues nos entramos los dos en una taberna para beber á costa de ellos. Presentáronnos un vino bueno el cual me pareció mucho mejor de lo que era por la gran gana que tenia de beberle. Echéme al cuerpo valientes tragos, y (con licencia del oráculo latino) al paso que iba bebiendo, conocí que el estómago no se quejaba de las injusticias que le habia hecho. Detuvimonos bastante tiempo Fabricio y yo en la taberna, y nos burlamos largamente de nuestros amos, como es uso y costumbre entre todos los criados. Viendo que se acercaba la noche nos retiramos, quedando apalabrados de volvernos á ver la tarde siguiente en el mismo parage.

CAPITULO IV.

Prosigue Gil Blas ejerciendo la medicina con tanto acierto como capacidad.—Aventura de la sortija recobrada.

No bien habia yo entrado en casa cuando tambien volvió á ella el doctor Sangredo. Informéle de los enfermos que habia visitado, y le puse en la mano ocho reales que restaron de los doce que me habian valido mis recetas. Ocho reales, me dijo, por dos visitas son poca cosa, pero al fin es preciso recibir lo que nos dieren. Tomólos, y embolsando los seis me dió solo dos. Toma, Gil Blas, prosiguió, ahí te doy para que empieces á juntar un capital, pues desde luego te cedo la cuarta parte de lo que me toca. Presto serás rico, amigo mio, porque este año, queriendo Dios, habrá muchas enfermedades.

Contentéme, y con razon, pues habiendo resuelto quedarme con la cuarta parte de lo que recibia, y cediéndome el doctor la otra cuarta parte de lo que yo le entregaba, venia á tocarme, si no me engaña mi aritmética, la mitad de lo que realmente percibia. Esto me dió nuevo aliento para aplicarme á la medicina. Al dia siguiente luego que comí volví á echarme á cuestras el hábito de sustituto, y sali á campaña. Visité muchos enfermos de los que yo mismo habia sentado en el libro, y á todos los receté los mismos medicamentos, aunque padecian diferentes enfermedades. Hasta aqui las cosas iban viento en popa, y ninguno, gracias al cielo, se habia alborotado contra mis recetas. Pero nunca faltan censores del método de un médico, por excelente que sea. Entré en casa de un droguero que tenia un hijo hidrópico, y me encontré con cierto mediquillo de color amulatado, que se llamaba el doctor Cuchillo, llevado alli por un pariente del mercader. Hice profundas cortesias á todos los circunstantes, pero particularmente al tal figurilla, que me persuadi habia sido llamado para consultar sobre la enfermedad que teniamos entre manos. Saludóme con mucha gravedad; y despues de haberme mirado atentamente: señor doctor, me dijo, yo conozco á todos los médicos de Valladolid, hermanos y compañeros míos; pero confieso que la fisonomia de vuestra merced es para mí enteramente nueva, por lo que es preciso, que vmd. haya venido á establecerse en esta ciudad de muy poco tiempo á esta parte. Yo, señor, le respondí, soy un jóven pasante que ejerzo á la sombra y bajo los auspicios del doctor Sangredo, tan conocido en este pueblo y en toda la comarca. Doy á vmd. la enhorabuena, me replicó cortesmente de que haya adoptado el método de un hombre tan grande. No dudo que será vmd. habilísimo aunque mozo todavia. Dijo esto con tan-

ta naturalidad, que no pude discernir si hablaba de veras ó se burlaba de mí. Estaba pensando en lo que habia de replicar, cuando el droguero tomó la palabra y nos dijo: señores, tengo por cierto que ustedes uno y otro saben perfectamente la medicina, y así les suplico que si gustan, se sirvan consultar entre los dos que es lo que debo hacer para lograr el consuelo de ver bueno á mi hijo.

Oyendo esto el doctorcillo, comenzó á observar al enfermo, y habiéndome hecho notar todos los síntomas que descubrian la naturaleza de la enfermedad, me preguntó de qué manera pensaba yo curarla. Mi parecer es, le respondí, que se le sangre todos los dias, y que se le dé á beber agua caliente en abundancia. A oír esto el mediquin, me preguntó sonriéndose con aire socarrón: ¿y



Dió una carcajada tan grande que parecia iba á reventar de risa.
—Pág. 32.

cree vmd. que con esos excelentes remedios se le salvará la vida al enfermo? y cómo que lo creo, respondí animoso: sin duda se conseguirá ese efecto, pues son unos específicos contra todo género de males; y sino que lo diga el doctor Sangredo. Segun eso, replicó el doctor Cuchillo, se engaña mucho Celso, y escribió un gran disparate, asegurando que para facilitar la curacion de un hidrópico es conveniente dejarle padecer mucha hambre y sed. ¡Oh! le respondí: yo no tengo á Celso por oráculo. Engañóse, como se engañaron otros, y algunas veces me complazco en ir contra sus opiniones. Conozco por la esplicacion de vmd., repuso Cuchillo, la práctica segura y buena que el doctor Sangredo quiere inspirar á todos los profesores jóvenes. La sangria y la bebida es su medicamento universal; por lo que no me admiro ya de que tantos hombres honrados perezcan en sus manos... Dejémosnos de invectivas, le interrumpí yo con sequedad; no está bien en un hombre de la profesion de vmd. tocar esa tecla. Sin sacar sangre y sin dejarlos be-

ber, se han enviado muchos hombres á la sepultura: y quizá vmd. habrá despachado á ella mas que otros. Si vmd. tiene algo contra el señor Sangredo, escriba impugnándole, que no dejará ciertamente de responder, y entonces veremos quién es el que queda vencido. Por San Pedro y San Pablo, prorrumpió lleno de cólera el doctorcillo, que vmd. no conoce al doctor Cuchillo. Sepa, pues, amigo mio, que tengo garras y colmillos, y que de ningun modo me causa miedo Sangredo, el cual, mal que le pese á su vanidad y presuncion, en suma no es mas que un original sin copia. La figura del mediquillo me hizo despreciar su cólera. Respondíe con enfado; correspondíome con el mismo; y en breve vinimos á las manos. Dimonos algunas puñadas, y nos arrancamos uno á otro porcion de pelos antes que el droguero y su parienta nos pudiesen separar. Luego que lo hubieron conseguido, pagáronme la visita, é hicieron quedar á mi antagonista, que verosímilmente les pareció mas hábil que yo.

Despues de esta aventura, faltó poco para que me sucediese otra. Fui á visitar á cierto sochantre que estaba con calentura. Apenas me oyó hablar de agua caliente, cuando se mostró tan rebelde á este remedio, que comenzó á echar votos. Dijome mil desvergüenzas, y aun me amenazó de que me echaria por la ventana. Salí de aquella casa mas depriesa de lo que habia entrado. No quise visitar mas enfermos aquel dia, y me fui derecho á la taberna de lo caro, donde la vispera habiamos quedado apalabrados Fabricio y yo. Como ambos teniamos buenas ganas de beber, lo hicimos perfectamente, y despues nos retiramos cada uno á su casa, en buen estado ambos, quiero decir, moros van, moros vienen. No conoció el doctor Sangredo el achaque de que yo adolecia; porque le conté con tanta energia lo que me habia sucedido con el doctorcillo, que atribuyó mis descompasadas acciones y mis palabras mal articuladas al enojo y colera que me habia causado el lance que le referia. Fuera de eso, como él era interesado en el hecho, se alteró algo contra el doctor Cuchillo; y así me dijo: hiciste muy bien, Gil Blas, en volver por el honor de nuestros remedios contra aquel aborto, ó por mejor decir, embrion de nuestra facultad. Pues qué, ¿piensa el grandísimo ignorante que no se deben administrar á los hidrójicos bebidas acuosas? ¡pobre mentecato! pues yo defenderé delante de todo el mundo que con el agua se puede curar todo género de hidropesias, y que es un específico igualmente adaptado para éstas, como para los reumatismos y opilaciones. Es tambien muy propia para aquel género de calenturas que por una parte abrasan al enfermo, y por otra le hielan; y es maravilloso remedio para todas aquellas enfermedades que se atribuyen á humores frios, serosos, flemáticos y pituitosos. Esta opinion solo parece estraña á los principiantes, cual es Cuchillo, incapaces de discurrir como filósofos; pero es muy probable en buena medicina; y si ellos fueran capaces de penetrar la razon en que se funda, en vez de desacreditarme, llegarían á ser mis mayores apasionados.

Tanta era su cólera, que ni aun le pasó siquiera por el pensamiento que yo hubiese bebido; pues por irritarle mas adredemente habia yo añadido algunas circunstancias de mi pegujal ó de mi fecunda inventiva. Con todo eso, aunque estaba tan ocupado en lo que le acababa de contar, no dejó de advertir que aquella noche habia yo bebido mas agua de lo que acostumbraba, porque con efecto el vino me habia dado muchisima sed. Otro que no fuese el doctor Sangredo habria maliciado un poco de aquella grande sed que me aquejaba, y de los sendos vasos de agua que bebia; pero él creyó buenamente que yo iba aficionándome á las bebidas acuosas, y así me dijo sonriéndose: amigo Gil, á lo que veo, ya parece que no tienes tanta enemistad con el agua. Por vida mia que la bebes como pudieras beber el mas delicioso néctar. No me admiro de eso, porque ya sabia yo que con el tiempo te acostumbrarias á este soberano licor. Señor, le res-

pondi, dice bien aquel refran: *cada cosa á su tiempo y los nabos en adviento*. Lo que es ahora, crea su merced que daria yo una cuba entera de vino por una sola azumbre de agua. Quedó tan encantado el doctor con esta respuesta que tomó de ella ocasion para ponderar las escelencias de aquella bebida. Hizo nuevamente su panegirico, no ya como panegirista frio, sino como un orador entusiasmado. Mil y aun mil millones de veces, exclamó; eran mas estimables y mas inocentes que las tabernas de nuestros tiempos, las termópilas de los siglos pasados, donde no se iba á malgastar vergonzosamente la hacienda y la vida, anegándose en el vino: si no que concurrían allí á divertirse honestamente, y á beber sin riesgo agua caliente en abundancia. Nunca se admirará bastantemente la sabia prevision de los antiguos gobernadores de la vida civil, que instituyeron lugares públicos donde cada uno pudiese libremente acudir á beber agua á su satisfaccion, haciendo encerrar el vino en las cuevas de los boticarios, con severa prohibicion de que ninguno le pudiese beber si no le recetaba el médico. ¡Oh, que rasgo de prudencia! Sin duda, añadió, que por una reliquia de la antigua frugalidad, digna del siglo de oro, se conservan aun el dia de hoy algunas pocas personas que, como tú y yo, solamente beben agua, persuadidas de que evitarán ó curarán todos los males bebiendo agua caliente, que no haya herbido, porque tengo observado que la hervida es mas pesada, y no la abraza tan bien el estómago como la que sin hervir llega solo á calentarse. Mas de una vez temí reventar de risa mientras mi amo discurría en el asunto con tanta elocuencia. Con todo eso me mantuve sério, y aun hice mas, pues mostré ser del mismo sentir que el doctor Sangredo; abominé del uso del vino, y me compadecí de los hombres que tenían la desgracia de pagarse de una bebida tan perniciosa. Despues de esto, como todavia me sentía con sobrada sed, llené de agua caliente una gran taza, y de una asentada me la eché toda al cuerpo. Vamos, señor, dije á mi amo, hartémonos de este benéfico licor, y resucitemos en esta casa aquellas antiguas termópilas, de cuya falta tanto se lamenta vmd. Celebró mucho estas palabras, y por mas de una hora entera me estuvo exhortando á que bebiese siempre agua. Prometile que la beberia toda la vida; y para cumplir mejor mi palabra, me acosté con firme propósito de ir todos los dias á la taberna.

El lance pesado que habia tenido en casa del droguero, no me quitó el gusto de ir á recetar el dia siguiente sangrias y agua caliente. Al salir de la casa de un poeta que estaba frenético, me encontré con una vieja, la cual se llegó á mí, y me preguntó si era médico. Respondile que sí, y ella me suplicó con mucha humildad me sirviese acompañarla á su casa, donde estaba indispueta su sobrina que se sentía mala desde el dia anterior, ignorando cual fuese su enfermedad. Seguila, y guiándome á su casa, me hizo entrar en un cuarto adornado de muebles muy decentes, donde vi una muger en cama. Acerquéme á ella para observarla. Desde luego me llamó la atencion su fisonomía, y despues de haberla mirado por algunos momentos, reconocí, sin quedarme género de duda, que era aquella misma aventurera que habia hecho tan perfectamente el papel de Camila. Por lo que á ella toca, me pareció no me habia conocido, ya fuese por tenerla abatida el mal, ó ya por el trage de médico en que me veia. Toméle el pulso, y vi que tenia puesta mi sortija. Sentí una terrible conmocion al reconocer una alhaja á la cual tenia yo tanto derecho, y estuve fuertemente tentado á quitársela por fuerza; pero sabiendo que las mugeres luego comienzan á gritar, y temiendo acudiese á su defensa el dichoso don Rafael, ó algun otro de tantos protectores como tiene siempre el bello sexo para acudir á sus gritos, resistí á la tentacion. Parecióme seria mejor disimular por entonces hasta consultar el caso con Fabricio. Abracé, pues, este último partido. Mientras tanto la vieja me apuraba para que declarase el mal de que adolecía su postiza ó su verdadera

sobrina. No fui tan mentecato que quisiera confesar que no le conocia, antes bien haciendo de hombre sábio é imitando á mi maestro, dije con mucha gravedad que todo dependia de falta de traspiracion, y por consiguiente que era menester sangrarla inmediatamente, y humedecerla bien, haciéndole beber agua caliente en cantidad, para curarla segun el debido método.

Abrevié la visita cuanto pude, y fuime derecho á buscar al hijo de Nuñez, á quien tardé poco en encontrar, porque iba á cierta diligencia de su amo. Contéle mi nueva aventura, y le pregunté si le parecia conveniente que me valiese de algunos alguaciles para recobrar mi albaja, prendiendo á Camila. No por cierto, me respondió, no pienses en tal disparate, ese seria el medio mas seguro para que nunca vieses en tu mano la sortija. Esa gente no es muy inclinada á hacer restituciones, y si no acuérdate de lo que te sucedió en Astorga; tu caballo, tu dinero, y hasta tu propio vestido, todo quedó en sus uñas. Es necesario, pues, apelar á nuestra industria, si quieres recobrar tu desgraciado diamante. Déjame pensar á mi mientras voy á dar un recado de mi amo al proveedor del hospital; espérame en la taberna de que somos parroquianos, y ten un poco de paciencia, que presto nos veremos.

Mas de tres horas hacia que le estaba esperando cuando al cabo pareció. Al principio no le conocí, porque habia mudado de trage: traia el pelo trenzado, y unos bigotes postizos, que le tapaban la mitad de la cara; del cinto le colgaba una espada larga, cuya cazoleta tenia por lo menos tres pies de circunferencia, y marchaba al frente de cinco hombres, todos con aire tan resuelto y determinado como él, llevando igualmente sus grandes bigotes y espadas largas. Servitor, señor Gil Blas, me dijo, acercándose á mi con resolucion y despejo. Aquí tiene vmd. un alguacil de nuevo cuño, y en esta honrada gente que me acompaña, unos corchetes del mismo temple. Solo queda á cargo de vmd. el guiarnos á casa de la muger que le robó el diamante; y le empeño mi palabra de que le recobrará: Abracé á Fabricio luego que le oia estas palabras, conociendo por ellas la estratagemata que habia inventado para favorecerme, aprobando mucho semejante arbitrio. Saludé tambien á los fingidos ministriles, los cuales eran tres criados y dos mancebos de barbero, todos amigos suyos, á quienes habia metido en que hiciesen aquel papel. Mandé trajesen vino para que refrescase la ronda, y á la entrada de la noche nos encaminamos á casa de Camila. Llamamos á la puerta, que ya encontramos cerrada. Vino á abrirla la vieja: y creyendo que eran ministros de justicia los que venian conmigo, y que no iban á su casa sin algun mal fin, se llenó la pobre de miedo. No se turbe, madre, le dijo Fabricio, que no venimos por mal, sino á un negocio de poca importancia, que presto se evacuará. Diciendo esto nos fuimos introduciendo hasta el cuarto de la enferma, guiándonos la vieja, que iba delante alumbrando con una vela en un candelero de plata. Tomé el candelero, y acercándome á la cama de Camila, aplicando la luz á mi cara para que me viese mejor; infame, le dije, ¿conoces ahora aquel crédulo Gil Blas, á quien tan villanamente engañaste? En fin, ya te encontré bribonaza. El corregidor dió oidos á mi querrela y orden á estos señores de arrestarte y encerrarte en un calabozo. Ea, pues, señor alguacil (dije á Fabricio) cumpla con lo que le han mandado, y haga lo que le toca. No necesito, respondió con voz bronca y desabrida, que ninguno me acuerde mi obligacion. Ya tengo noticia de esta buena albaja, pues tiempo ha que está escrita y registrada en mi libro de memoria. Levántese, reina mia, y vístase pronto, que yo tendré la fortuna de irla sirviendo de escudero, si lo lleva á bien, hasta la cárcel pública de esta ciudad.

Al oír esto Camila, aunque parecia tan postrada, advirtiéndole que dos ministriles se disponian á sacarla por fuerza de la cama, se sentó en ella, y juntas las manos en tono suplicante, mirándome con ojos en que se veia

pintado el desconsuelo y el terror: señor Gil Blas, me dijo, apiádesese vmd. de mi: esto se lo pido por aquella su casta madre, que le dió á luz después de haberle tenido nueve meses en sus maternales entrañas. Aunque confieso mi culpa, todavia fui mas desgraciada que delincuente. Voy á restituirle su diamante, y por amor de Dios no me pierda. Diciendo esto se sacó la sortija, y me la puso en la mano. Pero yo le respondí que no me contentaba con solo el diamante, sino que tambien queria se me restituyesen los mil ducados que se me habian robado en la posada. Señor, replicó ella, los mil ducados no me los pida vmd. á mi, pídselos al traidor de don Rafael, á quien no he visto desde entonces acá, que aquella misma noche se los llevó. ¡Ah buena mauala! interrumpió Fabricio, ¿pues qué, no hay mas que decir que no tuviste arte ni parte en ello, para darte por legitimamente disculpada? Basta que hayas sido cómplice del don Rafael, para que se te pida estrecha cuenta de toda tu vida pasada. Sin duda que tendrás archivadas en la conciencia bellas cosas. Ven, ven á la cárcel, donde harás una buena confesion general. Tambien quiero llevar en tu compañía á esta buena vieja, á quien juzgo impuesta en una infinidad de lances curiosos, que al señor corregidor no le pesará saber.

Al oír esto las dos mugeres no omitieron medio alguno para movernos á piedad. Alborotaron la casa á gritos, llantos y lamentos. Mientras la vieja puesta de hinojos, ya delante del alguacil, ya delante de los ministriles, procuraba escitar su compasion, Camila del modo mas tierno y patético del mundo, me suplicaba y conjuraba la librase de mano de la justicia. Era este un espectáculo digno de verse. Fingui ablandarme, y dije al hijo de Nuñez: señor alguacil, puesto que ya he recobrado mi diamante, se me da poco de lo demas. No deseo se aflija á esta pobre muger, porque no quiero la muerte del pecador. ¡Bueno por cierto! me respondió, vmd. es muy compasivo, y no valia un pepino para alguacil. Yo no puedo menos de cumplir con mi obligacion: y el señor corregidor espresamente me mandó prendiese á estas princesas, porque quiere su señoría hacer con ellas un ejemplar que sirva de escarmiento. Hágame vmd. el favor, le repliqué, de hacer por mi alguna cosa, y suavizar un tantico el rigor de la orden, en favor del regalo que estas damas le quieren hacer en corta demostracion de su reconocimiento. ¡Oh! señor doctor, repuso Fabricio, ese es otro cantar. No puedo resistir á esa figura retórica usada tan á tiempo. Ea, pues, veamos lo que me quiere regalar. Daréle á ymd., dijo Camila, un collar de perlas, y unos pendientes de piedras que valen buen dinero. Si, respondió Fabricio taimadamente, con tal que no sean de las que te envió tu tío el gobernador de Filipinas, porque esas no las quiero. Os aseguro que son finas, dijo Camila; y al mismo tiempo mandó á la vieja trajese una cajita donde estaban el collar y los pendientes, que ella misma puso en manos del señor alguacil; y aunque este era tan diestro lapidario como yo, no dejo de conocer, sin quedarle alguna duda, que eran finas asi las piedras de los pendientes, como las perlas del collar. Estas alhajas, dijo después de haberlas mirado atentamente, me parecen de buena ley, y si se añade á ellas el candelero de plata que el señor Gil Blas tiene en la mano, no respondo ya de mi obediencia al señor corregidor. No creo, dije entonces á Camila, que por semejante friolera quiera vmd. deshacer un convenio que le tiene tanta cuenta. Diciendo y haciendo quité la vela del candelero, se la entregué á la vieja, y alargué este á Fabricio, que contentándose con ello, quizá porque no vió en la sala ninguna otra cosa de precio que se pudiese llevar fácilmente, dijo á las dos mugeres: adios, reinas mias, y pierdan cuidado, que voy á hablar al señor corregidor, y á dejarlas con él mas puras y mas blancas que la misma nieve. Nosotros le sabemos pintar las cosas como queremos, y nunca le hacemos relacion que no sea verdadera, sino cuando tenemos algun poderoso motivo que nos obligue á desfigurar un poco la verdad.

CAPITULO V.

Prosigue la aventura de la sortija; deja Gil Blas la medicina, se ausenta de Valladolid.

Ejecutado tan felizmente el admirable proyecto de Fabricio, salimos de casa de Camila alabándonos de un suceso que habia superado nuestras esperanzas, porque solo habiamos ido á recobrar una sortija, y nos llevamos lo demas sin ceremonia ni el menor remordimiento. Lejos de hacer escrúpulo de haber robado á dos mugeres del partido, creiamos haber hecho un acto meritorio. Señores (dijo Fabricio luego que estuvimos en la calle) soy



Servitor, señor Gil Blas, me dijo, acercándose á mí con resolución y despejo. — Pag. 33.

de parecer que para coronar esta bella bazaña vayamos á nuestra taberna de lo caro, donde pasaremos alegremente la noche. Mañana venderemos el collar, los pendientes y el candelero; haremos nuestras cuentas, y repartiremos el dinero como hermanos. Hecho esto cada uno se irá á su casa, y discurrirá lo que mejor le pareciere para escusarse de haber pasado la noche fuera de ella. Tuvimos por muy prudente y juicioso el pensamiento del señor alguacil. Volvimos, pues, todos á nuestra taberna, pareciéndonos á unos que fácilmente encontrarían algún buen pretexto para disculpar el haber dormido fuera, y no dándoseles á otros un pito de que los despidiesen sus amos.

Dióse orden de que se nos dispusiese una buena cena, y nos sentamos á la mesa con tanto apetito como alegría. Durante ella se suscitaron especies muy graciosas; sobre todo Fabricio, que era fecundísimo, y hombre de gran talento para mantener siempre viva la conversacion, y divertir á toda la compañía. Ocurriéronle mil dichos llenos de sal española, que nada debe á la sal ática; pero es-

tando en lo mejor de la diversion y de la risa, turbó nuestra alegría un lance inesperado y sumamente desagradable. Entró en el cuarto donde estábamos un hombre bastante bien plantado, á quien acompañaban otros dos de muy mala cañadura. Tras estos entraron otros tres; y en fin de tres en tres fueron entrando hasta doce, todos con espadas, carabinas y bayonetas. Conocimos que eran ministros verdaderos de justicia y fácilmente penetramos su intencion. Al principio pensamos en defendernos, pero en un instante nos rodearon y nos contuvieron, así por su mayor número, como por el respeto que tuvimos á las armas de fuego. Señores (nos dijo el comandante con cierto airecillo burlesco) tengo noticia de la ingeniosa invencion con que ustedes han recobrado de mano de cierta aventurera no sé qué preciosa sortija. El stratagemata fué ingenioso y excelente, tanto que merece ser públicamente premiado: recompensa que no se les puede á ustedes negar. La justicia, que tiene destinado á ustedes digno alojamiento en su misma casa, no dejará ciertamente de premiar un esfuerzo tan raro de ingenio. Turbáronse é estas palabras todas las personas á quienes se dirigian, y mudamos todos de tono y de semblante, llegándonos la vez de experimentar el mismo terror que habiamos causado en casa de Camila. Sin embargo, Fabricio, aunque pálido y casi muerto, intentó disculparnos. Señor, dijo todo trémulo, nuestra intencion fué sin duda buena, y en gracia de ella se nos puede perdonar aquella inocente supercheria. ¿Qué diablos? replicó el comandante con viveza, ¿á esa llamas tú supercheria inocente? ¿Ignoras por ventura que me huele á cáñamo, ó cuando menos á baqueta esa inocente supercheria? Fuera de que á ninguno le es licito hacerse justicia á sí mismo por su propia mano: os llevásteis, además de la sortija, un collar de perlas, un candelero de plata, y unos pendientes de diamantes. Lo peor de todo es que para hacer este robo os fingisteis ministros de justicia. ¡Unos hombres miserables suponerse gente honrada para hacer tal villanía, y cometer semejante maldad! ¿Os parece esta una culpa venial que se lava con agua bendita? Sereis muy dichosos si solo se echa mano de la penca para borrarla y castigarla. Cuando llegamos á comprender que la cosa era mas seria de lo que nosotros habiamos imaginado, nos echamos todos á sus pies, y le suplicamos con lágrimas que se apiadase de nosotros y de nuestra inconsiderada juventud: pero todos nuestros clamores fueron inútiles. Despreció con indignacion la propuesta que le hicimos de cederle el collar, los pendientes y el candelero. Tampoco quiso admitir la sortija que verdaderamente era mia, quizá porque se la ofrecia á presencia de tantos testigos. En fin, estuvo inexorable. Hizo desarmar á mis compañeros, y nos llevó á todos á la cárcel. En el camino me contó uno de los alguaciles, que habiendo sospechado la vieja que vivia con Camila, que no éramos gente de justicia, nos habia seguido á lo lejos hasta la taberna, y que teniendo modo de ocultarse y confirmar sus sospechas, dió prontamente parte de todo á una ronda, para vengarse de nosotros.

En la cárcel nos registraron á todos hasta la camisa. Quitáronnos el collar, los pendientes y el candelero, como tambien á mi aquella sortija de rubies de las Filipinas, que por desgracia habia metido en el bolsillo, sin dejarme siquiera los pocos reales que aquel dia me habian valido mis recetas, por donde conocí que los ministros de Valladolid sabian tan bien su oficio como los de Astorga, y que todo aquella gentecilla tenia unos mismísimos modales. Mientras nos despojaban de dichas alhajas y de lo demas que encontraron, el cabo de la ronda referia nuestra aventura á los ejecutores del espolio. Parecióles el negocio de tanta gravedad, que algunos nos pronosticaban iriamos á la horca sin remedio, y otros menos severos decian que la cosa se podria componer con doscientos azotes, y algunos años de servicio en las galeras. Mientras resolvía sobre esto el corregidor nos encerraron en un oscuro calabozo, donde dormimos sobre paja estendida, ni mas ni menos que se estiende pa-

ra que duerman los caballos. Hubiera quizá durado esto largo tiempo, y nos habríamos salido de allí sino para ir á galeras, si al siguiente día, habiendo oído el señor Manuel Ordoñez lo que habia sucedido, no hubiese tomado á su cargo hacer todo lo posible por sacar á Fabricio de la cárcel, lo que no podia ser sin que á todos nos diesen libertad. Era un hombre que estaba muy bien quisto en todo Valladolid; é hizo tantos empeños, y revolió tanto, que al cabo de tres dias nos vimos todos libres, bien que no salimos de la prision como habiamos entrado. El collar, los pendientes, el candelero, y hasta mi pobre rubi, todo se quedó allá. Esto me trajo á la memoria aquello de Virgilio: *Sic vos non vobis, etc.*

Luego que nos vimos fuera de la cárcel, nos fuimos todos á buscar nuestros amos. Recibiome muy bien el doctor Sangredo, y me dijo: mi Gil Blas, no supe tu desgracia hasta esta mañana, y estaba pensando en empeñarme fuertemente por tí. Es menester, amigo mio, no desconsolarte por este accidente; antes bien ahora mas que nunca te has de aplicar á la medicina. Respondile que este era mi ánimo, y con efecto me apliqué enteramente á ella. Lejos de faltarme que trabajar, nunca hubo mas enfermos, como lo habia pronosticado mi amo. Acometieron fiebres epidémicas en la ciudad y arrabales. Teniamos que visitar cada uno todos los dias ocho ó diez enfermos, por lo que se deja conocer que se beberia mucha agua, y que se derramaria gran porcion de sangre. Mas yo no sé como era esto: todos se nos morian, ó porque nosotros los curábamos mal (lo cual claro está que no podia ser), ó porque eran incurables las enfermedades. A raro enfermo hacíamos tercera visita, porque á la segunda nos venian á decir que ya le habian enterrado, ó á lo menos que estaba agonizando. Como todavia era yo un médico nuevo, poco acostumbrado á los homicidios, me afligia mucho de los sucesos funestos que me podian imputar. Señor, dije un dia al doctor Sangredo, protesto al cielo y á la tierra, que observo exactamente el método de vmd., pero con todo mis enfermos se van al otro mundo. Parece que ellos mismos adredemente se quieren morir, no mas que por tener el gusto de desacreditar nuestros remedios. Hoy mismo encontré dos que llevaban á enterrar. Hijo, me respondió, poco mas, poco menos, lo propio me sucede á mí. Pocas veces logro la satisfaccion de que sanen los enfermos que caen en mis manos: y si no estuviera tan seguro de los principios que sigo, creeria que mis medicamentos eran enteramente contrarios á las enfermedades. Señor, le repliqué, si vmd. quisiera creerme, seria yo de sentir que mudásemos de método. Probemos por curiosidad el usar en nuestras recetas de preparaciones químicas, ensayemos el kermes; lo peor que nos podrá suceder será lo mismo que experimentamos con nuestra agua y con nuestras sangrias. De buena gana, me respondió, haria yo esa prueba si no fuera por un inconveniente. Acabo de publicar un libro en que ensalzo hasta las nubes el frecuente uso de la sangria y del agua; ¿y ahora quieres tú que yo mismo desacredite mi obra? ¡Oh! repuse yo; siendo asi, no es razon conceder ese triunfo á sus enemigos. Dirian que vmd. se habia desengañado, y le quitarian el crédito. Perezca antes el pueblo, nobleza y clero, y llevemos nosotros adelante nuestra tema. Al cabo nuestros compañeros, á pesar de lo mal que están con la lanceta, no veo que hagan mas milagros que nosotros, y creo que sus drogas valen tanto como nuestros específicos.

Fuimos, pues, continuando con nuestro método favorito, y en pocas semanas dejamos mas viudas y huérfanos que el famoso sitio de Troya. Parecia que habia entrado la peste en Valladolid: tantos eran los entierros que se veian. Todos los dias se presentaba en nuestra casa un padre que nos pedia un hijo, á quien habiamos echado á la sepultura, ó un tio que se quejaba de que hubiésemos muerto á su sobrino: pero nunca veiamos á ningun sobrino ó hijo que viniese á darnos las gracias porque con nuestros remedios habiamos dado la salud á su padre ó á su tio. Por lo que toca á los maridos

tambien eran prudentes; pues ninguno vino á lamentarse de nosotros porque hubiese perdido á su muger. Con todo eso algunas personas verdaderamente afligidas venian tal vez á desahogar con nosotros su pena. Tratábannos de ignorantes, de asesinos, de verdugos, sin perdonar los términos y voces mas descompuestas, mas rústicas y mas ignominiosas. Irritábanme sus epitetos groseros; pero mi maestro, que estaba muy acostumbrado á ellos, los oia con la mayor frescura y serenidad de ánimo. Acaso me hubiera yo tambien hecho con el tiempo á oirlos con igual serenidad si el cielo, quizá por librar de este azote mas á los enfermos de Valladolid, no hubiera suscitado un accidente que desterró en mi la inclinacion á la medicina que ejercia con tan infeliz éxito, y el cual describiré fielmente aunque el lector se ria á mi costa.



Caminaba con tanto brio, que muy presto me alcanzó.—Pág 38.

Habia cerca de casa un juego de pelota, á donde concurría diariamente toda la gente ociosa del pueblo, entre ella uno de aquellos valentones y perdona-vidas de profesion que se erigen en maestros, y deciden definitivamente todas las dudas que ocurren en semejantes parages. Era vizcaino, y hacia que le llamasen don Rodrigo de Mondragon. Parecia como de treinta años, hombre de estatura ordinaria, seco y nervudo. Sus ojos eran pequeños y centelleantes, que parecia daban vueltas en las órbitas, y que amenazaban á todos los que le miraban; una nariz muy chata le caia sobre unos bigotes retorcidos, que en forma de media luna le subian hasta las sienas. Su voz era tan áspera y desabrida, que bastaba oirla para cobrar terror. Este guapo se levantó con el mando del juego de pelota. Resolvía soberana y decisivamente todas las disputas que ocurrían entre los jugadores. No admitia mas apelacion de sus sentencias que la espada ó la pistola: el que no se conformaba con

ellas, tenía seguro al día siguiente un desafío. Este señor don Rodrigo, tal cual lo acabo de pintar, y sin que el don que siempre iba delante de su nombre le quitase de ser plebeyo, hizo una tierna impresion en el corazón de la dueña del juego. Tenía ésta cuarenta años, era rica, bastante bien parecida, y había quince meses que estaba viuda. No sé qué diablos la pudo enamorar de aquel hombre. Seguramente que no se enamoró de él por su hermosura. Sería sin duda por aquel *no sé qué* de que todos hablan, y ninguno sabe explicar. Como quiera que sea, el hecho es que ella se enamoró de aquella rara figura, y determinó darle su mano. Cuando estaba ya para concluirse el tratado, cayó gravemente enferma, y por su desgracia me tocó á mi ser su médico. Aunque su enfermedad no hubiera sido de suyo tan maligna, bastarían mis remedios para hacerla peligrosa. Al cabo de cuatro días llené de luto el juego de pelota, porque envié á la dueña del juego á donde enviaba á mis enfermos, y sus parientes se apoderaron de cuanto dejó. Don Rodrigo, desesperado de haber perdido su novia, ó, por mejor decir, la esperanza de un matrimonio tan ventajoso, no satisfecho con vomitar fuego y llamas contra mí, juró que me atravesaría de parte á parte con la espada la primera vez que me viese. Dióme noticia de este juramento un vecino muy caritativo, y me aconsejó no saliese de casa para no encontrarme con aquel diablo de hombre. Este aviso, que me pareció no era de despreciar, me llenó de miedo y de turbacion. Continuamente me imaginaba que veía entrar en casa al furioso vizcaino; y este pensamiento no me dejaba sosegar. Obligóme en fin á dejar la medicina, y á buscar modo de librarme de semejante sobresalto. Volví á coger mi vestido bordado, despedime de mi amo, que por más que hizo no me pudo contener, y al amanecer del día siguiente salí de la ciudad, temiendo siempre encontrar á don Rodrigo de Mondragon en el camino.

CAPITULO VI.

A dónde se encaminó Gil Blas despues que salió de Valladolid, y qué especie de hombre se incorporó á él.

Caminaba muy aprisa, y de cuando en cuando volvía á mirar atrás por ver si me seguía el formidable vizcaino. Teniale tan presente en la imaginacion, que cada bulto y cada árbol me parecía que era él; y continuamente me estaba dando saltos el corazón; pero despues que anduve una buena legua, me sosegué, y proseguí mi viage con mayor quietud, dirigiéndome á Madrid, á donde había hecho ánimo de ir. No sentí dejar á Valladolid, y solo sí el haberme separado de Fabricio, mi amado Pilades, sin haber podido despedirme de él. No me pesaba el haber abandonado la medicina, antes bien pedía perdón á Dios de haberla ejercido. Con todo no dejé de contar el dinero que llevaba, aunque era el salario de mis homicidios y de mis asesinatos; semejante á las mugeres públicas, que despues de arrepentidas de su mala vida, no por eso dejan de contar con gusto el dinero que les ha valido. Halléme con unos cinco ducados, lo que me pareció bastante para llegar á Madrid, donde creía hacer fortuna. Además tenía gran gana de ver aquella córte, que me habían pintado como el compendio de todas las maravillas del mundo.

Mientras iba pensando en lo que había oído decir de ella, y recreándome anticipadamente en las diversiones y gustos que imaginaba había de gozar, oí la voz de un hombre que venía cantando tras de mí á gaznate tendido. Traía á cuestras una maleta, en la mano una guitarra, y al lado una larguísima espada. Caminaba con tanto brio, que muy presto me alcanzó. Era uno de aquellos dos aprendices de barbero que habían estado presos conmigo por la aventura de la sortija. Desde luego nos conocimos los dos, y aunque uno y otro estábamos en tan diferente trage, quedamos igualmente admirados de vernos juntos en aquel sitio. Si yo me mostré alegre por ir

en su compañía durante el viage, él no manifestó menos alborozo por haberme encontrado. Contéle brevemente la causa de haber dejado á Valladolid, y él me correspondió diciéndome que había tenido una pelotera con su maestro, de cuya resulta uno y otro se habían despedido para siempre. Si hubiera querido mantenerme aun en Valladolid, añadió, habría encontrado diez tiendas por una, porque sin vanidad me atreveré á decir que acaso no se encontrará en toda España quien sepa rasurar mejor á pelo y contrapelo, ni levantar mejor unos bigotes; pero no pude resistir á la vehemente gana de volver á ver mi patria, de la que ha diez años que falto. Quiero respirar algun tiempo el aire nativo, y saber cómo están mis parientes. Pasado mañana espero verme entre ellos, porque residen en Olmedo, villa muy conocida, mas acá de Segovia.

Me determiné á ir en compañía del barbero hasta su lugar, y desde allí pasar á Segovia, con esperanza de encontrar alguna mayor comodidad para llegar á Madrid. Comenzamos á hablar de cosas indiferentes para divertir la molestia del camino. Era el mozuelo de buen humor y de muy grata conversacion. Al cabo de una hora me preguntó si tenía apetito. En llegando al meson lo veremos, le respondí. ¿Pero no se puede tomar antes alguna parva? me replicó; yo traigo en la alforja algo que almorzar: cuando camino siempre tengo cuidado de llevar para la bucólica, y no gusto de cargar con vestidos, ropa blanca, ni otros trapos inútiles, metiendo solo en la alforja municiones de boca, mis navajas y un poco de jabon, y colgando la vacia del cinto. Alabé su prevision, y convine en que tomásemos el refrigerio que me proponía. Me sentía con hambre, y consentí en gozar de un grande almuerzo á vista de lo que me acababa de decir. Desviamonos un poco del camino para sentarnos en un prado, donde sacó su provision el barberillo, que toda consistía en media docena de cebollas, algunos mendrugos de pan, y unos bocados de queso; pero lo que presentó, como lo mejor y mas precioso de la alforja fué una botita llena de vino que aseguró ser muy esquisito y sabroso. Aunque los manjares no eran los mas delicados, como á los dos nos apretaba el hambre nos supieron muy bien, y no los desairamos. Vaciamos tambien toda la bota que hacia dos azumbres, de un vino que á mi parecer no merecia que el barberillo lo hubiese alabado tanto. Concluida nuestra frugal refaccion, nos volvimos á poner en camino y á continuar nuestro viage con mas vigor y con mayor alegría. El barberillo, á quien Fabricio había dicho que mi vida estaba llena de aventuras muy singulares, me suplicó se las contase para poder decir que las había oído de mi propia boca. Pareciéndome que nada podía negar á un hombre que acababa de regalarme con tan espléndido almuerzo, le di el gusto que deseaba, y en correspondencia le dije era menester me refiriese tambien él su vida. Por lo que toca á mi historia, contestó, no merece cierto ser contada, porque toda ella se reduce á hechos sencillos; pero, sin embargo, añadió, ya que no tenemos cosa mejor en que entretenernos, se la referiré á vmd. tal cual ella ha sido. Y diciendo y haciendo comenzó á contarla poco mas ó menos en los términos siguientes.

CAPITULO VII.

Historia del mancebillo barbero.

Fernando Perez de la Fuente mi abuelo (porque me gusta tomar las cosas muy de atrás) despues de haber seguido el oficio de barbero en la noble villa de Olmedo por espacio de cincuenta años, murió dejando cuatro hijos. El primogénito, por nombre Nicolás, heredó la tienda, y siguió la misma profesion. Beltran, que fué el segundo, se metió en la cabeza el ser mercader, y trató en mercería. El tercero, llamado Tomás, se dedicó á maestro de escuela. El cuarto, que se llamaba Pedro, sintiéndose inclinado á estudiar, vendió su legitima y se

fué á Madrid, donde esperaba darse con el tiempo á conocer por su erudicion y su ingenio. Los otros tres hermanos nunca se separaron, manteniéndose en Olmedo, y allí se casaron todos tres con hijas de labradores, que trajeron en matrimonio poca dote, pero en recompensa de ella una gran fecundidad; pues parece habian apostado á cual habia de parir mas. Mi madre, que era la muger del barbero, parió seis en los cinco años primeros de casada, siendo yo uno de ellos. Mi padre, luego que tuve fuerzas, me puso á su oficio, y apenas cumpli quince años, cuando un dia me echó á cuestras la alforja que veis, y ciñéndome esta misma espada, ea Diego, me dijo, ya puedes ganar la vida, véte á correr mundo. Estás algo vasto, y te conviene viajar para limarte, como tambien para perfeccionarte en tu oficio. Véte, pues, y no vuelvas á Olmedo hasta haber andado toda España; no quiero oír hablar de tí hasta que hayas hecho todo esto. Dióme un paternal abrazo, cogióme de la mano, y bonitamente me condujo hasta ponerme de patitas en la calle.

Esta fué la tierna despedida de mi padre; pero mi madre, que era de genio menos áspero, se mostró mas sentida de mi marcha. Echó algunas lágrimas, y aun me metió á escondidas en la mano un ducado. Sali, pues, de Olmedo en esta conformidad, y tomé el camino de Segovia. No bien habia andado doscientos pasos, cuando examiné la alforja, picándome la curiosidad de saber lo que llevaba. Encontréme un estuche hendido y abierto por todas partes, dentro del cual habia dos navajas de afeitar, tan mohosas, gastadas y mugrientas, que parecian haber servido á diez generaciones, con una tira de cuero para suavizarlas, y un pedazo de jabon. Ademas de eso hallé una camisa nueva de cáñamo, un par de zapatos viejos de mi padre, y lo que sobre todo me alegró fueron unos veinte reales que encontré envueltos en un trapo. A esto se reducía todo mi haber. Por aqui podrá vmd. conocer lo mucho que fiaba mi padre en mi habilidad, cuando me echó de su casa con tan poco ajuar. Sin embargo, la posesion de un ducado y veinte reales mas, no dejó de deslumbrar á un muchacho que en toda su vida habia visto tanto dinero junto. Consideréme con un caudal inagotable, y lleno de alegría proseguí mi camino mirando de cuando en cuando el puño de mi tizona, cuya hoja se me enredaba entre las piernas, me molestaba, é impedia caminar.

Hácia el anochecer llegué al reducido lugar de Ataques, con una hambre que ya no podia sufrir. Entré en el meson, y como si me sobrase mucho para el gasto, mandé en voz alta que me trajesen de cenar. El mesonero me estuvo mirando con atencion algun tiempo, y conociendo lo que podia ser yo: si, me dijo con mucha dulzura, si, caballero mio; vmd. será servido como un príncipe. Condújome á una pieza pequeña, y un cuarto de hora despues me sirvió un encebollado de gato, que comí con tanto apetito como si fuera de liebre ó de conejo. Acompañó este esquisito guisado con un vino que, segun él decia, el rey no le bebia mejor. Y aunque conocí muy bien que era ya un vino embrion de vinagre, sin embargo, le hice tanto honor como habia hecho al gato. Despues era menester para ser tratado en todo como un príncipe, que me dispusiesen una cama, mas propia para despertar á una piedra que para dormir. Figúrese vmd. una tarima tan corta, que, aun siendo yo pequeño, no podia estender las piernas sin que saliesen fuera la mitad. Fuera de eso, el colchon de pluma se reducía á una especie de jergon ético y estrujado, cubierto de una sábana doblada, que despues de su última lavadura habria servido quizá á cien pasajeros. Con todo eso, en la cama que fielmente acabo de pintar, con la barriga llena de gato y de aquel precioso vino que antes describi, gracias á mis pocos años y á mi natural robustez, dormí profundamente, y pasé la noche sin la mas leve indigestion.

Al dia siguiente, luego que hube almorzado y pagado bien la buena comida que me habian servido, me planté

de una tirada en Segovia. Asi que llegué tuve la fortuna de que me recibiesen en una tienda, dándome solo de comer y vestir, pero no paré allí mas que seis meses, porque otro mancebo barbero con quien habia trabado amistad y queria ir á Madrid, me levantó de cascos, y me marché con él á esta villa. Acomodéme luego fácilmente sobre el mismo pie que en Segovia, en una tienda de las mas concurridas, pues su vecindad al corral del Príncipe atraia á ella tanta multitud de parroquianos, que el maestro, dos mancebos y yo no bastábamos á dar abasto á todos. Allí iban personas de todas clases, y entre ellas comediantes y autores. Una vez se juntaron dos sugetos de esta clase: pusieronse hablar de los poetas y las poesias del tiempo, y les oí pronunciar el nombre de mi tio. Entonces me apliqué á oírlos con mayor atencion. Don Juan de Zabaleta, dijo uno, es un autor de quien me parece que el público no debe estar muy satisfecho. Es un hombre frio, sin fuego y sin inventiva. La última comedia suya le desacreditó escesivamente. Y Luis Velez de Guevara, dijo el otro, ¿no acaba de regalarnos con una bellissima obra? ¿Puede haber cosa mas miserable? Nombraron no sé á cuántos otros poetas, cuyos nombres no tengo presentes; pero me acuerdo bien de que hablaron de ellos muy mal. De mi tio hicieron ambos mas honorífica mencion. Si, dijo uno de ellos, don Pedro de la Fuente es un grande autor, sus escritos están llenos de una gracia y de una erudicion, que al mismo tiempo instruyen y deleitan por su delicada sal. No me admiro de que sea tan estimado de la córte y del pueblo ni de que muchos señores le hayan señalado pensiones. Ha muchos años que goza una gruesa renta, y el duque de Medinaceli le da casa y mesa; por lo que nada gasta, y asi es preciso que esté muy bien y tenga dinero.

No perdí palabra de todo lo que dijeron de mi tio aquellos poetas. Ya sabiamos en la familia que hacia mucho ruido en Madrid con motivo de sus obras. Algunas personas al pasar por Olmedo nos habian informado de lo bien admitido que estaba; pero como nunca nos habia escrito, y parecia haberse estrañado mucho de nosotros, oíamos todas aquellas noticias con la mayor indiferencia. No obstante, como la buena sangre no puede mentir, luego que oí decir que lo pasaba tan bien, y me informé de las señas de su casa, tuve tentacion de ir á verle y darle á conocer con él. Solo me detenia el haber oido á los cómicos llamarle don Pedro. Aquel *don* me hacia titubear, recelando fuese otro del mismo nombre y apellido de mi tio. Con todo eso vencí al cabo este temor, pareciéndome que asi como habia sabido hacerse sábio, podia tambien haber sabido hacerse noble y caballero, y asi resolví presentarme á él. Para esto al dia siguiente con licencia de mi maestro me vestí lo mas decentemente que pude, y salí á la calle no poco vanaglorioso y cuelli-erguido de verme sobrino de un hombre cuyo ingenio metia en la córte tanta bulla. Sabido es que los barberos no son la gente del mundo menos sujeta á la vanidad. Comencé, pues, á tenerme en gran opinion, y caminando con orgullosa gravedad, pregunté por la casa del duque de Medinaceli. Enseñáronmela, y entrando en ella supliqué al portero me dijese cuál era el cuarto del señor don Pedro de la Fuente. Suba vmd. por aquella escalerilla, (me dijo, mostrándome una que estaba al fin de un patio), y llame á la primera puerta que encuentre á mano derecha. Hicelo asi; llamé á la puerta, y salió á abrir un mocito, á quien pregunté si vivia allí el señor don Pedro de la Fuente. Si señor, me respondió, pero ahora no se le puede entrar recado. Lo siento mucho, repliqué, pues verdaderamente le quisiera hablar, porque le traigo noticias de su familia. Aunque se las trajera del Padre Santo de Roma no le haria yo á vmd. entrar en este momento, pues está actualmente componiendo, y mientras trabaja no quiere que ninguno entre á interrumpirle y distraerle. De nadie se deja ver hasta medio dia; y asi puede vmd. ir á dar una vuelta y volver entonces.

Salime, pues, y me fui á pasear por Madrid toda la mañana, pensando siempre en el modo con que mi tío me recibiría. Sin duda, decía yo para mí, que tendrá grandísimo gusto de verme y conocerme, porque media su corazón por el mío; así contaba con que sería muy tierno el acto de vernos y reconocernos. Al fin volví con toda diligencia á la hora señalada. Viene vmd. muy á tiempo, me dijo el page: presto saldrá mi amo, espere vmd. aquí, que voy á avisarle. Volvió dentro de un instante, y me hizo entrar donde estaba mi tío, cuya vista me llenó de gozo, porque luego observé en su cara el aire de nuestra familia. Era tan parecido á mi tío Tomás que le hubiera tenido por el mismo, á no haberle visto en aquel traje y en aquel estado. Saludéle con pro-



Sentados los dos en el umbral de la puerta, tocábamos algunas sonatas.

fundo respeto, y le dije que era hijo de maese Nicolás de la Fuente, el barbero de Olmedo, y hermano de su señoría, y que hacía tres semanas que estaba en Madrid siguiendo el mismo oficio de mi padre, en calidad de mancebo, con ánimo de andar la España para perfeccionarme en la facultad. Mientras le estaba hablando advertí que mi tío estaba distraído y pensativo, dudando á la cuenta si me conocería ó no por sobrino, ó discurriendo algún arbitrio para eximirse de mí con arte y con destreza. Tomó este segundo partido, y afectando cierto aire jovial y risueño, me dijo: y bien, amigo, ¿cómo están de salud tu padre y tus tíos? ¿en qué estado se hallan las cosas de la familia? Comencé á informarle de su fecunda propagación: fuíle nombrando uno por uno todos los hijos varones y hembras, comprendiendo en la relación hasta los nombres de sus padrinos y madrinas. Parecióme que no se interesaba demasiado en tan menuda esplicación, y queriendo conseguir su intención: ahora bien, querido Diego, me dijo, apruebo mucho el que

pienses correr mundo para perfeccionarte en tu oficio, y te aconsejo no te detengas mucho tiempo en Madrid. Este es un lugar muy pernicioso para la juventud, y tú te perderías en él. Mucho mejor harás en recorrer otras ciudades del reino, donde no están tan estragadas las costumbres. Véte, pues, y cuando vayas á marchar, vuelve á verme, que te daré un doblon para ayuda del viage. Diciendo esto me fué llevando poco á poco hácia la puerta de la sala, y me despidió con buenas palabras.

No conocí por mi poca malicia, que solo buscaba pretextos para alejarme de sí. Volví á la tienda, y di cuenta á mi amo de la visita que acababa de hacer. El buen hombre, que no penetró mas que yo la verdadera intención del señor don Pedro, me dijo: yo no soy del parecer de tu tío. En lugar de exhortarte á correr el mundo, me parece debía aconsejarte que permanecieses en Madrid. El trata con tantas personas de distinción que fácilmente puede colocarte en una casa grande, donde en breve tiempo podrias hacer gran fortuna. Pagado de estas palabras, que escitaron en mi imaginación grandiosas esperanzas, dentro de dos dias volví á casa de mi señor tío, y le propuse que podia emplear su valimiento para acomodarme con algun personaje de la corte. Disgustólo mucho la proposición. A un hombre vano, que entraba francamente en casa de los grandes, y se sentaba con ellos á la mesa, no le agradaba mucho que un sobrino suyo comiese con los criados, mientras él estuviese comiendo con los amos, pues en tal caso el Dieguillo llenaría de vergüenza al señor don Pedro. Este, pues, se irritó furiosamente, y lleno de cólera me dijo: ¡cómo bronzuelo, quieres abandonar tu oficio! anda, véte, que yo te dejo en manos de los que te dan tan malos consejos. Sal de mi cuarto, repito, y no vuelvas á poner los pies en él si no quieres que te haga castigar como mereces. Quedé aturdido al oír estas palabras, y mucho mas me espantó la bronca y destemplada voz con que las pronunció. Retiréme llorando, y muy apesadumbrado de la aspereza con que me habia tratado mi tío. Con todo eso, como siempre he sido de natural vivo y altivo, presto se me enjugó el llanto; pasé por la contraria, del sentimiento á la indignación, y resolví no hacer caso de un mal pariente sin el cual habia vivido hasta allí y esperaba vivir sin necesitarle para nada.

No pense entonces mas que en cultivar mi talento, y en aplicarme al trabajo. Afeitaba todo el dia, y por la noche, para recrear un poco el ánimo, aprendía á tocar la guitarra, siendo mi maestro un hombre de edad á quien yo afeitaba. Llamábase *Marcos de Obregon*, y me enseñaba la música, que sabia perfectamente, porque habia sido cantor en una iglesia. Era hombre cuerdo, de tanta capacidad como experiencia, y me quería como si fuera hijo suyo. Servia de escudero á la muger de un médico, que vivia á treinta pasos de nuestra casa. Ibale yo á ver todos los dias al anochecer, cuando no habia que hacer en la tienda; y sentados los dos en el umbral de la puerta, tocábamos algunas sonatas que no desagradaban á la vecindad. Nuestras voces no eran muy gratas; pero dando á la guitarra, y cantando cada uno metódicamente la parte que le tocaba, gustábamos á las gentes que nos oían. Divertíase particularmente con nuestra música doña Marcelina, que así se llamaba la muger del médico. Bajaba algunas veces á oírnos al portal, y nos hacia repetir las tonadillas que mas le agradaban. Su marido no le impedía esta diversion, pues aunque español y viejo no era celoso. Por otra parte, su profesion le tenia empleado todo el dia, y cuando se retiraba á casa por la noche, iba tan cansado de visitar enfermos, que se acostaba muy temprano, y ninguna aprensión le causaba el gusto que su muger tenia de oír nuestra música, quizás por juzgar que no eran capaces de escitar en ella perniciosas impresiones. A esto añadía que aunque su muger era á la verdad jóven y linda, no le daba motivo alguno para el mas mínimo recelo, siendo de una virtud tan adusta que no podia sufrir que los hombres ni aun siquiera la mirasen. Y así

no llevaba á mal tuviese aquel honesto é inocente pasatiempo, y nos dejaba cantar todo cuanto queriamos.

Una noche que fui á la puerta del médico para divertirme, como acostumbra, encontré al viejo escudero, que me estaba esperando. Tomóme por la mano, y me dijo queria nos fuésemos los dos á pasear un poco antes de principiar la música. Asi que nos vimos en una calle escusada y solitaria, á donde me fué llevando, y donde conoció que me podia hablar con libertad, queriendo Diego (me dijo con semblante triste), tengo que comunicarte reservadamente una cosa. Temo mucho, hijo mio, que uno y otro nos hemos de arrepentir de esta música que damos á la puerta de mi amo. No puedes dudar lo mucho que te quiero, y he tenido gran gusto en enseñarte á tocar la guitarra y á cantar; pero si hubiera previsto la desgracia que nos amenaza, te aseguro de veras que hubiera escogido otro sitio para darte las lecciones. Sobresaltóme esta relacion, y supliqué al escudero que se esplicase mas claro, diciéndome francamente qué era lo que podiamos temer, porque yo no era hombre que quisiese hacer frente al peligro, y que todavía no habia dado la vuelta por España. Voy, me respondió, á decirte lo que debes hacer para conocer el riesgo en que nos hallamos.

Cuando un año ha entré á servir al médico, me llevó una mañana al cuarto de su muger, y presentándome á ella me dijo: Marcos, esta señora es tu ama, y siempre la has de acompañar á cualquier parte que vaya. Quedé admirado al ver á doña Marcelina. Encontréme con una dama jóven, y en extremo hermosa, gustándome sobre todo lo airoso de su talfe, y lo apacible de su semblante. Señor, respondi al amo, me tengo por muy dichoso en servir á una señora tan amable. Desagrado tanto á doña Marcelina mi respuesta, que con semblante airado me dijo: *Oiga el impertinente, el atrevido: ¿quién le ha enseñado á tomar estas libertades? Sepa desde luego que no gusto de lisonjas, ni aguanto requiebros.* Sorprendiéronme estrañamente unas palabras tan ásperas pronunciadas por aquella boca tan agraciada, y tan ajenas de lo que prometia su apacible rostro. No acertaba yo á conciliar aquel modo de hablar grosero y desabrido, con todo lo demas que observaba en una muger de presencia tan grata. El marido, acostumbrado ya á ello, lejos de enfadarse, se tenia por muy afortunado en que le hubiese tocado una muger de aquel estraño carácter, tanto que me dijo: Marcos, mi muger es un prodigio de virtud: y viendo que se ponía el manto para ir á misa, me mandó que la fuese acompañando á la iglesia. Apenas salimos á la calle, cuando encontramos dos mozalvetes, que admirados del aire y garbo de doña Marcelina, le dijeron al paso algunas cosas muy lisonjeras: pero ella les respondió con tal despego, y les dijo tantas necedades, que los pobres quedaron corridos y suspensos, sin poder comprender cómo podia haber en el mundo una muger que llevase á mal el ser alabada y aplaudida. Señora le dije: haga vmd. que no oye, y pase adelante sin contestar á lo que le dicen: menos malo es callar que responder con desabrimiento. Eso no, replicó ella, quiero enseñar á esos insolentes que yo no soy muger que sufro me pierdan el respeto. En fin, profirió tantos desatinos, que no pude menos de decirle mi sentir, aunque fuese á peligro de disgustarla. Le hice presente del mejor modo que me fué posible, que hacia injuria á la naturaleza, echando á perder con su carácter adusto mil bellas prendas de que la habia dotado: que una muger de genio afable y de modales atentos podia hacerse amar sin el auxilio de la hermosura; cuando por el contrario, la mas hermosa si no es afable y agasajadora se hace un objeto de desprecio. A estas razones añadí otras, dirigidas á la correccion de sus ásperos modales. Despues de haberla aconsejado á mi satisfaccion, temi me costase caro mi celo y fidelidad, escitando su cólera, y produciendo algun efecto que me fuese de poco gusto: mas no sucedió asi, no se enfadó de mis insinuaciones, contentándose con no seguir las; y el mismo

efecto produjeron las que tuve la tontería de hacerle los dias siguientes.

Canséme de advertirle en vano sus defectos, y abandonéla á la aspereza de su genio. Pero ¿quién lo creyera? Este natural tan agreste, esta muger tan orgullosa, de dos meses á esta parte ha mudado enteramente de condicion. Hoy es atenta con todos, y á todos trata con modales muy cariñosos. Ya no es aquella Marcelina, que no respondia sino necedades á los hombres que la elogiaban, ya oye con agrado sus lisonjas. Gusta le digan que es hermosa, y que ningun hombre la puede mirar sin cobrarle aficion. Son muy de su gusto los requiebros; y en suma, ya es otra muy diferente muger. Esta mudanza apenas es comprensible; pero lo que mas te ha de admirar es el saber que tú mismo has obrado este gran milagro. Si, mi querido Diego, tú has sido el autor de una transformacion tan estraña: tú quien has convertido aquel tigre feroz en una mansísima cordera; en una palabra, tú has merecido su atencion, como lo he observado mas de una vez; ó yo conozco mal las mugeres, ó mi ama se abraza por ti en un vehementísimo amor. Esta es, hijo mio, la triste noticia que tenia que darte, y esta es la desgraciada situacion en que los dos nos hallamos.

Yo no veo, respondi al viejo, gran motivo de afligirnos en todo lo que vmd. me ha dicho, ni mucho menos que sea desgracia mia el que me ame una muger hermosa. ¡Ah Diego! me replicó, bien se conoce que discurre como mozo. Solo miras el cebo, y no temes el anzuelo. Te paras solo en el placer; pero yo, como viejo y experimentado, preveo los disgustos que causa despues, porque no hay cosa que tarde ó temprano no se descubra. Si prosigues en venir á cantar á nuestra puerta, con tu vista se encenderá cada dia mas la pasion de doña Marcelina, y olvidada tal vez de todo recato llegará á conocerlo el doctor Oloroso, su marido, el cual se ha mostrado tan condescendiente hasta aqui, porque no tiene el mas leve motivo para tener celos; pero despues se pondrá furioso, se vengará de su muger, y podrá hacernos á ti y á mí un flaco servicio. Pues bien, señor Marcos, le repliqué; cedo á vuestras razones, y me entrego á vuestros consejos. Dígame vmd. qué debo hacer, y cómo me he de portar para evitar todo siniestro accidente. Dejando los dos nuestras músicas, me respondió, y no volviendo tú á parecer delante de mi señora. Una vez que no te vea, poco á poco se le irá entibiando la pasion, y recobrará su tranquilidad. Espérame en casa del maestro, que yo te iré á buscar, y allá tocaremos y cantaremos sin inconveniente. Ofrecilo asi; y con efecto hice propósito de no ir mas á la puerta del médico, y estarme encerrado en mi tienda, pues yo era un mozo que no podia ser visto sin peligro.

Sin embargo, el buen Marcos, á pesar de su prudencia, experimentó dentro de pocos dias que el medio discurrido y aconsejado por él no sirvió para templar el fuego de doña Marcelina, antes bien produjo un efecto enteramente contrario. Esta señora á la segunda noche que no nos oyó cantar, le preguntó por qué razon habiamos suspendido nuestra música, y cuál era la causa de que yo me hubiese retirado. Respondióle que tenia tantas ocupaciones, que no me dejaban un instante para divertirme. Mostróse satisfecha de esta excusa, y por tres dias sufrió mi ausencia con bastante firmeza; mas al cabo de este tiempo perdió la paciencia, y le dijo á su escudero: Marcos, tú me engañas; Diego no ha dejado de venir aqui sin motivo; y esto encierra algun misterio que quiero descubrir. Habla, y no me ocultes nada, que asi te lo mando. Señora, respondió él pagándole con otra mentira; ya que vmd. quiere saber las cosas como son, sepa que al pobre Diego le ha sucedido muchas veces volverse á su casa despues de nuestras músicas, y encontrarse sin cena, y ya no se atreve á esponerse á ir á la cama sin cenar. ¡Cómo sin cenar! exclamó ella lastimada. ¿Por qué no me lo has dicho antes? ¡pobre mozo! Anda al instante, y tráemelo contigo, asegurándole que nunca volverá á su casa sin cenar, porque yo daré orden que se le guarde aqui siempre algun plato.

¡Qué es lo que oigo! exclamó el escudero, admirado de oírla hablar de aquella suerte; ¡qué mudanza, cielos! ¿Sois vos, señora, la que me habláis en esos términos? ¿Pues de cuando acá os habeis hecho tan compasiva y sensible? Desde que tú viniste á esta casa, me respondió prontamente; ó por mejor decir, desde que reprendiste mis modales desdenosos, y te empeñaste en suavizar la aspereza de mis costumbres. Mas ¡ay de mí! prosiguió ella enternecida, que he pasado de un extremo á otro. De altiva é insensible que era, me he vuelto sobrado mansa y cariñosa. Amo á tu amigo Diego sin poderlo remediar; y su ausencia muy lejos de templar mi amor le inflama mas y mas. ¿Es posible, señora, (replicó el viejo) que un mozo que nada tiene de hermoso ni gallardo haya escitado en vos una pasión tan vehemente? Yo disculparia vuestra inclinacion si os la hubiera inspirado algun caballero de gran mérito... ¡Ah Marcos! interrumpió Marcelina, ó yo no me parezco en nada á las otras mugeres, ó tú, no obstante tu larga esperiencia, todavia no las conoces bien, si te persuades que el mérito es quien las mueve para elegir á un sugeto. Si he de juzgarlo por mi misma nunca reflexionan para enamorarse. El amor es desórden de la razon, que á pesar nuestro nos arrastra tras de un objeto, y nos sujeta á él. Es una enfermedad que nace en nosotras, y nos atormenta como la rabia á los animales. No te canses, pues, en persuadirme de que Diego no es digno de mi cariño; basta que le ame para figurarme en él mil prendas que no descubres tú, y que quizá tampoco él tendrá. En vano te empeñas en hacerme creer que ni sus facciones ni su figura tienen cosa que pueda llevarme la atencion: á mí me parece hechicero y mas hermoso que el sol: fuera de que tiene en su voz una suavidad que me encanta, y se me figura que toca la guitarra con una gracia y primor particular. Pero, señora (replicó Marcos), ¿habeis pensado bien lo que es el tal Diego? Su baja y humilde condicion... Yo no soy mejor que él, me interrumpió; pero aun cuando fuera una muger de distincion, nunca repararia en eso.

El resultado de esta conferencia fué, que desesperanzado el viejo escudero de adelantar cosa alguna con su ama en este punto, la dejó en su capricho, y se retiró como un diestro piloto cede á la tormenta que le desvia del puerto á donde se ha propuesto desembarcar. Aun hizo mas, por dar gusto á su ama, me vino á buscar, me llamó aparte, y despues de haberme contado todo lo sucedido entre ella y él: bien ves, Diego, me dijo, que no podemos escusarnos de continuar nuestras músicas á la puerta de Marcelina. Es indispensable, amigo mio, que esta señora te vuelva á ver, porque de otra manera nos esponemos á que haga alguna locura que perjudique mas que nada á su reputacion. No me hize de rogar, y respondile que iria á su casa con mi guitarra asi que anochebiese, y qué podia llevar á su ama esta agradable noticia. Hizolo asi, y dió á la apasionada amante la mas alegre y gustosa nueva que podia desear, con la esperanza de verme y oírme aquella noche.

Peró faltó poco para que un lance pesado le hubiese frustrado esta esperanza. No pude salir de casa hasta despues de muy anochecido, y por mis pecados era la noche muy oscura. Caminaba á tientas por la calle y quizá llevaba andado ya la mitad del camino, cuando de una ventana me regalaron de pies á cabeza con cierto *agua vá*, que lisonjeaba poco el sentido del olfato. Viéndome en tal estado no sabia que partido tomar. Volverme á casa era esponerme á las pesadas zumbas de los otros mancebos compañeros míos: ir á la de Marcelina en aquel magnifico equipage no me lo permitia la vergüenza. Resolvime no obstante á ir á casa del médico, persuadido de que encontraria á Marcos á la puerta, y que todo se remediaría antes de presentarme en aquel estado á Marcelina. Con efecto fué asi; encontréle esperándome á la puerta, y luego que me vió me dijo que el doctor Oloroso acababa de recogerse, y que aquella noche nos podiamos divertir á nuestro sabor. Respondile que ante todas las cosas era menester limpiarme el vestido, y le conté lo

que me habia pasado. Mostróse muy conolido de ello, y me hizo entrar en donde me estaba esperando su ama. Apenas oyó esta señora mi sucia aventura, y me vió en el triste estado en que me hallaba, prorumpió en espresiones del mayor dolor, como si me hubiera sucedido las mas funestas desgracias; y despues como si hablase con la puerca que me habia puesto de aquella manera, se desfogó echándole mil maldiciones: Señora (le dijo Marcos) moderad esos impulsos, considerad que el lance fué puro efecto de la casualidad, y no conviene mostrar tan fuerte enojo. ¿Cómo quierés (respondió ella) que no sienta vivamente la ofensa que se ha hecho á este inocente cordero, á esta paloma sin hiel que ni aun se queja del ultraje que ha recibido? ¡Ojalá fuera yo hombre en esta ocasion para vengarle!

Otras mil cosas dijo, pruebas todas de su ciego amor, que igualmente acreditó con las acciones, porque mientras Marcos me estaba limpiando con una toalla, Marcelina fué corriendo á su cuarto, trajo una cajita llena de todo género de perfumes, quemó cantidad de ellos, sahumó todos mis vestidos, los roció con espirita olorosos en abundancia. Concluido el sahumero y aspersorio, la caritativa señora fué en persona á la cocina, y me trajo pan, vino, y algunos pedazos de carnero asado que tenia guardados para mí. Obligóme á comer, y teniendo gusto en servirme ella misma, ya me hacia plato, y ya me echaba de beber, á pesar de cuanto Marcos y yo podiamos hacer y decir para que no se humillase á semejantes demostraciones. Acabada la cena templamos prontamente los instrumentos, y arreglamos las voces para dar principio á nuestro concierto. Marcelina quedó embelesada de oírnos; bien es verdad que escogimos de propósito ciertos cantares y letrillas amorosas que halagaban su amor; y debo confesar que mientras cantábamos, yo lanzaba de cuando en cuando hácia ella unas ojeadas tiernas que pegaban fuego á las estopas porque el juego me iba ya gustando. No me cansaba el concierto; aunque ya habia mucho que duraba. Por lo que toca á la señora, las horas le parecian instantes, y de buena gana hubiera estado oyéndonos toda la noche, si su escudero, á quien los instantes se le hacian horas, no le hubiera avisado que era ya tarde. Dióle el trabajo de decirselo mas de diez veces: pero daba con un hombre infatigable en este punto, que no la dejó sosegar hasta que yo me ausenté. Como era cuerdo y prudente, y veia á su ama tan locamente apasionada, temia nos sucediese algun desastre. El tiempo verificó lo fundado de su temor, porque el médico, ya fuese porque comenzó á entrar en sospecha, y á dudar de algun enredo secreto, ó ya porque el diablillo de los celos, que hasta entonces le habia respetado, quiso inquietarle, comenzó á reprender nuestras músicas, y aun hizo mas prohibiéndonoslas en tono de amo que queria ser obedecido; y sin dar razon alguna de lo que mandaba, declaró no aguantaria mas se admitiese en su casa á ninguno de fuera. Notificóme Marcos esta resolucion, y no puedo negar que por entonces me desazonó muchísimo, porque sentia perder las esperanzas que habia concebido. Con todo eso, por no faltar á la obligacion de fiel historiador, debo confesar que á corta reflexion me costó poco el conformarme, y llevar en paciencia aquel revés de la fortuna. No asi Marcelina, cuya aficion cobró mayor fuerza. Querido Marcos, dijo al escudero, de ti solo espero algun consuelo; ruégote que hagas todo lo posible para que tenga el gusto de ver secretamente á Diego. ¿Qué es lo que vmd. me pide, señora? le respondió colérico; demasiada contemplacion he tenido con vmd. No, no quiera Dios que por fomentar una loca pasión contribuya yo á deshonorar á mi amo, á la pérdida de vuestra reputacion, y á mancharme á mí mismo con el borron de tal infamia, despues de haber pasado toda la vida por hombre muy de bien, por criado fiel y de una conducta irrepreensible. Antes dejaré la casa que servir en ella de un modo tan vergonzoso. ¡Ah Marcos! (replicó la señora, asustada de estas últimas palabras), me atraviesas de parte á parte el corazon cuando hablas de marcharte.

¡Pues qué! ¡piensas, cruel, dejarme despues que me has reducido al lastimoso estado en que me veo! Restitúyeme primero aquel orgullo y aquella altivez que tú mismo me quitaste. ¡Oh, y quién tuviera ahora aquellos felicisimos defectos! gozaria de gran paz en mi corazon en lugar del tumulto que le agita, gracias á tus imprudentes reconvencciones. Tú, tú fuiste quien estragaste mis costumbres cuando quisiste enmendarlas... Pero ¡qué es lo que digo (continuó llorando), desdichada de mí! á qué fin darte en cara con tan injustas quejas! no, amado padre, no fuiste tú el autor de mi infortunio; mi mala suerte fué la única que me preparó mi desgracia. No hagas caso, te pido, de las necias palabras que profiero. Mi pasion me ha trastornado el juicio, compadécete de mi flaqueza. Tú eres mi único consuelo; y si aprecias mi vida, no me niegues tu asistencia.

Al decir estas palabras creció su llanto de manera que no pudo continuar. Sacó el pañuelo, cubrióse con él el rostro, y se dejó caer en una silla, como una persona que se rinde al peso de su afliccion. El buen Marcos (que era de la mejor pasta de escuderos que jamás se ha visto) no pudo resistir á un espectáculo tan lastimoso, que le conmovió vivamente, y mezcló sus compasivas lágrimas con las de su afligida ama, diciéndole lleno de ternura: ¡Ah, señora, y qué atractivo es el vuestro! no tengo fuerzas para combatir vuestra pena que acaba de rendir mi virtud, y prometo auxiliáros. Ya no me admiro de que el amor haya tenido poder para haceros olvidar de vuestro deber, cuando la compasion sola lo ha tenido para no acordarme yo del mio. De manera que el pobre escudero, á pesar de su irrepreensible conducta, se sacrificó muy servicialmente á la pasion de Marcelina. A la mañana siguiente vino á contarme todo lo sucedido, y me dijo tenía pensado ya el modo de proporcionarme una conversacion secreta con su ama. Con esto animó mi esperanza; pero dos horas despues llegó á mis oidos una noticia tan triste como no esperada. El mancebo de una botica, que habia en el barrio, y era uno de nuestros parroquianos, vino á hacerse la barba, Mientras me disponia á rasurarle me dijo: señor Diego. ¿cómo le va á vmd. con su amigo el viejo escudero Marcos de Obregon? ya sabrá vmd. que está para marcharse de casa del doctor Oloroso. No por cierto, le respondí. Pues sépalo vmd. me replicó, y no dude que la cosa es cierta. Hoy sin falta le despedirán. Su amo y el mio acaban de tener ahora una conversacion, á que me hallé presente, en la cual dijo el primero al segundo: señor boticario, tengo que hacer á vmd. una súplica. No estoy contento con un viejo escudero que tengo en casa, y en su lugar quisiera una dueña fiel, severa y vigilante, que guardase á mi muger. Ya entiendo, respondió mi amo, vmd. necesitaria de la señora Melancia, que fué la que custodió á mi difunta esposa, que aunque ha seis semanas que enviudé, todavía la mantengo en casa. A la verdad me seria muy útil para gobernarla; pero se la cedo á vmd. gustoso por lo mucho que me intereso en su honor. Bien puede descuidar con ella en punto á la seguridad de su honra, porque es la perla de las dueñas, y un verdadero dragon para guardar la castidad del sexo frágil. En doce años enteros que estuvo al lado de mi muger (que como vmd. sabe era moza linda) no vi en mi casa ni aun la sombra de un galan. Si por cierto, bonita era la dueña para sufrirlo; sobre este punto no aguantaba chanzas. Aun diré mas: mi muger á los principios gustaba mucho de pasatiempos y galanteos; pero la señora Melancia supo fundirla tan de nuevo, que la inclinó enteramente á la virtud. En fin, es un tesoro para vuestra seguridad. Quedó el señor doctor muy satisfecho de unos informes tan á medida de su deseo, y ambos convinieron en que hoy mismo iria la dueña á ocupar el lugar del escudero.

Esta noticia, que tuve por cierta, como en efecto lo era, desconcertó las ideas de todos los buenos ratos que yo esperaba lograr; y Marcos, que vino despues de comer, acabó de desvanecérmelas, confirmando todo lo que

me habia dicho el mancebo. Amigo Diego, me dijo el buen escudero, estoy contentisimo con que el doctor Oloroso me haya despedido, porque me ha librado de molestisimos disgustos y cuidados. Ademas de haberme echado á cuestras, muy contra mi inclinacion, un villanísimo empleo, necesitaba andar continuamente ideando trazas y urdiendo enredos para que pudieses hablar secretamente á Marcelina. ¡Qué embrollo! Gracias al cielo me veo ya fuera de estos cuidados, y sobre todo de los peligros que los acompañan. Por lo que á ti toca, hijo mio, tambien debes alegrarte de haber perdido algunos ratos de un placer momentáneo, á trueque de haberte librado de tantas pesadumbres, sustos y riesgos. Agrádome mucho la moral de Marcos, porque me pareció que ya nada podia esperar, y sin hacerme gran violencia determiné abandonar el campo. No era yo, lo confieso, de aquellos amantes porfiados que hacen vanidad de luchar contra todos los obstáculos; pero aun cuando lo fuera, la señora Melancia dejaria bien burlado mi empeño y tenacidad. El genio riguroso que atribuian á aquella muger era capaz de desesperar á los amantes mas pertinaces y atrevidos. Sin embargo de los colores con que me la habian pintado, no dejé de entender, dos ó tres dias despues, que la señora médica habia adormecido á aquel Argos, y corrompido su fidelidad. Salia yo una mañana de casa á afeitarse á un vecino nuestro, cuando una buena vieja se llegó á mí, y me preguntó si era yo Diego de la Fuente. Respondile que sí, y ella me replicó: pues á vmd. venia yo buscando. Vaya su merced esta noche á la puerta de doña Marcelina, haga alguna señal, y luego le será abierta. Muy bien, le repliqué yo: pero es preciso que quedemos de acuerdo sobre qué señal ha de ser. Yo sé remedar maravillosamente el maullido de un gato, y maullaré dos ó tres veces. Basta eso, repuso la mensajera de amor: voy á dar parte de su respuesta á la señora. Servidora de vmd., señor Diego, el cielo le conserve. ¡Qué galan sois! A fe que si yo fuera una niña de quince años no le buscaria por otra. Diciendo esto, se desvió de mí aquella oficiosa vieja.

Agitóme terriblemente este mensaje, y toda la moral de Marcos se la llevó el aire. Esperé con impaciencia la noche, y cuando me pareció que ya estaria durmiendo el doctor Oloroso, me encaminé hácia su puerta. Allí di principio á mis maullidos, que debian oirse de lejos y hacian mucho honor al maestro que me habia enseñado tan bello idioma. Un momento despues bajó la misma Melancia á abrir con mucho tiento la puerta, y volvió á cerrarla luego que yo hube entrado. Subimos á la sala en donde habiamos tenido nuestro último concierto, la cual estaba débilmente alumbrada por una luz que ardia sobre la chimenea. Nos sentamos juntos para dar principio á nuestra conversacion, alterados ambos, aunque con la diferencia de que el placer solo causaba la conmocion de Marcelina, y la mia estaba mezclada con un poco de sobresalto. En vano me aseguraba mi dama que nada teniamos que temer por parte de su marido, pues se habia apoderado de mí un temblor que turbaba mi alegria. Sin embargo, le pregunté: señora ¿cómo habeis podido engañar la vigilancia de vuestra aya? Por lo que oí decir de Melancia, no creia que os fuese posible hallar medios de darme noticias vuestras, y mucho menos de vernos á solas. Sonriéndose entonces Marcelina de mi pregunta, me contestó: Dejarás de sorprenderte de la secreta entrevista que tenemos esta noche juntos, luego que te haya contado lo que pasó entre las dos. Cuando entró en esta casa, mi marido le hizo mil caricias, y me dijo: Marcelina, te entrego á la direccion de esta discreta señora, que es un compendio de todas las virtudes, y un espejo en que debes mirarte de continuo para instruirte en la modestia. Esta admirable persona dirigió por espacio de doce años á la muger de un boticario amigo mio: pero dirigió... de lo que hay poco, en términos que hizo de ella casi una santa.

Estas alabanzas que el aspecto grave de Melancia no desmentian, me costaron muchas lágrimas, y me pusie-

ron desesperada. Me figuré las lecciones que tendria que escuchar desde la mañana hasta la noche, y las reprensiones que me seria forzoso aguantar todos los dias. En fin, consentí en llegar á ser la muger mas desgraciada del mundo, y olvidando toda consideracion en medio de una esperanza tan cruel, le dije con mucha sequedad á la aya luego que me vi sola con ella: sin duda os dispondreis para hacerme padecer mucho; pero debo advertiros que soy poco sufrida, y que no dejaré por mi parte de daros cuantos desaires pueda. Os declaro que mi corazon está dominado de una pasion que no serán capaces de arrancar de él vuestras reconvenciones. Sobre esto podeis tomar vuestras medidas: redoblad vuestra vigilancia, porque os prometo no omitir nada para engañarla. Al oír estas palabras la dueña adusta, que bien creí iba á ensartarme un sermón por primera entrada, se puso risueña, y me dijo con un tono afable: mucho me agrada vuestro carácter; vuestra franqueza provoca la mia, pues veo que nacimos la una para la otra. ¡Ah! bella Marcelina, qué mal me conoceis si formais juicio de mí por el elogio de vuestro esposo ó por la severidad de mi exterior. No me tengais por enemiga de los placeres, porque no me hago agenta de los celos de los maridos sino para ser útil á las mugeres hermosas. Hace mucho tiempo que poseo el gran arte de disfrazarme; y puedo decir que soy doblemente feliz, porque disfruto á un mismo tiempo de la comodidad del vicio y de la reputacion que da la virtud. Para entre nosotras el mundo no es virtuoso sino de este modo: cuesta demasiado adquirir el fondo de las virtudes, y por eso en el dia todos se contentan con tener sus apariencias.

Dejáos guiar por mí, continuó la aya, y vereis como se la pegamos tan bien al viejo doctor Oloroso, que os aseguro tendrá la misma suerte que el señor farmacéutico, porque no me parece mas respetable la frente de un médico que la de un boticario. ¡Pobre señor! ¡cuántas piezas le jugamos su muger y yo! ¡Qué amable era aquella señora, y de qué bello carácter! ¡Su alma goce de Dios! Os aseguro que ha pasado bien su juventud: ha tenido qué sé yo cuantos amantes á quienes introduce en su casa sin que su marido lo advirtiese jamás. Así, señora, miradme con ojos mas favorables, y estad convencida de que, por mas talento que tuviese el escudero que os servia, nada perdereis en el trueque, y aun tal vez os seré mas útil que él.

Figúrate ahora, Diego (continuó Marcelina) si habré agradecido á la dueña el haberseme descubierto con tanta franqueza, cuando la creía de una virtud austera. Ve ahí como se juzga mal de las mugeres. Melancia se granjeó desde luego mi afecto por este carácter de sinceridad, y la abracé con un gozo estremado que le manifestó con anticipacion cuanto me alegraba de tenerla por aya. Haciéndola en seguida enteramente confidenta de mis sentimientos, le pedi que me proporcionase cuanto antes una conversacion á solas contigo; lo que efectivamente cumplió, valiéndose esta mañana de la vieja que te habló, y que es una mensajera que le sirvió muchas veces para la muger del boticario. Pero lo que hay de mas gracioso en esta aventura (añadió Marcelina riéndose) es que Melancia, por la relacion que le hice de la costumbre que tiene mi esposo de pasar la noche sosegadamente, se acostó junto á él, y ocupa mi lugar en este momento. Lo siento mucho señora (dije entonces á Marcelina) y de ningun modo apruebo vuestra invencion. Vuestro marido puede muy bien despertarse, y echar de ver el engaño. ¡Oh, eso no! (replicó ella con precipitacion); no tengas el menor cuidado por eso, y no hagas que un vano temor acibare el placer que debes tener en hallarte con una muger que te quiere.

La esposa del doctor, observando que este discurso no desvanecia mis temores, no omitió nada de cuanto creyó á propósito para serenarme, y por fin hizo tanto que llegó á conseguirlo. Desde este momento ya no pensé mas que en aprovecharme de la ocasion; pero al tiempo en que Cupido, acompañado de las Risas y de los Juegos,

se disponia á labrar mi felicidad, oímos dar unas fuertes aldabadas á la puerta de la calle. Al instante el Amor y su comitiva volaron á manera de unos pajarillos tímidos espantados repentinamente por un gran ruido. Marcelina me ocultó debajo de una mesa que habia en la sala; apagó la luz, y (como lo habia concertado con su aya, en caso que este contratiempo sucediese) se fué á la puerta de la alcoba en que dormia su marido. Entretanto, los golpes que atronaban la casa continuaban con tanta repeticion, que, despertando el doctor, se sentó en la cama dando voces á Melancia. Arrojóse esta de la cama, aunque el viejo, que creía era su muger, le decía que no se levantase; reunióse con su ama, que sintiéndola á su lado, la llamaba á gritos para que fuese á ver quien estaba á la puerta. Ya estoy aquí, señora (le respondió la aya), volved á la cama si quereis, que yo voy á ver lo que es. Durante este tiempo, habiéndose desnudado Marcelina, se acostó con el doctor, que no tuvo la menor sospecha de que le engañasen. Bien es verdad que esta escena acababa de representarse en la oscuridad por dos actrices, de las cuales una era incomparable, y la otra tenia mucha disposicion para serlo.

La aya no tardó en presentarse en bata de dormir y con una luz en la mano, diciendo á su amo: señor doctor, tenga vmd. la bondad de levantarse á prisa, porque al librero Fernandez Buendia, vecino nuestro, le acometió una apoplejia, y os llaman de su parte para que voleis en su socorro. El médico, vistiéndose lo mas pronto que pudo, partió á casa del enfermo, y su muger en bata de noche vino con la aya á la sala en donde yo estaba, y me sacaron de debajo de la mesa mas muerto que vivo. Nada tienes que temer, Diego, me dijo Marcelina, serénate. Al mismo tiempo, diciéndome en dos palabras de qué modo se habia arreglado la cosa, quiso en seguida volver á tomar el hilo de la conversacion que tenia conmigo y habia sido interrumpida; pero se opuso á esto la aya. Señora, le dijo, vuestro marido acaso puede hallar muerte al librero, y volverse inmediatamente; ademas de que (añadió, viéndome traspasado de miedo) ¿qué hareis con ese pobre mozo, no hallándose en estado de continuar la conversacion? Mas vale ponerle en la calle, y dejar el negocio para mañana. Doña Marcelina convino en ello, aunque á pesar suyo, tan amiga era de lo presente; y creo que sintió bastante no haber podido hacer poner al doctor el nuevo bonete que le tenia destinado.

En cuanto á mí, menos afligido de haber malogrado los mas preciosos favores del amor, que gozoso de verme libre del peligro, me fui á casa del maestro, en donde pasé el resto de la noche en reflexionar sobre mi aventura. Estuve algun tiempo indeciso si acudiria á la cita de la noche siguiente, porque no formaba juicio de salir mas bien librado en esta segunda calaverada que en la primera; pero el diablo, que siempre nos cerca, ó, por mejor decir, se apodera de nosotros en semejantes lances, me hizo creer que pasaria por un mentecato si me quedaba á la mitad de un camino tan bueno; y aun representó á mi imaginacion á Marcelina con nuevos atractivos, y ponderó el precio de los placeres que me esperaban. Resolví, pues, continuar mi entremés, y muy resuelto á tener mas firmeza, con tan bellas disposiciones, me fui al dia siguiente á la puerta del doctor entre once y doce de la noche, y en medio de una oscuridad tan grande que no se veia brillar una sola estrella en el cielo. Maullé dos ó tres veces para avisar que estaba en la calle; pero como nadie bajaba á abrirme, no me contenté con empezar de nuevo, sino que me puse á remedar todos los diferentes gritos del gato que un pastor de Olmedo me habia enseñado, y lo hice tan al natural, que un vecino que volvía á su casa, teniéndome por uno de estos animales, cuyos maullidos imitaba, cogió un guijarro que tropezó con los pies y me le arrojó con toda su fuerza, diciendo: ¡maldito sea el gato! Recibi tan fuerte golpe en la cabeza, que quedé aturdido por el pronto, y faltó poco para que cayese en tierra atolondrado. Esto bastó para que diese al diablo el galanteo, y perdiendo

el amor juntamente con la sangre, me volvi á casa, donde desperté é hice levantar á todos. El maestro reconoció la herida, que le pareció peligrosa; pero no tuvo malas resultas, y se cerró al cabo de tres semanas. En todo este tiempo no oí hablar de Marcelina. Es natural que Melancia, para desprenderla de mí, le buscara algun otro conocimiento, de lo que no me informé porque nada me importaba; pues salí de Madrid para andar la España luego que me vi perfectamente curado.

CAPITULO VIII.

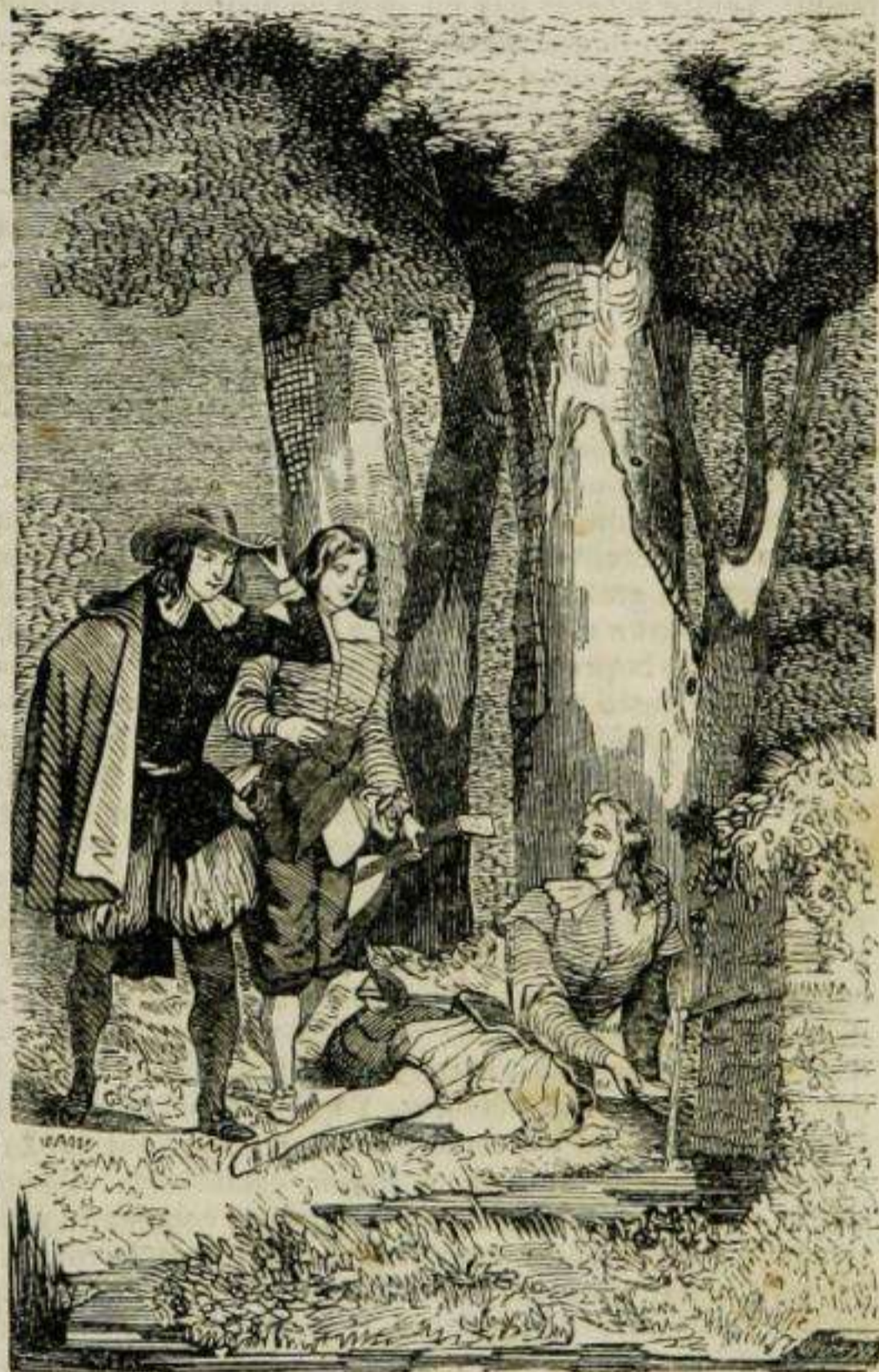
Encuentro de Gil Blas y su compañero con un hombre que estaba mojado mendrugos de pan en una fuente, y conversacion que con él tuvieron.

Contóme el amigo Diego de la Fuente otras aventuras que le sucedieron en adelante; pero todas de tan poca importancia, que no merecen la pena de referirse. Sin embargo, me vi precisado á oírselas, y en verdad que no fué breve la relacion, pues duró hasta que llegamos á Puente de Duero, donde nos detuvimos lo restante de aquel día. Hicimos en el meson que nos dispusiesen una buena sopa, y asasen una liebre, despues de cerciorarnos de que era verdaderamente tal. Al amanecer del día siguiente proseguimos nuestro camino, habiendo antes llenado la bota de un vino mediano, y metido en las mochilas algunos pedazos de pan, juntamente con la mitad de la liebre que nos habia sobrado de la cena.

Despues de haber caminado cerca de dos leguas, nos sentimos con gana de almorzar, y habiendo visto como á doscientos pasos del camino un grupo de árboles que hacian sombra deliciosísima, escogimos aquel sitio é hicimos alto en él. Allí encontramos á un hombre como de veinte y siete á veinte y ocho años, que estaba mojado en una fuente algunos zoquetes de pan. Tenia á su lado sobre la yerba una espada larga y una mochila. Pareciónos mal vestido, mas por otra parte, de buen rostro y bien plantado. Saludámosle cortesmente, y él nos correspondió con igual cortesania. Presentónos luego sus mendrugos mojados, y con cierto aire risueño y despedido nos dijo si éramos servidos. Admitimos el convite en el mismo tono, mas con la condicion de que habia de tener á bien que juntásemos los almuerzos para que fuesen mas abundantes. Vinó en ello con mucho gusto, y nosotros sacamos nuestras provisiones, lo que ciertamente no le desagradó. Oh, señores (esclamó enagenado de alegría), verdaderamente que vmds. vienen bien provistos de municiones de boca, y se conoce que son hombres prevenidos, y que miran á lo venidero. Yo me fio demasiado en la fortuna. Sin embargo, á pesar del miserable estado en que ustedes me ven, les puedo asegurar que alguna vez hago un papel muy brillante. Sepan ustedes que no pocas me tratan de principe y estoy rodeado de guardias. Segun eso, dijo Diego, será vmd. comediante. Adivinólo vmd., respondió el desconocido, por lo menos ha quince años que no tengo otro oficio. Siendo niño representaba ya ciertos papeles cortos, esto es, que tuviesen poco que aprender. Hablemos francamente (replicó el barbero, meneando ladinamente la cabeza); tengo dificultad en creerlo, porque conozco bien á los comediantes, y sé que estos señores no acostumbran á caminar á pie, ni hacer almuerzos á lo San Anton; y me temo, me temo que si vmd. ha hecho algun papel no habrá sido otro que el de encender y apagar las lamparillas. Piense vmd. de mí lo que quisiere (respondió el histrion), lo cierto es, que hago los primeros papeles, y comunmente me hacen representar el de primer galan. Siendo así, repuso mi camarada, doy á vmd. la enhorabuena, y celebro mucho que el señor Gil Blas y yo hayamos tenido la honra de desayunarnos en compañía de tan gran personaje.

Comenzamos entonces á roer nuestros regojos y las preciosas reliquias de la liebre, alternando con tan frecuentes topetadas á la bota, que en poco tiempo la dejamos enteramente pez con pez, sin que en todo este tiempo despegase

los labios ninguno de los tres. Al cabo rompió el silencio el barberillo diciendo al comediante: estoy admirado de ver á vmd. en estado tan lastimoso. No se puede dudar que es mucha pobreza para un héroe de teatro, y perdóne vmd. si le hablo con esta claridad. Por cierto, replicó el actor, que se conoce no ha oido vmd. hablar del famoso comediante Melchor Zapata; porque ha de saber vmd. que, por la misericordia de Dios, no soy de genio delicado. Me da vmd. mucho gusto en hablarme con tanta franqueza, porque tambien gusto yo de hablar con ella. Confieso de buena fé que no soy rico; y si no miren us-teces esta ropilla (diciendo esto nos mostró el forro de ella, que era todo de los carteles de comedia que se fijan



Allí encontramos á un hombre que estaba mojado en una fuente algunos zoquetes de pan.

en las esquinas). Esta es la tela que comunmente me sirve de forro, y si todavia tienen curiosidad de ver lo que hay en mi guarda-ropa, contentaré á vmds. Hélo aqui: (y al mismo tiempo sacó de la mochila un vestido entero, guarnecido de esterilla vieja de plata falsa, una gorra muy raída, con un penacho de viejisimas plumas, unas medias de seda con mas agujeros que un crivo ó una salvadera, y unos zapatos muy usados de badanilla encarnada.) Ya ven ustedes ahora que soy medianamente infeliz. Eso es lo que me admira, le replicó Diego. ¿Pues qué! ¿no tiene vmd. muger ni hija? Si señor, respondió Zapata; pero vea vmd. la desgracia de mi estrella: tengo muger moza, mas no por eso estoy mas adelantado. Caséme con una linda comediante, esperando que no me dejaria morir de hambre; pero por mi poca fortuna di con una muger de juicio y de un recato incorruptible. ¡Quién diablos no se engañaria como yo! Una muger virtuosa que era del número de los cómicos de la legua, me habia forzosamente de tocar á mí en suerte. Seguramente es desgracia, dijo el barbero; pero ¿por qué no se casó vmd.

con alguna bonita comedianta de las compañías de Madrid? Entonces si que lograria su intento. Convengo en ello, respondió el farsante; pero á un pobre comediante de la legua no le es licito elevar sus pensamientos á tan encumbradas heroínas. Esto solamente lo podrá hacer alguno de la compañía del corral del Principe, y aun en ella se ven muchos precisados á casarse con otras mugeres que no son de la profesion, y por fortuna suya Madrid es bueno, y se suelen encontrar en él algunas que se las pueden apostar á las princesas de teatro.

¿Pero qué (le replicó mi compañero) nunca pensó vmd. entrar en alguna de las compañías de la corte? ¿Acaso se necesita un mérito consumado para lograrlo? ¡Bravo! respondió Melchor, vmd. se burla con su mérito consumado. Veinte actores hay en cada compañía; pregunte vmd. al público lo que siente de ellos, y oirá cosas bellísimas. Mas de la mitad por lo menos merecian ir cargados como yo con la mochila y en medio de eso no es tan fácil como se piensa ser recibido entre ellos; pues se necesita dinero ó grandes empeños que suplan por la habilidad. Ninguno puede saberlo mejor que yo, porque ahora mismo acabo de representar en Madrid, y salgo mas aturrido de palmadas y silbidos que todos los diablos, sin embargo de que me prometia ser muy aplaudido, porque representaba gritando, manoteando, descoyuntándome y torciendo el cuerpo hácia todas partes, con mil gesticulaciones y posturas cien leguas distantes de todo lo natural, hasta llegar una vez casi á dar en la cara una puñada á mi dama mientras yo estaba declamando. En una palabra, representaba imitando la escuela que el vulgo celebra en los grandes actores; y en medio de eso lo que aplaudia tanto en otros no lo podia sufrir en mí. Vea vmd. cuánto puede la preocupacion. En vista de ello, no acertando á dar gusto y no teniendo medio para ser admitido en la compañía, á pesar de todos los silbidos de la mosquetería, dejé á Madrid y me vuelvo á mi Zamora, donde están mi muger y mis compañeros, que no hacen allí gran fortuna; y quiera Dios no nos veamos precisados á pedir limosna para poder pasar á otra ciudad, como mas de una vez nos ha sucedido.

Diciendo esto nuestro principe dramático, se levantó, echóse á cuestras la mochila, ciñóse la espada, y despidiéndose de nosotros: adios (nos dijo con mucha gravedad), quieran los dioses inmortales derramar sobre ustedes á manos llenas sus favores. Y quieran los mismos (le respondió Diego en el propio tono) que halle vmd. en Zamora á su muger mudada y mejor establecida. Luego que el señor Zapata nos volvió la espalda, comenzó á gesticular y á representar caminando, y nosotros le comenzamos á silbar para que no se le olvidasen tan presto los silbidos de Madrid. Con efecto, creyó todavía le sonaban en los oidos: y volviendo la cara, y viendo que nosotros nos divertíamos á su costa, lejos de darse por ofendido, él mismo ayudó á la zumba, y prosiguió su viage dando grandísimas carcajadas. Correspondimosle por nuestra parte con grande algazara, y cogiendo otra vez el camino real seguimos nuestra marcha.

CAPITULO IX.

Estado en que encontró Diego á sus parientes; y como Gil Blas se separó de él despues de haber participado de ciertas diversiones.

Fuimos aquel dia á dormir entre Mojados y Valdestillas á un lugarcillo cuyo nombre se me ha olvidado, y al siguiente á las once de la mañana entramos en la llanada de Olmedo. Señor Gil Blas, me dijo mi camarada, aquel es el lugar de mi nacimiento. No le puedo volver á ver sin llenarme de júbilo: tan natural es en todos el amar su patria. Señor Diego, le respondí, un hombre como vmd. que tanto amor tiene á su tierra, parece debia haber hablado de ella con mayor estimacion. Vuesa merced me la pintó como si fuera un lugarcillo ó una aldea, y á mí se me presenta como una ciudad. Era razon que por lo menos la tratase vmd. de villa grande. Yo le pido per-

don, respondió el barbero; pero diré que despues de haber visto á Madrid. Toledo, Zaragoza y otras principales ciudades de España en la vuelta que he dado por ella, todo me parece aldea. Conforme íbamos adelantando en la llanura, y acercándonos á Olmedo, nos pareció ver junto al pueblo multitud de gente, y cuando nos hallamos á distancia de poder discernir los objetos, tuvimos mucho en que divertir la vista.

Vimos tres pabellones ó tiendas de campaña, poco distantes una de otra, y alrededor de ellas muchedumbre de cocineros y ayudantes de cocina que estaban disponiendo una gran comida. Unos ponian unas mesas largas dentro de las tiendas, otros echaban vino en grandes vasijas de barro: estos atendian á que cociesen las ollas, y aquellos daban vueltas á luengos asadores, en que estaban espetadas viandas de todo género. Pero á mí nada me llevó tanto la atencion como un espacioso teatro que observé bastante elevado, que estaba adornado con algunos bastidores de carton pintado de diferentes colores, y lleno de inscripciones griegas y latinas. Luego que el barbero vió tanto griego y tanto latin, dijo: esto me huele terriblemente á mi tio Tomás; apuesto algo á que ha andado aqui su mano, porque sabe de memoria una infinidad de libros de au'a. Lo que me enfada es, que en las conversaciones encaja sin cesar pasages enteros de los tales libros, cosa que no á todos agrada. Fuera de eso, ha traducido varios poetas griegos y latinos, y está instruido en la antigüedad, lo que se conoce por las notas con que los ha enriquecido, como v. g. aquella de que en *Atenas lloraban los niños cuando los azotaban*: cosa que si no fuera por su vasta y selecta erudicion, nosotros no la sabriamos.

Despues de haber visto mi camarada y yo todas las cosas que acabo de decir, nos dió gana de preguntar ¿por qué y para qué se hacian todas aquellas prevenciones? Al tiempo que nos íbamos á informar se encontró Diego con un hombre que conoció ser su tio el señor Tomás de la Fuente, y que al parecer mostraba ser el director de la fiesta. Fuimos á él apresuradamente; mas este maestro de primeras letras tardó algo en conocer á su sobrino; tanta mudanza habia hecho en aquel pobre mozo la ausencia de diez años. Conocido al fin, le abrazó estrechísimamente, y le dijo: ¡Oh querido sobrino Diego, con que al cabo has vuelto á ver tus dioses Penates, y el cielo te ha restituido sano y salvo á tu familia! ¡Oh dia tres y cuatro veces beato! ¡albo dies notanda lapillo! Muchas novedades encontrarás en la parentela. Tu tio Pedro, aquel gran talento, ya es victima de Pluton: tres meses ha que murió. Hombre avariento, que toda su vida estuvo temiendo le habian de faltar siete pies de tierra para enterrarse: *argenti pallebat amore*. Tenia muchas pensiones de los grandes; y no gastaba diez doblones al año en comida y vestido. No daba de comer al único criado que le servia. Mas insensato que aquel griego Aristipo, el cual, caminando por los desiertos de Lidia, hizo á sus esclavos que dejasen en ellos todas las grandes riquezas que llevaban, alegando que aquella carga les incomodaba en la marcha, amontonaba toda la plata y todo el oro que podia haber á las manos. Mas ¿para qué? Para que lo gozasen sus herederos á quienes no podia sufrir. Dejó á su muerte treinta mil ducados, que se repartieron entre tu padre, tu tio Beltran y yo. Todos nos hallamos en estado de pasarlo bien. Mi hermano Nicolás colocó ya á su hija Teresa, que acaba de casarse con el hijo de uno de nuestros alcaldes: *connubio junxit stabili propterque dicavit*. Este himeneo, concluido bajo los mas felices auspicios, es el que estamos celebrando hace ya dos dias con todo el aparato que ves. Hicimos levantar estas tiendas de campaña en esta llanura. Los tres herederos de Pedro tienen cada uno la suya; y por su turno costean la fiesta de un dia. Hubiera celebrado mucho hubieses llegado antes para que gozases de todas. Antes de ayer, dia en que se celebró la boda, corrió tu padre con el gasto; y dió una soberbia comida, y despues hubo parejas, y se corrió sortija. Tu tio el mercader tomó de su cuenta el

da de ayer y nos divertió con una bellísima fiesta pastoril. Vistió de pastores á los diez muchachos mas lindos y agraciados del lugar y de pastoras á las diez muchachas mas pulidas y aseadas que habia en todo Olmedo, empleando en engalanarlas las cintas mas ricas y los mas preciosos dijes que se hallaron en su tienda. Toda aquella lucida juventud armó mil graciosísimas danzas, cantando despues otras tantas letrillas muy chuscas, tiernas y amorosas. Y aunque no parecia posible cosa mas divertida, con todo eso no dió gran golpe; sin duda porque en Castilla la Vieja hemos perdido el gusto á las diversiones pastoriles.

Hoy me toca á mí, y pienso divertir á los vecinos de Olmedo con un espectáculo todo de mi invencion: *finis coronabit opus*. Mandé alzar un teatro, en el cual, con la ayuda de Dios, haré representar por mis discípulos una de mis tragedias intitulada: *los pasatiempos de Mulei-Bugentuf, rey de Marruecos*. Se ejecutará con el mayor primor, porque entre los muchachos los hay que declaman como los mas célebres comediantes de Madrid. Son todos hijos de honradas familias de Peñafiel y Segovia, y los tengo en mi casa á pupilaje. ¡Escelentes representantes! Verdad es que les he enseñado yo. Su declamación parecerá acuñada en el cuño del maestro *ut ita dicam*. En cuanto á la tragedia, no te quiero hablar de ella, puesto que la has de oír, por no privarte del placer de la sorpresa; y solo diré sencillamente que dejará estáticos á todos los espectadores. Es uno de aquellos asuntos trágicos que ponen todo el alma en conmocion, por las terribles imágenes de la muerte que ofrecen á la fantasía. Yo siempre he sido de la opinion de Aristóteles, que es necesario escitar el terror. ¡Ah! si yo me hubiera dedicado al teatro, nunca saldrian á él sino héroes sanguinarios y príncipes asesinos, y me bañaria siempre en sangre. En mis tragedias se verian morir no solo á los primeros personajes, sino hasta las mismas guardias. ¿Qué digo, hasta las mismas guardias? Haria tambien degollar al apuntador. En fin, solo me agrada lo terrible: este es todo mi gusto. De esta manera los poemas de esa especie se levantan con el aplauso de la muchedumbre, mantienen el lujo de los comediantes, y hacen célebre el nombre de los autores.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando vimos salir del pueblo y entrar en la llanura un gran gentío de uno y otro sexo. Eran los dos esposos, acompañados de sus amigos y parientes, é iban precedidos de diez ó doce tocadores de instrumentos, que tañian todos á un tiempo, haciendo un concierto muy ruidoso. Salióles al encuentro Diego, y dióse á conocer. Inmediatamente resonaron por el campo los gritos de alegría con que fué recibido del acompañamiento, corriendo todos á abrazarle, y procurando cada uno ser el primero. No tuvo poco que hacer en corresponder á todas las demostraciones de amor y cumplimientos que le hicieron. Sofocábale á abrazos todos los de la familia y cuantos se hallaban presentes; y luego que se aquietó un poco aquel primer turbion, le dijo su padre; seas bien venido, hijo Diego; en verdad que durante tu ausencia han adelantado mucho tus parientes: ¿no es así? Por ahora no te digo mas; á su tiempo lo sabrás muy por menor. Mientras tanto el gentío se fué adelantando hácia la llanura, llegó á ella, entróse en las tiendas, y fuese sentando á las mesas que ya estaban preparadas. Yo no dejé á mi compañero; sentéme junto á él, y entrambos comimos con los dos novios, que me parecieron corresponder bien uno á otro. Duró mucho tiempo la comida, porque el preceptor ó maestro tuvo la vanidad de querer que tres veces se cubriese la mesa, por aventajarse á sus hermanos, que no habian dispuesto las cosas con tanta magnificencia.

Despues del banquete todos los convidados mostraron grande impaciencia por ver la representacion de la obra del señor Tomás, no dudando (decian) que una produccion de ingenio tan superior seria dignísima de oirse. Acercámonos, pues, al teatro donde todos los músicos

ocupaban ya el lugar de la orquesta para tocar en los intermedios. Esperaban todos con el mayor silencio á la tragedia. Dejáronse ver los actores en la escena; y el autor con su obra en la mano estaba tras las cortinas en sitio donde pudiese apuntar y ser oído de los que representaban. Con mucha razon nos habia prevenido que era trágico su drama, porque en el primer acto el rey de Marruecos mató por via de diversion cien esclavos á flechazos. En el segundo hizo degollar treinta oficiales portugueses que uno de sus capitanes habia hecho prisioneros: finalmente en el tercero aquel monarca cansado de sus mugeres, pegó él mismo por su mano fuego á un palacio aislado, donde estaban encerradas, y juntamente con él las redujo todas á ceniza. Los esclavos moros, y los oficiales portugueses estaban representandolos por unas figuras de mimbres hechas con algun primor. y el palacio, que era de carton, se aparentaba abrasado por un fuego artificial. Este incendio, acompañado de lastimosos gritos, que parecian salir de en medio de las llamas, dió fin á la tragedia, y cerró el teatro de una manera patética y divertida. Resonaron en toda la llanura los vivas y los aplausos con que fué celebrado un drama de tan ingeniosa invencion: lo que acreditó el buen gusto del poeta, y su singular acierto en la eleccion y oportunidad de los asuntos.

Creia yo que ya nada habia que ver despues de los *pasatiempos de Mulei-Bugentuf*; pero engañéme. Anunciáronnos un nuevo espectáculo los timbales y trompetas. Era este la distribucion de los premios, porque Tomás de la Fuente, para mayor solemnidad de la fiesta, á todos sus discípulos, así pupilos como los que no lo eran, les habia hecho trabajar varias composiciones, y en aquel dia se habian de repartir los premios á los mas sobresalientes, consistiendo aquellos en ciertos libros que el preceptor á costa suya habia ido á comprar á Segovia. De repente, pues, se dejaron ver en el teatro dos bancos largos de escuela, y un armario ó estante lleno de libros pequeños encuadrados con aseó. Entonces todos los actores se presentaron en la escena, y formaron un semicírculo delante del señor Tomás, el cual se dejaba ver con tanta gravedad y autoridad como pudiera un prefecto de colegio. Tenia en la mano la lista de los nombres de los que debian ser premiados. Entregósele al rey de Marruecos, quien se puso á leerla en alta voz, llamando uno por uno á los nombrados para recibir el premio. Cada cual iba con respeto á recibir un libro de la mano del pedante, inclinándose profundamente al ir y al volver cuando pasaban delante del monarca Marroqui. Juntamente con el libro se les coronaba á todos con una guirnalda de laurel, y despues se iban sentado en uno de los dos bancos para que fuesen vistos, aplaudidos y admirados de todos; pero particularmente de sus madres amigos y parientes. Por mas cuidado que puso el preceptor en que todos quedasen contentos, no lo pudo conseguir, porque observándose que la mayor parte de los premios habian tocado á los pupilos, como regularmente se acostumbra, las madres de los otros discípulos lo llevaron muy á mal, se alborotaron, y acusaron al maestro de parcialidad; y tanto, que una fiesta tan gloriosa y tan alegre hasta aquel punto, faltó poco para que se acabase tan desgraciadamente como el banquete de los Lapitas.

LIBRO III.

CAPITULO I.

Llegada de Gil Blas á Madrid, y primer amo á quien sirvió allí.

Detúveme algunos dias en casa del barbero, y juntéme despues con un mercader de Segovia que pasó por Olmedo. Habia ido á Valladolid con cuatro mulas cargadas de varios géneros, y se volvia á su casa con todas ellas de vacío. Hizome montar en una, y tomamos tanta amistad en el camino, que cuando llegamos á Segovia se

empeñó en que me hospedase en su casa. Dos dias descansé en ella, y cuando me vió resuelto á marchar á Madrid con el arriero, me dió una carta, encargándome mucho que la entregase yo mismo en mano propia, sin decirme que era una carta de recomendacion. Hicelo así, poniéndola yo mismo en manos del señor Mateo Melendez, mercader de paños, que vivia en la Puerta del Sol, esquina de la callejuela del Cofre. Apenas abrió el pliego, y leyó su contenido, cuando me dijo con un modo muy agradable: señor Gil Blas, mi corresponsal Pedro Palacios me recomienda la persona de vmd. con tan vivas espresiones que no puedo dejar de ofrecerle un cuarto en mi casa. Ademas de esto me suplica le busque una buena conveniencia, cosa de que me encargo con gusto,



Aquel monarca, cansado de sus mugeres, pegó el mismo por su mano fuego su palacio.—Pag. 47.

y con esperanza de que no me será muy difícil colocar á vmd. ventajosamente.

Acepté la generosa oferta de Melendez con tanto mayor gusto cuanto veia que mi dinero se iba por instantes acabando; pero no le fui gravoso largo tiempo. Pasados ocho dias me dijo acababa de proponerme á un caballero amigo suyo que necesitaba de un ayuda de cámara, y que, segun todas las señas, no se me escaparía esta conveniencia. Con efecto, habiéndose dejado ver el tal caballero en aquel mismo momento: señor, (le dijo Melendez, mostrándome á él) este es el mozo de quien hablamos poco ha, de cuyo proceder me constituyo por fiador, como pudiera del mio mismo. Miróme atentamente el caballero, y respondió que le gustaba mi fisonomía, y que desde luego me recibia en su servicio. Sigame, añadió, que yo le instruiré en lo que deberá hacer. Diciendo esto se despidió del mercader, y me llevó consigo á la calle Mayor, frente por frente de San Felipe el Real. Entramos en una casa muy buena, donde él ocupaba un

cuarto: subimos unos cinco ó seis escalones, y me introdujo en un aposento cerrado con dos buenas puertas, en la primera de las cuales habia un rejilla de hierro para ver á los que llamaban. Pasamos despues á otra pieza donde tenia su cama con otros varios muebles mas aseados que preciosos.

Si mi nuevo amo me habia mirado bien en casa de Melendez, tambien yo le examiné á él despues con particular atencion. Era un hombre de unos cincuenta años, de aspecto frio y serio. Parecióme de buena indole, y no formé mal concepto de él. Hizome muchas preguntas acerca de mi familia, y satisfecho de mis respuestas: Gil Blas, (me dijo) yo contemplo que eres un mozo de gran juicio, y me alegro mucho de que me sirvas; y por tu parte espero estarás contento con tu acomodo. Te daré seis reales al dia para que comas y te vistas, sin perjuicio de algunos provechos que podrás tener conmigo: yo no soy hombre que dé mucha molestia á los criados; nunca como en casa, sino siempre con mis amigos. Por la mañana no tienes que hacer mas que limpiarme bien los vestidos; lo restante del dia te queda libre, y puedes hacer lo que quieras: basta que por la noche te retires á casa temprano, y me esperes á la puerta de mi cuarto: esto es todo lo que exijo de ti. Despues de haberme dado esta instruccion sacó seis reales del bolsillo, y me los entregó para empezar á cumplir nuestro ajuste. Salimos los dos juntos, cerró él mismo las puertas, llevóse consigo la llave, y me dijo: no tienes que seguirme, y puedes irte á donde te diere la gana; pero cuidado que te encuentre en la escalera cuando vuelva á casa por la noche. Diciendo esto se marchó, y me dejó que dispusiese de mí como mejor se me antojase.

Vamos claros, Gil Blas, me dije entonces á mí mismo, que no te era posible encontrar amo mejor. Tú sirves á un hombre que por limpiar sus vestidos, hacerle la cama y barrer su cuarto por la mañana te da seis reales cada dia, y libertad de hacer despues lo que quisieres, ni mas ni menos que un estudiante en tiempo de vacaciones. A fé que no será fácil hallar otra conveniencia igual. Ya no me admiro del hipo que tenia por venir á Madrid; sin duda era presagio de la fortuna que me esperaba. Pasé todo el dia en andar de calle en calle, viendo muchas cosas que me cogian de nuevo, y que no me daban poca ocupacion. Por la noche cené en una hosteria, poco distante de nuestra casa, y prontamente me retiré al sitio donde el amo me habia mandado le esperase. Llegó tres cuartos de hora despues, y se mostró contento de mi puntualidad. Muy bien, me dijo, eso me gusta; yo quiero criados que sean exactos en hacer lo que les mando. Dicho esto, abrió las puertas del cuarto, cerrólas, y como nos hallábamos á oscuras, echó yescas y encendió una luz. Ayudéle despues á desnudar, y luego que se metió en la cama encendi por su mandado una lamparilla que habia en la chimenea, cogí la vela, y llevéla á la antesala, donde me acosté en un catre. Al dia siguiente se levantó entre nueve y diez de la mañana; acepillé sus vestidos, dióme mis seis reales, y despidióme hasta la noche. Salió fuera de casa, sin descuidarse de cerrar bien las dos puertas, y étele aquí que uno y otro nos separamos para el resto del dia.

Tal era nuestra vida, que á mí me parecia muy dulce y acomodada. Lo mas gracioso de todo era que yo no sabia aun cómo se llamaba mi amo, y Melendez lo ignoraba tambien. Solo conocia al tal caballero por uno de tantos como concurrían á su lonja á comprar géneros; y los vecinos tampoco pudieron satisfacer mi curiosidad. Aseguráronme todos que no sabian qué c ase de hombre era mi amo, aunque hacia dos años que vivia en aquel barrio. Dijérome que no trataba con ninguno de los vecinos; y algunos, acostumbrados á juzgar temerariamente mal de todo, inferian de aquí que era un hombre de quien no se podia formar juicio alguno bueno. Con el tiempo se adelantó mas; sospechóse fuese una espía del rey de Portugal; y me aconsejaron caritativamente que

tomase mis medidas acerca del particular. El aviso me puso en sumo cuidado, porque desde luego formé juicio de que si era verdad lo que se decía, corría yo gran peligro de visitar los calabozos de Madrid. Mi inocencia no me podía asegurar, y mis pasadas desgracias me obligaban á temer la justicia. Había experimentado ya dos veces que si no quita la vida á los inocentes, á lo menos guarda tan mal con ellos las leyes de la hospitalidad, que siempre es una desgracia hospedarse en su casa, aunque sea por poco tiempo.

Consulté con Melendez lo que debía hacer en tan críticas y delicadas circunstancias; pero no supo qué consejo darme. No podía creer que mi amo fuese espía, mas tampoco tenía razón fuerte y positiva para negarlo. Tomé, pues, el partido medio de observar bien todos sus pasos, y si descubría que verdaderamente era un enemigo del Estado, abandonarle enteramente; pero al mismo tiempo me pareció que la prudencia, y lo bien hallado que estaba con él, pedían que caminase con el mayor tiento y circunspección en poner por obra lo que había determinado, sin asegurarme antes de la verdad. Comencé, pues, á examinar todas sus acciones y movimientos, y para sondearlos mejor: señor, le dije una noche mientras le estaba desnudando; no sabe un hombre cómo ha de vivir para librarse de malas lenguas. El mundo está perdido, y nosotros tenemos unos vecinos que no valen un demonio. ¡Malditas bestias! No creará su merced como hablan de nosotros. Y bien, Gil Blas, me respondió, ¿qué es lo que pueden decir? ¡Ah señor! repliqué, á la murmuración nunca le falta asunto. Encuéntralos ó los sueña hasta en la misma virtud. ¿No es bueno que nuestros vecinos tienen aliento para decir que nosotros somos gente peligrosa, y que la corte debe vigilar nuestra conducta? En una palabra, dicen que su merced es espía del rey de Portugal. Entonces alcé los ojos y le miré con cuidado, como Alejandro á su médico, para notar el efecto que producía lo que acababa de decirle. Parecióme que se turbaba algun tanto, lo cual confirmaba poderosamente las conjeturas de la vecindad: noté que poco despues se quedó pensativo y cabizbajo, y esto tampoco lo interpreté muy favorablemente. Así estuvo por un breve rato; pero luego, como quien vuelve en sí, me dijo en un tono y con rostro muy tranquilo: Gil Blas, dejemos á los vecinos que digan lo que quisieren: nuestra quietud no ha de depender de sus malignas espresiones. No hagamos caso de lo que dicen los hombres, mientras no demos motivo á lo que digan.

Acostóse despues con mucho sosiego, y yo hice lo mismo, sin saber qué pensar. Al dia siguiente, cuando íbamos á salir de casa, oímos llamar recio á la puerta de la escalera. Acudió con prontitud el amo, y mirando por la rejilla, vió á un hombre bien vestido, que le dijo: señor caballero, yo soy alguacil, y vengo de parte del señor corregidor á decir á vmd. que su señoria desea hablarle dos palabras. ¿Qué me quiere el señor corregidor? respondió mi amo. Eso es lo que no sé, replicó el alguacil; pero vaya vmd. á su casa, y prestó lo sabrá. Yo le beso las manos al señor corregidor, repuso su merced; yo no tengo nada que ver con su señoria. Diciendo estas palabras cerró enladrado la segunda puerta, y comenzándose á pasear por el cuarto en ademan de un hombre, segun lo que á mi me parecia, á quien había dado mucho que discurrir el recado del alguacil, me puso en la mano mis seis reales, y me dijo: amigo Gil Blas, tú puedes irte á pasear á donde quieras, que yo no pienso salir de casa tan pronto, y en toda la mañana no te he menester. Persuadime, al oír esto, que tenía miedo de que le prendiesen, y que por eso no quería salir. Déjale, pues; y para ver si me engañaba en mi sospecha me escondi en parage desde donde podía observar si salía ó no. Hubiera tenido paciencia para mantenerme allí toda la mañana, si él mismo no me hubiese aliviado de este trabajo; pues al cabo de una hora le vi salir, y presentarse en la calle con un desembarazo y un aire de confianza, que dejó confundida mi penetración. Sin embar-

go, no me deslumbraron estas apariencias; antes bien me hicieron entrar en mayor desconfianza. Parecióme que todo aquello podía muy bien ser con estudio, y aun casi llegué á creer que se había detenido en casa aquel tiempo para recoger sus joyas y dinero, y que probablemente iba á ponerse en salvo huyendo. Perdi la esperanza de verle mas, y aun estuve perplejo en si iría aquella noche á esperarle en la puerta de la escalera. tan persuadido estaba de que saldría aquel dia de Madrid para librarse del peligro que le amenazaba. Sin embargo, no dejé de ir á esperarle, y quedé admirado de verle volver como acostumbraba. Acostóse sin la menor muestra de cuidado ni inquietud; y por la mañana se levantó y vistió con la mayor serenidad.



Como nos hallábamos á oscuras, echó yescas y encendió una luz.—Pág. 48.

No bien acabó de vestirse cuando llamaron de repente á la puerta. Fué él mismo á mirar por la rejilla quién llamaba. Vió que era el alguacil del dia anterior; preguntóle qué se le ofrecía, y el alguacil respondió que abriese al señor corregidor. Al oír este nombre temible se me heló toda la sangre. Había ya cobrado un endiablado miedo y mas que pánico terror á toda esta casta de pájaros, desde que tuve la desgracia de caer en sus manos, y en aquel momento hubiera querido hallarme cien leguas distante de Madrid; pero mi amo, que no era tan espantadizo ni tan medroso como yo, abrió la puerta con sosiego, y recibió al señor corregidor con respeto. Ya ve vmd, dijo á mi amo, que no vengo á su casa con grande acompañamiento, porque nunca he gustado de hacer las cosas con estruendo. Sin hacer caso de los rumores poco favorables á vmd. que corren por el pueblo, me ha parecido que su persona era acreedora á que se la tratase con miramiento. Sírvase vmd. decir cómo se llama, quién es, y qué hace en Madrid. Señor, le respondió mi amo, mi nombre es don Bernardo de Castelblan-

co, familia conocida en Castilla la Nueva. Mi ocupacion en Madrid se reduce á pasearme, frecuentar los teatros, y divertirme con algunos pocos amigos, gente toda muy honrada, y de honesta y grata conversacion. Sin duda, dijo el juez, tendrá vmd. una gran renta. No señor, repuso mi amo, no tengo rentas, ni tierras, y ni aun casa. Pues ¿de qué vive vmd.? le replicó el corregidor. De lo que voy á enseñar á V. S., respondió don Bernardo; y al mismo tiempo alzó un tapiz, y abrió una puerta que estaba tras de él, sin que yo la hubiese observado, y luego otra que estaba despues de aquella, é hizo entrar al juez en un cuartito, donde habia un gran cofre todo lleno de oro, que quiso viese con sus mismos ojos. Ya sabe V. S., le dijo entonces, que nosotros los españoles somos por lo general poco amigos del trabajo; mas por grande que sea la aversion con que otros le miran, puedo asegurar que ninguna se iguala con la mia. Soy naturalmente tan perezoso y holgazan, que no valgo para ningun empleo ni ocupacion. Si quisiera canonizar mis vicios dándoles el nombre de virtudes, diria que mi pereza era una indolencia filosófica, un rasgo del entendimiento desengañado de lo que el mundo solicita y busca con tanto ardor; pero debo de confesar de buena fé, que soy haragan y perezoso de nacimiento, tanto que si me viera precisado á trabajar para comer, creo me dejaria morir de hambre. En este supuesto, á fin de pasar una vida que se acomodase con mi humor, por no tener la molestia de cuidar de mi hacienda, y mucho mas por no haber de lidiar con administradores ni mayordomos, converti en dinero contante todo mi patrimonio, que consistia en muchas posesiones considerables. Cincuenta mil ducados en oro hay en este cofre, lo que basta y aun sobra para lo que puedo vivir, aunque pase de un siglo, pues no llegan á mil los que gasto cada año, y cuento ya diez lustros de edad. No me da cuidado de lo venidero, porque, gracias al cielo, no adolezco de alguno de aquellos tres vicios que comunmente arruinan á los hombres. Soy poco inclinado á comilonas y meriendas: juego poco y por mera diversion; y estoy desengañado de las mugeres. No temo que en mi vejez me cuenten en el número de aquellos viejos lascivos, á quienes las mozelas venden sus mentidos é interesados favores á precio de oro.

¡Oh, y qué dichoso es vmd.! exclamó el corregidor. Tenianle contra toda razon por un espia, personage que de ningun modo podia convenir á un hombre de su carácter. Prosiga vmd., don Bernardo, en vivir como ha vivido hasta aqui. Tan lejos estaré de turbar sus dias tranquilos y serenos, que desde luego los envidio y me declaro por su defensor. Pidole á vmd. su amistad, y yo le ofrezco la mia. ¡Ah, señor! exclamó mi amo penetrado de tan atentas como apreciables palabras, admito el precioso don que V. S. me ofrece. Su amistad es complemento de mi felicidad. Despues de esta conversacion que el alguacil y yo oimos desde afuera, el corregidor se despidió de mi amo, que no hallaba espresiones con qué manifestarle su agradecimiento. Yo de mi parte, por imitar á mi amo, y ayudarle á hacer los honores de la casa, harté al alguacil de profundas cortesias, aunque en el corazon le miraba con aquel tedio con que todo hombre de bien mira á un corchete.

CAPITULO II.

De la admiracion que causó á Gil Blas el encuentro con el capitán Rolando, y de las cosas curiosas que le contó aquel bandolero.

Luego que don Bernardo de Castelblanco hubo despedido al corregidor acompañándole hasta la calle, volvió prontamente á cerrar el cofre, y todas las puertas que le resguardaban. Hecha esta diligencia salió de casa muy placentero por haberse granjeado tan importante amistad, y yo no menos alegre por ver asegurados ya mis seis reales. La gana que tenia de contar esta aven-

tura á Melendez, me obligó á encaminarme á su casa; pero al estar ya cerca de ella me encontré con el capitán Rolando. No puedo explicar lo sorprendido que me quedé con este encuentro, ni pude menos de estremecerme y temblar á su vista. El tambien me conoció, llegóse á mi gravemente, y conservando todavía su aire de superioridad, me mandó le siguiese. Obedecile temblando, y en el camino iba diciendo entre mí mismo: ¡pobre de mí! ahora querrá que le pague todo lo que le debo. ¿A dónde me llevará? puede que tenga en esta villa alguna cueva oscura. ¡Diablo! si tal creyera, en este mismo momento le haria ver que no tengo gota en los pies. Con estos pensamientos iba andando tras de él, muy atento á observar el sitio donde pararia, con intento de huir de él á carrera tendida por poco sospechoso que me pareciese.

Presto me sacó Rolando de este cuidado y desvaneció todo mi temor. Entróse en una famosa taberna; seguile: mandó traer del mejor vino, y dispuso se hiciese comida para los dos. Mientras tanto nos metimos en un cuarto, y así que el capitán se vió solo conmigo, me habló de esta suerte: sin duda, Gil Blas, que estarás muy admirado de verte aqui con tu antiguo comandante; pero mas te admirarás cuando hayas oido lo que te voy á contar. El dia que te dejé en la cueva, y marché con mis compañeros á Mansilla á vender las mulas y caballos que habíamos robado la noche anterior, encontramos al hijo del corregidor de Leon, acompañado de cuatro hombres á caballo, todos bien armados, que seguian su coche. Acometimoslos: dimos muerte á dos de ellos, y los otros dos huyeron. Temiendo el buen cochero hiciésemos lo mismo con su amo, nos suplicó con lágrimas que por amor de Dios no quitásemos la vida al hijo único del señor corregidor de Leon. Estas palabras, en vez de enternecer á mis compañeros, les enardecieron mas. Señores, dijo uno, no dejemos escapar al hijo del enemigo mas mortal de los de nuestra profesion, ¿A cuántos de estos no ha hecho ajusticiar su padre? Venguémoslos, y sacrifiquemos esta victima á sus cenizas. Todos los demas aplaudieron tan inhumano consejo; y hasta mi teniente iba ya á ser el gran sacerdote de aquel sangriento sacrificio, si yo no le hubiera detenido el brazo. Aguarda, le dije, ¿á qué fin derramar sangre sin necesidad? Contentémonos con el bolsillo de este pobre mozo, y pues no hace resistencia, seria una barbaridad matarle; fuera de que él no es responsable de las acciones de su padre, ni aun el padre en condenarnos á muerte hace mas que cumplir con la obligacion de su oficio, así como nosotros cumplimos con la del nuestro en robar á los caminantes.

Intercedi, pues, por el hijo del corregidor, y no le fué inútil mi intercesion. Solo le cogimos todo el dinero que llevaba, y juntamente nos apoderamos de los caballos de los dos hombres que habian muerto en la refriega, y vendimoslos en Mansilla con los demas que conduciamos. Volvimos despues á nuestro soterráneo, á donde llegamos el dia siguiente poco antes de amanecer. No quedamos poco atónitos de ver levantada la trampa y mucho mas de encontrar á Leonarda amarrada fuertemente en la cocina. Contónos en dos palabras todo lo acaecido, y nos admiramos mucho de que hubieses podido engañarnos; nunca te hubiéramos creído capaz de jugarnos semejante petardo, y te perdonamos el chasco en gracia de la invencion. Luego que desatamos á la cocinera, le di órden de que nos compusiese bien de comer. Entre tanto fuimos á la caballeriza á cuidar de los caballos, y encontramos casi espirando al viejo negro, que en veinte y cuatro horas no habia probado bocado, ni visto persona alguna que le socorriese. Deseábamos darle algun alivio; pero habia perdido ya del todo el conocimiento, y nos pareció un caso tan desesperado el suyo, que á pesar de nuestra buena voluntad, desamparamos á aquel miserable que estaba entre la vida y la muerte. No por eso dejamos de sentarnos á la mesa; y despues de haber almorzado grandemente nos retiramos

á nuestros cuartos, donde estuvimos durmiendo ó descansando todo el día. Cuando despertamos nos dijo Leonarda que ya había muerto Domingo. Llevamos el cadáver á la covacha donde te acordarás que dormías, y allí le hicimos el funeral, como si hubiera tenido el honor de ser uno de nuestros compañeros.

Al cabo de cinco ó seis días sucedió que habiendo hecho una salida encontramos muy de mañana á la entrada del bosque tres cuadrillas de la Santa Hermandad, que al parecer nos estaban esperando para dar sobre nosotros. Al pronto no descubrimos mas que una. No la temimos; y aunque superior en número á nuestra tropa la atacamos; pero al mismo tiempo que estábamos peleando con ella, las otras dos, que habían hallado modo de mantenerse emboscadas, se echaron de repente sobre nosotros y nos rodearon de manera, que nada nos sirvió nuestro valor. Fué nos necesario ceder al número de los enemigos. Nuestro teniente y dos de nuestros camaradas murieron en la función. Los otros dos y yo, cercados por todas partes nos vimos precisados á rendirnos; y mientras las dos cuadrillas nos llevaban presos á Leon la tercera fué á cegar y destruir la cueva, que fué descubierta del modo siguiente: atravesando el bosque un labrador del lugar de Luyego volviendo á su casa, vió por casualidad alzada la trampa de la cueva que dejaste abierta el mismo día que te escapaste con la señora, y sospechó que aquella era nuestra habitación, y no teniendo valor para entrar en ella, se contentó con observar bien sus contornos; y para acertar mejor con el sitio desconcertó ligeramente algunos árboles vecinos, y otros mas de trecho en trecho, hasta estar fuera del bosque. Pasó despues á Leon, dió parte de aquel descubrimiento al corregidor, cuyo gozo fué mucho mayor, por cuanto estaba informado de que su hijo había sido robado por nuestra compañía. El corregidor hizo juntar las tres cuadrillas para prendernos, y les dió por guía al labrador que había descubierto el soterráneo.

Mi llegada á la ciudad de Leon fué un grande espectáculo para todos sus vecinos. Aunque yo hubiera sido un general portugués hecho prisionero de guerra, no habría sido mayor la curiosidad con que todos corrian y se atropellaban por verme. Aquel es (decían) aquel es el capitán, y el terror de toda esta tierra: merecía ser ateneado y no menos sus dos compañeros. Presentáronnos al corregidor, que desde luego comenzó á insultarme. Ya lo ves, malvado, me dijo; el cielo cansado de tus delitos te ha entregado á mi justicia. Señor, le respondí, es cierto que he cometido muchos; pero á lo menos no tengo que acusarme del de haber quitado la vida al hijo de V. S. Si vive, á mi me lo debe; y me parece que este servicio es acreedor á algun reconocimiento. ¡Ah infame! replicó; sin duda que estaria bien empleado un proceder generoso con hombres de tu carácter. Y aun cuando yo te quisiera perdonar, ¿me lo permitiría por ventura la obligacion de mi empleo? Dicho esto nos mandó meter en un calabozo, donde no dejó podrir á mis compañeros. Salieron de él al cabo de tres días para representar un papel un poco trágico en la plaza Mayor. Por lo que toca á mi, estuve tres semanas enteras en la cárcel. Tuve por cierto que se dilatava mi suplicio para que fuese mas terrible; y en fin, cada día estaba esperando un nuevo género de muerte, cuando al cabo mandó el corregidor que me llevasen á su presencia, y estando en ella me dijo: oye tu sentencia. Quedas libre. Si no fuera por tí, mi hijo hubiera sido asesinado en medio de un camino. Como padre deseaba agradecerte este gran beneficio; pero no pudiendo absolvete como juez, escribí á la corte en tu favor. Pedí al rey el perdón de tus delitos, y le conseguí. Vete á donde quieras; pero créeme (añadió) aprovéchate de tan feliz como no esperado suceso. Vuelve en tí, y abandona para siempre esa desastrada vida.

Atravesado el corazón con estas últimas palabras, tomé el camino de Madrid, con propósito de vivir con sosiego en esta villa. Encontré ya muertos á mis padres, y su herencia en manos de un viejo pariente nuestro, que

me dió aquella cuenta fiel que acostumbran los tutores. Solo pude lograr tres mil ducados, que acaso no componian la cuarta parte de lo que debía heredar. Pero, ¿qué había de hacer? Nada adelantaria con ponerle pleito, sino tener de menos todo lo que gastase en él. Por huir la ociosidad compré una vara de alguacil; y segun cumplo con mi empleo, parece que no he tenido otro en toda mi vida. Mis nuevos compañeros por decoro se habrían opuesto á mi admision si hubieran sabido mi historia; pero por fortuna mia la ignoraban, ó (lo que viene á ser lo mismo) afectaron ignorarla, porque en este honrado cuerpo todos tienen interés en que no se sepan sus hechos, sus virtudes y milagros. Por la misericordia de Dios ninguno tiene nada que echar en cara á los demas; lleve el diablo al mejor. Con todo eso, amigo mio, continuó Rolando, yo quiero descubrirte mi corazón. No me gusta el oficio que he tomado. Pide una conducta demasadamente delicada y misteriosa, que solo dá lugar á sutilezas y raposcrias. ¡Oh, y cuánto echo de menos mi antigua y noble profesion! Confieso que es mas segura la nueva, pero es mas gustosa y divertida la otra, y yo soy amante de la alegría y de la libertad. Voy viendo que tengo traza de exonerarme de este empleo, y desaparecer el día menos pensado para retirarme á las montañas que están en el nacimiento de! Tajo. Sé que hay allí cierta madriguera, habitada por una valerosa tropa llena de catalanes determinados, cuyo nombre solo es su mayor elogio. Si me quieres seguir, iremos á aumentar el número de aquellos grandes hombres. Me brindan con el empleo de segundo capitán de tan ilustre compañía, y haré que te reciban en ella, asegurándoles que diez veces te he visto combatir á mi lado, y ensalzaré hasta las nubes tu valor. Hablaré mejor de tí que un general de un oficial cuando le quiere adelantar; pero me guardaré bien de tomar en boca la pieza que nos jugaste, porque esto te haria sospechoso, y así no diré palabra de la aventura consabida. Ahora bien, añadió, ¿estás pronto á seguirme? Espero tu respuesta.

Cada uno tiene sus inclinaciones, respondí á Rolando; vmd. es inclinado á las empresas árdas y peligrosas, y yo á una vida tranquila y sosegada. Ya te entiendo, me interrumpió; aquella señora, cuyo amor te hizo hacer lo que emprendiste, la tienes todavia muy dentro del corazón; y sin duda que en su amable compañía gozas aquella vida cómoda y gustosa á que te llama tu inclinacion. Confiesa con sinceridad que despues de haberle restituido sus muebles, estais comiendo juntos los doblones que recogisteis y robásteis de la cueva. Respondele que estaba muy equivocado, y para desengañarle, en pocas palabras le conté toda la historia de la señora, con todo lo demas que me había sucedido desde que me escapé de su compañía. Al fin de la comida me volvió á hablar de los señores catalanes, y me confesó que estaba resuelto á ir á juntarse con ellos, volviéndome á dar otro tiento para persuadirme á que abrazase aquel partido. Pero viendo que no lo podia conseguir, me miró con un aire fiero, y me dijo con cierta seriedad feroz: ya que tienes un corazón tan vil y bajo que prefieres tu servil condicion al honor de entrar en la compañía de unos hombres valerosos, te abandono á la villanía de tus ruines inclinaciones: mas escucha bien las palabras que voy á decirte, y grábalas profundamente en tu memoria. Olvida enteramente que me volviste á encontrar hoy, y jamás me tomes en boca con persona viviente de este mundo; porque si llego á saber que alguna vez has hablado de mi... Ya me conoces, y no te digo mas. Al decir esto llamó al tabernero, pagó la comida, y nos levantamos de la mesa para ir cada cual por su camino.

CAPITULO III.

Deja Gil Blas á don Bernardo de Castelblanco, y entra á servir á un elegante.

Salimos de la taberna, y cuando nos estábamos des-

pidiendo uno y otro, pasaba mi amo por la calle. Vióme, y observé que mas de una vez se volvió á mirar con cuidado al capitán. Parecióme que le habia sorprendido el verme en compañía de semejante sugeto. A la verdad, la traza de Rolando no escitaba ideas muy favorables de sus costumbres. Era un hombre muy alto, carilargo, de nariz aguileña; y aunque no de desgraciada figura, tenia no sé qué trazas de un grandísimo bribón.

No me engañé en mi sospecha. Cuando don Bernardo se retiró á casa por la noche, le hallé muy prevenido contra lo catadura del capitán y propenso á creer todas las proezas que yo le pudiera contar de él, si me hubiera atrevido á referirselas. Gil Blas, me dijo, ¿quién era aquel



Anda, hijo mio, vete en paz, y date por despedido.

pajarraco con quien te vi poco hace? Respondile que era un alguacil, y me imaginé que quedaria satisfecho con esta respuesta; pero me hizo otras muchas preguntas, y como me viese perplejo en las respuestas, porque me acordaba de las amenazas de Rolando, cortó de repente la conversacion, y metióse en la cama. La mañana siguiente, luego que acabé de hacer las haciendas ordinarias, me entregó seis ducados en lugar de seis reales, y me dijo: toma, amigo, estos ducados por lo que me has servido hasta aqui, y vete á servir á otra casa, que yo no me puedo acomodar con un criado que cultiva tan honradas amistades. De pronto no me ocurrió otra cosa que decirle sino que habia conocido en Valladolid á aquel alguacil, con motivo de haberle asistido en cierta enfermedad cuando ejercia yo la medicina. ¡Bellamente! No se puede negar que es ingeniosa la salida; mas ¿por qué no respondiste anoche lo mismo en vez de turbarte? Señor (le dije), no me atreví á decirlo por prudencia, y esta es la verdad. Ciertamente, me replicó, dándome cariñosas palmaditas en el hombro, que eso es ser prudente hasta lo sumo, y en verdad que yo no te tenia por

tanto. Anda, hijo mio, vete en paz, y date por despedido.

Partime inmediatamente, y fuime en derechura á dar esta mala noticia á mi protector Melendez, el cual me dijo por consolarme que pensaba hacer diligencias para acomodarme en otra casa mejor. Con efecto, pocos dias despues me dijo: amigo Gil Blas, muy lejos estarás tú de pensar en la fortuna que ahora voy á anunciarte. Tendrás el mejor puesto del mundo. Sábeta que te he acomodado con don Matias de Silva. Es un sugeto de la primera distincion, y uno de aquellos señoritos mozos que se llaman *elegantes*. Tengo la honra de ser su mercader. Acude á mi tienda por todo cuanto se le ofrece: es verdad que todo va al fiado; pero nada se va á perder nunca con estos señores. Comunmente se casan con herederas ricas, que pagan todas sus deudas: y cuando esto no, se les cargan los géneros á tan subido precio, que aunque no se cobre mas que la cuarta parte de las partidas, siempre queda ganancioso el mercader que sabe su oficio. El mayordomo de don Matias es amigo mio: vamos á buscarle, que él es quien te ha de presentar á su amo, y puedes estar seguro de que por respeto mio hará de ti particular estimacion.

Mientras ibamos caminando á casa de don Matias, me dijo el mercader: pareceme muy conveniente que estés informado del carácter del mayordomo. Llámase Gregorio Rodriguez, y aqui para entre los dos, es un hombre nacido del polvo de la tierra, y sintiéndose con talento para el manejo económico, siguió su inclinacion, y se ha enriquecido arruinando dos casas cuyas rentas manejó. Te prevengo que es hombre muy vano, y gusta mucho de que los demas criados se le humillen. A él han de acudir todos los que pretenden alguna gracia del amo. Si alguno consigue algo sin su participacion, siempre tiene prontos mil artificios para hacer que se revoque la gracia ó que le sea enteramente inútil. Ten esto presente para tu gobierno. Haz tú corte al señor Rodriguez, aun mas que á tu mismo amo, y no perdones diligencia alguna para conservarte siempre en su favor. Su amistad te será de gran provecho, te pagará puntualmente tu salario, y si logras merecer su confianza no se contentará con esto, porque tiene muchos arbitrios para dar en qué ganar. Don Matias es un mozo que solo piensa en divertirse, y nada cuida de los intereses de su casa. Mira ahora si puede haberla mejor para tal mayordomo.

Luego que llegamos á la casa preguntamos si podiamos hablar al señor Rodriguez. Respondiéronnos que sí, y que le encontraríamos en su cuarto. Efectivamente, le hallamos en él, y estaba con un labrador, que tenia en la mano un talego de terliz, lleno, á lo que parecia de dinero. El mayordomo, que me pareció mas pálido y amarillo que una doncella cansada de su estado, se levantó apresurado, y corrió con los brazos abiertos á recibir á Melendez. El mercader abrió tambien los suyos, y se abrazaron estrechisimamente, en cuyas demostraciones de amor habia por lo menos tanto artificio como verdad. Despues de esto se trató de mi Rodriguez, me examinó de pies á cabeza, y me dijo con mucha afabilidad que yo era el mismísimo que convenia á don Matias, y que él tomaba á su cargo presentarme á este señor. Le significó el mercader lo mucho que se interesaba por mi, y suplicó al mayordomo que me tomase bajo su proteccion, y dejándome con él se retiró, despidiéndose con muchos cumplimientos. Luego que salió, me dijo Rodriguez: yo te presentaré al amo despues que haya despachado á este pobre labrador. Acercóse al paisano, y tomándole el talego le dijo: veamos si están aqui los quinientos doblones. Contólos por su misma mano, y hallándolos justos, dió su recibo al labrador, y le despidió. Guardó luego los doblones en el talego, y vuelto á mi: ahora podemos ir, me dijo, á ver al amo, que se estará vistiendo, porque no se levanta hasta medio dia, y ya es cerca de la una.

Con efecto, acababa entonces de levantarse don Matias. Estaba en bata, repantigado en una silla poltrona,

con una pierna sobre un brazo de la silla, y era su ocupacion estar picando un cigarro. Hablaba con un lacayo que hacia oficio de ayuda de cámara interinamente. Señor (le dijo el mayordomo), aqui está este mocito, que tengo el gusto de presentar á V. S. para reemplazar al criado que se sirvió despedir antes de ayer. Su fiador es Melendez, el mercader de V. S.: asegura que es un mozo de mérito, y yo creo que V. S. estará contento con él, y se dará por bien servido. Basta que tú me le presentes, respondió su señoría, para que le reciba: yo le declaro desde luego mi ayuda de cámara, y queda evacuado este negocio. Rodriguez, hablemos de otra cosa, pues has venido cuando iba á mandar que te llamasen. Te voy á dar una mala nueva, mi amado Rodriguez: anoche estuve muy desgraciado en el juego; perdi cien doblones que llevaba en el bolsillo, y otros doscientos sobre mi palabra. Ya sabes lo necesario que es á personas de mi condicion pagar cuanto antes este género de deudas. Estas son propiamente las que el honor nos obliga á satisfacer con puntualidad: las otras basta que se paguen cuando se pueda. Es preciso, pues, que me busques en el dia doscientos doblones, y se los envíes á la condesa de Pedrosa. Señor (respondió el mayordomo), mas fácil es decirlo que ejecutarlo. ¿Dónde quiere V. S. que encuentre yo tanto dinero? No puedo cobrar un maravedí de sus arrendadores, por mas amenazas que les hago; me es indispensable mantener la casa y la familia con toda la decencia que conviene; me cuesta sudores de sangre el hallar modo para soportar tanto gasto. Es verdad que hasta aqui, por la misericordia de Dios, le he podido sobrellevar: pero no sé ya á qué santo encomendarme, y me veo reducido al último apuro. Quanto estás hablando es inútil, respondió don Matias, y todas estas noticias solo sirven de enfadarme. Rodriguez, no tienes que esperar que yo mude de conducta, ni que quiera tomar á mi cargo el gobierno de mi hacienda. ¡Por cierto que seria muy buena diversion para un hombre como yo! ¡Paciencia! replicó el mayordomo: en tal caso estoy persuadido de que presto se verá V. S. libre para siempre de ese cuidado. Ya me cansas, y me matas con tanta bachería, repuso enfadado el señorito. Déjame arruinar sin que me lo recuerdes. Es menester, te digo, que busques esos doscientos doblones; vuelvo á decir que es menester, y quiero precisamente que los busques y los halles. Pues segun eso, dijo Rodriguez, voy á ver si los quiere dar aquel buen viejo que otras veces ha prestado dinero á V. S., aunque á crecida usura. Vé, y recurre, aunque sea al mismo diablo, respondió don Matias: como yo tenga los doscientos doblones, todo lo demas no me importa un bledo.

No bien acababa de decir estas palabras colérico y enojado, cuando al irse el mayordomo, entró en su cuarto otro señorito mozo, llamado don Antonio Centelles. ¿Qué tienes, amigo? preguntó este á mi amo: parece que estás de mal humor; veo en tu semblante un cierto no sé qué, que me lo hace sospechar. Sin duda que te ha puesto así el bruto que acaba de salir de aqui. Es cierto, respondió don Matias: es mi mayordomo, y siempre que viene á mi cuarto me dá un mal rato: no sabe hablar sino de mis negocios, y repite mil veces que me como mis rentas, y me engullo el capital; ¡gran bestial como si fuera él quien lo perdiese. Amigo, respondió don Antonio, en el mismo caso me halló yo. Mi mayordomo no es mas mirado que el tuyo. Cuando el grandísimo ganapan en fuerza de mis repetidas órdenes me trae algun dinero, no parece sino que me dá lo que es suyo: me dice que me pierdo, y que todas mis rentas están embargadas. Véome precisado á tomar la palabra para cortar la conversacion. Pero lo peor de todo es, dijo don Matias, que no podemos vivir sin estas gentes, y que para nosotros es este un mal necesario. Convengo en eso, respondió Centelles... Pero aguarda un poco, prosiguió reventando de risa, que ahora, ahora me ocurre un pensamiento muy gracioso y nunca imaginado. Podemos hacer cómicas las escenas serias que cada dia representa-

mos con estos hombres, y que nos sirva de diversion lo mismo que nos apesadumbra. Hagámoslo de este modo. Yo pediré á tu mayordomo el dinero que hayas de menester, y tú pedirás al mio el que yo necesite. Dejémosles decir todo lo que quieran, y nosotros los oiremos con oídos de mercader. Al cabo del año tu mayordomo me presentará sus cuentas, y el mio te dará las tuyas. De esta manera yo solo oiré hablar de tus gastos: tú solo tendrás noticia de los míos; y verás cómo nos divertimos.

A esta ingeniosa invencion se siguieron mil chistosas agudezas, que alegraron á los dos señoritos, y uno y otro las llevaron adelante con mucho alborozo. Interrumpió Gregorio Rodriguez su alegre conversacion, entrando en la sala acompañado de un vejete tan calvo, que apenas



Los dos elegantes para divertirse, se lo enviaban reciprocamente el uno al otro como una pelota.—Pág. 54.

se le descubria un cabello. Quiso despedirse don Antonio, y dijo: adios, don Matias, que presto nos volveremos á ver. Quiero dejarte con estos señores, con quienes quizá tendrás que tratar negocios importantes. No, no, respondió mi amo: estate aqui, que tú en nada nos estorbas. Este buen viejo que ves, es un hombre muy de bien, que me presta dinero á un veinte por ciento. ¿Cómo á un veinte por ciento? replicó Centelles como admirado. A fé que has sido afortunado en caer en tan buenas manos; yo compro el dinero á peso de oro, porque ninguno me lo quiere prestar menos de treinta y tres por ciento. ¡Qué usura! exclamó entonces el usurerisimo viejo, ¿tienen alma esos bribones? ¿creen por ventura que no hay otro mundo? Ya no extraño que se declame tanto contra las personas que prestan á interés. El exorbitante precio á que venden sus empréstitos es lo que nos desacredita á todos, quitándonos la honra y la reputacion: yo al lo menos solo presto puramente por servir á los que se valen de mi, y si todos mis compañeros siguieran mi

ejemplo, no estaríamos tan desacreditados. ¡Ah! si los tiempos presentes fueran tan felices como los pasados tendría el mayor gusto en abrir mi bolsa y ofrecérsela á V. S. sin el mas mínimo interés, pues aun en medio de mi pobreza casi tengo escrúpulo de prestar mi dinero á un miserable veinte por ciento. ¡Mas oh Dios! parece que el dinero se ha vuelto á enterrar en las entrañas de la tierra: ya no se encuentra un ochavo, y su escasez me obliga á ensanchar un poco las estrechas reglas de mi moralidad.

¿Cuánto dinero ha menester V. S? (preguntó, volviéndose hácia mi amo). Doscientos doblones, respondió éste. Cuatrocientos traigo en un talego, dijo el usurero, contaré la mitad, y se la entregaré á V. S. Al mismo tiempo sacó de debajo de la capa un talego de terliz, que me pareció ser el mismo que aquel labrador acababa de dejar con quinientos doblones en el cuarto de Rodriguez. Luego me ocurrió lo que debía pensar de aquella maniobra, y vi por esperiencia la mucha razon con que Melendez me habia ponderado lo diestro que era el mayordomo en hacer su negocio. El viejo abrió el talego, vació los doblones sobre una mesa, y púsose á contarlos. La vista de toda aquella cantidad encendió la codicia de mi amo. Señor Dimas, dijo al usurero, ahora mismo me ocurre una reflexion, que me parece cuerda. Verdaderamente yo era un pobre mentecato cuando solo pedi á vmd. el dinero que precisamente habia menester para desempeñar mi honor y mi palabra; no acordándome de que me quedaba sin un ochavo para el gasto preciso de mi casa, y que mañana me veria precisado á recurrir á vmd. Tomaré, pues, esos cuatrocientos doblones sobre el mismo pie, para escusarle el trabajo de hacer otro viaje á mi casa. Señor, respondió el viejo, es cierto que tenia destinada una parte de este dinero para un buen licenciado, heredero de grandes posesiones que emplea cuanto tiene en retirar del mundo á muchas pobres jóvenes que peligraban en él, manteniéndolas despues en su retiro; mas una vez que V. S. necesita de esta cantidad, ahí la tiene toda á su disposicion. Basta que V. S. se digne señalar hipotecas suficientes y libres para asegurar el capital y los réditos. ¡Oh! por lo que toca á la seguridad (interrumpió Rodriguez sacando del bolsillo un papel) la tendrá vmd. aun mayor de la que pudiera desear, solo con que el señor don Matias se digne echar su firma en esta letra de cambio. En virtud de ella libra á vuestro favor quinientos doblones contra Talegon, arrendador de los estados de Mondejar. Me conformo, replicó el usurero, porque no soy hombre que me haga de rogar. Entonces el mayordomo presentó una pluma á mi amo, que sin leer la letra firmó su nombre talareando.

Concluido este negocio, se despidió el viejo de don Matias, y éste le dió un estrecho abrazo, diciéndole: hasta la vista, señor Dimas, soy todo de vmd. No sé cierto por qué son tenidos por bribones todos los de su oficio. Yo por mi juzgo que son unos entes muy necesarios al Estado; el consuelo de mil hijos de familia, y el recurso de todos los señores que gastan mas de lo que permiten sus rentas. Tienes razon, dijo entonces Centelles, los usureros son unos hombres de bien, que merecen ser muy estimados y honrados; y yo quiero abrazar tambien á éste, que se contenta con un veinte por ciento. Diciendo esto se acercó al viejo para abrazarle, y los dos elegantes para divertirse se lo enviaban recíprocamente uno al otro, como si fuera una pelota. Despues de haberle bien zarandeado, le dejaron ir con el mayordomo, que merecia mejor aquellos zarandeos y aun alguna cosa mas.

Luego que salió Rodriguez con el testafarro de sus maldades, envió don Matias á la condesa de Pedrosa la mitad de aquel dinero por mano de un lacayo que estaba conmigo en la antesala, y la otra mitad la metió en un bolsillo de seda y oro, que llevaba ordinariamente en la faltriquera. Contentísimo de verse con tanto dinero, dijo muy alegre á don Antonio: y bien ¿en qué hemos de pasar el dia de hoy? Pensémoslo un poco, y tengamos

entre los dos consejo privado. Que me place, respondió Centelles, que eso es ser hombre de juicio: conferenciamos pues. Cuando iban á tratar de lo que habian de hacer, entraron otros dos señoritos, poco mas ó menos de la misma edad de mi amo; esto es, de veinte y ocho á treinta años, uno de los cuales se llamaba don Alejo Seguíer, y el otro don Fernando de Gamboa. Luego que se vieron juntos los cuatro, comenzaron á darse tantos abrazos como si en diez años no se hubieran visto. Despues de esta ceremonia, don Fernando, que era de genio muy alegre, dirigiendo la palabra á don Matias y á don Antonio: y bien señores, les dijo: ¿dónde pensais comer hoy? Si no estais convidados os quiero llevar á mi casita de los cielos, donde beberéis un vinito de los dioses. Anoche cené en ella, y no sali hasta las cinco ó seis de la mañana. Ojalá hubiese yo tenido la misma prudencia, exclamó mi amo, pues así no hubiera perdido mi dinero.

Yo, dijo Centelles, quise tener anoche una nueva diversion, porque la variedad es madre del gusto. Llevóme un amigo á casa de uno de aquellos ricotes que hacen su negocio manejando los del Estado; un asentista. En el adorno de la casa se veia magnificencia y eleccion de muebles esquisitos; la mesa bien cubierta y servida; pero descubri en los amos de la casa cierta ridiculez, que me divirtió estremadamente. El dueño, aunque de nacimiento bajo y de educacion grosera, afectaba modales á lo grande. Su muger, aunque era fea de gana, creia ser una Venus, y ademas decia mil necedades, sazoadas con un acento vizcaino que les daba un gran realce. Fuera de eso, estaban sentados á la mesa cuatro ó cinco niños con su ayo. Considerad ahora cuánto me divertiria aquella cena casera.

Pues yo, señores, dijo don Alejo Seguíer, cené con una comedianta, con Arsenia. Eramos seis de mesa: Arsenia, Florimunda, una niña amiga suya, maja de profesion, el marqués de Zenete, don Juan de Moncada, y vuestro servidor. Pasamos la noche en beber y en decir galanterias. ¡Pero que noche! Es verdad que Arsenia y Florimunda no son de las mas discretas; pero ¿qué importa? su desembarazo suple la falta de talento. Son unas criaturas tan alegres, vivarachas y divertidas, que las prefiero á las mugeres juiciosas.

CAPITULO IV.

Hace amistad Gil Blas con los criados de los elegantes: secreto admirable que estos le enseñaron para lograr á poca costa la fama de un hombre agudo; y singular juramento que á instancia de ellos hizo en una cena

Prosiguieron aquellos señoritos charlando de esta manera, hasta que don Matias, á quien yo entretanto ayudaba á vestir, se halló en disposicion de poder salir de casa. Dijome entonces que le siguiese; y todos los cuatro elegantes tomaron juntos el camino de la casa á donde habia ofrecido llevarlos don Fernando de Gamboa. Comencé pues á marchar detrás de ellos, juntamente con los otros tres criados, porque cada uno de los caballeritos llevaba el suyo. Observé con admiracion que los tales criados procuraban remedar en todo á sus amos, imitando su aire y movimientos. Saludélos á todos, como un nuevo camarada suyo. Correspondiéronme de la misma manera, y uno de ellos, despues de haberme mirado atentamente por un breve rato, me dijo: hermano, conozco por toda tu traza que nunca has servido á ningun caballerito de esta especie. Es verdad, le respondi, porque ha muy poco tiempo que llegué á Madrid. Así me lo parece á mi tambien, replicó él; todavia hueles á lugar, porque te veo tímido, atado, y observo en tu modo de manejarte un no sé qué de aldeanismo, rusticidad y encogimiento. Pero no importa: yo te prometo sobre mi palabra que presto te desbastaremos y te puliremos. Esa es lisonja, le repliqué. Nada de eso, me respondió: está

cierto de que no hay hombre por tosco que sea á quien no sepamos acepillar y pulir.

No necesitó decirme mas para que yo conociese que tenia por compañeros unos lindos perillanes, y que no podia caer en mejores manos para llegar á ser un mozo de provecho. Cuando llegamos á la tal casa hallamos ya preparada la mesa, y dispuesta la comida que don Fernando habia tenido cuidado de encargar desde por la mañana. Sentáronse á la mesa nuestros amos, y nosotros nos dispusimos á servirles. Comenzaron á comer y á charlar con mucha alegría, y era para mí grandísima diversion el verlos y oirlos. Su carácter, sus pensamientos y sus espresiones me divertian completamente. ¡Qué viveza! ¡qué chistes! ¡qué agudezas! me parecian unos hombres de diferente especie. Cuando se sirvieron los postres les pusimos muchas botellas de los mejores vinos de España, y levantados los manteles nos retiramos los criados á otro cuarto, donde habia mesa para nosotros.

Tardé poco en conocer que los caballeros criados de mi cuadrilla eran hombres de mucho mayor mérito de lo que yo me habia imaginado. No se contentaban con imitar los modales de sus amos; afectaban hablar el mismo lenguaje, y los bellacos lo hacian tan á la perfeccion, que á reserva de un cierto airecillo de nobleza, que no sabian remedar, en todo lo demas parecian los mismos. Admirábame su desenvoltura y desembarazo; pero mucho mas me admiraba su propontitud y la agudeza de sus dichos, tanto que absolutamente desesperé de llegar nunca á parecerme á ellos. El criado de don Fernando, en vista de que su amo era el que regalaba á los nuestros, hacia los honores del banquete, y llamando al dueño de la casa, le dijo: patron, tráiganos acá diez botellas del vino mas generoso que tenga, y segun vmd. acostumbra, cárguelo en la partida del que bebieron nuestros amos. Con mucho gusto, respondió él; pero señor Gaspar, ya sabe vmd. que el señor don Fernando me está debiendo muchas comidas; si por medio de vmd. pudiera cobrar algun dinerillo..... Oh! respondió el criado, no paseis cuidado por lo que se os debe. Yo salgo por fiador de que las deudas de mi amo son como plata quebrada. Es verdad que algunos acreedores han hecho embargar nuestras rentas; pero mañana haremos que se levante el secuestro, y sereis pagado de todo el importe de la cuenta sin examinarla. Trájonos el vino, no embargante el secuestro, y bebimos poderosamente mientras llegaba el dia de que éste se alzase. Eran de ver los brindis que continuamente nos haciamos unos á otros, llamándonos reciprocamente por los nombres de nuestros amos, El criado de don Antonio llamaba *Gamboa* al de don Fernando, y el del don Fernando llamaba *Centelles* al de don Antonio, y á mí me llamaban *Silva*. Poco á poco nos fuimos todos emborrachando bajo estos nombres postizos, ni mas ni menos como lo habian hecho nuestros señores amos bajo los suyos propios.

Aunque en realidad no brillaba yo tanto como mis camaradas, sin embargo no dejaron de mostrarse bastante contentos conmigo. Amigo Silva, me dijo uno de los menos tartamudos, espero que haremos de tí algo bueno. Veo que tienes fondo é ingenio; pero no sabes aprovecharte de él. El miedo de hablar mal te acobarda: no te atreves á hacerlo por temor de decir algun despropósito; con todo eso, ¿cuántos pasan hoy en el mundo por hombres agudos é ingeniosos, solo porque se arriesgan á decir cuanto se les viene á la boca, aunque digan tal vez cien disparates? Calificaráse de una noble viveza de espíritu tu mismo atolondramiento. Aunque digas mil desatinos, como entre ellos te se escape algun dicho agudo, se olvidarán las otras necedades, y solo se tendrá presente y se celebrará la tal agudeza haciéndose concepto superior de tu singular mérito. Esto y no mas hacen nuestros amos, y esto y no mas debe hacer todo aquel que aspire á la reputacion de hombre de ingenio y chistoso.

Sobre que yo no aspiraba á otra cosa, el medio que me enseñaban para conseguirlo, me pareció tan fácil y practicable que juzgué no debia despreciarle. Comencé á probarle inmediatamente, y no ayudó poco el vino que habia bebido para que no me saliese mal aquella primera prueba. Quiero decir, que desde luego comencé á hablar á diestro y siniestro, y tuve la fortuna de mezclar entre mil estravagancias algunas agudezas, que me gran-gearon grandes aplausos. Lenóme de gran confianza este primer ensayo. Aumenté don tragos la charlataneria para que me ocurriese algun conceptillo; y quiso la casualidad que no se malograsen mis esfuerzos.

Ahora bien, me dijo el que me habia dado la importantísima leccion; ¿no conoces tú mismo que ya empiezas á civilizarte? Aun no ha dos horas que estás en nuestra compañía, y ya eres un hombre muy diferente del que eras: cada dia irás mejorando. Ya estás viendo y palpando qué cosa es esto de servir á caballeros y personas de distincion. Insensiblemente eleva y ennoblece el ánimo; efecto que no se experimenta sirviendo á gente baja, ni aun á la de mediana condicion. Sin duda, le respondí, y por tanto de hoy en adelante quiero consagrar mis servicios á la nobleza. ¡Brabo, brabo! exclamó el criado de don Fernando, que estaba ya alumbrado: no es dado á la gente baja el tener pensamientos altos, ni talentos superiores como nosotros. Ea, señores, añadió, alto todos, y hagamos juramento por la laguna Estigia de nunca servir á esa gentecilla de media braga. Reimomos mucho del pensamiento de Gaspar, celebrámosle, y con la botella en una mano y el vaso en otra, hicimos todos aquel bufonesco juramento.

Mantuvimos sentados á la mesa hasta que plugo á nuestros amos retirarse, que fué á media noche; lo que á mis camaradas pareció un exceso de sobriedad. Verdad es que si los tales señoritos salieron de allí tan temprano, fué por ir á ver á una elegante mala cabeza que vivia en el barrio de Palacio, y tenia su casa abierta dia y noche á toda la gente del bronce. Era una muger de treinta y cinco á cuarenta años, linda en extremo, todavia de singular atractivo, y tan diestra en el arte de agradar, que (segun decia) vendia mas caros los rebuscos de su belleza, que habia vendido las primicias. Vivian en la misma casa otras dos ó tres damas de la misma laya, que no contribuian poco al concurso de señores que en ella se veia. Ponianse á jugar despues de comer, cenaban allí, y pasaban la noche en beber y divertirse. Nuestros amos se detuvieron en la tal casa hasta el amanecer, y mientras ellos se divertian con las damas de buen humor, nosotros nos holgábamos con las criadas, que no eran menos joviales que sus amas. En fin, nos separamos todos luego que se mostró la aurora, y cada uno se retiró á descansar.

Mi amo se levantó á medio dia como acostumbraba. Vistióse, salió, seguile, y entramos en casa de don Antonio Centelles, donde encontramos á un tal don Alvaro de Acuña. Era un hombre ya entrado en años, y disoluto de profesion. Todos los mozuelos que querian ser elegantes, se ponian en sus manos, y acudian á su escuela. Formábalos á su gusto, enseñándoles á lucir en el gran mundo y á malgastar sus caudales. Don Antonio no necesitaba de esta leccion, porque ya se habia comido el suyo. Luego que se abrazaron los tres; dijo Centelles á mi amo: á fé, don Matias, que no podias haber llegado á mejor tiempo. Don Alvaro ha venido para llevarme á casa de un particular que ha convidado hoy á comer al marqués de Zenete y á don Juan de Moncada; y yo quiero que tú seas del convite. Pero ¿cómo se llama ese tal? preguntó don Matias. Se llama Gregorio Noriega, respondió don Alvaro; y en dos palabras te diré lo que es este mozo. Es hijo de un joyero rico que ha ido á negociar en pedrerías á los paises estrangeros, y al partir le ha dejado el goce de una gran renta. Gregorio es un pobre tonto, propenso á comer y á gastar todo su dinero haciendo el elegante, y que revienta por parecer hombre ingenioso y agudo, á pesar de la naturaleza, que no

le ha concedido esta gracia. Púsose en mis manos para que le dirigiese; yo lo hago á mi modo, y en verdad que le llevo en buen estado, pues el fondo de su caudal, está ya medio consumido. Eso es lo que yo no dudo, interrumpió Centelles, y espero verle presto en el hospital. Vamos, don Matias, conozcamos á ese hombre, y ayudémosle á que acabe de arruinarse. Vengo en ello (dijo mi amo) porque tengo gran gusto en dar en tierra con la fortuna de esos señoritos plebeyos que quieren hombrarse y confundirse con nosotros. Como, por ejemplo, nada he celebrado tanto como la ruina del hijo de aquel asentista, á quien el juego y la vanidad de querer figurar con los grandes obligaron á vender su misma casa. ¡Oh! replicó don Antonio, ese tal no merece le tengan lástima, porque no es menos necio, ni menos presumido en su miseria que lo era en su prosperidad.

Partieron, pues, mi amo, Centelles y don Alvaro á



Resolvi, pues, disfrazarme de señor para buscar amorosas aventuras.—Pág. 57.

casa de Gregorio Noriega. Mogicon, criado de Centelles, y yo fuimos también tras de ellos, muy persuadidos los dos de que nos esperaba una gran bucólica, y ambos también muy contentos de cooperar por nuestra parte á la destruccion de aquel pobre mentecato. Al entrar en su casa vimos mucha gente ocupada en disponer la comida, y nos dió en las narices un olor de cocina, que anunciaba al olfato el recreo que tendria luego el paladar. Acababan de llegar el marqués de Zenete y don Juan de Moncada. Dejose despues ver el dueño de la casa, que desde luego me pareció un solemnísimo majadero. Afectaba inútilmente el aire y modales de los elegantes; pero era una feísima copia de aquellos hermosos originales, ó por mejor decir, atolondrado que se esforzaba por ostentar despejo y desembarazo. Figurémonos un hombre de este carácter entre cinco bufones de profesion, empeñados únicamente en burlarse de él y en hacerle gastar

cuanto tenia. Señores, dijo don Alvaro despues de los primeros cumplimientos, este es el señor Gregorio Noriega, que, sobre mi palabra, presento á ustedes como uno de los mas cabales y perfectos caballeros. Posee mil bellas prendas, y es un jóven muy culto. Escojan ustedes lo que quisieren es igualmente hábil en todas las facultades, desde la lógica mas alta y sutil, hasta la mas pura y delicada ortografía. ¡Oh señor! eso ya es demasiado, interrumpió Gregorio, sonriéndose sin ninguna gracia: yo si, señor don Alvaro, que podia decirselo á vmd., porque vmd. si que es aquello que se llama *un pozo de ciencia*. Por cierto, replicó don Alvaro, que mi ánimo no fué buscarme una alabanza tan aguda y discreta; pero en verdad, señores, que el nombre del señor Gregorio hará gran ruido en el mundo. Yo, dijo don Antonio, lo que admiro en él, aun mas que su ortografía, es el acierto en la eleccion de las personas con quienes trata. En lugar de buscar comerciantes, solo gusta de tratar con caballeros, sin dársele nada de lo mucho que esta comunicacion le ha de costar. Tiene unos pensamientos tan nobles y elevados, que me admiran. Esto es lo que se llama gastar con buen gusto y gran discernimiento.

A estos irónicos discursos se siguieron otros muchos en todo semejantes. Burláronse completamente del pobre Gregorio; y de cuando en cuando, en tono de elogios, le lanzaban ciertas pullas que no conocia el pobre bobo; antes bien todo lo convertia en sustancia tomando al pié de la letra cuanto le decian, y se mostraba muy satisfecho de sus taimados huéspedes, creyendo le hacian mucho favor, siendo asi que se mofaban de él. En fin, fué el azme-reir mientras la comida, y aun todo el resto del dia y de la noche, porque toda la pasaron los señores míos en aquella diversion. Nosotros bebimos á discrecion, ni mas ni menos que nuestros amos, y todos estábamos bien compuestos cuando salimos de casa del señor Gregorio.

CAPITULO V.

Vése Gil Blas de repente en lances de amor con una hermosa desconocida.

Despues de haber dormido algunas horas, me levanté de buen humor, y acordándome del consejo que me habia dado Melendez, fui mientras despertaba el amo á hacer la córte al mayordomo, á cuya vanidad me pareció alhagaba el cuidado que yo ponía en rendirle mis obsequios. Recibiome con mucho agrado, y me preguntó si me acomodaba bien la vida que hacian los señores. Respondile que aunque era nueva para mí, no desconfiaba de hacerme á ella con el tiempo.

Efectivamente fué así, porque tardé muy poco en acostumbrarme. De reposado y juicioso que antes era, pasé de repente á ser vivaracho, atolondrado y zumbon. Dióme la enhorabuena de mi trasformacion el criado de don Antonio; y me dijo que para ser hombre ilustre no me faltaba mas que tener lances amorosos. Representóme que esta era una cosa absolutamente necesaria para formar un jóven completo; que todos nuestros camaradas eran amados de alguna persona linda, y que él tenia la fortuna de que le mirasen con buenos ojos dos señoras de distincion. Creí que mentia aquel bellaco, y le dije: amigo Mogicon, no se puede negar que eres buen mozo y agudo, pero no alcanzo como han podido prendarse de un hombre de tu condicion dos señoras distinguidas, en cuya casa no estás. ¡Gran dificultad por cierto! respondió Mogicon: ellas ni aun siquiera saben quién yo soy. Estas conquistas las he hecho usando de los vestidos de mi amo, y la cosa pasó de esta suerte. Vestime de señor, imité bien los modales de tal, y fuime al paseo. Hice gestos y cortesias á todas las que encontraba, hasta que tropecé con una que correspondió á mis espresivas muecas. Seguila, y logré también hablarle. Tomé el nombre de don Antonio Centelles: pedí una cita, hizo algunos esguinces, insté, convino al fin en ello, etc.

Hijo mio, así me he gobernado yo para lograr tales fortunas; y si tú las quieres tener, sigue mi ejemplo.

Era mucha la gana que yo tenía de hacerme hombre ilustre para que dejase de poner en práctica este consejo, y más cuando tampoco sentía en mi gran repugnancia en tentar alguna empresa de amor. Resolvi, pues, disfrazarme de señor para buscar amorosas aventuras. No quise vestirme en nuestra casa porque no se advirtiese; pero escogí en el guarda-ropa el mejor vestido de mi amo, hice un paquete, y llevéle á casa de cierto barberillo amigo mio, donde podía disfrazarme libremente. Vestíme allí lo mejor que pude, ayudándome el barbero; y cuando nos pareció que ya no cabía más, me encaminé hácia el Prado de San Gerónimo, de donde estaba bien persuadido á que no volvería sin haber encontrado alguna fortuna; pero no tuve necesidad de ir tan lejos para hallar una de las más brillantes.

Al atravesar una calle escusada vi salir de una casa pequeña y entrar en un coche que estaba á la puerta, una señora ricamente vestida y muy hermosa. Paréme á mirarla, y la saludé de manera que pudo bien conocer que no me había disgustado, y ella por sí me hizo ver que merecía mi atención más de lo que yo pensaba, porque levantó disimuladamente el velo, y descubrió un momento la cara más linda y graciosa del mundo. Fué en esto el coche, y yo quedé en la calle sorprendido de aquella aparición. ¡Oh, qué hermosura! me decía yo á mí mismo. ¡Cáspita! No me faltaba otra cosa para acabar de trastornarme. Si las dos señoras que aman á Mogicon son tan hermosas como esta, digo que es el ganapan más dichoso de todos los ganapanes. Estaría yo loco con mi suerte si mereciese servir á una dama como esta. Mientras hacía estas reflexiones volví casualmente los ojos hácia la casa de donde había visto salir á aquella linda persona, y vi asomada á la reja de un cuarto bajo á una vieja, que me hizo señas de que entrase.

Fuí volando á la casa, y en una sala muy decentemente amueblada encontré á la venerable y disimulada vieja, que teniéndome cuando menos por algún marqués, me saludó con mucho respeto y me dijo: sin duda, señor, que V. S. habrá formado mal juicio de una muger, que sin tener el honor de conocerle, le ha hecho seña para que entrase en su casa; pero juzgará más favorablemente de mí cuando sepa que no lo hago así con todos, y que V. S. me parece algún señor de la corte. No se engaña vmd., amiga, le interrumpí avanzando la pierna y ladeando un poco el cuerpo sobre el costado izquierdo. Soy, sin vanidad, de una de las mejores casas de España. Bien se conoce, prosiguió la vieja, y á cien leguas se echa de ver. Yo, señor, tengo gran gusto, lo confieso, en servir de algo á las personas de circunstancias, y este es mi flaco. Habiendo observado desde mi reja que V. S. miraba con mucha atención á aquella señora que acaba de salir de aquí, me atrevo á suplicarle me diga con toda confianza si le ha gustado. Me ha gustado tanto, le respondí, que á fé de caballero os aseguro no he visto en mi vida criatura más salada. Así, pues, madre mia, haced que ella y yo nos veamos á solas, y contad con mi agradecimiento. Este es uno de aquellos servicios que nosotros los grandes señores nunca pagamos mal.

Ya he dicho á V. S., replicó la vieja, que toda yo estoy dedicada á servir á personas de distinción, y que mi mayor gusto es poderles ser útil en alguna cosa. Por ejemplo, yo recibo en mi casa ciertas mugeres, á quienes el concepto en que están de honestas y virtuosas, no les permite admitir en la suya cortejantes, y les ofrezco la mia para que puedan conciliar en ella su inclinación con la decencia exterior. ¡Bellamente! le respondí, y es muy verosímil que vmd. acabe de hacer este servicio á esa dama de quien estamos hablando. No por cierto, repuso ella: esa es una señora viuda y moza, que desea tener un amante; pero es de un gusto tan delicado en este particular, que no sé si encontrará en V. S. lo que busca, aunque sea un señor á lo que parece, de gran

mérito. Tres caballeros le he presentado, todos tres á cual más galán y más airoso, y sin embargo, ninguno le ha contentado, despidiéndolos á todos con desden. ¡Oh madre! exclamé yo con cierto aire de confianza, eso á mí no me acobarda: disponed que yo le hable, y os doy mi palabra que presto os daré buena cuenta de ella. Tengo deseo de verme á solas con una hermosura esquivada, porque hasta ahora ninguna he tropezado de esa especie. Pues bien, repuso la vieja, venga V. S. mañana á esta misma hora, y satisfará ese deseo. No faltaré, respondí; y veremos si un caballero mozo y gallardo pierde esa conquista.

Volví á casa del barberillo sin empeñarme en buscar otras aventuras hasta ver el éxito de la presente. El siguiente día, después de haberme vestido á lo señor, fuí á casa de la vieja una hora antes de la que ella me había señalado. Señor (me dijo) V. S. ha venido muy puntual, á lo que le estoy verdaderamente agradecida; aunque es verdad que el motivo lo merece bien. He visto á nuestra viudica, y las dos hemos hablado mucho de V. S. Encargóme que nada le dijese de esto; pero he cobrado tanto amor á V. S. que no puedo menos de decirle que ha quedado muy prendada de su persona, y que será un señor afortunado. Hablando aquí entre los dos, la tal viudica es un bocado muy apetitoso. Su marido vivió poco tiempo con ella; fué un relámpago su matrimonio, y se puede decir que casi tiene el mérito de una doncella. Sin duda que la buena vieja quería hablar de aquellas doncellas putativas que saben vivir en el celibato sin echar nada de menos.

Tardó poco nuestra heroína en llegar á casa de la vieja en un coche de alquiler como el día anterior; pero vestida con ricas galas. Luego que se dejó ver en la sala, salió al encuentro, dando principio á mi papel por cinco ó seis profundas cortesías á lo elegante, acompañadas de garbosas contorsiones. Acercándome después á ella con mucha familiaridad, le dije: reina mia, aquí tiene vmd. á sus pies, en este caballero mozo, una de las más difíciles conquistas; pero desde que tuve ayer la dicha de ver esos bellos ojos, astros del más hermoso cielo, ni un solo instante se ha borrado de mi imaginación el vivo retrato de tan perfecto original, de modo que enteramente ofuscó el de cierta duquesa que ya comenzaba á poseer mi corazón. Sin duda (respondió ella quitándose el velo) que el triunfo es muy glorioso para mí; mas ni por eso es muy pura mi alegría, porque un señorito de vuestra edad es naturalmente inclinado á la variedad y á la mudanza, siendo tan dificultoso de fijar como el azogue ó el espíritu volátil. Reina mia, le repliqué, si á vmd. le place, dejemos á un lado lo futuro, y pensemos solo en lo presente. Vmd. es bella, yo la amo; embarquémonos sin reflexión, como lo hacen los marineros; no miremos á los peligros de la navegación; pongamos solamente los ojos en los placeres que la acompañan.

Diciendo esto me arrojé precipitadamente á los pies de mi ninfa, y para imitar mejor á los elegantes, le supliqué y aun importuné de un modo urgente que me hiciese feliz. Parecióme algún tanto conmovida con mis instancias; pero juzgando sin duda que aun no era tiempo de acceder á ellas, me alejó de sí con cierto cariñoso enojo diciendo: deténgase V. S., que me parece un poco atrevido, y me temo que sea aun más libertino. Qué, señorita (exclamé yo) ¿será posible que vmd. aborrezca á un hombre á quien aman las mugeres de la primera tijera? Solamente á las vulgares y aldeanas parecen mal esas tachas. Eso ya es demasiado, repuso ella, ya no puedo más, y así me rindo á razón tan poderosa. Veo que con los señores son inútiles los espantos y reparos; es preciso que una pobre muger ande la mitad del camino. Vuestra es ya la victoria, añadió aparentando una especie de vergüenza, como si padeciera mucho su pudor en aquella confesión. Vos, señor, me habeis inspirado afectos que jamás he sentido por nadie; solo me falta saber quién es V. S. para determinarme á escogerle por mi amante. Téngole por un señor, y por un señor de no-

bles y honrados pensamientos. Con todo eso, no estoy muy segura, y aunque me confieso inclinada á su persona, no acabo de resolverme á hacer único dueño de mi amor y de mi ternura á un desconocido.

Acordéme entonces del ingenioso modo con que el criado de don Antonio habia salido de otro apuro semejante; y queriendo yo, á ejemplo suyo, ser tenido por mi amo, dije á mi viuda: no tengo reparo de manifestaros mi nombre y apellido, pues no es tan oscuro que me avergüence de confesarlo. ¿Habeis oido hablar alguna vez de don Matias de Silva? Si señor, respondió ella, y aun diré tambien que en cierta ocasion le vi en casa de una amiga mia. Turbóme un poco, á pesar de mi descaro, esta inesperada respuesta; pero serenándome al punto, y cobrando aliento para salir bien de aquel barranco, proseguí diciendo: me alegro, ángel mio, de que conozcais á un caballero.... á quien.... tambien conozco yo: pues sabed, ya que me es preciso decirlo, que los dos somos de una misma casa. Su abuelo se casó con la cuñada de un tio de mi padre, y así somos, como veis, parientes bastante cercanos. Yo me llamo don César, y soy único hijo del ilustre don Fernando de Ribera, que murió quince años ha en una batalla que se dió en la raya de Portugal. Fué una accion endiabladamente viva, y os haria una exacta y menuda relacion de ella; pero seria malograr los momentos preciosos que el amor quiere que yo emplee en cosas de mayor gusto.

Después de esta conversacion me mostré mas vivamente encendido y apasionado; pero al fin todo vino á parar en nada. Los favores que mi adorada deidad me concedió, solo sirvieron para hacerme suspirar por los que me negó. La cruel volvió á meterse en su coche, que la estaba esperando á la puerta. Yo con todo eso no dejé de retirarme muy satisfecho de mi buena fortuna, aunque todavia no fuese completa mi ventura. Si no he podido hasta ahora lograr, me decia yo á mi mismo, mas que favores á medias, sin duda es porque siendo mi princesa una dama tan distinguida, le pareció que no podia ni debia rendirse al primer ataque. La altivez de su nacimiento retardó mi dicha; pero esta solo se diferirá por algunos dias. Verdad es que por otra parte se me ofrecia tambien que quizá podia ser una de las chuscas mas ladinas y refinadas. Con todo eso me inclinaba mas á mirar la cosa por la mejor parte que por la peor, y así me mantuve firme en el buen concepto que habia formado de la dama. Habiamos quedado de acuerdo, cuando nos despedimos, en que nos volveriamos á ver el dia siguiente; y con la esperanza de estar tan vecino al colmo de mis deseos, me recreaba yo en pensar que era infalible su logro.

Ocupado de tan risueños pensamientos llegué á casa del barbero. Mudé de vestido, y fui en busca de mi amo, que sabia estaba en cierta casa de juego. Halléle con efecto jugando, y conocí que ganaba, porque no era de aquellos jugadores serenos que se enriquecen ó arruinan sin mudar de semblante. Mi amo era burlon, y aun insolente cuando le daba bien; pero si perdía no habia quien le aguantase. Levantóse muy alegre del juego, y se dirigió al corral de la calle del Príncipe. Seguile hasta la puerta del teatro, y allí me puso en la mano un ducado, diciéndome: toma, Gil Blas, que quiero entres á la parte en mi ganancia. Véte á divertir con tus amigos, y á media noche irás á buscarme á casa de Arsenia, donde he de cenar en compañía de don Alejo Seguíer. Diciendo esto entróse en el teatro, y yo me quedé discurrendo en qué gastar mi ducado segun la intencion del donador; pero tardé poco en resolverme. Presentóseme en aquel punto Clarín, criado de don Alejo, y llevéle conmigo á la primera taberna, donde estuvimos bebiendo y divirtiéndonos hasta media noche. Desde allí nos fuimos á casa de Arsenia, donde Clarín debia tambien hallarse, habiéndosele dado la misma orden que á mi. Abriónos la puerta un lacayuelo, y nos hizo entrar en una sala baja, donde estaban dos criadas, la una de Arsenia y la otra de Florimunda, riéndose ambas á carcajada tendi-

da, mientras sus dos amas se estaban divirtiendo en el cuarto principal con nuestros amos.

La llegada de dos mozos de buen humor que salian de cenar bien, no podia desagradar á aquellas damiselas, que acababan tambien de acomodarse con las sobras de una cena, y cena de comediantas. Pero ¡cuál fué mi admiracion cuando en una de aquellas criadas reconocí á mi viudita, á mi adorable viuda que yo habia tenido por una marquesa ó condesa! Ella tambien me pareció no menos sorprendida de ver á su querido don César de Ribera, convertido de elegante en lacayo. Sin embargo, nos miramos uno á otro sin turbarnos, y aun nos dió á entrambos tal tentacion de risa, que no pudimos reprimirla; después de lo cual, Laura (que este era el nombre de mi princesa) retirándose á parte, mientras Clarín hablaba con la compañera, me alargó con gracia la mano, diciéndome en voz baja: tóquela vmd., señor don César, dejémonos de quejas, y en vez de ellas hagámonos amistosos cumplimientos. Vmd. hizo su papel á las mil maravillas, y yo no representé desgraciadamente el mio. ¿Qué le parece del lance? Vaya, confiese vmd. que me tuvo por una de aquellas damas que á veces se divierten en imitar á las que hacen por oficio lo que ellas por burla. Es verdad, le respondí; pero, reina mia, seas lo que fueres, sábetelo que aunque he mudado de forma no he mudado de parecer. Admite benignamente mi cariño, y permite que acabe el ayuda de cámara de don Matias lo que tan felizmente comenzó don César de Ribera. Quita allá, repuso ella: ten por cierto que te amo mas en tu propio original que en el retrato de otro. Tú eres entre los hombres lo mismo que yo entre las mugeres: esta es la mayor alabanza que puedo darte. Desde este mismo punto te recibo en el número de mis apasionados. No necesitamos ya de la vieja para nada: puedes venir aqui con libertad porque nosotras las damas de teatro vivimos sin sujecion mezcladas con los hombres. Convengo en que esto no á todos parece bien; pero el público se rie, y nuestro oficio, como tú sabes, es solo divertirle.

No pasó la conversacion mas adelante, porque no estábamos solos. Hizose general; fué viva, alegre, festiva y llena de agudezas y de equívocos nada difíciles de entender. La criada de Arsenia, mi adorada Laura, superó á todos, mostrando mas ingenio y mas agudeza que virtud. Por otra parte, nuestros amos y las comediantas reian arriba tan descompuestamente, que se conocia no ser su conversacion mas seria ni mas circunspecta que la nuestra. Si se hubieran escrito todas las bellas cosas que se dijeron aquella noche en casa de Arsenia, creo se hubiera compuesto un libro muy instructivo para la juventud. Mientras tanto llegó la hora de retirarse cada uno á su casa; quiero decir, que ya habia amanecido, y fué preciso separarnos. Clarín siguió á don Alejo y yo me retiré con don Matias.

CAPITULO VI.

De la conversacion de algunos señores sobre los comediantes de la compañía del teatro del Príncipe.

Al mismo tiempo que se levantaba mi amo de la cama, recibió un billete de don Alejo Seguíer, en que decia le quedaba esperando en su casa. Pasamos á ella, y encontramos allí al marqués de Zenete y á otro caballero de buena traza, á quien yo nunca habia visto. Don Matias (dijo Seguíer á mi amo presentándole el tal caballero), este caballero es don Pompeyo de Castro, mi pariente. Reside en la corte de Portugal casi desde su infancia. Ayer noche llegó á Madrid, y mañana se restituye á Lisboa. No nos concede mas que este dia para gozar de su compañía y conversacion. Yo quiero aprovechar un tiempo tan precioso, y para hacerle mas grato y divertido, necesito de tí y del marqués de Zenete. Al oír esto, mi amo dió un estrechísimo abrazo al pariente de don Alejo, y recíprocamente se hicieron grandes cumplidos. A mí me agradó

mucho todo lo que decia don Pompeyo, y desde luego hice juicio de que era hombre de entendimiento sólido, y de discernimiento delicado.

Comieron todos en casa de Seguíer, y despues de comer se pusieron á jugar para divertir el tiempo hasta la hora de la comedia. Entonces fueron todos al teatro del Principe, donde se representaba la nueva tragedia intitulada: *La reina de Cartago*. Acabada la representacion volvieron juntos á cenar donde habian comido, y toda la conversacion se la llevó la tragedia que acababan de oír, y los actores que la representaron. En cuanto al drama (dijo don Matias) hago poco aprecio de él, porque encuentro á Eneas mas frio é insulso que en la Eneida; pero es preciso confesar que se representó divinamente. Veamos lo que nos dice el señor don Pompeyo, porque sospecho que no se ha de conformar con mi sentir. Señores (respondió aquel caballero sonriéndose) veo á ustedes tan pagados de sus actores, y tan hechizados particularmente de sus actrices, que no me atrevo á confesar que en este punto no concuerdan nuestras opiniones. Bien dicho (interrumpió burlándose don Alejo), porque aqui seria mal recibida la vuestra. Haces bien en respetar las actrices á presencia de los panegiristas de su reputacion. Nosotros vivimos y bebemos todos los dias con ellas; somos defensores del primor con que representan; y si fuere menester daremos testimonio de ello. No lo dudo (interrumpió el pariente), y tambien pudieran ustedes darlo de su vida y costumbres, seguú la familiaridad con que me parece las tratan.

Sin duda que serán mejores vuestras comediantas de Lisboa (dijo entonces zumbándose el marqués de Zene-te). Si, ciertamente (respondió don Pompeyo), valen algo mas que las de Madrid: por lo menos hay algunas en quienes no se nota el mas mínimo defecto. Esas tales (replicó el marqués), pueden contar con vuestras certificaciones. Yo (repuso don Pompeyo), no tengo trato alguno con ellas, ni concurro á sus reuniones; y así puedo juzgar de su mérito sin preocupacion ni parcialidad. Pero de buena fé, prosiguió, ¿estais verdaderamente persuadidos de que en vuestro teatro teneis una compañía excelente? No, pardiez (respondió el marqués), yo solamente defiendo un número muy corto de los actores, y echo á un lado á todos los demás. ¿Pero no me negareis que es admirable la primera dama, que representa el papel de Dido? ¿No lo representa con toda la nobleza, con toda la magestad, y con todo el agrado que nos figuramos en aquella desgraciada reina? ¿Y no habeis admirado el arte con que interesa al espectador en sus afectos, haciéndole sentir aquellos mismos movimientos diversos que escitan en ella las diferentes pasiones? Parece que se arroba ó que se exalta cuando llega á lo mas delicado y patético de la declamacion. Convento (respondió don Pompeyo) en que sabe conmover y enternecer; esto quiere decir que representa bien, pero no que carezca de defectos. Dos ó tres cosas me chocaron en ella. Por ejemplo: si quiere espresar un afecto de admiracion é de sorpresa, vuelve y revuelve aquellos ojos de un modo tan violento y tan fuera de lo natural, que verdaderamente dice muy mal en la magestuosa gravedad de una princesa. Añádese á esto, que con engrosar la voz, que tiene naturalmente dulce y delicada, forma un sonido bronco bastante desapacible. Fuera de eso en mas de un lugar de la tragedia hacia ciertas pausas que alteraban ú ofuscaban el sentido, dando motivo para sospechar que no comprendia bien aquello mismo que decia. Sin embargo, quiero mas bien suponer que estaba distraida que acusarla de falta de inteligencia.

A lo que veo, dijo don Matias al censor, ¿vos no os atreveriais á componer versos en alabanza de nuestras cómicas? No digais eso (respondió don Pompeyo), antes bien descubro en ellas un gran talento al través de sus defectos, y aun diré que me encantó la que hizo papel de criada en el entremés. ¡Qué naturalidad la suya! ¡con qué gracia se presentó en las tablas! Cuando tiene que decir algun chiste, le sazona con cierta risita taimada,

llena de mil gracias, que le añaden infinita sal. Podrá quizá notársele de que alguna vez se deja llevar algo de su viveza, y que pasa los limites de un desembarazo comedido; pero no hemos de ser tan rigurosos. Yo solo quisiera se corrigiese de una mala costumbre que ha tomado. Muchas veces en medio de una escena, y en un pasage serio, interrumpe de improviso la accion por dejarse llevar de una loca gana de reír que le dá. Diráseme acaso que entonces es precisamente cuando mas la aplauden los del patio. ¡Grande aprobacion por cierto!

¿Y qué nos dice vmd. de los comediantes? interrumpió el marqués; sin duda que contra estos disparará toda su artillería, cuando no ha perdonado á las comediantas. No es así, respondió don Pompeyo; vi algunos actores jóvenes que prometen mucho; sobre todo me gustó bastante aquel comediante gordo que hizo el papel de primer ministro de Dido. Recita muy naturalmente, y así se recita en Portugal. Si esos le contentaron á vmd. tanto (dijo Seguíer), habrá quedado hechizado del que hizo el papel de Eneas. ¿No le pareció á vmd. un gran comediante, un actor original? Y aun demasiado original (respondió el censor), porque tiene tonos que son privativos suyos; por señas que son bien agudos y bien descompasados, tanto que casi todos salen fuera de lo natural. Precipita las palabras donde se encierra el sentido, y se detiene en las otras que no contienen alguno. Tal vez hace tambien gran esfuerzo en las puras conjunciones. Divirtiome mucho, con especialidad en aquel pasage en que esplica á su confidente la violencia que le cuesta la necesidad de abandonar á su princesa. No es fácil espresar un dolor mas cómicamente. Poco á poco, primo (replicó don Alejo), al paso que vas nos harás creer que aun no se ha introducido el mejor gusto en la corte de Portugal. ¿Sabes que el actor de quien se trata es un hombre singular? ¿No oistes las palmadas y los vivas con que todos le aplaudieron? Todo eso prueba que no es tan malo como le pintas. Nada prueban (replicó don Pompeyo) esas palmadas ni esos vivas. Dejemos, señores, si les place, esos aplausos del vulgo. Frecuentemente los da muy fuera de tiempo y contra toda razon, y por lo comun aplaude menos el verdadero mérito que el falso, como nos lo enseña Fedro por medio de una fabula ingeniosa. Permitidme que os la cuente.

Juntóse en una gran plaza de cierta ciudad todo el pueblo para ver las habilidades que hacian unos charlatanes titiriteros. Entre ellos habia uno que se llevaba los aplausos de todos. Este bufon al acabar otros varios juegos de matos, quiso cerrar la funcion dando al pueblo un espectáculo nuevo. Dejóse ver solo en el tablado, cubrióse la cabeza con la capa, agachóse y comenzó á remedar el gruñido de un cochinito, con tanta propiedad, que todos creyeron que verdaderamente tenia escondido debajo de la capa algun marranito verdadero. Comenzaron todos á gritar que se quitase la capa; hizolo así, y viendo que no tenia cosa alguna debajo de ella, se renovaron los aplausos y la grande algazara del populacho. Un lugareño que estaba en el auditorio, chocándole mucho aquellas importunas espresiones de necia admiracion, gritó pidiendo silencio, y dijo: señores, sin razon se admiran ustedes de lo que hace ese bufon. No ha hecho el papel del marranito con tanta perfeccion como á ustedes les parece. Yo lo sé hacer mucho mejor que él, y si alguno lo duda, no tiene mas que concurrir á este sitio mañana á la misma hora. El pueblo, preocupado ya en favor del charlatan, se juntó al dia siguiente aun en mucho mayor número que el anterior, mas para silbar al paisano que por divertirse en ver lo que habia prometido. Dejáronse ver en el teatro los dos competidores. Comenzó el bufon y fué mas aplaudido que lo habia sido nunca. Siguióse despues el labrador: agachóse cubierto con su capa, tiró de la oreja á un marranillo que llevaba escondido bajo del brazo, y el animalito empezó á dar unos gruñidos muy agudos. Sin embargo, el auditorio declaró la victoria por el pantomimo, y atolondró al paisano con silbidos. No por eso se turbó ni corrió el buen lugareño;

antes bien mostrando el lechoncillo al auditorio: señores, dijo con mucha socarronería, *ustedes no me han silbado á mi, sino al marrano. Miren ahora qué buenos jueces son.*

Primo (dijo don Alejo), en verdad que tu fábula pica que rabia. Con todo eso, á pesar de tu lechoncillo, nosotros nos mantenemos en lo dicho. Mudemos de asunto (prosiguió), porque este ya me empalaga. ¿Con que tú estás resuelto á marchar mañana, sin hacer caso del gran gusto que tendria yo en disfrutar por mas tiempo de tu amable compañía? También quisiera yo (respondió su pariente) gozar mas despacio de la tuya, pero no puedo. Ya te dije que vine á la corte á cierto negocio de Estado. Ayer hablé al primer ministro, mañana tengo que volver á verle, y un momento despues me es preciso partir en posta para restituirme á Lisboa. Cátate un



Comieron todos en casa de Segurier.—Pág. 59.

portugués hecho y derecho (replicó Segurier), y segun todas las señas nunca vendrás á establecerte en Madrid. Creo que no, respondió don Pompeyo. Tengo la fortuna de que me quiere el rey de Portugal; y estoy bien hallado en su corte; pero ¿creerás tú que no obstante la bondad con que me distingue, faltó poco para que saliese desterrado para siempre de sus dominios? ¿Cómo así? (le replicó don Alejo.) Cuéntanoslo por tu vida. Con mucho gusto, respondió don Pompeyo, y al mismo tiempo os contaré también la historia de mis sucesos.

CAPITULO VII.

Historia de don Pompeyo de Castro.

Ya sabe don Alejo (prosiguió don Pompeyo), que desde mis mas tiernos años me incliné á las armas, y como en España gozábamos una paz octaviana, tomé el partido

de ir á Portugal. De allí pasé á Africa con el duque de Braganza, que me empleó en su ejército. Era yo un segundo de los menos ricos de España, lo que me puso en precision de distinguirme con hazañas que mereciesen la atención del general. Hice mi deber de modo, que el duque me adelantó y me puso en parage de continuar en el servicio con honor. Despues de una larga guerra, cuyo fin no ignoran ustedes, me dediqué á seguir la corte, y S. M. por los buenos informes que dieron de mi los generales, me gratificó con una pensión considerable. Agradecido á la generosidad del monarca, no perdí ocasion de manifestar mi reconocimiento. Poniame en su presencia á aquellas horas en que era permitido verle y hacerle la corte. Por esta conducta me granjeé insensiblemente su estimacion, y recibí nuevos beneficios de su benignidad.

Un dia que me distigui en una carrera de sortija y en una corrida de toros que precedió á ella, toda la corte aplaudió mi valor y mi destreza; y cuando volví á casa colmado de aclamaciones, me hallé con un billete en que se me decia, que cierta dama cuya conquista me debia lisonjear mas que toda la gloria granjeada aquel dia, deseaba hablarme, y que para esto á la entrada de la noche concurríese á cierto sitio que se me señalaba. Dióme mas gusto este papel que todas las alabanzas que habia recibido, no dudando fuese una dama de la primera distincion la que me escribia. Fácilmente creerán ustedes que no me descuidé, y que apenas anocheció, fui volando al parage que se me habia indicado. Esperábame en él una vieja para servirme de guia, y me introdujo por una portezuela en el jardin de una gran casa, donde me condujo á un rico gabinete, en que me dejó encerrado, diciéndome: sirvase V. S. de esperar aquí mientras aviso á mi ama. Vi mil cosas preciosísimas en aquel gabinete, que estaba iluminado con gran número de bujias, magnificencia que me confirmó en el concepto que yo habia formado de la nobleza de aquella dama. Y si todo lo que estaba mirando contribuía á ratificarme en que no podia menos de ser aquella una persona de la mas alta calidad, mucho mas me confirmé en mi opinion cuando ella se dejó ver con un aire verdaderamente noble y magestuoso. Sin embargo, no era lo que yo habia pensado.

Caballero (me dijo) á vista del paso que acabo de dar en vuestro favor, seria inútil querer ocultaros los tiernos afectos que habeis escitado en mi corazon. No penseis que éstos me lo inspiró el gran mérito que habeis mostrado hoy á vista de toda la corte, no por cierto: este mérito no hizo mas que precipitar su manifestacion. Os he visto mas de una vez: me he informado de quién sois, y el elogio que me han hecho me ha determinado á seguir mi inclinacion. Pero no os lisonjeis, prosiguió ella, creyendo que habeis hecho la conquista de alguna duquesa. Yo no soy mas que la viuda de un simple oficial de guardias del rey: lo único que puede hacer gloriosa vuestra victoria es la preferencia que os doy sobre uno de los mayores señores del reino. El duque de Almeida me ama, y hace cuanto puede para ser correspondido; pero no lo consigue, y solo admito sus obsequios por vanidad.

Aunque estas palabras me dieron á entender que trataba con una chusca amiga de aventuras amorosas, no dejé de mostrarme agradecido á mi estrella por este encuentro. Doña Hortensia (que así se llamaba) estaba en la flor de su juventud, y su estremada hermosura me encantaba. Fuera de esto me ofrecia ser dueño de un corazon que se negaba á las pretensiones de un duque. ¡Gran triunfo para un caballero español! Arrojáme á los pies de Hortensia para rendirle gracias por sus favores. Díjele cuanto podia decirle un hombre apasionado, y creo que quedó muy satisfecha de las vivas expresiones con que le aseguré de mi fidelidad y gratitud. Separámonos, quedando ambos los mayores amigos del mundo, despues de haber convenido en vernos todas las noches que no pudiese venir á su casa el duque, tomando ella á su cargo avisarme muy puntualmente. Así lo

hizo, y yo vine á ser el Adónis de aquella nueva Venus.

Pero los placeres de esta vida duran poco. A pesar de las precauciones que tomó Hortensia para que nuestra amistad no llegase á noticia de mi competidor, no dejó de saber éste todo lo que nos importaba tanto que ignorase. Enteróle de ello una criada descontenta; y aquel señor, naturalmente generoso, pero altivo, celoso y arrebatado, se indignó sobremanera de mi audacia. La ira y los celos le turbaron la razon, y siguiendo solo lo que le dictaba su enojo, determinó tomar venganza de mi de un modo infame. Una noche que estaba yo en casa de Hortensia me esperó á la puerta falsa del jardin, en compañía de sus criados armados todos de garrotes.



Luego que sali, hizo que se arrojasen á mi y les mandó me matasen á palos.—Pág. 61.

Luego que sali hizo que se arrojasen á mi aquellos canallas, y les mandó me matasen á palos. Dadle fuerte (les decia), muera á garrotazos ese temerario; que con esta infamia quiero castigar su insolencia. Apenas dijo estas palabras cuando todos me asaltaron, y me dieron tantos palos que me dejaron tendido en tierra sin sentido. Retiráronse despues con su amo, para quien aquella cruel escena habia sido el mas divertido espectáculo. Permaneci el resto de la noche en el estado en que me dejaron, hasta que al romper el dia pasaron junto á mi algunas personas que observando que todavia respiraba, tuvieron la caridad de llevarme á casa de un cirujano. Por fortuna se advirtió que no eran mortales los golpes, y tuve tambien la de caer en manos de un hombre hábil que me curó perfectamente en dos meses. Al cabo de este tiempo volví á presentarme en la corte, donde proseguí en el mismo método que antes; pero sin volver á entrar en casa de Hortensia, la cual tampoco hizo por su parte diligencia alguna para que nos viésemos, porque á este solo precio le habia perdonado el duque su infidelidad.

Como todos sabian mi aventura, y ninguno me tenia por cobarde, se admiraban de verme tan sereno como si no hubiera recibido la menor afrenta, sin saber qué discurrir de mi aparente indiferencia. Unos creian que, á pesar de mi valor, la calidad del agresor me contenia y me obligaba á tragarme el ultraje; y otros con mayor fundamento no se fiaban en mi silencio, y miraban como una calma engañosa la sosegada situacion que aparentaba. El rey pensó como éstos, que yo no era un hombre que olvidase un agravio sin tomar satisfaccion de él, y que no dejaria de vengarme cuando encontrase oportunidad. Para averiguar si habia adivinado mi pensamiento, me hizo entrar un dia en su gabinete, y me dijo: don Pompeyo, ya sé el lance que te sucedió, y confieso que estoy admirado de ver tu tranquilidad. Tú ciertamente maquinas y disimulas. Señor (le respondi), ignoro quién pudo ser mi ofensor, porque me acometieron de noche unos desconocidos; fué una desgracia de la que es forzoso consolarme. No, no (replicó el rey); no pienses alucinarme con esa respuesta poco sincera: estoy informado de todo: el duque de Almeida fué el que mortalmente te ofendió. Tú eres noble y español, y sé muy bien á lo que te empeñan esas dos circunstancias. Sin duda has hecho ánimo de vengarte, y quiero decisivamente me confieses la determinacion que has tomado; y y no temas que llegue jamás el caso de arrepentirte de haberme confiado tu secreto.

Pues ya que V. M. lo manda (respondi), no puedo menos de manifestarle con toda verdad mi pensamiento. Si señor, solo pienso en vengar la afrenta que he recibido. Todo hombre que ha nacido como yo, es responsable de su honor á su linage y á su mismo nacimiento. V. M. sabe muy bien la injuria que se me ha hecho, y yo he resuelto asesinar al duque de un modo que corresponda á la ofensa. Le sepultaré un puñal en el pecho, ó le levantaré la tapa de los sesos de un pistoletazo, y me refugiaré en España, si pudiere. Tal es, señor, mi intencion. A la verdad (repuso el rey) me parece violenta; pero no por eso me atreveré á condenarla, considerada la cruel afrenta que te hizo el duque. Conozco que merece el castigo que le tienes dispuesto; pero suspéndelo por un poco, no lo pongas en ejecucion tan presto: dame tiempo para pensar y encontrar algun medio que os esté bien á los dos. ¡Ah! señor (esclamé yo, no sin alguna conmocion) pues ¿á qué fin me obligó V. M. á descubrirle mi secreto? Qué medio puede jamás... Si no encuentro alguno que te deje satisfecho (interrumpió el rey), podrás ejecutar entonces lo que tienes pensado. No pretendo abusar de la confianza que me has hecho; no sacrificaré tu honor, y en esta conformidad puedes vivir muy tranquilo.

Andaba yo discurriendo qué medios podia buscar el rey para componer amigablemente este negocio; y he aqui como lo dispuso. Habló á solas á mi enemigo, y le dijo: duque, tú has ofendido á don Pompeyo de Castro, y no ignoras que es un caballero ilustre, á quien yo estimo, y quien me ha servido bien. Es preciso, le des satisfaccion. Señor, (respondió el duque), no se la negaré; si está quejoso de mi proceder, pronto estoy á darle satisfaccion con las armas. Es muy diferente la que le debes dar (replicó el rey); un español noble conoce muy bien las leyes del pundonor para querer medir su espada noblemente con un cobarde asesino. No puedo darte otro nombre, ni tú podrás borrar la bajeza de una accion tan villana sino presentando tú mismo un palo á tu enemigo, y ofreciéndote á que él te apalée por su mano. ¡Santo cielo! exclamó mi enemigo. Pues qué, señor, ¿quiere V. M. que un hombre de mi clase se degrade y humille delante de un caballero particular hasta llevar con paciencia algunos palos? No llegará ese caso (respondió el rey); yo obligaré á don Pompeyo á darme palabra de que no te tocará; solo exijo le pidas perdon de tu violencia presentándole el palo. Señor (replicó el duque), eso es pedirme demasiado, y prefiero el quedar espuesto á las ocultas asechanzas de su enojo. Aprecio

tu vida (repuso el monarca), y quisiera que este asunto no tuviera funestas resu'tas. Para terminarlo con menos disgusto tuyo, seré yo solo testigo de dicha satisfaccion, que te mando des al español.

Necesitó el rey de todo su poder para conseguir que el duque se sujetase á un paso tan humillante; pero al fin lo logró. Envióme despues á llamar, y contóme la conversacion que habia tenido con mi enemigo, preguntándome al mismo tiempo si me contentaria yo con la satisfaccion en que ambos habian convenido. Respondile que sí, y di palabra de que, lejos de ofenderle, ni aun siquiera tomaria en la mano el palo que me presentase. Dispuestas asi las cosas, concurrimos el duque y yo al cuarto del rey, en cierto dia y á cierta hora, y S. M. se cerró con nosotros en su gabinete. Ea (dijo al primero) conoced vuestra falta, y mereced el perdón. Dióme entonces sus disculpas mi contrario, y presentóme el baston que tenia en la mano. Tomad, don Pompeyo ese baston (me dijo el rey) y no os detenga mi presencia para tomar venganza de vuestro honor ultrajado. Yo os levanto la palabra que disteis de no maltratar al duque. No señor (respondi); basta que se haya sujetado á ser apaléado por mí: un español ofendido no pide mayor satisfaccion. Pues bien (repuso el rey), ya que los dos os dais por satisfechos, podreis ahora tomar libremente el partido que se acostumbra entre caballeros, segun el proceder regular. Medid vuestras espadas para terminar el duelo. Eso es lo que yo deseo vivamente (dijo el duque con voz alterada y descompuesta), porque solo eso es capaz de consolarme del vergonzoso paso que acabo de dar.

Dichas estas palabras se retiró colérico y abochornado, y dos horas despues me envió á decir que me esperaba en cierto sitio retirado. Acudí allá, y le encontré dispuesto á reñir en forma. Tenia unos cuarenta y cinco años, y no le faltaba destreza ni valor; pudiéndose decir con verdad, que era igual el partido. Venid, don Pompeyo (me dijo) y terminemos de una vez nuestras contiendas. Uno y otro debemos estar airados, vos por el modo con que os traté, y yo por haberos pedido perdón. Diciendo esto echó precipitadamente mano á la espada, y tanto, que no me dió tiempo para responderle. Tiróme dos ó tres estocadas con la mayor presteza, pero tuve la fortuna de parar los golpes. Acometile despues, y conocí que reñia con un hombre tan diestro en defenderse como en acometer, y no sé lo que hubiera sido de mí á no haber tropezado él y caido de espaldas cuando se defendia retirándose. Detúveme así que le ví en tierra, y le dije se levantara. ¿Por qué razon me perdonais? me preguntó. Me ofende mucho esa piadosa generosidad. También quedaria muy oscurecida mi gloria (le respondi) si quisiera aprovecharme de vuestra desgracia. Levantáos, vuelvo á decir, y prosigamos nuestro duelo.

No, don Pompeyo (me dijo mientras se iba levantando), á vista de un rasgo tan noble no me permite mi honor empuñar la espada contra vos. ¿Qué diria el mundo de mí si tuviera la fatalidad de pasaros el pecho? Tendriame por un ruin cobarde si quitaba la vida á quien pudo darme la muerte. No puedo, pues, armarme contra vuestra vida; antes bien, mi gratitud ha convertido en dulces y amorosos afectos los furiosos movimientos que agitaban mi corazon. Don Pompeyo (continuó) cesemos ya de aborrecernos; poco dije: seamos amigos. ¡Ah señor (esclamé yo), y con qué placer acepto una propuesta tan gustosa! Desde este instante os juro una sincerísima amistad, y para daros desde luego la prueba mas positiva de ella, os prometo no poner mas los pies en casa de doña Hortensia, aun cuando ella lo deseára. No admito la promesa (dijo él), antes bien quiero cederos esta señora: es mas razon que yo os la deje, puestos que su inclinacion á vos es natural en ella. No, no, (le interrumpi): vos la amais, y los favores que me hiciese podrian inquietaros; y así quiero sacrificarla á vuestra paz y quietud. ¡Oh, insigne español; lleno todo de nobleza y generosidad! (esclamó arrebatado el duque, y es-

trechándome entre sus brazos): me encanta vuestro modo de pensar. ¡Oh, y qué remordimientos siento al oirlo! ¡Con qué dolor, y con cuánta vergüenza se me presenta á la memoria el ultraje que os hice! Paréceme ahora muy ligera la satisfaccion que os di en el gabinete del rey. Quiero repararla de un modo mas público: y para borrar enteramente la infamia, os ofrezco una sobrina mia, de cuyo mano puedo disponer: es una heredera rica que aun no ha cumplido quince años, y todavia mas hermosa que jóven.

Di al duque todas aquellas gracias que me podia inspirar el honor de enlazarme con su familia; y pocos dias despues me casé con su sobrina. Toda la corte se congratuló con aquel personaje, por haber labrado la fortuna de un caballero á quien habia cubierto de ignominia; y mis amigos se alegraron conmigo del feliz desenlace de una aventura que prometia un término mas triste. Desde entonces acá, señores míos, vivo con el mayor gusto en Lisboa. Mi esposa me ama, y yo la amo. Su tio me dá cada dia nuevas pruebas de su amistad; y puedo preciarme de que merezco un buen concepto al rey; y prueba de su estimacion es la importancia del negocio que de su orden me ha traído á Madrid.

CAPITULO VIII.

Por qué accidente se vé precisado Gil Blas á buscar nuevo acomodo.

Esta fué la historia que contó don Pompeyo y que oimos el criado de don Alejo y yo, aunque nos mandaron que nos retirásemos antes que la principiase. Hicimoslo así: pero nos quedamos á la puerta de la sala, que de propósito dejamos entornada, y pudimos oir todo lo que dijo, sin perder una sola palabra. Prosiguieron despues bebiendo aquellos señores, y se separaron antes del dia, porque como don Pompeyo habia de hablar por la mañna al ministro, era razon que le diesen tiempo de reposar algun tanto. El marqués de Zenete y mi amo se despidieron de aquel caballero, abrazándole y dejándole con su pariente.

Nosotros por esta vez nos acostamos al amanecer; y al dia siguiente mi amo me honró dándome otro nuevo empleo. Gil Blas (me dijo), toma papel, tinta y pluma para escribir dos ó tres cartas que quiero dictarte, pues te hago mi secretario. ¡Bravo! dije entre mí: esto se llama acrecentamiento de encargos. Lacayo para ir detras de mi amo á todas partes, ayuda de cámara para ayudarle á vestir y secretario para escribirle las cartas, dictándomelas su señoría. El cielo sea loado por todo. Voy, como la triforme Hécate, á representar tres muy distintos personajes. Tú no sabes, prosiguió mi amo, qué fin llevo en escribir estas cartas. Voy á decirtelo; pero sé callado, porque te vá la vida en ello. A cada paso tropiezo con gentes que me apestan alabándose de sus felices galanteos, y yo quiero sobrepujar á su vanidad; para lo que he pensado llevar siempre en el bolsillo varios billetes fijidos de diferentes damas, y leérselos cuando ellos hagan necio alarde de sus triunfos. Esto me diversará un rato, y seré mas dichoso que todos mis compañeros, porque ellos solicitan estas fortunas solo por tener el gusto de publicarlas, y yo tendré el gusto de referirlas sin los malos ratos que trae consigo el pretenderlas. Pero tú (añadió) procura desfigurar tu letra, mudando la forma de manera que los papeles no parezcan escritos de una misma mano.

Tomé, pues, pluma, tinta y papel para obedecer á don Matias, quien me dictó un billete en los términos siguientes: *Anoche faltaste á tu palabra, y no te dejaste ver en el sitio concertado. ¡Ah don Matias! no sé qué podrás decir para disculparte. Grande ha sido mi error; pero bien has castigado mi vanidad y la ligereza con que creia yo que todas las diversiones, y aun todos los negocios del mundo debian ceder al gusto de ver á—doña Clara de Mendoza.*—Despues de este billete me hizo escribir otro

como de una dama que posponia á un gran señor por amor á su persona; y otro, en fin, en cual otra dama le decia que si estuviera segura de su discrecion, harian juntos el viage de Cytheréa. No contentándose con hacerme escribir unos billetes tan bellos, me obligaba á que los firmase con el nombre de varias señoras muy distinguidas. No pude menos de decirle que la cosa me parecia demasidamente delicada; pero me respondió secamente, que nunca me metiese en darle consejos mientras no me los pidiera. Vime precisado á callar y obedecerle. Acabóse de vestir, ayudándole yo: metió los billetes en el bolsillo, y salió de casa. Seguile, y fuimos á la de don Juan de Moncada, que tenia convidados aquel dia á cinco ó seis caballeros amigos suyos.

Hubo una gran comida, y reinó en toda ella la alegría, que es la salsa mejor de los banquetes. Todos los convidados contribuyeron á mantener divertida la conversacion, unos con chistes y otros contando aventuras que ellos decian haberles sucedido. No malogró mi amo tan favorable ocasion de hacer lucir los papeles amorosos que me habia hecho escribir. Leyólos en alta voz y en tono tan natural, que á escepcion de su secretario, todos los demas pudieron tenerlos por muy verdaderos. Entre los caballeros que se hallaron presentes á tan descarada lectura, habia uno que se llamaba don Lope de Velasco, hombre grave y de juicio, el cual en vez de celebrar como los demas las imaginarias fortunas, preguntó friamente á mi amo si le habia costado mucho hacerse dueño de la voluntad de doña Clara. Menos que nada, le respondió don Matias, pues ella fué la que dió los primeros pasos. Vióme en el paseo: prendóse de mí; mandó que me siguiesen; supo quién yo era, escribióme, y citóme para su casa á la una de la noche, cuando todos estaban durmiendo. Fui allá, introdujéronme en su cuarto... Lo demas no permite mi prudencia que lo diga.

Cuando don Lope de Velasco oyó aquella lacónica relacion, se turbó tanto que todos se lo conocieron, y no era dificultoso adivinar lo mucho que se interesaba en el honor de aquella dama. Todos esos billetes (dijo á mi amo mirándole con semblante airado) son enteramente falsos, en particular el de doña Clara de Mendoza, de que tanta ostentacion haceis. No hay en España señorita mas recatada y honesta que ella. Dos años há que la obsequia un caballero que no os cede en nacimiento ni en prendas personales, y apenas ha podido conseguir de ella los mas inocentes favores; siendo asi que se puede lisonjear de que si fuera capaz de conceder alguno, á ningun otro sino á él se lo dispensaria. ¿Y quién os dice lo contrario? replicó mi amo en un tono burlon. Yo no me aparto de que es una señorita muy honesta: yo tambien soy un muy honesto caballero; con que debeis creer que nada pasaria que no fuese honestisimo. ¡Oh! eso ya pasa de de raya, interrumpió don Lope. Dejémonos de chanzas: vos sois un impostor, y jamás doña Clara os dió cita para de noche: no puedo tolerar que mancheis su reputacion. Tampoco á mí me permite ahora la prudencia decirlo demas. Y diciendo estas palabras miró con arrogancia á los concurrentes, y se retiró con un aire que anunciaba las malas consecuencias que podria tener aquel negocio. Mi amo, que tenia bastante valor para un señor de su carácter, hizo poco caso de don Lope. ¡Gran tonto! exclamó dando una carcajada. Los caballeros andantes solo defendian la *sin par hermosura* de sus damas, pero este quiere defender la *sin par honestidad* de la suya, lo que me parece empeño todavia mas estravagante.

La retirada de Velasco, á la que en vano quiso oponerse Moncada, no descompuso la fiesta. Los caballeros, sin parar la atencion en ello, prosiguieron alegrándose, y no se separaron hasta el amanecer. Mi amo y yo nos acostamos á las cinco de la mañana. El sueño ya me rendia, y habia hecho ánimo de dormir bien; pero echaba la cuenta sin la huésped, ó por mejor decir, sin nuestro portero, el que una hora despues me vino á despertar, y á decirme que estaba á la puerta de la calle un mozo que preguntaba por mí. ¡Ah, maldito portero! dije bostezan-

do entre enfadado y dormido, ¿no consideras que solo ha una hora que me acosté? Dí á ese hombre que estoy durmiendo, y que vuelva mas tarde. Dice (respondió el portero) que tiene precision de hablarte luego, luego, porque es cosa urgente. Levantéme á estas palabras, poniéndome solamente los calzones y una almilla, y echando mil pestes fui á ver lo que queria el mozo que me buscaba. Amigo (le dije) ¿qué negocio tan urgente es el que me proporciona la honra de verte tan de mañana? Una carta (respondió) que tengo que entregar en mano propia al señor don Matias, y es preciso la lea cuanto antes. Su contenido es de la mayor importancia, y asi te ruego que me lleses á su cuarto. Persuadido de que debia ser alguna cosa de grande consecuencia, me tomé la licencia de ir á despertar á mi amo. Perdóne V. S. (le dije) si le vengo á interrumpir el sueño, pero la importancia.... ¿Qué diantres me quieres? dijo enfadado. Señor (dijo entonces el mozo que me acompañaba) es una carta de don Lope de Velasco, que debo entregar á V. S. Incorporóse don Matias, tomó el billete, leyóle, y dijo con mucho sosiego al criado de don Lope: hijo, yo nunca me levanto hasta medio dia, aunque me conviden para la mayor diversion del mundo: mira ahora si me levantaré á las seis de la mañana para ir á reñir. Dile á tu amo que como me espere hasta las doce y media en el sitio que me dice, seguramente nos veremos en él: dále esta respuesta. Y diciendo esto, volviése á echar, y tardó muy poco en quedarse de nuevo dormido.

A las once y media se levantó y vistió con grandisima pachorra. Salió de casa diciéndome que por aquella vez me dispensaba de seguirle; pero yo no pude resistir á la curiosidad de ver en lo que paraba el negocio. Fuime trás de él á lo largo hasta el prado de San Gerónimo, donde vi á lo lejos á don Lope de Velasco que le estaba esperando. Escondime donde sin ser visto pudiese observar á los dos; y vi que se juntaron, y que un momento despues comenzaron á reñir. Duró mucho la pendencia, pelcando uno y otro con mucha destreza y con igual valor; pero al fin se declaró la victoria por don Lope, quien de una estocada pasó de parte á parte á mi amo, dejándole tendido en tierra, y huyendo muy satisfecho de haberse vengado. Corri acelerado á don Matias, halléle sin sentido y casi muerto; espectáculo que me enterneció tanto, que no pude menos de echar á llorar por ver una muerte para la cual, sin pensarlo, habia yo servido de instrumento. En medio de esto y de mi justo sentimiento, no dejé de pensar en hacer lo que me importaba. Volvime al punto á casa sin hablar palabra á nadie. Hice mi hatillo, en el que por inadvertencia meti tambien algunas cosillas de mi amo, y luego que lo llevé á casa del barbero donde tenia guardado el vestido de que usaba en mis aventuras, esparcí la voz de la desgracia que habia sucedido siendo yo testigo de ella. Contéla á quien me la quiso oír; pero sobre todo fui á contársela á Rodriguez. Este, menos afligido que solicito en tomar las providencias oportunas, juntó á todos los criados de don Matias, mandóles que le siguiesen, y fuimos todos al lugar de la pelea. Levantamos á don Matias, que aun respiraba; llevámosle á casa, y al cabo de tres horas murió. Tal fué el trágico fin del señor don Matias de Silva, mi amo, por el imprudente gusto de leer papeles amorosos finjidos por él.

CAPITULO IX.

Del amo á quien Gil Bias fué á servir despues de la muerte de don Matias de Silva.

Hecho el entierro de don Matias, fueron, pasados unos dias, pagados y despedidos todos sus criados. Yo estableci mi morada en casa del barberillo, con quien empezaba á contraer estrechisima amistad. Prometiame estar allí con mas gusto y mayor libertad que en casa de Melendez. Como me hallaba con algun dinerillo, no me di prisa á buscar nueva conveniencia; y por otra parte,

me habia hecho muy delicado sobre este particular. Ya no me gustaba servir á gente comun y plebeya, y aun entre la noble queria examinar bien antes el empleo que me querian dar. Aun el mejor no me parecia sobrado para mi, persuadido de que todo era poco para quien habia servido á un caballero rico, mozo y elegante.

Esperando á que la fortuna me ofreciese una casa cual yo me imaginaba merecer, juzgué no podia emplear mejor mi ociosidad que en dedicarme á obsequiar á la bella Laura, á quien no habia visto desde el dia en que nos desengañamos los dos tan graciosamente. No me pasó por el pensamiento volver á vestirme á lo don César de Ribera. Seria una grande extravagancia disfrazarme ya con aquel traje, y mas cuando mi propio vestido era bastante decente, pudiendo pasar por un término medio



PARZA.

J. SIERRA.

Tampoco á mí me permite ahora la prudencia deciros lo demas.
Pág. 63.

entre don César y Gil Blas, sobre todo, hallándome bien calzado, peinado y afeitado, con ayuda de mi amigo el barbero. En este estado fui á casa de Arsenia, y encontré á Laura sola en la misma sala donde en otra ocasion le habia hablado. Esclamó luego que me vió: ¿qué milagro es este? ¿eres tú? pareceme que sueño, porque te creí muerto, ó que te habias perdido. Hace siete ú ocho dias que te dije podias venir á verme; mas á lo que veo no abusas de la libertad que te conceden las damas.

Disculpéme con la muerte de mi amo, y con las ocupaciones á que dió lugar, añadiendo muy cortesanamente que aun en medio de ellas tenia siempre muy presente en el corazon y en la memoria á mi amada Laura. Siendo asi, me dijo ella, se acabaron ya las quejas, y te confesaré que tambien te he tenido yo muy presente. Luego que supe la desgracia de don Matias, me ocurrió un pensamiento, que acaso no te desagradará. Dias há que oí decir á mi ama que se alegraria de encontrar un

mozo que supiese de cuentas y gobierno de una casa para ser su mayordomo, y llevase razon del dinero que se le entregara para el gasto de esta. Inmediatamente puse los ojos en su señoria, pareciéndome que serias el mas á propósito para este empleo. Tambien me parece á mí, respondí yo, que le desempeñaria á las mil maravillas. He leído las *Economias de Aristóteles*; y por lo que toca llevar á una cuenta, ese ha sido siempre mi fuerte. Pero, hija mia, añadió, una sola dificultad me impide entrar á servir á Arsenia. ¿Qué dificultad? replicó Laura. He jurado, repuse, no servir jamás á gente comun, y lo peor es, que lo juré por la laguna Estigia. Si el mismo Júpiter no se atrevió á violar este juramento, mira tú cuánto deberá respetarle un pobre criado. ¿A quién llamas tú gente comun? replicó Laura con mucho despego. ¿Por quiénes tienes tú á las comediantas? ¿Parecete que son por ahí algunas abogadillas, ó algunas procuradoras? Sábeta, amigo mio, que las comediantas son nobles y archinobles, por los enlaces que contraen con los primeros personages de la córte.

Siendo asi (le dije) cuenta conmigo, hija mia, para ese empleo que me destinás; pero con tal que no me degrade, ni me haga valer menos de lo que soy. No tengas miedo de eso, repuso Laura: pasar de la casa de un elegante á la de una heroina de teatro, es hacer el mismo papel en el gran mundo. Nosotras estamos en una misma linea con las personas de la primera distincion; el mismo aparato de cuarto, la misma mesa, y en realidad, es menester que se nos confunda con ellos en la vida civil. Con efecto (añadió) si se consideran bien un marqués y un comediante, en el discurso de un dia vienen casi á ser una misma cosa. Si el marqués en las tres cuartas partes del dia es superior al comediante, el comediante en la otra cuarta parte supera mucho mas al marqués, porque representa el papel de emperador ó de rey. Esta, á mi ver, es una compensacion de nobleza y de grandeza que nos iguala con las personas de la córte. Asi es, por cierto, respondí; sin duda que estais á nivel unos con otros. Los comediantes no son ya gentuza, como pensaba yo hasta aqui; y me has metido en gana de servir á un gremio tan distinguido y tan honrado. Me alegre, repuso ella, y no tienes mas que volver de aqui á dos dias. Me tomo este tiempo para ir preparando á mi ama á fin de que te reciba. Le hablaré en tu favor; puedo algo con ella, y me persuado que lograré que entres en casa.

Di las gracias á Laura por su buena voluntad, asegurándole quedaba sumamente reconocido á sus finezas, con espresiones tales que no podia dudar de mi agradecimiento. Siguió despues una larga conversacion entre los dos, la que interrumpió un lacayo que vino á decir á mi princesa que Arsenia la llamaba. Separámonos; y yo sali con grandes esperanzas de que presto tendria la fortuna de pasarlo á pedir de boca. No dejé de volver al plazo señalado. Ya te estaba esperando, me dijo Laura, para darte la alegre noticia de que eres de los nuestros. Ven conmigo, que quiero presentarte á mi señora. Diciendo esto me llevó á una habitacion compuesta de cinco ó seis piezas, á cual mas rica y mas soberbiamente alhajadas.

¡Qué lujo! ¡qué magnificencia! Parecióme que entraba en casa de alguna vireina, ó por mejor decir, crei estaba viendo todas las riquezas del mundo juntas en aquella. Lo cierto es que habia en ella lo mas rico de todas las naciones, tanto que se podia definir aquella habitacion con mucha propiedad: *el templo de una diosa á cuyas aras ofrecia todo caminante lo mas raro y precioso de su pais*. Vi á la deidad magestuosamente sentada en un almohadon de brocado carmesí con franjas de oro. Era bella y corpulenta, porque habia engordado con el humo de los sacrificios. Estaba en un gracioso desaliño, y ocupaba sus lindas manos en componer un primoroso tocado nuevo para lucirlo aquella noche en el teatro. Señora, le dijo la criada, este es el mayordomo de que tengo hablado; y puedo asegurar á vmd. seria difi-

el encontrar otro que fuese mas á propósito. Miróme Arsenia con particular atencion, y tuve la dicha de gustarle. ¿Cómo así, Laura? (esclamó ella) ¿quién te dió noticia de tan bello mozo? ya estoy viendo que me irá muy bien con él. Y volviéndose á mí: querido (me dijo) tú eres el que yo buscaba, y el que verdaderamente me acomoda. Solo tengo que decirte una palabra: estarás contento conmigo si me sirves bien. Respondile que haria cuanto estuviese de mi parte para agradarla en todo. Viendo que estábamos acordes, me despedí prontamente para ir á buscar mi hatillo y volver á tomar posesion de la nueva casa.

CAPITULO X.

Entra Gil Blas á servir de mayordomo en casa de Arsenia; informes que le dá Laura de los comediantes.

Era poco mas ó menos la hora de la comedia, cuando mi nueva ama me dijo la siguiese al teatro en compañía de Laura. Entramos en el vestuario, y allí quitándose el vestido que llevaba, se puso otro magnifico para presentarse en la escena. Así que empezó la representacion me llevó Laura á un sitio desde donde podiamos oír y ver perfectamente. Desagradóme la mayor parte de los representantes, sin duda porque ya estaba predispuesto contra ellos en virtud de lo que le habia oido á don Pompeyo. Con todo eso, fueron muy aplaudidos, aunque algunos me hicieron acordar de la fabula del lechoncillo.

Tenia Laura gran cuidado de irme diciendo el nombre de los comediantes y comediantas conforme iban saliendo al teatro; y no contenta con nombrarlos, hacia un retrato satirico de cada uno. Este, decia, es un atolondrado; aquel un insolente: aquella melindrosa que ves, cuyo aire es mas descarado que gracioso, se llama Rosarda, y fué muy mala adquisicion para la compañía. Mas valdria que se marchara con la que se está formando de orden del virey de Nueva-España y va á salir inmediatamente para América. Mira bien aquel astro luminoso que acaba de presentarse, aquel bello sol que va caminando á su ocaso: llámase Casilda, y si cada uno de los amantes que ha tenido la hubiera contribuido con una piedra labrada para fabricar una pirámide, como dicen que en otro tiempo lo hizo cierta reina de Egipto, podría haber erigido una que llegase al tercer cielo. En fin, á cada cual fué pegando Laura su parchecito. ¿Qué mala lengua! ni aun á su misma ama perdonó

Sin embargo de esto, confieso mi flaqueza, estaba yo apasionado de ella, aunque su carácter, moralmente hablando, nada tenia de bueno. De todos decia mal con tanta gracia, que me gustaba hasta su misma malignidad. En los intermedios se levantaba para ir á ver si Arsenia necesitaba algo, y en vez de volver prontamente se entretenia tras del teatro á recoger los requiebros y lisonjas que le decian los hombres. Una vez la seguí para observarla, y ví que tenia muchos conocidos. Noté que tres comediantes uno en pos de otro, la detuvieron para hablarle, y observé que gastaban demasiada familiaridad. No me agradó esto mucho, y por la primera vez de mi vida comencé á experimentar lo que eran celos. Volvíme á mi sitio tan pensativo y melancólico, que Laura lo echó de ver luego que volvió. ¿Qué tienes, Gil Blas? me preguntó admirada. ¿Qué negro humor se ha apoderado de tí desde que te dejé? Muestras un semblante triste y sombrío, que no sé á qué atribuirlo. Y lo peor es, reina mia, que es con sobrada razon, le respondi. Me parece que andas algo suelta; y esto me da qué pensar á mí mas que á tí mi sentimiento. Yo mismo acabo de verte muy alegre y divertida con los comediantes... Al oír esto, dijo ella, soltando una grandisima carcajada: vamos claros, que es gracioso el motivo de tu pesadumbre. Pues qué, ¿de tan poco te espantas? eso es una friolera, y si estás algun tiempo con nosotros verás otras mil lindezas. Es menester, hijo mio, que te vayas hanciado á nuestras mañas. Entre nosotros no se gastan

hazañerías, ni mucho menos se usan celos. En la nacion cómica los celosos se llaman ridiculos, y así apenas se encuentra uno. Padres, maridos, hermanos, tíos, primos, todos son la gente mas bien avenida del mundo; y muchas veces ellos mismos son los que establecen sus familias.

Después de haberme exhortado á no sospechar mal de ninguno, y á no inquietarme por nada de cuanto viese, me declaró que yo era el feliz mortal que habia encontrado el camino de su corazon, y me aseguró que me amaria siempre, y á nadie mas. Después de una seguridad como esta, de la cual podia yo bien dudar sin temor de que me tuviese por muy desconfiado, le ofreci no espantarme de nada; y con efecto, cumplí mi palabra. Aquella misma noche la vi hablar á solas, reír y divertirse con varios sin dárseme un bledo. Acabada la comedia volvimos á casa con nuestra ama, y poco después llegó Florimunda con tres señores viejos y un comediante, que venian á cenar en compañía de las dos. Además de Laura y yo habia en casa una cocinera, un mozo de cocina y un lacayuelo. Juntámonos todos para disponer la cena. La cocinera, que era tan hábil como la señora Jacinta, dispuso las viandas ayudándole el marmiton. La doncella y el lacayuelo pusieron la mesa, y yo cuidé de



cubrir el aparador con la mas bella vajilla de plata, y algunos vasos de oro, votos ofrecidos á la deidad de aquel templo. Adornéle tambien con diferentes botellas de vinos esquisitos, haciendo de copero, para que viese mi ama que era yo hombre para todo. Admiréme de ver el porte y aire de las comediantas durante la cena, aparentando ser damas de importancia, y figurándose ellas mismas que eran señoras de la primera distincion. Lejos de dar á los señores el tratamiento de *escelencia*, no les daban ni aun el de *señoría*, contentándose con llamarlos por sus apellidos. Es verdad que ellos se te-

nian la culpa, porque se familiarizaban demasiado con ellas. El comediante por su parte, como acostumbrado á hacer el papel de héroe, les trataba tambien sin cumplimiento: brindaba á su salud y hacia los honores de la mesa. A fé, dije entre mí, que cuando Laura me dijo que un marqués y un comediante eran iguales parte del día, pudo añadir que aun lo eran mucho mas por la noche, pues la pasan bebiendo juntos toda ella.

Arsenia y Florimunda eran naturalmente alegres. Ocurriéronles mil dichos chistosos, y algo mezclados con favorecillos y monerías muy celebradas por aquellos rancios pecadores. Mientras mi ama conversaba inocentemente con uno, su amiga, que se hallaba entre los dos, no hacia ciertamente el papel de Susana con ellos. Yo estaba considerando atentamente aquel retablo (que á la verdad tenia muchos atractivos para un mozo de mi edad) cuando se sirvieron los postres. Entonces puse en la mesa botellas de licores con sus copas correspondientes, y me retiré á cenar con Laura, que me estaba esperando. Y bien, Gil Blas, me dijo, ¿qué te parece de esos señores que has visto? Sin duda, le respondi, son los cortejos de Arsenia y Florimunda. Te engañas, replicó ella: son unos viejos voluptuosos que galantean á todas sin fijarse en ninguna. Se contentan solo con un poco de agrado, y son tan generosos que pagan bien los leves favores que se les conceden. Florimunda y mi ama están ahora sin amantes, á Dios gracias; hablo de aquellos amantes que quieren alzarse con la autoridad de maridos, y que sean para si solos todos los gustos de la casa porque hacen el gasto de ella. Yo soy de opinion que una muger de juicio debe huir de todo lo que huele á empeño particular. ¿A qué fin sujetarse á ninguno que la domine? Mas vale ganar poco á poco alhajas, que comprarlas de una vez á costa de tan impertinente sujecion.

Cuando Laura estaba de humor de hablar, lo que acontecia casi de continuo, nada le costaban las palabras, tanta era la soltura de su lengua. Contóme mil lances que habian sucedido á las comediantas del corral del Príncipe; y conocí por sus conversaciones que no podia estar yo en mejor escuela para conocer perfectamente los vicios. Hallábame por mi desgracia en una edad en que estos apenas causan horror; y añadiase á esto que la tal niña los sabia pintar tan bien, que en ellos solo consideraba yo placeres y delicias. No tuvo tiempo para instruirme ni aun de la décima parte de las gloriosas hazañas de las heroínas de teatro porque no habia mas que tres horas que estaba hablando. Los señores y los comediantes se retiraron al fin con Florimunda, acompañándola hasta su casa.

Luego que salieron, me dió diez doblones mi ama, diciéndome: toma, Gil Blas, ese dinero para el gasto. Mañana vienen á comer cinco ó seis de mis compañeros y compañeras: procura regalarnos bien. Señora, le respondi, con diez doblones me atrevo á dar una suntuosa comida, aunque sea á toda la cuadrilla cómica. ¿Qué es eso de cuadrilla? repuso ella. Mira cómo hablas. No se debe llamar cuadrilla, sino compañía. Se dice muy bien una cuadrilla de bandidos ó de holgazanes; puede decirse una cuadrilla de autores ó poetas; pero guárdate de volver á decir cuadrilla de comediantes. La nuestra es compañía; y sobre todo los actores de Madrid merecen bien que á su cuerpo se le dé este nombre. Pedí perdon á mi ama de haber usado de una espresion tan poco respetuosa, suplicándole disculpase mi ignorancia, y protestando que siempre que hablase de los señores representantes de Madrid colectivamente, diria compañía y jamás cuadrilla.

CAPITULO XI.

Del modo con que vivian entre si los comediantes, y cómo trataban á los autores de comedias.

Al día siguiente muy de mañana sali á campaña para dar principio á mi empleo de mayordomo. Era vigilia;

y por orden de mi ama compré buenos pollos, conejos, perdices y otras frioleras de semejante especie. Como los señores cómicos no están contentos de los ritos de la Iglesia con respecto á ellos, no observan con mucha puntualidad sus mandamientos. Llevé á casa mas comida de la que bastaria para alimentar á doce personas honradas los tres dias de carnestolendas. La cocinera tuvo bien en qué divertirse toda la mañana. Mientras ella cuidaba de aderezar la comida se levantó Arsenia de la cama, y se sentó al tocador, donde estuvo hasta el medio dia. Llegaron entonces los señores comediantes Ricardo y Casimiro. A estos se siguieron dos comediantas, Constanza y Leonor: un momento despues se dejó ver Florimunda, acompañada de un hombre que tenia toda la traza de un caballero majo: el cabello peinado á la última moda, un sombrero con una ala levantada, y su penacho de plumas en figura de ramillete; calzones ajustados; ropilla bordada con flores de oro, y medio desabrochada, por donde se descubria una finísima camisa guarnecida de ricos encajes; guantes y pañuelo de Cambray delicadísimo, metidos en la guarnicion ó cazoleta de la espada; capa larga, terciada sobre el hombro con mucho garbo y bizarria.

Con todo eso, aunque de tan buena traza, y hombre verdaderamente bien plantado, todavia me pareció descubrir en él un no sé qué de extraño que me chocaba. Es imposible, decia yo entre mí, que no sea un hombre raro este sugeto. No me engañe en mi concepto, porque era un ente singular. Luego que entró en el cuarto de Arsenia fué precipitadamente á abrazar á todas las comediantas y comediantes con mayor intrepidez y algazara que el mozalvete mas atrevido. Comenzó á hablar, y me confirmé en mi opinion. Se recalca sobre cada sílaba, y pronunciaba las palabras con cierto modo enfático, pomposo y gutural, accionando, gesticulando, y haciendo con los ojos aquellos movimientos que, á su parecer, estaba pidiendo el asunto. Tuve la curiosidad de preguntar á Laura quién era aquel caballero. Disculpo tu curiosidad, me respondió prontamente. Es imposible no tenerla al ver por la primera vez al señor Carlos Alfonso de la Ventoleria. Voy á pintártele al natural. Primeramente fué en otro tiempo comediante; dejó el teatro por antojo, y se arrepintió despues mirándolo con juicio. ¿Has reparado en su cabello negro? pues sábetelo que es teñido, ni mas ni menos que sus cejas y bigotes. Es mas viejo que Saturno. Sin embargo, como sus padres, cuando nació, se olvidaron de hacer asentar su nombre en el libro de bautizados, él se aprovecha de este descuido para quitarse veinte años por lo menos. Fuera de eso, es el hombre mas pagado de si mismo que quizás se encontrará en toda España. Pasó los ocho primeros lustros de su vida en una completa ignorancia; y para hacerse sabio encontró despues un cierto preceptor que le enseñó á deletrear en griego y en latin. Aprendió de memoria una multitud de cuentos y de chistes, que á fuerza de repetirlos, se ha llegado á persuadir de que son suyos efectivamente. Házelos venir á la conversacion aunque sea arrastrándolos por los cabellos, y se puede decir de él que lo luce su entendimiento á costa de su memoria. Finalmente, se dice que es un grande actor, y lo creo piadosamente; pero te confieso que nunca me ha gustado. Algunas veces le oigo declamar aqui, y entre otros defectos, es muy visible el de una pronunciacion tan afectada, y con una voz tan trémula, que dá cierto aire antiguo y ridículo á su declamacion.

Tal fué el retrato que la señora Laura me hizo de aquel histrion honorario, de quien puedo decir con verdad que no he visto mortal de un aspecto mas orgulloso en todos los dias de mi vida. Quería hacer tambien el chistoso y discreto, sacando de su mollera dos ó tres cuentos, que nos encajó en tono grave y bien estudiado. Por otra parte, las comediantas y los comediantes, que ciertamente no habian venido á callar, tampoco estuvieron mudos. Comenzaron á hablar de sus camaradas ausentes, á la verdad de un modo poco caritativo; pero esto

es menester perdonárselo, tanto á los comediantes como á los autores. Ac caloróse un poco la conversacion á espensas del prójimo. ¿Habeis sabido, amigas, dijo Casimira, el nuevo pasage de nuestro compañero Cesarino? Compró esta mañana un par de medias de seda, cintas y encages, haciendo despues que un page se los llevase al ensayo como de parte de cierta condesa. ¡Qué bribonada! exclamó el señor Ventolería con cierta risita vana y modesta. En mi tiempo se usaba mas realidad. Ninguno pensaba en semejantes ficciones. Es verdad que aun las damas de mayor distincion nos ahorraban la ruindad y el trabajo de inventarlas; pues tenian el capricho de ir ellas mismas en persona á comprar lo que nos regalaban. Pardiez, repuso Ricardo en el mismo tono, que ese capricho aun no se les ha pasado; y si fuera licito decir todo lo que uno sabe en este punto... Pero es fuerza callar ciertos lances, particularmente cuando tocan á personas de suposicion.

Señores, interrumpió Florimunda, suplico á vds. dejen á un lado esos lances y buenas fortunas, puesto que todo el mundo los sabe; y hablemos algo de nuestra Ismenia. He oido que se le ha escapado aquel señor que gastaba tanto con ella. Es muy cierto, respondió Constanza, y aun diré mas: tambien acaba de perder un rico mayordomo, á quien sin remedio hubiera dejado sin camisa. Lo sé originalmente. Su mensajero hizo un *qui pro quo*, llevando al señor un billete que era para el mayordomo, y al mayordomo una carta que escribia al señor. Dos grandes pérdidas, añadió Florimunda. ¡Oh, replicó prontamente Constanza, por lo que toca á la del señor, es poco importante, pues ya habia consumido cuasi toda su hacienda; pero el mayordomo ahora comenzaba su carrera. No ha pasado aun por la aduana de las coquetas, y asi es una pérdida muy digna de llorarse.

A esto, poco mas ó menos, se redujo la conversacion antes de comer, y sobre el mismo asunto continuó durante la comida. Y como nunca acabaria yo si hubiese de referir cuantas especies se tocaron, todas de murmuracion ó de fatuidad, el lector llevará á bien que las suprima, para contarle el modo con que fué recibido un pobre diablo de autor, que llegó á casa de Arsenia hácia el fin de la comida.

Entró nuestro lacayuelo donde estaban comiendo, y en voz alta dijo á mi ama: señora, ahí está un hombre con la camisa sucia y lleno de cazcarrias hasta el cogote que con perdon de vds., tiene traza de poeta, y dice que desea hablar á vmd. Házle subir, respondió Arsenia. Nada de cumplimientos, señores, añadió, que es un autor. Efectivamente era uno que habia compuesto cierta tragedia admitida por la compañía, y traia el papel que habia de representar mi ama. Llamábase Pedro de Moya. Al entrar hizo cinco ó seis profundas cortesias á los concurrentes, sin que ninguno de ellos se levantase, ni siquiera le saludase. Solamente Arsenia le correspondió con una simple inclinacion de cabeza. Fuése acercando, pero siempre temblando y confuso: cayéronsele los guantes y el sombrero; levantólos, y se acercó á mi ama; y presentándole un papel mas respetuosamente que un litigante presenta á su juez un memorial; dignaos, señora, le dijo, de aceptar el papel que tengo la honra de ofrecer á vuestros pies. Recibióle ella con la mayor frialdad, y con cierto aire de desprecio, sin dignarse ni aun de responder una sola palabra á su cumplimento.

No por eso se acobardó nuestro autor, el cual aprovechando aquella ocasion para distribuir otros papeles, dió uno á Casimiro y otro á Florimunda, quienes los tomaron sin mas cortesias ni ceremonias que las que habia usado Arsenia; antes por el contrario, el comediante naturalmente muy cortés, como lo son casi todos estos señores, le insultó con chanzas picantes; pero el buen Pedro de Moya las llevó con paciencia, y no se atrevió á volverle las nueces al cantaro porque no lo pagase despues su trágica composicion. Retiróse sin decir palabra, pero á mi parecer vivamente picado del recibimiento que le habian hecho. Tengo por cierto que allá en su

interior no dejaria de decir mil pestes de los comediantes como merecian; y éstos, despues que él salió, comenzaron á hablar de los autores con mucho respeto. Paréceme, dijo Florimunda, que el señor Pedro de Moya no ha ido muy satisfecho de nosotros.

Y bien, señora, interrumpió Casimiro, ¿qué cuidado se os dá? ¿Por ventura son dignos de nuestra atencion los autores? Si los igualáramos á nosotros, ese seria el mejor medio para echarlos á perder. Tengo bien conocidos á esos pobres diablos, y por eso mismo sé que si los tratáramos de otra manera, presto se olvidarian de lo que son, y nos perderian el respeto. Tratémoslos, pues, como esclavos, y no temamos que les apuremos la paciencia. Si enfadados se retiraren de nosotros por algun tiempo, no durará mucho: la mania de escribir les hará presto volver á buscarnos, y darán gracias á Dios si nos dignamos de representar sus obras. Tienes mucha razon, dijo entonces Arsenia: solamente perdemos aquellos autores cuya fortuna labramos con nuestra habilidad, pues luego que los hemos acreditado y puesto en parage de que tengan que comer, se dan á la ociosidad, y ya no quieren trabajar; pero al fin la compañía se consuela, y el público tiene menos que padecer.

Aplaudieron todos este parecer, y quedaron en que los autores, á pesar de lo mal que los trataban los comediantes, siempre les estaban muy obligados, porque les eran deudores de todo lo que tenian. Asi los abatian los histriones, haciéndolos inferiores á ellos, y ciertamente no podian despreciarlos mas.

CAPITULO XII.

Toma Gil Blas inclinacion al teatro, entrégase enteramente á los pasatiempos de la vida cómica, y dentro de poco se disgusta de ella.

Los convidados se quedaron hablando sobre mesa hasta que llegó la hora de ir al teatro, y entonces marcharon todos á él. Seguílos, y vi tambien la comedia que se representó aquel dia, la que me gustó de manera que hice ánimo de no perder ninguna. Asi me fui insensiblemente acostumbrando á los actores: á tanto llega la fuerza de la costumbre. Llevábanme particularmente la atencion aquellos que hacian mas gestos y daban mas gritos en las tablas, y no era yo el único de este gusto.

No me causaba menos agrado la discrecion de las piezas que el modo de representarlas. Algunas verdaderamente me embelesaban: sobre todo aquellas en que se dejaban ver á un mismo tiempo en el teatro todos los cardenales, ó los doce pares de Francia. Sabia de memoria muchos pasos de aquellos incomparables poemas. Acuérdomé de que en dos dias aprendi toda entera una comedia famosa, intitulada: *la Reina de las flores*. La Rosa era la reina, que tenía por confidenta á la Violeta, y por escudero al Jazmin. No habia para mi obras mejores que las parecidas á éstas, persuadido de que daban mucho honor á nuestra nacion.

No me contentaba con adornar mi memoria con los trozos mas selectos de estas bellas producciones dramáticas, sino que tambien me apliqué á perfeccionar el gusto, y para conseguirlo con acierto escuchaba con la mayor atencion el parecer de los comediantes. Si alababan una pieza, yo la estimaba y despreciaba todas aquellas de que les oia hablar mal. Parecíame que eran tan inteligentes en materias teatrales como los diamantistas en piedras preciosas. Sin embargo, observé que la tragedia de Pedro de Moya fué muy aplaudida, aunque ellos habian pronosticado que todos la silbarian. Pero no bastó esta esperiencia para que su critica se me hiciese sospechosa; y antes quise creer que el público carecia de gusto y discernimiento, que dudar de la infalibilidad de la compañía. No obstante, me aseguraban todos que ordinariamente eran recibidas con aplausos aquellas comedias nuevas de que los actores formaban mal concepto, y por el contrario, silbadas casi todas las que ellos

mas celebraban. Decíanme que era regla general suya hablar siempre mal de las obras; y me citaban mil ejemplares de algunas que habían desmentido sus decisiones. Todo esto fué menester para que al cabo me desengañase.

No se me olvidará jamás lo que sucedió un día en que se representó una comedia nueva. Habíales parecido á los comediantes fría y fastidiosa, adelantándose á pronosticar que el auditorio no la vería concluir. Con esta preocupación representaron la primera jornada, que me-



reció grandes aplausos. Admirólos mucho esto. Representaron la segunda, la cual aun fué mas aplaudida que la primera. Y hé aquí á todos mis pobres actores atónitos. ¡Cómo diablos es esto! exclamaba Casimiro: esta comedia adquiere fama. Representaron la tercera, que fué sin comparacion mas celebrada que las otras dos. Yo no lo entiendo, dijo Ricardo: cuando creíamos que esta pieza no lograria aceptacion, todos la aplauden. Señores, dijo entonces un cómico ingenuamente, la causa es porque hay en ella mil gracias y rasgos ingeniosos que nosotros no habiamos comprendido.

Desde entonces dejé de tener á los comediantes por buenos jueces y me hice justo apreciador de su mérito. Ellos mismos acreditaban con cuánta razon la gente les aseaba varias ridiculeces. Veía yo claramente que los aplausos nada merecidos tenían echados á perder tanto á los cómicos como á las cómicas, los cuales considerándose como personas de suma importancia, y objetos dignos de admiracion, estaban persuadidos de que hacían gran favor al público en divertirle. Dábanme muy en rostro sus defectos; mas por mi desgracia, su modo de vivir llegó á gustarme demasiado, y así me ví metido de pies á cabeza en el desenfreno y en la disolucion. Ni podia ser otra cosa. Todas sus conversaciones eran perniciosas á la juventud; y nada veía en ellos que no contribuyese á estragarme. Aun cuando no supiera yo todo

lo que pasaba en las casas de Constanza, Casilda y las demas comediantas, bastaba para perderme lo que estaba viendo en la de Arsenia. Además de aquellos señores ya viejos de que hablé antes, concurrían á ella varios elegantes, y no pocos hijos de familia, que encontraban en los usureros todo el dinero que habían menester para arruinarse. Alguna vez recibían tambien á ciertos agentes de quienes se servían, los cuales en vez de ser pagados por su trabajo, les pagaban á ellas porque se desajasen servir.

Florimunda vivía pared por medio de Arsenia y todos los días comían y cenaban juntas. Estaban las dos tan unidas que causaba admiracion á las gentes ver tanta armonía entre cortesanas, y se creía que tarde ó temprano se rompería su amistad por algun obsequiante; pero conocían mal á tan perfectas amigas, porque era muy íntima su union: en lugar de ser celosas como las demas mugeres hacían vida comun. Gustaban mas de repartir entre sí los despojos de los hombres, que de disputarse neciamente sus amorosos suspiros.

Laura, á ejemplo de estas dos ilustres compañeras, aprovechaba tambien el tiempo, no dejando malograr lo mas florido de sus años. Habíame ella dicho que vería mil lindezas y no me engañó. Con todo eso, yo no hacía el celoso, por haberle prometido que procuraría adoptar el espíritu de la compañía. Disimulé por algun tiempo, contentándome con preguntarle el nombre de los sujetos con quienes la veía á solas en conversacion; pero siempre me respondía que era un tío ó un primo carnal suyo. ¡Oh, y cuánta multitud de parientes tenía! Su familia debía ser mas numerosa que la del rey Priamo. Mas no era negocio de atenerse únicamente á su infinita parentela: hacía tambien sus salidas fuera del árbol genealógico, y no se olvidaba de ir de cuando en cuando á representar el papel de señora viuda en casa de la vieja de antaño. En fin, Laura (por dar al lector una idea cabal de su persona) era tan jóven, tan linda y tan alegre como su ama, excepto que ésta divertía al pueblo públicamente, y la criada solo lo hacía en secreto. Yo cedi al torrente, y por espacio de tres semanas me entregué á todo género de paceres y pasatiempos; pero debo decir que en medio de ellos me sentía atormentado de crueles remordimientos, efecto de mi educacion, que llenaban de amargura todas mis delicias. No triunfó la disolucion de tan saludables remordimientos: al contrario, eran mayores cuanto mas me abandonaba á mis desórdenes. Comenzaron éstos á causarme horror, gracias á mi natural complexion. ¡Ah desventurado! me decía yo á mí mismo: ¿es esto lo que esperaba de ti tu familia? ¿No te bastaba haberla engañado tomando otra carrera que la de preceptor? El verte precisado á servir ¿te dispensa de cumplir con las leyes de hombre de bien? ¿Párecete que te puede servir de algun provecho el vivir entre gente tan viciosa? En unos reina la envidia, la ira y la avaricia; el pudor y la vergüenza están desterrados de otros; éstos se entregan á la intemperancia y á la pereza; aquellos al orgullo y á la insolencia. Esto se acabó: no quiero vivir mas con los siete pecados capitales.

LIBRO IV.

CAPITULO I.

No pudiendo Gil Blas acomodarse á las costumbres de los comediantes, se sale de casa de Arsenia, y halla mejor conveniencia.

Un tantico de honor y de religion que conservaba todavia en medio de tan estragadas costumbres, me obligó no solo á dejar á Arsenia, sino tambien á romper toda comunicacion con Laura, á quien sin embargo no podia menos de amar, aun conociendo que me hacía mil infidelidades. Dichoso aquel que sabe aprovecharse de ciertos momentos en que la razon viene á turbar los ilícitos embelesos que la tienen obcecada. Amaneció, pues,

una mañana, muy dichosa para mí, en la cual hice mi batillo, y sin contar con Arsenia, que, si vá á decir verdad, casi nada me debía de mi salario, ni despedirme de mi querida Laura, sali de aquella casa, en que solo se respiraba libertinage. Premiome inmediatamente el cielo esta buena obra, pues encontrando al mayordomo de mi difunto amo don Matias, le saludé, y él conociéndome al instante, me preguntó á quien servia. Respondile que habia estado un mes en casa de Arsenia, cuyas costumbres desenvueltas no me cuadraban, y que en aquel mismo punto voluntariamente acababa de dejarla por salvar mi inocencia. El mayordomo, como si de suyo fuera hombre escrupuloso, aprobó mi delicadeza, y me dijo, que pues yo era un mozo tan honrado, queria él mismo buscarme una buena conveniencia. Cumplió puntualmente su palabra, y en aquel mismo dia me acomodó con don Vicente de Guzman, de cuyo mayordomo él era grande amigo.

No podia entrar en mejor casa; y así nunca me arrepenti de haber estado en ella. Era don Vicente un caballero ya anciano y muy rico, que habia muchos años vivia feliz, sin pleitos y sin muger, porque los médicos le habian privado de la suya queriéndola curar de una tós, que verosimilmente la dejaria vivir mas largo tiempo sino hubiera tomado sus remedios. No pensó jamás en volverse á casar, dedicándose enteramente á la educacion de Aurora, su hija única, que entraba entonces en los veinte y seis años, y era una señorita completa. Juntaba á su hermosura poco comun un entendimiento despejado, y grande instruccion. Su padre era hombre de poco talento; pero tenia el de saber gobernar su casa. Solo le hallaba yo un defecto, que á los viejos se les debe perdonar: gustaba mucho de hablar, sobre todo de guerras y batallas. Si por una desgracia se tocaba esta tecla en su presencia, luego sonaba en su boca la trompeta heróica, y se tenian por muy afortunados los oyentes si se contentaba con embocarles la relacion de tres batallas y dos sitios. Como habia militado las dos terceras partes de su vida, era su memoria un manantial inagotable de funciones y hazañas militares, que no siempre se oian con el gusto con que él las relataba. A esto se añadia que era muy prolijo, sobre ser un poco tartamudo, con lo cual sus relaciones se hacian en extremo desagradables. En lo demas no era fácil encontrar un señor de mejor carácter. Siempre de igual humor, nada testarudo ni caprichoso; cosa verdaderamente rara en un hombre de su clase. Aunque gobernaba su hacienda con juicio y economia, se trataba muy decentemente. Componiase su familia de varios criados, y de tres criadas que servian á Aurora. Conoci desde luego que el mayordomo de don Matias me habia colocado en una buena casa, y solamente pensé en el modo de conservarme en ella. Apliqueme á conocer bien el terreno, y á estudiar el genio é inclinaciones de todos: arreglé despues mi conducta por este conocimiento, y en poco tiempo logré tener en mi favor al amo y á todos mis compañeros.

Habiase pasado casi un mes desde mi entrada en casa de don Vicente, cuando se me figuró que su hija me distinguia entre los demás criados. Siempre que me miraba me parecia observar en sus ojos cierto agrado que no advertia en ella cuando miraba á los otros. A no haber tratado yo con elegantes y comediantes, nunca me hubiera pasado por la imaginacion que Aurora pensase en mí; pero me habian abierto los ojos aquellos señores míos, en cuya escuela no siempre estaban en el mejor predicamento aun las damas de la mas alta esfera. Si hemos de dar crédito á algunos histriones (me decia yo á mí mismo) tal vez suelen venir á las señoras mas distinguidas ciertas fantasías, de las cuales saben ellos aprovecharse. ¿Qué sé yo si mi ama tendrá de estos caprichos? Pero no, añadia inmediatamente, no puedo persuadirme tal cosa: no es esta señorita una de aquellas Mesalinas que olvidadas de la noble altivez que les infunde su nacimiento, se rinden á la indecencia de humillarse hasta el polvo, y se deshonran á sí mismas sin rubor.

Será quizá una de aquellas virtuosas, pero tiernas y amorosas doncellas, que sin traspasar los límites que la virtud prescribe á su ternura, no hacen escrupulo de inspirar, ni de sentir ellas mismas una pasion delicada que las entretiene sin peligro.

Este era el juicio que yo formaba de mi ama, sin saber precisamente á qué atenerme. Mientras tanto, siempre que me veia, no dejaba de sonreirse y alegrarse, de manera que sin pasar por necio, podia cualquiera creer tan bellas apariencias, y por lo mismo no hallé medio de impedir que me sedujesen. Consentí, pues, en que Aurora estaba muy prendada de mi mérito, y comencé á considerarme como uno de aquellos criados afortunados á quienes el amor hace dulcísima la servidumbre. Para mos-



Levantéme enagenado y arrojéme á sus pies como un héroe de teatro.—Pág. 70.

trarme en cierto modo menos indigno del bien que parecia querer proporcionarme la fortuna, empecé á cuidar del aseo de mi persoma mas de lo que habia cuidado hasta allí. Gastaba todo mi dinero en comprar ropa blanca, aguas de olor y pomadas. Lo primero que hacia por la mañana luego que me levantaba de la cama, era lavarme, perfumarme bien, y vestirme con todo el aseo posible, para no presentarme con desaliño á mi ama en caso que me llamase. Con este cuidado de componerme, y con otros medios que empleaba para agradar, me lisonjeaba de que no tardaria mucho en declararse ni ventura.

Entre las criadas de Aurora habia una que se llamaba la Ortiz. Era una vieja que hacia mas de veinte años que servia en casa de don Vicente. Habia criado á su hija, y conservaba todavia el titulo de dueña, aunque ya no ejercia aquel penoso empleo. Por el contrario, en lugar de vigilar las acciones de Aurora, como lo hacia en otro tiempo, entonces solo atendia á ocultarlas, con lo cual

gozaba toda la confianza de su ama. Una noche habiendo buscado la dueña ocasion de hablarme, sin que nadie pudiese oírnos, me dijo en voz baja que si yo era prudente y callado, bajase al jardin á media noche, donde sabria cosas que no me disgustarian. Respondile, apretándole la mano, que sin falta alguna bajaria, y prontamente nos separamos para no ser sorprendidos. Ya no dudé entonces de ser yo el objeto del cariño de Aurora. ¡Oh, y qué largo se me hizo el tiempo hasta la cena (sin embargo de que siempre se cenaba temprano), y desde la cena hasta que mi amo se recogió! Pareciame que aquella noche todo se hacia en casa con extraordinaria lentitud. Y para aumento de mi fastidio, cuando don Vicente se retiró á su cuarto, en vez de pensar en dormirse, se puso á repetirme sus campañas de Portugal con que tanto me habia machacado. Pero lo que jamás habia hecho, y lo que precisamente guardó para regalarme aquella noche, fué irme nombrando uno por uno todos los oficiales que se habian hallado en ellas, refiriéndome al mismo tiempo las hazañas de cada cual. No puedo ponderar cuanto padecí en estarle oyendo hasta que concluyó. Al fin acabó de hablar y se metió en la cama. Retiréme inmediatamente al cuarto donde estaba la mia, y del que se bajaba por una escalera secreta al jardin. Untéme de pomada todo el cuerpo; púseme una camisola limpia bien perfumada; y nada omiti de cuanto me pareció podia contribuir á frenar el capricho que me habia figurado en mi ama, con lo que fui al sitio de la cita.

No encontré en él á la Ortiz, y juzgué que cansada de esperarme se habia vuelto á su cuarto, lo que me hizo perder todas mis esperanzas. Eché la culpa á don Vicente, y cuando estaba dando al diablo sus campañas, dió el reloj, conté las horas, y vi que no eran mas que las diez. Tuve por cierto que el reloj andaba mal, creyendo imposible; que no fuese ya por lo menos la una de la noche; pero estaba tan engañado, que un cuarto de hora despues volví á contar las diez de otro reloj. ¡Bravo! dije entonces entre mi: todavía me faltan dos horas enteras de poste ó de centinela. No culparán mi tardanza. Pero ¿qué haré hasta las doce? Paseémonos en este jardin, y pensemos en el papel que debo hacer, que es para mí harto nuevo. No estoy acostumbrado á las bizarrías de las damas de distincion; solamente sé lo que se practica con las comediantas y mugercillas. Se presenta uno á ellas con familiaridad y franqueza, y les dice su atrevido pensamiento sin reparo; pero con las señoras se observa otro ceremonial. Es menester, á lo que me parece, que el galan sea cortés, complaciente, tierno y moderado; pero sin ser tímido. No ha de querer precipitar atropelladamente su fortuna: para lograrla debe esperar el momento favorable.

Así discurría yo, y así me proponia proceder con Aurora. Figurábame que dentro de poco tendría la dicha de verme á los pies de aquella amable persona, y decirle mil cosas amorosas. Con este fin traía á la memoria los pasages de las comedias que me pareció podian servirme y darme gran lucimiento en nuestra conversacion á solas. Lisonjeábame de que los aplicaria con oportunidad; y esperaba que, á ejemplo de algunos comediantes que yo conocia, pasaria por hombre de entendimiento, aunque no tuviese mas que memoria. Mientras me ocupaba en estos pensamientos, los cuales divertian mi impaciencia con mas gusto que las relaciones militares de mi amo, oí dar las once. ¡Buena! dije entonces: ya no me falta mas que sesenta minutos que esperar: armémonos de paciencia. Cobré ánimo, y volvime á recrear con las alegres fantasías de mi imaginacion, parte paseándome, y parte sentándome en un delicioso cenador formado en el extremo del jardin. Llegó en fin la hora de mi tan deseada, es decir las doce. Pocos instantes despues se dejó ver la Ortiz, tan puntual como yo, pero menos impaciente. Señor Gil Blas, me dijo al acercarse, ¿cuánto ha que está vmd. aquí? Dos horas, le respondi. En verdad, añadió ella riéndose, que es vmd. muy cumplido, y da gusto darle citas para estas horas. Es cierto, prosiguió en

tono sério, que eso y mucho mas merece la dicha que le voy á anunciar. Mi ama quiere hablar á solas con vmd., y me ha mandado que le introduzca en su cuarto en donde le espera: no tengo otra cosa que decirle: lo demas es un secreto que vmd. no debe saber sino de su propia boca. Sigame á donde le conduzca; y dicho esto me cogió de la mano, y ella misma me introdujo misteriosamente en el aposento del ama por una puerta falsa de que tenia la llave.

CAPITULO II.

Como recibió Aurora á Gil Blas, y la conversacion que con él tuvo.

Hallé á Aurora vestida de trapillo, lo que no me disgustó; saludéla con el mayor respeto y con la mejor gracia que me fué posible. Recibióme con semblante risueño; hizome sentar junto á si repugnándolo yo, y lo que mas me agradó fué que mandó á su embajadora se retirase á su cuarto y nos dejase solos. Despues de este preludio, volviéndose hácia mí, me dijo: Gil Blas, ya habrás advertido que te miro con buenos ojos, y te distingo entre todos los criados de mi padre: cuando esto no fuese bastante para hacerte conocer la particularidad con que te estimo, juzgo que no te dejará dudar este paso que ahora doy.

No le di tiempo para que dijese mas. Parecióme que como hombre discreto debia respetar su pudor, y no darle lugar á mayor esplicacion. Levantéme enagenado, y arrojándome á sus pies como un héroe de teatro que se arrodilla ante su princesa, exclamé en tono declamatorio: ¡ah señora! ¿me habré engañado? ¿se dirigen á mí vuestras palabras? ¿será posible que Gil Blas, juguete hasta aqui de la fortuna y deshecho de toda la naturaleza, sea tan venturoso que haya podido inspiraros afectos... Baja un poco la voz, me dijo sonriéndose mi ama, por no despertar á las criadas que duermen en el cuarto vecino. Levántate, vuelve á sentarte, y escúchame hasta que acabe sin interrumpirme. Si, Gil Blas, prosiguió volviendo á su afable seriedad: es cierto que te estimo, y en prueba de ello voy á fiarte un secreto, del cual pende el sosiego de mi vida. Sabe que amo á un caballero mozo, galan, airoso y de ilustre nacimiento, llamado don Luis Pacheco. Le veo algunas veces en el paseo y en la comedia; pero nunca le he hablado. Ignoro su carácter, y tambien cuáles son sus prendas, si buenas ó malas. Esto quisiera saberlo puntualmente, para lo cual necesito de un hombre sagaz y sincero, que informándose bien de sus costumbres, sepa darme una cuenta fiel de ellas. He puesto los ojos en tí con preferencia á los demas criados, persuadida de que nada arriesgo en darte este encargo. Espero que le desempeñarás con tanto sigilo y cautela, que nunca tendré motivo para arrepentirme de haberte escogido por depositario de mi mas íntima confianza.

Calló mi señorita para oír mi respuesta. Al principio me turbé algun tanto, conociendo mi necio engaño; pero volviendo prontamente en mí, y venciendo la vergüenza que causa siempre la temeridad cuando sale con desgracia, supe mostrarle un celo tan vivo, y un ardor tan grande en todo lo que fuese servirla y complacerla, que si no alcanzó para desimpresionarla del mal concepto que pudo haberle hecho formar mi atrevida presuncion, bastaria por lo menos para que conociese que yo sabia enmendar muy bien una necedad. Pedile no mas que dos dias de tiempo para poderle dar razon puntual de don Luis, los que me concedió; y llamando ella misma á la Ortiz, ésta me volvió á conducir al jardin, diciéndome con cierto aire burlon al despedirse: buenas noches, Gil Blas: no te volveré á encargar otra vez que no dejes de acudir temprano al sitio de la cita, porque ya está vista tu puntualidad.

Volvime á mi cuarto, no sin algun pesar de ver frustrado mi pensamiento. Con todo eso tuve bastante juicio para consolarme y conocer que me tenia mas cuenta ser

el confidente que el amante de mi ama. Ofrecióseme tambien que esto podia hacerme hombre, pues los medianeros de amor eran regularmente bien recompensados por su trabajo: reflexiones que me divertieron y consolaron, y fuime á acostar con firme resolucion de obedecer y servir á mi ama en cuanto exigiese de mí. Levantéme al dia siguiente, y sali de casa á desempeñar mi encargo. No era difícil saber donde vivia un caballero tan conocido como don Luis. Tomé al instante informes de él en la vecindad; pero los sugetos á quienes me dirigí, no pudieron satisfacer del todo mi curiosidad. Esto me obligó á hacer nuevas averiguaciones el dia siguiente, y fui mas afortunado que en el anterior. Encontré casualmente en la calle á un mozo á quien yo conocia; detuvimonos á hablar, y en aquel punto se llegó á él uno de sus amigos, y le dijo que le habian despedido de casa de don José Pacheco, padre de don Luis, por haberle acusado de que se habia bebido un barril de vino. No perdí una ocasion tan oportuna para saber cuanto deseaba, lo que conseguí á fuerza de preguntas; de manera que volví á casa muy contento porque ya podia cumplir la palabra que habia dado á mi señorita, con quien habia quedado de acuerdo que volveria á verla en el mismo sitio, y de la misma manera que la noche antecedente. No estuve en esta tan inquieto como en la primera: lejos de impacientarme con las prolijas relaciones de mi amo, yo mismo le saqué la conversacion de sus combates. Esperé á que fuese media noche con la mayor tranquilidad del mundo, y no me movi hasta que conté bien las doce de todos los relojes que se podian oír desde casa. Entonces bajé con mucho sosiego al jardin, sin pensar en perfumes ni en pomadas, pues hasta en esto me corregí.

Encontré ya á la fiel dueña en el sitio mismo y la taimada me dijo con algo de socarroneria: en verdad, Gil Blas, que hoy ha rebajado mucho tu puntualidad. No le respondí palabra, fingiendo que no la oia, y ella me condujo al cuarto donde Aurora me estaba esperando. Preguntóme luego que me vió si me habia informado bien acerca de don Luis, y si habia averiguado muchas cosas. Si señora, le respondí; tengo con que satisfacer vuestra curiosidad. En primer lugar os diré que muy en breve marcha á Salamanca á concluir sus estudios. Segun lo que me han dicho es un señorito lleno de honor y probidad; y en cuanto al valor, no le puede faltar, pues es caballero y castellano. Fuera de eso, es un mozo entendido y de bellos modales; pero lo que quizá os dará poco gusto, y que sin embargo no puedo menos de deciros es, que vive algo demasiado á la moda de los señoritos modernos, quiero decir, que es grandísimo libertino. ¿Creerá vmd. que, siendo tan jóven como es, ha tenido ya amistad con dos comediantas? ¿Qué es lo que me dices? exclamó Aurora. ¡Dios mio, y qué costumbres! Pero dime, Gil Blas, ¿estás bien seguro de que tiene una vida tan licenciosa? ¿Cómo si estoy cierto? le respondí: no hay cosa mas segura. Todo me lo ha contado un criado de su casa, que fué despedido de ella esta mañana; y ya se sabe que los criados son muy veraces siempre que se trata de publicar los defectos de sus amos. Fuera de eso, el tal don Luis es muy amigo de don Alejo Seguíer, de don Antonio Centelles, y de don Fernando de Gamboa, prueba constante de su disolucion. Basta, Gil Blas, dijo suspirando mi pobre señorita; en fuerza de tu informe comienzo desde ahora á combatir mi indigno amor. Aunque habia echado ya profundas raices en mi corazon, no desconfio de arrancarle de él. Vete, prosiguió, y admite en premio de tu trabajo esta corta demostracion de mi agradecimiento. Al decir esto me puso en la mano un bolsillo, que ciertamente no estaba vacío; añadiendo: solo te encargo que guardes bien el secreto que he confiado á tu silencio.

Aseguréle que en este particular podia vivir sin el menor recelo, porque yo era el Harpócrates de los criados confidentes. Dicho esto me retiré impacientísimo por saber lo que contenia el bolsillo. Abríle, y hallé en él veinte doblones. Luego se me ofreció que sin duda ha-

bria sido Aurora mas liberal conmigo si yo le hubiera dado otra noticia mas agradable, cuando pagaba con tanta generosidad una que le habia causado tanto disgusto. Me pesó de no haber imitado á los escribanos y a'guaciles que disfrazan á veces la verdad, y me enfadé mucho contra mi tontería por haber sofocado en su nacimiento un amor que con el tiempo podia producirme grandisimas utilidades si yo no hubiera hecho un necio alarde de ser sincero; pero al fin me consolé con los veinte doblones, que me recompensaban ventajosamente de lo que habia gastado tan sin venir al caso en pomadas y perfumes.

CAPITULO III.

De la gran mutacion que sobrevino en casa de don Vicente, y de la estraña determinacion que el amor hizo tomar á la bella Aurora.

Poco despues de esta aventura se sintió malo don Vicente. Sobre ser de una edad bastante avanzada, los sintomas de su enfermedad eran tan violentos, que desde luego se temieron funestas resultas. Llamóse á los dos mas famosos médicos de Madrid; uno era el doctor Andrés, y el otro el doctor Oquendo. Pulsaron atentamente al doliente, y despues de una exacta observacion convinieron entrambos en que los humores estaban en una preternatural fermentacion y movimiento. En solo esto fueron de un parecer, y estuvieron discordes en todo lo demas. El uno queria que se purgara al enfermo aquel mismo dia, y el otro opinaba que la purga se dilatase. El doctor Andrés decia que por lo mismo que los humores estaban en una violenta agitacion de flujo y reflujo, se les habia de espeler aunque crudos con purgantes, antes que se fijase en alguna parte noble y principal. Oquendo opinaba por el contrario, que estando todavia incoctos y crudos los humores, se debia esperar á que madurasen antes de recurrir á los purgantes. Pero este método (replicaba el otro) es directamente opuesto al que nos enseña el principe de la medicina: Hipócrates advierte que se debe purgar al principio de la enfermedad y desde los primeros dias de la mas ardiente calentura, diciendo en términos espresos que se ha de acudir prontamente con la purga cuando los humores están en *orgasmo*, es decir, en su mayor agitacion. ¡Oh! en eso está vuestra equivocacion (repuso Oquendo): Hipócrates no entiende por la voz *orgasmo* la agitacion violenta, sino mas bien la madurez de los humores.

Acaloráronse nuestros doctores en esta disputa. El uno recitó el testo griego, y citó todos los autores que le esplicaban como él. El otro se fiaba en la traduccion latina, empeñándose con mayor calor, y tomando el asunto en tono mas alto. ¿A cuál de los dos se habia de creer? Don Vicente no era hombre que pudiese resolver aquella cuestion; pero hallándose precisado á elegir una de las dos opiniones, adoptó la del que habia echado al otro mundo mas enfermos, quiero decir, la del mas viejo. Viendo esto el doctor Andrés, que era el mas mozo, se retiró; pero no sin decir primero cuatro pullas bien picantes al mas anciano sobre su *orgasmo*; y he aqui que quedó triunfante Oquendo; y como seguia los mismos principios que el doctor Sangredo, hizo sangrar copiosamente al enfermo, esperando para purgarle á que los humores estuviesen cocidos; pero la muerte, que temió quizá que una purga tan sábiamente diferida, no le quitase la presa que ya tenia agarrada, impidió la coccion, y se llevó á mi pobre amo. Tal fué el fin del señor don Vicente, que perdió la vida porque su médico no sabia el griego.

Despues de haber hecho Aurora á su padre las exequias correspondientes á un hombre de su distinguido nacimiento, entró en la administracion de todo lo que tocaba á la casa. Dueña ya de su voluntad, despidió algunos criados, remunerándolos en proporcion de su lealtad y méritos. Hecho esto se retiró á una quinta que te-

nia á las márgenes del Tajo, entre Sacedon y Buendia. Yo fui uno de los que permanecieron con ella, y la siguieron á la aldea. No solo eso, sino que tambien tuve la fortuna de que necesitase de mi. No obstante el fiel informe que yo le habia dado de don Luis, todavia le amaba, ó por mejor decir, no pudiendo con todos sus esfuerzos vencer la violencia del amor, se habia dejado llevar de su impulso. Como ya no necesitaba tomar precauciones para hablarme á solas, me dijo un dia suspirando: Gil Blas, yo no puedo olvidar á don Luis: por mas que hago para desecharle del pensamiento, se me representa siempre, no ya como tú me lo pintaste encenagado en los vicios, sino como yo quisiera que fuese, tierno, amoroso y constante. Enterneciése al decir estas palabras, y no pudo reprimir algunas lágrimas. Tambien á mí me faltó poco para llorar: tanto fué lo que me conmovió su llanto. Ni podia hacerle mejor la corte que mostrándome afligido de su pena. Veo, amigo Blas, continuó enjugándose sus hermosos ojos, veo tu buen corazon, y estoy muy satisfecha de tu celo, que prometo recompensar bien. Nunca mas que ahora me ha sido necesario tu auxilio. Voy á descubrirte el pensamiento que ocupa en este instante mi atencion: sin duda te parecerá extravagante y caprichoso. Has de saber que quiero ir cuanto antes á Salamanca, donde he pensado disfrazarme de caballero bajo el nombre de don Felix, y hacer conocimiento con Pacheco, de modo que llegué á ganar su amistad y confianza. Hablaréle frecuentemente de doña Aurora de Guzman, suponiéndome primo suyo, y como es natural que desee conocerla, aqui es donde yo le aguardo. Nosotros tendremos en Salamanca dos posadas, en una haré el papel de don Felix, y en la otra de doña Aurora; y dejándome ver de don Luis unas veces vestida de hombre y otras de muger, espero traerle al fin que me he propuesto. Confieso, añadió ella misma, que es muy extraño mi proyecto; pero la pasion que me arrastra, y la inocente intencion con que camino, acaban de cegarme sobre el paso á que me quiero arriesgar.

Yo era del mismo parecer que Aurora en cuanto á la extravagancia del designio, que creia muy insensato. Sin embargo, aunque le tenia por tan contrario á la razon, me guardé muy bien de hacer el pedagogo, antes si comencé á dorar la píldora, y me esforcé á querer persuadir que en vez de ser una idea disparatada, era una delicada invencion de ingenio que no podia traer consecuencia. No me acuerdo ya cuanto le dije para convencerla de esto; pero cedió á mis persuasiones, porque á los amantes siempre les agrada que se celebren y aplaudan sus mas locos desvarios. En fin, convenimos los dos en que esta temeraria empresa la debiamos mirar como una especie de comedia burlesca inventada para divertirnos, en la cual solo habia de pensar cada uno en representar bien su papel. Escogimos los actores entre las gentes de casa, y repartimos á cada cual el suyo. Todos le admitieron sin quejarse ni hacer esguinces, porque no éramos comediantes de profesion. A la señora Ortiz se le encomendó el de tia de doña Aurora, señalándosele un criado y una doncella, y habia de llamarse doña Jimena de Guzman. A mí me tocaba el de ayuda de cámara de doña Aurora, que habia de disfrazarse de caballero; y una de las criadas, disfrazada de page, le habia de servir separadamente. Arreglados asi los papeles, nos restituimos á Madrid, donde supimos se hallaba todavia don Luis; pero disponiendo su viage á Salamanca. Dimos orden para que se hiciesen cuanto antes los vestidos que habiamos menester, á fin de usar de ellos en tiempo y lugar; y hechos que fueron se doblaron y metieron en diferentes baules; y dejando al mayordomo el cuidado de la casa, marchó doña Aurora en un coche de colleras, tomando el camino del reino de Leon acompañada de todos los que entrábamos en la comedia.

Ibamos atravesando por Castilla la Vieja, cuando se rompió el eje del coche, entre Avila y Villafior, á trescientos ó cuatrocientos pasos de una quinta que se dejaba ver al pie de una montaña. Veiamonos muy apura-

dos porque se acercaba la noche; pero un aldeano que acertó á pasar por alli, nos sacó de aquel conflicto. Informónos de que aquella quinta era de una tal doña Elvira, viuda de don Pedro Pinares, y fué tanto el bien que dijo de aquella señora, que mi ama se determinó á enviar á suplicarle de su parte se sirviese recogernos en su casa por aquella noche. No desmintió doña Elvira el informe del aldeano; bien es verdad que yo desempeñé mi comision de tal modo, que la hubiera inclinado á recibirnos en su quinta, aun cuando no hubiera sido la señora mas agasajadora del mundo: me recibió con mucha afabilidad, y respondió á mi súplica en los términos que yo deseaba. Pasamos todos á la quinta tirando las mulas el coche con el mayor tiento que se pudo. Encontramos á la puerta a la viuda de don Pedro, que salió cortesmente al encuentro de mi ama. Paso en silencio los reciprocos cumplimientos que ambas se hicieron; solo diré que doña Elvira era una señora ya de edad avanzada; pero á quien ninguna muger del mundo escedia en desempeñar noblemente las obligaciones de la hospitalidad. Condujo á doña Aurora á un magnifico cuarto, don-



de dejándola en libertad para que descansase, fué á dar disposiciones hasta sobre las cosas mas menudas tocante á nosotros. Hecho esto, luego que estuvo dispuesta la cena mandó se sirviese en el cuarto de Aurora, donde las dos se sentaron á la mesa. No era la viuda de don Pedro una de aquellas personas que no saben obsequiar en un convite manteniéndose en él con un aire enfadosamente grave, silencioso y pensativo; antes bien era de un genio jovial, y sabia mantener siempre grata la conversacion. Esplicábase noblemente con frases escogidas y adecuadas; yo admiraba su talento y el modo fino y delicado con que espresaba sus pensamientos, lo que me tenia embelesado, y no menos encantada se manifestaba Aurora. Se cobraron las dos una estrecha amistad, y quedaron de acuerdo en mantenerla correspondiéndose por

cartas. Nuestro coche no podia estar compuesto hasta el dia siguiente, y era muy natural que no pudiésemos salir hasta muy tarde, por lo que nos detuvimos todo aquel dia en la misma quinta. A nosotros se nos sirvió tambien una cena muy abundante, y asi dormimos todos tan bien como habiamos cenado.

Al dia siguiente descubrió mi ama nuevo fondo y nuevas gracias en la conversacion de doña Elvira. Comieron las dos en una sala en que habia muchas pinturas, entre las cuales sobresalia una, cuyas figuras estaban pintadas con la mayor propiedad, y que ofrecia á la vista un asunto verdaderamente trágico. Era un caballero muerto, tendido en tierra, bañado en su misma sangre, cuyo semblante parecia que, aun despues de muerto, estaba amenazando. Cerca de él se dejaba ver tendido tambien el cadáver de una dama jóven, aunque en diferente actitud, atravesado el pecho con una espada, y cuando se representaba exhalando el último aliento tenia clavados los ojos en un jóven, que espresaba tener un mortal dolor de perderla. El pincel habia representado tambien en aquel lienzo otra figura, que no llamaba menos la atencion. Era un anciano de grave, hermoso y venerable aspecto, que conmovido vivamente de los funestos objetos que se le presentaban á la vista, no se manifestaba menos afligido que el jóven. Podriase decir que aquellas imágenes sangrientas escitaban en el mozo y en el anciano iguales movimientos, pero causando en los dos diferentes impresiones. El viejo, poseido de una profunda tristeza, parecia estar abatido enteramente de ella; mas en el mozo se echaba de ver el furor mezclado con la afliccion. Todos estos afectos estaban tan vivamente espresados, que no nos cansábamos de ver y admirar aquel cuadro. Preguntó mi ama qué suceso ó qué historia representaba aquella pintura. Señora, le respondió doña Elvira, es una pintura fiel de las desgracias de mi familia. Esta respuesta picó tanto la curiosidad de Aurora, y manifestó un deseo tan vehemente de saber mas, que la viuda de don Pedro no pudo dispensarse de prometerle la satisfaccion que descaba. Esta promesa fué hecha á presencia de Ortiz, de sus dos compañeras y mia: todos cuatro nos detuvimos en la sala despues de la comida. Mi ama quiso que nos retirásemos; pero doña Elvira, que conoció nuestra gana de oír la esplicacion de aquel cuadro, tuvo la benignidad de decirnos que nos quedásemos, añadiendo que la historia que iba á referir no era de aquellas que pedian secreto. Un poco despues principió su relacion en los términos siguientes.

CAPITULO IV.

El casamiento por venganza.

NOVELA.

Rogerio, rey de Sicilia, tuvo un hermano y una hermana. El hermano, que se llamaba Manfredo, se reveló contra él, y encendió en el reino una guerra no menos sangrienta que peligrosa; pero tuvo la desgracia de perder dos batallas y de caer en manos del rey, quien se contentó con privarle de la libertad en castigo de su rebellion; clemencia que solo produjo el efecto de ser tenido por bárbaro en el concepto de algunos vasallos suyos, persuadidos de que no habia perdonado la vida á su hermano sino para ejercer en él una venganza lenta é inhumana. Todos los demas, con mayor fundamento, atribuian á sola su hermana Matilde el duro trato que á Manfredo se le daba en la prision. Con efecto, esta princesa siempre habia aborrecido á aquel desgraciado principe, y no cesó de perseguirle mientras él vivió. Murió Matilde poco despues de Manfredo, y su temprana muerte se tuvo como un justo castigo de su desapiadado corazón.

Dejó dos hijos Manfredo, ambos de tierna edad. Vaciló por algun tiempo Rogerio sobre si les haria quitar la vida, temiendo que en edad mas avanzada no les

ocurriese la idea de vengar el cruel trato que se habia dado á su padre, resucitando un partido que todavia se sentia con fuerzas para causar peligrosas turbaciones en el estado. Comunicó su pensamiento al senador Leoncio Sifredo, su primer ministro, quien para disuadirle de aquel intento, se encargó de la educacion del principe Enrique, que era el primogénito, y aconsejó al rey que confiase la del mas jóven, por nombre don Pedro, al condestable de Sicilia. Persuadido Rogerio de que estos dos fieles ministros educarian á sus sobrinos con toda la sumision que á él se le debia, los entregó á su lealtad y cuidado, tomando para si el de su sobrina Constanza.



Helado su cuerpo, frio y pálido cayó desmayado en los brazos de su padre. — Pág. 75.

Era esta de la edad de Enrique, é hija única de la princesa Matilde. Púsole maestros que la enseñasen, y criadas que la sirviesen, sin perdonar nada para su educacion.

Tenia Sifredo una quinta distante dos leguas cortas de Palermo, en un sitio llamado Belmonte. En ella se dedicó este ministro á dar á Enrique una enseñanza, por la que mereciese con el tiempo ocupar el real trono de Sicilia. Descubrió desde luego en aquel principe prendas tan amables, que se aficionó á él como si no tuviera otros hijos, aunque era padre de dos niñas. La mayor, que se llamaba doña Blanca, contaba un año menos que el principe, y estaba dotada de singular hermosura: la menor, por nombre Porcia, cuyo nacimiento habia costado la vida á su madre, se hallaba aun en la cuna. Enamoráronse uno de otro Blanca y Enrique luego que fueron capaces de amar, pero no tenian libertad de hablarse á solas. Sin embargo, no dejaba el principe de lograr tal cual vez alguna ocasion para ello. Aprovechó tan bien aquellos preciosos momentos, que pudo persuadir á la hija de Sifredo á que le permitiese poner por

obra un designio que estaba meditando. Sucedió oportunamente en aquel tiempo que Leoncio, de orden del rey, se vió precisado á hacer un viage fuera de las provincias mas remotas de la isla; y durante su ausencia mandó Enrique hacer una abertura en el tabique de su cuarto, que estaba pared por medio del de doña Blanca. Cerróla con un bastidor y tablas de madera tan ajustadas á la abertura, y pintadas del mismo color del tabique, que no se distinguia de él, ni era fácil se conociese el artificio. Un hábil arquitecto, á quien el principe habia confiado su proyecto, ejecutó esta obra con tanta diligencia como secreto.

Por esta puerta se introducía algunas veces el enamorado Enrique en el cuarto de doña Blanca; pero sin abusar jamás de aquella licencia. Si Blanca tuvo la imprudencia de permitir una entrada secreta en su estancia, fué, no obstante, confiada en las palabras que él le habia dado de que nunca pretenderia de ella sino los favores mas inocentes. Hallóla una noche extraordinariamente inquieta y sobresaltada. Era el caso el haber sabido que Rogerio estaba gravemente enfermo, y que habia despachado una estrecha orden á Sifredo de que pasase á la corte prontamente para otorgar ante él su testamento, como gran canciller del reino. Figurábase ver á Enrique ya en el trono, y temia perderle cuando se viese en aquella elevacion: este temor le causaba mucha inquietud. Tenia bañados de lágrimas los ojos cuando entró en su cuarto Enrique. Señora, le dijo, ¿qué novedad es esta? ¿cuál es el motivo de esa profunda tristeza? Señor, respondió ella, no puedo ocultaros mi sobresalto. El rey, vuestro tio, dejará presto de vivir, y vos ocupareis su lugar. Cuando considero lo que va á alejaros de mi vuestra nueva grandeza, confieso que me aflijo. Un monarca mira las cosas con ojos muy diversos que un amante; y aquello mismo que era todo su embleso cuando reconocia un poder superior al suyo, apenas le hace mas que una ligera impresion en la elevacion del trono. Sea presentimiento, sea razon, siento en mi pecho movimientos que me agitan, y que no alcanza á calmar toda la confianza á que me alienta vuestra bondad: no desconfio de vuestro amor; desconfio solamente de mi ventura. Adorable Blanca, replicó el principe, obliganme tus temores, y ellos justifican mi pasion á tus atractivos; pero el exceso á que llevas tus desconfianzas ofende mi amor, y (si me atrevo á decirlo) la estimacion que me debes. No, no; no pienses que mi suerte pueda separarse de la tuya; cree mas bien que tú sola serás siempre mi alegria y mi felicidad. Destierra, pues, de tí ese vano temor. ¿Es posible que quieras turbar con él estos felicisimos momentos? ¡Ah, señor! replicó la hija de Leoncio, luego que vuestros vasallos os vean coronado, os pedirán por reina una princesa que descienda de una larga série de reyes, cuyo brillante himeneo añada nuevos estados á los vuestros; y tal vez ¡ay! vos correspondereis á sus esperanzas aun á pesar de vuestras mas firmes promesas. Y por qué, repuso Enrique no sin alguna alteracion, ¿por qué te anticipas á figurarte una idea triste de lo venidero? Si el cielo dispusiere del rey mi tio, juro que te daré la mano en Palermo á presencia de toda mi corte. Asi lo prometo, poniendo por testigo todo lo mas sagrado que se conoce entre nosotros.

Aquietóse la hija de Sifredo con las protestas de Enrique; y lo restante de la conversacion se redujo á hablar de la enfermedad del rey, manifestando Enrique en este caso la bondad y nobleza de su corazon. Mostróse muy afligido del estado en que se hallaba el monarca, su tio, pudiendo mas en él la fuerza de la sangre que el atractivo de la corona. Pero aun no sabia Blanca todas las desdichas que la amenazaban. Habiéndola visto el condestable de Sicilia á tiempo que ella salia del cuarto de su padre, un dia que él habia venido á la quinta de Belmonte á negocios importantes, quedó ciegamente prendado de ella; pidiósele á Sifredo al dia siguiente, y éste se la concedió; mas sobreviniendo al mismo tiempo

la enfermedad de Rogerio, se suspendió el casamiento, del que doña Blanca no habia sido sabedora.

Una mañana, al acabar Enrique de vestirse, quedó singularmente sorprendido de ver entrar en su cuarto á Leoncio seguido de doña Blanca. Señor, le dijo aquel ministro, vengo á daros una noticia que sin duda os afligirá; pero acompañada de un consuelo que podrá mitigar en parte vuestro dolor. Acaba de morir el rey vuestro tio, y por su muerte quedais heredero de la corona. La Sicilia es ya vuestra. Los grandes del reino están aguardando en Palermo vuestras órdenes. Yo, señor, vengo encargado de ellos á recibirlas de vuestra boca, y en compañía de mi hija Blanca, para rendiros los dos el primero y mas sincero homenaje que os deben todos vuestros vasallos. Al principe no le cogió de nuevo esta noticia, por estar ya informado dos meses antes de la grave enfermedad que padecia el rey, que poco á poco iba acabando con él. Sin embargo, quedó suspenso algun tiempo; pero rompiendo despues el silencio, y volviéndose á Leoncio, le dijo estas palabras: prudente Sifredo, te miro y te miraré siempre como á padre, y me alegraré de gobernarme por tus consejos; tú serás rey de Sicilia mas que yo. Dicho esto, se llegó á una mesa donde habia una escribania, tomó un pliego de papel, y echó en él su firma en blanco... ¿Qué hacéis, señor? le interrumpió Sifredo. Mostraros mi amor y mi gratitud, respondió Enrique; y en seguida presentó á Blanca aquel papel y firma, diciéndole: recibid, señora, esta prenda de mi fé y del dominio que os doy sobre mi voluntad. Tomóla Blanca, cubriéndose su hermosa cara de un honestísimo rubor, y respondió al principe: recibo con respeto las gracias de mi rey; pero estoy sujeta á un padre, y espero que no llevareis á mal ponga en sus manos vuestro papel, para que use de él como le aconsejare su prudencia.

Entregó efectivamente á su padre el papel con la firma en blanco de Enrique. Conoció entonces Sifredo lo que hasta aquel punto no habia descubierto su penetracion. Comprendió toda la intencion del principe, y le contestó diciendo: espero que V. M. no tendrá motivo para arrepentirse de la confianza que se sirve hacer de mí, y esté bien seguro de que jamás abusaré de ella. Amado Leoncio, interrumpió Enrique, no temas que pueda llegar semejante caso: sea el que fuere el uso que hicieres de mi papel, no dudes que siempre lo aprobaré. Ahora vuelve á Palermo, dispon todo lo necesario para mi coronacion, y di á mis vasallos que voy prontamente á recibir el juramento de su fidelidad, y á darles las mayores seguridades de mi amor. Obedeció el ministro las órdenes de su nuevo amo, y marchó á Palermo, llevando consigo á doña Blanca.

Pocas horas despues partió tambien de Belmonte el mismo Enrique, pensando mas en su amor que en el elevado puesto á que iba á ascender.

Luego que se dejó ver en la ciudad, resonaron en el aire mil aclamaciones de alegria, y entre ellas entró Enrique en palacio, donde halló ya hechos todos los preparativos para su coronacion. Encontró en él á la princesa Constanza, vestida de riguroso luto, mostrándose traspasada de dolor por la muerte de Rogerio. Hiciéronse los dos sobre este asunto reciprocos cumplidos, y ambos los desempeñaron con discrecion, aunque con algo mas de frialdad por parte de Enrique que por la de Constanza, la cual, no obstante los disturbios de la familia, nunca habia querido mal á este principe. Ocupó el rey el trono, y la princesa se sentó á su lado en una silla puesta un poco mas abajo. Los magnates del reino se sentaron donde á cada uno segun su clase ó empleo le correspondia. Empezó la ceremonia, y Leoncio, que como gran canciller del reino era depositario del testamento del difunto rey, dió principio á ella leyéndolo en alta voz. Contenia en sustancia, que hallándose el rey sin hijos, nombraba por sucesor en la corona al hijo primogenito de Manfredo, con la precisa condicion de casarse con la princesa Constanza, y que si no queria darle la mano de

esposo, quedase excluido de la corona de Sicilia, y pasase ésta al infante don Pedro, su hermano menor, bajo la misma condicion.

Quedó Enrique altamente sorprendido al oír esta cláusula. No se puede espresar la pena que le causó; pero creció hasta lo sumo cuando acabada la lectura del testamento, vió que Leoncio, hablando con todo el consejo, dijo así: señores, habiendo puesto en noticia de nuestro nuevo monarca la última disposición del difunto rey, este generoso príncipe consiente en honrar con su real mano á su prima la princesa Constanza. Interrumpió el rey al canciller, diciéndole conturbado: acordaos, Leoncio, del papel que Blanca... Señor (respondió Sifredo, interrumpiéndole con precipitación, sin darle tiempo á que se esplicase mas), ese papel es este que presento al consejo. En él reconocerán los grandes del reino el augusto sello de V. M., la estimacion que hace de la princesa, y su ciega deferencia á las últimas disposiciones del difunto rey su tío. Acabadas de decir estas palabras, comenzó á leer el papel en los términos en que él mismo le habia llenado. En él prometia el nuevo monarca á sus pueblos, en la forma mas auténtica, casarse con la princesa Constanza, conformándose con las intenciones de Rogerio. Resonaron en la sala los aplausos de todos los circunstantes, diciendo: *viva el magnánimo rey Enrique*. Como era notoria á todos la aversion que este príncipe habia tenido siempre á la princesa, temian, no sin razon, que indignado de la condicion del testamento, escitase movimientos en el reino, y se encendiese en él una guerra civil que le desolase; pero asegurados los grandes y el pueblo con la lectura del papel que acababan de oír, esta seguridad dió motivo á las aclamaciones universales que despedazaban secretamente el corazón del nuevo rey.

Constanza, que por su propia gloria, y guiada de un afecto de cariño, tenia en todo esto mas interés que otro alguno, se aprovechó de aquella ocasion para asegurarse de su eterno reconocimiento. Por mas que el príncipe quiso disimular su turbacion, era tanta la que le agitaba cuando recibió el cumplido de la princesa, que ni aun acertó á responderle con la cortesana atencion que exigia de él. Rindióse en fin á la violencia que él se hacia, y llegándose al oído á Sifredo, que por razon de su empleo estaba bastante cerca de su persona, le dijo en voz baja: ¿qué es esto Leoncio? el papel que tu hija puso en tus manos, no fué para que usases de él de esa manera. Vos faltais... Acordaos, señor, de vuestra gloria, respondió Sifredo, con entereza. Si no dais la mano á Constanza, y no cumplis la voluntad del rey vuestro tío, perdióse para vos el reino de Sicilia. Apenas dijo esto se separó del rey para no darle lugar á que replicase. Quedó Enrique sumamente confuso, no pudiendo resolverse á abandonar á Blanca, ni á dejar de partir con ella la magestad y gloria del trono. Estando dudoso largo rato sobre el partido que habia de tomar, se determinó al cabo, pareciéndole haber encontrado arbitrio para conservar á la hija de Sifredo sin verse precisado á la renuncia del trono. Aparentó quererse sujetar á la voluntad de Rogerio, lisonjeándose de que mientras solicitaba la dispensa de Roma para casarse con su prima, grangearia á su favor con gracias á los grandes del reino y afianzaria su poder de manera que ninguno le pudiese obligar á cumplir la condicion del testamento.

Abrazado este designio se sosegó un poco, y volviéndose á Constanza le confirmó lo que el gran canciller le habia dicho en público, pero en el mismo punto en que hacia traicion á su propio corazón, ofreciendo su fé á la princesa, entró Blanca en la sala del consejo adonde iba de órden de su padre á cumplimentar á la princesa, y llegaron á sus oídos las palabras que Enrique le decia. Fuera de eso, no creyendo Leoncio que pudiese ya dudar de su desgraciada suerte, le dijo, presentándola á Constanza: rinde, hija mia, tu fidelidad y respeto á la reina tu señora, deseándole todas las prosperidades de un floreciente reinado, y de un feliz himeneo

Golpe terrible, que atravesó el corazón de la desgraciada Blanca. En vano se esforzó á disimular su pesar. Demudósele el semblante encendiéndosele de repente, y pasando en un momento de incendio á palidez, con un temblor ó estremecimiento general de todo su cuerpo. Sin embargo, no entró en sospecha alguna la princesa, pues atribuyó el desórden de sus palabras á la natural cortedad de una doncella criada lejos del trato de la corte, y poco acostumbrada á ella. No sucedió lo mismo con el rey, que perdió toda su compostura y magestad á vista de Blanca, y salió fuera de sí mudo leyendo en sus ojos la pena que la atormentaba. No dudó que, creyendo las apariencias, ya en su corazón le tuviese por un traidor. No habria sido tan grande su inquietud si hubiera podido hablarle; pero ¿cómo era esto posible á vista de toda la Sicilia que tenia puestos los ojos en él? Por otra parte el cruel Sifredo cerró la puerta á esta esperanza. Estuvo viendo este ministro todo lo que pasaba en el corazón de los dos amantes, y queriendo precaver las calamidades que podia causar al Estado la violencia de su amor, hizo con arte salir de la concurrencia á su hija, y tomó con ella el camino de Belmonte, bien resuelto por muchas razones á casarla cuanto antes.

Luego que llegaron á aquel sitio, le hizo saber todo el horror de su suerte. Declaróle que la habia prometido al condestable. ¡Santo cielo! (esclamó trasportada de un dolor que no bastó á contener la presencia de su padre) ¡y qué crueles suplicios tenias guardados para la desgraciada Blanca! Fué tan violento su arrebató, que todas las potencias de su alma quedaron suspensas. Helado su cuerpo, frio y pálido cayó desmayada en los brazos de su padre. Conmoviéronse las entrañas de éste viéndola en aquel estado. Sin embargo, aunque sintió vivamente lo que padecía su hija, se mantuvo firme en su primera determinacion. Volvió Blanca en sí, mas por la fuerza de su mismo dolor, que por el agua con que la roció su padre. Abrió sus desmayados ojos, y viendo la priesa que se daba á socorrerla: señor, le dijo con voz casi apagada, me avergüenzo de que hayais visto mi flaqueza; pero la muerte, que no puede tardar ya en poner fin á mis tormentos, os libraré presto de una hija desdichada, que sin vuestro consentimiento se atrevió á disponer de su corazón. No, amada Blanca, respondió Leoncio, no morirás: antes bien espero que tu virtud volverá presto á ejercer sobre tí su poder. La pretension del condestable te da honor; pues bien sabes que es el primer hombre del Estado... Estimo su persona y su gran mérito, interrumpió Blanca; pero, señor, el rey me habia hecho esperar... Hija, dijo Sifredo interrumpiéndola, sé todo lo que me puedes decir en este asunto. No ignoro el afecto con que miras á este príncipe, y ciertamente que en otras circunstancias, lejos de desaprobárselo, yo mismo procuraria con todo empeño asegurarte la mano de Enrique, si el interés de su gloria y el del Estado no le pusieran en precision de dársela á Constanza. Con esta única é indispensable condicion le declaró por sucesor suyo el difunto rey. ¿Quiéres tú que prefiera tu persona á la corona de Sicilia? Créeme, hija, te acompaño vivamente en el dolor que te aflige: con todo eso, supuesto que no podemos luchar contra el destino, haz un esfuerzo generoso. Tu misma gloria se interesa en que hagas ver á todo el reino que no fuiste capaz de consentir en una esperanza aérea: fuera de que tu pasion al rey podia dar motivo á rumores poco favorables á tu decoro; y para evitarlos, el único medio es que te cases con el condestable. En fin, Blanca, ya no es tiempo de deliberar; el rey te deja por un trono, y da su mano á Constanza. Al condestable le tengo dada mi palabra: desempeña'la tú, te ruego; y si para resolverte fuere necesario que me valga de mi autoridad, te lo mando.

Dichas estas palabras la dejó, dándole lugar para que reflexionase sobre lo que acababa de decirle. Esperaba que despues de haber pesado bien las razones de que se habia valido para sostener su virtud contra la inclinacion de su corazón, se determinaria por sí misma

á dar la mano al condestable. No se engañó en esto; pero ¡cuánto costó á la infeliz Blanca tan dolorosa resolución! Hallábase en el estado mas digno de lástima: el sentimiento de ver que habian pasado á ser evidencias sus presentimientos sobre la de-lealtad de Enrique, y la precision, no casándose con él, de entregarse á un hombre á quien no le era posible amar, causaban en su pecho unos impulsos de afliccion tan violentos, que cada instante era un nuevo tormento para ella. Si es cierta mi desgracia, exclamaba, ¿cómo es posible que yo resista á ella sin costarme la vida? Desapiadada suerte, ¿á qué fin me lisonjeabas con las mas dulces esperanzas si habias de arrojarme en un abismo de males? ¡Y tú, pérfido amante, tú te entregas á otra cuando me prometes una fidelidad eterna! ¿Has podido tan pronto olvidar-



Se separó de su comitiva, y marchó sola á la quinta de Leoncio.
—Fág. 77.

te de la fé que me juraste? Permita el cielo en castigo de tu cruel engaño que el lecho conyugal que vas á manchar con un perjurio, se convierta en teatro de crueles remordimientos, en vez de los licitos placeres que esperas; que las caricias de Constanza derramen un veneno en tu fementido pecho, y que tu himené sea tan funesto como el mio. Si, traidor; si, falso; seré esposa del condestable, á quien no amo, para vengarme de mí misma, y para castigarme de haber elegido tan mal el objeto de mi loca pasion. Ya que la religion no me permite darme la muerte, quiero que los dias que me quedan de vida sean una cadena de pesares y molestias. Si conservas todavia algun amor hácia mí, será vengarme tambien de tí el arrojarme á tu vista en los brazos de otro; pero si me has olvidado enteramente, podrá al menos gloriarse la Sicilia de haber producido una muger que supo castigar en si misma la demasiada ligereza con que dispuso de su corazon.

En esta dolorosa situacion pasó la noche que prece-

dió á su matrimonio con el condestable aquella infeliz victima del amor y del deber. El dia siguiente, hallando Sifredo pronta y dispuesta á su hija á obedecerle en lo que deseaba, se dió prisa á no malograr tan favorable coyuntura. Hizo ir aquel mismo dia al condestable á Belmonte, y se celebró de secreto el matrimonio en la capilla de aquella quinta. ¡Oh, y qué dia aquel para Blanca! No le bastaba renunciar á una corona, perder un amante amado, y entregarse á un objeto aborrecido, sino que era menester hacerse la mayor violencia, y disimular su angustia delante de un marido naturalmente celoso, y que le profesaba un vehementísimo cariño. Lleno de júbilo el esposo, porque era ya suya, no se apartaba un momento de su lado, y ni aun la dejaba el triste consuelo de llorar á solas sus desgracias. Llegó la noche, y con ella la hora en que á la hija de Leoncio se le aumentó la pena. Pero ¡qué fué de ella cuando habiéndola desnudado sus criadas, la dejaron sola con el condestable! Preguntóle éste respetuosamente cuál era el motivo de aquel decaimiento en que parecia que estaba. Turbó esta pregunta á Blanca, que fingió que se sentia indispueta. Al pronto quedó el esposo engañado, pero permaneció poco en su error. Como verdaderamente le tenia inquieto el estado en que la veía, y la instaba á que se acostase, estas instancias, que ella interpretó mal, ofrecieron á su imaginacion la idea mas amarga y cruel; tanto, que no siendo ya dueña de poderse reprimir, dió libre curso á sus suspiros y á sus lágrimas. ¡Oh, qué espectáculo para un hombre que pensaba haber llegado al colmo de sus deseos! Entonces ya no puso duda en que en la afliccion de su esposa se ocultaba alguna cosa de mal agüero para su amor. Con todo eso, aunque este conocimiento le puso en términos casi tan deplorables como los de Blanca, pudo tanto consigo, que supo disimular sus recelos. Repitió las instancias para que se acostase, dándole palabra de que la dejaria reposar quietamente todo lo que hubiese menester, y aun se ofreció á llamar á sus criadas si juzgaba que su asistencia le podia servir de algun alivio. Respondió Blanca, serenada con esta promesa, que solamente necesitaba dormir para reparar el desfallecimiento que sentia. Fingió creerla el condestable. Acostáronse los dos; y pasaron una noche muy diferente de la que concede el amor y el himeneo á dos amantes apasionados.

Mientras la hija de Sifredo se entregaba á su dolor, andaba el condestable considerando dentro de si qué cosa podia ser la que le llenaba de amargura su matrimonio. Persuadiase que tenia algun competidor; pero cuando le queria descubrir se enredaban y confundian sus ideas; y sabia solamente que él era el hombre mas infeliz del mundo. Habia pasado con este desasosiego las dos terceras partes de la noche cuando llegó á sus oidos un ruido confuso. Quedó sumamente sorprendido, sintiendo ciertos pasos lentos en su mismo cuarto. Túvolo por ilusion, acordándose de que él por si habia cerrado la puerta luego que se retiraron las criadas de Blanca. Descorrió no obstante la cortina de la cama para informarse por sus propios ojos de la causa que podia haber ocasionado aquel ruido; pero habiéndose apagado la luz que habia quedado encendida en la chimenea, solo pudo oír una voz débil y ténue que llamaba repetidamente á Blanca. Encendiéronse entonces sus celosas sospechas, convirtiéndose en furor: sobresaltado su honor le obligó á levantarse, y considerándose obligado á precaver una afrenta ó á tomar venganza de ella, echó mano á la espada y con ella desnuda acudió furioso hácia donde creía oír la voz. Siente otra espada desnuda que hace resistencia á la suya; avanza, y advierte que el otro se retira. Sigue al que se defiende, y de repente cesa la defensa, y sucede al ruido el mas profundo silencio. Busca á tientas por todos los rincones del cuarto al que parecia huir, y no le encuentra. Párase, escucha, y ya nada oye. ¡Qué encanto es éste! Acércase á la puerta, que á su parecer habia favorecido la fuga del secreto enemigo de su honra; tienta el cerrojo, y hállale

cerrada como la habia dejado. No pudiendo comprender cosa alguna de tan extraño suceso, llama á los criados que estaban mas cercanos, y como para eso abrió la puerta, cerrando el paso de ella, se mantuvo con cautela, para que no se escapase el que buscaba.

A sus repetidas voces acuden algunos criados todos con luces. Toma él mismo una, y vuelve á examinar todos los rincones del cuarto, siempre con la espada desnuda. A ninguno halla, y no descubre ni aun el menor indicio de que nadie haya entrado en él, no encontrándose puerta secreta, ni abertura por donde pudiera introducirse. Sin embargo, no le era posible cegarse ni alucinarse sobre tantos incidentes que le persuadian su desgracia. Esto despertó en su fantasia gran confusion de pensamientos. Recurrir á Blanca para el desengaño, parecia recurso inútil, igualmente que arriesgado, pues le importaba tanto ocultar la verdad, que no se podia esperar de ella la mas leve explicacion. Adoptó, pues, el partido de ir á desahogar su corazon con Leoncio, despues de haber mandado á los criados se fuesen, diciéndoles que creia haber oido algun ruido en el cuarto, pero que se habia equivocado. Encontró á su suegro que salia de su aposento habiéndole despertado el rumor que habia oido, y le contó menudamente todo lo que le habia pasado con muestras de extraña agitacion, y de un profundo dolor.

Sorprendióse Sifredo al oír el suceso; y no dudó ni un solo momento de su verdad, por mas que las apariencias la representasen poco natural, pareciéndole desde luego que todo era posible en la ciega pasion del rey; pensamiento que le afligió vivamente. Pero lejos de fomentar las celosas sospechas de su yerno, le representó en tono de seguridad que aquella voz que se imaginaba haber oido, y aquella espada que se figuraba haberse opuesto á la suya, no podian ser sino fantasias de una imaginacion engañada por los celos: que no era posible que ninguno tuviese aliento para entrar en el cuarto de su hija: que la tristeza que habia advertido en ella podia ser efecto natural de alguna indisposicion: que el honor nada tenia que ver en las alteraciones de la salud: que la mudanza de estado en una doncella acostumbrada á vivir en la soledad, y que se veia repentinamente entregada á un hombre sin haber tenido tiempo para conocerle ni amarle podia muy bien ser la causa de aquellos suspiros, de aquella afliccion y de aquel amargo llanto: que el amor en el corazon de las doncellas de sangre noble solo se encendia con el tiempo y con los obsequios; y que así le aconsejaba calmase sus recelos, y aumentase su amor y sus finezas, para ir disponiendo poco á poco á Blanca á mostrarse mas cariñosa; y que le rogaba en fin volviese hácia ella, persuadido de que su desconfianza y turbacion ofendian su virtud.

Nada respondió el condestable á las razones de su suegro, ó porque en efecto comenzó á creer que pudo haberle engañado la confusion en que estaba su espíritu, ó porque le pareció mas conveniente disimular, que intentar en vano convencer al anciano de un acontecimiento tan desnudo de verosimilitud. Restituyóse al cuarto de su muger, se volvió á la cama, y procuró lograr algun descanso de sus penosas inquietudes á beneficio del sueño. Por lo que toca á Blanca no estaba mas tranquila que él, porque habia oido claramente todo lo que oyó su esposo, y no podia atribuir á ilusion un lance de cuyo secreto y motivos estaba tan enterada. Estaba admirada de que Enrique hubiese pensado en introducirse en su cuarto despues de haber dado tan solemnemente su palabra á la princesa Constanza; y en vez de darse el parabien de este paso, y de que le causase alguna alegria, lo conceptuó como un nuevo ultraje, que encendia en cólera su pecho.

Mientras la hija de Sifredo preocupada contra el jóven rey le juzgaba por el mas pérfido de los hombres, el desgraciado monarca, mas prendado que nunca de su amada Blanca, deseaba hablarle para desengañarla contra las apariencias que le condenaban. Hubiera venido mucho

mas presto á Belmonte para este efecto, á habérselo permitido los cuidados y ocupaciones del gobierno, ó si antes de aquella noche hubiera podido evadirse de la corte. Conocia bien todas las entradas de un sitio donde se habia criado, y ningun obstáculo tenia para hallar modo de introducirse en la quinta, habiéndose quedado con la llave de entrada secreta que comunicaba a los jardines. Por estos llegó á su antiguo cuarto, y desde él se introdujo en el de Blanca. Fácil es imaginar cuánta seria la admiracion de este príncipe cuando tropezó allí con un hombre y con una espada que salia al encuentro de la suya. Faltó poco para que no se descubriese, haciendo castigar en aquel mismo instante al temerario que tenia atrevimiento de levantar su mano sacrilega contra su propio rey; pero la consideracion que debia á la hija de Leoncio suspendió su resentimiento: se retiró por donde habia entrado, y mas turbado que antes volvió á tomar el camino de Palermo. Llegó á la ciudad poco antes que despuntase el dia, y se encerró en su cuarto, tan agitado que no le fué posible lograr ningun descanso, y no pensó mas que en volver á Belmonte. La seguridad de su vida, su mismo honor, y sobre todo su amor le escitaban á que procurase saber sin dilacion todas las circunstancias de tan cruel acontecimiento.

Apenas se levantó dió orden que se previniese el tren de caza, y con pretexto de querer divertirse en ella se fué al bosque de Belmonte con sus monteros y algunos cortesanos. Cazó por disimulo algun tiempo, y cuando vio que toda su comitiva corria tras de los perros, él se separó y marchó solo á la quinta de Leoncio. Estaba seguro de no perderse porque tenia muy conocidas todas las sendas del bosque; y no permitiéndole su impaciencia atender á la fatiga de su caballo, en breve tiempo corrió todo el espacio que le separaba del objeto de su amor. Caminaba discurriendo algun pretexto plausible que le proporcionase ver en secreto á la hija de Sifredo, cuando al atravesar un sendero que iba á dar á una de las puertas del parque, vió no lejos de sí á dos mugeres que estaban sentadas en conversacion á la sombra de un árbol. No dudó que eran algunas personas de la quinta, y esta vista le causó algun sobresalto; pero su agitacion llegó á lo sumo cuando volviendo aquellas mugeres la cabeza al ruido que hacia el caballo, reconoció que su adorada Blanca era una de ellas. Habia salido de la quinta, llevando consigo á Nise, criada de su mayor confianza, para llorar con libertad su desdicha en aquel sitio retirado.

Luego que Enrique la conoció, fué volando hácia ella, precipitose, par decirlo así, del caballo, arrojose á sus pies, y descubriendo en sus ojos todas las señales de la mas viva afliccion, le dijo enternecido: suspende, bella Blanca, los impetus de tu dolor. Las apariencias confieso que me hacen parecer culpable á tus ojos; mas cuando estés enterada del designio que he formado con respeto á ti, puede ser que lo que miras como delito, te parezca una prueba de mi inocencia y del exceso de mi amor. Estas palabras, que en el concepto de Enrique le parecian capaces de mitigar la pena de Blanca, solo sirvieron para exacerbarla mas. Quiso responderle, pero los sollozos ahogaron su voz. Asombrado el príncipe de verla tan turbada, prosiguió diciéndole: pues qué señora, ¿es posible que no pueda yo calmar el desasosiego que os agita? ¿Por qué desgracia he perdido vuestra confianza, yo que espongo mi corona y hasta mi vida por conservarlas solo para vos? Entonces la hija de Leoncio, haciendo el mayor esfuerzo sobre si misma para explicarse, le respondió: señor, ya llegan tarde vuestras promesas: no hay ya poder en el mundo para que en adelante sea una misma la suerte de los dos. ¡Ay Blanca! interrumpió el rey precipitadamente, ¿qué palabras tan crueles han proferido tus labios! ¿Quién será capaz en el mundo de hacernos perder tu amor? ¿Quién será tan osado que tenga aliento para oponerse al furor de un rey que reduciria á cenizas toda la Sicilia antes que sufrir que ninguno os robe á sus esperanzas? Inútil será señor, todo vuestro poder, respon-

dió con desmayada voz la hija de Sifredo, para allanar el invencible obstáculo que nos separa. Sabed que ya soy muger del condestable.

¡Muger del condestable! exclamó el rey dando algunos pasos atrás; y no pudo decir mas, tan sorprendido quedó de aquel impensado golpe. Faltáronle las fuerzas, y cayó desmayado al pie de un árbol que estaba allí cerca. Quedó pálido, trémulo, y tan enagenado que solo tenia libres los ojos para fijarlos en Blanca de un modo tan tierno, que desde luego la dejaba comprender cuanto le habia afligido el infortunio que le anunciaba. Blanca por su parte le miraba tambien con semblante tal que manifestaba ser muy parecidos los afectos de su corazón á los que tanto agitaban el de Enrique. Mirábanse los dos desventurados amantes con un silencio en que se dejaba traslucir cierta especie de horror. Por último, el príncipe, volviendo algun tanto de su trastorno por un esfuerzo de valor; tomó de nuevo la palabra y dijo á Blanca suspirando: ¿qué habeis hecho, señora? Vuestra credulidad me ha perdido á mi, y os ha perdido á vos.

Resintióse Blanca de que el rey á su parecer la culpase, cuando ella vivia persuadida de que tenta de su parte las mas poderosas razones para estar quejosa de él, y le dijo: ¿qué, señor, pretendéis por ventura añadir el disimulo á la infidelidad? ¿Querriais que desmintiese á mis ojos y á mis oídos, y que á pesar de su testimonio os tuviese por inocente? No, señor, confieso que no me siento con valor para hacer esta violencia á mi razon. Sin embargo, dijo el rey, esos testigos de que tanto os fiais os has engañado ciertamente. Han conspirado contra vos, y os han hecho traicion. Tanta verdad es que yo estoy inocente, y que siempre os he sido fiel, como lo es que vos sois esposa del condestable. ¡Pues qué, señor, repuso Blanca, negareis que yo misma os oi confirmar á Constanza el don de vuestra mano y de vuestro corazón? ¿No asegurásteis á los grandes del reino que os conformariais con la voluntad del rey difunto, y á la princesa que recibiria de vuestros nuevos vasallos los homenajes que se debian á una reina y esposa del príncipe Enrique? ¿Mis ojos estaban fascinados? Confesad, confesad, mas bien, infiel, que no creisteis debía contrapesar el corazón de Blanca el interés de una corona; y sin abatiros á fingir lo que no sentis, ni quizá habeis sentido jamás, decid que os pareció asegurar mejor el trono de Sicilia con Constanza, que con la hija de Leoncio. Al cabo, señor, teneis razon: igualmente desmerecia yo ocupar un trono tan soberano, como poseer el corazón de un príncipe como vos. Era demasiada mi temeridad en aspirar á la posesion de uno y otro; pero vos tampoco debiais mantenerme en este error. No ignorais los sobresaltos que me ha costado perderos, lo que siempre tuve por infalible para mí. ¿A qué fin asegurarme lo contrario? ¿A qué fin tanto empeño en desvanecer mis temores? Entonces me hubiera quejado de mi suerte y no de vos, y hubiera sido siempre vuestro mi corazón, ya que no podia serlo una mano que ningun otro pudiera jamás haber logrado de mí. Ya no es tiempo de disculparos. Soy esposa del condestable: y por no esponerme á las consecuencias de una conversacion que mi gloria no me permite alargar sin padecer mucho el rubor, dadme licencia, señor, para cortarla, y para que deje á un príncipe á quien ya no me es licito escuchar.

Dicho esto se alejó de Enrique con toda la celeridad que le permitia el estado en que se encontraba. Aguardaos, señora, clamaba Enrique, no desesperéis á un príncipe resuelto á dar en tierra con el trono que le echais en cara haber preferido á vos, antes que corresponder á lo que esperan de él sus nuevos vasallos. Ya es inútil ese sacrificio, respondió Blanca. Debiérais haber impedido diese la mano al condestable antes de abandonaros á tan generosos impulsos; y puesto que ya no soy libre, me importa poco que Sicilia quede reducida á pavesas, ni que deis vuestra mano á quien quisiéreis. Si tuve la flaqueza de dejar sorprender mi corazón, tendré á lo menos valor para sofocar sus movimientos, y que

vea el rey de Sicilia que la esposa del condestable ya no es ni puede ser amante del príncipe Enrique. Al decir estas palabras se halló á la puerta del parque, entróse en él con precipitacion, acompañada de Nise, cerró la puerta con impetu, y dejó al rey traspasado de dolor. No podia menos de sentir el de la profunda herida que habia abierto en su corazón la noticia del matrimonio de Blanca. ¡Injusta Blanca! ¡Blanca cruel! exclamaba: ¿es posible que así hubieses perdido la memoria de nuestras reciprocas promesas? A pesar de mis juramentos y los tuyos, estamos ya separados. ¿Con que no fué mas que una ilusion la idea que yo habia formado de ser algun dia el único dueño tuyo? ¡Ah, cruel, y qué caro me cuesta el haber llegado á conseguir que mi amor fuese de tí correspondido!

Representósele entonces á la imaginacion con la mayor viveza la fortuna de su rival, acompañada de todos los horrores de los celos; y esta pasion se apoderó tan fuertemente de él por algunos momentos, que le faltó poco para sacrificar á su resentimiento al condestable, y aun al mismo Sifredo. Pero poco despues entró la razon á calmar los impetus de su cólera. Con todo eso, cuando consideraba imposible el desimpresionar á Blanca del concepto en que estaba de su infidelidad, se desesperaba. Lisonjeábase de que cambiaria aquel concepto si hallaba arbitrio para hablarla á solas. Animado con este pensamiento, se persuadió de que era menester alejar de su compañía al condestable, y resolvió hacerle prender como á reo sospechoso en las circunstancias en que se hallaba el Estado. En este supuesto dió la orden competente al capitán de sus guardias, el cual partió á Belmonte, se apoderó de su persona á la entrada de la noche, y llevóle consigo al castillo de Palermo.

Consternóse el palacio de Belmonte con este acontecimiento. Sifredo partió al punto á responder al rey de la inocencia de su yerno, y á representarle las funestas consecuencias de semejante prision. Previendo bien el rey este paso, que su ministro daria, y deseando lograr un rato de libre conversacion con Blanca antes de dar libertad al condestable, habia mandado espresamente que no se dejase entrar á nadie en su cuarto aquella noche. Pero Sifredo, á pesar de esta prohibicion, logró introducirse en la estancia del rey: Señor, le dijo luego que se vió en su presencia, si es permitido á un respetuoso y fiel vasallo quejarse de su soberano, vengo á quejarme de vos, de vos mismo. ¿Qué delito ha cometido mi yerno? ¿Ha considerado V. M. la eterna afrenta de que cubre á mi familia, y las resultas de una prision que puede alejar de su servicio á las personas que ocupan los primeros puestos del Estado? Tengo avisos ciertos, respondió el rey, de que el condestable mantiene inteligencias criminales con el infante don Pedro. ¡El condestable inteligencias criminales! interrumpió sorprendido Leoncio. ¡Ah, señor! no lo crea V. M.: sin duda han abusado de vuestro magnánimo corazón. La traicion nunca tuvo entrada en la familia de Sifredo; bástale al condestable ser yerno mio para hallarse en este punto al abrigo de toda sospecha. El está inocente; otros motivos secretos son los que os han inducido á prenderle.

Puesto que me hablas con tanta claridad, repuso el rey, quiero corresponderte con la misma. Tú te quejas de que yo haya mandado arrestar al condestable. ¡Ah! ¿y no podré yo tambien quejarme de tu crueldad? Tu, bárbaro Sifredo, tú eres el que me has arrebatado inhumanamente mi reposo, poniéndome en situacion con tus cuidados officiosos de que envidie la suerte de los hombres mas infelices. No, no te lisonjees de que yo adopte tus ideas. Vanamente está resuelto mi matrimonio con Constanza... ¡Qué, señor! interrumpió estremeciéndose Leoncio: ¿Cómo será posible que no os caseis con la princesa, despues de haberla lisonjeado con esta esperanza á vista del todo el reino? Si es que engaño su esperanza, repuso el monarca, échate á ti solo la culpa. ¿Por qué me pusiste tú mismo en precision de ofrecer lo que no podia cumplir? ¿Quién te obligó á escribir el

nombre de Constanza en un papel que se habia hecho para tu hija? Sabias muy bien mi intencion. ¿Quién te dió autoridad para tiranizar el corazon de Blanca, obligándola á casarse con un hombre á quien no amaba? ¿Y quién te la dió sobre el mio, para disponer en él en favor de una princesa á quien miro con horror? ¿Te has olvidado ya de que es hija de aquella cruel Matilde que, atropellando todos los derechos de la sangre y de la humanidad, hizo espirar á mi padre entre los hierros del mas duro cautiverio? ¿Y á ésta querias tú que yo diese mi mano? No, Sifredo, no aguardes de mi este paso. Antes de ver encendidas las teas de tan horrible himeneo, verás arder toda la Sicilia, y anegados de sangre sus campos.

¿Qué es lo que escucho! exclamó Leoncio: ¿Qué terribles amenazas! ¿qué funestos anuncios me haceis! Pero en vano me sobresalto, continuó mudando de tono. No, señor, nada de esto temo. Es demasiado el amor que profesais á vuestros vasallos para acarrearles tan triste suerte. No será capaz un ciego amor de avasallar vuestra razon. Echariais un eterno borron á vuestras virtudes si os dejarais llevar de las flaquezas propias de hombres vulgares. Si yo di mi hija al condestable fué, señor, unicamente por granjear para vuestro servicio á un hombre valeroso, que con la fuerza de su brazo y del ejército que tiene á su disposicion, apoyase vuestros intereses contra las pretensiones del principe don Pedro. Parecióme que uniéndole á mi familia con lazos tan estrechos... ¡Ah! que esos lazos, interrumpió Enrique, esos funestos lazos son los que á mí me han perdido. ¡Cruel amigo! ¿qué te habia hecho yo para que descargases sobre mi tan duro é intolerable golpe? Habiate encargado que manejases mis intereses; pero ¿cuándo te di facultad para que esto fuese á costa de mi corazon? ¿por qué no dejaste que yo mismo defendiese mis derechos? ¿parece que no tendria valor ni fuerzas para hacerme obedecer de todos los vasallos que osasen oponerse á mi voluntad? Si el condestable fuese uno de ellos sabria yo muy bien castigarle. Ya sé que los reyes no han de ser tiranos, y que su primera obligacion es la de mirar por la felicidad de sus pueblos; ¿pero han de ser esclavos de estos mismos los soberanos, y esto desde el momento en que el cielo los elige para gobernarlos? ¿pierden por ventura el derecho que la misma naturaleza concedió á todos los hombres de ser dueños de sus afectos? ¡Ah, Leoncio! si los reyes han de perder aquella preciosa libertad que gozan los demas hombres, ahí te abandono una corona que tú me aseguraste á costa de mi sosiego.

Señor, replicó el ministro, no puede ignorar V. M. que el rey, su tio, sujetó la sucesion al trono á la precisa condicion del matrimonio con la princesa Constanza. ¿Y quién dió autoridad al rey, mi tio, repuso acalorado Enrique, para establecer tan violenta como injusta disposicion? ¿Habia recibido acaso él tan indigna ley de su hermano el rey don Carlos cuando entró á sucederle? ¿Y por ventura debias tú tener la flaqueza de someterte á una condicion tan inicua? Ciertamente que para un gran canciller estás poco enterado de nuestros usos. En una palabra, cuando prometí mi mano á Constanza fué involuntaria mi promesa, que nunca tuve inclinacion de cumplirla. Si don Pedro funda su esperanza de ascender al trono en mi constante resolucion de no efectuar aquella palabra, no mezclemos á los pueblos en una contienda que haria derramar mucha sangre. La espada entre nosotros solos puede terminar la disputa, y decidir cuál de los dos será el mas digno de reinar.

No se atrevió Leoncio á apurarle mas, y se contentó con pedir de rodillas la libertad de su yerno, la que consiguió diciéndole el rey: anda, y restitúvete á Belmonte, que presto irá allá el condestable. Retiróse el ministro, y marchó á su quinta, persuadido de que su yerno vendria luego á ella; pero engañóse, porque Enrique queria ver á Blanca aquella noche, y con este fin dilató hasta el dia siguiente la libertad de su esposo.

Mientras tanto, entregado éste á sus tristes pensamientos, hacia dentro de sí crueles reflexiones. La prision le habia abierto los ojos, y héchole conocer cuál era la verdadera causa de su desgracia. Entregado enteramente á la violencia de los celos, y olvidado de la lealtad que hasta allí le habia hecho tan recomendable, solo respiraba venganza. Persuadido de que el rey no malograria la ocasion, y no dejaria de ir aquella noche á visitar á doña Blanca, para sorprenderlos á entrambos suplicó al gobernador del castillo de Palermo le dejase salir de la prision por algunas horas, dándole palabra de honor de que antes de amanecer se restituiria á ella. El gobernador, que era todo suyo, tuvo poca dificultad en darle este gusto, y mas habiendo sabido ya que Sifredo habia alcanzado del rey su libertad, y ademas de eso le dió un caballo para ir á Belmonte. Partió prontamente, llegó al sitio, ató el caballo á un árbol, entró en el parque por una puerta pequeña cuya llave tenia, y tuvo la fortuna de introducirse en la quinta sin ser sentido de nadie. Llegó hasta el cuarto de su muger, y se escondió tras un biombo que habia en la antesala. Pensaba observar desde allí todo lo que pudiese suceder, y entrar de repente en la estancia de su esposa al menor ruido que oyese. Vió salir á Nise, que acababa de dejar á su ama, y se retiraba á un cuarto inmediato donde ella dormia.

La hija de Sifredo, que fácilmente habia penetrado el verdadero motivo del arresto de su marido, tuvo por cierto que aquella noche no volveria éste á Belmonte, aunque su padre le habia dicho haberle el rey asegurado le seguiria presto. Igualmente se presumió que el rey aprovecharia aquella ocasion para verla y hablarla con libertad. Con este pensamiento le estaba esperando para afearle una accion que para ella podia tener terribles consecuencias. Con efecto, poco tiempo despues que Nise se habia retirado, se abrió la falsa puerta y apareció el rey, quien arrojándose á los pies de Blanca, le dijo: no me condeneis hasta haberme oido. Si mandé arrestar al condestable, considerad que ya no me restaba otro medio para justificarme. Si es delincuente este artificio, la culpa es de vos sola. ¿Por qué os negásteis á oirme esta mañana? Tardará poco en verse libre vuestro esposo, y entonces ¡ay de mí! ya no tendré recurso para hablaros. Oidme, pues, por la última vez. Si vuestro padre ocasiona mi desventurada suerte, al menos concededme el triste consuelo de participaros que yo no me he traído este infortunio por mi infidelidad. Si ratifiqué á Constanza la promesa de mi mano, fué porque en las circunstancias en que me puso Sifredo, no podia hacer otra cosa. Eramé preciso engañar á la princesa por vuestro interés y por el mio, para aseguraros la corona y la mano de vuestro amante. Tenia esperanza de conseguirlo, y habia tomado mis medidas para romper aquella obligacion; pero vos destruisteis mi plan, y disponiendo con demasiada facilidad de vuestra persona, preparásteis un eterno dolor á dos corazones que un entrañable amor hubiera hecho perpétuamente felices.

Dió fin á este breve razonamiento con señales tan visibles de una verdadera desesperacion, que Blanca se enterneció, y ya no le quedó la menor duda de la inocencia de Enrique. Alegróse un poco al principio; pero un momento despues fué en ella mas vivo el dolor de su desgracia. ¡Ah!, señor! dijo: despues de lo que ha dispuesto de nosotros la suerte, me causa nueva pena el saber que estais inocente. ¿Qué es lo que he hecho, desdichada de mí! Engañóme mi resentimiento. Juzgué que me habiais abandonado, y arrebatada de despecho recibí la mano del condestable, que mi padre me presentó. ¡Ah infeliz! Yo fui la delincuente, y yo misma fabriqué nuestra desgracia. ¡Con que cuando estaba tan quejosa de vos, acusándoos en mi corazon de que me habiais engañado, era yo, imprudente y ligerisima amante, la que rompía los lazos que habia jurado hacer indisolubles! Vengaos ahora, señor, pues os toca hacerlo. Aborreced á la ingrata Blanca... Olvidad... ¿Y os parece que lo podré hacer, señora? interrumpió Enrique tristemente: qué

¿será posible arrancar de mi corazón una pasión que ni aun vuestra injusticia podrá sofocarla? Con todo eso, señor, dijo suspirando la hija de Sifredo, es menester que os esforceis para conseguirlo. Y vos, señora, replicó el rey, ¿sereis capaz de hacer ese esfuerzo? No me prometió lograrlo, respondió Blanca, pero nada omitiré para ello, lo intentaré cuanto pueda. ¡Ah cruel! exclamó el rey, fácilmente olvidareis á Enrique, puesto que teneis tal pensamiento. Y vos, señor, ¿qué es lo que pensais? repuso Blanca con entereza: ¿os lisonjeais de que os tolere continuar en obsequiarme? No tengais tal esperanza. Si no quiso el cielo que naciese para reina, tampoco me formó para que diese oídos á ningun amor que no sea legitimo. Mi esposo es, igualmente que vos, de la nobilísima casa de Anjou; y aun cuando lo que debo á solo él no fuera un obstáculo invencible á vuestros amorosos servicios, mi honor jamás podría permitirlos. Suplico,



No se atrevió Leoncio á apurarle mas, y se contento con pedir de rodillas la libertad de su yerno.—Pág. 79.

pues, á V. M. que se retire, y que no haga ánimo de no volverme á ver. ¡Oh, qué tiranía! exclamó el rey: ¿es posible, Blanca, que me trateis con tanto rigor? ¡Con que no basta para atormentarme el que yo os vea esposa del condestable, si no que quereis además privarme de vuestra vista, único consuelo que me queda! Huid cuanto antes, señor, respondió la hija de Sifredo derramando algunas lágrimas: la vista de lo que se ha amado tiernamente deja de ser un bien luego que se pierde la esperanza de poseerlo. Adios, señor, retiraos de mi presencia. Debeis este esfuerzo á vuestra gloria y á mi reputacion. Tambien os lo pido por mi esposo, porque al fin, aunque mi virtud no se altera con los movimientos de mi corazón, la memoria de vuestra ternura me presenta combates tan terribles, que me cuesta extraordinarios esfuerzos el resistirlos.

Pronunció estas últimas palabras con tanta energia, que sin advertirlo, dejó caer al suelo un candelero que estaba en una mesa detrás de ella. Apagóse la bugia; cógela Blanca á tientas, abre la puerta de la antesala, y para encenderla vá al gabinete de Nise, que aun no se habia acostado. Vuelve con luz, y apenas la vió el rey la instó de nuevo para que le permitiese continuar en sus obsequios. A la voz del monarca entró repentinamente el condestable con la espada en la mano en el cuarto de su esposa, casi al mismo tiempo que ella: se llega á Enrique lleno del resentimiento que su furor le inspiraba, y le dice: ya es demasiado, tirano, no me tengas por tan vil ni tan cobarde que pueda sufrir la afrenta que haces á mi honor. ¡Ah traidor! respondió el rey desenvainando la espada para defenderse: ¿piensas por ventura ejecutar tu intento impunemente? Dicho esto principian un combate sobremanera fogoso para que durase mucho. Temiendo el condestable que Sifredo y sus criados acudiesen demasiado pronto á los gritos que daba doña Blanca, y le estorbasen su venganza, peleaba ya sin juicio, sin conocimiento y sin cautela. Fuera de si de furor, el mismo se metió por la espada de su enemigo, atravesándose de parte á parte hasta la guarnicion. Cayó en tierra, y viéndole el rey derribado se detuvo.

Al ver la hija de Leoncio á su esposo en tan lastimoso estado, se arrojó al suelo para socorrerle, á pesar de la repugnancia con que le miraba. El infeliz esposo lleno de resentimiento contra ella, no se enterneció aun á vista de aquel testimonio que le daba de su dolor y de su compasion. La muerte, que tenia tan cercana, no bastó para apagar en él el incendio de los celos. En aquellos últimos momentos solo se acordó de la fortuna de su competidor; idea tan ingrata y espantosa, que alentando sus espíritus, y dando un momentáneo vigor á las pocas fuerzas que le quedaban, le hizo alzar la espada, que aun tenia en la mano, y la sepultó toda ella en el seno de su muger, diciéndole: muere, esposa infiel, ya que los sagrados vinculos del matrimonio no bastaron para que me conservases aquella fé que me juraste al pié de los altares. Y tú, Enrique, prosiguió con voz desmayada, no te glories ya de tu destino, puesto que no te aprovecharás de mi desgracia: con esto muero contento. Dijo estas palabras, y espiró: pero con un semblante que aun entre las sombras de la muerte dejaba ver un no sé qué de altivo y de terrible. El de Blanca ofrecia á la vista un espectáculo bien diverso. Habia caido mortalmente herida sobre el moribundo cuerpo de su esposo, y la sangre de esta inocente victima se confundia con la de su homicida, cuya ejecucion fué tan pronta é impensada, que no dió lugar al rey para precaver su efecto.

Prorrumpió este principe malaventurado en un lastimoso grito cuando vió caer á Blanca; y mas herido que ella del golpe que le quitaba la vida, acudió á prestarle el mismo auxilio que ella misma habia querido prestar á su marido, y del cual habia sido tan mal recompensada; pero Blanca le dijo con voz desfallecida: señor, vuestra diligencia es inútil: soy la victima que estaba pidiendo la suerte inexorable. Quiera el cielo que ella aplaque su cólera, y asegure la felicidad de vuestro reinado. Al acabar estas palabras, Leoncio, que habia acudido al eco de sus lamentosos ayes, entró en el cuarto, y atónito de ver los objetos que se presentaban á sus ojos, quedó inmóvil. Blanca que no le habia visto, prosiguiendo su discurso con el rey: á Dios, señor, le dijo, conservad afectuosamente mi memoria, pues mi amor y mis desgracias os obligan á ello. Desterrad de vuestro pecho toda sombra de resentimiento contra mi amado padre, respetad sus canas, compadeceos de su pena, y haced justicia á su celo. Sobre todo manifestad á todo el mundo mi inocencia: esto es lo que mas principalmente os encargo. Adios, amado Enrique... Yo me muero... Recibid mi postrer aliento.

A estas palabras espiró. Quedóse suspenso el rey, guardando por algun tiempo un profundo silencio. Rompióle en fin diciendo á Sifredo: mira, Leoncio, la obra de

tus manos. Contéplala bien, y considera en este trágico suceso el fruto de tu oficioso celo por mi servicio. Nada respondió el anciano; tan penetrado estaba de dolor. Pero ¿á qué fin empeñarme en querer referir lo que no cabe en ninguna esplicacion? Baste decir que uno y otro prurupieron en las mas tiernas quejas luego que la vehemencia del dolor abrió camino al desahogo de los afectos interiores.

El rey conservó toda su vida la mas dulce memoria de su amante, sin poderse jamás resolver á dar la mano á Constanza. El infante se coligó con ella para hacer que se cumpliese lo dispuesto por Rogerio en su testamento; pero se vieron precisados á ceder al principe Enrique, quien triunfó al cabo de todos sus enemigos. A Sifredo le desprendió del mundo, y aun de su misma patria, el insuportable tedio que le causaba el tropel de tantas desgracias. Abandonó la Sicilia, y pasándose á España con Porcia, la única hija que le habia quedado, compró esta quinta. En ella sobrevivió quince años á la muerte de Blanca; tuvo el consuelo de casar á Porcia antes de morir con don Gerónimo de Silva, y soy yo el único fruto de este matrimonio. Esta es, prosiguió la viuda de don Pedro de Pinares, la historia de mi familia, y una fiel relacion de las desgracias que representa ese cuadro, que mi abuelo Leoncio hizo pintar para que quedase á la posteridad un monumento de este funesto suceso.

CAPITULO V.

De lo que hizo doña Aurora de Guzman luego que llegó á Salamanca.

Despues de haber la Ortiz, sus compañeras y yo oido esta historia, nos salimos de la sala, donde dejamos solas á doña Aurora y doña Elvira. Pasaron las dos lo restante del dia en varias diversiones, sin fastidiarse una de otra; y cuando partimos al dia siguiente, fué tan dolorosa su separacion, como pudiera serlo la de dos intimas amigas, acostumbradas toda la vida á la mas dulce y tierna compañía.

Llegamos en fin, á Salamanca sin que nos sucediese el menor contratiempo. Alquilamos luego una casa enteramente amueblada, y la dueña Ortiz, segun lo que habiamos tratado se comenzó á llamar doña Jimena de Guzman. Como habia sido dueña tanto tiempo, no podia menos de hacer bien su papel. Salió una mañana con Aurora, una doncella y un page, y se encaminaron á una posada de caballeros, donde supieron que ordinariamente se alojaba Pacheco. Preguntó la Ortiz si habia algun cuarto desocupado, y habiéndole respondido que si, le enseñaron uno decentemente puesto. Tomólo de su cuenta, y aun adelantó un mes de alquiler, espresando era para un sobrino suyo que iba de Toledo á estudiar á Salamanca; y al que esperaba aquel dia.

Despues que la dueña y mi ama dejaron ajustado aquel alojamiento, se retiraron al suyo, y la bella Aurora, sin perder tiempo, se vistió de caballero. Para cubrir sus cabellos negros se puso una peluca rubia, y tiñéndose del mismo color las cejas, se disfrazó de suerte que parecia un señorito distinguido. Era garboso y desembarazado; y á no ser la cara, que era demasidamente linda para hombre, ninguna otra cosa hacia sospechoso su disfraz. Imitóle en el mismo la criada que le habia de servir de page, y todos nos persuadimos que tambien esta representaria bien su papel, asi porque no era de las mas hermosas, como por tener cierto airecillo descarado, muy á propósito para el personage que le tocaba hacer. Despues de comer, hallándose las dos actrices en estado de presentarse en su teatro, esto es, en la posada de caballeros, ellas y yo marchamos allá. Metimonos en un coche, y llevamos los baules y la ropa que era menester.

La posadera llamada Bernarda Ramirez, nos recibió con el mayor agasajo, y nos condujo á nuestro cuarto, donde comenzamos á trabar conversacion con ella. Convinimos en la comida que nos habia de dar, y en lo que

habiamos de pagarle cada mes. Preguntámosle despues si tenia muchos huéspedes. Por ahora, respondió, no tengo ninguno: nunca me faltarian si quisiera recibir á todo género de gentes; pero mi genio no lo lleva, y en mi casa solo admito personas de distincion. Esta misma noche espero uno que viene de Madrid á concluir sus estudios. Llámase don Luis Pacheco, caballero de veinte años lo mas, que acaso conocerán ustedes ó habrán oido hablar de él. No, respondió Aurora; no ignoro que es de una familia ilustre; pero no sé sus cualidades; y habiendo de vivir en su compañía en una misma casa, tendria particular gusto de saber qué hombre es. Señor, repuso la huésped, mirando al fingido caballero, es un caballero de linda cara, ni mas ni menos que la vuestra; y desde luego aseguro que ambos os avendreis bien. Vive diez, que podré jactarme de tener en mi casa los dos señoritos mas galanes y airosos de toda España. Segun eso, replicó mi ama, ese tal caballero habrá tenido en Salaman-



Vimos entrar en nuestro cuarto á don Luis con botas y espuelas en traje de camino.— Pág. 82.

ca mil galanteos. ¡Oh! en cuanto á ese respondió la vieja, debo confesar que es un enamorado de profesion. Basta que se deje ver para llevarse de calles á cualquier muger. Entre otras robó el corazon de una jóven y bella como el a sola, hija de un anciano doctor en leyes; y en cuanto á su cariño hacia don Luis es aquello que se llama locura. Su nombre es doña Isabel. Pero dígame, le replicó Aurora con prontitud, ¿don Luis le corresponde igualmente? Que la amaba antes que volviese á Madrid, respondió la Ramirez, no tiene duda; pero si ahora la quiere ó no la quiere, es lo que yo no sé, porque el tal caballero en este punto es poco de fiar. Corre de muger en muger como lo hacen comunmente todos los de su edad y de su clase.

Apenas acababa la viuda de decir estas palabras, cuando se oyó en el patio ruido de caballos. Asomámo-

nos á la ventana, y vimos dos hombres que se apeaban, que eran el mismo don Luis Pacheco que llegaba de Madrid con su criado. Dejónos la vieja para ir á recibirlos, y preparóse mi ama, no sin alguna conmocion á representar su personage de don Felix. Poco despues vimos entrar en nuestro cuarto á don Luis con botas y espuelas en trage de camino. Acabo de saber, dijo saludando á doña Aurora, que un caballero toledano está alojado en esta posada, y espero me permitirá le manifieste el gusto que tengo de lograr bajo un mismo techo tan buena compañía. Mientras respondia mi ama á este cumplimento me pareció que Pacheco estaba suspenso de ver á un caballero tan amable. Con efecto, no se pudo contener sin decirle que jamás habia visto hombre tan galán, ni tan bien plantado. Despues de varios discursos acompañados de mil reciprocos y cortesanos cumplimientos, se retiró don Luis al cuarto que se le habia destinado.

Mientras se hacia quitar las botas y se mudaba de ropa, un page que le buscaba para entregarle una carta, encontró por casualidad á doña Aurora en la escalera, y temiéndola por don Luis, á quien no conocia; caballero, le dijo, aunque no conozco al señor don Luis Pacheco, me parece no debo preguntar á vmd. si lo es, y estoy persuadido de que no me engaño, segun las señas que me han dado. No, amigo, respondió mi ama con gran serenidad; ciertamente que no te engañas, y sabes cumplir con puntualidad los encargos que te dan: has adivinado muy bien que soy don Luis Pacheco: dame esa carta y vete, que ya cuidaré de enviar la respuesta. Marchóse el page; y cerrándose Aurora en su cuarto con su criada y conmigo, abrió la carta, y nos leyó lo que sigue: *Acabo de saber vuestra llegada á Salamanca: alegróme tanto esta noticia, que temí perder el juicio. ¿Amas todavía á vuestra Isabel? Asegúrame cuanto antes de que no os habeis mudado. Morirá de contento si le dais el consuelo de haberle sido fiel.*

En verdad que el papel es apasionado, dijo Aurora, y muestra un alma del todo enamorada. Esta dama es una competidora que no debe despreciarse; antes bien juzgo que debo hacer todo lo posible para desprenderla de don Luis, haciendo cuanto sea dable para que él no la vuelva á ver. La empresa es algo árdua, lo confieso; mas no desconfio de salir con ella. Paróse á pensar sobre este punto, y un momento despues añadió: yo me obligo á ver enemistados á los dos en menos de veinte y cuatro horas. Con efecto, habiendo Pacheco descansado un poco en su cuarto volvió á buscarnos al nuestro, y renovó la conversacion con Aurora antes de cenar. Caballero, le dijo en tono de zumba, creo que los maridos y los amantes no han de celebrar mucho vuestra venida á Salamanca, y que les ha de causar harta inquietud; yo por lo menos ya comienzo á temer mucho por mis damas. Oiga usted, le respondió mi ama en el mismo tono, su temor no está mal fundado. Don Felix de Mendoza es un poco temible, así os lo prevengo. Ya he estado otra vez en esta ciudad, y sé por esperiencia que en ella no son insensibles las mugeres. ¿Qué prueba tiene usted de ello? interrumpió don Luis con presteza. Una demostrativa, replicó la hija de don Vicente. Habrá un mes que transité por esta ciudad, y habiéndome detenido en ella no mas que ocho dias, en este breve tiempo (os lo digo en toda confianza) se apasionó ciegamente de mí la hija de un anciano doctor en leyes.

Conoci que se habia turbado don Luis al oír estas palabras. ¿Y se podrá saber, sin pasar por indiscreto, replicó, el nombre de esa señora? ¿Qué llama usted sin pasar por indiscreto? repuso el fingido don Felix, ¿pues qué motivo puede haber para hacer de esto un misterio? ¿por ventura me teneis por mas callado que lo son en este punto los de mi edad? no me hagais esa injusticia. Además de que, hablando entre los dos, el objeto tampoco es digno de tan escrupuloso miramiento, porque al fin solo es una pobre particular, y los hombres de distincion no se emplean seriamente en estas gentes de

poca suposicion, y aun creen que les hacen mucho honor en quitarles el crédito. Diréos, pues, sin reparo, que la hija del tal doctor se llama Isabel. ¿Y el tal doctor, interrumpió impaciente ya Pacheco, se llama acaso el señor don Marcos de la Llana? Justamente, respondió mi ama. Lea usted este papel que acaba de enviarme: por él verá si me quiere bien la tal niña. Pasó los ojos don Luis por el billete, y conociendo la letra se quedó confuso. ¿Qué veo? prosiguió entonces Aurora con admiracion. Parece que se os muda el color. Creo, Dios me lo perdone, que tomáis interés por esa dama. ¡Oh, y cuánto me pesa de haber hablado con tanta franqueza!

Antes bien os doy gracias por ello, replicó don Luis en un tono mezclado de cólera y despecho. ¡Ah pérdida! ¡ah inconstante! ¡Oh, don Felix, y qué favor os merezco! Me habeis sacado de un error en que quizá hubiera estado largo tiempo. Creía que me amaba; ¿qué digo amaba? me parecia que me adoraba Isabel. Yo miraba con algun aprecio á esta muchacha, pero ahora veo que es una muger digna de mi mayor desprecio. Apruebo vuestro noble modo de pensar, dijo Aurora, manifestando tambien por su parte mucha indignacion. La hija de un doctor en leyes debiera tenerse por muy dichosa en que la quisiese un caballero de tanto mérito como vos. No puedo disculpar su veleidad, y lejos de aceptar el sacrificio que me hace de vos, quiero castigarla despreciando sus favores. Por lo que á mí toca, dijo Pacheco, juro no volverla á ver en toda mi vida, y esta será mi única venganza. Teneis sobrada razon, respondió el fingido Mendoza; pero con todo, para que conozca mejor el menosprecio con que la tratamos, seria yo de parecer que los dos le escribiéramos separadamente un papel en que la insultásemos á nuestra satisfaccion. Yo los cerraré, y se los enviaré en respuesta á su carta; mas antes de llegar á este extremo será bien que lo consulteis con vuestro corazon, no sea que algun dia os arrepintais de haber roto la amistad con Isabel. No, no, interrumpió don Luis, no pienso tener jamás semejante flaqueza, y convengo desde luego en que por mortificar á esa ingrata, se ponga inmediatamente por obra lo que hemos discurrido.

Sin perder tiempo fui yo mismo á traerles papel y tinta, y uno y otro se pusieron á componer dos papeles muy gustosos para la hija del doctor Marcos de la Llana. Especialmente Pacheco no encontraba voces bastante fuertes que le contentasen para espresar sus sentimientos; y así hizo pedazos cinco ó seis billetes, por parecerle sus espresiones poco enérgicas y poco duras. Al cabo compuso uno que le satisfizo, y á la verdad tenia razon para quedar satisfecho, porque estaba concebido en estos términos: *Aprende ya á conocerte, reina mia, y no tengas la presuncion de creer que yo te amo. Para esto era menester otro mérito mayor que el tuyo. No veo en tí el menor atractivo que merezca mi atencion mas que por un momento. Solamente puedes aspirar á los inciensos que te tributarán los hopalandas mas miserables de la universidad.* Escribió, pues, esta agradable carta, y cuando Aurora acabó la suya, que no era menos ofensiva, las cerró entrambas bajo una cubierta, y entregándome el pliego: toma, Gil Blas, me dijo, y haz que Isabel reciba este pliego esta noche. Ya me entiendes, añadió guiñándome el ojo; señal cuyo significado entendí perfectamente. Si, señor, le respondi: será usted servido como desea.

Responderle esto, hacerle una cortesía, y salir de casa, todo fué uno. Luego que me vi en la calle me dije á mi mismo: ¿con que, señor Gil Blas, parece que se hace prueba de vuestro talento y que representais en esta comedia el importante papel de criado confidente? Si señor. Pues amigo mio, es menester mostrar que tienes habilidad para desempeñar un papel que pide tanta. El señor don Felix se contentó con hacerte una seña: fióse de tu penetracion: ¿comprendiste bien lo que aquella guiñada quiso decir? Si por cierto, quisome dar á entender que entregase solamente el billete de don Luis. No significaba otra cosa aquella guiñadura. No tuve en esto

la menor duda; con que diciendo y haciendo, rompí el sobreescrito, saqué de él la carta de Pacheco, y la llevé á casa del doctor Marcos, habiéndome antes informado de donde vivía. Encontré á la puerta el mismo pagedito á quien habia visto en la posada de los caballeros. Hermano, le dije, ¿sereis vos por fortuna el criado de la hija del señor doctor Marcos la Llana? Respondiome que si en tono de mozo esperto en estos lances; y yo le añadí: teneis una fisonomia tan honrada, y una cara tan de amigo de servir al prójimo, que me atrevo á suplicaros entregueis á vuestra ama este papelito de cierto caballero conocido suyo.

¿Y quién es ese caballero? me preguntó el pagedillo; y apenas le respondí que era don Luis Pacheco, cuando todo regocijado me respondió: ¡ah! si el papel es de ese señorito, sigueme, pues tengo orden de mi ama de introducirte en su cuarto, que quiere hablarte. Seguíle en efecto, y llegué á una sala, donde muy presto se dejó ver la señora. Quedé admirado de su hermosura, tanto que me pareció no haber visto facciones mas lindas en mi vida. Tenia un aire tan delicado y aniñado, que parecia ser de edad de quince años, sin embargo de que habia mas de treinta que caminaba por sí misma sin necesitar de andadores. Amigo, me preguntó con cara risueña, ¿eres criado de don Luis Pacheco? Si señora, le respondí, tres semanas ha que entré á servir á su merced; y diciendo esto le entregué respetuosamente el fatal papel que se me habia encargado. Leyóle dos ó tres veces, con semblante de dudar de lo que sus mismos ojos veian. Con efecto, nada esperaba menos que semejante respuesta. Alzaba los ojos al cielo, mordiase los labios, y todos sus indeliberados movimientos hacian patente lo que pasaba dentro de su corazón. Volvióse despues hácia mí y me dijo: Amigo mio: ¿don Luis se ha vuelto loco desde que se ausentó de mí? No comprendo su modo de proceder. Dime, amigo, si lo sabes ¿qué motivo ha tenido para escribirme un papel tan cortesano, tan atento?... ¿Qué demonio le tiene poseido? Si quiere romper conmigo, ¿no sabria hacerlo sin ultrajarme con una carta tan grosera?

Señora, le respondí afectando un aire lleno de sinceridad, es cierto que mi amo no ha tenido razon para eso; pero en cierta manera se vió en términos de no poder hacer otra cosa. Si me dais palabra de guardar el secreto, yo os descubriré todo el misterio. Te ofrezco guardarle, me respondió ella prontamente: no temas que te perjudique; y así esplicate con toda libertad. Pues, señora, continué yo: he aquí el caso en dos palabras. Un momento despues que mi amo recibió vuestro papel entró en la posada una dama tapada con un manto de los mas dobles: preguntó por el señor Pacheco, hablóle á solas, y de allí á algun tiempo, al fin de la conversacion le oí decir estas precisas palabras: *me jurais que nunca la volvereis á ver; pero no me contento con esto. Es menester que ahora mismo le escribais un billete que yo misma quiero dictaros. Esto quiero absolutamente de vos.* Sujetóse don Luis á todo lo que deseaba aquella muger, y entregándome despues el billete, me dijo: toma este papel, averigua donde vive el doctor Marcos de la Llana, y procura con maña que esta carta se entregue en propia mano á su hija Isabel.

De aquí inferireis, señora, que la tal carta es hechura de alguna enemiga vuestra, y por consiguiente que mi amo poca ó ninguna culpa ha tenido en esta maniobra. ¡Oh cielos! esc'amó ella: pues esto es todavia mas de lo que yo pensaba. Mas me ofende su infidelidad que las indignas é injuriosas espresiones que se atrevió á escribir su mano. ¡Ah, infiel! ¡ha podido contraer otra amistad...! Pero revistiéndose de repente de altivez, añadió despechada: abandónese en buen hora libremente á su nuevo amor, que yo no pienso impedirlo. Decidle de mi parte que no necesitaba insultarme para obligarme á dejar libre el campo á mi competidora; y que desprecio demasiado á un amante tan voltario para tener el menor deseo de atraérmele de nuevo. Diciendo esto me

despidió, y se retiró muy enojada contra don Luis.

Yo sali de casa del doctor Marcos de la Llana muy satisfecho de mi mismo, conociendo bien que si queria aprender el oficio de tercero me hallaba con suficientes talentos para salir maestro en poco tiempo. Volvíme á nuestra posada, donde encontré cenando juntos á los señores Mendoza y Pacheco, y en conversacion con tanta confianza como si se hubieran conocido y tratado muchos años. Conoció Aurora en mi alegre y risueño semblante que no habia desempeñado mal mi comision. ¿Con qué ya estás de vuelta, Gil Blas? me dijo en tono festivo. Ea, danos cuenta de tu embajada. Tuve para responder que recurrir á mi talento. Dije que habia entregado el pliego en mano propia á Isabel, la que despues de haber leído los dos dulcissimos y ternisimos papeles, prorumpió en grandes carcajadas como una loca, diciendo: por vida mia que los dos señoritos escriben con bellissimo estilo. No se puede negar que nadie es capaz de imitarlo. Eso, dijo mi ama, se llama sacar el caballo, ó salir del atolladero airosamente. En verdad que la tal señora mia, es una chula de prueba y muy diestra. Desconozco enteramente en esta ocasion á doña Isabel, interrumpió don Luis: la tenia en muy distinto concepto. Yo tambien, replicó Aurora, habia formado otro juicio de ella. Es preciso confesar que hay mugeres que saben hacer toda clase de papeles. A una de estas amé yo, y en verdad que se burló de mí largo tiempo. Gil Blas lo puede decir: parecia la muger mas juiciosa y mas honesta que habia en todo el mundo. Así es, respondí yo introduciéndome en la conversacion; era capaz de engañar al mas astuto, y aun á mi mismo me hubiera engañado.

Dieron grandes carcajadas el fingido Mendoza y el verdadero Pacheco cuando me oyeron hablar de esta suerte; y lejos de desaprobar el que yo me tomase la libertad de mezclarme en su conversacion, me dirigian á menudo la palabra para divertirse con mis respuestas. Proseguimos nuestro razonamiento sobre el arte de fingir, que en supremo grado poseen las mugeres; y el resultado de nuestros discursos fué que Isabel quedó legal y judicialmente declarada por una chula de profesion. Don Luis protestó de nuevo que jamas la volveria á ver, y á ejemplo suyo don Felix juro que siempre la miraria con el mas alto desprecio. Acabadas estas protestas estrecharon mas su amistad, prometiendo que ninguna cosa tendrian reservada uno para otro; antes bien que todas se las comunicarian reciprocamente. Sobre mesa se detuvieron un rato, diciendo cosas graciosissimas, y despues se separaron para irse á dormir cada cual á su cuarto. Yo acompañé á Aurora hasta el suyo, donde di fiel y verdadera cuenta de la conversacion que habia tenido con la hija del doctor, sin omitir la circunstancia mas menuda. Faltó poco para que me abrazase de pura alegría. Querido Gil Blas, me dijo, tu ingenio y habilidad me tiene encantada. Cuando nos arrastra una pasion en que es preciso recurrir á invenciones y estratagemas, es gran fortuna tener un criado tan advertido y tan ingenioso como tú, que tomas verdadero interés en nuestros asuntos. Animo, pues, amigo mio. Nos hemos sacudido de una muger que podia hacernos mal tercio. No me descontenta el principio; pero como los lances de amor están sujetos á varias revoluciones, soy de parecer que cuanto antes acometamos nuestra ideada empresa, y que desde mañana empiece á representar su papel Aurora de Guzman. Aprobé el pensamiento, y dejando al señor don Felix con su page, me retiré al cuarto donde tenia mi cama.

CAPITULO VI.

De qué ardides se valió Aurora para que la amase don Luis Pacheco.

El primer cuidado de los dos amigos fué reunirse al dia siguiente, y comenzaron con abrazos, que Aurora se

vió precisada á dar y recibir por hacer bien el personaje de don Felix. Fueron juntos á pasearse por la ciudad, acompañándolos yo con Chilindron, criado de don Luis. Parámonos á la puerta de la universidad á leer varios carteles de libros que acababan de fijar á la puerta. Habia tambien leyendo otras muchas personas, y entre ellas se me hizo reparable un hombrecillo, que hacia



crítica de las obras que se anunciaban. Observé que le estaban oyendo otros con singular atención, y me persuadi tambien de que él creia merecer que le escuchasen. Parecia vano y hombre de tono decisivo, como lo suele ser la mayor parte de las personas chiquitas. Esa *nueva traducción de Horacio*, que anuncia este cartel con letras gordas (decia á los circunstantes) es una obra en prosa, compuesta por un autor viejo del colegio: libro muy estimado de los escolares, que han agotado de él ya cuatro ediciones, sin que ningun inteligente haya comprado siquiera un ejemplar. No era mas favorable la crítica que hacia de los demas libros: todos los motejaba sin caridad: probablemente seria algun autor. Yo de buena gana le hubiera estado oyendo hasta que acabase de hablar; pero me fué preciso seguir á don Luis y á don Felix, que fastidiados de aquel hombrecillo, y no importándoles poco ni mucho los libros que criticaba, prosiguieron su camino alejándose de él y de la universidad.

Llegamos á la posada á la hora de comer. Sentóse mi ama á la mesa con Pacheco, y diestramente hizo que la conversacion recayese sobre su familia. Mi padre, dijo, es un segundo de la casa de Mendoza, establecida en Toledo; mi madre es hermana carnal de doña Jimena de Guzman que hace pocos dias vino á Salamanca en seguimiento de cierto negocio de importancia, trayendo consigo á su sobrina doña Aurora, hija única de don Vicente de Guzman, á quien quizá habrá vmd. conocido.

No, respondió don Luis; pero he oido hablar mucho de él, igualmente que de Aurora, vuestra prima. Decidme si puedo creer todo lo que dicen de esta señorita: me han asegurado que es sin igual en hermosura y entendimiento. En cuanto á entendimiento, respondió don Felix, es cierto que no le falta, y tambien lo es que ha procurado cultivarlo; pero en cuanto á hermosura, no creo que sea tanta como ponderan, cuando oigo decir que ella y yo nos parecemos mucho. Siendo eso así, replicó prontamente don Luis, queda muy acreditada su fama. Vuestras facciones son regulares, vuestra tez muy delicada, y así no puede menos de ser linda vuestra prima. Yo tendria mucho gusto en verla y hablar con ella. Desde luego me ofreció á satisfacer vuestra curiosidad, respondió el fingido Mendoza; hoy mismo despues de comer iremos los dos á casa de mi tia.

Mudó entonces de conversacion mi ama, y empezaron los dos á hablar de cosas indiferentes. Por la tarde, mientras se disponian para ir á casa de doña Jimena, me anticipé yo á prevenir á la dueña que se preparase para recibir esta visita. Hecha esta diligencia me restituí prontamente á la posada para acompañar á don Felix, quien, finalmente, condujo al señor don Luis á casa de su tia. Apenas entraron en ella cuando se encontraron con doña Jimena, que les hizo seña de que metiesen poco ruido, diciéndoles en voz baja: paso pasito: no despierten ustedes á mi sobrina, que desde ayer acá ha estado padeciendo una furiosa jaqueca, la cual ha poco tiempo que la dejó, y habrá un cuarto de hora que la pobre niña se retiró á descansar un poco. Siento mucho esa indisposicion, dijo Mendoza, aparentando sentimiento porque esperaba tener el gusto de que viésemos á mi prima, pues queria hacer este obsequio á mi amigo Pacheco. No es eso tan urgente, respondió la Ortiz sonriéndose; pueden vmds. dejarlo para mañana. Detuviéronse un rato los dos caballeritos con la vieja, y despues de una breve conversacion se retiraron.

Condujonos don Luis á casa de un amigo suyo, llamado don Gabriel de Pedrosa, donde pasamos lo restante del dia; cenamos con él, y dos horas despues de media noche volvimos á la posada. Habriamos andado como la mitad del camino cuando tropezamos con dos hombres que estaban tendidos en medio de la calle. Creimos que serian algunos infelices recién asesinados, y nos paramos á socorrerlos en caso de llegar á tiempo nuestro socorro. Mientras nos estábamos informando del estado en que se hallaban cuanto lo podia permitir la oscuridad de la noche, he aquí que llega una ronda. El cabo nos tuvo por asesinos, y dió orden á sus gentes de que nos cercasen; pero mudó de opinion, haciendo mejor juicio luego que nos oyó hablar, y mucho mas cuando á la luz de una linterna sorda descubrió las nobles facciones de Mendoza y de Pacheco. Mandó á los alguaciles que examinasen y reconociesen aquellos dos hombres que nosotros creiamos asesinados, y hallaron ser un licenciado gordo y su criado privados enteramente de vino, ó mas bien borrachos muertos. Señores, exclamó un ministril, conozco muy bien á este gran bebedor: es el señor licenciado Guiomar, rector de nuestra universidad. Aquí donde ustedes le ven es un grande hombre, un talento extraordinario. No hay filósofo á quien no confunda en un argumento: tiene una facundia sin igual. Lástima es que sea tan inclinado al vino, á pleitos y á mugeres. Ahora vendrá de cenar con su Isabelilla, en donde por desgracia él y el que le guia se habrán emborrachado, y ambos han caido en el arroyo. Antes que el buen licenciado fuese rector le sucedia esto con bastante frecuencia; los honores, como ustedes ven, no siempre mudan las costumbres. Nosotros dejamos á los dos borrachos en manos de la ronda que cuidó de llevarlos á su casa, y nos fuimos á la nuestra, donde cada uno trató de irse á dormir.

Don Felix y don Luis se levantaron al dia siguiente á eso del medio dia, y vueltos á reunir, su primera conversacion fué de doña Aurora de Guzman. Gil Blas, me

dijo mi ama, ve á casa de mi tia doña Jimena, y preguntale de mi parte si el señor Pacheco y yo podemos ir hoy á ver á mi prima. Partí al punto á desempeñar mi comision, ó por mejor decir, á quedar de acuerdo con la dueña sobre el modo con que nos habiamos de gobernar; y despues que tomamos nuestras medidas puntuales volví con la respuesta al fingido Mendoza, y le dije: vuestra prima Aurora está muy buena; ella misma me ha encargado os asegure que vuestra visita le será del mayor agrado; y doña Jimena me encomendó afirmase al señor Pacheco que siempre será muy bien recibido en su casa por vuestra recomendacion.

Conoci que estas últimas palabras habian gustado mucho á don Luis. Tambien lo conoció mi ama, y desde luego arguyó de ello un dichoso presagio. Poco antes de comer vino á la posada el criado de doña Jimena, y dijo á don Felix: señor, un hombre de Toledo fué á preguntar por su merced en casa de su señora tia, y dejó en ella este billete. Abrióle el fingido Mendoza, y leyó en él estas cláusulas en voz que las pudiesen oír todos: *si quereis saber de vuestro padre, con otras noticias de consecuencia que os importan mucho, leido éste, venid prontamente al meson del Caballo Negro, cerca de la universidad. Tengo grandes deseos de saber cuanto antes estas noticias que tanto me interesan para no satisfacer mi curiosidad al momento: hasta luego.* Pacheco, continuó, si no volviere dentro de dos horas, podeis ir vos solo á casa de mi tia, adonde concurriré yo tambien despues de comer. Ya sabeis el recado que os dió Gil Blas de parte de doña Jimena: en virtud de él podeis con franqueza hacer esta visita. Diciendo esto salió de casa mandándome le siguiese.

Ya se deja discurrir que en vez de tomar el camino del meson del *Caballo Negro* nos fuimos derechos á casa de la Ortiz, y nos dispusimos al enredo. Quitóse Aurora sus postizos cabellos rubios, lavóse y estregóse muy bien las cejas; vistióse de muger, y quedó como naturalmente era una trigueña hermosura. Puede decirse que el disfraz la trasformaba de manera, que doña Aurora y don Felix parecian dos personas diferentes; y aun en traje de muger parecia mas alta que vestida de hombre: bien es verdad que los grandes tacones aumentaban la estatura. Luego que á su hermosura añadió los demas auxilios que el arte podia prestarle, esperó á don Luis, con una agitacion mezclada de recelo y de esperanza. Unas veces confiaba en su talento y en su hermosura, y otras temia que le saliese mal aquella tentativa. La Ortiz se dispuso por su parte lo mejor que pudo para ayudar á su ama. Por lo que hace á mi, como no convenia que Pacheco me viese en aquella casa, y como (á semejanza de aquellos actores que solo aparecen en el teatro cuando está para concluirse la comedia) no debia parecer en ella hasta el fin de la visita, salí asi que acabé de comer.

En fin, todo estaba ya prevenido cuando llegó don Luis. Recibióle doña Jimena con el mayor agrado, y tuvo con Aurora una conversacion que duró de dos á tres horas. Al cabo de ellas entré yo en la sala donde estaban, y dirigiéndome á don Luis, le dije: caballero, mi amo don Felix suplica á vmd. se sirva perdonarle si hoy no puede venir porque está con tres hombres de Toledo, de quienes no puede desembarazarse: ¡Ah, libertinillo! exclamó doña Jimena, sin duda estará de jarana. No señora, repliqué yo prontamente; está en realidad con aquellos hombres, tratando de negocios muy serios: es cierto que le ha causado grandísimo disgusto el no poder venir aqui, y me ha encargado deciroslo, igualmente que á doña Aurora. ¡Oh! yo no admito sus disculpas, repuso mi ama chanceándose. Sabiendo que he estado indispueta debia mostrar mas atencion con las personas que le son tan allegadas. En castigo de esta falta no quiero verle en dos semanas ¡Ah, señora! dijo entonces don Luis, no tomeis tan cruel resolucion. Sobrale á don Felix por castigo el no haberos visto hoy.

Despues de haberse chanceado algun tiempo sobre el

mismo asunto se retiró Pacheco. La bella Aurora mudó inmediatamente de trage, y volvióse á poner su vestido de caballero. Trasladóse á la posada lo mas breve que le fué posible, y apenas entró dijo á don Luis: perdonadme, amigo, si no pude ir á buscaros á casa de mi tia: halléme con unas gentes tan pesadas que no pude, por mas que hice, desenredarme de ellas. Lo único que me consuela es, que á lo menos habeis tenido lugar para satisfacer vuestra curiosidad y vuestros deseos. Y bien, ¿qué os ha parecido mi prima? decidmelo ingenuamente. ¿Qué me ha de parecer? respondió Pacheco; me ha hechizado. Teneis razon en decir que los dos sois muy parecidos. En mi vida he visto facciones mas semejantes. El mismo aire de cara, los mismos ojos, la misma boca, y hasta el mismo eco de voz. No hay mas diferencia entre los dos sino que vuestra prima es algo mas alta; es trigueña, y vos rubio; sois festivo, y ella sería. Eso únicamente os diferencia uno de otro. En cuanto á entendimiento, continuó, no cabe mas. En una palabra, es una dama de mérito estremado.

Pronunció Pacheco tan fuera de sí estas últimas pa-



Echóse á los pies de mi ama lleno de gozo. — Pág. 86.

labras, que don Felix le dijo sonriéndose: pésame, amigo, de haberos proporcionado este conocimiento con doña Jimena; y si quereis creerme no volvais mas á su casa: os lo aconsejo por vuestra quietud. Doña Aurora de Guzman podria insensiblemente quitaros el sosiego é inspiraros una pasion.... No necesito volverla á ver, interrumpió don Luis, para estar ya ciegamente prendado de ella. El mal, si lo hay, está hecho. Tanto peor para vos, replicó el fingido Mendoza; porque vos no sois hombre de contentaros con una so'a, y mi prima no es doña Isabel. Os hablo claro como amigo: no es muger capaz de sufrir amante alguno que no vaya por el camino real. ¿Por el camino real? repitió don Luis: ¿y puede irse

por otro hácia una señorita de su calidad? Es agraviarme el creerme capaz de mirarla con ojos profanos. Conocedme mejor, mi querido Mendoza. ¡Ah! yo me tendría por el mas dichoso de todos los hombres si aprobara mi solicitud y quisiera unir su suerte con la mia. ¡Oh, don Luis! repuso don Felix, supuesto que pensais de ese modo, desde este instante me tendrá de su parte vuestro amor, y desde luego os ofrezco mis buenos oficios con Aurora. Mañana mismo daré principio á ellos, procurando ganar á mi tia, que tiene mucho ascendiente sobre mi prima.

Pacheco dió mil gracias al caballero que le hacia una oferta tan apreciable; y mi ama y yo vimos con gusto que no podia dirigirse mejor nuestras estratagemas. El dia siguiente añadimos algunos grados mas al amor de don Luis con otra invencion. Pasó Aurora á su cuarto despues de suponer que habia ido á hablar con doña Jimena como para interesarla en su favor, y le dijo así: hablé á mi tia, y no me costó poco reducirla á que favoreciese vuestros deseos. Halléla fuertemente preocupada contra vos: yo no sé quién le habia metido en la cabeza que érais un libertino; lo cierto es que alguno le ha dado una idea favorable de vuestras costumbres. Por fortuna tomé vuestro partido con tal teson, que logré por último desimpresionarla de todo. No obstante, prosiguió Aurora, á mayor abundamiento quiero que los dos solos tengamos una conferencia con mi tia, para asegurarnos mas de su favor y de su apoyo. Manifestó Pacheco una grande impaciencia por hablar cuanto antes con doña Jimena, y don Felix procuró que lograrse esta satisfaccion la mañana del dia siguiente bastante temprano. Condújole él mismo á la señora Ortiz, y los tres tuvieron una conversacion, en la cual dió muy bien don Luis á conocer el mucho terreno que el amor habia ganado en su corazon en tan breve tiempo. Finjóse la sagaz Jimena muy pagada de la tierna aficion que mostraba á su sobrina, y le ofreció cuanto estuviere de su parte para persuadirla á que le diese su mano. Arrojóse Pacheco á los pies de tan buena tia, y le rindió mil gracias. A este tiempo preguntó don Felix si su prima se habia levantado. No, respondió la dueña, todavía está durmiendo, y por ahora no se la podrá ver; pero vuelvan ustedes esta tarde, y le hablarán cuanto quieran, respuesta que, como se puede creer, acrecentó en gran manera la alegría de don Luis, á quien se le hizo eterno el resto de aquella mañana. Restituyóse, pues, á su posada en compañía del finjido Mendoza, quien tenia la mayor complacencia en observar todos sus movimientos, y en descubrir en ellos todas las señales de un amor verdadero.

Toda la conversacion fué acerca de Aurora. Acabada la comida dijo don Felix á Pacheco: ahora mismo me ha ocurrido un pensamiento. Me parece que podrá ser muy del caso el que yo me adelante un poco á casa de mi tia para hablar á solas á mi prima, y averiguar si puedo, el estado de su corazon en orden á vuestra persona. Aprobó don Luis esta idea, dejó salir primero á su amigo, y él le siguió una hora despues. Mi ama supo aprovechar el tiempo, de manera que cuando llegó su amante ya estaba vesida de muger. Despues de haber saludado á doña Aurora y á su tia, dijo don Luis: yo creí encontrar aquí á don Felix. Está escribiendo en mi gabinete, respondió doña Jimena, y presto saldrá. Quedó satisfecho don Luis con esta respuesta, y empezó á entablar conversacion con las dos. Sin embargo á pesar de la presencia del objeto amado, notó que las horas pasaban sin que Mendoza saliese; y no pudo ya don Luis disimular mas su extrañeza: Aurora mudó de repente de tono, echóse á reir, y le dijo: ¿Es posible, señor don Luis, que no hayais aun sospechado la inocente burla que os estamos haciendo? Pues qué, ¿unos cabellos rubios, pero postizos, y dos cejas tenidas, me desfiguran tanto que os hayais dejado engañar hasta este punto? Desengañaos, caballero, prosiguió, volviendo á su natural seriedad, acabad de conocer que don Felix de Mendoza y doña Aurora de Guzman son una misma persona.

No se contentó con sacarle de su error, sino que le confesó tambien la flaqueza de su pasion y todos los pasos que esta misma le habia sugerido para reducirle al estado en que le veia. No quedó el tierno amante menos encantado que sorprendido de lo que oía y veia: echóse á los pies de mi ama, y lleno de gozo le dijo: ¡ah bella Aurora! ¿puedo creer con efecto que soy yo el hombre dichoso que ha merecido á tu bondad tan finas demostraciones? ¿qué puedo hacer para agradecerlas? un amor eterno no seria suficiente para pagarlas. A estas palabras se siguieron otras mil halagüeñas espresiones, despues de lo cual los dos amantes hablaron de las medidas que debian tomar para llegar al cumplimiento de sus deseos. Resolvióse que todos partiésemos inmediatamente á Madrid, donde se desenlazaria nuestra comedia por medio de un casamiento. Así se ejecutó, y al cabo de quince dias se casó don Luis con mi ama, celebrándose la boda con ostentacion y un sin número de diversiones.

CAPITULO VII.

Muda Gil Blas de acomodo, pasando á servir á don Gonzalo Pacheco.

Tres semanas despues de este casamiento, queriendo mi ama recompensar mis buenos servicios me regaló cien doblones, y me dijo: Gil Blas, yo no te despido de mi casa; puedes mantenerte en ella todo el tiempo que quisieres; pero sábete que don Gonzalo Pacheco, tio de mi marido, desea mucho seas su ayuda de cámara. Le he hablado tan bien de tí, que me ha pedido te persuada á que vayas á servirle. Es un señor ya de dias, pero de bellísimo genio, y estoy cierta de que te irá muy bien con él.

Di mil gracias á Aurora por sus favores; y como ya no necesitaba de mi, acepté con tanto mas gusto el partido que me proporcionaba, cuanto que yo no salia de entre la familia. Fui, pues, una mañana de parte de la recién casada á casa del señor don Gonzalo, que todavía estaba en la cama, aunque era cerca de medio dia. Entré en su cuarto, y le hallé tomando un caldo que acababa de traerle un page. Tenia el buen viejo los bigotes envueltos en unos papelillos, ojos hundidos y casi amortiguados, un rostro descarnado y macilento. Era de aquellos solterones que habiendo sido muy libertinos en la mocedad, no son mas contenidos en la vejez. Recibiómelo con agrado, y me dijo que si le queria servir con el mismo celo con que habia servido á su sobrina, podia contar con que me haria feliz. Ofrecile emplear igual esmero en cumplir con mi obligacion en su casa que en la de su sobrina, y desde aquel momento me recibió en su servidumbre.

Héme aqui, pues, con un nuevo amo, el cual sabe Dios qué hombre era. Cuando se levantó creí estar viendo la resurreccion de Lázaro. Figúrese el lector un cuerpo alto y seco que, si le viese en cueros, seria á propósito para aprender la osteologia; las piernas eran tan chupadas, que aun despues de tres ú cuatro pares de medias que se puso, me parecian delgadísimas. Además de eso, esta momia viviente era asmática, acompañando con una tos cada palabra. Luego tomó chocolate; y mandando despues que le trajesen papel y tinta, escribió un billete que cerró y entregó al page que le habia servido el caldo para que le llevase á su destino. Apenas partió éste, cuando volviéndose á mi, me dijo: amigo Gil Blas, de aqui adelante pienso que seas tú confidente de mis encargos, particularmente los respectivos á doña Eufrasia, que es una jóven á quien amo, y de quien soy tiernamente correspondido.

¡Santo Dios! dije prontamente para mi capote, ¿y cómo podrán los mozos dejar de creer que los aman cuando este viejo chocho está persuadido de que le idolatran? Hoy mismo, prosiguió él, irás conmigo á casa de esta señora, porque casi todas las noches ceno con ella. Te quedarás admirado de ver su modestia y compostura. Muy lejos de imitar á aquellas loquillas que se pagan de la

juventud y se prendan de las apariencias, es ya de un entendimiento claro y de un juicio maduro: no busca en los hombres sino el buen modo de pensar, y prefiere á la belleza del rostro una persona que sepa amar. No limitó á solo esto el señor don Gonzalo el elogio de su dama, sino que se empeñó en persuadirme que era un compendio de todas las perfecciones; pero encontró con un oyente difícil en dejarse convencer sobre este punto. Después de haber cursado en la escuela de las comediantas, nunca creí que los viejos fuesen muy afortunados en amor. Sin embargo, fingí (por complacerle únicamente) que le creía, y aun hice mas, pues no solo alabé la discrecion y el buen gusto de doña Eufrosia, sino que me adelanté á decir que tampoco ella podria encontrar otro sugeto mas amable. El buen hombre no conoció que yo le lisonjeaba; antes por el contrario, tomó por verdadera mi alabanza. Tanta verdad es que nada se arriesga en adular á los grandes, pues admiten con gusto aun las lisonjas mas desmedidas.

Después de esta conversacion comenzó el viejo á arrancarse con unas pinzas algunos pelos blancos de la barba: se lavó los ojos, que estaban llenos de lagañas; lo mismo hizo con los oídos, manos y cara; y concluidas sus abluciones, se tiñó de negro el bigote, las cejas y el pelo, gastando en el tocador mas tiempo que emplea una viuda vieja empeñada en desmentir el estrago de los años. No bien habia acabado de vestirse, cuando entró en su cuarto el conde de Azumar, amigo suyo, y tan viejo como él, pero muy diferente en todo lo demas. Este traia sus venerables canas descubiertas, se apoyaba en un baston, y en vez de querer parecer joven mostraba hacer alarde de su ancianidad. Amigo Pacheco, dijo luego que entró, vengo á comer contigo. Bien venido, conde, le respondió mi amo, y al mismo tiempo se abrazaron, y pusieron á hablar mientras se hacia hora de sentarse á la mesa. Al principio fué la conversacion sobre una corrida de toros que pocos dias antes se habia celebrado, y hablaron de los picadores que habian mostrado mayor destreza y valor. Sobre esto el viejo conde, á manera de aquel otro Nestor, á quien todas las cosas presentes le servian de ocasion para alabar las pasadas, dijo suspirando: ya no se hallan hoy los hombres que se veian en otros tiempos. Ni los toros, ni los torneos se hacen con aquella magnificencia con que se hacian en nuestra mocedad.

Yo me reia interiormente de la ridicula preocupacion del señor conde de Azumar, el cual no se contentó con aplicarla únicamente á los toros y á los torneos, pues cuando se sirvió la fruta en la mesa dijo mirando unos escelentes melocotones que se habian puesto en ella: en mi tiempo eran muchos mayores los melocotones de lo que son ahora: la naturaleza se debilita cada dia. Segun eso, dije yo entonces para mí sonriéndome, los melocotones en tiempo de Adán debian ser de enorme tamaño.

Detúvose el conde de Azumar con don Gonzalo hasta cerca de la noche. Luego que éste se desembarazó de él salió de casa, diciéndome le acompañase, y fuimos derechos á la de Eufrosia, distante como cien pasos de la nuestra. Encontrámosla en un cuarto alhajado con primor. Estaba vestida con gusto, y mostraba un aspecto de tan florida juventud, que casi parecia una niña, sin embargo de que ya llegaba por lo menos á los treinta. Podia pasar por linda, y desde luego admiré su talento. No era de aquellas cortesanas que brillan por su locuacidad, por su desembarazo y por su desenvoltura. Tanto en sus acciones como en sus palabras sobresalia en ella el juicio, la modestia y la penetracion. Sin afectar ingenio, se echaba de ver en todo lo que decia. Consideréla yo con no poca admiracion, y dije: ¡oh cielos! ¿es posible que pueda ser disoluta una muger al parecer tan modesta? Y es que vivia yo persuadido de que necesariamente habia de ser desenvuelta toda dama cortesana. Admirábame aquel aparente recato, sin hacerme cargo de que las tales niñas saben acomodarse á todos los genios, conformándose al carácter de los ricos y señores que caen en

sus manos. Si gustan unos de viveza y atolondramiento, con estos serán intrépidas y casi locas: si agrada á otros el sosiego y compostura, siempre las en contrarán con un exterior tranquilo, honesto y virtuoso. Verdaderos camaleones, mudan de color segun el genio y humor de las personas que las visitan.

No era don Gonzalo del gusto de aquellos caballeros que se pagan de hermosuras desenvueltas, antes se le hacian insufribles: y para que le agradase una muger era menester que tuviese cierto aire de modestia. Asi Eufrosia gobernándose por esta idea, hacia ver que habia mas comediantas que las que representan en los teatros. Dejé á mi amo con su ninfa, y pasé á una sala, donde me encontré con una ama de gobierno vieja, que yo habia conocido cuando era criada de una comedianta. Ella tambien me conoció inmediatamente, y representamos una escena de reconocimiento digna de una comedia: ¿aquí estás, amigo Gil Blas? me dijo llena de alegria. Segun eso has salido de casa de Arsenia como yo de la de Constanza. Asi es, respondi yo: mucho tiempo ha que la dejé, y después entré á servir á una señora de distincion, porque la vida de la gente de teatro no me acomodaba. Yo mismo me despedí, sin dignarme decir á Arsenia ni una palabra. Hiciste muy bien, me respondió la vieja, que se llamaba Beatriz; y poco mas ó menos lo hice yo con Constanza. Una mañana le di mi cuenta luego que me levanté: ella me la recibió sin decirme nada, y de esta manera nos despedimos, como dicen, á la francesa.

Mucho célebro, repuse yo, que tú y yo nos hallemos en casa mas honorifica. Doña Eufrosia me parece señora de distincion, y la creo de muy buen carácter. No te engañas en eso, respondió Beatriz. Mi ama es una muger bien nacida, como lo manifiestan sus modales; y por lo que toca al genio, será difícil hallar otra mas sosegada ni mas apacible. No es de aquellas amas altivas y difíciles de contentar, que nada les gusta, que en todo encuentran que decir, gritan sin cesar, mortifican á todos los criados, y es un infierno el servir las. Hasta ahora no le he oido reñir siquiera una vez, tan amiga es de la paz. Cuando hago alguna cosa que no le gusta, me lo reprende sin enfado y sin prorrumpir en aquellos dictérios de que tanto usan las mugeres soberbias. Tambien mi amo, repliqué yo, es un señor muy afable, se familiariza conmigo, y me trata como á un igual mas bien que como á un criado: en una palabra, es el caballero mejor del mundo: en cuanto á esto, vos y yo estamos mejor que cuando estábamos con las comediantas. Mil veces mejor, repuso Beatriz. Yo llevo ahora una vida muy retirada, siendo asi que la de entonces era tan bulliciosa. En nuestra casa no entra mas hombre que el señor don Gonzalo; y en mi soledad tampoco veré yo á otro que á ti, de lo que me alegro mucho. Tiempo ha que te miraba con buenos ojos, y mas de una vez tuve envidia á Laura porque eras tan amigo suyo. Pero, en fin, no desconfío de ser tan dichosa como ella, pues aunque no tenga su juventud ni su hermosura, en recompensa detesto la volubilidad, cuya prenda ningun hombre puede remunerar suficientemente: en punto á fidelidad soy una tortolilla.

Como la buena Beatriz era una de las muchas que se ven obligadas á brindar con sus favores, porque sin eso ninguno las pretenderia, no tuve la menor tentacion de aprovecharme de su generosidad; pero tampoco me pareció conveniente hablar de manera que pudiese recelar que la despreciaba; antes bien tuve la advertencia de hablarle en términos que no perdiese la esperanza de reducirme á corresponderle. Yo me imaginaba haber conquistado á una criada vieja; pero tambien me engañé miserablemente en esta ocasion. Galanteábame ella, no solo por mi linda cara, sino para granjearme á favor de los intereses de su ama á quien tenia tanto amor, que ningun medio perdonaba cuando se trataba de complacerla y servirla. Reconoci mi error la mañana siguiente, en que fui á entregar á doña Eufrosia un billete amoroso de mi amo. Recibiome con agrado, y me dijo mil cosas

cariñosas; y la criada dió tambien su pincelada en mi elogio. Una admiraba mi fisonomia, otra hallaba en mi cierto aire de moderacion y de prudencia. Al oír á las dos, mi amo poseia un tesoro en mi persona. En una palabra, me alabaron tanto, que desconfié de sus elogios, desde luego penetré el fin de ellos; pero los oía con una aparente simplicidad, con cuyo artificio engañé á aquellas bribonas, que al cabo se quitaron la mascarilla.

Escucha, Gil Blas, me dijo doña Eufrosia: en ti consiste hacer tu fortuna: procedamos todos de acuerdo, amigo mio. Don Gonzalo es viejo, su salud muy delicada; una calenturilla ayudada de un buen médico basta para echarle á la sepultura. Aprovechémonos bien de los pocos momentos que le restan, y gobernémonos de modo que me deje á mí la mejor parte de sus bienes. A tí te tocará una buena porcion, así te lo prometo, y puedes contar con mi palabra como con una escritura otorgada ante todos los escribanos de Madrid. Señora, le respondi, disponga usted á su arbitrio de este su fiel servidor; solamente le suplico me diga lo que debo hacer, y lo demas déjelo de mi cuenta, que espero se dará por bien servida. Pues ahora bien, repuso ella, lo que has de hacer es observar cuidadosa y diligentemente á tu amo, y darme razon puntual de todos sus pasos. Cuando hables con él procura con arte introducir la conversacion sobre las mugeres, y toma de aqui ocasion para con destreza y maña decirle mucho bien de mí. Tu mayor estudio ha de ser el tenerle siempre ocupado de su Eufrosia en cuanto te sea posible. Espia con sagacidad si algun pariente suyo le hace la corte con la mira á su herencia, y avisame sin perder un instante, que yo los echaré á pique. No te pido mas. Tengo muy conocidos los diferentes genios de la parentela de tu amo: sé el modo de hacerlos ridiculos á los ojos de éste, y ya he desconceptuado en su ánimo á sus primos y sobrinos.

Por esta instruccion, y por otras que añadió Eufrosia, conocí que era una de aquellas mugeres que se dedican á complacer á viejos generosos. Pocos dias antes habia obligado á don Gonzalo á vender una posesion, cuyo precio le regaló. Todos los dias le chupaba algo, y ademas de eso esperaba que no la olvidaria en su testamento. Mostréme muy deseoso de hacer todo lo que me pedía; mas por no disimular nada, confieso que cuando volvía á casa iba muy dudoso sobre si contribuiría á engañar á mi amo, ó á apartarle de su querida. Este último partido me parecia mas honrado que el otro, y me sentia mas inclinado á cumplir con mi obligacion que á faltar á ella. Consideraba por otra parte, que en suma nada de positivo me habia ofrecido Eufrosia, y quizá por esto mas que por otro motivo no pudo corromper mi fidelidad. Resolvi, pues, servir con celo á don Gonzalo, persuadido de que, si lograba arrancarle del lado de su idolo, seria mejor recompensado por una accion buena que por las malas que yo pudiera hacer.

Para conseguir mejor el fin que me habia propuesto, fingi dedicarme enteramente á servir á doña Eufrosia. Hícele creer que continuamente estaba hablando de ella á mi amo, y sobre este supuesto le embocaba mil patrañas, que la pobre creia como otros tantos evangelios: artificio con el cual me interné tanto en su confianza, que me contaba por el mas oiegamente empeñado en promover sus intereses. A mayor abundamiento aparenté tambien estar enamorado de Beatriz, la cual estaba tan ufana de la conquista de un mozo, que no se le daba un pito de que la engañase, con tal que la engañase bien. Cuando mi amo y yo estábamos con nuestras dos reinas representábamos dos cuadros diferentes; pero ambos por el mismo estilo. Don Gonzalo, seco y amarillo, como ya lo he retratado, parecia un moribundo en la agonía cuando miraba á su Filis con ojos lánguidos y amorosos. Mi Nise, siempre que yo la miraba apasionado, remedaba los melindres y acciones de una niña, poniendo en movimiento todos los registros de una truhana vieja y bien amaestrada. Conociase que habia cursado estas escuelas por lo menos unos buenos cuarenta años.

Habiase refinado en servicio de una de aquellas heroínas del partido, que saben el secreto de hacerse amar hasta la vejez, y mueren cargadas de los despojos de dos ó tres generaciones.

No me bastaba ya el ir con mi amo todos los dias á casa de Eufrosia: muchas veces iba solo, particularmente de dia; y á cualquier hora que fuese, nunca encontraba en ella á hombre, ni menos á muger alguna que me diese malas sospechas ó modo de descubrir en Eufrosia el menor indicio de infidelidad. Esto me causaba poca admiracion, porque no acertaba á comprender cómo pudiese ser tan escrupulosamente fiel á don Gonzalo una muger jóven y hermosa.



Parecia un moribundo en la agonía cuando miraba á su Filis con ojos lánguidos y amorosos.

Pero en esta admiracion no habia juicio alguno temerario, pues la bella Eufrosia, como pronto veremos, para hacer mas tolerable el tiempo que tardaba en heredar á don Gonzalo, se habia provisto de un amante mas proporcionado á sus años.

Cierta mañana muy temprano fui á entregar un billete á la tal niña de parte de mi amo, segun la costumbre diaria. Hizome entrar en su cuarto, y divisé en él los pies de un hombre que estaba escondido detrás de un tapiz. No di la mas minima señal de que le veia; y así que desempeñé mi encargo, me salí sin dar á entender hubiese notado cosa alguna; pero aunque no debia sorprenderme este objeto, y mas cuando en nada me perjudicaba á mí, no dejó con todo de inquietarme mucho. ¡Ah! malvada, decia yo con enfado. ¡Ah traidora Eufrosia! No te contentas con engañar á un buen viejo, haciéndole creer que le amas, sino que te entregas á otro amante para hacer mas abominable tu villana traicion. Pero, bien mirado; era yo muy necio en discurrir de esta suerte. Antes debia reirme de aquella aventura, y mirarla como una compensacion del fastidio y de los malos ratos que Eufrosia sufría con el trato de mi amo.

A lo menos hubiera hecho mejor en no hablar palabra que en valerme de esta ocasion para acreditarme de buen criado. Pero en vez de moderar mi celo abracé con mayor calor los intereses de don Gonzalo, y le hice puntual relacion de lo que habia visto; añadiendo que doña Eufrosia habia solicitado corromper mi fidelidad, y en prueba de ello no le oculté nada de lo que me habia dicho; de manera que estuvo en su mano el conocimiento del verdadero carácter de su enamorada. Hizome mil preguntas, como dudando de lo que decia; pero mis respuestas fueron tales, que le quitaron la satisfaccion de poder dudar. Quedó atónito y asombrado de lo que habia oido; y sin que le sirviese en este lance su ordinaria serenidad, se asomó á su semblante un repentino impetu de cólera, que podia parecer presagio de que Eufrosia pagaria su infidelidad. Basta, Gil Blas, me dijo, estoy sumamente agradecido al cielo y amo que me muestras: me agrada infinito tu honrada lealtad. Ahora mismo voy á casa de Eufrosia á llenarla de reconvenciones y á romper para siempre la amistad con esta ingrata. Diciendo esto salió efectivamente, y se fué en derechura á su casa, no queriendo que le acompañase yo, por librarme de la mala figura que habia de hacer si me hallase presente á la averiguacion de aquellos hechos.

Mientras tanto quedé esperando con la mayor impaciencia que volviese mi amo. No dudaba que á vista de tan poderosos motivos para quejarse de su ninfa, volveria desviado de sus atractivos, ó cuando menos resuelto á una eterna separacion. Con este alegre pensamiento me daba á mi mismo el parabien de mi obra; me representaba el placer que tendrian los herederos legítimos de don Gonzalo cuando supiesen que su pariente ya no era juguete de una pasion tan contraria á sus intereses; me figuraba que todos se me confesarian obligados; y en fin, que iba yo á distinguirme de los demas criados, mas dispuestos por lo comun á mantener á sus amos en sus desórdenes, que á retirarlos de ellos. Apreciaba yo el honor, y me lisonjeaba de que me tendrian por el corifeo de todos los sirvientes; pero una idea tan halagüeña se desvaneció pocas horas despues, porque volvió mi amo, y me dijo: amigo Gil Blas, acabo de tener una conversacion muy acalorada con Eufrosia. Llaméla ingrata, aleve: llenéla de improperios; ¿pero sabes lo que me respondió? que hacia mal en dar crédito á criados: sostiene con empeño que me has hecho una relacion falsa. Si he de creerla, tú no eres mas que un impostor, un criado vendido á mis sobrinos, por cuyo amor no perdonarias medio alguno para ponerme mal con ella. Yo mismo la vi derramar algunas lágrimas, y lágrimas verdaderas: me ha jurado por cuanto hay de mas sagrado que ni te habia hecho la mas minima proposicion ni vé á ningún hombre. Lo mismo me aseguró Beatriz, que me parece muger honrada é incapaz de mentir; de modo que, contra mi propia voluntad, se desvaneció todo mi enojo.

¿Pues qué, señor, interrumpí yo con sentimiento, dudais de mi sinceridad, desconfiais de... No, hijo mio, repuso él, te hago justicia; no creo que estés de acuerdo con mis sobrinos; estoy persuadido de que solo por buen celo te interesas en todo lo que me toca, y te lo agradezco; pero muchas veces engañan las apariencias. Puede suceder que realmente no hubieses visto lo que te pareció ver; y en tal caso considera lo mucho que habrá ofendido á Eufrosia tu acusacion. Mas sea lo que fuere, yo no puedo menos de amarla. Así lo quiere mi estrella, y aun me ha sido indispensable hacerle el sacrificio que exige de mi amor: este sacrificio es despedirte. Siéntolo mucho, mi pobre Gil Blas, continuó, y te aseguro que no he consentido en ello sin afliccion: mas no puedo pasar por otro punto: compadécete de mi debilidad. Lo que te debe consolar es que no saldrás sin recompensa; fuera de que ya he pensado colocarte con una señora amiga mia, en cuya casa lo pasarás perfectamente.

Quedé mortificadisimo al ver que mi celo habia redundado en mi perjuicio. Maldije mil veces á Eufrosia, y lamenté la flaqueza de don Gonzalo en haberse dejado

dominar de ella. No dejaba tampoco de conocer el buen viejo, que en despedirme de su casa, solo por complacer á su dama, no hacia la accion mas honrosa. Para coonestar su poco espíritu, y al mismo tiempo hacerme tragar mejor la pildora, me regaló cincuenta ducados, y él mismo me condujo el dia siguiente á casa de la marquesa de Chaves. Dijole en mi presencia que era yo un mozo de buenas prendas; que él me queria mucho; pero que por ciertos respetos de familia se veia precisado á su pesar á quedarse sin mí, y le suplicaba con el mayor



Poniéndome al pecho la punta de la espada me dijo: preparate á morir.—Pág. 91.

encarecimiento me admitiese de criado. Desde aquel punto me recibió la marquesa, y yo me vi de repente con nueva ama y en nueva casa.

CAPITULO VIII.

Carácter de la marquesa de Chaves y personas que ordinariamente la visitaban.

Era la marquesa de Chaves una viuda de treinta y cinco años, bella, alta, y bien proporcionada. No tenia hijos, y gozaba de diez mil ducados de renta. Nunca vi muger mas séria, ni que menos hablase. Con todo esto era celebrada en Madrid, y generalmente tenida por la señora de mayor talento. Lo que quizá contribuía mas que todo á esta universal reputacion, era la concurrencia á su casa de los primeros personajes de la corte, así en nobleza como en literatura: problema que yo no me atreveré á decidir. Solo diré que bastaba oír su nombre para conceptuar que el que allí concurría era de un gran talento; que su casa la llamaban por excelencia *el tribunal de las obras ingeniosas*.

Con efecto, todos los dias se leían en ella ya poemas dramáticos, ya poesias liricas, pero siempre sobre asun-

tos serios. Negábase la entrada á toda composicion jocosa. La mejor comedia, ó la novela mas ingeniosa y mas alegre no se miraba sino como una pueril y ligera produccion, que no merecia alabanza alguna. Por el contrario, la mas minima obra seria, una oda, un soneto, una égloga pasaban alli por el último esfuerzo del ingenio humano. Pero sucedia tal vez que el público no se conformaba con la decision del *tribunal*; antes bien, censuraba sin reparo las obras que habian sido en él muy aplaudidas.

La marquesa me hizo maestresala de su casa. Era incumbencia de mi empleo arreglar el cuarto de mi nueva ama para recibir las gentes, disponiendo almohadones para las damas, sillas para los caballeros, y cada cosa en su respectivo sitio; quedándome despues en la antesala para anunciar é introducir á los que llegaban. El primer dia conforme yo los iba introduciendo, el ayo de pages, que casualmente se hallaba entonces conmigo en la antesala, me los pintaba graciosamente. Llamábase Andrés de Molina el tal ayo, y aunque era naturalmente serio y burlon, no le faltaba entendimiento. El primero que se presentó fué un obispo: anuncié su venida, y despues que hubo entrado, me dijo el maestro de pages: ese prelado es de un carácter bastante gracioso. Tiene algun valimiento en la corte, mas no tanto como quiere persuadir. Ofrécese á servir á todos, y á ninguno sirve. Encontróle un dia en la antecámara del rey un caballero que le saludó. Detúvole el obispo, hizole mil cumplimientos, le cogió la mano, apretósela, y le dijo: soy todo de V. S.: no me niegue el favor de acreditarle mi amistad, pues no moriré contento si no logro alguna ocasion de servirle. Correspondióle el caballero con expresiones de reconocimiento, y apenas se habian separado cuando el obispo volviéndose á uno de los que iban á su lado, le dijo: quiero conocer á este hombre, y no me acuerdo quién es: solo tengo una idea confusa de haberle visto en alguna parte.

Poco despues del obispo se dejó ver un señorito, hijo de cierto grande, á quien hice entrar inmediatamente en el cuarto de mi ama. Asi que entró me dijo el señor Molina: este señorito es tambien un ente raro. Va á una casa sin otro fin que el de tratar con el dueño de ella de negocios de importancia; está en conversacion con él una ó dos horas, y se marcha sin haber hablado siquiera una palabra sobre el asunto á que habia ido. A este tiempo viendo el ayo de los pages llegar á dos señoras, añadió: ve aquí á doña Angela de Peñafiel, y á doña Margarita de Montalvan. Estas dos señoras en nada se parecen una á otra: doña Margarita presume de filósofa; se las tiene tiesas con los mayores doctores de Salamanca, y ninguno la ha visto ceder jamás á sus argumentos. Doña Angela por el contrario, aunque es verdaderamente instruida, nunca hace de doctora. Sus pensamientos son finos, sus discursos sólidos, y sus expresiones delicadas, nobles y naturales. Este segundo carácter, le respondi yo, es un carácter muy amable; pero el otro me parece cae muy mal en el bello sexo. ¿Qué dice usted *muy mal en el bello sexo*? replicó Molina prontamente; es tan fastidioso aun en los hombres, que á muchos hace ridiculos. Tambien nuestra ama la marquesa adolece un poco de este achaque filosófico. Yo no sé sobre qué se tratará hoy en nuestra academia; pero se disputará mucho.

Al acabar estas palabras vimos entrar un hombre seco, muy grave, cejijunto y fruncido. No le perdonó mi caritativo instructor. Este es, me dijo, uno de aquellos entes serios que quieren pasar por hombres de gran talento á favor de su silencio ó de algunas sentencias de Séneca, y que examinados de cerca no son mas que unos pobres mentecatos. Tras de este entró un caballero de bastante buena presencia, pero con aire de hombre pagado de si mismo. Pregunté á Molina quién era, y me respondió: es un poeta dramático, el cual ha compuesto cien mil versos en su vida que no le han valido cuatro cuartos; pero en recompensa con solos seis ren-

glones en prosa acaba de formarse una buena renta.

Iba á decirle me esplicase en qué habia consistido el haber logrado á tan poca costa aquella fortuna, cuando oi un gran rumor en la escalera. ¡Bravo! exclamó el maestro de pages, aquí tenemos al licenciado Campanario, que se deja oír mucho antes que se le vea. Comienza á hablar en alta voz desde la puerta de la calle, y no lo deja hasta que vuelve á salir por ella. Con efecto resonaba en toda la casa la voz del licenciado Campanario, que al fin se presentó en la antesala con un bachiller amigo suyo, y no cesó de hablar mientras duró su visita. Este licenciado, dije á Molina, parece hombre de ingenio. Si lo es, me respondió: tiene ocurrencias chistosas: se explica con gracia y agudeza: es muy divertida su conversacion; pero además de ser un hablador molestisimo, repite siempre sus dichos y cuentos. En suma, para no estimar las cosas mas de lo que valen, estoy persuadido de que su mayor mérito consiste en aquel aire cómico y festivo con que sazona lo que dice; y asi, no creo que le harian mucho honor una coleccion de sus agudezas y sus gracias.

Fueron entrando despues otras personas, de todas las cuales me hizo Molina muy graciosas descripciones, sin olvidar la pintura de la marquesa, que fué de mi gusto. Esta, me dijo, tiene un talento regular, en medio de su filosofia. Su carácter no es impertinente, y da poco que hacer á los que la sirven. Entre las personas distinguidas es de las mas racionales que conozco: no se le advierte pasion alguna: ni el juego, ni los galanteos le gustan: solo le agrada la conversacion; y en una palabra, su vida seria intolerable para la mayor parte de las damas. Este elogio del maestro de pages me hizo formar un concepto ventajoso de mi ama. Sin embargo, pocos dias despues no pude menos de sospechar que no era tan enemiga del amor; y el fundamento de mi sospecha fué el siguiente:

Estando una mañana en el tocador se presentó en la antesala un hombrecillo como de cuarenta años; pero de malisima figura, mas mugriento que el autor de Pedro Moya, y á mayor abundamiento muy corcobado. Dijome que deseaba hablar á la marquesa; y preguntándole yo de parte de quién: de la mia: me respondió arrogante: diga usted á la señora que soy aquel caballero del cual estuvo hablando ayer con doña Ana de Velasco. Apenas se lo dije á mi ama, cuando toda enagenada de alegria me mandó le hiciese entrar. No solo le recibió con estrañas demostraciones de aprecio, sino que mandó salir á todas las criadas, de modo que el corcobadillo, mas afortunado que una persona de provecho, se quedó á solas con ella. Las criadas y yo nos reimos un poco de esta visita tan graciosa que duró una hora, al cabo de la cual mi ama le despidió con mil cortesanas expresiones, que demostraban bien lo contenta que quedaba de él.

En efecto, lo quedó tanto que por la noche me llamó á parte, y me dijo: Gil Blas, cuando venga el corcobado hazle entrar en mi gabinete lo mas secretamente que puedas; cuyo encargo confieso que me dió mucho en que sospechar. Sin embargo, obedeciendo la orden de la marquesa, luego que se dejó ver aquel hombrecillo, que fué á la mañana siguiente, le introduje por una escalera escusada hasta el gabinete de la señora. Caritativamente hice lo mismo por dos ó tres veces; de lo cual inferí ó que la marquesa tenia estafalarias inclinaciones, ó que el corcobadillo le servia de tercero.

Poseido yo de esta idea, me decia: si mi ama se ha enamorado de un buen mozo, se lo perdono; pero si se ha prendado de semejante macaco, no puedo verdaderamente disculpar un gusto tan depravado. Pero cuán mal pensaba yo de aquella señora! Aquel macaco se empleaba en la magia, y como se ponderaba su ciencia á la marquesa, que creia gustosa en los prestigios de los saltimbanquis, tenia conversaciones á solas con él. Hacía ver los objetos en un vaso, enseñaba á dar vueltas al cadozo, y revelaba por dinero todos los misterios del a cá-

bala; ó bien (para hablar con mas exactitud) era un bribon que subsistia á espensas de las personas demasiado crédulas, y se decia que á ello contribuian muchas señoras de distincion.

CAPITULO IX.

Por qué incidente Gil Blas salió de casa de la marquesa de Chaves, y cual fué su paradero.

Seis meses habia que yo servia á la marquesa de Chaves, y me hallaba muy contento con mi conveniencia; pero mi destino no me permitió mantenerme mas tiempo en su casa, ni menos quedarme por entonces en Madrid. El motivo fué el lance que voy á contar.

Entre las criadas de la marquesa habia una llamada Porcia, que, sobre jóven y hermosa, era de un carácter tan bueno, que me captó la voluntad sin saber que me seria necesario disputar su corazon. El secretario de la marquesa, hombre soberbio y celoso, estaba enamorado de mi ídolo, y apenas advirtió mi amor, cuando, sin procurar, informarse si Porcia me correspondia, resolvió que nos midiésemos la espada, y me citó una mañana para un parage retirado. Como era un hombrecillo que apenas me llegaba á los hombros, me pareció enemigo poco temible, y lleno de confianza acudi al sitio señalado. Lisosjeábame yo de una completa victoria, y de adquirir por e la nuevo mérito con Porcia; pero el resultado humilló mucho mi presuncion. El secretarillo, que habia aprendido dos ó tres años la esgrima, me desarmó como á un niño; y poniéndome al pecho la punta de la espada, me dijo: prepárate para morir, ó dame palabra sobre tu honor de que hoy mismo saldrás de casa de la marquesa de Chaves sin pensar mas en Porcia. Prometiselo asi, y lo cumplí sin repugnancia. Corríame de presentarme delante de los criados de la casa despues de haber sido tan ignominiosamente vencido, y mucho mas de presentarme ante la hermosa Helena, inocente ocasion de nuestro desafio. No volví, pues, á casa sino para recoger mi ropa y dinero, y el mismo dia me encaminé á Toledo, con la bolsa bastante provista, y cargado con toda mi ropa puesta en un lio. Aunque por ningun caso me habia obligado á salir de Madrid, juzgué me conveniria mucho alejarme de aquella villa, á lo menos por algunos años, y asi tomé la determinacion de dar una vuelta por España, deteniéndome en las ciudades y pueblos el tiempo que me pareciese. Con el dinero que tengo, me decia, gastándole con discrecion, tendré para correr gran parte del reino, y cuando se haya acabado, me pondré de nuevo á servir; pues un mozo como yo hallará acomodos sobrantes cuando le venga en voluntad buscarlos, y no tendré mas que escoger.

Como tenia particulares deseos de ver á Toledo, llegué alli al cabo de tres dias, y fui á tomar posada en un buen meson, en donde me tuvieron por un caballero de importancia; con el auxilio de mi vestido de aventuras amorosas que no dejé de ponerme, y con el aire que tomé de elegante, podia fácilmente introducirme con las buenas mozas que vivian en la vecindad; pero habiendo sabido que era necesario comenzar en su casa por hacer un gran gasto, fué forzoso contener mis deseos. Hallándome siempre con gusto de viajar, despues de haber visto todo lo que habia de curioso en Toledo, salí de alli un dia al amanecer, y tomé el camino de Cuenca con ánimo de pasar al reino de Aragon. Al segundo dia de jornada me meti en una venta que encontré en el camino, y cuando empezaba á refrescarme entró una partida de cuadrilleros de la santa Hermandad. Estos señores pidieron vino, y mientras estaban bebiendo les oi hacer mencion de las señas de un jóven á quien llevaban órden de prender. El caballero, decia uno de ellos, no tiene mas que veinte y tres años, el pelo largo y negro, bella estatura, nariz aguileña, y monta un caballo castaño.

Estúvelos yo escuchando sin mostrar atencion á lo

que decian, y en la realidad me importaba poco el saberlo. Dejélos en la venta, y proseguí mi camino; pero no habia andado medio cuarto de legua cuando encontré á un mocito muy galan que iba en un caballo castaño. Vive diez, dije para mi, que ó yo me engaño mucho, ó este es el sugeto á quien buscan los cuadrilleros. Tiene el pelo largo y negro, la nariz aguileña; seguramente él es á quien quieren atrapar, y he de hacerle un buen servicio. Señor, le dije, permitame vmd. que le pregunte si le ha sucedido algun pesado lance de honor. El jóven sin responderme fijó los ojos en mí, y mostróse admirado de mi pregunta. Aseguróle que esta no nacia de pura curiosidad, y quedó bien convencido de ello luego que le conté todo lo que habia oido á los ministros en la venta. Generoso desconocido, me respondió, no puedo ocultaros que tengo motivos para creer ser efectivamente yo á quien busca esa gente; y por lo mismo voy á tomar otro camino para no caer en sus manos. Yo seria de parecer, repuso entonces, que buscásemos por aqui un sitio retirado donde vmd. estuviese seguro y ambos á cubierto de una gran tempestad que veo nos está amenazando. Al decir esto descubrimos una calle de árboles bastante frondosos, y habiéndonos metido en ella, nos condujo al pie de una montaña, donde encontramos una ermita.

Era esta una grande y profunda gruta que el tiempo habia socavado en la falda de aquel monte, y delante de ella se registraba como un corral que habia fabricado el arte, cuyas paredes se componian de una especie de argamasa formada de pedrezuelas, rodeado todo para mayor defensa de un género de foso cubierto de céspedes. Los contornos de la gruta estaban sembrados de flores olorosas que llenaban de suavísima fragancia el ambiente inmediato: y cerca de la misma gruta se descubria una hendidura en el monte, de cuyo centro brotaba un manantial de agua que corria á dilatarse por una praderia. A la entrada de esta cueva solitaria habia un buen ermitaño que parecia un hombre consumido por la vejez. Apoyábase en un báculo, y en la otra mano llevaba un gran rosario de cuentas gordas y de veinte dieces por lo menos. Su cabeza estaba como sepultada en un capuz de lana parda, con unas largas orejeras; y su barba mas blanca que la nieve le bajaba hasta la cintura. Acercámonos á él, y yo le dije: padre mio, ¿nos dará licencia para que le pidamos nos refugie contra la tempestad que viene sobre nosotros? Venid, hijos míos, respondió el anacoreta despues de haberme mirado con atencion, mi pobre gruta está á vuestra disposicion, y podreis estar en ella todo el tiempo que quisiéreis. El caballo, añadió, le podeis meter en aquel corral, señalándolo con la mano, donde creo que estará bien acomodado. Metimos en él el caballo, y nosotros nos refugiamos en la gruta, acompañándonos siempre el venerable viejo.

Apenas entramos en ella cuando cayó una copiosa lluvia mezclada de relámpagos y de espantosos truenos. El ermitaño se hincó de rodillas delante de una estampa de San Pacomio, que estaba pegada á la pared, y nosotros hicimos lo mismo á ejemplo suyo. Cesó la tempestad, y cesaron tambien nuestras oraciones. Levantámonos; pero como todavia seguia lloviendo y la noche se acercaba, nos dijo el ermitaño: yo, hijos míos, no os aconsejaré os pongais en camino con este temporal, y mas estando tan cerca la noche, á no obligaros á ello algun negocio grave y urgente. Respondimosle que ninguna cosa nos impedia el detenernos sino el justo temor de incomodarle, y que á no ser este, antes le suplicariamos nos permitiese pasar alli la noche. La incomodidad será para vosotros, respondió cortesanamente el anacoreta: tendreis mala cama y peor cena, porque solo puedo ofreceros la de un pobre ermitaño.

En esto nos hizo sentar á una desdichada y rústica mesilla, donde nos sirvió unas cebollas con algunos mendrugos, y un jarro de agua. Esta, dijo, es mi comida y cena ordinarias; pero hoy es razon hacer algun esceso en obsequio de unos huéspedes tan honrados. Dijo, y

marchó luego á traer un pedazo de queso y dos puñados de avellanas, que echó sobre la mesa. Mi compañero, que no tenia mucho apetito, hizo poco gasto de aquellos manjares. Observólo el ermitaño, y dijo: veo que estais acostumbrado á mesas mas regaladas que la mia, ó por mejor decir, que la sensualidad ha estragado en vos el gusto natural. Yo tambien he vivido en el mundo. Entonces no eran bastante buenos para mí los manjares mas delicados, ni los guisados mas esquisitos; pero la soledad y el hambre han restituido la pureza al paladar. Ahora solo me gustan las raices, la leche, las frutas, y en una palabra, todo aquello que servia de alimento á nuestros primeros padres.

Mientras el anacoreta estaba hablando, el caballero se quedó como enagenado en una profunda cavilacion. Notólo el viejo, y le dijo: hijo mio, vos teneis atravesado el corazon con alguna espina que os punza mucho. ¿No podré saber el motivo de la grave afliccion que os atormenta? desahogad conmigo vuestro pecho. No me mueve á este deseo la curiosidad: la caridad es la única causa que á ello me anima. Hállome en edad en que puedo daros algun buen consejo; y vos me pareceis estar en una situacion que necesita bien de él. Si, padre mio, respondió el caballero arrancando del pecho un doloroso suspiro: es muy cierto que tengo gran necesidad de consejo; y pues vos me ofrecéis el vuestro con piedad tan generosa, quiero seguirle. Estoy muy persuadido de que nada arriesgo en descubrirme á un hombre como vos. No, hijo, replicó el ermitaño, no teneis que temer: soy hombre á quien se le puede confiar cualquiera cosa, sea la que fuere. Entonces el caballero habló de esta manera.

CAPITULO X.

Historia de don Alfonso y de la bella Serafina.

Nada, padre mio, os ocultaré, como ni tampoco á este caballero que me escucha. Hariale gran agravio en desconfiar de él á vista de la generosa accion que usó conmigo. Voy, pues, á contaros mis desgracias.

Nací en Madrid y mi origen fué el que voy á referir. Un oficial de la guardia alemana, llamado el baron de Steinbach, entrando una noche en su casa se halló al pie de la escalera con un envoltorio de lienzo. Levantóle, llevóle al cuarto de su muger, desenvolvióle y encontraron un niño recién nacido, envuelto en pañales muy aseados y finos, y un billete que decia ser hijo de padres distinguidos, que á su tiempo se darian á conocer, y que el niño estaba ya bautizado con el nombre de Alfonso. Este desgraciado niño soy yo, y esto es todo cuanto sé. Victima del honor ó de la infidelidad, ignoro si mi madre me espuso únicamente para ocultar algunos vergonzosos amores, ó si seducida por un amante perjuro, se vió en la cruel necesidad de abandonarme.

Como quiera que sea, al baron y á su muger les enterneció mucho mi desgracia; y como no tenian sucesion, resolvieron criarme como si fuera hijo suyo, conservándome el nombre de don Alfonso. Al paso que crecia yo en edad, crecia el amor en ellos hácia mí. Hacianme mil caricias en pago de mis apacibles modales, y por mi docilidad. Todos sus pensamientos eran de darme la mejor educacion. Buscáronme maestros de todas materias. Lejos de esperar con impaciencia á que se descubriesen mis padres, parecia por el contrario que deseaban no se manifestasen jamás. Luego que el baron me vió capaz de poder seguir la milicia, me aplicó á servir al rey. Consiguióme una bandera, y mandó hacerme un pequeño equipage. Para animarme á buscar ocasiones de adquirir gloria y darme á conocer, me hizo presente que la carrera del honor estaba abierta á todo el mundo, y que en la guerra podria hacer mi nombre tanto mas glorioso, cuanto solo seria deudor á mi valor y á mi espada de la gloria que adquiriese. Al mismo tiempo me reveló el secreto de mi nacimiento, que hasta allí me habia callado.

Como en todo Madrid pasaba por hijo suyo, y yo mismo efectivamente me tenia por tal, confieso me turbó no poco esta confianza. No podia pensar en ello sin llenarme de rubor. Por lo mismo que mis nobles pensamientos y mis honrados impulsos me aseguraban de un distinguido nacimiento, era mayor el dolor de verme desamparado de aquellos á quienes le habia debido.

Pasé á servir en los Países Bajos, donde se hizo la paz poco despues que llegué al ejército. Hallándose España sin enemigos, me restitui á Madrid, y el baron y su muger me recibieron con nuevas demostraciones de cariño. Eran pasados dos meses desde mi regreso, cuando una mañana entró en mi cuarto un pagedillo y me entregó en las manos un billete, concebido poco mas ó menos en estos términos: *no soy fea ni contrahecha; y con todo eso usted me ve todos los dias á mi balcon con grande indiferencia: frialdad muy agena de un mozo tan galan. Estoy tan ofendida de este proceder, que por vengarme quisiera inspirar amor en ese corazon de hielo.*

Asi que leí este billete me persuadi sin la menor duda de que era de una viudita llamada Leonor, que vivia en frente de mi casa, y tenia fama de ser alegre de cascos. Examiné sobre este punto al pagedillo, que por al-



Pues nos ballamos en sitio retirado, decidan la disputa las espadas. — Pág. 93.

gun breve rato quiso hacer el callado; pero á costa de un ducado que le di, satisfizó mi curiosidad, y se encargó de llevar á su ama mi respuesta. Deciale en ella que conocia y confesaba mi delito, del cual estaba ya medio vengada, segun lo que yo sentia en mí.

Con efecto, no dejó de hacerme impresion esta graciosa manera de granjear la voluntad. No sali de casa en todo aquel dia, asomándose frecuentemente al balcon para observar á la señora, que tampoco se descuidó de dejarse ver al suyo. Hiciele señas, á las cuales corres-

pondió; y el día siguiente me envió á decir por el mismo pagecillo, que si entre once y doce de aquella noche queria yo hallarme en nuestra calle, podíamos hablarnos á la reja de un cuarto bajo. Aunque no estaba muy enamorado de una viuda tan viva, sin embargo, no dejé de responderle muy apasionadamente; y á la verdad esperé á que anocheciese con tanta impaciencia como si efectivamente la amara mucho. Luego que fué de noche salí á pasearme al Prado, para entretener el tiempo hasta la hora de la cita, y apenas entré en el paseo, cuando acercándose á mí un hombre montado en un hermoso caballo, se apeó precipitadamente, y mirándome con ceño: caballero, me dijo, ¿no sois vos el hijo del baron de Steinbach? El mismo, le respondí. Luego vos sois el citado, prosiguió él, para dar esta noche conversacion á Leonor en su reja. He visto sus billetes y vuestras respuestas, que me mostró el pagecillo. Os he venido siguiendo hasta aqui desde que salisteis de casa, para advertiros que teneis un competidor, cuya vanidad se indigna de disputar el corazon de una dama con un hombre como vos. Me parece no necesito deciros mas; y pues nos hallamos en sitio retirado, decidan la disputa las espadas, á menos de que vos, por evitar el castigo que preparo á vuestra temeridad, me deis palabra de romper toda comunicacion con Leonor. Sacrificadme las esperanzas que teneis, ó en este mismo punto os quito la vida. Ese sacrificio, respondi, se habia de pedir y no exigirse. Lo hubiera podido conceder á vuestros ruegos; pero lo niego á vuestras amenazas.

Pues riñamos, dijo él atando el caballo á un árbol, porque es indecoroso á una persona de mi esfera bajarse á suplicar á un hombre de la vuestra; y aun la mayor parte de mis iguales puestos en mi lugar se vengarian de vos de un modo menos honroso. Ofendieronme mucho estas últimas palabras, y viendo que él habia sacado la espada, saqué yo tambien la mia. Reñimos con tanto empeño que duró poco el combate. Sea que le cegase su demasiado ardor, ó sea que yo fuese mas diestro que él, le di desde luego una estocada mortal, que le hizo primero titubear, y despues caer en tierra. Entonces no pensé mas que en ponerme en salvo, y montando en su propio caballo, tomé el camino de Toledo. No volví á casa del baron de Steinbach, pareciéndome que la relacion de mi lance solo serviria para afligirle, y cuando consideraba el peligro en que me hallaba, veia que no debia perder un momento en alejarme de Madrid.

Poseido enteramente de amarguisimas reflexiones anduve toda la noche y la mañana del día siguiente; pero á eso del medio día me ví precisado á detenerme para que el caballo descansara, y se mitigase el calor, que cada instante era mas inaguantable. Detúveme, pues, en una aldea hasta puesto el sol, y continué luego mi camino con ánimo de no apearme hasta estar en Toledo. Me hallaba ya dos leguas mas allá de Illescas, cuando á eso de media noche me cogió en campo raso una furiosa tempestad, semejante á la que acaba de sobrecogernos. Lleguéme á las tapias de un jardín que ví á pocos pasos de mí; y no hallando abrigo mas cómodo, me arrimé con mi caballo lo mejor que pude á una puerta pequeña de una estancia que estaba casi en un ángulo de la misma cerca, sobre la cual habia un balcon. Apoyándome en la puerta ví que no la habian cerrado, y discurri que esto habria sido culpa de los criados. Me apeé, y no tanto por curiosidad, como por resguardarme mas del agua, que no dejaba de incomodarme mucho debajo del balcon, me entré en aquella habitacion baja, juntamente con el caballo, tirándole por la brida.

Durante la tempestad procuré reconocer aquel sitio; y aunque solo podia registrarle á favor de los relámpagos, juzgué que era una quinta de alguna persona opulenta. Estaba aguardando por instantes que cesase la tempestad para seguir mi camino, pero habiendo visto á lo lejos una gran luz, mudé de parecer. Dejé resguardado el caballo en aquella pieza, cuidando de cerrar la puerta, y fuime acercando hácia la luz, presumiendo que

estaban todavía levantados en la casa, para suplicarles me diesen abrigo por aquella noche. Despues de haber atravesado algunos corredores, me hallé en una sala, cuya puerta estaba igualmente abierta. Entré en ella, y viendo su suntuosidad á beneficio de una magnífica araña con varias bugias, ya no me quedó duda de que aquella casa de campo era de algun gran personage. El pavimento era de mármol, el friso pintado y dorado con arte: la cornisa primorosamente trabajada, y el techo me pareció obra de los mas diestros pintores; pero lo que mas me llevó la atencion fué una multitud de bustos de héroes españoles, puestos sobre bellisimos pedestales de mármol jaspeado, que adornaban las paredes del salon. Tuve bastante cuidado para enterarme de todas estas cosas, porque habiendo aplicado de cuando en cuando el oido para ver si sentia rumor, no llegué á percibir ninguno, ni á ver persona alguna.

A un lado del salon habia una puerta entornada, la entreabri, y noté una crugia de cuartos, en el último de los cuales habia luz. Consulté conmigo mismo que lo debia hacer, si volverme por donde habia venido, ó animarme á penetrar hasta aquel cuarto. La prudencia dictaba que el partido mas acertado era el de retirarme; pero pudo mas en mí la curiosidad que la prudencia, ó por mejor decir, fué mas poderosa la fuerza del destino que me arrastraba. Llevé, pues, mi empeño adelante, y atravesando todas las piezas llegué á la última, donde ardia sobre una mesa de mármol una bujía puesta en un candelero de plata sobredorada. Desde luego conocí que era un cuarto de verano, alhajado con singular gusto y riqueza; pero volviendo presto los ojos hácia una cama, cuyas cortinas estaban entreabiertas á causa del calor, vi un objeto que me robó toda la atencion. Era una jóven que, á pesar del estruendo pavoroso de los truenos dormia profundamente. Acerquéme á ella con el mayor silencio; y á favor de la luz de la bugia, descubrí una tez tan delicada y un rostro tan hermoso que verdaderamente me encantaron. Al verla, toda mi máquina se conmovió: me senti enteramente enagenado; pero por mas agitado que me tuviesen mis impulsos, el concepto que hice de la nobleza de su sangre me impidió formar ningun pensamiento temerario, pudiendo mas el respeto que la pasion. Mientras estaba yo embelesado en contemplarla, se despertó.

Fácil es de imaginar cuánto la sobresaltaria el ver á un hombre desconocido á media noche en su cuarto, y al pie de su misma cama. Toda asustada y estremecida dió un gran grito. Hice cuanto pude para quietarla; hincó una rodilla en tierra, y lleno de respeto le dije: no temais, señora, que yo no he entrado aqui con ánimo de ofenderos. Iba á proseguir; pero ella atemorizada, no tuvo siquiera libertad para escucharme. Comenzó á llamar á grandes voces á sus criadas, y como ninguna le respondiese, cogió á toda priesa una bata ligera que estaba al pié de la cama, cubrióse con ella, saltó acelerada al suelo, agarró la bugia, y atravesó corriendo toda la crugia de cuartos, llamando sin cesar á sus doncellas, y á una hermana suya menor, que vivia en la misma quinta bajo su custodia. Por momentos estaba yo temiendo ver sobre mi toda la familia, y que sin merecerlo ni oirme me tratasen mal; pero quiso mi fortuna que, por mas gritos que dió, nadie pareció sino un criado viejo, que de poco le hubiera servido si algo tuviera que temer. No obstante, con la presencia del buen viejo, alentándose algun tanto, me preguntó con altivez quién era yo, por dónde y á qué fin habia tenido atrevimiento para meterme en su casa. Comenzé á justificarme; pero apenas le dije que habia entrado por la puerta del cuarto del jardín, que habia hallado abierta, cuando exclamó al instante diciéndo: ¡justo cielo, y qué sospechas me vienen ahora al pensamiento!

En esto vá con la luz á registrar todos los cuartos de la quinta, y no encuentra á ninguna de sus criadas, ni á su hermana: antes sí vé que estas se habian llevado cada una sus ropas. Pareciéndole que se habian verificado so-

bradamente sus sospechas, se volvió á donde yo habia quedado, y articulando mal las palabras con la cólera: infame, me dijo, no añadas la mentira á la traicion. No te ha traído á esta quinta la casualidad, ni has entrado en ella por el motivo que finges. Tú eres de la comitiva de don Fernando de Leiva, y cómplice en su delito; pero no esperes huir de mi venganza, pues tengo aun bastante gente en casa que te prenda. Señora, le dije, no me confundais, os ruego, con vuestros enemigos. Ni conozco á don Fernando de Leiva, ni sé todavía quién sois vos. Yo soy un desgraciado, á quien cierto lance de honor ha obligado á ausentarse de Madrid; y os juro por cuanto hay de mas sagrado que á no haberme precisado á ello la tempestad, no hubiera entrado en vuestra quinta. Dignaos, señora, formar mejor concepto de mí. En vez de suponerme cómplice en este delito que tanto os ofende, vivid persuadida de que estoy prontísimo á vengaros. Estas últimas palabras, que pronuncié con ardor y viveza, la tranquilizaron de modo que desde aquel punto mostró no mirarme ya como á enemigo. Cesó en el mismo momento su enojo, pero entró á ocupar su lugar el mas acerbo dolor. Comenzó á llorar amargamente, y sus lágrimas me enternecieron de manera que no me senti menos afligido que ella, aun cuando ignoraba la causa de su pena. No me contenté con acompañarla en el llanto, sino que deseoso de vengar su afrenta, me entró una especie de furor. Señora, exclamé, entre-lastimado y colérico, ¿quién ha tenido atrevimiento para ultrajaros? ¿y qué especie de ultrage ha sido el vuestro? Hablad, señora, porque vuestras ofensas ya son mias. ¿Quereis que busque á don Fernando, y que le atraviese de parte á parte el corazón? Nombradme todos aquellos que quereis os sacrifique; mandad, y sereis obedecida. Cueste lo que costare vuestra venganza, este desconocido, á quien habeis mirado como enemigo, se espondrá por amor de vos á cualquier riesgo.

Quedóse suspensa aquella señora á vista de un arrebató tan inesperado, y enjugando sus lágrimas, me dijo: perdonad, señor, mi temeraria sospecha á la infeliz situacion en que me hallo. Vuestros generosos sentimientos han desengañado á la desgraciada Serafina, y me quitan ademas hasta el natural rubor que me causa el que un extraño sea testigo de una afrenta hecha á mi noble sangre. Si, generoso desconocido, reconozco mi error, y admito vuestras ofertas; pero no quiero la muerte de don Fernando. Bien está, señora, repliqué, ¿pero en que deseais que os sirva? Señor, respondió Serafina, el motivo de mi pesar es el siguiente: don Fernando de Leiva, se enamoró de mi hermana Julia, á quien vió en Toledo, donde vivimos de ordinario. Pidiósele á mi padre, que es el conde de Polan, quien se la negó por antigua enemistad que hay entre las dos casas. Mi hermana, que apenas tiene quince años, se habrá dejado engañar de mis criadas, sin duda ganadas por don Fernando, y noticioso éste de que las dos hermanas estábamos en esta casa de campo, habrá aprovechado la ocasion para robar á la mal aconsejada Julia. Yo solo quisiera saber en qué parte la ha depositado, para que mi padre y mi hermano, que ha dos meses están en Madrid, tomen sus medidas. Suplicoos, pues, señor, que os tomeis el trabajo de recorrer los contornos de Toledo, y de averiguar, si fuese posible, á donde ha ido á parar aquella pobre muchacha; diligencia á que os quedará tan obligada como agradecida toda mi familia.

No tenia presente aquella señora que el encargo que me daba no convenia á un hombre á quien importaba tanto salir cuanto antes de los términos y jurisdiccion de Castilla. ¿Pero qué mucho no hiciese ella esta reflexion cuando ni yo mismo la hice? Sumamente gozoso de la fortuna de verme en ocasion de servir á una persona tan amable, admiti gustoso la comision, ofreciendodesempeñarla con el mayor celo y diligencia. Con efecto, no esperé á que amaneciese para ir á cumplir lo prometido. Dejé al punto á Serafina, suplicándole me perdonase el susto que inocentemente le habia dado, y asegurándole

le que presto sabria de mí. Salime, pues, por donde habia entrado en la quinta; pero con el ánimo tan ocupado siempre en aquella señora, que fácilmente adverti estaba del todo prendado de ella, y nada me lo hizo conocer mejor que la inquietud é impaciencia con que me apresuraba á complacerla, y las amorosas quimeras que yo mismo me forjaba en la imaginacion. Parecióme que Serafina, aun en medio de su sentimiento, habia echado bien de ver los primeros fuegos de mi amor, y que no le habia quizá desagradado. Lisonjeábame de que si lograba averiguar lo que tanto deseaba, seria mia toda la gloria.

Al llegar aquí cortó don Alfonso el hilo de su historia, y dijo al ermitaño: perdonadme, padre, si poseido de mi pasion me detengo en menudencias, que tal vez os fastidiarán. No, hijo, respondió el anacoreta; de ningun modo me cansan: antes bien deseo saber hasta dónde llegó el amor que te inspiró doña Serafina para arreglar mis consejos con mayor conocimiento.

Encendida la fantasia con tan lisonjeras imágenes, prosiguió el caballero, busqué inútilmente por espacio de dos dias al robador de Julia; y frustradas las diligencias, no pude descubrir el menor rastro de él. Desconsoladísimo de ver inutilizados mis pasos y desvelos, volví á la presencia de Serafina, á quien discurría hallar en el estado mas inquieto y desgraciado del mundo; pero la encontré mas tranquila de lo que yo pensaba. Dijome que habia sido mas venturosa que yo, pues ya sabia dónde se hallaba su hermana; que habia recibido una carta de don Fernando, en que le decia que despues de haberse casado de secreto con Julia la habia depositado en un convento de Toledo. Envié su carta á mi padre, prosiguió Serafina, no sin esperanza de que la cosa acabe bien, y que un solemne matrimonio sea el iris de paz que dé fin á la inveterada discordia de las dos casas.

Luego que me informó del paradero de su hermana, me habló del trabajo que me habia ocasionado, y sobre todo (añadió ella misma) los peligros á que os espuso mi imprudencia en seguir á un robador, sin acordarme de que me habiais confiado que andábais fugitivo por cierto lance de honor; de lo cual me pidió mil perdones en los términos mas atentos. Conociendo que estaba falto de reposo, me condujo á la sala, donde los dos nos sentamos. Estaba vestida con una bata de tafetan blanco, con listas negras, y cubria su cabeza un sombrerillo de los mismos colores que la bata, guarnecido con un airoso plumage, lo que me hizo juzgar que podia ser viuda, aunque por otra parte parecia de tan pocos años, que no sabia yo qué discurrir.

Si era grande mi deseo de saber quién ella era, no era menos viva su curiosidad de saber lo mismo de mí. Preguntóme mi nombre y apellido, no dudando, dijo, á vista de mi noble aire, y aun mas de la generosa piedad que me habia hecho abrazar con tanto empeño sus intereses, la nobleza de mi nacimiento. Dejóme perplejo la pregunta: encendióseme el rostro, me turbé; y confieso que teniendo menos rubor en mentir que en decir la verdad, respondi que era hijo del baron de Steinbach, oficial de la guardia alemana. Decidme tambien, replicó la dama, por qué habeis salido de Madrid; pues desde luego os puedo ofrecer todo el valimiento y los buenos oficios de mi padre y de mi hermano don Gaspar. Esto es lo menos que puede hacer mi agradecimiento con un caballero que por servirme despreció su propia vida. Ninguna dificultad tuve en referirle por menor todas las circunstancias de nuestro desafio. Ella misma echó toda la culpa al caballero que me habia injuriado, y me volvió á ofrecer que interesaria á su familia en mi favor.

Habiendo yo satisfecho su curiosidad, me animé á suplicarle contentase la mia, y le pregunté si era ó no libre. Tres años ha, respondió, que mi padre me obligó á casarme con don Diego de Lara, y quince meses que estoy viuda. ¿Pues qué desgracia, señora, le pregunté, fué la que tan presto os privó de vuestro esposo? Voy, señor, á responderos, repuso ella, y corresponder á la confianza á que me confieso deudora.

Don Diego de Lara era un caballero muy bien apersonado. Amábame ciegamente; y aunque empleaba cuanta diligencia puede emplear el mas tierno amante para hacerse agradable al objeto amado, y aunque tenia mil bellas cualidades, nunca pudo granjearse mi cariño. El amor no siempre es efecto del anhelo ni del mérito conocido. ¡Ah! añadió ella suspirando; muchas veces nos cautiva á la primera vista una persona que no conocemos. No me era posible amarle. Mas avergonzada que prendada de las continuas muestras de su amor, y forzada á corresponder á ellas sin inclinacion, si me acusaba á mi misma interiormente de ingratitud, tambien me contemplaba muy digna de compasion. Por desgracia de ambos él tenia todavia mas delicadeza que amor. En mis acciones y palabras descubria claramente mis mas ocultos pensamientos. Leía cuanto pasaba en lo mas íntimo de mi alma; quejábase á cada paso de mi indiferencia; y le era tanto mas sensible el no poder conquistar mi corazón, cuanto mas seguro estaba de que ningun otro rival se le disputaba, no contando yo apenas diez y seis años, y habiendo sabido, antes de ofrecerme su mano, por mis criadas, todas parciales suyas, que ningun hombre se le habia anticipado á llevarse mi atención. Si, Serafina, me decía muchas veces, me alegraría mucho de que estuvieses encaprichada á favor de otro, y de que esta fuese la única causa de la frialdad con que me miras. Esperaría entonces que tú virtud y mi constancia triunfarian al cabo de esa tibieza; pero ya desespero de vencer un corazón, que no se ha rendido á tantos y tan convincentes testimonios de mi estremado amor. Cansada de oírle repetir tantas veces la misma queja, le dije un día, que en vez de turbar su reposo y el mio mostrando tanta delicadeza, haría mejor en dejarlo todo en manos del tiempo. Con efecto, yo me hallaba entonces en una edad poco capaz de sentir los vivos impulsos de una pasión tan fogosa, y este era el prudente partido que don Diego debiera haber abrazado. Pero viendo que se habia pasado un año entero sin haber adelantado mas que el primer día, perdió la paciencia, ó por mejor decir el juicio, y fingiendo que le llamaba á la corte no sé qué negocio de importancia, marchó á los Países Bajos á servir en calidad de voluntario, y encontró lo que deseaba en los peligros en que se metía, es decir, el fin de la vida y el de sus pesares.

Concluida esta relacion, todo el resto de la conversacion que tuvimos Serafina y yo, fué acerca del singular carácter de su marido. Interrumpió nuestra conferencia un correo que llegó en aquel mismo punto, el cual puso en manos de Serafina una carta del conde de Polan. Pidióme licencia para abrirla, y observé que conforme la iba leyendo se iba poniendo pálida y trémula. Luego que la acabó de leer, alzó los ojos al cielo, dió un gran suspiro, y empezó á correr por su rostro un torrente de lágrimas. No siendo posible que yo viese con serenidad su pena, me turbé, y como si hubiera ya sentido el terrible golpe que iba á llevar, me cogió un mortal terror que me heló toda la sangre. Señora, le dije con voz desfallecida, ¿será licito saber de vos qué funestas noticias os anuncia esa carta? Tomadla, señor, me respondió tristemente, y leed vos mismo lo que mi padre me escribe. ¡Ay de mí que su contenido os interesa demasiado.

Estremecime al oír estas palabras, tomé temblando la carta, y vi que decía lo siguiente: *Tu hermano don Gaspar tuvo ayer un desafío en el Prado. Recibió en él una estocada, de la cual ha muerto hoy, declarando al morir, que el caballero que le mató fué el hijo del baron de Steinbach, oficial de la guardia alemana. Para mayor desgracia, el matador escapó sin saberse dónde se ha escondido; pero aunque lo esté en las entrañas de la tierra, se harán todas las diligencias posibles para hallarle. Hoy se despachan requisitorias á varias justicias, que no dejarán de arrestarle, como ponga los pies en algun lugar de su jurisdiccion; y voy tambien á practicar otros medios oportunos para cerrarle todos los caminos.—El conde de Polan.*

Figuráos el trastorno que la lectura de esta carta causaría en mi ánimo. Quedé inmóvil algunos instantes, sin espíritu ni fuerza para hablar. En medio de aquel desmayo y desaliento se me representó con la mayor viveza todo lo que la muerte de don Gaspar tenia de cruel para mi amor. Al momento caigo en una furiosa desesperacion. Arrojáme á los pies de Serafina, y presentándole la espada desnuda: señora, le dije, escusad al conde de Polan la fatiga de buscar á un hombre que podría burlar sus mas activas diligencias. Vengad vos misma á vuestro hermano, sacrificadle por vuestra bella mano su homicida. ¿Qué os deteneis? descargad el golpe, y sea fatal á su enemigo el mismo acero que á él le quitó la vida. Señor (respondió Serafina, enternecida algun tanto de ver mi accion) yo quería á don Gaspar, y aunque vos le matéis como caballero, y él mismo fué á buscar su desgracia, al fin soy su hermana, y no puedo menos de tomar su partido. Si, don Alfonso, ya soy enemiga vuestra, y haré contra vos todo lo que la sangre y el cariño pueden pretender de mí; pero no abusaré de vuestra adversa fortuna. En vano ha dispuesto entregaros en mano de mi venganza, pues si el honor me arma contra vos, él mismo me prohíbe vengarme ruinmente. Las leyes de la hospitalidad deben ser inalterables: segun ellas no puedo corresponder con un vil asesinato, al generoso servicio que me habeis hecho. Huid, escapad, y burlad, si pudiéreis, nuestras mas vivas pesquisas; poneos á cubierto del rigor de las leyes, y libraos del inminente peligro que os amenaza.

Pues qué, señora, le repliqué: estando en vuestra mano la venganza, ¿la dejais á la severidad de las leyes, que pueden quedar desairadas? ¡Ah, señora! atravesad vos misma con esta espada el pecho de un malvado, que verdaderamente no merece le perdoneis. No, señora, no useis de un proceder tan noble y tan generoso con un hombre como yo. ¿Sabeis quién soy? Aunque todo Madrid me tiene por hijo del baron de Steinbach, no soy mas que un desgraciado á quien ha criado en su casa por caridad. Yo mismo ignoro á quiénes debo el ser. No importa eso, interrumpió Serafina precipitadamente, como si la hubieran causado nueva pena mis últimas palabras: aunque fuérais vos el hombre mas vil del mundo, haría siempre lo que me dicta mi honor. Bien está, señora, repliqué: ya que la muerte de un hermano no ha bastado á persuadirnos que derrameis mi sangre, voy á cometer otro delito haciéndoos una ofensa, que tengo por cierto no me la perdonareis: sabed, señora, que os adoro: que desde el mismo punto en que vi vuestra hermosura quedé hechizado, y que, á pesar de la oscuridad de mi nacimiento, no perdía la esperanza de poseeros. Estaba tan ciegamente enamorado, ó por mejor decir, llegaba á un punto mi vanidad, que me lisonjeaba de que algun día descubriría el cielo mi origen, y que éste sería tal, que sin vergüenza podría manifestaros mi nombre. Despues de una declaracion que tanto os ultraja, ¿será posible que todavia no os resolvais á castigarme?

Esa temeraria declaracion, replicó la dama, en otro tiempo sin duda me ofendería; pero la perdono á la turbacion en que os veo: fuera de que ni la situacion en que yo misma me hallo me permite dar oídos á las expresiones que proferis. Vuelvo á deciros, don Alfonso, añadió derramando algunas lágrimas, que partais luego de aqui, y os alejeis de una casa que estais llenando de dolor: cada instante que os deteneis aumenta mis penas. Ya no resisto, señora, repliqué levantándome, voy á alejarme de vos; pero no penseis que, cuidadoso de conservar una vida que os es odiosa, vaya á buscar un asilo para defenderla. No, no, yo mismo quiero voluntariamente sacrificarme á vuestro dolor. Parto á Toledo, donde esperaré con impaciencia la suerte que vos me preparais: y entregándome á vuestras persecuciones, anticiparé yo mismo de este modo el fin de todas mis desdichas.

Retiréme al decir esto. Diéronme mi caballo, y

partí en derechura á Toledo, donde me detuve de intento ocho dias, con tan poco cuidado de ocultarme, que verdaderamente no sé cómo no me prendieron, porque no puedo creer que el conde de Polan, tan empeñado en tomarme todos los caminos, se olvidase de cerrarme el de Toledo. En fin, ayer sali de aquel pueblo donde se me hacia intolerable mi propia libertad; y sin fijarme ni aun proponerme destino ninguno determinado, llegué á esta ermita con tanta serenidad como pudiera un hombre que nada tuviese que temer. Estos son, padre mio, los cuidados que me ocupan al presente, y ruégooos me ayudeis con vuestros consejos.

CAPITULO XI

Quién era el viejo ermitaño, y cómo conoció Gil Blas que se hallaba entre amigos.

Luego que don Alfonso acabó la triste relacion de sus infortunios, le dijo el ermitaño: hijo mio, mucha imprudencia fué el haberos detenido tanto en Toledo. Yo miro con muy diferentes ojos que vos todo lo que habeis contado, y vuestro amor á Serafina me parece una verdadera locura. Creedme á mi: no os cegueis: es menester olvidar á esa jóven, pues no está destinada para vos. Ceded voluntariamente á los grandes estorbos que os desvian de ella, y entregaos á vuestra estrella, la cual, segun todas las señales, os promete muy distintas aventuras. Sin duda encontrareis con alguna bella jóven, que hará en vos la misma impresion, sin que hayais quitado la vida á ninguno de sus hermanos.

Iba á decirle muchas cosas para exhortarle á la paciencia, cuando vimos entrar en la ermita á otro ermitaño cargado con unas alforjas bien llenas. Venia de Cuenca, donde habia recogido una limosna muy copiosa. Parecia mas mozo que su compañero; su barba era roja, espesa y bien poblada. Bien venido, hermano Antonio, le dijo el viejo anacoreta: ¿qué noticias nos traes de la ciudad? Bien malas, respondió el hermano barbirojo: ese papel os las dirá; y entrególe un billete cerrado en forma de carta. Tomóle el viejo, y despues de haberle leído con toda la atencion que merecia su contenido, exclamó: ¡loado sea Dios! Pues se ha descubierto ya la mecha, tomemos otro modo de vivir. Mudemos de estilo, prosiguió, dirigiendo la palabra al jóven caballero. En mí teneis un hombre con quien juegan como con vos los caprichos de la fortuna. De Cuenca, que dista una legua de aqui, me escriben han informado mal de mí á la justicia, cuyos ministros deben venir mañana á prenderme en esta ermita; pero no encontrarán la liebre en la cama. No es la primera vez que me veo en este apuro; y gracias á Dios, casi siempre he sabido librarme con honra y desembarazo. Voy á presentarme en otra nueva figura; porque habeis de saber que tal cual me veis, no soy ermitaño ni viejo.

Diciendo y haciendo se desnudó del saco grosero, que le llegaba hasta los pies: dejóse ver con una jaquetilla ó capotillo de sarga negra con mangas perdidas. Quitóse el capuz, desató un sutil cordon, que sostenia su gran barba postiza, y ofreció á los ojos de los circunstantes un mozo de veinte y ocho á treinta años. El hermano Antonio á su imitacion, hizo lo mismo: quitóse el hábito y la barba eremitica, y sacó de una arca vieja y carcomida una raida sotanilla, con que se cubrió lo mejor que pudo. Pero ¿quién podrá concebir lo admirado y atónito que me quedé cuando en el viejo ermitaño reconocí al señor don Rafael, y en el hermano Antonio á mi fidelísimo criado Ambrosio de Lamela? ¡Vive diez! exclamé al punto sin poderme contener, que estoy en tierra amiga. Asi es, señor Gil Blas, dijo riendo don Rafael Sin saber cómo ni cuándo te has encontrado con dos grandes y antiguos amigos tuyos. Confieso que tienes algun motivo para estar quejoso de nosotros; pero pelitos á la mar, olvidemos lo pasado, y demos gracias á Dios de que nos

ha vuelto á juntar. Ambrosio y yo os ofrecemos nuestros servicios, que no son para despreciados. Nosotros á ninguno hacemos mal, á ninguno apaleamos, á ninguno asesinamos, y solamente queremos vivir á costa ajena. Agrégate á nosotros dos, y tendrás una vida andante, pero alegre. No la hay mas divertida como se tenga un poco de prudencia. No es esto decir que, á pesar de ella, el encadenamiento de las causas segundas no sea tal á veces que no nos acarree muy pesadas aventuras; pero en cambio, hallamos las buenas mejores; y ya estamos acostumbrados á la inconstancia de los tiempos y á las vicisitudes de la fortuna.

Señor caballero, prosiguió el fingido ermitaño volviéndose á don Alfonso, la misma proposicion os hacemos á vos, que me parece no debeis despreciar en el estado en que presumo os hallais, porque ademas de la



Me condujo á la sala donde nos sentamos los dos.—Pág. 94.

precision de andar siempre fugitivo y escondido, tengo para mí que no estais muy sobrado de dinero. Asi es, dijo don Alfonso, y eso mismo es lo que aumenta mi pesadumbre. Ea, pues, repuso don Rafael, buen ánimo, no nos separemos los cuatro: este es el mejor partido que podeis tomar. Nada os faltará en nuestra compañía, y nosotros sabremos inutilizar todas las pesquisas y requisitorias de vuestros enemigos. Hemos corrido toda España, y sabemos todos sus rincones, bosques, matorrales, sierras quebradas, cuevas y escondrijos, abrigos segurísimos contra las brutalidades de la justicia. Agradeciéndoles don Alfonso su buena voluntad, y hallándose efectivamente sin dinero y sin recurso, determinó ir en su compañía, y tambien yo tomé igual partido por no dejar á aquel jóven, á quien habia cobrado ya grande inclinacion.

Convinimos, pues, todos cuatro en andar juntos y no separarnos. Tratóse entonces sobre si marchariamos en aquel mismo punto, ó nos detendriamos primero á dar

un tiento á una bota llena de esquisito vino que el día anterior habia traído de Cuenca el hermano Antonio; pero don Rafael, como mas experimentado, fué de parecer que ante todas cosas se debía pensar en ponernos en salvo; y que así era de sentir que caminásemos toda la noche para llegar á un bosque muy espeso que habia entre Villar del Saz y Almodóvar, donde haríamos alto, y libres de toda zozobra descansaríamos el día siguiente. Abrazóse este parecer, y los dos ermitaños acomodaron su ropa y demas provisiones en dos envoltorios, y equilibrando el peso lo mejor que pudieron, los cargaron en el caballo de don Alfonso. Todo esto se ejecutó con la mayor presteza y diligencia, y al instante nos pusimos en camino alejándonos de la ermita, y dejando por herencia á la justicia los dos sacos de ermitaños, las dos barbas blanca y roja, dos tarimas, una mesa coja, un arca medio podrida, dos sillas de paja despeluzadas, y la estampa de San Pacomio.

Anduvimos toda la noche, y cuando estábamos ya muy rendidos del cansancio, al despuntar el día descubrimos el bosque á donde se encaminaban nuestros pasos. La vista del puerto alegre y da vigor á los marine-



ros fatigados de una larga navegacion: cobramos ánimo, y llegamos por último al fin de nuestra carrera antes de salir el sol: penetramos hasta lo interior del bosque, donde haciendo alto en un delicioso sitio, nos echamos sobre la verde yerba de un espacioso prado, rodeado de corpulentas encinas, cuyas frondosas ramas entretejiéndose unas con otras, negaban la entrada á los rayos del sol. Descargamos el caballo, quitámosle la brida y echámosle á pacer por el prado. Sentámonos, sacamos de las alforjas del hermano Antonio algunos zoquetes de pan, muchos pedazos de carne asada, y como unos perros hambrientos nos abalanzamos á ellos, compitiendo unos

con otros en la presteza y en la gana de comer. Con todo eso, obligábase al hambre á que aguardase un poco, por los frecuentes abrazos que dábamos á la bota, que en movimiento poco menos que continuo, estaba casi siempre en el aire pasando de unas manos á otras.

Acabado el almuerzo, dijo don Rafael á don Alfonso: caballero, á vista de la confianza que usted me ha hecho, justo será tambien que yo cuente la historia de mi vida con la misma sinceridad. Gran gusto me dareis en eso, respondió el jóven. Y á mi grandísimo, añadió yo, porque tengo ansia de saber vuestras aventuras, que no dudo serán dignas de oirse. Y cómo que lo son, replicó don Rafael; lo han sido tanto, que pienso algun día escribirlas: con esta obra hago ánimo de divertir mi vejez, porque en el día todavía soy mozo, y quiero añadir materiales para aumentar el volúmen. Pero ahora estamos fatigados: recuperémosnos con algunas horas de sueño: mientras dormimos los tres, Ambrosio velará y hará centinela para evitar toda sorpresa; que despues dormiré el y nosotros estaremos de escucha; pues aunque pienso que aqui nos hallamos con toda seguridad, nunca sobra la precaucion. Dicho esto se tendió á la larga sobre la yerba; don Alfonso hizo lo mismo; yo imité á los dos, y Lamela comenzó á hacernos la guardia.

El pobre don Alfonso, en vez de dormir, no hizo mas que pensar en sus desgracias. Por lo que toca á don Rafael se quedó dormido inmediatamente; pero despertó dentro de una hora, y viéndonos dispuestos á oirle, dijo á Lamela: amigo Ambrosio, ahora puedes tú ir á descansar. No, no, respondió Lamela; ninguna gana tengo de dormir; y aunque sé yo todos los sucesos de vuestra vida, son tan instructivos para las personas de nuestra profesion, que tendré especial gusto en oirlos contar otra vez. Así, pues, comenzó don Rafael la historia de su vida en los términos siguientes.

LIBRO V.

CAPITULO I.

Historia de don Rafael.

Soy hijo de una comedianta de Madrid, famosa por su habilidad; pero mucho mas por sus célebres aventuras. Llamábase Lucinda. En cuanto á mi padre, no puedo sin temeridad asegurar quién fuese. Podia muy bien decir quién era el sugeto de distincion que cortejaba á mi madre al tiempo que yo nací; pero esta época no es prueba convincente de que yo le debiese el ser. Las personas de la clase de mi madre son por lo comun tan poco de fiar en este punto, que cuando se muestran mas inclinadas á un señor, le tienen ya prevenido algun sustituto por el dinero.

No hay cosa como no hacer aprecio de lo que digan malas lenguas. Mi madre, en vez de darme á criar donde ninguno me conociese, sin hacer misterio alguno me cogia de la mano, y me llevaba al teatro muy francamente, no dándosele un pito de lo mucho que se hablaba de ella, ni de las falsas risitas que causaba solo el verme. En fin, yo era su idolo, y la diversion de cuantos venian á casa, los cuales no se cansaban de hacerme mil fiestas. No parecia sino que en todos ellos hablaba la sangre á favor mio.

Dejéronme pasar los doce primeros años de mi vida en todo género de frivolos pasatiempos. Apenas me enseñaron á leer y escribir, y mucho menos la doctrina cristiana. Solamente aprendí á cantar, bailar y tocar un poco la guitarra. A esto se reducía todo mi saber cuando el marqués de Leganés me pidió para que estuviese en compañía de un hijo suyo único, poco mas ó menos de mi edad. Consintió en ello Lucinda con mucho gusto; y entonces fué el tiempo en que comencé á ocuparme en alguna cosa seria. El tal caballero estaba tan adelantado como yo, y fuera de eso no parecia haber nacido para

las ciencias. Apenas conocia una letra del abecedario, sin embargo, que habia quince meses que tenia para esto un preceptor. Los demas maestros sacaban el mismo fruto de sus lecciones; de modo que á todos les tenia apurada la paciencia. Es verdad que á ninguno le era lícito castigarle, antes bien á todos les estaba mandado espresamente le enseñasen sin mortificarle: orden que, unida á la mala disposicion del señorito para el estudio, hacia inútil la enseñanza que se le daba.

Pero al maestro de leer le ocurrió un bello medio para meter miedo al discipulo sin contravenir á la orden de su padre. Este medio fue azotarme á mi siempre que aquel lo merecia. No me gustó tal arbitrio, y así me escapé, y fui á quejarme á mi madre de una cosa tan injusta; pero ella, aunque me queria mucho, tuvo valor para resistir á mis lágrimas; y considerando lo decoroso y ventajoso que era para su hijo el estar en casa de un marqués, me volvió á ella inmediatamente, y éteme aqui otra vez en poder del preceptor. Como éste habia observado que su invencion habia producido buen efecto, prosiguió azotándome en lugar de hacerlo al señorito; y para que el castigo hiciese mas impresion en él, me sacudia de firme: de modo que estaba seguro de pagar diariamente por el jóven Leganés; pudiendo yo decir con toda verdad, que ninguna letra del alfabeto aprendió el hijo del marqués que no me costase á mi cien azotes. Echen vmds. la cuenta del número á que ascenderian estos.

No eran solamente los azotes lo que tenia que aguantar en aquella casa. Como toda la gente de ella me conocia, los criados inferiores, hasta los mismos marmirones, me echaban en cara á cada paso mi nacimiento. Esto llegó á aburrirme tanto, que un dia hui, despues de haber tenido maña para robar al preceptor todo el dinero que tenia, el cual podia ser como unos ciento y cincuenta ducados. Tal fué la venganza que tomé de las injustas y crueles zurras con que su merced me habia favorecido, y creo que no podia tomar otra que le fuera mas sensible. Este juego de manos le supe hacer con tanto primor y sutileza, que aunque fué mi primer ensayo, dejé burladas cuantas pesquisas se hicieron dos dias para saber quién habia sido el raterillo. Sali de Madrid y llegué á Toledo, sin que ninguno fuese en mi seguimiento.

Entraba entonces en mis quince años. ¡Gran gusto es hallarse un hombre en aquella edad con dinero, sin sujecion á nadie, y dueño de si mismo! Hice presto conocimiento con dos mozuelos que me hicieron listo, y ayudaron á comer mis cien ducados. Juntéme tambien con ciertos caballeros de la garra, los cuales cultivaron tan felizmente mis buenas disposiciones naturales, que en poco tiempo llegué á ser uno de los mas ricos caballeros de su orden.

Al cabo de cinco años se me puso en la cabeza el viajar y ver tierras. Dejé á mis cofrades, y queriendo dar principio á mis caravanas por Estremadura, me dirigí á Alcántara; pero antes de entrar en el pueblo hallé una bellissima ocasion de ejercitar mis talentos, y no la dejé escapar. Como caminaba á pie, y cargado con mi mochila, que no pesaba poco, me sentaba á ratos á descansar á la sombra de los árboles que estaban á orillas del camino. Una de estas veces me encontré con dos mozos, ambos hijos de gente de forma, los cuales estaban en alegre conversacion al fresco, en un verde prado. Saludélos con mucha cortesía, lo que me pareció no haberles desagradado, y con esto entablamos luego conversacion. El de mas edad llegaba á quince años, y ambos eran muy sencillos. Señor caminante, me dijo el mas jóven, nosotros somos hijos de dos ricos ciudadanos de Plasencia; nos entró un gran deseo de ver el reino de Portugal, y para contentarlo cada uno hurtó cien doblones á su padre. Caminamos á pie para que nos dure mas el dinero, y podamos así ver mas provincias. ¿Qué le parece á vmd? Si yo tuviera tanta plata, les respondí, Dios sabe á dónde iria á dar conmigo. Recor-

reria con él las cuatro partes del mundo. ¡A dónde vamos á parar! ¡doscientos doblones! Es una suma de que nunca se verá el fin. Si lo teneis á bien, hijos míos, añadi, yo os acompañaré hasta la villa de Almorahin, á donde voy á recibir la herencia de un tio mio que murió despues de haber vivido alli el espacio de veinte años. Respondiéronme los dos mozos que tendrian el mayor gusto en ir en mi compañía. Con esto, despues de haber descansado un poco todos tres, marchamos juntos á Alcántara, donde entramos mucho antes de anochecer.

Alojámonos todos en un meson, pedimos un cuarto, y nos dieron uno donde habia un armario que se cerraba con llave. Dijimos que se nos pusiese de cenar, y mientras propuse á mis compañeritos si gustaban que saliésemos á dar una vuelta por el pueblo. Agradóles mucho la proposicion; guardamos nuestros hatillos en el armario, cerramos, y uno de los dos jóvenes guardó la llave en la faltriquera. Salimos del meson, fuimos á ver algunas iglesias, y estando en la principal, finji de pronto que me habia ocurrido un negocio de importancia, y así dije: queridos, ahora me acuerdo de que un amigo de Toledo me encargó dijese de su parte dos palabras á un mercader que vive cerca de esta iglesia: esperadme aqui, que voy y vuelvo en un momento. Diciendo esto me aparté de ellos. Vuelvo á la posada, voime derecho al armario, quebranto la cerradura registro sus mochilas, y encuentro sus doblones. ¡Pobres niños! Robéelos todos, sin dejarles siquiera uno para pagar el piso de la posada. Hecho esto sali prontamente del pueblo, y tomé el camino de Mérida, sin darme cuidado de lo que dirian ni barian las inocentes criaturas.

Púsome este lance en estado de poder caminar con mas comodidad. Aunque tenia pocos años me sentia capaz de portarme con juicio, y puedo decir que estaba suficientemente adelantado para aquella edad. Determiné comprar una mula; como lo hice efectivamente en el primer lugar donde la encontré. Converti la mochila en una maleta, y empecé á hacerme algo mas el hombre de importancia. A la tercera jornada encontré en el camino á un hombre que iba cantando visperas á grandes voces. Desde luego conocí que era algun sorchante; ánimo, le dije, señor bachiller, y vaya vmd. adelante, que lo canta de pasmo. Caballero, me respondió, soy cantor de una iglesia, y quiero ejercitar la voz.

De esta manera entramos en conversacion, y no tardé en conocer que me hallaba con un hombre muy divertido y agudo. Tendria como de veinte y cuatro á veinte y cinco años, y como él iba á pie y yo á caballo, de propósito refrenaba la mula para ir á su paso por el gusto de oírle. Hablamos entre otras cosas de Toledo. Tengo bien conocida aquella ciudad, me dijo el cantor: he estado en ella muchos años, y tengo alli algunos amigos. ¿Y en qué calle vivia vmd? le interrumpi; en la calle Nueva, respondió, donde vivia don Vicente de Buena-garra y don Matias del Cordel, y otros dos ó tres honrados caballeros. Habitábamos y comiamos juntos, y lo pasábamos alegremente. Sorprendime al oírle estas palabras, porque los sujetos que citaba eran los mismos *caballeros de la garra* que en Toledo me habian recibido en su nobilísimo orden. Señor cantor, exclamé entonces, esos ilustrisimos señores son muy conocidos míos, porque vivimos juntos en la misma calle Nueva. Ya os entiendo, me respondió sonriéndose; eso es que entrásteis en la orden tres años despues que yo sali de ella. Dejé la compañía de aquellos caballeros, proseguí, porque se me puso en la cabeza el viajar y ver mundo. Pienso andar toda España, y sin duda valdré mas cuando tenga mas experiencia. ¡Acertado pensamiento! dijo el cantor: para perfeccionar el ingenio y los talentos no hay mejor escuela que la de viajar. Por la misma razon dejé yo á Toledo, aunque nada me faltaba en aquella ciudad. Gracias á Dios que me ha dado á conocer á un caballero de mi orden cuando menos lo pensaba. Unámonos los dos, caminemos juntos, hagamos una liga ofensiva y defensiva contra el bolsillo del prójimo, y aprovechemos todas las

ocasiones que se ofrezcan de mostrar nuestra habilidad.

Dijome esto con tanta franqueza y gracia, que desde luego acepté la proposición. En el mismo punto granjeó toda mi confianza y yo la suya. Abrímonos recíprocamente el pecho, contóme su historia, y yo le dije mis aventuras. Confióme que venia de Portalegre, de donde le habia hecho salir cierto lance malogrado por un contra-tiempo, obligándole á ponerse en salvo precipitadamente bajo el traje de sopista en que le veia. Luego que me informó de todos sus asuntos, determinamos dirigirnos á Mérida á probar fortuna, y ver si podíamos dar allí un golpe maestro, y despues marchar á otra parte. Desde aquel instante se hicieron comunes nuestros bienes. Es verdad que Morales (asi se llamaba mi nuevo compañero) no se hallaba en muy brillante situacion. Todo su haber consistia en cinco ó seis ducados, y en alguna ropa que llevaba en la mochila; pero si yo estaba mucho mejor que él en dinero, en recompensa él estaba mucho mas adelantado que yo en el arte de engañar á los hombres. Montábamos los dos alternativamente en la mula, y de esta manera llegamos en fin á Mérida.

Apeámonos en un meson del arrabal: Morales se puso otro vestido que sacó de su mochila, y fuimos á andar por la ciudad para descubrir terreno, y ver si se nos presentaba algun buen lance. Considerábamos muy atentamente cuantos objetos se ofrecian á nuestra vista. Nos parecíamos, como hubiera dicho Homero, á dos milanos que desde lo mas alto de las nubes tienen los ojos fijos en la tierra, acechando todos los rincones por ver si atisban algunos polluelos para lanzarse sobre ellos. Estábamos en fin esperando á que la casualidad nos trajese á la mano alguna ocasion de ejercitar nuestra habilidad, cuando vimos en la calle un caballero bastante canoso, el cual firme con la espada en la mano se defendia contra tres, que le llevaban á mal traer. Chocóme infinito la desigualdad del combate; y como soy naturalmente espadachin, acudi corriendo con mi espada á ponerme al lado del caballero, cuyo ejemplo imitó Morales; y en breve tiempo pusimos en vergonzosa fuga á los tres enemigos, que tan villanamente le habian acometido.

Diónos el anciano un millon de gracias. Respondímosle cortesmente que habíamos celebrado en estremo la dichosa casualidad que tan oportunamente nos habia proporcionado aquella ocasion de servirle, y le suplicamos nos confiase el motivo que habian tenido aquellos hombres para querer asesinarle. Señores, nos respondió, estoy muy agradecido á vuestra generosa accion, y no puedo negarme á satisfacer vuestra curiosidad. Yo me llamo Gerónimo Miajadas; soy vecino de esta ciudad, donde vivo de mi hacienda. Uno de los tres asesinos, de que ustedes me han librado, está enamorado de mi hija, y me la pidió por medio de otro sujeto, y porque no le di mi consentimiento, vino á vengarse de mi con espada en mano. ¿Y se podrá saber, le repliqué yo, por qué razon negó vmd. su hija al tal caballero? Vóisela á decir á vmd., me respondió. Tenia yo un hermano comerciante en esta ciudad, llamado Agustin, que hace dos meses estaba en Calatrava alojado en casa de Juan Velez de Membrilla, su corresponsal. Eran los dos íntimos amigos; pidióle Juan Velez mi única hija Florentina para su hijo, con el fin de estrechar mas y mas la union é intereses de las dos familias. Prometiósela mi hermano, no dudando por el cariño que nos teníamos los dos, que yo ratificaría su promesa. Asi lo hice; pero apenas volvió Agustin á Mérida, y me propuso esta boda, cuando consentí en ella para darle gusto, y no desairar su palabra. Envió el retrato de Florentina á Calatrava; pero el pobre no pudo ver el fin de su negociacion porque se le llevó Dios tres semanas ha. Poco antes de morir pidió encarecidamente que no casase á mi hija con otro que con el hijo de su corresponsal. Ofreciselo así, y este es el motivo porque se la negué al caballero que acaba de acometerme, aunque era un partido muy ventajoso para mi casa. Yo soy esclavo de mi palabra: por instantes estoy esperando al hijo de Juan Velez de la Membrilla para que sea yer-

no mio, aunque jamás le he visto á él ni á su padre. Perdonen ustedes si les he cansado con la relacion tan prolija, lo que no hubiera hecho á no haber querido ustedes mismos saberla.

Escuchéle con la mayor atencion, y adoptando el extraño pensamiento que de repente me ocurrió, afecté quedar del todo asombrado. Alcé los ojos al cielo, y volviéndome hácia el buen viejo, le dije en tono patético. ¿Es posible, señor Gerónimo Miajadas, que al momento de entrar yo en Mérida haya tenido la fortuna de salvar la vida á mi venerado suegro! Estas palabras causaron en el viejo grande admiracion, y no fué menor la que produjeron en Morales, el cual, en el modo de mirarme, me dió á entender que yo le parecia un gran tunante. ¿Qué es lo que me dices? respondió lleno de gozo al aturdido viejo. ¿Es posible que tú seas el hijo del corresponsal de mi hermano? Si señor, le respondí con desembarazo, y abrazándole estrechamente proseguí diciéndole: si señor, yo soy el dichoso mortal para quien está destinada la amable Florentina; pero antes de manifestaros el gozo que me causa la honra de enlazarme con vuestra ilustre familia, dadme licencia para que desahogue el sentimiento que renueva en mí la dulce memoria del señor Agustin vuestro hermano: seria yo el hombre mas ingrato del mundo si no llorase amargamente la muerte de aquel á quien siempre me confesaré deudor de la mayor felicidad de mi vida. Dicho esto resolví á dar un abrazo al buen Gerónimo, saqué el pañuelo, é hice que me enjugaba las lágrimas. Morales, que desde luego conoció lo mucho que nos podia valer aquel embuste, quiso tambien ayudarme por su parte. Fingióse criado mio, y comenzó á dar muestras de mayor sentimiento que el que yo habia mostrado por la muerte del señor Agustin, diciendo muy lastimado: ¡ah, señor Gerónimo! ¡y qué pérdida ha hecho vmd. perdiendo á su querido hermano! Era un hombre muy de bien, el fenix de los comerciantes, un mercader desinteresado, un mercader de buena fé, un mercader de aquellos que no se ven hoy.

Tratábamos con un hombre tan sencillo como crédulo, que lejos de sospechar le engañábamos, él mismo nos ayudaba á llevar adelante nuestro enredo. Y bien, me preguntó, ¿y por qué no viniste derechamente á apearte á mi casa? ¿A qué fin irte á meter en un meson? Entre nosotros ya están demas los cumplimientos. Señor, respondió Morales, tomando la palabra por mí, mi amo es algo ceremonioso; tiene ese defecto, y me disculpará que yo se lo afée; fuera de que en cierta manera es disculpable en no haberse atrevido á presentarse en vuestra casa en el traje en que lo veis. Nos han robado en el camino, y los ladrones nos dejaron despojados de toda ropa. Dice la verdad este mozo, señor de Miajadas, le interrumpi yo: ese es el motivo porque no me fui en derechura á vuestra casa. Tenia vergüenza de presentarme en tan pobre equipaje ante una señorita á quien jamás habia visto, y para hacerlo con la decencia que era razon, estaba esperando la vuelta de un criado que he despachado á Calatrava. No admito la excusa, repuso el viejo: ese accidente no debió detenerte para servirte de mi casa; y desde aqui mismo quiero que vayas á ser dueño de ella.

Diciendo esto, él mismo me cogió de la mano para guiarme, y por el camino fuimos hablando del robo, y dije que todo ello me importaba un bledo, y que solo habia sentido me quitasen el retrato de mi amada señorita Florentina. Respondióme el señor Gerónimo sonriéndose, que presto me consolaria de esta pérdida, porque el original valia mas que la copia. Con efecto, luego que llegamos á su casa hizo llamar á la hija, que solo contaba diez y seis años, y podia pasar por una persona perfecta. Aqui teneis, me dijo, á la persona que os prometió su tío mi difunto hermano. ¡Ah, señor, exclamé yo entonces en aire de apasionado, no hay necesidad de decirme que es la amable señorita Florentina. Sus hechiceras facciones, están grabadas en mi memoria, y mucho mas en mi amante corazon. Si el retrato que perdí, y

era solo un bosquejo de sus mas que humanas perfecciones, supo encender mil bogueras en mi enamorado pecho, figuraos lo que ahora pasará dentro de mí, teniendo á la vista el original. Señor, me dijo Florentina, son demasiado lisonjeras vuestras espresiones, y no soy tan vana que crea merecerlas. No hagás caso de lo que dice mi hija, me interrumpió su padre, y ve adelante con esos bellos cumplimientos. Diciendo esto me dejó solo con su hija, y asiendo de la mano á Morales se fué á otro cuarto con él, y le dijo: ¿con qué al fin os robaron toda vuestra ropa, y con ella es cosa muy natural que tambien se llevasen todo vuestro dinero, que es por donde empiezan? Si señor, respondió mi camarada: asaltónos una cuadrilla de bandoleros junto á Castilblanco, y no nos dejó mas que el vestido que traemos á cuestas; pero estamos esperando por momentos letras de cambio para equiparnos con la decencia que es razon.



¿Qué es lo que me dices? respondió lleno de gozo el aturdi lo viejo.—Pag 99.

Entretanto que vienen esas letras, replicó el anciano sacando un bolsillo y alargándoselo, ahí van esos cien doblones, de que podreis disponer. ¡Jesus, señor! replicó Morales; perdóneme su merced, que yo no lo puedo recibir, porque estoy cierto que me regañará mi amo, y quizá me despedirá. ¡Santo Dios! todavía no le conoce vmd. bien. Es delicadísimo en esta materia. Nunca fué de aquellos hijos de familia que están prontos á tomar de todas manos; no le gusta, á pesar de sus pocos años, contraer deudas, y antes pedirá lmosna que tomar prestado ni un solo maravedí. Tanto mejor, dijo el buen hombre, ahora le estimo mas. Yo no puedo llevar con paciencia que los hijos de gente honrada contraigan deudas; eso se deja para los caballeros, los cuales están ya en antigua posesion de contraerlas. Por tanto, yo no quiero estrechar á tu amo, y si le desazona el que le

ofrezcan dinero, no se hable mas en el asunto. Diciendo esto quiso volver á meter en la faltriquera el bolsillo; pero deteniéndole el brazo mi compañero, le dijo: tenga vmd., señor, que ahora mismo me ocurre un pensamiento. Es cierto que mi amo tiene una grandísima repugnancia á tomar dinero ageno; pero no desconfío de hacerle admitir vuestros cien doblones: todo quiere maña. Una cosa es pedir dinero prestado á los estraños, y otra es recibirle cuando voluntariamente se lo ofrece uno de la familia; y sabe muy bien pedir dinero á su padre cuando lo ha menester. Es un mozo que, como sabe vmd. ve, sabe distinguir de personas, y hoy considera á su merced como á segundo padre.

Con esta y otras semejantes razones se dió por convencido el buen viejo; alargó el bolsillo á Morales, y volvió donde estábamos su hija y yo haciéndonos cumplimientos, con lo que interrumpió nuestra conversacion. Informó á su hija de lo muy obligado que me estaba; y sobre todo se deshagó en espresiones que me hicieron no dudar de su gran reconocimiento. No malogré tan favorable ocasion, y le dije que la mayor prueba de agradecimiento que podia darme, era el acelerar mi union con su hija. Rindióse con el mayor agrado á mi impaciencia, y me empeñó su palabra de que á mas tardar dentro de tres dias seria esposo de Florentina; y aun añadió que en lugar de los seis mil ducados que habia ofrecido por su dote, daría diez mil para manifestarme lo agradecido que estaba al servicio que yo le habia hecho.

Estábamos Morales y yo bien regalados en casa del buen Gerónimo Miajadas, viviendo alegrísimos con la próxima esperanza de embolsarnos no menos que diez mil ducados, y con ánimo resuelto de retirarnos prontamente de Mérida con ellos. Turbaba, sin embargo, algun tanto esta alegría el recelo de que dentro de aquellos tres dias podia parecer el verdadero hijo de Juan Velez de la Membrilla, y dar en tierra con nuestra soñada felicidad. El resultado acreditó que no era mal fundado nuestro temor.

Llegó al dia siguiente á casa del padre de Florentina una especie de aldeano, que traía una maleta: no me hallaba en casa á la sazón; pero estaba en ella Morales. Señor, dijo el hombre al buen viejo, soy criado del caballero de Calatrava que ha de ser vuestro yerno; quiero decir, del señor Pedro de la Membrilla; acabamos ahora de llegar los dos, y él estará aquí dentro de un momento; yo me he adelantado para avisárselo á su merced. Apenas acabó de decir esto, cuando llegó su amo, lo que sorprendió mucho al viejo, y turbó algo á Morales.

Este señor novio, que era un mozo airoso y de los mas bien formados, dirigió la palabra al padre de Florentina; pero el buen señor no le dejó acabar sa salutacion, antes volviéndose á mi compañero, le dijo: y bien, ¿qué quiere decir esto? Entonces Morales, á quien ninguna persona del mundo aventajaba en descaro, tomando un aire desembarazado, respondió prontamente al viejo: señor, esto quiere decir que esos dos hombres son de la cuadrilla de los ladrones que nos robaron en el camino real. Conózcolos á entrambos bien, pero particularmente al que tiene atrevimiento para finjirse hijo del señor Juan Velez de la Membrilla. El viejo creyó sin dudar á Morales, y persuadido de que los dos forasteros eran unos bribones, les dijo: señores, ustedes ya llegan muy tarde, porque hay quien se ha anticipado; el señor Pedro de la Membrilla está hospedado en mi casa desde ayer. Mire vmd. lo que dice, le replicó el mozo de Calatrava, sepa que le engañan y que tiene en su casa á un impostor. Mi padre el señor Juan Velez de la Membrilla no tiene mas hijo que yo. A otro perro con ese hueso, respondió el viejo: yo sé muy bien quien eres tú. ¿No conoceis á este mozo, señalando á Morales, á cuyo amo robaste en el camino de Calatrava? ¡Cómo robar! repuso Pedro: á no estar en vuestra casa le cortaria las orejas á ese desvergonzado que tiene la insolencia de tratarme de ladron. Agradezca á vuestra presencia, cuyo

respeto reprime mi justa ira. Señor, continuó él, vuelvo á deciros que os engañan: yo soy el mozo á quien el señor Agustín su hermano prometió la hija de vmd. ¿Quiere que le enseñe todas las cartas que él escribió á mi padre cuando se trataba este matrimonio? ¿Creerá vmd. al retrato de Florentina que me envió él poco antes de su muerte?

No, replicó el viejo, el retrato no me hará mas fuerza que las cartas; estoy bien enterado del modo con que cayó en tus manos; y el consejo mas caritativo que te puedo dar, es que cuanto antes salgas de Mérida para librarte del castigo que merecen tus semejantes. Eso ya es demasiado, interrumpió el ultrajado mozo: no aguantaré jamás que me roben impunemente mi nombre, ni mucho menos que me hagan pasar por salteador de caminos. Conozco á varios sugetos de esta ciudad; voy á buscarlos, y volveré con ellos á confundir la impostura que tan preocupado os tiene contra mi. Dicho esto se retiró con su criado, y Morales quedó triunfante. Esta misma aventura impelió á Gerónimo de Miajadas á determinar que se efectuase la boda con la mayor brevedad, á cuyo fin salió á hacer las diligencias.

Aunque mi compañero estaba muy alegre viendo al padre de Florentina tan favorable á nuestro intento, con todo no las tenia todas consigo. Temia las consecuencias de los pasos que juzgaba, con razon, no dejaria el señor Pedro de dar, y me esperaba con impaciencia para informarme de todo lo que pasaba. Encontréle sumamente pensativo, y le dije: ¿qué tienes amigo? pareceme que tu imaginacion está ocupada en grandes cosas. Y cómo que lo está, me respondió, y al mismo tiempo me refirió todo lo que habia pasado, añadiendo al fin: mira ahora si tenia fundamento para estar pensativo. Tu temeridad nos ha metido en estos atolladeros. No puedo negar que la empresa era famosa, y te hubiera colmado de gloria como saliera bien; pero segun todas las señales tendrá mal fin; y soy de parecer que antes que se descubra el enredo pongamos los pies en polvorosa, contentándonos con la pluma que hemos arrancado de la ala de este buen pavo.

Señor Morales, le repliqué, no hay que apresurarnos: vmd. cede fácilmente á las dificultades, y hace muy poco honor á don Matias del Cordel, y los demas caballeros de la orden con quienes ha vivido en Toledo. Quien aprendió en la escuela de tan insignes maestros no debe entrar en cuidado con tanta facilidad. Yo, que quiero seguir las huellas de estos héroes, y acreditar que soy digno discipulo de su escuela, hago frente á ese obstáculo que tanto te espanta, y me obligo á desvanecerle. Si lo consigues, repuso mi camarada, desde luego declararé que superas á todos los varones ilustres de Plutarco.

Al acabar de hablar Morales, entró Gerónimo de Miajadas, y me dijo: acabo de disponerlo todo para tu boda: esta noche serás ya yerno mio, tu criado te habrá contado lo sucedido. ¿Qué me dices de la infamia de aquel bribon que me queria embocar que era hijo del correspondal de mi hermano? Estaba Morales cuidadoso de saber cómo saldria yo de este aprieto: y no quedó poco sorprendido de oirme cuando mirando tristemente á Miajadas, le respondí con la mayor sinceridad: señor, de mi dependeria manteneros en vuestro error, y aprovecharme de él; pero conozco que no he nacido para sostener una mentira; y asi quiero hablaros con toda verdad. Confieso que no soy hijo de Juan Velez de la Membrilla. ¿Qué es lo que oigo! interrumpió precipitadamente el viejo entre colérico y sorprendido. ¿Pues que, no sois vos el mozo á quien mi hermano... Sosiéguese vmd., señor, le interrumpí yo tambien: y ya que empecé una narracion fiel y sincera, sirvase oirme con paciencia hasta concluir la. Ocho dias há que amo ciega-mente á vuestra hija, y su amor es el que me ha detenido en Mérida. Ayer, despues que acudí á vuestra defensa, pensaba pedirlosa por esposa; pero me tapásteis la boca con decirme que estaba ya prometida á otro. Al mismo tiempo me dijisteis que al morir vuestro herma-

no os habia encargado eficazmente que la casáseis con Pedro de la Membrilla; que asi se lo ofrecisteis, y que en fin érais esclavo de vuestra palabra. Consternado de oiros, y reducido mi amor á la desesperacion, me inspiró la estratagema de que me he valido. Os diré, sin embargo, que mil veces me he avergonzado en mi interior de esta cautela; pero me persuadi de que vos mismo me la perdonaríais, luego que llegáseis á saber que soy un principe italiano que viajo *incógnito*. Mi padre es soberano de ciertos valles que están entre los Suizos, el Milanés y la Saboya. Y aun me imaginaba que os sorprenderia agradablemente cuando os revelase mi nacimiento: y desde entonces me recreaba en pensar el gozo que causaria á Florentina el saber, despues de haberme desposado con ella, el fino y discreto chasco que le habia



Permitame V. A. me arroje á sus pies para darle prueba de mi alegría y de mi pasmosa admiracion.—Pág. 402.

no os habia encargado eficazmente que la casáseis con Pedro de la Membrilla; que asi se lo ofrecisteis, y que en fin érais esclavo de vuestra palabra. Consternado de oiros, y reducido mi amor á la desesperacion, me inspiró la estratagema de que me he valido. Os diré, sin embargo, que mil veces me he avergonzado en mi interior de esta cautela; pero me persuadi de que vos mismo me la perdonaríais, luego que llegáseis á saber que soy un principe italiano que viajo *incógnito*. Mi padre es soberano de ciertos valles que están entre los Suizos, el Milanés y la Saboya. Y aun me imaginaba que os sorprenderia agradablemente cuando os revelase mi nacimiento: y desde entonces me recreaba en pensar el gozo que causaria á Florentina el saber, despues de haberme desposado con ella, el fino y discreto chasco que le habia

¿Qué duda tiene eso? exclamó el buen Gerónimo de Miajadas. Es una cosa muy clara; y asi estoy muy lejos de vacilar entre vos y Pedro de la Membrilla. Si viviera mi hermano Agustín, él mismo desaprobria que prefiriese el tal Pedro á un hombre que me salvó la vida, y que ademas de eso es un principe que quiere honrar mi familia con tan no merecida como nunca imaginada

alianza. Seria preciso que yo fuese enemigo de mi fortuna, ó hubiese perdido el juicio, para que os negase mi hija, y no solicitase todo lo posible la mas pronta ejecucion de este matrimonio. Con todo eso, señor, repliqué yo, no quisiera que vmd. partiese con precipitacion: no haga nada sin deliberarlo con madurez: atienda solo á sus intereses, y sin respeto á la nobleza de mi sangre... Os burlais de mí, interrumpió Miajadas. ¿Debo vacilar un momento? No, principe mio, y os ruego que desde esta misma noche os digneis honrar con vuestra mano á la dichosa Florentina. En hora buena, le respondí. Id vos mismo á darle esta noticia, y á informarla de su venturosa suerte.

Mientras el buen hombre iba á dar parte á su hija de la conquista que habia hecho su hermosura, no menos que de un gran principe, Morales, que habia estado oyendo la conversacion, se arrodilló de repente delante de mí, y me dijo: señor principe italiano, hijo del soberano de los valles que están entre los Suizos, el Milanés y la Saboya, permitame V. A. me arroje á sus pies para darle prueba de mi alegría y de mi pasmosa admiracion. A fé de bribon que eres un prodigio. Teniame yo por el mayor hombre del mundo; pero, hablando francamente, arrio bandera á vista de tu pabellon, sin embargo de que tienes menos esperiencia que yo. Segun eso, le respondí, ¿ya no tienes miedo? Cierto que no, replicó él. No temo ya al señor Pedro: que venga ahora su merced cuando quisiere. Y étenos aqui á Morales y á mi mas firmes en nuestros estribos. Comenzamos á discurrir sobre el camiuo que habiamos de tomar así que recibiésemos la dote, con la cual contábamos con mas seguridad que si la tuviéramos ya en el bolsillo. Sin embargo, todavia no la habiamos pillado, y el fin de la aventura no correspondió muy bien á nuestra confianza.

Poco tiempo despues vimos venir al mocito de Calatrava. Acompañábanle dos vecinos y un alguacil tan respetable por sus vigotes y por su tez amulatada como por su empleo. Estaba con nosotros el padre de Florentina. Señor Miajadas, le dijo el tal mozo, aqui os traigo á estos tres hombres de bien que me conocen, y pueden decir quién soy. Si por cierto, dijo el alguacil, y declaro ante quien convenga, como yo te conozco muy bien, te llamas Pedro, y eres hijo único de Juan Velez de la Membrilla. Cualquiera que se atreva á decir lo contrario es un solemnísimo embustero. Señor alguacil, dijo entonces el buen Gerónimo Miajadas, yo le creo á vmd.; para mí es tan sagrado vuestro testimonio como el de los señores mercaderes que vienen en vuestra compañía. Estoy del todo convencido de que este caballero que los ha conducido á mi casa es hijo del corresponsal de mi difunto hermano. ¿Pero qué me importa? He mudado de dictámen, y ya no pienso darle mi hija.

¡Oh! eso es otra cosa, dijo el alguacil; yo solo he venido á vuestra casa para aseguraros que conocia á este hombre; por lo que toca á vuestra hija, vos sois su padre, y ninguno os puede obligar á casarla contra vuestra voluntad. Tampoco pretendo yo, interrumpió Pedro forzar la voluntad del señor Miajadas, que puede disponer de su hija como tenga por conveniente; pero desearia saber por qué razon ha variado de parecer: ¿tiene algun motivo para quejarse de mí? ¡Ah! ya que pierdo la dulce esperanza de ser su yerno, quisiera tener el consuelo de saber que no la perdi por culpa mia. No tengo la menor queja de vos, respondió el viejo: antes bien os confesaré que siento verme obligado á faltar á mi palabra, y os pido mil perdones. Vos sois tan generoso que me persuado no llevareis á mal que yo haya preferido á vos un pretendiente á quien debo la vida. Este es el caballero que veis aqui: este señor, prosiguió señalándome, es el que me salvó de un gran peligro, y para mayor disculpa mia, debo añadir que es un principe italiano, que, á pesar de la desigualdad de nuestra clase, se digna enlazar con Florentina, de la cual está enamorado.

Al oír esto Pedro se quedó mudo y confuso, y los dos mercaderes abriendo tanto ojo quedaron como ábsortos; pero el alguacil acostumbrado á mirar las cosas por el mal lado, sospechó que detrás de aquella extraordinaria aventura se ocultaba algun enredo que le podia valer algunos cuartos. Empezó á mirarme con la mas escrupulosa atencion, y como mis facciones, que nunca habia visto, ayudaban poco á su buena voluntad, se volvió á examinar á mi camarada con igual curiosidad. Por desgracia de mi alteza, conoció á Morales, y acordándose de haberle visto en la cárcel de Ciudad-Real: ¡ah! ¡ah! exclamó sin poderse contener; he aqui uno de nuestros parroquianos. Me acuerdo de este caballero, y os le doy por uno de los mayores bribones que calienta el sol de España en todos sus reinos y señorios. Poco á poco, señor alguacil, dijo Gerónimo Miajadas; que ese pobre mozo de quien haceis tan mal retrato, es un criado del señor principe. Sea en buen hora, respondió: eso me basta para saber lo que debo creer; por el criado saco yo lo que será el amo. No me queda la menor duda de que estos dos señores son picaros de marca, que se han unido para burlarse de vos. Soy muy práctico en conocer esta casta de pájaros; y para haceros ver que son dos lindas ganzúas, en este mismo punto voy á llevarlos á la cárcel. Quiero que se aboquen con el señor corregidor, para que tengan con él una conversacion reservada, y sepan de la boca de su señoría que todavia se usan por acá penques y rebenques. Alto ahí, señor ministro, replicó el viejo: no hay que llevar tan adelante el negocio. Los del hábito de vmd. no tienen reparo en mortificar á una persona honrada. ¿No podrá ser este criado un bribon, sin que el amo lo sea? ¿Es por ventura cosa nueva ver bribones al servicio de los principes? Vmd. se chancea con sus principes, repuso el alguacil. Este mozo, vuelvo á decir, es un tunante; y así desde ahora les intimo á los dos que se den *presos al rey*. Si reusan ir voluntariamente á la cárcel, veinte hombres tengo á la puerta que los llevarán por fuerza. Vamos, principe mio, me dijo en seguida, vamos andando.

Al oír estas palabras quedé todo fuera de mí, y lo mismo le sucedió á Morales, y nuestra turbacion nos hizo sospechosos á Gerónimo Miajadas, ó por mejor decir, nos perdió enteramente en su concepto. Bien se persuadió de que habiamos querido engañarle, y con todo eso, tomó en esta ocasion el partido que debe tomar una persona delicada. Señor ministro, dijo al alguacil; vuestras sospechas pueden ser falsas y tambien verdaderas; pero, sean lo que fueren, no apuremos la materia. Os suplico que no impidais que estos caballeros salgan y se retiren á donde mejor les pareciere. Es una gracia que os pido para cumplir con la obligacion que les debo. La mia, interrumpió el alguacil, seria llevarlos á la cárcel sin atender á vuestros ruegos; sin embargo, por respeto vuestro quiero dispensarme ahora del cumplimiento de mi deber, con la condicion de que en este mismo momento han de salir de la ciudad, porque si mañana los veo en ella, les aseguro por quien soy que han de ver lo que les pasa.

Cuando Morales y yo oimos decir que estábamos libres, volvimos á respirar. Quisimos hablar con resolucion y sostener que éramos hombres de honor; pero el alguacil con una mirada de soslayo nos impuso silencio. No sé por qué esta gente tiene ascendiente sobre nosotros. Vimonos, pues, precisados á ceder Florentina y la dote á Pedro de la Membrilla, que verosilmente pasó á ser yerno de Gerónimo Miajadas.

Retiréme con mi camarada, y tomamos el camino de Trujillo, con el consuelo de haber á lo menos ganado cien doblones en esta aventura. Una hora antes de anochecer pasábamos por una aldea con ánimo de ir á hacer noche mas adelante, y vimos en ella un meson de bastante buena apariencia para aquel lugar. Estaban el mesonero y la mesonera sentados á la puerta en un poyo. El mesonero, hombre alto, seco y ya entrado en dias, estaba rascando una guitarra para divertir á su muger,

que mostraba oírle con gusto. Viendo el mesonero que pasábamos de largo, señores, nos gritó; aconsejo á ustedes que hagan alto en este lugar: hay tres leguas mortales á la primera posada, y créanme que no lo pasarán tan bien como aquí: entren ustedes en mi casa que serán bien tratados, y por poco dinero. Dejémonos persuadir: acercámenos mas al mesonero y á la mesonera; saludámoslos, y habiéndonos sentado junto á ellos nos pusimos todos cuatro á hablar de cosas indiferentes. El mesonero decia que era cuadrillero de la santa Hermandad, y la mesonera tenia pinta de ser una buena pieza, que sabia vender bien sus agujetas.

Interrumpió nuestra conversacion la llegada de doce ó quince hombres montados, unos en caballos y otros en mulas, seguidos de como unos treinta machos de carga. ¡Oh cuántos huéspedes! exclamó el mesonero: ¿dónde podré yo alojar á tanta gente? En un instante se vió la aldea llena de hombres y de caballerías. Habia por fortuna una espaciosa granja cerca del meson en la que se acomodaron los machos y cargas, y las mulas y caballos se repartieron en varias caballerizas del meson y del lugar. Los hombres pensaron menos en donde habian de dormir que en mandar disponer una buena cena, la que se ocuparon en hacer el mesonero, la mesonera y una criada, dando fin de todas las aves del corral. Con esto y un guisado de conejo y gato, y una abundante sopa de coles hecha con carnero, hubo para toda la comitiva.

Morales y yo mirábamos á aquellos caballeros, los cuales tambien nos miraban á nosotros de cuando en cuando. En fin, trabamos conversacion, y les dijimos que si lo tenian á bien cenariamos en compañía, y habiéndonos respondido que tendrian en ello particular gusto, nos sentamos todos juntos á la mesa. Entre ellos habia uno que parecia mandaba á los demas; y aunque estos le trataban con bastante familiaridad, sin embargo, se conocia le miraban con algun respeto. Lo cierto es que ocupaba siempre el lugar mas distinguido, que hablaba alto, que algunas veces contradecia á los otros sin reparo, y que lejos de hacer lo mismo con él, mas bien parecia que todos se adherian á su dictámen. La conversacion recayó casualmente sobre Andalucía, y como Morales comenzase á alabar mucho á Sevilla, el hombre de quien voy hablando, le dijo: caballero, usted hace el elogio de la ciudad donde yo nací, ó á lo menos muy cerca de ella, porque mi madre me dió á luz en el arrabal de Mairena. En el mismo me parió la mia, respondió Morales, y no es posible que yo deje de conocer á los parientes de usted conociendo desde el alcalde hasta la última persona del arrabal. ¿Quién fué su señor padre? Un honrado escribano, respondió el caballero, llamado Martin Morales. ¡Martin Morales! exclamó mi compañero no menos alegre que sorprendido: ¡á fé mia que la aventura es bien estraña! Segun eso sois mi hermano mayor Manuel Morales. Justamente, respondió el otro, y por consiguiente tú eres mi hermanico Luis, á quien dejé en la cuna cuando sali de la casa paterna. Ese es mi nombre, replicó mi camarada, y dicho esto se levantaron los dos de la mesa, y se dieron mil abrazos. Volviéndose despues el señor Manuel á todos los que estábamos presentes, dijo: señores, este suceso tiene algo de maravilloso: la casualidad dispone que encuentre y reconozca á un hermano, á quien ha por lo menos mas de veinte años que no he visto: dadme licencia para que os le presente. Entonces todos los caballeros, que por cortesía estaban en pie, saludaron al hermano menor de Morales y le dieron repetidos abrazos. Despues de estos nos volvimos á la mesa, la que no dejamos en toda la noche. Los dos hermanos se sentaron uno junto al otro, y estuvieron hablando en voz baja de las cosas de su familia, mientras los demas convidados bebiamos y nos alegrábamos.

Tuvo Luis una larga conversacion con su hermano Manuel, y concluida me llamó aparte, y me dijo: todos estos caballeros son criados del conde de Montañón, á quien el rey acaba de nombrar virey de Mallorca. Con-

ducen el equipage de su amo á Alicante, donde deben embarcarse. Mi hermano, que es el mayordomo de su escelencia, me ha propuesto llevarme consigo, y á vista de la repugnancia que le mostré de dejar tu compañía, me dijo que si tú quieres venir con nosotros te facilitará un empleo. Caro amigo, continuó él, te aconsejo que no desprecies este partido: vamos juntos á Mallorca; si allí lo pasamos bien, nos quedaremos: y si no nos tuviere cuenta, nos volveremos á España.

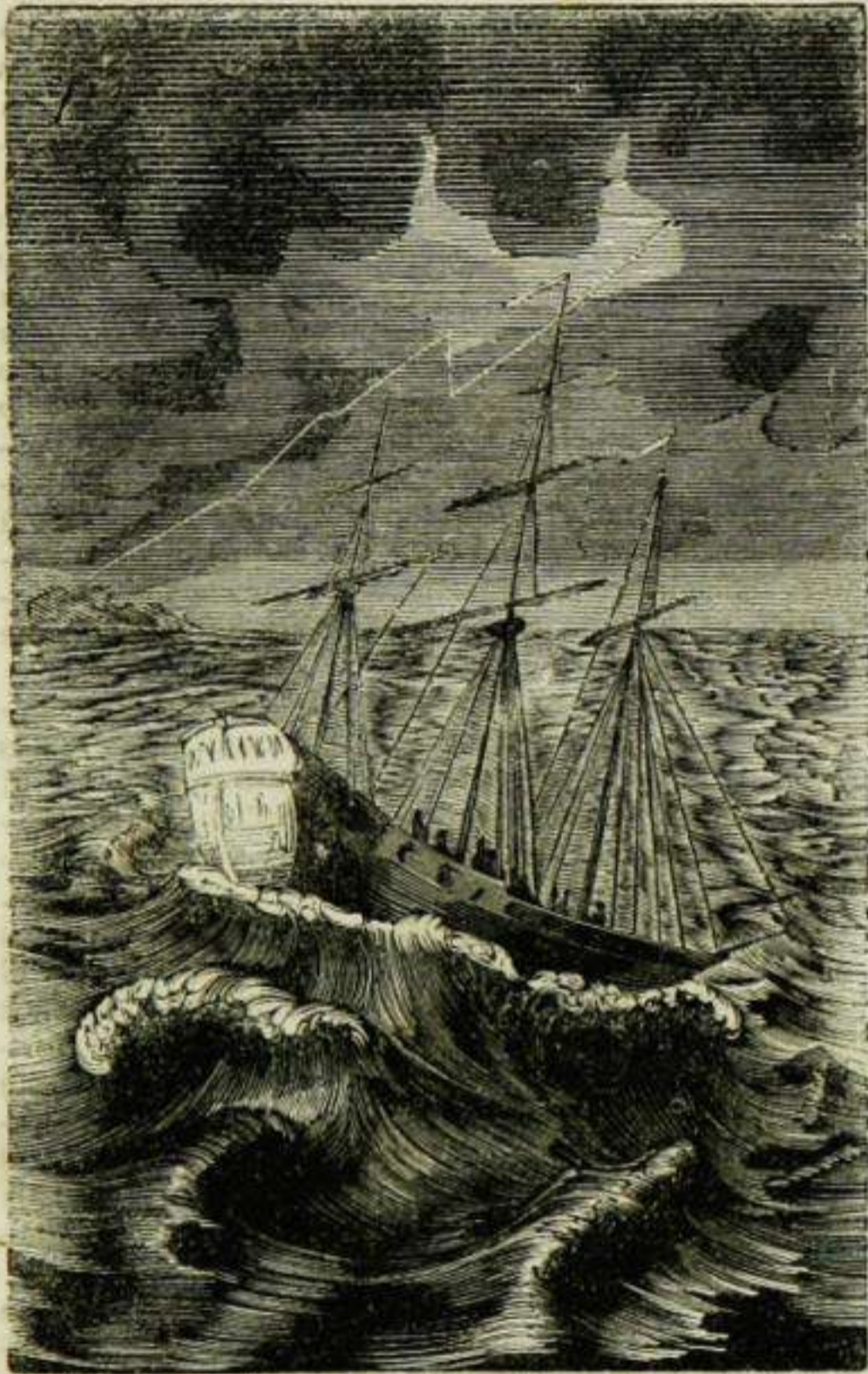
Admiti con gusto la propuesta: incorporámonos el jóven Morales y yo con la familia del conde, y partimos del meson antes del amanecer del dia siguiente. Pusimonos en camino para Alicante yendo á largas jornadas. Luego que llegamos compré una guitarra, y me mandé hacer un vestido decente antes de embarcarme. Ya no pensaba yo sino en la isla de Mallorca, y lo mismo sucedia á mi camarada Morales. Parecia que ambos habiamos renunciado para siempre á la vida bñbona. Es preciso decir la verdad; uno y otro queriamos acreditararnos de hombres de bien entre aquellos caballeros, y este respeto nos contenia. En fin, nos embarcamos alegremente, lisonjeándonos con la esperanza de llegar presto á Mallorca; pero no bien habiamos salido del golfo de Alicante, cuando nos cogió una furiosa borrasca. ¡Qué ocasion tan buena era esta para hacer ahora una bella descripcion de la tempestad, pintándonos el aire todo inflamado, la viva luz de los relámpagos, el estampido de los truenos, la rápida caída de los rayos, el silbido de los vientos y la hinchazon de las olas, etc.! Pero dejando á un lado todas las flores retóricas, os diré sencillamente que fué tan recia la tormenta, que nos obligó á ancorar en la punta de la Cabrera, que es una isla desierta, defendida con un fortin, cuya guarnicion consistia entonces en cinco ó seis soldados y un oficial, que nos recibió con mucho agasajo.

Como nos veiamos precisados á detenernos allí muchos dias para componer nuestro velamen, procuramos pasar el tiempo en diferentes diversiones para evitar el fastidio. Siguiendo cada uno su inclinacion, unos jugaban á los naipes, otros á la pelota, etc.: yo me iba á pasear por la isla con otros compañeros amantes del paseo. Saltábamos de peñasco en peñasco, porque el terreno es desigual y tan pedregoso, que apenas se descubria en él un palmo de tierra. Un dia que, considerando aquellos lugares áridos y secos, estábamos admirando los caprichos de la naturaleza, que es fecunda ó estéril donde le da la gana, sentimos todos de repente un olor muy grato que nos dejó sorprendidos. Lo quedamos mucho mas cuando volviéndonos hácia el Oriente, de donde venia aquella fragancia, vimos un campo todo cubierto de madreSelva mas hermosa y odorifera que la de Andalucía. Acercámonos gustosos á aquellos bellisimos arbustos que perfumaban el aire circunvecino, y hallamos que cercaban la entrada de una caverna muy profunda. Era esta ancha y poco sombría: bajamos á ella por una escalera ó caracol de piedra, adornado de flores que primorosamente guarnecian sus lados. Cuando estuvimos abajo vimos serpentear sobre un suelo de arena mas rojo que el oro, varios arroyuelos formados de las gotas que destilaban continuamente los peñascos, y se perdian en la misma arena. Pareciónos tan clara y cristalina el agua, que nos dió gana de beberla, y la hallamos tan fresca y delgada, que resolvimos volver á este lugar el dia siguiente, llevando con nosotros algunas botellas de vino, persuadidos de que lo beberiamos allí con gusto.

Dejamos con sentimiento un sitio tan delicioso, y cuando nos restituimos al fuerte ponderamos á nuestros camaradas la noticia de tan feliz descubrimiento; pero el comandante del fuerte nos dijo que nos advertia en amistad que por ningun caso volviésemos á la cueva de que tan enamorado habiamos quedado. ¿Y eso por qué? le pregunté yo: ¿hay por ventura algo que temer? y mucho, me respondió. Los corsarios de Argel y de Trípoli vienen algunas veces á esta isla, y hacen aguada en ese parage, y uno de estos dias sorprendieron en él á dos soldados,

y los llevaron esclavos. Por mas seriedad con que nos lo decia el oficial, no le quisimos creer. Parecianos que se zumbaba, y al dia siguiente volvi yo á la caberna con tres caballeros de la comitiva, y de intento no quisimos llevar armas de fuego para mostrar que no teniamos el mas mínimo temor. Morales no quiso venir con nosotros, y se quedó jugando con su hermano y otros del castillo.

Bajamos al hondo de la cueva como el dia anterior, y pusimos á refrescar las botellas de vino en uno de los arroyuelos. A lo mejor que estábamos bebiendo, tocando la guitarra, y divirtiéndonos con mucha algazara y alegría, vimos á la boca de la caberna muchos hombres con bigotes, turbantes y vestidos á la turca. Juzgamos al pronto que eran algunos del navio, que juntamente con el comandante se habian disfrazado para chasquearnos.



¡Qué ocasion tan buena era esta para hacer ahora una bella descripción de la tempestad!—Pág. 133.

Creidos de esto nos echamos á reir, y dejamos bajar hasta diez de ellos sin pensar en defendernos; pero presto quedamos tristemente desengañados, viendo ser un pirata que venia con su gente á esclavizarnos. Rendios perros, nos dijo en lengua castellana, ó aquí morireis todos. Al mismo tiempo nos pusieron al pecho las carabinas los que con él venian, y que á la menor resistencia las hubieran disparado. Preferimos la esclavitud á la muerte, y entregamos las espadas al pirata. Nos hizo cargar de cadenas, nos llevaron á su buque, que no estaba muy distante, levantaron anclas: hiciéronse á la vela y cinglaron hácia Argel.

De este modo fuimos justamente castigadas del poco aprecio que hicimos del aviso del comandante del fuerte. La primera cosa que hizo el corsario fué registrarnos y quitarnos cuanto dinero llevábamos. ¡Gran golpe de malo para él! Los doscientos doblones del mercader de Plascencia, los ciento que Gerónimo de Miajadas habia dado

á Morales, y que por desgracia llevaba yo conmigo, todo lo arrebañó su misericordia. Los bolsillos de mis camaradas tampoco estaban mal provistos: en suma, el pirata hizo una buena pesca, de lo que estaba muy contento; y el grandísimo vergante, no bastándole haberse apoderado de todo nuestro dinero, comenzó á insultarnos con bufonadas, que no eran mucho menos sensibles que la dura necesidad de aguantarlas. Despues de mil impertinentes truhanadas, y para mofarse de nosotros de otro modo, mandó traer las botellas que habiamos puesto á refrescar, y comenzó á vaciarlas todas ayudándole sus gentes, y repitiendo á nuestra salud muchos brindis por irrision.

Durante este tiempo mis camaradas mostraban un semblante que daba á entender lo que interiormente pasaba en ellos. Se les hacia tanto mas doloroso el cautiverio, cuanto mas alegre era la idea de ir á la isla de Mallorca. Por lo que á mi toca tuve valor para tomar desde luego mi determinacion; y menos apesadumbrado que los otros, no solo trabé conversacion con nuestro capitán mofador, sino que le ayudé yo mismo á llevar adelante la zumba, cosa que le cayó muy en gracia. Oyes, mozo, me dijo, me gusta tu buen humor y tu genio; y, si bien se considera, en vez de gemir y suspirar, lo mejor es armarse de paciencia y acomodarse con el tiempo. Tocanos una buena tocata, añadió, viendo que yo llevaba una guitarra: veamos á lo que llega tu habilidad. Mandó me desatasen los brazos, y al punto comencé á tocar de tal modo, que merecí sus aplausos: bien es verdad que yo no manejaba mal este instrumento. Tambien me hizo cantar, y no quedó menos satisfecho de mi voz: todos los turcos que habia en el bajel mostraron con gestos de admiracion el placer con que me habian oido, por lo que conocí que en materia de música no carecian de gusto. El pirata se arrimó á mi, y me dijo al oido que seria un esclavo afortunado, y que podia estar cierto de que mis talentos me proporcionarian un destino que haria muy llevadera la esclavitud.

Estas palabras me consolaron algo; pero por mas halagüeñas que fuesen no dejaba de inquietarme el empleo que el pirata me habia pronosticado, y temia que no fuese de mi aceptacion. Al llegar al puerto de Argel vimos una multitud de personas que habian acudido para vernos, y sin que aun hubiésemos saltado en tierra, hicieron resonar el aire con mil gritos de alegría y alborozo. Acompañaba á estos un confuso rumor de trompetas, flautas moriscas y otros instrumentos del uso de aquella gente, y que causaban un estruendo desentonado mas que una música apacible. Aquella extraordinaria agazara nacia de la falsa noticia que se habia esparcido por la ciudad que el renegado Mahometo (que así se llamaba nuestro pirata) habia muerto peleando con una gruesa embarcacion genovesa; y todos sus parientes y amigos, informados de su regreso, acudian á darle muestras de su regocijo.

Luego que desembarcamos, á mi y á mis compañeros nos llevaron al palacio del bajá Soliman, donde un escribano cristiano nos examinó á cada uno en particular preguntándonos el nombre, edad, patria, religion y habilidad. Entonces Mahometo, mostrandome al bajá, le ponderó mi voz y mi destreza en tocar la guitarra. No hubo menester mas Soliman para determinarse á tomarme á su servicio, y desde aquel punto quedé reservado para su serrallo, á donde me condujeron para instalarme en el empleo que me estaba destinado. Los demas cautivos fueron llevados á la plaza mayor, y vendidos segun costumbre. Verificóse lo que Mahometo me habia pronosticado en el bajel, porque ciertamente fui muy afortunado: no me entregaron á las guardias de las mazmorras, ni me destinaron á trabajar en las obras públicas; antes bien mandó Soliman, por aprecio particular, que me agrégasen en cierto sitio privado á cinco ó seis esclavos de distincion, cuyo rescate se esperaba presto, y á quienes no se empleaba sino en trabajos ligeros, y se me encargó el cuidado de regar en los jardines las flores y los naranjos. No podia tener yo una ocupacion mas suave, y por eso

di gracias á mi estrella, presintiendo, sin saber por qué, que no sería desgraciado al servicio de Soliman.

Este bajá (porque es necesario que haga su retrato) era un hombre de cuarenta años, bien plantado, muy galán para turco. Tenia por favorita una cachemiriana, que por su talento y hermosura se habia hecho dueña absoluta de él. Idolatraba en ella, y no pasaba dia en que no la festejase con alguna diversion nueva; unas veces era un concierto de voces y de instrumentos; otras una comedia á la turca, es decir, unos dramas en los cuales no se tenia mas respeto al pudor y al decoro que á las reglas de Aristóteles. La favorita, que se llamaba Farrukhnaz era apasionadísima á semejantes espectáculos, y aun algunas veces mandaba á sus criadas representar piezas árabes en presencia del bajá. Ella misma solia tambien hacer su papel, y lo ejecutaba con tal viveza y tanta gracia, que hechizaba á todos los espectadores. Un dia en que yo asisti á una de estas funciones mezclado entre los músicos, me mandó Soliman que en un intermedio cantase y tocase solo la guitarra. Hicelo así, y tuve la fortuna de darle tanto gusto, que no solo me aplaudió con palmadas sino de viva voz; y la favorita, á lo que me pareció, me miró con ojos favorables.

El dia siguiente por la mañana, estando yo regando los naranjos en los jardines, pasó junto á mi un eunuco, que, sin detenerse ni hablar palabra, dejó caer á mis pies un billete: recogile prontamente con una turbacion mezclada de alegría y de temor: echéme á la larga en el suelo, porque no me viesen de las ventanas del serrallo, y ocultándome detrás de los naranjos, le abri presuroso, hallé dentro de él un preciosísimo brillante, y escritas en buen castellano estas palabras: *Jóven cristiano, dá mil gracias al cielo por tu esclavitud. El amor y la fortuna la harán feliz: el amor, si te muestras sensible á los atractivos de una persona hermosa: y la fortuna, si tienes valor para arrostrar todo género de peligros.*

No dudé ni un solo momento que el billete era de la sultana favorita; el brillante y el estilo me lo persuadian. Además de que nunca fui cobarde, la vanidad de verme favorecido de la dama de un gran principe, y sobre todo la esperanza de conseguir de ella cuatro veces mas dinero del que me era menester para mi rescate, me determinaron á tentar esta nueva aventura á costa de cualquiera riesgo. Proseguí, pues, en mi ocupacion, pensando en el modo que podria tener para introducirme en el cuarto de Farrukhnaz, ó por mejor decir, en los arbitrios que ella discurría para abrirme este camino: pareciéndome, y con fundamento, que no se contentaria con lo hecho, y que ella misma se adelantaria á librarme de este cuidado. Con efecto, no me engañé: de allí á una hora volvió á pasar junto á mi el mismo eunuco de antes, y me dijo: cristiano, ¿has hecho tus reflexiones? ¿tendrás valor para seguirme? Respondile que sí: pues bien, añadió él, *el cielo te guarde; mañana por la mañana me volverás á ver; está dispuesto para dejarte conducir,* y dicho esto se retiró. Efectivamente, al dia siguiente, á cosa de las ocho de la mañana se dejó ver, y me hizo señal de que le siguiese. Obedecí, y me condujo á una sala donde habia un gran rollo de lienzo pintado, que acababan de traer él y otro eunuco, para llevarlo á la cámara de la sultana, y habia de servir para la decoracion de una comedia árabe que ella tenia dispuesta para divertir al bajá.

Los dos eunucos viéndome dispuesto á hacer todo lo que quisiesen, no perdieron tiempo. Desarrollaron el telon; hiciéronme tender á la larga en medio de él, y lo arrollaron otra vez, volviéndome y revolviéndome dentro de él mismo con peligro de sofocarme. Cogiéronle cada uno de un extremo, y de esta manera me introdujeron sin riesgo en el cuarto donde dormia la bella cachemiriana. Estaba sola con una esclava vieja, enteramente dedicada á darle gusto. Desenvolvieron ambas el telon, y Farrukhnaz luego que me vió, mostró una alegría que manifestaba bien el carácter de las mugeres de su pais. En medio de mi natural intrepidez confieso que cuand

me vi de repente trasportado al cuarto secreto de las mugeres, senti cierto terror. Conociólo muy bien la favorita, y para disiparlo me dijo: no temas, cristiano, porque Soliman acaba de marchar á su casa de recreo donde se detendrá todo el dia, y nosotros hablaremos aqui libremente.

Animáronme estas palabras, y me hicieron cobrar un espíritu y seguridad que acrecentó el contento de mi patrona. Esclavo, me dijo, tu persona me ha agradado, y quiero hacerte mas suave el rigor de la esclavitud. Te considero muy digno de la inclinacion que te he tomado. Aunque te veo en traje de esclavo, descubro en tus modales un aire noble y galán, que me obliga á creer no eres persona comun. Háblame con toda confianza, y dime quién eres. Sé muy bien que los esclavos bien nacidos ocultan su condicion para que les cueste menos el rescate; pero conmigo no debes gastar ese disimulo, y aun me ofenderia mucho semejante precaucion, pues que te prometo tu libertad. Sé pues sincero, y confiésame que no te criaste en pobres pañales. Con efecto, señora, le respondi, correspondierá ruilmente á vuestra generosa bondad si usára con vos de artificio; ya que teneis empeño en que os descubra quién soy, voy á obedeceros.



Soy hijo de un grande de España (quizá decia en esto la verdad), por lo menos la sultana así lo creyó, y dándose á sí misma el parabien de haber puesto los ojos en un hombre ilustre, me aseguró que haria todo lo posible para que los dos nos viésemos á solas con frecuencia. Tuvímos una larga conversacion. En mi vida he tratado con muger de mayor talento y atractivo. Sabia muchas lenguas, y sobre todo la castellana, que hablaba medianamente. Cuando le pareció que era tiempo de separarnos, me hizo meter en un gran ceston de juncos, cubierto con

un repostero de seda trabajado por su misma mano, y llamando á los mismos eunucos que me habian introducido, les entregó aquella carga, como un regalo que ella enviaba al bajá, lo que es tan sagrado entre los que hacen la guardia al cuarto de las mugeres, que ninguno tiene la osadía de mirarlo.

Hallamos Farrukhnaz y yo otros varios arbitrios para hablarnos; y la amable sultana poco á poco me fué inspirando tanto amor hacia ella, como ella me le tenía á mí. Dos meses estuvieron ocultas nuestras amorosas visitas, sin embargo de ser cosa muy difícil que en un serrallo se escapen por largo tiempo á los ojos de tantos Argos; pero un contratiempo desconcertó nuestras medidas, y mudó enteramente de aspecto mi fortuna. Un dia en que entré en el cuarto de la sultana metido dentro de un dragon artificial que se habia hecho para un espectáculo, cuando estaba yo hablando con ella creido de que Soliman se hallaba aun fuera, entró éste tan de repente en el cuarto de su favorita, que la vieja esclava no tuvo tiempo de avisarnos, y mucho menos yo para ocultarme; y así fui el primero que se ofreció á los ojos del bajá.

Mostróse sumamente admirado de verme en aquel sitio, y sucediendo en un momento la ira á la admiracion, arrojaban fuego sus ojos, despidiendo llamas de indignacion y furor. Consideré entonces que era llegada la última hora de mi vida, y me imaginaba ya en medio de los mas crueles tormentos. Por lo que toca á Farrukhnaz conocí que tambien estaba sobresaltada; pero en vez de confesar su delito, y pedir perdon de él, dijo á Soliman: señor, suplicoos no me condeneis antes de oirme. Confieso que todas las apariencias me condenan, y me representan infiel y traidora á vos, y por consiguiente merecedora de los mas horrorosos castigos. Yo misma hice venir á mi cuarto é este cautivo, y para introducirle en él me vali de los mismos artificios que pudiera usar si estuviera ciegameute enamorada de su persona. Sin embargo de eso, á pesar de todas estas exterioridades, pongo por testigo al gran profeta de que no os he sido desleal. Quise hablar con este esclavo cristiano para persuadirle á que dejase su secta, y abrazase la de los verdaderos creyentes. Al principio encontré en él la resistencia que aguardaba; mas al fin he desvanecido sus preocupaciones, y en este punto me estaba dando palabra de que se hará mahometano.

Confieso que era obligacion mia desmentir á la favorita sin respeto alguno al peligro en que me hallaba; pero turbada la razon en aquel lance, y acobardado el espíritu á vista del riesgo que corria mi vida, y la de una dama á quien amaba, me quedé confuso y cortado. No tuve valor para articular una palabra; y persuadido Soliman por mi silencio de que era verdad cuanto habia dicho la sultana, depuso su ira, y le dijo: quiero creer que no me has ofendido, y que el celo de hacer una cosa que fuese grata al profeta te movió á arriesgarte á una accion tan delicada. Por eso disculpo tu imprudencia con tal que el esclavo tome el turbante en este mismo punto. Inmediatamente hizo venir á su presencia un morabito. Vistiéronme á la turca, y yo les dejé hacer cuanto quisieron sin la menor resistencia, ó por mejor decir, ni yo mismo sabia lo que me hacia en aquella turbacion de todas mis potencias. ¡Cuántos cristianos hubieran sido tan cobardes como yo en esta ocasion!

Concluida la ceremonia, salí del serrallo con el nombre de Sidy Haly á tomar posesion de un empleo de poca monta á que Soliman me destinó. No volví á ver á la sultana; pero uno de sus eunucos vino á buscarme cierto dia, y de su parte me entregó una porcion de piedras preciosas, estimadas en dos mil *sultaninos de oro*, y juntamente un billete en que me aseguraba que jamás olvidaria la generosa complacencia con que me habia hecho mahometano por salvarle la vida. Con efecto, ademas de los regalos que habia recibido de la bella Farrukhnaz, conseguí por su mediacion otro empleo de mas importancia que el primero, de manera que en me-

nos de seis á siete años me hallé el renegado mas rico de todo Argel.

Ya habrán conocido ustedes que si yo concurría á las oraciones que hacian los mulsumanes en sus mezquitas, y practicaba las demas ceremonias de su ley, era todo una mera ficcion. Por lo demas estaba firmemente resuelto á volver á entrar en el seno de la iglesia, para lo que pensaba retirarme algun dia á España ó Italia con las riquezas que hubiese juntado. Mientras tanto vivia muy alegremente; estaba alojado en una hermosa casa, tenia jardines magnificos, multitud de esclavos; y un serrallo bien abastecido de mugeres bonitas. Aunque el uso del vino está prohibido en aquella tierra á los mahometanos, sin embargo, pocos moros dejan de beberlo secretamente. Yo por lo menos, lo bebia sin escrúpulo, como lo hacen todos los renegados.

Acuérdome que me acompañaban comunmente en mis borracheras un par de camaradas, con quienes muchas veces pasaba toda la noche con las botellas sobre la mesa. Uno era judío y el otro árabe. Tenialos por hombres de bien, y en esta confianza vivia con ellos sin reserva. Convidélos una noche á cenar, y aquel dia se me habia muerto un perro que yo queria mucho. Lavamos el cuerpo, y lo enterramos con todas las ceremonias que acostumbra los musulmanes en el funeral de sus difuntos. No lo hicimos ciertamente por burlarnos de la religion de Mahoma, sino solo por divertirnos y satisfacer el capricho que tuve, estando medio tomado de vino, de celebrar las exequias de mi amado animalito.

Sin embargo, faltó poco para que esta inconsiderada accion me perdiese enteramente. El dia siguiente se presentó en mi casa un hombre que me dijo: señor Sidy Haly, vengo á buscar á vmd. para cierto asunto de importancia. El señor cadi tiene precision de hablarle: sirvase tomar el trabajo de llegar á su casa inmediatamente. Decidme, os suplico, le pregunté, qué es lo que me quiere. El mismo os lo dirá, respondió el moro: todo lo que puedo decir es, que un mercader que ayer cenó con vmd. le ha dado parte de no sé qué impia ó irreligiosa accion que se ejecutó en vuestra casa con motivo de enterrar un perro. Yo os notifico de oficio que comparezcai hoy mismo ante el juez, con apercibimiento de que no cumpliéndolo así, se procederá criminalmente contra vuestra persona. Dijo, y sin aguardar respuesta, me volvió la espalda, dejándome atónito con su apercibimiento. No tenia el árabe la mas mínima razon para estar quejoso de mí, ni yo podia comprender por qué me habia jugado una pieza tan ruin: Sin embargo, la cosa era muy digna de atencion. Yo tenia bien conocido al cadi por hombre severo á la apariencia, pero en el fondo poco escrupuloso y muy avaro. Metí en el bolsillo doscientos *sultaninos de oro*, y fui derecho á presentarme á él. Hizome entrar en su despacho, y luego me dijo en tono colérico y furioso: sois un impio, un sacrilego; un hombre abominable. Habeis dado sepultura á un perro como si fuera un musulman. ¡Qué sacrilegio! ¡qué profanacion! ¿Es este el respeto que profesais á las mas venerables ceremonias de nuestra santa ley? ¿Os hicisteis mahometano únicamente para burlaros de las ceremonias mas sagradas de nuestro Alcoran? Señor cadi, le respondí, el árabe que vino á haceros una relacion tan alterada ó tan malignamente desfigurada, aquel amigo traidor fué cómplice en mi delito, si por tal se debe reputar haber dado sepultura á un doméstico fiel, á un inocente animal, que tenia mil bellas cualidades. Amaba tanto á las personas de mérito y distincion, que hasta en su muerte quiso dejarles testimonios irrefragables de su estimacion y afecto. En su testamento, en el que me nombró por único albacea, repartió entre ellas sus bienes, legando á unas veinte escudos, á otras treinta, etc.; y es tanta verdad lo que os digo, que tampoco se olvidó de vos, pues me dejó muy encargado que os entregase los doscientos sultaninos de oro que hallareis en este bolsillo; y dicho esto le alargué el que llevaba prevenido.

Perdió el cadí toda su gravedad cuando me oyó decir esto, sin poder contener la risa, y como estábamos solos tomó francamente el bolsillo, y me despidió diciendo: id en paz, Sidy Haly, hicisteis cuerdate en haber enterrado con pompa y con honor á un perro que hacia tanto aprecio de los sujetos de mérito.

Sali por este medio de aquel pantano; y si el lance no me hizo mas cuerdo, á lo menos me enseñó á ser mas circunspecto. No volvi á tratar con el árabe ni con el judío, y escogí para mi camarada de botellas á un caballero de Liorna, que era esclavo mio, llamado Azarini. No era yo como aquellos renegados que tratan á los cautivos cristianos peor que los mismos turcos. Los míos no se impacientaban aunque se les retardase el rescate. Tratábalos con tanta benignidad, que muchas veces me decian les costaba mas suspiros el miedo de pasar á servir á otro amo, que el deseo de conseguir la libertad, sin embargo de ser esta tan dulce y tan apetecible á todos los que gimen en cautiverio.

Volvieron un dia los jabeques de Soliman cargados de presa, y en ella cien esclavos de uno y otro sexo, apresados todos en las costas de España. Reservó Soliman para si un cortísimo número, y los demas fueron puestos en venta. Fui á la plaza donde esta se celebraba, y compré una muchacha española de diez á doce años. Lloraba la pobrecita amargamente, y se desesperaba. Admirado yo de verla afligirse así en tan tierna edad, me llegué á ella y le dije en lengua castellana, que no se apesadumbrase tanto, asegurándole que habia caído en manos de un amo, que aunque llevaba turbante era de corazón humano. La jóven poseída enteramente de su dolor, ni siquiera atendia á mis palabras. Gemia, suspiraba y se deshacia en lágrimas inconsolables, prorrumpiendo de cuando en cuando en esta exclamacion: ¡Ay madre mia, y por qué me habrán separado de ti! Todo lo llevaria en paciencia como estuvieramos juntos. Mientras decia estas palabras, tenia puestos los ojos en una muger de cuarenta y cinco á cincuenta años, distante pocos pasos, la cual muy modesta, silenciosa y con los ojos bajos, estaba esperando que alguno la comprase. Preguntéle si era su madre aquella muger á quien miraba. Sí, señor, me respondió con tierno sentimiento; por amor de Dios haga su merced que jamás me separen de ella. Bien está, hija mia, le dije; si para tu consuelo no deseas mas que el estar juntas las dos, presto quedarás contenta y consolada. Al mismo tiempo me acerqué á la madre para comprarla; pero no bien la miré con un poco de cuidado, cuando reconocí en ella, con la conmocion que podeis imaginar, todas las facciones y demas señales de Lucinda. ¡Cielos! exclamé dentro de mí mismo: ¿qué es lo que veo? Esta es mi madre, no puedo dudarle. Pero ella, ó ya fuese porque el vivo dolor del estado en que se hallaba no la dejaba ver otra cosa mas que enemigos en todos los objetos que se le presentaban, ó ya fuese porque el trage mahometano me hacia parecer otro, ó bien que en el espacio de doce años que no me habia visto me hubiese desfigurado, el hecho es que realmente ella no me reconoció. En fin, yo la compré, y me la llevé á mi casa.

No quise dilatarle el gusto de que me conociese. Señora, le dije, ¿es posible que no os acordeis de haber visto esta cra? ¿Pues qué, unos bigotes y un turbante me desfiguran de suerte que os impidan conocer á vuestro hijo Rafael? Volvió en sí al oír estas palabras: miróme, remiróme, reconocióme, y arrojándose á mi con los brazos abiertos, nos estrechamos tiernamente. Con igual ternura abracé despues á su querida hija, la cual estaba tan ignorante de que tenia un hermano, como yo ageno de tener una hermana. Confesad, dije entonces á mi madre, que en todas vuestras comedias no habeis tenido un encuentro y reconocimiento tan positivo como este. Hijo, me respondió suspirando, grandísima alegría he tenido en volverte á ver; pero esta alegría está mezclada con un amarguísimo pesar. ¡Dios mio! ¿en qué estado he tenido la desgracia de encon-

trarte! Mi esclavitud me seria mil veces menos sensible que ese trage odioso... A fé, madre, le respondí sonriéndome, que me admiro de vuestra delicadeza: por cierto que no es muy propia de una comedianta. A la verdad, señora, que sois muy otra de lo que érais, si este mi disfraz os ha dado tanto enojo. En lugar de enojaros mi turbante, miradme como á un cómico que representa el papel de un turco en el teatro. Aunque renegado, soy tan musulman como lo era en España; y en realidad permanezco siempre en mi religion. Cuando sepais todás las aventuras que me han acontecido en este pais me disculpais. El amor fué la causa de mi delito. Sacrifiqué á esta deidad. En esto me parezco algo á vos; fuera de que hay auu otra razon que debe templar vuestro dolor de verme en la situacion en que me veis. Temiais experimentar en Argel una dura esclavitud, y habeis hallado en vuestro amo un hijo tierno, respetuoso y bastante rico para que vivais con regalo y con quietud en esta ciudad, hasta que se nos proporcione ocasion oportuna para que todos podamos seguramente volver á España. Reconoced ahora la verdad de aquel proverbio: que dice: *no hay mal que por bien no venga.*

Hijo mio, me dijo Lucinda, una vez que estás resuelto á restituirte á tu patria y abjurar el mahometismo, quedo consolada. Entonces irá con nosotros tu hermana Bertriz, y tendré el gusto de volverla á ver sana y salva en Castilla. Si señora, le respondí: espero que le tendreis, pues lo mas presto que sea posible iremos todos tres á juntarnos en España con el resto de nuestra familia, no dudando yo que habeis dejado en ella algunas otras prendas de vuestra fecundidad. No, hijo, repuso mi madre, no he tenido mas hijos que á vosotros dos; y has de saber que Beatriz es fruto de un matrimonio de los mas legitimos. Pero señora, repliqué, ¿qué razon tuvisteis para conceder á mi hermanita esa preeminencia que me negásteis á mí? ¿Y cómo os habeis resuelto á casaros? Acuérdomé haberos oído decir mil veces en mi niñez que nunca perdonariais á una muger jóven y linda el sujetarse á un marido. *Otros tiempos, otras costumbres,* respondió ella. Si los hombres mas firmes en sus propósitos están mas sujetos á mudar, ¿qué razon habrá para pretender que las mugeres sean invariables en los suyos? Voy á contarte, continuó, la historia de mi vida desde que saliste de Madrid. Hizome despues la siguiente relacion que jamás olvidaré; y de la cual no quiero privaros, porque es curiosísima.

Habrà cosa de trece años, si te acuerdas, que dejaste la casa del marquesito de Leganés. En aquel tiempo el duque de Medinaceli me dijo que deseaba cenar conmigo privadamente. Señalóme el dia, esperéle, vino y le gusté. Pidióme el sacrificio de todos los competidores que podia tener y se lo concedi con la esperanza de que me lo pagaria bien, y así lo ejecutó. El dia siguiente me enviò varios regalos, á que siguieron otros muchos en lo sucesivo. Temia yo que no duraria largo tiempo en mis prisiones un señor de aquella elevacion, y lo temia con tanto mayor fundamento, cuanto no ignoraba que se habia escapado de otras, en que le habian aprisionado varias famosas beldades, cuyas dulces cadenas, lo mismo habia sido probarlas que romperlas. Sin embargo, lejos de disgustarse, cada dia parecia mas embelesado de mi condescendencia. En suma, tuve el arte de asegurármelo, y de impedir que su corazón, naturalmente voluble, se dejase arrastrar de su nativa propension.

Tres meses hacia que me amaba, y yo me lisonjeaba de que su cariño seria durable, cuando cierto dia una amiga mia y yo concurrimos á una casa donde se hallaba la duquesa esposa del duque, y habiamos ido á ella convidadas para oír un concierto de música de voces é instrumentos. Sentámonos casualmente un poco detrás de la duquesa, la cual llevó muy á mal que yo me hubiese dejado ver en un sitio donde ella se hallaba. Envióme á decir por una criada, que me suplicaba me saliese de allí al instante. Respondí á la criada con mucha grosería; de lo que irritada la duquesa se quejó á su es-

poso, el cual vino á mí y me dije: Lucinda, sal prontamente de aquí: cuando los grandes señores se inclinan á mozuelas como tú, no deben éstas olvidarse de lo que son: si alguna vez os amamos á vosotras mas que á nuestras mugeres, siempre las respetamos á éstas mucho mas que á vosotras; y siempre que tengais la insolencia de pretender igualaros con ellas, sereis tratadas con la indignidad que mereceis.

Por fortuna que el duque me dijo todo esto en voz tan baja que ninguno pudo comprenderlo. Retiréme avergonzada y confusa; pero llorando de rabia por el desaire que habia recibido. Para mayor pesar mio los comediantes y comediantas aquella misma noche supieron, no sé cómo, todo lo que me habia pasado. No parece sino que hay algun diablillo acechador y cizañero que se divierte en descubrir á unos lo que sucede á otros. Hace



Hijo mio, me dijo Lucinda, una vez que estás resuelto á restituirte á tu patria y abjurar el mahometismo quedo consolada. —

Pág. 107.

por ejemplo un comediante en una francachela alguna extravagancia: acaba una comedianta de acomodarse con un mozuelo galan y adinerado; toda la compañía inmediatamente sabe hasta la mas ridicula menudencia. Asi supieron mis compañeros cuanto me habia pasado en el concierto, y sabe Dios cuánto se divirtieron á mi costa. Reina entre ellos un cierto espíritu de caridad que se descubre bien en semejantes ocasiones. Con todo eso, yo no hice caso de sus habladurias, y tardé poco en consolarme de la pérdida del duque, que no volvió á parecer por mi casa, y luego supe habia tomado amistad con una cantarina.

Mientras una comedianta tiene la fortuna de ser aplaudida, nunca le faltan amantes; y el amor de un gran señor, aunque no dure mas que tres dias, siempre añade nuevos realces á su mérito. Yo me vi sitiada de apasionados luego que se esparció por Madrid la voz de

que el duque me habia dejado. Los mismos competidores que yo le habia sacrificado, mas enamorados de mis hechizos que antes, volvieron á porfia é galantearme. Fuera de éstos recibí los obsequiosos tributos de otros mil corazones. Nunca fui tan de moda como entonces. Entre los que solicitaban mi favor, ninguno me pareció mas ansioso que un aleman gordo, gentil-hombre del duque de Osuna. Su figura no era muy apreciable; pero se mereció mi atención con mil doblones que habia juntado en casa de su amo, y los prodigó por lograr la dicha de entrar en el número de mis amantes favorecidos. Este buen señor se llamaba Brutandorff. Mientras hizo el gasto fué bien recibido; pero apenas se le apuró la bolsa, halló la puerta cerrada. Enfadado de este proceder mio, me fué á buscar á la comedia, dióme sus quejas, y porque me reí de él á sus hocicos, arrebatado de cólera me sacudió un bofetón á la tudesca. Di un gran grito, salí al teatro, interrumpí la comedia, y dirigiéndome al duque, que estaba en su aposento con su esposa la duquesa, me quejé á él en alta voz de los modales tudescos con que me habia tratado su gentil-hombre. Mandó el duque seguir la comedia, diciendo que despues de ella oiria á las partes. Acabada la representacion me presenté muy alterada al duque, esponiendo mi queja con vehemencia. El aleman despachó su defensa en dos palabras, diciendo que en vez de arrepentirse de lo hecho era hombre para repetirlo. El duque de Osuna, oidas las partes, y volviéndose al aleman, sentenció de esta manera: Brutandorff, te despido de mi casa, y te prohibo que te presentes mas delante de mi, no porque has dado un bofetón á una comedianta, sino porque has faltado al respeto debido á tus amos, y turbado un espectáculo público en presencia de los dos.

Esta sentencia me atravesó el alma. Apoderóse de mi una ira rabiosa, y un inesplicable furor al ver que no habian despedido al aleman por la ofensa que me habia hecho. Creia yo que un oprobio como aquel, cometido contra una comedianta, debia castigarse como un delito de lesa magestad y contaba con que el tudesco padeceria una pena afflictiva. Abrióme los ojos este vergonzosísimo suceso, y me hizo conocer que el mundo sabe distinguir entre el comediante y los personajes que representa. Esto me disgustó del teatro en términos, que desde aquel punto resolví dejarlo, é irme á vivir lejos de Madrid. Escogi para mi retiro la ciudad de Valencia, y partí de *incógnito* á ella, llevando conmigo hasta el valor de veinte mil ducados en dinero y alhajas; caudal que me parecia bastante para mantenerme con decencia el resto de mis dias, pues mi ánimo era llevar una vida retirada. Tomé en aquella ciudad una casa pequeña, y no recibí mas familia que una criada y un page, para quienes era tan desconocida como para todas las del vecindario. Fingí ser viuda de un empleado de la real casa, y que habia escogido para mi retiro la ciudad de Valencia por haber oido que su temple era uno de los mas benignos, y su terreno uno de los mas deliciosos de España. Trataba con muy poca gente; y mi conducta era tan arreglada, que á ninguno le pudo pasar por el pensamiento que yo hubiese sido cómica. Sin embargo, y á pesar de mi cuidado en vivir escondida y retirada, puso los ojos en mí un hidalgo que vivia en una quinta propia, cerca de Paterna. Era un caballero bastante bien dispuesto, y como de treinta y cinco á cuarenta años; pero un noble muy adeudado; lo que no es mas raro en el reino de Valencia que en otros muchos paises.

Habiendo agrado mi persona á este hidalgo quiso saber si en lo demas podria yo convenirle. A este fin despachó sus ocultos batidores para que averiguasen mis circunstancias, y por los informes que le dieron, tuvo el gusto de saber que yo era viuda, de trato nada fastidioso, y ademas de eso bastante rica. Hizo juicio desde luego que yo era la que habia menester; y muy presto se dejó ver en mi casa una buena vieja, que me dijo de su parte que, prendado de mi honradez tanto como de mi hermosura, me ofrecia su mano, y que ratificaria

esta oferta si merecia la dicha de que quisiese ser su esposa. Pedí tres dias de término para pensarlo y resolverme. Informéme en este tiempo de las cualidades de aquel hidalgo, y por el mucho bien que me dijeron de él, aunque sin disimularme el lastimoso estado de sus rentas, determiné gustosa casarme con él, como lo hice dentro de muy pocos dias.

Don Manuel de Jérica (este era el nombre de mi esposo) me condujo luego á su hacienda. La casa tenia cierto aspecto de antigüedad, de lo que hacia mucha vanidad el dueño. Decia que la habia hecho edificar uno de sus progenitores; y de la vejez de la fábrica deducia que la familia de Jérica era la mas antigua de toda España. Pero el tiempo habia maltratado tanto aquel bello monumento de nobleza, que porque no viniese á tierra lo habian apuntalado. ¡Qué dicha para don Manuel la de haberse casado conmigo! Gastóse en reparos la mitad de mi dinero, y lo restante en ponernos en estado de hacer gran figura en el pais; y éteme aqui en un nuevo mundo, por decirlo así, y convertida de repente en señora de aldea y de hacienda. ¡Qué trasformacion! Era yo muy buena actriz para no saber representar y sostener el esplendor que correspondia á mi nuevo estado. Revestíame en todo de ciertos modales teatrales de nobleza, de magestad y desembarazo que hacian formar en la aldea un alto concepto de mi nacimiento. ¡Oh cuánto se hubieran divertido á costa mia si hubiesen sabido la verdad del hecho! ¡Con cuántos satiricos motes me hubiera regalado la nobleza de los contornos, y cuánto hubieran rebajado los respetuosos obsequios que me tributaban las demas gentes!

Vivi por espacio de seis años feliz y gustosamente en compañía de don Manuel, al cabo de los cuales se le llevó Dios. Dejéme bastantes negocios que desenredar, y por fruto de nuestro matrimonio á tu hermana Beatriz, que á la sazón contaba cuatro años de edad cumplidos. Nuestra quinta, que era á lo que estaban reducidos nuestros bienes, se hallaba por desgracia empeñada para seguridad de muchos acreedores, el principal de los cuales se llamaba Bernardo Astuto, nombre que le convenia perfectamente. Ejercia en Valencia el oficio de procurador, que desempeñaba como hombre consumado en todas las trampas de los pleitos; y á mayor abundamiento, habia estudiado leyes para saber mejor hacer injusticias. ¡Oh qué terrible acreedor! Una quinta entre las uñas de semejante procurador es lo mismo que una paloma en las garras de un milano. Por tanto, el señor Astuto, apenas supo la muerte de mi marido, puso sitio á mi pobre quinta. Infaliblemente la hubiera hecho volar con las minas que las supercherias legales comenzaban á formar, si mi fortuna ó mi estrella no la hubiera salvado. Quiso esta que de enemigo se convirtiese en esclavo mio. Enamoróse de mi en una conversacion que tuvo conmigo con motivo de nuestro pleito. Confieso que de mi parte hice cuanto pude por inspirarle amor, obligándome el deseo de salvar mi posesion á probar con él todos aquellos artificios que me habian salido tan bien en tantas ocasiones. Verdad es que con toda mi destreza, creia no poder enganchar al procurador, tan embebecido en su oficio, que parecia incapaz de admitir ninguna impresion amorosa. Con todo, aquel socarron, aquel marrajo, aquel empuerca papel me miraba con mayor complacencia de la que yo pensaba. Señora, me dijo un dia, yo no entiendo de enamorar; dedicado siempre á mi profesion, nunca he cuidado de aprender las reglas, los usos, ni los diferentes modos de galentear. Sin embargo, de eso no ignoro lo esencial; y para ahorrar de palabras solo diré que si vmd. quiere casarse conmigo, quemaremos al instante el proceso, alejaré á los demas acreedores, que se han reunido conmigo para hacer vender su hacienda; vmd. será dueña del usufructo, y su hija de la propiedad. El interés de Beatriz y el mio no me dejaron vacilar ni un solo punto. Acepté al instante la proposicion; el procurador cumplió su palabra, volvió sus armas contra los otros acreedores, y aseguróme en

la posesion de mi quinta. Quizá fué esta la primera vez que supo servir bien á la viuda y al huérfano.

Llegué, pues, á verme procuradora, sin dejar por eso de ser señora de aldea, aunque este matrimonio me perdió en el concepto de la nobleza valenciana. Las señoras de la primera distincion me miraron como á una muger que se habia envilecido, y no quisieron visitarme mas. Vime precisada á tratar solamente con las aldeanas, ó con señoras de medio pelo. No dejó de causarme esto alguna pena, porque me habia acostumbrado por espacio



Lejos de entibiarse en su amor, se mostraba mas vehemente cada dia.—Pag. 110.

de seis años á tratarme únicamente con personas de carácter. Verdad es que tardé poco en consolarme, porque tomé conocimiento con una escribana y dos procuradoras, cada una de un carácter muy digno de risa. Yo me divertia infinito de ver su ridiculez. Estas medio señoras se tenian por personas ilustres. Pensaba yo que solamente las comediantas eran las que no se conocian á si mismas; mas veo que esta es una flaqueza universal. Cada uno cree que es mas que su vecino. En este particular toco ahora que tan locas son las hidalgas de aldea como las damas de teatro. Para castigarlas quisiera yo que se les obligase á conservar en sus casas los retratos de sus abuelos, y apuesto cualquiera cosa á que no los colocarian en los sitios mas visibles.

A los cuatro años de matrimonio cayó enfermo el señor Astuto, y murió sin haberme quedado hijos de él. Añadiéndose lo que él me dejó á lo que yo poseia, me hallé una viuda rica, y por tal me tenian. En virtud de esta fama comenzó á obsequiarme un caballero siciliano, llamado Colifichini, resuelto á ser mi amante para arruinarme, ó sea desde luego mi marido, dejando á mi arbitrio la eleccion. Habia venido de Palermo para ver la España; y despues de haber satisfecho su curiosidad estaba en Valencia esperando, segun decia, ocasion de embarcarse para restituirse á Sicilia. Tenia veinte y cinco

años; era, aunque pequeño de cuerpo, bien plantado; y en fin, me agradaba su figura. Halló modo de hablarme á solas (te confieso la verdad) desde la primera conversacion quedé loca perdida por él. No quedó él menos enamorado de mí; y creo (Dios me lo perdone) que en aquel mismo punto nos hubiéramos casado, si la muerte del procurador, que aun estaba muy reciente, me hubiera permitido hacer tan presto otra boda; porque desde que comencé á tomar inclinacion á los matrimonios respetaba los estilos del mundo.

Convinimos, pues, en di'atar un poco nuestro casamiento por el bien parecer. Mientras tanto Colifichini proseguía obsequiándome, y lejos de entibiarse en su amor, se mostraba mas vehemente cada dia. El pobre mozo no estaba sobrado de dinero; conocilo y procuré que nunca le faltase. Además de que mi edad era doble de la suya, me acordaba de haber hecho contribuir á los hombres en la flor de mis años, y miraba lo que daba como una especie de restitucion en descargo de mi conciencia. Estuvimos esperando con la mayor paciencia que nos fué posible á que pasase el tiempo que prescribe á las viudas el ceremonial del respeto humano para pasar á otras nupcias. Apenas llegó, cuando fuimos á la iglesia á unirnos con aquel estrecho lazo que solo puede desatar la muerte. Retirámonos despues á mi quinta, donde puedo decir que vivimos dos años, menos como esposos que como dos tiernos amantes. ¡Pero ay! que no nos habiamos unido para que nuestra dicha fuese duradera. Al cabo de este breve tiempo un dolor de costado me privó de mi adorado Colifichini.

Aqui no pude menos de interrumpir á mi madre; diciéndole: ¡pues qué! señora, ¿tambien murió vuestro tercer marido? Sin duda sois una plaza que solo puede tomarse á costa de la vida de sus conquistadores. Hijo mio, ¿cómo ha de ser? me respondió ella: ¿por ventura puedo yo alargar los dias que el cielo tiene contados? Si he perdido tres maridos, ¿cómo lo he de remediar? A los dos lloré mucho; el que menos lágrimas me costó fué el procurador. Como me casé con él puramente por interés, tardé poco en consolarme de su muerte. Pero volviendo á Colifichini te diré que algunos meses despues de muerto, deseando yo ver una casa de campo junto á Palermo, que me habia señalado para mi viudedad en nuestro contrato matrimonial, y tomar posesion de ella personalmente, me embarqué para Sicilia con mi hija Beatriz; pero en el viage fuimos apresadas por los corsarios del bajá de Argel. Condujéronme á esta ciudad, y por fortuna nuestra te encontráste en la plaza donde estábamos pu estas en venta. A no ser esto, hubiéramos caido en manos de un amo desapiadado, que nos hubiera maltratado, y bajo cuya esclavitud quizá habriamos gemido toda la vida sin que tú hubieses oido hablar nunca de nosotras.

Tal fué, señores, la relacion que mi madre me hizo. Coloquéla despues en el mejor cuarto de mi casa, con la libertad de vivir como mejor le pareciese; cosa que fué muy de su gusto. Habíase arraigado tanto en ella el hábito de amar en virtud de tan repetidos actos, que no le era posible estar sin amante ó sin marido. Anduvo vagueando por algun tiempo, poniendo los ojos en algunos de mis esclavos, hasta que finalmente llamó toda su atencion Aly Pegelin, renegado griego que frecuentaba mi casa. Inspiróle éste un amor mucho mas vivo que el que habia tenido á Colifichini, y era tan diestra en agradar á los hombres, que halló el secreto de encantar tambien á éste. Aunque conocí desde luego que obraban de acuerdo los dos, me di por desentendido de su trato, pensando solo en el modo de restituirme á España. Habíame dado licencia el bajá para armar una embarcacion á fin de ir en corso á ejercitar la pirateria. Ocupábame enteramente el cuidado de este armamento, y ocho dias antes que se acabase, dije á Lucinda: madre, presto saldremos de Argel, y dejaremos para siempre un lugar que tanto aborreceis.

Mudósele el color al oír estas palabras, y guardó un

profundo silencio. Sorprendióme estrañamente, y le dije admirado: ¡qué es esto, señora! ¡qué novedad veo en vuestro semblante! parece que os aflijo en vez de causaros alegría. Creía daros una noticia agradable participándoos que todo lo tengo dispuesto para nuestro viage: ¿no deseariais acaso restituíros á España? No, hijo mio, me respondió: confieso que ya no lo deseo. Tuve allí tantos disgustos que he renunciado á ella para siempre. ¡Qué es lo que oigo! exclamé penetrado de dolor: ¡Ah señora! decid mas bien que el amor es quien os hace odiosa vuestra patria. ¡Santos cielos, y qué mudanza! Cuando llegasteis á esta ciudad todo cuanto se os ponía delante os causaba horror; pero Aly Pegelin os hace mirar las cosas con otros ojos. No lo niego, respondió Lucinda, es cierto que amo á este renegado, y quiero que sea mi cuarto marido. ¿Qué proyecto es el vuestro? interrumpí todo horrorizado. ¡Vos casaros con un musulman! Sin duda habeis olvidado que sois cristiana, ó por mejor decir, solamente lo habeis sido hasta aqui de puro nombre. ¡Ah, madre mia! ¡y qué de cosas estoy viendo ya! Habeis resuelto perderos para siempre, porque vais á hacer por vuestro gusto lo que yo no hice sino por necesidad.

Otras muchas cosas le dije para disuadirla de aquel intento; pero fué predicar en desierto, porque se habia cerrado en ello. No contenta con dejarse arrastrar de su mala inclinacion, dejándome á mi por entregarse á un renegado, quiso llevarse consigo á Beatriz; pero á esto me epuse fuertemente. ¡Ah infeliz Lucinda! le dije si nada es capaz de conteneros, á lo menos abandonaos sola al furor que os posee, y no queráis conducir á una inocente al precipicio en que os apresurais á caer. Lucinda se marchó sin replicar, quizá por algun vislumbre de luz que por entonces rayó en ella, y le impidió obstinarse en pedir su hija. Asi lo creía yo; pero conocia muy mal á mi madre. Uno de mis esclavos me dijo dos dias despues: señor, mirad por vos. Un cautivo de Pegelin acaba de confiarme un secreto que no debo ocultaros para que no perdais tiempo en aprovecharos de él. Vuestra madre ha mudado de religion, y para vengarse de vos por haberle negado su hija, está determinada á dar parte al bajá de vuestra próxima fuga. No tuve la menor duda de que Lucinda era capaz de hacer todo lo que mi esclavo me avisaba. Habíala yo estudiado mucho, y estaba persuadido de que á fuerza de representar papeles trágicos en el teatro, se habia familiarizado tanto con el crimen, que muy bien me hubiera hecho quemar vivo, y no le conmoviera mas mi muerte que si viese representada en una tragedia esta catástrofe sangrienta.

Por tanto no quise despreciar el aviso que me dió el esclavo. Apresuré cuanto pude las prevenciones del embarco, y tomé, segun costumbre de los corsarios argelinos que van á corso, algunos turcos conmigo, pero solamente los que eran necesarios para no hacerme sospechoso, y salí del puerto con todos mis esclavos y mi hermana Beatriz. Ya se persuadirán ustedes de que no me olvidaria de llevar al mismo tiempo todo el dinero y alhajas que habia en mi casa, y podia importar hasta unos seis mil ducados. Luego que nos vimos en plena mar, lo primero que hicimos fué asegurarnos de los turcos, á quienes encadenamos fácilmente por ser mucho mayor el número de mis esclavos. Tuvimos un viento tan favorable que en poco tiempo arribamos á las costas de Italia; Entramos en el puerto de Liorna con la mayor felicidad, y toda la ciudad, á lo que creo, acudió á nuestro desembarco. Entre los que concurrieron á él estaba por casualidad ó por curiosidad el padre de mi esclavo Azarini. Miraba atentamente á todos mis cautivos conforme iban desembarcando, y aunque en cada uno de ellos deseaba ver las facciones de su hijo, ninguna esperanza tenia de encontrarle. ¡Pero qué júbilo! ¡qué abrazos se dieron padre é hijo despues de haberse reconocido! Luego que Azarini le informó de quién era yo, y del motivo que me llevaba á Liorna, me obligó el buen viejo á que fuese á alojarme á su casa, juntamente con mi hermana Beatriz. Pasaré en silencio la menuda relacion de mil cosas que

me fué preciso practicar para volver á reconciliarme con el gremio de la Iglesia, y solo diré que abjuré el mahometismo con mucha mayor fé que le habia abrazado. Purgueme enteramente del humor mahometano, vendi mi bajel, y di libertad á todos los esclavos. Por lo que toca á los turcos, se les aseguró en las cárceles de Liorna para cangearlos á su tiempo por otros tantos cristianos. Los dos Azarinis padre é hijo usaron conmigo de todo género de atenciones. El hijo se casó con mi hermana Beatriz; partido que á la verdad no dejaba de ser ventajoso para él, porque al cabo era hija de un caballero, y heredera de la hacienda de Jérica, cuya administracion habia dejado mi madre á cargo de un rico labrador de Paterna cuando resolvió pasar á Sicilia.

Después de haberme detenido en Liorna algun tiempo, marché á Florencia deseoso de ver aquella ciudad. Llevé conmigo algunas cartas de recomendacion que el viejo Azarini me dió para algunos amigos suyos en la corte del gran duque, á quienes me recomendaba como un caballero español pariente suyo. Yo añadí el *don* á mi nombre de bautismo, á imitacion de no pocos paisanos míos plebeyos que sin tenerle, y por honrarse, se le ponen á sí mismos en los países estrangeros. Hacíame, pues, llamar con descaro *don Rafael*, y como habia traído de Argel lo que bastaba para sostener dignamente esta nobleza, me presenté en la corte con brillantez. Los caballeros á quienes me habia recomendado Azarini publicaban en todas partes que yo era un sugeto de distincion; y como no lo desmentian los modales caballerescos que habia estudiado bien, era generalmente tenido por persona de importancia.

Supe introducirme muy presto con los primeros señores de la corte, los cuales me presentaron al gran duque, y tuve la fortuna de caerle en gracia. Dedicueme á hacerle la corte y á estudiarle el genio. Oia para esto con atencion lo que decian de él los cortesanos mas viejos y experimentados. Observé entre otras cosas que le gustaban mucho los cuentos graciosos traídos con oportunidad, y los dichos agudos. Esto me sirvió de regla, y todas las mañanas escribia en mi libro de memoria los cuentos que queria contarle durante todo el dia. Sabia tan gran número de ellos, que parecia tener un saco lleno, y aunque procuré gastarlos con economia, poco á poco se fué apurando el caudal, de suerte que me hubiera visto precisado á repetirlos ó á hacer ver que habia concluido mis apotegmas, si mi talento, fecundo en invenciones, no me hubiese socorrido con abundancia; de manera que yo mismo compuse cuentos galantes ó cómicos, que divirtieron mucho al gran duque. Y (lo que sucede muchas veces á los ingeniosos y agudos de profesion) por la mañana apuntaba en mi libro de memoria las agudezas que habia de decir por la tarde, vendiéndolas como ocurridas de repente.

Metíme tambien á poeta, y consagré mi musa á las alabanzas del príncipe. Confieso de buena fé que mis versos no valian mucho, y por eso nadie los criticó; pero aun cuando hubieran sido mejores, dudo que el duque los hubiera celebrado mas: el hecho es que le agradaban infinito, lo que quizá dependeria de los asuntos que yo elegia. Fuese por lo que quisiese, aquel príncipe estaba tan pagado de mí, que llegué á causar celos á los cortesanos. Estos quisieron averiguar quién era yo; pero no lo consiguieron, y solo llegaron á descubrir que habia sido renegado. No dejaron de ponerlo en noticia del príncipe, con esperanza de desbancarme; pero lejos de salir con la suya, este chisme sirvió únicamente para que el gran duque me obligase un dia á que le hiciese una fiel relacion de mi cautiverio en Argel. Obedecile, y mis aventuras le divirtieron infinito.

Luego que la acabé, me dijo: don Rafael, yo te estimo mucho, y quiero darte de ello una prueba tal que no te deje género de duda. Voy á hacerte depositario de mis secretos, y para ponerte desde luego en posesion de confidente mio, te digo que amo con pasion á la muger de uno de mis ministros. Es la señora mas linda de mi

corte; pero al mismo tiempo la mas virtuosa. Ocupada enteramente en el gobierno de su casa, y del todo entregada al amor de un marido que la idolatra, parece que ella sola ignora lo celebrada que es en Florencia su hermosura. Por aqui conocerás la dificultad de conquistar su corazon. En medio de eso esta deidad, inaccesible á los amantes, alguna vez me ha oido suspirar por ella: he hallado medios de hablarle á solas; conoce mis sentimientos interiores, mas no por eso me lisonjeo de haberle inspirado amor, no habiéndome dado ningun motivo para formarme una idea tan lisonjera. Sin embargo, no desconfio de que llegue á serle grata mi constancia, y la misteriosa conducta que observo. La pasion que abrigo en mi pecho á esta dama, ella sola la conoce. En vez de dejarme llevar de mi inclinacion sin reparo alguno, abusando del poder y autoridad de soberano, mi mayor cuidado es ocultar á todo el mundo el conocimiento de mi amor. Paréceme deber esta atencion á Mascarini, que es el esposo de la que amo. El desinterés y celo con que me sirve, sus servicios y su probidad me obligan á proceder con el mayor secreto y circunspeccion. No quiero clavar un puñal en el pecho de este marido infeliz declarándome amante de su muger. Quisiera que ignorase siempre, si posible fuera, el fuego que me abrasa; porque estoy persuadido de que moriria de pena si llegase á saber lo que ahora te confio. Por eso le oculto los pasos que doy, y he pensado valerme de tí para que manifiestes á Lucrecia lo mucho que me hace padecer la violencia á que me condeno yo mismo: tú serás el que le declares mis amorosos afectos, no dudando que desempeñarás muy bien este delicado encargo. Traba conocimiento con Mascarini, procura granjear su amistad, introducete en su casa, y logra la libertad de hablar á su muger. Esto es lo que espero de tí, y lo que estoy seguro harás con toda la destreza y discrecion que pide un encargo tan delicado.

Habiendo prometido al gran duque hacer todo lo posible para corresponder á su confianza, y contribuir á la satisfaccion de sus deseos, cumplí presto mi palabra. Nada omití para adquirir la amistad de Mascarini, lo que me costó poco trabajo. Sumamente pagado de que solicitase su amistad un cortesano bien quisto del príncipe, me ahorró la mitad del camino. Franqueóme su casa, tuve libre la entrada en el cuarto de su muger, y me atreveré á decir que en vista de mi cauto proceder no tuvo la menor sospecha de la negociacion de que estaba encargado. Es verdad que como era poco celoso, aunque italiano, se fiaba en la virtud de su esposa, y encerrándose en su despacho, me dejaba muchos ratos solo con Lucrecia. Dejando desde luego á un lado los rodeos, le hablé del amor del gran duque, y le declaré que yo iba á su casa precisamente á tratar de este asunto. Parecióme que no le tenia grande inclinacion; pero al mismo tiempo conocí que la vanidad le hacia oír con gusto su pretension, y se complacia en oirla sin querer corresponder á ella. Era verdaderamente muger juiciosa y muy prudente; pero al fin era muger, y advertí que su virtud iba insensiblemente rindiéndose á la lisonjera idea de tener aprisionado á un soberano. En conclusion, el príncipe podia con fundamento esperar que sin renovar la violencia de Tarquino veria á esta Lucrecia esclava de su amor. Sin embargo, un lance impensado desvaneció sus esperanzas, como ahora oirán ustedes.

Soy naturalmente atrevido con las mugeres, costumbre que contraí entre los turcos. Lucrecia era hermosa; y olvidándome de que con ella solamente debia hacer el papel de negociador, le hablé por mí en lugar de hablarle por el gran duque. Ofrecíle mis obsequios lo mas cortesmente que pude, y en vez de ofenderse de mi osadía, y de responderme con enfado, me dijo sonriéndose: confesad, don Rafael, que el gran duque ha tenido grande acierto en elegir un agente muy fiel y muy celoso, pues le servis con una lealtad que no hay palabras para encarecerla. Señora, le respondí en el mismo tono, las cosas no se han de examinar con tanto escrúpulo. Su-

plicoos que dejemos á un lado las reflexiones, que conozco no me favorecen mucho; yo solamente sigo lo que me dicta el corazon. Sobre todo, no creo ser el primer confidente de un principe que en punto á galanteo ha sido traidor á su amo. Es cosa muy frecuente en los grandes señores hallar en sus mercurios unos rivales peligrosos. Bien puede ser asi, replicó Lucrecia, pero yo soy altiva, y solo un principe seria capaz de mover mi inclinacion. Arreglaos por este principio, prosiguió ella volviendo á revestirse de su natural seriedad, y mudemos de conversacion. Quiero olvidar lo que me acabais de decir, con la condicion de que jamás os suceda volver á tocar semejante asunto, pues de lo contrario podreis arrepentiros.

Aunque este era un *aviso al lector* de que yo debiera haberme aprovechado, proseguí, no obstante, en hablar de mi pasion á la muger de Mascarini, y aun la importuné con mas eficacia que antes á que correspondiese á mi cariño, llevando á tal extremo mi temeridad que quise tomarme algunas libertades. Ofendida entonces la



dama de mis espresiones y de mis modales musulmanes se llenó de cólera contra mí, amenazándome de que no tardaria el gran duque en saber mi insolencia, y que le suplicaria me castigase como merecia. Dime yo tambien por ofendido de sus amenazas, y convirtiéndose en odio mi amor, determiné tomar venganza del desprecio con que me habia tratado. Fuime á ver con su marido, y despues de haberle hecho jurar que no me descubriría, le informé de la inteligencia que reinaba entre su muger y el principe, pintándola muy enamorada para dar mas interés á la relacion. Lo primero que hizo el ministro para precaver todo accidente, fué encerrar sin mas ceremonia en un cuarto reservado á su esposa, encargando á personas de toda confianza la custodiasen estrechamente. Mientras ella estaba cercada de vigilantes Argos que la observaban y no dejaban camino alguno por don-

de pudiesen llegar al gran duque noticias suyas, yo me presenté á este principe con rostro triste, y le dije que no debia pensar mas en Lucrecia, porque Mascarini sin duda habia descubierto todo nuestro enredo, puesto que habia comenzado á guardar á su muger; que yo no sabia por dónde pudiese haber entrado en sospechas de mí, pues siempre habia yo usado del mayor disimulo y maña: que quizá la misma Lucrecia habria informado de todo á su esposo, y de acuerdo con él se habria dejado encerrar para librarse de sollicitaciones que ponian en sobresalto su virtud. Mostróse el principe muy afligido de oirme: entonces me compadeció mucho su sentimiento, y mas de una vez me pesó lo que habia dicho; pero ya no tenia remedio. Por otra parte, confieso que experimentaba un maligno placer cuando consideraba el estado á que habia reducido á una muger orgullosa que habia despreciado mis suspiros.

Yo gozaba impunemente del placer de la venganza, cuando un dia, estando en presencia del gran duque con cinco ó seis señores de su córte, nos preguntó á todos: ¿qué castigo os parece mereceria un hombre que hubiese abusado de la confianza de su principe é intentado robarle su dama? Merecia, respondió uno de los cortesanos, ser descuartizado vivo: otro opinó que debia ser apaleado hasta que espirase: el menos cruel de estos italianos, y el que se mostró mas favorable al delincuente dijo, que él se contentaria con hacerle arrojar de lo alto de una torre. Y don Rafael, replicó entonces el gran duque, ¿de qué parecer es? porque estoy persuadido de que los españoles no son menos severos que los italianos en semejantes ocasiones.

Conoci bien, como se puede discurrir, que Mascarini habia violado su juramento, ó que su muger habia hallado medio de informar al gran duque de cuanto habia pasado entre los dos. En mi rostro se echaba de ver la turbacion que me agitaba; pero á pesar de ella respondí con entereza al gran duque: Señor, los españoles son mas generosos; en igual lance perdonarian al confidente, y con este rasgo de bondad producirian en su alma un eterno arrepentimiento de haberles sido traidor. Pues bien, me dijo el duque, yo me contemplo capaz de esa generosidad y perdono al traidor, reconociendo que solo debo culparme á mi mismo por haberme fiado de un hombre á quien no conocia, y de quien tenia motivos de desconfiar en razon de lo que me habian contado de él. Don Rafael, añadió, la venganza que tomo de vos es que salgais inmediatamente de todos mis estados, y no volváis á ponerlos en mi presencia. Retiréme en el mismo punto: menos afligido de mi desgracia, que gozoso de haber escapado de este apuro á tan poca costa. Al dia siguiente me embarqué en un buque catalan que salió del puerto de Liorna para Barcelona.

Cuando llegó don Rafael á este punto de su historia no me pude contener en decirle: para un hombre tan advertido como sois, me parece fué grande error no haber salido de Florencia asi que descubristeis á Mascarini el amor del principe hácia Lucrecia. Debíais tener por cierto que tardaria poco el gran duque en saber vuestra traicion. Convengo en ello, respondió el hijo de Lucinda, y por lo mismo habia pensado huir cuanto antes á pesar del juramento que me hizo el ministro de no esponerme al resentimiento del principe. Llegué á Barcelona, continuó, con lo que me habia quedado de las riquezas que traje de Argel, cuya mayor parte habia disipado en Florencia por ostentar que era un caballero español. No me detuve largo tiempo en Cataluña. Reventaba por volverme cuanto antes á Madrid, encantado lugar de mi nacimiento, y satisfice mis ansiosos deseos lo mas presto que fué posible. Luego que llegué á la córte me apeé por casualidad en una de las posadas de caballeros, en donde vivia una dama llamada Camila, que aunque habia salido ya de la menor edad, era una muger muy salada; testigo el señor Gil Blas, que por aquel tiempo, poco mas ó menos la vió en Valladolid. Aun era mas discreta que hermosa, y ninguna aventurera tuvo mayor talento

para traer la pesca á sus redes; pero no se parecia á aquellas ninfas que se aprovechan del agradecimiento de sus galanes. Si acababa de despojar á algun mayordomo de un gran señor, inmediatamente repartia los despojos con el primer caballero mendicante que fuese de su gusto.

Apenas nos vimos los dos cuando nos amamos, y la conformidad de nuestras inclinaciones nos unió tan estrechamente, que presto pasó á hacer comunes nuestros bienes. A la verdad no eran estos muy considerables, y así los comimos en poco tiempo. Por nuestra desgracia solo pensábamos uno y otro en agradarnos, sin valernos de las disposiciones que ambos teníamos para vivir á costa ajena. La miseria, en fin, despertó nuestros ingenios que el placer tenia aletargados. Querido Rafael, me dijo un dia Camila, pongamos treguas á nuestro amor, dejemos de guardarnos una fidelidad que nos arruina. Tú puedes embohar á alguna viuda rica, y yo pescar á algun viejo poderoso. Si proseguimos siéndonos fieles uno á otro, vé ahí dos fortunas perdidas. Hermosa Camila, respondí yo prontamente, me ganas por la mano; pues iba á hacerte la propuesta: vengo en ello, reina mia. Si por cierto, para la mejor conservacion de nuestro amor es menester intentar conquistas útiles. Nuestras infidelidades serán triunfos para entrambos.

Ajustado este tratado salimos á campaña. Al principio por mas diligencias que hicimos no pudimos encontrar lo que buscábamos. A Camila solamente se le presentaban pisaverdes, es decir, amantes que no tienen un cuarto; y á mi solo se me ofrecian aquellas mugeres que mas quieren imponer contribuciones que pagarlas. Como el amor se negaba á socorrer nuestras necesidades, apelamos á enredos y bellaquerías. Hicimos tantos y tantas, que el corregidor llegó á saberlas, y este juez en extremo severo dió orden á un alguacil para que nos prendiese; pero éste que era tan bueno como taimado el corregidor, nos hizo espaldas para que saliésemos de Madrid, mediante una propineja que le dimos. Tomamos el camino de Valladolid, é hicimos pie en aquella ciudad. Alquilé una casa donde me alojé con Camila, que por evitar el escándalo pasaba por hermana mia. Al principio nos contuvimos en ejercer nuestra habilidad, y comenzamos á tantear y conocer bien el terreno antes de acometer ninguna empresa.

Un dia se llegó á mí en la calle un hombre, y saludándome muy cortesmente me dijo: ¿señor don Rafael, no me conoce vmd.? Respondíle que no. Pues yo, me replicó, conozco á vmd. mucho por haberle visto en la corte de Toscana, donde servia yo en los guardias del gran duque. Pocos meses ha que dejé el servicio de aquel principe, y me vine á España con un italiano de los mas astutos. Estamos en Valladolid tres semanas ha, vivimos en compañía de un castellano y de un gallego, mozos los dos seguramente muy honrados, y nos mantenemos todos con el trabajo de nuestras manos. Lo pasamos opíparamente y nos divertimos como unos principes. Si vmd. quiere agregarse á nosotros será, muy bien recibido de mis compañeros, porque siempre le he tenido á vmd. por un hombre muy de bien, naturalmente poco escrupuloso, y caballero profeso en nuestra orden.

La franqueza con que me habló aquel bribon, me estimuló á responderle del mismo modo. Ya que te has franqueado conmigo con tanta sinceridad, le respondí, quiero hablarte con la misma. Es verdad que no soy novicio en vuestra profesion, y si la modestia me permitiera referirte mis preozas, verias que no me has hecho demasiada merced en tu ventajoso concepto; pero, dejando á un lado alabanzas propias, me contentaré con decirte, admitiendo la plaza que me ofreces en vuestra compañía, que no perdonaré diligencia alguna para haceros conocer que no la desmerezco. Apenas dije á aquel ambidextro que consentia en aumentar el número de sus camaradas, cuando me condujo á donde estos estaban, y desde el mismo punto me di á conocer á todos. Allí fué donde vi por primera vez al ilustre Ambrosio de Lame-

la. Examináronme aquellos señores sobre el arte de apropiarse sutilmente lo ajeno. Quisieron saber si tenia principios de la facultad, y descubrioles tantas tretas nuevas para ellos, que se quedaron admirados; pero mucho mas se pasmaron cuando, despreciando yo la sutileza de mis manos, como una cosa muy ordinaria, les aseguré que en lo que yo me aventajaba era en golpes magistrales de hurtar que pedian ingenio; y para persuadirles, que era verdad, les conté la aventura de Gerónimo Miajadas, y bastó la sencilla relacion de aquel suceso para que me reconociesen por de un talento superior, y todos á una me nombrasen por gefe suyo. Tardé poco en acreditar el acierto de su eleccion en una multitud de briboneras que hicimos, de todas las cuales fui yo, por decirlo así, la llave maestra. Cuando necesitábamos alguna actriz para forjar mejor algun enredo, echábamos mano de Camila, que representaba con primor cuantos papeles se le encargaban.



Caballero, suplico á vmd. que por esta noche me deje libre la calle.—Pág. 114.

Dióle por aquel tiempo á nuestro cofrade Ambrosio la tentacion de ir á su pais, y con efecto marchó á Galicia, asegurándonos de su vuelta. Despues que satisfizo sus deseos, volvió por Burgos, sin duda para dar algun golpe de maestro, en donde un mesonero conocido suyo le acomodó con el señor Gil Blas de Santillana, de cuyos asuntos le informó muy bien. Usted, señor Gil Blas, prosiguió dirigiéndome la palabra, se acordará sin duda del modo con que le desbalijamos en la posada de caballeros de Valladolid. Tengo por cierto que desde luego sospechó vmd. que su criado Ambrosio habia sido el principal instrumento de aquel robo, y en verdad que le sobró la razon para sospecharlo. Luego que llegó á Valladolid vino en busca nuestra, enterónos de todo, y la gavilla se encargó de lo demas; pero no sabrá vmd. las resultas de aquel pasage, y quiero informarle de ellas. Ambrosio y yo cargamos con la balija, y montados en vuestras

mulas tomamos el camino de Madrid, sin contar con Camila ni con los demas camaradas, los cuales se admirarian tanto como vos de ver que no pareciamos al dia siguiente.

A la segunda jornada mudamos de pensamiento: en vez de ir á Madrid, de donde no habia salido sin motivo, pasamos por Cebreros, y continuamos nuestro camino hasta Toledo. Lo primero que hicimos en aquella ciudad fué vestirnos muy decentemente; y luego vendiéndonos por dos hermanos gallegos que viajaban por curiosidad, en poco tiempo hicimos conocimiento con mucha gente de distincion. Estaba yo tan acostumbrado á los modales cortesanos y caballerescos, que fácilmente se engañaron cuantos me vieron y trataron; á esto se añadia, que como en un pais desconocido la calidad de los forasteros regularmente se mide por el gasto que hacen, y por el lucimiento con que se portan, ofuscábamos á todos con magnificos festines que empezamos á dar á las damas. Entre las que yo visitaba encontré con una que me gustó, pareciéndome mas linda y jóven que Camila. Quise saber quién era, y me dijeron se llamaba Violante, muger de un caballero que, cansado ya de sus caricias, galanteaba á una cortesana que se habia apoderado de su corazon. No necesité saber mas para determinarme á hacer á doña Violante dueña soberana de todos mis pensamientos.

Tardó poco ella misma en conocer la adquisicion que habia hecho. Comencé á seguirla á todas partes, y á hacer mil locuras para persuadirle de que no aspiraba yo á otra cosa que á consolarla de las infidelidades de su marido. Pensó un tanto sobre esto, y al cabo tuve el gusto de conocer que aprobaba mis intenciones. Recibi en fin, un billete de ella en respuesta á muchos que yo le habia escrito por medio de una de aquellas viejas que en España é Italia son tan cómodas. Decíame la dama en el tal billete, que su marido cenaba todas las noches en casa de su amiga, y que hasta muy tarde no volvía á la suya. Desde luego comprendi lo que me queria decir con esto. Aquella misma noche fui á hablar por la reja con doña Violante, y tuve con ella una conversacion de las mas tiernas. Antes de separarnos quedamos de acuerdo en que todas las noches á la misma hora nos hablaríamos en el propio sitio, sin perjuicio de las demas galanterias que nos fuese permitido practicar por el dia.

Hasta entonces don Baltasar (que asi se llamaba el marido de Violante) podia darse por bien servido; pero siendo otros mis deseos, fui una noche al sitio consabido con ánimo de decirle que ya no podia vivir si no lograba hablarle á solas en un lugar conveniente al exceso de mi amor, fineza que aun no habia podido conseguir de ella. Apenas llegué cerca de la reja, cuando vi venir por la calle á un hombre, el cual conocí que me observaba. Con efecto, era el marido de doña Violante, que aquella noche se retiraba á casa algo temprano, y siendo parado alli un hombre, comenzó el mismo á pasearse por la calle. Dudé algun tiempo lo que debia hacer; pero al fin me determiné á llegarme á don Baltasar sin conocerle, ni que él me conociese á mí, y le dije: caballero, suplico á vmd. que por esta noche me deje libre la calle, que en otra ocasion le serviré yo á vmd. Señor, me respondió, la misma súplica iba yo hacerle á vmd. Yo cortejo á una señorita que vive á veinte pasos de aqui, á la cual un hermano suyo hace guardar con la mayor vigilancia, por lo que quisiera ver desocupada del todo la calle. Espere vmd., repliqué, que ahora me ocurre un modo para que ambos quedemos servidos sin incomodarnos, porque la dama que yo cortejo vive en esta casa, mostrándole la propia suya. Vmd. puede divertirse en otra mientras yo me divierto en esta, y hacernos espaldas los dos si alguno de nosotros fuere acometido. Convento en ello, repuso él: voy á ocupar mi sitio, vuesa merced, quédese en el suyo, y socórrámonos mutuamente en caso de necesidad. Diciendo esto se apartó de mí, pero fué para observarme mejor, lo que podia hacer sin riesgo porque la noche estaba oscura.

Acercándome entonces sin recelo á la reja de Violante, no tardó esta en venir, y comenzamos á hablar. No me olvidé de instar á mi reina para que me concediese una audiencia privada en sitio reservado. Resistióse un poco á mis ruegos para hacer mas apreciable el favor; pero despues echándome un papel que ya traia prevenido en el bolsillo: ahí va, me dijo, lo que deseais, y vereis bien despachadas vuestras súplicas. Al decir esto se retiró por cuanto iba viniendo ya la hora en que acostumbraba á recogerse á casa su marido; pero éste, que habia conocido muy bien ser su muger el idolo á quien yo sacrificaba, me salió al encuentro, y con un fingido gozo me preguntó: y bien, caballero, ¿está vmd. contento de su buena fortuna? Tengo motivo para estarlo, le respondi: y á vmd. ¿cómo le fué con la suya? ¿Mostrósele el amor risueño y favorable? ¡Oh no! me respondió con despecho. El maldito hermano de mi querida volvió de su casa de campo un dia antes de lo que habiamos pensado, y este contratiempo ha aguado el contento con que yo me habia lisonjeado.

Hicimonos don Baltasar y yo reciprocas protestas de amistad; y nos citamos para vernos en la plaza mayor la mañana siguiente. Despues que nos separamos se fué don Baltasar derecho á su casa, donde no mostró á su muger el menor indicio de las noticias que tenia de ella. y al otro dia acudió á la plaza segun lo acordado, y de alli á un momento llegué yo. Saludámonos con vivas demostraciones de amistad, tan alevosas por su parte como sinceras por la mia. Hizome el artificioso don Baltasar una falsa confianza de sus lances amorosos con la dama de quien me habia hablado la noche anterior. Contóme una larga fábula que habia forjado todo con el siniestro fin de obligarme á corresponderle, contándole yo el modo con que habia hecho conocimiento con Violante. Cai incautamente en el lazo, y con la mayor franqueza del mundo le confesé todo lo que me habia sucedido; y no contento con esto le enseñé el papel que habia recibido, y aun le lei tambien su contesto, que era el siguiente: «Mañana iré á comer á casa de doña Inés, ya sabeis dónde vive: alli hablaremos á solas. No puedo negaros por mas largo tiempo un favor que juzgo mereceis.»

Ese es un papel, dijo don Baltasar, que le promete á vmd. el merecido premio de sus amorosos suspiros. Díjole á vmd. de antemano la enhorabuena de la dicha que le aguarda. No dejó de parecer algo turbado mientras hablaba de esta manera; pero fácilmente me deslumbró, ocultando á mis ojos su conmocion y enojo. Estaba tan embelesado en mis halagüeñas esperanzas, que no me paraba en observar á mi confidente, aunque éste se vió precisado á dejarme, sin duda por temor de que conociese su agitacion. Partió luego á contar á su cuñado esta aventura, é ignoro lo que pasó entre los dos; solo sé que don Baltasar vino á casa de doña Inés á tiempo que yo estaba con Violante. Supimos que era él el que llamaba, y yo me escapé por una puerta falsa antes que entrase en la sala. Luego que desapareci se quietaron las dos mugeres, que se habian asustado mucho con la repentina venida del marido. Recibiéronle con tanta serenidad, que desde luego sospechó me habia escondido ó hecho escapadizo. Lo que dijo á doña Inés y á su muger no os lo puedo contar porque nunca lo he sabido.

Entretanto, no acabando todavia de conocer que don Baltasar se burlaba cruelmente de mi sinceridad, salí de la casa echándole mil maldiciones, y me fui derecho á la plaza, donde habia dicho á Lamela me aguardase. No le encontré, porque el bribon tenia tambien su poco de trápillo, y con suerte mas dichosa que la mia. Mientras le esperaba, vi á mi falso confidente venir hácia mí con rostro muy alegre y mucho desembarazo. Luego que llegó á mí me preguntó cómo me habia ido con mi ninfa en casa de doña Inés. No sé qué demonio, le respondi, envidioso de mis gustos, me vino á echar un jarro de agua en todos ellos. Mientras estaba á solas con ella instando y suplicando, llamó á la puerta su maldito marido, á quien llevé

Barrabás. Me fué preciso pensar en el modo de retirarme prontamente, y así me marché por una puerta escusada dando mil veces al diablo al grandísimo importuno que viene siempre á desbaratar mis designios. A la verdad lo siento repuso don Baltasar, alegrísimo en su interior de verme desazonado. Ese es un marido molesto, que no merece se le dé cuartel. ¡Oh! en cuanto á eso, repliqué yo, no dudeis que seguiré vuestro consejo. Os doy palabra de que esta misma noche se le dará pasaporte para el otro barrio. Su muger, al separarnos, me dijo que fuese adelante con mi empeño, y no abandonase la empresa por tan pocas cosas: que prosiguiese en acudir á su ventana á la hora acostumbrada, porque estaba resuelta á introducirme ella misma en su casa; pero que en todo caso no dejase de ir escoltado con dos ó tres camaradas para que en cualquier lance me hallase bien prevenido. ¡Oh, qué prudente es esa dama! me respondió él. Yo me ofrezco desde luego á acompañaros. ¡Oh, querido amigo, repliqué yo fuera de mí de puro gozo y echándole los brazos al cuello, y de cuántas finezas os soy deudor! Aun haré mas por vos, repuso él: yo conozco á un mozo que es un Alejandro; éste nos acompañará, y con tal escolta podreis divertirlos á vuestro gusto sin sobresalto ni contratiempo.

No encontraba voces para explicar mi agradecimiento á los favores de aquel nuevo amigo: tan encantado me tenía su celo. Acepté en fin el auxilio que me ofrecía, y dándonos el santo para cerca de la puerta de Violante á la entrada de la noche, nos separamos. Don Baltasar fué á buscar á su cuñado, que era el Alejandro de quien me habia hablado; y yo me quedé paseando con Lamela, el cual, aunque no menos admirado que yo de la eficacia con que don Baltasar se interesaba en este asunto, cayó tambien en la red como yo habia caído, sin pasarle por el pensamiento la menor desconfianza de la sencillez de aquellas finezas. Confieso que una simplicidad tan garrafal no se podia perdonar á unos hombres como nosotros. Cuando me pareció que era hora de presentarme á la ventana de Violante, Ambrosio y yo nos acercamos á ella bien prevenidos de buenas armas. Hallamos en el mismo sitio al marido de la dama, acompañado de otro hombre, que nos esperaban á pie firme. Llegóse á mí don Baltasar y me dijo: este es el caballero de cuyo valor hablamos esta mañana. Entre vmd. en casa de esa señora, y disfrute su dicha sin recelo ni inquietud.

Acabados los reciprocos cumplimientos, llamé á la puerta de mi ninfa, y vino á abrirla una especie de dueña. Entré sin advertir lo que pasaba á mis espaldas, y llegué hasta una sala donde Violante me esperaba. Mientras la estaba saludando, los traidores que me siguieron hasta dentro de la casa habian entrado en ella tan atropelladamente, y cerrado tras de sí la puerta con tanta violencia, que el pobre Ambrosio se quedó en la calle. Descubriéronse entonces, y ya podeis imaginar el apuro en que yo me veria. Bien se deja conocer que fué forzoso entonces llegar á las manos. Acometiéronme los dos al mismo tiempo con las espadas desnudas, y yo les correspondí dándoles tanto que hacer, que se arrepintieron presto de no haber tomado medidas mas seguras para la venganza. Pasé de parte á parte al marido: y el cuñado viéndole en aquel estado tomó la puerta, que Violante y la dueña habian dejado abierta al escaparse mientras nosotros reñiamos, fúile siguiendo hasta la calle, donde me reuní con Lamela, que no habiendo podido sacar ni una sola palabra á las dos mugeres que habia visto ir huyendo, no sabia precisamente á qué atribuir el rumor que acababa de oír. Volvimos á la posada, y recogiendo lo mejor que teniamos, montamos en nuestras mulas, y salimos de la ciudad antes que amaneciese.

Conocimos muy bien que el lance podia tener malas resultas, y que se harian en Toledo pesquisas, contra las cuales seria imprudencia no tomar todo género de precauciones. Hicimos noche en Villarrubia en un meson, en donde á poco rato entró un mercader de Toledo que caminaba á Segorve. Cenamos con él, y nos contó el

trágico suceso del marido de Violante, mostrándose tan ageno de sospecharnos reos en él, que con libertad le hicimos toda suerte de preguntas. Señores, nos dijo, el caso lo supe esta mañana al ir á montar á caballo; se hacen grandes diligencias para encontrar á Violante: y me han asegurado que, siendo el corregidor pariente de don Baltasar, está en ánimo de no perdonar medio alguno para descubrir los autores del homicidio. Esto es todo lo que sé.

Aunque nada me espantaron las pesquisas del corregidor de Toledo, no obstante, tomé desde luego la determinacion de salir cuanto antes de Castilla la Nueva, haciéndome cargo de que si encontraban á Violante confesaría ésta cuanto habia pasado, y daria tales señas de mi persona, que la justicia despacharia rápidamente varias gentes en mi seguimiento. Por todas estas consideraciones resolvimos desviarnos del camino real desde el día siguiente. Tuvimos la fortuna de que Lamela habia corrido las tres partes de España, y tenia bien conocidas todas las sendas estraviadas por donde podriamos pasar con seguridad á Aragon. En vez de irnos derechos á Cuenca, nos metimos en las montañas que están antes de llegar á la ciudad, y por senderos muy practicados por mi conductor, llegamos á una gruta que tenia toda la apariencia de ermita. Con efecto era la misma á donde ayer noche llegaron vmds. á pedirme los recogiese.

Mientras estaba yo examinando sus contornos que me representaban un pais deliciosísimo, me dijo mi compañero: seis años ha que pasando yo por aquí me hospedó caritativamente en esta ermita un anciano y venerable ermitaño, que repartió conmigo los escasos viveres que tenia. Era un santo varon, y me dijo cosas tan santas y tan buenas, que faltó poco para que yo dejase el mundo. Acaso vivirá todavía, y quiero ver si es así. Dicho esto se apeó de la mula el curioso Ambrosio, y entrando en la ermita, despues de haberse detenido en ella algunos momentos, salió diciéndome: apeaos don Rafael, y venid á ver un espectáculo muy tierno. Eché pie á tierra inmediatamente, y atando nuestras mulas á un árbol, seguí á Lamela hasta la gruta, donde entré, y vi tendido en una vil tarima á un viejo anacoreta, pálido y moribundo. Pendia de su venerable rostro una blanca barba tan poblada y larga, que llegaba hasta la cintura, y tenia en sus manos juntas entrelazado un gran rosario. Al ruido que hicimos cuando nos acercamos á él, entreabrió los ojos, que la muerte habia comenzado ya á cerrar, y despues de habernos mirado un momento nos dijo: «Hermanos míos, seais quienes fuereis, aprovechaos del «espectáculo que se ofrece á vuestra vista. Cuarenta años «he vivido en el mundo, y sesenta en esta soledad. ¡Ah! «y qué largo me parece ahora el tiempo que dediqué á «mis deleites, y al contrario, qué corto el que he consagrado á la penitencia! ¡Ah! mucho temo que las austeridades del hermano Juan no hayan sido bastantes para «espíar los pecados del licenciado don Juan de Solís.»

Apenas dijo estas palabras cuando espiró; y los dos nos quedamos atónitos á vista de su muerte. Tales objetos siempre hacen alguna impresion hasta en los mayores libertinos; pero duró poco nuestra conmocion, porque olvidamos presto lo que acababa de decirnos. Comenzamos á hacer inventario de todo lo que habia en la ermita, en lo que no tardamos mucho tiempo, pues todos los muebles consistian en lo que habeis podido ver en ella. No solo la tenia el hermano Juan mal amueblada, sino que hasta la despensa estaba mal provista. Todas las provisiones que hallamos se reducian á unas pocas avellanas y algunos mendrugos de pan casi petrificados, que á la cuenta no habian podido mascar las despobladas encías del santo varon: digo despobladas, porque observamos que se le habia caído la dentadura. Todo lo que contenia esta morada solitaria y todo lo que veíamos, nos hacia mirar á este buen anacoreta como á un santo. Una sola cosa nos llamó la atencion: hallamos un papel plegado en forma de carta, que el difunto habia dejado sobre la mesa, en la cual encargaba á quien le leyese, que

llevase su rosario y sus sandalias al obispo de Cuenca. No acabábamos de entender con qué intención había podido aquel nuevo padre del desierto desear que se hiciera á su obispo semejante regalo. Oíanos esto á falta de humildad, ó á cierto hipo de ser tenido por santo. Pero ¿quién sabe si solo fué un sí es no es de tontería? Es punto que no me meteré á decidir.

Hablando de ello Lamela y yo, le ocurrió á aquel un extraño pensamiento. Quedémonos, me dijo, en esta ermita, y disfracémonos de ermitaños. Enterremos al hermano Juan. Tú pasarás por él; y yo con el nombre de Antonio iré á pedir limosna por los lugares y aldeas del contorno. De esta manera, no solo estaremos á cubierto de las pesquisas del corregidor, que no creo pueda pensar en buscarnos aquí, sino que espero lo pasaremos bien, en virtud de los conocimientos que tengo en la ciudad de Cuenca. Aprobé este extraño pensamiento, no ya por las razones que Ambrosio me alegaba, sino por un rasgo de extravagancia, y como para representar un papel en una pieza de teatro. Abrimos, pues, una sepultura á



treinta ó cuarenta pasos de la gruta, y enterramos en ella modestamente al anacoreta después de haberle despojado de su hábito, que consistía en una sola túnica ceñida al cuerpo con una correa de cuero, y le cortamos también la barba para hacerme con ella á mí una postiza; en fin, hechos los funerales tomamos posesión de la ermita.

Pasámoslo muy mal el primer día, viéndonos precisados á mantenernos solamente de la triste provision que nos había dejado el difunto; pero el día siguiente antes de amanecer salió Lamela á campaña con las dos mulas que vendió en Cuenca, y por la noche volvió cargado de viveres y de otras cosillas que había comprado. Trajo todo lo que era menester para disfrazarnos bien. Hizo para sí una túnica ó hábito de paño pardo, y una barbilla roja de crines, la que se supo acomodar con tal arte que parecía natural. No hay en el mundo mozo mas

mañoso que él. Arregló también la barba del hermano Juan, ajustómelas á la cara, y púsome en la cabeza un gran gorro de lana oscura, que contribuía mucho para disimular el artificio. Se puede decir que nada faltaba para nuestro disfraz. Hallámonos los dos en este ridiculo equipage de manera que no podíamos mirarnos sin reirnos, viéndonos en un traje que ciertamente no nos convenia. Con la túnica del hermano Juan heredé también su rosario y sus sandalias, que no hice escrúpulo de apropiarme en vez de regalárselas al obispo de Cuenca.

Hacia tres días que estábamos en la ermita sin haber visto en todos ellos alma viviente; pero al cuarto entraron en la gruta dos aldeanos que traían al difunto, creyendo estuviese todavía vivo, pan, queso y cebollas. Luego que los vi me eché en mi tarima, y me fué fácil alucinarlos, fuera de que ellos no podían distinguirme bien por la escasa luz de la ermita, y procuré imitar lo mejor que pude la voz del hermano Juan, cuyas últimas palabras había oído: de manera que los pobres hombres no tuvieron la menor sospecha de aquella supercheria, y si solo mostraron alguna admiración de hallarse en la gruta con otro ermitaño. Pero advirtiéndolo el socarrón de Lamela, les dijo con cierto aire hipócrita, no os admireis, hermanos, de verme á mí en esta soledad. Estaba yo en una ermita de Aragón, y la he dejado por venir á acompañar al venerable y discreto hermano Juan, y asistirle en su extrema vejez, considerando la necesidad que tendría en ella de este alivio. Los aldeanos prorrumpieron en infinitas alabanzas de Ambrosio, ensalzando hasta el cielo su heroica caridad y dándose á sí mismos mil parabienes por la dicha de tener dos hombres santos en su país.

Había comprado Lamela unas grandes alforjas, y cargado con ellas partió por la primera vez á dar principio á la demanda en la ciudad de Cuenca, que solo dista una legua corta de la ermita. Como la naturaleza le ha dotado de un exterior devoto y compungido, y además de eso posee en supremo grado el arte de hacerlo valer no dejó de mover el corazón de las personas caritativas á darle limosna, y así en poco tiempo llenó las alforjas de los dones de su liberalidad. Amigo Ambrosio, le dije cuando volvió á la ermita, te doy el parabien del admirable talento que tienes para ablandar y enternecer las almas cristianas. Vive diez que parece has ejercitado por muchos años el oficio de demandante capuchino. Algo más he hecho, me respondió, que hacer abundante cosecha, porque has de saber que he encontrado á cierta ninfa llamada Bárbara, que fué algo mia en otro tiempo. La he hallado bien mudada; pues se ha dado, como nosotros, á la devoción. Vive con otras dos ó tres beatas que edifican el mundo en público, y hacen una vida muy diferente en casa. Al principio no me conoció, tanto que me vi obligado á decirle; ¿cómo así, señora Bárbara? ¿Es posible que ya desconozcáis á uno de vuestros antiguos amigos, y vuestro humilde servidor Ambrosio? Por vida mia, amigo Lamela, respondió Bárbara, que jamás podía soñar el verte vestido con ese traje. ¿Por qué diablos de aventura has venido á parar en ermitaño? Eso es cosa larga, le respondí, y ahora no puedo detenerme á contárosla; pero mañana á la noche volveré y satisfaré vuestra curiosidad. También vendrá conmigo mi compañero el hermano Juan. ¿Qué hermano Juan? replicó ella: ¿aquel viejo y buen ermitaño que vive en una ermita cerca de esta ciudad? Tú no sabes lo que te dices, pues se asegura que tiene más de cien años. Es verdad, le respondí, que en otro tiempo tuvo esa edad; pero de pocos días á esta parte se ha remozado tanto que no soy yo más mozo que él. Pues bien, respondió Bárbara, siendo eso así, que venga contigo: sin duda que en eso se oculta algún misterio.

No dejamos de ir al día siguiente luego que fué noche á casa de aquellas santurronas, que para recibirnos mejor nos tenían prevenida una gran cena. Así que entramos en su casa nos quitamos las barbas postizas, y el hábito eremitico, y sin ceremonia nos presentamos á estas princesas, tales cuales éramos; y ellas, por no pare-

cer menos francas que nosotros, nos mostraron de cuánto son capaces las falsas devotas cuando arriman á un lado las gazmoñerías de la aparente devoción. Pasamos casi toda la noche á la mesa, y no nos retiramos á nuestra gruta hasta poco antes de amanecer. Repetimos presto la visita, ó por mejor decir, seguimos el mismo método por espacio de tres meses, y gastamos con aquellas ninfas mas de los dos tercios de nuestro caudal, pero cierto celoso lo ha descubierto todo, dando parte á la justicia, la cual debia hoy ir á la ermita á echaros mano. Ayer, mientras Ambrosio hacia su demanda en Cuenca, una de las beatas le entregó un billete, diciéndole: una amiga mia me escribe esta carta, que iba á enviaros con un propio. Muéstrsela al hermano Juan, y tomen sus medidas en informándose de su contenido. Este es, señores, aquel mismo billete que Lamela me entregó ayer en vuestra presencia, y el que nos obligó á abandonar tan precipitadamente nuestra solitaria habitación.

CAPITULO II.

De la conferencia que tuvieron don Rafael y sus oyentes, y de la aventura que les sucedió al querer salir del bosque.

Luego que acabó don Rafael de contar su historia, que me pareció algo larga, don Alfonso le dijo, por cortesía, que verdaderamente le habia divertido mucho. Despues de este cumplido, tomó la palabra el señor Lamela, y volviéndose al compañero de sus hazañas le dijo: don Rafael, el sol está ya para ponerse, y me parece del caso que tratemos del partido que hemos de tomar. Dices bien, respondió su camarada: es menester pensar á donde hemos de ir. Yo, continuó Lamela, soy de parecer que sin perder tiempo nos pongamos en camino, y procuremos llegar esta noche á Requena, para entrar mañana en el reino de Valencia, donde pondremos en movimiento los registros de nuestra industria. Siento acá dentro de mi corazón no sé qué presagio de que daremos golpes magistrales. Don Rafael, que sobre estos asuntos tenia gran fé en sus pronósticos infalibles, accedió luego á su opinion. Don Alfonso y yo, como nos habiamos puesto en manos de aquellos dos hombres de bien, esperamos sin hablar palabra el resultado de aquella conferencia.

Resolvióse, pues, que tomásemos la vuelta de Requena, y nos dispusimos todos para ello. Hicimos una comida como la de la mañana, y despues cargamos el caballo con la bota de vino, y lo restante de las provisiones. Sobreviniendo la noche, de cuya lobreguez teniamos necesidad para caminar seguros, quisimos salir del bosque; pero aun no habiamos andado cien pasos, cuando descubrimos por entre los árboles una luz que nos dió mucho en qué pensar. ¿Qué significa aquella luz? preguntó don Rafael. ¿Serán acaso los corchetes de la justicia de Cuenca despachados en seguimiento nuestro, y que creyendonos en este bosque nos vendrán á buscar en él? No lo pienso, dijo Ambrosio: antes bien serán algunos pasajeros que por haberles cogido la noche se habrán refugiado aqui hasta que amanezca; pero en todo caso, porque puedo engañarme, quiero yo ir á reconocerlos; mientras tanto quedaos los tres en este sitio, que vuelvo en un momento. Diciendo esto se fué acercando poco á poco á donde se dejaba ver la luz, que no estaba muy distante. Fué desviando con mucho tiento las ramas y matorrales que le impedian el paso, y al mismo tiempo mirando con toda la atención que á su parecer merecia el caso, vió sentados sobre la yerba, alrededor de una vela colocada sobre un montecito de tierra, á cuatro hombres que acababan de comer una empanada y de agotar una gran bota de vino. A pocos pasos de distancia descubrió á un hombre y á una muger atados á dos árboles, y algo mas allá un coche de camino con mulas ricamente enjaezadas. Desde luego sospechó que los cuatro hombres que estaban sentados debian ser ladrones, y por la conversacion que les oyó acabó de conocer que no habia

sido temeraria su sospecha. Disputaban los cuatro saltadores sobre de quién habia de ser la dama que habia caído en sus manos, y trataban de sortearla. Enterado plenamente Lamela, volvió á donde estábamos, y nos informó menudamente de todo lo que habia visto y oído.

Señores, dijo entonces don Alonso, la muger y el hombre que tienen atados á los árboles los ladrones, quizá serán una señora y un caballero de distincion. ¿Y hemos de sufrir nosotros que sirvan de victimas á la barbarie y á la brutalidad de unos malhechores? Creedme, señores, echémonos sobre estos bandidos, y mueran todos á vuestras manos. Consiento en ello, dijo don Rafael, yo estoy tan pronto á hacer una buena accion como una mala. Ambrosio por su parte protestó, que solo deseaba concurrir á una empresa tan loable, de la cual preveia que seriamos bien recompensados, segun su modo de pensar: y aun me atrevo á decir, añadió, que en esta ocasion el peligro no me amedrenta, y que ningun caballero andante se manifestó nunca mas pronto al servicio de las damas. Pero, si se han de decir las cosas sin faltar á la verdad, el riesgo no era grande, porque habiendonos dicho Lamela que las armas de los ladrones estaban todas amontonadas en un sitio á diez ó doce pasos de ellos, no nos fué muy difícil ejecutar nuestra resolucion. Atamos, pues, á un árbol el caballo, y nos fuimos acercando con silencio y á paso lento á los ladrones. Acalorados estos con el vino, hablaban todos metiendo un ruido confuso que favorecia mucho el golpe de



Púscese á contarnos menudamente el modo con que les habian asaltado los ladrones.—Pág. 118.

la sorpresa. Apoderámonos de sus armas antes de que nos viesen, y disparándolas sobre ellas á boca de jarro, todos cuatro quedaron tendidos en el suelo.

Durante esta expedicion se apagó la luz, y nos quedamos en la oscuridad: sin embargo de esto, acudimos inmediatamente á desatar el hombre y la muger, que estaban tan poseídos de terror, que no tuvieron aliento

para darnos las gracias por el bien que acabábamos de hacerles. Verdad es que ignoraban aun si debían mirarnos como bienhechores, ó como á nuevos bandidos que los habían librado de los otros, quizá para tratarlos peor. Pero nosotros procuramos sosegarlos asegurándoles que los íbamos á conducir á una venta que, segun decia Ambrosio, no distaba mas que media legua de allí, donde podrian tomar las precauciones necesarias para llegar con seguridad á donde se dirigian. Despues de que los hubimos animado, los metimos en su coche, y los sacamos fuera del bosque, tirando nosotros las mulas por el freno. Nuestros anacoretas fueron en seguida á visitar las faltriqueras de los vencidos; despues fuimos á desatar el caballo de don Alfonso, y nos apoderamos tambien de los que eran de los ladrones, que estaban atados á varios árboles junto al campo de batalla. Montados en unos, y llevados otros del diestro, seguimos al hermano Antonio, que habia montado en una mula del coche, haciendo de cochero para conducirlo á la venta, habiendo tardado dos horas en llegar á ella, aunque el señor Lamela nos habia dicho que no estaba muy apartada del bosque.

Llamamos á la puerta con fuertes golpes, porque toda la gente de la casa estaba ya acostada. Levantáronse y vistieronse de prisa el ventero y la ventera, que no mostraron el menor enfado de que les hubiesen despertado á lo mejor del sueño, cuando vieron una comitiva que prometia hacer mucho mas gasto en su casa del que efectivamente hizo. En un momento encendieron luces por toda la venta. Don Alfonso y el ilustre hijo de Lucinda dieron la mano á la señora y al caballero para ayudarlos á bajar del coche, sirviéndoles como de gentiles-hombres hasta el cuarto á donde los condujo el ventero. Allí se hicieron reciprocos cumplimientos, y quedamos muy admirados cuando llegamos á saber que los personajes á quienes acabábamos de libertar eran el conde de Polan y su hija Serafina. Pero ¿quien podrá describir el asombro de esta señora y de don Alfonso cuando se conocieron? El conde no reparó en este pasage porque estaba distraido en otras cosas. Púsose á contarnos menudamente el modo con que les habian asaltado los ladrones, y se habian apoderado de su hija y de él despues de haber muerto al postillon, á un page, y á un ayuda de cámara. Acabó diciendo que nos estaba infinitamente agradecido, y que si queriamos ir á Toledo, donde estaria de vuelta dentro de un mes, nos daria pruebas que bastasen á hacernos conocer si era ingrato ó reconocido.

A la hija de aquel señor no se le olvidó darnos tambien mil gracias por su dichosa libertad; y habiendo juzgado don Rafael y yo que gustaria don Alfonso de que le facilitásemos el medio de hablar un rato á solas con aquella viuda jóven, lo dispusimos prontamente, entreteniendo al conde de Polan. Bella Serafina, le dijo don Alfonso en voz muy baja, ya no me quejaré de la desgraciada suerte que me obliga á vivir como un hombre desterrado de la sociedad civil, habiendo tenido la fortuna de contribuir al importante servicio que se os ha hecho. ¡Pues qué! le respondió ella suspirando, ¿sois vos el que me habeis salvado la vida y el honor? ¿sois vos á quien mi padre y yo somos tan deudores? ¡Ah, don Alfonso! ¿por qué fuisteis vos quien dió muerte á mi hermano? No le dijo mas: pero él comprendió bastante por sus palabras y por el tono en que las dijo, que si amaba con extremo á Serafina, no era menos amado de ella.

LIBRO VI.

CAPITULO I.

De lo que hicieron Gil Blas y sus compañeros despues que se separaron del conde de Polan: del importante proyecto que formó Ambrosio, y cómo se ejecutó.

Despues de haber pasado el conde de Polan la mitad de la noche en darnos gracias, y asegurarnos que podia-

mos contar con su eterno agradecimiento, llamó al ventero para consultar con él de qué modo llegaria con seguridad á Turis, á donde tenia ánimo de ir. Dejamos que tomase sobre esto sus medidas, y nosotros salimos de la venta siguiendo el camino que Lamela quiso escoger.

Al cabo de dos horas de marcha nos amaneció ya cerca de Campillo. Llegamos prontamente á las montañas que hay entre aquella villa y Requena, y allí pasamos el dia en descansar y en contar nuestro caudal, que se habia aumentado mucho con el dinero que habiamos cogido á los ladrones, en cuyas faltriqueras se encontraron mas de trescientos doblones en diferentes monedas. Al entrar de la noche nos volvimos á poner en camino, y el dia siguiente al amanecer entramos en el reino de Valencia. Retirámonos al primer bosque que encontramos; nos emboscamos en él, y llegamos á un sitio por donde corria un arroyuelo de agua cristalina que iba lentamente á juntarse con las del Guadalaviar. La sombra con que nos convidaban los árboles, y la abundante yerba que el campo ofrecia para los caballos, nos hubieran determinado á hacer alto en aquel parage, aun cuando no estuviéramos ya resueltos á descansar algunas horas en él.

Apeámonos, pues, y haciamos ánimo de pasar allí aquel dia alegremente; pero cuando fuimos á almorzar nos hallamos con poquisimos viveres. Empezaba á faltarnos el pan, y nuestra bota se habia convertido en un cuerpo sin alma. Señores, dijo entonces Ambrosio, sin Ceres y sin Baco á ninguno agrada el sitio mas delicioso. Soy de parecer que renovemos nuestras provisiones, y así marchó á este fin á Chelva, que es una linda villa distante de aqui solas dos leguas, y tardaré poco en tan corto viage. Dicho esto, cargó en el caballo la bota y las alforjas, montó, y partió del bosque á tan buen paso, que nos prometimos seria muy pronta su vuelta. Teniamos motivo para creerlo así, y aguardábamos por momentos á Lamela; mas, sin embargo, no volvió tan presto como lo esperábamos. Era ya mucho mas del medio dia, y aun se aproximaba la noche para cubrir los árboles con su negro manto, cuando vimos á nuestro proveedor, cuya tardanza comenzaba á darnos cuidado. Engañó alegremente nuestro sobresalto con las muchas cosas de que venia provisto. No solo traia la bota llena de esquisito vino, y atestadas las alforjas de carnes asadas, sino que reparamos un gran fardo acomodado á las ancas del caballo, que se llevó nuestra atencion. Conociólo Ambrosio, y nos dijo sonriéndose: apuesto yo á don Rafael y á todos los mas diestros del mundo, que no son capaces de adivinar por qué ni para qué he comprado este envoltorio de ropa. Diciendo esto lo desató él mismo para que viéramos por menor lo que encerraba. Mostrónos un manteo negro, y una sotana del mismo color; dos chupas y dos pares de calzones; un tintero de cuerno con su salvadera, y cañon para meter las plumas; una mano de papel fino, un sello grande y un candado, juntamente con una barreta de lacre verde. ¡Pardiez, señor Ambrosio, exclamó zumbándose don Rafael luego que vió todas aquellas baratijas, que habeis empleado bien el dinero! ¿Qué diablos piensas hacer de todos estos cachivaches? Un uso admirable, respondió Lamela. Todas estas cosas no me han costado sino diez doblones, y estoy persuadido de que nos han de valer mas de quinientos. Contad seguramente con ellos. No soy hombre que me cargo de géneros inútiles; y para haceros ver que no he comprado á tontas y á locas, voy á daros parte de un proyecto que he formado: un proyecto que sin disputa es de los mas ingeniosos que puede concebir el entendimiento humano. Vais á oirlo, y estoy seguro de que quedareis atónitos al saberlo: estadme atentos.

Despues de haber hecho mi provision de pan, me entré en una pasteleria, y mandé que me asasen seis perdices, otras tantas pollas, é igual número de gazapos. Mientras todo esto se estaba asando entró en la pasteleria un hombre encendido en cólera, quejandose ágridamente de la injuria que le habia hecho un mercader del

pueblo, y le dijo al pastelero: por Santiago apóstol que Samuel Simón es el mercader mas ruin que hay en todo Chelva. Acaba de afrentarme públicamente en su tienda, pues no me ha querido fiar el grandísimo ladrón seis varas de paño, sabiendo como sabe que soy un artesano que cumplo bien, y que á ninguno he quedado jamás á deber un cuarto. ¿No os admirais de semejante bruto? El fia sin reparo á los caballeros, cuando sabe por experiencia que de muchos de ellos no ha de cobrar ni un ochavo, y no quiere fiar á un vecino honrado que está seguro de que le ha de pagar hasta el último maravedí. ¡Qué manía! ¡maldito judío! ¡ojalá le engañen! Puede ser que se cumpla algun día este deseo, y no faltarán mercaderes que me acompañen en él.

Oyendo yo hablar de este modo á aquel pobre menestral, que dijo además otras muchas cosas, de repente me asaltó el deseo de vengarle, y de hacer una pesada burla al señor Samuel Simón. Amigo, pregunté al hombre que se quejaba tan amargamente, ¿no me direis qué carácter tiene ese mercader? El peor que se puede discurrir, me respondió con enfado. Es un desenfrenado usurero, aunque en su exterior aparenta ser un hombre virtuoso: es un judío que se volvió católico; pero en el fondo de su alma es todavía tan judío como Pilatos; porque se asegura haber abjurado por interés.

No perdí palabra de todo lo que dijo el irritado menestral, y luego que salí de la pastelería, procuré informarme de la casa de Samuel Simón. Enseñómela un hombre. Paréme á ver su tienda, examinéla toda, y mi imaginación siempre pronta á favorecerme, me sugiere un enredo que abrazo con presteza, pareciéndome digno del criado del señor Gil Blas. Fuime derecho á una ropéria, y compré los vestidos que veis, uno para hacer el papel de comisario del Santo Oficio, otro para representar el de secretario, y el tercero para fingir el de alguacil. Ved ahí, señores, lo que hice, y lo que fué la causa de mi tardanza.

¡Ah, querido Ambrosio, interrumpió don Rafael arrebatado de gozo, y qué admirable idea! ¡qué plan tan asombroso! Envidio tan sutilísima invención. Daria yo los mayores enredos de mi vida porque se me hubiese ofrecido este tan ingenioso. Si, amigo Lamela, prosiguió; penetro bien todo el fondo, todo el valor de tu delicado pensamiento, y no debes poner duda en que el éxito será dichoso. Solo has menester dos buenos actores que no echen á perder una comedia tan bien imaginada; pero estos actores los tienes á mano. Tú tienes un aspecto devoto y harás muy bien de comisario del Santo Oficio, yo representaré el secretario, y el señor Gil Blas, si gusta, hará de alguacil. Ya están repartidos los papeles: mañana representaremos la comedia; y yo respondo del buen éxito, á menos que sobrevenga alguno de aquellos lances imprevistos que dan en tierra con los designios mas bien combinados.

Por lo que á mí toca, solo comprendí en confuso el proyecto que don Rafael alabó tanto; pero durante la cena me lo explicaron, y verdaderamente me pareció ingenioso. Despues que hubimos despachado gran parte de la provision, y hecho á la bota copiosas sangrías, nos tendimos sobre la yerba, tardamos poco en dorminos; pero no fué largo nuestro sueño. Porque una hora despues le interrumpió el desapiadado Ambrosio gritando antes del día: En pie, en pie; los que traen entre manos grandes empresas que ejecutar no han de ser perezosos. Maldito sea el señor comisario (le dijo don Rafael entre despierto y dormido), ¡y lo que su señoría ha madrugado! En verdad que el judiazco de Samuel Simón dará á todos los diablos la vigilancia. Convengo en ello, respondió Lamela, y os diré de mas á mas, añadió riéndose, que esta noche soñé que yo le estaba arrancando pelos de la barba. ¿Y este sueño, señor secretario, no es de mal agüero para el desdichado Samuel? Con estas y otras mil chufletas que se dijeron nos pusimos todos de muy buen humor. Almorzamos alegremente, y luego nos dispusimos para representar cada uno su papel. Ambrosio

se echó á cuestras las opaladas, de manera que tenia toda la traza de un verdadero comisario. Don Rafael y yo nos vestimos de modo que parecíamos perfectamente un secretario y un alguacil. Empleamos bastante tiempo en disfrazarnos y en ensayarnos lo que debíamos de hacer, tanto, que eran ya mas de las dos de la tarde cuando salimos del bosque para encaminarnos á Chelva. Es verdad que ninguna cosa nos apuraba; antes bien era del caso no dejarnos ver en el lugar hasta algo entrada la noche. Por lo mismo caminamos poco á poco, y aun tuvimos que detenernos casi á las puertas del pueblo, dando tiempo á que oscureciese enteramente.

Cuando nos pareció tiempo, dejamos los caballos en aquel sitio á cargo de don Alfonso, que se alegró mucho de no tener que hacer otro papel. Don Rafael, Ambrosio y yo nos fuimos en derechura, no á la casa de Samuel Simón, sino á la de un tabernero que vivía muy cerca de ella. El señor comisario, que iba delante, entró y dijo con gravedad al dueño de la casa: Amigo, quisiera haberos á solas, porque tengo que comunicaros un negocio tocante al servicio de la Inquisición, y por lo mismo muy importante. El tabernero nos condujo á una sala en donde, viéndole Lamela solo con nosotros, le dijo: soy comisario del Santo Oficio. Al oír estas palabras, el tabernero se puso descolorido y respondió con voz trémula, que no creía haber dado motivo para que la santa Inquisición tuviese queja contra él. Por eso, replicó Ambrosio con rostro apacible, no trata de molestaros; no permita el cielo que por su demasiada diligencia en castigar confunda al crimen con la inocencia: ella es severa, pero siempre justa; en una palabra, para sufrir sus castigos deben haberse merecido. Por consiguiente, yo no vengo á Chelva por vos sino por cierto comerciante llamado Samuel Simón, sobre cuya conducta se nos han dado muy malos informes. Segun se dice, todavía permanece en el judaismo, y solo ha abrazado la religion cristiana por intereses puramente temporales. Así, os intimo á nombre del Santo Oficio que me digais todo lo que supiereis de este hombre. Guardaos, ya como vecino suyo tal vez como su amigo, de intentar disculparle; porque os prevengo que si en vuestras declaraciones advierto el menor miramiento hácia él, sois perdido. Vamos secretario, continuó volviéndose á Rafael, desempeñad vuestro deber.

El señor secretario, que ya tenía en la mano tintero y papel, se sentó á una mesa, y se dispuso con la mayor serenidad del mundo á escribir la deposición del tabernero, que por su parte protestó no faltar de ningún modo á la verdad. En este supuesto, le dijo el comisario, ya podemos empezar, y solo exijo de vos el que respondais á mis preguntas. ¿Veis á Samuel Simón frecuentar las iglesias? Eso es en lo que no he reparado, contestó el tabernero; no hago memoria de haberle visto en la iglesia. ¡Bueno! exclamó el comisario; escribid que nunca se le vé en las iglesias. ¡Señor, que yo no digo eso! replicó el tabernero; lo que únicamente digo es que yo no lo he visto, y bien puede hallarse en una iglesia en que yo esté sin que llegue á descubrirle. Amigo mio, repuso Lamela, sin duda os olvidais de que en vuestro interrogatorio no debeis disculpar á Samuel Simón, y ya os he indicado las resultas que esto puede acarrearos: solo habeis de decir cosas contra él, y ni una palabra en su favor. En este concepto, señor licenciado, replicó el tabernero, no sacareis gran fruto de mi deposición: porque no conociendo al comerciante de que se trata, no puedo decir de él ni bien ni mal; pero si deseais saber cómo vive en lo interior de su casa, iré á buscar á su mancebo, que se llama Gaspar, le haré venir aquí, y le preguntareis. Ese mancebo viene de cuando en cuando á beber á mi casa con sus amigos, y puedo aseguraros que tiene buena lengua, que charlará cuanto quisiereis, que os contará la vida de su amo, y que, á fé mia, dará bastante que hacer al secretario.

Me agrada vuestra franqueza, dijo entonces Ambrosio, y es una prueba de celo por el Santo Oficio darme á

conocer un hombre instruido de las costumbres de Simon: lo haré presente al tribunal. No os detengais, pues, continuó, en ir á buscar á ese Gaspar que decís; pero hacedlo con tal discrecion, que su amo no sospeche lo que se trata. El tabernero desempeñó su comision con mucho sigilo y presteza, y trajo consigo al mancebo, que efectivamente era un jóvon de los mas parlanchines, y cual se necesitaba. Bien venido seas, hijo mio, le dijo Lamela: has de saber que soy un comisario nombrado por el Santo Oficio para informar contra Samuel Simon acusado de judaizante. Tú vives en su compañía y por consiguiente eres testigo de la mayor parte de sus acciones. No creo necesario advertirte que estás obligado á declarar lo que sepas de él, cuando te lo mande de parte de la santa Inquisicion. Señor licenciado, respondió el mancebo, no podiais dirigiros á un hombre mas dis-



puesto á informaros de lo que queréis saber: estoy enteramente pronto á satisfaceros sobre el particular sin que me lo mandeis de parte del Santo Oficio. Si yo cayera en manos de mi amo, estoy persuadido de que nada me perdonaria, y por lo mismo tampoco quiero yo guardar ninguna consideracion con él, diciéndoos en primer lugar que es un socarron, cuyos secretos sentimientos es imposible descubrir; un hombre que bajo el exterior de una persona santa no tiene en el interior ninguna virtud. Va todas las noches á casa de una mozueta.... Me alegro de saber eso, interrumpió Ambrosio; y veo, por lo que dices, que es un hombre de malas costumbres; pero respóndeme solamente á lo que te pregunte. Mi comision especial es averiguar sus opiniones acerca de la religion; dime, ¿se come tocino en vuestra casa? No creo, respondió Gaspar, haberle comido dos veces en un año que hace que estoy en ella. ¡Muy bien! replicó el comisario: escribid, secretario, que jamás se come toci-

no en casa de Samuel Simon. Pero en desquite, continuó el comisario, sin duda se comerá en ella cordero: sí, señor, algunas veces, respondió el mancebo, y una de ellas fué en las últimas fiestas de pascua. ¡La época es la propia! exclamó el comisario: escribid, secretario, que Simon celebra la pascua. Esto va grandemente, y confirma que hemos recibido informes exactos.

Dime ademas, amigo mio, continuó Lamela, ¿has visto en alguna ocasion á tu amo acariciar á niños pequeños? Mil veces, respondió Gaspar; cuando ve pasar algunos por delante de la tienda, aunque no sean muy bonitos, les llama, y les hace halagos. Escribid, secretario, interrumpió el comisario, que Samuel Simon es vehementemente sospechoso de atraer á su casa los hijos de los cristianos para degollarlos. ¡Qué amable prosélito! ¡Oh! ¡oh, maese Simon! os aseguro que habeis de habéroslos con la Inquisicion, y no creais que os tolero impunemente vuestros bárbaros sacrificios. ¡Animo, celoso Gaspar! dijo al mancebo, decláralo todo: acaba de hacer conocer que ese fingido católico está mas adicto que nunca á las costumbres y ritos judaicos. ¿No es verdad que en la semana le ves un dia en una inaccion total? no señor, respondió Gaspar, no he reparado en eso, y solo advierto que algunos dias se encierra en su despacho, de donde tarda mucho en salir. ¡Ahi está el caso! exclamó el comisario; ¡como soy inquisidor que guarda el sábado! Apuntad, secretario, estended que observa religiosamente el ayuno del sábado ¡Ah hombre abominable! Ya no me queda mas que una cosa que preguntar: ¿No habla tambien de Jerusalem? á cada paso, respondió el mancebo; nos cuenta la historia de los judios, y de qué modo fué destruido el templo de Jerusalem. ¡Eso es! repuso Ambrosio: no dejeis escapar este hecho, secretario; escribid con letras grandes que Samuel Simon no piensa mas que en la restauracion del templo, y que medita dia y noche en el restablecimiento de la nacion judaica. Ya no quiero saber mas, y es inútil hacer otras averiguaciones: lo que acaba de decir el veraz Gaspar bastaria para hacer quemar todo un barrio de judios.

Despues que el señor comisario del Santo Oficio hubo preguntado de este modo al mancebo, le dijo podia retirarse; pero le mandó á nombre de la santa Inquisicion que nada hablase á su amo de lo que acaba de pasar. Gaspar ofreció obedecer, y se marchó. Nosotros tardamos muy poco en seguirle; salimos de la taberna con tanta gravedad como habiamos entrado, y fuimos á llamar á la puerta de Samuel Simon. Salió el mismo á abrir, y quedó estrañamente sorprendido de ver en su casa aquellas tres figuras; pero lo quedó mucho mas luego que Lamela, que llevaba la palabra, le dijo con tono imperioso: señor Samuel, de parte del Santo Oficio, cuyo indigno comisario soy, os ordeno que en este mismo momento me entregueis la llave de vuestro despacho. Quiero ver si hallo en él con que justificar las delaciones y acusaciones que se nos han presentado contra vos.

El mercader, á quien habian turbado estas palabras, retrocedió dos pasos como si alguno le hubiese dado un golpe en el pecho, y lejos de sospechar en nosotros alguna supercheria, creyó de buena fé que algun enemigo oculto le habia delatado al Santo Oficio; ó tambien es muy posible que no reconociéndose él mismo por muy buen católico, temiese con fundamento haber dado motivo para alguna secreta informacion. Sea lo que fuere, nunca vi hombre mas confuso. Obedeció sin resistencia, y con todo el respeto que corresponde á un hombre que teme á la Inquisicion. El mismo nos abrió su despacho, y al entrar le dijo Ambrosio; señor Samuel, á lo menos recibis con sumision las órdenes del Santo Oficio; pero, añadió, retiráos á otro cuarto, y dejadme practicar libremente mi empleo. Samuel no fué menos obediente á esta segunda orden que lo habia sido á la primera; retiróse á su tienda, y nosotros tres entramos en su despacho, donde sin pérdida de tiempo nos pusimos á buscar el dinero, que nos costó poco trabajo y menos tiempo en-

contrar, porque estaba en un cofre abierto, donde habia mas del que podiamos llevar. Consistia en gran número de talegos, puestos unos sobre otros, y todo en moneda de plata. Nosotros hubiéramos querido mas que fuese en oro; pero no pudiendo ya ser esto, nos fué forzoso hacer de la necesidad virtud. Llenamos bien los bolsillos, las faltriqueras, el hueco de los calzones, y en fin, todo aquello donde lo podiamos encajar; de suerte que todos ibamos cargados con un peso exorbitante, sin que ninguno lo pudiese conocer, gracias á la destreza de Ambrosio y de don Rafael, que me hicieron ver con esto que no hay en el mundo cosa mejor que saber bien cada uno el arte que profesa.

Salimos del cuarto despues de haber hecho nuestro negocio: y por una razon que es fácil de adivinar, el señor comisario sacó su candado que quiso echar por su misma mano á la puerta; plantóle el sello, y luego dijo á Simon: maese Samuel, de parte del tribunal os prohibo que llegueis á este candado, ni tampoco á este sello, que debéis respetar, pues que es el sello del Santo Oficio. Mañana volveré á esta misma hora á quitarlo y á daros órdenes. Hecho esto mandó abrir la puerta de la calle, por lo cual fuimos todos desfilando alegremente, y cuando hubimos andado como unos cincuenta pasos comenzamos á caminar con tal ligereza, que apenas tocábamos con el pie en tierra, sin embargo, de la pesada carga que llevábamos. Salimos presto fuera de la villa, y volviendo á montar en nuestros caballos tomamos el camino de Segorve, dando gracias por tan feliz suceso al dios Mercurio.

CAPITULO II.

De la resolucion que tomaron don Alfonso y Gil Blas despues de esta aventura.

Anduvimos toda la noche segun nuestra loable costumbre, y al amanecer nos hallamos á la vista de una miserable aldea distante dos leguas de Segorve. Como todos estábamos cansados, nos desviamos con gusto del camino real para llegar hasta unos sauces que descubrimos al pie de una colina á cosa de unos mil ó mil doscientos pasos de la aldea, en la cual no nos pareció conveniente detenernos. Vimos que aquellos árboles hacian una apacible sombra, y que les bañaba el pie un arroyuelo. Agradónos lo delicioso del sitio, y resolviendo pasar en él lo restante del dia, nos apeamos, quitamos los frenos á los caballos para que pudiesen pacer nos echamos sobre la verde yerba, y despues de haber reposado un poco, acabamos de desocupar las alforjas y la bota. Luego que hubimos almorzado opíparamente, nos pusimos á contar el dinero que habiamos robado á Samuel Simon, y hallamos que ascendia á tres mil ducados; con cuya cantidad y el caudal que ya teniamos, podiamos alabarnos de poseer un mediano capital.

Viendo que se habian acabado nuestras provisiones, y era menester pensar en hacer otras, Ambrosio y don Rafael, que ya se habian quitado los disfraces, dijeron que querian tomarse este trabajo, porque el suceso de Chelva les habia avivado el gusto de las aventuras, y tenian gana de ir á Segorve á ver si se les presentaba alguna ocasion de emprender otra nueva hazaña. Vosotros, dijo el hijo de Lucinda, no teneis mas que esperarnos á la sombra de estos sauces, que presto estaremos de vuelta. Señor don Rafael, respondi yo sonriéndome, no sea que la ida de ustedes sea como la del humo: temo que si una vez se van, tarde nos juntaremos. Esa sospecha, replicó Ambrosio, es muy ofensiva á nuestro honor, y no mereciamos que nos hiciéseis tan poca merced. Es verdad que en parte os disculpo de la desconfianza que teneis de nosotros acordándoos de lo que hicimos en Valladolid; y de creer que no haríamos mas escrúpulo de abandonaros que á los compañeros que dejamos en aquella ciudad. Sin embargo, os engañais enor-

memente. Aquellos camaradas á quienes vendimos eran de un perverso carácter, y ya no podiamos aguantar mas su compañía. Es menester hacer justicia á los de nuestra profesion, diciendo que no hay gremio alguno en la vida civil en que el interés dé menos motivo á la division; pero cuando no son conformes las inclinaciones, puede alterarse la union como en todos los demas gremios humanos. Por tanto, señor Gil Blas, suplico á vmd. y al señor don Alfonso que tengan mas confianza de nosotros, y que tranquilicen su espíritu tocante al deseo que don Rafael y yo tenemos de ir á Segorve.

Es muy fácil, dijo entonces el hijo de Lucinda, librarles de todo motivo de inquietud en este punto: basta para eso dejarlos dueños del caudal, que es la mejor fianza que tendrán en sus manos de nuestra vuelta. Ya ve vmd., señor Gil Blas, que esto se llama ir derechos al punto de la dificultad. Ambos quedareis asi resguardados, sin que Ambrosio ni yo tengamos sospechas de que os ausenteis con tan rica fianza. En vista de una prueba tan convincente de nuestra buena fé, ¿tendreis todavia dificultad en fiaros de nosotros? No por cierto, respondi yo; y asi podeis ahora hacer todo lo que os pareciere. Partieron inmediatamente con la bota y las alforjas, dejándome á la sombra de los sauces con don Alfonso, el cual me dijo luego que se fueron: señor Gil Blas, quiero abriros enteramente mi pecho. Me estoy continuamente acusando de la condescendencia que tuve en venir hasta aqui con esos bribones. No os puedo decir cuántos millares de veces me he arrepentido de ello. Ayer noche mientras me quedé guardando los caballos hice mil reflexiones que me despedazaban el corazón. Consideré que era muy ageno de un jóven que nació con honra vivir con unos hombres tan viciosos como Rafael y Lamela; que si por desgracia (como muy fácilmente puede suceder) llegase á ser tal algun dia, el resultado de una de estas maldades, que cayésemos en manos de la justicia, sufriré la vergüenza de verme castigado con ellos como ladron, y quizá con una muerte afrentosa. No puedo apartar ni un solo instante de mi imaginacion estas funestas ideas; y asi os confieso que estoy resuelto á separarme para siempre de su compañía, por no ser cómplice de los delitos que cometan. Tengo por cierto, añadió, que no desaprobareis este pensamiento. Cierto es que no, le respondi. Aunque vmd. me vió ayer hacer el papel de alguacil en la comedia de Samuel Simon, no por eso crea que semejantes piezas son de mi gusto. El cielo me es testigo de que mientras estaba representando tan distinguido papel, me dije á mi mismo: á fé, amigo Gil Blas, que si la justicia viniera ahora á echarte la mano, sin duda merecerias bien el salario que te tocase. Asi que, señor don Alfonso, no estoy mas dispuesto que usted á continuar en tan mala compañía, y de muy buena gana le acompañaré, si es que me lo permite, á cualquiera parte que vaya. Cuando vuelvan estos señores les suplicaremos que se haga el repartimiento del dinero, y mañana muy temprano ó ó esta misma noche, nos despediremos de ellos para siempre.

Aprobó mi proposicion el amante de la bella Serafina, y me dijo: iremos á Valencia, y nos embarcaremos para Italia, donde podremos entrar al servicio de la república de Venecia. ¿No vale mas seguir la carrera de las armas, que continuar la vida vil y criminal que traemos? En aquella podemos traer buen porte con el dinero que nos haya tocado. No deja de remorderme la conciencia el servirme de un bien tan mal adquirido; pero ademas de que la necesidad me obliga á ello, protesto resarcir á Samuel Simon el daño luego que tenga la menor fortuna en la guerra. Aseguré á don Alfonso que yo tenia la misma intencion, y quedamos de acuerdo en que el dia siguiente al amanecer nos separariamos de nuestros camaradas. No dimos lugar á la tentacion de aprovecharnos de su ausencia, esto es, huir al momento con el dinero: la confianza que habian hecho de nosotros dejándonos dueños de él, ni aun nos permitió que nos pa-

sase semejante ruindad por el pensamiento, aunque la burla que me hicieron en la posada de los caballeros de Valladolid disculpase en cierto modo este robo.

A la caída de la tarde volvieron de Segorve Ambrosio y don Rafael. La primera cosa que nos dijeron, fué que habian hecho un viage muy feliz, y que dejaban echados los cimientos de una ayentura que, segun todas las señales, seria sin comparacion de mucho mas producto que la del dia anterior. Comenzo á esplicarnos el plan el hijo de Lucinda; pero don Alfonso le atajó, diciéndole cortesmente que él estaba resuelto á separarse de la compañía; y yo por mi parte les declaré hallarme en la misma resolucion. Por mas que hicieron para movernos á que prosiguiésemos acompañándoles en sus expediciones, no les fué posible conseguirlo. La mañana siguiente nos despedimos de ellos despues de haber repartido por iguales partes el dinero; y los dos tomamos el camino de Valencia.

CAPITULO III.

Como don Alfonso se halla en el colmo de su alegría; y la ayentura por la cual se vió de repente Gil Blas en un estado dichoso.

Caminamos felizmente hasta Buñol, donde por desgracia fué preciso detenernos. Sintióse malo don Alfonso. Dióle una calentura tan ardiente, que le creí en el mayor riesgo. Quiso la fortuna que no hubiese médico en el lugar, y salimos á poca costa de aquel susto, pues solo nos costó el miedo. Al tercer dia se halló el enfermo enteramente limpio de calentura, á lo que no contribuyó poco mi cuidadosa asistencia. Mostróse muy agradecido á lo que habia hecho por él, y como era reciproca la inclinacion del uno al otro, nos juramos una eterna amistad.

Proseguimos nuestro viage firmes siempre en la resolucion de embarcarnos para Italia á la primera ocasion que se ofreciera asi que llegásemos á Valencia; pero el cielo que nos preparaba una suerte feliz dispuso las cosas de otro modo. Vimos á la puerta de una hermosa quinta que habia en el camino mucha gente aldeana de ambos sexos que bailaban formando corro. Acercámonos á ver la fiesta, y don Alfonso, que estaba muy ageno de hallar el objeto que se le presentó, se quedó sorprendido de ver entre los circunstantes al baron de Steinbach. Este, que tambien reconoció á don Alfonso, corrió luego hácia él con los brazos abiertos, y todo arrebatado de gozo exclamó: ¡ah, querido don Alfonso! ¡vos aqui! ¡Qué agradable encuentro! Cuando por todas partes os andan buscando, una feliz casualidad os ha puesto delante de mis ojos.

Apeóse al instante mi compañero, y fué precipitado á dar mil abrazos al baron, cuya alegría me pareció excesiva. Ven, hijo mio, le dijo el buen viejo: presto sabrás quién eres, y mejorarás mucho de fortuna. Diciendo esto le condujo á la habitacion, á donde yo tambien fui, habiéndome apeado y atado á un árbol los caballos. El primero á quien encontramos fué al dueño de la misma quinta, que mostraba ser de edad de cincuenta años, y tenia bellissimo aspecto. Señor, dijo el baron de Steinbach presentando á don Alfonso, aqui teneis á vuestro hijo. A estas palabras don César de Leiva, que asi se llamaba aquel caballero, echó los brazos al cuello á don Alfonso, y le dijo llorando de gozo: reconoce, hijo mio, al padre que te dió el ser. Si te he dejado ignorar tanto tiempo quién eres, cree que ha sido á costa de hacerme á mi mismo una cruel violencia. Mil veces he suspirado de pena; pero no podia proceder de otra manera. Caséme con tu madre, llevado de solo amor, porque su nacimiento era muy inferior al mio: vivia yo bajo la autoridad de un padre de genio duro que me redujo á tener secreto un matrimonio contraido sin su consentimiento. El baron de Steinbach era el único depositario de mi confianza, y de acuerdo conmigo se encargó de criarte. En fin, ya no vivé mi padre, y puedo manifestar al mundo que tú eres

mi único heredero. No es esto lo mas, añadió, pienso casarte con una señora, cuya nobleza es igual á la mia. Señor, le interrumpió don Alfonso, no me hagais pagar sobrado cara la dicha que me anunciáis. ¿No puedo saber que tengo el honor de ser hijo vuestro sin que esta noticia venga acompañada de otra que necesariamente me ha de hacer desgraciado? ¡Ah, señor! No querais ser mas cruel conmigo que lo fué vuestro padre con vos. Si este no aprobó vuestros amores, á lo menos tampoco os obligó á recibir una esposa escogida por él. Hijo mio, respondió don César, ni yo pretendo tampoco tiranizar tus deseos; todo lo que exijo de tu sumision es que tengas la condescendencia de ver á la que te tengo destinada antes de resolverte á tomar otro partido. Aunque es hermosa, y tu enlace con ella muy ventajoso para tí, no por esto te haré violencia para que la tomes por esposa. No está lejos, hállase actualmente en esta misma casa; ven, y confesarás que no hay un objeto mas amable. Diciendo esto condujo á don Alfonso á un magnifico cuarto, á donde les acompañamos el baron de Steinbach y yo.

Estaban en él el conde de Polan con sus dos hijas Serafina y Julia, con don Fernando de Leiva su yerno, el cual era sobrino de don César, y con otras muchas señoras y caballeros. Don Fernando, que segun se ha dicho habia sacado á Julia de su casa, acababa de casarse con ella, y con motivo de la boda habian concurrido á aquella celebridad los aldeanos de los contornos. Luego que se dejó ver don Alfonso, y que su padre le presentó á toda la concurrencia, se levantó el conde de Polan, y corrió exhalado á abrazarle, diciendo á gritos: sea bien venido mi libertador! Don Alfonso, prosiguió el conde, reconoce lo que puede la virtud en las almas generosas. Si tú quitaste la vida á mi hijo, tambien salvaste la mia. Desde este mismo punto te hago el sacrificio de mi resentimiento, y te declaro dueño de Serafina, cuyo honor libraste tambien. Este es el desempeño de la obligacion en que me constituyó tu valor y tu generosidad. El hijo de don César correspondió con las mas vivas espresiones de agradecimiento al cumplido que le hacia el conde de Polan, no siendo fácil discernir cuál de los dos afectos disputaba la preferencia en su agitado corazon, si el gozo de haber descubierto su distinguido nacimiento, ó la dicha tan cercana, de lograr por esposa á Serafina. Con efecto, pocos dias despues se celebró el matrimonio con el mayor regocijo y aplauso de los contrayentes y de toda la parentela.

Como yo habia sido uno de los que acudieron á libertar al conde de Polan, éste me conoció, y me dijo que mi fortuna corria de su cuenta. Yo le di muchas gracias por su generosidad, y no quise separarme de don Alfonso, el cual me hizo mayordomo de su casa, honrándome con toda su confianza. Luego que se casó, no pudiendo olvidar el daño que se habia hecho á Samuel Simon, me envió á llevar á este comerciante todo el dinero que le habíamos robado; esto es, á hacer una restitucion, lo cual en un mayordomo se llama empezar el oficio por donde debia acabar.

LIBRO VII.

CAPITULO I.

De los amores de Gil Blas y la señora Lorenza Séfora.

Fui, pues, á Chelva á llevar al buen Simon los tres mil ducados que le habíamos robado. Confieso francamente que en el camino me dieron tentaciones de quedarme con ellos para dar con tan buenos auspicios principio á mi mayordomia, lo que podia hacer sin riesgo, bastando para viajar cinco ó seis dias, y volverme como si hubiera cumplido con el encargo: don Alfonso y su padre me tenian en muy buen concepto para sospechar de mi fidelidad; todo me favorecia: sin embargo, resistí á la tentacion,

y la vencí como hombre de honor, lo que no es poco loable en un mozo que se había acompañado con grandes pícaros. Yo aseguro que muchos de los que solo tratan con hombres de bien son en este punto menos escrupulosos; y si no, diganlo aquellos depositarios que, sin peligros de perder su fama, pueden apropiarse lo que se les ha confiado.

Hecha la restitucion que no esperaba el mercader, volví á la quinta de Leiva, en donde ya no estaba el conde de Polan, que con Julia y don Fernando habían marchado á Toledo. Hallé á mi nuevo amo mas prendado que nunca de su Serafina, á ésta cada dia mas enamorada de su esposo, y á don César contentísimo de tener consigo á ambos. Dedicuéme á ganar la voluntad de este amoroso padre, y lo conseguí. Me hicieron mayordomo de la casa: todo lo gobernaba, recibia el dinero de los arrendadores, corria con el gasto, y tenia una autoridad despótica sobre los criados; pero lejos de imitar la conducta ordinaria de los de mi empleo, nunca abusé de mi poder. No despedia á los que me disgustaban, ni exigia de los demas una ciega subordinacion: si acudian á don César ó á su hijo pidiendo alguna gracia lejos de estorbarlo hablaba en su favor. Por otra parte la estimacion que continuamente me mostraban mis amos, avivaba mi celo en servirlos, sin atender á otra cosa que á sus intereses. Administré con manos muy limpias, y fui un mayordomo de los pocos que hay.

Cuando estaba mas contento con mi suerte, envidioso el Amor de lo bien que me trataba la Fortuna, quiso que á él tambien tuviese que agradecerle, y para eso encendió en el corazon de la señora Lorenza Séfora, criada primera de Serafina, una violenta inclinacion al señor mayordomo. Si he de hablar con la fidelidad de historiador, mi enamorada habia cumplido los cincuenta, pero la frescura de su tez, su rostro agradable, y dos hermosos ojos que sabia manejar con destreza podian hacer pasar por afortunada mi conquista. La hubiera yo deseado de un poco mas color, porque estaba muy descolorida; pero esto lo atribuí á la austeridad del celibato.

Usó mucho tiempo del atractivo de sus miradas cariñosas, mas yo en lugar de corresponder á ellas, aparentaba no conocer sus designios: y así me tuvo por novato en el amor, y no le desagradó mi cortedad. Juzgó era inútil el lenguaje de los ojos con un muchacho á quien creia menos instruido de lo que estaba; y así en nuestra primera conversacion se me declaró en términos formales, á fin de que no lo dudase. Se manejó como muger práctica; hizo como que se turbaba, y despues de haberme dicho á su satisfaccion cuanto quiso, se tapó la cara para persuadirme que se avergonzaba de haber manifestado su flaqueza. Fué preciso rendirme: mostréme muy afecto á sus cariños, no tanto por amor, como por vanidad: hice el apasionado, y aun afecté quererla con tal ardor, que se vió precisada á reñirme; pero esto fué con tanta blandura que cuando me encargaba procurase contenerme, no parecia disgustada de mi atrevimiento. Hubiera llegado á mas el caso si Séfora no hubiera temido que hiciese mal juicio de su virtud concediéndome tan fácilmente la victoria. De esta suerte nos separamos hasta otra conversacion, persuadida de que su aparente resistencia la haria pasar en mi concepto por un modelo del recato, y yo con la dulce esperanza de ver bien pronto el fin de esta aventura.

Tal era el feliz estado en que me ballaba, cuando un lacayo de don César vino á aguar mi contento con una mala nueva. Era este uno de aquellos criados que se dedican á saber cuanto pasa en el interior de las casas. Como continuamente me hacia la corte, y todos los dias me traia alguna noticia, me dijo una mañana que acababa de hacer un gracioso descubrimiento que me comunicaria en confianza; pero con la condicion de guardar secreto, por ser cosa de la dama Lorenza Séfora, cuyo enojo temia. Fué tanta la curiosidad en que me puso, que le ofrecí el mayor sigilo: procuré no manifestar que en ello tenia el mas leve interés, preguntándole con frialdad

qué descubrimiento era aquel de que me hablaba con tanta reserva. Es, me dijo, que la señora Lorenza introduce de oculto en su cuarto todas las noches al cirujano del lugar, que es un mozo bien plantado; y el bellaco se está bien sosegado con ella. Doy de barato, prosiguió con tono socarron, que esta accion sea muy inocente; pero vmd. convendrá en que un mozo que entra misteriosamente en el cuarto de una soltera, da motivo para que no se juzgue bien de su conducta.

Esta noticia me desazonó tanto como si estuviera enamorado de veras: procuré ocultar mi inquietud, y aun me esforcé hasta celebrar con risa una nueva que me atravesaba el alma; pero luego que estuve solo me desquité echando mil bravatas, diciendo dos mil desatinos, y me puse á discurrir el partido que podria tomar. Ya despreciaba á Lorenza y me proponia abandonarla sin dignarme oír sus descargos, y ya creyendo era un punto mio escarmentar al cirujano, pensaba desafiarse. Prevaleció esta última determinacion. Escondíme al anocheecer, y en efecto le vi entrar en el cuarto de mi dueña de un modo sospechoso. Solo esto faltaba para encender mi ira, que acaso sin este incidente se hubiera mitigado. Salí de casa, y me aposté junto al camino por donde el galan debia marcharse. Le esperaba á pie firme, y cada momento avivaba otro tanto el deseo que tenia de llegar con él á las manos. En fin, dejóse ver mi enemigo, salíle al encuentro con aire de maton; pero yo no sé cómo diablos sucedió que me hallé repentinamente sobrecogido de un terror pánico como un héroe de Homero, parado en medio de mi camino, y tan turbado como Paris cuando se presentó á combatir con Menelao. Púseme á mirar á mi hombre, que me pareció robusto y vigoroso, y su espada desmesuradamente larga. Todo ello hacia en mi su efecto; pero fuese la negra honrilla ú otra causa, aunque estaba viendo el peligro con unos ojos que lo hacian todavia mayor, á pesar de mi miedo que agujoneaba para que me volviese, tuve aliento para desenvainar mi tizona, é irme derecho al cirujano.

Sorprendióme mi accion. ¿Qué es esto, señor Gil Blas? exclamó: ¿qué significan esas demostraciones de caballero andante? Vmd. sin duda tiene gana de chancearse. No, señor barbero, le respondí, no; es cosa muy seria: quiero saber si es vmd. tan valiente como galan. No crea vmd. le hayan de dejar gozar tranquilamente las finezas de la dama que acaba de ver en casa. ¡Por San Cosme, repuso el cirujano dando una gran carcajada de risa, que es un buen chasco! ¡las apariencias, vive diez, son harto engañosas! Por estas palabras presumí que tenia tanta gana de quimera como yo, lo que me hizo ser audaz. A otro perro con ese hueso, le repliqué; á otro con esa, amigo mio; yo no soy hombre á quien satisface la simple negativa. Ya veo, prosiguió, que me será preciso hablar claro para evitar la desgracia que nos puede suceder á vos ó á mí. Voy, pues, á revelaros un secreto, no obstante que los de nuestra profesion deben de ser muy callados. Si la dama Lorenza me admite con cautela en su aposento, es porque los criados no sepan su enfermedad. Todas las noches voy á curarle un cáncer inveterado que tiene en la espalda. Vea vmd. el fundamento de las visitas que tanto le inquietan. Tranquílcese de aqui en adelante sobre este particular; pero si no está satisfecho con esta declaracion, y quiere absolutamente que riñamos, dígalo, y manos á la obra, pues no soy hombre que huiré el cuerpo. Habiendo dicho estas palabras sacó su montante, cuya vista me horrorizó, y se puso en defensa con un aire que nada bueno me anunciaba. Basta, le dije envainando mi espada, yo no soy tan bárbaro que no ceda á la razon. Por lo que vmd. me ha dicho veo que no es mi enemigo; abracémonos. Mis palabras le dieron á entender que yo no era tan temible como le parecí al principio; envainó con risa la espada, me abrazó, y nos separamos los mayores amigos del mundo.

Desde este momento Séfora se presentaba á mi imaginacion como la cosa mas desagradable. Evité todas las

ocasiones que me proporcionaba de hablarle á solas; y mi cuidado y estudio en huir de ella le hicieron conocer mi interior. Admirada de una mudanza tan grande quiso saber la causa, y habiendo encontrado al fin el medio de hablarme á solas, me dijo: señor mayordomo, dígame vmd. si gusta, el por qué evita hasta mis miradas, y por qué en lugar de buscar como otras veces proporcion de hablarme, se estraña tanto de mí. Es verdad que yo di los primeros pasos, pero vmd. me correspondió. Acuértese, si no lo lleva á mal, de la conversacion que tuvimos solos: entonces era vd. todo fuego, y ahora no es mas que un hielo. ¿Qué significa esta mudanza? La pregunta era muy delicada para un hombre sincero; y á la



¿Qué es esto, señor Gil Blas? exclamó ¿qué significan esas demostraciones de caballero andante?—Pág. 123.

verdad me quedé muy perplejo. No tengo presente lo que le respondi; solamente me acuerdo que le disgustó infinito. Séfora parecia un cordero por su semblante afable y modesto; pero cuando se encolerizaba era un tigre. Creia, me dijo echándome una mirada llena de despecho y rabia, creia honrar mucho á un hombrecillo como él, manifestándole un afecto que caballeros y personas muy nobles harian gran vanidad de haber merecido. Me está muy bien empleado por haberme bajado indignamente hasta un miserable aventurero.

Si hubiera parado en esto, hubiera salido yo del paso á poca costa; pero su lengua furiosa me dijo mil apodos á cual peor. Bien conozco que debí recibirlos á sangre fria, y reflexionar que despreciando el triunfo de una virtud que yo habia tentado, cometia un delito que las mugeres no perdonan jamás. Un hombre sensato en mi lugar se hubiera reido de estas injurias; pero yo era tan vivo que no pude sufrirlas, y perdi la paciencia. Señora, le dije, á nadie despreciamos; si esos caballeros de quienes vmd. habla le hubiesen visto las espaldas, aseguro que su curiosidad no hubiera pasado adelante. Apenas

hube disparado esta saeta cuando la enfurecida dueña me pegó la mas grande bofetada que jamás ha dado muger colérica. Para no recibir otra, y evitar la granizada de golpes que hubieran caido sobre mí, tomé la puerta con la mayor ligereza. Di mil gracias al cielo de verme fuera de este mal paso, imaginando que nada tenia que temer, pues la dama se habia vengado, y me parecia que por su propia estimacion debia callar este lance. En efecto, pasaron quince dias sin saber nada de ella, y principiaba á olvidarla cuando supe que estaba mala: confieso que tuve la flaqueza de afligirme; me dió lástima, imaginando que no pudiendo esta desgraciada amante vencer un amor tan mal pagado, se habria rendido á su dolor. Me consideraba yo la principal causa de su enfermedad, y ya que no podia amarla, á lo menos la compadecia. ¡Pero cuánto me engañaba! su ternura convertida en odio, no pensaba mas que en perderme.

Estando una mañana con don Alfonso noté que se hallaba triste y pensativo: preguntéle con respeto qué tenia: tengo pesadumbre, me dijo, de ver á Serafina tan débil, ingrata é injusta: tú te admiras, añadió, observando mi suspension; pues cree que es muy cierto lo que te digo. No sé por qué motivo te has hecho tan odioso á Lorenza criada, que dice es infalible su muerte si no sales prontamente de su casa. Como Serafina te ama, no debes dudar habra resistido á los impulsos de este aborrecimiento, con los cuales no puede condescender sin ser desagradecida é injusta; pero al fin es muger, y ama con extremo á Séfora que la ha criado. La quiere como si fuera su madre, y creeria ser causa de su muerte si no le diese gusto. Por lo que hace á mí, aunque quiero tanto á Serafina, no pienso del mismo modo, y no consentiré te apartes de mí, aunque pudiesen todas las dueñas de España, pues te miró no como á criado sino como á hermano.

Luego que acabó de hablar don Alfonso, le dije: señor, yo he nacido para ser juguete de la fortuna. Pensaba cesaria de perseguirme en vuestra casa, en donde todo me prometia una vida feliz y tranquila: pero al fin me es preciso dejarla, aunque con ella pierda mi mayor gusto. No, no, exclamó el generoso hijo de don César. Déjame, yo convenceré á Serafina: no se ha de decir que te hemos sacrificado al capricho de una dueña; demasiado la contemplamos en otras cosas. Pero, señor, repliqué, irritareis mas á Serafina si la resistis: mas bien quiero retirarme que esponerme, permaneciendo en casa, á causar desazon entre dos esposos tan perfectos: si esta desgracia sucediese, jamás hallaria yo consuelo. Don Alfonso me prohibió tomar este partido, y le vi tan resuelto, que Lorenza no hubiera logrado su intento, si yo no hubiese permanecido en mi propósito. Es verdad que, picado de la venganza de la dueña, tuve mil impulsos de cantar de plano y descubrirla; pero luego me compadecia considerando que si revelaba su flaqueza heria mortalmente á una infeliz, de cuya desgracia era yo la causa, y á quien dos males irremediables echaban al hoyo. Juzgué, pues, que en conciencia debia restablecer el sosiego en la casa saliéndome de ella, pues que era un hombre que ocasionaba tanto daño. Hicelo así al dia siguiente antes de amanecer, sin despedirme de mis amos, temiendo que su cariño estorbaba mi partida, y solo dejé en mi cuarto una cuenta puntual de mi administracion.

CAPITULO II.

De lo que sucedió á Gil Blas despues de dejar la casa de Leiva, y de las felices consecuencias que tuvo el mal suceso de sus amores.

Yo tenia un buen caballo, y llevaba en mi maleta doscientos doblones, procedentes la mayor parte de lo que me tocó de los bandoleros que matamos, y de los mil ducados que robamos á Samuel Simon, porque don Alfonso habia restituido generosamente toda la cantidad, cediéndome la parte que me habia tocado. Así, mirando

mi caudal por esta circunstancia como ya legitimo, gozaba de él sin escrúpulo de conciencia. En una edad como la que yo entonces tenia, se confia mucho en el propio merito, y fuera de esto, con mi dinero nada creia debía temer en adelante. Por otra parte, Toledo me ofrecia un agradable asilo, y no dudaba que el conde de Polan tendria mucho gusto en recibir en su casa á uno de sus libertadores. Pero este recurso debía ser cuando todo corriese turbio, y antes de valerme de él quise gastar parte de mi dinero en correr los reinos de Murcia y Granada que deseaba ver con particularidad. Con este intento tomé el camino de Almansa, de donde prosiguiendo mi viage fui de pueblo en pueblo hasta la ciudad de Granada, sin que me sucediese contratiempo alguno. Parecia que la fortuna, satisfecha ya de tantos chascos como me habia jugado, queria, en fin, dejarme en paz; pero esta traidora me preparaba otros muchos, como se verá en adelante.

Uno de los primeros sugetos que encontré en las calles de Granada fué el señor don Fernando de Leiva, yerno como don Alfonso del conde de Polan. Ambos quedamos sorprendidos de vernos en Granada. ¿Qué es esto, Gil Blas, me dijo, tú en Granada? ¿qué es lo que aqui te trae? Señor, le dije, si usted se admira de verme en este pais, con mucha mas razon se maravillará cuando sepa la causa que me ha obligado á dejar la casa del señor don César y su hijo. En seguida le conté cuanto me habia pasado con Sefora, sin callarle nada: causóle gran risa el lance, y ya sosegado me dijo seriamente: amigo, voy á tomar por mi cuenta este negocio, escribiré á mi cuñada... No, no señor; interrumpi; suplico á usted no haga tal cosa: no he salido de la casa de Leiva para volver á ella. Si usted gusta, puede emplear de otro modo el favor que le debo: ruego á usted que si alguno de sus amigos necesita un secretario ó un mayordomo, me presente y recomiende, que doy á usted palabra de no desairar su informe. Con mucho gusto, respondió: mi venida á Granada ha sido á visitar á una tia mia ya anciana que está enferma, y todavía pasarán tres semanas antes que me vuelva á mi quinta de Lorqui, en donde ha quedado Julia. En aquella casa vivo, prosiguió señalándome una suntuosa que estaba á cien pasos de nosotros: vénme á ver pasados algunos dias, que quizá te habré ya buscado un acomodo.

Efectivamente la primera vez que nos vimos me dijo: el señor arzobispo de Granada, mi pariente y amigo, que es un grande escritor, necesita de un hombre instruido y de buena letra para poner en limpio sus obras. Ha compuesto, y todos los dias compone homilias, que predica con mucho aplauso. Como te contemplo á propósito para el caso, te he recomendado, y me ha prometido admitirte; ve y preséntate de mi parte: por el modo con que te reciba conocerás el buen informe que le he dado.

La conveniencia me pareció tal como la podia desear; y así habiéndome compuesto lo mejor que pude, fui una mañana á presentarme á este prelado. Si yo hubiera de imitar á los autores de novelas, haria aqui una descripcion pomposa del palacio arzobispal de Granada, me estenderia sobre la estructura del edificio, celebraria la riqueza de sus muebles, hablaria de sus estatuas y pinturas, y no dejaria de contar al lector la menor de todas las historias que en ellas se representan; pero me contentaré con decir que iguala en magnificencia al palacio de nuestros reyes.

Vi en las antecámaras una muchedumbre de eclesiásticos y seglares, la mayor parte familiares de su ilustrisima, limosneros, gentiles-hombres, escuderos ó ayudas de cámara. Los vestidos de los seglares eran costosos, tanto que mas parecian de señores que de criados: se mostraban altivos, y hacian el papel de hombres de importancia: al ver su afectacion no pude menos de reirme y burlarme interiormente de ellos. Pardiez, me decia entre mí, estas gentes tienen la fortuna de no sentir el yugo de la servidumbre; porque al fin si lo sintieran me

parece deberian ostentar menos altanería. Acerquéme á un personaje grave y grueso que estaba á la puerta de la cámara del arzobispo para abrirla y cerrarla cuando era necesario, y le pregunté con mucha cortesia si podria hablar á su ilustrisima. Espere usted, me dijo secamente, que su ilustrisima va á salir á oír misa, y al paso le oirá á vd. No respondí palabra, arméme de paciencia, é hice por tramar conversacion con alguno de los sirvientes; pero aquellos señores no se dignaron contestarme, sino que se entretuvieron en examinarme de pies á cabeza; y despues mirándose unos á otros se sonrieron con orgullo de la libertad que habia tenido de mezclarme en su conversacion.

Confieso que me quedé del todo corrido al verme tratado así por unos criados. Todavía no habia vuelto de mi confusion cuando se abrió la puerta del estudio, y salió el arzobispo. Inmediatamente guardaron todos un profundo silencio, dejaron sus modales insolentes, y mostraron un semblante respetuoso delante de su amo. Tendria el prelado unos sesenta y nueve años, y casi se semejaba á mi tio Gil Perez el canónigo, es decir, que era



Hablame con satisfaccion, amigo mio, ¿has encontrado al escribir alguna cosa que te haya chocado?—Pág. 126.

pequeño y grueso, y ademas muy patiestevado, y tan calvo que solo tenia un mechón de pelo hácia el cogote, por lo cual llevaba embutida la cabeza en una papalina que le cubria las orejas. Con todo, noté en él un aire de caballero, sin duda porque yo sabia que lo era. La gente comun miramos á los grandes con una cierta preocupacion que por lo regular les presta un aspecto de señorío que la naturaleza les ha negado. Luego que me vió el arzobispo se vino á mi, y me preguntó con mucha dulzura qué era lo que se me ofrecia. Le dije era el recomendado del señor don Fernando de Leiva. ¡Ah! exclamó, ¿eres tú el que me ha alabado tanto? ya estás recibido: me alegro de tan buen hallazgo: quédate desde luego en casa. Dichas estas palabras, se apoyó sobre dos

escuderos, y habiendo oído á algunos eclesiásticos que llegaron á hablarle, salió de la sala. Apenas estaba fuera cuando vinieron á saludarme los mismos que poco antes habian despreciado mi conversacion: me rodean, me agasajan, y muestran la mayor alegría de verme comensal del arzobispo. Habian oído lo que me habia dicho su amo, y deseaban con ansia saber qué empleo debia tener cerca de su señoría ilustrísima; pero para vengarme del desprecio que me habian hecho, tuve la malicia de no satisfacer su curiosidad.

No tardó mucho en volver su señoría ilustrísima, y me hizo entrar en su estudio para hablarme á solas. Yo pensé bien que su intencion era tantear mis talentos, por lo que me atrincheré y preparé para medir todas mis palabras. Principió haciéndome algunas preguntas sobre las humanidades. Tuve la fortuna de no responder mal, y hacerle ver que conocia bastante los autores griegos y latinos. Examinóme despues de dialéctica, y cabalmente aqui era en donde yo le esperaba. Encontróme bien cimentado en ella, y me dijo con cierta admiracion: se conoce que has tenido buena educacion. Veamos ahora tu letra. Saqué de la faltriquera una muestra que habia llevado espresamente para este caso, la que no desagradó á mi prelado. Me alegro de que tengas tan buena forma, exclamó, y todavia mas de que tengas tan buen entendimiento. Daré las gracias á mi sobrino don Fernando porque me ha proporcionado un jóven tan de provecho. A la verdad que me ha hecho un buen presente.

Interrumpió nuestra conversacion la llegada de algunos caballeros granadinos que iban á comer con su ilustrísima. Dejélos, y me retiré á donde estaban los familiares, quienes me colmaron de cumplimientos y obsequios. Comi con ellos, y si mientras la comida procuraron observar mis acciones, yo no examiné menos las suyas. ¡Qué modestia guardaban los eclesiásticos! todos me parecieron unos santos; tanto era el respeto que me habia infundido el palacio arzobispal: no me pasó por la imaginacion que aquello podia ser gazmoñería, como si fuera imposible que ésta se hallase en casa de los principes de la iglesia.

Me tocó sentarme al lado de un antiguo ayuda de cámara, llamado Melchor de la Ronda, quien tenia cuidado de servirme buenos bocados. Viendo su atención, procuré yo tenerla con él, y mi política le agradó mucho. Señor caballero, me dijo en voz baja luego que acabamos de comer, quisiera hablar con vd. á solas; y diciendo esto me llevó á un sitio de palacio en donde nadie podia oírnos, y allí me tuvo este razonamiento: hijo mio, desde el instante que te vi te cobré inclinacion, de cuya verdad voy á darte una prueba, confiándote un secreto que te será de gran utilidad. Estás en una casa en donde se confunden los verdaderos virtuosos con los falsos. Para conocer este terreno necesitabas infinito tiempo, y voy á escusarte un estudio tan largo y desagradable, pintándote los genios de unos y de otros, lo que podrá servirte de gobierno.

No será malo, prosiguió, dar principio por su ilustrísima. Es un prelado muy piadoso, ocupado continuamente en edificar al pueblo, y en encaminarle á la virtud con admirables sermones morales, que él mismo compone. Veinte años hace que dejó la córte para dedicarse enteramente á conducir su rebaño: es un sábio y un grande orador que tiene puesto su conato en predicar, y el pueblo le oye con mucho gusto. Tal vez tendrá en esto su poco de vanidad; pero ademas de que no toca á los hombres el penetrar los corazones, no pareceria bien que me pusiese yo á escudriñar los defectos de una persona cuyo pan como. Si me fuera permitido reprender alguna cosa en mi amo, vituperaria su severidad, porque castiga con demasiado rigor las flaquezas de los eclesiásticos, cuando debiera mirarlos con piedad. Sobre todo persigue sin misericordia á los que, fiados en su inocencia, piensan justificarse juridicamente, desatendiendo su autoridad. Tiene tambien otro defecto que es comun á muchas personas grandes: aunque ama á sus

criados, atiende poco á sus servicios; los dejará envejecer en su casa sin pensar en proporcionarles algun acomodo. Si alguna vez los gratifica, es porque hay quien tiene la bondad de hablar por ellos; pues por lo que hace á su ilustrísima, jamás se acordaria de hacerles el menor bien.

Esto me dijo de su amo el ayuda de cámara, y siguió dándome razon del carácter de los eclesiásticos con quienes habiamos comido: me los retrató muy al contrario de lo que aparentaban: es verdad que no me dijo eran gentes infames, pero si bastante malos sacerdotes. No obstante exceptuó á algunos, cuya virtud me alabó mucho. Con esta leccion aprendi el modo de portarme con estos señores, y aquella misma noche en la cena me revesti como ellos de un exterior compuesto. No es de admirar se hallen tantos hipócritas, cuando nada cuesta el serlo.

CAPITULO III.

Llega Gil Blas á ser el privado del arzobispo de Granada y el conducto de sus gracias.

Mientras la siesta habia yo sacado de la posada mi maleta y caballo, y vuelto despues á cenar á palacio, en donde me pusieron un cuarto decente con muy buena cama. El dia siguiente me hizo llamar su ilustrísima muy de mañana para darme á copiar una homilia, encargándome mucho lo hiciera con todo la exactitud posible; ejecutélo asi sin omitir acento, punto, ni coma, de lo que manifestó el prelado un gran placer mezclado de sorpresa. Luego que recorrió todas las hojas de mi copia, exclamó admirado: ¡eterno Dios! ¿puede darse cosa mas correcta? Eres muy buen copiante por ser perfecto gramático. Háblame con satisfaccion, amigo mio, ¿has encontrado al escribir alguna cosa que te haya chocado? ¿algun descuido en el estilo, ó algun término impropio? es muy fácil se me haya escapado algo de esto en el calor de la composicion. ¡Oh señor! respondí modestamente, no tengo tanta instruccion que pueda meterme á critico, y aun cuando la tuviera, estoy cierto de que las obras de su ilustrísima no caerian bajo mi censura. Sonrióse con mi respuesta, y nada me replicó; pero en medio de toda su piedad se traslucia que amaba con pasion sus escritos.

Acabé de granjear su amistad con esta adulacion; cada dia me queria mas, tanto que don Fernando, que visitaba frecuentemente á mi amo, me aseguró habia de tal modo ganado su voluntad, que podia dar por hecha mi fortuna. Mi amo mismo me lo confirmó poco tiempo despues con la ocasion siguiente. Habiendo relatado con vehemencia una tarde en su estudio delante de mí una homilia que habia de predicar en la cátedra al otro dia, no se contentó con preguntarme en general qué me habia parecido sino que me obligó á decirle los pasages que mas habian llamado mi atencion, y tuve la fortuna de citarle aquellos de que él estaba mas satisfecho, y que eran sus favoritos; esto me hizo pasar en el concepto de su ilustrísima por un conocedor delicado de las verdaderas bellezas de una obra. Eso es, exclamó, lo que se llama tener gusto y finura. Si, querido, te aseguro que no es tu oído oreja de asno. En fin, quedó tan contento de mí, que me dijo con mucha espresion: Gil Blas, no tengas ya cuidado, que tu fortuna corre de mi cuenta, y te proporcionaré una que te sea agradable. Yo te estimo, y en prueba de ello quiero que seas mi confidente.

Al oír estas palabras me eché á los pies de su ilustrísima, penetrado de reconocimiento. Abracé gustosamente sus piernas torcidas, y creime ya un hombre que estaba en camino de llegar á ser rico. Si, hijo mio, prosiguió el arzobispo, cuyo discurso habia interrumpido mi accion; quiero hacerte depositario de mis mas ocultos pensamientos: escucha atentamente lo que voy á decirte; tengo gusto en predicar, y el Señor bendice mis homilias, porque mueven á los pecadores, les hacen volver en sí, y recurrir á la penitencia. Tengo la satisfac-

cion de ver á un avaro, atemorizado con las imágenes que presentó á su codicia, abrir sus tesoros y distribuirlos con mano pródiga: á un lascivo huir de sus torpezas; á los ambiciosos retirarse á las ermitas, y hacer constante y firme en sus obligaciones á una esposa á quien hacia titubear un amante seductor. Estas conversiones que son frecuentes, deberían por si solas escitarme al trabajo; pero te confieso mi flaqueza, todavía me mueve otro premio: premio de que la delicadeza de mi virtud me reprende inútilmente; este es el aprecio que hace el público de las obras bien acabadas. La gloria de pasar por un orador consumado, tiene para mi muchos atractivos. Hoy pasan mis obras por enérgicas y sublimes; pero no querria caer en las faltas de los buenos escritores que escriben muchos años, y sin conservar toda mi reputacion.

En este supuesto, mi amado Gil Blas, continuó el prelado, exijo una cosa de tu celo: cuando adviertas que mi pluma envejece, cuando notes que mi estilo declina, no dejes de avisármelo. En este punto no me fio de mi mismo, porque el amor propio podria cegarme. Esta observacion necesita de un entendimiento imparcial, y asi elijo el tuyo que contemplo á propósito, y desde luego abrazaré tu dictámen. Señor, le dije, su ilustrísima está todavía muy distante de ese tiempo, á Dios gracias; además de que un ingenio como el de su ilustrísima se conservará mas bien que los de otro temple, ó para hablar con propiedad, su ilustrísima será siempre el mismo. Yo miro á su ilustrísima como á un segundo Cardenal Jimenez, cuyo superior talento parecia recibir nuevas fuerzas de los años, en lugar de debilitarse con ellos. Déjate de alabanzas, amigo mio, respondió mi amo; yo sé que puedo declinar de un momento á otro: en la edad en que me hallo ya se empiezan á sentir los achaques, y los males del cuerpo alteran el entendimiento. De nuevo te lo encargo, Gil Blas no te detengas un momento en avisarme luego que adviertas que mi cabeza se debilita: no temas hablarme con franqueza y sinceridad, porque tu aviso será para mi una prueba del amor que me tienes. Por otra parte, va en ello tu interés; pues si por desgracia tuya supiese se decia en la ciudad que mis sermones habian decaido de su ordinaria elevacion, y que podia ya dar de mano á mis tareas, perderias no solo mi afecto, sino el acomodo que te tengo prometido. Te hablo con toda claridad, esto sacarias de tu necio silencio.

Aqui acabó la exhortacion de mi amo para oir mi respuesta, que se redujo á prometerle cuanto deseaba. Desde aquel punto nada tuvo secreto para mí y vine á ser su privado. Todos los familiares envidiaban mi suerte, menos el prudente Melchor de la Ronda. Era de ver como trataban los gentiles-hombres y escuderos al confidente de su ilustrísima; no se afrentaban de humillarse por tenerme contento; sus bajezas me hacian dudar fuesen españoles. Aunque conocia les guiaba el interés, y nunca me engañaron sus lisonjas, no dejé por eso de servirles. Mis buenos oficios movieron á su ilustrísima á proporcionarles empleos. A uno le hizo dar una compañía, y le puso en estado de lucir en el ejército; á otro envió á Méjico con un gran destino; y no olvidando á mi amigo Melchor logré para él una buena gratificacion. Esto me hizo conocer que si el prelado de su propio motivo no daba, á lo menos rara vez negaba lo que se le pedia.

Pero me parece debo referir con mas estension lo que hice por un eclesiástico. Un dia nuestro mayordomo me presentó un licenciado llamado Luis Garcia, hombre todavía mozo y de buena presencia, y me dijo, señor Gil Blas, este honrado eclesiástico es uno de mis mayores amigos: ha sido capellan de monjas; pero su virtud no ha podido librarse de malas lenguas. Le han desacreditado tanto con su ilustrísima, que le ha suspendido, y no quiere escuchar ninguna solicitud á favor suyo; nos hemos valido de lo principal de Granada, pero nuestro amo es inflexible.

Señores, les dije, este negocio se ha gobernado mal,

y hubiera sido mejor no haber empeñado á nadie; por hacerle bien al señor licenciado le han hecho mucho daño. Yo conozco á su ilustrísima, y sé que las súplicas y recomendaciones no hacen mas que agravar en su idea la culpa de un eclesiástico. No ha mucho que le oi decir á él mismo que á cuantas mas personas empeña en su favor un eclesiástico que está irregular, tanto mas aumenta el escándalo, y tanto mas severo es para con él. Malo es eso, dijo el mayordomo, y mi amigo se veria muy apurado si no tuviera tan buena letra; por fortuna escribe primorosamente, y con esta habilidad se ingenia para mantenerse. Tuve la curiosidad de ver si la letra que se me celebraba era mejor que la mia. El licenciado me manifestó una muestra que traia prevenida, la cual me admiró, pues me parecia una de las que dan los maestros de escuela. Mientras miraba tan bella forma de letra, me ocurrió una idea, y pedí á Garcia me dejase el papel, diciéndole que acaso le seria útil: que no podia decirle mas por entonces: pero que al otro dia hablaríamos largamente. El licenciado, á quien el mayordomo habia, segun presumo, celebrado mi ingenio, se retiró tan satisfecho como si ya le hubiese restituido á sus funciones.

A la verdad yo deseaba servirle, y desde aquel dia trabajé en ello del modo que voy á decir. Estando solo con el arzobispo le enseñé la letra de Garcia, que le gustó infinito, y aprovechándome entonces de la ocasion, le dije: señor, una vez que su ilustrísima no quiere imprimir sus homilias, á lo menos desearia yo que se escribiesen de esta letra.

El prelado me respondió: aunque me agrada la tuya, te confieso que no me disgustaria tener copiadas mis obras de esta mano. No se necesita mas, proseguí, que el consentimiento de vuesa ilustrísima: el que tiene esta habilidad es un licenciado conocido mio; y se alegrará tanto mas de servir á su ilustrísima, cuanto que por este medio podrá esperar de su bondad se sirva sacarle del miserable estado en que por desgracia se halla.

¿Cómo se llama ese licenciado? me preguntó: Luis Garcia, le dije, y está lleno de amargura por haber caido en la desgracia de su ilustrísima. Ese Garcia, interrumpió, sino me engaño, ha sido capellan de un convento de monjas, y ha incurrido en las censuras eclesiásticas. Todavía me acuerdo de los memoriales que me han dado contra él; sus costumbres no son muy buenas. Señor, dije, no pretendo justificarle; pero sé que tiene enemigos, y asegura que sus acusadores han tirado mas á hacerle daño que á decir la verdad. Bien puede ser, replicó el arzobispo, porque en el mundo hay ánimos muy perversos; pero aun suponiendo que su conducta no haya sido siempre irreprochable, acaso se habrá arrepentido, y sobre todo á gran pecado gran misericordia. Tráeme ese licenciado á quien desde luego levanto las censuras.

He aqui cómo los hombres mas rigidos templan su severidad cuando media el interés propio. El arzobispo concedió sin dificultad á la vana complacencia de ver sus obras bien escritas, lo que habia negado á los mas poderosos empeños. Al instante di esta noticia al mayordomo, quien sin pérdida de tiempo la participó á su amigo Garcia. Al dia siguiente vino á darme las gracias correspondientes al favor conseguido. Le presenté á mi amo, quien contentándose con una ligera repension, le dió algunas homilias para que las pusiera en limpio. Garcia lo desempeñó tan perfectamente, que su ilustrísima le restableció en su ministerio, y aun le dió el curato de Gambia, lugar grande inmediato á Granada; lo que prueba muy bien que los beneficios no siempre se confieren á la virtud.

CAPITULO IV.

Dáale un accidente de apoplejia al arzobispo. Del lance critico en que se halla Gil Blas, y del modo con que salió de él.

Mientras yo me ocupaba en servir de este modo á

unos y á otros, don Fernando de Leiva se disponia para dejar á Cranada. Visité á este señor antes de su partida, para darle de nuevo gracias por el excelente acomodo que me habia proporcionado. Viéndome tan gustoso, me dijo: mi amado Gil Blas, me alegro mucho que estés tan satisfecho de mi tío el arzobispo. Estoy contentísimo, le respondi, con este gran prelado, y debo estarlo; porque además de ser un señor muy amable, nunca podré agradecer bastante los favores que le merezco; pero todo esto necesitaba para consolarme de la separacion del señor don César y de su hijo. No creo que ellos la hayan sentido menos, dijo don Fernando; pero puede ser que no os hayais separado para siempre, y que la fortuna vuelva á reuniros algun dia. Estas palabras me enternecieron de modo que no pude menos de suspirar: entonces conocí que mi amor á don Alfonso era tanto, que hubiera dejado con gusto al arzobispo y cuanto podia esperar de su privanza por volverme á la casa de Leiva, siempre que se hubiera quitado el obstáculo que me habia alejado de ella. Don Fernando advirtió mi ternura, y le agradó tanto, que me abrazó diciendo que toda su familia se interesaria siempre en mi bienestar.

A los dos meses de haberse marchado este caballero, y cuando me veia yo mas favorecido, tuvimos un gran susto en palacio. Acometióle al arzobispo una apoplejia, pero se acudió con tan prontos y eficaces remedios, que sanó á muy pocos dias, aunque quedó algo tocado de la cabeza. Al primer sermón que compuso, bien lo eché de ver; pero no hallando bastante perceptible la diferencia que habia entre éste y los antecedentes, para inferir que el orador empezaba á decaer, aguardé á que predicase otro para decidir. Hizolo, y no fué menester esperar mas: el buen prelado, unas veces se rozaba y repetia, otras se remontaba hasta las nubes, ó se abatía hasta el suelo: en fin, su oracion fué difusa, una arenga de catedrático cansado, ó un sermón de mision sin concierto.

No fui yo solo quien lo notó, sino que casi todos los que le oyeron, como si les hubieran pagado para que lo examinasen, se decian al oido: este sermón huele á apoplejia. Vamos, señor censor y árbitro de las homilias, me dije entonces á mi mismo, prepárese usted para hacer su oficio. Ya ve usted que su ilustrisima declina: usted está en obligacion de advertírselo, no solo como depositario de sus confianzas, sino tambien por temor de que algunos de sus enemigos se os anticipen: si llegara este caso sabe usted muy bien sus consecuencias; seria vmd. borrado de su testamento, en el cual sin duda le tiene señalado una manda mejor que la biblioteca del licenciado Cedillo.

A estas reflexiones seguian otras enteramente contrarias, porque me parecia muy espuesto dar un aviso tan desagradable que yo juzgaba no recibiria con gusto un autor encaprichado por sus obras: luego, desechando esta idea, miraba como imposible que desaprobase mi libertad, habiéndomelo inculcado con tanto empeño. Añádase á esto que yo pensaba decirselo con maña, y hacerle tragar suavemente la pildora. En fin, persuadiéndome que arriesgaba mas en callar que en hablar, me determiné á romper el silencio.

Solo una cosa me inquietaba, y era no saber cómo sacar la conversacion. Por fortuna el orador mismo me sacó de este cuidado, preguntándome qué se decia de él en el público, y si habia gustado su último sermón. Respondí que sus homilias siempre admiraban; pero que á mi parecer la última no habia movido tanto al auditorio como las antecedentes. ¿Cómo es eso, amigo? respondió sobresaltado; ¿habrá encontrado algun Aristarco? No, señor ilustrisimo, le dije, no son obras las de su ilustrisima que haya quien se atreva á censurarlas, antes todos las celebran; pero como su ilustrisima me tiene mandado hable con franqueza y con sinceridad, me tomaré la licencia de decir que el último sermón no me parece tener la solidez de los precedentes. ¿Piensa su ilustrisima de otro modo? A estas palabras mudó de color mi amo, y con una sonrisa forzada me dijo: ¿señor Gil Blas, con que esta

composicion no es del gusto de vmd? No digo eso, señor ilustrisimo, interrumpi todo turbado; es excelente, aunque un poco inferior á las otras obras de su ilustrisima. Ya entiendo, replicó, te parece que voy bajando: ¿no es eso? Acorta de razones, tú crees que ya es tiempo de que piense en retirarme. Jamás, le contesté, hubiera yo hablado á su ilustrisima, con tanta claridad, si espresamente no me lo hubiese mandado; y pues en esto no hago mas que obedecer á su ilustrisima, le suplico rendidamente no lleve á mal mi atrevimiento. No lo permita Dios, interrumpió precipitadamente, no permita Dios, que os reprenda tal cosa; en eso seria yo muy injusto. No me desagrada el que me digas tu dictámen; sino que me desagrada tu dictámen mismo; yo me engaño estremadamente en haberme sometido á tu limitada capacidad.

Aunque estaba tan turbado, procuré buscar los medios de enmendar lo hecho; pero es imposible sosegar á un autor irritado, y mas si está acostumbrado á no escuchar sino alabanzas. No hablemos mas del asunto, hijo mio, me dijo: tú eres todavia muy niño para distinguir lo verdadero de lo falso: has de saber que en mi vida he compuesto mejor homilia que la que tiene la desgracia de no merecer tu aprobacion. Gracias al cielo, mi entendimiento nada ha perdido todavia de su vigor: en adelante yo elegiré mejores confidentes; quiero otros mas capaces de decidir que tú; anda, prosiguió empujándome



para que saliera de su estudio, y dile á mi tesorero que te entregue cien ducados, y anda bendito de Dios con ellos. A Dios, señor Gil Blas, me alegraré logre usted todo género de prosperidades con algo mas de gusto.

CAPITULO V.

Partido que tomó Gil Blas despues que le despidió el arzobispo: su casual encuentro con el licenciado Garcia, y cómo le manifestó éste su agradecimiento.

Sali del estudio maldiciendo el capricho, ó por mejor

decir, la flaqueza del arzobispo, y todavía mas irritado contra él que afligido de haber perdido su favor; y aun dudé por algun tiempo si iria á tomar mis cien ducados; pero despues de haberlo reflexionado bien, no quise tener la tontería de perderlos. Conocí que esta gratificación no me privaria del derecho de poner en ridiculo á mi buen prelado; lo que me proponia hacer siempre que se hablase en mi presencia de sus homilias.

Fuí, pues, á pedir al tesorero cien ducados, sin decirle una sola palabra de lo que acababa de pasar entre mi amo y yo. Despues me despedí para siempre de Melchor de la Ronda, quien me queria tanto, que no pudo dejar de sentir mucho mis desgracia. Observé que mientras le daba cuenta de lo sucedido, su rostro manifestaba sentimiento. No obstante el respeto que debia al arzobispo, no pudo menos de vituperar su conducta; pero como en mi enojo juré que el prelado me las habia de pagar, y que á su costa habia yo de divertir á toda la ciudad, el prudente Melchor me dijo: créeme, amado Gil Blas, pásate tu pena y calla: los hombres plebeyos deben respetar siempre á las personas distinguidas, por mas motivo que tengan para quejarse de ellas. Confieso que hay señores muy groseros que no merecen atencion alguna; pero al fin pueden hacer daño, y es preciso temerlos.

Agradecí al antiguo ayuda de cámara su buen consejo, y le prometí aprovecharme de él. Despues de esto me dijo: si vas á Madrid procura ver á José Navarro, mi sobrino, que es gefe de la reposteria del señor don Baltasar de Zúñiga, y me atrevo á decirte que es un mozo digno de tu amistad. Es franco, vivo, servicial y amigo de hacer bien sin interés; yo quisiera que fuérais amigos. Le respondí que no dejaria de verle luego que llegase á Madrid, á donde pensaba volver. Sali inmediatamente del palacio arzobispal con ánimo de no poner mas en él los pies. Tal vez hubiera marchado al instante á Toledo si hubiese conservado mi caballo; pero le habia vendido en el tiempo de mi fortuna, creyendo que ya no le necesitaria. Resolvi tomar un cuarto amueblado, formando mi plan de permanecer todavía un mes en Granada, y de irme en seguida á casa del conde de Polan.

Como se acercaba la hora de comer, pregunté á mi huésped si habria por allí cerca alguna hosteria, y me respondió que á dos pasos de su casa habia una excelente, en donde daban bien de comer, y á la cual concurrían muchas gentes de forma. Hice me la enseñasen, y fui inmediatamente á ella. Entré en una gran sala bastante parecida á un refectorio: habia sentadas á una mesa larga, cubierta con unos manteles sucios, unas diez ó doce personas, que estaban en conversacion al mismo tiempo que iban despachando su pitanza; trajéronme la mia, que en otra ocasion sin duda me habria hecho sentir la mesa que acababa de perder; pero como estaba entonces tan picado contra el arzobispo, la frugalidad de mi hosteria me parecia preferible á la abundancia de su palacio. Vituperaba la variedad y multitud de manjares que se sirven en semejantes mesas, y discurrendo como pudiera hacerlo siendo médico en Valladolid, decia: desgraciados los que se hallan frecuentemente en mesas tan nocivas, en las que es preciso estar siempre sujetando el apetito para no cargar demasiado el estómago: por poco que se coma ¿no se come siempre bastante? Mi mal humor me hacia alabar los aforismos que antes habia despreciado.

Cuando iba rematando mi racion sin temer pasar los límites de la templanza, entró en la sala el licenciado Luis Garcia, aquel capellan de monjas que logró el curato de Gabia del modo que dejo referido. Al instante que me vió, vino á saludarme precipitadamente como un hombre arrebatado de alegría: me abrazó, y me vi precisado á aguantar un nuevo y muy largo cumplimento, con que me dió gracias por el bien que le habia hecho, moliéndome con demostraciones de reconocimiento. Sentóse á mi lado diciendo: ¡oh! vive Dios, mi amado bienhechor, que pues he tenido la fortuna de encontraros no

nos hemos de despedir sin beber un trago; pero como no vale nada el vino de esta posada, si vmd. gusta, en acabando de comer iremos á cierta parte en donde he de regalar á vmd. con una botella del vino mas seco de Lucena, y un esquisito moscatel de Fuencarral. Por esta vez es preciso correr un gallo: suplico á vmd. que no me niegue este gusto. ¡Que no tenga yo la fortuna de ver á vmd. á lo menos por algunos dias en mi curato de Gabia! a'li obsequiaria á vmd. como á un Mecenaz generoso, á quien debo las comodidades y la tranquilidad de la vida que gozo.

Mientras me hablaba le trajeron su racion. Empezó á comer, pero sin cesar de decirme de cuando en cuando alguna lisonja. En uno de estos intervalos, con moti-



Despues me llevaron á una sala en donde encontré un fraile viejo de no sé qué orden.—Pág. 131.

vo de haberme preguntado por su amigo el mayordomo, le manifesté sin misterio mi salida de la casa arzobispal, y le conté hasta las menores circunstancias de mi desgracia, lo que escuchó con mucha atencion. A vista de tanto como acababa de decirme ¿quién no hubiera creido oírle, lleno de un sentimiento producido por la gratitud, declamar contra el arzobispo? pues no lo hizo así; antes al contrario, bajó la cabeza, estuvo frio y pensativo hasta que acabó de comer, sin hablar mas palabra, y despues levantándose de la mesa aceleradamente, me saludó con frialdad, y se fué. Este ingrato, viendo que ya no podia yo serle útil, ni aun quiso tomarse la molestia de ocultarme su indiferencia. Me rei de su ingratitud, y mirándole con todo el desprecio que merecia, le dije bien alto para que me oyese: ¡hola, hola! prudente capellan de monjas, vaya usted á refrescar ese esquisito vino de Lucena con que me ha convidado.

CAPITULO VI.

Va Gil Blas á ver representar á los cómicos de Granada: de la admiracion que le causó el ver á una actriz, y de lo que le pasó con ella.

Todavía no habia salido Garcia de la sala cuando entraron dos caballeros muy bien portados, que vinieron á sentarse junto á mi. Principiaron á hablar de los cómicos de la compañía de Granada, y de una comedia nueva que se representaba entonces. De su conversacion inferí que aquella pieza era muy aplaudida, y dióme deseo de verla aquella misma tarde. Como casi siempre habia estado en el palacio, en donde estaba anatematizada esta clase de recreo, no habia visto comedia alguna desde que vivia en Granada, y toda mi diversion se habia reducido á las homilias.

Luego que fué hora me marché al teatro, en donde hallé un gran concurso. Oí alrededor de mi diferentes conversaciones sobre la pieza antes que se empezase, y observé que todos se metian á dar su voto sobre ella declarándose unos en pro, otros en contra. Decian á mi derecha: ¿se ha visto jamás una obra mejor escrita? y á mi izquierda exclamaban: ¿qué estilo tan miserable! En verdad se debe convenir en que si abundan los malos autores abundan mas los peores criticos. Cuando pienso en los disgustos que los poetas dramáticos tienen que sufrir, me admiro de que haya algunos tan atrevidos que hagan frente á la ignorancia del vulgo, y á la censura peligrosa de los sabios superficiales, que corrompen algunas veces el juicio del público.

En fin, el gracioso se presentó para dar principio á la escena: por todas partes sonó un palmoteo general, lo que me dió á conocer que era uno de aquellos actores consentidos, á quienes el vulgo todo se lo disimula. Efectivamente, este cómico no decia palabra ni hacia gesto que no le atrajesen aplausos; y como se le manifestaba demasiado el gusto con que se le veia, por eso abusaba de él; pues noté que algunas veces se propasaba tanto sobre la escena, que era necesaria toda la aceptación con que se le oia para que no perdiese su reputacion: si en lugar de aplaudirle le hubiesen silbado frecuentemente, se le hubiera hecho justicia.

Palmotearon tambien del mismo modo á otros comediantes, pero particularmente á una actriz que hacia el papel de graciosa. Miréla con cuidado, y me faltan términos para espresar la sorpresa con que reconocí en ella á Laura, á mi querida Laura, á quien suponía todavía en Madrid al lado de Arsenia. No podia dudar que fuese ella, porque su estatura, sus facciones, y su metal de voz, todo me aseguraba que yo no me equivocaba. Sin embargo, como desconfiara de mis ojos y de mis oidos, pregunté su nombre á un caballero que estaba á mi lado. ¿Pues de qué tierra viene usted? me dijo: sin duda usted acaba de llegar cuando no conoce á la hermosa Estela.

La semejanza era demasiado perfecta para que pudiese equivocarme, y desde luego comprendí bien que Laura al mudar de estado habia tambien mudado de nombre; y deseoso de saber noticias de ella (porque el público jamás ignora las de los cómicos) me informé del mismo sugeto si esta Estela tenia algun cortejo de importancia. Respondióme que un gran señor portugués llamado el marqués de Marialba, que dos meses hacia se hallaba en Granada, era quien gastaba mucho con ella. Mas me hubiera dicho á no haber temido cansarle con mis preguntas. Pensé mas en la noticia que este caballero acababa de darme que en la comedia; y si al salir alguno me hubiese preguntado el asunto de ella, no hubiera sabido qué decirle. Todo el tiempo se me fué en pensar en Laura y Estela, y me determiné á visitarla en su casa al otro día. No dejaba de inquietarme el cómo me recibiria. Tenia fundamento para pensar que no le diese gusto mi visita en el estado tan brillante en que se hallaba, y aun de presumir que una cómica de tanto nombre fingiese no conocerme por vengarse de un hom-

bre del cual tenia ciertamente motivos de estar sentida; pero nada de esto me desanimó. Despues de una cena ligera (pues en mi posada no se hacian de otra clase) me retiré á mi cuarto con mucha impaciencia de hallarme ya en el dia siguiente.

Dormí poco, y me levanté al amanecer: mas pareciéndome que la dama de un gran señor no se dejaria ver tan de mañana, antes de ir á su casa gasté tres ó cuatro horas en componerme, afeitarme, peinarme y perfumarme, porque queria presentarme á ella en tal aparato que no se avergonzase de verme. Salí á cosa de las diez, pregunté en la casa de comedias dónde vivia, y pasé á la suya. Vivía en un cuarto principal de una casa grande. Abrióme la puerta una criada, á quien le dije pasase recado de que un jóven deseaba hablar á la señora Estela. Entró con él, é inmediatamente oí que su ama gritó: ¿quién es ese jóven? ¿qué me quiere? que entre.

Discurri haber llegado en mala ocasion, pues estaria su portugués con ella al tocador, y que para hacerle creer no era muger que recibia recados sospechosos alzaba tanto el grito. Dicho y hecho: estaba allí el marqués de Marialba, que pasaba con ella casi todas las mañanas. Por tanto esperaba yo un mal recibimiento, cuando aquella actriz original viéndome entrar se arrojó á mi con los brazos abiertos, exclamando como fuera de sí: ¡ay, hermano miol ¿eres tú? Diciendo esto me abrazó muchas veces, y volviéndose despues hácia el portugués, le dijo: señor, perdonad si en vuestra presencia cedo á los impulsos de la sangre. Despues de tres años de ausencia no puedo volver á ver á un hermano á quien amo tiernamente, sin darle primero pruebas de mi afecto. Dime, pues, mi amado Gil Blas (continuó dirigiéndose á mí), dime algo de nuestra familia: ¿cómo ha quedado?

Estas palabras me turbaron por el pronto; pero inmediatamente penetré la intencion de Laura, y apoyando su artificio le respondí con un tono propio de la escena que ambos íbamos á representar: nuestros padres están buenos, gracias á Dios, querida hermana. Tú te maravillarás de verme cómica en Granada, interrumpió; pero no me condenes sin oirme. Bien sabes que hace tres años mi padre creyó establecerme ventajosamente casándome con el capitan don Antonio Coello, quien me llevó desde Asturias á Madrid su patria. A los seis meses de estar en ella le sucedió un lance de honor ocasionado de su genio violento, y mató á un caballero que me habia mostrado alguna atencion. Era el muerto de familia muy ilustre, y de mucho valimiento. Mi marido, que ninguno tenia, se salvó huyendo á Cataluña con todo cuanto encontró en casa de dinero y piedras preciosas. Embarcóse en Barcelona, pasó á Italia, se alistó bajo las banderas de los venecianos, y al fin perdió la vida en la Morea en una batalla contra los turcos. En este tiempo fué confiscada una posesion que era el único bien que poseíamos, y vine á quedar reducida á unas asistencias escasisimas. ¿Y qué partido tomar en situacion tan crítica? Una viuda jóven y de honor se halla en mucho compromiso: yo carecia de medios para restituirme á Asturias, ¿y qué haria allí? El solo consuelo que hubiera recibido de mi familia hubiera sido compadecerse de mi desgracia. Por otra parte, yo habia recibido muy buena educacion para resolverme á abrazar una vida licenciosa. ¿Pues qué arbitrio me quedaba? el de hacerme cómica para conservar mi reputacion.

Al oír á Laura finalizar así su novela, fué tal el impulso de risa que me dió que apenas pude reprimirme; pero al fin lo conseguí, y le dije con mucha gravedad: hermana mia, apruebo tu proceder, y me alegro mucho de encontrarte en Granada tan honradamente establecida.

El marqués de Marialba, que no habia perdido una palabra de nuestra conversacion, tomó al pie de la letra todos los enredos que le dió la gana de ensartar á la viuda de don Antonio. Tambien se mezcló en la conver-

sacion preguntándome si tenia algun empleo en Granada, ó en otra parte. Dudé un momento sin mentira; pero me pareció no habia necesidad de ello, y le dije lo cierto, contándole punto por punto cómo habia entrado en casa del arzobispo, y cómo habia salido; lo que divirtió infinito al señor portugués. Es verdad que, á pesar de lo que habia prometido á Melchor, me divertí un poco á costa del arzobispo. Lo mas gracioso fué que imaginando Laura que esta era una novela como la suya, daba unas carcajadas, que hubiera escusado á haber sabido que era la realidad.

Despues de haber acabado mi relacion, que concluí hablando del cuarto que habia tomado alquilado, avisaron para comer. Quise al momento retirarme para ir á comer á mi hosteria, pero Laura me detuvo. ¿En qué piensas? hermano mio, me dijo: has de quedarte á comer conmigo. Tampoco consentiré estés mas tiempo en una posada. Mi intencion es que vivas y comas en mi casa, y así haz traer tu equipage hoy mismo, que aqui hay una cama para tí.

El señor portugués, á quien tal vez no agradaba esta hospitalidad, dijo á Laura: no, Estela, no tienes aqui comodidad para recibir á nadie. Tu hermano, añadió, me parece un buen mozo, y con la recomendacion de ser cosa tan tuya me intereso por él. Quiero tomarle á mi servicio: será á quien mas quiera de mis secretarios, y le haré depositario de mis confianzas. Que no deje de ir desde esta noche á dormir á casa: yo mandaré le pongan un cuarto. Le señalo cuatrocientos ducados de sueldo, y si en adelante tengo motivo, como lo espero, para estar contento con él, le pondré en estado de consolarse de haber sido demasiado sincero con su arzobispo.

A las gracias que di por esto al marqués añadió Laura otras mas espresivas. No hablemos mas de ello, interrumpió el marqués; es negocio concluido. Al acabar estas palabras se despidió de su princesa de teatro, y se marchó. Laura me hizo pasar al momento á un cuarto retirado, en donde viéndose sola conmigo, dijo: hubiera reventado si hubiese contenido mas tiempo la risa, y dejándose caer en un sillón, y apretándose los hijares, empezó á reir como una loca. Yo no pude menos de hacer lo mismo; y cuando nos hubimos cansado me dijo: confiesa, Gil Blas, que acabamos de representar una graciosa comedia; pero yo no esperaba tuviese tan buen fin; mi ánimo solamente era proporcionarte la mesa y cuarto en casa, y para ofrecértelo con decoro fingí que eras mi hermano: me alegro que la casualidad te haya facilitado tan buen acomodo. El marqués de Marialba es un caballero muy generoso, que hará por tí aun mas de lo que ha prometido. Otra que yo, continuó ella, acaso no hubiera recibido con tan buen semblante á un hombre que deja sus amigos sin despedirse de ellos: pero yo soy de aquellas chicas de buena pasta, que vuelven á ver siempre con agrado al picarillo á quien amaron.

Confesé de buena fé mi desatencion, y le pedí me la perdonase; despues de lo cual me llevó á un comedor muy aseado. Nos sentamos á la mesa, y como teniamos de festigos, una doncella y un lacayo, nos tratamos de hermanos. Luego que acabamos de comer, volvimos al mismo cuarto en donde habiamos estado en conversacion, y alli mi incomparable Luara, entregándose á su alegria natural, me pidió cuenta de lo que me habia sucedido desde nuestra última vista. Hicele de ello una fiel narracion, y cuando hube satisfecho su curiosidad, ella contentó la mia relatándome su historia en estos términos.

CAPITULO VII.

Historia de Laura.

Voy á contarte lo mas compendiosamente que pueda por qué casualidad abracé la profesion cómica. Despues que tan honradamente me dejaste, sucedieron grandes acontecimientos. Mi ama Arsenia, mas de cansada que de disgustada del mundo, abjuró el teatro, y me llevó

consigo á una hermosa hacienda que acababa de comprar cerca de Zamora con monedas extranjeras. Bien presto hicimos conocimientos en esta ciudad, á la que ibamos con frecuencia, y en donde nos deteniamos uno ó dos dias.

En uno de estos viagecillos, don Felix Maldonado, hijo único del corregidor, me vió casualmente, y le caí en gracia. Buscó ocasion de hablarme á solas, y por no ocultarte nada, yo contribuí algo para hacérsela hallar. Este caballero no tenia veinte años, era hermoso como un sol, su persona muy bien formada, y encantaba mas todavia con sus modales amables y generosos que con su cara. Me ofreció con tan buena voluntad y tanta instancia un grueso brillante que llevaba en el dedo, que no pude menos de admitirlo. Estaba muy gustosa y vana con un galán tan amable; pero ¡qué mal hacen las mozelas ordinarias en prendarse de los hijos de familia cuyos padres tienen autoridad! El corregidor, que era el mas severo de los de su clase, advertido de nuestro trato, procuró evitar con presteza sus resultas. Me hizo prender por una cuadrilla de esbirros que, á pesar de mis gritos, me llevaron al hospicio de la Caridad.

Alli, sin mas forma de proceso, la superiora me hizo despojar de mi anillo y vestidos, y poner un largo saco de sarga ceniciento, ceñido por la cintura con una ancha correa negra de cuero, de la que pendia un rosario de cuentas gordas que me llegaba hasta los talones. Despues me llevaron á una sala en donde encontré un fraile viejo de no sé qué orden, que principió á exhortarme á la penitencia, del mismo modo poco mas ó menos que la señora Leonarda te exhortó á tí á la paciencia en el sótano. Me dijo debia estar muy agradecida á las personas que me mandaban encerrar alli, pues que me hacian un gran beneficio sacándome de los lazos del demonio, en los cuales estaba infelizmente enredada. Te confieso francamente mi ingratitud; muy lejos de ser agradecida á los que me habian hecho este favor, les echaba mil maldiciones.

Ocho dias pasé sin hallar consuelo; pero á los nueve (porque yo contaba hasta los minutos) mi suerte pareció querer mudar de aspecto. Al atravesar un patio pequeño encontré al mayordomo de la casa, que todo lo mandaba y hasta la superiora le obedecia. No daba las cuentas de su administracion sino al corregidor, de quien únicamente dependia, y que tenia una entera confianza en él. Llamábase don Pedro Zendonó, natural de Salcedo en Vizcaya. Figúrate un hombre alto, pálido, descarnado, y de una catadura propia para modelo de una pintura del buen ladrón. Parecia que ni aun miraba á las hermanas. Cara tan hipócrita no la habrás visto aunque hayas estado en el palacio arzobispal.

Encontré, pues, continuó ella, al señor Zendonó, que me detuvo, diciéndome: consuélate, hija mia, estoy compadecido de tus desgracias. Nada mas dijo, y continuó su camino, dejando á mi arbitrio hacer los comentarios que quisiese sobre un testo tan lacónico. Como yo le tenia por un hombre de bien, me imaginaba fácilmente que se habia tomado el trabajo de examinar la causa de mi encierro, y que no hallándome bastante culpable para merecer que se me tratara tan indignamente, queria empeñarse en mi favor con el corregidor. Pero conocia mal al vizcaino, sus intenciones eran otras. Habia proyectado en su mente hacer un viage, del que me dió parte algunos dias despues. Amada Laura mia, me dijo, es tanto lo que siento tus trabajos, que he resuelto poner fin á ellos. No ignoro, que esto es querer perderme; pero ya no soy mio, ni puedo vivir mas que para tí. La situacion en que te veo, me atraviesa el alma, y así intento sacarte mañana de tu encierro, y llevarte yo mismo á Madrid sacrificándolo todo al placer de ser tu libertador. Poco me faltó para morir de gozo al oír á Zendonó: el cual juzgando por mis estremos que lo que yo mas deseaba era escaparme, tuvo al dia siguiente la osadía de robarme á vista de todos del modo que voy á contar. Dijo á la superiora que tenia orden para llevar-

me á la presencia del corregidor, que se hallaba en una casa de recreo á dos leguas de la ciudad, y me hizo con todo descaro subir con él en una silla de posta, tirada de dos buenas mulas que habia comprado para el caso. No llevábamos con nosotros mas que un criado que conducia la silla, y que era enteramente de la confianza del mayordomo. Comenzamos á caminar, no como yo creia hácia Madrid, sino hácia las fronteras de Portugal, á donde llegamos en menos tiempo del que necesitaba el corregidor de Zamora para saber nuestra fuga y despachar en nuestro seguimiento sus galgos. Antes de entrar en Braganza, el vizcaino me hizo poner un vestido de hombre que llevaba prevenido, y contándome ya por suya, me dijo en la hosteria donde nos alojamos: bella Laura, no tomes á mal que te haya traído á Portugal. El corregidor de Zamora nos hará buscar en nuestra patria como á dos criminales á quienes la España no debe dar ningun asilo; pero, añadió él, podemos ponernos á cubierto de su resentimiento en este reino extraño, aunque en el dia esté sujeto al dominio español: á lo menos estaremos aqui mas seguros que en nuestro pais. Déjate, pues, persuadir, ángel mio: sigue á un hombre que te adora; vamos á vivir á Coimbra; alli pasaremos sin temor nuestros dias en medio de unos pacíficos placeres.

Una propuesta tan eficaz me hizo ver que trataba con un caballero á quien no gustaba servir de conductor á las princesas por la gloria de la caballeria. Comprendi que contaba mucho con mi agradecimiento, y aun mas con mi miseria. Sin embargo, aunque estos dos motivos me hablaban en su favor, me negué resultantemente á lo que me proponia. Es verdad que por mi parte tenia dos razones poderosas para mostrarme tan reservada, pues no era de mi gusto ni lo creia rico. Pero cuando volviendo á estrecharme ofreció ante todas cosas casarse conmigo, y me hizo ver palpablemente que su administracion le habia suministrado caudal para mucho tiempo, no lo oculto, comencé á escucharle. Me deslumbró el oro y la pedreria que me enseñó, y entonces experimenté que el interés sabe hacer trasformaciones tan bien como el amor. Mi vizcaino fué poco á poco haciéndose otro hombre á mis ojos: su cuerpo alto y seco se me representó de una estatura fina y delicada; su palidez una blancura hermosa, y hasta su aspecto hipócrita me mereció un nombre favorable. Entonces acepté sin repugnancia su mano á presencia del cielo, á quien tomó por testigo de nuestra union. Despues de esto ya no tuvo que experimentar ninguna contradiccion por mi parte, y siguiendo nuestro camino, muy presto Coimbra recibió dentro de sus muros á un nuevo matrimonio.

Mi marido me compró muy buenos vestidos de muger, y me regaló muchos diamantes, entre los cuales conocí el de don Felix Maldonado. No necesité mas para adivinar de donde venian todas las piedras preciosas que yo habia visto, y para persuadirme de que no me habia casado con un rígido observador del séptimo artículo del Decálogo; pero considerándome como la causa primera de sus juegos de manos se los perdonaba. Una muger disculpa hasta las malas acciones que hace cometer su hermosura; y á no ser esto, ¡qué mal hombre me hubiera parecido!

Dos ó tres meses pasé con él bastante gustosa, porque me hacia mil cariños, y parecia amarme tiernamente. Sin embargo, las pruebas de amistad que me daba no eran mas que falsas apariencias. El bribon me engañaba, y me preparaba el trato que toda soltera seducida por un hombre infame debe esperar de él. Un dia á mi vuelta de misa no encontré en la casa mas que las paredes. Los muebles y hasta mis ropas habian desaparecido. Zendono y su fiel criado habian tomado tan bien sus medidas, que en menos de una hora se habia ejecutado completamente el despojo de mi casa; de modo que con el solo vestido que llevaba puesto, y la sortija de don Felix que por fortuna tenia en el dedo, me vi como otra Ariadna abandonada de un ingrato. Pero te aseguro que

no me entretuve á hacer elegias sobre mi infortunio, antes bien di gracias al cielo por haberme librado de un perverso que no podia menos de caer tarde ó temprano en manos de la justicia. Miré el tiempo que habiamos pasado juntos, como un tiempo perdido que yo no tardaria en reparar. Si hubiera querido permanecer en Portugal y entrar al servicio de alguna señora ilustre, las habria tenido de sobra; pero ya fuese el amor que tenia á mi pais, ó ya fuese arrastrada por la fuerza de mi estrella que me preparaba alli mejor suerte, solo pensé en volver á España. Vendí el diamante á un joyero, que me dió su importe en monedas de oro, y sali con una señora española, ya anciana, que iba á Sevilla en una silla volante.

Esta señora, llamada Dorotea, venia de ver á una parienta suya que vivia en Coimbra, y se volvia á Sevilla en donde tenia su casa. Congeniamos ambas de tal modo que desde la primera jornada trabamos amistad, la que se estrechó tanto en el camino, que cuando llegamos á Sevilla no me permitió alojar sino en su casa. No tuve motivo para arrepentirme de haber hecho semejante conocimiento, pues no he visto jamás muger de mejor carácter. Todavía se descubria en sus facciones y en la viveza de sus ojos, que en su mocedad habria hecho puntear á sus rejas bastantes guitarras, y por eso



Una infinidad de sujetos vinieron á ofrecerme sus obsequios y facultades.—Pág. 134.

sin duda habia tenido muchos maridos nobles, y vivia honradamente con lo que le dejaron.

Entre otras excelentes prendas tenia la de ser muy compasiva con las doncellas desgraciadas. Cuando le conté mis infortunios tomó con tanto ardor mi causa que llenó de maldiciones á Zendono. ¡Ah perros! dijo en un tono que parecia haber encontrado en su viage algun mayordomo. ¡Miserables! en el mundo hay bribones que como éste se deleitan en engañar á las mugeres. Lo que

me consuela, querida hija mia, es que segun tu relacion, no estás ligada con el pérfido vizcaino. Si tu casamiento con él es bastante bueno para servirte de disculpa, en recompensa es bastante malo para permitirte contraer otro mejor cuando halles ocasion para ello.

Todos los dias salia con Dorotea para ir á la iglesia, ó á visitar á alguna amiga, que es el medio seguro de encontrar prontamente alguna aventura. Me atraje las miradas de muchos caballeros, entre los cuales algunos quisieron tentar el vado. Hablaron por segunda mano á mi vieja patrona; pero los unos no tenian con que sopor- tar los gastos de un menage y los restantes todavia eran unos babosos, lo que bastaba para quitarme la gana de escucharlos, sabiendo por mi esperiencia las consecuencias de ello. Un dia nos ocurrió ir á ver representar los cómicos de Sevilla que habian anunciado en los carteles la representacion de la comedia famosa *el Embajador de si mismo*, compuesta por Lope de Vega Carpio.

Entre las actrices que se presentaron en el teatro, vi á una de mis antiguas amigas, á Fenicia, aquella moza gorda, pero muy alegre, que te acordarás era criada de Florimunda, y con quien cenaste algunas veces en casa de Arsenia. Sabia muy bien que Fenicia hacia mas de dos años que no estaba en Madrid, pero ignoraba que fuese cómica. Era tal la impaciencia que tenia de abrazarla que me pareció larguísima la pieza. Quizá tenian tambien la culpa los que la representaban, que no lo hacian ni tan bien ni tan mal que me divirtieran; porque te confieso que, como soy tan risueña, un cómico perfectamente ridiculo no me divierte menos que uno excelente. En fin, llegado el esperado momento, es decir, el fin de la famosa comedia, fuimos mi viuda y yo al vestuario, en donde vimos á Fenicia que hacia la desdeñosa, escuchando con melindres el dulce gorgo de un tierno pajarito, que al parecer se habia dejado coger con la liga de su declamacion. Luego que me vió se despidió de él cortesmente, vino á mí con los brazos abiertos, y me dió todas las muestras de amistad imaginables. Por mi parte la abracé con el mayor agrado. Mútuamente nos manifestamos el placer que teniamos en volvernos á ver; pero no permitiéndonos el tiempo ni el sitio meternos en una larga conversacion, dejamos para el dia inmediato el hablar en su casa mas estensamente.

El gusto de hablar es una de las pasiones mas vivas de las mugeres, y particularmente la mia. No pude pegar los ojos en toda la noche, tal era el deseo que tenia de verme con Fenicia, y hacerle preguntas sobre preguntas. Dios sabe si fui perezosa para levantarme é ir á donde me habia dicho que vivia. Estaba alojada con toda la compañía en un gran meson. Una criada que encontré al entrar, y á quien supliqué me condujese al cuarto de Fenicia, me hizo subir á un corredor, á lo largo del cual habia diez ó doce cuartos pequeños, separados solamente por unos tabiques de madera, y ocupados por la cuadrilla alegre. Mi conductora tocó á una puerta, la cual abrió Fenicia, cuya lengua rabiaba tanto como la mia por hablar. Apenas nos tomamos el tiempo de sentarnos, y nos pusimos en disposicion de hablar sin cesar. Teniamos que preguntarnos sobre tantas cosas, que se atropellaban las preguntas y las respuestas de un modo extraordinario.

Despues de haber contado mútuamente nuestras aventuras, é instruidas del actual estado de nuestros asuntos, me preguntó Fenicia, qué partido queria tomar: porque al fin, me dijo, es preciso hacer alguna cosa, no estando bien visto en una persona de tu edad el ser inútil á la sociedad. Respondile que habia resuelto, hasta encontrar mejor fortuna, colocarme con alguna señorita distinguida. Quitate allá, exclamó mi amiga, no pienses en eso. ¿Es posible, amiga mia, que aun no te hayas cansado de servir? ¿no te has fastidiado de estar sujeta á la voluntad de otros, respetar sus caprichos, oír que te regañan, y en una palabra de ser esclava? ¿por qué no abrazas como yo la vida cómica? ninguna cosa es mas conveniente para las personas de talento que carecen de

posibles y de lucida cuna. Es un estado medio entre la nobleza y la plebe, una condicion libre y desembarazada de las etiquetas mas incómodas de la vida civil. Nuestras rentas nos las paga en moneda contante el público, que es el poseedor de sus fondos; en una palabra, siempre vivimos alegres, y gastamos nuestro dinero del mismo modo que le ganamos.

El teatro, prosiguió, favorece sobre todo á las mugeres. Todavía me salen los colores al rostro siempre que me acuerdo de que cuando servia á Florimunda no oia sino á los criados de la compañía del Principe, y que ningun hombre de suposicion me miraba á la cara. ¿De qué nacia esto? de que yo no hacia alli papel: por buena que sea una pintura, no se celebra si no se espone á la vista pública. Pero despues que me puse en chapines, esto es, que parecí en las tablas ¡qué mudanza! Traigo al retortero á los mejores mozos de los pueblos por donde pasamos. Una cómica tiene cierto atractivo en su oficio; si es discreta (quiero decir, que no favorece mas que á un solo amante) esto le hace un honor distinguido: se celebra su moderacion; y cuando muda de galan la miran como una verdadera viuda que se vuelve á casar. Y aun á una viuda se la mira con desprecio si contrae terceras nupcias, porque no parece sino que esto hiere la delicadeza de los hombres; al paso que una dama parece hacerse mas apreciable á medida que aumenta el número de sus favorecidos, pues todavia despues de haber tenido cien cortejos es un manjar apetitoso.

¿A quién cuentas eso? interrumpí yo al llegar aqui: ¿piensas tú que ignoro esas ventajas? las he considerado muchas veces; y, hablándote sin ningun disimulo, te digo que lisonjean sobrado á una muchacha de mi genio. Conozco en mí mucha inclinacion á la vida cómica; pero esto no basta, pues se requiere talento, y yo no tengo ninguno; algunas veces me he puesto á recitar relaciones de comedias delante de Arsenia, y no ha quedado satisfecha de mí, lo que me ha hecho no gustar del arte. No es extraño que le hayas disgustado, replicó Fenicia: ¿ignoras que esas grandes actrices son por lo comun envidiosas? á pesar de su vanidad temen se les presenten personas que las desluzcan. En fin, yo sobre este asunto no me atendria solamente al voto de Arsenia; su decision no ha sido sincera. Dígame sin lisonja que has nacido para el teatro. Tienes naturalidad, accion despejada y muy graciosa, un metal de voz suave, buen pecho, y sobre todo un buen palmito de cara. ¡Ah, picaruela, á cuántos encantarás si te haces comedianta!

A esto añadió otras espresiones seductoras, y me hizo declamar algunos versos para convencerme á mí misma de la excelente disposicion que tenia para el teatro; y habiéndome oido, fueron mayores sus elogios, hasta decirme que me aventajaba á todas las actrices de Madrid. En vista de esto no debia ya dudar de mi mérito, ni dejar de acusar á Arsenia de envidiosa y de mala fé. Me fué preciso convenir en que mi persona valia mucho. Fenicia me hizo repetir los mismos versos delante de dos cómicos que entraron en aquella sazon, los que se quedaron pasmados, y cuando volvieron de su admiracion fué para colmarme de alabanzas. Hablando sériamente, te aseguro que aunque los tres hubieran ido á porfia sobre quién me habia de elogiar mas, no hubieran empleado mas hipérbolos. Mi modestia tuvo que padecer con tantos elogios. Principié á creer que valia algo, y héme aqui resuelta á abrazar la profesion cómica.

No hablemos mas, querida mia, dije á Fenicia, está hecho: quiero seguir tu consejo, y entrar en la compañía si no hay inconveniente. A esto mi amiga, arrebatada toda de gozo, me abrazó, y sus dos compañeros no manifestaron menos alegría que ella al ver mi determinacion. Quedamos en que al dia siguiente por la mañana iria al teatro y repetiria delante de toda la compañía el mismo ensayo. Si en casa de Fenicia adquiri una opinion ventajosa, todavía fué mas favorable la de los comediantes despues que recité en su presencia solo unos veinte versos; y asi me recibieron muy gustosos en la compa-

ña. Desde entonces puse mi atención solo en el modo con que había de salir la primera vez á las tablas. Para que fuese con mas lucimiento, gasté todo el dinero que me quedaba de la sortija, y si no me presenté con ostentación, á lo menos hallé el arte de suplir la falta de magnificencia con un gusto delicado. Presentéme en fin por la primera vez en la escena; ¡qué palmadas! ¡qué aplausos! no faltaré, amigo mio, á la modestia si te digo que arrebaté la atención de los espectadores. Era preciso haber presenciado la celebridad que adquirí en Sevilla para creerla. Fui el objeto de todas las conversaciones de la ciudad, la que por tres semanas acudió á bandadas á la comedia, de modo que la compañía con esta novedad atrajo al público, que ya empezaba á desampararla. Me presenté de un modo que hechizó á todos, lo que fué publicar que me vendía al que mas diera. Una infinidad de sujetos de todas edades y condiciones vinieron á ofrecerme sus obsequios y facultades. Por mi gusto hubiera escogido al mas jóven y bonito; pero nosotras solamente debemos mirar al interés y á la ambición cuando se trata de tomar una amistad. Esta es regla del teatro, por cuya razón mereció la preferencia don Ambrosio de Nisaña, hombre viejo y de muy rara figura, pero rico, generoso, y uno de los señores mas poderosos de Andalucía. Es verdad que le costó caro. Tomó para mi una hermosa casa, la adornó magníficamente, me buscó un buen cocinero, dos lacayos, una doncella, y me señaló para el gasto mil ducados mensuales. Añade á esto, ricos vestidos y muchas joyas. Arsenia nunca llegó á un estado tan brillante.

¡Qué mudanza en mi fortuna! ni aun yo podía comprenderla, ni me conocia á mi misma; por lo que no me espanto de que haya tantas que se olviden prontamente de la nada y miseria de donde lassacó el capricho de algun poderoso. Te confieso ingénuamente que los aplausos del público, las espresiones lisonjeras que oia por todas partes, y la pasión de don Ambrosio me infundieron una vanidad que llegó hasta la extravagancia. Miré mi habilidad como un título de nobleza, y tomé el aire de una señora; ya escaseaba tanto las miradas cariñosas, cuanto las había prodigado antes; de suerte que me puse en el pie de no hacer caso sino de duques, condes y marqueses.

El señor Nisaña con algunos de sus amigos venia todas las noches á cenar á casa: yo por mi parte procuraba juntar las cómicas mas divertidas, y pasábamos la mayor parte de la noche en beber y reir. Una vida tan agradable me acomodaba mucho; pero no duró mas que seis meses. Si los señores no tuvieran la facilidad de cansarse, serian muy amables. Don Ambrosio me dejó por una maja granadina que acababa de llegar á Sevilla, con muchas gracias, y el talento suficiente para hacerlas valer. Mi aflicción no duró mas que veinte y cuatro horas, porque inmediatamente ocupó su lugar un caballero de veinte y dos años llamado don Luis Alcacer, tan bello mozo que pocos podian comparársele. Con razón me preguntarás por qué elegí á un señor tan jóven, sabiendo que el trato con esta clase de amantes es peligroso; y yo te diré que don Luis ni tenia padre ni madre, y que ya disponia de su hacienda; además que este trato solo deben temerlo las criadas y las miserables aventureras; las mugeres de nuestra profesion son personas de título; nunca somos responsables de los efectos que producen nuestros atractivos. Desgraciadas las familias á cuyos herederos hemos desplumado.

Nos apasionamos tan estremadamente uno de otro Alcacer y yo, que dudo haya habido jamás amor como el nuestro. No amábamos con tanto ardor que no parecía sino que estábamos hechizados; los que sabian nuestra pasión nos creian los amantes mas dichosos del mundo, y tal vez éramos los mas infelices. Don Luis era amable por su rostro; pero tan celoso, que me atormentaba á cada instante con injustos celos. Por mas que yo procurase no mirar á hombre alguno para acomodarme á su flaqueza, su ingeniosa desconfianza hallaba delitos con que inutilizaba mi cuidado. Si estaba en la escena, le parecia

que mientras representaba miraba al descuido cariñosamente á algun jóven, y me llenaba de reconvenciones. En una palabra, nuestras mas tiernas conversaciones estaban siempre mezcladas de quejas. No pudimos aguantar mas; á ambos nos faltó la paciencia, y nos separamos amigablemente. ¿Creerás tú que el último dia de nuestra amistad fué el mas gustoso que habíamos tenido hasta entonces? Igualmente fatigados los dos de los males que habíamos padecido, nos despedimos con la mayor alegría, semejantes á dos miserables cautivos que recobran su libertad despues de una dura esclavitud.

Desde entonces he procurado precaverme del amor, y no quiero mas amistad que turbe mi reposo. No sienta bien en nosotras suspirar como las demás mugeres, ni debemos abrigar en nuestro pecho una pasión, cuyas ridiculeces hacemos ver al público.

Entretanto mi fama iba tomando mas vuelo, publicando por todas partes que yo era una actriz inimitable. Tanta nombradía, movió á los comediantes de Granada á que me escribiesen convidándome con una plaza en su compañía; y para hacerme ver que la propuesta no era despreciable, me enviaron una razón del importe de sus últimas entradas, y de sus caudales, por lo cual pareciéndome un partido ventajoso lo acepté, aunque en lo íntimo de mi corazón sentia dejar á Fenicia y á Dorotea, á quienes amaba tanto cuanto una muger es capaz de amar á otra. A la primera la dejé en Sevilla ocupada en derretir la vajilla de un platerillo, que por vanidad queria tener por cortejo á una comediante. Se me ha olvidado decirte que al hacerme cómica mudé por capricho el nombre de Laura en el de Estela, y con este salí para Granada.

Allí principié mi ejercicio con tanta felicidad como en Sevilla, é inmediatamente me vi rodeada de amantes, pero como no queria favorecer sino á quien diese buenas señales, me porté con tal reserva que pude ofuscarlos. Sin embargo, temiendo pagar la pena de una conducta que de nada servia, y que no me era natural, pensaba declararme á favor de un oidor jóven, de nacimiento plebeyo, quien por razón de su empleo, de una buena mesa, y de arrastrar coche, hacia el papel de señor, cuando vi la primera vez al marqués de Marialba. Este señor portugués, que viaja en España por mera curiosidad, al pasar por Granada se detuvo. Fué á la comedia, y aquel dia no representé yo. Miró con mucha atención á las actrices que se presentaron, halló una que le gustó, y desde el dia siguiente empezó á tratar con ella. Estaba ya para convenirse cuando me presenté yo en el teatro. Mi presencia y mis monadas volvieron prontamente la veleta. Ya mi portugués no pensó mas que en mí, y á decir verdad, como yo no ignoraba que mi compañera había agradado á este señor, procuré desbancarla, y tuve la fortuna de conseguirlo. Bien sé que ella me ha aborrecido; pero esto poco importa. Debiera saber que entre las mugeres es natural esta ambición, y que las mas íntimas amigas no hacen escrúpulo de ella.

CAPITULO VIII.

Del recibimiento que hicieron á Gil Blas los cómicos de Granada, y de la persona á quien reconoció en el vestuario.

En el punto mismo que Laura acababa de contar su historia, llegó una comediante vieja, vecina suya, que venia á sacarla para ir á la comedia. Esta venerable heroína de teatro hubiera sido primorosa para hacer el papel de la diosa Cotys. Mi hermana no dejó de presentar su hermano á esta figura añeja, y sobre ello mediaron grandes cumplimientos de ambas partes.

Las dejé solas, diciendo á la viuda del mayordomo que iria á buscarla al teatro luego que hubiera hecho llevar mi ropa á casa del marqués, que ella me enseñó. Fui inmediatamente al cuarto que tenia alquilado, pagué á mi huésped, di á un mozo mi maleta, y fui con él á una gran posada en donde estaba alojado mi amo. En-

contré á la puerta á su mayordomo, que me preguntó si era yo el hermano de la señora Estela. Respondí que sí, y me dijo: pues sea usted muy bien venido, caballero. El marqués de Marialba, de quien tengo la honra de ser mayordomo, me ha mandado os reciba con todo agasajo: se le ha preparado á usted un cuarto; si usted gusta yo se le enseñaré. Me subió á lo último de la casa, y me introdujo en un aposento tan pequeño que solo cabía una cama muy estrecha, un armario y dos sillas; tal era mi habitación. Usted no estará aquí muy á sus anchuras, me dijo mi conductor, pero en recompensa prometo á usted que en Lisboa estará soberbiamente alojado. Metí mi maleta en el armario, del cual me llevé la llave, y pregunté á qué hora se cenaba. Me respondieron que el señor cenaba comunmente fuera, y que daba á cada criado un tanto al mes para su mantenimiento. Hice algunas otras preguntas, y conocí que los criados del marqués eran unos holgazanes afortunados. Al cabo de una breve conversacion dejé al mayordomo, y fui á buscar á Laura, entretenido agradablemente con los presagios de mi nuevo acomodo.

Luego que llegué á la puerta de la casa de comedias, y dije era hermano de Estela, todo se me franqueó. Hubiérais visto las centinelas hacerme paso á porfía; como si yo fuera uno de los principales personajes de Granada. Todos los dependientes del teatro que encontré en el tránsito me hicieron profundas reverencias. Pero lo que yo quisiera poder pintar bien al lector, es el recibimiento que con una seriedad cómica me hicieron en el vestuario, en donde encontré toda la compañía vestida ya, y pronta á principiar. Los comediantes y comediantas, á quienes Laura me presentó, se agolparon hácia mí. Los hombres me confundieron á abrazos, y las mugeres en seguida aplicando sus rostros pintados al mio, lo llenaron de arrebol y blanquete. Ninguno quería ser el último á cumplimentarme, y todos se pusieron á hablarme á un tiempo. No bastaba yo á responderles; pero mi hermana vino á mi socorro, y como tenía ejercitada la lengua, cumplió con todos por mí.

No pararon los cumplimientos en los actores y actrices: fué preciso aguantar los del tramoyista, violinistas, apuntador, despabilador y sotadespabilador; en fin, de todos los dependientes del teatro, que al rumor de mi llegada vinieron corriendo á examinar mi persona: no parecía sino que estas gentes eran todas de la inclusa, que jamás habían visto hermanos.

Entretanto empezó la comedia: algunos caballeros que estaban en el vestuario se retiraron á tomar sus asientos, y yo, como de casa, continué en conversacion con los actores que no representaban. Entre éstos había uno á quien llamaron y oí le nombraron Melchor. Este nombre me chocó; y habiendo mirado atentamente al sugeto á quien se le daba, me pareció haberle visto en alguna parte. Al fin me acordé de él, y vi que era Melchor Zapata, aquel pobre cómico de la legua que, como dije en el libro segundo de mi historia, estaba mojado mendrugos de pau en una fuente.

Al instante le llamé aparte, y le dije: sino me engaño, usted es el señor Melchor con quien tuve la honra de almorzar un día á la orilla de una clara fuente entre Valladolid y Segovia. Iba yo con un mancebo de barbero, juntamos algunas provisiones que llevábamos con las de usted y compusimos entre los tres una comida escasa, que se sazónó con mil conversaciones agradables. Zapata se quedó como pensativo algunos instantes, y despues me respondió: usted me habla de una cosa de que sin dificultad hago memoria: entonces venia de Madrid, en donde había salido para prueba en aquel teatro, y me volvía á Zamora. También me acuerdo que mis negocios andaban de mala data. Y yo por esas señas, le dije, vengo en conocimiento de que usted llevaba un jubon forrado de carteles de comedias. Tampoco he olvidado que usted se quejaba en aquel tiempo de que tenía una muger muy honesta. ¡Oh! por esa parte ya no me quejo, dijo Zapata con precipitacion: vive diez que

la buena muger se ha enmendado en esto, y así mi jubon va mejor forrado.

Al ir á darle la enhorabuena de tan feliz mudanza, tuvo precision de dejarme para salir á la escena. Con el deseo de conocer á su muger, me acerqué á un comediante, y le supliqué me la mostrase, lo que hizo diciéndome: véala usted, esa es Narcisa, la mas linda de nuestras damas despues de la hermana de usted. Juzgué que esta actriz debía ser aquella á quien se había aficionado el marqués de Marialba antes de haber visto á su Estela, y mi conjetura no salió errada. Acabada la comedia acompañé á Laura á su casa en donde vi muchos cocineros que estaban disponiendo una gran cena. Aquí puedes cenar, me dijo ella. Nada menos que eso, le respondí; el marqués querrá quizá estar solo contigo: no, respondió ella, ahora vendrá con dos amigos suyos, y uno de nuestros compañeros; y si tú quieres, serás la sexta persona. Bien sabes que en casa de las cómicas los secretarios tienen privilegio de comer con sus amos. Es verdad, le dije; pero todavía no es tiempo de contarme entre los secretarios favoritos: para obtener este cargo honorífico debo antes emplearme en alguna comision de confianza. Diciendo esto dejé á Laura, y fui á mi hostería, donde hice ánimo de comer todos los días, porque mi amo no tenía casa.

CAPITULO IX.

Del hombre extraordinario con quien Gil Bias cenó aquella noche y de lo que pasó entre ellos.

Advertí que en un rincón de la sala estaba cenando solo un fraile viejo, vestido de paño pardo, y por curiosidad me senté enfrente de él; saludéle con mucha urbanidad, y él no se mostró menos cortés que yo. Trajéronme mi pitanza, que principié á despachar con buenas ganas, y mientras comia sin decir una palabra, miraba frecuentemente á este raro personaje, y siempre le hallé puestos los ojos en mí. Cansado de su afán en mirarme, le hablé en estos términos: padre, ¿nos habremos visto tal vez en otra parte fuera de aquí? Usted me está observando como á un hombre que no le es enteramente desconocido.

Respondíome con mucha gravedad: si os miro con esta atencion solo es para admirar la singular variedad de aventuras que están grabadas en las rayas de vuestro rostro. A lo que veo, le dije con aire burlon, vuestra reverencia sabe la metoposcopia. Bien podría lisonjearme de poseerla, dijo el fraile, y de haber pronosticado cosas que el tiempo no ha desmentido; no sé menos la quiromancia, y me atrevo á decir que mis oráculos son infalibles cuando he comparado la inspeccion de la mano con la del rostro.

Aunque aquel viejo tenía todo el aspecto de hombre sabio, me pareció tan loco que no pude dejar de reirme en su cara; pero en lugar de ofenderse de mi descortesía, se sonrió de ella, y despues de haber paseado su vista por la sala, y asegurándose de que nadie nos oía, continuó hablando de esta manera: no me espanto de veros opuesto á estas dos ciencias que en el día se tienen por frivolas: el largo y penoso estudio que requieren, desanima á todos los sabios, que despechados de no haberlas podido adquirir las abandonan y desacreditan. Por lo que hace á mí no me ha acobardado la oscuridad en que están envueltas, ni tampoco las dificultades que se suceden sin cesar en la indagacion de los secretos químicos, y en el arte maravilloso de transmutar los metales en oro.

Pero no presumo (prosiguió habiendo tomado nuevo aliento) que hablo con un jóven que conceptúe de sueños mis pensamientos. Una leve prueba de mi habilidad os dispondrá á juzgar mas favorablemente de mí, que todo cuanto pudiera decirnos. Dicho esto, sacó del bolsillo un frasquillo lleno de un licor encarnado, y prosiguió diciéndome: vea usted aquí un elixir que he compuesto

esta mañana del zumo de ciertas plantas destiladas por alambique, porque á imitacion de Demócrito he emp'cado casi toda mi vida en descubrir las propiedades de los simples y de los minerales. Usted va á experimentar su virtud. El vino que estamos bebiendo es muy malo; pues



va á ser esquisito. Al mismo tiempo echó dos gotas de su elixir en mi botella, que volvieron mi vino mas delicioso que los mejores que se beben en España.

Todo lo maravilloso sorprende, y una vez preocupada la imaginacion, el juicio se estravía. Pasmado de ver un secreto tan bueno, y persuadido de que era menester ser poco menos que diablo para haberlo hallado, exclamé lleno de admiracion: ¡oh, padre mio! suplico á usted me perdone si antes le he tenido por un viejo loco. Ahora le hago á usted justicia: no necesito ver mas para estar convencido de que, si quisiera, podria hacer en un instante un tejo de oro de una barra de hierro. ¡Qué dichoso fuera yo si poseyera esa admirable ciencia! El cielo os libre de tenerla jamás, interrumpió el viejo dando un profundo suspiro. Tú no sabes, hijo mio, lo que deseas. En lugar de envidiarme, ténme mas bien lástima de haber tomado tanto trabajo para hacerme infeliz. Siempre vivo inquieto, temo ser descubierto, y que una prision perpétua sea el premio de todos mis afanes. Con este temor paso una vida errante, disfrazado unas veces de clérigo ó fraile, y otras de caballero ó paisano. ¿Y te parece que será ventajoso el saber hacer oro á ese precio? Y ¿las riquezas no son un verdadero suplicio para aquellos que no las disfrutan con quietud?

Este discurso me parece muy sensato, dije entonces al filósofo. Nada iguala al gusto de vivir con sosiego; usted me hace mirar con desprecio la piedra filosofal. Yo os estimaria que me vaticináseis lo que me ha de acontecer. De muy buena gana, hijo mio, me respondió; ya he observado vuestra fisonomía; mostrad vuestra mano. Presentéla con una confianza que no me hará honor en el ánimo de algunos lectores, que en mi lugar habrian

hecho otro tanto. La examinó muy atentamente, y al momento exclamó: ¡ah! ¡y qué de tránsitos de la afliccion á la alegría, y de la alegría á la afliccion! ¡qué sério azarosa de desgracias y de prosperidades! mas ya habeis experimentado una gran parte de estas alternativas de la fortuna; y no os restan mas desgracias que probar: un señor os dará un buen destino, que no estará sujeto á mutaciones.

Despues de haberme afirmado que podia estar seguro de su pronóstico, se despidió de mí saliendo de la hosteria, donde quedé muy pensativo de lo que acababa de oír.

No dudaba yo que fuese el marqués de Marialba el tal señor, y por consiguiente nada parecia mas posible que el cumplimiento del vaticinio. Pero aun cuando yo no hubiese visto la menor apariencia de ello, no me hubiera impedido eso el dar al fraile entero crédito: tanta era la autoridad que por su elixir habia cobrado en mi ánimo.

Por mi parte, para acelerar la felicidad que me habia predicho, determiné servir al marqués con mas afecto que lo habia hecho á ninguno de los otros amos. Con esta resolucion me retiré á nuestra posada con una alegría imponderable cual nunca sacó una muger de casa de las decidoras de la buena ventura.

CAPITULO X.

De la comision que el marqués de Marialba dió á Gil Blas, y cómo la desempeñó este fiel secretario.

Todavía no habia vuelto el marqués de casa de la comediante; pero en su aposento encontré á los ayudas de cámara que jugaban á los naipes esperando su venida. Me introduje con ellos, y nos entretuvimos alegremente hasta las dos de la madrugada en que llegó nuestro amo. Sorprendióse un poco al verme, y me dijo con una afebilidad que daba á entender volvía contento de su visita. Gil Blas, ¿por qué no te has acostado? Yo le respondí que queria saber antes si tenia alguna cosa que mandarme. Puede ser, dijo, te encargue por la mañana un asunto, y entonces te daré mis órdenes. Vé á descansar, y sabe que te dispense de esperarme, pues me bastan los ayudas de cámara. Despues de esta advertencia, que no dejó de agradarme, pues me escusaba la sujecion que algunas veces hubiera llevado con disgusto, dejé al marqués en su cuarto, y me retiré á mi guardilla. Me acosté; pero no pudiendo dormir seguí el consejo de Pitágoras, de traer á la memoria por la noche lo que hemos hecho en el dia, para aplaudir nuestras buenas acciones, ó vituperar las malas.

Mi conciencia no estaba tan limpia que dejase de recordarme haber apoyado la mentira de Laura. Por mas que yo me decia para disculparme de que no habia podido decentemente desmentir á una muchacha que no habia tenido otra mira que la de mi bien, y que en algun modo me habia visto en la precision de ser cómplice de su engaño; poco satisfecho de su excusa, yo mismo me respondia que no debia llevar tan adelante el embuste, y que era demasiado descaro el querer vivir con un señor cuya confianza pagaba tan mal. En fin, despues de un severo exámen convine en que si no era un bribon, me faltaba poco.

Pasando de aqui á las consecuencias, reflexioné que aventuraba mucho en engañar á un hombre de distincion, quien por mis pecados acaso tardaria poco en descubrir el enredo. Una reflexion tan juiciosa aterró algun tanto mi espíritu; pero bien presto desvanecieron mi temor las ideas del contento y del interés. Por otra parte la profecía del hombre del elixir hubiera bastado para tranquilizarme, y asi me entregué á imágenes muy risueñas. Me puse á hacer cuentas de aritmética y á calcular para conmigo mismo la suma á que ascenderian mis salarios al cabo de diez años de servicio. A esto añadí las gratificaciones que recibiria de mi amo; y midiénd-

dolas por su carácter liberal, ó mas bien, segun mis deseos, tenia una intemperancia de imaginacion, si puede hablarse de este modo, que no ponía límites á mi fortuna. Tanta felicidad me concilió poco á poco el sueño, y me quedé dormido haciendo castillos en el aire.

Por la mañana me levanté á cosa de las nueve para ir á recibir órdenes de mi amo; pero al abrir mi puerta para salir me admiré de verle venir en bata y gorro. Estaba solo, y me dijo: Gil Blas, al despedirme anoche de tu hermana, le ofreci pasar á su casa esta mañana; pero un negocio de importancia no me permite cumplirlo. Vé y dile de mi parte cuanto siento este contratiempo y asegúrale que aun cenaré esta noche con ella. No es esto lo mas, añadió entregándome una bolsa con una cajita de zapa guarnecida de piedras; llévale mi retrato, y toma para ti esta bolsa, en donde van cincuenta doblones, que te doy en prueba de la amistad que ya te he cobrado. Con una mano tomé el retrato, y con la otra la bolsa de mi tan poco merecida. Fui corriendo al momento en casa de Laura, diciendo en medio del exceso de alegría que me enagenaba: bueno, bueno, la predicción se verifica visiblemente. ¡Qué fortuna es ser hermano de una buena moza que admite galanteos! Es lástima que no haya en esto tanta honra como provecho y utilidad.

Laura, contra la costumbre de las personas de su profesion, solia madrugar. Halléla al tocador, en donde, esperando á su portugués, añadía á su hermosura natural todos los atractivos auxiliares que el arte podia prestarle. Amable Estela, le dije al entrar, imán de los extranjeros, ya puedo comer con mi amo, pues me ha honrado con un encargo que me da esta prerogativa, el cual vengo á evacuar. Dice que no puede tener el gusto de verte esta mañana, como lo habia pensado; pero para consolarte de esto, cenará esta noche contigo, y te envía su retrato; con lo que me parece quedarás algo mas consolada.

Entreguéla la caja, que con el vivo resplandor de los brillantes de que estaba guarnecida alegró infinito su vista. Abrióla, y habiéndola cerrado despues de haber considerado la pintura por mero cumplimento, volvió á mirar las piedras: celebró su hermosura, y me dijo con sonrisa: vé aqui unas copias que las damas de teatro estiman mucho mas que los originales. Díjeme en seguida que el generoso portugués al darme el retrato me habia regalado cincuenta doblones. Me alegro infinito, me dijo ella. Este señor principia por donde aun raras veces acaban otros. A ti es, mi querida, respondí yo, á quien debo este regalo, que el marqués me hizo á causa de fraternidad. Yo quisiera, dijo ella, te hiciera otros como ese todos los días: no puedo ponderarte cuánto te amo. Desde el instante en que te ví, te amé tan estrechamente que el tiempo no ha podido romper esta union. Cuando te eché de menos en Madrid, no perdí las esperanzas de recobrarte, y ayer al verte te recibí como á un hombre que volvía á su centro. En una palabra, amigo mio, el cielo nos ha destinado el uno para el otro: tú serás mi marido; pero antes es preciso enriquecernos. La prudencia exige que comencemos por aqui. Todavía quiero tener tres ó cuatro cortejos para ponerte en una situacion aventajada.

Dile cortesmente las gracias por el trabajo que queria tomarse por mí, é insensiblemente nos fuimos metiendo en una conversacion que duró hasta el medio dia. Entonces me retiré para ir á dar cuenta á mi amo del modo con que habia sido recibido su regalo. Aunque Laura no me habia dado sus instrucciones sobre este punto, compuse en el camino una buena arenga para complimentarle de su parte; pero fué tiempo perdido, porque cuando llegué á la posada me dijeron que el marqués acababa de salir, y estaba decretado que no volveria á verle mas, como puede leerse en el capítulo siguiente.

CAPITULO XI.

De la noticia que supo Gil Blas, y que fué un golpe mortal para él.

Fuime á mi posada, en donde encontré dos sugetos, con quienes comí, y con cuya gustosa conversacion me entretuve en la mesa hasta la hora de la comedia, que nos separamos, ellos para ir á sus quehaceres, y yo para tomar el camino del teatro. Advierto de paso que yo tenia motivo para estar de buen humor, porque la alegría habia reinado en la conversacion que acababa de tener con estos caballeros, mostrándoseme ademas propicia la fortuna; pero con todo sentia una tristeza que no estaba en mi mano desechar. A vista de esto, no se diga que no se presienten las desgracias que nos amenazan.

Al entrar en el vestuario se acercó á mi Melchor Zapata, y me dijo en voz baja que le siguiera. Me llevó á un sitio escusado, y me dijo lo siguiente: señor mio, miro como un deber dar á vmd. un aviso muy importante. Vmd. no ignora que el marqués de Marialba se enamoró primero de Narcisa, mi esposa; y aun habia elegido dia para venir á picar en mi cebo, cuando la artificiosa Estela halló medio de desconcertar la partida y de atraer á su casa á este señor portugués. Bien conoce vmd. que una cómica no pierde tan buena presa sin despecho. Mi muger está muy resentida de esto: nada es capaz de omitir para vengarse; y por desgracia de vuesa merced se le presenta para ello ocasion favorable. Ayer, si vmd. hace memoria, todos nuestros dependientes acudieron á verle. El sotadespabilador dijo á algunas personas de la compañía que conocia á vmd., y que de ningun modo era hermano de Estela.

Esta noticia, añadió Melchor, ha llegado á oídos de Narcisa, que no ha dejado de preguntársela al que la ha dado, y éste se la ha repetido. Dice conoció á vmd. de criado de Arsenia, cuando Estela, bajo el nombre de Laura, la servía en Madrid. Mi esposa, contentísima con este descubrimiento, se lo participará al marqués de Marialba, que ha de venir esta tarde á la comedia. Camine vmd. en esta inteligencia, y si no es en realidad hermano de Estela, le aconsejo como amigo y por nuestro antiguo conocimiento, que se ponga en salvo. Narcisa, que no busca mas que una victima, me ha permitido se lo advierta á vmd. para que evite con una pronta fuga cualquier accidente funesto.

Me hubiera sido inútil saber mas, di gracias por este aviso al histrión, que conoció muy bien por mi sobresalto que yo no estaba en el caso de desmentir al sotadespabilador. Como realmente no tenia intencion de llevar hasta este punto la desvergüenza, ni aun fui á despedirme de Laura, temiendo no quisiese obligarme á que siguiera el enredo. Bien sabia yo que ella era buena comedianta para salir con felicidad de este berengenal; pero yo no veía mas que un castigo infalible que me amenazaba, y no estaba tan enamorado que quisiese burlarme de él. Determiné, pues, poner tierra por medio, cargando con mis dioses penates, es decir, con mi ropa; y en un abrir y cerrar de ojos me desaparecí del coliseo, y en un momento hice sacar y trasladar mi maleta á la posada de un arriero que al dia siguiente á las tres de la mañana debia salir para Toledo. Hubiera deseado estar ya con el conde de Polan, cuya casa me parecia el único asilo que habia seguro para mí; pero no hallándome aun en ella, no podia pensar sin inquietud en el tiempo que me restaba pasar en una ciudad en donde temia me buscasen aquella misma noche.

No dejé de ir á cenar á mi hostería, á pesar de estar tan zozobroso como un deudor que sabe andan en seguimiento suyo los alguaciles; pero no creo que la cena hizo en mi estómago un excelente quilo. Miserable juguete del miedo miraba con cuidado á todas las personas que entraban en la sala; y temblaba como un azogado siempre que por mi desgracia eran algunas de mala catadura,

cosa que no es rara en tales parages. Despues de haber cenado en medio de continnos sobresaltos, me levanté de la mesa, y me volví á la posada del ordinario, en donde me eché sobre paja fresca hasta la hora de marchar.

Puedo asegurar que durante este tiempo ejercité bien mi paciencia: mil tristes pensamientos vinieron á asaltarme: si algun instante me quedaba traspuesto, soñaba que veía furioso al marqués lastimando á golpes el hermoso rostro de Laura, y haciendo pedazos cuanto habia en su casa; ó ya que le oía mandar á sus criados que me matasen á palos. Despertaba despavorido, y siendo tan gustoso despertar despues de haber soñado cosas funestas, para mí era esto mas cruel que el mismo sueño.

Por fortuna me sacó de esta angustia el arriero, viniendo á avisarme que estaban prontas las mulas. Inmediatamente me levanté, y gracias al cielo me puse en camino curado radicalmente de Laura y de la quiromancia. Conforme nos íbamos alejando de Granada, iba mi espíritu recobrando su serenidad. Empecé á trabar conversacion con el arriero, el cual me contó algunas historias divertidas que me hicieron reir, y fui perdiendo insensiblemente mi temor. Dormí con sosiego en Ubeda, donde hicimos noche á la primera jornada, y á la cuarta llegamos á Toledo. Mi primer cuidado fué preguntar por la casa del conde de Polan, y persuadido de que no consentiria me alojase en otra, fui allá: pero yo habia hecho la cuenta sin la huésped; pues no encontré en ella mas que al portero, quien me dijo que su amo habia salido el dia antes para la quinta de Leiva, de donde le habian escrito que Serafina estaba enferma de peligro.

Yo no habia contado con la ausencia del conde que disminuyó el gusto que tenia de estar en Toledo, y fué causa de que tomase otra determinacion. Viéndome tan cerca de Madrid, me resolví á ir allá, discurriendo que en la corte podria hacer fortuna, pues, segun habia oido decir, no era necesario en ella tener un talento superior para adelantar. Al dia siguiente me aproveché de un caballo de retorno que me llevó á esta capital de la España, á donde la buena suerte me conducia para que hiciese papeles mas brillantes que los que hasta entonces me habia hecho representar.

CAPITULO XII.

Gil Blas se aloja en una posada de caballeros, en donde adquiere conocimiento con el capitan Chinchilla; qué clase de hombre era este oficial y qué negocio le habia llevado á Madrid.

Así que llegué á Madrid establecí mi habitacion en una posada de caballeros, en donde entre otras personas vivia un capitan viejo, que desde lo último de Castilla la Nueva habia venido á la corte á pretender una pension que creia tener merecida: llamabase don Anibal de Chinchilla; no sin espanto le ví la primera vez: era un hombre de sesenta años, de una estatura gigantesca, y sumamente flaco. Tenia unos bigotes poblados que subian, retorciéndose por los dos lados, hasta las sienes; ademas de que le faltaba un brazo y una pierna, llevaba tapado un ojo con un gran parche de tafetan verde, y casi todo su rostro estaba lleno de cicatrices. En lo demas era como otro cualquiera: no carecia de entendimiento, y aun menos de gravedad. En cuanto á sus costumbres era muy rigido, y se preciaba sobre todo de ser delicado en punto de honor.

A las dos ó tres conversaciones que tuvimos me honró con su confianza, y supe todos sus asuntos. Me contó en qué ocasiones se habia dejado un ojo en Nápoles, un brazo en Lombardia y una pierna en los Países Bajos. Admiré en las relaciones que me hizo de las batallas y sitios, el que no se le escapase ninguna fanfarronada ni palabra en alabanza suya, siendo así que sin dificultad le hubiera perdonado el que alabase la mitad del cuerpo que le quedaba en recompensa de la otra que habia perdido. Los oficiales que vuelven sanos y salvos de la guerra no son siempre tan modestos.

Me dijo que sobre todo sentia á par de su alma haber disipado una considerable hacienda en sus campañas, de suerte que no le habian quedado mas que cien ducados de renta, con lo que apenas tenia para aliñar sus bigotes, pagar su alojamiento, y dar á copiar sus memoriales. Porque en fin, señor caballero, añadió encogiéndose de hombros, todos los dias, á Dios gracias, los presento sin que se haga el mas mínimo caso de ellos. Si vmd. lo presenciara, no diria sino que apostábamos el ministro y yo sobre cual habia de cansarse antes, si yo en darlos ó él en recibirlos. Tambien tengo la honra de presentárselos al mismo rey; pero tan lindo es Pedro como su amo, y entre estas y esotras la casa de Chinchilla se arruina por falta de reparos.

No pierda vmd. las esperanzas, dije al capitan; vmd. sabe que las cosas de palacio van despacio. Acaso estará vmd. hoy en visperas de ver premiados con usura todos sus penosos servicios. No debo lisonjearme con esa esperanza, respondió don Anibal: aun no hace tres dias que hablé á uno de los secretarios del ministro; y si he de dar crédito á sus palabras, es preciso prestar paciencia. ¿Y qué le dijo á vmd., señor oficial? le respondí: tal vez el estado en que vmd. se halla no le parece digno de recompensa. Vmd. lo verá, respondió Chinchilla: este secretario me ha dicho claramente: señor hidalgo, no pondere vmd. tanto su zelo y su fidelidad, porque en haberse espuesto á los peligros por su patria no ha hecho vmd. mas que cumplir con su obligacion. La gloria que resulta de las acciones heróicas es suficiente paga, y debe bastar principalmente á un español. Desengañese vmd. si mira como deuda la gratificacion que solicita; en caso de que se os conceda esta gracia la debereis únicamente á la bondad del rey, que se contempla deudor á los vasallos que han servido bien al Estado. Infiera vmd. de ahí, siguió el capitan, lo que podré esperar y que al cabo habré de volverme como he venido. Naturalmente nos interesamos por un hombre honrado cuando se le ve padecer; le exhorté á que se mantuviera firme: me ofrecí á ponerle de valde en limpio sus memoriales; y llegué hasta ofrecerle mi bolsillo, suplicándole que tomase lo que quisiera de él. Pero no era de aquellos que en semejantes ocasiones no necesitan de muchos ruegos; antes bien se mostró bien pundonoroso y me dió las gracias. Despues de esto me dijo que, por no cansar á nadie, se habia acostumbrado poco á poco á vivir con tanta sobriedad, que el menor alimento bastaba para su subsistencia; lo que era muy cierto. No se mantenía de otra cosa que de cebollas y ajos; y así estaba en los huesos. Para que nadie viese sus malas comidas se encerraba en su cuarto á la hora de ellas. No obstante, á fuerza de súplicas conseguí cenásemos y comiésemos juntos. Y engañando su vanidad con una compasion ingeniosa, hice que me trajesen mucha mas comida y bebida de la que yo necesitaba; instéle á comer y beber, lo que rehusó al principio con mil ceremonias, pero al fin cedió á mis instancias, y tomando insensiblemente mas confianza, él mismo me ayudaba á dejar limpio mi plato y desocupada mi botella.

Luego que hubo bebido cuatro ó cinco tragos, y recuperado su estómago con un buen alimento, me dijo en tono alegre: en verdad, señor Gil Blas, que sois muy seductor, pues haceis de mí lo que quereis. Teneis un modo tan atractivo que desvanece hasta el temor de abusar de vuestra generosidad. Me pareció que mi capitan habia ya perdido tanto la cortedad, que si en aquel instante le hubiera ofrecido dinero, no lo hubiera rehusado. No quise hacer la prueba, y me contenté con hacerle mi comensal, y tomarme el trabajo, no solamente de escribirle los memoriales, sino de ayudarle á componerlos. Con el ejercicio de copiar homilias habia aprendido á variar de frases, y aun llegado á ser medio autor. El viejo oficial por su parte se preciaba de poner bien un papel; de modo que trabajando los dos á competencia, componíamos trozos de elocuencia dignos de los mas célebres catedráticos de Salamanca; pero por mas que ago

ásemos nuestro entendimiento en sembrar flores de retórica en estos memoriales, todo era como se suele decir, sembrar en la arena. Aunque mas ponderásemos los méritos de don Anibal, la corte ningun aprecio hacia de ellos, lo que no escitaba á este inválido á elogiar á los oficiales que se arruinan en la guerra; antes bien maldecia con su mal humor á su estrella, y daba al diablo á Nápoles, Lombardía y los Países Bajos.

Para mayor mortificacion suya aconteció que, habiendo cierto día recitado en presencia del rey, un soneto sobre el nacimiento de una infanta un poeta presentado por el duque de Alba, se le concedió delante de sus barbas una pension de quinientos ducados. Creo que el mutilado capitan se habria vuelto loco si no hubiera yo cuidado de consolarle. Viéndole fuera de si, le dije, ¿qué es lo que vmd. tiene? nada de esto debia vmd. extrañar: ¿no están de tiempo inmemorial los poetas en posesion de hacer á los príncipes tributarios de las musas? No hay testa coronada que no tenga pensionado á alguno de estos señores; hablando aquí entre nosotros, las pensiones dadas á los poetas, transmiten á la posteridad la noticia de la liberalidad de los reyes, cuando las otras en nada contribuyen á su fama póstuma. ¿Cuántas recompensas no dió Augusto? ¿cuántas pensiones concedió de que no tenemos noticia? pero la posteridad mas remota sabrá como nosotros, que Virgilio recibió de este emperador mas de doscientos mil escudos de gratificacion.

Por mas que dijese á don Anibal, no pudo digerir el fruto del soneto que se le habia sentado en el estómago, y asi resolvió abandonarlo todo, no obstante que quiso antes envidar el resto, presentando un memorial al duque de Lerma. Para este efecto fuimos los dos á casa del primer ministro; allí encontramos á un jóven, quien despues de haber saludado al capitan, le dijo con cariño: mi amado y antiguo amo, ¿es posible que yo vea á vmd. aquí? ¿Qué negocio le trae á casa de S. E? Si necesita de alguna persona de valimiento, no deje vmd. de mandarme, yo le ofrezco mis facultades. Perico, dijo el oficial, pues qué, ¿tienes algun empleo bueno en la casa? A lo menos, respondió el jóven, es bastante para servir á un hidalgo como vmd. Siendo asi, prosiguió sonriéndose el capitan, recurro á tu proteccion. Desde luego se la concedo á usted, repitió Perico. Dígame vmd. su asunto, y prometo sacar raja del primer ministro.

No bien habiamos enterado de él á este jóven tan lleno de buen deseo, cuando preguntó donde vivia don Anibal. Nos dió palabra de que el día siguiente se veria con nosotros, y se despidió sin decirnos lo que queria hacer, ni aun si era ó no criado del duque de Lerma. La agudeza del tal Perico escitó mi curiosidad, y quise saber quién era. Es, me dijo el capitan, un muchacho que me servia algunos años hace, y que habiéndome visto en la indigencia, me dejó por buscar mejor acomodo. No se lo tomé á mal, porque como se suele decir, por mejoría mi casa dejaria. Es un lagarto que no carece de talento, é intrigante como todos los diablos; pero á pesar de toda su habilidad no me fio mucho del celo que acaba de manifestarme. Puede ser, le dije, que no os sea inútil. Si, por ejemplo, es criado de alguno de los principales dependientes del duque, podrá servir á usted de mucho; pues no ignora que en casa de los grandes todo se hace por partido y cábala; que estos tienen en su servidumbre favoritos que los gobiernan, y estos igualmente son gobernados por sus criados.

A la mañana siguiente vino Perico á nuestra posada, y nos dijo: señores, si ayer no declaré los medios que tenia para servir al capitan Chinchilla, fué porque no estábamos en parage propio para esplicarlos; fuera de que queria tentar el vado antes de franquearme con ustedes. Sepan, pues, que yo soy el lacayo de confianza del señor don Rodrigo Calderon, primer secretario del duque de Lerma. Mi amo, que es muy enamorado, va casi todas las noches á cenar con un ruiseñor de Aragon, que tiene enjaulado en el barrio de Palacio; es una muchacha muy bonita, de Albarracin, discreta, y que canta con primor,

y por esto la llaman la señora Sirena. Como todas las mañanas le llevo un billete amoroso, vengo ahora de verla, y le he propuesto que haga pasar al señor don Anibal por tio suyo, y con este engaño empeñe á su galan á protegerle. Ha venido gustosa en ello, porque ademas del tal cual provecho que juzga le puede resultar, le es de mucha satisfaccion el que la tengan por sobrina de un hidalgo valiente.

El señor de Chinchilla puso mal gesto, y mostró repugnancia ó hacerse cómplice de una falsedad, y todavia mas á permitir que una aventurera le deshonrase diciéndole ser parienta suya; lo que sentia no solamente por si, sino porque creia que esta ignominia retrocedia á sus abuelos. Tanta delicadeza chocó á Perico pareciéndole inoportuna. ¿Se burla vmd? exclamó: vea vmd. aquí lo que son los hidalgos de aldea, en quienes todo se reduce á una vanidad ridicula. ¿No se admira usted (prosiguió dirigiéndose á mí) de esta escrupulosidad? Voto á brios: en la corte no se debe parar en esas delicadezas; venga la fortuna del modo que quiera, que no hay que perderla.

Sostuve el parecer de Perico, y ambos arengamos tanto al capitan, que á pesar suyo le hicimos se fingiese tio de Sirena. Dado este paso, que no costó poco trabajo, hicimos entre los tres un nuevo memorial para el ministro, que despues de revisto, aumentado y corregido, lo puse en limpio, y Perico se lo llevó á la aragonesa, la que aquella misma tarde se lo recomendó al señor Calderon, hablándole con tal empeño, que este secretario, creyéndola verdaderamente sobrina del capitan, ofreció apoyarlo. El efecto de esta trama lo vimos á pocos días. Perico volvió con aire victorioso á nuestra posada; buenas nuevas tenemos, dijo á Chinchilla: el rey hará una distribucion de encomiendas, beneficios y pensiones, en las que no será vmd. olvidado; y asi me ha encargado os lo asegure; pero al mismo tiempo se me ha prevenido pregunte á vmd. que hace ánimo de regalar á Sirena. Por lo que respecta á mí, digo que nada quiero; porque prefiero á todo el oro del mundo el gusto de haber contribuido á mejorar la fortuna de mi amo antiguo; pero no es lo mismo nuestra ninfa de Albarracin: es algo interesada cuando se trata de servir al prójimo: tiene esa pequeña falta, y siendo capaz de tomar dinero de su mismo padre, vea usted si rehusará el de un tio postizo.

Diga cuánto quiere, dijo don Anibal: si quiere todos los años la tercera parte de la pension que me han de dar, se la prometo, y me parece que es bastante dádiva, aun cuando se tratara de todas las rentas de S. M. católica. Yo por mi me fiaria de la palabra de usted (replicó el mensajero de don Rodrigo), pues sé que no faltará á ella; pero se trata con una niña naturalmente muy desconfiada. Por otra parte ella apetecerá mucho mas que vmd. le dé una vez por todas las dos terceras partes con anticipacion y en dinero contante. ¿De dónde diablos quiere ella que yo lo saque? interrumpió ásperamente el oficial; ella debe creerme algun contador mayor; sin duda que tú no la has enterado de mi situacion. Perdona vuesa merced (repuso Perico); sabe muy bien que vmd. está mas miserable que Job; no puede ignorarlo despues de lo que le tengo dicho; pero pierda vmd. cuidado, que yo tengo arbitrio para todo. Conozco á un picaro oidor, ya viejo, que se contenta con prestar su dinero al diez por ciento; vmd. le hará ante escribano cesion de la pension del primer año en pago de igual suma que recibirá vuesa merced deducido el interés. En orden á la fianza, el prestamista se dará por satisfecho con vuestra casa de Chinchilla tal como esté, por lo que sobre este punto no tendrán ustedes disputa.

El capitan aseguró que siempre que lograrse la fortuna de participar de las gracias que habian de concederse el día siguiente, aceptaria estas condiciones. En efecto, se verificó que le diesen una pension de trescientos doblones sobre una encomienda. Asi que supo la noticia, dió cuantas seguridades le pidieron, arregló sus

asuntos, y se volvió á su país con algunos doblones que le habian quedado.

CAPITULO XIII.

Encuentra Gil Blas en la corte á su querido amigo Fabricio, y de la grande alegría que de ello recibieron. A dónde fueron los dos, y de la curiosa conversacion que tuvieron.

Me habia acostumbrado á ir todas las mañanas á palacio, en donde pasaba dos ó tres horas enteras en ver entrar y salir á los grandes, quienes allí me parecian desnudos de aquel resplandor que en otras partes los rodea.



Me contenté con hacerle mi comensal, y tomarme el trabajo, no solamente de escribirle los memoriales, si no de ayudarle á componerlos.—Pág. 138.

Un dia que me paseaba contoneándome por aquellas galerias, haciendo como otros muchos un papel bastante ridiculo, vi á Fabricio, á quien habia dejado en Valladolid sirviendo á un administrador del hospital. Lo que me admiró en extremo fué verle hablar familiarmente con el duque de Medinasidonia, y el marqués de Santa Cruz. A mi parecer estos dos señores gustaban de oírle; además de esto él iba vestido como un caballero. ¿Si me engañaré? me decia á mí mismo; ¿será aquel el hijo del barbero Nuñez? puede que sea algun jóven cortesano que se le parezca. No tardó mucho en salir de la duda; idos los señores, me acerqué á Fabricio, que conociéndome inmediatamente me agarró de la mano, y despues de haberme hecho atravesar con él por medio del gentio para salir de las galerias, me dijo abrazándome: mi amado Gil Blas, mucho me alegro verte. ¿Qué haces en Madrid? ¿estás todavía sirviendo? ¿tienes algun empleo en la corte? ¿en qué estado tienes tus asuntos? dame cuenta de todo lo que te ha sucedido despues de tu salida precipitada de Valladolid, Muchas cosas me pregun-

tas á un tiempo, le respondi; y el lugar donde estamos no es á proposito para contar aventuras. Tienes razon, me dijo, mejor estaremos en casa; vénte conmigo que no está lejos de aqui. Estoy independiente, alojado en buen parage y con muy buenos muebles, vivo contento y soy feliz, pues que creo serlo.

Acepté el partido, y acompañé á Fabricio, quien me detuvo al llegar á una casa de bella fachada, en la que me dijo vivia. Atravesamos un patio que tenia por un lado una gran escalera que conducia á unos aposentos soberbios, y por el otro una subida tan oscura como estrecha, por donde fuimos á la vivienda que me habia ponderado, la cual se reducía á una sala, de la que mi ingenioso amigo habia hecho cuatro separadas con tablas de pino, sirviendo la primera de antesala á la segunda en donde dormia, la tercera de despacho, y la última de cocina. La sala y antesala estaban adornadas de mapas y papeles de conclusiones de filosofia; y los trastos que correspondian á la colgadura consistian en una gran cama de brocado estropeada, unas sillas viejas de sarga amarilla, guarnecidas con una franja de seda de Granada del mismo color, una mesa con pies dorados cubierta de un cordobán que parecia haber sido encarnado y ribeteado con una franja de oro falso que se habia vuelto negro con el tiempo, y un armario de ébano adornado de figuras esculpidas groseramente. En su despacho tenia por escritorio una mesita; y su biblioteca se componia de algunos libros y muchos legajos de papeles que tenia en tablas puestas unas sobre otras á lo largo de la pared. La cocina, que no deslucia á lo demas, contenia viariado y otros utensilios necesarios.

Fabricio, despues de haberme dado tiempo de mirar bien su habitacion, me dijo: ¿qué juicio formas de mi equipage y de mi vivienda? ¿no te ha encantado verla? A fé mia que si, le respondi sonriéndome: debes hacer bien tu negocio en Madrid para estar tan bien provisto. Sin duda tienes algun buen empleo. El cielo me guarde de eso, me replicó: el partido que he tomado es superior á todos los empleos. Un sugeto de distincion, de quien es esta casa, me ha dejado una sala de la que he hecho cuatro piezas que he alhajado como ves: á mí nada me falta, y solo me ocupo en lo que me agrada. Háblame con mas claridad, le dije, porque avivas mi deseo de saber lo que haces. Pues bien, me dijo, voy á complacerte: me he metido á ser autor, me he dedicado á la literatura, escribo en verso y prosa, y hago á pluma y á pelo.

¡Tú, favorito de Apolo! exclamé riéndome. Eso es lo que jamás hubiera adivinado; menos me sorprenderia verte dedicado á otra cualquiera cosa. Y ¿qué atractivo has podido hallar en la profesion de poeta? porque me parece que á semejantes gentes las desprecian en la vida civil, y que no son las mas ricas. ¡Oh! quitate allá, replicó: eso es bueno para aquellos miserables autores, cuyas obras son el deshecho de los libreros y de los cómicos. ¿Será de estrañar que no se estimen semejantes escritores? Pero los buenos, amigo mio, están en el mundo en otro concepto; y yo puedo decir sin vanidad que soy de este número. No lo dudo, le dije, tú eres un mozo de gran talento, y asi tus composiciones no pueden ser malas; pero lo unico que deseo saber, y me parece digno de mi curiosidad, es cómo te ha dado la mania de escribir.

Tu admiracion es fundada, dijo Nuñez. Estaba tan contento con mi suerte en casa del señor Manuel Ordoñez, que no deseaba otra; pero haciéndose mi ingenio superior poco á poco como el de Plauto á la servidumbre, compuse una comedia que hice representar á unos cómicos que estaban en Valladolid. Aunque no valia un pito, fué muy aplaudida, de lo que inferí que el público era una vaca mansa de leche, que fácilmente se dejaba ordeñar. Esta reflexion, y la locura de componer nuevas piezas, me hicieron dejar el hospital. El amor á la poesia me quitó el de las riquezas; y para adquirir buen gusto, determiné venir á Madrid, como á centro de los

ingenios. Me despedí del administrador, que, como me amaba tanto, sintió bastante mi resolución, y me dijo: Fabricio, ¿por qué quieres dejarme? ¿acaso te habré dado, sin pensarlo, algún motivo de disgusto? No señor, le respondi, usted es el mejor de todos los amos, estoy muy agradecido á sus favores; pero bien sabe que cada uno debe seguir su estrella. Me contemplo nacido para eternizar mi nombre con obras de ingenio. ¡Qué locura! me replicó aquel buen amo, ya estás connaturalizado con el hospital, y eres la cantera de donde se sacan los mayordomos y aun los administradores. Si quieres dejar lo sólido para pasar el tiempo en fruslerías, el mal es para ti, hijo mio.

Viendo el administrador cuán inútilmente combatía mi designio, me pagó mi salario, y en reconocimiento de mis servicios me dió de guantes cincuenta ducados, de modo que con esto, y lo que había podido juntar en las pequeñas comisiones que se habían encargado á mi integridad, me ví en estado de presentarme decentemente en Madrid, lo que no dejé de hacer; aunque los escritores de nuestra nación no cuidan mucho del aseo. Inmediatamente hice conocimiento con Lope de Vega Carpio, Miguel de Cervantes Saavedra, y los demás célebres autores; pero con preferencia á estos dos grandes hombres, elegí para preceptor mio á un jóven bachiller cordobés, al incomparable don Luis de Góngora, el ingenio mas brillante que jamás produjo España, el cual no quiere que sus obras se impriman mientras viva, y se contenta con leérselas á sus amigos. Lo que hay de particular es que la naturaleza le ha dotado del raro talento de manejar con acierto todo género de poesías: sobresale principalmente en las composiciones satíricas, que son su fuerte. No es como Lucilio un torrente turbio, que arrastra consigo mucho cieno; sino el Tajo, cuyas aguas puras corren sobre arenas de oro.

Tan buena pintura me haces de ese bachiller, le dije á Fabricio, que no dudo que una persona de tanto mérito tenga muchos envidiosos. Todos los autores, respondió él, tanto buenos como malos, le muerden: uno dice que le gusta el estilo hinchado, los conceptillos, las metáforas y las trasposiciones. Sus versos, dice otro, se parecen en lo oscuro á los que cantaban en sus procesiones los sacerdotes salios, y que nadie entendía. También hay quien le censura de que tan presto hace sonetos ó romances, y tan presto comedias, décimas y villancicos, como si locamente se hubiera propuesto deslucir á los mejores escritores en todo género de poesía, pero todas estas saetas de la envidia se embotan dando contra una musa apreciada de grandes y pequeños.

Tal es el maestro con quien hice mi aprendizaje, y me atrevo á decir sin vanidad que le imito; habiéndome bebido de tal modo su espíritu, que ya compongo trozos sublimes que no los juzgaría indignos de sí. A ejemplo suyo voy á vender mi mercancía á las casas de los grandes, en las cuales soy muy bien recibido, y en donde hallo gentes que no son muy descontentadizas. Es verdad que mi modo de recitar es alhagüeño, lo que no daña á mis composiciones. En fin, muchos señores me estiman, y sobre todo, vivo con el duque de Medinasionia, como Horacio vivía con Mecenas. Hé aqui, prosiguió, de qué modo me he transformado en autor; nada mas tengo que contarte: á ti te toca ahora cantar tus victorias.

Entonces tomé la palabra; y suprimiendo todo aquello que me pareció no ser del caso, le hice la relación que me pedía; después de la cual se trató de comer, y sacó de su armario de ébano, servilletas, pan, un pedazo de lomo de carnero asado, una botella de vino esquisito, y nos sentamos á la mesa con aquella alegría propia de dos amigos que vuelven á encontrarse después de una larga separación. Ya ves, me dijo, mi vida libre é independiente. Si quisiera seguir el ejemplo de mis compañeros, iría á comer todos los días en casa de las personas distinguidas; pero además de que el amor al trabajo me retiene de ordinario en casa, soy un nuevo Aris-

tipo, pues tan contento estoy con el trato de gentes como con el retiro, con la abundancia como con la frugalidad.

Nos supo tan bien el vino que fué menester sacar otra botella del armario. De sobre mesa le di á entender tendría gusto de ver algunas de sus producciones, y al instante buscó entre sus papeles un soneto que me leyó



con énfasis; pero á pesar del sainete de la lectura, me pareció tan oscuro que nada pude comprender. Conociólo, y me dijo: este soneto no te ha parecido muy claro, ¿no es así? Le confesé que hubiera querido algo mas de claridad; echóse á reír de mí, y prosiguió: lo mejor que tiene este soneto, amigo mio, es el no ser inteligible. Los sonetos, las odas y las demás obras que piden sublimidad, no quieren estilo sencillo y natural; antes bien en la oscuridad consiste todo su mérito. Con que el poeta crea entenderlo es bastante. Tú te burlas de mí, interrumpí yo: todas las poesías, sean de la naturaleza que fueren, piden juicio y claridad; y si tu incomparable Góngora no escribe con mas claridad que tú, te confieso que decae mucho en mi opinión: es un poeta que, cuando mas, no puede engañar sino á su siglo. Veamos ahora tu prosa.

Enseñóme un prólogo que me dijo pensaba poner al frente de una colección de comedias que estaba imprimiendo, y me preguntó qué me había parecido. No me gusta mas tu prosa, le dije, que tus versos. El soneto es una algarabía; en el prólogo hay espresiones demasiado estudiadas, palabras que el público no conoce, frases enredosas, y en una palabra, tu estilo es extravagante, y muy ageno de los libros de nuestros buenos y antiguos autores. ¡Pobre ignorante, exclamó Fabricio! ¿no sabes tú que todo escritor en prosa que aspira hoy á la reputación de pluma delicada, afecta esta singularidad de estilo, estas espresiones equivocadas que tanto te chocan? Nos hemos aunado cinco ó seis novadores animosos que

hemos emprendido mudar el idioma de blanco en negro, y con el ayuda de Dios lo hemos conseguido, á pesar de Lope de Vega, Solís, de Cervantes, y de todos los demás ingenios que critican nuestros nuevos modos de hablar. Tenemos de nuestra parte gran número de sugetos distinguidos, y hasta teólogos contamos en nuestro partido.

Sobre todo, continuó, nuestro designio es loable; y fuera de preocupaciones, nosotros somos mas apreciables que aquellos escritores sencillos que se espican en el lenguaje del comun de los hombres. No sé por qué merecen el aprecio de tantas gentes honradas. Eso seria bueno en Atenas y en Roma, en donde todos se confundian; por lo que Sócrates dijo á Alcibiades que el pueblo era un maestro excelente de la lengua; pero en Madrid es otra cosa: aqui tenemos estilo bueno y malo, y los cortesanos se espican de un modo diferente que el pueblo. En fin, desengáñate que nuestro nuevo estilo supera al de nuestros antagonistas. Quiero probarte la diferencia que hay de la gallardía de nuestra dición á la bajeza de la suya. Ellos dirian, por ejemplo llanamente: *los intermedios hermocean una comedia*. Y nosotros con mas gracia decimos: *los intermedios hacen hermosura en una comedia*. Observa bien este *hacer hermosura*: ¿percibes tú toda la brillantez, la delicadeza y gracia que esto contiene?

Habiendo interrumpido á mi novador con una carcajada, le dije: vete al diablo, Fabricio, con tu lenguaje culto: tú eres un estafalario. Y tú con tu estilo natural, repuso él, eres un gran bestia; vé, prosiguió, aplicándome aquellas palabras del arzobispo de Granada: *dile á mi tesorero que te entregue cien ducados, y anda bendito de Dios con ellos. A Dios, señor Gil Blas, me alegraré loyres usted todo género de prosperidades con algo mas de gusto*. Repetí mis carcajadas al oír esta pulla; y Fabricio sin perder nada de su buen humor, me perdonó el desacato con que habia hablado de sus escritos. Despues de haberme bebido la segunda botella, nos levantamos de la mesa tan amigos como antes. Salimos con ánimo de ir á pasearnos al Prado; pero al pasar por delante de una tienda de vinos generosos nos dió gana de entrar.

A esta casa concurrían regularmente gentes de forma. Vi en dos salas diferentes á algunos caballeros que se divertían de varios modos. En la una jugaban á los naipes y al ajedrez, y en la otra habia diez ó doce que estaban muy atentos escuchando la disputa de dos argumentantes. No tuvimos necesidad de acercarnos para oír que el asunto de la contienda era un punto de metafísica; porque era tal el calor y vehemencia con que hablaban, que no parecían sino dos energúmenos. Yo pienso que si se les hubiera aplicado el anillo de Eleazaro, se hubieran visto salir demonios de sus narices. ¡Valgame Dios! dije á mi compañero: ¡qué fogosidad, qué pulmones! no parece sino que aquellos disputadores habian nacido para pregoneros. La mayor parte de los hombres yerran su vocación. Asi es la verdad, respondió, estas gentes descenden al parecer de Novio, aquel banquero romano, cuya voz sobresalia por entre el ruido de los carreteros; pero lo que mas me disgusta de sus alteraciones, es que atolondran los oídos infructuosamente. Dejamos á estos metafísicos gritadores, y con esto se me desvaneció el dolor de cabeza que me habian causado. Nos fuimos á un rincon de otra sala, y habiendo bebido algunas copas de vino generoso, principiamos á examinar á los que entraban y salían. Como Nuñez los conocía casi á todos, dijo: por vida mia que la disputa de nuestros filósofos lleva traza de no acabarse en gran rato, pero á bien que llega tropa de refresco: estos tres que entran van á tomar parte en la disputa. Pero ¿ves esos dos sugetos originales que salen? pues la personilla morena, seca y cuyos cabellos láceos y largos le caen en partes iguales por detrás y delante, se llama don Julian de Villanuño. Es un togado nuevo que la echa de galante. El otro dia fuimos un amigo y yo á comer

con él, y le sorprendimos en una ocupacion muy singular: se divertía en su estudio tirando y haciendo traer por un gran lebril los legajos de un pleito que está defendiendo, los que su perro desgarraba á grandes dentelladas. El licenciado que le acompaña, aquel cara de tomate, se llama don Querubin Tonto; es canónigo de la iglesia de Toledo, y el hombre mas negado del mundo. No obstante, al ver su aire placentero, la viveza de sus ojos, su risa fingida y maliciosa, le tendrán por sábio y de gran perspicacia. Cuando se lee en su presencia alguna obra delicada y profunda, pone la mayor atención, como si penetrara su asunto; pero maldita la cosa que entiende. Este fué uno de los convidados en casa del togado, en donde se dijeron mil chistes y agudezas, sin que á mi don Querubin se le oyese el metal de la voz; pero en recompensa los gestos y demostraciones con que aplaudía nuestros chistes, daban una aprobación superior al mérito de nuestras gracias.

¿Conoces, dije á Nuñez, á aquellos dos desgreñados que están de codos sobre una mesa en el rincon, hablando tan bajo y de cerca, que parece que se besan? No, me respondió, no los he visto en mi vida; pero segun todas las apariencias seran políticos de café que murmuran del gobierno. ¿Ves á ese caballero galau que silbando se pasea por la sala, sosteniéndose ya sobre un pie, y ya sobre el otro? pues es don Agustin Moreto, poeta, mozo que muestra gran talento; pero á quien los aduladores y los ignorantes le han llenado los cascos de vanidad. Aquel á quien se acerca, es uno de sus compañeros, que compone versos prosáicos ó prosa en rimas, y á quien tambien sopla la musa.

Todavía hay mas autores, prosiguió, señalándome dos hombres que entraban con espada: no parece sino que se han citado para venir á pasar revista delante de ti. Vé allí á don Bernardo Deslenguado, y á don Sebastian de Villaviciosa. El primero es un sugeto de mala índole, un autor que parece ha nacido bajo el signo de Saturno, un mortal maléfico, que se complace en aborrecer á todo el mundo, y á quien nadie ama. Por lo que hace á don Sebastian, es un mozo de buena fé, autor muy concienzudo. Poco hace que dió al teatro una comedia que ha gustado en extremo, y por no abusar mas tiempo de la estimacion del público la ha hecho imprimir.

El caritativo discípulo de Góngora se preparaba para continuar explicándome las diferentes figuras del cuadro variable que teníamos á la vista, cuando vino á interrumpirle un gentil-hombre del duque de Medinasidonia, diciéndole: señor don Fabricio, vengo en busca de usted para decirle que el duque mi señor quisiera hablarle, y espera á usted en su casa. Sabiendo Nuñez que para satisfacer el deseo de un gran señor no hay prisa que baste, me dejó al momento por ir á ver lo que le quería su Mecenaz, y yo quedé muy admirado de haber oído tratarle de *don* y de mirarle así convertido en noble, á pesar de ser su padre maese Crisóstomo el barbero.

CAPITULO XIV.

Fabricio coloca á Gil Blas en casa del conde Galiano, título de Sicilia.

El gran deseo de ver á Fabricio me llevó bien de mañana á su casa. Buenos dias, le dije al entrar, señor don Fabricio, flor y nata de la nobleza asturiana. Al oírme se echó á reír: ¿con qué has notado, me dijo, que me han tratado de *don*? Si, caballero mio, le respondí, y permíteme te diga que ayer cuando me contaste tu transformación, te olvidaste de lo mejor. Ciertamente, respondió; pero en verdad que si he tomado este dictado de honor, no es tanto para satisfacer mi vanidad, como por acomodarme á la de los otros. Tu conoces á los españoles; maldito el caso que hacen de un hombre honrado si tiene la desgracia de ser pobre ó plebeyo, y aun te

diré que veo tantas gentes (y Dios sabe que clase de gentes) que hacen que les llamen don Francisco, don Gabriel, don Pedro, ó don como tú quieras llamarle, que es preciso confesar que la nobleza es una cosa muy común, y que un plebeyo que tiene mérito, la honra cuando quiere agregarse á ella.

Pero mudemos de conversacion, añadió: anoche durante la cena en casa del duque de Medinasidonia, en donde entre otros convidados se hallaba el conde Galiano, titulo de Sicilia, se tocó la conversacion sobre los ridiculos efectos del amor propio. Yo me alegré de hallar ocasion de divertir á la concurrencia sobre el mismo punto y les conté la historia de las homilias. Puedes imaginar cuanto reirian, y qué apodos no se darian á tu arzobispo; lo que no te ha venido mal, porque se han compadecido de ti, y despues de haberme hecho el conde Galiano muchas preguntas acerca de tu persona, á las cuales puedes creer respondi como debia, me encargó que te presente á él y para este fin iba ahora mismo á buscarte. Segun parece quiere nombrarte por uno de sus secretarios, y te aconsejo no desprecies este partido. En casa de este señor te hallarás perfectamente; es rico, y hace en Madrid un gasto de embajador. Dicen ha venido á la corte á tratar con el duque de Lerma sobre ciertas haciendas de la corona que este ministro piensa enagenar en Sicilia. En fin, el conde, aunque siciliano, parece generoso, lleno de rectitud y de ingenuidad. No puedes hacer mejor cosa que acomodarte con este señor, porque probablemente es el que debe hacerte rico, segun lo que te pronosticaron en Granada.

Habia resuelto, dije á Nuñez, pasearme y divertirme algun tiempo antes de ponerme á servir; pero me hab'as del conde siciliano de un modo que me hace mudar de intenciones: ya quisiera estar con él: pronto estarás, me dijo, ó yo me engaño mucho. Entonces salimos ambos para ir á ver al conde, que ocupaba la casa de don Sancho de Avila su amigo, quien estaba entonces en una hacienda de campo.

Encontramos en el patio muchos pages y lacayos con libreas primorosas, y en la antesala muchos escuderos, gentiles-hombres, y otros criados. Si los vestidos eran magnificos, los rostros eran tan extravagantes, que me se figuraron una manada de monos vestidos á la española. Puede afirmarse que hay caras de hombres y mugeres á las que el arte no puede dar hermosura.

Habiendo don Fabricio hecho pasar recado, fué admitido inmediatamente en la sala, á donde le seguí. Estaba el conde en bata, sentado en un sofá, y tomando chocolate. Le saludamos con demostraciones del mas profundo respeto, y él nos correspondió inclinando la cabeza, y con un aspecto tan afable, que le cobré grande inclinacion: ¡efecto admirable y ordinario que causa comunmente en nosotros la favorable acogida de los grandes! Preciso es que nos reciban muy mal para que nos desagraden.

Despues que tomó el chocolate, se divirtió algun tiempo en jugar con un gran mono al que llamaba Cupido. Ignoro por qué pusieron el nombre de este dios á aquel animal, á no ser que fuese por causa de su malicia, porque en otra cosa absolutamente no le parecia; pero tal cual era, su amo tenia puesto todo su cariño en él, y estaba tan prendado de sus gracias, que no le soltaba de sus brazos. Aunque nos divertian poco los brincos del mono, aparentamos que nos hechizaban, lo que complació mucho al siciliano, quien suspendió el gusto que tenia en aquel pasatiempo para decirme: en mano de vmd. estará, amigo mio, ser uno de mis secretarios; si le conviene el partido, le daré doscientos doblones al año; basta que don Fabricio sea quien presente á vmd. y responda de su conducta. Si señor, exclamó Nuñez, soy mas arrogante que Platon, que no se atrevió á salir por fiador de un amigo suyo que enviaba á Dionisio el tirano; pero no temo merecer reconvenciones.

Agradeci con una reverencia al poeta de Asturias su fina arrongancia, y despues dirigiéndome al amo, le ase-

guré de mi celo y fidelidad. Apenas vió aquel señor que yo aceptaba su propuesta hizo llamar á su mayordomo á quien habló en secreto, y en seguida me dijo: Gil Blas, luego te diré en lo que pienso emplearte, entretanto ve con mi mayordomo, que ya le he dado orden de lo que ha de hacer de ti. Obedeci dejando á Fabricio con el conde y Cupido.

El mayordomo, que era un mesinés de los mas diestros, me llevó á su cuarto llenándome de cumplimientos. Hizo llamar al sastre de la casa, y le mandó hacerme prontamente un vestido de igual magnificencia que los de los criados mayores. El sastre me tomó la medida y se retiró. En cuanto á vuestra habitacion, dijo el mesinés, os he destinado una que os gustará: ahora bien, prosiguió, ¿os habeis desayunado? respondile que no, ¡qué pobre mozo sois! me dijo, ¿por qué no hablais? estais en una casa en donde no hay mas que decir lo que se quiere para tenerlo: venid conmigo, que voy á llevaros á un parage en donde á Dios gracias nada falta.

Dicho esto me hizo bajar á la despensa, en la que hallamos al repostero, que era un napolitano que valia tanto como un mesinés, de modo que pudiera decirse de ambos que eran á cual peor. Este honrado hombre estaba con cinco ó seis amigos suyos atracándose de jamon, lenguas de vacas y otras carnes saladas que les hacian menudear los tragos. Entramos en el corro y ayudamos á apurar los mejores vinos del señor conde. Mientras esto pasaba en la reposteria, se representaba la misma comedia en la cocina, en donde el cocinero tambien obsequiaba á tres ó cuatro conocidos suyos, quienes no bebian menos vino que nosotros, y se hartaban de empanadas de perdices y conejos. Hasta los marmitones se regalaban con lo que podian pescar. Yo pensé estar en el puerto de Arrebatacapas, y en una casa entregada al pillage; pero cuanto estaba viendo era nada en comparacion de lo que no veia.

CAPITULO XV.

De los empleos que el conde Galiano dió en su casa á Gil Blas.

Habiendo salido á hacer llevar el equipage á mi nueva habitacion, encontré á la vuelta al conde en la mesa con muchos señores y al poeta Nuñez, que con aire desembarazado se hacia servir como uno de tantos, y se mezclaba en la conversacion. Al mismo tiempo observé, que no decia palabra que no cayese en gracia á los circunstantes. ¡Viva el talento! el que lo tiene puede hacer cuantos papeles quiera.

Por lo que á mí toca, comí con los criados mayores, que fueron servidos con corta diferencia como el amo. Acabada la comida, me retiré á mi cuarto donde reflexionando sobre mi condicion, me dije mi mismo: ahora bien, Gil Blas, ya estás sirviendo á un conde siciliano, cuyo carácter no conoces: si se ha de juzgar por las apariencias estarás en su casa como el pez en el agua; pero de nada se puede estar seguro; y la malignidad de tu estrella te ha hecho ver muy de ordinario que no debes fiarte de ella. Ademas de esto ignoras el destino que quiere darte: ya tiene secretarios y mayordomo: ¿en qué querrá que tú le sirvas? Siempre querrá que lleves el caducéo, quiero decir, que seas su confidente secreto: pues sea enhorabuena. No se podria entrar bajo mejor pie en casa de un señor para andar mucho en poco tiempo. Sirviendo empleos mas honrosos se camina lentamente, y aun con eso no siempre se consigue el fin.

En medio de estas bellas reflexiones vino un lacayo á decirme que todos los caballeros que habian comido en casa se habian marchado, y que su señoría me llamaba. Fui volando á su aposento, en donde le encontré echado en un sofá para dormir la siesta, y con su mono al lado. Acércate, Gil Blas, me dijo, toma una silla y escúchame. Obedecile, y me habló en estos términos: me ha dicho don Fabricio que, entre otras buenas cualidades, tienes la de amar á tus amos, y que eres un mozo de mucha

integridad. Estas dos cosas me han determinado á recibirte para mi servicio: necesito un criado que me tenga afecto, cuide de mis intereses, y ponga todo su conato en conservar mis bienes: es verdad que soy rico: pero mis gastos escuden todos los años á mis rentas. ¿Y por qué? porque me roban, porque me saquean, y vivo en mi casa como en un monte lleno de ladrones. Sospecho que mi mayordomo y repostero caminan de acuerdo; y si no me engaño, ve aqui mas de lo que se necesita para arruinarme enteramente. Me dirás que si los contemplo bribones por qué no los despido; ¿pero en donde hallaré otros que sean formados de mejor barro? Es preciso contentarme con hacer que vigile sobre ellos una persona encargada de inspeccionar su conducta. A ti, Gil Blas, he elegido para el desempeño de esta comision. Si la evacuas bien, ten por cierto que no servirás á un ingrato. Cuidaré de emplearte muy ventajosamente en Sicilia.



Despues de haberme hablado de esta manera, me despidió, y aquella misma noche delante de todos los criados fui proclamado por superintendente de la casa. Por el pronto no fué muy sensible esta novedad al mesinés y al napolitano, porque yo les parecia un picarillo fácil de ganar, y contaban con que partiendo conmigo la torta, tendrian libertad para continuar su rumbo; pero al dia siguiente se hallaron chasqueados cuando les manité que yo era enemigo de toda malversacion. Pedi al mayordomo un estado de las provisiones: visité el depósito de vinos, registré lo que habia en la reposteria, quiero decir, la vajilla y manteleria, y despues, les exhorté á mirar por el caudal del amo, á usar de economia en el gasto, y acabé mi exhortacion con asegurarles que daria cuenta á su señoria de cuanto malo viesse hacer en su casa.

No me contenté con esto, sino que quise tener un espia para averiguar si habia alguna inteligencia en-

tre ellos, y á este fin me vali de un marmiton, que, engolosinado con mis promesas, dijo que no podia haber escogido á otro mas á propósito que á él para saber lo que pasaba en casa: que el mayordomo y el repostero estaban aunados, y cada uno hurtaba por su parte: que todos los dias enviaban fuera la mitad de las provisiones que se compraban para el gasto de la casa; que el napolitano mantenía á una dama que vivia enfrente del colegio de Santo Tomás; y el mesinés á otra en la puerta del Sol: que estos dos caballeros hacian llevar todas las mañanas á casa de sus ninfas toda especie de provisiones: que el cocinero por su parte regalaba muy buenos platos á una viuda que conocia en la vecindad; y que en agradecimiento de los servicios que hacia á los otros dos, disponia como ellos de los vinos del depósito. Finalmente, que estos tres criados eran la causa del gasto tan enorme que se hacia en casa del señor conde. Si vmd. no me cree, añadió el marmiton, tómese el trabajo de estar mañana por la mañana á eso de las siete cerca del colegio de santo Tomás, me verá cargado con un esporton que le hará ver que no miento. Segun eso, le dije, eres el mandadero de esos galanes proveedores? Yo soy, respondió, el que sirvo al repostero, y uno de mis camaradas hace los recados del mayordomo.

Esta noticia me pareció digna de averiguarse. El dia siguiente tuve la curiosidad de ir cerca del colegio de santo Tomás á la hora señalada. No tuve que aguardar mucho á mi espia, pues bien pronto le vi llegar con un gran esporton lleno de carne, aves y caza. Conté las piezas, y las apunté en mi libro de memoria, que fui á mostrar al amo, despues de haber dicho al marmiton que cumpliera como de ordinario su encargo.

El señor siciliano, que era de un carácter muy vivo, quiso en el primer impulso despedir al napolitano y al mesinés: pero despues de haberlo pensado, se contentó con despedir al último, cuya plaza recayó en mí, por lo que mi empleo de superintendente quedó suprimido poco despues de su creacion, y confieso con franqueza que no me pesó. Hablando con propiedad este no era mas que empleo honorifico de espia, un destino que nada tenia de sólido: siendo así que llegando á ser señor mayordomo tenia á mi disposicion la caja del dinero, que es lo principal. Un mayordomo es el criado de mas suposicion en casa de un señor; y son tantos los gajes anejos á la mayordomia, que podria enriquecerse sin faltar á la hombría de bien.

El bellaco del napolitano no dejó por eso sus malas mañas; advirtiéndome que yo tenia un celo riguroso, y que así no dejaba de registrar todas las mañanas las provisiones que compraba, no las estraviaba; pero el tunante continuó haciendo traer cada dia la misma cantidad. Con esta trampa, aumentando el provecho que sacaba de lo sobrante de la mesa que de derecho le pertenecia, halló medio de enviar la carne cocida á su queridita, ya que no podia cruda. Aquel diablo nada perdía, y el conde nada habia adelantado con tener en su casa al fenix de los mayordomos. La escesiva abundancia que vi reinar en las comidas, me hizo adivinar este nuevo ardid, é inmediatamente puse en ello remedio, despojándolas de todo lo supérfluo: lo que sin embargo hice con tanta prudencia, que no se notaba ninguna escasez. Nadie hubiera dicho sino que continuaba siempre la misma profusion, y sin embargo no dejé de disminuir con esta economia considerablemente el gasto, que era lo que el amo deseaba: queria ahorrar sin parecer menos espléndido: de suerte que su avaricia se sujetaba á su ostentacion.

No pararon aqui mis providencias, porque tambien reformé otro abuso. Viendo que el vino iba por la posta, sospeché que habia tambien trampa por este lado. Efectivamente, si por ejemplo, habia doce á la mesa de su señoria, se bebia cincuenta y algunas veces hasta sesente botellas, lo que no podia menos de causarme admiracion. Consulté sobre esto á mi oráculo, es decir, á mi marmiton, con quien yo tenia algunas conversaciones secretas, en las que me contaba con toda fidelidad lo que

se decia y hacia en la cocina, en donde nadie se recelaba de él. Me dijo que el desperdicio de que yo me quejaba, procedia de una nueva liga que se habia formado entre el repostero, el cocinero y los lacayos que servian el vino á la mesa: que estos se llevaban las botellas medio llenas, y las distribuian despues entre los confederados. Reñí á los lacayos, y les amenacé con echarlos á la calle si volvian á reincidir, y esto bastó para que se enmendasen. Tenia gran cuidado de informar á mi amo de las menores cosas que hacia en su beneficio; con lo que me llenaba de alabanzas, y cada dia me cobraba mas afecto. Por mi parte recompensé al marmiton que me hacia tan buenos oficios, haciéndole ayudante de cocina. De este modo va ascendiendo un fiel criado en las casas principales.

El napolitano rabiaba de ver que siempre andaba tras de él; y lo que sentia mas vivamente era el tener que aguantar mis reparos siempre que me daba las cuentas, porque para quitarle el motivo de sisar me tomé la molestia de ir á los mercados, é informarme del precio de los géneros, de suerte que le esperaba con esta prevencion; y como él no dejaba de querer remachar el clavo, yo le rechazaba vigorosamente, bien persuadido de que me maldeciria cien veces al dia; pero la causa de sus maldiciones me quitaba todo temor de que se cumpliesen: no sé como podia resistir á mis pesquisas, ni como continuaba sirviendo al señor siciliano: sin duda que él á pesar de todo esto hacia su agosto.

Contaba á Fabricio, á quien veia algunas veces, mis inauditas proezas económicas; pero le habiaba mas propenso á vituperar mi conducta que á aprobarla. Quiera Dios, me dijo un dia, que al cabo y al postre sea bien recompensado tu desinterés; pero, hablando aquí para los dos, creo que saldrias mas bien librado si no te estrellas tanto con el repostero. ¿Pues qué, lo respondi, este ladron ha de tener la osadia de poner en la cuenta del gasto diez doblones por un pescado que no costó mas que cuatro? ¿y quieres tú que yo pase esta partida? ¿Y por qué no? replicó serenamente; que te dé la mitad del aumento, y hará las cosas en forma. A fé mia, amigo, continuó meneando la cabeza, que no te sabes gobernar. Tú á la verdad echas á perder las cosas, y tienes traza de servir mucho tiempo, pues no te chupas el dedo teñiéndolo en la miel. Has de saber que la Fortuna es semejante á aquellas damiselas vivas y veleidosas á quienes no pueden sujetar los galanes timidos. Reime de las espresiones de Nuñez, que por su parte hizo otro tanto, y quiso persuadirme que aquello habia sido solo una chanza: se avergonzaba de haberme dado inútilmente un mal consejo. Continué siempre en el firme propósito de ser fiel y celoso, atreviéndome á asegurar que en cuatro meses con mi economía ahorré á mi amo por lo menos tres mil ducados.

CAPITULO XVI.

Del accidente que acometió al mono del conde Galiano y de la pena que causó á este señor. Cómo Gil Blas cayó enfermo, y cuáles fueron las resultas de su enfermedad.

El sosiego que reinaba en la casa le turbó estrañamente un suceso que al lector le parecerá una bagatela: pero que no obstante llegó á ser muy sério para los criados y sobre todo para mí. Cupido, aquel mono de que he hablado, aquel animal tan querido del amo, al saltar un dia de una ventana á otra, tomó tan mal sus medidas que cayó al patio, y se dislocó una pata. Apenas supo el conde esta desgracia cuando empezó á dar gritos como una muger; y en el esceso de su sentimiento echó la culpa á sus criados sin escepcion, y faltó poco para que los echara á todos á la calle. No obstante, limitó su indignacion á maldecir nuestro descuido, y darnos mil epitetos con palabras descomedidas. Inmediatamente hizo llamar á los cirujanos mas hábiles de Madrid en fracturas y dislocaciones de huesos. Reconocieron la pata

del herido, repusieron el hueso en su lugar, y lo vendaron; pero por mas que asegurasen no ser cosa de cuidado, no pudieron conseguir que mi amo no retuviese á uno de ellos para que permaneciera al lado del animal hasta su perfecta curacion.

Haria mal si pasara en silencio las penas é inquietudes que tuvo el señor siciliano durante este tiempo. ¿Se creerá que no se apartaba en todo el dia de su Cupido? Estaba presente cuando le curaban, y de noche se levantaba dos ó tres veces á verle. Lo mas penoso era que con precision habian de estar todos los criados, y principalmente yo, siempre levantados, para acudir pronto á lo que se necesitara en servicio del mono. En una palabra, no hubo en la casa un instante de reposo hasta que la maldita bestia, curada de su caida, volvió á sus saltos y volteletas ordinarias. A vista de esto, bien podemos dar crédito á la relacion de Suetonio, cuando dice que Caligula amaba tanto á su caballo que le puso una casa ricamente alhajada con criados para servirle, y que tambien queria hacerle cónsul. Mi amo no estaba menos enamorado de su mono, y con gusto le hubiera nombrado corregidor.

Por desgracia mia yo me distinguí mas que todos los criados en complacer al amo, y trabajé tanto en cuidar de su Cupido, que cai enfermo. Me dió una fuerte calentura, que se agravó de modo que perdí el sentido. Ignoro lo que hicieron conmigo en los quince dias que estuve á la muerte; y solamente sé que mi mocedad luchó tanto con la calentura, y tal vez contra los remedios que me dieron, que al fin recobré el conocimiento. El primer uso que hice de él fué observar que estaba en un cuarto diferente del mio; quise saber por qué, y se lo pregunté á una vieja que me asistia; pero me respondió que no hablara, porque el médico lo habia prohibido espresamente. Cuando estamos buenos ordinariamente nos burlamos de estos doctores; pero en estando malos nos sometemos con docilidad á sus preceptos.

Aunque mas desease hablar con mi asistenta, tomé la determinacion de callar; y estaba pensando en esto á tiempo que entraron dos como elegantes muy desembarazados, con vestidos de terciopelo, y ricas camisolas guarnecidas de encages. Me imaginé que eran algunos señores amigos de mi amo, que por atencion á él me venian á ver, y en esta inteligencia hice un esfuerzo para incorporarme, y por politica me quité el gorro; pero mi asistenta me volvió á tender á la larga, diciéndome que aquellos señores eran el médico y el boticario que me asistian.

El doctor se acercó á mí, me tomó el pulso, miróme atentamente el rostro, y habiendo observado todas las señales de una próxima curacion, se revistió de un aspecto victorioso, como si hubiese puesto mucho de suyo, y dijo que solo faltaba tomase una purga para acabar su obra; y que en vista de esto bien podia alabarse de haber hecho una buena curacion. Despues de haber hablado de esta suerte, dictó al boticario una receta, mirándose al mismo tiempo á un espejo, atusándose el pelo, y haciendo tales gestos, que no pude dejar de reirme á pesar del estado en que me hallaba. Hizome una cortesía y se marchó, pensando mas en su cara, que en las drogas que habia recetado.

Luego que salió, el boticario, que sin duda no fué á mi casa en vano, se preparó para ejecutar lo que se puede discurrir. Fuese porque temiese que la vieja no se daria buena maña, ó sea para hacer valer mas el género, quiso operar por sí mismo; pero á pesar de su destreza, apenas me habia disparado la carga, cuando, sin saber cómo, la rechacé sobre el manipulante, poniéndole el vestido de terciopelo como de perlas. Tuvo este accidente por adeala del oficio. Tomó una toalla, se limpió sin decir una palabra, y se fué bien resuelto á hacerme pagar lo que le llevase el quitamanchas, á quien sin duda tuvo precision de enviar su vestido.

A la mañana siguiente volvió vestido mas llanamente, aunque nada tenia que aventurar ya, y me trajo la

purga que el doctor habia recetado el dia antes. Yo me sentia por momentos mejor; pero fuera de eso, habia cobrado tanta aversion desde el dia anterior á los médicos y boticarios, que maldecia hasta las universidades en donde á estos señores se les da la facultad de matar hombres sin riesgo. Con esta disposicion declaré enfadado que no queria mas remedios, y que fueran á los diablos Hipócrates y sus secuaces. El boticario, á quien maldita de Dios la cosa se le daba de que yo diera el destino que quisiera á su medicina, con tal que se la pagase, la dejó sobre la mesa, y se retiró sin decirme una palabra.

Inmediatamente hice arrojar por la ventana aquel maldito brebaje, contra el cual habia formado tal aprension, que habria creido beber veneno si lo hubiera tomado. A esta desobediencia añadí otras: rompí el silencio, y dije con entereza á la que me cuidaba, que lo que positivamente queria era me diese noticias de mi amo. La vieja, que temia escitar en mí una alteracion peligrosa si me respondia, ó por el contrario, que si dejaba de satisfacerme irritaria mi mal, se detuvo un poco; pero la insté con tal empeño, que al fin me respondió: caballero, vmd. no tiene mas amo que á vmd. mismo. El conde Galiano se ha vuelto á Sicilia.

Me parecia increíble lo que oia; pero nada era mas cierto. Este señor, desde el segundo dia de mi enfermedad, temiendo que muriese en su casa, tuvo la bondad de hacerme trasladar con lo poco que tenia á una posada, en donde me dejó abandonado sin mas ni mas á la Providencia y al cuidado de una asistenta. En este tiempo tuvo orden de la corte para restituirse á Sicilia, y se marchó tan aceleradamente que no pudo pensar en mí, ya fuese porque me contaba con los muertos ó ya porque las personas de distincion suelen padecer estas faltas de memoria.

Mi asistenta fué la que me lo contó todo, y me dijo que ella era la que habia buscado médico y boticario para que no muriese sin su asistencia. Estas bellas noticias me hicieron caer en un profundo desvario. ¡Adios mi establecimiento ventajoso en Sicilia! ¡adios mis mas dulces esperanzas! «Cuando os suceda alguna gran desgracia (dice un papa) examinaos bien y encontrareis que siempre habeis tenido alguna parte de culpa.» Con perdon de este santo padre, no puedo descubrir en qué hubiese yo contribuido á mi fatalidad en aquella ocasion.

Cuando vi desvanecidas las lisonjeras fantasmas de que me habia llenado la cabeza, lo primero que me ocupó el pensamiento fué mi maleta, que hice traer á mi cama para registrarla. Al verla abierta suspiré. ¡Ay mi amada maleta, exclamé, único consuelo mio! á lo que veo has estado á merced de manos ajenas. No, no, señor Gil Blas, me dijo entonces la vieja, crea vmd. que nada le han robado. He guardado su maleta lo mismo que mi honra.

Encontré el vestido que llevaba cuando entré á servir al conde; pero busqué en vano el que me mandó hacer el mesinés. Mi amo no habia tenido por conveniente dejármelo, ó alguno se lo habia apropiado. Todo lo restante de mi ajuar estaba allí, y tambien una bolsa grande de cuero donde tenia mi dinero. Lo conté dos veces, porque á la primera no hallando mas que cincuenta doblones, no creí quedasen tan pocos de doscientos y sesenta que dejé en ella antes de mi enfermedad. ¿Qué es esto, buena muger, dije á mi asistenta? Mi caudal se ha disminuido mucho. Nadie ha llegado á él, respondió la vieja, y he gastado lo menos que me ha sido posible; pero las enfermedades cuestan mucho: es necesario estar siempre dando dinero. Vea vmd., añadió la buena económica sacando de la faltriquera un legajo de papeles, vea vmd. una cuenta del gasto tan cabal como el oro, y que os hará ver que no he malgastado un ochavo.

Recorri la cuenta, que bien tendria sus quince ó veinte hojas. ¡Dios misericordioso! ¡qué de aves se habian comprado mientras yo estuve sin sentido! Solamente en

caldos ascenderia la suma por lo menos á doce doblones. Las otras partidas eran correspondientes á esta. No es decible lo que habia gastado en carbon, en luz, en agua, en escobas, etc. Sin embargo, por muy llena que estuviese su lista, el total llegaba apenas á treinta doblones, y por consiguiente debian quedar doscientos treinta. Díjeselo; pero la vieja con un aire de sencillez empezó á poner por testigos á todos los santos, de que en la bolsa no habia mas que ochenta doblones cuando el mayordomo del conde le habia entregado mi maleta. ¿Qué dice vmd., buena muger? le interrumpí con precipitacion. ¿Fué el mayordomo quien dió á vmd. mi ropa? El fué realmente, me respondió: por mas señas que al dármela me dijo: tome vmd., buena muger, cuando el señor Gil Blas esté frito en aceite, no deje vmd. de obsequiarle con un buen entierro. En esta maleta hay con que hacerle las honras.

¡Ah, maldito napolitano! exclamé entonces. Ya no necesito saber en dónde para el dinero que me falta. Tú lo has llevado para desquitarte de lo que te he impedido hurtases. Despues de esta invectiva di gracias al cielo de que el bribon no hubiese cargado con todo. No obstante, aunque yo tenia motivo para imputarle el hurto, no dejé de discurrir que acaso podia haberlo hecho mi asistenta. Mis sospechas tan presto recaian sobre el uno, como sobre el otro; mas para mí siempre era lo mismo. Nada dije á la vieja, ni tampoco quise altercar sobre las partidas de su larga cuenta, porque nada hubiera adelantado: es preciso que cada uno haga su oficio. Mi resentimiento se redujo á pagarle, y despedirla de allí á tres dias.

Me imagino que al salir de mi casa fué á avisar al boticario de que yo la habia despedido y me hallaba ya restablecido y fuerte para poder tomar las de villadiego sin pagarle, porque le ví venir de allí á poco que apenas podia echar el aliento. Dióme su cuenta, en la que venian los supuestos remedios que me habia suministrado cuando estaba yo sin sentido, puestos con unos nombres que no entendí aunque habia sido médico. Esta se podia llamar propiamente cuenta de boticario, y así cuando llegó el caso de la paga altercamos bastante, pretendiendo yo que rebajase la mitad, y él porfiando que no bajaría un maravedi; pero haciéndose cargo al fin el boticario de que las habia con un mozo que en el dia podia marcharse de Madrid, tomó á bien contentarse con lo que le ofrecia; es decir, con tres partes mas de lo que valian sus medicinas, por no esponerse á perderlo todo. Con mucho sentimiento mio le aflojé el dinero, con lo que se retiró bien vengado de la desazonzilla que le causé el dia de la lavativa.

El médico llegó casi al punto, porque estos animales van siempre uno tras otro. Le satisface el deseo de sus visitas, que habian sido frecuentes, y se marchó contento. Mas para acreditarme que habia ganado bien su dinero, antes de retirarse me refirió por menor las mortales consecuencias que habia precavido en mi enfermedad, lo cual hizo en términos muy elegantes y con un aspecto agradable; pero nada comprendí de cuanto dijo. Luego que sali de él, me juzgué ya libre de todos los familiares de las parcas; pero me engañaba, porque vió tambien un cirujano, á quien en mi vida habia visto. Saludóme muy cortesmente, y manifestó mucho gusto de hallarme fuera del peligro en que me habia visto, atribuyendo este beneficio, decia él, á dos copiosas sangrias que me habia hecho, y á unas ventosas que habia tenido la honra de aplicarme. Esta pluma quedaba que arrancarme todavia; me fué preciso asimismo pagar al cirujano. Con tantas evacuaciones se quedó tan flaco mi bolsillo, que se podía decir era un cuerpo aniquilado, y que ni aun le quedaba el húmedo radical.

Al verme otra vez abismado en tan miserable situacion empecé á desanimarme. En casa de mis últimos amos me habia aficionado de suerte á las comodidades de la vida, que no podia ya, como en otro tiempo, considerar la indigencia del modo que un filósofo cinico. A la

verdad no debía entristecerme, teniendo repetidas experiencias de que la fortuna apenas me derribaba cuando me volvía á levantar: antes hubiera debido mirar mi infeliz estado como una ocasion de inmediata prosperidad.

LIBRO VIII.

CAPITULO I.

Gil Blas adquiere un buen conocimiento, y logra un empleo que le consuela de la ingratitud del conde Galiano. Historia de don Valerio de Luna.

Como en todo este tiempo no habia oido hablar de Nuñez, discurri habia ido á divertirse á algun lugar. Luego que pude andar, fui á su casa, y supe que en efecto hacia tres semanas estaba en Andalucia con el duque de Medinasidonia.

Al despertarme una mañana me ocurrió á la memoria Melchor de la Ronda, y me acordé que le habia ofrecido en Granada ir á ver á su sobrino si algun dia volvía á Madrid; y queriendo cumplir mi promesa aquel mismo dia, me informé de la casa de don Baltasar de Zúñiga, y pasé á ella. Pregunté por el señor José Navarro, que no tardó en presentarse: habiéndole saludado, y dichole quién era, me recibió atentamente, pero con frialdad: de suerte que no podia conciliar aquel recibimiento indiferente con el retrato que me habian hecho de este repostero. Iba á retirarme con ánimo de no volver á hacerle otra visita, cuando mostrándome de repente un semblante apacible y risueño, me dijo con mucha expresion: ¡ah, señor Gil Blas de Santillana! suplico á vmd. me perdone el recibimiento que le he hecho. Mi memoria tiene la culpa de que yo no haya manifestado el buen afecto con que estoy dispuesto á favor de usted: se me habia olvidado su nombre, y ya no pensaba en el caballero que me recomendaban en una carta que recibí de Granada hace mas de cuatro meses.

Permitidme que os abrace, añadió, estrechándome lleno de gozo: mi tio Melchor, á quien estimo y venero como á mi propio padre, me encarga encarecidamente que si por acaso tengo la honra de ver á usted le trate como si fuera vmd. su hijo, y emplee, en caso necesario, mi valimiento y el de mis amigos en obsequio de vmd. Me hace un elogio del buen corazon y talento de vmd. en tales términos, que aun cuando no me moviera á ello su recomendacion, me empeñaria en servirle. Míreme vmd., pues. le suplico, como á un hombre á quien mi tio por su carta ha comunicado toda la inclinacion que le profesa: franquéo á vmd. mi amistad; no me niegue la suya.

Respondi con el agradecimiento debido á la cortesía de José; y en el mismo instante contrajimos una estrecha amistad, siendo ambos francos y sinceros. No dudé descubrirle el triste estado de mis asuntos, y apenas lo oyó cuando me dijo: me encargo del cuidado de acomodar á vmd., y entre tanto no deje vmd. de venir á comer conmigo todos los dias, que tendrá mejor comida que en la posada donde está.

La oferta halagaba demasiado á un convaleciente escaso de dinero, y enseñado á los buenos bocados, para que yo la desechase; aceptéla, pues, y me repuse tanto en aquella casa, que á los quince dias tenia ya una cara de monge Bernardo. Parecióme que el sobrino de Melchor hacia en aquella casa su agosto: ¿pero cómo no lo haria; teniendo á un mismo tiempo tres empleos, pues era gefe de la reposteria, de la cueva y de la despensa? Además, y sin perjuicio de nuestra amistad, yo creo que él y el mayordomo estaban muy bien avenidos.

Ya estaba yo perfectamente restablecido, cuando viéndome un dia mi amigo José llegar á casa de Zúñiga para comer, segun mi costumbre, me salió á recibir, y me dijo con alegría: señor Gil Blas, tengo que proponeros un acomodo muy bueno: sepa vmd. que el duque de

Lerma, primer ministro de la corona de España, para entregarse enteramente al despacho de los negocios del Estado, confia el cuidado de los suyos á dos personas: para recaudar sus rentas ha escogido á don Diego de Montesper, y ha encargado la cuenta del gasto de su casa á don Rodrigo Calderon. Estos dos confidentes ejercen sus empleos con una autoridad absoluta, y sin depender uno de otro. Don Diego tiene regularmente á sus órdenes dos administradores que hacen las cobranzas; y como supe esta mañana que habia despedido á uno de ellos, fui á pedir su plaza para vmd. El señor de Montesper, que me conoce, y de quien me precio ser estimado, me la ha concedido sin dificultad por los buenos informes que le he dado de las costumbres y capacidad de usted, y hoy despues de comer iremos á su casa.

Así lo hicimos: fui recibido con mucho agrado, y colocado en el empleo del administrador que habia sido despedido, el cual consistia en visitar nuestras granjas, en repararlas, cobrar sus arrendamientos, y en una palabra, mi incumbencia era cuidar de los bienes del campo. Todos los meses daba mis cuentas á don Diego, quien á pesar de todo el bien que le habia dicho mi amigo de mi, las examinaba con mucha atencion; pero esto era lo que yo queria, porque aunque mi rectitud habia sido tan mal pagada en casa de mi último amo, estaba resuelto á conservarla siempre.

Supimos un dia que se habia pegado fuego á la quinta de Lerma, y reducido á cenizas mas de la mitad, y con esta noticia inmediatamente pasé á ella á reconocer el daño. Habiéndome informado puntualmente de las circunstancias del incendio, formé una estensa relacion de ellas, que Montesper manifestó al duque de Lerma. El ministro, á pesar del sentimiento que tenia de saber tan mala nueva, admiró la relacion, y no pudo menos de preguntar quién era su autor. Don Diego no se contentó con decírselo, sino que le habló tan á favor mio, que pasados seis meses se acordó S. E. de esto con motivo de una historia que voy á contar y sin la cual puede ser que jamás hubiera yo logrado empleo en la córte. Esta historia es la siguiente.

En la calle de las Infantas vivia entonces una señora anciana, llamada Inesilla de Cantarilla, cuyo nacimiento no se sabia á punto fijo: unos decian era hija de un guitarrero, y otros de un comendador de la orden de Santiago. Fuese lo que fuese, ella era una persona admirable, pues la naturaleza le habia concedido el singular privilegio de hechizar á los hombres durante el curso de su vida que subsistia aun despues de quince lustros cumplidos. Habia sido el idolo de los señores de la córte antigua, y se veia adorada de los de la nueva: el tiempo, que no respeta la hermosura, trabajaba en vano en disminuir la suya: la marchitaba, si; pero no le quitaba el poder de agradar. Un semblante noble, un entendimiento embelesador, y muchas gracias naturales, le hacian escitar pasiones hasta en su vejez.

Don Valerio de Luna, caballero de veinte y cinco años, y uno de los secretarios del duque de Lerma, visitaba á Inesilla, y quedó enamorado de ella, declaróle su pasion, y siguió la liebre con todo el ardor que el amor y la juventud son capaces de inspirar. La señora, que tenia sus motivos para no querer condescender con sus deseos, no sabia qué hacerse para contenerlos. No obstante, creyó un dia haber encontrado arbitrio para ello, haciendo pasar al jóven á su gabinete, donde enseñándole un reloj que estaba sobre una mesa, le dijo: ved la hora que es: hoy hace setenta y cinco años que nací en la misma: á fé que me caerian los amores en esta edad. Volved, hijo mio, en vos mismo, y ahogad unos sentimientos que no convienen ni á vos ni á mi. A esta reconvenccion juiciosa, el caballero á quien no hacia fuerza la razon, respondió á la señora con toda la impetuosidad de un hombre poseido de los movimientos que le agitaban: cruel Inés, ¿por qué recurris á esos frivolos artificios? ¿pensais que pueden haceros otra á mis ojos? No os lisonjéis con una esperanza tan engañosa; ya seais tal

cual os veo, ó ya mi vista padezca alguna ilusion, yo no he de cesar de amaros. Pues bien, replicó ella: una vez que con tanta porfia quereis continuar con vuestra pretension, hallareis de aqui en adelante cerrada mi puerta; y asi os prohibo y os mando que jamás os presenteis á mi vista.

Acaso se creerá que en virtud de esto turbado y confuso don Valerio de lo que acababa de oír se retiró cortesmente, pero sucedió todo lo contrario, pues se hizo mas importuno. El amor hace en los enamorados el mismo efecto que el vino en los borrachos. El caballero suplicó, suspiró, y pasando repentinamente de los ruegos á la violencia, intentó lograr por fuerza lo que no podia obtener de otro modo; pero la señora, rechazándole con valor, le dijo irritada: detente, temerario, voy á refrenar tu loco amor: sabe que eres hijo mio.



Con mucho sentimiento mio le alojé el dinero, con lo que se retiró bien vengado de la desazoncilla que le causé el dia de la lavativa.—Pág. 146.

Atónito don Valerio de oír semejantes palabras, suspendió su atrevimiento; pero discurrendo que Inesilla decia aquello para librarse de la solicitud, le respondió: vos inventais esa fábula para huir de mis deseos. No, no, interrumpió ella: te revelo un secreto que siempre te hubiera ocultado, si no me hubieras reducido á la necesidad de declarártelo. Veinte y seis años hace que amaba á don Pedro de Luna, tu padre, que era entonces gobernador de Segovia; tú fuiste el fruto de nuestros amores: te reconoció, te hizo criar con cuidado; y ademas de que no tenia otro hijo, tus buenas prendas le estimularon á dejarte caudal. Yo por mi parte no te he desamparado: luego que te vi ya metido en el trato del mundo, he procurado atraerte á mi casa para inspirarte aquellos modales corteses que son tan necesarios en una persona fina, y que solo las mugeres pueden enseñar á los caballeros mozos: y aun he hecho mas, he empleado todo mi vali-

miento para colocarte en casa del primer ministro: en fin, me he interesado por tí como debia hacerlo por un hijo. Sabido esto, mira lo que determinas: si puedes purificar tus sentimientos, y mirarme solo como á una madre, no te echaré de mi presencia, y te amaré tan tiernamente como hasta aqui; pero si no eres capaz de hacer este esfuerzo, que la razon y la naturaleza exigen de tí, huye al momento, y librame del horror de verte.

Mientras Inesilla hablaba de esta suerte, guardaba don Valerio un triste silencio: nadie hubiera dicho sino que llamaba en su auxilio á la virtud para vencerse á sí mismo; pero esto era en lo que menos pensaba. Meditaba otro designio, y preparaba á su madre un espectáculo muy diverso, porque viendo que era insuperable el obstáculo que se oponia á su felicidad, se rindió cobardemente á la desesperacion, y sacando la espada, se atravesó con ella. Se castigó como otro Edipo, con la diferencia de que al tebano le cegó el dolor de haber consumado el crimen, y el castellano al contrario se atravesó de sentimiento de no haberle podido cometer.

El desgraciado don Valerio no murió al instante: tuvo tiempo de arrepentirse y pedir al cielo perdon de haberse quitado la vida á sí mismo. Como por su muerte quedó vacante el empleo de secretario en casa del duque de Lerma, este ministro, que no habia echado en olvido la relacion que escribí del incendio, ni el elogio que de mí se le habia hecho, me eligió para sustituir á este jóven.

CAPITULO II.

Presentan á Gil Blas al duque de Lerma quien le admite por uno de sus secretarios. Este ministro le señala el trabajo que ha de hacer, y queda gustoso de él.

Monteser me participó esta agradable noticia, diciéndome: amigo Gil Blas, siento os separeis de mí; pero como os estimo, no puedo menos de alegrarme seais sucesor de don Valerio. Hareis fortuna si seguís dos consejos que voy á daros: el primero es que os mostreis tan adicto á S. E., que no dude que le profesais el mayor afecto; y el segundo, que hagais la corte á don Rodrigo Calderon, porque este hombre maneja el ánimo de su amo como una blanda cera. Si teneis la dicha de agradar á este secretario favorito, me atrevo á aseguraros con certidumbre que subireis mucho en poco tiempo.

Di las gracias á don Diego por sus saludables consejos, y le dije: hágame usted el favor de explicarme el carácter de don Rodrigo, porque he oído decir que es un sugeto nada bueno; pero aunque alguna vez el pueblo acierta en sus juicios, no me fio de las pinturas que suele hacer de las personas que están en candelero. Sirvase usted, pues, decirme lo que piensa del señor Calderon. Asunto es delicado, me respondió el apoderado con una sonrisa maligna: á cualquiera otro le diria sin detenerme que es un hidalgo honrado, de quien no se podria decir sino bien; pero con vos quiero ser franco, porque además de que conozco vuestra prudencia, me parece debo hablaros claramente de don Rodrigo, pues os he avisado que debiais guardarle miramientos: de otro modo no haria mas que serviros á medias.

Ya sabeis, pues, prosiguió, que era un simple criado de S. E. cuando todavia no era éste mas que don Francisco de Sandoval, y que por grados ha llegado á ser su primer secretario. No se ha visto nunca hombre mas vano. Jamás corresponde á las cortesias que se le hacen, á no precisarle á ello razones muy poderosas. En una palabra, él se considera como un compañero del duque de Lerma, y en realidad podria decirse que participa de la autoridad del primer ministro, pues que le hace conferir los gobiernos y los empleos á quien se le antoja; el público frecuentemente murmura de ello; mas él no hace caso; con tal que saque lo que llamamos para guantes, le importa muy poco la censura pública. Por lo que

acabo de decir conocereis, añadió don Diego, cómo de-
beis portaros con un hombre tan altanero. ¡Oh! bien es-
tá; déjeme usted á mí: muy mal han de andar las cosas
para que no me estime: cuando se conoce el flaco de un
hombre á quien se intenta agradar, es preciso ser poco
diestro para no conseguirlo. Siendo así, repuso Monte-
ser, voy á presentaros ahora mismo al duque de Lerma.

Al instante pasamos á casa del ministro, á quien en-
contramos dando audiencia en una gran sala, en donde



habia mas gente que en palacio. Allí vimos comendado-
res y caballeros de Santiago y de Calatrava, que solici-
taban gobiernos y vireinatos; obispos que, siendo sus
diócesis contrarias á su salud, querian ser arzobispos,
nada mas que por mudar de aires; y tambien muy bue-
nos religiosos dominicos y franciscanos que pedian con
toda humildad mitras: vi tambien oficiales reformados
haciendo el mismo papel que el capitan Chinchilla, esto
es, que se consumian esperando una pension. Si el du-
que no satisfacía los deseos de todos, recibia á lo menos
con agrado sus memoriales, y advertí que respondia muy
cortesmente á los que le hablaban.

Esperamos con paciencia que despachara á todos los
pretendientes. Entonces don Diego le dijo: señor, aquí
está Gil Blas de Santillana, á quien V. E. ha elegido para
ocupar el empleo de don Valerio. Miróme el duque, y
me dijo con mucha afabilidad, que lo tenia merecido por
los servicios que le habia hecho. Me hizo despues entrar
en su despacho para hablarme á solas, ó mas bien para
tomar juicio de mi talento por mi conversacion. Quiso
saber quién yo era, y la historia de mi vida, diciéndome
se la contase fielmente. ¡Qué relacion tan larga la
que se me pedia! Mentir á un primer ministro de España
no era regular; y por otra parte, habia tantos pasa-
ges que podian ajar mi vanidad, que no sabia cómo re-
solverme á hacer una confesion general. ¿Cómo salir de
este apuro? Adopté el partido de disimular la verdad en

aquellos puntos en que me hubiera avergonzado de de-
cir la desnuda; pero, á pesar de todo mi artificio, no de-
jó de percibir la. Señor de Santillana, me dijo sonriéndose
al fin de mi narracion, á lo que veo, usted ha sido un si-
es no es travieso. Señor, le respondi sonrojado, V. E. me
ha mandado sea sincero, le he obedecido. Yo te lo agradezco,
replicó: veo, hijo mio, que te has librado de los peligros á poca
costa; extraño que el mal ejemplo no te haya perdido enteramente.
¡Cuántos hombres de bien se pervertirian si la fortuna los pusiera á semejantes
pruebas!

Amigo Santillana, continuó el ministro, no te acuerdes
mas de lo pasado: piensa solamente en que ahora sirves al rey,
y que te has de emplear en adelante en su servicio. Sígueme,
que voy á decirte en qué te has de ocupar. Dicho esto, el duque
me llevó á un cuartito inmediato á su despacho, donde tenia
sobre varios estantes unos veinte libros de registro en folio muy
gruesos. Aquí, me dijo, has de trabajar. Todos estos registros
que ves componen un diccionario de todas las familias nobles
que hay en los reinos y principados de la monarquía española.
Cada libro contiene, por orden alfabético, un resumen de la
historia de todos los hida'gos del reino, en la que se especifican
los servicios que ellos y sus antepasados han hecho al Estado,
como tambien los lances de honor que les han ocurrido. Tambien
se hace mencion de sus bienes, de sus costumbres, y en una pa-
labra, de todas sus buenas ó malas cualidades; de modo que
cuando piden algunas gracias al gobierno, veo de una ojeada
si las merecen. A este fin tengo sugetos asalariados en todas
partes que procuran averiguarlo é instruirme enviándome sus
informes; pero como estos son difusos, y están llenos de modismos
provinciales, es necesario extractarlos y pulirlos, porque el rey
quiere algunas veces que le lean estos registros. Este trabajo
pide un estilo limpio y conciso, por lo cual desde este instante
quiero emplearte en él.

En seguida sacó de una gran cartera llena de papeles un
informe que me entregó, y me dejó en mi cuarto para que con
libertad hiciese yo el primer ensayo. Lei el papel, que no solamente
me pareció lleno de términos bárbaros, sino tambien de encono,
no obstante de ser su autor un fraile de la ciudad de Solsona.
Afectando su reverencia el estilo de un hombre de bien, deni-
graba sin piedad á una honrada familia catalana, y sabe Dios
si decia la verdad. Juzgué leer un libelo infamatorio, y por tanto
escrupulicé trabajar en él. Temia hacerme cómplice de una calumnia;
no obstante, aunque recién introducido en la córte, pasé por alto
el mal ó bien obrar del religioso; y dejando á su cargo toda la
iniquidad, si la habia, principié á deshonrar en bellas frases
castellanas á dos ó tres generaciones que acaso serian muy
honradas. Ya habia compuesto cuatro ó cinco páginas, cuando
deseoso el duque de saber qué tal me portaba, volvió y me dijo:
Santillana, enséñame lo que has hecho, que quiero verlo. Al mismo
tiempo pasó la vista por mi escrito, y leyó el principio con mucha
atencion. Yo me sorprendí al ver lo que le gustó. Aunque
estaba tan inclinado á tu favor, me dijo, te confieso que has
escedido á lo que esperaba de ti. No solamente escribes con toda
la propiedad y precision que yo quiero, sino que ademas encuentro
tu estilo fluido y festivo. Bien me acreditas el acierto que he
tenido en escoger tu pluma, y me consuelas de la pérdida de tu
predecesor. El ministro no hubiera limitado á esto mi elogio si á
este tiempo no hubiera venido á interrumpirle su sobrino el conde
de Lemos. S. E. le dió muchos abrazos, y le recibió de un modo
que me hizo entender le amaba verdaderamente. Los dos se
encerraron para tratar en secreto de un negocio de familia de que
luego hablaré, y del que estaba el duque entonces mas ocupado
que de los del rey.

Mientras estaban encerrados oí dar las doce. Como sabia que los
secretarios y covachuelistas dejaban á esta hora el bufete para ir á
comer donde querian, dejé en

aquel estado mi ensayo, y sali para ir, no á casa de Monteser, porque ya me habia pagado mis salarios y despedido, sino á la mas famosa hosteria del barrio de Palacio. Una de las ordinarias no convenia á mi persona. *Piensa que ahora sirves al rey.* Estas palabras que el duque me habia dicho se me venian sin cesar á la memoria, y eran otras tantas semillas de ambicion que fermentaban por momentos en mi ánimo.

CAPITULO III.

Sabe Gil Blas que su empleo no deja de tener desazones. De la inquietud que le causó esta nueva, y la conducta que se vió obligado á guardar.

Al entrar tuve gran cuidado de hacer saber al hostero que era yo un secretario del primer ministro, y como tal no sabia qué mandarle que me trajese de comer. Temia pedir cosa que oliese á estrechez, y así le dije me diese lo que le pareciera. Me regaló muy bien, y me hizo servir como á persona de distincion, lo que me llenó mas que la comida. Al pagar tiré sobre la mesa un doblon, y cedí á los criados lo que debían volverme, que seria á lo menos la cuarta parte, saliendo de la hosteria con gravedad y tiesura, en ademan de un jóven muy pagado de su persona.

A veinte pasos habia una gran posada de caballeros en donde de ordinario se hospedaban señores estrangeiros. Alquilé un aposento de cinco ó seis piezas con buenos muebles, como si ya tuviese dos ó tres mil ducados de renta, y pagué adelantado el primer mes. Despues de esto volví á mi tarea, y emplee toda la siesta en continuar lo comenzado por la mañana. En una pieza inmediata á la mia estaban otros dos secretarios; pero estos no hacian mas que poner en limpio lo que el mismo duque les daba á copiar. Desde la misma tarde al retirarnos me hice amigo de ellos, y para granjear mejor su amistad los llevé á casa de mi hostero, en donde les hice servir los mejores platos que ofrecia la estacion, y los vinos mas delicados y estimados en España.

Sentámonos á la mesa, y empezamos á conversar con mas alegría que entendimiento, porque, sin hacer agravio á mis convidados, conocí desde luego que no debian á sus talentos los empleos que ocupaban en su secretaria. Era hábiles á la verdad en hacer hermosa letra redonda y bastardilla; pero no tenian la menor tintura de las que se enseñan en las universidades.

En recompensa sabian con primor lo que les tenia cuenta, y me dieron á entender que no estaban tan embriagados con el honor de estar en casa del primer ministro, que no se quejasen de su estado. Cinco meses ha que servimos, decia uno á nuestra costa. No nos pagan el sueldo; y lo peor es que está por arreglar, y no sabemos bajo que pie estamos. Por lo que hace á mi, decia el otro, quisiera haber recibido veinte zurriagazos en lugar de sueldo, con tal que me dejasen la libertad de tomar otro destino; porque despues de las cosas secretas que he escrito, no me atreveria á retirarme de mi propio motivo, ni á pedir licencia para ello. Bien puede ser que fuese á ver la torre de Segovia ó el castillo de Alicante.

¿Pues cómo hacen vmds. para mantenerse? les dije: sin duda tendrán hacienda. Me respondieron que muy poca; pero que por fortuna vivian en casa de una viuda honrada, que les fiaba y daba de comer á cada uno por cien doblones al año. Toda esta conversacion, de la cual no perdí palabra, bajó al punto mis humos altaneros. Me figuré que seguramente no se tendria conmigo mas atencion que con los otros: que por consiguiente no debia estar tan satisfecho de mi empleo: que era menos sólido de lo que yo habia creído, y que en fin debia economizar mucho el bolsillo. Estas reflexiones me sanaron de la furia de gastar. Principié á arrepentirme de haber convidado á aquellos secretarios, y á desear se acabase la comida; y cuando llegó el caso de pagar la cuenta, tuve una disputa con el hostero sobre su importe.

Separámonos á media noche, porque no les insté á que bebieran mas. Ellos se marcharon á casa de su viuda, y yo me retiré á mi soberbia habitacion, lleno de rabia de haberla alquilado, y prometiendo de veras dejarla al fin del mes. A pesar de que me acosté en una buena cama, mi desazon me quitó el sueño. Pasé lo restante de la noche en discurrir los medios de no servir de valde al rey, y me atuve sobre este particular á los consejos de Monteser. Me levanté con ánimo de ir á cumplimentar á don Rodrigo Calderon, hallándome entonces en la mejor disposicion para presentarme á un hombre tan altivo, y de cuyo favor bien conocia yo que necesitaba; y con efecto pasé á casa de este secretario.

Su vivienda tenia comunicacion con la del duque de Lerma, y era igual á ella en magnificencia. No hubiera sido fácil distinguir por los muebles al amo del criado: dije le entrasen recado de que estaba allí el sucesor de don Valerio; pero esto no impidió me hiciesen esperar mas de una hora en la antesala. Señor nuevo secretario, me decia yo en este tiempo, tenga usted paciencia si gusta. A usted le harán morder el ajo antes que usted se lo haga morder á otros.

Al fin abrieron la puerta del cuarto: entré, y me acerqué á don Rodrigo, que acababa de escribir un billete amoroso á su Sirena encantadora, y se lo estaba entregando en aquel momento á Perico. No me habia presentado al arzobispo de Granada, al condé Galiano, ni aun al primer ministro, con tanto respeto como ante el señor Calderon; le saludé bajando la cabeza hasta el suelo, y le pedi su proteccion en términos de que no puedo acordarme sin rubor, tan llenos estaban de sumision. En el ánimo de otro menos vano que él no me hubiera hecho ningun favor mi bajeza; pero á él le agradaron mucho mis rastrosos rendimientos, y me respondió con bastante cortesía que no malograria ninguna ocasion en que pudiera servirme.

Sobre esto le di gracias con grandes demostraciones de celo por la inclinacion favorable que me manifestaba, y le aseguré de mi eterno reconocimiento: despues, temiendo incomodarle, sali suplicándole me perdonase si habia interrumpido sus importantes ocupaciones. Luego que di este paso tan indecoroso, me retiré á mi despacho, y concluí la obra que se me habia encargado. El duque no dejó de entrar por la mañana, y quedando no menos complacido del fin de mi trabajo que del principio, me dijo: esto está muy bueno; escribe lo mejor que puedas este compendio histórico en el registro de Cataluña, y concluido, toma de la bolsa otro informe, que pondrás en orden del mismo modo. Tuve la conversacion bastante larga con S. E., cuyo modo afable y familiar me encantaba. ¡Qué diferencia entre él y Calderon! eran dos personas que contrastaban singularmente.

Aquel dia me fui á una hosteria en donde se comia á precio fijo, y resolví ir allí de incógnito todos los dias hasta ver el efecto que producian mi respeto y sumision. Tenia yo dinero para tres meses á lo mas, y me prescribí este término para trabajar á costa de quien hubiese lugar, proponiéndome (siendo las locuras mas cortas las mejores) abandonar, pasado este término, la corte y su oropel, si no me señalaban sueldo. Dispuesto así mi plan, nada me quedó por hacer en dos meses para agradar al señor Calderon; pero hizo tan poco caso de todo lo que yo practicaba para conseguirlo, que perdí las esperanzas. Mudé de conducta con respecto á él, cesé de hacerle la corte, y solo pensé en aprovecharme de los momentos de conversacion que yo tenia con el duque.

CAPITULO IV.

Gil Blas consigue el favor del duque de Lerma, que le confia un secreto de importancia.

Aunque S. E. me veia todos los dias por un instante, sin embargo pude granjearle insensiblemente la vo-

luntad en tales términos, que un día después de comer, me dijo: escucha, Gil Blas, sabe que me agrada tu ingenio, y que te estimo. Eres un mozo celoso, fiel, muy inteligente y callado; y así me parece que no erraré si te hago dueño de mi confianza. A estas palabras me arrojé á sus pies; y después de haberle besado respetuosamente la mano, que me alargó para levantarme, le respondí: ¡es posible que se digne V. E. honrarme con un favor tan grande! ¡cuántos enemigos secretos me van á suscitar vuestras bondades! Pero solo temo el rencor de una persona, que es don Rodrigo Calderon. Nada tienes que temer de él, respondió el duque: yo le conozco; desde su niñez me ha querido, y puedo decir que sus sentimientos son tan conformes con los míos, que quiere todo lo que me gusta, así como aborrece todo cuanto me desagrada. En lugar de temer te tenga aversión, debes al contrario contar con su amistad. Por aquí conocí lo astuto que era el señor don Rodrigo, que había conquistado el ánimo de S. E., y que yo debía procurar estar muy bien con él.

Para principiar, prosiguió el duque, á ponerte en posesión de mi confianza, voy á descubrirte un designio que medito, porque conviene te enteres de él á fin de que procures desempeñar los encargos que pienso darte en adelante. Hace mucho tiempo que veo mi autoridad generalmente respetada: que mis órdenes se obedecen ciegamente, y que dispongo á mi arbitrio de los cargos, empleos, gobiernos, vireinatos, beneficios, y aun me atrevo á decir, que reino en España. Mi fortuna no puede llegar á mas; pero quisiera preservarla de las borrascas que empiezan á amenazarla; y á este efecto desearia me sucediese en el ministerio el conde de Lemos, mi sobrino.

Habiendo advertido el ministro que este último punto me había sorprendido en extremo, me dijo: veo bien, Santillana, conozco bien lo que te admira. Te parece muy extraño que prefiera mi sobrino á mi propio hijo, el duque de Uceda; pero has de saber que este es de cortisimos alcances para ocupar mi puesto, y que además soy su enemigo. No puedo llevar el que haya hallado el secreto de agrandar al rey, y que este quiera hacerle su privado. El favor de un soberano se parece á la posesión de una muger á quien se adora; es esta una felicidad tan envidiable que nadie quiere que un rival tenga parte en ella por mas que le unan á él los lazos de la sangre y de la amistad.

En esto te manifiesto, continuó, lo intimo de mi corazón. Ya he intentado desconceptuar en el ánimo del rey al duque de Uceda, y no habiendo podido conseguirlo, he levantado otra batería; quiero que el conde de Lemos por su parte se granjee la estimación del príncipe de España. Siendo gentil-hombre de cámara con destino á su cuarto, tiene ocasión de hablarle á cada paso, y además de que tiene talento, yo sé un medio de hacerle lograr esta empresa. Con esta estratagemá, contraponiendo mi hijo á mi sobrino, suscitaré entre estos primos una competencia que les obligará á ambos á buscar mi apoyo, y esta necesidad que tendrán de mí, hará me estén uno y otro sumisos: ve aquí cual es mi proyecto, añadió, y tu mediación no me será inútil en él. Te enviaré á hablar secretamente al conde de Lemos, y me contarás de su parte lo que tenga que participarme.

Después de esta confianza, que yo miraba como dinero contante, cesó mi inquietud. En fin (decía yo), héme aquí colocado en una situación que me promete montes de oro; porque es imposible que el confidente de un hombre que gobierne la monarquía española, no se halle bien presto colmado de riquezas. Poseído de tan dulce esperanza veía con indiferencia apurarse mi pobre bolsillo.

CAPITULO V.

En el que se verá á Gil Blas lleno de gozo, de honra, y de miseria.

Bien presto se echó de ver el favor que yo merecía al ministro, y él mismo lo daba á entender públicamen-

te entregándome la bolsa de los papeles que acostumbraba antes llevar S. E. mismo cuando iba á despachar. Esta novedad, que dió motivo para que me tuviesen en el concepto de un valido, escitó la envidia de muchos, y me atrajo cumplimientos de córte. Los dos oficiales, mis inmediatos, no fueron los últimos á felicitar me sobre mi próxima elevación, y me convidaron á cenar en casa de su viuda, no tanto por correspondencia, cuanto con la mira de tenerme obligado á su favor para en adelante. Me veía obsequiado por todas partes; y hasta el orgulloso Calderon mudó de modales conmigo. Ya me llamaba *señor de Santillana*, cuando hasta entonces me había tratado siempre de *vos*, sin haber empleado jamás el tratamiento de *usted*; se me mostraba muy propicio, especialmente cuando pensaba que nuestro favorecedor podía notarlo; pero aseguro que no trataba con ningún tonto: yo correspondía á sus atenciones con tanta mas urbanidad cuanto mas le aborrecia. No se hubiera portado mejor un cortesano consumado.

También acompañaba al duque mi señor cuando iba á palacio, que por lo regular era tres veces al día: por la mañana entraba en el cuarto de S. M. cuando ya estaba despierto; se ponía de rodillas junto á la cabecera de su cama; hablábale de lo que había S. M. de hacer en el día, y le dictaba las cosas que había de decir, con lo que se retiraba. Después de comer volvía, no para hablarle de negocios, sino de cosas alegres: le divertía contándole todos los lances graciosos que ocurrían en Madrid, los cuales era siempre el primero que los sabía, porque tenía personas pagadas á este efecto: y en fin, iba por la noche la tercera vez á ver al rey, le daba cuenta como le parecia de lo que había hecho en el día, y le pedia por ceremonia sus órdenes para el día siguiente. Mientras estaba con S. M. yo me quedaba en la antecámara en donde había personas distinguidas dedicadas á solicitar la protección de la córte, que anhelaban mi conversacion, y se vanagloriaban de que yo me dignara concedérsela. En vista de esto, ¿cómo podria yo no creerme hombre de importancia? Muchos hay en la córte que con menos fundamento se tienen por tales.

Un día tuve mayor motivo para envanecerme. El rey, á quien el duque había hablado con grande elogio de mi estilo, tuvo la curiosidad de ver una muestra de él. S. E. me hizo tomar el registro de Cataluña, llevome á presencia del monarca, y me mandó leyese el primer extracto que había formado. Si la presencia del soberano me turbó al pronto, la del ministro me animó inmediatamente, y lei mi obra que S. M. oyó con agrado, y tuvo la bondad de asegurar que estaba satisfecho de mí, y aun la de encargar á su ministro cuidase de mis ascensos: todo lo cual en nada disminuyó el orgullo de que yo estaba poseído, y la conversacion que tuve pocos días después con el conde de Lemos acabó de llenarme la cabeza de ideas ambiciosas.

Fui un día á buscar á este señor de parte de su tío al cuarto del príncipe, y le presenté una carta credencial, en la que el duque le aseguraba podia hablarlo con confianza, como que estaba enterado del asunto que tenían entre manos, y escogido para mensajero de ambos. El conde, así que leyó la esquela, me condujo á un cuarto donde nos encerramos solos, y allí aquel caballero jóven me habló en estos términos: supuesto que vmd. ha logrado la confianza del duque de Lerma, no dudo que la merecerá, ni tengo dificultad en hacer á vmd. depositario de la mia. Sabrá vmd., pues, que las cosas van á pedir de boca: el príncipe de España me distingue entre todos los señores de su servidumbre, que estudian el modo de agrandarle. Esta mañana he tenido una conferencia con S. A., en la que me ha parecido estar disgustado de verse por la mezquindad del rey sin facultades para seguir los impulsos de su generoso corazón, y aun de hacer un gasto correspondiente á un príncipe. Yo le he manifestado cuánto lo sentia; y aprovechándome de la ocasión he ofrecido llevarle mañana cuando se levante mil doblones, esperando mayores sumas, las que

he asegurado le suministraré sin tardanza: mi oferta le ha complacido mucho, y estoy cierto de captar su benevolencia si le cumplo la palabra. Id, añadió, noticiad á mi tío estos pormenores, y volved esta tarde á decirme su sentir acerca de ello.

Luego que concluyó, me despedi de él, y pasé á dar parte al duque de Lerma, quien oido mi recado, envió á pedir á Calderon mil doblones, de que me hizo cargo aquella tarde, y fui á llevárselos al conde, diciendo entre mi: bueno, bueno; ahora veo claramente cuál es el medio infalible de que se vale el ministro para salir con



Le daba cuenta como le parecia de lo que habia hecho en el dia, y le pedia por ceremonia sus ordenes para el siguiente.—Pág. 151.

su intento: pardiez que tiene razon; y segun todas las señales estas prodigalidades no le arruinarán: fácilmente adivino de qué cofre saca estos hermosos doblones: pero bien considerado, ¿no es razon que el padre sea quien mantenga al hijo? Al separarme del conde de Lemos, me dijo en voz baja: adios, nuestro amado confidente: el principe de España es un poco inclinado á las damas, y será necesario que tú y yo tratemos de este punto en la primera ocasion, porque preveo que muy presto necesitaré de tu ministerio. Me retiré reflexionando en estas palabras, que á la verdad no eran ambiguas, y que me llenaban de satisfaccion. Cómo diablos es esto, decia yo, ¿si estaré próximo á ser el Mercurio del heredero de la monarquía? Yo no examinaba si esto era bueno ó malo, porque la calidad del galan ofuscaba mi conciencia. ¿Qué gloria para mi ser agente de los placeres de un gran principe! ¡Oh! poco á poco, señor Gil Blas, se me dirá, no se trataba en cuanto á vos mas que de haceros un agente subalterno: convengo en ello; pero en sustancia estos dos empleos son de tanto honor uno como otro: solamente se diferencian en el provecho.

Cumpliendo bien con estas nobles comisiones, ade-

lantando mas de dia en dia en la gracia del primer ministro, y con tan lisonjeras esperanzas, ¡qué feliz no habria yo sido si la ambicion me hubiera preservado de la hambre! Ya hacia mas de dos meses que habia dejado mi aposento magnifico, y ocupaba un cuarto pequeño en una de las posadas de caballeros mas económicas. Aunque esto me causaba sentimiento, lo llevaba con paciencia, porque salia de madrugada, y no volvia hasta la noche á la hora de acostarme. Todo el dia estaba en mi teatro, es decir, en casa del duque, en donde hacia el papel del señor; pero cuando me retiraba á mi cuartito desaparecia el señor, y solo quedaba el pobre Gil Blas sin dinero, y lo peor, de todo sin tener de qué hacerle. Ademas de que yo era demasiado orgulloso para descubrir á alguno mis necesidades, á nadie conocia que pudiese socorrerme sino á Navarro, á quien no me atrevia á recurrir por haber hecho poco caso de él desde que me habia introducido en la corte. Me vi precisado á vender mis vestidos uno á uno sin quedarme mas que con aquellos que precisamente necesitaba, y ya no iba á la hosteria por no tener con qué pagar mi manutencion. Mas ¿qué hacia yo para subsistir? Voy á decirlo: todas las mañanas nos traian á la oficina para desayunar un panecillo y un traguito de vino; esto era cuanto nos hacia dar el ministro. Yo no comia mas en todo el dia, y comunmente me acostaba sin cenar.

Tal era la suerte de un hombre que brillaba en la corte, y que debia causar mas lástima que envidia. Sin embargo, no pudiendo resistir á mi miseria, me determiné por último á descubrirsela con maña al duque de Lerma si encontraba ocasion. Por fortuna se presentó esta en el Escorial, á donde el rey y el principe de España fueron algunos dias despues.

CAPITULO VI.

Qué modo tuvo Gil Blas de dar á conocer su pobreza al duque de Lerma, y cómo se portó con él este ministro.

Cuando el rey estaba en el Escorial mantenía á toda la comitiva, de modo que allí no sentia yo el peso de la miseria. Dormia en una recámara cerca del cuarto del duque. Una mañana habiéndose levantado el ministro segun su costumbre al romper el dia, me hizo tomar algunos papeles con recado de escribir, y me dijo le siguiese á los jardines de palacio. Nos sentamos debajo de unos árboles, en donde por orden suya me puse en la actitud de un hombre que escribe sobre la copa de su sombrero, y S. E. aparentaba leer un papel que tenia en la mano. Desde lejos parecia que estábamos ocupados en negocios muy graves, y á la verdad solo hablábamos de bagatelas, porque á S. E. no le disgustaban.

Ya hacia mas de una hora que le divertia con todas las agudezas que me sugería mi humor jocoso, cuando vinieron á plantarse dos urracas sobre los árboles que nos cubrian con su sombra. Comenzaron á charlar con tanta algazara, que nos llamaron la atencion. Estas aves, dijo el duque, parece que riñen y me alegraria saber el asunto de su pendencia. Señor, le dije, la curiosidad de V. E. me trae á la memoria una fábula indiana que lei en Pilpai ó en otro autor fabulista. El ministro me preguntó qué fábula era esta, y se la conté en estos términos:

En cierto tiempo reinaba en Persia un buen monarca, que no teniendo suficiente capacidad para gobernar por si mismo sus estados, dejaba este cuidado á su gran visir. Este ministro llamado Atalmuc tenia un gran talento. Sostenia sin fatiga el peso de aquella vasta monarquía, manteniéndola en una paz profunda, y poseia tambien el arte de hacer amable y respetable la autoridad real, en términos que los vasallos hallaban un padre afectuoso en un visir fiel á su monarca. Atalmuc tenia entre sus secretarios un jóven cachemiriano llamado Zangir, á quien estimaba mas que á los otros, y con cuya conversacion se complacia, llevándole consigo á la caza, y descubriéndole hasta sus mas intimos secretos. Un dia que

andaban cazando ambos por un bosque, viendo el visir dos cuervos que graznaban sobre un árbol, dijo á su secretario: me alegrara saber lo que estas aves se dicen en su lengua. Señor, le respondió el cachemiriano, vuestros deseos se pueden satisfacer; ¿y cómo? dijo Atalmuc. Habeis de saber, señor, respondió Zangir, que un derwich cabalista me enseñó el idioma de las aves. Si lo deseais, yo escucharé á estos cuervos, y os repetiré palabra por palabra lo que les haya oído.

Consintió en ello el visir, y acercándose el cachemiriano á los cuervos, y haciendo como que los escuchaba atentamente, volvió despues á su amo, y le dijo: señor, ¿podriais creerlo? nosotros somos el asunto de su conversacion. Esto no es posible: exclamó el ministro persiano. ¿Pues qué dicen de nosotros? Uno de ellos, replicó el secretario, ha dicho: ve aqui al mismo gran visir, á esa águila tutelar que cubre con sus alas la Persia como á su nido, y que se desvela sin cesar por su conservacion. Para descansar de sus penosas tareas viene á cazar á este bosque con su fiel Zangir. ¿Qué dichoso es este secretario en servir á un amo que le hace mil favores! Poco á poco, interrumpió el otro cuervo, poco á poco: no ponderes tanto la felicidad de ese cachemiriano. Es cierto que Atalmuc conversa con él familiarmente, que le honra con su confianza; y tampoco pongo duda en que tendrá intencion de darle algun dia un empleo importante; pero entretanto Zangir se morirá de hambre. Este pobre infeliz está viviendo en un miserable cuarto de una posada, en donde carece de lo mas necesario; en una palabra, pasa una vida miserable sin que ninguno de la corte lo eche de ver. El gran visir no cuida de saber si tiene ó no con qué vivir, y contentándose con tenerle afecto, le deja entregado á la miseria.

Aqui cesé de hablar para ver cómo se esplicaba el duque de Lerma, quien me preguntó sonriéndose, qué impresion habia hecho este apólogo en el ánimo de Atalmuc, y si aquel gran visir se habia ofendido del atrevimiento de su secretario. No señor, le respondi algo turbado de su pregunta: la fábula dice al contrario, que le colmó de beneficios. Fué fortuna, repitió el duque con seriedad, porque hay ministros que no llevarian á bien se les diesen semejantes lecciones. Pero (añadió cortando la conversacion y levantándose) creo que el rey no tardará mucho en despertar. Mi obligacion me llama á su lado. Dicho esto se encaminó muy de prisa hácia palacio sin hablarme mas, y, á lo que me pareció, muy disgustado de mi fábula indiana.

Seguile hasta la puerta del cuarto de S. M., y despues fui á poner los papeles que llevaba en el sitio de donde los habia tomado. Entré en un gabinete, en donde trabajaban nuestros dos secretarios copiantes que tambien habian ido á la jornada. ¿Qué tiene vmd., señor de Santillana? dijeron al verme, vmd. está muy demudado. A vmd. le ha sucedido algun lance pesaroso.

Yo estaba demasiado impresionado del mal efecto de mi apólogo para ocultarles la causa de mi afliccion; y así les conté las cosas que habia dicho al duque; y se manifestaron sensibles á la gran pesadumbre de que les pareció poseido. Tiene vmd. razon para estar desazonado, me dijo uno de ellos: S. E. toma algunas veces las cosas al revés. Esa es mucha verdad, dijo el otro; quiera Dios que sea vmd. mejor tratado que lo fué un secretario del cardenal Espinosa, que cansado de no haber recibido nada en quince meses que le tenia empleado su eminencia, se tomó un dia la libertad de manifestarle sus necesidades, y de pedir algun dinero para mantenerse. Razon es, le dijo el ministro, que se os pague. Tomad, prosiguió, dándole una libranza de mil ducados, id á la tesoreria real á recibir este dinero, pero acordaos al mismo tiempo que quedo agradecido á vuestros servicios. El secretario se hubiera ido consolado de ser despedido, si despues de recibidos los mil ducados le hubiesen dejado buscar acomodo en otra parte; pero al salir de casa del cardenal le prendió un alguacil, y le condujo á la torre de Segovia, en donde ha estado mucho tiempo.

Este hecho histórico aumentó mi temor de modo que me contemplé perdido, y no hallando consuelo, empecé á reprenderme de mi poca paciencia, como si no la hubiese tenido sobrada. ¡Ay de mí! decia, ¡para qué me habré yo aventurado á relatar aquella desgraciada fábula, que ha desagradado al ministro! Acaso iria ya á sacarme de mi apuro, y quizá estaba yo en visperas de hacer una de aquellas fortunas rápidas que asombran. ¡Qué de riquezas, qué de honores pierdo por mi desatino! Debia haber mirado que hay grandes que no gustan que se les advierta nada, y que hasta las mas leves cosas que tienen obligacion de dar, quieren sean recibidas como gracias. Mejor me hubiera estado continuar con mi dieta, sin manifestar nada al duque, y aun dejado morir de hambre para echarle á él toda la culpa.



Efectivamente vino á verme don Rogerio de Rada á quien recibí con una cortesía mezclada de gravedad.—Pág. 454.

Aunque hubiera conservado alguna esperanza, mi amo, á quien vi por la siesta, me la habria desvanecido enteramente. S. E. se mostró contra su costumbre muy serio conmigo, y no me habló palabra, lo que en el resto del dia me causó una inquietud mortal, sin que en la noche estuviese mas tranquilo. La desazon de ver desaparecerse mis agradables ilusiones, y el temor de aumentar el número de los presos de Estado solo me permitieron suspirar y lamentarme.

El dia siguiente fué el dia de crisis. El duque me hizo llamar aquella mañana: entré en su cuarto mas azorado que un reo que va á ser juzgado: Santillana, me dijo a'argándome un papel que tenia en la mano, toma esta libranza... Esta palabra libranza me estremeció, y dije entre mí: ¡oh cielos! ¡aqui tenemos al cardenal Espinosa! el carruaje está prevenido para Segovia. El sobresalto que se apoderó de mí en aquel momento fué tal, que interrumpi al ministro, y arrojándome á sus pies, le dije, anegado en llanto: señor, suplico á V. E. muy humilde-

mente perdone mi atrevimiento. La necesidad me obligó á dar á entender á V. E. mi miseria.

El duque no pudo dejar de reirse al ver mi turbacion. Consuélate Gil Blas, me respondió, y óyeme: aunque el descubrirme tus necesidades sea echarme en cara el no haberlas precavido, no te lo tomo á mal, amigo mio; antes bien me atribuyo el mal á mi mismo por no haberte preguntado de qué te mantenias. Mas para comenzar á enmendar este descuido te doy una libranza de mil quinientos ducados, los cuales te entregarán á la vista en la tesoreria real. No es esto solo: lo mismo te prometo todos los años; y ademas te doy facultad de que me hables en favor de personas ricas y generosas que busquen tu proteccion.

En el impulso de gozo que me causaron estas palabras besé los pies al ministro, quien habiéndome mandado levantar, siguió hablando conmigo familiarmente. Por mi parte quise recobrar mi buen humor; pero no me fué posible pasar con tanta rapidez de la pena á la alegría. Quedé tan turbado como un delincuente que oye gritar perdon en el instante que creia recibir el golpe mortal. Mi amo atribuyó mi agitacion á solo el temor de haberle desagradado, aunque el temor de una prision perpétua no tuvo en ello menos parte, y me confesó que habia aparentado tibieza para ver si yo sentia mucho su mudanza; que mi sentimiento le habia hecho conocer la inclinacion que le tenia, por lo que él tambien me apreciaba.

CAPITULO VII.

De lo bien que empleó sus mil y quinientos ducados: del primer negocio en que medió, y del provecho que sacó de él.

El rey, como si hubiera querido librarme de mi impaciencia, se volvió el dia siguiente á Madrid: fui volando á la tesoreria real, en donde cobré inmediatamente el importe de mi libramiento. Es de admirar que no se trastorne el juicio á un mendigo que pasa prontamente de la miseria á la opulencia. Yo mudé así que varié de suerte, y no escuché mas que á mi ambicion y á mi vanidad; dejé mi miserable posada de caballeros para los secretarios que aun no habian aprendido el lenguaje de los pájaros, y por la segunda vez alquilé mi hermosa vivienda, que por fortuna estaba desocupada. Envié á buscar un sastre famoso que vestia á casi todos los elegantes: me tomó la medida, y me llevó á casa de un mercader de donde sacó seis varas de paño que decia necesitaban para hacerme un vestido ¡Seis varas de paño para hacerme un vestido á la española! ¡A dónde vamos á parar!... Pero no murmuremos sobre esto. Los sastres afamados siempre necesitan mas que los otros. Compré ademas ropa blanca que me hacia gran falta, medias de seda, y un sombrero de castor con galon de oro.

Despues de esto, no siéndome decente pasar sin un lacayo, supliqué á Vicente Foreto mi huésped me buscara uno de su satisfaccion. Los mas de los estrangeros que alojaban en su casa solian, luego que llegaban á Madrid, recibir criados españoles; lo que atraia á aquella posada todos los lacayos que se encontraban sin acomodo. El primero que se presentó era un mozo de una fisonomia tan apacible y tan devota que no le quise; me parecia ver en él á Ambrosio de Lamela: yo no quiero, dije á Foreto, criados que tengan un aspecto tan virtuoso, porque estoy escarmentado de ellos. Apenas despaché á éste, cuando llegó otro que me parecia muy despierto, mas arriscado que un page cortesano; y ademas un si es no es taimado. Este me agradó. Hiciele algunas preguntas, á las que respondió con despejo: conocí que era travieso, y como de molde para mis asuntos. Le recibí, y no me pesó de mi eleccion; antes advertí bien presto que habia hecho un buen hallazgo. Como el duque me habia permitido le hablase á favor de las personas á quienes deseára servir, y yo estaba en ánimo de no despreciar tan útil permiso, necesitaba de un perseguido que descubriese la caza; es decir, de un hombre

astuto que tuviese maña, y pudiera escudriñar y traerme gentes que tuviesen que pedir al primer ministro. Cabalmente esta era la habilidad de Escipion (que así se llamaba mi lacayo) que habia servido á doña Ana de Guevara, ama de leche del principe de España, en cuya casa la habia ejercitado, siendo esta señora una de aquellas que mirándose con algun valimiento en la corte quieren aprovecharse de él.

Así que manifesté á Escipion que me era posible obtener gracias del rey, salió á campaña, y el mismo dia me dijo: señor, he hecho un gran descubrimiento; acaba de llegar á Madrid un mozo, caballero granadino, llamado don Rogerio de Rada. Desea la proteccion de vuestra merced para con el duque de Lerma en un negocio de honor, y pagará bien el favor que se le haga: me he visto con él, y queria dirigirse á don Rodrigo, cuyo poder le han ponderado; pero se lo he quitado de la cabeza, haciéndole saber que este secretario vendia sus buenos oficios á peso de oro, en vez de que vmd. se contentaba con una decente demostracion de agradecimiento, y que aun haria vmd. empeño de valde si su situacion le permitiese seguir su inclinacion generosa y desinteresada. En fin le he hablado de un modo que mañana por la mañana le tendrá vmd. aqui de madrugada. ¡Cómo pues, le dije, señor Escipion, vmd. ha andado ya mucho camino! Conozco que no es vmd. novicio en materia de manejos, y estraño que no esté vmd. mas rico. Esto es lo que no debe sorprender á vmd. me respondió; yo no atesoro, y quiero que circule el dinero.

Efectivamente vino á verme don Rogerio de Rada á quien recibí con una cortesía mezclada de gravedad. Señor mio, le dije, antes de tomar cartas por vmd., quiero saber el negocio de honor que le trae á la corte, porque podria ser tal que no me atreviera á hablar de él al primer ministro. Hágame vmd., pues, si gusta, una fiel relacion, y crea que tomaré con calor sus intereses, si son tales que pueda tomarlos á su cargo un hombre honrado. Con mucho gusto, respondió el granadino, voy á contar á vmd. mi historia sinceramente, y fué de esta suerte.

CAPITULO VIII.

Historia de don Rogerio de Rada.

Don Anastasio de Rada, hidalgo granadino, vivia dichoso en la ciudad de Antequera con doña Estefania, su esposa, la que, ademas de su genio afable y estremada hermosura, poseia una sólida virtud. Si amaba tiernamente á su marido, él la correspondia con extremo. Pero era muy celoso; y aunque no tenia motivo para dudar de la fidelidad de su muger, no dejaba de vivir inquieto. Temia que algun enemigo oculto de su sosiego intentase ofender su honor, y esta sospecha le hacia desconfiar de sus amigos, menos de don Huberto de Hordales que entraba libremente en su casa como primo de Estefania; siendo á la verdad este el único hombre de quien debía recelar.

Efectivamente, don Huberto, sin atender al parentesco que los unia, ni á la amistad particular que don Anastasio le profesaba, se enamoró de su prima, y tuvo atrevimiento de declararle su amor. La señora, que era prudente, en lugar de un rompimiento que hubiera tenido fatales consecuencias, reprendió con suavidad á su pariente lo grave de su maldad en querer seducirla y deshonorar á su marido, y le dijo muy seriamente que no debia esperar el logro de sus designios.

Esta moderacion solo sirvió de inflamar mas al caballero, el cual imaginando que era necesario arriesgarlo todo con una muger de este carácter, principió á usar con ella de modales poco atentos; y un dia tuvo la avilantez de estrecharla á que satisfaciese sus deseos. Ella le rechazó con severidad, y le amenazó con que haria que don Anastasio castigase su arrojo. Espantado de la amenaza el galán, ofreció no hablarle mas de amor, y

en fé de esta promesa Estefania le perdonó lo pasado.

Don Huberto, que naturalmente era de mala indole no pudo ver tan mal pagado su cariño sin concebir un vil deseo de venganza. Conocia á don Anastasio por hombre celoso y capaz de creer todo cuanto él quisiera infundirle: este conocimiento le bastó para idear el mas horrible designio que pueda caber en el corazon mas malvado. Una tarde que se paseaba solo con este débil esposo, le dijo con semblante muy melancólico mi amado amigo, yo no puedo estar mas tiempo sin revelaros un secreto que no pensára descubrirós si no conociera que os importa mas vuestro honor que vuestro reposo: vuestro pundonor y el mio en punto de ofensas no me permiten ocultaros lo que pasa en vuestra casa. Preparáos á oír una noticia que os causará tanta afliccion como asombro, porque voy á heriros en la parte mas sensible.

Ya os entiendo, interrumpió don Anastasio todo turbado, vuestra prima me es infiel. Yo no la reconozco por prima, repuso Hordales con aspecto irritado: la desconozco; es indigna de teneros por marido. Eso es demasiado hacerme padecer exclamó, don Anastasio; hablad: ¿qué ha hecho Estefania? Os ha vendido, prosiguió don Huberto. Teneis un rival á quien recibe de ozulto; cuyo nombre no puedo decir, porque el adúltero á favor de una noche oscura se ha escondido de quien le observaba. Lo que yo sé es que os engaña: y de ello estoy seguro. El interés que debo tomar en este asunto os afianza la verdad de mi narracion. Cuando me declaro contra Estefania es preciso que esté bien convencido de su infidelidad.

Es inútil, continuó, habiendo observado que sus palabras causaban el efecto que esperaba, es ocioso decirós mas. Advierdo estais indignado de la ingratitude con que se atreve á pagar vuestro amor, y que meditaís una justa venganza: yo no me opondré á ella. No os pareis á considerar cual es la victima que vais á sacrificar: mostrad á toda la ciudad que nada hay que no podais inmolár á vuestro honor.

De este modo escitaba el traidor á un esposo demasiado crédulo contra una muger inocente; y le pintó con tan vivos colores la afrenta de que se cubria si dejaba la ofensa sin castigo, que llegó á encender en cólera á don Anastasio, el cual perdido el juicio, pareciendo que las furias le agitaban, vuelve á su casa resuelto á dar de puñaladas á su desgraciada esposa: la encuentra que iba á meterse en la cama; al pronto se contiene esperando que los criados se retiren. Entonces, sin contenerle el temor de la ira del cielo, ni el deshonor que podria resultar á una honrada familia, ni aun el amor natural que debia tener á la criatura de seis meses de que su muger estaba embarazada, se acercó á su victima, y lleno de furor le dijo: es preciso que mueras, malvada, y solo te queda un instante de vida que mi bondad te deja, para que pidas perdón al cielo del ultraje que me has hecho. No quiero que pierdas tu alma como has perdido el honor.

Dicho esto sacó un puñal: su accion y espresiones sobresaltaron á Estefania, la que echándose á sus pies le dijo con las manos cruzadas, y fuera de sí: ¿qué teneis, señor? ¿qué motivo de disgusto os he dado por desgracia mia para que llegueis á tal extremo? ¿por qué quereis quitar la vida á vuestra esposa? Si sospechais que no os ha sido fiel, mirad que os engañais.

No, no, repuso el irritado celoso, estoy muy cierto de vuestra traicion. Las personas que me lo han dicho son de todo crédito. Don Huberto... ¡Ah señor! interrumpió ella con precipitacion: no debeis fiaros de don Huberto, que no es tan amigo vuestro como pensais. Si os ha dicho alguna cosa contra mi virtud, no debeis creerle. Callad, infame, replicó don Anastasio: vos misma acreditais mis sospechas con querer poner en mal conmigo á Hordales, no penseis desvanecerlas; si me lo quereis hacer sospechoso es porque está enterado de vuestra mala conducta. Quisiérais destruir su testimonio, pero semejante artificio es inútil, y aumenta en mi el

deseo que tengo de castigaros. Amado esposo mio, repitió la inocente Estefania llorando amargamente, temed vuestra ciega cólera; si seguís sus movimientos, cometeréis una accion de que no podreis consolaros cuando reconozcaís la injusticia. Por amor de Dios aplacad vuestro enojo; á lo menos esperad que se aclaren vuestras sospechas, que entonces hareis mas justicia á una muger que no es culpable.

A otro que á don Anastasio hubieran hecho fuerza estas palabras, y todavia se hubiera enternecido mas con la afliccion de la que las pronunciaba; pero el cruel marido, lejos de ablandarse, le dijo segunda vez que se encomendára á Dios, y alzó el brazo para herirla. Demente, bárbaro, gritó: si el amor que me has tenido se ha extinguido enteramente; si la ternura con que te he amado se ha borrado de tu memoria; si mis lágrimas no alcanzan á hacerte desistir de tu execrable intento, respeta siquiera á tu propia sangre; no armes tu mano furiosa contra un inocente que aun no ha visto la luz. Tú no puedes ser verdugo sin ofender al cielo y á la tierra. Por lo que á mí toca te perdono mi muerte; pero no dudes que la suya pedirá justicia de un atentado tan horrible.

Por muy determinado que estuviese don Anastasio á no hacer caso de las disculpas de Estefania, las imágenes espantosas que ofrecieron á su espíritu estas últimas palabras, no dejaron de suspenderle; y asi, como si hubiese temido que esta emocion paralizase su resentimiento, se aprovechó apresuradamente del furor que le quedaba y atravesó con el puñal el costado derecho de su muger, que cayendo al punto en tierra, él la creyó muerta. Salió prontamente de su casa, y desapareció de Antequera.

Entretanto aquella desgraciada esposa quedó tan turbada del golpe que habia recibido, que permaneció algunos instantes tendida en tierra sin dar señales de vida; pero recobrando al cabo sus espíritus, empezó á quejarse y gemir, lo que hizo acudir una dueña que la servia. Luego que esta buena muger vió á su ama en un estado tan lastimoso, dió tales gritos que despertó á los demas criados y á los vecinos cercanos, de modo que en un instante se llenó la sala de gente. Se llamaron cirujanos, quienes habiendo registrado la herida, no la tuvieron por peligrosa, sin que errasen en su concepto. Curaron en poquisimo tiempo á Estefania, quien dió felizmente á luz un hijo tres meses despues de aquel cruel suceso, y yo, señor Gil Blal, soy el fruto de aquel infeliz parto.

Aunque la murmuracion en ninguna manera reserva la virtud de las mugeres, respetó no obstante la de mi madre; y esta sangrienta escena se contaba en la ciudad como arrojó de un marido celoso. Es verdad que mi padre estaba reputado por un hombre violento y fácil en sospechar. Hordales juzgó con razon que su prima presumiria que él con sus chismes habia trastornado el ánimo de don Anastasio; y satisfecho de haberse á lo menos vengado, cesó de visitarla. Por no cansar á V. S. no me detendré en contar la educacion que tuve; solamente diré que mi madre se dedicó principalmente á hacerme enseñar el arte de la esgrima, y que me ejercité mucho tiempo en las mas célebres escuelas de Granada y Sevilla. Esperaba mi madre con impaciencia que yo tuviese edad para medir mi espada con la de don Huberto, para enterarme entonces del motivo que tenia para quejarse de él: y viéndome en fin ya de diez y ocho años, me lo descubrió, derramando abundantes lágrimas, y penetrada de un amargo dolor. ¡Qué impresion no hace en un hijo dotado de valor y sensibilidad la vista de una madre en este estado! Busqué prontamente á Hordales, le conduje á un sitio retirado, en donde despues de un largo combate le di tres estocadas, y cayó en tierra.

Sintiéndose don Huberto mortalmente herido, fijó en mí sus últimas miradas, y me dijo que recibia la muerte de mi mano, como justo castigo del delito que habia cometido contra el honor de mi madre. Confesóme que

por vengarse del rigor con que le habia despreciado, tomó la resolución de perderla; y luego espiró pidiendo perdón de su culpa al cielo, á don Anastasio, á Estefanía y á mi. No juzgué acertado volver á casa á informar á mi madre de este acontecimiento, cuyo cuidado dejé á la fama. Pasé la sierra, y llegué á la ciudad de Málaga, donde me embarqué con un corsario que salia del puerto, quien conceptuando que no me faltaba valor, consintió gustoso en que me uniese á los voluntarios que tenia á bordo.

No tardamos mucho en hallar ocasion de distinguirnos. En las cercanias de las islas de Alboran encontramos un corsario de Melilla, que volvia hácia las costas de Africa con una embarcacion española ricamente cargada, que habia apresado en las aguas de Cartagena.



Por via de agradecimiento dará doscientos doblones al que le saque el privilegio.—Pág. 157.

Acometimos intrépidamente al africano, y nos apoderamos de sus dos bageles, en los cuales iban ochenta cristianos que conducia esclavos á Berberia; y aprovechando un viento que se levantó, y nos era favorable para acercarnos á la costa de Granada, llegamos en breve tiempo á Punta de Helena.

Preguntamos á los cautivos á quienes habiamos libertado, de qué parages eran, y yo hice esta pregunta á un hombre de muy buen aspecto, que podia tener cincuenta años cumplidos. Respondiome suspirando que era de Antequera. Su respuesta me conmovió sin saber por qué; y tambien advertí que se turbaba. Dije: yo soy paisano vuestro, ¿podremos saber vuestra familia? ¡Ah! me dijo, no me insteis á que satisfaga vuestra curiosidad sino quereis renovar mi dolor. Diez y ocho años hace que falto de Antequera, en donde no se pueden acordar de mi sin horror. Usted habrá quizá oido muchas veces hablar de mi. Me llamo don Anastasio de Rada. ¡Válgame Dios! exclamé, ¿debo creer lo que oigo? ¿con

que usted es don Anastasio? ¿es, pues, mi padre el que veo? ¡qué decis, jóven! exclamó mirándome atónito. ¿será posible seais aquel niño desgraciado que todavia estaba en el vientre de su madre cuando la sacrificué á mi furor? Si, padre mio, le dije, yo soy á quien la virtuosa Estefanía parió tres meses despues de la funesta noche en que la dejásteis anegada en su sangre.

Don Anastasio no esperó á que acabase estas palabras para abrazarme estrechamente, y en un cuarto de hora no hicimos mas que mezclar nuestros suspiros y lágrimas. Despues de habernos entregado á los tiernos afectos que semejante encuentro debia inspirar, alzó mi padre los ojos al cielo para darle gracias por haber salvado la vida á Estefanía; pero pasado un momento, como si temiese dárselas sin motivo, se dirigió á mí, y me preguntó de qué manera se habia averiguado la inocencia de su muger. Señor, le respondi, nadie ha dudado jamás de ella sino vos. La conducta de vuestra esposa ha sido siempre irreprochable. Es necesario que yo os desengañe. Sabed que don Huberto fué quien os engañó: y entonces le conté toda la perfidia de este pariente; cómo me habia vengado de él, y lo que me habia confesado al morir.

A mi padre no le causó tanto placer el haber recobrado la libertad como el oír las nuevas que le anunciaba. Colmado de alegría volvió á abrazarme tiernamente: y no se cansaba de manifestarme lo gustoso que estaba conmigo. Vamos, hijo mio, me dijo, tomemos presto el camino de Antequera. No tendré sosiego hasta echarme á los pies de una esposa á quien tan indignamente he tratado; porque despues de conocida mi injusticia siento crueles remordimientos que despedazan mi corazón. Deseando yo reunir estas dos personas para mi tan amables, no quise se alargase tan dulce momento. Dejé al corsario, y como mi padre no queria esponerse á los peligros del mar, compré en Adra, con el dinero que me tocó de la presa, dos mulas. El camino dió tiempo para que me contase sus aventuras, que escuché con aquella atencion ansiosa que prestó el principe de Itaca á la narracion de las del rey su padre. En fin, despues de muchas jornadas llegamos al pie del monte mas inmediato á Antequera, en donde hicimos alto, y esperamos la media noche para entrar secretamente en nuestra casa.

Imagine V. S. la sorpresa de mi madre al ver á un marido que creia ver perdido para siempre; y todavia la admiraba mas el modo milagroso con que puede decirse le habia sido restituído. Pidióle mi padre perdón de su barbarie con demostraciones tan vehementes de arrepentimiento, que enternecida mi madre, en lugar de mirarle como un asesino, vió en él un hombre á quien el cielo la habia sometido: tan sagrado es el nombre de esposo para una muger virtuosa. Estefanía sintió en extremo mi fuga, y tuvo mucho gusto de verme; pero su alegría no fué sin desazon. Una hermana de Hordales procedia criminalmente contra el matador de su hermano, y me hacia buscar por todas partes; de suerte que mi madre estaba inquieta viéndome en nuestra casa sin seguridad. Esto me obligó á partir aquella misma noche para la córte, á donde vengo, señor, á solicitar el perdón, que espero obtener, pues que V. S. quiere hablar á mi favor al primer ministro y apoyarme con todo su valimiento.

El valiente hijo de don Anastasio dió fin aquí á su narracion, y yo con mucha gravedad, le dije; basta, señor don Rogerio; el caso me parece perdonable; quedo con el encargo de referir puntualmente este asunto á S. E., y me atrevo á prometeros su proteccion. Sobre esto el granadino me dió mil gracias que por un oído me hubieran entrado y por otro salido, á no haberme asegurado se seguiria la gratificacion al favor que le hiciera; pero luego que tocó esta cuerda me puse en movimiento. El mismo dia conté este suceso al duque, quien habiéndome permitido le presentara el caballero, le dijo: don Rogerio, estoy enterado del lance de honor que os trae á la córte: Santillana me ha dicho todas sus cir-

cunstances: sosegaos. Vuestra accion es disculpable; y S. M. gusta de perdonar á los nobles que vengan su honor ofendido. Es necesario que por pura formalidad esteis preso; pero vivid seguro de que no lo estareis largo tiempo. En Santillana teneis un buen amigo que se encargará de lo demas; él acelerará vuestra libertad.

Don Rogerio hizo una profunda reverencia al ministro, sobre cuya palabra se fué á la cárcel. Su carta de perdon se le espidió inmediatamente en fuerza de mi solicitud. En menos de diez dias envié á este nuevo Telémaco á reunirse con su Ulises y su Penélope; en vez de que sino hubiera tenido protector y dinero, acaso hubiera pasado un año en la prision. De todo esto no saqué mas que cien doblones: no fué este lance muy provechoso; pero yo no era todavía un don Rodrigo Calderon para despreciarlo.

CAPITULO IX.

Por qué medios Gil Blas hizo en poco tiempo una gran fortuna, y de cómo tomó el aire de persona de importancia.

El asunto que acabo de referir me engolosinó; y diez doblones que di á Escipion por su corretage le animaron á hacer nuevas investigaciones. Ya dejo celebrados sus talentos para esto, por lo que se le podia dar el renombre de Escipion el Grande. El segundo penitente que me llevó fué un impresor de libros de caballería, que se habia enriquecido á despecho del sano juicio. Este impresor habia reimpresso una obra de uno de sus compañeros, y le habian embargado la edicion. Por trescientos ducados conseguí se le devolviesen sus ejemplares, y le libré de una fuerte multa. Aunque esto no era de la inspeccion del primer ministro, S. E. quiso á mi ruego interponer su autoridad. Despues del impresor me trajo á las manos un mercader, y el negocio era el siguiente: un navio portugués habia sido apresado por un corsario berberisco, y represado por otro de Cádiz. Las dos terceras partes de mercancías de que iba cargado pertenecian á un mercader de Lisboa, que habiéndolas reclamado inútilmente, venia á la córte de España á buscar un protector cuyo valimiento fuese bastante para hacérselas entregar, y tuvo la fortuna de encontrarlo en mí. Me empeñé por él, y recobró sus géneros mediante la cantidad de cuatrocientos doblones que pagó por el favor.

Me parece que oigo al lector gritarme al llegar aquí: ánimo, señor de Santillana: cálcese vmd. las botas, pues está en camino de adelantar su fortuna. ¡Oh! no dejaré de hacerlo. Si no me engaño, veo llegar á mi criado con un nuevo *quidam* que acaba de enganchar. Cabalmente es Escipion: escuchémosle. Señor, me dice, permitame vmd. le presente á este famoso empirico, quien solicita un privilegio para vender sus medicamentos por espacio de diez años en todas las ciudades de la monarquia de España, con exclusion de cualesquiera otros, es decir, que se prohiba á las personas de su profesion establecerse en los lugares donde esté. Por via de agradecimiento dará doscientos doblones al que le saque el privilegio. Yo dije al charlatan tomando el aspecto de un protector: id, amigo mio, vuestra solicitud corre de mi cuenta. En efecto, pocos dias despues le saqué un privilegio que le permitia enganar al pueblo exclusivamente en todos los reinos de España.

Yo conocí la verdad de aquel refran que dice que el comer y el rascar todo es empezar; pero ademas de que advertia que la codicia iba creciendo en mí á medida que iba adquiriendo riquezas, habia logrado de S. E. con tanta facilidad las cuatro gracias de que acabo de hablar, que no me detuve en pedirle la quinta. Esta fué el gobierno de la ciudad de Vera en la costa de Granada para un caballero de Calatrava que me ofrecia mil doblones. El ministro se echó á reir viéndome caminar tan de priesa. Vive diez, amigo Gil Blas, me dijo, ¡cómo apretais! Deseais vivamente hacer bien al prójimo. Mirad; cuando no se trate mas que de bagatelas, no repararé en ello; pero cuando

me pidais gobiernos ú otras cosas de importancia os quedareis enhorabuena con la mitad del provecho, y á mí me dareis la otra. No podeis pensar, continuó, el gasto que tengo precision de hacer, ni cuántos arbitrios necesito para mantener la dignidad de mi empleo, porque, á pesar del desinterés que aparento á los ojos del mundo, os confieso que no soy tan imprudente que quiera abandonar mis intereses propios. Sirvaos esto de gobierno.

Con esta advertencia me quitó mi amo el temor de importunarle, ó mas bien me escitó á que prosiguiese con mayor empeño, y me senti aun mas sediento de riquezas que antes. Hubiera yo entonces con gusto hecho fijar un cartel que dijese, que todos aquellos que quisieran conseguir gracias en la córte, no tenian mas que acudir á mí: yo iba por un lado, y Escipion por otro buscando ocasiones de servir por dinero. Mi caballero de Calatrava alcanzó el gobierno de Vera por sus mil doblones, y bien presto hice conceder otro por el mismo precio á un caballero de Santiago. No contento con nombrar gobernadores, concedi hábitos de las órdenes militares, trasformé algunos buenos plebeyos en malos hidalgos, con famosos títulos de nobleza: quise tambien que la clerecia participase de mis favores, y así conferi beneficios cortos, canongias, y algunas dignidades eclesiásticas. En órden á los obispados y arzobispados era el colador de ellos el señor don Rodrigo Calderon, quien ademas nombraba para las togas, encomiendas y vireinatos, lo que prueba que no se proveian los empleos grandes mejor que los pequeños, porque los sujetos á quienes nosotros elegiamos para ocupar los puestos, de que haciamos un tráfico tan honorífico, no eran siempre los mas hábiles ni los mas honrados. Sabiamos muy bien que los burlones de Madrid se divertian en este punto á costa nuestra; pero nosotros pareciamos á los avaros que se consuelan de las murmuraciones del pueblo recontando su dinero.

Isócrates llama con razon á la intemperancia y á la locura *compañeras inseparables de los ricos*. Cuando me ví dueño de treinta mil ducados, y en disposicion de ganar quizá diez tantos mas, juzgué me tocaba hacer un papel digno de un confidente del primer ministro: alquilé una casa entera, que hice adornar lujosamente; compré el coche de un escribano que lo habia echado por ostentacion, y que se deshizo de él por consejo de su panadero. Recibi un cochero, tres lacayos; y como es regular promover á los criados antiguos, ascendí á Escipion al triple honor de mi ayuda de cámara, mi secretario y mayordomo mio; pero lo que acabó de colmar mi orgullo fué que el ministro tuviese á bien que mis criados llevasen su librea. Con esto perdí lo que me restaba de juicio: no estaba menos loco que los discipulos de Porcio Latro, cuando, á fuerza de haber bebido agua de cominos, se pusieron tan pálidos como su maestro, imaginándose tan sabios como él; poco me faltaba para juzgarme pariente del duque de Lerma. Se me puso en la cabeza pasaria por tal, y quizá por uno de sus hijos bastardos; cosa que me lisonjeaba estremadamente.

Añádase á esto, que quise como S. E. tener mesa de estado, y á este efecto encargué á Escipion me buscara un cocinero, y me trajo uno que podia casi compararse con el del romano Nomentano de golosa memoria. Abasteci mi cueva de vinos esquisitos, y despues de haber hecho las demas provisiones necesarias, principié á convidar gentes. Todas las noches venian á cenar á mi casa algunos de los principales covachuelistas del ministro, los cuales se apropiaban con vanidad el dictado de secretarios de estado. Les tenia muy buena comida, y siempre iban bien bebidos. Escipion por su parte (porque tal amo tal criado) tambien daba mesa en el tinelo, en donde á costa mia regalaba á sus conocidos. Pero ademas de que yo queria á este mozo, como él contribuia á hacerme ganar dinero, me parecia tenia derecho para ayudarme á gastarlo; fuera de que yo miraba estas disposiciones como un jóven que no reflexiona el daño que se le sigue, y solo considera el honor que le resulta

de ellas. Habia asimismo otro motivo para no cuidar de esto, y era que los beneficios y empleos no cesaban de traer agua al molino, con lo que mi caudal se aumentaba cada dia, y yo creia tener clavada la rueda de la fortuna.

Solo faltaba á mi vanidad que Fabricio fuese testigo de mi vida ostentosa. Creyendo habria ya vuelto de Andalucía quise tener el gusto de sorprenderle, y á este fin le envié un papel anónimo, en el que le decia que un señor siciliano, amigo suyo, le esperaba á cenar, señalándole dia, hora y lugar á donde debia acudir; la cita era en mi casa. Nuñez vino á ella, y se quedó sumamente admirado cuando supo que yo era el señor extranjero que le habia convidado. Si, le dije, amigo mio, yo soy el dueño de esta casa. Tengo coche, buena mesa, y sobre todo un gran caudal. ¡Es posible, exclamó con viveza, que te encuentre nadando en la opulencia! ¡cuánto me alegro de haberte colocado con el conde Galiano! Bien te decia yo que aquel señor era generoso, y que no tardaria en acomodarte. Sin duda, añadió, que seguiste el sabio consejo que te di de aflojar algo la rienda al repostero; sea enhorabuena: con esa prudente conducta engordan tanto los mayordomos de las casas grandes.

Dejé á Fabricio aplaudirse cuanto quiso de haberme llevado á casa del conde Galiano; y despues para moderar la alegría que manifestaba de haberme agenciado tan buen puesto, le dije sin omitir circunstancia las señales de agradecimiento con que este señor habia pagado lo que le habia servido; pero percibiendo que mi poeta mientras yo le referia estos pormenores cantaba interiormente la palidonia, le dije: yo perdono al siciliano su ingratitud. Hablando aquí entre los dos, mas motivo tengo de darme el parabien que de lamentarme. Si el conde no se hubiera portado mal conmigo, le habria seguido á Sicilia, en donde todavía le estaria sirviendo esperanzado de un acomodo incierto. En una palabra, no seria confidente del duque de Lerma.

Estas últimas palabras dejaron tan atónito á Nuñez, que por el pronto no pudo desplegar los labios; pero luego rompiendo de golpe el silencio me dijo: ¿es verdad lo que oigo? ¿qué lograis de la confianza del primer ministro! La divido, le respondi, con don Rodrigo Calderon, y segun las apariencias llegaré mas lejos. En verdad, señor de Santillana, replicó, que me causais admiracion. Sois capaz de desempeñar toda clase de empleos. ¡Qué talentos se unen en vos! O mas bien, para servirme de una espresion á nuestro modo, poseeis un talento universal; es decir, que para todo sois adecuado. Finalmente, señor, prosiguió, me alegro mucho de la prosperidad de V. S. ¡Oh, qué diablos! interrumpí yo, señor Nuñez, nada de señor ni señoría. Dejáos de esos tratamientos, y vivamos siempre con familiaridad. Tienes razon, repitió: aunque te hayas enriquecido no debo mirarte con otros ojos que con los que te he mirado siempre. Pero (añadió) te confieso mi flaqueza, al oír tu fortuna me ofusqué: gracias á Dios, pasado mi alucinamiento no veo en ti mas que á mi amigo Gil Blas.

Nuestra conversacion fué interrumpida por cuatro ó cinco covachuelistas que llegaron: señores, les dije, mostrándoles á Nuñez, ustedes cenarán con el señor don Fabricio, que hace versos dignos del rey Numa, y que escribe en prosa como nadie escribe. Por desgracia yo hablaba con gentes que hacian tan poco caso de la poesia, que dejaron cortado al poeta: apenas se dignaron mirarle; por mas que dijo cosas muy agudas para atraerse su atencion no le escucharon; lo que le picó tanto, que tomando una licencia poética, se escurrió sutilmente de entre todos, y desapareció. Nuestros covachuelistas no advirtieron su retirada, y se sentaron á la mesa sin preguntar siquiera qué se habia hecho.

Al siguiente dia por la mañana cuando yo me acababa de vestir y me disponia á salir de casa, el poeta de las Asturias entró en mi gabinete: perdóname, amigo mio, me dijo, si he ofendido á tus covachuelistas; pero hablando con franqueza me encontré tan desairado entre ellos, que no pude resistir. Son para mi muy fastidiosos

unos hombres tan presumidos y almidonados. No alcanzo como tú, que tienes un entendimiento tan delicado, puedes acomodarte á convidados tan estúpidos. Yo quiero desde hoy traerte otros mas listos. Tendré, le dije, mucha satisfaccion en eso y para ello me fio de tu gusto. Con razon, me respondió, yo te prometo talentos superiores, y de los mas entretenidos. Voy de aquí á una casa de vinos generosos á donde van á reunirse dentro de poco; los apalabraré para que no se comprometan con otro, porque son tan festivos que en todas partes los apetecen.

Dicho esto, me dejó; y por la noche á la hora de cenar volvió acompañado de solo seis autores que me presentó uno tras otro, haciéndome su elogio. Si se le hubiera de creer, aquellos grandes ingenios sobrepujaban los de Grecia y de Italia, y sus obras, decia él, merecian imprimirse en letras de oro. Recibí á aquellos señores muy atentamente, y aun afecté llenarlos de atenciones, porque la nacion de los autores es un poco vana y amiga de gloria. Aunque no hubiera encargado á Escipion que la cena fuese abundante, como él sabia la clase de gentes que debia obsequiar en aquel dia, la habia dispuesto con profusion.

En fin, nos sentamos á la mesa con mucha alegría. Mis poetas principiaron á hablar de sí propios, y alabarse. Uno citaba con vanidad los grandes y las señoras á quienes agradaba su musa: otro vituperando la eleccion que una academia de literatos acababa de hacer de dos sugetos decia modestamente que debian haberle elegido: los demas discurrían con la misma presuncion. Mientras comian, me fastidiaron con trozos de versos y de prosa: cada uno de ellos recitaba por turno algun pasage de sus escritos: uno lee un soneto; el otro declama una escena trágica; otro lee la critica de una comedia; y el cuarto leyendo á su vez una oda de Anacreonte, traducida en malos versos españoles, es interrumpido por uno de sus compañeros, que le dice se ha servido de una voz impropia. El autor de la traduccion defiende lo contrario; y se arma una disputa en la cual todos los ingenios toman partido. Las opiniones son diversas, los disputantes se acaloran y llegan á las injurias. Todo esto era intolerable; pero aquellos furiosos se levantan de la mesa, y andan á cachetes. Fabricio, Escipion, mi cochero, mis lacayos y yo, en qué nos vimos para ponerlos en paz. Cuando se vieron separados, salieron de mi casa como de una taberna, sin pedirme ningun perdon de su impolitica.

Nuñez, sobre cuya palabra habia yo formado una idea agradable de aquella comida, se quedó atónito del lance: y bien, le dije, amigo, ¿me elogiareis todavía á vuestros convidados? A fé mia que me habeis traído unas gentes bien despreciables. Aténgome á mis covachuelistas; no me hables mas de autores. Yo no pienso, me respondió, presentarte otros, pues acabas de ver á los mas juiciosos.

CAPITULO X.

Corrómpense enteramente las costumbres de Gil Blas en la córte; del encargo que le dió el conde de Lemos, y de la intriga en que este señor y él se metieron.

Luego que se llegó á saber que era yo privado del duque de Lerma, empecé á tener córte. Todas las mañanas estaba mi antecámara llena de gente, á quien daba audiencia al levantarme. Venian á mi casa dos clases de personas, unas interesándose con dinero para que pidiese alguna gracia al ministro, y otras á moverme con súplicas para conseguirles *gratis* lo que pretendian. Las primeras tenian seguridad de ser escuchadas y bien servidas. En órden á las segundas, me desembarazaba prontamente con excusas, ó los entretenia tanto tiempo que les hacia perder la paciencia. Antes de hacer papel en la córte era yo naturalmente piadoso y caritativo; pero como en ella no hay esta debilidad, me hice mas duro que un pedernal, y de consiguiente perdi tambien el cariño

á mis amigos, y me desnudé de todo el afecto que les tenía. En prueba de esta verdad voy á contar como traté en una ocasion á José Navarro.

Este José Navarro al que tenía tanto que agradecer, y quien (para decirlo de una vez) era la causa primordial de mi fortuna, vino un dia á mi casa. Despues de haberme mostrado mucho amor, como lo acostumbraba á hacer siempre que me encontraba, me suplicó pidiese al duque de Lerma cierto empleo para uno de sus amigos, diciéndome que el sugeto por quien se interesaba era un mozo muy amable, y de gran mérito, pero que necesitaba empleo para subsistir. No dudo, añadió José, que siendo vmd. tan bueno, y amigo de hacer un favor, tendrá gusto en hacer bien á un pobre hombre honrado. Su indigencia es un título que merece el apoyo de vmd. Tengo la seguridad de que me dareis las gracias, porque os proporciono ocasion de ejercer vuestra condicion caritativa. Esto era decirme claramente que esperaba que hiciese este favor de valde. Aunque esto me disgustaba, no dejé de aparentar que estaba muy propicio á servirle. Me alegro, respondí á Navarro, de tener esta ocasion en que poder manifestar á vmd. mi vivo agradecimiento á cuanto vmd. ha hecho por mí: me basta que vmd. se interese por cualquiera, y no necesita otra recomendacion para decidirme á servirle. Su amigo de vmd. tendrá el empleo que desea; cuente vmd. con ello. Este es asunto mio y no de vmd.

Con estas espresiones José se fué muy satisfecho de mi favor. Sin embargo, su recomendado se quedó sin empleo, porque lo hice dar á otro por mil ducados que metí en mi gaveta. Preferi tomar este dinero á los agradecimientos que hubiera recibido de mi buen repostero, á quien con un modo pesaroso dije cuando nos volvimos á ver: ¡ah! mi amado Navarro, vmd. me habló tarde. Calderon se anticipó á dar el empleo que vmd. sabe. Siendo en extremo no dar á vmd. mejor noticia.

José me creyó de buena fé y nos separamos mas amigos que nunca; pero creo que presto descubrió la verdad porque no volvió á parecer por mi casa. En vez de sentir algunos remordimientos de haberme portado mal con un amigo verdadero, y á quien tanto debía, quedé muy contento. Además de que ya me pesaban los favores que me habia hecho, no me parecia conveniente tratar con reposteros en la categoria en que me hallaba en la córte.

Volvamos al conde de Lemos, de quien hace tiempo no he hablado, y al que visitaba algunas veces. Le habia llevado mil doblones, como tengo dicho, y todavía le llevé otros mil por orden del duque su tio, del dinero que yo tenia de S. E. En este dia fué cuando el conde quiso tener una larga conversacion conmigo, en la cual me manifestó que al fin habia logrado su intento, y que enteramente gozaba del favor del principe de España de quien era el único confidente, y en seguida me dió un encargo muy honroso, para el cual ya me tenia destinado. Amigo Santillana, me dijo, vamos; manos á la obra. No dejes de hacer cuanto podais para descubrir alguna beldad, digna de divertir á este principe galan. Entendimiento teneis, nada mas os digo. Id, corred, investigad, y cuando hayais descubierto una cosa buena decidmelo. Ofreci al conde no omitir diligencia para contribuir al buen desempeño de mi empleo, cuyo ejercicio no debe de ser muy dificil, pues hay tantas gentes que se ocupan en él.

Yo no estaba muy acostumbrado á este género de averiguaciones; pero no dudaba que Escipion seria tambien admirable para el caso. Luego que volví á casa le llamé y le dije á solas: hijo mio, tengo que hacerte un encargo importante. En medio de tanto como sabes me favorece la fortuna, conozco que me falta alguna cosa. Facilmente adivino lo que es, interrumpió sin dejarme acabar lo que queria decirle; vmd. necesita una ninfa agradable, que le distraiga un poco y le divierta; y en efecto, es de maravillar que vmd. en la flor de sus dias no la tenga, cuando viejos barbones no pueden estar sin ella. Admiro tu perspicacia, le dije sonriéndome. Si,

amigo mio, necesito una dama, pero la quiero venida de tu mano; mas advierte que soy muy delicado en este negocio: quiero una persona linda, y que no tenga malas costumbres, Lo que vmd. desea, interrumpió Escipion sonriéndose, es algo raro; no obstante, estamos á Dios gracias, en un pueblo en donde hay de todo, y espero encontrar presto lo que usted pretende.

Efectivamente á los tres dias me dijo: he descubierto un tesoro, una señorita jóven llamada Catalina, de buena familia, y de indecible hermosura: vive á la sombra de una tia suya en una casita en donde subsisten ambas muy decentemente con sus haberes, que no son considerables. La criada que las sirve es conocida mia, y acaba de asegurarme que aunque no dan entrada á nadie, no seria dificil la hallase un galan rico y espléndido, con tal que para no escandalizar entrase en su casa solo de noche y con todo sigilo. En esta inteligencia le he pintado á vmd. como un hombre digno de que le admitan en su casa, y he suplicado á la criada se lo proponga á las dos señoras, lo cual me ha ofrecido, como tambien ir mañana á un sitio determinado á darme la respuesta. Bravo va el negocio, le respondí; pero temo te engañe la criada; no, no, replicó, no me dejo yo engañar tan fácilmente: he preguntado ya á los vecinos, y de lo que me han dicho he inferido que la señora Catalina es tal como vmd. la puede desear, es decir, una Danae, de quien vmd. puede ser el Júpiter, enviando una lluvia de doblones.

Sin embargo de la desconfianza que tenia de esta clase de hallazgos, no dejé de aceptar éste, y como la criada al dia siguiente avisase á Escipion que podia presentarme aquella misma noche en casa de sus amas, entre once y doce, me entré en ella con mucho sigilo. La criada me recibió á oscuras, me cogió de la mano, y me llevó á una sala decente, en donde encontré á las dos señoras airosamente vestidas, y sentadas en almohadones de raso. Luego que me vieron se levantaron, y me saludaron con tanta finura que me parecieron personas distinguidas. La tia, que se llamaba señora Mencia, aunque todavia de buen parecer, no atrajo mi atencion. Es verdad que toda se la llevaba la sobrina, que me pareció una diosa; y aunque examinada rigurosamente podia decirse que no era una hermosura perfecta, tenía con todo tantas gracias que, añadidas á un rostro atractivo y voluptuoso, ofuscaban y hacian imperceptibles sus defectos.

Su vista me turbó los sentidos: olvidé que iba como emisario, hablé en mi propio y privado nombre, y me manifesté apasionado. La señorita, cuyo entendimiento yo juzgaba tres veces mayor de lo que realmente era (tan bien me habia parecido), acabó de enamorarme con sus respuestas. Ya principiaba yo á estar fuera de mí, cuando para moderar la tia mis impulsos tomó la palabra y me dijo: señor de Santillana, voy á hablar á V. S. francamente. Por el mucho bien que me han dicho de V. S. le he permitido entrar en mi casa, sin ponderarle el gran favor que le hago en ello; pero no crea V. S. por eso que ha adelantado algo: hasta ahora he criado á mi sobrina con recato, y vos sois por decirlo asi, el primer caballero á quien la he presentado. Si os parece digna de ser vuestra esposa, tendré el mayor gusto en que ella logre este honor: ved si á este precio os conviene, pues a otro no la conseguireis.

Este tiro á quema-ropa ahuyentó el Amor que me iba á disparar una flecha. Hablando sin metáfora, un casamiento propuesto tan á secas me hizo entrar en mí mismo, y volviendo de repente á ser fiel agente del conde de Lemos, mudé de tono, y respondí á la señora Mencia: señora, vuestra franqueza me agrada, y por tanto quiero imitarla. Aunque hago un papel distinguido en la córte, no basta este para merecer á la sin igual Catalina; le tengo reservado un partido mas brillante: la destino para el principe de España. Me parece, respondió la tia friamente, que bastaba despreciar á mi sobrina, sin que fuera necesario acompañar el desprecio con

la burla. No me burlo, señora, exclamé: hablo seriamente; tengo orden de buscar una persona de mérito á quien pueda honrar con sus visitas secretas el príncipe de España, y en casa de vmd. he hallado lo que buscaba.

Esta declaracion sorprendió en gran manera á la señora Mencia, á quien conocí no le habia desagradado. Sin embargo, creyendo que debia hacer la reservada, me replicó en estos términos: aun cuando tomara al pie de la letra lo que V. S. me dice, ha de saber que no soy de carácter que haga vanidad del infame honor de ver á mi sobrina ser dama de un príncipe; mi decoro se ofende con la idea... ¡Qué bendita es vmd., le interrumpí, con su virtud! Vmd. piensa como una simple aldeana, y se chancea si mira estas cosas con tanto escrúpulo: eso es quitarles lo que tienen de bueno: es necesario mi-



Me llevó á una sala decente, en donde encontré á las dos señoras airosamente vestidas, y sentadas en almohadones de raso. — Pág. 159.

rarlas con mejores ojos. Considerad á los pies de la dichosa Catalina al heredero de la monarquía; representaos que la adora y la llena de regalos; y pensad, en fin, que quizá puede nacer de ella un héroe que immortalice el nombre de su madre con el suyo.

Fingió la tia no saber á qué resolverse aunque estaba determinada á aceptar mi propuesta; y Catalina, que ya hubiera querido poseer al príncipe, aparentó la mayor indiferencia, por lo que tuve que hacer nuevos esfuerzos para estrechar la plaza, hasta que al fin la señora Mencia, viéndome ya cansado y en disposición de levantar el sitio, tocó la llamada, y ajustamos una capitulación que contenia los artículos siguientes: *Primero*. Que si por los informes que diese yo al príncipe, de las gracias de Catalina, gustaba de ella, y determinaba hacerle una visita nocturna, seria de mi cargo advertir de ella á las señoras, como igualmente de la noche que eli-

giese para este efecto. *Segundo*. Que el príncipe habia de entrar en casa de dichas señoras como un galán cualquiera, y acompañado solo de mí y de su principal confidente.

Celebrado este convenio, me hicieron mil agasajos tia y sobrina: empezaron á tratarme familiarmente, con lo que me aventuré á algunas llanezas que no fueron muy mal recibidas; y cuando nos separamos me abrazaron de su propio motivo, haciéndome todas las caricias imaginables. Es cosa maravillosa la facilidad con que se traba amistad entre los corredores de amor, digámoslo así, y las mugeres que los necesitan: al verme salir de allí tan favorecido, nadie hubiera dicho sino que yo habia sido mas dichoso de lo que era en realidad.

El conde de Lemos tuvo suma alegría cuando le dije que habia hecho un descubrimiento cual podia apetecerlo. Le hablé de Catalina en tales términos, que le entraron deseos de verla. Le conduje la noche siguiente, y me confesó que habia hecho muy buen hallazgo. Dijo á las señoras que no dudaba de que el príncipe quedase muy complacido de ver á la señorita que yo le habia elegido, y que ésta por su parte no quedaria descontenta de tal amante, por ser el príncipe generoso, afable y lleno de bondad. En fin, les ofreció que le conduciria dentro de algunos dias del modo que deseaban, esto es, sin acompañamiento ni ruido. Este señor se despidió, y yo me retiré con él para ir á tomar el coche en que habiamos venido, el cual nos esperaba al fin de la calle. Despues me llevó á mi casa y me encargó enterase el dia siguiente á su tio de esta principiada aventura, y le suplicase de su parte le enviara mil doblones para finalizarla.

Con efecto, al dia siguiente fui á dar puntual cuenta de cuanto habia pasado del duque de Lerma, callando la parte que habia tenido Escipion en el negocio para pasar yo por autor del descubrimiento de Catalina: porque de todo hace uno mérito para con los grandes.

Y así fué que se me dieron gracias de ello. Señor Gil Blas, me dijo el ministro con aire burlon, me alegro que vmd. una á sus demas talentos el de descubrir las hermosuras alhagüeñas; y no estrañará que cuando yo necesite alguna, acuda á usted. Señor, le respondí en el mismo tono, agradezco la preferencia; pero permitaseme que diga que escrupulizaria si proporcionase esta clase de placeres á V. E.; porque hace tanto tiempo que el señor don Rodrigo está en posesion de su empleo, que se le haria una injusticia en despojarle de él. El duque se sonrió de mi respuesta, y mudando de conversacion me preguntó si su sobrino pedia dinero para esta empresa. Perdonad, le dije, él suplica á V. E. le envíe mil doblones. Está bien, respondió el ministro, no tienes mas que llevárselos; dile que no los escasee, y que aplauda todos los gastos que el príncipe quiera hacer.

CAPITULO XI.

De la visita secreta, y de los regalos que el príncipe hizo á Catalina.

En aquel mismo punto llevé los mil doblones al conde de Lemos. No podiais venir mas á tiempo, me dijo este señor. He hablado al príncipe, quien ha caido en el lazo, y desea con impaciencia ver á Catalina, por lo que se ha resuelto que esta noche salga secretamente de palacio para ir á su casa. Las medidas están ya tomadas. Diselo así á las señoras, y dales el dinero que me traes; es necesario manifestarles que el que va á verlas no es un amante comun, fuera de que los regalos de los príncipes deben preceder á sus galanteos. Supuesto que le has de acompañar conmigo, prosiguió, hállate esta noche en palacio á la hora de acostarse. Tambien será preciso que tu coche (porque me parece del caso servirnos de él) nos espere á media noche cerca de palacio.

Me fui inmediatamente á casa de las señoras, en la que no vi á Catalina por estar, segun se me dijo, acostada,

y solo hablé con la señora Mencia. Perdona usted, señora, le dije, si vengo de día á su casa, porque no puedo hacer otra cosa: me es preciso avisar á usted que el principe vendrá esta noche, y reciba usted, añadiéndole el talego en donde llevaba el dinero, reciba usted una ofrenda que envia al templo de Cyterea para que le sean propicias sus deidades. Ya vé usted que no les he proporcionado una mala conveniencia. Doy á vuestra merced las gracias, me respondió; pero dígame, señor de Santillana, si al principe le gusta la música. Con extremo, le contesté: ninguna cosa le divierte tanto como una buena voz acompañada de un laud tocado con destreza. Mucho mejor, exclamó ella enagenada de alegría; lo que usted dice me llena de gozo, porque mi sobrina tiene la garganta de un ruisenor, tañe maravillosamente el laud, y tambien baila con perfeccion. ¡Vive diez, exclamé, esas son muchas habilidades, tia mia! No necesita tantas una señorita para hacer fortuna: una sola de esas gracias le basta.

Dispuestas así las cosas, esperé la hora en que el principe solia acostarse. Llegada esta, di mis órdenes al cochero, y me reuní al conde de Lemos, quien me dijo que el principe, para quedarse solo antes de tiempo, iba á fingir una ligera indisposicion, y aun acostarse, á fin de hacer creer mejor que estaba malo; pero que de allí á una hora se levantaria, y por una puerta falsa tomaria una escalera escusada que iba á dar á los patios. Luego que me enteré de lo que ambos habian concertado, me aposté en un sitio por donde me aseguré habian de pasar. Duró tanto el poste que comencé á creer que nuestro galan habia tomado otro camino, ó perdido el deseo de ver á Catalina, como si los principes abandonaran estos antojos antes de haberlos satisfecho. En fin, cuando creia que me habian olvidado, se llegaron á mi dos hombres, que conocí ser los que esperaba, y los conduje á mi coche en el cual subieron ambos. Yo iba cerca del cochero para guiarle; y le hice parar á cincuenta pasos de donde vivian las señoras. Di la mano al principe y á su compañero para ayudarles á bajar, y marchamos á la casa, cuya puerta nos abrieron inmediatamente que llamamos y volvieron á cerrar.

Al principio nos encontramos en las mismas tinieblas que yo me vi la primera vez, aunque por distincion habian puesto en la pared una lamparilla, cuya luz era tan escasa, que solamente la percibiamos, sin que ella nos alumbrara. Todo esto servia para hacer la aventura mas agradable á su héroe, el cual quedó vivamente sorprendido á vista de las señoras que le recibieron en la sala, en donde la claridad de un sin número de bugias recompensó la oscuridad que habia en el patio. La tia y la sobrina se presentaron en gracioso traje de casa seductoramente descuidado, y con aire tan atractivo que no se podian mirar sin embelesamiento. Nuestro principe, sino hubiera tenido que escoger, se hubiera contentado muy bien con la señora Mencia: pero dió la preferencia, como era razon, á las gracias de la jóven Catalina.

Y bien, principe mio, le dijo el conde, ¿podiamos haber proporcionado á V. A. el gusto de ver dos personas mas bonitas? Ambas me embelesan, respondió el principe; no pienso sacar libre de aqui mi corazon, pues si faltara la sobrina, no se escaparia de la tia.

Después de este cumplimento tan agradable para una tia, dijo mil cosas lisonjeras á Catalina, á las que esta respondió con mucha discrecion. Como les es permitido á las gentes honradas que hacen el personage que yo en esta ocasion mezclarse en la conversacion de los amantes, siempre que sea para atizar el fuego, dije al galan que su ninfa cantaba y tocaba á las mil maravillas. Se alegró de saber tuviese estas habilidades, y le suplicó le diese alguna muestra de ellas. Con mucho gusto cedió á sus instancias: y tomando un laud bien templado, tocó sonatas tiernas, y cantó de un modo tan espresivo, que el principe se echó á sus pies enagenado de amor y de placer. Pero dejemos á un lado esta pin-

tura, y digamos solamente que la dulce embriaguez en que se habia sepultado el heredero de la monarquia, hizo que las horas le pareciesen momentos, y que tuviésemos que arrancarle de aquella peligrosa casa cuando ya se acercaba el dia. Los señores agentes le condujeron prontamente á palacio, y le dejaron en su aposento. Después se volvieron á su casa tan contentos de haberle unido con una aventurera, como si le hubiesen casado con una princesa.

La mañana siguiente conté el suceso al duque de Lerma, porque todo lo queria saber, y al concluir mi narracion, llegó el conde de Lemos, y nos dijo: el principe de España está tan prendado de Catalina, y le ha gustado tanto, que piensa ir á verla con frecuencia, y no aficionarse á otra: quisiera enviarle hoy dos mil doblones en joyas; pero no tiene dinero. Ha acudido á mi y



Siguiendo el estilo de la corte, decia á todo pretendiente: tráigame vd. un memorial.—Pág. 162.

me ha dicho: mi amado Lemos, es preciso me busques al momento esta cantidad. Sé que te incomoda, que apuro tu bolsillo, y por tanto mi corazon te está muy agradecido: y si en algun tiempo me hallo en estado de ser reconocido de otro modo que por el agradecimiento á todo lo que has hecho por mi, no te arrepentirás de haberme servido. Yo le respondi, separándome de él inmediatamente: principe mio, tengo amigos y crédito; voy á buscar lo que V. A. desea. No es difícil satisfacerle, dijo entonces el duque á su sobrino. Santillana va á traeros ese dinero, ó si quereis, él mismo comprará las joyas porque es muy inteligente en pedrerías, y sobre todo en rubies: ¿no es verdad, Gil Blas? añadió mirándome con un aire taimado. ¡Qué malicioso sois, señor! le respondi; veo que V. E. quiere hacer reir á costa mia al señor conde, y así sucedió. El sobrino preguntó, ¿qué misterio encerraba aquello? Ninguno, replicó el tio sonriéndose; es que

un día Santillana quiso trocar un diamante por un rubí, y este trueque no redundó ni en honor ni en provecho suyo.

Hubiera salido bien librado si el ministro no hubiera dicho más; pero se tomó el trabajo de contar la pieza que Camila y don Rafael me habían jugado en la posada de caballeros, y se estendió particularmente en las circunstancias que yo más sentía. Después de haberse divertido bien S. E. me mandó acompañar al conde de Lemos, quien me llevó en casa de un joyero en donde escogimos las joyas que fuimos á enseñar al príncipe de España, las cuales se me confiaron para que se las entregase á Catalina, y después fui á mi casa á tomar dos mil doblones del dinero del duque para ir las á pagar.

Es ocioso preguntar si la noche siguiente me recibieron con agrado las señoras cuando les presenté los regalos de mi embajada, que consistían en un bello par de rosetas de diamantes para la tía, y unas arracadas de lo mismo para la sobrina. Enagadas una y otra con estas demostraciones de amor y generosidad del príncipe, empezaron á charlar como dos cotorras, y á darme gracias porque les había agenciado tan buen conocimiento, y con el exceso de su alegría dieron á entender lo que eran. Se les escaparon algunas palabras que me hicieron sospechar que yo había facilitado una bribona al hijo de nuestro gran monarca. Para averiguar con certeza si yo había sido autor de tan buena obra, me retiré con intento de tener una conferencia con Escipión.

CAPITULO XII.

Quién era Catalina; perplegidad de Gil Blas; su inquietud, y la precaución que tomó para tranquilizar su ánimo.

Al entrar en mi casa oí un gran estrépito, y preguntada la causa me dijeron que Escipión tenía aquella noche á cenar á seis amigos suyos. Cantaban cuanto más alto podían, y daban grandes carcajadas de risa. Esta cena no era á la verdad el banquete de los siete sabios.

El que daba el festín, luego que supo mi llegada, dijo á sus convidados: señores, no es nada, es el amo que ha vuelto: no os inquietéis por eso, continuad divirtiéndos. Voy á decirle dos palabras, y al instante vuelvo. Dicho esto se vino á mí: ¿qué gritería es esa? le dije; ¿á qué clase de personajes festejas allá abajo? ¿son poetas? Perdóne usted, me respondió: sería lástima dar á beber vuestro vino á semejantes sugetos; yo sé hacer mejor uso de él. Entre mis convidados hay un jóven muy rico que quiere lograr un empleo por vuestra mediación y por su dinero, y á causa suya se hace la fiesta. A cada trago que bebe aumenta diez doblones á lo que ha de tocaros, y quiero hacerle beber hasta el amanecer. En ese supuesto, le respondí, vuélvete á la mesa y no escasees el vino de mi cueva.

No juzgué oportuno hablarle entonces de Catalina, dejándolo para por la mañana al levantarme, lo que hice de esta suerte: amigo Escipión, tú sabes de qué modo vivimos los dos; yo te trato más como á compañero que como á criado, y por consiguiente harás muy mal en engañarme como á amo. Entre nosotros no ha de haber secreto: voy á decirte una cosa que te sorprenderá, y tú por tu parte me dirás lo que piensas de las dos mugeres que me has dado á conocer. Hablando los dos en satisfacción, sospecho que son dos taimadas, tanto más astutas, cuánto más sencillez aparentan. Si les hago justicia, no tiene el príncipe de España gran motivo de estar agradecido, porque te confieso que para él te pedí la dama. Le he llevado á casa de Catalina, y se ha enamorado de ella. Señor, me respondió Escipión, usted se porta demasiado bien conmigo para que yo le falte á la sinceridad. Ayer tuve una conversacion á solas con la criada de estas dos ninfas, y me contó su historia que

me ha parecido divertida. Voy á hacerlos sucintamente relacion de ella, y no sentireis haberla oído.

Catalina, prosiguió, es hija de un hidalguillo aragonés. Habiendo quedado huérfana de edad de quince años, y tan pobre como bonita, dió oídos á un comendador anciano, quien la llevó á Toledo, donde murió á los seis meses, después de haberle servido más de padre que de esposo. Recogió ella su herencia, que consistía en algunas ropas, y en trescientos doblones en dinero contante, y se fué luego á vivir con la señora Mencía, que todavía se mantenía de buen ver, aunque ya iba cuesta abajo. Estas dos buenas amigas permanecieron juntas, y principiaron á tener una conducta de que la justicia quiso tomar conocimiento. Esto desagradó á las señoras, quienes por enfado ó por otra causa dejaron prontamente á Toledo, y vinieron á Madrid, en donde viven cerca de dos años hace sin tratarse con ninguna señora de la vecindad. Pero oiga usted lo mejor: han alquilado dos casas pequeñas separadas solamente por un tabique, pudiéndose pasar de una á otra por una escalera de comunicacion que hay en los sótanos. La señora Mencía vive con una criada de poca edad en una de ellas, y la viuda del comendador ocupa la otra con una dueña vieja, á quien hace pasar por abuela; de modo que nuestra aragonesa tan presto es una sobrina educada por su tía, como una pupila bajo la tutela de su abuela. Cuando hace de sobrina, se llama Catalina; y cuando de nieta, Sirena.

Al oír el nombre de Sirena interrumpí todo asustado á Escipión: ¿qué me dices? me haces temblar. ¡Ay de mí! temo que esa maldita aragonesa sea la querida de Calderon. Cabalito, respondió, la misma es. Yo creía dar á usted un gran gusto participándole esta noticia. Pues no lo creas, repliqué; más me causa disgusto que alegría. ¿No prevees tú las consecuencias? No á fé mía, replicó Escipión. ¿Qué mal puede venir de ahí? Don Rodrigo no ha de descubrir precisamente lo que pasa; y si usted teme que se lo digan, prevéngaselo al primer ministro, contándole el caso sencillamente. El conocerá la buena fé de usted; y si después quisiese Calderon ponerle á mal con S. E., el duque verá que no trata de perjudicarle sino por espíritu de venganza.

Con estas palabras me desvaneció Escipión el miedo. Seguí su consejo, y di parte al duque de Lerma de este fatal descubrimiento, y también aparenté contárselo con aire triste, para persuadirle de que sentía haber inocentemente dado al príncipe la dama de don Rodrigo; pero el ministro, lejos de compadecerse de su favorito, se burló de ello. Después me dijo que siguiera en mi comision, y que sobre todo era gran gloria para Calderon amar á la misma dama que el príncipe de España, y recibir la misma acogida que él. Instruí en los mismos términos al conde de Lemos, quien me aseguró su protección si el primer secretario descubria la trama y quería ponerme á mal con el duque.

Con esta maniobra creí haber salvado la nave de mi fortuna del peligro de encallar, y me sosegué. Seguí acompañando al príncipe á casa de Catalina, por otro nombre la bella Sirena, que tenía la destreza de encontrar pretextos para apartar de su casa á don Rodrigo, y ocultarle las noches que ella tenía precision de dedicar á su ilustre rival.

CAPITULO XIII.

Sigue Gil Blas haciendo el papel de señor: tiene noticias de su familia, impresion que le hicieron: se descompadra con Fabricio.

Ya llevo dicho que por las mañanas tenía comunmente en mi antesala muchas gentes que venían á proponerme varios asuntos; pero yo no quería que me los propusiesen verbalmente. Siguiendo el estilo de la corte, ó por mejor decir, para hacer más de persona, decía á todo pretendiente: tráigame usted un memorial; y me había

acostumbrado tanto á esto, que un dia respondi asi á mi casero cuando vino á recordarme que le debía un año de casa. Por lo que hace al carnicero y panadero, no daban lugar á que yo les pidiese memorial, pues eran muy puntuales en traerlos todos los meses. Escipion, que era un vivo retrato mio, hacia lo mismo con los que acudian á él para que se empeñasen conmigo en su favor.

Yo tenia otra ridiculez que no pienso perdonarme; habia dado en la fatuidad de hablar de los grandes como si yo fuese de su misma esfera. Si, por ejemplo, tenia que citar al duque de Alba, al duque de Osuna ó al de Medinasidonia, decia con llaneza *Alba, Osuna, Medinasidonia*. En una palabra, me habia puesto tan orgulloso y vano, que ya no era hijo de mis padres. ¡Ah, pobre dueña, y pobre escudero, ni pensaba en vosotros, ni habia tenido cuidado de informarme de vuestra suerte! La corte tiene la virtud del rio Leteo, que nos hace olvidar de nuestros parientes y amigos, si se hallan en infeliz estado.

Cuando mas olvidada tenia á mi familia, entró una mañana en mi casa un mozo, que me dijo deseaba hablarme á solas un momento: le hice entrar en mi despacho, en donde sin decirle se sentase por parecerme hombre ordinario, le pregunté qué me queria. Señor Gil Blas, me dijo, ¿pues qué, no me conoce usted? Por mas que le miré con atencion, tuve que responderle que no caia en quien era. Yo soy, me replicó, un paisano vuestro, natural del mismo Oviedo, é hijo de Beltran Moscada el especiero, vecino de vuestro tio el canónigo. Yo os reconozco muy bien. Hemos jugado mil veces los dos á la gallina ciega.

De los juegos de mi niñez, le respondi, solo conservo una idea confusa; los cuidados que me han ocupado despues, me los han borrado de la memoria. He venido á Madrid, me dijo, á ajustar cuentas con el corresponsal de mi padre. He oido hablar de usted, y me han dicho que está en un gran puesto en la corte, y ya tan rico como un judío, de lo que doy á vmd. la enhorabuena, y ofrezco á mi vuelta al pais llenar de gozo á su familia, dándole una nueva tan gustosa.

Aunque no fuera mas que por cumplimiento, no podia menos de preguntar como estaban mis padres y tio; pero lo que hice con tal frialdad, que no di motivo á mi buen especiero para admirar la fuerza de la sangre. Bien me lo dió á entender, pues se manifestó sorprendido de la indiferencia que yo mostraba hácia unas personas á quienes debia profesar sumo cariño; y como era mozo franco y grosero: yo creia, me dijo desabridamente, que tuviéseis mas amor y aficion á vuestros parientes. No parece sino que los habeis olvidado segun la frialdad con que me preguntais por ellos: ¿ignorais cual es su situacion? pues sabed que vuestro padre y vuestra madre están todavia sirviendo, y que el buen canónigo Gil Perez, agobiado de vejez y de achaques, está ya para vivir poco. Es necesario tener buen corazon, prosiguió; y supuesto que os hallais en estado de socorrer á vuestros padres, os aconsejo como amigo los enviéis todos los años doscientos doblones. Este socorro les proporcionará sin menoscabo vuestro una vida cómoda y dichosa.

En lugar de entermecerme la pintura que hacia de mi familia, me incomodó la libertad que se tomaba de aconsejarme sin que yo se lo rogase; quizá con mas maña me hubiera persuadido; pero su franqueza solo sirvió para irritarme. El lo conoció bien por el ceñudo silencio que guardé, y continuando su exhortacion con menos caridad que malicia, me impacientó. ¡Oh! eso es demasiado, respondi lleno de cólera. Vaya usted, señor de Moscada, no se meta en negocios ajenos. Vaya y busque al corresponsal de su padre, y ajuste sus cuentas con él. ¿Quién es usted para enseñarme mi obligacion? Sé mejor que usted lo que he de hacer en este caso. Dicho esto eché de mi despacho al especiero, y le envié á Oviedo á vender azafran y pimienta.

No dejé de reflexionar en lo que acababa de decir-

me, y acusándome á mi mismo de ser un hijo desnaturalizado, me entermecí. Traje á la memoria los afanes que les habia costado á mis padres mi niñez y mi educacion. Me representé lo que les debía, y á mis reflexiones siguieron algunos impulsos de agradecimiento, que no obstante de nada sirvieron. Mi ingratitud sofocó bien pronto estos afectos, y á ellos sucedió un profundo olvido. Muchos padres hay que tienen hijos semejantes.

La codicia y la ambicion de que estaba poseido mudaron del todo mi carácter. Perdi toda mi alegría, y andaba siempre distraido y pensativo; en una palabra, hecho un insensato. Viéndome Fabricio ocupado continuamente en pos de la fortuna, y tan indiferente con él, no venia á mi casa sino rara vez; pero no pudo dejar de decirme un dia; en verdad, Gil Blas, que ya no te conozco. Antes de venir á la corte siempre tenias el ánimo tranquilo; y ahora te veo constantemente agitado. Formas proyecto sobre proyecto para enriquecerte, y cuanto mas adquieres mas deseas. Ademas, ¿me atreveré á decirlo? ya no tienes conmigo aquellos desabogos del corazon, aquellas familiaridades en que consiste el encanto de la amistad; antes por el contrario me tratas con reserva, y ocultas lo intimo de tu alma. Tambien observo que las atenciones de que usas conmigo son como forzadas. En fin, este Gil Blas no es aquel mismo Gil Blas que yo conocia.

Tú sin duda te chanceas, le respondi con frialdad: yo ninguna mutacion percibo en mí. Tienes fascinados los ojos, replicó, y no debes preguntárselo á ellos; créeme, eres otro del que eras. Dilo, amigo, ingenuamente, ¿nos tratamos acaso como otras veces? Cuando por la mañana llamaba á tu puerta, venias tú mismo á abrirme, y muchas veces casi dormido, y yo entraba en tu cuarto sin cumplimientos: pero hoy ¿qué diferencial tienes lacayos, y se me hace esperar en tu antesala mientras dan el recado de si puedo hablarte. Despues de esto, ¿cómo me recibes? Con una fria politica, y haciendo el señor. Parece que mis visitas principian á incomodarte. ¿Crees tú que semejante recibimiento agrade á un hombre que ha sido tu camarada? No, Santillana, no; de ningun modo me conviene. Adios; separémonos amigablemente. Desaboguémonos ambos, tú de un censor de tus acciones, y yo de un nuevo rico que se desconoce á sí propio.

Me sentí mas exasperado que conmovido de sus reprensiones, y dejé se retirase sin hacer el menor esfuerzo para detenerle. La amistad de un poeta no era cosa tan preciosa, que su pérdida me causase afliccion en el caso en que me hallaba: ademas, fácilmente encontré consuelo en el trato de algunos empleados de palacio, con quienes por la semejanza de carácter, habia recientemente contraido estrecha amistad. Estos nuevos conocimientos eran con sugetos, cuya mayor parte venia de no sé donde, y á quienes su dichosa estrella habia conducido á sus empleos. Todos estaban ya acomodados; y atribuyendo estos miserables solo á su mérito los beneficios que el rey se habia dignado hacerles, se olvidaban como yo de si mismos, y todos nos creiamos unos personajes muy respetables. ¡Oh Fortuna! ve ahí como dispensas los favores las mas veces. Hizo bien el estóico Epitecto en compararte con una jóven ilustre que se entrega á criados.

LIBRO IX.

CAPITULO I.

Escipion quiere casar á Gil Blas, y le propone la hija de un rico y famoso platero; de los pasos que se dieron á este fin.

Una noche despues de haber despedido á la concurrencia que habia ido á cenar conmigo, viéndome solo con Escipion le pregunté que habia hecho aquel dia. Dar un golpe de maestro, me respondió: proporcionar á

vmd. un rico establecimiento; pues le quiero casar con la hija única de un platero conocido mio. ¡Hija de un platero! exclamé con aire desdeñoso. ¿Has perdido el juicio? Cuando se tiene tal cual mérito, y se está en la corte en cierta altura, me parece que se deben tener ideas mas elevadas. ¡Ah, señor! repitió Escipion, no lo creais asi. Pensad que el varon es quien ennoblece; y no seais mas delicado que mil señores que pudiera citaros. ¿Sabe vmd. bien que la heredera de quien hablo, es un partido de cien mil ducados á lo menos? ¿no es este un buen trozo de platería? Cuando oi hablar de una suma tan grande me hice mas tratable. Desde luego cedo al dictámen de mi secretario; la dote me determina. ¿Cuándo quieres tú que la reciba? Vamos despacio, señor, me



Vino á abrazarme con demostraciones de amistad.—Pág. 163

respondió; un poco de paciencia. Es menester que trate yo antes del asunto con el padre, y que le haga venir en ello. Bueno, respondi riendo á carcajadas, ¿todavía estas ahí? Ve por cierto un casamiento bien adelantado. Mas de lo que vmd. piensa, replicó; solo quiero una hora de conversacion con el platero y respondo de su consentimiento; pero antes de ir mas lejos capitulemos si vuesa merced gusta. Suponiendo que yo haga recibir á vuesa merced cien mil ducados, ¿cuántos me tocarán á mí? Veinte mil, le respondi: Alabado sea Dios, dijo: yo limitaba vuestro agradecimiento á diez mil. Vmd. es la mitad mas generoso que yo. Vamos: desde mañana me emplearé en esta negociacion, y puede vmd. contar con que se conseguirá, ó yo no soy sino un bestia.

Efectivamente, á los dos dias me dijo: he hablado con el señor Gabriel de Salero (que este era el nombre del padre de la niña), y es tanto lo que le he ponderado vuestro valimiento y mérito, que dió oídos á la propuesta que le hice de recibirnos por yerno. Será vuestra su hija con cien mil ducados, siempre que le hagais ver

claramente que sois valido del ministro. Si no consisto mas que en eso, dije entonces á Escipion, presto estaré casado. Pero tratando de la muchacha: ¿la has visto? ¿es hermosa? No tanto como la dote, respondió. Hablando aqui para los dos, esta rica heredera no es muy bonita; pero por fortuna á vmd. ningun cuidado le da esto. A fé que no, hijo mio, le respondi. Nosotros los cortesanos nos casamos solamente por casarnos, y buscamos la hermosura en las mugeres de nuestros amigos; y si por acaso se halla en las nuestras, la miramos con tanta indiferencia, que es bien merecido el que por ello nos castiguen.

Todavía no lo he dicho todo, repitió Escipion; el señor Gabriel convida á vmd. á cenar esta noche, y hemos quedado en que no le ha de hablar vmd. del casamiento proyectado. Debe convidar á muchos mercaderes amigos suyos á esta cena, á la cual ha de asistir vuesa merced como un simple convidado, y mañana vendrá él á cenar con vmd. del mismo modo: en esto conocerá vmd. que este hombre quiere experimentarles antes de pasar adelante. Convendrá que vmd. se contenga un poco delante de él. ¡Oh! pardiez, interrumpi con aire de confianza, aunque examine lo que quiera, no puedo menos de salir ganancioso en este exámen.

Todo se ejecutó puntualmente; hice me condujeran á casa del platero, quien me recibió tan familiarmente como si nos hubiésemos visto ya muchas veces. Era de tan buena pasta, que, como solemos decir, se pasaba de cortés. Me presentó la señora Eugenia su muger, y la jóven Gabriela su hija: yo les hice mil cumplimientos sin contravenir á lo tratado, y les dije mil tonterias en muy bellos términos y frases de corte.

Gabriela, á pesar de cuanto me habia dicho de ella mi secretario, no me pareció fea, ya fuese porque estaba muy bien puesta, ó ya porque no la mirase sino al través de la dote. ¡Qué buena casa tenia el señor Gabriel! Yo creo que habrá menos plata en las minas del Perú que la que habia allí. Este metal se ofrecia á la vista por todas partes en mil formas diferentes. Cada sala, y particularmente la de la cena, era un tesoro. ¡Qué espectáculo para los ojos de un yerno! El suegro para hacer mas lucido el convite, habia convidado á cinco ó seis mercaderes, todas personas graves y enfadosas, que so'o hablaron de comercio, y puede decirse que su conversacion mas bien fué una conferencia de negociantes que una plática de amigos.

La noche siguiente tuve á cenar en mi casa al platero, y como no podia deslumbrarle con mi vajilla, recurrí á otra ilusion. Convidé á cenar á aquellos amigos míos que hacian mayor figura en la corte, y que yo sabia ser unos ambiciosos que no ponian límites á sus deseos. No hablaron de otra cosa que de las grandezas y de los empleos brillantes y lucrativos á que aspiraban, lo cual produjo su efecto. Aturdido Gabriel de oír sus grandes ideas, se tenia á pesar de su riqueza por un misero mortal en comparacion de aquellos señores. Por mi parte, afectando moderacion, dije me contentaria con una mediana fortuna, como de veinte mil ducados de renta, con cuyo motivo aquellos hambrientos de honores y riquezas exclamaron diciendo que haria mal, y que siendo tan querido, como era del primer ministro, no debia contentarme con tan poco. El suegro no perdió ni una de estas palabras, y creí advertir al retirarse que iba muy satisfecho.

Escipion no dejó de ir á verle el dia siguiente por la mañana, para preguntarle si yo le habia gustado. He quedado muy prendado, le respondió, tanto que me ha robado el corazon. Pero, señor Escipion, añadió, suplico á vmd. por nuestra antigua amistad que me hable sinceramente. Todos, como usted sabe, tenemos nuestro flaco: dígame vmd. cuál es el del señor Santillana. ¿Es jugador? ¿es cortejante? ¿cuál es su inclinacion viciosa? suplico á usted no me la oculte. Vmd. me ofende, señor Gabriel, con semejante pregunta, replicó el medianero. Me intereso mas por vmd. que por mi amo, y si tuviera

algun vicio capaz de hacer á su hija desgraciada, ¿se lo hubiera propuesto por yerno? Juro á brios que no: yo soy muy servidor de vmd., pero en satisfaccion, el único defecto que le encuentro es no tener ninguno. Para jóven es muy juicioso. Otro tanto oro, respondió el platero; eso me agrada. Vaya usted, amigo mio, puede asegurarle que logrará la mano de mi hija, y que se la daría aun cuando no fuera querido del ministro.

Luego que mi secretario me dió noticia de esta conversacion, fui al momento á casa de Salero á darle gracias de la disposicion favorable en que estaba hácia mi. A este tiempo ya habia declarado su voluntad á su mujer y á su hija, quienes por el modo con que me recibieron me hicieron conocer que se sujetaban sin repugnancia á ella. Despues de haber prevenido la noche antes al duque de Lerma, le presenté el suegro. S. E. le recibió con mucho agasajo, y le manifestó la satisfaccion que tenia en que hubiese elegido para yerno á un hombre á quien estimaba mucho, y á quien queria ascender. Despues siguió haciendo el elogio de mis buenas prendas, y dijo tanto bien de mi, que el buen Gabriel creyó haber encontrado en mi señoría el mejor partido de España para su hija. Estaba tan gozoso que las lágrimas se le asomaban. Al despedirnos me estrechó entre sus brazos y me dijo: hijo mio, es tanta la impaciencia que tengo de veros esposo de Gabriela, que dentro de ocho dias á mas tardar lo sereis.

CAPITULO II.

Por qué casualidad se acordó Gil Blas de don Alfonso de Leiva, y del servicio que le hizo.

Dejemos en este estado mi casamiento, porque asi lo exige el órden de mi historia, y quiere que cuente el servicio que hice á don Alfonso mi antiguo amo. Yo habia olvidado á este caballero enteramente, y ahora diré por qué causa me acordé de él.

Vacó en aquel tiempo el gobierno de la ciudad de Valencia, y habiéndolo sabido, pensé en don Alfonso de Leiva. Consideré que este empleo le vendria perfectamente, y quizá menos por amistad que por ostentacion, determiné pedirlo para él, haciéndome cargo de que si lo obtenia, me daría este paso un honor escesivo. Me dirigí, pues, al duque de Lerma, y le dije que habia sido mayordomo de don César de Leiva y de su hijo, y que teniendo grandes motivos para vivírles agradecido, me tomaba la libertad de suplicar á S. E. concediese al uno ó al otro el gobierno de Valencia. El ministro me respondió: con mucho gusto, Gil Blas, yo me alegro de que seas reconocido y generoso. Por otra parte me hablas de una familia á quien estimo. Los Leivas son buenos servidores del rey, y merecen bien este empleo. Puedes disponer de él á tu arbitrio, yo te le doy por regalo de la boda.

Gustosísimo de haber conseguido mi intento, fui sin perder instante á casa de Calderon á hacer estender el despacho para don Alfonso. Habia alli un crecido número de personas, que con respetuoso silencio aguardaban á que se diese audiencia don Rodrigo. Atravesé por entre aquella gente, y me presenté á la puerta del gabinete que me fué abierta, y en él encontré no sé á cuantos caballeros, comendadores y otros sugetos distinguidos, á quienes Calderon oia por su órden. Era de admirar el diferente modo con que los recibia. Se contentaba con hacer á estos una ligera inclinacion de cabeza: honraba á aquellos con una cortesía, y los conducia hasta la puerta de su gabinete, graduando por decirlo asi el aprecio con que los distinguia por los diversos cumplimientos que empleaba. Por otra parte vi á algunos de aquellos sugetos que, ofendidos del poco caso que de ellos hacia, maldecian en su corazon la necesidad que les obligaba á humillarse en su presencia. Otros vi que por el contrario se reian entre sí mismos de su aire fantástico y presumido. Por mas que hacia estas observaciones no me halla-

ba en estado de aprovecharme de ellas, pues me portaba en iguales términos en mi casa, y ningun cuidado me daba el que se aprobasen ó se vituperasen mis modales orgullosos, con tal que me los respetasen.

Habiéndome atisbado casualmente don Rodrigo, dejó precipitadamente á un hidalgo que le hablaba, y vino á abrazarme con demostraciones de amistad que me sorprendieron. ¡Ah! amado compañero mio, exclamó, ¿qué asunto es el que me proporciona el gusto de ver á usted aqui? ¿en qué puedo servir á vmd? Díjeme á lo que iba, y en seguida me aseguró en los términos mas politicos que el día siguiente á la misma hora se espediria el despacho que yo solicitaba. Su atencion no paró aqui, pues me acompañó hasta la puerta de la antesala, lo que jamás hacia sino con los grandes señores, y alli me volvió á abrazar. ¿Qué significan estos obsequios, decia yo en el camino? ¿qué me anuncian? ¿Si meditará este hombre mi ruina; ó, previendo que declina su favor, querrá granjear mi amistad, y tenerme de su parte, con la mira de que interceda por él con el amo? No sabia á cuál de estas conjeturas atenderme. Cuando volví al día siguiente, me trató del mismo modo, llenándome de caricias y cumplimientos. Es verdad que las desquitó en el recibimiento que hizo á otras personas que se presentaron á hablarle: porque á unas trató groseramente, á otras habló con frialdad, y á casi todas descontentó; pero quedaron suficientemente vengadas con un lance que ocurrió y que no debo pasar en silencio, el cual servirá de leccion á los covachuelistas y secretarios que le lean.

Habiéndose llegado á Calderon un hombre vestido llanamente, y que no aparentaba lo que era, le habló de cierto memorial que decia haber presentado al duque de Lerma. Don Rodrigo, no solo no miró al caballero, sino que le dijo ásperamente, ¿cómo se llama usted, amigo? En mi niñez me llamaban Frasquito, le respondió con serenidad el tal: despues me han llamado don Francisco de Zúñiga, y hoy me llamo el conde de Pedrosa. Sorprendido de esto Calderon, y viendo que trataba con un hombre de la primera distincion, quiso disculparse, y dijo: señor, perdóneme V. E. sino conociéndole... Yo no necesito de tus excusas, interrumpió con altivez Frasquito; las desprecio tanto como tus modales groseros. Sabe que el secretario de un ministro debe recibir cortesmente á toda clase de personas. Sé si quieres tan fantástico que te mires como el sustituto de tu amo; pero no te olvides de que no eres mas que un criado suyo.

Este pasage mortificó infinito al soberbio don Rodrigo, quien no obstante nada se enmendó. Por lo que hace á mí, saqué fruto del caso. Resolví mirar con quien hablaba en mis audiencias, y no ser insolente sino con los mudos. Como el despacho de don Alfonso estaba ya espedido, lo recogí y se lo envié por un correo extraordinario á este señor con carta del duque de Lerma, en la que S. E. le avisaba que el rey le habia nombrado para el gobierno de Valencia. No le di parte de la que tenia en este nombramiento, ni quise aun escribirle, porque tenia gusto de decírselo de boca, y de causarle esta agradable sorpresa cuando viniese á la córte á prestar el juramento.

CAPITULO III.

De los preparativos que se hicieron para el casamiento de Gil Blas, y del grande acontecimiento que los inutilizó.

Volvamos á mi bella Gabriela, con quien dentro de ocho dias habia de celebrar mi matrimonio. Por ambas partes se hacian preparativos para esta ceremonia. Salero compró ricos trages para la novia, y yo busqué una doncella, un lacayo y un escudero anciano, todo lo cual eligió Escipion, que esperaba todavía con mas impaciencia que yo el día en que habian de entregarme la dote.

La vispera de este día tan deseado cené en casa del suegro con tios, tias, primos y primas de mi novia. Hice perfectamente el papel de un yerno hipócrita: mostréme

muy obsequioso con el platero y su muger; fingime apasionado de Gabriela, agasajé á toda la familia, cuyas conversaciones y espresiones majaderas y toscas escuché con paciencia: y así en premio de ella tuve la dicha de agrádar á todos los parientes, que se alegraron de mi enlace con ellos.

Acabada la comida pasaron los convidados á una gran sala, en donde habia dispuesta una música de voces é instrumentos que no se ejecutó mal, aunque no se hubiesen elegido las mejores habilidades de Madrid. Nos puso de tan buen humor lo bien que cantaron, que empezamos á bailar Dios sabe con qué primor, pues me tuvieron por discipulo de Terpsicore, aunque no tenia mas principios de este arte que dos ó tres lecciones que en casa de la marquesa de Chaves me habia dado un maestrillo de baile que iba á enseñar á los pages. Despues de habernos divertido bastante pensamos en retirarnos, y entonces prodigué las cortesias y cumplimientos. A Dios, mi amado hijo, me dijo Salero abrazándome; mañana por la mañana iré á tu casa á llevar el dote en buena moneda de oro. Será vmd. bien recibido, respondi, amado padre mio. Luego, habiéndome despedido de la familia, subí en mi coche que me esperaba á la puerta, y tomé el camino de mi casa.

Apenas habia andado doscientos pasos, cuando quince ó veinte hombres, unos á pie y otros á caballo, armados todos de espadas y carabinas, rodearon mi coche, y lo detuvieron gritando: *favor al rey*. Hiciéronme bajar aceleradamente, y me metieron en una silla de posta á donde el principal de ellos subió conmigo, y dijo al cochero que tomase el camino de Segovia. Juzgué que el que iba á mi lado era algun honrado alguacil, y habiéndole preguntado el motivo de mi prision, me respondió del modo que acostumbra estos señores, quiero decir, brutalmente, que no tenia necesidad de darme cuenta de él. Yo le dije que quizá se equivocaba. No, no, respondió, estoy seguro de que no he errado el golpe. Usted es el señor de Santillana; á vmd. es á quien tengo orden de conducir á donde le llevo. No teniendo nada que replicar á esto, tomé el partido de callar. Lo restante de la noche caminamos por la orilla del rio Manzanares con un profundo silencio. En Colmenar mudamos de caballos, y llegamos á la caída de la tarde á Segovia, en cuya torre me encerraron.

CAPITULO IV.

De qué modo fué tratado Gil Blas en la torre de Segovia, y de como supo la causa de su prision.

Lo primero fué meterme en un encierro sin mas cama que un jergon de paja como si fuese un reo digno del último suplicio. Pasé la noche, no con el mayor desconsuelo, porque todavia no conocia todo mi mal, sino repasando en mi imaginación qué seria lo que habria acarreado mi desgracia. No dudaba fuese obra de Calderon; sin embargo, por mas que lo sospechase, no comprendia cómo hubiese podido conseguir que el duque de Lerma me tratase con tanta crueldad. Otras veces me imaginaba que me habrian preso sin noticia de S. E., y otras que este señor mismo me habria hecho arrestar por alguna razon politica, como suelen hacer algunas veces los ministros con sus favoritos.

Agitado con estas varias conjeturas vi á favor de una luz que entraba por una reja pequeña lo horroroso del sitio en donde me hallaba. Me afligí entonces en extremo, y mis ojos fueron dos raudales de lágrimas, que la memoria de mi prosperidad hacia inagotables. Cuando estaba en la mayor aflicción entró en el encierro un carcelero que me traia para aquel dia un pan y un cántaro de agua. Me miró, y viendo que tenia el rostro bañado en lágrimas, aunque carcelero se movió á compasión, y me dijo: no se desanime vmd., señor preso; las desgracias de la vida se han de sufrir con resignación. Vmd. es

jóven, y tras de este tiempo vendrá otro. Entretanto coma vmd. con gusto el pan del rey.

Diciendo esto, se retiró mi consolador, á quien solo respondi con suspiros. Todo el dia lo empleé en maldecir mi estrella, sin pensar en comer nada de mi racion, que en el estado en que me hallaba, mas me parecia un efecto de la indignación del rey, que un presente de su bondad, pues servia mas bien para prolongar la pena de los desgraciados que para mitigarla.

En esto llegó la noche, y al instante oí un gran ruido de llaves que me llevó la atención. Abrieron la puerta del calabozo, y entró un hombre con una bugia en la mano, el que llegándose á mi, me dijo: señor Gil Blas, vea vmd. á uno de sus amigos antiguos. Yo soy aquel don Andrés de Tordesillas que vivia con vmd. en Granada, y era gentil-hombre del arzobispo cuando vuesa merced gozaba del favor de aquel prelado. Vmd. le pidió, si hace memoria, que me diese un empleo en Méjico, para el cual se me nombró; pero en lugar de embarcarme para Indias, me quedé en la ciudad de Alicante. Allí me casé con la hija del capitán del castillo, y por una série de sucesos, que contaré á vmd. luego, he venido á ser alcaide de la torre de Segovia. Vmd. ha tenido la fortuna, continuó, de encontrar en un hombre que tiene el cargo de maltratarle, un amigo que nada escaseará para suavizar el rigor de su prision. Tengo orden espresa de que no deje á vmd. hablar con nadie, que le haga dormir sobre paja, y que no le dé mas alimento que pan y agua; pero ademas de que soy caritativo, y no habia de dejar de compadecerme de sus males, vmd. me ha servido, y mi agradecimiento puede mas que las órdenes que he recibido. Lejos de servir de instrumento para la crueldad que se quiere usar con vmd., mi ánimo es tratarle lo mejor que me sea posible. Levántese vmd. y véngase conmigo.

Mi ánimo estaba tan turbado que no pude responder una sola palabra al señor alcaide, aunque sus espresiones merecian tanta gratitud. Le seguí, me hizo atravesar un patio, y subir por una escalera muy estrecha á una pequeña pieza que habia en lo alto de la torre. Habiendo entrado en ella me sorprendi bastante al ver sobre una mesa dos velas que ardian en candeleros de cobre, y dos cubiertos bastante limpios: inmediatamente, me dijo Tordesillas, van á traer de comer á vmd., ambos cenaremos aqui. Le he destinado para su habitacion este cuartito en donde estará mejor que en el encierro, pues verá desde su ventana las floridas riberas del Eresma, y el valle delicioso que desde el pie de las montañas que separan las dos Castillas se estiende hasta Coca. No dudo que al principio no le hará ninguna impresion una vista tan agradable; pero cuando el tiempo haya hecho suceder una dulce melancolia á la amargura de su dolor, tendrá gusto en recrear la vista con unos objetos tan deleitables. Ademas de esto, cuente vmd. con que no le faltará ropa blanca, ni las demas cosas que necesita un hombre amigo del aseo. Sobre todo, tendrá vuesa merced buena cama, estará bien mantenido, y le proporcionaré los libros que quiera, y en una palabra, todas las comodidades de que puede disfrutar un preso.

Con tan corteses ofertas me sentí algo aliviado, cobré ánimo, y di mil gracias á mi carcelero. Le dije que su generoso proceder me restituia la vida, y que deseaba hallarme en estado de manifestarle mi gratitud. ¿Pues por qué no habria de volver vmd. á verse en su primer estado? me respondió: ¿cree vmd. haber perdido para siempre la libertad? se engaña si así lo juzga; y me atrevo á asegurarle que con algunos meses de prision habrá vmd. pagado. ¿Qué dice vmd., señor don Andrés? exclamé. Parece que vmd. sabe el motivo de mi desgracia. Confieso, me dijo, que no lo ignoro. El alguacil que ha conducido á vmd. aqui me ha confiado este secreto, y no tengo dificultad en revelárselo. Me ha dicho que informado el rey de que vmd. y el conde de Lemos habian llevado de noche al principe de España á casa de una dama sospechosa, acababa, para castigaros de ello, de

desterrar al conde, y enviaba á vmd. á esta torre, para ser tratado en ella con todo el rigor que ha experimentado desde que vino. ¿Pues, cómo, le dije, ha llegado á saber esto el rey? Esta circunstancia quisiera yo saber particularmente; y esto es, respondió, lo que cabalmente no me ha dicho el alguacil, y lo que á la cuenta ni aun él mismo sabe.

En este punto de nuestra conversacion entraron muchos criados que traian la cena. Pusieron en la mesa pan, dos tazas, dos botellas y tres fuentes, en la una de las cuales venia un guisado de liebre con mucha cebolla, aceite y azafran; en la otra una olla podrida, y en la tercera un pavipollo con salsa de tomate. Luego que vió Tordesillas que nos habian servido lo necesario, despachó á sus criados para que no oyesen nuestra conversacion. Cerró la puerta, y nos sentamos el uno enfrente del otro. Empecemos, me dijo, por lo mas urgente: despues de dos dias de dieta, es preciso que vmd. tenga buen apetito; y diciendo esto me hizo un buen plato. Creia servir á un hambriento, y efectivamente tenia motivo para pensar que yo me atracaria de sus manjares; sin embargo, engañé sus esperanzas, pues por mucha necesidad que tuviese de comer, los bocados se me quedaban atravesados en la boca sin poder tragarlos: tan oprimido tenia el corazon á causa de mi estado actual. En vano mi alcaide, para alejar de mi espiritu las crueles ideas que sin cesar le afligian, me escitaba á beber, y celebraba lo esquisito de su vino, pues aun cuando me hubiera dado néctar, le hubiera bebido entonces sin gusto. El lo conoció, y tomando otro rumbo se puso á contarme con estilo alegre la historia de su casamiento; pero con esto todavia consiguió menos el fin. Escuché su relacion tan distraido, que cuando la concluyó no hubiera podido decir lo que acababa de contarme. Juzgó que era demasiada empresa querer entretener por aquella noche mis penas. Despues de concluida la cena se levantó de la mesa, y me dijo: señor de Santillana, voy á dejar á vmd. descansar, ó mas bien meditar con libertad sobre su desgracia; pero repito que no será de larga duracion. El rey es naturalmente bueno, y cuando se le haya pasado el enfado, y considere la deplorable situacion en que cree á vmd., le parecerá que está bastante castigado. Dicho esto, el señor alcaide bajó é hizo que subiesen los criados á quitar la mesa. Se llevaron hasta las luces, y yo me acosté á la escasa luz de un candil colgado en la pared.

CAPITULO V.

De lo que reflexionó antes de dormirse, y del ruido que le despertó.

Dos horas por lo menos se me pasaron en reflexionar sobre lo que me habia dicho Tordesillas. Con que aqui me estoy, decia, por haber contribuido á los placeres del heredero de la corona. ¡Qué imprudencia ha sido el haber servido en semejantes cosas á un principe tan jóven! Pues todo mi delito consiste en que es muy niño. Quizá el rey en lugar de haberse irritado tanto, se hubiera reido si fuese de mas edad. ¿Pero quién habrá dado semejante aviso al monarca, sin haber temido el resentimiento del principe y el del duque de Lerma? Sin duda éste querrá vengar al conde de Lemos, su sobrino. Pero lo que yo no puedo comprender es cómo el rey ha podido descubrirlo.

Siempre volvía á pensar en esto. Sin embargo, lo que mas me afligia, mas me desesperaba, y lo que no podia desechar de mi imaginacion, era el saqueo que temia habrian padecido todos mis efectos. ¡Tesoro mio! exclamé, ¿dónde estás? Amadas riquezas mias, ¿qué ha sido de vosotras? ¿en qué manos habeis caido? ¡Ay de mi, os he perdido en menos tiempo que os gané! Me representaba el desórden que habria en mi casa, y sobre esto hacia reflexiones á cual mas tristes. La confusion de tantos pensamientos diferentes me sepultó en una tristeza

que me fué provechosa, pues cogí el sueño que la noche antes no habia podido reconciliar. Tambien contribuyeron á ello la buena cama, la fatiga que habia padecido, y los vapores del vino y de la cena. Me quedé profundamente dormido, y segun las señales me hubiera amanecido así, á no haberme despertado de improviso un ruido bastante extraordinario para una cárcel. Oí tocar una guitarra, y á un hombre que cantaba al son de ella. Escuché con atencion; pero ya nada oí. Creí que era un sueño; pero de alli á un instante volví á oír el mismo instrumento, y que cantaban los versos siguientes:

¡Ay de mi! un año felice
parece un soplo ligero;
pero sin dicha, un instante
es un siglo de tormento.

Esta copla, que parecia se habia compuesto de intento para mí, aumentó mis pesares. La verdad de estas palabras, me decia yo, hartó la experimento. Me parece que el tiempo de mi felicidad ha pasado bien pronto, y que hace un siglo que estoy preso. Volví á sepultarme en una terrible melancolia, y á desconsolarme como si tuviese gusto en ello. Mis lamentos dieron fin con la noche, y los primeros rayos del sol que alumbraron mi estancia, calmaron un poco mis inquietudes. Me levanté á abrir la ventana para que entrase el aire en el cuarto; miré al campo, cuya vista me trajo á la memoria la bella descripcion que el señor alcaide me habia hecho de él: pero no encontré objetos con que acreditar la verdad de lo que me habia dicho. El Eresma, que yo creia á lo menos igual al Tajo, me pareció solo un arroyo. La ortiga y el cardo eran el único adorno de sus *riberas floridas*; y el supuesto *valle delicioso* no ofreció á mi vista sino tierras la mayor parte incultas. Al parecer todavia no gozaba yo de aquella dulce melancolia que debia representarme las cosas de otro modo de como las veia entonces.

Estaba á medio vestir cuando llegó Tordesillas acompañado de una criada anciana que me traia camisas y toallas. Señor Gil Blas, me dijo, aqui tiene vmd. ropa blanca; use vmd. de ella sin reparo, que yo cuidaré de que la tenga siempre de sobra. Y bien, añadió, ¿cómo ha pasado vmd. la noche? ¿ha aplacado el sueño sus penas por algunos instantes? Puede ser, respondi, que durmiera todavia sino me hubiera despertado una voz acompañada de una guitarra. El caballero que ha turbado su reposo, respondió, es un reo de Estado que está en un cuarto inmediato al de vmd. Es un caballero de la órden de Calatrava, y de muy buena presencia, que se llama don Gaston de Cogollos. Si ustedes quieren pueden tratarse y comer juntos, y asi en sus conversaciones se consolarán mutuamente, y para ambos será esto de mucha satisfaccion. Manifesté á don Andrés que agradecia infinito la licencia que me daba de unir mi dolor con el de este caballero; y como diese á entender mi vivo deseo de conocer á aquel compañero en mi desgracia, nuestro cortés alcaide desde aquel mismo dia me proporcionó este gusto. Comí con don Gaston, cuyo bello aspecto y gentileza me cautivaron. ¿Cuál seria su hermosura cuando deslumbró mis ojos acostumbrados á ver la juventud mas bella de la córte? Imagínese un hombre que parecia una miniatura, uno de aquellos héroes de novela, que para desvelar á las princesas no necesitaba mas que presentarse: añádase á esto que la naturaleza, que comunmente distribuye con desigualdad sus dones, habia dotado á Cogollos de mucho valor y entendimiento, y se formará una ligera idea de las perfecciones que le adornaban.

Si él me hechizó, por mi parte tuve la fortuna de no desagradarle. Aunque le supliqué no dejase de cantar por mí de noche, nunca volvió á hacerlo temiendo incomodarme. Dos personas á quienes aflige una mala suerte, se unen con facilidad. A nuestro conocimiento se siguió bien pronto una tierna amistad, la cual se estrechó cada dia mas. La libertad que teníamos de hablar

cuando queríamos, nos sirvió muchísimo, pues en nuestras conversaciones nos ayudábamos recíprocamente á llevar con paciencia nuestra desgracia.

Una siesta entré en su cuarto á tiempo que se preparaba á tocar la guitarra. Para oírle mas cómodamente me senté en un banquillo, que era la única silla que tenía, y él sobre su cama: tocó una sonata tierna, y cantó despues unas coplas que esplicaban la desesperacion á que reducía á un amante la crueldad de su dama. Así que acabó, le dije sonriéndome: caballero, nunca necesitará usted emplear tales versos en sus galanteos, porque su persona no encontrará mugeres esquivas. Vuesa



Oír tocar una guitarra, y á un hombre que cantaba al son de ella.—Pág. 167.

merced me favorece, respondió: los versos que vmd. acaba de oír los compuse para ablandar un corazón que yo creía de diamante, para enternecer á una dama que me trataba con un rigor estremado. Es preciso cuente á vmd. esta historia, y al mismo tiempo sabrá vmd. la de mis desgracias.

CAPITULO VI.

Historia de don Gaston de Cogollos, y de doña Elena de Galisteo.

Presto hará cuatro años que salí de Madrid para Coria á ver á mi tia doña Leonor de Lajarilla, una de las mas ricas viudas de Castilla la Vieja, y de quien soy único heredero. Apenas llegué á su casa cuando el amor vino á turbar mi sosiego. Me puso en un cuarto, cuyas ventanas daban enfrente de las celosías de una señora, á quien fácilmente podía ver, pues eran muy claras, y la calle estrecha. No desprecié esta proporcion, y me pareció tan bella mi vecina, que quedé apasionado de ella. Se lo manifesté prontamente con miradas tan vivas, que no podían equivocarse: ella lo conoció; pero no era de

aquellas señoritas que hacen gala de semejante observacion, y todavia correspondió menos á mis señas.

Quise saber el nombre de aquella peligrosa persona, que tan prontamente trastornaba los corazones, y supe se llamaba doña Elena, que era hija única de don Jorge de Galisteo, que poseía á algunas leguas de Coria una hacienda de mucho producto: que se le presentaban frecuentemente buenos partidos, pero que su padre los despreciaba todos con la mira de casarla con don Agustin de la Higuera, su sobrino, el que con la esperanza de este casamiento tenía libertad de ver y hablar todos los dias á su prima. No me desalenté por eso, antes bien se aumentó en mí el amor; y el orgulloso placer de desbancar á un rival amado quizá me escitó mas que mi amor á llevar adelante mi empresa. Continué, pues, mirando cariñosamente á Elena. Envié tambien emisarios á Felicia su criada para solicitar su mediacion. Hice igualmente hablar por señas á mis dedos; pero estas demostraciones fueron inútiles. La misma respuesta tuve de la criada que del ama. Ambas se mostraron duras é inaccesibles.

Viendo que rehusaban responder al lenguaje de mis ojos, recurri á otros intérpretes: puse gente en campaña para descubrir si Felicia tenía algun conocimiento en la ciudad, y llegué á saber que su mayor amiga era una señora anciana llamada Teodora, y que se visitaban con frecuencia. Alegre con esta noticia busqué á Teodora, á quien obligué con dádivas á servirme. Se interesó por mí, y me ofreció facilitarme en su casa una conversacion secreta con su amiga, promesa que cumplió al dia siguiente.

Ya dejo de ser desgraciado, dije á Felicia; pues mis penas han escitado tu piedad. ¿Qué no debo á tu amiga por haberte inclinado á que me des la satisfaccion de hablarte? Señor, me respondió, Teodora es dueña de mi voluntad: me ha hablado por vmd., y si pudiera yo hacerle feliz, bien presto conseguiria sus deseos; pero con toda esta buena voluntad no sé si podré seros de gran provecho. No quiero lisonjear á vmd.: su empresa es muy difícil. Vmd. ha puesto los ojos en una señorita cuyo corazón es de otro: ¡y qué señorita! Es tan disimulada y altiva que si vmd. con su constancia y obsequios consigue merecerle algunos suspiros, no piense que su altanería le dé la satisfaccion de demostrárselo. ¡Ah! mi amada Felicia, prorrumpí con dolor, ¿para qué me espresas todos los obstáculos que tengo que vencer? Estas circunstancias me atraviesan el alma. Engañame, y no me desesperes. Dicho esto, y cogiéndole una mano, le puse en el dedo un diamante de trescientos doblones, diciéndole al mismo tiempo cosas tan tiernas que la hice llorar.

Le persuadieron tanto mis palabras, y quedó tan contenta con mi generosidad, que no quiso dejarme sin consuelo: y allanando un poco las dificultades, me dijo: señor, lo que acabo de decir á vmd. no debe quitarle toda esperanza. Es verdad que su rival no es aborrecido. Viene á casa á ver con libertad á su prima, le habla cuando quiere, y esto es lo que favorece á vmd. La costumbre que tienen de estar ambos juntos todos los dias entibia un poco su trato. Me parece que se separan sin pena, y se vuelven á ver sin gusto. Se podría decir que están ya casados. En una palabra, no parece que mi ama tiene una ciega pasión á don Agustin. Por otra parte hay mucha diferencia de sus prendas personales á las de usted, y esta particularidad no la observará inútilmente una señorita de tan delicado gusto como doña Elena. No se acobarde vmd., continúe su galanteo, que yo no dejaré pasar ninguna ocasion de hacer valer á mi ama lo que vmd. se esmera en agradarle, y por mas que disimule, descubriré su interior al través de sus disimulos.

Despues de esta conversacion Felicia y yo nos separamos muy satisfechos uno de otro. Yo me dispuse de nuevo á obsequiar en secreto á la hija de Jorge; dile una música en la cual una bella voz cantó los versos que vmd. ha oído. Acabado el concierto, la criada, para sondear á su ama, le preguntó si se habia divertido. La voz,

dijo doña Elena, me ha gustado. Y las palabras que ha cantado ¿no son muy espresivas? De eso es, dijo la señora de lo que no he hecho aprecio alguno, atendiendo solo al canto; ni se me dá nada el saber quien me ha dado esta música. Según eso, exclamó la criada, el pobre don Gaston de Cogollos está muy lejos de merecer la atención de vmd., y es muy loco en gastar el tiempo en mirar nuestras celosías. Puede ser que no sea él, dijo el ama friamente, sino algun otro caballero que con este concierto ha querido declararme su pasión. Perdóneme vmd., respondió Felicia, está vmd. muy engañada, es el mismo don Gaston: porque esta mañana ha llegado á mi en la calle, y suplicado diga á vmd. de su parte que la adora á pesar de los rigores con que paga su amor; y que en fin se tendrá por el hombre mas feliz si le permite acreditar su ternura con sus obsequios y atenciones. Estas espresiones, prosiguió, denotan bien que no me engaño.

La hija de don Jorge mudó repentinamente de semblante, y mirando con aire severo á su criada, le dijo: ¿cómo tienes atrevimiento para propasarte á contarme esa necia conversacion? No te suceda otra vez el venirme con semejantes impertinencias. Y si ese temerario tiene todavia la osadia de hablarte te mando le digas se dirija á otra persona que haga mas caso de sus galanteos, y que elija un pasatiempo mas decente que el de estar todo el dia á la ventana observando lo que hago en mi cuarto.

La segunda vez que vi á Felicia, me dió cuenta puntual de todas las circunstancias de esta conversacion, y para persuadirme de que mi pretension no podia ir mejor, aseguraba, que aquellas palabras no se debian tomar al pie de la letra. Por lo que á mi toca, que procedia sencillamente, y no creia se pudiese explicar el texto en mi favor, desconfiaba de los comentarios que ella hacia. Se burló de mi desconfianza, pidió papel y tinta á su amiga, y me dijo, señor mio, escriba vmd. prontamente á doña Elena como un amante desesperado. Píntele vivamente sus penas, y sobre todo láméntese de la prohibicion de asomarse á la ventana. Prométale vmd. que obedecerá su precepto; pero asegúrele que le costará la vida: pinté vmd. esto tan lindamente como ustedes los caballeros saben hacerlo, y lo demas queda á mi cuidado. Espero que las resultas harán á mi penetracion mas honor del que vmd. le hace.

Yo hubiera sido el primer amante que encontrando tan oportuna ocasion de escribir á su dama, la hubiera desaprovechado. Compuse una carta muy patética, y antes de cerrarla se la enseñé á Felicia, quien despues de haberla leído se sonrió, y me dijo, que si las mugeres sabian el arte de encaprichar á los hombres, en recompensa no ignoraban ellos el de embobar á las mugeres. La criada tomó el billete, asegurándome que si no producía buen efecto, no sería culpa de ella: me encargó mucho tuviese gran cuidado de no dejarme ver á la ventana por algunos dias, y se volvió al momento á casa de don Jorge.

Señora, dijo á doña Elena cuando llegó, he encontrado á don Gaston. Ha venido á hablarme, y me ha tenido una conversacion muy lisonjera; me ha preguntado temblando, y como un reo que va á oír su sentencia; si habia hablado á vmd. de su parte. Yo por no faltar á vuestras órdenes, no le he dejado proseguir, y le he hartado de injurias, y dejado aturdido de ver mi enojo. Me alegro, respondió doña Elena, que me hayas librado de ese importuno; pero para eso no habia necesidad de hablarle descortesmente. Siempre es preciso que una doncella tenga agrado. Señora, replicó la criada, á un amante apasionado no se aleja con palabras suaves, pues vemos que ni aun se consigue este fin con enojo y furor. Don Gaston, por ejemplo, no se ha desanimado; despues de haberle llenado de improperios, como he dicho, fui á casa de vuestra parienta, adonde me habeis enviado. Esta señora, por mi desgracia, me ha detenido mucho tiempo: digo mucho tiempo, porque á la vuelta he encontra-

do otra vez al mismo. Yo no esperaba verle mas, y su vista me ha turbado tanto que mi lengua, pronta en todas ocasiones, no ha podido en esta pronunciar una palabra. Pero y entre tanto ¿qué ha hecho él? Aprovechándose de mi silencio, ó mas bien de mi turbacion, me ha metido en la mano un papel que he guardado sin saber lo que me hacia, y desapareció al momento.

Dicho esto sacó del seno una carta, y se la entregó en tono de chanza á su ama, quien la tomó como por diversion, la leyó con todo, y despues hizo la reservada. En verdad, Felicia, dijo seriamente á su criada, que eres una loca en haber recibido este billete. ¿Qué podrá pen-



El resto de la noche lo pasó llorando con su criada.—Pag. 470

sar de esto don Gaston, y qué debo creer yo misma? Tú me das motivo con tu conducta para que desconfie de tu fidelidad, y á él para que sospeche que correspondo á su inclinacion. ¡Ay de mí! Puede ser que en este instante crea que leo y releo con gusto sus espresiones. Ve aquí á qué afrenta espones mi altivez. De ninguna manera, señora, le respondió la criada, él no puede pensar de esta suerte, y caso que así fuese, pronto sabrá lo contrario. Le diré la primera vez que le vea, que he enseñado á vmd. su carta; que vmd. la ha mirado con la mayor indiferencia, y que sin leerla, la ha hecho vmd. pedazos con un frio desprecio. Libremente puedes afirmarle, repuso doña Elena, que yo no la he leído, porque me hallaría muy apurada si tuviera que decir solamente dos palabras. La hija de don Jorge no se contentó con hablar en estos términos, sino que aun rasgó mi billete, y prohibió á su criada hablarle jamás de mí.

Como yo habia prometido no galantear desde mis ventanas, porque mi vista desagradaba, las tuve cerradas muchos dias para que mi obediencia mereciese mas aprecio; pero en desquite de mis señas, que me estaban prohibidas, me dispuse á dar músicas á mi cruel Elena. Fuime una noche debajo de su balcon con los músicos,

cuando un caballero con espada en mano turbó el concierto dando de golpes á los instrumentistas, quienes inmediatamente huyeron. El corage que animaba á este atrevido despertó el mio, y arrojándome á él para castigarle, principiamos un reñido combate. Doña Elena y su criada oyen el ruido de las espadas, miran por las celosias, y ven dos hombres que riñen. Dan grandes gritos: obligan á don Jorge y sus criados á que se levanten inmediatamente, y acuden como muchos vecinos á separar á los combatientes; pero ya llegaron tarde. Solo encontraron en el sitio á un caballero nadando en su sangre y casi sin vida, y conocieron que era yo el desgraciado. Me llevaron á casa de mi tia, y se llamaron los cirujanos mas hábiles de la ciudad.

Todo el mundo se compadeció de mí, y especialmente doña Elena, que entonces descubrió el interior de su corazon. Su disimulo se rindió al sentimiento; y ya ¿lo creerá vmd? no era aquella señorita que tanto se preciaba de no hacer caso de mis obsequios, sino una tierna amante que se entregaba sin reserva á su dolor; así el resto de la noche lo pasó llorando con su criada, y maldiciendo á su primo don Agustin de la Higuera, á quien ellas creian autor de sus lágrimas, como en efecto él era quien habia interrumpido la música tan funestamente. Tan disimulado como su prima, habia conocido mi intencion, y nada habia dicho de ella; é imaginando que Elena me correspondia, habia hecho esta accion tan violenta para mostrar que era menos sufrido de lo que se pensaba. No obstante, este triste accidente se olvidó poco tiempo despues por la alegría que sobrevino. Aunque mi herida era peligrosa, la habilidad de los cirujanos me sacó á salvo. Todavía no salia yo cuando doña Leonor mi tia, fué á verse con don Jorge, y le propuso mi casamiento con doña Elena. Consintió en este enlace mas gustoso cuanto que entonces miraba á don Agustin como á un hombre á quien quizá no volveria á ver mas. El buen viejo recelaba que su hija tendria repugnancia á casarse conmigo, á causa de que el primo la Higuera habia tenido la libertad de visitarla mucho tiempo para granjear su cariño; pero se mostró tan dispuesta á obedecer en este punto á su padre, que de aqui podemos inferir que en España, como en todas partes, es afortunado con las mugeres el último que llega.

Luego que pude hablar á solas con Felicia, supe hasta qué extremo habia afligido á su ama el desgraciado suceso de mi pasada pendencia. De modo que no dudando ya ser el París de mi Elena, bendecia yo mi herida, pues habia tenido tan buenas consecuencias para mi amor. Obtuve permiso del señor don Jorge para hablar á su hija en presencia de la criada. ¡Qué gustosa fué esta conversacion para mí! Tanto supliqué, y de tal manera insté á la señorita á que me dijese si su padre violentaba su inclinacion concediéndome su mano, que me confesó que no la debia solamente á su obediencia. A vista de esta halagüeña declaracion, solo pensé en agradecer y en inventar galanteos mientras llegaba el dia de la boda, que habia de celebrarse con una magnífica cabalgata, en que toda la nobleza de Coria y sus cercanias se preparaba para lucirlo.

Di con este fin un gran banquete en una hermosa casa de recreo que tenia mi tia cerca de la ciudad del lado de Monroy. Don Jorge y su hija concurrieron con todos sus parientes y amigos. Se habia dispuesto por mi orden un concierto de voces é instrumentos, y hecho venir una compañía de cómicos de la legua para que representaran una comedia. Cuando estábamos á mitad de la comedia, entraron á decirme que estaba en la antesala un hombre que queria hablarme de un negocio muy interesante para mí. Me levanté de la mesa para ir á ver quién era, y me encontré con un desconocido que me pareció ser un ayuda de cámara, el que me entregó un billete, que abrí y contenia estas palabras: «Si estimais el honor, como debe un caballero de vuestro orden, no dejéis mañana por la mañana de ir á la llanura de Monroy, en donde encontrareis á un sugeto que quiere daros sa-

tisfaccion de la ofensa que os ha hecho, y poner os, si puede, fuera de estado de casaros con doña Elena.» *Don Agustin de la Higuera.*

Si el amor tiene mucho imperio sobre los españoles, el pundonor tiene todavía mas. No pude leer el billete con ánimo tranquilo. Al solo nombre de don Agustin, se encendió en mis venas un fuego que casi me hizo olvidar las obligaciones indispensables de aquel dia. Tuve tentaciones de evadirme de la concurrencia para ir inmediatamente en busca de mi enemigo. No obstante, me contuve, temiendo turbar la funcion, y dije al que me habia traído la carta: amigo mio, podeis decir al caballero que os envia, que deseo demasiado renovar con él el combate, para no hallarme mañana antes que salga el sol en el sitio que me señala.

Despues de haber despachado al mensajero con la respuesta, volví á reunirme con mis convidados, y me senté á la mesa, disimulando de modo que ninguno sospechó lo que me pasaba; y lo restante del dia aparenté estar entretenido como los otros con la diversion de la fiesta, la cual se acabó á media noche. La concurrencia se separó y todos se retiraron á la ciudad del mismo modo que habian venido, menos yo que me quedé con pretesto de tomar el fresco la mañana siguiente; pero no era por otro motivo sino para acudir mas pronto al sitio de la cita. En lugar de acostarme, aguardé con impaciencia á que amaneciera, é inmediatamente monté en el mejor caballo que tenia, y partí solo como para pasearme en el campo. Caminé hácia Monroy, en cuya llanura descubrí á un hombre á caballo que venia á mí á rienda suelta: yo hice lo mismo para ahorrarle la mitad del camino, y así bien presto nos encontramos, y vi que era mi rival. Caballero, me dijo con insolencia, vengo á pesar mio á pelear segunda vez con vmd.; pero la culpa es vuestra. Despues del lance de la música, debió vmd. renunciar voluntariamente á la hija de don Jorge, ó saber, que si vmd. persistia en el designio de obsequiarla, nuestros debates no habian cesado. Vmd. se ha ensorberbecido, le respondi, del logro de una ventaja que quizá debió menos á su destreza que á la oscuridad de la noche. Vuesa merced se olvida de que las victorias no son siempre de uno. Siempre son mias, replicó con arrogancia, y voy á hacer ver á vmd. que así de dia como de noche se castigar á los atrevidos que estorban mis intentos.

A estas altaneras palabras solo respondi echando pie á tierra, lo cual hizo tambien don Agustin. Atamos los caballos á un árbol, y principiamos á reñir con igual denuedo. Confieso ingénuamente que tenia que pelear con un enemigo que sabia manejar las armas con mas destreza que yo, no obstante mis dos años de escuela. Era consumado en la esgrima, y así no podia esponer yo mi vida á mayor peligro. Sin embargo, como de ordinario sucede que al mas fuerte le venza el mas débil, mi rival recibió una estocada en el corazon á pesar de su destreza y cayó muerto.

Volvi al instante á la casa de recreo, en donde conté lo que habia pasado á mi criado, cuya fidelidad conocia. Dije despues: mi amado Ramiro, antes que la justicia sepa el caso, toma un buen caballo, y vé á informar á mi tia del suceso; pídele de mi parte dinero y joyas para mi viage, y ven á buscarme á Plasencia. En la primera hosteria, como se entra en la ciudad, me encontrarás.

Ramiro evacuó su comision con tanta presteza, que llegó á Plasencia tres horas despues que yo. Dijome que doña Leonor se habia alegrado mas, que no afligido, de un combate que reparaba la afrenta que habia yo recibido en el primero, y que me enviaba todo el oro y perdrería que tenia, para que viajara cómodamente por paisés estrangeros, mientras ella componia mi asunto.

Para omitir las circunstancias supérfluas diré que atravesé por Castilla la Nueva para ir al reino de Valencia á embarcarme en Denia. Pasé á Italia, en donde me puse en estado de recorrer las córtes y presentarme en ellas con decencia.

Mientras que, lejos de mi Elena, pensaba yo en engañar mi amor y tristezas lo mas que me era posible, esta señora de Coria lloraba secretamente mi ausencia. En lugar de aplaudir las persecuciones de su familia contra mi por la muerte de la Higuera, deseaba al contrario cesasen por una pronta compostura, y acelerasen mi regreso. Ya habian pasado seis meses, y creo que su constancia habria vencido siempre al tiempo, si solo hubiera tenido que luchar con éste; pero tenia todavia enemigos mas poderosos. Don Blas de Cambados, hidalgo de la costa occidental de Galicia, pasó á Coria á recoger una rica herencia que le habia disputado en vano don Miguel de Caprara, su primo, y se avecindó allí por haberle parecido aquel pais mas agradable que el suyo. Cambados era bien plantado, parecia afable y atento, siendo al mismo tiempo muy persuasivo. Presto hizo conocimiento con todas las gentes decentes de la ciudad, y supo los asuntos de unos y de otros.

No estuvo mucho tiempo sin saber que don Jorge tenia una hija, cuya peligrosa hermosura parecia no inflamar á los hombres sino para su desgracia, cosa que escitó su curiosidad. Quiso ver á una señora tan temible, y habiendo buscado á este efecto la amistad de su padre, consiguió ganarla tan bien, que el viejo mirándole ya como á yerno, le dió entrada en su casa, con permiso de hablar en su presencia á doña Elena. El gallego nada tardó en enamorarse de ella; esto era inevitable: se declaró con don Jorge, quien le dijo que accedia á su pretension pero que no queria precisar á su hija, y que así le dejaba dueña de la eleccion. En seguida se valió don Blas de todos los medios que pudo discurrir para agradaarla; pero estaba tan prendada de mi, que no le dió oídos. Felicia sin embargo, se habia interesado por aquel caballero habiéndola obligado éste con regalos á contribuir á su amor, y así empleaba en ello toda su habilidad. Por otra parte, el padre ayudaba á la criada con reconvencciones; y con todo, en un año entero no hicieron mas que atormentar á doña Elena, sin poder reducirla á olvidarme.

Viendo Cambados que don Jorge y Felicia se empeñaban inútilmente por él, les propuso un arbitrio para vencer la obstinacion de una amante tan apasionada. Ved aquí, les dijo, lo que he pensado: fingiremos que un mercader de Coria acaba de recibir carta de un comerciante italiano, en la que despues de hablarle largamente de negocios de comercio, se leerán las palabras siguientes: «Poco tiempo hace que llegó á la corte de Parma un caballero español, llamado don Gaston de Cogollos. Dice ser sobrino y único heredero de una viuda rica de Coria llamada doña Leonor de Lajarilla, y pretende casarse con la hija de un señor poderoso; pero no quieren aceptar su propuesta hasta haberse informado de la verdad, y tengo el encargo de preguntárselo á usted. Dígame, le suplico, si conoce á este don Gascon, y en qué consisten los bienes de su tia. La respuesta de vmd. decidirá este enlace. Parma, etc.»

Esta trampa le pareció al viejo un juego y engaño perdonable en los enamorados: la criada, aun menos escrupulosa que el buen hombre, la aplaudió mucho. La ficcion les pareció tanto mejor cuanto que conocian la altivez de Elena, la cual como no llegára á sospechar el fraude, era una muger capaz de resolverse á abrazar el partido que le proponian. Don Jorge tomó á su cargo el anunciarle por si mismo mi inconstancia, y para que pareciera la cosa mas natural, hacerle hablar al mercader que habia recibido de Parma la supuesta carta. Efectuaron el pensamiento como lo habian formado. El padre alterado, y aparentando enojo y despecho, le dijo: hija mia Elena, nada mas te diré sino que nuestros parientes todos los dias claman sobre que jamás permita entre en nuestra familia al homicida de don Agustin, y hoy tengo otra razon mas poderosa para alejarte de don Gaston. Averguézate de ser tan fiel. Es un voltario, un pérfido, y ve aquí una prueba cierta de su infidelidad: lee tú misma esa carta, que un mercader de Coria acaba

de recibir de Italia. Asustada Elena tomó el fingido papel, lo leyó, meditó sobre todas sus espresiones, y se quedó absorta de la nueva de mi inconstancia. Un afecto de ternura le hizo despues verter algunas lágrimas; pero recobrando presto su orgullo, las enjugó, y dijo con entereza á su padre: señor, usted que ha sido testigo de mi flaqueza, séalo tambien de la victoria que voy á conseguir sobre mí.

Ya se acabó; don Gaston es ya despreciable á mis ojos; en él solo veo el hombre mas indigno de este mundo. No hablemos mas de él. Vamos, nada me detiene ya; dispuesta estoy á dar la mano á don Blas. Ojalá que mi casamiento preceda al de aquel pérfido que tan mal ha pagado mi amor. Don Jorge, enagenado de alegría al oír estas palabras, abrazó á su hija, alabó la esforzada resolucion que tomaba, y aplaudiéndose del feliz éxito de la estratagema, se dió priesa á cumplir los deseos de mi rival. De este modo me quitaron á doña Elena, la que se entregó precipitadamente á Cambados, sin querer escuchar al amor que le hablaba por mi en su corazon, ni aun dudar un instante de una noticia que debiera haber encontrado menos credulidad en una amante. Impelida de su orgullo solo dió oídos á su vanidad; y el resentimiento de la injuria que imaginaba habia yo hecho á su hermosura, superó al interés de su amor. Sin embargo, pasados algunos dias despues de su casamiento, sintió algunos remordimientos de haberlo acelerado: se le previno entonces que la carta del mercader podia haber sido fingida; y esta sospecha la inquietó; pero el enamorado don Blas no daba lugar á que su muger alimentase ideas contrarias á su reposo, y no pensaba mas que en divertirla, lo que conseguia con repetidos placeres que tenia arte para inventar.

Ella parecia vivir muy gustosa con un esposo tan obsequioso, y reinaba entre ambos una perfecta union cuando mi tia compuso mi asunto con los parientes de don Agustin, de lo que recibí aviso en Italia inmediatamente. Estaba entonces en Regio, en la Calabria Ulterior, pasé á Sicilia, de allí á España, y llevado en alas del amor llegué en fin á Coria. Doña Leonor, que no me habia escrito el casamiento de la hija de don Jorge, me lo notició á mi llegada, y viendo que me afligia, dijo: haces mal, sobrino mio, de mostrarte tan sentido de la pérdida de una dama que no ha podido ser tefiel. Créeme, destierra del corazon y de la memoria á una persona que ya no es digna de ocuparlos.

Como mi tia ignoraba que habian engañado á doña Elena, tenia razon para hablarme así, y no podia darme un consejo mas discreto; por lo que le prometí seguirlo, á lo menos aparentar un aire indiferente, si no era capaz de vencer mi pasion. Sin embargo, no pude resistir al deseo de saber de qué modo se habia concertado este casamiento, y para enterarme, resolví ver á la amiga de Felicia, es decir, á la señora Teodora de quien ya os he hablado. Fui á su casa, en donde casualmente encontré á Felicia, la cual estando muy agena de verme, se turbó, y quiso retirarse por evitar la averiguacion que juzgó querria yo hacer. La detuve, y le dije. ¿por qué huis de mí? ¿no está contenta la perjura Elena con haberme sacrificado? ¿os ha prohibido escuchar mis quejas? ¿ó tratais solamente de evitar mi presencia por haceros un mérito con la ingrata de haberos negado á oírlas?

Señor, me respondió la criada, confieso ingenuamente que vuestra presencia me confundé; no puedo veros sin sentirme despedazada de mil remordimientos. A mi ama la han seducido; y yo he tenido la desgracia de ser cómplice en la seduccion. A vista de esto, ¿puedo yo sin vergüenza presentarme á usted? ¡Oh cielos! repliqué yo con sorpresa ¿qué me dices? Explicame con mas claridad. Entonces la criada me contó punto por punto la estratagema de que se habia valido Cambados para robarme á doña Elena; y advirtiéndome que su narracion me atravesaba el alma, se esforzó á consolarme; me ofreció sus buenos oficios para con su ama: me prome-

tió desengañarla y pintarle mi desesperacion; en una palabra, no omitir nada para suavizar el rigor de mi suerte; en fin, me dió esperanzas que mitigaron algun tanto mis penas.

Dejando á un lado las infinitas contradicciones que tuvo que sufrir de parte de doña Elena para que consintiera en verme, al fin pudo conseguirlo, y resolvieron entre ellas que me introducirían secretamente en casa de don Blas la primera vez que este saliese para una hacienda á donde iba de tiempo en tiempo á cazar, y en la que se detenía por lo comun un dia ó dos. Este desig- nio no tardó en ejecutarse: el marido se ausentó, de lo que advertido yo, fui introducido en el cuarto de su muger.

Quise principiar la conversacion con reconvenciones; pero ella me hizo callar diciéndome: es inútil traer á la memoria lo pasado; aqui no se trata de enternecernos uno y otro, y os engañais si me creeis dispuesta á halagar vuestro afecto. Yo os declaro que no he dado mi consentimiento para esta secreta entrevista, ni he cedido á las instancias que se me han hecho sino para deciros de viva voz que en adelante no debeis pensar mas que en olvidarme. Quizá viviria yo mas satisfecha de mi suerte, si esta se hubiese unido á la vuestra; pero ya que el cielo lo ha dispuesto de otra manera, quiero obedecer sus decretos.

Pues qué, señora, le respondi, ¿no basta el haberos perdido? ¿no basta ver al dichoso don Blas poseer pacificamente la única persona que soy capaz de amar, sino que tambien debo desterraros de mi pensamiento? ¿Que- reis privarme de mi amor, y quitarme el único bien que me queda! ¡Ah, cruel! ¿Pensais que sea posible que un hombre á quien robásteis el corazon vuelva á recobrar- le? Conoceos mas bien que os conoceis, y dejaos de ex- hortarme en vano á que os borre de mi memoria. Está bien, replicó ella con precipitacion, pues cesad vos tam- bien de esperar que yo corresponda á vuestra pasion con algun agradecimiento. Solo una palabra tengo que deci- ros: la esposa de don Blas no será la amante de don Gas- ton; caminad sobre este supuesto. Retiraos, añadió, y acabemos prontamente una conversacion de que me re- prendo á mi misma, á pesar de la pureza de mis inten- ciones, y que miraria como un crimen si la prolon- gase.

Al oir estas palabras, que me privaban de toda es- peranza, me arrojé á los pies de doña Elena: habléle con la mayor ternura, y empleé hasta las lágrimas para en- ternecerla; pero todo esto no sirvió mas que de escitar acaso algunos afectos de lástima, que tuvo buen cuidado de ocultar, y que sacrificó á su deber. Despues de haber apurado infructuosamente las espresiones amorosas, los ruegos y las lágrimas, mi cariño se convirtió de repente en furor, y saqué la espada con intento de atravesarme con ella á presencia de la inexorable Elena, que apenas advirtió mi accion, cuando se arrojó á mi para precaver sus consecuencias. Deteneos, Cogollos, me dijo: ¿es este el modo que teneis de mirar por mi reputacion? Qui- tándoos asi la vida, vais á deshonorarme, y hacer pasar á mi marido por un asesino.

En la desesperacion de que estaba dominado, muy lejos de atender á estas palabras como debia, no pensa- ba mas que en burlar los esfuerzos que hacian el ama y la criada para salvarme de mi funesta mano: sin duda hubiera conseguido demasiado pronto mi intento, si don Blas, que estaba avisado de nuestra entrevista; y que en lugar de ir á su hacienda se habia escondido detrás de un tapiz para oir nuestra conversacion, no hubiera acu- dido corriendo á unirse á ellas. Señor don Gaston, escla- mó, deteniéndome el brazo, recóbrese usted y no se rin- da cobardemente al furioso enagenamiento que le agita.

Yo interrumpi á Cambados, diciéndole: ¿es usted quien me impide ejecutar mi resolucion cuando debiera atravesar mi pecho con un puñal? Mi amor, aunque desgraciado, os ofende. ¿No basta que me sorprendais de noche en el cuarto de vuestra esposa? ¿Se necesita

mas para escitar vuestra venganza? Traspasadme para libraros de un hombre que no puede dejar de adorar á doña Elena sino cesando de vivir. En vano, me respon- dió don Blas, procura usted interesar mi honor para que le dé la muerte. Bastante castigado queda usted de su temeridad; y yo agradezco tanto á mi esposa sus sen- timientos virtuosos, que le perdono la ocasion en que los ha manifestado. Creedme, Cogollos, añadió, no os desesperéis como un débil amante; someteos con valor á la necesidad.

El prudente gallego con estas y otras semejantes es- presiones calmó poco á poco mi arrebató, y despertó mi virtud. Me retiré con ánimo de alejarme de Elena y de los lugares que habitaba, y dos dias despues me volvi á



Yo con el júbilo que sentí al verle, le abracé, y él hizo lo mis- mo con todo cariño.—Pag. 173.

Madrid, en donde no queriendo ya ocuparme sino en el cuidado de mi fortuna, comencé á presentarme en la córte, y á ganar en ella amigos; pero he tenido la des- gracia de contraer una estrecha amistad con el marqués de Villareal, gran señor portugués, el cual, por haberse sospechado de él que pensaba en libertar á Portugal del dominio de los españoles, está hoy en el castillo de Ali- cante. Como el duque de Lerma ha sabido que yo era íntimo amigo de este señor, me ha hecho tambien prender y conducir aqui. Este ministro cree que puedo ser cómplice en el tal proyecto, ultraje que es mas sensible para un hombre noble y castellano.

Aqui cesó de hablar don Gaston y yo le console di- ciendo: caballero, el honor de usted no puede recibir lesion alguna en esta desgracia, la cual en adelante sin duda será á usted de provecho. Cuando el duque de Lerma se entere de su inocencia, no dejará de darle un empleo importante para restablecer la buena opinion de un caballero acusado injustamente de traicion.

CAPITULO VII.

Escipion va á la torre de Segovia á ver á Gil Blas, y le dá muchas noticias.

Tordesillas, que entró en la sala, interrumpió nuestra conversacion, diciéndome: señor Gil Blas, acabo de hablar con un mozo que se ha presentado á la puerta de esta prision, y preguntado si estaba vmd. preso, y no habiéndole querido dar respuesta, me dijo llorando: noble alcaide, no desprecie usted mi humilde súplica; dígame si el señor Santillana está aqui. Soy su principal criado, y si me permite verle, hará en ello una obra de caridad. En Segovia está vmd. tenido por un hidalgo compasivo, y así espero no me niegue el favor de hablar un instante con mi querido amo, que es mas infeliz que culpado. En fin, continuó don Andrés, este mozo me ha manifestado tanto deseo de ver á vmd. que le he prometido darle á la noche este gusto.

Aseguré á Tordesillas que el mayor placer que podia darme era traerme aquel jóven, quien probablemente tendria que decirme cosas muy importantes. Esperé con impaciencia el momento de ver á mi fiel Escipion (porque no dudaba fuese él), y á la verdad no me engañaba. A la caída del dia se le dió entrada en la torre; y su gozo, que solamente podia igualarse con el mio, se mostró al verme con arrebatos extraordinarios. Yo con el júbilo que senti al verle, le abracé, y él hizo lo mismo con todo cariño. Fué tal la satisfaccion que tuvieron de verse el amo y el secretario, que se confundieron en uno con este abrazo.

En seguida de esto pregunté á Escipion en qué estado habia dejado mi casa. Ya no tiene vmd. casa, me respondió, y para ahorrarle el trabajo de hacer preguntas sobre preguntas, voy á decir en dos palabras lo que ha pasado en ella. Vuestros muebles han sido saqueados, tanto por los ministros como por los criados de vuestra merced, los cuales mirándole ya como un hombre enteramente perdido, han tomado á cuenta de sus salarios cuanto han podido llevar. La fortuna fué que tuve la habilidad de salvar de sus garras dos grandes talegos de doblones de á ocho que saqué del cofre, y puse en salvo. Salero, á quien he hecho depositario de ellos, os los devolverá cuando salgais de la torre, en donde no creo esteis mucho tiempo á espensas de S. M., pues habeis sido preso sin conocimiento del duque de Lerma.

Pregunté á Escipion de dónde sabia que S. E. no tenia parte en mi desgracia. ¡Ah! ciertamente, me respondió, de ello estoy muy bien informado, pues un amigo mio, confidente del duque de Uceda, me ha contado todas las particularidades de vuestra prision. Me ha dicho que habiendo descubierto Calderon por medio de un criado, que la señora Sirena usando de otro nombre recibia de noche al principe de España, y que el conde de Lemos manejaba esta trama valiéndose del señor de Santillana, habia resuelto vengarse de ellos y de su querida; para cuyo logro, dirigiéndose secretamente al duque de Uceda, se lo descubrió todo, y que alegre éste de que se le hubiese presentado tan bella ocasion de perder á su enemigo, no dejó de aprovecharla, informando al rey de lo que habia sabido, y haciéndole presente con eficacia los peligros á que el principe se habia espuesto. Indignado S. M. de esta noticia, mandó poner en la casa de las Recogidas á Sirena, desterró al conde de Lemos, y condenó á Gil Blas á una prision perpétua. Vea usted aqui, prosiguió Escipion, lo que me ha dicho mi amigo. Ya vé vmd. que su desgracia es obra del duque de Uceda, ó mas bien de don Rodrigo Calderon.

Esta relacion me hizo creer que con el tiempo podrian componerse mis asuntos; y que el duque de Lerma, resentido del destierro de su sobrino, todo lo pondria en movimiento para hacerle volver á la córte, y me lisonjaba de que S. E. no me olvidaria. ¡Qué gran cosa es la esperanza! De un golpe me consolé de la pérdida de

mis efectos, y me puse tan alegre como si tuviera motivo para estarlo. Lejos de mirar mi prision como una habitacion desdichada, en donde quizá habia de acabar mis dias, me pareció un medio de que se valia la fortuna para elevarme á algun gran puesto. Mi fantasia discurría del modo siguiente: los allegados del primer ministro son don Fernando de Borja, el padre Gerónimo de Florencia, y sobre todo, fray Luis de Aliaga, quien le debe el lugar que ocupa cerca del rey. Con el favor de estos poderosos amigos S. E. destruirá á sus enemigos, ó por otra parte el estado acaso mudará presto de semblante. S. M. está muy achacoso, y así que muera, la primera cosa que hará el principe, su hijo, será llamar al conde de Lemos, quien me sacará inmediatamente de aqui, me presentará al monarca, el que para compensar los trabajos que he padecido, me colmará de beneficios. Embelesado así con pensar en los gustos venideros, casi ya no sentia los males presentes. Creo tambien que los dos talegos de doblones que mi secretario habia depositado en casa del platero contribuyeron tanto como la esperanza para consolarme prontamente.

El celo é integridad de Escipion me habia agradado mucho, y en prueba de ello le ofrecí la mitad del dinero que habia salvado del pillage, lo que rehusó. Espero de vmd., me dijo, otra señal de reconocimiento. Admirado tanto de sus palabras, como de que rehusará la oferta, le pregunté qué podia hacer por él. No nos separemos, me respondió, permita vmd. que una mi fortuna con la suya; jamás he tenido á ningun amo el amor que tengo á usted. Y yo, hijo mio, le dije, puedo asegurarte que no amas á un ingrato. Desde el punto en que te presentaste para servirme, guste de ti; posible es que ambos hayamos nacido bajo los signos de Libra ó Géminis, que segun dicen son las dos constelaciones que unen á los hombres. Admito gustoso la compañía que me propones; y para dar principio á ella voy á pedir al señor alcaide te encierre conmigo en esta torre. Eso es lo que quiero, exclamó: vmd. me ha adivinado el pensamiento, é iba á suplicarle pretendiese esta gracia, pues aprecio mas vuestra compañía que la libertad. Solamente saldré algunas veces para ir á Madrid á adquirir noticias á la covachuela, y ver si ha habido en la córte alguna mudanza que pueda serle á vmd. favorable; de modo que en mi tendrá vmd. á un mismo tiempo un confidente, un correo y un espía.

Estas ventajas eran demasiado considerables para privarme de ellas. Retuve, pues, conmigo á un hombre tan útil con licencia del generoso alcaide, que no me quiso negar tan dulce consuelo.

CAPITULO VIII.

Del primer viage que hizo Escipion á Madrid, cual fué el motivo y éxito de él. Dale á Gil Blas una enfermedad, y resultas que tuvo.

Aunque comunmente decimos que no tenemos mayores enemigos que nuestros criados, no hay duda en que cuando nos son fieles y afectos son nuestros mejores amigos. La inclinacion que Escipion me habia manifestado me hacia mirarlo como á mi misma persona. Así ya no hubo subordinacion ni etiqueta entre Gil Blas y su secretario. Habitaron en adelante comiendo y durmiendo juntos.

La conversacion de Escipion era muy divertida, y con razon se le podria haber llamado el hombre de buen humor. Además era discreto, y me iba bien con sus consejos. Un dia le dije: amigo mio, me parece no seria malo que yo escribiese al duque de Lerma; esto no puede producir mal efecto. ¿Qué te parece á ti? Ya estoy, respondió; pero los grandes se mudan tanto de un instante á otro, que no sé como recibirá vuestra carta. No obstante, soy de dictámen que no se pierda nada en que escribais, pero con maña. Aunque el ministro os estima, no fieis por eso en que se acordará de vos. Esta suerte de pro-

ectores fácilmente olvida á aquellos de quienes ya no oyen hablar.

Aunque eso es muy cierto, le repliqué, yo hago mejor concepto de mi favorecedor. Conozco su bondad; estoy persuadido de que se compadece de mis penas, y que siempre las tiene presentes. A la cuenta espera para sacarme de la prision que se aplaque la cólera del rey. Sea enhorabuena, respondió: yo me alegraré que el juicio que vmd. hace de S. E. sea verdadero. Imploro vuesa merced su patrocinio por medio de una carta muy expresiva, que yo se la llevaré y entregaré en su propia mano. Pedí papel y tintero, y compuse un trozo de elocuencia, que á Escipion le pareció patético, y Tordesillas juzgó superior á las mismas homilias del arzobispo de Granada.

Yo me lisonjeaba de que el duque de Lerma se compadeceria al leer la triste pintura que le hacia del miserable estado en que estaba; y con esta confianza hice partir mi correo, el cual apenas llegó á Madrid, cuando fué á casa del ministro. Encontró á uno de mis amigos ayuda de cámara, que le facilitó ocasion de hablar al duque, á quien dijo presentándole el pliego que llevaba: señor, uno de los mas fieles criados de V. E., el cual duerme sobre paja en un oscuro calabozo de la torre de Segovia, le suplica muy humildemente lea esa carta, que de lástima le ha facilitado poder escribir uno de los carceleros. El ministro la abrió y leyó; pero aunque vió en ella un retrato capaz de enternecer el corazon mas duro, lejos de mostrarse compadecido, levantó la voz, y dijo al correo delante de algunas personas que podian oírlo: amigo, diga vmd. á Santillana que es mucha osadía el recurrir á mi despues de la accion perversa que ha cometido, y por la cual se le ha impuesto el castigo que merece. Es un hombre indigno que ya no debe contar con mi apoyo, y á quien abandono al resentimiento del rey.

Escipion sin embargo de su desahogo se quedó turbado de oír hablar de esta suerte al ministro; pero á pesar de su turbacion no dejó de interceder por mi. Señor, replicó, aquel pobre preso morirá de dolor cuando sepa la respuesta de V. E. El duque no respondió á mi intercesor sino mirándole de sobre ojo, y volviéndole la espalda. Asi me trataba este ministro para disimular mejor la parte que habia tenido en la amorosa intriga del principe de España; y esto es lo que deben esperar todos los agentes inferiores de quienes se valen los grandes señores en sus secretos y peligrosos manejos.

Cuando mi secretario volvió de Segovia y me contó el resultado de su comision, me sepulté de nuevo en el abismo de tristezas en que caí el primer dia de prision, y aun me creí mas desgraciado faltándome la proteccion del duque de Lerma. Decaí de ánimo, y por mas que me dijeron para consolarme, todo fué inútil; atormentaronme otra vez los pesares, de manera que insensiblemente me causaron una grave enfermedad.

El señor alcaide, que se interesaba en mi salud, creído de que para recobrarla era lo mejor llamar médicos, me trajo dos que tenian traza de ser unos celosos servidores de la diosa Libitina. Señor Gil Blas, me dijo al presentármelos, vea usted aquí dos Hipócrates que vienen á visitarle, y que dentro de poco le pondrán bueno. Era tal la oposicion que tenia yo á estos doctores, que seguramente los habria recibido muy mal si me hubiera quedado algun apego á la vida; pero me sentia tan cansado de ella, que agradecí á Tordesillas el que me pusiera en sus manos.

Caballero, me dijo uno de los médicos, es necesario ante todas cosas que vmd. tenga confianza en nosotros. La tengo muy grande, le respondí; pues estoy cierto de que con la asistencia de vmds. quedaré curado de todos mis males en pocos dias. Sí, respondió, lo quedará usted mediante Dios; y nosotros, haremos á lo menos lo que esté de nuestra parte para ello. En efecto, estos señores se portaron tan maravillosamente, que á ojos vistas me iban llevando á la sepultura. Desconfiado ya don An-

drés de mi curacion, hizo venir un religioso de San Francisco para que me ayudase á bien morir. El buen padre, despues de haber hecho su deber se retiró; y yo viéndome en mi última hora, hice señas á Escipion para que se acercára á mi cama. Amado amigo mio, le dije con una voz casi apagada (tal era la debilidad que las medicinas y sangrias me habian causado) de los dos talegos que hay en casa de Gabriel te dejo uno, y te suplico lloves el otro á Asturias á mis padres, quienes, si todavia viven, estarán necesitados. Pero ¡ay de mí! temo mucho que no han de haber podido sobrevivir á mi ingratitud. Lo que Moscada sin duda les habrá contado de mi dureza, quizá les habrá causado la muerte. Si el cielo los ha conservado á pesar de la indiferencia con que he pagado su ternura, les darás el talego de doblones, suplicándoles me perdonen de mi mala correspondencia; y si se han muerto, te encargo emplees el dinero en pedir al cielo por el descanso de sus almas y la mia. Diciendo esto le alargué una mano, que bañó con sus lágrimas sin poder responderme una palabra; tal era la afliccion que tenia el pobre mozo de mi pérdida; lo que prueba que el llanto de un heredero no es siempre risa disimulada.

Esperaba, pues, experimentar el trance de la muerte, y no obstante me engañé. Habiéndome deshauciado mis doctores, y dejando campo libre á la naturaleza, esta fué la que me sacó del peligro. La calentura, que segun su pronóstico debia llevarme al otro mundo, quiso desmentirlos, y me dejó: poco á poco me restablecí con la mayor felicidad, y un perfecto sosiego de espíritu fué el fruto de mi mal. Ya entonces no necesité de consuelo, antes bien miré las riquezas y honores con aquel desprecio que inspira la cercanía de la muerte; y vuelto en mí mismo bendecía mi desgracia, y daba gracias al cielo como si me hubiese hecho un favor particular, é hice firme propósito de no volver mas á la córte aun cuando el duque de Lerma quisiese llamarme á ella, con ánimo, si salia de la prision, de comprar una casa de campo, y vivir en ella como filósofo.

Escipion aprobó mi pensamiento, y me dijo, que para que tuviese efecto cuanto antes, pensaba volver á Madrid á solicitar mi soltura. Me ha ocurrido una cosa, añadió; conozco á una persona que podrá servirnos, y es la criada favorita de la ama de leche del principe, que es una muchacha de entendimiento: voy á que hable á su ama, y á poner todos los medios imaginables para sacar á vmd. de esta torre, en donde aunque se le dé el mejor trato, siempre es prision. Dices bien, le respondí; ve, amigo mio, sin perder tiempo á dar principio á esa diligencia. ¡Pluguiese al cielo que estuviéramos ya en nuestro retiro!

CAPITULO IX.

Escipion vuelve á Madrid; cómo y con qué condiciones alcanzó la libertad de Gil Blas; á dónde fueron los dos despues de haber salido de la torre de Segovia, y conversacion que tuvieron.

Salió, pues, Escipion para Madrid, y yo interin volvia me dediqué á la lectura. Tordesillas me suministraba mas libros de los que yo queria, los que le prestaba un comendador viejo que no sabia leer; pero que, queriendo hacer ostentacion de hombre sábio, tenia una gran librería. Sobre todo me agradaban las buenas obras morales, porque encontraba en ellas á cada momento pasages que lisonjeaban mi aversion á la córte, y la aficion que habia cobrado á la soledad.

Tres semanas estuve sin oír hablar de mi agente, el cual volvió en fin, y me dijo muy contento: ahora sí, señor de Santillana, que traigo á vmd. buenas nuevas. La señora ama ha tomado cartas por vmd. Su criada, á mis ruegos, y mediante cien doblones que le he ofrecido, ha tenido la bondad de moverla á que pida al principe solicite vuestra soltura; y éste que, como otras veces he dicho á vmd., nada le niega, ha prometido hablar al

rey su padre á fin de conseguirla. He venido á toda prisa á deciroslo, y con la misma vuelvo á dar la última mano á mi obra. Diciendo esto me dejó y volvió á tomar el camino de la córte.

No fué largo su tercer viage. Al cabo de ocho dias estuvo de vuelta, y me dijo que el principe habia, aunque no sin trabajo, obtenido del rey mi libertad, lo cual en el mismo dia me confirmó el señor alcaide, quien vino á decirme abrazándome: mi amado Gil Blas, gracias al cielo, vmd. ya está libre, y tiene abiertas las puertas de esta prision; pero las dos condiciones con que se le concede á vmd. esta libertad quizá le darán mucha pena y siento verme en la obligacion de hacérselas saber. S. M. prohíbe á vmd. se presente en la córte y le manda salir de las dos Castillas en el término de un mes. Me es de grande mortificacion el que se le prohíba á vmd. ir á la córte. Pues yo estoy muy contento, le respondi: bien sabe Dios lo que pienso de ella: solo esperaba del rey una gracia, y me ha hecho dos.

Viéndome ya libre, hice alquilar dos mulas, en las cuales salimos el dia siguiente mi confidente y yo, despues de haberme despedido de Cogollos, y dado mil gracias á Tordesillas por todos los favores que me habia hecho. Tomamos alegremente el camino de Madrid para recoger del señor Gabriel los dos talegos, en cada uno de los cuales habia quinientos doblones de á ocho. En el camino me dijo mi compañero: si no tenemos bastante dinero para comprar una hacienda magnífica, á lo menos habrá para una mediana. Yo me daría por feliz, le respondi: aun cuando no tuviese mas que una choza, en ella estaria contento con mi suerte. Aunque apenas he llegado á la mitad de mi carrera, estoy tan desengañado del mundo, que solo quiero vivir para mí. Además de esto te digo, que me he formado de los placeres de la vida campestre una idea que me embelesa y hace que los goce con anticipacion. Me parece que ya veo el esmalte de los prados, que oigo el canto de los ruiseñores y el murmullo de los arroyos; que unas veces creo divertirme en la caza, y otras en la pesca. Imaginate, amigo mio, los diferentes recreos que nos esperan en la soledad, y tendrás tanta complacencia como yo. En orden á nuestro sustento, el mas simple será el mejor; un pedazo de pan podrá satisfacernos cuando nos atormente el hambre; y el apetito con que lo comamos nos le hará parecer muy sabroso. El deleite no consiste en la bondad de los alimentos exquisitos, sino en nosotros: y esto es tanta verdad, como que mis comidas mas delicadas no son aquellas en que veo reinar el arte y la abundancia; la frugalidad es una fuente de delicias maravillosa para conservar la salud.

Con permiso de vmd., señor Gil Blas, me interrumpió mi secretario, yo no soy enteramente de su opinion sobre la supuesta frugalidad con que usted quiere obsesarme. ¿Por qué nos hemos de mantener como unos Diógenes? aun cuando comamos bien, no caeremos enfermos por eso. Créame vmd.; ya que tenemos, gracias á Dios, con qué vivir cómodamente en nuestro retiro, no le hagamos la mansion del hambre y de la pobreza. Luego que tengamos una hacienda, será preciso abastecerla de buenos vinos, y de todas las demas provisiones convenientes á personas de entendimiento, que no dejan el trato humano para renunciar á las comodidades de la vida, sino mas bien para gozarlas con mas quietud. «Lo que cada uno tiene en su casa, dice Hesiodo, no daña; en lugar de que lo que no se tiene, puede dañar. Vale mas, añade, tener uno en su casa las cosas necesarias, que desear tenerlas.»

¿Qué diablos es eso, señor Escipion, interrumpi; vmd. ha manejado los poetas griegos! ¡hola! ¿en dónde leyó vmd. á Hesiodo? En casa de un sábio, respondi. Servi algun tiempo en Salamanca á un pedante, que era un gran comentador: en un abrir y cerrar de ojos componia un grueso volumen, recopilando pasages hebreos, griegos y latinos que extractaba de los libros de su biblioteca, y traducía al castellano. Como yo era su

amanuense he retenido no sé cuántas sentencias, todas tan notables como la que acabo de citar. Siendo así, le repliqué, tienes la memoria bien adornada. Pero viniendo á nuestro proyecto, ¿en qué reino de España te parece del caso que fijemos nuestra residencia filosófica? Yo opino por Aragon, respondi mi confidente; allí encontraremos sitios muy amenos, en donde podremos pasar una vida deleitosa. Está bien, le dije, sea así; detengámonos en Aragon, consiento en ello: ojalá descubramos una morada que me proporcione todos los placeres con que se recrea mi imaginacion.

CAPITULO X.

De lo que hicieron al llegar á Madrid; á quién encontró Gil Blas en la calle, y de lo que se siguió á este encuentro.

Luego que llegamos á Madrid fuimos á apearnos á una pequeña posada en la cual se habia alojado Escipion en sus viages. Lo primero que hicimos fué ir á casa de Salero á recoger nuestros doblones. Recibíonos muy bien, y me manifestó se alegraba mucho verme en libertad. Aseguro á vmd., añadió, que he sentido mucho su desgracia, la cual me ha disgustado de la amistad de las gentes de la córte, cuyas fortunas están muy en el aire. He casado á mi hija Gabriela con un rico mercader. Vuesa merced ha obrado con juicio, le respondi: además de que este partido es mas sólido, un plebeyo que llega á ser suegro de un noble, no está siempre gustoso con su señor yerno.

Despues, mudando de conversacion, y viniendo á nuestro asunto; proseguí: señor Gabriel, háganos vuesa merced el favor, si gusta, de entregarnos los dos mil doblones que... Vuestro dinero está pronto, interrumpió el platero, el cual habiéndonos hecho pasar á su gabinete nos mostró dos talegos, en los cuales habia unos rótulos que decían: *estos talegos son del señor Gil Blas de Santillana*. Ved aquí, dijo, el depósito tal como se me confió.

Di gracias á Salero del favor que me habia hecho, y muy consolado de haberme quedado sin su hija, nos llevamos los talegos á la posada, en donde contamos nuestras monedas. La cuenta se encontró cabal, rebajados los cincuenta doblones que se habian gastado en conseguir mi libertad. Ya no pensamos mas que en disponernos para ir á Aragon. Mi secretario tomó á su cargo comprar una silla volante y dos mulas. Yo por mi parte cuidé de la compra de ropa blanca y vestidos. En una de las veces que iba arriba y abajo á estas compras, encontré al baron de Steinbach, aquel oficial de la guardia alemana en cuya casa se habia criado don Alfonso.

Saludé á este caballero aleman, quien habiéndonos tambien conocido, se vino á mí y me abrazó: me alegro en extremo, le dije, de ver á su señoria en tan buena salud, y al mismo tiempo de tener ocasion de saber de mis amados señores don César y don Alfonso de Leiva. Puedo dar á usted noticias tuyas muy ciertas, me respondi, pues ambos están actualmente en Madrid y en mi casa. Tres meses hace que vinieron á la córte á dar gracias al rey de un empleo que S. M. ha conferido á don Alfonso, en premio de los servicios que sus abuelos hicieron al estado; le ha nombrado gobernador de la ciudad de Valencia, sin que le haya pedido este cargo, ni solicitádolo por otra persona. No se ha hecho una gracia mas espontánea, lo cual prueba que nuestro monarca gusta de recompensar el valor.

Aunque yo sabia mejor que Steinbach el origen de esto, no manifesté saber la menor cosa de lo que me contaba, y si un deseo tan vivo de saludar á mis antiguos amos, que para satisfacerlo me condujo inmediatamente á su casa. Yo queria probar á don Alfonso, y juzgar por su recibimiento si me estimaba todavía. Le encontré en una sala jugando al ajedrez con la baronesa de Steinbach. Luego que me conoció, dejó el juego, y se vino á mí arrebatado de gozo, y estrechándome entre sus brazos, me dijo en un tono que manifestaba una ingenua

alegría: Santillana, ¡con qué al fin vuelvo á vertel estoy loco de contento. No ha estado en mi mano el que no hayamos permanecido siempre juntos; yo te rogué, si haces memoria, que no te fueras de la casa de Leiva, y tú no hiciste caso de mis ruegos. No obstante, no te lo imputo á delito, antes bien te agradezco el motivo de tu ida; pero desde entonces debieras haberme escrito, y ahorrarme el trabajo de hacerte buscar inútilmente en Granada, en donde mi cuñado don Fernando me habia escrito que estabas.

Después de esta ligera reconvencion, continuó, dime qué haces en Madrid. Regularmente tendrás aquí algun empleo. Ten por cierto que me intereso ahora mas



Saludé á este caballero alemán, quien habiéndome también conocido, se vino á mi y me abrazó.—Pág. 175.

que nunca en tu bien. Señor, le respondí, no hace todavía cuatro meses que ocupaba en la corte un puesto de bastante consideracion. Tenia la honra de ser secretario y confidente del duque de Lerma. ¡Es posible! exclamó don Alfonso con grande asombro. ¡Qué! ¿has merecido tú la confianza de este primer ministro? Logré su favor, respondí, y lo perdi del modo que voy á decir. Entonces le conté toda esta historia, y concluí mi narrativa esponiéndole la determinacion que habia tomado de comprar con lo poco que me quedaba de mi prosperidad pasada una pobre choza para pasar en ella una vida retirada.

El hijo de don César, después de haberme oido con mucha atencion, me dijo: mi amado Gil Blas, ya sabes que siempre te he querido, y ahora mas que nunca; y pues el cielo me ha puesto en estado de poder aumentar tus bienes, quiero que no seas mas tiempo juguete de la fortuna. Para librarte de su poder, te quiero dar una hacienda que no podrán quitarte; y pues estás determinado á vivir en el campo, te doy una pequeña quinta que tenemos cerca de Liria, distante cuatro leguas de Valencia, que ya has visto tú. Este regalo podemos hacerlo

sin incomodarnos, y me atrevo á asegurar que mi padre no desaprobará esta determinacion, y que Serafina recibirá en ello gran contento.

Me arrojé á los pies de don Alfonso, quien al momento me hizo levantar: le besé la mano; y mas enamorado de su buen corazon que de su beneficio, le dije: señor, vuestras finezas me cautivan: el don que me haceis me es tanto mas agradable, cuanto que precede al agradecimiento de un favor que yo he hecho á vmd.; y mas bien quiero deberlo á su generosidad que á su gratitud. Mi gobernador se quedó algo suspenso de lo que oía, y no pudo menos de preguntarme de qué favor le hablaba. Díjeselo con todas sus circunstancias, lo cual aumentó su admiracion. Estaba muy lejos de pensar, como el baron de Steinbach, que el gobierno de la ciudad de Valencia se le hubiese dado por mediacion mia. No obstante, no teniendo ya duda de ello, me dijo: Gil Blas, pues que te debo mi empleo, no quiero darte solo la pequeña hacienda de Liria, quiero agregar á ella dos mil ducados de renta al año.

Alto ahí, señor don Alfonso, interrumpi, no despierta usted mi codicia. Los bienes no sirven mas que para corromper mis costumbres, como harto lo tengo experimentado. Acepto gustoso vuestra quinta de Liria. En ella viviré cómodamente con lo que tengo por otra parte: esto me es suficiente; y lejos de desear mas, primero consentiré en perder todo lo que hay de superfluo en lo que poseo. Las riquezas son una carga en un retiro en donde solo se busca la tranquilidad.

Don César llegó cuando estábamos en esta conversacion. No manifestó al verme menos alegría que su hijo; y cuando supo el motivo del agradecimiento á que me estaba obligada su familia, se empeñó en que habia de aceptar yo la renta, lo cual rehusé de nuevo. En fin, el padre y el hijo me condujeron á casa de un escribano, en donde otorgaron la escritura de donacion, que ambos firmaron con mas gusto que si fuera un instrumento á favor suyo. Finalizado el contrato, me lo entregaron, diciendo que la hacienda de Liria ya no era suya, y que fuese cuando quisiese á tomar posesion de ella. Después se volvieron en casa del baron de Steinbach, y yo fui á la posada, en donde dejé pasmado á mi secretario cuando le dije que teniamos una hacienda en el reino de Valencia, y le conté el modo como acababa de adquirirla. ¿Cuánto puede producir esta pequeña heredad, me dijo? Quinientos ducados de renta le respondí, y puedo asegurarte que es una amena soledad. Yo la he visto por haber estado en ella muchas veces en calidad de mayordomo de los señores de Leiva. Es una casa pequeña, situada á la orilla del Guadalaviar en una aldea de cinco ó seis vecinos, y en un pais hermosísimo.

Lo que me gusta mucho, exclamó Escipion, es que tendremos allí caza, vino de Benicarló, y excelente moscatel. Vamos, amigo mio, démonos prisa á dejar el mundo y llegar á nuestra ermita. No tengo menos deseos que tú, le respondí, de estar allá; pero antes es preciso hacer un viage á Asturias; porque mis padres no deben hallarse en buen estado. Quiero ir á verlos, y llevármelos á Liria, en donde pasarán sus últimos dias con descanso. Acaso me habrá el cielo deparado este asilo para recibirlos en él, y si dejara de hacerlo así, me castigaria. Escipion apoyó mucho mi determinacion, y aun me escitó á ejecutarla: no perdamos tiempo, me dijo, ya tengo carruage. Compremos prontamente mulas, y tomemos el camino de Oviedo. Si, amigo mio, le respondí, marchemos cuanto antes. Me es indispensable repartir las conveniencias de mi retiro con los que me han dado el ser. Presto estaremos de vuelta en nuestra aldea, y en llegando quiero escribir en letras de oro sobre la puerta de mi casa estos dos versos latinos:

Inveni portum: Spes et Fortuna valet:

Sat me lusistis; ludite nunc alius.

Hallé ya el puerto: adios, Esperanza y Fortuna:
Bastante me burlásteis; burlaos ya de otros.

LIBRO X.

CAPITULO I.

Salí Gil Blas para Asturias y pasa por Valladolid, donde visita á su amo antiguo el doctor Sangredo; y se encuentra casualmente con el señor Manuel Ordoñez, administrador del hospital.

Cuando me estaba disponiendo á salir de Madrid con Escipion para ir á Asturias, el duque de Lerma fué creado cardenal por la santidad de Paulo V. Queriendo este papa establecer la Inquisicion en el reino de Nápoles, honró con el capelo á este ministro para empeñarle á hacer que el rey Felipe aprobase tan laudable designio. A todos los que conocian perfectamente á este nuevo miembro del Sacro Colegio, les pareció como á mi que la iglesia acababa de hacer una excelente adquisicion.

Escipion, que hubiera querido mas volver á verme en un puesto brillante de la corte, que sepultado en un retiro, me aconsejó que me presentase al nuevo cardenal; puede ser, me dijo, que su Eminencia viéndole á usted fuera de la prision por orden del rey, no crea ya deber fingirse irritado contra vmd.; y podrá admitirle de nuevo á su servicio. Señor Escipion, le respondí, usted ha olvidado sin duda que solo conseguí la libertad bajo condicion de salir inmediatamente de las dos Castillas. Fuera de eso, ¿me crees ya disgustado de mi quinta de Liria? Ya te lo he dicho, y te lo vuelvo á repetir, que aunque el duque de Lerma me restituyese á su gracia, y me ofreciese el mismo puesto que ocupa don Rodrigo Calderon, le renunciaria. Mi determinacion está tomada, quiero ir á Oviedo á buscar á mis padres y retirarme con ellos á las cercanias de la ciudad de Valencia. En cuanto á tí, amigo mio, si estás arrepentido de unir tu suerte con la mia, no tienes mas que decirlo, que estoy pronto á darte la mitad del dinero que tengo, y te quedarás en Madrid en donde adelantarás tu fortuna hasta donde pudieres.

¿Cómo así? replicó mi secretario algo resentido de estas espresiones, ¿es posible que usted sospeche que sea yo capaz de tener repugnancia á seguirle á su retiro? Esa sospecha ofende mi celo y mi inclinacion. ¿Pues qué, Escipion, aquel fiel criado, que por tomar parte en sus penas hubiera pasado con gusto el resto de sus dias con usted en el alcázar de Segovia, tendria ahora repugnancia en acompañarle en una mansion donde espera gozar mil delicias? No señor, no, ninguna gana tengo de disuadir á usted de su resolucion; pero quiero confesarle mi malicia: si le aconsejé que se presentase al duque de Lerma, fué únicamente para sondearle y ver si todavía le quedaban algunas reliquias de ambicion. Ea, pues, ya que se halla usted tan desprendido de las grandezas, abandonemos prontamente la corte para ir á disfrutar de aquellos inocentes y deliciosos placeres de que nos formamos una idea tan risueña.

Con efecto, poco despues salimos de Madrid en una silla tirada de dos buenas mulas, guiadas por un mozo que tuve por conveniente agregar á mi comitiva. Dormimos el primer dia en Galapagar al pie de Guadarrama, el segundo en Segovia, de donde salí sin detenerme á visitar al generoso alcaide Tordesillas, pasé por Portillo, y llegué al dia siguiente á Valladolid. Al descubrir esta ciudad no pude menos de dar un profundo suspiro, que habiéndolo oido mi compañero, me preguntó la causa: hijo mio, le dije, es la de que exerci mucho tiempo en Valladolid la medicina; y sobre este punto me están atormentando los remordimientos secretos de mi conciencia, pues me parece que todos aquellos que maté, salen de sus sepulcros para venir á despedazarme. ¡Qué imaginacion! dijo mi secretario, sin duda, señor de Santillana, que es usted un pobre hombre. ¿Por qué se ar-

repiente usted de haber hecho su oficio? ¿Por ventura los doctores ancianos sienten los mismos remordimientos? No señor, llevan la suya adelante con el mayor sosiego del mundo, imputando á la naturaleza los accidentes funestos, y atribuyéndose á ellos solamente los felices.

En verdad, repuse, que el doctor Sangredo, cuyo método seguia yo fielmente, era de este carácter. Aunque viese morir cada dia veinte enfermos entre sus manos, vivia tan persuadido de la escelencia de la sangria del brazo, y de la bebida frecuente, á los cuales llamaba sus dos especificos para todo género de enfermedades, que si morian los pacientes, lo achacaba siempre á haber bebido poco, y á que no los habian sangrado bastante. ¡Vive diez! exclamó Escipion dando una carcajada, que me cita usted un sugeto original. Si tienes curiosidad de verle y oirle, repuse yo, mañana la podrás satisfacer como no haya muerto, y esté en Valladolid, lo que dudo mucho, porque ya era viejo cuando le dejé, y desde entonces acá se han pasado bastantes años.

Lo primero que hicimos así que llegamos al meson á donde fuimos á apearnos, fué preguntar por el tal doctor. Supimos que aun no se habia muerto; pero que no pudiendo ya visitar ni hacer mucho movimiento á causa de su gran vejez, habia abandonado el campo á otros tres ó cuatro doctores, que habian adquirido gran fama por otro nuevo método de curar que no valia mas que el suyo. Resolvimos hacer parada el dia siguiente, tanto para que descansasen las mulas, como por ver al doctor Sangredo. A cosa de las diez de la mañana fuimos á su casa, y le hallamos sentado en una silla poltrona con un libro en la mano. Levantóse luego que nos vió, vino hacia nosotros con paso muy firme para un setenton, y nos preguntó qué le queriamos. ¿Pues qué, señor doctor, le respondí, es posible que ya no me conozca vmd., siendo así que tuve la fortuna de haber sido uno de sus discipulos? ¿no se acuerda vmd. de un cierto Gil Blas que en otro tiempo fué su comensal y su sustituto? ¿Cómo así? me replicó dándome un abrazo: ¿eres tú, Santillana? cierto que no te habia conocido, y me alegro infinito de volverte á ver. ¿Qué has hecho despues que nos separamos? sin duda habrás ejercido siempre la medicina. Teniale, le respondí, mucha inclinacion; pero razones poderosas me apartaron de ella.

Peor para tí, replicó Sangredo; con los principios que aprendiste de mí hubieras llegado á ser un médico hábil, con tal que el cielo te hubiera hecho la gracia de preservarte del peligroso amor á la quimica. ¡Ah, hijo mio! exclamó arrancando un doloroso suspiro, ¿qué novedades se han introducido en la medicina de algunos años á esta parte! A este arte se le quita el honor y la dignidad: este arte, que en todos tiempos ha respetado la vida de los hombres, hoy se halla en poder de la temeridad, de la presuncion y de la impericia; porque los hechos hablan, y presto alzarán el grito hasta las piedras contra el desorden de los nuevos prácticos: *lapidibus clamabunt*. Se ven en esta ciudad algunos médicos, ó que se llaman tales, que se han uncido al carro del triunfo del antimonió: *currus triumphalis antimonii*: unos desertores de la escuela de Paracelso, adoradores del *kermes*, y curanderos de casualidad, que hacen consistir toda la ciencia médica en saber preparar algunas drogas quimicas. ¿Qué mas te diré? En su método todo está desconocido: la sangria del pie, por ejemplo, en otros tiempos tan raras veces practicada, hoy es la única que se usa. Los purgantes, antiguamente suaves y benignos, se han convertido en emético y en kermes; ya todo no es mas que un caos, en que cada uno se toma la libertad de hacer lo que se le antoja, y traspasa los limites del orden y de la sabiduria que nuestros primitivos maestros señalaron.

Aunque estaba reventando por reir al oir una declamacion tan cómica, pude contenerme: aun hice mas, declamé contra el kermes, sin saber lo que era, y di al diablo sin mas reflexion á los que lo habian inventado.

Advirtiendo Escipion lo mucho que me divertia esta escena, quiso contribuir tambien por su parte á ella. Yo, señor doctor, dijo á Sangredo, soy resobrino de un médico de la escuela antigua, y como tal pido á vmd. licencia para declararme enemigo de los remedios quimicos. Mi difunto tio, que santa gloria haya, era tan ciego partidario de Hipócrates, que se batió muchas veces con los empíricos, que no hablaban con el debido respeto de este rey de la medicina. La razon no quiere fuerza; de buena gana seria yo verdugo de esos ignorantes novadores, de quienes vmd. se queja con tanta justicia como elocuencia. ¿Qué trastorno no causan en la sociedad civil esos miserables?

Ese desórden, replicó el doctor, va todavia mas lejos de lo que vmd. piensa: de nada me ha servido publicar un libro contra esos asesinos de la medicina; antes al contrario, cada dia van en aumento. Los cirujanos, cuyo gran hipo es querer hacer de médicos, se creen capaces de serlo cuando solo se trata de recetar kermes y emético, añadiendo sangrias del pie á su antojo. Llegan hasta el punto de mezclar el kermes en las pócimas y cocimientos cordiales, y cádate que ya se juzgan iguales á los grandes médicos. Este contagio ha cundido hasta dentro de los cláustros. Hay entre los frailes ciertos legos, que son á un mismo tiempo boticarios y cirujanos. Estos monos médicos se aplican á la quimica, y hacen drogas perniciosas, con las que abrevian la vida de sus padres reverendos. En fin, en Valladolid se cuentan mas de sesenta conventos de frailes y monjas: contemple vmd. ahora el destrozo que hace en ellos el kermes junto con el emético y la sangria del pie. Señor Sangredo, dije yo entonces, es muy justa la indignacion de vmd. contra esos envenenadores; yo me lamento de lo mismo, y entro á la parte en su compasivo temor por la vida de los hombres, manifiestamente amenazada por un método tan diferente del de vuesa merced. Mucho temo que la quimica no sea algun dia la ruina de la medicina, como lo es de los reinos la moneda falsa. ¡Quiera el cielo que este dia fatal no esté cerca de llegar!

Aqui llegaba nuestra conversacion cuando entró en el cuarto del doctor una criada vieja, que le traia en una bandeja un panecillo tierno, un vaso y dos garrafitas llenas, una de agua y otra de vino. Luego que comió un bocado, echó un trago en el cual ciertamente habia mezclado dos terceras partes de agua; pero esto no le libró de las reconvenciones que me daba motivo para hacerle. ¡Hola! ¡hola! señor doctor, le dije; le he cogido á vmd. en el garlito. ¡Vmd. beber vino, cuando siempre se ha declarado contra esta bebida, y cuando en las tres cuartas partes de su vida no ha bebido sino agua! ¿De cuándo acá se ha contrariado vmd. á si mismo? No puede servirle de excusa su edad avanzada; pues en un lugar de sus escritos define la vejez diciendo que es una *tisis natural que poco á poco nos va desecando y consumiendo*, y en fuerza de esta definicion lamenta vmd. la ignorancia de aquellos que llaman al vino *la leche de los viejos*. ¿Qué dirá vmd. ahora en su defensa?

Digo, me respondió el viejo, que me reconviene sin razon. Si yo bebiera vino puro, tendrias motivo para mirarme como á un infiel observador de mi propia doctrina; pero ya has visto que el vino que he bebido estaba muy aguado. Otra contradiccion, le repliqué yo, mi querido maestro; acuértese vmd. de que llevaba muy á mal que el canónigo Cedillo bebiese vino, aunque lo mezclaba con mucha agua. Confiese vmd. de buena fé que al cabo ha reconocido su error, y que el vino no es un licor tan funesto como vmd. lo sentó en sus obras, con tal que se beba con moderacion.

Hallóse nuestro doctor algo atarugado con esta réplica; no podia negar que en sus libros habia prohibido el uso del vino; pero como la vergüenza y la vanidad le impedian confesar que yo le hacia una justa reconvencion, no sabia qué responderme. Para sacarle de ese pantano mudé de conversacion, y poco despues me des-

pedi de él, exhortándole á que se mantuviese siempre firme contra los nuevos médicos. Animo, señor Sangredo, le dije, no se canse vmd. de desacreditar el kermes, y persiga á sangre y fuego la sangria del pie. Si, á pesar de su celo y amor á la ortodoxia médica, esa raza empirica logra arruinar la rigidez antigua, por lo menos tendrá vmd. el consuelo de haber hecho cuanto estaba de su parte para sostenerla.

Al retirarnos mi secretario y yo á nuestro meson hablando del gracioso y original carácter del tal doctor pasó cerca de nosotros por la calle un hombre como de cincuenta y cinco á sesenta años, que caminaba con los ojos bajos y un rosario de cuentas gordas en la mano. Miréle atentamente, y sin dificultad conocí que era el señor Manuel Ordoñez, aquel buen administrador del hospital, de quien se hizo tan honorifica mencion en el capitulo XVIII del libro primero de mi historia. Lleguéme á él con grandes muestras de respeto, y le dije: saludo al venerable y discreto señor Manuel Ordoñez, el hombre mas á propósito del mundo para conservar la hacienda de los pobres. Al oír estas palabras me miró con mucha atencion y me respondió que mi fisonomia no le era desconocida; pero que no podia acordarse en dónde me habia visto. Yo iba, le respondí, á casa de vuesa merced en tiempo que le servia un amigo mio llamado Fabricio Nuñez. ¡Ah! ya me acuerdo, repuso el administrador con una sonrisa maligna, por señas que los dos érais muy buenas alhajas é hicisteis admirables muchachadas. ¿Y qué se ha hecho el pobre Fabricio? siempre que pienso en él me tienen con cuidado sus asuntillos.

Me he tomado la libertad de detener á vmd. en la calle, dije al señor Manuel, precisamente para darle noticias suyas. Sepa vmd. que Fabricio está en Madrid ocupado en hacer obras misceláneas. ¿A qué llamas obras misceláneas? me replicó. Quiero decir, le contesté, que escribe en prosa y en verso: compone comedias y novelas: en suma, es un mozo de ingenio, y es bien recibido en las casas distinguidas. ¿Y cómo lo pasa con su panadero? me preguntó el administrador. No tan bien, le respondí, como con las personas de calidad; porque aqui para entre los dos, creo que está tan pobre como Job. ¡Oh! en eso no tengo la menor duda, repuso Ordoñez. Haga la corte á los grandes todo lo que quisiere: sus complacencias, sus lisonjas, y sus vergonzosas bajezas le producirán todavia menos que sus obras. Desde luego os lo pronostico: algun dia le vereis en el hospital.

Eso no me causará novedad, dije yo, porque la poesia ha llevado á él á otros muchos. Mucho mejor hubiera hecho mi amigo Fabricio en haberse mantenido á la sombra de vmd., que á la hora de esta estaria nadando en oro. A lo menos nada le faltaria, respondió Ordoñez; yo le queria bien, y poco á poco le iba ascendiendo de puesto en puesto, hasta asegurarle un sólido acomodo en la casa de los pobres, cuando se le antojó querer pasar por hombre de ingenio. Compuso una comedia que hizo representar por los comediantes que á la sazón se hallaban en esta ciudad; la pieza logró aceptacion, y desde aquel punto se le trastornó la cabeza al autor. Imagínose ser otro Lope de Vega, y prefiriendo el humo de los aplausos del público á las verdaderas conveniencias que mi amistad le preparaba, se despidió de mi casa. En vano procuré persuadirle que dejaba la carne por correr tras la sombra: no pude detener á este loco á quien arastraba el furor de escribir. No conocia su felicidad, añadió, buena prueba es de esto el criado que recibí despues que él me dejó; mas juicioso que Fabricio y con menos talento que él, se aplicó únicamente á desempeñar bien los encargos que le hago, y á darme gusto. Por eso le he adelantado como merecia, y en la actualidad está desempeñando en el hospital dos destinos, el menor de los cuales es mas que suficiente para sustentar á un hombre de bien cargado de una numerosa familia.

CAPITULO II.

Prosigue Gil Blas su viage, y llega felizmente á Oviedo: en qué estado halla á su familia; muerte de su padre, y sus consecuencias.

Desde Valladolid nos pusimos en seis dias en Oviedo, á donde llegamos sin habernos sucedido la menor desgracia en el viage, á pesar del refran que dice: *huelen de lejos los bandoleros el dinero de los pasajeros*. A la verdad, si hubieran olido el nuestro, no habrían eriado el golpe; y solo dos habitantes de una cueva habrían bastado para soplarnos nuestros doblones, porque en la corte yo no habia aprendido á ser valiente, y Beltran mi mozo de mulas no parecia tener gana de dejarse matar por defender la bolsa de su amo, solo Escipion era un poco espadachin.

Ya era de noche cuando llegamos á la ciudad: nos apeamos en un meson poco distante de la casa de mi tio el canónigo Gil Perez. Deseaba yo tener noticia del estado en que se hallaban mis padres antes de presentarme á ellos; y para saberlo no podia dirigirme á quien me informase mejor que al mesonero y la mesonera, que sabia ser personas que no podrian ignorar cuanto pasaba en casa de sus vecinos. Con efecto, despues de haberme mirado el mesonero con la mayor atencion me conoció, y exclamó fuera de sí: ¡por San Antonio de Padua que este es el hijo del buen escudero Blas de Santillana! Si por cierto, añadió la mesonera: el mismo es, y apenas se ha mudado; es aquel despabiladillo Gil Blas que tenia mas talento que cuerpo: pareceme que le estoy viendo venir aqui con la botella por vino para cenar su tio.

Señora, dije á la mesonera, no se puede negar que tiene vmd. una memoria feliz; pero deme vmd. le ruego, noticias de mi familia: sin duda que mis padres no deben estar en una situacion agradable. Demasiado cierto es, respondió la mesonera; por triste que sea el estado en que vmd. pueda representárselos, no es posible imaginar que haya dos personas mas dignas de compasion que ellos. El buen señor Gil Perez está baldado de la mitad del cuerpo, y naturalmente vivirá muy poco: su padre de vmd., que de algun tiempo á esta parte vive con el canónigo, padece una opresion de pecho, ó por mejor decir, se halla actualmente entre la vida y la muerte; y su madre de vmd., que tampoco goza la mejor salud, se ve precisada á servir de asistenta á los dos enfermos.

Así que oí esta relacion, que me hizo conocer que era hijo, dejé á Beltran en el meson en guarda de mi equipage, y acompañado de mi secretario Escipion, que no quiso apartarse de mi lado, pasé á casa de mi tio. Apenas me puse delante de mi madre, cuando cierta conmocion que sintió en su interior le hizo conocer quién yo era aun antes de tener tiempo para examinar las facciones de mi rostro. Hijo mio, me dijo tristemente echándome los brazos al cuello, ven á ver morir á tu padre; á tiempo llegas para ser testigo de tan doloroso espectáculo. Diciendo esto me llevó á un cuarto donde el triste Blas de Santillana, tendido en una cama, que mostraba bien la miseria de un pobre escudero, estaba ya á los últimos. Sin embargo, aunque cercado de las sombras de la muerte, todavia conservaba algun conocimiento. Amado esposo, le dijo mi madre, aqui tienes á tu hijo Gil Blas, que te pide perdon de todos los disgustos que te ha causado, y te ruega le echés tu bendiccion. Al oír esto abrió mi padre los ojos, que ya comenzaban á cerrarse para siempre, fijólos en mi, y observando, á pesar de la postracion en que se hallaba, que yo lloraba su pérdida, se enterneció de mi dolor. Quiso hablarme, mas no pudo. Yo entonces le tomé una mano, y mientras se la bañaba en lágrimas, sin poder proferir una palabra exhaló el último aliento, como si solo hubiera esperádolo á que yo llegase para espirar.

Mi madre tenia demasiado consentida esta muerte pa-

ra afligirse desmedidamente; quizá me afligí yo mas que ella, sin embargo de que mi padre en su vida me habia dado la menor demostracion de cariño. Además de que bastaba ser hijo suyo para llorarle, me acusaba á mi mismo de no haberle socorrido: y acordándome de haber tenido esta insensibilidad, me consideraba como un mónstruo de ingratitud, ó por mejor decir, como un paricida. Mi tio, á quien ví despues postrado en otra cama poco menos pobre, y en un estado lastimoso, me hizo experimentar nuevos remordimientos. Hijo desnaturalizado, me dije á mi mismo, considera para tu mayor tormento la miseria en que se hallan tus parientes. Si los hubieras socorrido con parte de lo que te sobraba de los bienes que poseias antes de estar preso, les hubieras proporcionado las comodidades á que no podia alcanzar la renta de la prebenda, y de esta manera acaso hubieras alargado la vida á tu padre.

El desdichado Gil Perez estaba ya lelo; habia perdido la memoria y el juicio. De nada me sirvió estrecharlo entre mis brazos y darle muestras de mi ternura, porque ninguna impresion le hicieron. Por mas que mi madre le decia que yo era su sobriuo Gil Blas, no hacia mas que mirarme con un aire imbécil sin responder nada. Aun cuando la sangre y el agradecimiento no me hubieran obligado á compadecerme de un tio á quien tanto debía, no hubiera podido menos de hacerlo viéndole en una situacion tan digna de lástima.

Durante este tiempo Escipion guardaba un profundo silencio, me acompañaba en mi pena, y mezclaba por amistad sus suspiros con los míos. Pareciéndome que despues de tan larga ausencia tendria mi madre muchas cosas reservadas que decirme, y que podia detenerla la presencia de un hombre á quien no conocia, le llamé á parte, y le dije: vete, hijo mio, á descansar al meson, y déjame aqui con mi madre, que acaso te creería de mas en una conversacion, que no recaerá sino sobre asuntos de familia. Retiróse Escipion por no incomodarnos, y efectivamente mi madre y yo estuvimos hablando toda la noche. Nos dimos reciprocamente fiel cuenta de todo lo que á uno y otro nos habia sucedido desde mi salida de Oviedo. Ella me hizo estensa relacion de todas las desazones que habia tenido en las varias casas donde habia servido de dueña, confiándome en el asunto muchas cosas que no me hubiera alegrado las hubiese oido mi secretario, sin embargo de no tener yo nada reservado para él. Con todo el respeto que debo á la memoria de mi madre, diré que la buena señora era algo prolija en sus relaciones, y me hubiera ahorrado las tres cuartas partes de su historia si hubiese suprimido las circunstancias inútiles de ella.

Acabó por fin su relacion, y yo di principio á la mia. Conté por encima todas mis aventuras; pero cuando llegué á la visita que me habia hecho en Madrid el hijo de Beltran Moscada, el especiero de Oviedo, me estendi un poco sobre este pasage. Confieso, señora, dije á mi madre, que recibí con despego al tal mozo, el cual por vengarse de ello no habrá dejado de hablaros muy mal de mí. Así es, me respondió; dijonos que te habia encontrado tan engreido con el favor del primer ministro de la monarquia, que apenas te habias dignado conocerle; y que cuando te pintó nuestras miserias le oiste con la mayor frialdad. Pero como los padres y las madres, añadió ella, procuran siempre disculpar á sus hijos, no pudimos creer tuvieses tan mal corazon. Tu venida á Oviedo acredita la buena opinion que teniamos de ti, y el sentimiento de que te veo lleno la acaba de confirmar.

Me hace mucho favor, respondi, ese buen concepto que á vmd. debo; pero lo cierto es que en la relacion del hijo de Moscada hay alguna verdad. Cuando me vino á ver estaba yo embriagado con mi fortuna, y la ambicion que me dominaba no me permitia pensar en mis parientes. De consiguiente, hallándome en semejante disposicion no es de admirar que recibiese mal á un hombre que acercándose á mí de un modo grosero, me dijo bru-

talmente que habiendo sabido que yo estaba mas rico que un judio, iba á aconsejarme que enviase á ustedes algun dinero, respecto á que se veian en grande necesidad, y aun me echó en cara en términos nada comedidos mi indiferencia hácia mi gente. Me incomodó su llaneza, y perdiendo la paciencia le eché á empujones de mi cuarto. Confieso que me porté mal en aquella ocasion, que debí reflexionar no era culpa vuestra la falta de atencion del especiero, y que su consejo merecia seguirse, aunque habia sido grosero el modo de dármelo. Esto fué lo que me ocurrió al pensamiento un momento despues que habia despedido á Moscada. La sangre hizo en mi su oficio, y acordándome de mis obligaciones hácia mis padres, me avergoncé de haberlas cumplido tan mal, y



Amado esposo, le dijo mi madre, aqui tienes á tu hijo Gil Blas que te pide perdon. - Pág. 179.

sentí remordimientos de los cuales no puedo sin embargo hacer mérito con vmd., puesto que fueron sofocados inmediatamente por la avaricia y por la ambicion. Pero despues fui encerrado por orden del rey en el alcázar de Segovia, en donde caí gravemente enfermo, y esta dichosa enfermedad es la que á vmd. le restituye su hijo. Si por cierto: mi enfermedad y mi prision fueron las que hicieron recobrar á la naturaleza todos sus derechos, y las me han desprendido enteramente de la corte. Hoy solo suspiro por la soledad, y he venido á Asturias con el fin únicamente de suplicar á vmd. se venga conmigo á que disfrutemos juntos las dulzuras de una vida retirada. Si vmd. admite mi oferta, la conduciré á una posesion que tengo en el reino de Valencia, en donde espero que pasaremos una vida muy cómoda. Bien podrá usted conocer que mi ánimo era llevar tambien á mi padre; pero ya que el cielo ha dispuesto otra cosa, logre yo á lo menos la satisfaccion de tener en mi compañía á mi madre, y pueda reparar con todas las posibles atenciones el tiempo que pasé sin servirle de nada.

Quedo muy agradecida á tus buenas intenciones, me

dijo entonces mi madre, y sin duda alguna me iria contigo, á no impedirmelo algunas dificultades. En primer lugar no puedo desamparar á tu tio y mi hermano en el estado en que se halla; despues de eso, estoy muy conaturalizada con este pais para que yo le deje; sin embargo, como esto merece examinarse con madurez, quiero meditarlo despacio; por ahora solamente debemos pensar en los funerales de tu padre. Ese cuidado, le respondi, se lo encargaremos á ese mozo que vmd. ha visto conmigo, que es mi secretario: tiene talento y celo, y podemos descuidar en él.

No bien habia pronunciado estas palabras cuando entró Escipion, porque era ya dia claro. Preguntónos si podia servirnos de algo en el apuro en que nos hallábamos. Respondile que llegaba muy á tiempo para recibir una orden importante que pensaba darle. Luego que se impuso de lo que se trataba; basta, dijo, ya tengo ideada acá en mi cabeza toda la ceremonia, y ustedes podrán fiarse de mi. Pero guardaos bien, añadió mi madre, de pensar en un funeral que tenga la menor apariencia de ostentacion: por modesto que sea, nunca lo será demasiado para mi esposo, á quien toda la ciudad ha conocido por un escudero de los mas pobres. Señora, respondió Escipion, aunque hubiera sido mucho mas infeliz, no por eso rebajaré dos maravedis. Solo debo tener presentes las circunstancias de mi amo; habiendo sido favorito del duque de Lerma, á su padre debe enterrársele con grandeza.

Aprobé el designio de mi secretario, y aun le encargué que no economizase el dinero: un resto de vanidad que yo conservaba todavía se despertó en esta ocasion. Me lisonjeé de que haciendo este dispendio por un padre que ninguna herencia me dejaba, admirarian todos mi porte generoso. Mi madre por su parte, á pesar de la gran modestia que aparentaba, no dejaba de alegrarse de que su marido fuese enterrado con pompa. Dimos, pues, amplias facultades á Escipion, que sin perder tiempo marchó á dar las disposiciones necesarias para un suntuoso entierro.

Saliéronle muy bien: celebróse un funeral tan magnífico, que irritó contra mí á la ciudad y arrabales; á todos los vecinos de Oviedo, desde el mayor hasta el menor, chocó infinito mi ostentacion. Este ministro de la noche á la mañana, decia uno, tiene dinero para enterrar á su padre, y no lo tuvo para mantenerle. Mejor hubiera sido, decia otro, haber tenido mas amor á su padre vivo, que hacerle tantas honras despues de muerto. En fin, ninguna lengua pecó de corta, cada una disparó su saeta. No se contentaron con esto: cuando salimos de la iglesia, así á mí como á Escipion y á Beltran nos cargaron de injurias, acompañándonos hasta nuestra casa las befas y gritería de los muchachos, los cuales llevaron á Beltran á pedradas hasta el meson. Para disipar la canalla que se habia agolpado delante de la casa de mi tio, fué menester que mi madre se asomase á la ventana y asegurase á todos que no tenia queja ninguna de mí. Otros hubo que fueron corriendo al meson donde estaba mi silla para hacerla mil pedazos, como infaliblemente lo hubieran ejecutado, si el mesonero y mesonera no hubieran hallado modo de sosegar aquellos ánimos furiosos y disuadirles de semejante intento.

Todas estas afrentas, que eran otros tantos efectos de lo que habia hablado de mí el mozo especiero en la ciudad, me inspiraron tal aversion hácia mis paisanos, que determiné salir cuanto antes de Oviedo, en donde, á no haber sido esto, tal vez me hubiera detenido algun tiempo mas. Dijeselo á mi madre claramente, y como no estaba menos sentida que yo de ver lo mal que me habia recibido mi pais, no se opuso á mi resolucion. Solo se trató del modo de portarme con ella en adelante. Madre, le dije, ya que vmd. no puede abandonar á mi tio, no debo insistir en que se venga vmd. conmigo; pero como, segun todas las señales, no puede estar muy distante el fin de sus dias, deme vmd. palabra de venir á vivir en mi compañía luego que él fallezca.

Esa palabra, hijo mio, no te la daré; yo quiero pasar en Asturias los pocos dias que me quedan de vida, y con total independenciam. Pues qué, señora, le repliqué, ¿no será vmd. dueña absoluta en mi casa? No lo sé, hijo mio, me respondió; tal vez te enamorarás de alguna niña linda, y te casarás con ella; será mi nuera, yo su suegra, y no podremos vivir juntas. Vmd., le dije, preveo los disgustos muy de lejos. Por ahora no pienso en casarme; pero si en algun tiempo tuviese esta idea, esté vmd. cierta de que mandaré á mi muger que en todo y por todo esté sujeta á la voluntad de vmd. Te obligas temerariamente á una cosa, repuso mi madre, que nunca podrás cumplir; antes bien no me atreveria yo á afirmar, que si entre la suegra y la nuera ocurriesen algunas desazones, no te declarases á favor de tu muger antes que al mio, por grande que fuese su sinrazon.

Señora, habla vmd. como un oráculo, dijo mi secre-



Sentámonos á la mesa y al punto se nos sirvió una olla podrida
—Pag. 182.

tario metiéndose en la conversacion; yo pienso como vmd. que las nueras dóciles son muy contadas. Asi, pues, para que vmd. y mi amo queden contentos, ya que quiere vmd. decididamente permanecer en las Asturias y él en el reino de Valencia, será menester que le señale una renta anual de cien doblones, que yo me encargo de traer aqui todos los años, y por este medio la madre y el hijo estarán muy satisfechos uno de otro á doscientas leguas de distancia. Aprobaron el convenio las dos partes interesadas, y yo desde luego pagué adelantado el primer año y salí de Oviedo el dia siguiente antes de amanecer, por miedo de que el populacho no me tratara como á San Esteban. Tal fué el recibimiento que se me hizo en mi patria. Admirable leccion para aquellas personas de humilde nacimiento, que habiendo enriquecido fuera de su pais, quieren volver á él para hacer de personas de importancia.

CAPITULO III.

Toma Gil Blas el camino del reino de Valencia, y llega, en fin, á Liria; descripcion de su quinta; cómo fué recibido en ella, y qué gentes encontró alli.

Tomamos el camino de Leon, despues el de Palencia, y siguiendo nuestro viage á cortas jornadas, llegamos al cabo de veinte dias á Segorve, y al dia siguiente por la mañana entramos en mi quinta, que solo dista cinco leguas de aquella ciudad. Advertí que conforme nos íbamos acercando, mi secretario observaba con la mayor atencion todas las quintas que á diestra y siniestra se le ofrecian á la vista. Luego que descubria alguna de grande apariencia, me decia enseñándomela con el dedo: me alegrára que fuera aquel nuestro retiro.

No sé, amigo mio, le dije, qué idea te has formado de nuestra morada; pero si te la figuras como una casa magnifica, como la hacienda de un gran señor, desde luego te digo que estás muy equivocado. Sino quieres que tu imaginacion se ria despues de tí, representate aquella casa campestre que Mecenas regalo á Horacio, situada en el pais de los Sabinos cerca de Tivoli. Haz cuenta que don Alfonso me ha hecho un regalo muy semejante á aquel. Segun eso, replicó Escipion, solo debo esperar que tendremos por albergue una cabaña. Acuérdate, repuse yo, que siempre te hice una descripcion muy modesta de ella; y si quieres juzgar por tí mismo de la fidelidad de mi pintura, vuelve la vista hácia el rio Guadalaviar, y mira sobre su orilla junto á aquella aldehuela de nueve á diez casas, aquella que tiene cuatro torrecillas, que esa es mi quinta.

¡Diantre! exclamó entonces asombrado mi secretario: aquel edificio es una preciosidad. Ademas del aspecto de nobleza que le dan sus torrecillas, puede añadirse que está bien situado, bien construido y rodeado de cercanias mas deliciosas que los contornos de Sevilla, llamados por escelencia el paraíso terrenal. El sitio no podia ser mas de mi gusto aunque nosotros mismos le hubiémos escogido. Riégale un rio con sus aguas, y un espeso bosque está brindando con su sombra al que quiera pasearse aun en la mitad del dia. ¡Oh, qué amable soledad! ¡ah mi querido amo! todas las trazas son de que permaneceremos en él largo tiempo. Me alegro mucho, le respondi, de que te agrade tanto nuestro retiro, del cual aun no conoces todas las conveniencias.

Divertidos en esta conversacion, llegamos finalmente á la casa, cuyas puertas nos fueron abiertas al punto que dijo Escipion era yo el señor Gil Blas de Santillana, que iba á tomar posesion de su quinta. Al oír un nombre tan respetable para aquellas gentes, dejaron entrar la silla en un espacioso patio, donde al punto me apeé, apoyándome gravemente de Escipion y haciendo de personage, pasé á una sala, en la que inmediatamente se me presentaron siete ú ocho criados, diciendo que venian á ofrecerme sus reverentes obsequios, como á su nuevo señor, habiéndolos don César y don Alfonso escogido para que me sirviesen, uno de cocinero, otro de ayudante de cocina, otro de pinche de la misma, otro de portero, y los demas de lacayos, con prohibicion á todos de recibir de mí salario alguno, porque aquellos señores querian corriesen de su cuenta todos los gastos de mi casa. El principal de estos criados, y que como tal llevaba la palabra, era el cocinero, el cual se llamaba maestro Joaquin. Dijome habia hecho una buena provision de los mejores vinos de España, y que por lo tocante al aderezo de la comida, habiendo tenido el honor de servir por espacio de seis años en la cocina del señor arzobispo de Valencia, esperaba componer unos platos que escitasen mi apetito: voy á disponerme, añadió, para dar á usia una prueba de mi habilidad. Mientras llega la hora de comer podrá V. S. dar un paseo y visitar su quinta para reconocer si se halla en estado de ser habitada por vuestra señoria.

Ya se puede considerar que yo no dejaria de hacer esta visita: y Escipion, aun mas curioso de hacerla que yo, me fué conduciendo de pieza en pieza: recorrimos toda la casa de arriba abajo sin que ningun rincon se escapase á nuestra curiosidad, por lo menos asi nos lo pareció; y por todas partes hallé motivo para admirar la gran bondad que don César y su hijo tenian para conmigo. Entre otras cosas, llamaron mi atencion dos aposentos adornados con unos muebles, que sin llegar á ser magnificos, eran de buen gusto. Estaba el uno colgado de tapiceria de los Países-Bajos, y en él una cama y sillas cubiertas de terciopelo, todo bien conservado, á pesar de haberse hecho en tiempo que los moros ocupaban el reino de Valencia. De igual gusto eran los muebles del otro aposento: cubria sus paredes una colgadura antigua de damasco genovés, de color de caña, con una cama y sillas de la misma tela, guarnecidas de franjas de seda azul. Todos estos efectos, que en un inventario hubieran sido poco apreciados, parecian alli ostentosos.

Despues de haber examinado bien todas las cosas, mi secretario y yo volvimos á la sala, en que estaba ya puesta una mesa con dos cubiertos. Sentámonos á ella, y al punto se nos sirvió una olla podrida tan delicada que nos dió lástima de que el arzobispo de Valencia no tuviese ya el cocinero que la habia sazonado. Verdad es que teniamos buenas ganas, y esto contribuia á que no nos supiese mal. A cada bocado que comiamos, mis lacayos de nueva fecha nos presentaban unos grandes vasos que llenaban hasta el borde de un vino rico de la Mancha. No atreviéndose Escipion á dejar ver delante de ellos la satisfaccion interior que experimentaba, me la daba á entender con miradas espresivas, y yo le manifestaba con las mias que estaba tan contento como él. Un plato de asado, compuesto de dos codornices gordas que acompañaban á un lebratillo de esquisito gusto, nos hizo dejar la olla podrida, y acabó de saciarnos. Luego que hubimos comido como dos hambrientos y bebido á proporcion, nos levantamos de la mesa para ir al jardin á dormir voluptuosamente la siesta en algun sitio fresco y agradable.

Si mi secretario se habia mostrado hasta entonces muy satisfecho de cuanto habia visto, aun lo quedó mas cuando vió el jardin, que le pareció comparable con el parterre del Escorial. Bien es verdad que don César, que de cuando en cuando venia á Liria, tenia gusto de hacerlo cultivar y hermohear. Todas las calles estaban bien cubiertas de arena, y enfiladas de naranjos; un gran estanque de mármol blanco, en cuyo centro un leon de bronce arrojaba copiosos chorros de agua, la hermosura de las flores y la diversidad de frutas, todos estos objetos embelesaron á Escipion; pero lo que mas le encantó fué una prolongada calle de árboles que bajaba en declive continuado hasta la habitacion del arrendatario, cubierta con el espeso follage de unos frondosos árboles. Haciendo el elogio de un sitio tan á propósito para preservarse del calor, nos detuvimos en él y nos sentamos al pie de un olmo, á donde el sueño acudió presto á apoderarse de dos hombres algo alegrillos que acababan de comer bien.

Dos horas despues despertamos despavoridos al ruido de muchos escopetazos disparados tan de cerca de nosotros, que nos asustaron. Levantámonos precipitadamente, y para informarnos de lo que era, fuimos á la casa del arrendatario, y alli encontramos ocho ó diez aldeanos todos vecinos del lugar, que disparaban y quitaban el orin de sus escopetas para celebrar mi venida que acababan de saber. La mayor parte de ellos me conocian ya por haberme visto algunas veces en aquella quinta ejercer el empleo de mayordomo. Apenas me vieron gritaron todos á un mismo tiempo. ¡Viva nuestro nuevo señor! ¡Sea bien venido á Liria! Diciendo esto volvieron á cargar sus escopetas, y me obsequiaron con una descarga general. Recibilos con el mayor agrado que me fué posible; pero guardando siempre gravedad, porque no me pareció conveniente familiarizarme demasiado con

ellos. Ofreciles mi proteccion, y les di ademas como unos veinte doblones, espresion que, segun creo, no fué la que menos les agradó. Retiréme despues con mi secretario, dejándoles la libertad de echar todavia mas pólvora al aire, y nos fuimos al bosque, en donde nos estuvimos paseando hasta la noche, sin que nos cansase la vista de los árboles; tanto nos embelesaba el gusto de vernos en nuestra nueva posesion.

Durante nuestro paseo no estaban ociosos el cocinero, su ayudante, ni el galopin. Ocupábanse todos tres en disponernos una cena superior á la comida: tanto que cuando volvimos de paseo y entramos en la sala donde habiamos comido, quedamos muy admirados de ver poner en la mesa cuatro perdigones asados, un guisado de conejo á un lado, y un capon en pepitoria al otro; sirviendo despues de intermedio orejas de puerco, pollos en escabeche, y crema de chocolate. Bebimos abundantemente vino de Lucena y otros muchos escelentes. Cuando conocimos que ya no podiamos beber mas sin esponer nuestra salud, pensamos en irnos á acostar. Mis criados tomaron entonces luces y me condujeron al mejor cuarto, en donde me desnudaron con mucha oficiosidad; pero luego que me dieron mi bata de noche y mi gorro de dormir, los despedí diciéndoles en tono de amo: retiraos, que ya no os necesito para lo demas.

Habiéndolos despachado á todos me quedé con Escipion para conversar un poco con él. Preguntéle qué juicio formaba del trato que se me daba por orden de los señores de Leiva. Por vida mia, me respondió, que me parece no puede dárseos mejor, y solamente deseo que esto dure mucho. Pues yo no lo deseo, le repliqué: no debo permitir que mis bienhechores hagan tantos gastos por mi, porque esto seria abusar de su generosidad. Fuera de eso, tampoco me acomoda servirme de criados asalariados por otro, porque creeria no hallarme en mi casa. A todo esto se añade que yo no me he retirado aqui para vivir con tanto aparato. ¿Qué necesidad tenemos de tantos criados? bástanos Beltran, un cocinero, un mozo de cocina y un lacayo. Sin embargo de que á mi secretario no le pesaria vivir siempre á costa del gobernador de Valencia, no se opuso á mi delicadeza en este punto; antes bien conformándose con mi dictámen, aprobó la reforma que yo queria hacer. Decidido esto se salió él de mi cuarto para retirarse al suyo.

CAPITULO IV.

Marcha Gil Blas á Valencia y visita á los señores de Leiva; de la conversacion que tuvo con ellos, y de la buena acogida que le hizo doña Serafina.

Acabé de desnudarme y me acosté; pero viendo que no podia quedarme dormido, me abandoné á mis reflexiones. Se me representó la generosidad con que los señores de Leiva pagaban la inclinacion que yo les tenia, y sumamente agradecido á las nuevas señales que de ello me daban, resolví marchar el dia siguiente á visitarlos para satisfacer la impaciencia que tenia de manifestarles mi gratitud. Ya me complacia anticipadamente la idea de volver á ver pronto á Serafina; pero este placer no era del todo completo, porque no podia pensar sin pesadumbre en que al mismo tiempo tenia que soportar la presencia de la señora Lorenza Séfora, que pudiéndose acordar todavia del lance del bofetón no se alegraria mucho de verme. Cansada la imaginacion con todas éstas especies, me quedé finalmente dormido, y no desperté hasta que empezó á dejarse ver el sol.

Me levanté con prontitud y enteramente puesto el pensamiento en el viage que meditaba, tardé poco en vestirme. Al acabar entró mi secretario en mi cuarto: Escipion, le dije, aqui tienes á un hombre que se dispone para ir á Valencia. No puedo menos de ir inmediatamente á visitar á unos señores á quienes debo mi buena fortuna; y cada instante de tardanza en el cumplimiento de este deber parece acusarme de ingratitud. A

ti, amigo mio, te dispense de acompañarme; quédate aquí durante mi ausencia, que no pasará de ocho dias. Id, señor, respondió, y cumplid con don Alfonso y su padre, que me parece agradecen el celo que se les manifiesta, y que están muy reconocidos á los servicios que se les han hecho: son tan raras las personas distinguidas que tienen ese carácter, que no están por demas cualesquiera consideraciones que se les manifiesten. Dí orden á Beltran para que se dispusiese á partir, y mientras que él preparaba las mulas, tomé yo chocolate. En seguida monté en mi silla, dejando mandado á mis criados que mirasen á mi secretario como á mi misma persona, y que obedeciesen sus órdenes como las mías.

En menos de cuatro horas llegué á Valencia, y fui en derecha á apearme á las caballerizas del gobernador. Dejando allí mi carruaje, hice me condujesen al cuarto de este señor, en donde se hallaba á la sazón con su padre don César. Abri sin ceremonia la puertay acercándome á los dos: los criados, les dije, no en vian recado delante para presentarse á sus amos; aquí está un antiguo criado de vuestras señorías que viene á ofrecerles sus respetos. Diciendo esto quise arrodillarme en su presencia; pero ellos no lo permitieron, y ambos me estrecharon entre sus brazos con todas las demostraciones de una verdadera amistad. ¿Y bien, mi querido Santillana, me dijo don Alfonso, has ido ya á Liria á tomar posesion de tu hacienda? Si señor, le respondi, y suplico á V. S. se sirva permitirme que se la devuelva. ¿Pues por qué? me replicó: ¿has encontrado en ella alguna cosa que no te acomode? Nada de eso, respondi: por lo que toca á la posesion me agrada infinito; pero lo que no me acomoda es tener en ella cocineros de arzobispo, y tres veces mas criados de los que he menester, ocasionando á V. S. un gasto tan crecido como superfluo.

Si hubieras aceptado, dijo don César, la pensión de dos mil ducados que te ofrecimos en Madrid. nos hubiéramos limitado á regalarte esa quinta alhajada como está; pero no habiéndola tú querido admitir, nos pareció que en recompensa debíamos hacer lo que hicimos. Eso es demasiado, le respondi, basta que VV. SS. me favorezcan solamente con la hacienda, que es suficiente para colmar todos mis deseos. Ademas de lo mucho que cuesta á VV. SS. mantener tanta gente, aseguro que una familia tan numerosa me incomoda, y me causa gran sujecion. En suma, señores, añadi, ó VV. SS. recobran su finca, ó dignense dejármela gozar á mi modo. Pronuncié estas ultimas palabras con tanta entereza, que padre é hijo, que de ningun modo querian violentarme, me permitieron al fin disponer de la quinta como mejor me pareciese.

Les repetia mil gracias por haberme concedido esta libertad sin la cual yo no podia ser dichoso, cuando don Alfonso me interrumpió diciendo: mi querido Gil Blas, quiero presentarte a una dama, que tendrá singular gusto de verte; y hablando de este modo, me tomó de la mano y me condujo al cuarto de Serafina, la cual así que me vió prorrumpió en un grito de alegría. Señora, le dijo el gobernador, creo que la llegada de nuestro amigo Santillana á Valencia no os será menos gustosa que á mí. De eso, respondió ella, el mismo Santillana debe estar muy persuadido. No ha sido capaz el tiempo de borrar de mi memoria el favor que me hizo, y añado al gradecimiento que me merece el que debo á un hombre á quien vos sois deudor. Respondi á mi señora la gobernadora, que me consideraba mas que suficientemente pagado del peligro que yo habia corrido juntamente con los demas que me ayudaron á librarla, esponiendo mi vida por conservar la suya; y despues de muchos cumplimientos reciprocos don Alfonso me sacó fuera del cuarto de Serafina, y fuimos á reunirnos con don César, á quien hallamos en una sala acompañado de muchos caballeros que estaban aquel dia convidados á comer.

Saludáronme todos con mucha cortesania, y me hi-

cieron tantos mas acatamientos cuanto que supieron por don César que yo habia sido uno de los principales secretarios del duque de Lerma. Y aun quizá no ignoraria la mayor parte de ellos que don Alfonso habia obtenido á influjo mio el gobierno de Valencia, porque al cabo todo se llega á saber. Como quiera que sea, desde que nos sentamos á la mesa solo se habló del nuevo cardenal; unos hacian, ó aparentaban hacer, grandes elogios de él, y otros le ensalzaban, pero entre dientes, y como se suele decir con la boca chica. Luego conocí que con esto querian incitarme á que hablase estensamente sobre su Eminencia y que les divirtiese á costa suya. De buena gana hubiera dicho lo que pensaba de él; pero contuve la lengua, lo que me hizo pasar en el concepto de aquellos caballeros por un mozo muy discreto.

Concluida la comida, se retiraron los convidados á sus casas á dormir la siesta. Don César y su hijo, instados del mismo deseo, se encerraron en sus cuartos. Yo, lleno de impaciencia por ver cuanto antes una ciudad que tanto habia oido alabar, sali del palacio del gobernador con ánimo de pasear las calles. Encontré á la puerta á un hombre que se acercó á mí, y me dijo: ¿me dará el señor de Santillana licencia para que le salude? Preguntéle quién era, y me respondió; soy el ayuda de cámara del señor don César, y era uno de sus lacayos cuando su merced estaba de mayordomo en la casa. Todas las mañanas iba al cuarto de su merced, que siempre me hacia mil favores, y le informaba de todo lo que pasaba en casa. ¿No se acuerda su merced que un dia le dije que el cirujano de la aldea de Leiva entraba secretamente en el cuarto de la señora Lorenza Séfora? De eso me acuerdo muy bien, le respondi: y ahora que se habla de esa dueña ¿qué se ha hecho? ¡Ah! repuso él: luego que su merced se ausentó, la pobre muger cayó mala de pasion de ánimo, y al cabo murió mas llorada del ama que del amo.

Despues que el ayuda de cámara me informó del triste fin de Séfora, me pidió perdon de lo que me habia detenido y me dejó proseguir mi camino. No pude menos de suspirar acordándome de aquella desdichada dueña; y compadeciéndome de su suerte me echaba la culpa de su desgracia, sin pensar que debia atribuirse mas bien á su cáncer que al mérito mio de que se habia prendado.

Observaba con gusto todo lo que parecia digno de ser notado en la ciudad. El palacio arzobispal entretuvo agradablemente mi vista, y lo mismo los hermosos pórticos de la lonja; pero lo que me llevó toda la atencion fué una gran casa que vi á lo lejos, en la cual entraba mucha gente. Acerquéme á ella para saber por qué acudia allí un concurso tan crecido de hombres y mugeres, y presto sali de mi curiosidad, leyendo estas palabras escritas con letras de oro en una lápida de mármol negro que estaba sobre la puerta: *Posada de los representantes*. Lei tambien los carteles, en los cuales los cómicos ofrecian por la primera vez aquel dia la representacion de una tragedia nueva de don Gabriel Triaquero.

CAPITULO V.

Va Gil Blas á la comedia, y ve representar una tragedia nueva; qué éxito tuvo la pieza. Carácter del pueblo de Valencia.

Detúveme algunos momentos á la puerta para hacerme cargo de las personas que entraban, y habialas de todas calidades. Vi caballeros de buena traza y ricamente vestidos y gentualla de tan mala catadura como traje. Vi varias señoras de titulo que se apeaban de sus coches para ir á ocupar los aposentos que habian mandado tomar, y algunas aventureras que iban á caza de mentecatos. Este confuso tropel de toda clase de espectadores me inspiró el deseo de aumentar su número. Ya me disponia á tomar billete cuando el gobernador y su esposa llegaron. Reconociéronme entre la muchedumbre, y habiéndome mandado llamar me llevaron á su

palco, en donde me senté detrás de los dos, de modo que podía hablar cómodamente con ambos. Estaba el salon lleno de gente de alto á abajo, el patio muy apiñado, y la luneta llena de caballeros de las tres órdenes militares; Grande entrada! dije á don Alfonso. No hay que admirarse de eso, me respondió, porque la tragedia que se va á representar está compuesta por don Gabriel Triaquero, apellidado *el poeta de moda*. Cuando los carteles de los cómicos anuncian alguna nueva composicion suya, toda la ciudad de Valencia se pone en movimiento: hombres y mugeres no saben hablar de otra cosa: todos los palcos se abonan; y el dia de la primera representacion se estropean las gentes á la puerta por entrar, siendo asi que se dobla el precio, excep-



Divisé en la calle á un cartujo que sin duda iba á negocios de su comunidad.—Pág. 185.

tuando únicamente el del patio, á quien siempre se respeta demasiado por temor de que se altere. Sin duda, dije entonces al gobernador, que esa viva curiosidad del publico, esa furiosa impaciencia que tiene por oír todas las composiciones nuevas de don Gabriel, me dan una idea ventajosa del ingenio de ese poeta.

Al llegar aqui nuestra conversacion se dejaron ver en el teatro los actores. Callamos inmediatamente para oírlos con atencion. Desde el principio comenzaron los aplausos, á cada verso se repetian, y al fin de cada jornada habia un palmoteo que parecia venirse al suelo el teatro. Concluida la representacion, me mostraron al autor, el cual iba modestamente por los aposentos á coger los aplausos de que caballeros y damas le llenaban á competencia.

Nosotros volvimos al palacio del gobernador, á donde poco despues llegaron tres ó cuatro caballeros cruzados y los autores antiguos muy apreciables en su clase acompañados de un caballero de Madrid, sugeto de talento y de gusto. Todos habian estado en la comedia, y durante la cena no se habló sino de la nueva pieza. ¿Qué les pare-

ce á ustedes de la tragedia? preguntó un caballero de Santiago. ¿No es esto lo que se llama una obra perfecta? Pensamientos subimes, espresiones tiernas, versificacion vigorosa, nada le falta; en una palabra, es un poema compuesto para los inteligentes. No creo, respondió un caballero de Alcántara, que nadie pueda pensar de él de otra manera. Esta pieza tiene algunos trozos que parecen dictados por el mismo Apolo, y ciertos lances manejados con destreza: digalo sino el señor, añadió, dirigiendo la palabra al caballero castellano, que me parece entendido, y apuesto á que es de mi opinion. No apueste vmd, caballero, le respondió el de Madrid con cierta risita falsa. Yo no soy de este pais; en Madrid no acostumbramos á decidir con tanta facilidad. Lejos de juzgar del mérito de una pieza que oimos por la primera vez, desconfiamos de sus bellezas cuando solamente la escuchamos en boca de los actores; y por mucha impresion que nos haga suspendemos el juicio hasta haberla leído; porque en realidad no siempre nos causa en el papel el mismo placer que nos ha causado en la escena.

Por eso antes de calificar un poema, prosiguió, lo examinamos escrupulosamente; y por grande que pueda ser la fama de un autor, no puede deslumbrarnos: cuando Lope de Vega mismo y Calderon ofrecian composiciones nuevas, hallaban jueces severos en sus admiradores, los cuales no los elevaron á la cumbre de la gloria hasta despues de haber juzgado que eran dignos de ella.

¡Oh! por cierto, interrumpió el caballero de Santiago, nosotros no somos tan timidos como vmds.; no esperamos para decidir á que se imprima una pieza. A la primera representacion conocemos todo su mérito: ni aun para eso nos es necesario oirla con la mayor atencion, sino que nos basta saber que es produccion de don Gabriel para persuadirnos de que no tiene ningun defecto. Las obras de este poeta deben servir de época al nacimiento del buen gusto. Los Lopes, los Calderones no eran mas que unos aprendices en comparacion de este gran maestro del teatro. El madrileño, que miraba á Lope y á Calderon como los Sófocles y Eurípides de los españoles, indignado con este discurso temerario, exclamó: ¡qué sacrilegio dramático! Supuesto, señores, que ustedes me obligan á juzgar como acostumbran por la primera representacion, les diré que no me ha gustado la tragedia de su don Gabriel. Es un drama zurcido de rasgos mas brillantes que sólidos. Las tres cuartas partes de los versos son malos, ó sin buena rima, los caracteres mal formados ó mal sostenidos, y los conceptos frecuentemente muy oscuros.

Los dos autores que estaban á la mesa, y que por una moderacion tan loable como rara, no habian dicho nada porque no se les sospechase de envidiosos, no pudieron menos de aprobar con los ojos la opinion de este caballero; lo que me hizo creer que su silencio era menos un efecto de la perfeccion de la obra que de su política. En cuanto á los caballeros cruzados, comenzaron de nuevo á elogiar á don Gabriel, y aun le colocaron entre los dioses. Esta estravagante apoteosis y ciega idolatria impacientaron al castellano, que alzando las manos al cielo, exclamó repentinamente entusiasmado: ¡oh! divino Lope de Vega, raro y sublime ingenio, que dejaste un inmenso espacio entre ti y todos los Gabrieles que quieran igualarte! y tú, melifluo Calderon, cuya suavidad elegante y purgada de epicismo es inimitable, no temas uno ni otro que vuestros altares sean derribados por este hijo novel de las musas. Muy afortunado será si la posteridad, cuya delicia formareis asi como formais la nuestra, hace mencion de él.

Este gracioso apóstrofe, que ninguno esperaba hizo reír á toda la concurrencia, con lo cual se levantó de la mesa, y se retiró. A mí me condujeron por orden de don Alfonso al cuarto que me tenia dispuesto; encontré en él una buena cama, en la que habiéndose acostado mi señora, se durmió, compadeciéndome tanto como el caballero castellano de la injusticia que los ignorantes hacian á Lope y á Calderon.

CAPITULO VI.

Gil Blas paseándose por las calles de Valencia encuentra á un religioso, á quien le parece conocer: qué hombre era este religioso.

Como no habia podido ver toda la ciudad el dia anterior, me levanté y salí al siguiente para acabar de examinarla. Divisé en la calle á un cartujo, que sin duda iba á negocios de su comunidad. Caminaba con los ojos bajos, y con un aspecto tan devoto que se llevaba la atención de todos. Pasó muy cerca de mí, miréle atentamente, y me pareció ver en él á don Rafael, aquel aventurero que ocupa tan honorífico lugar en varios capítulos de esta historia.

Me quedé tan asombrado y conmovido de este inesperado encuentro, que en vez de acercarme al monge, permaneci inmóvil por algunos momentos, lo que le dió tiempo para alejarse de mí. ¡Justo cielo! dije: ¿se habrán visto jamás dos rostros mas parecidos? ¿Qué deberé pensar? ¿Creeré que este es Rafael? ¿pero puedo imaginar que no lo sea? Tuve demasiada curiosidad de saber la verdad para no pasar adelante.

Hice que me enseñasen el camino de la Cartuja, á donde fui al momento con la esperanza de volver á ver al tal hombre cuando se restituyese al monasterio, y resuelto á detenerle para hablarle; pero no tuve necesidad de aguardarle para quedar enterado de todo. Al llegar á la puerta del monasterio, otra cara que yo conocia trocó mi duda en certidumbre, y reconocí en el lego portero á Ambrosio Lamela, mi antiguo criado.

Fué igual la sorpresa de ambos de encontrarnos allí. ¿Será acaso una ilusion, le dije al saludarle? ¿Es realmente un amigo mio el que tengo á la vista? Al pronto no me conoció, ó acaso fingió no conocerme; pero considerando que era inútil la ficcion, y haciendo como quien de repente se acuerda de una cosa olvidada: ¡ah! señor Gil Blas! exclamó, perdone su merced si no le conocí tan prontamente. Desde que vivo en este santo lugar y me dedico á cumplir con los deberes que prescriben nuestras reglas, voy perdiendo insensiblemente la memoria de lo que he visto en el mundo.

Tengo un verdadero gozo, le dije, de volverte á ver despues de diez años con un traje tan respetable. Y yo, respondió me avergüenzo de presentarme con él á un hombre que ha sido testigo de mi mala vida; este hábito me la está continuamente reprendiendo. ¡Ah! añadió dando un suspiro, para ser digno de llevarle debiera haber vivido siempre en la inocencia. Por ese modo de hablar, que me causa sumo placer, le repliqué, se ve claramente, mi caro hermano, que el dedo del Señor os ha tocado. Vuelvo á deciros que me lleno de gozo, y estoy impaciente por saber de qué modo milagroso entrásteis en el buen camino vos y don Rafael, porque estoy persuadido de que él es á quien acabo de encontrar en la ciudad en hábito de cartujo: me ha pesado de no haberle detenido en la calle para hablarle, y le espero aqui para reparar mi falta cuando se retire al monasterio.

No se engañó su merced, me dijo Lamela, el mismo don Rafael es á quien vmd. ha visto; y en cuanto á la relacion que vmd. me pide es la siguiente. Despues de habernos separado de vmd. cerca de Segorbe, el hijo de Lucinda y yo tomamos el camino de Valencia con ánimo de hacer alguna de las nuestras. Quiso la casualidad que entrásemos en la iglesia de cartujos á tiempo que los religiosos estaban rezando en el coro: detuvimos á considerarlos, y conocimos por nuestra misma esperiencia que los malos no pueden menos de venerar la virtud. Admirámonos del fervor con que rezaban, de aquel aire penitente y desasido de los placeres del siglo y de la serenidad que se dejaba ver en sus semblantes, y que manifestaba tan bien la quietud de sus conciencias.

Haciendo estas observaciones caimos en una medita-

cion que nos fué saludable. Comparamos nuestras costumbres con las de estos buenos religiosos, y la diferencia que hallamos entre unas y otras nos llenó de turbacion y de inquietud. Lamela, me dijo don Rafael luego que salimos de la iglesia, ¿qué impresion ha causado en tí lo que acabamos de ver? Por lo que á mí toca, no puedo ocultarlo, no tengo el ánimo sosegado; me agitan unos movimientos que me son desconocidos, y por la primera vez de mi vida me acuso de mis iniquidades. En igual disposicion me hallo yo, le respondi: las malas acciones que he cometido se levantan en este instante contra mí, y mi corazon, que jamás habia sentido remordimientos, está en la actualidad despedazado por ellos. ¡Ah querido Ambrosio! continuó mi compañero; somos dos ovejas descarriadas, que el padre celestial quiere por su piedad volver al aprisco. El es, amigo mio, él es quien nos llama; no seamos sordos á su voz; renunciemos á nuestras iniquidades, dejemos la disolucion en que vivimos, y comencemos desde hoy á trabajar seriamente en el grande negocio de nuestra salvacion; debemos pasar el resto de nuestra vida en este monasterio, y consagrarla á la penitencia.

Aprobé el pensamiento de Rafael, prosiguió el hermano Ambrosio, y tomamos la generosa resolucion de meternos cartujos. Para ponerla por obra, recurrimos al padre prior, que apenas supo nuestro designio, cuando para probar nuestra vocacion, mandó se nos diesen celdas, y se nos tratase como á religiosos durante un año entero. Observamos las reglas con tanta exactitud y constancia, que fuimos recibidos de novicios. Estábamos tan contentos con nuestro estado y tan llenos de fervor, que sufrimos valerosamente los trabajos del noviciado, y en seguida se nos admitió á la profesion. Poco despues de ella, habiendo mostrado don Rafael un talento á propósito para el manejo de negocios, le nombraron para aliviar á un padre anciano que era entonces procurador. Mas hubiera querido el hijo de Lucinda emplear todo el tiempo en la oracion; pero se vió obligado á sacrificar este gusto á la necesidad que se tenia de él. Adquirió un conocimiento tan completo de los intereses de la casa, que le juzgaron capaz de sustituir al anciano procurador, muerto tres años despues. Y así está ejerciendo en la actualidad este cargo, y puede decirse que le desempeña con grande satisfaccion de los padres, que alaban mucho su conducta en la administracion de los bienes temporales. Pero lo que mas admira es que, á pesar del cuidado que se le confió de recaudar nuestras rentas, no parece ocupado sino en la vida eterna. Si los negocios le dejan un momento de reposo se abisma en profundas meditaciones: en una palabra, es uno de los mejores individuos de este monasterio.

Interrumpí á Lamela cuando llegaba aqui con un grande movimiento de gozo que manifesté al ver á Rafael, que á este punto se dejó ver de nosotros. He aqui, exclamé, he aqui el santo procurador que yo estaba esperando con tanta impaciencia; y al mismo tiempo corri hácia él y le di un abrazo. No se desdeñó de recibirle, y sin dar la mas leve muestra que mi visita le hubiese causado la menor de alteracion: Dios sea loado, señor de Santillana, me dijo con una voz llena de dulzura, Dios sea loado por el placer que me causa el veros. Verdaderamente, le dije, mi querido Rafael, yo tomo toda la parte posible en vuestra felicidad. Fr. Ambrosio me ha contado la historia de vuestra conversion y confieso que su relacion me ha encantado. ¡Qué ventura la vuestra, amados amigos míos, la de poder lisonjearos de ser de aquel corto número de escogidos que deben gozar de una bienaventuranza eterna.

Dos miserables como nosotros, respondió en tono muy humilde el hijo de Lucinda, no podian concebir semejante esperanza; pero el arrepentimiento de los pecados les hizo hallar gracia ante el Padre de las misericordias. ¿Y vmd., señor Gil Blas, añadió no piensa tambien en merecer que el Señor perdone las culpas que contra él ha cometido? ¿Qué asuntos le han traído á us-

ted á Valencia? ¿ejerce por desgracia algun empleo peligroso? No, á Dios gracias, le respondí: desde que salí de la corte hago una vida honrada. Unas veces gozo de la inocente diversion del campo en una hacienda que tengo distante pocas leguas de esta ciudad, y otras vengo á recrearme algunos dias con mi amigo el señor gobernador, á quien ustedes dos conocen muy bien.

Entonces les conté la historia de don Alfonso de Leiva, que oyeron con atencion; y cuando les dije que yo habia llevado de parte de este señor á Samuel Simon los tres mil ducados que le habiamos hurtado, Lamela me interrumpió, y dirigiendo la palabra á Rafael, le dijo: segun eso, padre Hilario, el buen mercader ya no debe quejarse de un robo que se le ha restituido con usura, y nosotros dos debemos tener la conciencia bien tranquila sobre este punto. Con efecto, dijo el procurador, antes que el hermano Ambrosio y yo tomásemos el hábito, hicimos entregar secretamente á Samuel Simon mil y quinientos ducados por mano de un honrado eclesiástico, que quiso tomarse el trabajo de ir á Chelva á hacer esta restitucion secreta. Tanto peor para Samuel si fué capaz de embolsarse esta cantidad despues de haber sido reintegrado enteramente por el señor de Santillana. ¿Pero esos mil y quinientos ducados, repliqué yo, se le entregaron fielmente? Sin duda alguna, contestó don Rafael: yo responderia de la integridad del eclesiástico como de la mia. Y yo tambien le abonaria, dijo Lamela; especialmente despues que ganó dos pleitos que le suscitaron por depósitos que se le habian confiado, y en los que fueron condenados en costas sus acusadores.

Nuestra conversacion duró todavía algun tiempo, y luego nos separamos, ellos exhortándome á que tuviese siempre presente el santo temor de Dios, y yo recomendándome á sus buenas oraciones. Fui al momento á verme con don Alfonso, y le dije: nunca acertaria V. S. con quien acabo de tener una larga conversacion: no hago mas que separarme de dos venerables cartujos que usia conoce: el uno se llama el padre Hilario, y el otro el hermano Ambrosio. Te equivocas, me respondió don Alfonso, porque no conozco á ningun cartujo. Perdona V. S., le repliqué, pues conoció en Chelva al hermano Ambrosio, comisario de la Inquisicion, y al padre Hilario, de secretario. ¡Oh cielos! exclamó sorprendido el gobernador: ¿será posible que Rafael y Lamela se hayan metido cartujos! Es positivo, le respondí, y años há que profesaron. El primero es procurador de la casa, y el segundo portero.

Quedó pensativo algunos momentos el hijo de don César, y luego meneando la cabeza, dijo: harto será que el señor comisario de la Inquisicion y su secretario no estén representando aqui una nueva comedia. V. S., repuse yo, juzga de lo presente por el tiempo pasado; pero yo, que vengo de hablarles, juzgo mas benignamente. Es verdad que no se ve el fondo de los corazones; mas segun todas las apariencias, estos son dos bribones convertidos. Bien puede ser, respondió don Alfonso, porque hay muchos libertinos que despues de haber escandalizado al mundo con sus desórdenes, se encierran en los claustros para hacer una rigurosa penitencia: me alegraria mucho de que nuestros dos monges fueran de estos libertinos.

¿Y por qué no lo serian? le dije: ellos han abrazado voluntariamente la vida monástica muchos años há, y se portan en ella con la mayor edificacion. Di todo lo que quisieres, me contestó el gobernador, pero á mi nada me gusta que los caudales del monasterio estén en poder del padre Hilario, de quien no podria menos de desconfiar. Cuando me acuerdo de la donosa relacion que nos hizo de sus aventuras, tiemblo por los pobres cartujos. Quiero suponer como tú que haya tomado el hábito con muy buena intencion; pero el manejo del dinero puede despertar su codicia. A ningun borracho que ha dejado el vino, se le debe fiar la llave de la bodega.

Pocos dias despues se verificó no ser infundada la

desconfianza del gobernador. Desaparecieron de repente el procurador y el portero con el dinero del monasterio: noticia que, esparcida al punto por la ciudad, no dejó de dar que reir á los burlones que celebran siempre las desgracias de los religiosos que tienen fama de ricos. Por lo que toca al gobernador y á mi, nos compadecemos de los cartujos, sin hacer alarde de que conociamos á los apóstatas.

CAPITULO VII.

Gil Blas se restituye á su quinta de Liria; de la noticia agradable que Escipion le dió y de la reforma que hicieron en su familia.

Ocho dias fueron los que me detuve en Valencia, gozando del mundo, y viviendo como los condes y marqueses, entretenido en ver comedias, y concurrir á bailes, conciertos, banquetes y tertulias de damas, proporcionándome todas estas diversiones, tanto el señor gobernador, como la señora gobernadora, á quienes hizo la corte tan cumplidamente que ambos sintieron mi regreso á Liria, y aun me obligaron antes de marchar á que les prometiera repartir el tiempo entre ellos y mi soledad. Convinimos en que permaneceria en la ciudad el invierno, y el verano en mi quinta. Con esta condicion me dejaron libertad mis bienhechores para que me fuese á gozar de sus beneficios.

Escipion, que deseaba con ansia mi vuelta, se alegró infinito de ella, aumentándose su gozo con la relacion que le hice de mi viage. ¿Y tú, amigo mio, le pregunté, qué te has hecho aqui durante mi ausencia? ¿te has divertido mucho? Cuanto puede hacerlo, me respondió, un criado fiel que nada ama tanto como la presencia de su amo. He paseado por todos los puntos de nuestros pequeños estados, y sentándome unas veces junto á la fuente que está en el bosque, contemplaba con particular gusto la claridad de sus aguas tan puras y cristalinas como las de aquella sagrada fuente cuyo estruendo hacia resonar el espacioso bosque de Albunea; y recostado otras al pie de un árbol oia cantar á los ruiseñores y jilgueros. En fin, he cazado, he pescado; pero lo que me ha gustado aun mas que todos estos pasatiempos ha sido la lectura de muchos libros tan útiles como entretenidos.

Interrumpí con precipitacion á mi secretario preguntándole dónde habia hallado aquellos libros. Los he encontrado, me respondió, en una selecta libreria que hay en casa, que me ha enseñado el maestro Joaquin. ¿Pero en qué parte está esa libreria? le volví á preguntar: ¿no registramos toda la casa el dia que llegamos? Asi le pareció á usted, me respondió; pero sepa que solamente recorrimos tres distritos olvidándonos el cuarto, y alli es donde don César cuando venia á Liria empleaba una parte de su tiempo en la lectura. Hay en esta libreria muy buenos libros que se nos han dejado como un recurso seguro contra el tedio para cuando nuestros jardines despojados de flores y nuestro bosque de boja no puedan preservarnos de él. Los señores de Leiva no han hecho las cosas á medias, sino que han cuidado tanto del alimento espiritual como del corporal.

Esta noticia me causó una verdadera alegria. Hice que me enseñasen el cuarto distrito, en el cual se me ofreció un espectáculo muy agradable. Halléme en una vivienda, que desde luego destiné para mi morada, como don César la habia escogido para sí. La cama de dicho señor estaba alli todavía con todos los adornos, es á saber: una tapiceria que representaba el rapto de las sabinas. De aquella cámara pasé á un gabinete que tenia estantes bajos alrededor llenos de libros, y sobre la estanteria los retratos de todos nuestros reyes. Habia tambien en él al lado de una ventana que tenia vistas á una campiña deliciosa, un escritorio de ébano delante de un gran sofá de tafete negro; pero lo que principalmente llamó mi atencion fué la libreria. Componíase de obras

de filósofos, poetas, historiadores, y gran número de libros de caballería. Conoci que don César gustaba de éstos, en vista de los muchos que de esta clase había juntado. Confieso, no sin rubor, que yo no era menos aficionado á estas producciones, á pesar de las extravagancias de que están atestadas, ya porque no fuese entonces un lector delicado, ya porque lo maravilloso hace á los españoles muy indulgentes. Con todo eso diré en abono mio que hallaba mas deleite en los libros de moral recreativa, y que Luciano, Horacio y Erasmo eran mis autores favoritos.

Amigo mio, dije á Escipion luego que pasé la vista por mi librería, aquí si que tenemos en que divertirnos; mas por ahora no pienso en otra cosa mas que en reformar nuestra familia. Ya le he ahorrado á vmd., me respondió, la mitad de ese trabajo. Durante su ausencia he estudiado bien á sus criados, y me atrevo á decir que los conozco perfectamente. Comencemos por el maestro Joaquin: creo que es un bribon completo, y no pongo la menor duda en que le habrán despedido de casa del arzobispo por algunos errores de aritmética en las cuentas del gasto de la cocina. No obstante, es necesario conservarle, por dos razones: la primera, porque es buen cocinero; y la segunda, porque yo no le perderé de vista, espíaré todas sus acciones, y en verdad que ha de ser muy diestro para podérmela pegar. Ya le he dicho que vmd. estaba en ánimo de despedir las tres partes de sus criados, noticia que le turbó y apesadumbró mucho, tanto que llegó á decirme que teniendo, como tenia, tanta inclinacion á servir á vmd. se contentaria con la mitad del salario que goza al presente, solo por no salir de casa; lo que me hace sospechar que hay en la aldea alguna muchachuela de quien no quisiera alejarse. Por lo que toca al ayudante de cocina, prosiguió, es un borracho, y el portero un insolente que para nada le necesitamos, como tampoco al cazador. El oficio de éste le podré yo desempeñar muy bien, como se lo haré ver á vmd. mañana, ya que tenemos en casa escopetas, pólvora y municiones. Entre los lacayos solo hay uno que me parece buen mozo, y es el aragonés. Nos quedaremos con él, y echaremos á los demas, que son unos malas cabezas, pues á ninguno de ellos tendria yo en casa aun cuando tuviéramos necesidad de cien criados.

Despues de haber tratado largamente sobre todos estos puntos, resolvimos quedarnos con el cocinero, con el mozo de cocina y con el aragonés, y despedir con buen modo á todos los demas. Asi se ejecutó en aquel mismo dia, regalándoles Escipion, en nombre mio, ademas de su salario, algunos doblones que sacó del arca del dinero. Hecha esta reforma, emprendimos establecer cierto orden en la quinta, arreglando las obligaciones que correspondian á cada criado, y comenzando desde entonces á mantenernos á nuestra costa. Yo me hubiera contentado con un trato frugal; pero mi secretario, que apetecia los buenos bocados y platos regalados, no era hombre que quisiese tener ociosa la habilidad del maestro Joaquin. La ejercitó tan bien, que nuestras comidas y cenas eran abundantes y delicadas.

CAPITULO VIII.

Amores de Gil Blas y de la bella Antonia.

Dos dias despues de mi vuelta de Valencia á Liria, el labrador Basilio mi arrendatario vino al tiempo en que me estaba vistiendo á pedirme el permiso para presentarme su hija Antonia, que deseaba, decia él, tener el honor de saludar á su nuevo amo. Habiéndole respondido que en eso me daria mucho gusto, se salió y volvió inmediatamente á entrar con la hermosa Antonia. Creo deber dar este epíteto á una jóven de diez y seis á diez y ocho años, que ademas de unas facciones regulares tenia unos colores muy hermosos, y los mejores ojos del mundo. Solo estaba vestida de sarga; pero su garboso talle, su aire magestuoso, y unas gracias que no siempre

acompañan á la juventud, daban realce á la sencillez de su traje. Tenia la cabeza descubierta, el pelo recogido atrás, y un ramito de flores encima imitando la sencillez de las lacedemonias.

Cuando la vi entrar en mi cuarto me quedé tan suspenso de ver su hermosura como los paladines de Carlo-Magno cuando vieron á la bella Angélica. En vez de recibir á Antonia con jovial desembarazo, y decirle algunas cosas lisonjeras, en vez de congratular á su padre por la fortuna de tener tan preciosa y agraciada hija, quedé admirado, turbado, suspenso y sin poder pronunciar palabra. Escipion, que conoció mi turbacion, tomó la palabra por mí, é hizo la costa de las alabanzas que yo debia á aquella amable persona. Ella, á quien no deslumbró mi persona en bata y gorro, me saludó sin cortarse, y me hizo un cumplido que aunque de los mas comunes me acabó de encantar. Entretanto que mi secretario, Basilio y su hija se hacian reciprocos cumplimientos, yo volví en mí, y como si quisiera compensar el estúpido silencio que habia guardado hasta entonces, pasé de un extremo á otro, estendiéndome en discursos obsequiosos, y hablando con tanta fogosidad, que Basilio entró en cuidado; y considerándome ya como un hombre que iba á poner en ejecucion cuanto le fuese dable para seducir á Antonia, se apresuró á salir con ella de mi cuarto, resuelto quizá á apartarla de mi vista para siempre.

Asi que Escipion se halló á solas conmigo, me dijo sonriéndose: otro remedio teneis contra el fastidio de la soledad. No sabia yo que vuestro arrendatario tuviese una hija tan linda, porque nunca la vi, aunque estuve dos veces en su casa. Debe cuidar de guardarla, y en esto le disculpo, porque en realidad es un bocado muy apetitoso; pero, añadió, esto creo que no es necesario decirselo á vmd., porque á la primera vista le deslumbró. No te lo niego, respondí. ¡Ah! hijo mio: he creido ver una diosa en aquella criatura: me ha dejado de repente abrasado de amor. El rayo tarda mas en herir que la flecha con que ella ha atravesado mi corazón.

Mucho gozo me causa vmd., replicó mi secretario, en confesarme que al fin ha llegado á enamorarse. Para ser enteramente feliz en la soledad de los campos no le faltaba otra cosa. Ahora si que gracias á Dios tiene vuestro todo lo que ha menester. Bien sé, continuó, que nos costará algun trabajo burlar la vigilancia de Basilio; pero eso corre de mi cuenta, y he de hacer que antes de tres dias logre vmd. tener una secreta conversacion con Antonia. Señor Escipion, le respondí, quizá no podria vmd. cumplir esa palabra; fuera de que no quiero hacer esperiencia de ello. Estoy muy distante de querer tentar la virtud de esa doncella, cuyo recato me parece merecer otras consideraciones. Y asi, lejos de exigir de tu celo me ayudes á deshonorarla, solo deseo que emplees tu mediacion en facilitar mi casamiento con ella, con tal que su corazón no esté ya prendado de otro. No esperaba yo ciertamente, me respondió, que vmd. tomase tan de golpe semejante resolucion. En verdad que no todos los señores de aldea, si se hallasen en igual caso que vmd., procederian con tanta honradez, ni se dirigirian á solicitar á Antonia por medios legitimos sino despues de haber tentado otros inútilmente. Por lo demas, añadió, no crea vmd. que desapruero su amor, ni que esto lo digo por disuadirle de su intento, pues al contrario, confieso que la hija del arrendatario es merecedora del honor que vmd. quiere hacerle, siempre que pueda entregar á vmd. un corazón intacto y agradecido. Éso es lo que hoy mismo sabré por la conversacion que piense tener con su padre, y quizá con ella misma.

Mi confidente era un hombre puntualísimo en cumplir lo que prometia. Fué á verse secretamente con Basilio, y por la tarde vino á mi gabinete, donde yo le estaba esperando entre la impaciencia y el temor. Observé que volvia muy alegre, lo que me hizo pronosticar desde luego que me traia buenas nuevas. Si he de creer á tu risueña cara, le dije, estoy en que vienes á anun-

ciarme que presto veré satisfechos mis deseos. Asi es, no respondió, mi querido amo, todo le sale á vmd. á medida de su deseo: he hablado á Basilio y á su hija del designio de vmd. El padre está lleno de gozo de saber que vmd. quiere ser su yerno; y puedo asegurar que sois del gusto de Antonia: ¡oh cielo! interrumpí todo enagenado de gozo: ¡con que he tenido la dicha de parecer Lien á tan amable criatura! No lo dude vmd., me respondió, ella os ama ya, y en verdad que esta confesion no la he oido de su boca, sino que la he inferido de la alegría que ha manifestado al saber vuestro designio. Sin embargo, prosiguió, vmd. tiene un rival. ¡Un rival, exclamé poniéndome pálido! No os inquieteis por eso, me dijo, este rival no os robará el corazon de vuestra dama. Ese tal es el maestro Joaquin vuestro cocinero. ¡Ah ladrón! dije entonces soltando una gran carcajada:



Salió y volvió inmediatamente á entrar con la hermosa Antonia.—Pág. 137.

vé ahí por qué ha mostrado tal repugnancia á dejar mi servicio. Cabalmente, añadió Escipion; dias pasados pidió en matrimonio á Antonia, que le fué negada cortesmente. Salvo tu mejor parecer, creo que convendrá, le repliqué yo, deshacernos de ese picaro antes que llegue á saber que quiero casarme con la hija de Basilio; un cocinero, como sabes, es un rival peligroso. Tiene vuestra merced razon, respondió mi confidente: se le debe echar de casa; mañana por la mañana le despediré antes que se ponga á disponer la comida; y con eso usted no tendrá nada que temer de sus salsas ni de su amor. Sin embargo, continuó Escipion, no deja de dolerme el perder tan buen cocinero; pero sacrificio mi golosina á la seguridad de vmd. No debes, le dije, sentir tanto su pérdida, porque no es irreparable; voy á hacer venir de Valencia un cocinero que valga tanto como él. En efecto, inmediatamente escribi á don Alfonso, diciéndole que necesitaba un cocinero, y al dia siguiente me envió uno que consoló á Escipion.

Aunque este celoso secretario me habia dicho haber advertido que Antonia allá en su interior se alegraba mucho de haber hecho la conquista de su señor, no me atrevia á fiarme de su relacion, temiendo se hubiese dejado engañar de falsas apariencias. Para cerciorarme de ello, resolví hablar yo mismo á la hermosa Antonia, y á este efecto me fui á casa de Basilio, á quien confirmé cuanto le habia dicho mi embajador. Este buen labrador, hombre sencillo y franco, despues de haberme escuchado, me aseguró que me concedia su hija con una indelible satisfaccion; pero no piense V. S., añadió, que se la doy porque es señor de este lugar: aun cuando no fuera V. S. mas que mayordomo de don César y de don Alfonso, le preferiria á todos los demas amantes que se presentasen, porque siempre le he tenido grande inclinacion; y lo que mas siento es que mi Antonia no tenga una dote considerable que ofrecerle. No le pido ninguna, le dije; su persona es el único bien á que aspiro. Doy á V. S. mil gracias exclamó; pero no es esa mi cuenta; yo no soy ningun descamisado para casar asi á mi hija: Basilio de Buenrigo tiene, á Dios gracias, con que dotarla, y quiero que ella dé á V. S. de cenar si V. S. le da de comer. En una palabra, las rentas de esta quinta no esceden de quinientos ducados, y yo haré que lleguen á mil, en gracia de este matrimonio.

Pasaré por cuanto quisieres, mi amigo Basilio, le respondi, y nunca reñiremos por materia de intereses: supuesto que los dos estamos de acuerdo, solo se trata de obtener el consentimiento de tu hija. V. S. tiene ya el mio, me dijo, y este ¿no basta? No, le respondi; si el tuyo me es necesario, el de ella lo es tambien. El suyo depende del mio, répuso él, y no se atreverá á resollar en mi presencia. Antonia, le repliqué, sumisa á la autoridad paternal, sin duda estará pronta á obedecerte ciegamente; mas no sé si en esta ocasion lo hará sin repugnancia, y por poca que tuviese, nunca me consolaria de haber sido causa de su desgracia: en fin, no me basta que me des su mano, sino que es necesario que su corazon no lo sienta. ¡Qué diantre, dijo Basilio! yo no entiendo todas esas filosofias; hable V. S. mismo con Antonia, y verá, si mucho no me engaño, que nada apetece mas que ser vuestra esposa. Dicho esto, llamó á su hija, y me dejó un momento á solas con ella.

Para no malograr tan preciosos instantes, fui desde luego al asunto: bella Antonia, le dije, decide de mi suerte; aunque tengo ya el consentimiento de tu padre, no creas que quiero valerme de él para violentar tu gusto. Por dulce que me sea tu posesion, yo la renuncio si me dices que no la he de deber sino solamente á tu obediencia. Eso es, señor, me respondió ella, lo que nunca os diré; vuestra solicitud es para mí tan grata que jamás podrá causarme pena, y en vez de oponerme al consentimiento de mi padre, apruebo su eleccion. No sé, prosiguió, si hago bien ó mal en hablaros de este modo; pero si no me hubiérais agradao, seria bastante franca para deciroslo; pues ¿por qué no podré declararos lo contrario con la misma libertad?

Al oír estas palabras, que no pude escuchar sin quedar enagenado, hincé una rodilla en tierra delante de Antonia, y en el esceso de mi alegría tomándole una de sus hermosas manos se la besé con ademan tierno y apasionado. Mi amada Antonia, le dije tu franqueza me hechiza: continúa; no te violentes por nada, pues hablas á tu esposo: lea yo en tus ojos lo que pasa en tu corazon, para que pueda lisonjearme de que no verás sin complacencia estrecharse tu suerte con la mia. A esta sazón entró Basilio, y no pude proseguir. Deseoso éste de saber lo que su hija me habia respondido, y dispuesto á reñirla si me hubiese manifestado la menor aversion, volvió prontamente á reunirse conmigo. Y bien, me dijo, ¿está V. S. contento con la respuesta de Antonia? Lo estoy tanto, le respondi, que desde este momento voy á ocuparme en los preparativos de mi casamiento; y dicho esto dejé á padre é hija para ir á celebrar consejo sobre el asunto con mi secretario.

CAPITULO IX.

Casamiento de Gil Blas y la bella Antonia; aparato con que se hizo, qué personas asistieron á él, y fiestas con que se celebró.

Aunque no necesitaba del permiso de los señores de Leiva para casarme, juzgamos Escipion y yo que no podría excusarme, sin faltar á la gratitud, de participarles mi designio de unirme con la hija de Basilio, y aun de pedirles su consentimiento por politica.

Marché al momento á Valencia, donde todos se quedaron tan sorprendidos de verme, como de saber el motivo de mi viage. Don César y don Alfonso, que conocian á Antonia por haberla visto varias veces, me dieron mil enhorabuenas de haberla elegido por esposa. Sobre todo, don César me hizo un cumplimento tan espresivo, que á no estar yo persuadido de que aquel señor habia dejado del todo ciertos pasatiempos, sospecharia que mas de una vez habia ido á Liria, no tanto por ver su quinta, como á la hija de su arrendador. Serafina por su parte, despues de haberme asegurado que siempre tomaria mucho interés en mis satisfacciones, me dijo que habia oido hacer mil elogios de Antonia; pero (añadió con algo de malicia, y como para zaherirme sobre la indiferencia con que habia correspondido al amor de Séfora) aunque no me hubieran ponderado su hermosura, jamás hubiera dudado de tan buen gusto, porque sé lo delicado que es.

No se contentaron don César y su hijo con aprobar mi matrimonio, sino que quisieron que los gastos de la boda corriesen todos de su cuenta. Vuelve, me dijeron á tomar el camino de Liria, y no salgas de alli hasta que oigas hablar de nosotros; ni hagas preparativo alguno para la boda, que ese es cuidado nuestro.

Por condescender con la voluntad de aquellos señores, me volvi á mi quinta. Comunicué á Basilio y á su hija las intenciones de nuestros protectores, y estuvimos esperando con la mayor paciencia que nos fué posible noticias suyas. Ninguna tuvimos en el espacio de ocho dias; pero al noveno vimos llegar un coche de cuatro mulas con costureras dentro, que traian hermosas telas de seda para vestir á la novia, escoltando el coche muchos lacayos montados en mulas. Uno de ellos me entregó una carta de parte de don Alfonso, en que me decia este señor que el dia siguiente estaria en Liria con su padre y esposa, y que al otro celebraria la ceremonia del matrimonio el provisor de Valencia. Con efecto al otro dia llegaron á mi quinta don César, su hijo, Serafina y el provisor, todos cuatro en un coche de seis caballos, precedido de otro con cuatro, en que venian las criadas de Serafina, y seguido de la guardia del gobernador.

Luego que la gobernadora entró en la quinta, mostró vivos deseos de ver á Antonia, la cual, así que supo la llegada de Serafina, acudió á saludarla y besarle la mano, lo que ejecutó con tanta gracia que dejó admirada la comitiva. Y bien, Serafina, preguntó don César á su nuera, ¿qué os parece Antonia? ¿podia Santillana hacer una eleccion mejor? No, respondió Serafina; parece que nacieron el uno para el otro, y no dudo que su enlace será muy feliz. En fin, todos alabaron mi novia, y si les pareció bien con su vestido de sarga, quedaron aun mas encantados de ella cuando se presentó con trage ostentoso; pues segun la nobleza y desembarazo de su persona, parecia no haber usado otros en su vida.

Llegado el momento en que un dulce himeneo habia de unir para siempre nuestra suerte, don Alfonso me tomó de la mano para conducirme al altar, y Serafina hizo el mismo honor á la novia: en este orden nos dirigimos á la iglesia de la aldea, en donde nos estaba esperando el provisor para casarnos; ceremonia que se celebró con grandes aclamaciones de los habitantes de Liria y de los labradores ricos del contorno, á quienes habia convidado Basilio á la boda de Antonia, los cuales llevaban consigo á sus hijas adornadas de cintas y de

flores, y con panderetas en la mano. Nos volvimos en seguida á la quinta, en donde, por disposicion de Escipion, director del festin, habia prevenidas tres mesas; una para los señores, otra para su comitiva, y la tercera que era la mayor, para todos los demas convidados. Antonia se sentó en la primera, porque así lo quiso la gobernadora; yo hice los honores de la segunda, y Basilio asistió á la de los aldeanos. Escipion á ninguna se sentó; no hacia mas que ir y venir de una á otra cuidando de que las mesas estuviesen bien servidas, y todos contentos.

Los cocineros del gobernador eran los que habian dispuesto la comida, y ya se deja entender que nada faltaria en ella. Los esquisitos vinos de que el maestro Joaquin habia hecho provision para mi se gastaron con profusion. Los convidados comenzaban á acalorarse, y reinaba una alegría general, cuando fué turbada de repente por un acontecimiento que me sobresaltó. Habiendo entrado mi secretario en la sala donde yo comia con los principales criados de don Alfonso, y las criadas de Serafina, cayó de repente desmayado perdiendo el conocimiento. Levantéme prontamente á socorrerle, y mien-



tras estaba ocupado en hacerle volver en si, una de las criadas se desmayó tambien. Todos nos persuadimos que estos dos desmayos encerraban algun misterio; y en efecto ocultaban uno que tardó poco en aclararse; porque recobrando de alli á poco Escipion el uso de los sentidos, me dijo en voz baja: ¡el dia mas alegre para usted habia de ser para mí el mas infausto! Ninguno puede evitar su desgracia, añadió; acabo de encontrar á mi muger en una de las criadas de Serafina.

¡Qué es lo que oigo! exclamé: no puede ser. ¿Cómo? ¿serias acaso el marido de esa muger que acaba de desmayarse al mismo tiempo que tú? Si señor, me respondió; soy su marido, y juro á usted que no podia la fortuna jugarme una pieza mas ruin que presentarla á mis

ojos. Ignoro, amigo mio, repliqué, las razones que tienes para quejarte de tu esposa; pero sea el que fuere el motivo que haya dado para ello, te ruego que te reprimas: si me amas, no turbes la fiesta haciendo público tu resentimiento. Señor, repuso Escipion, quedareis satisfecho de mí; vais á ver si sé disimular perfectamente.

Hablando de este modo, se acercó hácia su muger á quien sus compañeras tambien habian hecho volver en sí, y abrazándola con tanta ternura como si efectivamente hubiera estado lleno de gozo por volverla á ver: ¡ah, mi querida Beatriz, le dijo, con que al fin el cielo nos vuelve á juntar al cabo de diez años de separacion! ¡Oh dulce momento para mí! Yo no sé, le respondió su muger, si espermentas realmente algun placer en volverme á encontrar; pero á lo menos estoy bien persuadida de que no te di ningun motivo justo para abandonarme. Porque me encontraste una noche con el señor don Fernando de Leiva que estaba enamorada de mi ama Julia, y á cuya pasion favorecia yo, se te figuró á tí que yo le daba oídos á costa de tu honor y del mio: al momento te trastornan la cabeza los celos, dejas á Toledo, y huyes de mi como de un mónstruo, sin dignarte siquiera pedirme satisfaccion ni escuchar mis descargos: dime ahora si gustas ¿cuál de los dos tiene mas derecho para quejarse? Tú sin duda, le replicó Escipion. Ciertamente que sí, continuó ella, don Fernando luego que partiste de Toledo, se casó con Julia, á la que estuve sirviendo todo el tiempo que vivió; pero despues que una muerte temprana nos la arrebató, me tomó á su servicio su hermana, mi señora, y tanto ella como todas sus criadas, te podrán informar de la pureza de mis costumbres.

No teniendo que replicar mi secretario á estas razones, pues no podia probar fuesen falsas, cedió gustoso á la fuerza de ellas, y dijo á su esposa: vuelvo á repetir que reconozco mi culpa, y te pido perdon de ella á vista de este respetable concurso. Entonces intercediendo por él, rogué á Beatriz olvidase lo pasado, asegurándole que su marido no pensaria en adelante mas que en tratarla con el mayor cariño. Rindióse á mi súplica; todos los circunstantes celebraron la reunion de estos dos esposos, y para solemnizarla mejor se les hizo sentar á la mesa juntos: se repitieron á porfia los brindis por la salud de entrambos, y mas parecia que el festin se habia dispuesto para celebrar aquella reconciliacion que para festejar la boda.

La tercera mesa fué la primera que quedó desierta. Levantáronse de ella los aldeanos mozos para formar bailes con las jóvenes aldeanas, que con el ruido de sus panderetas atrajeron bien pronto á los convidados de las otras mesas y les inspiraron el deseo de seguir su ejemplo. Todos se pusieron en movimiento: los dependientes del gobernador bailaron con las criadas de la gobernadora, y hasta los mismos señores se mezclaron en la fiesta. Don Alfonso bailó una zarabanda con Serafina, y don César otra con Antonia, la cual vino despues á buscarme para que bailase con ella, y en verdad que no lo hizo mal para una persona que no tenia mas que algunos principios de baile que habia aprendido en casa de una pariente suya vecindada en Albarracin. Yo, que, como ya he dicho, me habia enseñado á bailar en casa de la marquesa de Chaves, pasé en el concepto de todos por un gran bailarín. Beatriz y Escipion prefirieron al baile una conversacion entre los dos para darse reciproca cuenta de lo que les habia sucedido mientras habian estado separados; pero fué interrumpido su coloquio por Serafina, que informada de su encuentro los hizo llamar para manifestarles lo mucho que de ello se alegraba. Hijos míos, les dijo: en este dia de regocijo se acrecienta mi satisfaccion viéndoos restituidos uno á otro. Amigo Escipion, añadió, ahí te entrego á tu esposa, asegurándote que su conducta ha sido siempre irreprochable; vive aquí con ella en perfecta armonia. Y tú Beatriz, dedícate al servicio de Antonia y no le seas menos

afecta que tu marido lo es al señor de Santillana. Escipion, no pudiendo ya á vista de esto mirar á su muger sino como á otra Penélope, prometió tratarla con todas las atenciones imaginables.

Retiráronse los aldeanos y aldeanas á sus casas despues de haber estado bailando toda la tarde; pero continuó la fiesta en la quinta. Sirvióse una magnifica cena; y cuando se trató de irse todos á recoger, el provisor bendijo el lecho nupcial: Serafina desnudó á la novia y los señores de Leiva me hicieron la misma honra. Lo mas gracioso fué que los dependientes de don Alfonso y las criadas de la gobernadora quisieron para divertirse practicar la misma ceremonia; desnudaron á Beatriz y á Escipion, los cuales para hacer cómica la escena, se dejaron desnudar y acostar guardando gran gravedad.

CAPITULO X.

Lo que sucedió despues de la boda de Gil Blas y de la bella Antonia. Principio de la historia de Escipion.

Al dia siguiente de mi boda los señores de Leiva regresaron á Valencia despues de haberme dado otras mil señales de amistad, de tal modo, que mi buen secretario y yo nos quedamos solos en la quinta con nuestras mugeres y nuestros criados.

El empeño que hicimos uno y otro en agrandar á nuestras esposas no fué inútil; pues en poco tiempo inspiré yo á la mia tanto amor como le profesaba, y Escipion hizo olvidar á la suya los disgustos que le habia causado. Beatriz, que era de carácter dócil y afable, se granjeó fácilmente el cariño de su nueva ama y ganó su confianza. En fin, todos cuatro nos avenimos perfectamente, y comenzamos á gozar de una suerte envidiable, pasando la vida en los mas dulces entretenimientos. Antonia era bastante seria; pero Beatriz y yo éramos muy alegres; y aun cuando no lo fuéramos nos bastaria estar con Escipion para no conocer la melancolia; porque era un hombre sin igual para la sociedad, una de aquellas personas festivas que solo con presentarse divierten á la concurrencia.

Un dia que despues de comer se nos antojó ir á dormir la siesta al sitio mas apacible del bosque, mi secretario estaba tan de buen humor, que nos quitó á todos el sueño con sus graciosas ocurrencias. Calla esa boca, le dije, amigo mio, ó si quieres que no durmamos cuéntanos alguna cosa que merezca nuestra atencion. Con mucho gusto, señor, me respondió. ¿Quiere vmd. que le cuente la historia del rey don Pelayo? De mejor gana oiria la tuya, le repliqué; pero ese gusto nunca me lo has querido dar desde que vivimos juntos, ni espero que jamás me le des: ¿de qué proviene esto? Si no he contado á vmd. la historia de mi vida ha consistido en que jamás me ha manifestado el menor deseo de saberla; por consiguiente no tengo yo la culpa de que vmd. ignore mis aventuras, y por poca curiosidad que tenga de oirlas, estoy pronto á satisfacérsela. Antonia, Beatriz y yo le cogimos la palabra, y nos dispusimos á escuchar su relacion, que no podia menos de causar en nosotros un buen efecto, ya divirtiéndonos, ó ya escitándonos al sueño.

Yo, comenzó á decir Escipion, seria hijo de un grande de España de primera clase, ó cuando menos de un caballero del hábito de Santiago ó de Alcántara, si esto hubiera estado en mi mano; pero como ninguno es dueño de escoger padre, han de saber ustedes que el mio, llamado Toribio Escipion, fué un honrado cuadrillero de la santa hermandad. Como iba y venia por los caminos reales, por donde su profesion le obligaba á andar casi siempre, cierto dia encontró casualmente entre Cuenca y Toledo á una gitanilla que le pareció muy linda. Caminaba sola, á pie, y llevaba consigo todo su ajuar en una especie de mochila echada al hombro. ¿A dónde vas así, prenda mia, le dijo, suavizando cuanto pudo la voz, que era naturalmente bronca. Caballero, contestó ella,

voy á Toledo, donde de un modo ó de otro espero ganar de comer viviendo honradamente. Tu intencion es muy loable, replicó él, y no dudo que para eso tendrás varios arbitrios. Si, gracias á Dios, respondió la gitanilla: tengo varias habilidades, sé hacer pomadas, y quintas esencias muy útiles para las damas: digo la buena ventura: sé dar vueltas al cedazo para hacer que se encuentren las cosas perdidas; y muestro cuanto se quiere ver en una redoma ó en un espejo.

Pareciéndole á Toribio que una jóven como esta era un partido muy ventajoso para un hombre como él, á quien su empleo apenas le producía para mantenerse, sin embargo de saber desempeñarle con la mayor exactitud, le propuso si quería ser su esposa. Aceptó la niña la propuesta; se fueron ambos inmediatamente á Toledo, en donde se casaron, y en mi ven ustedes el digno fruto de este noble matrimonio. Fijaron su residencia en un arrabal, de donde mi madre comenzó á vender pomadas y quintas esencias; pero viendo que este trato producía poco, comenzó á hacer de adivina. Entonces fué cuando se vieron llover en su casa pesos duros y doblones. Mil mentecatos de ambos sexos pusieron bien pronto en auge la fama de Coscolina, que así se llamaba la gitana. No pasaba día sin que viniese alguno á ocuparla en su ministerio: ya llegaba un sobrino pobre, que quería saber cuando su tío, de quien era único heredero, partiría para la otra vida, y ya llegaba una doncella que deseaba con ansia averiguar si un caballero mozo que le había dado una palabra de casamiento se la cumpliría.

Persuádome de que ustedes darán por supuesto que los vaticinios de mi madre siempre eran favorables á las personas á quienes los hacía: si se cumplían, enhorabuena; pero si alguna vez venían á reconvenirla por haber sucedido lo contrario de lo que había pronosticado, contestaba frescamente que debía echarse la culpa al diablo, que á pesar de la fuerza de los conjuros que ella empleaba para obligarle á que le revelase lo futuro, tenía algunas veces la malicia de engañarla.

Cuando mi madre, por honor del oficio, creía deber hacer visible al diablo en sus operaciones, entonces era Toribio Escipion quien hacía el papel del diablo, y lo desempeñaba con perfeccion, porque la aspereza de su voz y la fealdad de su rostro cuadraban á maravilla con lo que representaba. Poca credulidad era menester para espantarse al aspecto de mi padre; pero un día vino por desgracia cierto capitán majadero que quiso ver al diablo, y le atravesó de parte á parte con la espada. Informada la Inquisicion de la muerte del diablo, despachó sus ministros contra la Coscolina, á quien prendieron, embargando al mismo tiempo todos sus efectos, y á mí, que á la sazón solo tenía siete años, me metieron en el hospicio de los niños huérfanos. Había en esta casa unos caritativos eclesiásticos, que estando bien dotados para cuidar de la educacion de los pobres huérfanos, tenían el trabajo de enseñarles á leer y escribir. Parecióles que yo prometía mucho, y por esta causa me distinguieron entre los demas, escogiéndome para hacer sus recados. Yo era el que llevaba sus cartas, hacia sus demas encargos y les ayudaba á misa. En pago de mis servicios trataron de enseñarme la lengua latina: pero lo ejecutaron con tanta aspereza, y me trataron con tal rigor, á pesar de los servicios que les hacía, que no pudiendo ya resistir mas, un día en que me enviaron á un recado, cogí las de Villadiego, y en vez de volver al hospicio me escapé de Toledo por el arrabal del lado de Sevilla.

Aunque á la sazón apenas tenía nueve años cumplidos, no cabía en mí de contento de verme en libertad y dueño de mis acciones. No llevaba que comer ni dinero; pero nada me importaba, porque tampoco tenía leccion que estudiar, ni temas que componer. Despues de haber andado dos horas, comenzaron mis piernecitas á negarme su servicio. Como nunca habían hecho tan larga caminata fué preciso pararme á descansar. Sentéme al pie de un árbol que estaba á orillas del camino real, y para en-

tretenirme saqué el arte que llevaba en el bolsillo. Comencé á hojearle por diversion; pero acordándome de las palmetas y de los azotes que me había costado, desgarré las hojas, diciendo lleno de cólera: ¡ah maldito libro! ya no me harás llorar mas. Estando satisfaciendo mi venganza y sembrando la tierra al rededor de mí de declinaciones y conjugaciones, pasó casualmente por allí un ermitaño de aspecto venerable, con barba blanca, y unos grandes anteojos. Acercóse á mí, miróme con mucha atencion, y yo tambien le estuve mirando con la misma. Hijito mio, me dijo sonriéndose, me parece que los dos nos hemos mirado con cariño, y que no haríamos mal en vivir juntos en mi ermita, que solo dista doscientos pasos de aquí. Buen provecho le haga á vmd., le respondí con bastante sequedad, que yo ninguna gana tengo de ser ermitaño. Al oír esta respuesta, el buen viejo dió una grande carcajada de risa, y me dijo abrazándome: mi hábito, hijo mio, no debe asustarte: si es poco grato á la vista, es de grande utilidad, pues me hace dueño de un deleitoso retiro, y de varios lugarcitos circunvecinos, cuyos habitantes me aman, ó por mejor decir, me idolatran. Vente conmigo, añadió, y te pondré un hábito como el mio. Si te fuese bien con él, participarás conmigo de las dulzuras de la vida que hago: y sino te acomodase esta, no solo serás dueño de marcharte, sino que puedes contar con que al separarnos no dejaré de hacerte todo el bien que pueda.

Dejéme persuadir y seguí al viejo ermitaño, que me hizo varias preguntas, á las que respondí con una ingenuidad que no siempre he tenido en adelante. Luego que llegamos á la ermita me presentó algunas frutas que devoré en un instante, porque en todo el día no había comido mas que un zoquete de pan seco con que me había desayunado en el hospicio por la mañana. El solitario viéndome menear tan bien las quijadas, me dijo: ánimo, hijo mio, no dejes de comer por miedo de que se acaben las frutas, pues gracias al cielo tengo muy buena provision de ellas. No te he traído aquí para matarte de hambre: lo que era mucha verdad, porque una hora despues de nuestra llegada encendió lumbre, puso á asar una pierna de carnero, y mientras yo daba vueltas al asador, él dispuso una mesita, cubriéndola con un mantel no muy limpio, y poniendo en ella dos cubiertos, uno para él y otro para mí.

Luego que el carnero estuvo en sazón, le sacó del asador, cortó algunos pedazos de él, y nos sentamos á cenar; pero nuestra cena no fué como la de las ovejas, porque bebimos un esquisito vino, del cual tenía tambien el ermitaño un buen repuesto. Y bien, amiguito, me dijo luego que nos levantamos de la mesa, ¿estás contento con mi trato? De este modo comerás mientras estuvieres conmigo. Por lo demas harás en este eremitorio lo que mejor te pareciere; solo exijo de ti que me acompañes cuando vaya á coger la limosna á los lugares vecinos; me servirás para llevar del cabestro un borriquillo cargado de dos banastas, que los aldeanos caritativos llenan ordinariamente de huevos, pan, carne y pescado: no te pido mas. Haré, le respondí, todo lo que vmd. quiera con tal que no me obligue á estudiar el latin. No pudo menos de reirse de mi sencillez el hermano Crisóstomo, que así se llamaba el anciano ermitaño, y me aseguró de nuevo que no pensaba nunca violentar mis inclinaciones.

Al día siguiente salimos á nuestra demanda, llevando yo el borrico por el cabestro, y recogimos copiosas limosnas, porque no había aldeano que no tuviese gusto en echar alguna cosa en nuestras banastas. Uno daba un pan entero; otro un buen pedazo de tocino, quién una gallina, y quién una perdiz. ¿Qué mas diré á ustedes? llevamos á la ermita víveres para mas de una semana; buena prueba de lo mucho que amaban al hermano Crisóstomo aquellas gentes. Verdad es que este tambien les servía bastante dándoles buenos consejos cuando venían á consultarle, pacificando los matrimonios en que reinaba la discordia, proporcionando dotes para casarse las solteras, dándoles remedios para mil clases de males, y

enseñando varias oraciones á las mugeres casadas que deseaban tener hijos.

Ya ven ustedes por lo que acabo de referir, que yo estaba bien tratado en la ermita. Si la comida era buena, la cama no era desgraciada. Acostábame sobre buena paja fresca, teniendo por cabecera una almohada de lana, y cubriéndome con una manta de lo mismo; de manera que no hacia mas que un sueño, el cual duraba toda la noche. El hermano Crisóstomo que me habia ofrecido un hábito de ermitaño, me hizo uno él mismo deshaciendo otro viejo suyo, y me llamó el hermanito Escipion. Apenas me presenté en las aldas vecinas con aquel nuevo trage, cai á todos tan en gracia, que el pobre borrico apenas podia con la carga. Todos se esmeraban en dar á cual mas al hermanito: tanto placer tenian en verme.

A un muchacho de mi edad no podia desagradarle la



Salimos á nuestra demanda, llevando yo el borrico por el cabestro.—Pag. 491.

vida ociosa y regalona que disfrutaba en compañía del viejo ermitaño; así es que me aficioné tanto á ella, que la hubiera continuado siempre, si las Parcas no me hubieran hilado otros dias muy diferentes; pero el destino que debia llenar me arrastró á dejar bien pronto el regalo, y me hizo abandonar al hermano Crisóstomo de la manera que voy á referir.

Veia muchas veces andar al viejo en la almohada que le servia de cabecera, sin hacer otra cosa que descoserla y volverla á coser. Observé un dia que metia en ella algun dinero, lo que escitó en mi un movimiento de curiosidad que me propuse satisfacer al primer viage que el hermano Crisóstomo hiciese á Toledo, á donde solia ir una vez á la semana. Aguardé con impaciencia este dia, sin tener por entonces mas objeto que el de contentar mi curiosidad. En fin, el buen hombre partió, y yo descosí la almohada, en donde hallé entre la lana como unos cincuenta escudos en toda clase de monedas.

Verosimilmente este tesoro seria efecto del agradecimiento de los aldeanos á quienes habia curado con sus remedios, y de las aldeanas que por la virtud de sus oraciones habian tenido hijos. Sea lo que fuere, apenas vi que aquel era un dinero que sin temor podia apropiarme, cuando se declaró mi complexion gitana; dióme una tentacion de robarle, que no se podia atribuir sino á la fuerza de la sangre que corria por mis venas. Cedi sin resistencia á la tentacion; encerré el dinero en un saquillo de paño en que metiamos nuestros peines y nuestros gorros de dormir, y despues de haberme despojado del hábito de ermitaño, y vuelto á tomar mi vestido de huérfano, me alejé de la ermita, pareciéndome que llevaba en mi saquillo todas las riquezas de las Indias.

Ustedes acaban de oír mi primer ensayo, contiúuó Escipion, y no dudo que esperarán una série de acciones del mismo jaez: no engañaré sus esperanzas, porque aun tengo que contarles otras hazañas parecidas á esta antes de llegar á mis acciones loables; pero al fin llegaremos allá, y ustedes verán por mi narracion que de un gran picaro se puede hacer un hombre de bien.

A pesar de mis pocos años no fui tan simple que tomase el camino de Toledo, porque me espondria á encontrarme con el hermano Crisóstomo, que sin duda hubiera querido volver á juntarse con su dinero. Tomé, pues, la ruta del lugar de Galvez, donde me entré en un meson, cuya huéspedera era una viuda como de cuarenta años, y tenia todas las cualidades que se requieren para saber vender bien sus agujetas. Luego que esta muger puso los ojos en mí, conociendo por el vestido que me habia escapado del hospicio de los huérfanos, me preguntó quién era y á dónde iba. Respondile que habiendo muerto mis padres, me veia en la necesidad de buscar conveniencia. Y dime, hijo, me volvió á preguntar ¿sabes leer? le aseguré que sí, y que tambien escribia lindamente. Es verdad, yo sabia formar las letras y juntarlas de manera que figuraba una cosa así como escrita, lo que me parecia sobrado para llevar la cuenta de un meson de aldea. Pues yo te recibo, repuso la mesonera, para que me sirvas; no serás inútil en mi casa porque correrás con el libro del gasto, y llevarás cuenta de lo que me deben y debo. No te daré salario, añadió, porque los muchos caballeros que vienen á parar á este meson, siempre dan algo á los criados con que seguramente puedes contar con sacar muy buenos gajes.

Acepté el partido, pero reservándome, como ustedes presumirán, la facultad de mudar de aires siempre que la permanencia en Galvez no me acomodase. Apenas me vi apalabrado para servir en el meson, cuando senti mi ánimo incomodado con una grande inquietud. No queria que nadie supiese que yo tenia dinero, y no sabia donde esconderle de modo que ninguno pudiese dar con él. Como no conocia aun la casa, no me podia fiar de aquellos sitios que me parecian mas á propósito para guardarlo. ¡Oh, y cuánto embarazo nos causan las riquezas! Determiné en fin ocultarle en un rincon del pajar, pareciéndome que en ninguna otra parte podia estar mas seguro, y procuré sosegarme cuanto me fué posible.

Eramos tres criados en el meson: un mozo rollizo que cuidaba de la cuadra; una moza gallega, y yo. Cada uno sacaba lo que podia de los huéspedes así de á pie como de á caballo que paraban en él. Yo recibia de estos sugetos algun dinerillo cuando les iba á presentar la cuenta del gasto; daban tambien alguna cosa al mozo de la cuadra para que cuidase de sus caballerías, pero la gallega, que era el ídolo de los caleseros y arrieros que pasaban por allí, ganaba mas escudos que nosotros maravedises. Luego que juntaba yo algunos reales, los llevaba al pajar para aumentar mi caudal: y cuanto mas crecia éste, conocia yo que mi tierno corazon iba tomando mas apego á él. Besaba algunas veces mis monedas, y las estaba contemplando con un dulce embeleso que solamente los avaros pueden comprender suficientemente.

El amor que tenia á mi tesoro me obligaba á visitarle treinta veces al dia. Encontraba á menudo á la mesone-

ra en la escalera del pajar, y como era una muger de suyo muy desconfiada, quiso un dia saber qué era lo que á cada instante me llevaba al pajar. Subió á él, y comenzó á escudriñar todo, recelando que yo tendria escondidas algunas cosas que le habria hurtado. Revolió la paja que cubria mi bolson, y dió con él. Abrióle; y viendo dentro pesos duros y doblones, creyó ó fingió creer que yo le habia robado aquel dinero. Por de contado se apoderó del caudal, y tratándome de bribonzuelo, ladroncillo y malvado, mandó al mozo de la caballeriza, enteramente dedicado á complacerla, que me sacudiese una buena zurra de azotes; y despues de haberme hecho desollar de esta manera, me echó á la calle, diciéndome que no queria aguantar pícaros en su casa. En vano aseguraba yo y clamaba que nada le habia hurtado: la mesonera decia lo contrario, y todos le daban mas crédito á ella que á mi; y de esta manera las monedas del hermano Crisóstomo pasaron de manos de un ladron á las de una ladrona.

Lloré la pérdida de mi dinero, como se llora la muerte de un hijo único; pero si mis lágrimas no fueron bastantes para hacerme recobrar lo que habia perdido, por lo ménos fueron causa para mover á compasion á algunas personas que me las veian verter, y entre otras al cura de Galvez, que casualmente pasó junto á mi. Mostróse lastimado del triste estado en que me veia, y me llevó consigo á su casa. En ella, á fin de sonsacarme, usó del medio de manifestarse muy compadecido de mi. ¡Cuánta lástima, dijo, me causa este pobre muchacho! ¿Qué maravilla es que en sus pocos años, en su ninguna esperiencia y falta de reflexion, haya cometido una accion ruin? Apenas se encontrará un hombre que no haya hecho alguna en el discurso de su vida. En seguida, dirigiéndome la palabra: hijo mio, añadió, ¿de qué lugar de España eres, y quiénes son tus padres? porque tienes traza de ser hijo de gente honrada; háblame en confianza, y cuenta con que no te desampararé.

El cura, con estas halagueñas y caritativas palabras, me fué insensiblemente empeñando en que le descubriese todos mis pasos, y lo hice con mucha ingenuidad, sin reservar nada: despues de lo cual me dijo: amigo mio, aunque es cierto que no está bien en los ermitaños el atesorar, eso no disminuye tu culpa; en robar al hermano Crisóstomo siempre has quebrantado el mandamiento que prohibe hurtar; pero yo me encargo de obligar á la mesonera á que devuelva el dinero, y hacérselo entregar al hermano Crisóstomo; y asi por esta parte puedes desde ahora aquietar tu conciencia. Juro á ustedes que esto era lo que menos cuidado me daba; pero el cura que tenia sus fines, no paró aqui: hijo mio, prosiguió, quiero empeñarme á favor tuyo, y buscarte una buena conveniencia. Mañana mismo pienso enviarte á Toledo con un arriero, y te daré una carta para un sobrino mio, canónigo de aquella catedral, que no rehusará admitirte por mi recomendacion en el número de sus criados, los cuales todos lo pasan en su casa como unos beneficiados que se regalan á costa de la prebenda; y puedo asegurarte con certidumbre que allí lo pasarás perfectamente.

Consolóme tanto esta seguridad, que luego olvidé el talego y los azotes que me habian dado, y ya no pensé mas que en el placer de vivir como un beneficiado. Al dia siguiente, mientras estaba yo almorzando, llegó á casa del cura un arriero con dos mulas. Subieronme en la una y montando mi conductor en la otra, tomamos el camino de Toledo. Mi compañero de viage gastaba buen humor, y le gustaba divertirse á costa del prójimo. Querido Escipion, me dijo, en verdad que tienes un buen amigo en el señor cura de Galvez: no podia darte mayor prueba de lo mucho que te quiere, que el acomodarte con su sobrino el canónigo, á quien tengo el honor de conocer, y es sin duda la perla de su cabildo. No es ciertamente uno de aquellos devotos, cuyo semblante macilento y estenuado está predicando mortificacion y abstinencia: es gordo, colorado, siempre alegre y festivo: un hombre, en fin, que se divierte en todo lo que se

presenta, y gusta mucho de tratarse bien. Estarás en su casa á pedir de boca.

Conociendo el socarron del arriero el placer con que le escuchaba, continuó el elogio del canónigo ponderándome lo mucho que yo celebraria mi fortuna cuando me viese ya criado suyo. No cesó de hablar hasta que llegamos al lugar de Cobisa, donde nos apeamos para echar un pienso á las mulas. En tanto que él andaba de aquí para allí por el meson, se le cayó casualmente del bolsillo un papel que yo pude coger sin que él lo advirtiese, y que hallé medio de leer mientras él estaba en la cuadra. Era una carta dirigida á los capellanes del hospicio de los huérfanos, concebida en estos términos:

«Muy señores míos: me creo obligado en caridad á enviar á su poder un bribonzuelo que se escapó de ese hospicio. Paréceme un muchacho muy despabilado, y por lo mismo muy digno de que ustedes se sirvan tenerle encerrado. No dudo que á fuerza de corregirle podrán ustedes hacer de él un mozo de provecho. Queda rogando á Dios conserve á ustedes en tan piadoso como caritativo ministerio. — *El cura de Galvez* »

Luego que acabé de leer esta carta, que me manifestaba la buena intencion del señor cura, no dudé un punto sobre el partido que habia de tomar. Salir inmediatamente del meson, y ponerme en las orillas del Tajo, distante mas de una legua de aquel lugar, todo fué obra de un momento. El miedo me prestó alas para huir de los capellanes del hospicio de los huérfanos, al que de ningun modo queria volver: tanto me habia disgusta-



¿A dónde vas con ese cofre? me dijo muy enfadado. — Pág. 194

do su modo de enseñar la gramática. Entré en Toledo, y tan alegre como si supiera á donde habia de ir á comer beber. Es verdad que aquella es una ciudad de bendicion, en la cual un hombre de talento reducido á vivir á costa ajena, no puede morirse de hambre, pues no bien habia entrado en la plaza cuando un caballero bien vestido, á cuyo lado pasaba, agarrándome por el brazo

me dijo: ¿chiquito, quieres servirme? porque me alegraría tener un criado como tú. Y yo un amo como vuesa merced, le respondi prontamente. Siendo eso así, me replicó, desde ahora mismo date por recibido, sigueme; y yo lo hice sin réplica.

Este caballero, que podia tener como unos treinta años, y se llamaba don Abel, estaba hospedado en una posada de caballeros, donde ocupaba un cuarto decentemente alhajado. Era un jugador de profesion, y vean ustedes la vida que hacíamos: por la mañana le picaba yo tabaco para fumar cinco ó seis cigarros, le limpiaba la ropa, iba á llamar al barbero para que le viniese á afeitarse y componerle los bigotes, y hecho esto, se marchaba á las casas de juego, de donde no volvía hasta las once ó doce de la noche; pero todas las mañanas antes de salir sacaba tres reales del bolsillo, y me los daba para que comiese, dejándome libertad para que hiciera lo que se me antojase hasta las diez de la noche, con tal que me hallára en casa cuando volviera. Estaba él muy contento conmigo, y dió orden para que se me hiciera una librea muy galana, con la cual parecia propiamente un mensajero de damas de galanteo. Tambien yo estaba muy alegre con mi oficio, y en verdad no podia hallar otro que mas adaptase á mi genio.

Hacia ya casi un mes que pasaba tan buena vida, cuando el amo me preguntó un dia si estaba contento con él, y habiéndole contestado que no podia estarlo mas: pues bien, me replicó, mañana saldremos para Sevilla á donde me llaman mis negocios. No te pesará el ver aquella capital de Andalucía, pues ya habrás oido muchas veces decir que *quien no ha visto á Sevilla, no ha visto maravilla*. Que me place, respondi yo; estoy pronto á seguir á vmd. á cualquiera parte del mundo. En el mismo dia el ordinario de Sevilla vino á la posada de caballeros á tomar un gran baul donde estaba la ropa de mi amo, y al siguiente tomamos el camino de Andalucía.

Era el señor don Abel tan afortunado en el juego, que solamente perdia cuando le acomodaba, lo que le obligaba á mudar con frecuencia de lugar, por no estar espuesto al resentimiento y venganza de los mentecatos que se dejaban engañar; y este fué el motivo de nuestro viage. Llegados á Sevilla nos alojamos en una posada de caballeros cerca de la puerta de Córdoba donde comenzamos á vivir como en Toledo. Pero mi amo halló diferencia entre las dos ciudades. En las casas de juego de Sevilla encontró jugadores tan afortunados como él, de suerte que algunas veces volvía á casa de muy mal humor. Una mañana que todavia le duraba el enojo de haber perdido cien doblones el dia anterior, me preguntó, por qué no habia llevado la ropa sucia á la lavandera. Señor, le respondi yo, porque enteramente se me olvidó.

Al oír esto se encendió en cólera, y me pegó media docena de bofetadas tan terribles que me hicieron ver mas luces que las que habia en el templo de Salomon, diciéndome al mismo tiempo: toma, bribonzuelo, esto es para que otra vez te acuerdes de cumplir con tu obligacion. ¿Quiéres que cien veces te advierta yo lo que debes hacer? ¿por qué no eres tan puntual para servir como para comer? no siendo un bestia, como ciertamente no lo eres, bien podias tener presente lo que debes hacer sin esperar á que yo te lo recordára. Dicho esto se salió muy enfadado del cuarto, dejándome sumamente sentido de las bofetadas que me dió por tan pequeño motivo.

Poco despues le sucedió no sé qué lance en el juego, que volvió á casa muy acalorado. Escipion, me dijo, he determinado irme á Italia, y debo embarcarme mañana en un buque que se vuelve á Génova. Tengo mis motivos para hacer este viage; discurro querrás venir conmigo y aprovechar esta excelente ocasion de ver el pais mas delicioso del mundo. Respondi que venia en ello; pero en mi interior pensaba en desaparecer al tiempo de ir á marchar. Andaba discurriendo el modo de vengarme de las bofetadas, y me pareció que éste era el

mas ingenioso. Satisfecho y ufano de que me hubiese ocurrido semejante idea, no pude contenerme de confiársela á cierto valenton á quien encontré casualmente en la calle. Habia yo contraido en Sevilla algunas malas amistades, y principalmente la de este guapo. Contéle el lance de las bofetadas, y el motivo de ellas; y revelándole el designio en que estaba de dejar á don Abel, escapándome cuando se fuese á embarcar, le pregunté qué le parecia esta determinacion.

El valenton arqueando las cejas y retorciéndose el bigote, y despues afeando en tono grave la accion de mi amo, me dijo: mocito, serás un hombre sin honra toda tu vida si te contentas con la frivola venganza que has meditado para volver por ella. No basta dejar á don Abel y no pisar mas su casa; es menester darle un castigo proporcionado á tu afrenta. Robémosle tú y yo todo su equipage y dinero para repartirlo despues entre los dos como buenos hermanos. No obstante mi natural propension á hurtar, no dejó de estremecerme y causarme algun horror un robo de tanta importancia. En medio de eso el archiganzúa que me hizo la propuesta, tuvo arte para convencerme; y vean ustedes cual fué el éxito de nuestra empresa. El jaqueton, hombre robusto y rollizo, vino á la posada el dia siguiente á boca de noche. Mostréle el gran baul en que mi amo habia encerrado sus ropas, y le pregunté si podria él solo cargar con un mueble tan pesado. ¿Tan pesado? me dijo: sábetelo que cuando se trata de llevar lo ageno, cargaria yo con el arca de Noé. Diciendo esto agarró el baul, echósele á cuestas como si fuera una paja, y bajó las escaleras con la mayor ligereza. Seguile yo al mismo paso, y ya estábamos los dos á la puerta de la calle, cuando héte aqui á don Abel, que por gran fortuna suya llegó á tiempo tan oportuno.

¿A dónde vas con ese cofre? me dijo muy enfadado. Fué tanta mi turbacion que no acerté á responderle ni una sola palabra, y el guapeton viendo errado el golpe, echó el baul á tierra y se escapó para ahorrar contestaciones. ¿A dónde vas, pues, con ese baul? me volvió á preguntar mi amo. Señor, le respondi mas muerto que vivo, le hacia llevar al buque donde su merced se ha de embarcar mañana para Italia. ¿Pero por dónde sabias tú, me replicó en que buque me habia de embarcar? señor, repuse prontamente, *quien lengua tiene á Roma vá*: informariame en el puerto, y allí me lo dirian. Al oír esta respuesta, que se le hizo muy sospechosa, me miró con unos ojos que parecian quererme tragar, y yo temí repetirse las bofetadas: pero dime, replicó otra vez, ¿quién te mandó que sacases el baul fuera de la posada sin orden mia? Su merced mismo, le dije. ¿Ya no se acuerda vmd. de la reprension que me dió hace pocos dias? ¿No me dijo vmd. regañándome, que sin esperar sus órdenes hiciese por mi mismo mi obligacion para servirle? pues en cumplimiento de este precepto iba á llevar su cofre de vmd. á la embarcacion. Entonces el jugador conociendo que tenia yo mas malicia de la que él habia creído me despidió de su casa diciéndome serenamente: señor Escipion, á mi no me acomodan criados tan sútiles; vaya vmd., señor Escipion, el cielo le guie. No me gusta jugar con sugetos que tan pronto tienen una carta de mas como de menos. Quitate de mi presencia, añadió mudando de tono, si no quieres que te haga cantar sin solfa.

No aguardé á que me lo dijese dos veces: me alejé al momento lleno de miedo de que me mandase quitar el vestido, que por fortuna me dejó, y eché á andar pensando á dónde podria ir á alojarme con dos reales á que se reducía todo mi caudal. Llegué á la puerta del palacio arzobispal á tiempo que se estaba disponiendo la cena, y salia de la cocina un olor tan grato que se percibia una legua en contorno. ¡Cáspita! dije entre mí, me contentaria con cualquiera de estos platos que me regalan el olfato; y aun solo con que me dejasen meter en alguno los cuatro deditos y el pulgar. Pero qué, ¿no podré discurrir un medio para probar estos platos que

no he hecho mas que oler? ¿Por qué no? Esto no me parece imposible. Entregado enteramente á este pensamiento me ocurrió una feliz treta que quise probar inmediatamente, y no me salió mal. Entré en el patio de palacio y comencé á correr hácia las cocinas gritando á mas no poder en aire y tono de asustado: ¡socorro! ¡socorro! como si me viniera siguiendo alguno para quitarme la vida.

A mis descompasadas voces acudió apresurado el maestro Diego, cocinero del arzobispo, con tres ó cuatro galopines de cocina; y no viendo á nadie mas que á mí, todos me preguntaron qué tenia y por qué gritaba de aquella manera. Señores, les respondí fingiendo miedo, por amor de Dios favoréscanme ustedes y librenme de ese asesino que me quiere matar. ¿A dónde está ese asesino? exclamó Diego, porque tú estás solo, y tras de ti no viene siquiera un gato. Vamos, hijo mio, sosiégate: sin duda que algun bufon se ha querido divertir en asustarte, y se ha retirado luego que te ha visto entrar en palacio, porque cuando menos le hubiéramos cortado las orejas. No, no, le dije al cocinero: no me siguió de chanza; es un gran ladron que queria robarme, y estoy seguro de que me está esperando en la calle. Si fuese así, replicó el cocinero, en verdad que tendrá que aguardarte largo tiempo, porque has de cenar y dormir aquí, y no te dejaremos salir hasta mañana.

No puedo ponderar el gusto que me causaron estas últimas palabras, ni lo admirado que me quedé cuando conducido por el maestro Diego á las cocinas se me presentó á la vista el aparato de la cena. Conté hasta quince personas empleadas en ella; mas no pude contar la variedad de exquisitos platos que se me ofrecieron á la vista. Entonces fué cuando conocí por la primera vez lo que era sensualidad, recibiendo á nariz llena el olor de tantas delicadissimas viandas que jamás habia probado. Tuve la honra de cenar y dormir con los galopines de cocina, todos los cuales quedaron tan prendados de mí, que cuando á la mañana siguiente fuí á dar gracias al maestro Diego por el favor que me habia hecho en recogerme con tanta generosidad la noche anterior, me dijo: mis mozos de cocina te han tomado tanto cariño, que todos á una voz me han asegurado se alegrarian de tenerte por camarada. Dime ahora con toda franqueza si gustarias ser su compañero. Yo le respondí que si lograra tal fortuna me tendria por el hombre mas feliz del mundo. Siendo eso así, amigo mio, me dijo, desde este mismo punto te puedes contar por criado de la casa arzobispal; y diciendo esto me llevó al cuarto del mayordomo, el cual observando mi despejo, me juzgó digno de ser admitido entre los marmitones.

Al instante que tomé posesion de tan decoroso empleo el maestro Diego, que seguia la antigua costumbre de los cocineros de las casas grandes, conviene á saber, de enviar todos los dias varios platos á sus queriditas, me eligió para enviar á cierta dama de la vecindad ya trozos de ternera, y ya aves y cacería. Era la buena señora una viuda de treinta años á lo mas, muy linda y vivaracha, y que tenia todas las trazas de no ser del todo fiel á su generoso cocinero. Este, no contento con proveerla de pan, carne, tocino y aceite, la abastecia tambien de vino; y todo esto, ya se entiende, á costa del señor arzobispo.

En el palacio de su ilustrísima acabé de perfeccionarme en mis mañas, pegando un chasco de que todavia hay y habrá por largo tiempo en Sevilla gran memoria. Los pages y otros familiares pensaron en representar una comedia para celebrar los dias del amo. Escogieron la de *Los Benavides*; y como era menester un muchacho de mi edad que hiciese el papel de rey niño de Leon, echaron mano de mí. El mayordomo, que se preciaba de saber representar, tomó de su cuenta el ensayarme, y con efecto me dió algunas lecciones asegurando á todos que no seria yo el que me portase peor. Como la funcion la costeaba el arzobispo, no se perdonó gasto alguno para que fuese lucida. Armóse en un salon un soberbio teatro

adornado con el mejor gusto, en uno de cuyos lados se dispuso un lecho de céspedes, donde debia yo fingirme dormido cuando viniesen los moros á asaltarme para llevarme prisionero. Luego que todos los actores estuvieron ensayados, el arzobispo señaló dia para la funcion, convidando á todas las damas y principales caballeros de la ciudad.

Llegada la hora de la comedia cada actor se vistió del traje que le correspondia. Por lo que toca al mio el sastre me le presentó acompañado del mayordomo, que habiendo tenido el trabajo de ensayarme, quiso tener tambien la paciencia de verme vestir. Trájome el sastre un ropage talar de rico terciopelo azul, todo guarnecido de galones y botones de oro, y con mangas largas adornadas con flecos del mismo metal. El propio mayordomo me puso en la cabeza por su mano una corona de carton dorado, sembrada de muchas perlas finas mezcladas con algunos diamantes falsos. Pusieronme una faja de seda de color de rosa, recamada toda de flores de plata, y cuyos remates eran dos graciosas borlas de hilo de oro. A cada cosa de estas que me ponian, se me figuraba que me estaban dando alas para volar y escaparme. Comenzó en fin la comedia al anochecer: yo abrí la escena con una relacion, la cual concluia diciendo que no pudiendo resistir á las dulzuras del sueño iba á entregarme á él. Con efecto, me meti entre bastidores, y me recosté en el lecho de céspedes que me estaba preparado; pero en lugar de dormir, me puse solo á pensar de qué modo podria salir á la calle y escaparme con mis vestiduras reales. Una escalerilla oculta, por la cual se bajaba desde el teatro al salon, me pareció á propósito para la ejecucion de mi designio. Levantéme de la cama con mucho tiento, y viendo que nadie me observaba, me escurri por dicha escalerilla al salon, á cuya puerta pude llegar diciendo: *á un lado, á un lado, que voy á mudar de traje*. Todos se pusieron en fila para dejarme pasar, de manera que en menos de dos minutos sali libremente del palacio á favor de la oscuridad, y me fuí á casa de mi amigo el valenton.

Quedóse parado de verme en aquel traje; contéle el caso, que le hizo reir hasta mas no poder. Abrazóme con tanto mas regocijo cuanto se lisonjeaba de tener parte en los despojos del rey de Leon; me felicitó por haber dado un golpe diestro, y me dijo que si los progresos correspondian á los principios haria yo con el tiempo gran ruido en el mundo por mi talento. Despues que nos alegramos y divertimos largamente los dos celebrando mi grande hazaña, pregunté yo á mi jaqueton: ¿y qué hemos de hacer ahora de estos ricos vestidos? Eso no te dé cuidado, me respondió; conozco á un prendero muy hombre de bien, el cual compra toda la ropa que le llevan á vender sin andar con preguntas, una vez que le tenga cuenta el comprarla. Mañana le buscaré y le traeré aqui.

En efecto, al dia siguiente muy de mañana se levantó dejándome en la cama, y despues volvió con el prendero, el cual traia un lio cubierto con tela amarilla. Amigo, me dijo, aqui te presento al señor Ibañez de Segovia, hombre de la mayor integridad, á pesar del ejemplo que le dan los de su oficio. El te dirá lo que vale en conciencia el vestido de que te quieres deshacer, y puedes fiarte ciegamente en lo que te dijere. En cuanto á eso, dijo el prendero, me tendria por el hombre mas ruin y miserable del mundo si tasara una cosa en menos de lo que vale. Hasta ahora, gracias á Dios, ninguno ha tachado de esto á Ibañez de Segovia. Veamos, añadió, esa ropa que vmd. quiere vender, y le diré en conciencia lo que vale. Aqui está, dijo el valenton poniéndosela delante: no me negará vmd. que nada hay mas magnifico; observe usted la hermosura de este terciopelo de Génova, y lo exquisito de su guarnicion. Verdaderamente que me encanta, respondió el prendero despues de haber examinado el vestido con la mayor atencion; es de lo que no he visto en mi vida. ¿Y qué juicio hace vmd., le preguntó mi amigo, de las perlas que adornan esta corona? Si fueran redondas, respondió Ibañez, no tendrian

precio; pero tales cuales son me parecen bellisimas, y me gustan tanto como lo demas. No puedo menos de decir lo que siento: otro prendero estafador en mi lugar aparentaria despreciar la mercancia para adquirirla á bajo precio, y no se avergonzaria de ofrecer por ella veinte doblones; pero yo, que tengo conciencia, ofrezco cuarenta.

Aun cuando Ibañez hubiera ofrecido ciento, no hubiera sido un apreciador muy justificado, pues que solamente las perlas valian mas de doscientos; pero el valenton, que se entendia con él me dijo: mira la fortuna que has tenido en tropezar con un hombre tan timorato. El señor Ibañez aprecia las cosas como si estuviera en el articulo de la muerte. Asi es, respondió el prendero, y por eso no hay que andar regateando conmigo ni por un solo maravedi; en cuyo supuesto este me parece ya negocio concluido: voy á dar el dinero. Espere vmd., le replicó el valenton; antes de eso es menester que mi amiguito se pruebe el vestido que le dije á vmd. trajese para él, y mucho me engañaré si no le viene pintado. Desenvolvió entonces el lio el prendero, y me presentó una ropilla y unos calzones de buen paño musgo, con botones de plata, todo medio usado. Me levanté para probarme el vestido, y aunque me venia muy ancho y largo, les pareció á los dos compinches haberse hecho á propósito para mi. Ibañez lo tasó en diez doblones, y como nada se habia de replicar á lo que decia, me fué preciso pasar por ello: de manera que sacó treinta doblones del bolsillo, los dejó sobre una mesa, hizo un envoltorio de mis vestiduras reales y de mi corona, y se lo llevó.

Luego que se marchó me dijo el valenton: estoy muy satisfecho de este prendero. Tenia razon para estarlo, porque puedo asegurar que le sacó por lo menos cien doblones de beneficio. Sin embargo, no se contentó con esto; tomó sin ceremonia la mitad del dinero que habia sobre la mesa, y me dejó lo restante diciéndome: mi querido Escipion, te aconsejo que con esos quince doblones que te quedan salgas al momento de esta ciudad, en donde puedes considerar las diligencias que se harán para buscarte de orden del señor arzobispo. Tendria yo el mayor sentimiento si despues de la heroica accion que has hecho para inmortalizar tu nombre, te espusieras neciamente á ser encerrado en una prision. Respondile que ya estaba resuelto á alejarme cuanto antes de Sevilla; y con efecto, habiendo comprado un sombrero y algunas camisas sali de la ciudad, y caminando por la espaciosa y amena campiña que entre viñas y olivares conduce á la antigua ciudad de Carmona, en tres dias llegué á Córdoba.

Alojéme en un meson á la entrada de la plaza mayor donde viven los mercaderes. Vendime por un hijo de familia natural de Toledo, que viajaba únicamente por mi gusto: mi trage era bastante decente para hacerlo creer; y algunos doblones que de propósito saqué delante del posadero le acabaron de persuadir, si ya en vista de mis pocos años no me tuvo por algun muchacho travieso que se habia escapado de casa de sus padres despues de haberles robado. Como quiera que fuese, él no se mostró muy deseoso de saber mas de lo que yo le decia, quizá por temor de que su curiosidad no me obligase á mudar de posada. Por seis reales diarios se daba buen trato en esta casa, donde comunmente habia gran concurrencia de gente. Conté por la noche á la cena hasta doce personas de mesa, y lo mejor que habia era que todos comian sin hablar palabra, escepto uno que hablando sin cesar á diestro y siniestro, compensaba bien con su charlataneria el silencio de los demas. Preciábase de agudo y de gracioso, contando cuentos y embanastando chistes para divertirnos, los que alguna vez nos hacian reir á carcajadas, menos en verdad por celebrar sus ocurrencias que por burlarnos de ellas.

Yo por mi hacia tan poco caso de todo lo que charlaba aquel estafalario, que me hubiera levantado de la mesa sin poder dar razon de nada de cuanto habia hablado, á no haberse metido él mismo en una conversa-

cion que me importaba. Señores, exclamó al fin de la cena: les reservo á ustedes para postre un gracioso chasco que los dias pasados dió un picaro de muchacho en el palacio del arzobispo de Sevilla. Contómelo cierto bachiller, amigo mio, que se halló presente. Sobresaltáronme un poco estas palabras, no dudando que el lance que iba á contar era el mio, y con efecto no me engañé. Refirió el tal sugeto el pasage con toda exactitud, y aun me hizo saber lo que yo ignoraba, es decir, lo ocurrido en el salon despues de mi fuga que fué lo que voy á referir á ustedes.

Apenas me escapé, cuando los moros, que segun el orden de la comedia que se representaba debian apoderarse de mi, aparecieron en la escena con el designio de venir á sorprenderme en la cama de césped en que me creian dormido; pero cuando quisieron echarse sobre el rey de Leon se quedaron sumamente atónitos de no encontrar ni rey ni Roque. Paró la comedia, agitáronse todos los actores; unos me llaman; otros me buscan, este grita, y aquel me da á todos los diablos. El arzobispo, que oyó la bulla y confusion que habia detrás del teatro, preguntó la causa. A la voz del prelado un page que hacia de gracioso en la comedia, salió y dijo: no tema ya su ilustrisima que los moros hagan prisionero al rey de Leon, porque acaba de ponerse en salvo con sus ves-



Se acercó á mi un anciano pobre y me pidió limosna. — Pág. 197.
tiduras reales. ¡Bendito sea Dios! exclamó el arzobispo; ha hecho muy bien en huir de los enemigos de nuestra religion, librándose de las cadenas que le preparaban. Sin duda se habrá vuelto á Leon, capital de su reino, y deseo que haya llegado con toda felicidad. Por lo demas, mando seriamente que ninguno vaya en su seguimiento; sentiria mucho que su magestad tuviese que padecer la menor desazon por parte mia. Luego que dijo esto, dió orden de que se leyese en alta voz mi papel, y se acabase la comedia.

CAPITULO XI.

Prosigue la historia de Escipion.

Mientras me duró el dinero, el posadero usó de grandes atenciones conmigo; pero luego que advirtió que se me habia acabado, comenzó á tratarme con desagrado buscando camorra á cada paso, y una mañana me dijo que le hiciese el gusto de salir de su casa. Dejéla desdenosamente, y me entré á oír misa en la iglesia de los padres dominicos. Mientras la estaba oyendo se acercó á mi un anciano pobre y me pidió limosna; saqué del bolsillo dos ó tres maravedises que le di, diciendo: amigo mio, ruegue usted á Dios que me proporcione pronto una buena conveniencia: si fuere oída su oracion no se arrepentirá de haberla hecho, y cuente con mi agradecimiento.

A estas palabras me miró el pobre con mucha atencion, y con seriedad me dijo: ¿qué clase de conveniencia desea vmd.? Quisiera, le respondi, acomodarme de lacayo en cualquiera casa en donde lo pasase bien. Me preguntó si me urgia: no puede urgir mas, le contesté, porque sino logro cuanto antes la dicha de colocarme, no hay medio, ó habré de morir de hambre, ó tendré que ser uno de vuestros compañeros. Si llegara ese caso, repuso él, se le haria á vmd. muy cuesta arriba no estando acostumbrado á nuestra vida; pero á poco que se hiciese á ella, preferiria nuestro estado al de servir, que es sin disputa inferior á la mendicidad. Sin embargo, ya que vmd. quiere mas servir que pasar como yo una vida holgada é independiente, dentro de poco tendrá vuesa merced amo. Aqui donde vmd. me ve puedo ser útil: hállese aqui mañana á esta misma hora.

Tuve buen cuidado de no faltar: volví al dia siguiente al mismo sitio, en donde no tardó mucho en presentarse el mendigo, que acercándose á mi me dijo que tuviera la bondad de seguirle. Hicelo así, y me llevó á un sótano no distante de la misma iglesia, y en el cual tenia su albergue. Entramos ambos en él, y habiéndonos sentado en un banco largo que por lo menos habria servido cien años, el pobre me habló de esta manera: una buena accion, como dice el refran, halla siempre su recompensa; ayer me dió vmd. limosna, y esto me ha determinado á proporcionarle una buena colocacion, la que si Dios quiere se conseguirá muy presto. Conozco á un dominico anciano llamado el padre Alejo, que es un santo religioso, y un excelente director espiritual: tengo el honor de ser su demandadero, y desempeño este empleo con tanta discrecion y fidelidad, que nunca se niega á emplear su valimiento en mi favor y en el de mis amigos. Yo le hablé de vmd. y le dejé muy inclinado á servirle. Le presentaré á su reverencia cuando usted quiera.

No hay que perder momento, dije al viejo mendigo, vamos ahora mismo á ver ese buen religioso. Vino en ello el pobre, y al momento me condujo á la celda del padre Alejo, á quien encontramos escribiendo cartas espirituales. Suspendió su trabajo para hablarme, y me dijo que á ruegos del mendigo se interesaba por mi: habiendo sabido, continuó, que el señor Baltasar Velazquez necesita de un criado, le he escrito esta mañana en tu favor, y acaba de responderme que te recibirá ciegamente yendo con mi recomendacion: puedes ir hoy mismo á verle de mi parte, porque es mi pariente y amigo. Sobre esto el religioso me estuvo exhortando por espacio de tres cuartos de hora á que cumpliese bien con mis deberes, y se estendió particularmente sobre la obligacion que yo tenia de servir con esmero al señor Velazquez, y concluyó asegurándome que él cuidaria de mantenerme en mi acomodo, con tal que mi amo no tuviese queja de mi.

Despues de haber dado gracias por su favor al religioso, salí del convento con el pordiosero, quien me dijo que el señor Baltasar Velazquez era un mercader de

paños anciano, rico, cándido y bondadoso; y no dudo, añadió, que lo pasará vmd. perfectamente en su casa. Me informé del sitio donde vivia, y al momento pasé allá despues de haber prometido al mendigo mostrarme agradecido á sus buenos servicios tan pronto como estuviese bien arraigado en mi acomodo. Entré en una gran tienda, en donde dos mancebos decentemente puestos que se paseaban de un lado á otro con modales afectados esperaban compradores. Preguntéles si el amo estaba en casa, y les dije que tenia que hablarle de parte del padre Alejo; al oír este nombre venerable me hicieron entrar en la trastienda, donde estaba el mercader hojeando un gran libro de asiento que tenia sobre el escritorio; saludéle respetuosamente, y habiéndome acercado á él: señor, le dije, yo soy el mozo que el reverendo padre Alejo le ha propuesto para criado. ¡Ah! hijo mio, me respondió, seas muy bien venido; basta que te envíe ese santo hombre; te recibo á mi servicio con preferencia á tres ó cuatro criados por quienes me han hablado; es negocio concluido, y desde hoy te corre el salario.



Señor, le dije, este primer talego es para vmd. solo, sirvase vmd. de él para sus necesidades. — Pág. 198.

No necesité estar mucho tiempo en casa del mercader para conocer que era tal cual me le habian pintado: y aun me pareció tan sencillo que no pude menos de pensar en lo mucho que me costaria dejar de jugarle alguna pieza. Hacia cuatro años que estaba viudo, y tenia dos hijos, uno varon que acababa de cumplir veinte y cinco años, y una hembra que entraba en los quince. Esta, educada por una dueña severa y dirigida por el padre Alejo, caminaba por la senda de la virtud; pero Gaspar Velazquez, su hermano, aunque nada se habia omitido para hacerle hombre de bien, tenia todos los vicios de un mozo licencioso. A veces pasaba dos ó tres dias fuera de casa, y si cuando volvía le daba el padre

alguna reprension, Gaspar le mandaba callar levantando la voz mas que él.

Escipion, me dijo un dia el viejo, tengo un hijo que me da mucho que sentir; está envuelto en todo género de desórdenes, lo que verdaderamente estraño, porque su educacion de ningun modo fué descuidada; le he tenido buenos maestros, y mi amigo, el padre Alejo, ha hecho cuanto ha podido para atraerle al camino de la virtud sin haberlo podido conseguir; Gaspar se ha enfangado en el libertinage. Acaso me dirás que le he tratado con demasiada indulgencia en la pubertad, y que eso le habrá perdido; pero no es así: le he castigado siempre que me pareció necesario el rigor; porque aunque soy tan bonazo, tengo entereza en las ocasiones que la piden; y aun le hice encerrar en una casa de correccion, de donde salió peor que entró en ella. En una palabra, es de aquellos mozos perdidos, á quienes no pueden corregir el buen ejemplo, las reprensiones, ni los castigos; solo Dios puede hacer este milagro.

Si no me causó lástima la afliccion de aquel desgraciado padre, á lo menos aparenté que la tenia. ¡Cuánto me compadezco, señor! le dije: un hombre tan honrado como usted merecia tener mejor hijo. ¿Qué le hemos de hacer, hijo mio? me respondió: Dios ha querido privarme de este consuelo. Entre los pesares que me da Gaspar, continuó, te diré en confianza uno que me causa mucho desasosiego, y es la inclinacion á robarme, que con demasiada frecuencia halla medios de satisfacer, á pesar de mi vigilancia. El criado antecesor tuyo estaba de inteligencia con él, y por eso le despedí; pero de ti espero que no te dejarás seducir de mi hijo, y que mirarás con celo y fidelidad por mis intereses, como sin duda te lo habrá encargado mucho el padre Alejo. Así es, señor, le repliqué: durante una hora su reverencia no hizo otra cosa que exhortarme á no tener puesta la mira sino en el bien de su merced; pero puedo asegurar que para esto no necesitaba de su exhortacion, porque me siento dispuesto á servir á su merced fielmente, y por último, le prometo un celo á toda prueba.

Para sentenciar un pleito es necesario oír á las dos partes. El mocito Velazquez, elegante hasta dejarlo de sobra, juzgando por mi fisonomia que yo no sería mas difícil de seducir que mi antecesor, me llamó á un parage retirado, y me habló en estos términos: Escucha, amigo mio: estoy persuadido de que mi padre te habrá encargado que me espíes; pero te advierto que mires como lo haces, porque este oficio tiene sus quiebras. Si llego á conocer que andas averiguando mis acciones, te he de matar á palos; pero si quieres ayudarme á engañar á mi padre puedes esperar todo de mi agradecimiento. ¿Quieres que te hable mas claro? tendrás tu parte en las redadas que echemos juntos: escoge, y en este mismo momento declárate por el padre ó por el hijo, porque no admito neutralidad.

Señor, le respondí, mucho me estrecha vmd., y veo bien que no podré menos de declararme en su favor, aunque en la realidad me repugna ser traidor al señor Velazquez. Déjate de esos escrúpulos, replicó Gaspar: mi padre es un viejo avaro que quisiera traerme todavía con andadores, un miserable que me niega lo que necesito, rehusándose á contribuir á mis placeres, siendo estos de pura necesidad en la edad de veinte y cinco años: este es el verdadero aspecto bajo el cual debes mirar á mi padre. Basta, señor, le dije; no es posible resistir á un motivo tan justo de queja; me ofrezco á ayudar á vmd. en sus loables empresas; pero ocultemos ambos bien nuestra inteligencia para que no se vea en la calle vuestro fiel aliado. Creo que lo acertará vmd. si aparenta aborrecerme; hábleme con aspereza en presencia de los demas, sin escasear las malas palabras: tampoco hará daño tal cual bofetón, y algun puntapie en las asentaderas; antes bien cuanta mas aversion me mostraré vmd. tanta mayor confianza hará de mi el señor Baltasar. Por mi parte fingiré huir de la conversacion de vmd.: en la mesa le serviré mostrando que lo hago á

mas no poder; y cuando hable de vmd. con los mancebos de la tienda, no lleve á mal que diga de su persona cuanto malo me viniere á la boca.

¡Vive diez! exclamó el mozo Velazquez al oír estas últimas palabras, que estoy admirado de ti, amigo mio: en la edad que tienes muestras un ingenio singular para todo lo que sea enredo: desde luego me prometo de él los mas felices resultados, y espero que con el auxilio de tu talento no he de dejar ni un solo doblón á mi padre. Usted me honra demasiado, le dije, confiando tanto en mi industria: haré cuanto pueda para no desmentir el concepto que ha formado de mi, y sino puedo conseguirlo, á lo menos no será culpa mia.

Tardé poco en hacer ver á Gaspar que yo era efectivamente el hombre que necesitaba; y he aquí cual fué el primer servicio que le hice. El arca del dinero de Baltasar estaba en la alcoba, donde dormia este buen hombre, al lado de su cama y le servia de reclinatorio. Siempre que yo la veia me alegraba la vista, y en mi interior le decia muchas veces: Mi amada arca, ¿estarás siempre cerrada para mí? ¿no tendré nunca el placer de contemplar el tesoro que encierras? Como yo iba cuando me daba la gana á la alcolba, cuya entrada solo á Gaspar le estaba prohibida, entré un dia á tiempo que su padre creyendo que nadie le veia, despues de haber abierto y vuelto á cerrar el arca, escondió la llave detrás de un tapiz. Noté cuidadosamente el sitio, y di parte de este descubrimiento al amo mozo, que me dijo abrazándome de alegría: ¡Ah! mi querido Escipion, ¿qué es lo que acabas de decirme? Nuestra fortuna es hecha, hijo mio: hoy mismo te daré cera, estamparás en ella la llave, y me devolverás la cera prontamente: poco trabajo me costará hallar un cerrajero servicial en Córdoba, que no es la ciudad de España donde hay menos bribones.

¿Pero á qué fin, dije á Gaspar, quiere vmd. mandar hacer una llave falsa, cuando podemos servirnos de la verdadera? Es cierto, me respondió; pero temo que mi padre por desconfianza ó por otro motivo la quiera esconder en otra parte: y lo mas seguro es tener una que sea nuestra. Creí fundado su recelo, y aprobando su pensamiento me dispuse á estampar la llave en la cera, lo que ejecuté una mañana mientras que mi viejo amo hacia una visita al padre Alejo, con quien tenia frecuentemente largas conversaciones. No contento con esto me servi de la llave para abrir el arca, que estando llena de talegos grandes y pequeños, me puso en una perplejidad agradable porque no sabia cual escoger, sintiéndome ciegamente enamorado de los unos y de los otros. Sin embargo, como el miedo de ser sorprendido no me permitia hacer un detenido exámen, eché mano á Dios y á ventura de uno de los mayores. En seguida habiendo cerrado el arca y vuelto á poner la llave detrás del tapiz, sali de la alcoba con mi presa, que fui á esconder debajo de mi cama en una pieza pequeña donde yo dormia.

Despues de concluida esta operacion con tanta felicidad, me fui á buscar al jóven Velazquez, que me estaba esperando en una casa vecina para donde me habia dado cita, y le llené de gozo contándole lo que acababa de ejecutar. Quedó tan satisfecho de mí que me hizo mil caricias, y me ofreció generosamente la mitad del dinero que habia en el talego, que yo no quise aceptar. Señor, le dije, este primer talego es para vmd. solo, sirvase vmd. de él para sus necesidades. Presto volveré á hacer una visita al arca, en donde, gracias á Dios, hay dinero para entrambos. Efectivamente, tres dias despues saqué de ella otro talego, que contenia como el primero quinientos escudos, de los cuales no quise admitir mas que la cuarta parte, por mas instancias que me hizo Gaspar para obligarme á que los repartiésemos entre los dos como buenos hermanos.

Luego que el mozuelo se vió con tanto dinero, y por consiguiente en estado de satisfacer la pasion que tenia á las mugeres y al juego, se entregó á ellas totalmente; y aun tuvo la desgracia de encapricharse con una de

aquellas famosas damas cortesanas que en poco tiempo devoran y se tragan los caudales mas pingües. Ocasionó-le esta tan escesivos gastos, y me puso en la necesidad de hacer tantas visitas al arca, que al fin el viejo Velazquez echó de ver que le robaban. Escipion, me dijo una mañana, tengo que hacerte una confianza: alguno me roba, amigo mio: han abierto mi arca del dinero, y me han sacado de él muchos talegos. El hecho es constante ¿pero á quien debo atribuir este robo? ó, por mejor decir, ¿quién otro sino mi hijo puede haberle hecho? Gaspar habrá entrado furtivamente en mi alcoba, ó acaso tú mismo le habrás introducido en ella, porque estoy tentado á creerte su confederado aunque parezcáis mal avenidos los dos. Sin embargo, no quiero abrigar esta sospecha, habiendo salido el padre Alejo por responsable de tu fidelidad. Respondi que, gracias al cielo, no me tentaba la hacienda ajena, y acompañé esta mentira con una exterioridad hipócrita que contribuyó á sincerarme.

Con efecto, el viejo no volvió á hablarme sobre el asunto; pero no dejó de envolverme en su desconfianza, y tomando precauciones contra nuestros atentados, mandó poner al arca una cerradura nueva, cuya llave traía desde entonces continuamente en la faltriquera. Habiéndose interrumpido por este medio toda comunicacion entre nosotros y los talegos, quedamos sin saber lo que nos pasaba, particularmente Gaspar, que no pudiendo ya gastar tanto con su nieta, temió hallarse precisado á no verla mas. En medio de esto discurrió un arbitrio ingenioso que le proporcionó mantener su correspondencia por algunos dias mas, y fué el de apropiarse por via de empréstito aquello que me habia tocado á mí de las sangrias que yo habia hecho al arca. Entreguéle hasta el último maravedí, lo que, á mi parecer podia pasar por una restitucion anticipada que yo hacia al mercader anciano en la persona de su heredero.

Luego que el desordenado mozo acabó de consumir aquel recurso, considerando que ya no le quedaba ningun otro, cayó en una melancolia profunda y oscura, que poco á poco trastornó su razon. No mirando ya á su padre sino como á un hombre que causaba la desgracia de su vida, dió en una furiosa desesperacion, y sin escuchar la voz de la sangre, el miserable concibió el horroroso designio de envenenarle. Poco satisfecho con haberme confiado este execrable proyecto, tuvo aliento para proponerme le sirviese de instrumento á su venganza. Horricéme al oírle semejante propuesta, y le dije: ¿es posible, señor, que esteis tan dejado de la mano de Dios que hayais podido formar esa abominable resolucion! Pues qué, ¿tendriais valor para quitar la vida al autor de la vuestra? ¿Habriais de ver en España, en el seno del cristianismo, cometerse un crimen cuya sola idea horrorizaria á las mas bárbaras naciones? No, mi querido amo, añadi echándome á sus pies, no, vmd. no hará una accion que escitaria contra sí toda la indignacion de la tierra, y que seria castigada con un infame suplicio.

Aleguéle todavía á Gaspar otras razones para disuadirle de un pensamiento tan culpable; y yo no sé dónde pude encontrar raciocinios tan honrados y discretos como empleé para combatir su desesperacion, lo cierto es que le hablé como pudiera un doctor de Salamanca, á pesar de ser tan jóven é hijo de la Coscolina. No obstante por mas que hice para convencerle de que debia volver sobre sí y desechar animosamente las detestables ideas que se habian apoderado de su ánimo, fué inútil toda mi elocuencia. Bajó la cabeza, y guardando un taciturno silencio, me hizo comprender que no desistiria á pesar de cuanto pudiera decirle.

En vista de esto, tomando mi determinacion, dije al anciano que queria hablarle en secreto, y habiéndome encerrado con él: señor, le dije, permitame vmd. que me arroje á sus pies é implore su misericordia. Dichas estas palabras, me postré delante de él lleno de agitacion, y con el rostro bañado en lágrimas. Atónito el mer-

cader de aquella demostracion, y de verme tan turbado, me preguntó qué habia hecho. Un delito de que me arrepiento, le respondí, y que lloraré toda mi vida: he tenido la flaqueza de dar oidos á su hijo de vmd., y de ayudarle á que le robe. Al mismo tiempo le hice una confesion sincera de todo lo sucedido en este particular, despues de lo cual le di cuenta de la conversacion que acababa de tener con Gaspar, cuyo designio le revelé sin omitir la menor circunstancia.

Por mas mal concepto que el anciano Velazquez tuviese de su hijo, apenas podia dar crédito á mis palabras. Sin embargo, no dudando de la verdad de mi narracion: Escipion, me dijo levantándose del suelo, porque estaba todavia arrodillado, yo te perdono en gracia del importante aviso que acabas de darme. Gaspar, continuó alzando la voz, Gaspar quiere quitarme la vida: ¡Ah hijo ingrato! ¡mónstruo á quien hubiera valido mas ahogar al tiempo de nacer que dejarle vivir para ser un parricida! ¿qué motivos tienes para atentar contra mis dias? ¡Todos los años te doy una cantidad suficiente para tus diversiones, y no estás contento! ¿Con que será necesario para contentarte permitirte que disipes todos mis bienes? Habiendo hecho este doloroso apóstrofe, me encargó el secreto, y me dijo que le dejase solo para pensar lo que debia hacer en tan delicada coyuntura.

Yo estaba con la mayor inquietud por saber qué resolucion tomaria aquel desgraciado padre, cuando en el mismo dia llamó á Gaspar, y sin darle á entender lo que sabia, le habló de este modo: hijo mio, he recibido una carta de Mérida, en que me dicen que si te quieres casar, se proporciona una señorita de quince años, que sobre ser muy hermosa, llevará consigo un gran dote. Si no tienes repugnancia al matrimonio, mañana al romper la aurora partiremos los dos á Mérida; veremos la persona que te proponen, y si te gusta te casarás con ella. Cuando Gaspar oyo hablar de un gran dote, y creyendo tenerlo ya en su poder, respondió sin vacilar que estaba pronto á hacer el viage; y con efecto, el dia siguiente al amanecer marcharon solos, y montados ambos en buenas mulas.

Luego que llegaron á las montañas de Fesira, y se vieron en un sitio tan apeteido de los salteadores como temido de los pasajeros, Baltasar echó pie á tierra, diciendo á su hijo que hiciese lo mismo. Obedeció el mozo, y preguntó para qué le hacia apearse en aquel parage. Voy á decirtelo, le respondió el anciano mirándole con unos ojos en que estaban pintados la cólera y el dolor; no iremos á Mérida, y la boda de que te he hablado es una mera invencion mia solo para atraerte aqui. No ignoro, hijo ingrato y desnaturalizado, no ignoro el atentado que proyectas: sé que por disposicion tuya se tiene preparado un veneno para dármele; pero dime, insensato, ¿has podido lisonjearte de quitarme de este modo impunemente la vida? ¡Qué error! Tu crimen se descubriria bien pronto y moririas á manos del verdugo. Hay, continuó, otro medio mas seguro para que satisfagas tu furor sin esponerte á una muerte ignominiosa; aqui estamos los dos sin testigos, y en un sitio en que cada dia se cometen asesinatos. Ya que tan sediento estás de mi sangre, sepulta en mi pecho tu puñal, y se atribuirá esta muerte á los salteadores. A estas palabras, descubriendo Baltasar el pecho, y señalando el sitio del corazon á su hijo: mira Gaspar, añadió, dame aqui un golpe mortal para castigarme de haber engendrado á un malvado como tú.

El jóven Velazquez herido como de un rayo con estas palabras, muy lejos de intentar sincerarse cayó de repente sin sentido á los pies de su padre. El buen anciano viéndole en aquel estado, que le pareció un principio de arrepentimiento, no pudo menos de ceder á la pasion paternal, y acudió prontamente á socorrerle; pero Gaspar, luego que volvió en sí, no pudiendo sufrir la presencia de un padre tan justamente irritado, hizo un esfuerzo para levantarse, volvió á montar en su mula, y se alejó sin decir una palabra. Dejéle ir Baltasar, y

abandonándole á sus remordimientos, se restituyó á Córdoba, en donde seis meses despues supo que su hijo habia tomado el hábito en la cartuja de Sevilla para pasar alli el resto de su vida haciendo penitencia.

CAPITULO XII.

Fin de la historia de Escipion.

Ocasiones hay en que el mal ejemplo suele producir buenos efectos. La conducta que el jóven Velazquez habia tenido me obligó á hacer reflexiones sobre la mia. Comencé á combatir mi inclinacion á hurtar, y me propuse vivir como hombre honrado. El hábito que yo habia contraido de apoderarme de cuanto dinero podia haber á las manos se habia radicado en mi con actos tan repetidos, que no era fácil de vencer. Sin embargo, esperaba lograrlo, persuadido de que para ser virtuoso no es menester mas que quererlo de veras. Empecé, pues, esta grande obra, y el cielo bendijo mis esfuerzos: dejé de mirar con ojos codiciosos el arca del mercader anciano, y aun creo que aunque hubiera estado en mi mano sacar de ella algunos talegos no los hubiera tocado: sin embargo, confesaré que hubiera sido gran imprudencia poner á esta prueba mi integridad reciente, de lo cual se guardó muy bien Velazquez.

Concurría frecuentemente á su casa un caballero jóven de la órden de Alcántara, llamado don Manrique de Medrano. Todos le estimábamos mucho porque era uno de nuestros parroquianos mas nobles, aunque no de los mas ricos. Prendóse tanto de mí este caballero, que siempre que me encontraba se detenía á hablar conmigo mostrando gusto en ello. Escipion, me dijo un dia, si yo tuviera un criado de tu buen humor, creeria poseer un tesoro, y sino estuvieras con un sugeto á quien estimo, nada omitiria para atraerte á mi servicio. Señor, le respondi, eso le costaria muy poco á V. S., porque tengo inclinacion á las personas distinguidas: este es mi flaco: sus modales caballerosos me encantan. Siendo eso asi, me replicó don Manrique, quiero suplicar á mi amigo el señor Baltasar que permita te pases de su servicio al mio, y creo no me negará este favor. Concediósele Velazquez inmediatamente, y con tanta mayor facilidad cuanto que se persuadia que la pérdida de un criado bribon no era irreparable. Por mi parte me alegré de esta traslacion, no pareciéndome el criado de un mercader sino un desharrapado en comparacion del criado de un caballero de Alcántara.

Para hacer á ustedes un retrato fiel de mi nuevo amo, les diré que era un mozo arrogante, que encantaba á todos por sus apacibles costumbres y por su talento, y que ademas tenia mucho valor y probidad. Solo le faltaban bienes de fortuna; pero siendo el segundo de una casa mas ilustre que rica, se veia obligado á vivir á espensas de una tia anciana residente en Toledo, que amándole como si fuera hijo suyo, cuidaba de suministrarle cuanto dinero habia menester para mantenerse. Vestia siempre con mucho aseo, y en todas partes era bien recibido. Visitaba las principales señoras de la ciudad, y entre otras á la marquesa de Almenara, que era una viuda de setenta y dos años, cuyos modales atractivos y agudeza de entendimiento atraian á su casa toda la nobleza de Córdoba. Damas y caballeros gustaban de su conversacion y su casa se llamaba la *buena sociedad*.

Mi amo era uno de los que mas frecuentemente obsequiaban á esta señora. Una noche que acababa de separarse de ella, me pareció verle en un desasosiego que no era natural. Señor, le dije, parece que V. S. está agitado: ¿podrá este fiel criado saber la causa? ¿Le ha acontecido á V. S. alguna cosa extraordinaria? Mi amo se sonrió á esta pregunta, y me confesó que con efecto le ocupaba la imaginacion una conversacion seria que acababa de tener con la marquesa de Almenara. Me alegré, le dije riéndome, que esa niña setentona hubiese he-

cho á V. S. una declaracion de amor. Pues no lo tomes á chanza, me respondió: has de saber, amigo mio, que la marquesa me ama. Me ha dicho: me compadece tanto vuestra escasa fortuna, cuanto aprecio vuestra distinguida nobleza: os miro con particular inclinacion, y he determinado daros mi mano para proporcionaros un estado cómodo, no pudiendo decentemente enriqueceros de otro modo. Preveo que este enlace dará mucho que reir de mí al público; que seré el objeto de las murmuraciones, y que todos me tendrán por una vieja loca que quiere casarse. No me dá cuidado, todo lo despreciaré por proporcionar á vmd. una suerte venturosa; y lo único que temo, me ha añadido, es que mostreis repugnancia al cumplimiento de mi deseo.

Esto es lo que me ha dicho la marquesa, prosiguió mi amo. Teniéndola, como la tengo, por la señora mas juiciosa y prudente de Córdoba, considera lo admirado que quedaria yo de oirla hablar en aquellos términos. Le he respondido que me maravillaba de que me hiciese el honor de proponerme su mano una señora que siempre habia persistido en la resolucion de subsistir viuda hasta la muerte. A esto me ha replicado, que poseyendo tan considerables bienes queria hacer participantes de ellos en vida á un hombre honrado á quien estimaba. Sin duda, le repliqué entonces, que V. S. está ya resuelto á saltar la valla. ¿Puedes dudarle? me respondió mi amo. La marquesa es dueña de inmensos bienes, y tiene prendas eminentes: era preciso estar loco para malograr un establecimiento tan ventajoso para mí.



Don Manrique, ved aqui vuestro cuarto, el mio está al otro extremo de la casa.—Pág. 201.

Alabéle mucho el pensamiento de aprovechar tan excelente ocasion de adelantar su fortuna, y aun le persuadí que acelerase los preparativos: tanto era el miedo que yo tenia de que se frustrase este enlace. Pero por fortuna la marquesa estaba mas deseosa que yo de que se realizara, y á este fin dió órdenes tan eficaces, que

en pocos dias se dispuso todo lo necesario para celebrar la boda. Apenas se esparció por Córdoba la voz de que la marquesa vieja de Almanera se casaba con don Manrique de Medrano, cuando comenzaron los bufones á divertirse muy á costa de la buena viuda; pero por mas que agotaron todas sus bufonadas y chocarrerías, no alojó ésta un punto en su resolucion. Dejó hablar á los ociosos, y se fué muy sosegada á la iglesia con su don Manrique. Celebróse la boda con tan gran fausto, que dieron nuevo motivo á la murmuracion. La novia (se decia) debiera, á lo menos por pudor, haber suprimido la pompa y el estrépito como impropios en la boda de viudas ancianas que se casan con mozos.

La marquesa, lejos de mostrarse avergonzada de ser á su edad esposa de un jóven como aquel, se entregaba sin reserva al gozo que en ello experimentaba. Toda la nobleza cordobesa de uno y otro sexo estuvo convidada á una espléndida cena y á un baile no menos suntuoso que siguió despues; al fin del cual, nuestros recién casados desaparecieron para ir á una habitacion, donde encerrándose con una criada mayor y conmigo, la marquesa dirigió á mi amo estas palabras: don Manrique, ved aquí vuestro cuarto, el mio está al otro extremo de la casa; de noche cada uno estará en el suyo, y por el dia viviremos juntos como madre é hijo. Al principio se engañó mi amo creyendo que la señora no le hablaba de aquella suerte sino para obligarle á que le hiciese una dulce violencia; é imaginándose que por buena correspondencia debia mostrarse apasionado, se acercó á ella y se ofreció con vivas instancias á servirle de ayuda de cámara; pero ella muy lejos de permitir que la desnudase le desvió con semblante sério diciéndole: detenéos, don Manrique; si me teneis por una de esas viejas verdes que vuelven á casarse por fragilidad, estais equivocado: no me he casado con vos sino para proporcionaros las ventajas que puedo por nuestro contrato matrimonial. Este es un don gratuito de mi corazon, y no exijo de vuestro reconocimiento sino demostraciones de amistad. Dicho esto nos dejó á mi amo y á mi en nuestro cuarto, retirándose ella al suyo con su criada, y prohibiendo absolutamente al caballero que la acompañase.

Despues que se retiró permanecimos los dos un gran rato atónitos de lo que acabábamos de oír. Escipion, me dijo mi amo, ¿esperabas oír lo que me ha dicho la marquesa? ¿qué juicio haces de una señora como ésta? Juzgo, señor, le respondí, que es de lo que no hay. ¿Qué dicha tiene vmd. en poseerla! Esto se llama un beneficio simple sin carga. Yo, replicó don Manrique, no acabo de admirar el carácter de una esposa tan apreciable, y pretendo compensar con todas las atenciones imaginables el sacrificio que ha hecho por mí. Continuamos hablando de la señora, y despues nos retiramos á dormir, yo en una cama que habia en un cuartito inmediato, y mi amo en otra regalada y magnífica que le habian puesto; y en la cual creo que allá en lo íntimo de su corazon no le pesó mucho dormir solo, quedando pagado de ello con un ligero susto.

El dia siguiente comenzaron de nuevo los regocijos, en los que la recién casada se mostró de tan buen humor que dió nuevo pábulo á las chanzonetas de los zumbones. Ella era la primera que se reía de lo que decian, les escitaba á chancearse, y aun les daba pie para que aumentasen la chacota. El caballero por su parte no se mostraba menos contento que su esposa; y al ver el aspecto cariñoso con que la miraba y le hablaba, se hubiera dicho que estaba enamorado de la ancianidad. Aquella noche tuvieron los dos esposos otra conversacion, y quedaron de acuerdo en que sin incomodarse uno á otro vivirían del mismo modo que lo habian hecho antes de su casamiento. Sin embargo, merece elogiarse la conducta de don Manrique; hizo por consideracion á su muger lo que pocos maridos hubieran hecho en su lugar, que fué apartarse del trato que tenia con cierta señorita de la clase media á quien amaba y de la que era correspondido, no queriendo, decia, man-

tener una amistad que parecia insultar la delicada conducta que su esposa observaba con él.

Mientras estaba dando unas pruebas tan visibles de agradecimiento á esta señora anciana, ella se las pagaba con usura, aunque las ignorase. Hizole dueño del arca de su dinero, que valia mas que la de Velazquez. Como habia reformado su casa durante su viudez, la restituyó al mismo pie en que estaba en vida de su primer marido: aumentó el número de criados, llenó sus caballerizas de caballos y mulas; en una palabra, por sus generosas bondades el caballero mas pobre del orden de Alcántara llegó á ser el mas opulento de ella. Acaso me preguntarán ustedes qué saqué de todo esto: mi ama me regaló cincuenta doblones y mi amo ciento, haciéndome ademas su secretario con el sueldo de cuatrocientos escudos; y aun hizo de mí tanta confianza que me nombró su tesorero.

¡Su tesorero! exclamé, interrumpiendo á Escipion cuando llegó á este paso, y riéndome á carcajadas; si señor, me replicó con semblante sereno y formal, si señor, su tesorero; y aun me atrevo á decir que desempeñé con honor aquel empleo. Es verdad que acaso habré quedado debiendo alguna cosilla á la caja; porque como me cobraba anticipadamente de mi salario, y dejé de repente el servicio del caballero, no es imposible que haya resultado en la cuenta algun alcance; de todos modos es la última reconvenccion que se me podrá hacer, supuesto que desde entonces acá he sido un hombre lleno de rectitud y probidad.

Hallábame, pues, continuó el hijo de la Coscolina, de secretario y tesorero de don Manrique, que vivia tan satisfecho de mí como yo lo estaba de él, cuando recibió una carta de Toledo en que le noticiaban que su tia doña Teodora Moscoso estaba á los últimos de su vida. Le fué tan dolorosa esta noticia, que al momento partió á dicha ciudad para asistir á aquella señora que hacia muchos años desempeñaba con él los oficios de madre. Acompañéle en aquel viage con un ayuda de cámara y un lacayo solamente; y montados todos cuatro en los mejores caballos de la cuadra, llegamos en posta á Toledo, en donde encontramos á doña Teodora en tal estado, que nos dió esperanzas de que no moriria de aquella enfermedad. Con efecto, no desmintió el resultado nuestros pronósticos, aunque contrarios al de un médico que la asistia.

Mientras la salud de nuestra buena tia se iba restableciendo visiblemente, menos quizá por los remedios que la hacian tomar, que por la presencia de su querido sobrino, el señor tesorero empleaba su tiempo lo mas alegremente que podia con ciertos jóvenes, cuyo trato era muy á propósito para proporcionarle ocasiones de gastar su dinero. Llevábanme algunas veces á los garitos donde me incitaban á jugar con ellos, y como yo no era tan diestro jugador como mi amo don Abel, perdia muchas mas veces de las que ganaba: insensiblemente me iba aficionando al juego, y si me hubiera entregado del todo á esta pasion, sin duda me hubiera precisado á tomar de la caja algunas mesadas anticipadas; pero por fortuna el amor salvó la caja y mi virtud. Pasando yo un dia cerca de la iglesia de san Juan de los Reyes, vi asomada á una celosia, cuyas portezuelas estaban abiertas, á una linda niña que mas parecia deidad que criatura. Si encontrára otra voz mas espresiva, usaria de ella para dar á entender á ustedes la fuerte impresion que sentí al verla. Informéme de quién era, y despues de varias diligencias supe que se llamaba Beatriz, y que era doncella de doña Julia, hija segunda del conde de Polan.

Beatriz interrumpió aquí á Escipion riendo á carcajada tendida, y dirigiendo la palabra á mi muger: amable Antonia, le dijo, mireme vmd. bien, y dígame por su vida si á su parecer tengo semblante de divinidad. Por lo menos entonces, le dijo Escipion, le tenias á mis ojos; y ahora que tu fidelidad ya no me es sospechosa, me pareces mas hermosa que nunca. Mi secretario despues de

una respuesta tan amorosa, prosiguió así su historia:

Este descubrimiento acabó de encenderme, no á la verdad en un ardor legitimo, porque me imaginé que fácilmente podria triunfar de su virtud combatiéndola con presentes capaces de desquiciarla; pero yo conocia mal á la casta Beatriz. Inútilmente le ofreci mi bolsillo y mis obsequios por medio de ciertas mugercillas mercenarias, pues oyó con mucho enojo la propuesta. Su resistencia encendió mas mis deseos, y recurri al último arbitrio, que fué ofrecerle mi mano, la que aceptó luego que supo era yo secretario y tesorero de don Manrique. Pareciónos á los dos que convenia tener oculto nuestro matrimonio por algun tiempo, y así nos casamos de secreto, siendo testigos la señora Lorenza Séfora, aya de Serafina, y otros criados del conde de Polan. Luego que me casé con Beatriz, ella misma me facilitó el modo de verla y hablarla de noche en el jardin en donde yo entraba por una puertecilla cuya llave me entregó. Difícilmente se hallarian dos esposos que se amasen con mas ternura que nos amábamos Beatriz y yo: era igual en ambos la impaciencia con que esperábamos la hora señalada para vernos y hablarnos; ambos acudiamos allí con la misma ansia, y siempre se nos hacia corto el tiempo que pasábamos juntos, aunque algunas veces no dejaba de ser bien largo.

Una noche, que fué para mi tan cruel como habian sido deliciosas las anteriores, al ir á entrar en el jardin, quedé sorprendido de hallar abierta la puertecilla. Sobresaltóme aquella novedad, y formé de ella un mal juicio: me puse pálido y trémulo, como si hubiese sentido lo que iba á sucederme; y acercándome en medio de la oscuridad hácia un cenador en donde habia solido hablar á mi esposa, oí la voz de un hombre; me detuve para percibir mejor, y al momento llegaron á mis oídos estas palabras: *no me hayas penar mas, mi querida Beatriz, completa mi felicidad, y piensa que de ella depende tu fortuna.* En vez de tener la paciencia de escuchar todavia, creí no tener necesidad de oír mas: un furor celoso se apoderó de mi alma, y no respirando sino venganza, desenvainé la espada y entré precipitadamente en el cenador. ¡Ah! vil seductor, exclamé, cualquiera que tú seas, antes de quitarme el honor será menester que me arranques la vida. Diciendo estas palabras cerré contra el caballero que estaba en conversacion con Beatriz, que se puso al momento en defensa, y se batió como persona mas diestra en el manejo de las armas que yo, que no habia recibido sino algunas lecciones de esgrima en Córdoba. Sin embargo, á pesar de su destreza le tiró una estocada que no pudo parar, ó mas bien tuvo un tropiezo; vile caer al suelo, y creyendo haberle herido mortalmente, me puse en salvo á carrera tendida, sin querer responder á Beatriz que me llamaba.

Así fué puntualmente, interrumpió la muger de Escipion dirigiéndonos la palabra; yo le llamaba para sacarle de su error. El caballero que estaba hablando conmigo en el cenador era don Fernando de Leiva. Este señor, que amaba tiernamente á mi ama Julia, estaba determinado á sacarla de su casa, pareciéndole que no la podria conseguir sino por este medio, y yo misma le habia citado para el jardin con el fin de concertar con él esta fuga, de la cual me aseguraba él que pendia mi fortuna, pero por mas que llamé á mi esposo se alejó de mi como de una esposa infiel.

En el estado en que me hallaba, replicó Escipion, era capaz de eso y mucho mas. Los que saben por experiencia qué cosa son celos, y las extravagancias que hacen cometer aun á los mas sensatos, no se admirarán del trastorno que causaron en mi débil imaginacion. Al momento pasé de un extremo á otro: á los sentimientos de ternura que un instante antes me animaban hácia mi esposa, me sobrevinieron bien pronto impulsos de aborrecimiento, é hice juramento de abandonarla y de desecharla para siempre de mi memoria. Por otra parte creia haber muerto á un caballero, y bajo este concepto, temeroso de caer en manos de la justicia, experimen-

taba la turbacion penosa que persigue por todas partes como una furia á un hombre que acaba de cometer un crimen. En esta horrible situacion, no pensando mas que en ponerme en salvo, y sin volver siquiera á la posada, en aquel mismo punto salí de Toledo sin mas equipage que el vestido que tenia puesto. Es verdad que llevaba en el bolsillo hasta unos sesenta doblones, lo que no dejaba de ser un recurso bastante bueno para un mozo que tenia hecho ánimo de no pasar de criado en toda su vida.

Caminé toda aquella noche, ó por mejor decir, fui corriendo, porque la idea de los alguaciles, presente siempre á mi imaginacion, me daba un continuo vigor. Amaneci entre Rodillas y Maqueda, y cuando llegué á este último pueblo, sintiéndome algo cansado, entré en la iglesia que acababan de abrir, y despues de haber hecho una breve oracion, me senté en un banco para descansar. Púsememe á meditar en el estado de mis negocios, que no me daban poco en que discurrir; pero no tuve tiempo para hacer muchas reflexiones, porque luego oí resonar en la iglesia tres ó cuatro chasquidos de látigo que me hicieron creer pasaba por allí algun alquilador; me levanté al momento para ir á ver si me engañaba: y cuando estuve en la puerta ví uno montado en una mula, que llevaba de reata otras dos. Parad, amigo mio, le grité: ¿á dónde van esas mulas? A Madrid, me respondió: en ellas han venido á este pueblo dos religiosos dominicos, y me voy allá de retorno.

La ocasion que se presentaba de hacer el viage de Madrid, me inspiró deseo de verificarle; ajustéme con el alquilador; monté en una de sus mulas, y nos encaminamos hácia Illescas, en donde debiamos hacer noche.

No bien habiamos salido de Maqueda, cuando el alquilador, persona de treinta y cinco á cuarenta años, empezó á entonar cánticos de la iglesia á toda voz; comenzó por los salmos que los canónigos cantan á maitines, en seguida cantó el credo, como en las misas solemnes; y luego pasando á las vísperas, me las cantó todas sin perdonarme ni aun el *Magnificat*. Aunque el majadero me aturdia los oídos, yo no podia menos de reír; y aun le incitaba á continuar cuando se veia precisado á detenerse para cobrar aliento. ¡Animo, buen amigo! le decia, prosiga vmd. que si el cielo le ha dado tan buenos pulmones, vmd. no hace mal uso de ellos. ¡Oh! en cuanto á eso, no, me respondió, no me parezco gracias á Dios á la mayor parte de los alquiladores que no cantan sino canciones infames ó impias; ni tampoco canto nunca romances sobre nuestras guerras contra los moros, porque son unas cosas á lo menos frivolas, cuando no sean indecentes. Teneis, le repliqué, una pureza de corazon que raras veces tienen los alquiladores; y siendo tan escrupuloso en punto de canciones, ¿habeis hecho tambien voto de castidad en las posadas donde hay criadas mozas? Seguramente, me respondió; la continencia es tambien una cosa de que me precio en estos parages; en ellos solo me ocupa el cuidado de mis mulas. No quedé poco admirado de oír hablar de este modo á aquel fenix de los alquiladores; y teniéndole por un hombre de bien y de talento, entablé conversacion con él luego que acabó de cantar cuanto le dió la gana.

Llegamos á Illescas á la caída de la tarde. Luego que nos apeamos en el meson, dejé á mi compañero que cuidase de sus mulas, y me metí en la cocina á encarar al mesonero que nos dispusiese una buena cena, lo que prometió hacer tan bien, que me acordaria, dijo él, toda mi vida de haberme alojado en su meson. Pregunte su merced, añadió, pregunte á su alquilador quién soy yo. Voto á tal, que desafiaria á todos los cocineros de Madrid y de Toledo á hacer una olla podrida como las que yo hago. Esta noche quiero yo agasajar á su merced con un guisado de gazapo compuesto de mi mano, y verá si tengo razon para ponderar mi habilidad. Dicho esto, mostrándome una cazuela en que habia segun él decia, un conejo hecho ya trozos: mire vmd., continuó, lo que pienso darle despues que le haya echado pimienta

sal, vino, un manojito de yerbas, y algunos otros ingredientes que empleo en mis salsas, con lo que espero regalar á su merced con un guisado que se pudiera presentar á un contador mayor.

El mesonero, despues de haber hecho de este modo su elogio, comenzó á disponer la cena. Mientras tanto me entré en un cuarto, y echándome en una mala cama que habia alli, me quedé dormido de cansancio por no haber sosegado nada la noche antecedente. De alli á dos horas vino á despertarme el alquilador, diciendo, señor amo, la cena está pronta, venga vmd. si gusta á sentarse á la mesa; la cual estaba puesta en una sala con solos dos cubiertos. Sentámonos á ella el alquilador y yo, y nos trajeron el guisado; me tiré á él con ansia, y me supo muy bien, ya fuese porque el hambre me le hizo apetitoso, ya por el sainete que le daban los ingredientes del cocinero. En seguida nos sirvieron un trozo de carnero asado; y observando que el alquilador solo tomaba de este segundo plato, le pregunté ¿por qué no tomaba del otro? Me respondió sonriéndose, que no le gustaban los guisos; cuya respuesta, ó por mejor decir, la risita con que la habia acompañado, me pareció misteriosa. Usted me oculta, le dije, la verdadera razon que le impide comer de este guisado: hágame el gusto de decirmela. Ya que vmd. tiene tanta curiosidad de saberla, replicó él, le diré que tengo repugnancia á llenarme el estómago de esa especie de guisotes desde que caminando de Toledo á Cuenca me dieron una noche en un meson por conejo de vivar un jigote de gato; lo que me ha hecho cobrar aversion á los cochifritos.

Apenas el alquilador me dijo estas palabras perdi enteramente el apetito en medio del hambre que me devoraba. Se me encajó en la cabeza que acababa de comer conejo solo en el nombre, y ya no miré el guisado sino haciéndole gestos. El arriero, lejos de desvanecer mi aprension, me la aumentó diciéndome que los mesoneros y pasteleros en España hacian con frecuencia aquella especie de *quid pro quo*; lo que, como ustedes pueden pensar, no me sirvió de mucho consuelo, antes bien me quitó del todo la gana, no ya de volver á probar el guisote, mas ni aun tocar al asado, temiendo que el carnero no lo fuese mas realmente que el conejo. Levantéme de la mesa echando mil maldiciones al guiso, al mesonero y al meson; volvíme á tender en la cama, y pasé la noche con mas quietud de la que pensaba. El dia siguiente muy temprano, despues de haber pagado al mesonero con tanta largueza como si me hubiera tratado perfectamente, sali de Illescas tan ocupado el pensamiento en el guisado, que me parecian gatos cuantos animales se me ofrecian á la vista.

Entramos temprano en Madrid, y despues de haber satisfecho al conductor me hospedé en una posada de caballeros cerca de la puerta del Sol. Aunque mis ojos estaban acostumbrados al gran mundo, no dejaron de deslumbrarse con el concurso de señores que se ven comunmente en el centro de la córte. Pasmóme el enorme número de coches, y la gran multitud de gentiles-hombres, pages y lacayos que los grandes llevaban de comitiva. Llegó á lo sumo mi admiracion, cuando habiendo ido á ver el rey miré al monarca rodeado de sus cortesanos. Quedé encantado á vista de tal espectáculo; y dije para mí: ya no me admiro de haber oido decir que es indispensable ver la córte de Madrid para formar concepto cabal de su magnificencia: celebro infinito el visitarla, y el corazon me dice que he de hacer algo en ella. Sin embargo nada mas hice que contraer algunas amistades inútiles: fui poco á poco gastando todo mi dinero, y me tuve por muy dichoso en haberme acomodado, á pesar de todo mi mérito, con un pedante de Salamanca, á quien conocí casualmente que habia ido á la córte, su patria, á negocios personales. Llegué á ser sus pies y sus manos, y cuando se restituyó á su universidad me llevó en su compañía.

Llamábase don Ignacio de Ipiña este mi nuevo amo. El mismo se tomaba el *don* por haber sido maestro de un

duque, el cual por agradecimiento le habia señalado una renta vitalicia. Gozaba otra por catedrático jubilado del colegio, y ademas de eso sacaba del público doscientos ó trescientos doblones anuales por los libros de moral dogmática que solia dar á la prensa. El modo con que componia sus obras me parece digno de contarse. Gastaba casi todo el dia en leer autores hebreos, griegos y latinos, y en escribir en medias cuartillas de papel todos los apotegmas ó pensamientos sublimes que encontraba en ellos; conforme iba llenando las cuartillas me las hacia ensartar en un alambre en figura de guirnalda, y cada una formaba un tomo. ¡Qué de libros perversos haciamos! Apenas se pasaba mes alguno sin que formásemos cuando menos dos volúmenes, y al momento iban á fatigar la prensa. Lo mas extraordinario era que estas compilaciones se hacian pasar por cosas nuevas; y si los criticos trataban de hacer ver al autor que era un plagiario de las obras de los antiguos, les contestaba con orgulloso descaro: *furt lætamur in ipso*.

Tambien era gran comentador, y estaban tan llenos de erudicion sus comentarios, que á cada paso hacia notas sobre cosas que no merecian reparo; asi como en las medias cuartillas de papel escribia inoportunamente pasajes de Hesiodo y de otros autores. Yo no dejé de aprovechar en casa de este sabio, y seria ingratitud negarlo; pues á lo menos á fuerza de copiar sus obras, fui aprendiendo á escribir decentemente; y considerándome él no ya como criado, sino como un discipulo suyo, ilustró mi entendimiento sin cuidarse en arreglar mis costumbres. Si por casualidad llegaba á saber que algun otro criado habia hecho algo malo. Escipion, me decia, guárdate bien, hijo, de hacer lo que ha hecho ese bribon: un criado debe esmerarse en servir lealmente á su amo: en una palabra, no perdía ocasion don Ignacio de exhortarme á la virtud, y sus palabras en mí hacian tanta impresion, que en los quince meses que le servi, no tuve la mas minima tentacion de jugarle ninguna de las piezas á que estaba acostumbrado, ni tampoco hice en su casa la mas leve travesura.

Ya dejo dicho que el doctor Ipiña era hijo de Madrid, donde tenia una parienta llamada Catalina, que era camarera del ama que habia criado al principe de Asturias. La tal sirvienta, que es la misma de quien me valí para sacar al señor Santillana de la torre de Segovia, deseosa de hacer algo por su pariente don Ignacio, se empeñó con su ama para que le consiguiese del duque de Lerma alguna pieza eclesiástica. El ministro le confirió el arcedianato de Granada, porque siendo aquel reino pais de conquista, todas las prebendas son del patronato real, y de nombramiento del rey. Luego que lo supimos marchamos á Madrid porque quiso el doctor dar las gracias á sus bienhechoras antes de ir á Granada. Con esta ocasion las tuve frecuentes de ver y tratar á la tal Catalina, que se pagó mucho de mi buen humor y desembarazo. No me gustó á mí menos la mozuela, y tanto que no pude dejar de corresponder á ciertas señales de particular inclinacion que me manifestaba; en conclusion, nos enamoramos uno de otro. Perdóname, querida Beatriz, esta confesion que hago; el mirarte entonces como infiel á mí, fué lo que me hizo propasar á lo que no me era permitido.

Mientras tanto el doctor don Ignacio iba disponiendo su viage á Granada. Sobresaltados su parienta y yo de la dolorosa separacion que se acercaba, discurrimos un arbitrio que nos libró de este golpe. Fingime gravemente enfermo, quejándome de la cabeza, del vientre y del pecho con todas las demostraciones del hombre mas angustiado del mundo. Mi amo llamó á un médico, el cual, despues de haberme reconocido, me dijo de buena fé que mi enfermedad era mas seria de lo que parecia, y que verosimilmente no me levantaria tan presto de la cama. Impaciente el doctor por irse á su catedral, no tuvo por oportuno dilatar mas su viage, y prefirió tomar otro criado para que le sirviera; contentándose con entregarme al cuidado de una asistenta, á la cual dejó cier-

ta cantidad de dinero para mi entierro si moria, ó para recompensar mis servicios si salia de mi enfermedad.

Luego que supe que don Ignacio habia salido para Granada me hallé curado de todos mis males. Levantéme, despedí al médico que habia dado tan notoria prueba de su gran penetracion, y me deshice de la asistenta, que me robó mas de la mitad del dinero que debia entregarme. Mientras yo representaba este papel, Catalina desempeñaba otro muy diverso con su ama doña Ana de Guevara, á la cual persuadiéndola de que yo era un intrigante ducho, la puso en deseo de escogermé por uno de sus agentes. La señora ama, que tenia mucho apego á las riquezas, era dada á manejos que pudieran producir, y necesitando de personas á propósito para ello, me recibió entre sus criados. Tardé poco en dar pruebas de mi talento. Dióme algunos encargos delicados que



Levantéme de la mesa echando mil maldiciones al guiso, al mesonero y al meson.—Pág. 203.

pedian viveza y maña, los que puedo asegurar sin vanidad desempeñé á su satisfaccion; por lo que quedó tan pagada de mí, como yo poco satisfecho de ella, pues era tan codiciosa, que nada me tocaba de lo mucho que le redituaban mis manipulaciones y mi industria. Pareciale que solo con pagarme puntual y exactamente mi salario usaba conmigo de sobrada generosidad. Este exceso de avaricia me hubiera hecho salir muy presto de su casa, á no haberme detenido en ella el afecto á Catalina, la cual enamorada cada dia mas y mas de mí, me propuso formalmente que nos casásemos.

¡Poco á poco! le respondí, querida mia, esa ceremonia no la podemos hacer tan prontamente; para eso es menester esperar la muerte de cierta jovencita que se anticipó á tí, y con quien por mis pecados estoy yo casado. A otro perro con ese hueso, replicó Catalina; ahora te quieres fingir casado para cohonestar cortesanaamente la repugnancia que tienes á casarte conmigo. En vano aseguré mil veces que le decia la pura verdad, pues

no hubo forma de hacérsela creer; y pareciéndole que mi sincera confesion era una excusa, se dió por ofendida, y desde aquel mismo punto mudó de estilo conmigo. No llegamos á reñir ni á romper del todo nuestra comunicacion; pero resfriándose visiblemente nuestro reciproco cariño, quedó reducido nuestro trato á los precisos términos que no se podian negar á la buena crianza y al buen parecer.

En este estado me hallaba cuando supe que el señor Gil Blas de Santillana, secretario del primer ministro del reino de España, estaba á la sazón sin criado. Pintáronme esta conveniencia como la mayor y mas ventajosa á que podia aspirar. El señor de Santillana, me dijeron, es un caballero de mucho mérito, un mozo sumamente querido del duque de Lerma, y á cuya sombra no puedes menos de hacer una gran fortuna: ademas de eso, es de un corazon generoso y lleno de bizarría; haciendo tú sus negocios, no dudes que harás tambien el tuyo. No malogré la ocasion; presentéme al señor Gil Blas, á quien tomé desde luego inclinacion: agradóme mi fisonomia, recibióme en su casa, y no me detuve un punto en dejar por él la de la señora ama; y éste, si Dios quiere, será el último amo á quien sirva.

Así dió fin á su historia el buen Escipion, y volviéndose despues á mí me habló en estos términos: señor de Santillana, hágame vmd. el favor de atestiguar á estas señoras que siempre me ha tenido por un criado tan fiel como celoso. He menester de este testimonio para persuadirles que el hijo de la Coscolina corrigió en vuestra compañía sus malas costumbres, sucediendo á ellas en su corazon y en sus operaciones, virtuosos y honrados pensamientos.

Así es, señoras, les dije, eso puedo asegurároslo. Si en su niñez Escipion era un verdadero pícaro, se ha corregido despues tan completamente, que ha llegado á ser un dechado perfecto de criados. Lejos de tener de qué quejarme ni qué reprender en su modo de portarse desde que está en mi casa, debo al contrario confesar que le soy deudor de muchas obligaciones. La noche que me prendieron para llevarme al alcázar de Segovia libertó mi casa del pillage y puso en seguridad parte de mis efectos, que impunemente pudo haberse apropiado. No contento con haber mirado por la conservacion de mis bienes, quiso, llevado de puro afecto, encerrarse conmigo en mi prision, prefiriendo á los atractivos de la libertad el triste consuelo de acompañarme en mis trabajos.

LIBRO XI.

CAPITULO I.

De cómo Gil Blas tuvo la mayor alegría que habia experimentado en su vida, y del funesto accidente que la turbó. Mutaciones sobrevenidas en la corte, que fueron causa de que Santillana volviese á ella.

Ya dejó dicho que Antonia y Beatriz se avenian muy bien las dos; la una acostumbrada á vivir como criada sumisa, y la otra acostumbrándose gustosa á ser ama. Escipion y yo éramos dos maridos muy condescendientes y muy amados de nuestras esposas para no tener bien pronto la satisfaccion de ser padres. Ambas se sintieron embarazadas casi al mismo tiempo: Beatriz fué la primera que parió y dió á luz una niña, y pocos dias despues Antonia nos llenó de alegría dándome un niño. Envié á mi secretario á Valencia á llevar esta noticia al gobernador, que vino inmediatamente á Liria en compañía de Serafina y de la marquesa de Priego, á sacar de pila á los recién nacidos, teniendo el gusto de añadir esta prueba mas de afecto á todas las que yo habia recibido de él. Mi hijo, que tuvo por padrinos á este señor y á la marquesa, se llamó Alfonso; y la señora gobernadora,

queriendo dispensarme el honor de que yo fuera su compadre por dos títulos, se prestó á ser madrina juntamente conmigo de la hija de Escipion, á la cual se le puso el nombre de Serafina.

El nacimiento de mi hijo no solamente alegró á las personas de la quinta, sino que todos los vecinos de Liria le celebraron tambien con festejos que manifestaron que todo el lugar tomaba parte en las satisfacciones de su señor. Pero ¡ah! y cuán breve fué nuestra alegría, ó, por mejor decir, de repente se convirtió toda en ayes, en llantos y en suspiros por un suceso que en mas de veinte años no he podido olvidar, y que tendré eternamente en la memoria. Murió mi hijo, y á pocos dias le siguió su madre, sin embargo de haber tenido un parto



feliz; una violenta calentura me arrebató mi querida esposa pasados los catorce meses de nuestro matrimonio. Figúrese el lector, si es posible, cuánta sería mi amargura: caí en un abatimiento de ánimo y en una estupidez inesplicable; tanto que parecía haber quedado insensible á fuerza de sentir la pérdida que había experimentado. Pasé cinco ó seis dias en tan doloroso estado, sin querer ni poder tomar ningun alimento, y creo que sin la compañía de Escipion me hubiera dejado morir de hambre, ó hubiera perdido enteramente el juicio; pero este discreto secretario supo distraer mi aflicción tomando parte en ella. Hallaba el secreto de hacerme tomar algunos caldos presentándomelos con un semblante tan triste, que parecía me los ponía delante, no tanto por conservar mi vida, como por dar pábulo á mi padecer. El afectuoso criado escribió al mismo tiempo á don Alfonso noticiándole las desgracias que me habían sucedido y la lastimosa situación en que me encontraba. Este señor tierno y compasivo, este amigo generoso fué inmediatamente á Liria. Yo no puedo traer á la memoria sin enternecerme el momento en que se presentó á mi vista: mi amado Santillana, me dijo echándome los brazos al cuello, no vengo á consolarte, vengo solo á llorar conti-

go la pérdida de tu amable Antonia, así como tú irías á llorar conmigo la de mi adorada Serafina si la muerte me la hubiera arrebatado. Con efecto, vertió algunas lágrimas, y confundió sus suspiros con los míos. En medio de la pesadumbre que me tenía fuera de mí, no dejaron de escitar en mi corazón un vivo agradecimiento las afectuosas demostraciones de don Alfonso.

Este gobernador tuvo una larga conversacion con Escipion sobre lo que convendría adoptar para vencer mi pesadumbre. Juzgaron que sería necesario por algun tiempo alejarme de Liria, en donde por todas partes se me representaba continuamente la imágen de Antonia. Convenidos en esto me propuso el hijo de don César si quería ir con él á Valencia, y mi secretario apoyó tan eficazmente la propuesta, que la acepté. Dejé á Escipion y á su muger en la quinta, en la que no veía cosa que no aumentase mi melancolía, y marché con el gobernador. Luego que llegué á Valencia, don César y su nuera no perdonaron diligencia alguna para divertir mi aflicción, echando mano de todas las distracciones oportunas para disiparla; pero á pesar de todos sus esfuerzos, permaneci sumergido en una profunda melancolía, de que no pudieron sacarme. Nada omitía tampoco por su parte Escipion de cuanto pensaba podia contribuir á restituirme á mi antigua tranquilidad. Iba frecuentemente de Liria á Valencia á informarse por si mismo de mi estado, y se volvía mas alegre ó mas triste, segun me veía mas ó menos dispuesto á consolarme.

Una mañana entró muy azorado en mi cuarto, y me dijo: señor, corre por la ciudad una noticia que llama la atención de toda la monarquía. Se dice que Felipe III ya no existe, y que ocupa el trono el príncipe su hijo. Añádese que al cardenal duque de Lerma le han separado de su empleo con prohibición de presentarse en la corte, y que don Gaspar de Guzman, conde de Olivares, es en la actualidad primer ministro. Sentime conmovido de esta noticia sin saber por qué, y conociéndolo Escipion, me preguntó si no tomaba yo alguna parte en este grande acaecimiento. ¿Y qué parte quieres tú, hijo mio, que yo tome en él? le respondí. Ya dejé la corte: todas las mutaciones que pueden sobrevenir en ella me deben ser indiferentes.

Muy desprendido se halla vmd. del mundo para la edad que tiene, replicó el hijo de la Coscolina, si yo me hallase en su lugar no dejaria de tentarme mucho la curiosidad: iria á Madrid á presentarme al nuevo monarca para ver si se acordaba de haberme visto: este gusto no me lo perdonaria. Ya te entiendo, le dije, tú quisieras que yo volviera á la corte para tentar en ella de nuevo la fortuna, ó por mejor decir, para volver á ser allí avariento y ambicioso. ¿Por qué se habian de estragar todavía allí las costumbres de vmd.? me replicó Escipion: tenga vmd. mas confianza que la que tiene en su virtud: yo salgo por fiador de usted. Las sanas reflexiones que le obligó á hacer su desgracia acerca de los peligros de la corte, son muy del caso para precaverse de ellos. Vuélvase, pues, á embarcar animosamente en un mar cuyos escollos le son bien conocidos. Calla, adulador, le interrumpi sonriéndome: ¿estás ya cansado de verme pasar una vida tranquila? yo creía que estimabas mas mi sosiego.

Aquí llegaba nuestra conversacion cuando entraron en mi cuarto don César y su hijo, quienes me confirmaron la noticia de la muerte del rey, y la desgracia del cardenal duque de Lerma, añadiendo que habiendo éste pedido licencia para retirarse á Roma, en lugar de dársele se le había mandado fuese á vivir á su marquesado de Denia. Despues, como si estuvieran ambos de acuerdo con mi secretario, me aconsejaron fuese á Madrid y me presentase al nuevo rey, puesto que ya me conocia y le había hecho unos servicios que los grandes recompensan con bastante gusto, yo á lo menos, dijo don Alfonso, no tengo la menor duda de que se acordará de los tuyos ni de que deje Felipe IV de pagar las deudas del príncipe de Asturias. Del mismo sentir soy yo, dijo don

César, y aun el corazón me está diciendo que el viage de Santillana á la corte le ha de abrir camino para grandes empleos.

En verdad, señores míos, exclamé, que ustedes no han meditado bien lo que me aconsejan. Según les parece, no tengo más que ir á Madrid para lograr la llave dorada ó algun gobierno, y están muy equivocados. Yo al contrario estoy muy persuadido de que el rey no reparará en mí aunque me presenté á su vista; y si ustedes lo desean haré la prueba para desengañoslos. Cogieronme luego la palabra los señores de Leiva, y me instaron tanto, que no pude menos de prometerles que cuanto antes iría á Madrid. Luego que mi secretario me vió determinado á hacer este viage, experimentó una alegría descompasada, imaginándose que lo mismo sería ponerme yo delante del nuevo monarca, que distinguirme entre la confusión. En este concepto, forjando en su mente las más pomposas quimeras, me encumbraba á los primeros empleos del Estado, y él se acrecentaba á favor de mi engrandecimiento.

Dispuse, pues, mi viage á la corte no ya con ánimo de volver á incensar á la fortuna, sino únicamente por complacer á don César y á su hijo, á quienes se les había metido en la cabeza que inmediatamente me atraería el favor del soberano. A decir verdad, á mí también me picaba un poco el deseo de probar si el rey se había olvidado enteramente de mí. Arrastrado de esta natural curiosidad, pero sin esperanza ni aun pensamiento de lograr la más leve ventaja en el nuevo reinado, tomé el camino de Madrid, acompañado de Escipion, dejando el cuidado de mi hacienda á Beatriz que era muy buena muger de gobierno.

CAPITULO II.

Marcha Gil Blas á Madrid, déjase ver en la corte, reconócele el rey, recomiéndale á su primer ministro, y efectos de esta recomendacion.

En menos de ocho dias llegamos á Madrid, habiéndonos dejado don Alfonso dos de sus mejores caballos para que hiciésemos el viage con mayor diligencia. Apeámonos en la posada de caballeros donde ya en otro tiempo me había hospedado, propia de Vicente Foreto, mi antiguo patron, que tuvo mucho gusto en volverme á ver.

Era este un hombre que se preciaba de saber todo lo que pasaba en la corte y en la villa, y le pregunté qué había de nuevo. Muchas novedades, me respondió: despues de la muerte de Felipe III los amigos y los partidarios del cardenal duque de Lerma se valieron de varios medios para mantener á su eminencia en el ministerio; pero sus esfuerzos han sido inútiles, porque el conde de Olivares pudo más que todos ellos. Quieren decir que España nada ha perdido en el cambio porque el nuevo primer ministro tiene talento y conocimientos tan vastos que es capaz de gobernar el mundo entero. ¡Dios lo quiera! Lo que no admite duda es, continuó, que la nación ha concebido la idea más ventajosa de su capacidad. El tiempo nos dirá si el sucesor del duque de Lerma llena ó no el puesto que ocupaba su antecesor. Empeñado ya Foreto en una conversacion tan de su genio, me hizo una puntual relacion de todas las mutaciones que se habían hecho en la corte desde que el conde de Olivares manejaba el timon de la monarquía.

A los dos dias de mi llegada á Madrid fui á palacio cuando ya el rey había acabado de comer; me coloqué al paso por donde había de entrar á su gabinete, y no me miró. Volví al dia siguiente al mismo parage, y no fui más dichoso. El subsiguiente echó sobre mí una mirada al pasar; pero no dió muestras de haber reparado en mí, y en vista de esto tomé mi resolución. Tú ves, dije á Escipion que me acompañaba, que el rey ya no me conoce, ó que si me conoce, no quiere hacer caso de mí. Lo más acertado será volver á tomar el camino de Valencia. No vayamos tan aprisa, señor, me respondió

mi secretario; usted sabe mejor que yo que para negociar en la corte es menester paciencia. No deje vuesa merced de presentarse al rey; á fuerza de ofrecerse á su vista le obligará á considerar más atentamente, y á recordar las facciones de su agente cerca de la bella Catalina.

Solo porque Escipion no tuviese que reconvenirme tuve la condescendencia de continuar del mismo modo por espacio de tres semanas. Llegó finalmente un dia en que, habiendo atraído la atención del monarca, me mandó llamar. Entré en su gabinete no sin grande turbacion de hallarme á solas delante de mi rey. ¿Quién eres? me dijo, tus facciones no me son desconocidas: ¿dónde te he visto? Señor, le respondí temblando, yo tuve la honra de conducir una noche á V. M. con el conde de Lemos á casa... ¡Ah! ya me acuerdo, interrumpió el rey; tú eras secretario del duque de Lerma, si no me engaño tu nombre es Santillana. No me he olvidado de que en aquella ocasion me serviste con mucho celo, ni tampoco de que fueron mal recompensados tus afanes. ¿No estuviste preso por aquel lance? Si señor, le repliqué: cuatro meses lo estuve en el alcázar de Segovia; pero V. M. tuvo la bondad de mandarme poner en libertad. Eso, respondió, no satisfizo la obligacion que contraí con Santillana; no basta haber hecho que se le pusiese en libertad, debo premiarle también lo mucho que padeció por servirme.

Al acabar el rey de decir estas palabras, entró en el gabinete el conde de Olivares. (Todo espanta á los favoritos). Quedó absorto de ver allí á un desconocido; y el rey aumentó su sorpresa diciéndole: conde, pongo á tu cuidado este jóven, te encargo que le des algun empleo y procures adelantarle. Aparentó el ministro recibir esta orden con agrado, mirándome de pies á cabeza, y mostrando inquietud por saber quién yo era. Véte, amigo mio, añadió el monarca dirigiéndome la palabra y haciéndome seña de que me retirase: el conde no dejará de emplearte en provecho de mi servicio y de tus intereses.

Sali inmediatamente del gabinete y me reuní al hijo de la Coscolina, que, muy impaciente por saber lo que el rey me había dicho, se hallaba en una agitacion imponderable; y al momento me preguntó si era necesario volver á Valencia ó permanecer en la corte. Tú lo podrás juzgar, le respondí; y al mismo tiempo le llené de contento refiriéndole palabra por palabra la conversacion que acababa de tener con el monarca. Querido amo, me dijo entonces Escipion en el exceso de su alegría, ¿se burlará vmd. otra vez de mis pronósticos? Confiese vuesa merced, que ni los señores de Leiva ni yo discurriamos mal cuando le instábamos tanto á que se presentase luego en Madrid. Ya le veo á vmd. en un puesto eminente: será el Calderon del conde de Olivares. Eso es lo que menos deseo, interrumpí; ese destino está cercado de demasiados precipicios para escitar mi anhelo. Yo quisiera un empleo que no me ofreciera ninguna ocasion de hacer injusticias ni un vergonzoso tráfico de los favores del rey; despues del uso que he hecho de mi pasado valimiento no puedo menos de precaverme contra la avaricia y contra la ambicion. Animo, señor, me replicó mi secretario, el ministro os colocará en algun puesto que podais desempeñar sin dejar de ser hombre de bien.

Instado más por Escipion que por mi curiosidad, me fui el dia siguiente á casa del conde de Olivares antes de amanecer, noticioso de que todas las mañanas en verano y en invierno daba audiencia con luz artificial á cuantos querian hablarle. Me coloqué por modestia en un rincón de la sala, y desde allí estuve observando bien al conde luego que se dejó ver, porque había fijado poco la atención sobre él en el gabinete del rey. Era un hombre de estatura menos que mediana, y podía pasar por gordo en un país donde los más son flacos: tan cargado de espaldas que parecía corcobado, aunque no lo era en realidad; su cabeza, que era de gran tamaño, caía sobre el pecho: tenía el cabello negro y lacio, la cara larga, el

color aceitunado, la boca hundida, y la barbilla puntiaguda y muy levantada.

Este conjunto no formaba una persona muy bien parecida; con todo eso, como yo me le figuraba inclinado á mi favor, le miraba con indulgencia y me parecia bien: verdad es que recibia á todos con un aire tan afable y bondadoso, y tomaba tan cortesmente los memoriales que se le presentaban, que esto suplía la falta de su buena figura. Sin embargo, cuando me llegó la vez de acercarme para saludarle y que me conociera, me echó una mirada ceñuda y amenazadora, y volviéndome la espalda sin dignarse oirme se entró en su gabinete. Entonces me pareció aquel señor aun mas feo de lo que naturalmente era. Sali de la sala atónito en extremo de un recibimiento tan áspero y desabrido, no sabiendo que inferir de él.

Reunido con Escipion que me esperaba á la puerta, ¿sabes, le dije, el recibimiento que he tenido? No, señor, me respondió; pero no es difícil de adivinar: el ministro, pronto á conformarse con la voluntad del rey, sin duda habrá propuesto á vmd. un empleo de importancia. Te engañas, le repliqué: referile entonces el lance segun habia pasado, el que escuchó con atencion, y luego me dijo: preciso es que el conde no le conociera á vmd. ó le tuviera por otro. Mi parecer es que vuelva vmd. á verle, y no dude que le recibirá con mejor semblante. Tomé el consejo de mi secretario; presentéme segunda vez al ministro, quien me recibió todavia peor que la primera; arqueó las cejas mirándome como si mi presencia le causase enojo. despues apartó de mi la vista y se retiró sin hablar una palabra.

Llegóme al alma este proceder, y tuve tentaciones de regresar inmediatamente á Valencia; pero Escipion no cesó de oponerse á ello, no pudiendo resolverse á renunciar á las esperanzas que habia concebido. ¿No conoces, le dije, que el conde quiere alejarme de la córte? Habiendo visto él mismo la inclinacion que me manifestó el monarca, ¿no basta eso para atraerme la aversion de su favorito? Cedamos, hijo mio, cedamos con gusto al poder de un enemigo tan temible. Señor, respondió Escipion montado en cólera contra el duque de Olivares, yo no abandonaria tan fácilmente el campo: iria á quejarme al rey del poco caso que ha hecho el ministro de su recomendacion. ¡Mal consejo! amigo mio, le dije: si yo diera un paso tan imprudente, poco tardaria en arrepentirme: ni aun sé si corro peligro en detenerme en esta capital.

A estas palabras mi secretario mudó de parecer, y considerando que efectivamente las habiamos con un hombre que podia volvernos á enviar á la torre de Segovia, participó de mi temor y no resistió mas al deseo que yo tenia de dejar á Madrid, de donde resolví alejarme el dia siguiente.

CAPITULO III.

Del motivo que tuvo Gil Blas para no poner en obra el pensamiento de dejar la córte, y del importante servicio que le hizo José Navarro.

Al volverme á la posada de caballeros encontré á José Navarro, repostero de don Baltasar de Zúñiga y mi antiguo amigo. Le saludé acercándome á él, y le pregunté si me conocia, y si tendria aun la bondad de querer hablar á un desatento que habia pagado con ingratitud su amistad. ¿Luego vmd. mismo confiesa, me respondió, que no procedió bien conmigo? Si señor, le respondi, y tiene vmd. sobrada razon para llenarme de reconvencciones, porque las merezco; si es que no he espiado mi crimen con los remordimientos que á él se han seguido. Ya que vmd. está tan arrepentido de su culpa, repuso Navarro dándome un abrazo, no debo acordarme mas de ella. Yo tambien le estreché cuanto pude entre mis brazos, y ambos renovamos de aquel punto nuestra antigua amistad. Habia sabido mi prision y el trastorno de mi suerte, pero ignoraba lo demas: le informé de todo con-

tándole hasta la conversacion que habia tenido con el rey, sin ocultarle el mal recibimiento que me acababa de hacer el ministro, ni el designio en que me hallaba de volverme á mi retiro. No trate vmd. de irse, me dijo: supuesto que el monarca le ha manifestado inclinacion, es necesario que vmd. haga que le sirva de algo. Aqui para entre los dos, el conde de Olivares tiene sus extravagancias; es caprichoso, y á veces, como en la presente ocasion, procede de un modo que irrita, pues él solo tiene la clave de sus acciones estrambóticas. Por lo demas, sea cual fuere la causa de haberos recibido tan mal, permaneced aqui á pie firme, porque os aseguro que él no podrá impedir que os aprovecheis de la bondad del rey; y á mayor abundamiento yo le diré dos palabras al señor don Baltasar de Zúñiga, mi amo, que es tio del conde de Olivares, y le ayuda á sostener el peso del gobierno. Preguntóme despues Navarro dónde yo vivia, y sin decirme mas nos separamos.

Tardé poco en volverle á ver; el dia siguiente fué á buscarme: señor de Santillana, me dijo, vmd. tiene un protector: mi amo quiere favorecerle. En virtud del informe que le he dado de vmd. me ha ofrecido recomendarle al conde de Olivares su sobrino, y no dudo que le incline á su favor. Mi amigo Navarro, no queriéndome servir á medias, me presentó dos dias despues á don Baltasar, quien me dijo con semblante apacible: señor de Santillana, su amigo José me ha hecho un elogio tan cumplido de vmd. que me ha movido á protegerle. Hice una profunda reverencia al señor de Zúñiga, diciéndole que toda mi vida me confesaria sumamente reconocido al señor Navarro por haberme granjeado la proteccion de un ministro á quien llamaban con justa razon *la antorcha del consejo*. Al oir don Baltasar esta lisonjera contestacion me dió una palmadita en el hombro riéndose, y me dijo: puede vmd. volver mañana á casa del conde de Olivares, y quedarás contento de él.

Con efecto, al otro dia me presenté en su antesala por la tercera vez; reconocióme entre la multitud de pretendientes, miróme y sonrióse; lo que desde luego me pareció un pronóstico feliz. Esto va bien, dije entre mí, el tio debe haber reducido á la razon al sobrino. Asi, pues, desde entonces me prometí una acogida favorable, y en verdad que no me engaé. Despues que el conde despachó á los demas, me hizo entrar en su gabinete, y en tono muy familiar me dijo: perdona, amigo Santillana el apuro en que te he puesto por divertirme. Me he complacido en inquietarte para probar tu discrecion y ver el partido que tomabas en vista de mi mal humor. Sin duda tú te persuadirias de que me eras desagradable; pero al contrario, hijo mio, te confesaré que aprecio mucho tu persona. Aunque el rey mi amo no me hubiera mandado cuidar de tu fortuna, lo haria yo por mi propia inclinacion. Ademas, don Baltasar de Zúñiga mi tio, á quien nada puedo negar, me ha encargado te mire como á persona por quien él se interesa, y no necesito mas para determinarme á ponerte á mi lado.

Esta primera entrada hizo tanta impresion en mi ánimo, que quedé casi enagenado. Me eché á los pies del ministro, y habiéndome dicho que me levantase prosiguió de esta manera: despues de comer vuelve acá, y vé á verte con mi mayordomo, que él te dará las órdenes que yo le encargaré. Dicho esto salió S. E. de su despacho para ir á oir misa, que es lo que acostumbraba hacer todos los dias despues de dar audiencia, y en seguida se marchaba á palacio para hallarse en el cuarto del rey al tiempo de levantarse S. M.

CAPITULO IV.

Logra Gil Blas el afecto y confianza del conde de Olivares.

No me descuidé en volver despues de comer á casa del primer ministro. Pregunté por su mayordomo, que se llamaba don Ramon Caporis, el cual, luego que oyó mi nombre, me saludó con particular respeto, y me dijo: caballero, sigame usted si gusta, que voy á conducir-

le á la habitacion que se le ha destinado en esta casa. Dicho esto me llevó por una escalerilla secreta, la cual conducia á una fila de cinco ó seis salas á un mismo piso que formaban un ala de la casa, alhajadas regularmente. Esta es, me dijo, la habitacion que S. E. le señala. Vmd. disfrutará aqui de una mesa de seis cubiertos de de cuenta de S. E.: será servido por sus propios criados, y tendrá siempre á su disposicion un coche. Aun no lo he dicho todo: S. E. me ha encomendado eficazmente qua tenga á vmd. las mismas consideraciones que si fuera de la casa de Guzman.

¿Qué diablos significa todo esto? me decia á mi mismo: ¿cómo consideraré yo estas distinciones? ¿quién sa-



Me echó una mirada ceñuda y amenazadora. — Pág. 207.

be si envolverán alguna malicia, ó si todavía por divertirse el ministro hará que me traten tan honoríficamente? Mientras me hallaba en esta incertidumbre fluctuando entre el temor y la esperanza, vino un page á decirme que el conde me llamaba. Fui volando á ver á S. E., que estaba solo en su gabinete. Y bien, Santilana, me dijo, ¿estás contento con tu habitacion y con las órdenes que he dado á don Pamon? Las bondades de V. E., le respondí, me parecen escesivas, y no las acepto sin zozobra. ¿Pues por qué? me replicó; ¿puede haber esceso en honrar á una persona que el rey me ha recomendado, y de quien quiere que yo cuide? En tratarte honoríficamente no hago mas que mi deber: por mucho que haga por ti, no te admires, y cuenta con una fortuna brillante y sólida si me eres tan afecto como lo fuiste al duque de Lerma.

Pero ya que hemos nombrado á este señor, prosiguió, he oido decir que viviais los dos con mucha intimidad. Quisiera saber cómo os conocisteis, y en qué te empleaba aquel ministro: no me ocultes nada, dimelo todo con sinceridad. Acordéme entonces de la perplejidad en que me vi cuando me encontré con el duque de Lerma en semejante caso, y del medio que me valí para salir de

ella: el cual practiqué aun mas afortunadamente: quiero decir, que en mi informe di el mejor colorido que pude á los lances mas escabrosos, y toqué ligeramente aquellos que me hacian poco honor. Tambien procuré poner en buen lugar al duque de Lerma, aunque conocia que no disculpándole del todo hubiera dado mas gusto á mi oyente. Por lo que toca á don Rodrigo Calderon nada le perdoné; le individualicé las hazañas que sabia relativas al tráfico que hacia de encomiendas, beneficios y gobiernos.

En cuanto á don Rodrigo Calderon, interrumpió el ministro, todo cuanto me dices es muy conforme á ciertos documentos que me han presentado contra él, y que contienen testimonios de acusacion, aun mas importantes. Se vá á sustanciar su causa inmediatamente, y si deseas su pérdida, creo que tus deseos quedarán satisfechos. No deseo su muerte, le dije, aunque no quedó por él que yo no hubiese encontrado la mia en la torre de Segovia, donde tuvo la culpa de que permaneciese largo tiempo. ¿Cómo? replicó S. E.: ¿don Rodrigo fué quien causó tu prision? hé ahí lo que yo ignoraba. Don Baltasar, á quien Navarro contó tu historia me dijo sí que el difunto rey te habia mandado prender en castigo de haber conducido de noche al principe de España á un parage sospechoso; pero no sé nada mas, y no puedo adivinar qué papel hacia Calderon en esa farsa. El papel de un amante que se venga de un ultraje recibido, le respondí. Entonces le conté todos los pormenores de la aventura, la cual le pareció tan divertida, que á pesar de su seriedad no pudo menos de reir, ó mas bien llorar de placer. Catalina, tan pronto sobrina como nieta, le alegró en extremo; como asimismo la parte que habia tenido en el negocio el duque de Lerma.

Luego que acabé mi relacion, me despidió el conde, diciéndome que no dejaria de emplearme el dia siguiente. Fuime en derechura á casa de don Baltasar de Zúñiga á darle gracias por los buenos oficios que me habia hecho, y al mismo tiempo á participar á mi amigo José las favorables disposiciones que el ministro manifestaba hacia mi.

CAPITULO V.

Conversacion secreta que tuvo Gil Blas con Navarro; y primera cosa en que le ocupó el conde de Olivares.

Apenas vi á José cuando le dije agitado que tenia muchas cosas que noticiarle. Llevóme á un sitio retirado, donde habiéndole enterado de lo ocurrido, le pregunté qué le parecia lo que acababa de decir. Parece, respondió, que estais en visperas de una gran fortuna: todo se os presenta propicio. Agradais al primer ministro, y (lo que no dejará de servir de algo) yo me hallo bastante enterado para poder hacer os el mismo servicio que os hizo mi tio Melchor de la Ronda cuando entrásteis en el palacio del arzobispo de Granada. Aquel os ahorró el trabajo de estudiar el genio del prelado y de sus principales familiares, manifestándoos el carácter de cada uno; yo, á ejemplo suyo, quiero daros á conocer cuál es el del conde, el de la condesa su muger, y el de doña Maria de Guzman su hija única.

El ministro tiene talento perspicaz, profundo y á propósito para formar grandes proyectos. Se precia de hombre universal porque tiene una somera idea de todas las ciencias, y se cree capaz de decidir en todo. Se imagina ser un jurisconsulto consumado, un gran capitán, y un politico de los mas sagaces. Añada vmd. á eso que es tan encaprichado en su parecer, que quiere que prevalezca sobre el de los demas, y esto solo porque no se juzgue que se gobierna por dictámen de otro; defecto que, hablando entre los dos, puede producir funestas consecuencias en gravísimo perjuicio de la monarquía. Brilla en el consejo por cierta elocuencia natural, y escribiria tan elegantemente como habla, sino afectara, para dar dignidad á su estilo, el hacerle oscuro y muy

estudiado: tiene pensamientos extravagantes, es caprichoso y fantástico. Este es el retrato de su entendimiento: vea vmd. ahora el de su corazón. Es generoso y buen amigo: se le acusa de vengativo, pero ¡cuán pocos son los que dejan de serlo viéndose con igual poder, y en tanta elevación! También le motejan de ingrato porque hizo desterrar al duque de Uceda y á fray Luis de Aliaga, á quienes debía grandes favores; mas eso puede perdonársele, porque el deseo de ser primer ministro dispensa de ser agradecido.

Doña Inés de Zúñiga y Velasco, condesa de Olivares, prosiguió José, es una señora en quien no advierto otra tacha que la de vender á peso de oro las gracias que por su intercesion se consiguen. Doña Maria de Guzman (hoy dia el partido mejor y mas ventajoso de toda España) es una señorita completa, y el idolo de su padre. Con arreglo á estas luces que os doy, podreis arreglar vuestra conducta. Haced mucho la corte á estas dos señoras, mostraos mas adicto al conde de Olivares que lo fuisteis al duque de Lerma antes de vuestro viage á Segovia, y llegareis á ser un señor insigne y poderoso.

También os aconsejo que no dejéis de visitar de cuando en cuando á mi amo don Baltasar: es verdad que no necesitareis de él para vuestros ascensos; mas con todo siempre convendra tenerle propicio. Al presente os estima y le merecis buen concepto; procurad conservaros en su amistad, porque en la ocasion os podrá servir. Pero como tio y sobrino, repliqué yo á Navarro, gobiernan el estado, ¿quién sabe si con el tiempo no se originarán entre los dos algunos celillos? No hay que temer, me respondió, porque reina entre ambos una estrechísima union. Sin don Baltasar nunca hubiera sido primer ministro el conde de Olivares; porque despues de la muerte de Felipe III todos los amigos y partidarios de la casa de Sandoval se dividieron unos á favor del cardenal, y otros al de su hijo; pero mi amo, el mas perspicaz de todos los cortesanos; y el conde, que no es menos sagaz que él, frustraron todas sus medidas, y las tomaron por su parte tan ajustadas para asegurarse en este puesto, que al fin dejaron burlados á todos sus competidores. Nombrado primer ministro el conde de Olivares repartió el ministerio con su tio don Baltasar, dando á éste el encargo de los negocios exteriores, y reservando para si el de los interiores, de suerte, que estrechando por este medio los vinculos de la amistad que deben naturalmente unir á las personas de una misma sangre, estos dos señores, independientes uno de otro, viven en una armonía que me parece inalterable.

Esta fué la conversacion que tuve con José, de la cual me prometí sacar buen partido. Despues pasé á dar gracias al don Baltasar de lo mucho que se habia interesado por mi. Respondiome con el mayor agrado que aprovecharia gustoso todas las ocasiones que se le proporcionasen de servirme, y que celebraba infinito verme igualmente contento y satisfecho de su sobrino, á quien me aseguró volveria á hablar á favor mio, aunque no sea mas, añadió, que para que conozcais cuán presentes tengo en mi corazón todos vuestros intereses, y al mismo tiempo entendais que en lugar de un protector habeis adquirido dos; tan á pechos habia tomado el favorecerme el señor don Baltasar en atencion á los buenos oficios de Navarro.

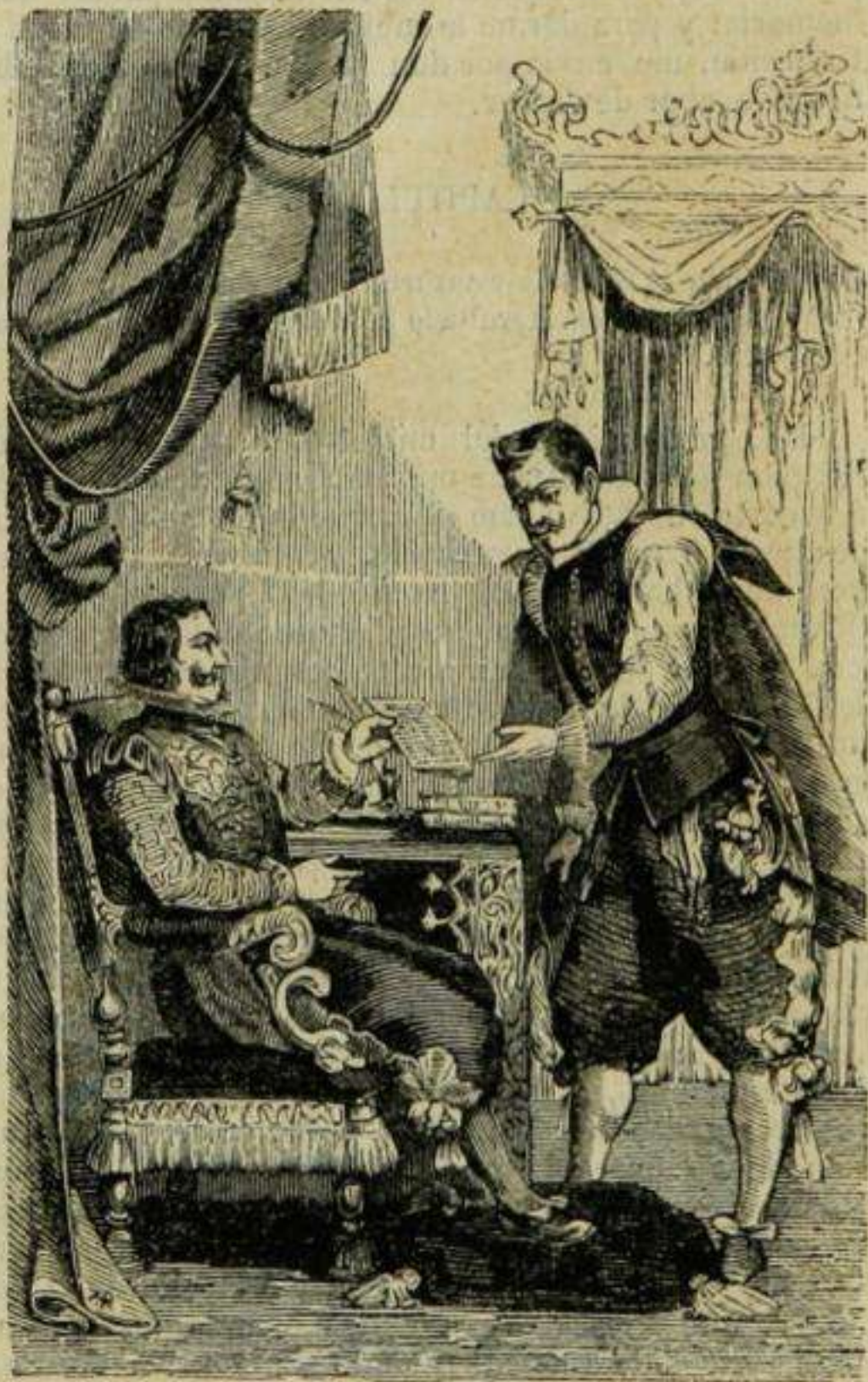
Desde aquella misma noche dejé mi posada de caballeros para ir á vivir en casa del primer ministro, donde cené con Escipion en mi aposento, en el cual fuimos servidos por criados de la misma casa, quienes durante la cena, mientras nosotros afectábamos una gravedad severa, tal vez reirian entre si del respeto que se les habia mandado nos guardasen.

Apenas levantaron la mesa se retiraron, y mi secretario, dejando de reprimirse, me dijo mil locuras que su buen humor y sus lisonjeras esperanzas le sugirieron. Por lo que á mi toca, aunque estaba embelesado con la brillante situacion en que comenzaba á verme, aun no sentia en mi interior ninguna disposicion á de-

jarme deslumbrar de ella; y asi luego que me acosté me quedé dormido tranquilamente, sin entregar mi imaginacion á las ideas risueñas que podian ocuparla; en vez de que Escipion durmió poco, pues pasó la mitad de la noche atesorando para casar á su hija Serafina.

No bien me habia acabado de vestir el dia siguiente, cuando vinieron á llamarme de parte del conde. Fui inmediatamente á ver á S. E., el cual me dijo: ea, Santillana, veamos algo de lo que sabes hacer; tú me has dicho que el duque de Lerma te encargaba algunas memorias para que se las redactases: yo tengo una que destino para prueba de tu capacidad, y de cuyo objeto voy á enterarte. Se trata de componer una obra que disponga al público en favor de mi ministerio. Ya he hecho correr secretamente la voz de que he encontrado los negocios en gran desorden, y es menester ahora manifestar á los ojos de la corte y del público la triste situacion á que se halla reducida la monarquía. Conviene presentar sobre esto un cuadro que llame la atencion pública, y no deje echar de menos á mi predecesor: despues ponderarás las medidas que he adoptado para hacer que sea glorioso el gobierno del rey, florecientes sus estados, y sus vasallos completamente dichosos.

Dicho esto me entregó un papel que contenia los



justos motivos de los pueblos para estar descontentos con el gobierno anterior; y me acuerdo que constaba de diez artículos, el menor de los cuales era muy bastante para sobresaltar á todo buen español. Hizome despues pasar á un gabinetillo contiguo á su despacho, y allí me dejó solo para que trabajase con libertad. Comencé, pues, á componer mi memoria lo mejor que me fué posible: espuse primeramente el estado lastimoso en que se hallaba la monarquía; el erario exhausto, las rentas de la corona estancadas en manos de asentistas, y la marina arruinada. Recapitulé despues los defectos cometidos por los que habian gobernado la nacion en el reinado anterior, y las funestas consecuencias que podian traer con-

sigo. En fin, pinté la monarquía en el mayor peligro, y censuré tan ácremente al ministerio anterior que, segun mi memoria, la caída del duque de Lerma era una felicidad para España. A la verdad, aunque yo no tenia ningun motivo de queja de aquel señor, sin embargo, no me pesó hacerle esta buena obra. Finalmente, despues de haber hecho la mas espantosa pintura de los males que amenazaban á la España, alentaba los ánimos haciendo mañosamente concebir á los pueblos esperanzas lisonjeras para lo sucesivo. Hacia hablar al conde de Olivares como á un restaurador enviado por la Providencia para la salvacion de la patria: prometia montes de oro; en una palabra, llené tan completamente los deseos del ministro, que quedó sorprendido de mi obra cuando acabó de leerla. Santillana, me dijo: ¿tú sabes que has hecho una obra digna de un secretario de Estado? Ya no me admiro de que el duque de Lerma se valiese de tu pluma. Tu estilo es lacónico y aun elegante; pero me parece demasiado sencillo: y al mismo tiempo, haciéndome notar los pasages que no eran de su gusto los varió; juzgando yo por sus correcciones que le gustaban, como me había dicho Navarro, las espresiones estudiadas y oscuras. Sin embargo, aunque le agradase tanto la nobleza, ó por mejor decir, la cultura en la diction, no por eso dejó de conservar las dos terceras partes de mi memoria: y para darme la mejor prueba de su plena satisfaccion, me envió por don Ramon trescientos doblones al acabar de comer.

CAPITULO VI.

En qué invirtió Gil Blas estos trescientos doblones, y comision que dió á Escipion. Resultado de la memoria de que acaba de hablarse.

Esta generosidad del ministro dió nuevo motivo á Escipion para repetirme mil parabienes de haber vuelto á la córte. Usted vé, me dijo, que la fortuna tiene grandes designios para favorecerle. ¿Está vmd. ahora arrepentido de haber dejado su soledad? ¡Viva el conde de Olivares! que es un amo muy diferente de su predecesor. A pesar de ser vmd. muy afecto al duque de Lerma, le dejó morir de hambre muchos meses sin regalarle ni un triste peso duro; mas el conde ya le ha dado una gratificacion que vmd. no se hubiera atrevido á esperar sino despues de largos servicios. Me alegraria mucho, añadió, de que los señores de Leiva fuesen testigos de la prosperidad de vmd., ó á lo menos de que la supiesen. Tiempo es de noticiársela, le respondí, y de esto iba á hablarte; porque no dudo desearán con mucha impaciencia saber de mí; pero aguardaba para hacerlo á verme en un estado fijo, y decirles positivamente si me quedaria en la córte ó no. Ahora que estoy seguro de mi suerte, puedes ir á Valencia cuando quieras á informar á aquellos señores de mi situacion actual, que miro como obra suya, siendo cierto que, á no habérmelo ellos persuadido, jamás me hubiera determinado á volver á Madrid. ¡Oh, mi amado amo, exclamó el hijo de la Coscolina, qué alegría voy á darles cuando les cuente lo que ha sucedido á usted! ¡Cuánto diera por hallarme ya á las puertas de Valencia! pero pronto estaré allí. Los dos caballos de don Alfonso están prevenidos; voy á ponerme en camino con un lacayo de S. E.; porque ademas de que me gusta llevar compañía por el camino, vuesa merced sabe que la librea de un primer ministro deslumbra.

No pude menos de reirme de la necia vanidad de mi secretario; y con todo eso yo, quizá aun mas vano que él, le permiti hacer lo que le dió la gana. Marcha, le dije, y vuelve prontamente, porque tengo que darte otro encargo. Quiero enviarte á Asturias á llevar dinero á mi madre. Por pura negligencia he dejado pasar el tiempo en que prometí enviarte cien doblones que tú mismo te obligaste á poner en mano propia. Las prome-

sas de esta especie deben ser tan sagradas para un hijo, que me acuso de mi poca puntualidad en cumplirlas. Señor, me respondió Escipion, en seis semanas quedarán desempeñados ambos encargos; habré visto á los señores de Leiva, dado una vuelta por vuestra quinta, y visitado segunda vez la ciudad de Oviedo, de la cual no me puedo acordar sin dar al diablo las tres partes y media de sus habitantes. Entregué, pues, al hijo de la Coscolina cien doblones para la pension de mi madre, y otros ciento para él, deseando que hiciese felizmente el largo viage que iba á emprender.

Poco despues de su partida S. E. mandó imprimir nuestra memoria, que apenas se hizo pública cuando fué asunto de todas las conversaciones de Madrid. Al pueblo, amigo siempre de novedades, le gustó infinito. La disipacion de las rentas reales, que estaba pintada con los mas vivos colores, le indignaron contra el duque de Lerma; y si los golpes que se descargaban contra este ministro no fueron aplaudidos de todos, á lo menos merecieron la aprobacion de muchos. En cuanto á las pomposas promesas que hacia el conde de Olivares, y entre ellas la de cubrir por medio de una discreta economia las atenciones del Estado sin gravar á los vasallos, deslumbraeron á todos generalmente, y les confirmaron en el gran concepto que ya tenian de sus talentos; de manera que por toda la poblacion resonaron sus alabanzas.

El ministro satisfecho de haber conseguido con esta obra su objeto, que no habia sido otro que el de granjearse la estimacion pública, quiso merecerla verdaderamente por medio de una accion laudable que fuese útil al rey. Recurrió para ello á la invencion del emperador Galva, es decir, que hizo que los particulares que se habian enriquecido, sabe Dios cómo, con el manejo de los caudales públicos, resarciesen al erario. Luego que el conde hizo vomitar á aquellas sanguijuelas la sangre que habian chupado, y la guardó en las arcas reales, trató de conservarla en ellas haciendo suprimir todas las pensiones, sin esceptuar la suya, como tambien las gratificaciones que se daban del caudal de S. M. Para lograr la ejecucion de este designio, que no podia verificarse sin mudar la faz del gobierno, me mandó componer otra memoria, cuya sustancia y método me indicó: en seguida me encargó que procurase elevar todo lo posible la ordinaria sencillez de mi estilo, para dar mas dignidad á mis frases. Ya estoy hecho cargo, señor, le dije: V. E. quiere sublimidad y brillantez, pues la tendrá. Encerréme en el mismo gabinete donde anteriormente habia trabajado, y allí puse manos á la obra despues de haber invocado al genio elocuente del arzobispo de Granada.

Comencé por esponer que era preciso conservar con todo rigor los fondos que habia en arcas reales, que no debian emplearse absolutamente sino en las necesidades de la monarquía, como que eran un fondo sagrado que se debia reservar para imponer respeto á los enemigos de la nacion. Despues hacia presente al monarca (que era á quien se dirigia la memoria) que suprimiendo las pensiones y gratificaciones cargadas sobre la real hacienda, no por eso se privaba del gusto que tendria en recompensar generosamente el mérito y servicio de los vasallos que se hiciesen acreedores á sus reales gracias; pues sin tocar á su tesoro quedaba en estado de conceder grandes recompensas; porque para unos tenia vireinatos, gobiernos, hábitos de las órdenes militares, y empleos en sus ejércitos; para otros encomiendas sobre las cuales podria imponer muchas pensiones, títulos de Castilla, y magistraturas: y por último, todo género de beneficios eclesiásticos para los que quisiesen seguir la carrera de la iglesia.

Esta memoria, mucho mas larga que la anterior, me ocupó cerca de tres dias, y por mi fortuna salió tan acomodada al gusto de mi amo, por estar atestada de voces enfáticas y de cláusulas metafóricas, que me colmó de alabanzas. Mucho me agrada lo que has hecho, me dijo, enseñándome los pasages mas pomposos, estas si

que son espresiones vaciadas en buen molde. ¡Animo, amigo mio! ya estoy previendo que me servirás de grande utilidad. Sin embargo, en medio de los elogios que me prodigó, no dejó de retocar la memoria; puso en ella mucho de su casa, y formó una pieza de elocuencia que admiró al rey y á toda la córte. El público la honró tambien con su aprobacion, presagió felicidades para lo venidero, y se lisonjeó de que la monarquía recobraría su antiguo esplendor bajo el ministerio de una persona tan insigne. Viendo S. E. la mucha fama que le habia granjeado aquel escrito, quiso que por la parte que yo tenia en él recogiese algun fruto; y así dispuso que se me diese una pension de quinientos escudos sobre la encomienda de Castilla; lo que me fué tanto mas apreciable, cuanto que este no era un bien mal adquirido, aunque lo habia ganado con mucha facilidad.

CAPITULO VII.

Por qué casualidad, en dónde y en qué estado volvió á encontrar Gil Blas á su amigo Fabricio; y conversacion que tuvieron.

Ninguna cosa le gustaba tanto al conde como saber lo que se pensaba en Madrid de la conducta que observaba en su ministerio. Todos los dias me preguntaba qué se decia él, y aun tenia pagadas espías que le contaban puntualmente cuanto pasaba en la poblacion. Le referian hasta las mas ligeras conversaciones que habian oido: y como les tenia encargado que le dijese francamente la verdad, no tenia poco que sufrir algunas veces su amor propio; porque la lengua del pueblo es tan suelta que nada respeta.

Luego que conocí que el conde era amigo de que se le diesen noticias, me dediqué á ir por las tardes á los sitios públicos y mezclarme en las conversaciones de personas decentes, donde las hubiera. Cuando hablaban del gobierno escuchaba con atencion, y si decian algo digno de que lo supiese S. E. no dejaba de noticiárselo; pero debe observarse que jamás le decia nada que no le fuera favorable.

Volviendo en cierta ocasion de uno de estos sitios pasé por delante de la puerta de un hospital, y me dió gana de entrar en él. Recorri dos ó tres salas llenas de enfermos, y mirando á todas partes, vi entre aquellos desgraciados, uno que fijó mi atencion, porque me pareció ver en él á mi paisano y antiguo camarada Fabricio. Acerquéme mas á su cama para enterarme mejor, y aunque no pude ya dudar que era el poeta Nuñez, con todo me detuve algunos instantes á mirarle, pero sin decirle nada. El me conoció luego, y me miraba del mismo modo. Al cabo rompiendo el silencio, le dije: ó mis ojos me engañan ó este que miro es Fabricio. El mismo soy, me respondió friamente, y no debes maravillarte. Desde que me separé de tí, no he tenido otro oficio que el de autor: he compuesto novelas, comedias, y toda clase de obras de ingenio, y he llegado al fin de esta carrera, que es parar en un hospital.

No pude menos de reirme al oír estas últimas palabras, y mucho mas al ver la seriedad con que las pronunció. ¡Pues qué! exclamé: ¿tu musa te ha traído á tan miserable estado? ¿es posible que te haya jugado una pieza tan villana? Tú mismo lo estás viendo, repuso él; á estas casas suelen venir á parar todos los que presumen de ingenios. Tú, hijo mio, lo acertaste en seguir otro rumbo; pero ya no estás en la córte, y me parece que tus asuntos han mudado mucho de aspecto: y aun me acuerdo de haber oído decir que de orden del rey te habian metido en un castillo. Así fué puntualmente, repuse yo: la fortuna en que me viste cuando nos separamos, fué muy pasajera, pues pocos dias despues perdí de repente mi empleo, mis bienes y mi libertad. Sin embargo, amigo mio, hoy me vuelves á ver en un estado mucho mas brillante que aquel en que me conociste en otro tiempo. Eso no es posible, dijo Nuñez; tu as-

pecto es juicioso y modesto: no noto en tí aquella vanidad y aquella altanería que suelen inspirar las prosperidades. Las desgracias, le repliqué, han purificado mi virtud. En la escuela de la adversidad aprendí á gozar de las riquezas sin dejarme dominar por ellas.

Acaba, pues, y dime, interrumpió Fabricio, incorporándose en la cama con júbilo, qué empleo es el que tienes, y en qué te ocupas al presente. ¿Eres por ventura mayordomo de algun gran señor arruinado, ó de alguna viuda rica? Todavía estoy mucho mejor, le respondí, pero por ahora dispénsame te ruego, de explicarme mas; que en mejor ocasion contentaré enteramente tu curiosidad. Al presente bástete saber que estoy en situacion de poder servirte, ó mas bien de ponerte en estado de no necesitar de nadie para pasarlo con decencia; con tal que me des palabra de no componer mas obras de ingenio en verso ni en prosa. ¿Serás capaz de hacer tan gran sacrificio? Ya le he hecho al cielo, me dijo, en la enfermedad mortal de que me ves convaleciente. Un religioso dominico me ha movido á abjurar de la poesia como de una ocupacion que si no es criminal, desvia por lo menos de la prudencia.

Mil parabienes te doy por tan cuerda resolucion, mi querido Nuñez; pero guárdate bien de la recaída. Esa es la que no temo, me replicó; porque tengo hecho firmísimo propósito de abandonar á las musas; por señas de que cuando entraste en esta sala estaba haciendo una composicion en verso en que me despedia de ellas para siempre. Señor Fabricio, le dije entonces meneando la cabeza; no sé si el padre dominico y yo podremos fiarnos de tu abjuracion; porque te veo ciegamente enamorado de aquellas doctas doncellas. No, no, me respondió con viveza: tengo ya rotos todos los lazos que me estrechaban con ellas. Todavía he hecho mas; pues he cobrado aversion al público: no merece que los autores quieran consagrarle sus desvelos; y yo me avergonzaria mucho de componer alguna obra que lograrse su aprobacion. Y no creas, continuó, que el resentimiento me dicta este lenguaje; digotelo con serenidad; tanto caso hago de los aplausos del público como de sus desprecios. Es difícil saber quien gana ó quien pierde con él; es tan caprichoso que hoy piensa de una manera y mañana de otra. Muy pocos son los poetas dramáticos que se llenan de vanidad cuando ven que sus producciones han sido recibidas con aplauso. Aunque la primera vez que se representen causen mucho ruido por la novedad, si veinte años despues vuelven á parecer en el teatro, son por la mayor parte mal recibidas. La misma fortuna corren por lo comun las novelas y los demas libros de pura diversion cuando salen á luz; pues si á los principios logran la aprobacion de todos, poco á poco la van perdiendo, hasta que al fin llegan á caer en desprecio. Los que viven ahora acusan de mal gusto á los que les han precedido, y el mismo defecto les imputarán á ellos los que vengan despues. De donde concluyo que los autores que son aplaudidos en este siglo, serán silbados en el siguiente. Así que todo el honor y toda la estimacion que nos granjea el buen éxito de una obra impresa, no es en suma otra cosa que una pura quimera, una ilusion de nuestra fantasia, y un fuego de paja, cuyo humo desvanece el viento en un instante.

A pesar de que conocí desde luego ser efecto de melancolia y de mal humor este juicioso modo de discurrir de mi poeta de Asturias, no me di por entendido, y solo le dije: verdaderamente quedo gozoso de verte divorciado de las obras de ingenio, y curado radicalmente de la mania de escribir. Desde ahora puedes estar seguro de que cuanto antes te haré dar un empleo con que puedas mantenerte decorosamente sin fatigar tu imaginacion. Mejor para mí, respondió muy alegre: el ingenio comienza á olerme mal, y ya le considero como el don mas funesto que el cielo puede conceder al hombre. Deseo, amado Fabricio, repuse yo, que conserves siempre esas ideas; y te vuelvo á repetir que si persistes en abandonar la poesia, muy presto te haré con un empleo tan

honroso como lucrativo; pero mientras logro hacerte este servicio, te ruego que admitas esta corta prueba de mi amistad; y diciendo esto le puse en la mano un bolsillo en que habria como unos sesenta doblones.

¡Oh, generoso amigo! exclamó enagenado de gozo y de gratitud el hijo del barbero Nuñez. ¡Qué gracias debo dar al cielo por haberte traído á este hospital! Hoy mismo quiero salir de él con tu socorro. Efectivamente así lo ejecutó haciéndose llevar á una buena posada. Pero antes de separarnos le informé de mi alojamiento, convidándole á que me fuese á ver luego que se sintiese perfectamente recuperado. Quedóse muy sorprendido cuando le dije que vivia en la casa del conde de Olivares; ¡oh bienaventurado Gil Blas, me dijo, que tienes la fortuna de agradar á los ministros! Me comp'azco en tu felicidad, pues haces tan buen uso de ella.

CAPITULO VIII.

Gil Blas se grangea cada dia mas el afecto del ministro; vuelve Escipion á Madrid, y relacion que hace á Santillana de su viage.

El conde de Olivares, á quien en adelante llamaré el conde-duque, porque con ese título se dignó honrarle el rey por este tiempo, tenia una flaqueza que descubrí en él, no sin fruto para mí, y era la de querer que le tuviesen cariño. Luego que conocia que alguno le servia con buen afecto, le daba parte en su amistad. No me descui-



Acerqueme mas á su cama para enterarme mejor.—Pág. 211

dé en aprovecharme bien de esta observacion; pues no contento con ejecutar puntualmente cuanto me mandaba, obedecia sus órdenes con demostraciones de celo que le encantaban. Estudiaba su gusto en todas las cosas para conformarme á él y anticiparme á sus deseos en cuanto me fuera posible.

Por este modo de proceder, con el que casi nunca se

deja de conseguir lo que se intenta, llegué insensiblemente á ser el favorito de mi amo: quien por su parte conociendo que yo adolecia tambien de la misma flaqueza que él, me ganó la voluntad con las demostraciones de cariño que hizo conmigo. Me grangeé tanto su amistad, que llegué á participar de su confianza, igualmente que el señor Carnero su primer secretario.

Este se habia valido de los mismos medios que yo para agradar á S. E., y lo habia logrado tan bien, que le revelaba los arcanos del gabinete; y así los dos éramos confidentes del primer ministro y los depositarios de sus secretos; pero con esta diferencia, que á Carnero solo le hablaba de los negocios de estado, y á mí de los que tocaban á sus intereses personales; lo que formaba por decirlo así, dos departamentos separados, con lo cual uno y otro estábamos igualmente gustosos, viviendo juntos sin celos y sin amistad. Yo tenia motivo para estar contento con mi destino, porque proporcionándome continuamente la ocasion de estar con el conde-duque, me ponía en estado de penetrar en el fondo de su alma, que dejó de ocultarme, en medio de ser naturalmente reservado, cuando llegó á convencerse de la sinceridad de mi afecto hácia él.

Santillana, me dijo un dia, tú has visto al duque de Lerma gozar de una autoridad que menos parecia la de un ministro favorito que el poder de un monarca absoluto; sin embargo, yo soy mas feliz que lo era él en el mayor auge de la fortuna. El tenia dos enemigos formidables en el duque de Uceda su propio hijo, y en el confesor de Felipe III; en vez de que yo á nadie veo cerca del rey con bastante favor para perjudicarme, ni aun de quien yo sospeche que me tenga mala voluntad. Es verdad, continuó, que desde mi elevacion al ministerio puse el mayor cuidado en que no estuviesen al lado S. M. otras personas que las enlazadas conmigo por amistad ó por parentesco. Con vireinatos ó embajadas me he ido deshaciendo de todos los señores cuyo mérito personal hubiera podido hacerme decaer algo de la gracia del soberano, que yo quiero gozar entera y exclusivamente; de manera que en la actualidad me puedo lisongear de que ningun grande me hace sombra. Ya ves, Gil Blas, añadió, que te descubro mi corazon: como tengo motivo para creer que me eres enteramente afecto, he echado mano de tí para que seas mi confidente. Tienes entendimiento, te contemplo juicioso, prudente y discreto; en una palabra, te considero á propósito para el desempeño de mil comisiones que piden un sugeto muy inteligente y que tome parte en mis intereses.

No pude desechar del todo las ideas lisongeras que estas palabras escitaron en mi imaginacion; subiéronseme repentinamente á la cabeza algunos humos de ambicion y de avaricia, que despertaron en mí ciertos afectos de que creia haber triunfado. Aseguré al ministro que haria cuanto estuviese de mi parte para corresponder á sus deseos, y me preparé para ejecutar sin escrúpulo todas las órdenes que tuviera por conveniente darme.

Entretanto que yo me disponia de este modo á erigir nuevos altares á la Fortuna, volvió Escipion de su viage. No tengo, me dijo, muy larga relacion que haceros; causé una grande alegría á los señores de Leiva cuando les dije la buena acogida que vmd. halló en el rey luego que le conoció, y de qué modo se conduce con vmd. el conde de Olivares.

Interrumpí á Escipion diciéndole: mas alegría les hubieras causado, amigo mio, si hubieras podido contarles el predicamento en que me hallo en el dia para con el ministro. Son verdaderamente de admirar los rápidos progresos que despues de tu partida he hecho en el corazon de S. E. Sea Dios bendito, mi querido amo, respondió, ya presiento que tendremos escelentes destinos que desempeñar.

Mudemos de conversacion, le dije, y hablemos de Oviedo. Cuando saliste de Asturias ¿en qué estado dejaste á mi madre? ¡Ah señor! me respondió tomando de repente un aspecto afligido las noticias que tengo que da-

ros sobre ese punto no son sino tristes. ¡Oh cielos! exclamé: sin duda mi madre ha muerto. Seis meses há, dijo mi secretario, que la buena señora pagó el tributo á la naturaleza, y lo mismo el señor Gil Perez su tío de vmd.

Afligióme vivamente la muerte de mi madre, aunque en mi infancia no habia recibido de ella aquellas caricias que tanto necesitan los hijos para ser agradecidos en lo sucesivo. Tambien derramé algunas lágrimas por el buen canónigo, acordándome del cuidado que habia tenido de mi educacion. A la verdad no duró mucho mi pesadumbre; que muy presto quedó reducida á una tierna memoria que siempre he conservado de mis parientes.

CAPITULO IX.

Cómo y con quién casó el conde-duque á su hija única, y los sinsabores que produjo este matrimonio.

Poco despues del regreso del hijo de la Coscolina vi al conde-duque por espacio de unos ocho dias muy parado y pensativo. Me persuadi de que estaba meditando alguna grande empresa de politica; pero presto llegué á saber que lo que le tenia tan suspenso era un asunto doméstico. Gil Blas, me dijo una tarde, sin duda habrás reparado que hace dos dias que ando pensativo. Asi es, hijo mio; no puedo negar que enteramente me ocupa un negocio, del cual pende el sosiego de mi alma, y voy á confiártelo.

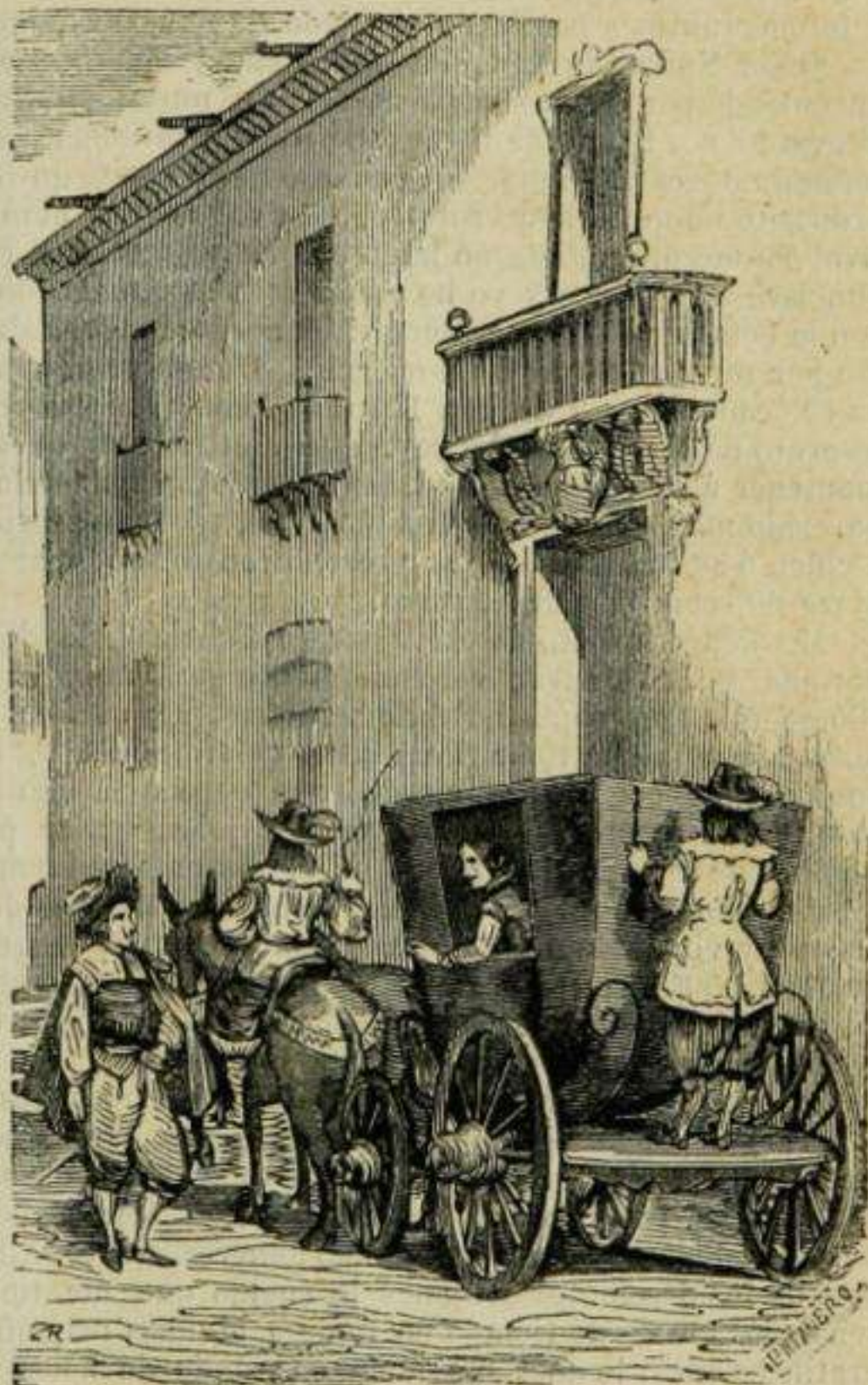
Mi hija doña Maria, continuó, se halla ya en edad de tomar estado, y son muchos los pretendientes que aspiran á su mano. El conde de Niebla, primogénito del duque de Medinasidonia, cabeza de la casa de Guzman, y don Luis de Haro, hijo y heredero del marqués del Carpio, y de mi hermana mayor, son los dos concurrentes que parecen mas dignos de merecer la preferencia. Sobre todo, el mérito del último es tan superior al de sus competidores, que toda la corte está persuadida de que será el que preferiré para yerno. Con todo eso, sin pararme en esplicarte los motivos que tengo para desechár á ambos, te diré que he puesto los ojos en don Ramiro Nuñez de Guzman, marqués de Toral, cabeza de la casa de los Guzmanes de Abrados. A este señor, y á los hijos que nacieren de mi hija quiero dejar todos mis bienes, vincularlos al título de conde de Olivares y anejar á él la grandeza; de suerte que mis nietos y sus descendientes que vinieren de la rama de Abrados y de la de Olivares pasarán por primogénitos de la casa de Guzman. Dime, Santillana, añadió ¿apruebas este proyecto? Señor, le respondi, es propio de la capacidad y talento que le ha formado: lo único que recelo es que el duque de Medinasidonia podrá quejarse de él. Quéjese cuanto quiera, respondi, nada me importa: no tengo inclinacion á su rama que ha usurpado á la de Abrados el derecho de primogenitura y los títulos anejos á ella; menos impresion me harán sus quejas que el sentimiento que tendrá mi hermana la marquesa del Carpio al ver que su hijo pierde el enlace con mi hija. Pero sobre todo, yo quiero hacer mi gusto y don Ramiro será preferido á todos sus rivales: asi lo tengo determinado.

Habiendo el conde-duque tomado esta resolucion no pasó sin embargo á ejecutarla sin afianzarla primero con un golpe diestro de politica. Presentó un memorial al rey y á la reina suplicando á sus magestades se dignasen disponer de la mano de su hija doña Maria, esponiéndoles las cualidades de los señores que la pretendian, y remitiéndose enteramente á la eleccion de sus magestades: bien que hablando del marqués de Toral, no se dejaba de conocer su particular inclinacion á este partido. En virtud de esto, el rey, que deseaba mucho complacer á su ministro, le dió por escrito la respuesta siguiente: *Juzgo á don Ramiro Nuñez digno de doña Maria. Sin embargo, elige por tí mismo: el partido que mas te convenga será el que á mí mas me agrade.—El rey.*

Manifestó el ministro esta respuesta con cierta afec-

tacion; y fingiendo entenderla como una orden del soberano, se dió prisa á casar á su hija con el marqués de Toral, resolucion de que se resintió vivamente la marquesa del Carpio, como todos los Guzmanes, que estaban muy satisfechos con la esperanza del enlace con doña Maria. En medio de esto unos y otros, cuando vieron que no podian impedir el casamiento, aparentaron celebrarle con las mayores demostraciones de alegría. Parecia que toda la familia estaba fuera de si de contento; pero tardó poco en verse vengado su disgusto del modo mas cruel y doloroso para el conde. A los diez meses dió á luz doña Maria una niña que murió al nacer, y poco despues la misma madre fué victima de su sobreparto.

¡Qué pérdida para un padre idólatra (por decirlo asi) de su hija, y mas viendo con esto desvanecido su proyecto de quitar el derecho de primogenitura á la rama de Medinasidonia! Esto le afligió tan profundamente, que



Hiciele entrar en el coche, y fuimos juntos á pasear en el Prado de San Gerónimo. — Pág. 211.

se encerró por algunos dias sin que le viese nadie sino yo, que conformándome á su excesivo sentimiento, me mostraba tan apesadumbrado como él. Forzoso es decir la verdad: yo aproveché esta coyuntura para derramar nuevas lágrimas en memoria de Antonia. La semejanza que habia entre su muerte y la de la marquesa de Toral volvió á abrir una herida mal cicatrizada, causándome tanto sentimiento, que el ministro, á pesar de lo abatido que le tenia su propia pena, no pudo menos de advertir la mia. Admiróle verme tomar tan activa parte en sus amarguras. Gil Blas, me dijo un dia que le pareci abismado en una profunda tristeza, es un consuelo muy dulce para mí el tener un confidente tan sensible á mis angustias. ¡Ah señor! le respondi, vendiéndole por fineza mi quebranto, seria yo el hombre mas ingrato, y mi corazon el mas duro sino las sintiera tan vivamente. ¡Pues qué! ¿podria V. E. llorar la muerte de una hija de

tanto mérito, y á quien amaba tan tiernamente, sin que yo mezclase mis lágrimas con las súyas? No, señor: me tiene V. E. demasiado colmado de beneficios para que yo pueda dejar en toda mi vida de tomar parte en sus satisfacciones y en sus pesadumbres.

CAPITULO X.

Encuentra Gil Blas casualmente al poeta Nuñez: refiérele este que se representa una tragedia suya en el teatro del Principe: desgraciado éxito que tuvo; y efecto favorable que le produjo esta desgracia.

Comenzaba el ministro á consolarse, y por consiguiente tambien yo á recobrar mi buen humor, cuando sali una tarde á pasearme solo en coche. En el camino encontré al poeta asturiano, á quien no habia visto despues de su salida del hospital. Advertí que estaba decentemente vestido. Llaméle, hícele entrar en el coche, y fuimos juntos á pasear en el Prado de San Gerónimo.

Señor Nuñez, le dije, ha sido fortuna mia haberos encontrado por casualidad; á no ser asi nunca lograria el gusto de... Déjate de reconvenciones, Santillana, interrumpió con precipitacion: confieso de buena fé que de propósito no quise ir á visitarte, y te voy á decir el motivo. Tú me prometiste un buen empleo, con tal que renunciase á la poesia y yo he encontrado otro mas sólido con la condicion de hacer versos: he aceptado este último por ser mas conforme á mi genio. Un amigo mio me ha colocado en casa de don Beltran Gomez del Ribero, tesorero de las galeras del rey. Este don Beltran queria mantener á sus espensas un buen ingenio, y habiéndole parecido muy sublime mi versificacion, me ha preferido á cinco ó seis autores que se presentaron para ocupar la plaza de secretario de su ramo.

Me alegro infinito de eso, querido Fabricio, le dije, porque ese don Beltran verosimilmente será muy rico. ¡Cómo rico! me replicó Fabricio: dicen que ni aun él mismo sabe lo que tiene. Pero como quiera que sea, he aqui en qué consiste el empleo que desempeño en su casa. Como se precia de cortejante y quiere pasar por hombre de ingenio, se vale de mi pluma para componer billetes llenos de sal y de gracia, dirigidos á muchas damas muy vivarachas con quienes tiene frecuente correspondencia. En su nombre escribo á una en verso, á otra en prosa, y algunas veces yo mismo soy el portador de los billetes para hacer ver mis muchos talentos.

Pero tú no me enteras, le dije, de lo que mas deseo saber: ¿te pagan bien tus epigramas epistolares? con mucha liberalidad, me respondió: no todos los ricos son espléndidos, pues algunos conozco que son bien tacaños; pero don Beltran se porta conmigo generosamente. Ademas de los doscientos doblones de sueldo que me tiene señalados me dá de tiempo en tiempo algunas pequeñas gratificaciones; lo cual me pone en estado de hacer el papel de señor, y de pasar el tiempo alegremente con algunos autores tan enemigos como yo de la melancolia. En suma, le repliqué yo, ¿es tu tesorero hombre de tanto gusto que conozca las bellezas de una obra y note sus defectos? ¡Oh! tanto como eso no, me respondió Nuñez; aunque tiene una verbosidad que deslumbra, no es inteligente. Sin embargo, se cree otro *Tarpa*: decide resueltamente, y sostiene su opinion con tanta altanería y tenacidad, que las mas de las veces, cuando disputa, todos se ven obligados á ceder para evitar una granizada de espresiones descorteses que acostumbra descargar sobre los que le contradicen.

De aqui puedes inferir que pongo el mayor cuidado en no oponerme jamás á lo que dice, por mas razon que muchas veces me asista para ello, porque ademas de los epitetos poco gustosos que oiria de su boca, es seguro que me echaria á la calle. Apruebo, pues, continuó, todo lo que él alaba, y repruebo todo cuanto le disgusta. Por esta condescendencia, que en la realidad poco ó nada me cuesta, pues fácilmente me acomodo al carác-

ter y genio de las personas que me pueden servir, me he hecho dueño de la estimacion y voluntad de mi patrono. Empeñóme en componer una tragedia, cuya idea me sugirió él mismo. Compúsela á vista suya; si salí bien, deberé toda mi gloria á las lecciones que él me ha dado.

Preguntéle el titulo de la tragedia, y me respondió intitúlase *El Conde de Saldaña*, la cual se representará en el corral del Principe dentro de tres dias. Deseo mucho, le repliqué, que logre todo el aplauso y concepto que tu ingenio me hace esperar. Yo tambien lo espero me dijo él: verdad es que no hay esperanzas mas falsas que estas, por estar tan inciertos los autores de éxito que tendrán sus obras en las tablas.

Llegó en fin el dia de la primera representacion. Yo no asistí á ella por haberme dado el ministro cierto encargo que me lo estorbó; y lo mas que pude hacer fue enviar á Escipion para que á lo menos me informase de éxito de una pieza en que me interesaba. Despues de haberle estado esperando con impaciencia, le vi entrar con un semblante que me dió mala espina, y no me dejó presagiar cosa buena. Y bien, le pregunté, ¿cómo ha recibido el público á *El Conde de Saldaña*? Malísimamente, me respondió: en mi vida he visto comedia tratada con mayor ignominia; me he salido indignado de la insolencia del patio. No estoy yo menos indignado, le respondí, contra la mania que Nuñez tiene de componer piezas dramáticas. ¿No debe haber perdido el juicio para preferir los ignominiosos silbidos del populacho al decoroso estado en que pude colocarle? Asi me desahogaba yo echando pestes contra el poeta de Asturias por la inclinacion que le tenia, afligiéndome de la desgracia de su drama, mientras él estaba tan satisfecho de su obra.

Efectivamente, dos dias despues le vi entrar en mi cuarto que no cabia en si de gozo. Santillana, exclamó alborozado luego que me vió, vengo á darte parte de mi suma felicidad. La composicion de una mala tragedia ha causado mi fortuna. Ya sabrás lo mal que fué recibido mi pobre *Conde de Saldaña*: todos los espectadores se amotinaron contra él; pero este desenfreno universal fué justamente el que aseguró mi dicha para toda la vida.

Quedé aturdido al oír hablar de este modo al poeta Nuñez. ¿Cómo así? Fabricio, le pregunté pasmado: ¿es posible que el alto desprecio con que fué tratada tu tragedia, sea puntualmente el motivo de tu desmesurada alegría? Asi es ni mas ni menos, me respondió. Ya te dije la mucha parte que don Beltran tuvo en su composicion; por lo mismo la calificó de una obra á todas luces excelente. Picado en extremo de que el público hubiera sido de un sentir tan contrario al suyo, me dijo esta mañana: Nuñez,

Victrix causa Diis placuit, sed victa Catoni:

si tu tragedia pareció tan mal á las gentes, á mí me gustó mucho, y esto te debe bastar. Y para que te consules del dolor que naturalmente te causará la injusticia y el mal gusto del siglo presente, desde ahora te señalo dos mil escudos de renta anual y vitalicia sobre todos mis bienes. Vamos desde aqui á casa de mi escribano á otorgar la escritura. Con efecto, partimos inmediatamente. El tesorero firmó la escritura de donacion, y me ha pagado el primer año anticipado.

Di mil parabienes á Fabricio por el desgraciado éxito de su *Conde de Saldaña*, que habia redundado en provecho del autor. Tienes razon, prosiguió él, en complimentarme por una cosa tan estraña. ¡Dichoso yo una y mil veces de haber sido silbado! Si el público mas benévolo me hubiera honrado con sus aplausos, ¿qué fruto hubiera sacado de ellos? Ninguno, ó á lo sumo algunos reales que de nada me servirían; pero los silbidos en un instante me han puesto en estado de pasar cómodamente el resto de mis dias.

CAPITULO XI.

Consigue Santillana un empleo para Escipion, el cual se embarca para Nueva España.

No miró mi secretario sin alguna envidia la impensada fortuna del poeta Nuñez, de manera que en toda una semana no cesó de hablarme de ella. Admirado estoy, me decía, de los caprichos de la fortuna, la cual muchas veces parece que se deleita en colmar de bienes á un detestable autor, mientras abandona á los mejores en manos de la miseria: ¡cuánto celebraría yo que un día se le antojase hacerme rico de la noche á la mañana! Eso, le dije, podrá quizá suceder mas presto de lo que piensas. Tú estás ahora en el templo de esa deidad, porque, si no me engaño mucho, la casa de un primer ministro se puede muy bien llamar *el templo de la Fortuna*, donde de repente se ven elevados y opulentos los que logran su favor. Decis, señor, mucha verdad, me respondió; pero es menester tener paciencia para esperarle. Vuélvote á decir, le repliqué, que te sosiegues: ¿quién sabe si quizá á estas horas se te está preparando alguna buena comision? Con efecto, pocos dias despues se me presentó ocasion de emplearle útilmente en servicio del conde-duque, y no la dejé escapar.

Hallábame una mañana en conversacion con don Ramon Caporis, mayordomo del primer ministro, y era el asunto sobre las rentas de S. E. Mi señor, decía él, goza de varias encomiendas en todas las órdenes militares, que le reditúan cada año cuarenta mil escudos, sin mas obligacion que la de llevar la cruz de Alcántara. Fuera de eso los tres empleos de gentil-hombre de cámara, caballerizo mayor, y gran canciller de Indias, le producen doscientos mil escudos. Pero todo esto no es nada en comparacion de los inmensos caudales que saca de las Indias. ¿Sabe vmd. cómo? Cuando los buques del rey salen de Sevilla ó de Lisboa para aquellos paises, hace embarcar en ellos vino, aceite y todo el trigo que le produce su condado de Olivares, sin que le cueste un maravedi la conduccion. En Indias se venden estos géneros á precios cuatro veces mayor del que valen en España. Con el dinero que gana en esta venta, compra especería, colores y otras drogas que en el Nuevo-Mundo están casi de valde, y en Europa se venden á subido precio. Este es un tráfico que le vale muchos millones sin el menor perjuicio del erario. Y no estrañará usted, continuó, que las personas empleadas en hacer este comercio vueivan todas cargadas de riquezas, porque su escelencia lleva á bien que haciendo su negocio hagan tambien ellas el suyo.

El hijo de la Coscolina, que escuchaba nuestra conversacion, no pudo oír hablar así á don Ramon sin interrumpirle: pardiez, señor Caporis, exclamó, que yo de buena gana seria uno de esos empleados, y mas que ha muchos años tengo grandes deseos de ver á Méjico. Presto satisfaría yo tu curiosidad, le dijo el mayordomo, si el señor de Santillana no se opusiera á tus deseos. Aunque soy algo delicado en la eleccion de los sugetos que envio á las Indias para hacer este tráfico, porque al fin yo soy el que los nombro, desde luego te sentaria ciegame en mi registro, con tal que lo consintiese tu amo. Mucha satisfaccion tendria, dije á don Ramon, en que vmd. me diese esta prueba de amistad. Escipion es un mozo á quien estimo, y ademas de eso es muy capaz y tan puntual en todo lo que se pone á su cargo, que espero no dará el menor motivo de disgusto: respondo por él como pudiera responder por mi mismo.

Siendo así, replicó Caporis, desde luego puede marchar á Sevilla, de donde dentro de un mes se harán á la vela los navios que han de pasar á Indias. Llevará una carta mia para cierto sugeto que le instruirá bien en todo lo que debe hacer para utilizar mucho sin el menor perjuicio de los intereses de S. E., que siempre deben ser muy sagrados para él.

Alegrísimo Escipion con el nuevo empleo, dispuso su viage á Sevilla con mil escudos que le di para que comprase en Andalucia vino y aceite, y pudiese así traficar por su cuenta en las Indias. Mas sin embargo de las esperanzas que llevaba de mejorar de fortuna en el viage, no pudo separarse de mí sin lágrimas, ni yo privarme de él con ojos enjutos.

CAPITULO XII.

Llega á Madrid don Alfonso de Leiva: motivo de su viage: grave afliccion de Gil Blas, y alegría que le siguió.

Apenas se habia ausentado Escipion, cuando un page del ministro entró en mi cuarto y me entregó un billete que contenia estas palabras: *Si el señor de Santillana quisiese tomarse la molestia de ir al meson de San Gabriel en la calle de Toledo, verá en él á uno de sus mayores amigos.*

¿Quién podrá ser este amigo? decía yo entre mi mismo, ¿y por qué razon me ocultará su nombre? Tal vez quiere sazornarme el gusto de verle con el sainete de la sorpresa. Sali al instante de casa, me encaminé á la calle de Toledo, llegué al sitio señalado, y me quedé no poco suspenso de encontrar á don Alfonso de Leiva. ¡Qué es lo que veo! exclamé: ¡V. S. aquí, señor! Si, mi querido Gil Blas, me respondió teniéndome estrechamente abrazado. El mismo don Alfonso en persona es el que tienes á la vista. ¿Pero qué negocio le ha traído á V. S. á Madrid? le dije. Te voy á sorprender, me respondió, y á affigirte enterándote de la causa de mi viage. Sábeta que me han quitado el gobierno de Valencia, y que el primer ministro ha mandado me presente en la córte á dar cuenta de mi conducta. Permaneci un cuarto de hora en un profundo silencio: despues volviendo á tomar la palabra, ¿de qué se le acusa á V. S? le dije: nada sé, respondió; pero atribuyo mi desgracia á la visita que hice tres semanas ha al cardenal duque de Lerma que hace un mes se halla confinado en su palacio de Denia.

¡Oh! en verdad, interrumpí yo, que V. S. tiene razon en atribuir su desgracia á esa indiscreta visita: no hay que buscar otra culpa; y V. S. me permitirá le diga que se olvidó de consultar su acostumbrada prudencia cuando fué á ver á un ministro desgraciado. El yerro ya se cometió, me dijo él, y he tomado voluntariamente mi determinacion. Me retiraré con mi familia á la quinta de Leiva, donde pasará en un profundo sosiego el resto de mis dias. Lo único que ahora me affige, añadió, es el verme obligado á presentarme á un ministro orgulloso y dominante, que quizá me recibirá con poco agrado, cosa intolerable para quien nació con alguna honra. A pesar de que esto es una necesidad, he querido hablarte antes de someterme á ella. Señor, le dije, no se presente V. S. al ministro sin que yo sepa antes de lo que se le acusa, pues el mal no es irreparable. Sea lo que fuere, V. S. se servirá llevar á bien que yo dé en el asunto todos aquellos pasos que exigen en mí la gratitud y el afecto. Diciendo esto le dejé en el meson, asegurándole que dentro de poco nos volveriamos á ver.

Como yo no intervenia ya en ningun negocio de estado desde las dos memorias de que he hecho tan elocuente mencion, fui á buscar á Carnero para preguntarle si era verdad que á don Alfonso de Leiva se le habia quitado el gobierno de la ciudad de Valencia. Respondióme que sí; pero que ignoraba la causa de ello. Con esto resolví sin vacilar acudir al mismo ministro para saber de su propia boca los motivos que podia tener para estar quejoso del hijo de don César.

Estaba yo tan penetrado de dolor por este fatal acontecimiento, que no tuve necesidad de aparentar tristeza para parecer affigido á los ojos del conde. ¿Qué tienes Santillana? me preguntó luego que me vió: descubro en tu semblante señales de pesadumbre, y aun veo que las

lágrimas están prontas á correr de tus ojos. ¿Te ha ofendido alguno? habla, y pronto quedarás vengado. Señor, le respondi llorando, aun cuando quisiera disimular mi pena no podria, porque casi llega á términos de desesperacion. Acaban de asegurarme que ya no es gobernador de Valencia don Alfonso de Leiva, y no podian darme noticia que me fuera mas sensible. ¿Qué me dices, Gil Blas? repuso el ministro admirado: ¿pues qué tienes tú con don Alfonso ni con su gobierno? Entonces le hice una puntual relacion de todas las obligaciones que debia á los señores de Leiva, y despues le conté cómo y cuándo habia yo obtenido del duque de Lerma para el hijo de don César el gobierno de que se trataba. Despues que S. E. me oyó con una atencion llena de bondad hácia mi, me dijo: enjuga tus lágrimas, amigo mio. Ademas de que yo ignoraba lo que me acabas de contar, te confesa-



ré que miraba á don Alfonso como hechura del cardenal de Lerma. Ponte en mi lugar; la visita que hizo á este purpurado ¿no te le hubiera hecho sospechoso? Quiero, no obstante, creer que habiéndosele conferido su empleo por aquel ministro, puede haber dado este paso por un mero impulso de agradecimiento. Siento haber separado de su empleo á un hombre que te le debia á ti; pero si deshice lo que habias hecho tú, puedo repararlo, y aun quiero hacer por tí mas de lo que hizo el duque de Lerma. Don Alfonso de Leiva, tu amigo, no era mas que gobernador de la ciudad de Valencia; pero yo le hago virey del reino de Aragon. Te doy licencia para que le comuniques esta noticia, y puedes decirle que venga á prestar juramento.

Cuando oí estas palabras pasé del extremo de la afliccion á un exceso de alegría que me enagenó en términos que lo conoció S. E. en el modo de manifestarle mi agradecimiento; mas no le desagradó el desconcierto de mis palabras, y como le habia enterado de que don Alfonso estaba en Madrid, me dijo que podia yo presen-

tarsele en aquel mismo dia. Fui volando al meson de San Gabriel, en donde colmé de gozo al hijo de don César anunciándole su nuevo empleo. No podia creer lo que yo le decia, porque tenia dificultad en persuadirse de que, por mas amistad que me tuviera el primer ministro, fuera capaz de dar vireinatos por mi influjo. Condujele á casa del conde-duque, que le recibió muy afablemente, y le dijo, que se habia comportado tan bien en su gobierno de la ciudad de Valencia, que contentándole el rey apto para desempeñar un empleo mas elevado, le habia nombrado para el vireinato de Aragon. Por otra parte, añadió, esta dignidad no es superior á la categoria de vuestro nacimiento, y la nobleza aragonesa no podria quejarse de la eleccion de la córte. Su excelencia no me tomó en boca, y el público ignoró la parte que yo habia tenido en aquel negocio, lo que puso á cubierto á don Alfonso y al ministro de las habladurias del público sobre el nombramiento de un virey que era hechura mia.

Luego que el hijo de don César estuvo seguro de su promocion, despachó un propio á Valencia para noticiarla á su padre y á Serafina, que al momento pasaron á Madrid, y su primera diligencia fué visitarme y colmarme de demostraciones de vivo agradecimiento. ¡Qué espectáculo tan tierno y glorioso para mi ver á las tres personas que mas amaba en el mundo abrazarme á competencia! Tan agradecidos á mi amor como al esplendor que el vireinato iba á añadir á su casa, no hallaban palabras con que manifestar su reconocimiento. Me hablaban como si trataran con un igual suyo, pareciendo haber olvidado de que habian sido mis amos: todo les parecia poco para darme pruebas de amistad. Para suprimir circunstancias inútiles, don Alfonso, despues de haber recibido el real despacho, dado gracias al rey y al ministro, y prestado el juramento acostumbrado, marchó de Madrid con su familia para ir á establecer su residencia en Zaragoza. Hizo alli su entrada pública con la mayor magnificencia, y los aragoneses acreditaron con sus aclamaciones que yo les habia dado un virey que les era muy acepto.

CAPITULO XIII.

Encuentra Gil Blas en palacio á don Gaston de Cogollos, y á don Andrés de Tordesillas: á dónde fueron todos tres: fin de la historia de don Gaston y doña Elena de Galisteo: qué servicio hizo Santillana á Tordesillas.

Loco estaba yo de contento por haber trasformado tan felizmente en virey á un gobernador depuesto. Los mismos señores de Leiva no estaban tan alegres como yo. Presto se me ofreció otra ocasion de emplear mi valimiento á favor de un amigo; lo que creo conveniente contar, para hacer ver á mis lectores que ya no era yo aquel mismo Gil Blas que en el ministerio anterior vendia las mercedes de la córte.

Hallándome un dia en la antecámara del rey hablando con algunos señores, que no se desdeñaban de admitirme á su conversacion, sabiendo que me queria el primer ministro, vi entre la multitud á don Gaston de Cogollos, aquel reo de estado á quien habia dejado en el alcázar de Segovia, que estaba con el alcaide del mismo alcázar don Andrés de Tordesillas. Separéme gustoso de las personas con quien estaba, para ir á dar un abrazo á estos dos amigos míos: si ellos se admiraron mucho de verme alli, yo me admiré mas de encontrarme con ellos. Despues de reciprocos abrazos, me dijo don Gaston: señor de Santillana tenemos muchas cosas que decirnos, y no estamos en parage á propósito para ello; permitame vmd. que le conduzca á un sitio en donde el señor de Tordesillas y yo tendremos el gusto de hablar largamente con vmd. Vine en ello; abrimonos paso por entre el gentío, y salimos de palacio. Hallamos el coche de don Gaston, que le estaba esperando en la calle, metimonos en él los tres, y fuimos á apearnos en la plaza Mayor,

en donde se hacen las corridas de toros, que allí vivia Cogollos en una soberbia casa.

Señor Gil Blas, me dijo don Andrés luego que entramos en una sala alhajada con magnificencia, pareceme que cuando vmd. salió de Segovia habia cobrado horror á la corte, y que iba resuelto á alejarse de ella para siempre. Ese era en efecto mi designio, le respondi, y mientras vivió el difunto rey no mudé de parecer; pero luego que supe que ocupaba el trono el príncipe su hijo, quise ver si el nuevo monarca me conocia: conocióme, y tuve la dicha de que me recibiese benignamente; él mismo me recomendó al primer ministro, quien me cobró amistad, y con el cual estoy en mucho mas auge del que nunca estuve con el duque de Lerma. Esto es, señor don Andrés, todo lo que tenia que decirle; ahora dígame vmd. si se mantiene todavía de alcaide del alcázar de Segovia. No por cierto, me respondió; el conde-duque puso á otro en mi lugar creyéndome probablemente parcial de su predecesor. Yo, dijo entonces don Gaston, obtuve mi libertad por una razon contraria. Apenas supo el primer ministro que yo estaba en la prision de Segovia por orden del duque de Lerma, cuando me mandó poner en libertad; ahora se trata, señor Gil Blas, de contaros lo que me sucedió desde que salí del alcázar.

Lo primero que hice, continuó, despues de haber dado mil gracias á don Andrés por las atenciones que le habia debido durante mi arresto, fué venirme á Madrid. Presentéme al conde-duque de Olivares, el cual me dijo: no tema vmd. que la desgracia que le ha sucedido perjudique en lo mas mínimo á su reputacion. Usted se halla plenamente justificado, y estoy tanto mas seguro de su inocencia, cuanto que el marqués de Villareal, de quien se le sospechaba á vmd. cómplice, no era culpable. A pesar de ser portugués y aun pariente del duque de Braganza, es menos parcial del duque que del rey mi señor. Por consiguiente no debió imputársele á vuesa merced como delito su conexion con el marqués; y para reparar la injusticia que se hizo á vmd. acusándole de traicion, el rey le hace teniente capitán de su guardia española. Acepté este empleo suplicando á S. E. me permitiese, antes de entrar á desempeñarle, pasar á Coria á ver mi tia doña Leonor de Lajarilla. Concedióme el ministro un mes de licencia para el viage, el que emprendí acompañado de un solo lacayo.

Habíamos pasado ya de Colmenar, y entrado en un camino hondo entre dos colinas, cuando vimos á un caballero que se estaba defendiendo valerosamente de tres hombres que le acometian á un tiempo. No me detuve un punto en ir á socorrerle: fui volando hacia él, y me puse á su lado. Observé cuando me batia que nuestros enemigos estaban enmascarados, y que reñiamos con animosos combatientes. Sin embargo, á pesar de su vigor y destreza quedamos vencedores: atravesé á uno de los tres, que cayó del caballo, y los otros dos huyeron al momento. Verdad es que la victoria no fué menos funesta para nosotros que para el desgraciado á quien yo habia muerto: porque despues de la accion, tanto mi compañero como yo nos hallamos peligrosamente heridos. Pero figúrese vmd. cuál seria mi sorpresa cuando conocí que el caballero á quien habia socorrido era Cambados, marido de doña Elena. No quedó él menos admirado al ver que era yo su defensor. ¡Ah don Gaston! exclamó: pues qué, ¿sois vos quien venis á socorrerme! Cuando abrazásteis mi partido con tanta generosidad, sin duda ignorábais que defendiais á un hombre que os habia robado vuestra dama. Es cierto que lo ignoraba, le respondi; pero aun cuando lo hubiera sabido, ¿os parece que hubiera titubeado en hacer lo que hice? ¿Metendreis en tan mal concepto que creais tengo una alma vil? No, no, respondió; tengo mejor opinion de vos, y si muero de las heridas que acabo de recibir, deseo que las vuestras no os impidan aprovecharos de mi muerte. Cambados, le dije, aunque no he olvidado todavía á doña Elena, sabed que no apetezco poseerla á costa de vuestra vida; y aun me alegro mucho de haber contribuido á salvaros de los

golpes de tres asesinos, pues que en ello hice una accion que agradecerá vuestra esposa.

Mientras estábamos hablando de este modo, mi lacayo se apeó, y acercándose al caballero que estaba tendido en el suelo le quitó la mascarilla, y nos hizo ver unas facciones que luego conoció Cambados: es Caprara, exclamó, aquel pérfido primo, que en despecho de haber perdido una rica herencia que injustamente me habia disputado, hace mucho tiempo que pensaba asesinarme, y habia por ultimo elegido este dia para realizar sus deseos; pero el cielo ha permitido que él mismo haya sido la víctima de su atentado.

Entretanto nuestra sangre corria en abundancia, y por instantes nos ibamos debilitando. Sin embargo, he-



Efectuóse secretamente el matrimonio.—Pág. 218.

ridos como estábamos, tuvimos ánimos para llegar hasta el lugar de Villarejo, que no distaba mas que dos tiros de fusil del campo de batalla. Llegamos al primer meson, llamamos cirujanos, y vino uno que nos dijeron ser muy hábil. Examinó nuestras heridas, y halló que eran muy peligrosas; hizo la primera cura, y á la mañana siguiente despues de haber levantado el vendage declaró mortales las de don Blas, pero no las mias; y sus pronósticos no salieron falsos.

Viéndose Cambados desahuciado, solo pensó en prepararse á morir. Envió un propio á su muger para informarla de todo lo sucedido, y del triste estado en que se hallaba. Tardó poco doña Elena en presentarse en Villarejo, á donde llegó con el espíritu fuertemente agitado por dos causas diferentes; por el peligro que corria la vida de su marido, y por el temor de que mi vista volviese á encender en su pecho un fuego mal apagado: dos efectos que la tenian en una terrible conmocion. Señora, le dijo don Blas luego que la vió, aun venis á tiempo para recibir mi última despedida; voy á morir, y miro mi muerte como un castigo del cielo por la falsedad con que os robé á don Gaston. Muy lejos de quejarme de él, yo

mismo os exhorto á que le restituyais un corazon que le usurpé. Doña Elena no le respondió sino con lágrimas, y á la verdad esta era la mejor respuesta que le podia dar, porque no estaba tan desprendida de mí que hubiese olvidado el artificio de que se habia valido don Blas para determinarla á serme infiel.

Aconteció lo que el cirujano habia pronosticado, que en menos de tres dias murió Cambados de sus heridas, en vez de que las mias anunciaban una pronta curacion. La viuda, ocupada únicamente en el cuidado de que trasladasen á Coria el cadáver de su esposo, para hacerle los honores que ella debia á sus cenizas, salió de Villarejos para volverse allí despues de haberse informado como por mera urbanidad del estado en que yo me hallaba. Seguila luego que pude tomando el camino de Coria, donde acabé de restablecerme. Entonces mi tia doña Leonor y don Jorge de Galisteo determinaron casarnos á la viuda y á mí antes que la fortuna nos jugase otra pieza como la pasada. Efectuóse secretamente el matrimonio, en atencion á la reciente muerte de don Blas; y de allí á pocos dias volví á Madrid con doña Elena. Como se habia pasado el tiempo de mi licencia, temí que el ministro hubiese dado á otro la tenencia de guardias que se me habia conferido; pero no habia dispuesto de ella, y tuvo la bondad de admitir la disculpa que le di de mi tardanza.

Soy, pues, prosiguió Cogollos, primer teniente de la guardia española, y estoy muy contento con mi empleo. He granjeado amigos de trato agradable con quienes vivo gustoso. Me alegrára poder decir otro tanto, interrumpió aqui don Andrés pues estoy muy lejos de vivir contento con mi suerte: perdi el empleo que tenia, el cual me daba de comer, y me veo sin amigos que puedan ayudarme á adquirir otro sólido. Perdóne vmd., señor don Andrés, dije yo entonces sonriéndome: en mí tiene vmd. un amigo que puede servirle de algo. Vuelvo, pues, á decir que el conde-duque me estima aun quizá mas de lo que me estimaba el duque de Lerma, ¿y se atreve vmd. á decirme en mi cara que no conoce á nadie que le pueda proporcionar un empleo sólido? Pues ¿no le hice en otro tiempo un servicio semejante? Acuértese vmd. de que por el valimiento del arzobispo de Granada logré que se le nombrase á vmd. para ir á Méjico á desempeñar un empleo en que hubiera hecho su fortuna, si el amor no le hubiera detenido en la ciudad de Alicante, pues me hallo en mejor estado de poder servir á vmd. actualmente, que estoy al lado del primer ministro. Supuesto eso, me pongo en manos de vmd., repuso Tordesillas; pero (añadió sonriéndose tambien) suplico á vmd. que no me haga el favor de enviarme á Nueva-España, porque no querria ir allá aunque me hicieran presidente de la audiencia de Méjico.

Al llegar aqui nuestra conversacion fué interrumpida por doña Elena que entró en la sala, y cuya persona, llena de atractivos, correspondia á la encantadora idea que me habia formado de ella. Señora, le dijo Cogollos, este caballero es el señor de Santillana, de quien os he hablado varias veces y cuya amable compañía calmó frecuentemente en la prision mis pesares. Si, señora, dije á doña Elena; mi conversacion le agradaba, porque siempre era vmd. el asunto de ella. La hija de don Jorge respondió modestamente á mi cumplimiento; despues de lo cual me despedí de ambos esposos, asegurándoles lo mucho que celebraba que el himenó hubiese por último coronado sus prolongados amores. Despues dirigiendo la palabra á Tordesillas, le rogué que me informase de su habitacion, y habiéndolo hecho, le dije: don Andrés, de vmd. no me despido: espero que antes de ocho dias verá vmd. que yo reuno el poder á la buena voluntad.

No quedé por embustero: al dia siguiente el conde-duque me proporcionó la ocasion de servir á este alcaide. Santillana, me dijo S. E., está vacante la plaza de gobernador de la cárcel real de Valladolid; vale mas de trescientos doblones al año, y me dan ganas de dártela.

No la quiero, señor, le respondí, aunque valga diez mil ducados de renta: renuncio á todos los empleos que no pueda desempeñar sin alejarme de V. E. Pero este, replicó el ministro, puedes desempeñarle muy bien, sin necesidad de salir de Madrid sino para ir de cuando en cuando á Valladolid á visitar la cárcel. Diga V. E. cuanto guste, repuse yo, no acepto ese empleo sino con la condicion de que se me permita renunciarlo á favor de un digno hidalgo llamado don Andrés de Tordesillas, alcaide que fué del alcázar de Segovia. Me alegraria hacerle este presente en reconocimiento de los buenos procederes de que usó conmigo durante mi prision.

Sonrióse el ministro de oírme hablar asi, y me dijo: por lo que veo, Gil Blas, quieres hacer un gobernador de la cárcel real del modo que hiciste un virey. Pues bien, sea asi, amigo mio, desde luego te concedo la plaza vacante para Tordesillas; pero dime francamente qué gratificacion debe producirte, porque no te tengo por tan simple que quieras empeñar tu valimiento de valde. Señor, le respondí, ¿no deben pagarse las deudas? Don Andrés me proporcionó sin interés todas las comodidades que pudo, ¿no será justo que yo le corresponda? Muy desprendido os habeis hecho, señor de Santillana, me replicó S. E., me parece que lo érais mucho menos en el último ministerio. Es verdad, le repuse, porque el mal ejemplo estragó mis costumbres: como entonces todo se vendia, me conformé con el uso; y como en el dia todo se da, he vuelto á recobrar mi integridad.

Logré, pues, que se proveyese en don Andrés de Tordesillas el gobierno de la cárcel real de Valladolid, y le hice marchar luego á dicha ciudad tan contento con su nuevo empleo, como lo quedé yo por haber desempeñado para con él las obligaciones que le debia.

CAPITULO XIV.

Vá Santillana á casa del poeta Nuñez: qué personas encontró en ella; y qué conversacion tuvieron allí.

Un dia despues de comer se me antojó ir á ver al poeta asturiano, movido solo de la curiosidad de saber qué vivienda tenia. Me encaminé á casa del señor Beltran Gomez del Rivero, y pregunté en ella por Nuñez. Ya no vive aqui, me respondió un lacayo que estaba á la puerta; vive ahora en aquella casa, añadió mostrándome una que estaba cerca, y ocupa un cuarto que cae á espaldas de ella. Fuíme allá, y despues de haber atravesado un patio pequeño, entré en una sala enteramente desahajada, en donde hallé á mi amigo Fabricio sentado todavia á la mesa con cinco ó seis amigos suyos á quienes habia convidado aquel dia.

Estaban al fin de la comida, y por consiguiente metidos en disputa; pero luego que me vieron sucedió un profundo silencio á su ruidosa conversacion. Levantóse apresuradamente Nuñez para recibirme, exclamando: caballeros, aqui está el señor de Santillana que tiene la bondad de honrarme con una de sus visitas: ayúdenme ustedes á tributar respetuosos obsequios al valido del primer ministro. Al oír esto todos los convidados se levantaron tambien para saludarme; y en consideracion al título que se me habia dado, me hicieron cumplimientos muy reverentes. Aunque yo no tenia necesidad de beber ni de comer, no me pude escusar de sentarme á la mesa con ellos, y aun de corresponder á un brindis que me dirigieron.

Pareciéndome que mi presencia les impedia continuar hablando con libertad: señores, les dije, creo haber interrumpido su conversacion; suplico á ustedes la continúen, ó si no me retiro. Estos señores, dijo entonces Fabricio, estaban hablando de la Ifigenia de Euripides. El bachiller Melchor de Villegas, erudito de primer orden, preguntaba al señor don Jacinto de Romarate ¿qué era lo que mas le interesaba en aquella tragedia? Asi es, dijo don Jacinto, y yo le he respondido que el peligro en que se veia Ifigenia. Y yo, dijo el bachi-

ller, yo le he replicado (lo que estoy pronto á demostrar) que no es el peligro lo que forma el verdadero interés de la pieza. Pues ¿cuál es? exclamó el anciano licenciado Gabriel de Leon. El viento, respondió el bachiller.

Todos dieron una carcajada al oír una respuesta que yo no creí formal, imaginándome que Melchor no la había dado sino por alegrar la conversacion. Pero no tenía yo noticia de aquel sábio: era un hombre que no entendía de burlas, y así dijo con grande seriedad: rian ustedes cuanto les diere la gana, que yo siempre sostendré que lo que debe hacer mas impresion en el espectador, lo que debe interesarle y suspenderle mas, es el viento. Y si no figúrense ustedes un numeroso ejército unido precisamente para ir á sitiarse á Troya. Consideren la impaciencia de capitanes y soldados por emprender y concluir aquel sitio, y restituirse cuanto antes á la Grecia, en donde habían dejado todo lo que mas amaban en este mundo, sus dioses lares, sus mugeres y sus hijos. Levántase de repente un maldito viento contrario que los detiene en Aulida, y los tiene como clavados en aquel puerto, tanto que mientras no se mude, no les es posible ir á sitiarse la ciudad de Priamo. Pues este viento es el que forma el interés de la tragedia. Yo me declaro á favor de los griegos porque apruebo su designio, y solo deseo la partida de su flota, mirando con indiferencia á Ifigenia en peligro, pues que su muerte es un medio para obtener de los dioses un viento favorable.

Cuando Villegas acabó de hablar, se renovaron las carcajadas á su costa. Fingió Nuñez apoyar socarronamente aquella ridicula opinion, solo por dar mas materia de burla á los zumbones, los cuales se divirtieron diciendo mil graciosísimas chufletas sobre los vientos. Pero el bachiller mirándolos á todos con aire flemático y orgulloso, los trató de ignorantes y gente vulgar. Yo estaba temiendo á cada momento que se agarrasen y se diesen de mogicones estos botarates, que es el término ordinario de sus disputas; pero fué vano mi temor, porque todo se redujo á llenarse recíprocamente de desvergüenzas, y se retiraron despues de haber comido y bebido á discrecion.

Luego que se marcharon pregunté á Fabricio, por qué no vivía en casa del tesorero, y si acaso había ocurrido alguna desavenencia entre los dos. ¿Desavenencia? me respondió, Dios me libre de ello: nunca ha estado en mayor auge mi estimacion con don Beltran. Supliquéme me permitiese vivir en casa separada, y alquilé en esta el cuarto que ves para gozar de mayor libertad. Aquí recibo á mis amigos que me vienen á ver con frecuencia, y lo paso alegremente con ellos, porque ya sabes que mi genio no es muy inclinado á dejar grandes riquezas á mis herederos. Mi mayor gusto es hallarme al presente en estado de tener todos los dias á mi mesa buena compañía sin peligro de arruinarme. Me alegro infinito, querido Nuñez, le repliqué, y no puedo menos de repetirte mil parabienes por el éxito de tu última tragedia. Las ochocientas composiciones dramáticas del gran Lope de Vega no le valieron la cuarta parte de lo que te ha valido á tí tu *Conde de Saldaña*.

LIBRO XII.

CAPITULO I.

Envía el ministro á Toledo á Gil Blas: motivo y éxito de su viage.

Hacia ya cerca de un mes que S. E. me repetía todos los dias: Santillana, va llegando el tiempo en que quiero emplear tu talento y destreza; pero este tiempo nunca acababa de venir. Llegó en fin, y S. E. me habló en estos términos: se dice que hay en la compañía de cómicos de Toledo una actriz muy celebrada por su habilidad: se asegura que baila y canta divinamente: que arrebató á

los espectadores cuando representa; y se añade tambien que es muy hermosa. Una persona tan recomendable es digna de venir á representar en la corte. Al rey le gustan las comedias, la música y el baile, y no le desagradan la hermosura. No me parece razon que S. M. carezca del placer de ver y oír á una muger de tanto mérito. Por esto he resuelto enviarte á Toledo para que juzgues por tí mismo si esa actriz es tan peregrina; yo me atenderé desde luego á la impresion que cause en tí, y me fio enteramente en tu discernimiento.

Respondí á S. E. que esperaba dar buena cuenta de aquella comision, y desde luego emprendí mi viage, acompañado de un lacayo, á quien hice dejar la librea del ministro para desempeñar mi encargo con mayor secreto; precaucion que agradó á S. E. Tomé, pues, el camino de Toledo, en donde me apeé en un meson inmediato al alcázar. No bien me había apeado cuando el mesonero, teniéndome sin duda por algun caballero de las cercanías, me dijo: naturalmente vendrá V. S. á ver la augusta ceremonia del auto de fé que se celebra mañana en Toledo. Yo, que nada sabía de tal auto, le respondí inmediatamente que sí, para ocultar mejor su designio, y cortarle la gauda de preguntarme mas sobre el fin que llevaba á aquella ciudad. Verá V. S., prosiguió él, una de las mas escelentes procesiones que jamás se han visto; pues hay, segun se dice, mas de cien penitencidos, entre los cuales pasan de diez los que han de ser quemados.

Con efecto, el dia siguiente antes de salir el sol oí tocar todas las campanas de la ciudad, en señal de que iba á darse principio al auto de fé. Con la curiosidad de ver esta ceremonia, me vestí aceleradamente, y me encaminé hácia la Inquisicion. Había allí cerca y de trecho en trecho por donde había de pasar la procesion, tablados altos, en uno de los cuales me coloqué por mi dinero. Iban primero los padres dominicos, precedidos del estandarte de la Fé, ó pendon del Santo Tribunal. Tras de dichos religiosos venían los reos con sus capotillos ó especie de escapularios de tela amarilla, formada en ellos por la parte anterior y posterior el aspa de San Andrés de tela roja, llamada sanbenito, y todos con corozas en la cabeza, con llamas pintadas las de los condenados á la hoguera, y sin ellas la de los otros de menor pena.

Miraba yo á todos aquellos infelices con la compasion que no se puede negar á la humanidad, cuando creí descubrir entre los encorzoados sin llamas al reverendo padre Hilario y á su compañero el hermano Ambrosio. Pasaron tan cerca de mí, que no pude equivocarme. ¡Qué es lo que estoy viendo! dije entre mí mismo, el cielo cansado de los excesos de estos dos malvados, los ha entregado á la justicia de la Inquisicion. Hablando conmigo de esta suerte me sentí aterrorizado, se apoderó de mí un temblor universal, y mi ánimo se turbó en términos que temí caer desmayado. Las relaciones que yo había tenido con aquellos bribones, la aventura de Chelva, y en fin, todo lo que habíamos hecho juntos acudió en aquel momento á representarse á mi imaginación, y creí que no podía dar suficientes gracias á Dios de haberme preservado del sanbenito y de la coraza.

Acabada la coremonia me restituí al meson temblando por el terrible espectáculo que acababa de ver; pero las tristes ideas de que tenía lleno el ánimo se disiparon insensiblemente, y solo pensé en desempeñar con acierto la comision que me había encargado mi amo. Esperé con impaciencia la hora de la comedia para ir á ella, pareciéndome que este era el primer paso que debía dar. Llegada que fué, me dirigí al teatro, donde casualmente me senté junto á un caballero del hábito de Alcántara con quien entablé luego conversacion, y le dije, si daba licencia á un forastero para hacerle una pregunta. Caballero, me respondió muy atentamente, vmd. me honrará en elló. He oído ponderar, proseguí, á los cómicos de Toledo, ¿me habrán engañado? No, me respondió el caballero, la compañía no es mala, y á la verdad hay en

ella dos papeles excelentes. Entre otros oirá vmd. á la bella Lucrecia, actriz de catorce años, que le pasará. No será menester que yo se la muestre á vmd. cuando se deje ver en la escena, porque la distinguirá fácilmente. Volvíle á preguntar si representaría aquella tarde: me respondió que sí, y aun que tenía un papel de mucho lucimiento en la pieza que se iba á representar.

Principió la comedia, y aparecieron en la escena dos actrices que nada habían omitido de cuanto pudiera contribuir á hacerlas encantadoras; pero, á pesar del brillo de sus diamantes, ni una ni otra me parecieron ser la que yo esperaba. En fin, dejóse ver Lucrecia en el fondo



del teatro, y su aproximación á la escena fué anunciada con un palmoteo general. ¡Ah! esta es, dije para mí: ¡qué aire tan noble! ¡qué talle! ¡qué hermosos ojos! ¡qué salada criatura! Con efecto, me llenó completamente, ó por mejor decir, su persona me dejó absorto. Desde los primeros versos que recitó conocí que tenía naturalidad, fuego, maestría superior á su edad, y reuní voluntariamente mis aplausos á los universales que le tributó el concurso en todo el tiempo que duró la representación. Y bien, me dijo entonces el caballero: ya vé vmd. la justicia que hace el público á Lucrecia. No me admiro, respondió. Pues menos se admiraría vmd., me replicó, si la oyera cantar: es verdaderamente una sirena: pobres de aquellos que la oyen, si no se precaven tapándose los oídos para no quedar encantados. No es menos temible cuando baila; sus pasos son tan peligrosos como su voz; hechizan los ojos y cautivan el corazón. Según eso, exclamé yo entonces, será preciso confesar que esta niña es un portentoso. ¿Y quién es el mortal venturoso que tiene la dicha de arruinarse por una criatura tan preciosa? No tiene ningún amante que se sepa, me dijo, y aun la murmuración no le atribuye ninguna amistad secreta: no obstante, añadió, acaso pudiera tenerla, porque Lucrecia está bajo la vigilancia de su tía Estela, que sin disputa es la más astuta de todas las cómicas.

Al oír el nombre de Estela, pregunté con precipitación al tal caballero si aquella Estela era actriz de la compañía de Toledo: y de las mejores, me replicó: hoy no ha representado, y en verdad que no hemos perdido poco. Por lo común hace el papel de graciosa, y verdaderamente lo desempeña que es un primor. ¡Qué expresión dá á sus papeles! tal vez les añade algo de su invención; pero este es un hermoso defecto que le hace gracia. Contóme otras mil maravillas de la tal Estela, y por el retrato que me hizo de su persona no dudé fuese Laura, aquella misma que dejé en Granada, y de quien he hablado tanto en mi historia.

Para cerciorarme me fui derecho al vestuario concluida la comedia. Pregunté por la señora Estela, y volviendo los ojos á todas partes la ví sentada al brasero en conversación con algunos señores, que quizá no la obsesquiaban sino porque era tía de Lucrecia. Llegué á saludar á Laura, y fuese por capricho, ó por vengarse de mi precipitada fuga de Granada, fingió no conocerme, y recibió mi saludo con tanta sequedad que me dejó un poco parado. En lugar de reconvenirle con risa su frío recibimiento, fui tan simple que mostré formalizarme, y aun me retiré incomodado, resuelto en aquel primer impulso de cólera á volverme á Madrid el día siguiente. Para vengarme de Laura, decía yo, no quiero que su sobrina tenga el honor de representar delante del rey: para esto, no tengo más que hacer al ministro el retrato que se me antoje de Lucrecia; y me bastará decirle que baila con poco garbo, que su voz es áspera, y que toda su gracia consiste en sus pocos años: estoy seguro que desde luego se le pasará á S. E. la gana de hacerla ir á la corte.

Esta era la venganza que pensaba tomar del desaire que Laura me había hecho; pero duró poco mi resentimiento. La mañana siguiente, cuando me estaba disponiendo á marchar, entró un lacayuelo en mi cuarto, y me dijo: aquí traigo un billete que tengo que entregar al señor de Santillana; yo soy, hijo mío, le dije, tomándole la carta que abrió, y que contenía estas palabras: *olvida el modo con que ayer te recibí en el teatro, y ven con el portador á donde él te guie*. Seguí luego al lacayuelo, que me llevó á una casa muy decente, no distante del teatro, y me introdujo en un cuarto alhajado con aseo y buen gusto, donde encontré á Laura en su tocador.

Se levantó para abrazarme, diciendo: señor Gil Blas, conozco que vmd. tuvo motivo para salir ayer poco contento del recibimiento que le hice cuando fué á saludarme en el vestuario: un antiguo amigo tenía derecho para esperar de mí una acogida más afable: no tengo otra disculpa sino que me hallaba á la sazón de malísimo humor, por haber oído ciertos dichos malignos que algunos de los señores cómicos tenían sobre la conducta de mi sobrina, cuya honra me importa más que la mía. La precipitada y desabrida retirada de vmd. me hizo volver al momento de mi distracción, y en el mismo punto di orden á mi lacayo, para que siguiese á vmd., y averiguase su posada con ánimo de reparar hoy mi falta. Ya queda, le dije, enteramente reparada, mi querida Laura; no hablemos más de eso: ahora enterémonos mutuamente de lo que nos ha sucedido desde el malaventurado día en que el temor de un justo castigo me obligó á salir tan aceleradamente de Granada. Te dejé, si te acuerdas, metida en un grande embrollo. ¿Cómo saliste de él? ¿No es verdad que necesitaste de toda tu maestría para apaciguar á tu amante portugués? Nada de eso, respondió Laura; ¿pues no sabes que en semejantes lances los hombres son tan débiles que ellos mismos ahorran á veces á las mugeres hasta el trabajo de justificarse?

Sostuve, continuó ella, al marqués de Marialva que eras hermano mío. Perdóne vmd., señor de Santillana, que le hable con la familiaridad que en otro tiempo, porque no puedo desprenderme de las costumbres añejas. Diréte, pues, que le hablé con desembarazo y entereza. ¿No conoce vmd., le dije al señor portugués, que todo eso es obra de los celos y de la indignación? Narcisa, mi compañera y rival, colérica de ver que yo poseo

pacíficamente un corazón que ella ha perdido, forjó todo este embuste. Cosechó al sota-despavilador del teatro, quien para apoyar su resentimiento tuvo el descaro de decir que me había visto en Madrid sirviendo á Arsenia. Nada hay mas falso: la viuda de don Antonio Coello ha tenido siempre pensamientos demasiado nobles para querer someter á ser criada de una cómica. Fuera de esto, otra patente prueba de la falsedad de esta imputacion, y de la conspiracion de mis acusadores, es la precipitada fuga de mi hermano, que si estuviera presente dejaría sin duda bien confundida la calumnia; pero Narcisa ciertamente habrá empleado algun nuevo artificio para hacerle desaparecer.

Aunque estas razones, prosiguió Laura, no bastasen



Hizome muchas preguntas acerca de Lucrecia.—Pág. 223

para hacer mi completa apología, el marqués tuvo la bondad de contentarse con ellas; tanto que el cándido señor prosiguió amándome hasta el día en que dejó á Granada para volverse á Portugal. En verdad su partida fué muy inmediata á la tuya, y la muger de Zapata tuvo el consuelo de verme perder el amante que yo le había quitado. Permaneci todavía despues algunos años en Granada; pero habiéndose introducido en la compañía disensiones (como frecuentemente sucede entre nosotros) todos los cómicos se separaron: unos marcharon á Sevilla, otros á Córdoba, y yo me vine á Toledo, donde estoy hace diez años con mi sobrina Lucrecia, á quien ayer oíste representar, puesto que estuviste en la comedia.

No pude dejar de reirme al llegas aqui. Laura me preguntó de qué me reia. ¿Pues qué no lo adivinas? le respondi: tú no tienes hermano ni hermana; por consiguiente no puedes ser tia de Lucrecia. Además de eso, cuando cotejo el tiempo que ha que nos separamos, con la edad que representa Lucrecia, me parece que puede ser algo mas estrecho el parentesco entre vosotras dos.

Ya le entiendo á vmd., señor Gil Blas, replicó algo

40 x *Gil Blas de Santillana.*

sonrojada la viuda de don Antonio Coello: como vuesa merced tiene tan presentes los tiempos, no hay medio de engañarle. Ahora bien, amigo mio, Lucrecia es hija mia y del marqués de Marialva, y el fruto de nuestro trato porque no quiero ocultarte mas esta verdad. Vaya, reina mia, repliqué yo, que es grande el esfuerzo que haces en revelarme este secreto, despues que me confiaste tus averturas con el administrador del hospital de Zamora. Como quiera que sea, yo te aseguro que Lucrecia es una niña de tanto mérito que el público jamás podrá agradecerle como debe el regalo que le hiciste en ella. Ojalá fueran como este todos los que le hacen tus compañeras y amigas.

Quién sabe si algun lector ladino al llegar aqui se acordará de las secretas conversaciones que Laura y yo tuvimos en Granada cuando era secretario del marqués de Marialva, y se le antojará sospechar que podia yo tener algun derecho para disputar al marqués la paternidad de Lucrecia: le protesto por mi honor que seria injusta su sospecha.

Di en seguida á Laura cuenta de mis aventuras, hasta el estado actual de mis asuntos. Oyóme con una atencion que mostraba bien no serle indiferente lo que le decia. Amigo Santillana, me dijo luego que acabé, veo que representas un papel brillante en el teatro del mundo, y no alcanzo á manifestarte lo mucho que me complazco en ello. Cuando yo lleve á Madrid á Lucrecia para colocarla en la compañía del Principe, me atrevo á lisonjearme de que hallará en el señor de Santillana un poderoso protector. No lo dudes, le respondi: cuenta conmigo, que haré admitir á tu hija en la compañía del Principe cuando quieras; esto puedo prometértelo sin hacer alarde de mi poder. Desde luego te cogeria la palabra, replicó Laura, y mañana mismo marcharia á Madrid si no estuviera escriturada en esta compañía. Esa escritura la anula una real orden, le respondi; yo me encargo de ella, y la recibirás antes de ocho días. Tendré gran placer en robarles á los toledanos tu Lucrecia, una actriz tan linda ha nacido para los cortesanos, y nos pertenece de derecho.

A este tiempo entró Lucrecia en el cuarto. Crei ver á la diosa Hebe; tanta era su gracia y su lindeza: acababa de levantarse, y luciendo su hermosura natural sin los auxilios del arte, presentaba á mi vista un objeto encantador. Ven, sobrina mia, le dijo su madre, ven á agradecer á este señor la buena voluntad que nos tiene: es uno de mis amigos antiguos, que tiene gran valimiento en la corte, y está empeñado en colocarnos á ambas en la compañía del Principe. De esto mostró alegría la niña, que me hizo una profunda cortesía, y me dijo con una sonrisa embelesadora: doy á vmd. muy humildes gracias por su benévola intencion; pero al quererme separar de un público que me estima, ¿está vmd. seguro de que no desagradaré al de Madrid? Tal vez perderé en el cambio; porque muchas veces he oido decir á mi tia haber conocido actores muy aplaudidos en una ciudad y silbados en otra, lo cual me sobresalta: tema vmd. esponerme al desprecio de la corte, y esponerse á sí mismo á sufrir sus reconvenciones. Hermosa Lucrecia, le respondi, eso es lo que ni uno ni otro debemos temer; antes bien lo único que temo es que vmd. encienda una guerra civil entre los grandes, enamorándolos á todos. El sobresalto de mi sobrina, me dijo Laura, me parece mejor fundado que el de vmd.; pero bien considerado ambos los tengo por vanos. Si Lucrecia no puede llamar la atencion pública por sus atractivos, en recompensa no es tan mala actriz que deba ser depreciada.

Siguió todavía algun tiempo la conversacion, y pude advertir por la parte que tomó Lucrecia en ella que era una jóven de extraordinario talento. En seguida me despedi de las dos, asegurándoles que inmediatamente recibirian orden de la corte para ir á Madrid.

CAPITULO II.

Da Santillana cuenta de su comision al ministro, qu'en le encarga el cuidado de hacer que venga Lucrecia á Madrid; de la llegada de esta actriz, y de su primera representacion en la corte.

Cuando volví á Madrid hallé al conde-duque muy impaciente por saber el resultado de mi viage. Gil Blas, me dijo, ¿has visto á nuestra comedianta? ¿merece que se le haga venir á la corte? Señor, le respondi, la fama, que pondera comunmente mas de lo justo á las mugeres hermosas, se queda muy escasa respecto de la jóven Lucrecia, que es una persona admirable, tanto por su hermosura, como por sus habilidades.

¡Es posible! exclamó el ministro con una satisfaccion interior que lei en sus ojos, y que me hizo pensar que me habia enviado á Toledo por su interés personal: ¿es posible que Lucrecia sea tan amable como me dices? Cuando V. E. la vea, le respondi, confesará que no se puede hacer su elogio sin disminuir sus hechizos. Santillana, replicó S. E., hazme una puntual relacion de tu viage, porque tendré particular gusto en oirla. Tomando entonces la palabra para satisfacer á mi amo, le conté hasta la historia de Laura inclusive. Dijele que esta actriz habia tenido á Lucrecia del marqués de Marialva, señor portugués, que habiéndose detenido en Granada viajando, se habia enamorado de ella. Finalmente, despues de haber hecho á S. E. una menuda relacion de lo que habia pasado entre aquellas comediantas y yo, me dijo: me alegro infinito de que Lucrecia sea hija de un sugeto distinguido; eso me interesa todavía mas en su favor, y es necesario traerla á la corte. Pero continúa, añadió, del modo que has comenzado, y no me tomes en boca, sino que en todo ha de sonar únicamente Gil Blas de Santillana.

Fuí á verme con Carnero, á quien dije que S. E. queria que él despachase una órden, por la cual el rey admitia en su compañía cómica á Estela y á Lucrecia, actrices de la de Toledo. Muy bien, señor de Santillana, respondi Carnero con una sonrisa maligna, al momento será vmd. servido, porque segun todas las señas, vmd. se interesa por esas dos damas. Al mismo tiempo estendió de propio puño y me entregó la órden, que sin pérdida de tiempo envié á Estela por el mismo lacayo que me habia acompañado á Toledo. Ocho dias despues llegaron á Madrid madre é hija; fueron á hospedarse en una fonda inmediata al corral del Principe, y su primer cuidado fué enviármelo á decir por medio de un billete. Pasé al punto á la fonda, en donde despues de mil ofertas por mi parte, y de agradecimientos por la suya, las dejé para que se dispusiesen á su primera salida á las tablas, deseándosela dichosa y brillante.

Se hicieron anunciar al público como dos actrices nuevas que la compañía del Principe acababa de admitir por órden de la corte, y representaron por primera vez una comedia que solian representar en Toledo con aplauso.

¿En qué parte del mundo deja de gustar la novedad en punto á espectáculos? Hubo aquel dia en el corral de comedias un concurso extraordinario de espectadores. No necesito decir que no falté á esta representacion. Estuve algo agitado antes que la comedia principiase, porque por mas confianza que yo tuviera en la habilidad de la madre y de la hija, temia de su éxito; tanto me interesaba por ellas. Pero apenas abrieron la boca se desvaneció mi temor con los aplausos que recibieron. Todos celebraban á Estela como una actriz consumada en la parte graciosa, y á Lucrecia como un prodijio para los papeles amorosos. Esta última arrebató los corazones: unos admiraron la hermosura de sus ojos, á otros encantó la suavidad de su voz; y sorprendidos todos de sus gracias y de su juventud florida, salieron hechizados de su persona.

El conde-duque, que se interesaba mas de lo que yo creia en el estreno de esta actriz, asistió aquella tarde á la comedia, y le vi salir hácia el fin de la funcion muy prendado, á lo que me pareció, de nuestras dos cómicas. Con la curiosidad de saber si habia quedado satisfecho de ellas le seguí á su casa, y metiéndome en su gabinete, en donde acababa de entrar, y bien, señor excelentísimo, le dije, ¿le ha gustado á V. E. la Marialvita? Mi excelencia, me respondió sonriéndose, seria descontentadiza si se negára á unir su voto con el del público. Sí, hijo mio, estoy encantado de tu Lucrecia, y no dudo que el rey la vea con placer.

CAPITULO III.

Logra Lucrecia mucha celebridad en la corte: representa delante del rey, que se enamora de ella; y resultas de estos amores.

La primera salida al teatro de las dos actrices nuevas llamó la atencion en la corte. Hablóse de ellas el dia siguiente en el cuarto del rey. Algunos señores alabaron tanto á Lucrecia, y la pintaron tan hermosa, que el retrato escitó la curiosidad del monarca, el cual no solo disimuló la impresion que le habia hecho, sino que calló y aparentó no atender á aquella conversacion.

Con todo, luego que se vió á solas con el conde-duque, le preguntó quién era cierta actriz que tanto le habian ponderado. El ministro le respondió que era una jóven cómica de Toledo que habia representado el dia anterior por primera vez con mucha aceptacion. Esta actriz, añadió, se llama Lucrecia, nombre que conviene con mucha propiedad á las mugeres de su profesion. Conocíala Santillana, y me habló tan bien de ella, que me pareció conveniente recibirla en la compañía cómica de V. M. Sonrióse el rey cuando oyó mi nombre, recordando quizá en aquel momento de que por mi habia conocido á Catalina, y presintiendo acaso que le habia de prestar el mismo servicio en esta ocasion. Como quiera que esto fuese, el rey dijo al ministro: conde, mañana quiero ver representar á esa Lucrecia: ten cuidado de hacérselo saber.

Contóme el conde-duque esta conversacion que habia tenido con el rey, y me mandó ir á la casa de las dos comediantas para prevenirlas de la intencion de S. M. Partí volando, y habiendo encontrado á Laura la primera, vengo, le dije, á daros una gran noticia. Mañana tendreis entre vuestros espectadores al soberano de la monarquía: así me ha mandado el ministro que os lo prevenga. No dudo que tú y tu hija empleareis vuestros esfuerzos para corresponder al honor que el monarca quiere haceros. A ese fin os aconsejo elijais una comedia en que haya baile y música, para que Lucrecia pueda lucir todas sus habilidades. Seguiremos tu consejo, me respondió Lucrecia, y haremos lo posible para que S. M. quede contento. No podrá menos de quedarlo, repliqué yo, viendo entonces á Lucrecia que venia en traje casero, con el cual parecia cien veces mas agradada y linda que adornada con la mas soberbias galas del teatro. Quedará tanto mas contento S. M. de tu amable sobrina, cuanto que ninguna cosa le divierte mas que el baile y el oír cantar; y ¿quién sabe si acaso no la mirará con buenos ojos tentándole los de Lucrecia? No quisiera, interrumpió Laura, que S. M. tuviese tal tentacion: porque á pesar de ser un monarca tan poderoso, pudiera hallar obstáculos en el cumplimiento de sus deseos. Aunque Lucrecia se ha criado entre bastidores y entre las licencias del teatro, tiene virtud; y bien que no le desagraden los aplausos en la escena, todavía aprecia mas ser tenida por doncella honrada, que por actriz sobresaliente.

Tia mia, dijo entonces la Marialvita tomando parte en la conversacion, ¿á qué fin forjar mónstruos imaginarios para combatirlos? Nunca me veré en el caso de desdenar los suspiros del rey; porque la delicadeza de su gusto le librárá del sonrojo interior que padecería por

haberse abatido hasta poner los ojos en mí. Pero, amable Lucrecia, le dije, si aconteciera que el rey quisiese ofrecerte su corazón, ¿serías tan cruel que le dejases suspirar á tus pies como á otro cualquier amante? ¿Y por qué no? respondió prontamente, sin duda que lo haría así: pues, prescindiendo de la virtud, conozco que mi vanidad se lisonjearía mas en resistir á su pasión, que en rendirme á ella. No me admiró poco oír hablar de esta manera á una discípula de Laura. Despedime de las dos alabando á la última por haber dado á la otra tan buena educación.

Impaciente el rey por ver á Lucrecia, fué la tarde siguiente al teatro. Representóse una comedia intermedia de música cantante y de baile, en la cual sobresalió en todas cosas nuestra jóven actriz.

Desde el principio hasta el fin no aparté los ojos del monarca, á ver si podía descubrir por los suyos lo que pasaba en su interior; pero burló toda mi penetración con un aire de magestuosa gravedad que mostró constantemente hasta el fin; y así hasta el día siguiente no supe lo que tenía tantas ganas de saber. Santillana, me dijo el ministro, vengo del cuarto del rey, me ha hablado de Lucrecia con tan encarecidas espresiones que no dudo ha quedado muy prendado de ella. Y como yo le tenía dicho que tú eras quien le hiciste venir de Toledo, ha mostrado deseo de hablar privadamente contigo sobre este particular. Ve al momento á presentarte á la puerta de su cuarto, donde ya hay orden de que te dejen entrar; corre y vuelve al instante á enterarme de esa conversación.

Marché al punto al cuarto del rey, á quien encontré solo; paseábase á paso largo esperándome, y parecía estar pensativo. Hizome muchas preguntas acerca de Lucrecia, cuya historia me obligó á contarle; y cuando la acabé, me preguntó si aquella jóven había tenido alguna distracción. Habiéndole asegurado resueltamente que no, sin embargo de conocer lo arriesgadas que suelen ser semejantes aserciones, el monarca dió muestras de gran placer. Siendo eso así, repuso, te elijo por agente mio para con Lucrecia, y quiero que sepa por tu conducto qué corazón ha conquistado. Vé á decirselo de mi parte, añadió entregándome un cofrecito lleno de joyas de valor de mas de cincuenta mil ducados, y dile que le ruego acepte este presente como prenda de otras pruebas mas sólidas de mi afecto.

Antes de desempeñar esta comisión pasé á ver al conde-duque, á quien di cuenta fiel de lo que el rey me había dicho. Pensaba yo que aquel ministro en lugar de celebrar la noticia, la sentiría; porque, como ya dije, sospechaba yo que tenía sus designios amorosos hácia Lucrecia, y que sabría con sentimiento que su señor era su rival; pero me engañaba, porque lejos de desazonarle la noticia, se alegró tanto de oirla, que no pudiendo disimular su gozo, dejó escapar algunas espresiones que yo recogí. ¡Ah rey mio! (esclamó) «ahora si que te tengo seguro; desde este punto van á intimidarte los negocios.» Este apóstrofe me hizo ver con claridad todo el manejo del conde-duque, y conocí que este señor, temiendo que el monarca quisiera ocuparse en asuntos serios, procuraba distraerle con las diversiones mas análogas á su carácter. Santillana, me dijo luego, no pierdas tiempo; ve cuanto antes, amigo mio, á obedecer la importante orden que se te ha dado, y de que muchos cortesanos se gloriarían si les hubiese confiado. Piensa, continuó, que no tienes aquí al conde de Lemos que te quite la mejor parte del honor del servicio hecho; tuyo será por entero, y ademas todo el fruto.

De este modo me doró S. E. la pildora, que tragué lo mejor que pude, mas no sin percibir su amargura, porque despues de mi prisión me había acostumbrado á mirar las cosas bajo un punto de vista religioso; y el empleo de Mercurio en jefe no me parecía tan honorífico como decían. No obstante, aunque no era tan vicioso que pudiera ejercitarlo sin remordimiento, tampoco era tanta mi virtud que tuviese valor para rehusarlo. Obedeci,

pues, al rey con tanto mayor gusto cuanto que veía al mismo tiempo que mi obediencia agradaría al ministro, á quien anhelaba complacer.

Parecióme conveniente avistarme primero con Laura y hablarle del particular á solas. Espúsele mi comisión en los términos mas moderados, concluyendo mi arenga con ponerle en la mano el cofrecillo. A vista de las joyas, no pudiendo ocultar su alegría, la manifestó abiertamente. Señor Gil Blas, esclamó, á presencia del mejor y mas antiguo de mis amigos no debo reprimirme. Haría mal en ostentar contigo una fingida severidad de costumbres, y andar en retrecheras. Si por cierto, prosiguió ella: confieso que me faltan voces para esplicar el regocijo que me ha causado una conquista tan preciosa, cuyas ventajas conozco; pero (hablando entre los dos) temo que Lucrecia las mire con otros ojos; porque aunque criada en el teatro, es tan timorata, y de tanto pundonor, que ya ha desechado las ofertas de dos señores amables y opulentos. Dirásme quizá, prosiguió ella, que dos señores no son dos reyes: convengo en ello, y tambien en que un amante coronado puede hacer titubear la virtud de Lucrecia. Con todo eso no puedo menos de decirte, que el éxito es muy dudoso, y te aseguro que yo no haré violencia á mi hija. Si esta, lejos de considerarse favorecida con el afecto momentáneo del rey, lo mira como mancha de su recato, espero que este gran monarca no se dé por ofendido de su repulsa. Vuelve mañana, añadió, y te diré si has de llevarle una respuesta favorable ó sus joyas.

Apesar de esto, yo no dudaba que Laura exhortaría mas bien á Lucrecia á desviarse de su deber que á mantenerse en él; y contaba positivamente con esta exhortación. Sin embargo supe con sorpresa al día siguiente que Laura había tenido tanta dificultad en encaminar su hija hácia el mal como otras madres la tienen en conducir las suyas hácia el bien: y lo que mas hay que admirar todavía, es que Lucrecia, despues de haber tenido algunas conversaciones secretas con el monarca, quedó tan arrepentida de haber condescendido con sus deseos, que de repente renunció al mundo, y se encerró en un convento de la villa de Madrid, donde luego enfermó y murió á impulsos de la vergüenza y del dolor. Laura por su parte, inconsolable de la pérdida de su hija, de cuya muerte se consideraba autora, se metió en las Arrepentidas, donde pasó el resto de su vida llorando los amargos gustos de sus floridos años. Afligió mucho al rey el inopinado retiro de Lucrecia; pero como por su genio, naturalmente inclinado á divertirse, hacían poca mansión en él las pesadumbres, se fué consolando poco á poco. El conde-duque aparentó la mayor indiferencia é insensibilidad en este suceso, bien que no dejó de desazonarle, como fácilmente lo creará el advertido lector.

CAPITULO IV.

Nuevo empleo que confirió el ministro á Santillana.

Me fué tan sensible la desgracia de Lucrecia, y experimenté tantos remordimientos de haber contribuido á ella, que considerándome como un infame, á pesar de la elevación del amante á quien había servido, resolví abandonar para siempre el caducéo, y manifestando al ministro la repugnancia que me causaba el llevarle, le supliqué me emplease en cualquier otra cosa. Santillana, me dijo, me agrada sobremanera tu delicadeza, y pues eres un mozo tan honrado, quiero darte una ocupación mas conforme á tu prudencia; óyela, y escucha con atención la confianza que voy á hacerte.

Algunos años antes de mi privanza, continuó, vi por casualidad á una dama que me pareció tan airosa y tan linda que hice la sigüiesen. Supe que era una genovesa llamada doña Margarita Espinola, que vivía en Madrid á espensas de su hermosura: me dijeron tambien que don Francisco de Valcarcel, alcalde de córte, sugeto anciano, rico y casado, gastaba mucho con ella. Esta cir-

cunstancia, que al parecer debiera haberme inspirado desprecio hácia ella, encendió en mí el deseo mas vehemente de entrar á la parte en sus favores con Valcarcel. Para satisfacer este capricho me vali de una medianera de amor, cuya habilidad me facilitó en breve tiempo una conversacion secreta con la genovesa, á la que si-



guieron otras muchas, de manera que tanto mi rival como yo éramos igualmente bien admitidos, gracias á nuestras dádivas, y quizá tendria algun otro galan tan favorecido como nosotros dos.

Como quiera que sea, Margarita en aquella confusion de cortejantes llegó insensiblemente á ser madre, y dió á luz un niño, con cuya paternidad quiso honrar á cada uno de sus amantes en particular; pero como ninguno podia preciarse en conciencia de que le era debido aquel honor, todos lo renunciaron, de suerte que la genovesa se vió precisada á criarle en su casa con el producto de sus galanteos, lo que duró diez y ocho años, al cabo de los cuales murió la madre, dejando á su hijo sin bienes, y (lo peor de todo) sin educacion.

Tal es, continuó S. E., la confianza que tenia que hacerte; ahora voy á enterarte del gran proyecto que tengo formado. Quiero sacar de su infeliz suerte á este jóven sin ventura, y haciéndole pasar de un extremo á otro, elevarle á los honores y reconocerle por hijo mio.

Al oír un proyecto tan estravagante no me fué posible callar: ¡cómo, señor! exclamé. ¿es posible que haya cabido en V. E. una resolucion tan estraña? (Perdóname V. E. esta espresion hija de mi celo.) Tú la hallarás justa, replicó con precipitacion, cuando te haya dicho las razones que me han determinado á tomarla. No quiero sean herederos mis parientes colaterales. Tal vez me dirás que no soy tan viejo que no pueda todavia esperar tener sucesion con la condesa de Olivares; pero cada uno se conoce á si mismo; bástete saber que he probado inútilmente todos los secretos de la quimica para volver á ser padre. Asi, pues, ya que la fortuna, supliendo

lo que falta á la naturaleza, me presenta un muchacho del cual no es del todo imposible sea yo el verdadero padre, quiero adoptarle por hijo: asi lo he resuelto.

Viendo yo encaprichado al ministro en semejante adopcion, dejé de oponerme á su idea, sabiendo era capaz de cualquier gran desacierto antes que desistir de su parecer. Ahora solo se trata, prosiguió él, de dar una educacion correspondiente á don Enrique Felipe de Guzman; porque bajo este nombre quiero que sea conocido hasta que se halle en estado de poseer las dignidades que le esperan. En tí, mi querido Santillana, he puesto los ojos para que le gobiernes; descuido enteramente en tu capacidad, y en tu adhesion hácia mí, sobre el cuidado de establecer su casa, de proporcionarle toda clase de maestros, y en una palabra, de hacerle un caballero completo. Quise negarme á admitir semejante empleo, representando al conde-duque que no podia en conciencia encargarme de un ministerio que jamás habia ejercido, y que pedia mas ilustracion y mérito del que yo tenia; pero luego me interrumpió y me tapó la boca diciéndome con entereza que absolutamente queria fuese yo el ayo de su hijo adoptivo, á quien destinaba para ocupar los primeros puestos de la monarquia. Me resigné, pues, á desempeñar este destino para complacer á S. E., quien en premio de mi condescendencia aumentó mi escasa renta con una pension de mil escudos que hizo se me concediese, ó mas bien me dió él sobre una encomienda de la órden de Montesa.

CAPITULO V.

Es reconocido auténticamente el hijo de la genovesa bajo el nombre de don Enrique Felipe de Guzman: establece Santillana la casa de este señor, y le proporciona toda clase de maestros.

Con efecto, tardó poco el conde-duque en reconocer por hijo suyo al de doña Margarita de Espinola. Hizose esta adopcion por medio de escritura pública y solemne con noticia y aprobacion del rey. A don Enrique Felipe de Guzman (este fué el nombre que se dió á aquel hijo de muchos padres) se le declaró por único heredero del condado de Olivares y del ducado de San Lúcar. El ministro, para que nadie lo ignorase, dió parte de ello por medio de Carnero á los embajadores y á los grandes de España, quedando todos altamente sorprendidos. Los ociosos y bufones de Madrid tuvieron asunto para divertirse y reír por largo tiempo, y los poetas satiricos no perdieron tan bella ocasion de desahogar su mordacidad.

Pregunté al conde-duque dónde estaba el personage que S. E. queria fiar á mi cuidado. En Madrid está, me respondió, á cargo de una tia, de cuya compañía le sacaré luego que tú le tengas ya buscada casa y familia. Esto se hizo en poco tiempo: alquilé una habitacion que hice adornar magníficamente: busqué pages, un portero, criados menores; y con el auxilio de Caporis en breve proveí los empleos principales de la casa. Recibida toda esta gente di parte á S. E., quien hizo venir al equivoco y nuevo vástago del gran tronco de los Guzmanes. Presentóse á mis ojos un mozo de buen aspecto. Don Enrique, le dijo S. E., señalándome á mí con el dedo, este caballero que aqui ves, es el sugeto que yo mismo he escogido para que te gobierne y guie en la carrera del mundo. Tengo puesta en él toda mi confianza, y le he dado poder y autoridad absoluta sobre tí. Sí, Santillana, añadió dirigiéndose á mí, á tu cuidado lo entrego enteramente, muy seguro de que me darás buena cuenta de él. A estas palabras añadió el ministro otras para exhortar al jóven á someterse á mi voluntad, despues de lo cual llevé á don Enrique conmigo á su casa.

Luego que estuvimos en ella, hice venir ante él á todos los criados, esplicando á cada uno el oficio que tenia. El manifestó no causarle novedad la mutacion de estado, antes bien admitia con tanta naturalidad todas las demostraciones de atencion y de respeto que se le

tributaban, como si hubiera sido por nacimiento aquello que representaba por capricho y por casualidad. No le faltaba talento; pero era ignorante en sumo grado. Apenas sabia leer ni escribir. Busquéle un preceptor que le enseñase los rudimentos de la lengua latina, maestros de geografía, de historia y de esgrima. Ya se deja discurrir que no me olvidaria de un maestro de baile; pero habia á la sazón tantos y tan famosos en Madrid, que solamente me hallé perplejado en la elección, no sabiendo á quién dar la preferencia.

Hallábame así indeciso cuando vi entrar en el portal de casa un sugeto ricamente vestido, quien me dijeron queria hablarme. Sali á recibirle creyendo que era, cuando menos, un caballero de Santiago ó de Alcántara, y despues de hacerme mil cortesias que acreditaban su profesion: señor de Santillana, me dijo, como he sabido que es V. S. quien el ge los maestros del señor don Enrique, vengo á ofrecerle mis servicios. Yo, señor, añadió, me llamo Martin Ligeró, y gracias á Dios tengo bastante reputación: no acostumbro andar á caza de discipulos, que eso es bueno para los maestrillos principiantes. Comunmente espero á que me busquen; pero enseñando como enseñó al señor duque de Medinasidonia, al señor don Luis de Haró, y á algunos otros caballeros de la casa de Guzman, de la cual me precio ser como criado y servidor nato, me pareció ser de mi obligación anticiparme. Por lo que vmd. me dice, repuse yo, veo ser el sugeto que nos hacia falta. ¿Cuánto lleva vmd. al mes? Cuatro doblones de oro, me respondió, que es el precio corriente, y no doy mas de dos lecciones por semana. ¡Cuatro doblones! le repliqué, eso es demasiado. ¿Cómo demasiado? repuso con aire de admiración, y tal vez V. S. no reparará en dar un doblon por mes á un maestro de filosofia.

No me fué posible contener la risa á vista de una contestación tan ridicula, y pregunté al señor Ligeró, si en conciencia creía que un hombre de su profesion era preferible á un maestro de filosofia. Y como que lo creo, me respondió: nosotros somos cien veces mas útiles á la sociedad que esos señores míos. Y sino, dígame V. S. ¿qué cosa son los hombres antes de pasar por nuestras manos? estatuas de mármol, osos mal domesticado; pero nuestras lecciones les desbastan poco á poco, y les hacen tomar insensiblemente formas regulares; en una palabra, nosotros les enseñamos actitudes de nobleza y gravedad.

Rendime á las razones de aquel maestro de baile, y le recibí para que enseñase á don Enrique por los cuatro doblones al mes, que era el precio corriente entre los grandes maestros de aquel arte.

CAPITULO VI.

Vuelve Escipion de Nueva España: acomódale Gil Blas en casa de don Enrique: estudios de éste señorito: honores que se le confieren, y con qué señora le casa el conde-duque: cómo á Gil Blas se le hizo noble con repugnancia suya.

Aun no habia recibido la mitad de la familia de don Enrique cuando Escipion volvió de Méjico. Preguntéle si estaba contento de su expedición: debo estarlo, me respondió, pues que con los tres mil ducados que tenia en dinero contante he traído dos veces mas en géneros de buen despacho en este país. Hijo mio, le dije, yo te doy mil enhorabuenas, y pues has comenzado á hacer fortuna, en tu mano está acabarla, haciendo el año que viene otro viage á las Indias; ó si te acomoda mas un puesto honrado en Madrid, por no esponerte á los trabajos y peligros de tan larga navegacion, no tienes mas que hablar, que yo podré dártelo. Pardiez, me respondió el hijo de la Coscolina, que en eso no hay que dudar; mas quiero ocupar un buen destino al lado de vuestra merced que esponerme de nuevo á los peligros de una larga navegacion. Explíquese vmd., mi amo: ¿qué ocupación piensa dar á su criado?

Para enterarle mas bien de todo, le conté la historia del señorito que el conde-duque acababa de introducir en la casa de Guzman. Despues de haberle informado de este curioso pormenor, y héchole saber que este ministro me habia nombrado ayo de don Enrique, le dije que queria hacerle ayuda de cámara de este hijo adoptivo. Escipion, que no deseaba otra cosa, aceptó con gusto este acomodo, y le desempeñó tan bien, que en menos de tres ó cuatro dias se atrajo la confianza y el afecto de su nuevo amo.

Se me habia figurado que los pedagogos, que habia elegido para enseñar al hijo de la genovesa, perderian su tiempo, pareciéndome que en su edad seria indisciplinable; sin embargo, engañó mis recelos. Comprendia y



Me propuse encerrar la ejecutoria en un cajón en lugar de hacer ostentación de poseerla.—Pág. 226.

retenia fácilmente cuanto le enseñaban, de lo que estaban muy contentos sus maestros. Pasé inmediatamente á dar esta noticia al conde-duque, que la recibió con extraordinario gozo. Santillana, me dijo enagenado, no sabes la alegría que me causas con asegurarme que don Enrique tiene feliz memoria y penetración. Esto me hace reconocer en él mi sangre, y acaba de persuadirme que es hijo mio. No le amaria mas si fuera hijo de mi esposa. Amigo, tú mismo confesarás que la naturaleza se va explicando. Guardéme bien de decir á S. E. lo que pensaba sobre el particular, y respetando su flaqueza le dejé gozar del placer falso ó verdadero de creerse padre de don Enrique.

Aunque todos los Guzmanes aborrecían de muerte al tal señorito de nuevo cuño, disimulaban por política, y aun algunos de ellos fingían solicitar su amistad. Visitábanle los embajadores y los grandes que habia en Madrid, tratándole con el mismo respeto y atención que si fuera hijo legítimo del conde-duque. Lisonjeado estrechamente este ministro con el incienso que se ofrecía á su ídolo, se dió prisa á colmarle de dignidades. La primera gracia que pidió al rey para don Enrique fué la

cruz de Alcántara con una encomienda de diez mil escudos. Solicitó poco despues la llave de gentil-hombre, y deseando entroncarle con una de las familias mas esclarecidas de España, puso los ojos en doña Juana de Velasco, hija del duque de Castilla, y fué tanto su poder, que lo logró á pesar del mismo duque, padre de la novia, y de sus parientes.

Algunos dias antes de hacerse la boda me envió á llamar S. E., y luego que me vió me puso en la mano un pergamino, diciéndome: aqui tienes, Gil Blas, una ejecutoria que he solicitado para tí: ya eres noble. Señor, le respondi sorprendido de lo que acababa de oír: V. E. sabe que soy hijo de una dueña y de un escudero; pareceme que agregarme á la nobleza seria en cierta manera profanarla; y entre todas las gracias que el rey me puede hacer, ninguna merezco ni deseo menos. Tu humilde nacimiento, replicó el ministro, es un obstáculo muy fácil de allanar: te has ocupado en los negocios del Estado bajo el ministerio del duque de Lerma y del mio; ademas, añadió sonriéndose, ¿no has hecho al monarca servicios que merecen ser premiados? En una palabra, Santillana, eres acreedor á la honra que quiero hacerte; fuera de eso, el empleo que ejerces cerca de mi hijo exige qu seas noble; y por eso he solicitado tu ejecutoria. Ríndome, señor, le repliqué, puesto que asi lo quiere V. E., y diciendo esto sali con mi ejecutoria metiéndomela en el bolsillo.

Con que ahora soy cabellero, me dije á mi mismo cuando estuve en la calle: héteme que ya soy noble sin tener que agradecerse á mis parientes: ya podré cuando me acomode hacer que me llamen *don Gil Blas*; y si á algun conocido mio se le antoja reirse de mí llamándome de este modo, le haré ver mi ejecutoria; pero leámosla, continué sacándola del bolsillo, y veamos de qué manera se borra en ella el villanismo. Lei, pues, el real título, que decia en sustancia: que el rey, en reconocimiento del celo que en mas de una ocasion habia mostrado yo por su servicio, y por el bien del Estado, habia tenido á bien recompensarme con la merced de noble, etc. Y me atrevo á decir, en alabanza mia, que no me inspiró el menor orgullo; antes bien, no perdiendo jamás de vista la humillacion de mi nacimiento, este honor en vez de engreirme me humillaba. Por lo mismo me propuse encerrar la ejecutoria en un cajon en lugar de hacer ostentacion de poseerla.

CAPITULO VII.

Gil Blas vuelve á encontrar casualmente á Fabricio; última conversacion que ambos tuvieron; y consejo importante que dió Nuñez á Santillana.

El poeta asturiano, como se habrá notado, se olvidaba fácilmente de mí. Por mi parte, mis ocupaciones no me permitian ir á visitarle, y asi no habia vuelto á verle desde el lance de la famosa disertacion sobre la *Ifigenia* de Euripides, cuando quiso la casualidad que un dia le encontrase en la puerta del Sol, que salia de una imprenta. Me acerqué á él diéndole: ¡hola! ¡hola! señor Nuñez, vmd. viene de casa de un impresor; eso me huele á que quieres regalar al público alguna nueva composicion.

Sin duda debe esperarla, me respondió; actualmente estoy haciendo imprimir un librito que ha de meter mucho ruido entre los literatos. No dudo de su mérito, le repliqué; pero me parece que la mayor parte de esos papeluchos son unas bagatelas que hacen poco honor á sus autores. Convengo en eso, me respondió; pues sé muy bien que solamente aquellos ociosos que quieren leer todo cuanto se imprime, gustan de divertirse perdiendo el tiempo en la lectura de esos folletos. Con todo he caido en la tentacion, y te confieso que es un hijo de la necesidad. Ya sabes que el hambre es el que obliga al lobo á salir de su madriguera.

¡Cómo así! repliqué yo admirado. ¡Es posible que

me llegue á decir esto el autor de *El Conde de Saldaña*! ¡Un hombre que tiene dos mil escudos de renta ha de hablar de esa manera! Vamos poco á poco, amigo mio, interrumpió Nuñez; ya no soy aquel poeta afortunado que gozaba de una renta bien pagada. Desordenáronse de repente los negocios del tesorero don Beltran, disipó el dinero del rey, embargáronle todos los bienes y se llevó el diablo mi pension. Malo es eso, le dije: ¿pero no te ha quedado alguna esperanza por ese lado? Maldita, me respondió: el señor Gomez del Rivero está tan miserable como su poeta: cayó en el agua, sin que pueda jamás salir á la orilla.

Segun eso, hijo mio, repuse yo, te veo en términos de que me será preciso solicitar algun empleo que pueda consolarte de la pérdida de tu pension. No quiero que te tomes ese trabajo, me dijo; aunque me ofrecieras en las secretarías del ministro un empleo de tres mil ducados de sueldo le rehusaria. Las ocupaciones de las oficinas no convienen á los que se han criado entre las musas. A estos solamente les convienen distracciones literarias. En fin, ¿qué quieres que te diga? yo nací para vivir y morir poeta, y quiero seguir mi suerte. Por lo demas, continuó, no creas que nosotros seamos tan infelices como parece. Fuera de que vivimos en una total independenciam, tenemos asegurada la comida sin cuidados ni fatigas. Se cree comunmente que comemos á lo Demócrito, pero es engaño manifiesto. No se hallará entre nosotros ni siquiera uno, sin esceptuar á los compositores de almanaques, que no tengan una buena casa donde ir á comer. Yo tengo dos donde soy bien recibido, y en ellas dos cubiertos asegurados, uno en la mesa de un director general de la real hacienda, á quien dediqué una novela, y otro en la de un caballero rico de Madrid, que tiene flujo de querer que siempre le acompañen eruditos á la mesa: por fortuna no es muy delicado para elegir, y asi fácilmente halla cuantos quiere en la poblacion.

En ese caso, dije al poeta asturiano, ya no te tengo lástima, puesto que estás contento con tu suerte. Como quiera que sea, te aseguro de nuevo que en Gil Blas tendrás siempre un buen amigo, á pesar de tu descuido en cultivar su amistad: si necesitas mi bolsillo acude francamente á mí. Sentiré que una vergüenza fuera de tiemrote prive de un auxilio que nunca te faltará, y á mí me niegue el gusto de serte útil.

En esas generosas espresiones, exclamó Nuñez, te reconozco, Santillana, y te doy mil gracias por la gran disposicion á favorecerme en que te veo. En prueba de mi gratitud á esa fineza, quiero darte un consejo saludable. Mientras que todavia dura el poder del conde-duque, y te mantienes en su gracia, aprovecha el tiempo, date priesa á enriquecerte, porque ese ministro, á lo que me han asegurado, vacila en su asiento. Preguntéle si aquello lo sabia de buen original, y me respondió: lo sé por un caballero de Calatrava viejo, que tiene buen olfato, á quien todos escuchan como un oráculo, y le oí decir ayer: «el conde-duque tiene muchos enemigos, y todos conspiran á derribarle. Cuenta demasiado con el ascendiente que ha logrado sobre el ánimo del rey; pero el monarca, á lo que se dice, ha comenzado ya á dar oídos á las quejas que le llegan de él.» Agradeci á Nuñez la prevencion, pero hice poco caso de ella, y me volví á casa persuadido de que la privanza de mi amo era indisquiciable, á la manera de aquellas viejas encinas que arraigadas profundamente en la tierra, se burlan de los mas violentos huracanes.

CAPITULO VIII.

Descubre Gil Blas ser cierto el aviso que le dió Fabricio; hace el rey un viage á Zaragoza.

Lo que el poeta asturiano me habia dicho no carecia de fundamento. Se formaba dentro de palacio cierta conspiracion para derribar al conde-duque, á cuya fren-

te se decía estaba la misma reina. Sin embargo, nada se traslucía en el público de las medidas que tomaban los confederados para hacer caer al ministro, y se pasó más de un año sin que yo notase que su privanza disminuyera.

Pero el levantamiento de Cataluña, sostenido por la Francia, y los desgraciados sucesos de la guerra contra los rebeldes, dieron motivo á la murmuración del pueblo y á sus quejas contra el gobierno. Estas fueron causa de que se tuviera un consejo á presencia del rey, al que quiso S. M. concurrir el marqués de la Grana, embajador de la corte de Viena. Tratóse en él si era más conveniente que el monarca se mantuviese en Castilla, ó que pasase á Aragón á dejarse ver de sus tropas. El conde-duque, que no tenía gana de que el rey saliera para el ejército, habló el primero, y representó que no juzgaba acertado que S. M. desamparase el centro de sus estados, apoyando esta opinión con todas las razones que le sugirió su elocuencia. Siguiéronle en la misma todos los miembros del consejo, á escepcion del marqués de la Grana, que llevado de su celo por la casa de Austria, y con la franqueza genial de su nación, se opuso abiertamente al parecer del primer ministro, y defendió lo contrario con razones tan poderosas, que convencido el rey de su solidez, abrazó esta opinión, aunque opuesta al sentir de todos los votos del consejo, y señaló el día de su salida para el ejército.

Esta fué la primera vez de su vida que el monarca dejó de seguir el dictámen de su privado; novedad que le llenó de amargura, considerándola como una terrible afrenta. Al mismo tiempo que se retiraba á su gabinete á tascar en plena libertad el freno, me vió, me llamó, y encerrándose conmigo en su cuarto, me contó trémulo, agitado, y como fuera de sí lo que habia pasado en el consejo. En seguida, como si no pudiera volver de su sorpresa: sí, Santillana, continuó, el rey, que hace más de veinte años que no habla sino por mi boca, ni ve por otros ojos que por los míos, ha preferido el dictámen del marqués de la Grana al mio. Pero ¿de qué modo? colmando de elogios á este embajador, y alabando sobre todo su celo por la casa de Austria, como si este alemán tuviera más que yo. Por aquí fácilmente se conoce, prosiguió el ministro, que hay un partido formado contra mí, y que la reina está á su cabeza. ¿Y eso le inquieta á V. E.? le repliqué yo: doce años ha que la reina está acostumbrada á ver á V. E. dueño de los negocios; y otros tantos que V. E. acostumbró al rey á no consultar con su esposa ninguno de ellos. Respecto del marqués de la Grana, pudo muy bien el rey inclinarse á su parecer por el gran deseo que tiene de ver su ejército y de hacer una campaña. No das en ello, interrumpió el conde, di más bien que mis enemigos esperan que, hallándose el rey entre sus tropas, estará siempre rodeado de los grandes que le habrán de seguir, y entre ellos habrá más de uno poco satisfecho de mí que se atreverá á decir mil males de mi ministerio. Pero se engañan miserablemente, añadió, porque sabré disponer que durante el viage se haga el rey inaccesible á todos los grandes. Así lo ejecutó efectivamente, pero de un modo que merece referirse por menor.

Llegado el día que se señaló para la salida del rey, después de haber nombrado éste á la reina por gobernadora durante su ausencia, se puso en camino para Zaragoza; pero habiendo querido pasar por Aranjuez le pareció tan delicioso aquel sitio, que se detuvo cerca de tres semanas en él. De Aranjuez le hizo el ministro ir á Cuenca, donde le tenía dispuestas tales diversiones, que permaneció largo tiempo en aquella ciudad. De allí se transfirió á Molina de Aragón, donde la caza le embelesó por muchos días. Llegó al cabo á Zaragoza, de donde estaba poco distante el ejército: ya se preparaba para ir allí; pero el conde-duque se lo disuadió haciéndole creer que se ponía á peligro de caer en manos de los franceses, que ocupaban las llanuras de Monzon; de suerte que el rey, atemorizado de un peligro que no podía te-

mer, resolvió mantenerse encerrado en su palacio como pudiera en una prisión. Aprovechándose el ministro de aquel pánico terror, y bajo pretexto de velar en su seguridad era, por decirlo así, como un centinela de vista; de manera que los grandes, después de haber hecho excesivos gastos para seguir con la correspondiente decencia al soberano, no tuvieron el consuelo de lograr ni una sola audiencia de él. Cansado, finalmente, el monarca, ó de estar mal alojado en Zaragoza, ó de perder el tiempo en ella, ó acaso de verse allí prisionero, se restituyó cuanto antes á Madrid, y concluyó así la campaña, dejando al marqués de los Velez, general del ejército, el cuidado de sostener el honor de las armas españolas.

CAPITULO IX.

De la rebelion de Portugal y caída del conde-duque.

Pocos días después del regreso del rey se esparció en Madrid una mala nueva. Súpose que los portugueses, aprovechándose del levantamiento de Cataluña, y pareciéndoles ocasión muy oportuna esta para sacudir el yugo de la dominación de España, habían tomado ya las armas y aclamado al duque de Braganza por rey de Portugal, resueltos absolutamente á mantenerle en el trono sin miedo de que España lo pudiese estorbar estando ocupada en Alemania, en Italia, en Flandes y en Cataluña. No les era fácil hallar coyuntura más favorable para librarse de una dominación que aborrecían.

Lo más singular fué que cuando la corte y todos sus habitantes se hallaban en la mayor consternación por aquella novedad, el conde-duque quiso divertir al rey á espensas del duque de Braganza; pero S. M., lejos de prestarse á sus insípidos gracejos, tomó un semblante serio que enteramente le inmutó, haciéndole preveer su inminente desgracia. Acabó el ministro de dar por cierta su caída cuando supo poco después que la reina se habia manifestado sin reserva contra él, diciendo públicamente que su mala administración habia dado lugar á la rebelion. Luego que la mayor parte de los grandes, especialmente aquellos que habían seguido al rey en el viage á Zaragoza, advirtieron la tempestad que se iba levantando contra el conde-duque, se unieron á la reina. Pero lo que dió el último golpe decisivo fué que la duquesa viuda de Mantua, gobernadora que habia sido de Portugal, regresó de Lisboa á Madrid, é hizo ver al rey que de la rebelion de los portugueses solo tenia la culpa la conducta de su primer ministro.

Hicieron tanta impresión en el ánimo del monarca las palabras de aquella princesa, que desde el mismo punto cesó el encaprichamiento hácia su privado, y se desprendió de todo el afecto que le habia tenido. No bien llegó á noticia del ministro que el rey daba oídos á las quejas y murmuraciones de sus enemigos, cuando le escribió pidiendo licencia para dejar su empleo, y retirarse de la corte, puesto que se le hacia la injusticia de imputarle todas las desgracias que durante su ministerio habían sucedido á la monarquía. Pareciale que esta súplica haria grande efecto en el corazón del rey, suponiendo que aun se conservaria en él inclinación suficiente para no consentir jamás en semejante retiro; pero la única respuesta de S. M. fué que le concedía el permiso que solicitaba, y que así podia irse á donde mejor le pareciera.

Estas pocas palabras escritas de propio puño del rey, fueron como un rayo para S. E., que no lo esperaba de ninguna manera. Sin embargo, por más atónito que estuviese, aparentó un aire de entereza, y me preguntó qué haria yo en su lugar. Respondile, que fácilmente tomaria mi determinación abandonando para siempre la corte, y retirándome á alguno de mis estados á pasar tranquilamente el resto de mis días. Piensas juiciosamente, repuso mi amo, y estoy resuelto á ir á terminar mi carrera en Loeches después que haya hablado una sola vez con el monarca para representarle que he prac-

ticado cuanto era posible en lo humano para sostener la pesada carga que tenia sobre mis hombros, sin haber tenido mas culpa en los siniestros acontecimientos de que me acusan, que la que tiene un diestro piloto que, a pesar de cuanto puede hacer, mira su bajel arrebatado por los vientos y por las olas. Lisonjeábase el ministro de que aun podia quietarse el rey, y volver las cosas al estado en que se habian hallado; pero no pudo conseguir audiencia; antes bien se le envió á pedir la llave de que se servia para entrar en el cuarto de S. M. siempre que queria

Conoció entonces que ya no le quedaba esperanza, y



Estas pocas palabras escritas de propio puño del rey, fueron un rayo para S. E.—Pág. 227.

se resolvió buenamente á retirarse. Examinó sus papeles, y quemó gran parte de ellos, en lo que obró con mucha prudencia. Nombró los dependientes y criados que le habian de seguir, y ordenó que todo estuviese pronto para marchar el dia siguiente. Temiendo que al salir de palacio le insultase el populacho, se levantó muy de mañana y antes de amanecer salió por la puerta de las cocinas; y metiéndose en un coche viejo con su confesor y conmigo, tomó sin riesgo el camino de Loeches, pueblo corto de que era señor, donde la condesa, su muger, habia fundado un convento de religiosas dominicas. En menos de cuatro horas nos pusimos en él, y poco despues llegó el resto de la familia.

CAPITULO X.

Cuidados que por el pronto inquietaron al conde-duque; síguese á ellos un dichoso sosiego; método de vida que entabló en su retiro.

La condesa de Olivares dejó ir á su marido á Loeches, y permaneció algunos dias mas en la corte con el

objeto de tentar si por medio de súplicas y lágrimas podria hacer que volvieran á llamarle. Pero á pesar de haberse echado á los pies de SS. MM., el rey no hizo aprecio de sus esposiciones, aunque preparadas con arte, y la reina, que la aborrecia de muerte, se complacia en verla llorar. No por eso se acobardó la esposa del ministro desgraciado: abatióse hasta el punto de implorar la proteccion de las damas de la reina; pero el fruto que recogió de sus bajezas fué conocer que escitaban el desprecio mas bien que la compasion. Desconsolada de haber dado tantos pasos degradantes, se fué á reunir con su esposo para lamentarse con él de la pérdida de un empleo, que bajo un reinado como el de aquel monarca, puede decirse que era el primero de la monarquia.

La relacion que hizo la condesa del estado en que habia dejado las cosas en Madrid aumentó estrordinariamente la afliccion del conde-duque. Vuestros enemigos, le dijo llorando, el duque de Medinaceli y los otros grandes que os aborrecen, no cesan de alabar al rey por la resolucion de haberos separado del ministerio, y el pueblo celebra con insolencia vuestra desgracia, como si el fin de todas las que experimenta el Estado, dependiese del de vuestra administracion. Señora, le respondió mi amo, imitad mi ejemplo: llevad con resignacion vuestros pesares, porque es preciso ceder á la borrasca que no se puede disipar. Creia yo, es verdad, que podria perpetuar mi valimiento mientras me durase la vida, ilusion ordinaria en los ministros y privados, los cuales se olvidan por lo comun de que su suerte depende de la voluntad del soberano. El duque de Lerma ¿no se engañó igualmente que yo, aunque estaba persuadido de que la púrpura con que se hallaba revestido, era un seguro garante de la perpétua duracion de su autoridad?

De este modo exhortaba el conde-duque á su esposa á armarse de paciencia, mientras él mismo se hallaba en una agitacion que se renovaba diariamente con las cartas que recibia de don Enrique, el cual, habiendo permanecido en la corte para observar cuanto alli pasaba, cuidaba de informarle de todo puntualmente. El portador de estas cartas era Escipion, que se habia quedado en casa del hijo adoptivo de S. E., de la cual habia salido yo inmediatamente despues de su matrimonio con doña Juana. Las cartas venian siempre llenas de noticias poco gustosas, y lo peor era que en las circunstancias no se podian esperar otras. Decia en unas que no contentos los grandes con celebrar públicamente la caida del conde-duque, hacian cuanto podian para que todas sus hechuras fuesen removidas de los empleos que ocupaban, y reemplazadas por sus enemigos. Avisaba en otras que iba adquiriendo favor don Luis de Haro, quien, segun todas las señales, seria nombrado primer ministro. Pero entre todas las noticias que desazonaban á mi amo, la que mas le llegó al alma fué la mutacion que se hizo en el vireinato de Nápoles, que la corte únicamente por desairarle quitó al duque de Medina de las Torres á quien él apreciaba, para dárselo al almirante de Castilla, á quien siempre habia aborrecido.

Puede decirse que en el espacio de tres meses todo fué disgustos y desasosiego para el conde-duque; pero su confesor, que era un religioso dominico tan ejemplar como elocuente, halló modo de consolarle: á fuerza de representarle con energia que ya no debia pensar mas que en su salvacion, logró, con el auxilio de la divina gracia, la dicha de desprender su ánimo de la corte. Su escelencia no quiso ya saber nada de Madrid, ni pensar mas que en disponerse para una buena muerte. La condesa, desengañada tambien, y aprovechándose de la oportunidad que le ofrecia algun retiro, halló en el convento de religiosas que habia fundado, todo el consuelo que podia desear, preparado por la divina Providencia. Hubo entre aquellas religiosas algunas de singular virtud, cuyos tiernos coloquios convirtieron insensiblemente en dulcedumbre los sinsabores de su vida.

Al paso que mi amo apartaba de su pensamiento los negocios del mundo, se quedaba mas tranquilo. Entablo

un nuevo método de vida, y una distribución de horas de la manera siguiente:

Pasaba casi toda la mañana en la iglesia de las monjas oyendo misas, iba en seguida á comer, y despues se divertia por espacio de dos horas á varios juegos conmigo y otros criados de su mayor confianza: luego se retiraba por lo regular á su despacho, donde se estaba hasta puesto el sol. Entonces salia á dar un paseo por el jardin, ó tomaba el coche, y daba una vuelta por las cercanias del lugar, acompañado siempre de su confesor ó de mí.

Un dia que íbamos solos, y que yo admiraba la serenidad que brillaba en su semblante, me tomé la licencia de decirle: señor, permitame V. E. que le manifieste mi regocijo: al ver el aire de satisfaccion que V. E. muestra, juzgo que principia á familiarizarse con la soledad. Ya estoy del todo familiarizado, me respondió, y aunque hace mucho tiempo que estoy habituado á ocuparme en los negocios, te protesto, hijo mio, que cada dia cobro mas aficion á la vida gustosa y pacifica que aqui disfruto.

CAPITULO XI.

El conde-duque se pone repentinamente triste y pensativo; motivo estraordinario de su tristeza, y resultado fatal que tuvo.

S. E. para variar sus ocupaciones se entretenia tambien algunas veces en cultivar su jardin. Un dia que yo le estaba viendo trabajar me dijo en tono festivo; aqui tienes, Santillana, á un ministro desterrado de la corte, convertido en jardinero en Loeches. Señor, le respondi en el mismo tono, me parece que estoy viendo á Dionisio Siracusano enseñando á leer y escribir á los niños de Corinto despues de haber dictado leyes en Sicilia. Sonrióse un poco mi amo de mi respuesta, y mostró que no le desagradaba la comparacion.

Toda la familia estaba contentisima y admirada de ver al conde tan superior á su degracia, rebotando de gozo en una vida tan diferente de la que habia tenido hasta alli, cuando advertimos en él una repentina mudanza que iba creciendo visiblemente, y nos causó grandísimo dolor. Vimosle taciturno, pensativo y sepultado en una profunda melancolia. Dejó todo pasatiempo, y ninguna impresion le hacia cuanto discurriamos para divertirle. Asi que acababa de comer se encerraba en su cuarto, donde permanecia solo hasta la noche. Pareciónos que aquella tristeza podria nacer de acordarse de la grandeza pasada, y en esta inteligencia le dejábamos á solas con el padre dominico; pero su elocuencia tampoco pudo vencer la melancolia del duque, la cual, en vez de disminuirse cada dia se iba aumentando.

Ocurrióme que la tristeza del ministro podia proceder de algun motivo ó disgusto reservado que no queria manifestar, lo cual me hizo formar el designio de arrancarle su secreto: para conseguirlo aguardé el momento de hablarle sin testigos, y habiéndolo hallado, señor, le dije con aire mezclado de respeto y de cariño, ¿será permitido á Gil Blas atreverse á hacer una pregunta á su amo? Pregunta lo que gustes, me respondió, que yo te lo permito. ¿Qué se ha hecho, replique, aquella alegría que se notaba en el semblante de V. E.? ¿habrá perdido ya V. E. aquel ascendiente que tenia sobre la fortuna? ¿será acaso posible que la pérdida del favor escite nuevas inquietudes en V. E.? ¿querrá V. E. volver á sumergirse en aquel abismo de amarguras de que su virtud le habia libertado? No, gracias al cielo, respondió el ministro; ya no me atormenta la memoria del gran papel que representé en el teatro de la corte, y olvidé para siempre todos los obsequios que alli se me tributaron. Pues señor, le repliqué, si V. E. ha podido desechár de sí todas esas memorias, ¿por qué se deja dominar de una melancolia que á todos nos aflige? ¿qué tiene V. E.? mi querido amo, prorrumpe arrojándome á sus pies: V. E. tiene algun serceto pesar que le devora.

¿Querrá V. E. hacer un misterio de ello á Santillana, cuya reserva, celo y fidelidad tiene tan conocidos? ¿qué delito es el mio para haber desmerecido su antigua confianza? La posees todavia, me dijo S. E.; pero confieso que me cuesta mucha repugnancia revelarte el motivo de la tristeza en que me ves sepultado: sin embargo, no puedo negarme á las instancias de un criado y de un amigo como tú: sabe, pues, el motivo de mi pena: solo Santillana me podria merecer que le hiciese semejante confesion. Si, continuó, me domina una negra melancolia que poco á poco me va cortando los dias de la vida. Casi á cada instante estoy viendo un espectro que se pone delante de mí bajo una forma espantosa. Trabajo en vano por persuadirme á mi mismo de que es una mera



Entró en la quinta y vinieron presurosas á saludarme Beatriz y su hija Serafina.—Pág. 230.

ilusion, un fantasma que nada tiene de realidad: sus continuas apariciones me turban y trastornan. Y si tengo la cabeza bastante fuerte para vivir persuadido de que viendo á este espectro nada veo, soy tambien bastante débil para afligirme con esta vision. Mira lo que me has obligado á que te confiese, añadió: juzga ahora si me sobraba razon para ocultar á todos el verdadero motivo de mi melancolia.

Oí con tanto dolor como admiracion una cosa tan estraordinaria, y que suponía que su máquina se iba desorganizando. Señor, dije al ministro: ¿quién sabe si eso procede del escaso alimento que toma V. E.? porque su sobriedad es escesiva. Eso mismo pensé yo al principio, me respondió, y para experimentar si debía atribuirlo á la dieta, como hace algunos dias mas de lo ordinario: pero todo es inútil, porque el fantasma no desaparece. El desaparecerá, le repliqué para consolarle, y si V. E. quisiera distraerse un poco volviendo á entretenerse en el juego con sus fieles criados, me persuado de que no tardaria en verse libre de esos negros vapores.

Pocos dias despues de esta conversacion cayó S. E. en-

fermo, y conociendo él mismo que el mal se haría de cuidado, envió á buscar á Madrid dos escribanos para disponer su testamento, é hizo venir tambien tres célebres médicos, que tenían la fama de curar algunas veces sus enfermos. Luego que se divulgó por el palacio la llegada de estos últimos, no se oyeron en él mas que lamentos y gemidos, mirando todos como muy cercana la muerte del amo: tan imbuidos estaban contra tales profesores. Habian estos llevado consigo un boticario y un cirujano, ejecutores ordinarios de sus órdenes; y dejando primero á los escribanos hacer su oficio, entraron en seguida ellos á desempeñar el suyo. Como seguian los principios del doctor Sangredo, recetaron desde la primera consulta sangrias sobre sangrias; de manera que al cabo de seis dias redujeron á los últimos al conde-duque, y al sétimo le libraron de su vision.

La muerte del ministro ocasionó en todo el palacio de Loeches un agudo y sincero dolor. Sus criados le lloraron amargamente, y lejos de consolarse de su pérdida con la memoria que hizo de todos en su testamento, no habia siquiera uno que no hubiera renunciado gustoso el legado que le tocaba por restituírle á la vida. Yo, que era el mas querido de S. E., y me habia aficionado á él por pura inclinacion hácia su persona, sentí aun mas que los otros su fallecimiento: dudo que Antonia me haya costado mas lágrimas que el conde-duque.

CAPITULO XII.

Lo que pasó en el palacio de Loeches despues de la muerte del conde-duque, y partido que tomé Santillana.

Con arreglo á la voluntad del ministro fué sepultado su cadáver en el convento de las religiosas, sin pompa ni ostentacion, acompañado de nuestros lamentos. Despues de los funerales la condesa de Olivares nos hizo leer el testamento; del cual toda la familia tuvo motivo para quedar contenta. A cada uno dejó el difunto una manda correspondiente al empleo que tenia, siendo la menor dos mil escudos; la mia fué la mayor de todas; S. E. me dejó diez mil doblones en prueba del singular afecto que me habia profesado. No se olvidó de los hospitales, y fundó aniversarios en muchos conventos.

La condesa de Olivares envió á Madrid á todos los criados, para que cada uno cobrase su manda de su mayordomo don Ramon Caporis que tenia orden de entregársela; pero yo no pude ir con ellos, porque una fuerte calentura, efecto de mi afliccion, me detuvo en el palacio siete ú ocho dias. No me abandonó en todo ese tiempo el padre dominico; porque este buen religioso me habia tomado inclinacion, é interesándose en mi salud me preguntó, luego que me vió restablecido, qué pensaba hacer de mí. No sé todavía, mi reverendo padre, lo que haré, le respondi; porque en este punto no estoy aun de acuerdo conmigo mismo. Algunos momentos estoy tentado á encerrarme en una celda para hacer penitencia. ¡Momentos preciosos! exclamó el religioso, señor Santillana, ¡y qué bien haria usted en aprovecharse de ellos! Aconséjole como amigo que, sin dejar de ser seglar, se retire para siempre á algun convento, en donde por medio de algunas donaciones piadosas de sus bienes pueda espiar los atractivos de una vida mundana, á ejemplo de muchas personas que han terminado así su carrera.

En la disposicion en que me hallaba no me incomodó el consejo del religioso; y respondi á su reverencia que me tomaria tiempo para reflexionarlo. Pero habiendo consultado sobre el particular á Escipion, á quien vi un momento despues que al padre, se opuso á este pensamiento, que le pareció un delirio. ¿Es posible, señor de Santillana, me dijo, que vmd. se incline á semejante retiro? ¿pues no tiene en su quinta de Liria otro mas agradable? Si en otro tiempo quedó tan enamorado de él, con mayor razon le agradará ahora que se halla en edad mas adecuada para dejarse embelesar de las bellezas y atractivos de la naturaleza.

Poco trabajo le costó al hijo de la Coscolina hacerme mudar de opinion. Amigo mio, le dije, mas puedes tú que el padre dominico. Veo con efecto que me será mejor volver á mi quinta y á ello me decido. Volverémos á Liria luego que mi salud me permita ponerme en camino, lo que no puede tardar mucho, pues ya estoy sin calentura, y en breve tiempo espero recobrarne del todo. Fuímonos Escipion y yo á Madrid, cuya vista no me alegró tanto como me alegraba en otro tiempo. Sabiendo que era casi universal el horror con que se oia el nombre de un ministro cuya memoria me era tan apreciable, no podia mirar esta villa con buen semblante, y así solo me detuve en ella cinco ó seis dias que necesitó Escipion para disponer lo necesario á nuestra salida para Liria. Mientras él cuidaba de esto, yo me fui á ver con Caporis, que al punto me entregó mi legado en doblones efectivos. Lo mismo hice con los depositarios de las encomiendas sobre las cuales yo tenia mis pensiones; concerté con ellos el modo de librarme los pagos; en una palabra, dejé arreglados todos mis asuntos.

El dia antes de partir pregunté al hijo de la Coscolina si se habia despedido de don Enrique. Si señor, me respondió, y ambos nos hemos separado este mañana amistosamente: no obstante, él me ha asegurado que sentia le dejase; pero si él estaba contento conmigo, yo no lo estaba con él: no basta que el criado agrade al amo; es menester tambien que el amo agrade al criado; de otra manera se avienen mal: fuera de que, añadió, don Enrique no hace sino un triste papel en la córte. Se le mira en ella con el mayor desprecio; en las calles todos le señalan con el dedo, y ninguno le llama mas que *el hijo de la genovesa*. Vea vmd. ahora si para un mozo de honra seria cosa de gusto servir á un amo desacreditado.

Salimos por último de Madrid al amanecer, y tomamos el camino de Cuenca. Iba ordenado el equipage de la manera siguiente: mi confidente y yo íbamos en una calesa de dos mulas conducidas por un calesero; seguian tres machos cargados de ropa y dinero guiados por dos mozos de mulas; tras de estos venian dos robusto lacayos escogidos por Escipion, montados sobre dos mulas y completamente armados. Los mozos llevaban por su parte sables y el calesero un par de pistolas en el arzon de la silla. Como éramos siete hombres, y los seis de mucho valor y gran resolucion, me puse en camino alegremente y sin el menor recelo de que robasen mi herencia. Al pasar por los pueblos se gallardeaban nuestros machos y mulas haciendo resonar sus campanillas; y los paisanos se asomaban á las puertas para ver pasar nuestro acompañamiento, que les parecia cuando menos el de algun grande que iba á tomar posesion de un vireinato.

CAPITULO XIII.

Vuelve Gil Blas á su quinta: tiene el gusto de encontrar ya casada á su ahijada Serafina; y él mismo se enamora de una señorita.

Quince dias tardé hasta Liria, porque no habia precision de acelerar las jornadas: solamente deseaba llegar con salud y descansado, lo que efectivamente conseguí. La primera vista de mi quinta me causó algunos pensamientos tristes, acordándome de mi Antonia; pero luego procuré desecharlos, divirtiendo la imaginacion á cosas que me gustasen, lo que no fué difícil, porque al cabo de veinte y cinco años que habian pasado desde su muerte, estaba ya muy mitigado el dolor de aquella pérdida.

Al punto que entré en la quinta vinieron presurosas á saludarme Beatriz y su hija Serafina: despues de esto el padre, la madre y la hija se llenaron de abrazos con tantas demostraciones de alegria que me encantaron. Luego que se desahogaron fijé la atencion en mi ahijada, y dije: ¡es posible que sea esta Serafina que yo dejé en la cuna cuando me ausenté de Liria! Pasmado estoy de verla tan bella y tan crecida. Es menester que pensemos en casarla. ¿Cómo así? querido padrino, exclamó mi ahi-

jada, sonriéndose un poco al oír mis últimas palabras, ¿no bien me ha visto vmd. cuando ya piensa en separarme de sí? No, hija mía, le respondi, no pretendemos separarte de nosotros dándote marido: queremos que el que te busque consienta en vivir con nosotros.

Uno que tiene esa circunstancia, dijo entonces Beatriz, pretende á la niña. Cierta hidalgo de un lugar inmediato vió á Serafina un día en misa en la iglesia del lugar, y quedó muy prendado de ella. Vino despues á verme, declaróme su intencion, y pidió mi consentimiento. Poco adelantaria vmd., le respondi, aunque yo se le concediera: Serafina depende de su padre y de su padrino, que son los únicos que pueden disponer de su mano. Lo mas que puedo hacer por vmd. es escribirles para informarles de su solicitud honrosa para mi hija. Con efecto, señores, prosiguió ella, esto iba á escribir á ustedes; mas ya que se hallan aqui harán lo que mejor les parezca.

Pero en suma, dijo Escipion, ¿qué carácter tiene ese hidalgo? ¿Se parece acaso á la mayor parte de los de su clase? ¿Está envanecido con su nobleza, y es insolente con los plebeyos? ¡Oh! lo que es eso no, respondió Beatriz. Es un mozo muy afable y atento con todos, sobre ser bien parecido, y que aun no ha cumplido treinta años. Nos haces, dije á Beatriz, un buen retrato de ese caballero: ¿cómo se llama? Don Juan de Antella, respondió la muger de Escipion. Ha poco tiempo que heredó á su padre, y vive en una hacienda propia que solo dista una legua de aqui en compañía de una señorita jóven hermana suya. Oí en otro tiempo, repuse yo, hablar de la familia de ese hidalgo, que es una de las mas nobles del reino de Valencia. Aprecio menos, exclamó Escipion, la hidalguia, que las buenas prendas; y ese don Juan nos convendrá si es hombre de bien. A lo menos esa fama tiene, dijo Serafina tomando parte en la conversacion, y los vecinos de Liria que le conocen, le ponderan mucho. Cuando oí estas breves palabras á mi abijada, me sonrei mirando á su padre, el cual conoció por ella como yo, que aquel galan no desagradaba á su hija.

Tardó poco el caballero en saber nuestra llegada, y dos dias despues vino á presentarse en nuestra quinta. Se nos acercó con buenos modales, y lejos de que su presencia desmintiese el informe que Beatriz nos habia dado, nos hizo formar mucho mayor concepto de su mérito. Dijonos que como vecino venia á darnos la bienvenida. Recibimosle con la mayor atencion y agrado que nos fué posible; pero esta visita fué de pura urbanidad, pasándose toda en reciprocos cumplimientos, y don Juan, sin hablarnos una palabra de su amor á Serafina, se retiró rogándonos solamente que le permitiéramos repetir sus visitas para aprovecharse mejor de una vecindad que juzgaba habia de serle muy gustosa. Despues que se fué nos preguntó Beatriz qué tal nos parecia aquel hidalgo: le respondimos que nos habia prendado, y que nos parecia que la fortuna no podia ofrecer mejor colocacion á Serafina.

Al dia siguiente despues de comer sali con el hijo de la Coscolina para ir á pagar la visita que debiamos á don Juan. Tomamos el camino de su lugar, guiados por un aldeano que despues de haber caminado tres cuartos de legua, nos dijo: aquella es la quinta de don Juan de Antella. Recorrimos con la vista todos aquellos campos, y estuvimos largo rato sin verla, hasta que llegando al pie de un collado la descubrimos en medio de un bosque rodeado de corpulentos árboles, cuya frondosidad y espesura la ocultaban á la vista. Tenia un aspecto antiguo y deteriorado que acreditaba menos la opulencia que la nobleza de su dueño. Sin embargo, cuando ya estuvimos dentro advertimos que el aseó y buen gusto de los muebles recompensaba la caduca vejez del edificio.

Don Juan nos recibió en una sala decentemente adornada, en donde nos presentó una señora que nombró delante de nosotros su hermana Dorotea, y que podia tener de diez y nueve á veinte años. Estaba vestida de gala como quien esperaba nuestra visita cuidadosa de

parecernos bien; y presentándose á mi vista con todos sus atractivos, hizo la misma impresion que Antonia, es decir, que me quedé turbado; pero supe disimular tanto que ni el mismo Escipion lo pudo advertir. Nuestra conversacion versó como la del dia anterior sobre el contento mútuo que tendriamos de vernos algunas veces y de vivir con la armonia de buenos vecinos. Don Juan no tomó todavía en boca á Serafina, ni por nuestra parte se dijo cosa alguna que le pudiese dar ocasion á declarar su amor, persuadidos de que en ese punto lo mejor era dejarle venir. Durante la conversacion echaba yo de cuando en cuando alguna ojeada á Dorotea, sin embargo de simular mirarla lo menos que me era posible; y cada vez que mis miradas se encontraban con las suyas eran estas otras tantas flechas con que me atravesaba el corazón. Confesaré con todo, por hacer recta justicia al objeto amado, que no era una hermosura completa: aunque tenia la tez muy blanca, y los labios mas encarnados que la rosa, su nariz era un poco larga, y sus ojos pequeños; pero, sin embargo, el conjunto me embelesaba.

En suma no sali de casa de Antella con el sosiego con que habia entrado, y al volverme á Liria con la imaginacion puesta en Dorotea, no veia ni hablaba sino de ella. ¿Qué es esto, mi amo? me dijo Escipion mirándome como suspenso: mucho le ocupa á vmd. la hermana de don Juan: ¿le habrá inspirado á vmd. amor? Si, amigo, le respondi, y estoy corrido de ello. ¡Oh cielos! Yo que desde la muerte de Antonia he mirado mil hermosuras con indiferencia, ¿será posible que encuentre á la edad en que me hallo una que me inflame sin que yo lo pueda resistir? Señor, me replicó el hijo de la Coscolina, pareciame á mi que debia vmd. celebrar esa aventura en vez de quejarse de ella; vmd. se halla todavía en una edad en que nada tiene de ridiculo abrasarse en una amorosa llama, ni el tiempo ha maltratado tanto su semblante que le haya quitado la esperanza de agradar. Créame vmd., la primera vez que vea á don Juan, pidale sin temor su hermana, seguro de que no la podrá negar á un hombre de sus circunstancias. Fuera de que aun cuando quisiese absolutamente casarla con algun hidalgo, vuesa merced lo es, pues tiene su ejecutoria que basta para su posteridad. Despues que el tiempo haya echado á la tal ejecutoria el espeso velo que cubre el origen de todas las familias, quiero decir, despues de cuatro ó cinco generaciones, la descendencia de los Santillanas será de las mas ilustres.

CAPITULO ULTIMO.

De las dos bodas que se celebraron en la quinta de Liria, con lo cual se dá fin á la historia de Gil Blas de Santillana.

Animóme tanto Escipion á declararme amante de Dorotea, que ni siquiera me pasó por la imaginacion que me esponia á un desaire. Con todo eso, no me determiné á ello sin cierto recelo. Aunque mi rostro disimulaba mucho mis años, y podia quitarme á lo menos diez de los que tenia sin miedo de no ser creído, no por eso dejaba de dudar con fundamento que pudiera agradar á una muger jóven y hermosa. Sin embargo, resolví arriesgarme, y hacer la peticion la primera vez que viera á su hermano, el cual por su parte, no teniendo seguridad de conseguir á mi abijada, no estaba sin zozobra.

Volvió á mi quinta al dia siguiente por la mañana á tiempo que acababa de vestirme. Señor de Santillana, me dijo, hoy vengo á Liria á tratar con usted de un asunto muy sério. Hícele entrar en mi despacho, y desde luego empezó á hablar sobre el particular. Creo, me dijo, que no ignora vmd. el negocio que me trae. Yo amo á Serafina: vmd. lo puede todo con su padre: suplicole favorezca mi pretension, disponiendo que consiga el objeto de mi amor: deba yo á vmd. la felicidad de mi vida. Señor don Juan, le respondi, ya que usted ha ido derechamente al asunto, no estrañe que yo imite su ejemplo, y que

despues de haberle prometido mis buenos oficios para con el padre de mi ahijada, imploré los de usted para con su hermana.

A estas últimas palabras don Juan dejó escapar un tierno suspiro del cual inferí un agüero favorable. ¡Es posible, señor, exclamó prontamente, que Dorotea á la primera vista haya conquistado vuestro corazón! Me ha encantado, le dije, y me tendré por el hombre mas dichoso del mundo si mi pretension agradase á uno y á otro. De eso debe vmd. estar seguro, me replicó, pues aunque somos nobles no desdeñamos el enlace de vuesa merced. Me alegro, repuse yo, que no tenga vmd. dificultad en admitir por cuñado á un plebeyo: esto mismo me obliga á estimarle mas, porque es prueba de su buen juicio; pero sepa vmd. que aun cuando su vanidad le indujese á no permitir que su hermana diera la mano á ninguno que no fuera noble, todavia tenia yo con qué contentar su presuncion. Veinte y ocho años me he empleado en las oficinas del ministerio; y el rey para recompensar los servicios que hice al Estado, me gratificó con una ejecutoria de nobleza que voy á enseñar á usted. Diciendo esto saqué la ejecutoria de un cajon, entreguésele al hidalgo, que la leyó de cruz á fecha atentamente con la mayor satisfaccion. Está muy buena, me dijo al devolvérmela: Dorotea es de vmd. Y usted, exclamé yo, cuente con Serafina.

Quedaron, pues, determinados de esta manera entre nosotros los dos matrimonios, y solo restaba saber si las novias consentirian gustosas; porque ni don Juan ni yo, igualmente delicados, pretendiamos conseguirlas contra su voluntad. Volvióse este hidalgo á su quinta de Antella á participar mi pretension á su hermana, y yo llamé á Escipion, Beatriz y mi ahijada para darles parte de la conversacion que habia tenido con don Juan. Beatriz fué de dictámen que se le admitiese por esposo sin vacilar, y Serafina dió á entender con su silencio que era del mismo parecer que su madre. No fué de otro su padre; pero mostró alguna inquietud por el dote que le parecia preciso dar, correspondiente á un hidalgo como aquel, y cuya quinta tenia urgente necesidad de reparos. Tapé la boca á Escipion, diciéndole que eso me tocaba á mí, y que yo le daba cuatro mil doblones de dote á mi ahijada.

Fui á ver á don Juan aquella misma tarde: vuestro asunto, le dije, va á pedir de boca; deseo que el mio no se halle en peor estado. Va que no puede ir mejor, me respondió; no he necesitado emplear la autoridad para obtener el consentimiento de Dorotea. La persona de usted le contenta, y sus modales le agradan. Usted recelaba no ser de su gusto, y ella teme con mas razon que, no teniendo que ofrecerle sino su corazón y su mano... ¡Qué mas puedo desear! exclamé fuera de mi de alegría. Una vez que la amable Dorotea no tenga repugnancia á unir su suerte con la mia, nada mas pido. Soy bastante rico para casarme con ella sin dote, y con solo poseerla quedarán colmados todos mis deseos.

Don Juan y yo, completamente satisfechos de haber conducido dichosamente las cosas á este estado, resolvimos escusar todas las ceremonias supérfluas para acelerar cuanto antes nuestras bodas. Dispuse que mi futuro cuñado se abocase con los padres de Serafina; y convenidos en las capitulaciones del matrimonio, se despidió de nosotros, prometiendo volver al dia siguiente acompañado de su hermana Dorotea. El deseo de parecer bien á esta señorita me obligó á emplear por lo menos tres horas largas en vestirme, engalanarme y adonizarme, y ni aun así me pude reducir á estar contento con mi figura. Para un mozalvete que se dispone á ir á ver á su querida, esto es un recreo; mas para un hombre que comienza á envejecer, es una ocupacion. Con todo fui mas afortunado de lo que esperaba: volví á ver á la hermana de don Juan, y ella me miró con semblante tan favorable, que todavia me presumi valer alguna cosa. Tuve con ella una larga conversacion: quedé hechizado de su carácter y de su juicio, y me persuadí de que

con buen tratamiento y mucha condescendencia podria llegar á ser un esposo querido. Lleno de tan dulce esperanza envié á buscar dos escribanos á Valencia que formalizaron la escritura matrimonial. Despues acudimos al cura de Paterna, que vino á Liria y nos casó á don Juan y á mí con nuestras novias.

Encendí, pues, por la segunda vez la antorcha de himeneo, y nunca tuve motivo de arrepentirme. Dorotea, como muger virtuosa, no tenia mayor gusto que cumplir con su obligacion, y como yo procuraba adelantarme á llenar sus deseos, tardó poco en enamorarse de mí como si yo estuviera en mi juventud. Por otra parte, en don Juan y en mi ahijada se encendió con igual viveza el amor conyugal, y lo mas singular fué que las dos cuñadas contrajeron la mas estrecha y sincera amistad. Por mi parte advertí en mi cuñado tan buenas prendas, que le cobré un verdadero cariño, que no me pagó con ingratitud. En fin, la union que reinaba entre nosotros era tal, que cuando teniamos que separarnos por la noche para volvernos á reunir al dia siguiente, esta separacion no se verificaba sin sentimiento, lo que dió motivo á que ambas familias nos resolvísemos á no formar mas que una sola, que tan pronto vivia en la quinta de Liria como en la de Antella, á la cual para este efecto se le hicieron grandes reparos con los doblones de S. E.

Tres años hace ya, amigo lector, que paso una vida deliciosa al lado de personas tan queridas. Para colmo de mi dicha el cielo se ha dignado concederme dos hijos, de quienes creo prudentemente ser padre, y cuya educacion va á ser el entretenimiento de mi ancianidad.

CONTINUACION

DE LA HISTORIA

DE GIL BLAS DE SANTILLANA (1).

CAPITULO I.

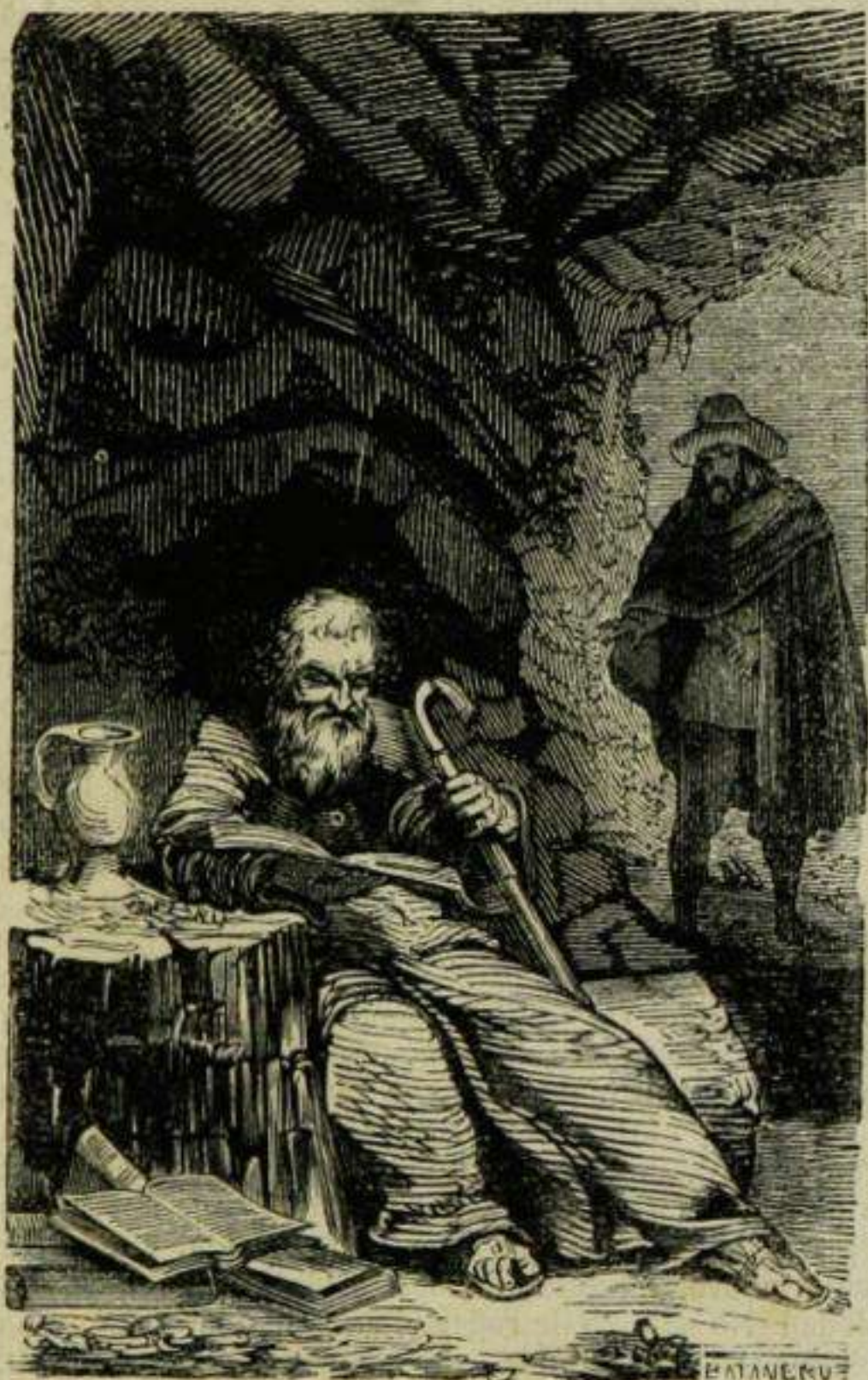
Continuacion de la historia de Gil Blas.

Para completar todo lo perteneciente á la historia de nuestro héroe, añadiremos lo que su fiel criado Escipion refirió acerca de lo acaecido hasta la muerte de su amo. Cuando este se consideraba ya en el puerto de su tranquilidad, y gozaba de la paz y felicidades que no le habian podido dar sus pasados empleos y privanzas, vino la desgracia á alterar de nuevo su reposo, privándole de su muger, y sucesivamente de sus bienhechores los Leivas. Desengañado del mundo se retiró de España á la América; donde en un desierto estableció su morada para acabar en paz sus dias. Su fiel criado Escipion ignorando su retiro, anduvo buscándole por varios paises, hasta que una feliz casualidad le condujo á la cueva en donde Gil Blas permanecia separado del resto de los hombres.

No es fácil ponderar la alegría que este feliz encuentro causó al amo y al criado: contóle éste todas las aventuras que en sus dilatados viages le habian acaecido; y deseando saber por menor toda la série de los sucesos de su amo, le suplicó continuase su historia, lo que ejecutó en estos términos. Mi muy amada esposa, como tú bien sabes, me daba mil pruebas de una amorosa, fina y sincera correspondencia, y mis dos amables hijos iban mostrando un espíritu que me consolaba extraordinaria-

(1) Hemos creído oportuno dar tambien la continuacion del *Gil Blas* suprimida en todas las ediciones modernas, no tanto por su mérito, cuanto porque siendo muy corta, hemos creído que era el mejor medio de satisfacer á todos. Sin embargo, para que no se confunda con la historia en general, hemos hecho una completa division señalando el fin de aquella y formando de la continuacion un trozo aparte. (N. del E.)

mente. Teníame por feliz, y haciendo reflexion á las raras alternativas de bien y mal de mi vida pasada, bendecía mil veces la hora en que tomé la resolucion de retirarme por la segunda vez á mi castillo de Liria. Todas mis diversiones eran inocentes. Pasaba el tiempo en la librería de don César, en mi jardín, en la caza ó en la pesca. ¡Oh qué tiempo aquel, si hubiera durado mucho! Mas, ¡oh, qué inconstante es la felicidad humana! Ya te acordarás que apenas se habian pasado cinco años despues de mi matrimonio, cuando comenzaron á llover sobre mi las mas terribles desgracias. Mi muger, la gentil, la discreta Dorotea murió en pocos dias de una maligna calentura, de que no la supieron curar ni el disparatado



Una feliz casualidad le condujo á la cueva en donde Gil Blas permanecia. — Pág. 232.

método del doctor Sangredo, ni todos los decantados eméticos y opiatas de la nueva escuela. Fué este un golpe acerbísimo para mí, porque con ella habia perdido dos mugeres; pero la pérdida de esta segunda, que me habia regalado con dos amabilísimos hijos, me fué mucho mas sensible que la de la primera. Ni todo tu buen humor, ni todos los esfuerzos de tu amor y lealtad fueron bastantes para consolarme, ni aun para suspender por algun tiempo el desesperado dolor que dia y noche me atormentaba. El sitio de Liria, que hasta entonces era para mí el mas delicioso, se me hizo mucho mas odioso que la prision de Segovia, y todo lo que antes me divertia, ahora me enfadaba, causándome un tédio y un horror que no me era posible tolerar. Manteníanse todavía en Zaragoza mis grandes y amados protectores don César y don Alfonso de Leiva, los que luego que llegó á su noticia el funesto accidente que me habia sucedido, me hicieron mil instancias para que me transfiriese á su córte. En medio del horror que habia cobrado al gran mundo, por esta vez no me pude negar á complacerlos, y mas con la esperanza de que alejándome de un lugar donde todo cuanto se me presentaba á la vista era nue-

vo incentivo para mi dolor, podia la distancia hacérmelo olvidar poco á poco y facilitar el modo de recibir algun consuelo. Entregué mis tiernos hijos á tu cuidado, y recomendándolos á mi cuñado, me parti con un solo criado á la capital del reino de Aragon. Luego que llegué á sus confines oi decir que pocos dias antes habia muerto don César, noticia que exaltó mucho mi tristeza. Segun eso, me decia á mí mismo, yo voy á consolar, y no á ser consolado; y efectivamente, encontré afligidísimo á don Alfonso luego que le vi.

Ni él ni yo pudimos contener las lágrimas. Tú me dijo, amigo amado, has venido á confundir tu dolor con el mio. El cielo me ha dejado á mí sin el mejor padre, y ha querido que tú perdieses la mejor de las mugeres. Si el ser compañeros en la afliccion no sirve de consuelo á dos amigos, viendo estoy que nosotros dos seremos dos afligidos inconsolables. ¡Mas ay! que otra gran desgracia sucedió inmediatamente á la primera. Acometió á Serafina una calentura con todos los síntomas de la que habia llevado á la sepultura á Dorotea, y de ella murió al dia noveno, sin que los mas acreditados médicos del reino de Aragon, que fueron llamados para socorrerla, la pudiesen librar de la guadaña inexorable. ¡Qué tormento para don Alfonso! ¡Qué pena para mí! Aquel no pudo resistir á tanta desventura, porque el excesivo amor á su adorada esposa le sugeria continuamente nuevos motivos de grandísimo dolor, y se apoderó enteramente de su corazon una cruel melancolía, que absolutamente le oprimió todo su espíritu. Cada dia le veia mas afligido y mas atormentado: ni mis palabras, ni todos cuantos arbitrios discurria para divertirle, fueron bastantes para disminuir un punto su desconsuelo y dolor. Finalmente, no pudiendo resistir á tan repetidas desgracias, se rindió enfermo en la cama, y pasó á hacer compañía al otro mundo á aquella su amada mitad, sin la cual ya no podia vivir en éste. Hasta que dió el último suspiro le asistí con una atencion y con un amor digno de mi reconocimiento; y él observando bien aun en aquella hora la fidelidad de mi servicio, me dejó un legado de seis mil doblones. ¿Quién lo creyera? Algun otro quizá fácilmente se hubiera consolado en una muerte que le hacia dueño de tan cuantioso legado; pero yo, acostumbrado ya á mirar con desprecio las riquezas, no supe moderar el entusiasmo de mi dolor, ni aun á vista del oro que me presentaron luego sus herederos. En el breve espacio de solos dos meses habia perdido todo cuanto mas amaba en este mundo. La memoria de mi Dorotea me hacia mirar como funesto y fatal para mí el sitio de Liria; la de los tres funerales de mis mayores bienhechores me habia hecho cobrar, no ya tédio, sino grande horror á la metrópoli de Aragon. Solo me podia consolar la compañía de mis pequeños hijos; pero este consuelo se convertiria en mayor tormento, haciéndome acordar siempre que los vieses de que ya no vivia su madre.

Hallándome en tan deplorable estado tomé un partido que á muchos les pareció cobarde, efecto de la desesperacion antes que valeroso hijo de un racional y justo desengaño. Resolví, pues, abandonar todo aquello que mas estimaba en esta vida, y esconderme en un sitio donde jamás pudiese llegar á mis oidos noticia alguna de mi familia ni de algun otro conocido mio. A tan extravagante resolucion me movió el conocimiento práctico, adquirido con mi propia esperiencia, de la inconstancia y ninguna seguridad que hay en las felicidades de esta vida. Cuando la fortuna comienza á divertirse y á jugar con los mortales, se atropellan unas á otras las desgracias, y habiendo aquella comenzado á mirarme á mí con ojos tan malignos, temi con razon que las mias ya no tendrian fin sino con el de mi vida. Preocupada mi imaginacion con estas ideas de un ingenioso terror, ya me parecia estar viendo la muerte tuya, querido Escipion, la de mi cuñado y de mis hijos, con la pérdida de todos mis bienes. Ea, pues, me decia yo á mí mismo, prevengamos animosamente todos estos golpes con un

valor digno del espíritu de Santillana: abandónese el mundo antes que el mundo me abandone á mi: déjese la España para siempre, y huyan mis ojos de ver aquellas cosas que están sujetas á que la violencia me las quite de la vista. Sea mi sepultura en vida un retiro extravagante; sea un asilo que me defienda, y una tumba que á todos me esconda estando vivo. Dicho esto, sin atender ya á otra cosa, me dispuse para mi partida, que puse en ejecucion no mas tarde que el dia siguiente. Dejé escrita una carta para ti y para mi cuñado, recomendándoos mucho el cuidado de mis tiernos hijos, y diciéndoos que quizá ya no me veriais mas.

Partí, pues, de Zaragoza, llevando conmigo los seis mil doblones del legado en otras tantas letras de cambio para varios mercaderes de Cádiz. Llegué á este puerto á tiempo que estaba para hacerse á la vela la flota de Méjico. Me embarqué con todo mi tesoro, y habiendo fletado para mi un camarote en el navio del vice-almirante, comencé á divertirme á solas con la lectura de varios libros morales, de que habia hecho provision antes de meterme en el mar. Consumiéronse algunos meses en el viage, y finalmente, toda la flota dió fondo en Vara-Cruz con la mayor felicidad. Ninguno de los que habian venido en mi navio sabia quién era yo; y mi vida retirada y melancólica habia escitado la curiosidad del vice-almirante, deseosísimo de averiguar á qué personaje era. Luego que saltamos en tierra me hizo llamar, y con grande arte procuró examinar mi condicion y el motivo de mi viage: á lo que respondí, que era castellano, y que solo el deseo de ver mundo, y particularmente las Indias Occidentales, me habia hecho emprender aquella navegacion. Quedó poco satisfecho de mis respuestas, y así me replicó: en vano disimula vmd. los verdaderos motivos de su salida de España, pues leyendo estoy en su semblante causas mucho mas graves de semejante resolucion que las que vmd. me quiere dar á entender. Su profunda melancolia me hace creer que no fué mera curiosidad la que le indujo á arrojar á todas las incomodidades y peligros del mar; y el espíritu de soledad que constantemente ha manifestado vmd. en toda la navegacion, casi me persuade á que algun trabajo, ó lo que seria mucho peor, algun enorme delito que vmd. ha cometido, lo ha puesto en precision de abandonar para siempre la amada patria. Soy caballero, y solo pretendo que vmd. se desahogue conmigo, para servirle y ayudarle hasta donde llegáren mis fuerzas, y así descubrame su corazon con entera libertad. Señor, le respondí, estoy muy pronto á complacer á vmd. solo con que me dé palabra de caballero de no descubirme jamás á ninguno. Me la dió prontamente; y á su palabra de honor añadió el sagrado vinculo del juramento. Entonces le manifesté claramente quién era yo, informándole de los motivos que tenia para dedicarme á una vida absolutamente muerta á todo comercio del mundo. Es cierto que le pareció muy estraña mi resolucion, mas no por eso dejó de admirar la firmeza y el teson con que me mantuve en la misma á pesar de las muchas y fortisimas razones que me espuso para reducirme á mudar de parecer. Vmd., me dijo, verdaderamente es un hombre extraordinario, pues ninguna fuerza le hace el amor de padre. El bello mundo y el trato con los hombres, tan dulce para todos, pero mas particularmente para aquellos que tienen algunos bienes de fortuna, tampoco le mueve nada. La patria ha llegado para vmd. á ser una cosa muy indiferente: solo se complace en la contemplacion y en un perpétuo silencio, pues piensa retirarse á un parage donde no tenga otra compañía que la de los brutos y las fieras. Señor Santillana, ya me parece estar viendo en vmd. un perfecto anacoreta; y sin duda se hará mas glorioso por los últimos años de una vida terminada de un modo tan raro y tan admirable, que por aquellos que empleó en el servicio de dos primeros ministros. Solo deseo deber á vmd. el favor de que me confie el sito donde piensa sepultarse antes de morir, para lograr el consuelo de poder verle alguna vez con motivo

de mis frecuentes viages á la América. Respondile á esto, que pensaba pasar á Méjico, con el fin de visitar algunos desiertos, de cuya situacion tenia alguna noticia por los mapas, para escoger el lugar que me pareciese mas á propósito para mis intentos. Ciertamente que en la eleccion de este sitio anduvo conmigo la divina Providencia, pues fué tan afortunado para mi, como lo oirás en adelante.

No me fué posible disuadir al vice-almirante que me acompañase en este viage, teniendo la comodidad de hacerlo durante el largo tiempo que se habia de pasar antes que llegase el acostumbrado para el regreso de la flota á España. Partimos, pues, á Méjico, y desde allí nos vinimos á girar por las incultas y vastas llanuras que se descubren desde aqui. Trajimos con nosotros bastantes provisiones, y cuatro criados del vice-almirante armados todos con sus fusiles, nos servian de escolta, y despues de haber visitado inútilmente los mas retirados escondrijos que rodean estos llanos, sin haber encontrado sitio alguno que me contentase, llegamos impensadamente á una caverna, guiados de la luz que descubrimos desde las márgenes del rio, cuya corriente veniamos siguiendo. Desde luego hicimos juicio que seria habitacion de algun hermitaño, y no nos engañamos. Vimos en la entrada de ella un venerable anciano, que nos recibió lleno de pasmo, pues segun nos dijo habia veinte años que no habia visto persona de nuestro trage y de nuestro porte: nos saludó con grande afabilidad y cortesía, y por entre las arrugas de la cara y lo espeso de las barbas se dejaban ver ciertas facciones delicadas, y al mismo tiempo magestuosas, que daban un aire noble al semblante. Quedóse muy admirado el vice-almirante de tan singular aventura, y despues que nuestros criados nos dispusieron la cena, á la cual convidamos al ermitaño, nos sentamos á una mesilla, y despachamos lo que nos pusieron delante con muy buen apetito. El viejo nos condujo al cuarto donde habiamos de dormir, cuyos muebles eran bastante rústicos. Dormimos en él, y nuestra escolta plantó sus tiendas fuera de la caverna. La mañana siguiente picándonos la curiosidad de saber quién era aquel venerable anciano que con tanta humanidad nos habia recogido, y cómo y de qué manera habia podido fabricar un albergue tan extraordinario y al mismo tiempo tan cómodo, nos levantamos muy temprano; y habiendo encontrado al buen viejo que se estaba paseando en el huerto, le suplicamos que nos hiciese el gusto de contarnos los sucesos de su vida, y muy particularmente el que le movió á establecerse en aquella soledad. No se hizo de rogar el amable anacoreta, y habiéndonos sentado todos, dió principio á su admirable historia en la manera siguiente.

CAPITULO II.

Historia del nieto de Motezuma, último emperador de Méjico.

Yo soy nieto del famoso Motezuma, último emperador de Méjico, y ahora es la primera vez que sale de mi boca esta noticia, bien persuadido de vuestra discrecion que se quedará profundamente sepultada en vuestro pecho, y mas cuando mi edad, mi estado presente y género de vida que he abrazado, pueden ser el mas seguro fiador contra los politicos recelos que podia suscitar la existencia de un pariente tan cercano del postrer monarca de estos paises. Cuando Hernan Cortés vino á apoderarse de ellos, mi padre usurpó la corona, quitándosela de las sienes á mi abuelo, y habiendo hallado modo de refugiarse con una de sus mugeres en uno de estos desiertos, en él me dió la vida mi madre, y perdió la suya en el acto de darme á mi la vida. Buscaban con las mas vivas diligencias á mi padre para acabar con él, por lo que se vió precisado á esconderse en los mas densos y mas solitarios bosques; pero no le valió, porque al fin vino á caer en sus manos, y yo tambien juntamente con él. Hizonos prisioneros un capitán en los confines de

Canadá, pero sin saber quiénes éramos, y nos condujo á Méjico. Quiso mi buena fortuna que en la esclavitud no me separaron de mi padre, y que el amo que nos tocó fuese un hombre discreto y compasivo, que me hizo criar con el mayor cuidado, y con él mismo atendió á que se me diese la mejor educacion, instruyéndome en los dogmas de nuestra santa religion. Murió mi padre entre mis brazos cuando yo tenia ya quince años, y antes de espirar me declaró cuál era nuestra familia; pero al mismo tiempo exhortándome y aun conjurándome con todas las veras de su paternal corazon, sobre que jamás, ni de ninguna manera me diese por entendido, antes bien disimulase y me conformase con mi destino, acomodándome en todo á él; lo que he observado así religiosamente todo el tiempo de mi vida. Nunca di lugar en mi pecho á la ambicion, á lo que cooperó no poco la buena doctrina que mi amo me enseñó, acompañada en todo con su ejemplo: gracias á Dios y á Hernan Cortés, que me destinó al servicio de tan cristiano y tan timorato patron. Este buen hombre habia adquirido grandisimas riquezas; pero temiendo quizá que los medios no hubiesen sido los mas legitimos, segun el moral que se usaba en aquellos peligrosos tiempos, tomó la heroica resolucion de abandonarlas todas y retirarse del mundo; escogió este sitio para su retiro, y fabricó los cuartos ó camarotes que hay en él, adornándolos con mucha sencillez, pero al mismo tiempo con igual decencia y aseo. Trajo consigo varios libros ascéticos ó espirituales, dejando orden en Méjico á un buen clérigo, su amigo y corresponsal, que repartiese entre los pobres, particularmente entre los indios esclavos, todas las rentas anuales que producian sus grandes haciendas y posesiones, reservando solamente lo preciso para comprar las legumbres, carnes saladas y otras provisiones semejantes que cada año le habia de enviar para su propia subsistencia. Preguntó á todos sus criados si entre ellos habia alguno á quien le diese ánimo de acompañarle, y solamente encontró este valor en el nieto de Motezuma. Vineme, pues, con él á esta soledad, y vivien su compañía por espacio de veinte años; y el buen clérigo de Méjico era puntualísimo en enviarnos cada año todo lo que habiamos menester. La vida frugal que haciamos, el benigno clima de este cielo y la distancia de todos aquellos objetos que suelen inquietar á los hombres, parece que habian remozado á mi santo amo. En medio de eso la lima sorda de la muerte llegó en fin á sacarle de este mundo, quedando yo único poseedor y dueño de la gruta. Di sepultura á su cuerpo á los pies de aquella santa imágen, ante la cual ardia aquella lamparilla, cuya luz os condujo á este parage; y hecho esto, resolví no salir de esta soledad hasta que el Señor me retirase de entre los vivos.

Mientras tanto, la pia y generosa resolucion de don Fernando, este era el nombre del ilustre auacoreta, se habia esparcido por todo el imperio mejicano, y concurrían muchas personas á visitarle, ya fuesen movidos de cierta piadosa devocion, ó ya de un espíritu de vana curiosidad, de modo que en aquel tiempo era muy frecuentada esta gruta de los peregrinos, que venian á ella como pudieran ir á un milagroso santuario. Aun no se habia estendido la noticia de su muerte cuando una mañana se dejaron ver en ella dos personas de diferente sexo, ambas muy jóvenes, las cuales preguntaron por el hermano Fernando. El hermano Fernando les respondió, ha ya algunos dias que entregó el alma á su Criador, y espero estará gozando en el cielo el fruto de sus santas obras. No bien oyeron esto los dos jóvenes, cuando penetrados de un vivísimo dolor, prorrumpieron en un amargo y deshecho llanto, de manera que las lágrimas y los suspiros ahogaban en la boca las palabras. ¿Qué parte teneis vosotros, les pregunté, en la muerte del hermano Fernando, para honrar su memoria con tanto dolor? Muchísima, me respondió el que parecia de menor edad, porque éramos sus nietos, como hijos de una hija única suya que vino á Méjico con el deseo de volverle á ver;

y hallando que ya no estaba en aquella ciudad y que no se sabia dónde habia ido á parar, murió en ella de puro dolor. Quedamos huérfanos los dos, y noticiosos al cabo de que se habia retirado á este sitio, inmediatamente nos pusimos en camino con el fin de participarle la pérdida de nuestra madre y de consolarnos con el hallazgo de nuestro abuelo, esperando que este nos enderezaria por el camino derecho de la virtud. Y ahora vemos desvanecidas nuestras esperanzas, frustrados nuestro deseos, y malogrados nuestros trabajos, pues ya no le hallamos vivo.

Conmoviéronme mucho unas palabras tan dolorosas acompañadas de tan tiernas demostraciones, y reconociendo que la flaqueza y el cansancio tenían igualmente rendidos á los dos pobres peregrinos, los exhorté á que se retirasen á descansar, tomando primero algun alimento para reparar las fuerzas y recobrar los espíritus. Entráronse en la gruta, y yo los introduje en la misma estancia donde vmds. han descansado. Admiráronse mucho cuando se vieron en un cuarto pobre, pero decentemente acomodado, donde se habian imaginado no encontrar otra cosa que muebles de penitencia y de horror. Estuvieron conmigo muchos dias, sin que en todos ellos se disminuyese un punto su tristeza. Observaba yo que de cuando en cuando prorrumpían en un deshecho y amarguísimo llanto, y no me acordaba de haber visto jamás en una edad tan verde y tan voluble un dolor tan maduro y tan constante. Me esforzaba á confortarlos, pero todo era tiempo perdido. El hermano, que segun él me dijo, tenia el mismo nombre que su abuelo, era el que se mostraba mas afligido que la hermana, tanto que creciendo cada dia mas y mas su melancolia se convirtió en una enfermedad irremediable, que le redujo á lo; extremos, y conociendo él mismo que se acercaba su muerte, poco antes de espirar me habló de esta manera: padre mio, porque así os debo llamar, puesto que os considero como el hijo predilecto de mi querido abuelo; padre mio, yo estoy ya para exhalar el último aliento, os recomiendo la única persona que amo en este mundo; os suplico que esa hermanita mia, esa pobrecita huérfana, destituida de toda humana proteccion, sea el objeto de vuestra caridad, el empleo de vuestro cuidado, y viva siempre á vista de vuestro ejemplo y al abrigo de vuestra virtud. Vuelto despues á la hermana; y tú, hermanita mia, la dijo, obedece con todo rendimiento á este santo hombre, siendo su ejemplo y sus consejos la segura guia que te conducirá al término de la vida, sin que ninguna culpa grave haya manchado el candor de tu inocente alma. No pudo proseguir mas adelante; comenzóse á turbar la luz de sus ojos, apretóme la mano, hizo lo mismo con la de su inconsolable hermanita, y espiró plácidamente.

Ya te figurarás cuáles serian los dolorosos extremos de la traspasada doncellita; sumergida enteramente en un interminable llanto y combatida al mismo tiempo de los diversos funestísimos afectos de su presente constitucion. Hice cuanto pude de mi parte para consolarla; pero considerando que solo el tiempo era capaz de curar aquella profunda llaga, procuré dar sepultura al joven Fernando para retirar de sus ojos el objeto que la traspasaba el corazon. Le enterré pues junto al sitio donde estaba sepultado su abuelo. La jovencita, que á la sazón podria tener trece años, cuidaba todos los dias de adornar con flores de mi huertecillo la sagrada imágen, ante la cual ardia aquella pequeña lámpara; y diariamente empleaba algunas horas en hacer oracion sobre la sepultura de su hermanito. Lo restante del dia se ocupaba en la lectura de libros espirituales, en algunas labores mugeriles, en regar y cultivar las flores de nuestro jardinito; de modo que viviamos los dos con una paz envidiable, y por muchos meses miraba yo á la niña con la mayor indiferencia. ¡Pero qué peligrosa es la ocasion! Yo contaba solos treinta años; edad demasiadamente sujeta á los estímulos de la carne y á las flaquezas de la humanidad. Dionisia, que así se llamaba la doncellita, era de

bellísimo parecer, sin que disminuyese su hermosura la negligencia en el vestirse, ni el ningún cuidado que ponía en ayudarla; antes bien la modestia, inseparable compañera de todas sus acciones, añadía muchos grados á su mérito, y su dulce y delicadísima voz daba extraordinaria gracia á sus discursos. Tenía yo continuamente á la vista todos estos atractivos, y comenzaba ya á mirarla con cierta inclinación muy diferente de la que produce una inocente y aun virtuosa complacencia. No me contentaba con que me mostrase en todo una condescendencia de hija; deseaba que esta se convirtiese en las ternuras de esposa. ¿Qué mal hay, me decía yo á mí mismo, en que un ermitaño sea también marido? Yo no he ligado mi libertad con ningún género de voto: tan libre estoy y tan dueño soy de mi mismo en esta soledad co-



Penetrados de un vivísimo dolor, prorumpieron en un amargo y deshecho llanto.—Pág. 235.

mo lo era en Méjico. Dionisia es la legítima heredera de todo cuanto tenía su abuelo don Fernando, yo no puedo con buena conciencia pretender sustituirla, si los derechos de un matrimonio no me hacen legítima la posesión: el corresponsal del buen viejo ya difunto quizá se negará á enviarme las acostumbradas anuales provisiones cuando tenga noticia de su muerte, si no sabe que está conmigo la única y legítima heredera que le representa. Por otra parte, mantener un ermitaño en su compañía y en esta soledad una doncella de estas circunstancias, escandalizará al mundo cuando se sepa, y cada uno dirá lo que se le antojare, aunque nunca sea verdad; pero si al mismo tiempo se sabe que es mi legítima mujer, cesarán todas las murmuraciones, y ninguno tendrá que decir, sino que sean los ociosos y los bufones de profesión.

Estas reflexiones, tales cuales ellas fuesen, me convencieron de manera, que ya me parecía no solo cosa honesta, sino absolutamente necesaria para mí, el abrazar el estado del matrimonio; y desde aquel punto solo

esperé á una buena coyuntura para hacer la proposición á Dionisia. La única dificultad que se me ofrecía para inducirla á que consintiese en mi pensamiento, era haber conocido que mostraba en todo una sencillez y candor superior á cuanto se puede imaginar; tanto que Dionisia aun más que la paloma podía ser el símbolo de la inocencia. No obstante este tropiezo que me ponía delante mi consideración, se me vino á la mano la oportunidad una mañana, que hallándose ella conmigo en el mismo sitio en que estamos, me hizo el siguiente discurso: padre mio, ya sabe vmd. que frecuentemente inquietan mi sueño ciertas imágenes que me llenan de horror y me perturban mucho. Se me representan en la media despierta y medio dormida fantasmas espantosos, sombras y fantasmas que me hacen temblar de miedo. Veo en sueños la figura de mi hermano, y cuando despierto toda me estremezco. La noche pasada me pareció que le estaba viendo con un vestido más blanco que los jazmines y aun la misma nieve: tenía en la mano una hacha encendida, la que me aplicó al lado izquierdo, y sentí como que se me abrasaba el corazón: desperté toda sobresaltada, y considerando la extravagancia de mi sueño, no fué posible volverme á dormir. ¡Ah, señor! Si su ciencia, si lo mucho que vmd. ha estudiado, si la gran contemplación á que se ha dedicado en este retiro le han sugerido alguna luz para interpretar una visión tan extraordinaria, hágalo por caridad, y libreme de una inquietud que verdaderamente tiene agitado mi corazón. Este discurso de Dionisia no podía serme más grato, ni venir más á propósito para mi intento. Hija, la respondí revistiéndome de una cierta gravedad, pensaré maduramente las circunstancias de tu sueño, y esta noche espero consolarte con mi respuesta. Fácilmente creerán vuestras mercedes que no fui á consultar libro alguno para explicar el sueño á la inocente nieta de mi amo, y que nada me costó el interpretarlo á favor de lo que yo deseaba. Dionisia, la dije, espero dejarte consolada: los espectros, sombras y fantasmas que has visto entre sueños en las noches antecedentes, te dan evidentemente á entender que no te conviene mantenerte sola en el estado en que te hallas, porque si consideramos estos fenómenos según el orden de la naturaleza, se comprende que el hervor orgulloso de la sangre no es compatible con el estado de la virginidad, y si los queremos dar un sentido figurado y misterioso, los debemos mirar como avisos que te dan de que admitas en tu lecho una legítima compañía, la cual te asegure contra los espantos de las visiones nocturnas. Es grande confirmación de todo lo que te digo el haber visto á tu hermano con un vestido tan blanco y una antorcha encendida en la mano, aplicándola al lado izquierdo, abriendo y abrasando tu corazón, porque el vestido blanco es símbolo muy propio del puro y legítimo matrimonio; la llama que te abrasaba el corazón lo es muy claro del casto y conyugal amor á un esposo, que debes conservar encendido mientras te durare la vida. Un hermano tuyo es el que te anuncia este destino. ¿Pues qué mayor fortuna puedes esperar que la que te intima una persona que tanto te ama, y que siendo, como piadosamente debemos creer, del número de los predestinados, no te puede engañar? Pronuncié estas últimas palabras en tono de oráculo y como de un hombre inspirado: tanto como esto me habían trastornado mis pasiones la verdadera idea de la sólida virtud, aplicándome mientras tanto á observar todos los movimientos de la inocente doncella. Víla como enteramente sobrecogida de un extraordinario asombro, ya ponerse pálida, ya cubrirse de un encendido rubor su amabilísimo semblante: dudé por algún tiempo si aquellas eran señales poco favorables á lo que yo deseaba; pero presto me desengañé conociendo que eran efectos del sobresalto y la perturbación, ocasionados de su impouderable sencillez y simplicidad. Los términos de *amor, esposo y matrimonio*, eran para aquella bendita criatura un lenguaje del todo desconocido, porque ignoraba qué significaban aquellas palabras, ni cómo se había de poner en

ejecucion el consejo que su hermano la habia dado, según mi esposicion. Pero al mismo tiempo el gran concepto que habia hecho de mi persona la hacia creer que yo no era capaz de engañarla, y en virtud de eso luego que volvió un poco sobre sí, me preguntó cómo ó de qué manera habia de ejecutar lo que su hermano la habia aconsejado, en qué consistia el matrimonio, qué cosa era amor y quién habia de ser su esposo. Me fué preciso responder á todas estas preguntas, y la espliqué lo que era el matrimonio, tanto en la forma como en la materia; describíla el amor como una pasion dulcísima y tiernísima, cuya madre es la misma naturaleza, y que entonces se perfecciona cuando es acompañado de una legitima correspondencia; pero cuando llegué á la última pregunta me hallé un poco embarazado, y me fué forzoso valirme de grandes rodeos y circunloquios de palabras para darla á entender que el esposo que el cielo la habia destinado no podia ser otro que yo. Dijela en este asunto que la soledad en que nos hallábamos los dos no dejaba lugar á la menor duda en punto á la eleccion de esposo; que si estuviera destinada para otro que para mí, no la hubiera traído la Providencia á un lugar donde sus ojos no tenian otro objeto que mirar, ni su eleccion otro sugeto en quien escoger; y en fin, que los varios sucesos y accidentes que la habian privado de todos y de todo, fuera de mi compañía, eran los medios ó las causas segundas de que se habia valido el cielo para llevar al fin un matrimonio que estaba escrito con caracteres indelebles sobre las mismas estrellas. Todo este fárrago de frivolas razones hicieron consentir á la sencillísima muchacha en que me daria la mano. Pero aunque fui poco escrupuloso en la eleccion de los artificios de que me vali para vencer el ánimo de Dionisia, lo fui muchísimo en punto á las sustanciales ceremonias de nuestro sponsal; porque no quise que faltase á su legitimidad ni la mas mínima circunstancia. Con este fin la llevé conmigo á Méjico, donde públicamente nos desposamos con toda solemnidad. Dionisia tenia en su poder los documentos mas auténticos para hacerse reconocer por hija legitima del difunto don Fernando, y como tal única heredera suya despues de la muerte de su hermano, y el sacerdote que administraba la herencia no tuvo el menor reparo en suministrarnos las acostumbradas provisiones, prometiendo aumentarlas cuando mi muger me diese sucesion.

Y vean vmds. aqui dos esposos ermitaños, que pudiendo vivir mucho mas cómodamente en la ciudad, quisieron mas volverse á su desierto. No se puede explicar cuán felices fueron los dos primeros años de nuestro matrimonio. Parecia que el cielo nos habia llenado de bendiciones, y yo me lisonjeaba de que esta felicidad duraria mientras nos durase la vida. Mas, ¡oh inconstancia de las cosas humanas! Veia yo hacer graciosos pucheritos en la cuna á un hijito mio que mi esposa habia dado á luz lo mas felizmente del mundo, aunque sin asistencia de comadre, ni de ama que á lo menos la ayudase á criarle. Ella sola le criaba con la leche de sus pechos, esperando que con el tiempo tambien ella misma le daria una santa educacion. Nos ayudábamos los dos reciprocamente, cada uno á proporcion de sus fuerzas, y cumplia cada cual con sus respectivos oficios, aliviándonos en el peso de nuestra corta familia. Habia aprendido ya Dionisia qué cosa era amor, y conocia por su propia esperiencia que verdaderamente era una cosa tan dulce como yo se la habia pintado. Finalmente ninguna cosa turbaba nuestra paz ni nuestro contento, cuando un diluvio de desastres nos vino á precipitar en un abismo de dolores. Habíase esparcido por todo Méjico la noticia de nuestro matrimonio, de manera que no se hablaba de otra cosa en los corrillos de las plazas, y era el asunto mas comun de todas las conversaciones. Celebrábase la hermosura de mi esposa como la de una segunda Elena; y algunos mozos disolutos, movidos de su brutal concupiscencia se compadecian de ella, y lloraban su desgracia, ni mas ni menos como llora el coco-

drilo la muerte del infeliz que tiene entre sus dientes para despedazarle. Decian que nuestra soledad era una sepultura de vivos, y que no se debia sufrir que una hermosura, que ella sola bastaba para ser el honor y las delicias de Méjico, estuviese enterrada en el hórrido boqueron de una caverna. El sacerdote, mi corresponsal, me dió aviso de estos discursos que se hacian en la capital de aquel imperio; y este fué el primer disgusto que tuve en mi nuevo estado matrimonial. No se puede negar que es defecto, ó cuando menos una gran flaqueza del amor, sentir disgusto de que el objeto amado sea



Traidor, tú me has muerto, pero el cielo vengador de los inocentes, castigará cuando menos lo pienses tu delito.—Pág. 238.

mirado por otros con inclinacion ó con parcialidad. Querriase que á ninguno agradase, antes bien que fuese aborrecida de todos aquella persona que uno ama; pero con todo eso hice poco caso de lo que el sacerdote me escribia, no creyendo pudiese llegar á tanto el furor de los que envidiaban mi fortuna, que pensasen en privarme de ella. Suponia que mi yerno seria el mas seguro asilo de la inocencia, y que seria mas respetado que lo fué la corte de Menelao del atrevido troyano que le arrebató la esposa. Pero una noche cuando estaba todo en la mayor quietud y silencio, y me hallaba en el lecho con mi querida Dionisia y nuestro adorado hijito, sentí no sé qué ruido dentro de la caverna. Me levanté de la cama apresurado, me arrimé á la puerta y apliqué el oido para escuchar mejor lo que se decia, ó lo que pasaba allá fuera. Mas ¡oh Dios! hé aqui que veo echar en tierra la puerta á grandes golpes de un mazo, y entrar de repente una gavilla de asesinos que me echaron un lazo al cuello con intencion de ahogarme, mientras otros intrépidamente se metieron en el cuarto donde estaba la cama, de la cual sacaron arrastrando á mi querida Dionisia, tal cual estaba; y sin que la valiesen sus ruegos, sus lágrimas ni sus lastimosos clamores, se la llevaron

fuera de la gruta, no siéndome posible socorrerla por hallarme en mi cuarto medio muerto por lo apretado del lazo que me sofocaba. No puedo decir el tiempo que estuve en aquel peligroso estado, y solo sé que luego que volví en mí y me pude levantar, sali afanado en busca de mi esposa; pero no hallé el menor vestigio de ella. Reinaba en todo el contorno una grandísima quietud y un profundo silencio, lo que añadido al horror de la noche, contribuía mucho á que se me hiciese mas sensible mi desgracia. Me volví á mi ya viudo lecho, donde solo habia quedado el tiernecito niño, el cual con sus dolorosos vagidos pedía el debido alimento á los pechos de su ya perdida madre. ¡Pobre hijito mio! exclamé entonces abogándoseme las palabras en las lágrimas. ¿Qué cruel destino te ha separado de aquella que te dió el ser y te le conservaba, alimentándote con una porcion de si misma? Eres bien desgraciado, hijo querido, pues solo te ha quedado un padre incapáz de sustentarte, y que sabe Dios si tendrá fuerzas para sobrevivir á la desventura que le oprime. Amada Dionisia mia, ¿qué mano sacrilega, qué malvado París te arrebató de los brazos de tu esposo, y te separó de tu hijo? Pero todas las cosas se hacian sordas á mis lamentos, y la aurora que ya comenzaba á despuntar vino á renovar con mayor fuerza mi afliccion. Era puntualmente aquella la hora en que abandonando las blandas y ociosas plumas del lecho nos levantábamos los dos, y despues de haber rezado nuestras acostumbradas oraciones íbamos todas las mañanas al jardin para gozar de aquella aura apacible que suele acompañar á la bellissima precursora del sol. La memoria de aquella inocentísima diversion, cuya mejor parte veía que me faltaba, me suspendió de repente todos los espíritus, de manera que cai en tierra, perdidos enteramente los sentidos poco menos que si estuviera muerto. Pero seria muy largo y muy pesado y molestísimo á vmds. si me detuviera en describir todas las extravagancias de un vehementísimo dolor, cuya fuerza no se comenzó á mitigar hasta pasados dos años. Procuré en este tiempo sustentar á mi pobre hijo con aquellos alimentos que me parecieron mas proporcionados á su tierna edad, y tuve el consuelo de verle criarse y crecer prósperamente. Este era el único alivio mio, y tambien el único dique contra los frecuentes raptos á que me incitaban, alborotándome mi imaginacion, mis furiosas manias. Comenzaba ya á mover sus piececitos, y á dar por si solo algunos pasos, como tambien á pronunciar con lengua balbuciente algunas palabras: contaba ya el niño seis años, sin que en todo este tiempo hubiese yo podido adquirir la mas mínima noticia de su madre. En vano habia escrito sobre el asunto á mi corresponsal, bien que este buen sacerdote no habiendo descubierto nunca rastro alguno seguro de Dionisia, me consolaba con sus cristianas cartas, inspirándome resignacion, ánimo y valor para sufrir con paciencia mi desventura. En este medio tiempo, hallándome yo sentado al pie de un árbol no muy distante de aqui en compañía de mi niño, poseido enteramente de mi acostumbrada melancolia, oí una voz como á distancia de cien pasos, que pronunció claramente estas palabras: *traidor, tú me has muerto; pero el cielo, vengador de los inocentes, castigará cuando menos lo pienses tu delito, y te hará probar el rigor de su justicia.* Levantéme apresurado al oír dichas palabras, y corriéndome hácia aquel sitio de donde me pareció que habia salido la voz, me encontré con un hombre tendido en el suelo, bañado todo en su sangre, y vi á otro que se escapaba con un puñal en la mano. Arrojéme blandamente sobre el infeliz herido; viendo que todavia respiraba, le desnudé como pude de medio cuerpo arriba, y sacándole la camisa, hice de ella varias vendas, con las cuales restañé la sangre y até una grande y profunda herida que tenia en el pecho. Toméle dulcemente por un brazo, y conduciéndole á mi gruta poco á poco, le eché sobre una cama para procurarle algun remedio. Tenia algunos preciosos bálsamos que habia heredado de mi amo don Fernando, el cual siem-

pre llevaba consigo algunos de ellos para lo que podia ocurrir, y aplicándole el que me pareció mejor, muy en breve dió señales de sanar y grandes esperanzas de vida.

Durmió un poco aquella noche, y yo me eché sobre un colchon en su misma cama, haciéndole compañía hasta que amaneció el dia siguiente. Luego que me vi se puso en pie como pudo, y mirándome de hito en hito: ¿quién eres tú, me dijo en voz lánguida y trémula, ¿has querido tomarte el trabajo de cuidar de un merecedor de mil muertes? Soy, le respondí un hombre que por la ley natural y por la cristiana que profeso, estoy obligado á socorrer á mi prójimo. Entonces me miró mas fijamente, dió una ojeada por toda la estancia iluminada ya bastantemente con los primeros rayos del sol, cerró otra vez sus ojos, volvióme las espaldas, arrancó del corazon un dolorosísimo suspiro, y prorumpió en un amarguísimo y copioso llanto. No se hartaba aquel hombre de llorar, y me pareció que mi presencia le acrecentaba el dolor. Por lo que tomé el partido de dejarle solo, pero dando orden á mi hijo que estuviese á la mira y me avisase de cualquier novedad. Mientras tanto yo me fui al huerto á proseguir ciertas labores que habia comenzado para su mejor cultivo. Podia haberse pasado como una media hora cuando me llamaron las voces de chicuelo, el cual gritaba á todo gritar diciendo: padre padre, acuda vmd. aprisa que el señor herido quiere acabarse de matar. Discurran vmd. si al oír esto no me calzariayo alas en los pies, y á la verdad por poco que me hubiera detenido se habria acabado la tragedia. Llegué en tiempo que el enfermo se habia desatado las vendas, desesperadamente se estaba rasgando mas la herida con las uñas, y brotaba de ella un torrente de su sangre. Soseguéle como pude, obligándole á estarse quieto, y le volví á poner el bálsamo que tanto le habia mejorado. Impacientísimo aquel hombre se volvía y revolvía hacia todas partes, sin atreverse á mirarme directamente á la cara. Era este un misterio que yo no podía comprender, y mucho menos cuando le oí decirme: buen hombre, tened menos piedad con un enemigo vuestro, y vengaos de mi, que os sobrará razon, pues os lo tengo bien merecido. Fuera de esto os hago saber que es demasiada vuestra caridad, pues me pretendéis curar de otras heridas mas crueles y harto mas dignas de vuestra cólera que las que habeis visto aqui. Pidoos esta merced por justa recompensa de mi maldad, y creedme, que moriré muy contento si lograra la fortuna de recibir la muerte por vuestra mano. Sea lo que fuer aquello en que me hayas ofendido, le respondí, que yo no lo sé, ninguna cosa será capaz de hacerme olvidar de lo que debo ejecutar como hombre y como cristiano. Si me has ofendido, desde luego te perdono, y tú debes procurar vivir para darme una sincera prueba de que ningun odio tienes contra mí. Al oírme estas palabras parece que el herido se aquietó algun tanto, porque mostró menos furioso, y aun tomó de mi mano un ligero alimento que le suministré. Antes de dos dias la herida dió indicios de sanidad; disminuyóse mucho la calentura, y yo comencé á esperar que dentro de poco quedara enteramente curado.

Con efecto, viéndose ya fuera de peligro por mi cuidadosa asistencia, me llamó un dia, y haciéndome sentar junto á su cama, me habló de esta manera. Si un verdadero arrepentimiento puede merecer perdon entre los hombres, el mio es tal, que desde luego puedo prometerme vos con toda seguridad esta gracia. Grande fué sin duda el delito que cometí habiendo sido cómplice en el raptor de vuestra amada consorte; pero sabed, que habiendo descubierto en ella una virtud de las mas perfectas y extraordinarias que se admiran en su sexo, me constituí su defensor contra los impúdicos intentos de mis malos compañeros, y con efecto encontré en mi un invencible protector de su intacta honestidad. No preteriré hacer mérito contigo por esta mi declaracion, pues muy bien que hubiera sido mejor dejarla en brazos

su marido, que defenderla contra las manos de los que la arrebataron de ellos. Ni la sangre que poco ha derramé por librarla de sus garras y restituirla intacta á su esposo quiero me sirva de otra cosa que de persuadirte á que no fui yo el lobo rapaz que te arrebató tu inocente corderilla.

Un discurso como este, que nunca esperaba oír, me sorprendió, me conmovió y me enterneció. Amigo, le dije, te perdono todo lo que me ofendiste, y aunque me toca tanta parte en una injuria tan atroz y tan sensible, desde luego me confieso muy obligado al generoso valor con que defendiste el honor de mi querida Dionisia. Pero así Dios te haga feliz en todo, ¿no me dirás por dónde podré hallar aquella incomparable muger? Eso es, me respondió, lo que yo no os sabré decir. Luego que la arrebatamos de vuestro lecho, la llevaron mis compañeros á una casilla distante una legua de aquí, donde ellos tenían no sé qué conocimiento; allí la vistieron de hombre para engañar vuestras diligencias y ocultarla á las de la justicia, dando por supuesto que no dejaríais de recurrir á ella. En vano se valieron de todos los medios, de lisonjas, requiebros y amenazas para reducirla á sus adúlteros deseos. Resistióse constantemente á toda especie de seducción, y aun más de una vez despreció con heroico valor los puñales y espadas desenvainadas que la pusieron al pecho y á la garganta los furiosos lascivísimos rufianes. Tengo por cierto que la decantada fidelidad de la esposa de Ulises no hubiera manifestado tanto espíritu y tanta constancia si los pretendientes que la solicitaban se hubieran valido más que de palabras para traerla á sus malvados intentos. Entonces puntualmente fué cuando el cielo me abrió los ojos, y conociendo todo el horror de mi delito, propuse borrar su fealdad resolviéndome á hacer cuanto pudiese para preservar de la lascivia de aquellos insolentes y temerarios á una muger tan singular. Procuré persuadirlos á que siguiesen mi ejemplo; pero desconfiando de conseguirlo, viendo que se encendían más cuanto más repetidas eran las repulsas, tomé finalmente el partido de ir ganando tiempo. Dijeles que pues estaban tan resueltos á deshonorar una muger tan constante, era menester dar lugar á que el tiempo poco á poco la fuese disponiendo con ella borrando insensiblemente la memoria de su marido. Con el tiempo, les decía, se van amansando hasta los mismos leones, y hay mugeres tan fieras, que no se rinden á las amenazas, y hacen vanidad de no dejarse vencer de otra cosa que de la constancia y duración de los servicios, de las complacencias y de los rendimientos. Muchas veces es en ellas obstinación lo que parece virtud, y aquella no se supera sino con darlas en todo gusto. A estas es menester conocerlas bien el genio, para llevárselas adelante en lugar de combatirle, y se las debe tratar con todas las atenciones del respeto, de la modestia, de la circunspección y honestidad. Abrazaron todos mi consejo, y dejando á la señora Dionisia en casa de una muger que conocíamos, cada uno se empeñó en afectar de allí adelante una grandísima condescendencia á todo cuanto creíamos que podía ser de su gusto. Las visitábamos con frecuencia, pero siempre con la mayor modestia; cada uno á competencia se esmeraba en rendirla los obsequios y atenciones más cortesananas, aunque todo era en vano para conquistar su virtud. No fué bastante el curso de los años para hacerla perder la más mínima parte de su natural aversión á todo lo que la parecía menos honesto: tanto que los más de los que la solicitaban, ó cansados de cortejar una hermosura rígida, ó atraídos de otros amores más felices, ó encantados de su virtud, abandonaron voluntariamente la empresa. Solamente dos más disolutos que los otros, se empeñaron en llevarla adelante hasta los últimos días, en los cuales, aburridos ya de esperar tanto, determinaron dar el último asalto á la muger, resueltos en caso de no reducirla por bien, á usar con desenfrenada bestialidad de su honestísimo cuerpo. Tuve noticia de esta resolución, y espantado de ella, para librar á la infeliz señora de tan dolorosa afren-

ta, determiné escaparme con ella para restituirla á vuestros brazos. Tomamos bien nuestras medidas, y como había visto las veras con que yo había tomado la defensa de su honor, ningún reparo tuvo en fiarse de mí, entregándose á mi compañía. Saquéla de la casa donde estaba, y tomamos el camino hácia este parage, donde nos vinieron siguiendo los dos malvados mozos, y nos alcanzaron poco antes de llegar al sitio en que vos me encontrásteis bañado en mi propia sangre. Uno de ellos se llevó por fuerza á vuestra amada Dionisia, y el otro me dió una puñalada en el pecho, abriéndome la mortal herida que con tanta caridad me habeis curado. Esto es lo único que yo os puedo decir; lo que haya sucedido después lo ignoro tanto como vos. Señores, prosiguió entonces el ermitaño, dejo á vuestra discreción el considerar lo perturbado que mi ánimo quedaria con una relación que me dejaba tan inquieto y tan incierto como antes, fluctuando entre el temor y la esperanza. Pero en medio de eso no pude menos de concebir un grande amor á mi huésped, sin embargo de haber cooperado tanto al fatal principio de mis desventuras. Prendáronme tanto sus últimas cristianas y generosas acciones, cuanto horror me causaron las primeras. Estreché con él una cordialísima amistad, y tuve el gran consuelo de verle en pocos días dejar la cama, perfectamente curado de su peligrosa herida. Entonces me dió cuenta de su nacimiento, y hallé que era de lo más noble y más calificado de Méjico, prometiéndome que en restituyéndose á aquella capital haría tantas diligencias para saber el paradero de mi muger como podría hacer yo mismo.

Así lo ejecutó, porque habiéndose partido á Méjico, una mañana, al cabo de seis semanas le vi entrar en mi gruta con grande admiración mía. Amigo, me dijo luego que me vió, arrojándose á darme un estrecho abrazo, vive tu dignísima muger, y no solamente vive en el mismo estado en que la dejé, sino en otro mucho mejor, libre enteramente de las manos de sus infames perseguidores. Pocas horas después de mi mortal herida, los dos enemigos suyos, vuestros y míos se encontraron con una tropa de soldados enviados por el virey para reprimir la insolencia de los indios que infestaban nuestros confines. Apenas los vió la señora cuando comenzó á implorar su socorro con dulces lágrimas y con dolorosos gritos. El oficial se movió á compasión, y haciendo prender á los dos infames mozos, después que la señora le informó menudamente de su desgracia, los encerró en una prisión, y entregó vuestra muger á la vireina, y aquella gran señora, noticiosa de sus infortunios, la recibió en su palacio con el mayor amor, donde se mantiene muy estimada de todos y tratada con particular distinción. Llegué á Méjico cuando todos me creían muerto, y hallé que se habían expedido varias órdenes para que te se buscara por todo el imperio mejicano, y te fuese restituida tu muger. Quise yo tomar la delantera á todos los emisarios para anticiparte una noticia que te ha de llenar de tanta satisfacción. Con efecto, inmediatamente parti á dicha capital, llevando conmigo á mi pequeñito hijo, y acompañándome también el agradecido mejicano, después de haber dejado bien asegurada mi solitaria habitación. En el camino encontramos á los que la justicia había despachado para que me buscasen; dime á conocer á ellos, é incorporados todos, llegamos á la corte de la Nueva España. Luego me fué restituida mi esposa; y los estáticos transportes de los dos por una aventura tan dichosa como extraordinaria, son más fáciles á la viveza de la imaginación para concebirlos, que accesibles á la limitada fuerza de las palabras para explicarlos. Volví con ella á mi yermo, y viví en su amable compañía todo el tiempo que Dios fué servidor dejarme en esta vida, con infinita satisfacción de uno y otro. Nuestro feliz matrimonio fué por mucho tiempo el asunto de todas las conversaciones de Méjico, y la fama de nuestros extraordinarios sucesos se extendió hasta la otra parte del mar. Murió Dionisia á los cincuenta años de edad, cuando yo había ya cumplido setenta y tres. Lloré

su muerte tanto como se deja considerar en un marido que tan tiernamente la amaba; pero todos los dolores tienen fin, y yo poco á poco me fui consolando de su pérdida. El sacerdote mi corresponsal habia pagado ya el inevitable tributo á la naturaleza; pero sus herederos no fueron menos fieles ni menos puntuales que él en proveerme muy á tiempo de todo cuanto habia menester. Mi hijo, ya muy hombre cuando murió su madre, sucedió á esta en las labores del huerto y en otras ocupaciones de la familia; es muy aficionado á la caza, y habiéndose hecho traer de Méjico una escopeta con cantidad de pólvora y municiones, me provee abundantemente de la mas delicada caza, asi de cuadrúpedos como de volateria que hay en este contorno. Ayer salió á este ejercicio, y no volverá hasta mañana, porque hizo ánimo de dar una vuelta por estas llanuras circunvecinas, para alargar un poco mas su diversion favorita.

CAPITULO III.

Prosigue la historia de Gil Blas. Parte á España el hijo del ermitaño Motezuma; vuelve de su viage, y las noticias que dió á Gil Blas de su familia.

Asi terminó su historia el virtuoso nieto del emperador Motezuma. El vice-almirante y yo quedamos verdaderamente admirados de los sucesos tan estraños de su vida; y el saber que era de sangre real añadió muchos grados á la reverencia con que ya le mirábamos por su venerable ancianidad y por sus ejemplares costumbres. Yo desde luego hice ánimo á quedarme con aquel santo ermitaño, con tal que él se dignase de admitirme en su compañía. Propúsele mi pensamiento, y él, luego que supo quién era, no tuvo la mas minima dificultad en recibirme. Mientras tanto volvió de su caza el hijo del buen viejo, trayendo consigo gran cantidad de volateria de todas especies y de esquisito gusto, y se admiró mucho cuando vió la numerosa comitiva de los criados que nos servian, porque no se acordaba de haber visto tanta gente junta desde que le habia amanecido el uso de la razon. Vinole la gana de entrar en la marina, y me empeñó para que hablase al vice-almirante, pidiéndole la gracia de admitirle en el número de sus oficiales; pero le respondi, que ante todas cosas debia solicitar el consentimiento de su padre, el cual á ruegos míos se le dió, aunque no sin mucha dificultad. Pocos dias despues partimos todos de conserva la vuelta de Méjico, donde queria yo imponer en el comercio lo que me habia quedado de mis seis mil doblones, entregándoselos á los herederos del sacerdote corresponsal de don Fernando, para que negociasen con ellos, y de los réditos me enviasen cada año las provisiones necesarias para mi manutencion. El buen ermitaño no se pudo despedir de su hijo sin muchas lágrimas y sin obligarle á dar palabra de volver á verle cuando la flota hiciese otro viage á Vera-Cruz al cabo de dos años. Luego que llegamos á la capital de la Nueva España, estipulé mi contrato del resto de los seis mil doblones y me restitui muy contento á esta caverna, despues de haberme despedido del vice-almirante y del biznieto del emperador Motezuma, á quien aquel habia hecho su ayudante. Traje conmigo algunos muebles, menos rústicos y de mejor gusto que los que habia entonces. El solitario me esperaba con impaciencia, y luego que me vió exclamó diciendo: ¡oh digno sucesor del anacoreta Fernando! pareceme que vuelvo á vivir de nuevo, pues en tí estoy viendo todas las virtudes de aquel santo hombre: él abandonó como tú todas sus riquezas y todo cuanto mas amaba en el mundo, retirándose á vivir en esta gruta; aunque pudo hacer gran figura en el mundo, todo lo despreció, reputándolo por nada en comparacion de la bienaventurada tranquilidad que se goza en este ameno desierto. De aqui nos fuimos insensiblemente introduciendo en discursos graves y serios sobre la incunstancia y vicisitudes de las cosas humanas, moralizando en este asunto de manera, que ni

aun el mismo Séneca se hubiera desdeñado de mezclarse en aquella nuestra conversacion. Uniéronse nuestros ánimos en una indisoluble uniformidad, sintiendo consuelo y alegría en nuestro corazon, que no la acerté á explicar. En suma, nos parecia estar mal siempre que no estábamos juntos. No me acuerdo, repetia muchas veces el nieto de Motezuma, no me acuerdo de haber tenido dias tan alegres como los presentes despues que Dionisia hizo el gran viage á la eternidad; y despues de mi Dorotea, le respondia yo, cerró para siempre sus ojos á la luz del mundo, tampoco he tenido hoy de tanto gusto como las que ahora pasamos. Ni la eorum ni las guardias, ni las mas ostentosas diversiones de todos mis imperiales abuelos, replicaba el ermitaño, eran tan estimables para mí, como lo es la sencilla conversacion con un hombre como vos. Ni el favor del duque de Lerma, ni toda la confianza del duque de Olivares, ni la honra que me ponía yo, fueron nunca para mí de tanto consuelo como lo es vuestra sincera amistad.

Tan contentos viviamos entrambos los dos primeros años, cuando al cabo de ellos comenzó mi compañero á entrar en alguna aprension, viendo que se retardaba la vuelta de su hijo. Yo tambien me interesaba bastante en la misma expectativa; porque á pesar del total desprecio que yo tenia de todo lo que se llama vanidad, me á encargarme mucho que se informase diestramente de toda mi familia. Este cuidado alteró un poco la tranquilidad de entrambos; y cuanto mas se dilataba la vuelta del hijo de Dionisia, tanto mas crecia nuestra inquietud, y se iba cansando nuestra paciencia; pero llegó al fin el dia tan deseado. Acabábamos un dia de comer cuando vimos entrar á Diego, asi se llamaba el muchacho, acompañado de otros cuatro hombres vestidos á lo militar, los cuales nos traian ciertos regalos de considerablemente preciosos para el estado en que nos hallamos. Luego que entre padre é hijo, se acabaron aquellas primeras demostraciones del paterno y filial amor, introduje yo en la conversacion, y le pregunté qué noticias me traia de mis hijos, de Escipion y de mi cuñado don Juan Juntella. Señor, me respondió, para poder informar á vmd. con fundamento de todo lo que ha pasado en su familia, hice espresamente un viage á los contornos de Liria, y vi con mis propios ojos á sus hijos, que gozaban de perfecta salud y están en casa. Beatriz, la muger de Escipion, visitados frecuentemente de su cuñado de vmd., el cual ha tomado á su cargo darles la mejor educacion. Por lo que toca á Escipion, este buen hombre y fidelísimo criado de vmd., luego que recibió su carta montó á caballo y partió de Liria sin decir palabra á nadie, sin saberse á dónde haya ido de manera que ninguna noticia se habia tenido de él cuando yo fui á visitar vuestro castillo. Todos sospechan que andará por el mundo en busca vuestra; y debo decir, que toda vuestra casa está en una grandisima perplexidad por no saberse dónde os habeis retirado. Todo esto me averigüé con destreza de los vecinos de Stamo, sin que ninguno pudiese sospechar que yo tuviese arte ni parte en lo que ellos me contaban. Gran consuelo tuve con las buenas noticias que me dió aquel mozo de mis amados hijos, y no dejó de entermecerme un poco el amor y fidelidad de Escipion y de mi cuñado Juntella. Mientras Diego hacia su relacion, mi compañero estaba disponiendo la cena para los huéspedes que nos habian venido. Vi á la verdad un cocinero primoroso, y tanto, que el arzobispo de Granada, ni mucho menos el de Valencia la hubieran sazonado tan bien en un sitio de donde se habia desterrado todo género de especies y drogas. Nos sentamos á una misma mesa, sin la melindrosa distincion de que los soldados esperasen á cenar en la segunda. Acabada la cena, el sucesor de Fernando dijo á su hijo: cuéntanos algo de las cosas mas memorables que sucedieron en vuestro viage. Obedeció Diego prontamente, y comenzó á hablar de esta manera.

Señor, cuando parti de Méjico para Vera-Cruz

compañía del vice-almirante, este caballero me cobró grande amor, y desde luego me hizo ayudante suyo, distinguiéndome mucho entre todos los demas oficiales. Nos embarcamos en la flota, y haciéndonos á la vela, la oposicion de los vientos nos hizo perder mucho tiempo á la altura de la isla de Santo Domingo, hasta que abonanzando el mar, nos engolfamos en el Océano, y llegamos con felicidad á la mitad de nuestro viage. No me detengo á describir los trabajos que padecimos en él; el menor de todos comer una galleta mohosa y mas dura que un peñasco, bebiendo un agua corrompida que de mas á mas estaba hirviendo en gusanos. Padeci los acostumbrados efectos de la náusea que causa el mar á los que no están hechos á él; pero todo esto no seria nada, si una furiosa y repentina borrasca que se levantó al ponerse el sol, no nos hubiera puesto á todos en peligro evidente de la vida. Ninguna esperanza teniamos ya de salvarnos, si nuestro piloto, expertísimo náutico, habiendo avistado tierra á no corta distancia, no hubiera enderezado la proa hacia ella, y si á pesar de la tempestad no hubiéramos tenido la fortuna de embocarnos en un seno, ó sea cala, bastante cómoda, donde las olas no tenían mas alteracion que la que resultaba de la grande que se padecia en alta mar. Examinóse la tierra, y se halló ser un pais enteramente desconocido. Lo restante de la flota se habia separado de nosotros, y el almirante se halló muy sorprendido viéndose anclado en una isla que no hallaba notada en la carta de navegacion que tenia delante de los ojos. Midióse la altura, y se encontró pocos grados distante del derrotero acostumbrado que siguen todos los que navegan desde la América á Europa, y esto mismo era lo que causaba mayor admiracion. Finalmente, fué grandísimo nuestro consuelo cuando vimos acercarse á nosotros algunos hombres vestidos á la española, y convidarnos á que saltásemos en tierra para repararnos de las fatigas que habiamos padecido en la navegacion. El equipage aceptó gustoso el convite, y nos vimos desembarcados en el mas bello pais del mundo. Era una isla como de trescientas millas; esto es, cien leguas de circunferencia poco mas ó menos, de figura casi perfectamente redonda, y en el centro de ella se elevaba una colina casi de la misma figura circular, rodeada toda de casas, donde vivian sus afortunados habitantes, y á su falda brotaban un sin fin de fuentes, todas de un agua delicadísima, cuyos desperdicios formaban limpios y cristalinos arroyuelos, que serpenteando y como retozando por la llanura, conducian al mar su clarísimo tributo. Algunos árboles de prócera y corpulenta estatura, no menos que de singular belleza, hacian una sombra sumamente apacible, en gracia de la cual se sentia un aura ligera y muy suave, que duraba todo el año, desterrando para siempre los escesivos rigores del invierno y los immoderados ardores del estio. Reinaba en aquel sitio una perpétua primavera y un continuo abundantísimo otoño, cuya multitud de fragantísimas flores y copia increíble de exquisitísimas frutas, hacian pasar una vida la mas feliz y bienaventurada que se puede lograr en este mundo. Contentísimo el vice-almirante de un descubrimiento tan particular, estaba muy deseoso de saber cómo ó con qué motivo habian venido los españoles á poblar aquel deliciosísimo sitio; y habiendo venido á visitarle un venerable anciano, que parecia ser el principal de la isla, le suplicó que se tomase el trabajo de satisfacer su curiosidad, haciéndole fiel y menuda relacion de todo lo que sabia en punto al establecimiento de los españoles en aquel sitio incomparable.

CAPITULO IV.

Relacion del establecimiento de los españoles en la isla desconocida; sus costumbres, leyes y admirable gobierno.

Señor, le dije, yo soy tercer nieto de un capitan de carabela, que cuando Cristóbal Colon volvía la segunda vez á España desde América, se separó del resto de la

armada por un temporal, y despues de haber andado mucho tiempo perdido por estos mares, consumidas casi todas las vituallas, arribó como vmds. dichosamente á este puerto. La gente de su equipage llena de sed y de



hambre, y ademas de eso ansiosísima de reposo despues de tan larga y penosa navegacion, saltó luego en tierra, y viéndose en un pais, por una parte enteramente desierto, y por otra tan rico de todo cuanto puede servir no solo al mantenimiento del hombre, sino tambien á su comodidad y regalo, determinó quedarse aqui y fijarse en él por todo lo restante de la vida. Venian en la carabela artifices de todos los oficios con los instrumentos correspondientes al de cada uno, y asi nos fué muy fácil, añadiéndose los materiales que nos suministró la isla, fabricar las casas y todas las demas cosas que vuestas mercedes ven, al uso y á la manera de Europa. Sus mugeres, que se las habia permitido se embarcasen con ellos, sirvieron para la propagacion, y en poco tiempo creció aquel pueblo de manera, que se pudo formar una numerosa colonia y cierta especie de gobierno con sus leyes particulares. Todos los frutos de la tierra se depositaban en unos almacenes públicos á cargo de ciertos comisarios que tenían la incumbencia de distribuirlos entre las familias, á proporcion de lo que necesitaba cada una para su manutencion. Por lo que tocaba al vestuario, dispuso la Providencia que descubriésemos lino y cáñamo, que cuidadosamente cultivado, nos produce lo que basta para cubrirnos con decencia, puesto que el temperamento de este clima, siempre dulce é igual, no nos permite usar para nuestro abrigo de materiales mas gruesos y pesados. De cinco en cinco años se mudan los magistrados y los empleos; de manera, que los que antes estaban destinados á trabajar en el campo y á cultivar la tierra pasan despues á ejercitarse en los oficios y artes mecánicas; y tanto de unos como de otros se extraen los que son presupuestos para el gobierno: y de

este modo en breve tiempo todos participan y á todos toca la autoridad y superioridad del gobierno. Esta solamente se ejercita en lo que es puramente económico, porque entre nosotros no hay pleitos internos, ni disputas forasteras que turben ni alteren nuestra quietud. Todos nuestros estudios se reducen á intruarnos bien en todas aquellas artes que son necesarias para nuestra cómoda subsistencia, y así todos estamos obligados á ser sastres, zapateros, carpinteros, tejedores, panaderos y labradores, porque debemos ejercitar todos estos oficios periódicamente ó por cierta especie de turno. Nuestras mugeres están retiradas y guardadas con la mas vigilante cautela. Los cuartos de su habitacion están siempre á las espaldas de las casas, con vistas únicamente á la colina, la cual es toda nuestra diversion. Al ponerse el sol se juntan ellas solas en un sitio de la misma, y allí tienen su conversacion, sin que sea licito á ningun hombre concurrir á ella. En orden á nuestros matrimonios hay una ley harto particular: y es, que antes de cumplir quince años ninguna muchacha puede pretender marido; ni antes de los veinte y cinco ningun mozo puede tener muger. Hay un magistrado que se llama *el magistrado de los matrimonios*, compuesto de los hombres mas ancianos y mas sesudos de la isla, al cual toca disponer las bodas y unir los dos esposos, no solo sin su consentimiento, pero aun sin que ninguno de ellos tenga la menor noticia hasta que ya se ven casados. La regla por donde el tal magistrado se gobierna es únicamente por la proporcion de las edades que deben corresponder á los dos esposos. Por ejemplo, una muchacha de diez y seis años se debe casar con un hombre de veinte y cinco; una de diez y ocho con uno que tenga diez años mas, etc. Cuando no se puede observar perfectamente esta regla, se procura á lo menos acercarse á ella todo lo posible. Tiene dicho magistrado una exactísima nota de todos aquellos y de todas aquellas que pueden y quieren casarse, con la puntual noticia y apuntamiento de su edad, para acomodarlos á todos segun corresponde á sus respectivos años. Pónese el mayor cuidado en no juntar en matrimonio á ninguno que tenga algun grave defecto corporal, y así todos aquellos defectos que afean visiblemente las personas, son impedimentos absolutos. Un cojo, un tullido, un corcobado, un sordo, un ciego y un mudo no pueden absolutamente casarse, y lo mismo se debe entender de las mugeres. En nuestros matrimonios observamos todas las ceremonias de nuestra santa religion católica, porque tambien se salvaron algunos sacerdotes; y por lo que hace á lo político, se observa otra ceremonia, que es la siguiente: cuando el magistrado ó tribunal autorizado para disponerlos ha determinado ya la esposa correspondiente á tal esposo, la entrega á las mugeres que viven en la casa de éste á tiempo que las mugeres están juntas en su conversacion; aquellas la llevan á su casa, y cuando el esposo vuelve á ella de noche la encuentra con las demas, y conociendo que aquella es la muger que le ha tocado, sin otro requisito ni cumplimiento se casan con las ceremonias de la Iglesia. De esta manera no se ven entre nosotros ciertos desórdenes que se leen en los pocos libros que nos han quedado. Amancebamientos y adulterios aqui no se conocen; celos, riñas y domésticas desazones no tienen lugar en las familias, y todos vivimos con la mayor paz, con la mas perfecta union y con la mas envidiable armonía. Como los maridos no tratan ni han tratado jamás con otra muger que con la suya propia, creen que ésta es la mas linda y la de mas espíritu, ámanla mientras viven con ella, sin que ninguna otra entre á la parte en su amor.

Así hablaba aquel anciano y venerable isleño, teniendo encantados al vice-almirante y á todos los que veníamos con él, no acabando de admirarnos de las maravillosas cosas que nos habia contado; de manera que no nos hartábamos de alabar un gobierno tan extraordinario. De buena gana nos hubiéramos todos detenido mas tiempo en aquella isla; pero el vice-almirante, des-

pues de haber provisto el navío de todo lo que necesitaba, quiso que nos hiciésemos á la vela y prosiguiésemos nuestro viage á España. Partimos, pues, con dolor un sitio tan digno de nuestra envidia, y habiéndolo juntado con el resto de la flota llegamos con felicidad sin otro siniestro accidente á la bahía de Cádiz. Durante mi permanencia en España nada me ocurrió que mereciera vuestra atencion, y me restitui á Vera-Cruz sin que en toda la navegacion me sucediese cosa digna de recordarse. Así concluyó Diego su relacion, quedando acordados todos nosotros de lo que habiamos oido acerca de aquella isla desconocida.

Concluida la relacion, y avanzándose la noche, cada cual se fué á dormir. Diego solo se detuvo cuatro dias en nuestra compañía, pasados los cuales quiso absolutamente partir para volverse á embarcar. Su padre y su compañero no pudieron contener las lágrimas; pero al fin, despues de haberle hecho prometer de nuevo que si volvía á la América no dejaria de vernos ni de traer nuevas noticias de mi familia, le dejamos ir con Diego.

CAPITULO V.

Muerte del ermitaño nieto de Motezuma. Afliccion de Gil Blas. Vuelta de Diego á la gruta: sus terribles desgracias, y acontecimiento que hace que jale Gil Blas que haga un viage á Roma. Muerte de Gil Blas.

Nos quedamos pues solos los dos compañeros por segunda vez, y proseguimos en nuestros acostumbrados ejercicios. Pero ya el soberano Arbitro de todas las cosas del mundo tenia dispuesto que llegase el fin de mi carrera al nieto de Motezuma. Observó en sí ciertos síntomas que nunca habia experimentado en todo el curso de su vida. Sentia en todos sus miembros una estrañada laxitud, su espíritu estaba muy oprimido, y padecía una cierta especie de letargo habitual. A estas morbosas afecciones sobrevino una calenturilla lenta que en poco tiempo le puso á las puertas de la muerte, y antes de morir me habló con grandísima piedad y con igual confianza en la misericordia de Dios, mostrando una gran resignacion, y ningun temor á un paso tan tremendo. Me dejó muy recomendado á su hijo si acaso le volvía á ver, y me pidió que tuviese muy presente su pobre alma en todas mis oraciones. En medio de este consuelo que me daba su vida ejemplar y unas disposiciones tan cristianas, cuando llegó el caso de darle sepultura no pude reprimir el llanto considerando que ya no habia de volver á verle en esta vida. Hé aqui, me decía yo á mi mismo, que ya has quedado solo, pobre Santillana; tu melancolia te hizo abandonar á tus hijos, á tus parientes, á tu familia y á todos tus amigos, y he aquí que el cielo te ha llevado al que te habia dado por compañero para suplir la falta de aquellos. ¿Quién te ilumina con sus consejos y te alentará con sus ejemplos en el camino que te resta de vida? ¿Quién te hará menos intolerante el tedio que naturalmente causa esta silenciosa y desierta soledad? ¿Quién te ayudará á llevar con menoscabo el peso de las indispensables funciones de la vida, y te asistirá en las extremas necesidades de la muerte?

Pero al fin era menester que yo tomase algun partido: procuré consolarme, y desde aquel punto los libros fueron toda mi única visible compañía. Me llegó de Mexico la acostumbrada provision anual, y volví á mi puesto de proveedor aquella parte que tocaba á mi difunto compañero, previniéndole reservase para el hijo lo que correspondia á su padre. De esta manera viví por espacio de cuatro años, sin que en todo este tiempo hubiese visto llegar á mi albergue persona alguna viviente, fuera del criado de mi corresponsal que me traía los viveres acostumbrados para mi manutencion. Diego no se daba á ver, y yo me persuadí á que noticioso de la muerte de su padre no tendria quizá valor para presentarse en un lugar que necesariamente le habia de renovar funestas memorias que le atormentasen el corazón. Po-

se engañó mi pensamiento, pues el año siguiente le vi; pero en muy diferente estado que la primera vez en que venia bien equipado, con un aire jovial, alegre, desembarazado y vestido con mucha decencia. Ahora llegó melancólico, afligido, andrajoso y medio alelado. ¿Qué es esto, Diego? le dije lleno de compasion luego que le vi. ¿Qué mudanza es la tuya? ¡Ah padre mio! me respondió llorando; porque así te debo llamar despues que perdí el que Dios me dió. No me bastaban mis terribles desventuras, si no se añadia á ellas para mi mayor desesperacion la que me ha causado la muerte, privándome de aquel á quien debí la vida. Ya no soy aquel Diego, ó por mejor decir, ya no soy ni aun siquiera hombre, pues ya no tengo ni razon que me gobierne ni espíritu que me anime. Al principio quedé atónito oyéndolo hablar de aquella manera; pero acordándome de que yo tambien habia tenido desgracias, que casi me habian reducido al mismo estado de desesperacion en que veia á aquel pobre mozo, procuré consolarle diciendo, que mientras vivimos en este miserable mundo, todos sin escepcion estamos sujetos á la inconstancia, caprichos y extravagancias de la que se llama fortuna: añadile despues, que el desahogarse con otro comunicándole sus afanes, sirve de gran lenitivo al dolor, el cual pierde mucho de su fuerza cuando se descarga el peso de los disgustos en el pecho de un fiel y discreto amigo. Por tal me debes tú tener, le dije apretándole cariñosamente las manos, y así te ruego que me cuentes sinceramente todo cuanto te ha sucedido. Oirá vmd., me respondió, aventuras tanto mas miserables y tanto mas espantosas, cuanto tuvieron principio en unos antecedentes que prometian las mayores felicidades. Escuche vmd., pues, ya que lo quiere así.

Luego que llegamos á España, despues de mi segundo viage á América, me picó la curiosidad de ir á ver la córte de nuestro rey, y partiéndome á Madrid quedé estrañamente admirado á vista de su grandeza, de su magnificencia y de su verdaderamente real suntuosidad. Habíame recomendado el vice-almirante á varios ministros amigos y confidentes suyos, que me hicieron la merced de conducirme á ver todas las cosas mas raras de aquella villa, y me introdujeron en conocimientos y conversaciones, á las cuales no á todos era licito penetrar. Era mi vida en la córte una continua y variada diversion; y ésta no se hubiera alterado á no haber sido mi detencion mas larga de lo que debiera, porque este fué el principio de todas mis desventuras. Habia contraido estrecha amistad con un cierto don Gabriel de Torres, caballero andalúz, que hacia en la córte buena figura, y la frecuentaba mucho con el fin de obtener un empleo lucroso en su patria. Este habia traído consigo á su muger, que sobre ser muy hermosa, gustaba mucho de ser aplaudida y cortejada; nunca se dejaba ver en público sin hacer nuevas conquistas, y cuando salia á la iglesia la iban haciendo la córte los petimetres mas brillantes del chichisveismo de Madrid, sitiándola á todos y mirándola con unos ojos que arrojaban fuego. Uno de ellos, que se llamaba don Alonso de la Fuente, no contento con la lengua de sus ojos, se valió de la de una camarera de la dama, á quien ganó con regalos para que le solicitase el permiso de una visita secreta. Como la muger de don Gabriel hacia tanta vanidad de ser cortejada no tuvo virtud para rebatir la proposicion. Apalabróse la visita del caballero en su casa para cierta hora de la noche, y recibido efectivamente en ella, hablaron los dos largamente. Duró por algun tiempo esta secreta comunicacion, hasta que hallándose un dia don Alonso en cierta conversacion donde se hallaba tambien don Gabriel, se tocó el punto de las raras aventuras que sucedian en amor. Despues que muchos de los concurrentes contaron las que á ellos le habian sucedido; yo, dijo don Alonso, por lo que toca á mí, puedo llamarme muy afortunado teniendo como tengo la dicha de ser correspondido de una dama, cuyo garbo, cuyo espíritu y hermosura son prendas que ninguno las disputa, y todos las ce-

lebran. Su marido la juzga otra Penélope en la fé conyugal; pero no desconfio de que dentro de poco tiempo sea como el comun de las mugeres que no disgustan de ser amadas, aun hasta mas allá de lo que permiten las obligaciones del matrimonio. Entraron los amigos en gran curiosidad de saber quién era aquella dama; él no incurrió en la torpeza de declarar su nombre, pero si en la indiscrecion de dar tales señas de ella, que don Gabriel entró en grandes sospechas de que fuese su muger. Penetrado de amargura se retiró luego de un lugar donde habia oído una especie que tanto le inquietaba por lo que podia herir á su honor. Por una parte le parecia imposible que su muger fomentase, ni mucho menos diese entrada á ningun amor forastero; mas por otra lo que habia oído á la Fuente le escitaba grandes dudas. No obstante, como en realidad era un hombre prudente y detenido, determinó no dar el menor indicio de sus sospechas hasta haberse asegurado por sus propios ojos. Estuvo á la mira varias noches tras la puerta de una casa muy vecina á la suya, desde donde vió entrar en ella á don Alonso. Entonces no se pudo contener, y mientras los dos amantes estaban en los primeros cumplimientos se dejó ver de ellos repentinamente. Ya vmds. se podrán imaginar la seriedad y el peso de palabras con que afearía en su muger el olvido de la fé conyugal, y en don Alonso la torpeza de introducirse en su casa sin noticia suya á secretas conversaciones con su esposa, lo que bastaba para convencerle de que entraba en ella con alevosas intenciones perjudiciales á su honor. Mientras tanto la muger cubriéndose la cara por vergüenza se retiró á otro cuarto silenciosamente, y don Alonso sin hablar palabra se salió de la casa de Torres, cubierto de confusion y de rubor.

Aquella misma noche me envió este caballero un recado suplicándome que luego, luego, y sin la menor detencion le hiciese el gusto de llegarme á su casa. Hicelo prontamente, y me quedé pasmado cuando me contó lo que habia descubierto en su muger. Estoy seguro, me dijo, de que hasta ahora no llegó el caso de que diese gusto á don Alonso condescendiendo con sus infames deseos; pero, no obstante, quizá tardaria poco en precipitarse en tan vergonzoso error, sino tomase yo prontamente las medidas mas eficaces para desviarla de este peligro. He resuelto, pues, que mañana antes de amanecer parta á la Andalucía, y no pudiendo yo acompañarla, no encuentro manos mas seguras á que fiarla que las vuestras. Amigo Diego, no me niegues este singular favor, y débete nuestra amistad que en gracia de ella tomes el trabajo de ir acompañando á mi pobre y mal aconsejada muger. No pude resistir á prestarle aquel servicio; y así, montando la mañana siguiente en un coche de cuatro caballos la muger de don Gabriel y yo, abandonamos á Madrid y partimos para Andalucía. Iban con nosotros dos criados y una doncella, y con este equipage tardamos pocos dias en llegar á aquella provincia, y fuimos á parar á un castillo de que don Gabriel era señor; pasada una semana recibí una carta de Torres, en que me avisaba cómo habiendo reñido en un desafio con don Alonso, éste habia quedado herido, despues de lo cual se habian los dos reconciliado, precediendo por parte de aquel la diligencia de pedirle perdon por haber pretendido espugnar la resistencia de su esposa. Suplicábame que me detuviese algunos dias mas en la compañía de esta señora, mientras él se desembarazaba de algunos graves negocios pendientes en la córte, que entonces él mismo vendria á relevarme, y yo podria restituirme á Madrid. Esta dilacion fué la piedra de escándalo y la ocasion de mis horrendos precipicios. Doña Isabel, que este era el nombre de la esposa de mi amigo, me echaba de cuando en cuando unas ojeadas, las cuales me hicieron demasadamente conocer que no me miraba con indiferencia. La grande vanidad que hacia de su hermosura no la dejaba sufrir por largo tiempo que yo mostrase reparar muy poco en ella. Pareciale que una tierna ojeada suya era bastante para hacerla señora

de todos los corazones, y observando la poca ó ninguna fuerza que á mi me hacia, mas de una vez con discreto disimulo me dijo algunas palabras que sonaban á dulces quejas de mi insensibilidad. Yo confieso la verdad: es cierto que doña Isabel no me disgustaba. Era una de aquellas mugeres peligrosas que sorprenden luego que se ven. Despues que yo estaba en el mundo nunca habia tenido ocasion de tratar tanto ni con tanta comodidad con persona del otro sexo. Adverti que el trato con doña Isabel producía en mi ciertos efectos que no quisiera sentirlos, y claramente conocí que no habia resistencia contra sus poderosos atractivos, tanto, que al cabo mi virtud vendria ciertamente á rendirse. Por lo mismo deseaba que volviese cuanto antes don Gabriel, persuadido á que su presencia me libraria del peligro de caer en un error que tanto habia yo mismo abominado en don Alonso. Pero por mi fatal desgracia se vió Torres obligado á detenerse en la corte mucho mas largo tiempo de lo que habia pensado. Conociendo muy bien doña Isabel que yo comenzaba ya á titubear, y que se me andaba un poco la cabeza, me llevó un dia diestramente á su jardin, y estando los dos solos: don Diego, me dijo, ya es tiempo de hablar con libertad y sin rebozo. No ignorais que al amor le pintan desnudo para dar á entender que no puede estar cubierto. Desde la primera vez que os vi sentí cierta conmocion, que no pude menos de considerarla como un afecto ó amor que acababa de nacer. Este fué creciendo al paso que vuestra continua presencia me hacia conocer mas, y habiendo descubierto unas prendas tales, que una muger de espiritu no puede menos de mirarlas con mucha parcialidad, en una palabra y ahorrando circunloquios, me declaro vuestra amante. Una declaracion como esta, y hecha por una muger de mis circunstancias, debe bastarte para arriar á un lado todos los respetos y miramientos que os podian estimular á no corresponderme. Si no se admiten los favores de una muger como yo, que ofrece su corazon, es tan fácil como natural el peligro de irritarla, convirtiéndose de repente el esceso del amor es un implacable odio, y el odio de una muger cuando es hijo del amor es muy superior al de todas las furias del infierno. Ni porque vos hayais sabido que tuve la ligereza de dar oídos á las insulsas y lisonjeras espresiones de don Alonso, pero nunca á sus atrevidos deseos, me habeis de tener por una muger caprichosa é inconstante; porque os juro que todo aquello no pasaba de pura conversacion, sin que jamás hubiese sentido en mi la mas minima inclinacion á corresponderle ni amarle de veras. Me divertian sus prontos, y me burlaba de las necedades que me decia cuando se apartaba ó se despedia de mi. Solo vuestro mérito ha podido vencer mi indiferencia, y toda mi vida hubiera yo sido fiel á mi don Gabriel sino os hubiera conocido. No siempre somos dueños de nosotros mismos, y toda nuestra virtud no pocas veces solo consiste en la apariencia, pues no siempre son las mas castas aquellas que tienen mayor fama de serlo; ni los exteriores aparatos de la virtud dejan de ser alguna vez un especioso manto que cubre nuestras miserias. Mientras doña Isabel hacia este bello elogio á gran parte de las mugeres, acompañaba sus palabras con una cierta languidez, que no contribuyó poco á derribar todas las reliquias de mi constancia. Nada me paré entonces á considerar si era ó no verdad lo que decia en comun de las mugeres; porque en aquellas circunstancias su mismo ejemplo me lo estaba persuadiendo, sin advertir que la facilidad de algunas pocas no debe perjudicar al honor de muchísimas honestas y recatadas.

Eteme aqui ya el galan de doña Isabel. Y aunque á los principios el remordimiento de la conciencia me despedazaba continuamente el corazon, afeándome la enorme y torpísima traicion que cometia contra don Gabriel, poco á poco me fui acostumbrando á mi delito, de manera que ya no le miraba con horror; antes bien ella y yo nos reiamos mucho de la infamia con que manchábamos su tálamo, y nuestras bufonadas se convertian des-

pues en desprecio de su persona. De esta manera el mayor de mis amigos, por una abominable graduacion poco á poco se me iba haciendo el enemigo mas aborrecido; tanto que de acuerdo con su malvada muger resolví quitarle la vida cuando volviese de Madrid. Con efecto, pasé á ejecutar esta execrable resolucion, y lo logré con una facilidad muy digna de tan alevoso esceso. Y habiendo sido sacrificado á nuestra infernal disolucion, todo el mundo creyó haber muerto á manos de algunos salteadores y asesinos. Lo mas admirable de todo fué, que habiéndole conducido al castillo, antes de espirar nos hizo venir á su muger y á mi junto á su cama, y á presencia de toda su familia: ninguno, me dijo á mi, es mas digno que vos de poseer la esposa de don Gabriel; y volviéndose á su muger: ni tú puedes, la dijo, encontrar mejor marido que don Diego, para que te consuele en la triste memoria del primero, que ya está para espirar. La turbacion y el horror que se dejaba ver en nuestros semblantes, asi del moribundo como de todos los demas, se atribuyó al dolor que nos causaba su pérdida, siendo asi que eran efectos muy naturales de los atrocísimos remordimientos de nuestra negra conciencia. Hallándose ya Isabel viuda y heredera de un pingüe patrimonio, afectando que vencía su grande repugnancia á segundas nupcias, únicamente por conformarse con la última voluntad de su difunto marido y por obedecerle hasta mas allá de la muerte, me convidó con su mano, y yo pasé á ser usurpador de los bienes y muger de Torres por medio de la mas infame y mas alevosa traicion. Para cubrir mejor nuestra maldad afectamos una inconsolable afliccion por haber perdido á don Gabriel, y habiendo honrado su memoria con ostentosos y solemnísimos funerales, nos pareció haber hecho lo bastante para aplacar aquella alma y para espisar lo enorme de nuestras gravísimas culpas. Nuevo Egisto de aquella pérfida Clitemnestra, apenas habia vivido un año con ella cuando conocí que se iba entibiando mucho en sus cariños y ternezas. Desde luego sospeché que acaso queria irse poco á poco enagando de mí para repetir segundo delito muy semejante al primero. Fingi no obstante no haber notado en ella ninguna novedad; pero al mismo tiempo andaba muy vigilante en observar todas sus acciones. Conoci que un *criaduelo* mio, de fresquísima edad, sin pelo de barba en la cara y muy desairado en el cuerpo, habia entrado por sucesor mio en sus amores, y una noche la oí hablar en gran confianza con él, y no tuve la menor duda de que ya habia entrado tambien en la posesion de su cuerpo el que se hallaba nuevo dueño de su corazon. Persuadido firmemente á esto entré en una furiosa cólera contra aquella diabólica muger, y considerándola causa única de todas mis antecedentes maldades determiné vengarme, y con un nuevo delito librar al mundo con su muerte de aquella furia infernal. Nada tardé en poner en ejecucion lo que habia determinado, y con una espada la pasé de parte á parte al mismo tiempo que iba ella á recibir en sus brazos á su nuevo Adonis. Este tuvo la fortuna de escaparse prontamente escondiéndose á mi cólera, pero ella quedó revolcándose en su propia sangre en premio de los muchos delitos que habia cometido contra su primer marido; pero yo luego que di el fatal golpe, sali todo espantado de aquel cuarto que habia contaminado con tantos adulterios, y acababa de manchar con un homicidio, despues que la difunta le habia hecho execrable con su desenfreno y con sus disoluciones. Yo mismo me sentia embestido de todo el furor de Orestes, y no hallando reposo en ningun lugar, me parecia que continuamente estaban infestando mi imaginacion, alborotada ya con el horror de tantas culpas, el amigo pérfidamente sacrificado á nuestra lascivia, el tálamo teñido con la inocente sangre del marido, y bañado segunda vez con la de su pérfida muger. Todo cuanto veia parecia que me estaba dando en cara con mi barbaridad; todos cuantos objetos se me presentaban, juraria que me estaban amenazando, y no habia rin-

con en aquella funesta casa que no me trajese á la memoria muchos motivos de abominacion. Hallándome en tan lastimoso estado, tomé el partido de alejarme para siempre; y lo hice tan precipitadamente que ni siquiera pensé en proveerme de la mas mínima cosa entre tanta riqueza de que abundaba aquella casa. Anduve perdido y sin objeto por aqui y por alli arrebatado de mi espíritu furibundo, y corrí por toda España, pareciéndome que siempre me venia persiguiendo á las espaldas la sombra de don Gabriel. Creí que solo con abandonar un cielo que ya me miraba con ceño, y que sin cesar me estaba amenazando, bastaria para que á lo menos se disminuyesen un poco aquellos crueles remordimientos que continuamente me estaban despedazando el corazon; pero la esperiencia me enseñó que el castigo de la conciencia es inseparable de la culpa en cualquiera parte donde se halle el delincuente. La Francia, la Inglaterra y la Holanda, que giré de provincia en provincia como un hombre fuera de sí, no se mostraron menos crueles con mi conciencia que lo habia sido España. Embarquéme en las Dunas sobre un navío que se hacia á la vela para las colonias inglesas de la América; y luego que desembarqué, tomé desde alli el camino para Méjico, donde me dieron la noticia de la muerte de mi padre. Se doblaron mis penas con este funesto anuncio, y me faltó poco para que con la desesperacion no me quitase la vida; pero un rayo de luz me trajo á la memoria que por ventura podria hallar en los dulces y prudentes consejos de vuestra merced, ¡oh mi buen señor y mi buen padre Santillana! alguna esperanza de consuelo. Con este fin he venido á depositar en vuestro compasivo y nobilísimo corazon todo el horror de mis desastres.

Me dejó tan atónito, prosiguió Gil Blas, la relacion del pobre y desgraciado Diego, que no me acuerdo haberlo estado mas en toda mi vida. No pude menos de confesarle que lo enorme de su delito hacia muchos escesos á los del pecado de David; pero al mismo tiempo le alenté á que no desconfianse de la infinita misericordia del Señor; asegurándole, que si á la gravedad de la

culpa seguia un verdadero y doloroso arrepentimiento, seria infaliblemente borrado de los archivos del cielo el decreto del castigo. Y hé aqui que de repente me hallé sin saber cómo hecho y derecho director espiritual, siendo mi penitente Diego; el cual oia mis consejos con grandísima compuncion y con no menos docilidad. Tuve la fortuna de sosegar á aquel hombre, poniéndole en una especie de tranquilidad, y cuando le vi en disposicion de no desesperarse ya en vista de sus maldades, le aconsejé que emprendiese una peregrinacion á Roma para descargarse del peso de sus pecados á los pies de un prudente y benigno confesor, autorizado para su absolucion con todas las correspondientes facultades. Abrazó mi consejo; y dos meses despues tomó el camino de Méjico, con el fin de proveerse de todo lo necesario para tan largo viage, y desde alli enderezarse al de la gran metrópoli del mundo, despues de lo cual no volví á tener noticia de él.

Quedándome real y verdaderamente solitario por la segunda vez, ningun consuelo podia esperar ya en este mundo, sino volverte á ver, mi querido Escipion; y supuesto que la divina Providencia te ha traído por tan estraños rodeos á este sitio, ya no me queda que desear sino que el Señor desate mi espíritu de la pesada compañía de mi cuerpo para descansar en paz.

Asi concluyó su historia nuestro héroe; y en efecto parece que la divina Providencia habia alargado la vida de aquel hombre para que lograrse tan alegre dia, porque al poco tiempo espiró con tanta paz y tanta tranquilidad, que daba á entender que ningun remordimiento alteraba la serenidad de su conciencia. Despues que los horrores del sueño eterno ocuparon el cuerpo de Santillana, Escipion se entregó totalmente á un amarguísimo y descompuentísimo llanto, bañando con sus lágrimas el yerto cádáver de aquel estraordinario varon. Hizole todas las exequias que permitian las circunstancias de aquel desamparado sitio, y le dió sepultura junto á sus predecesores.

